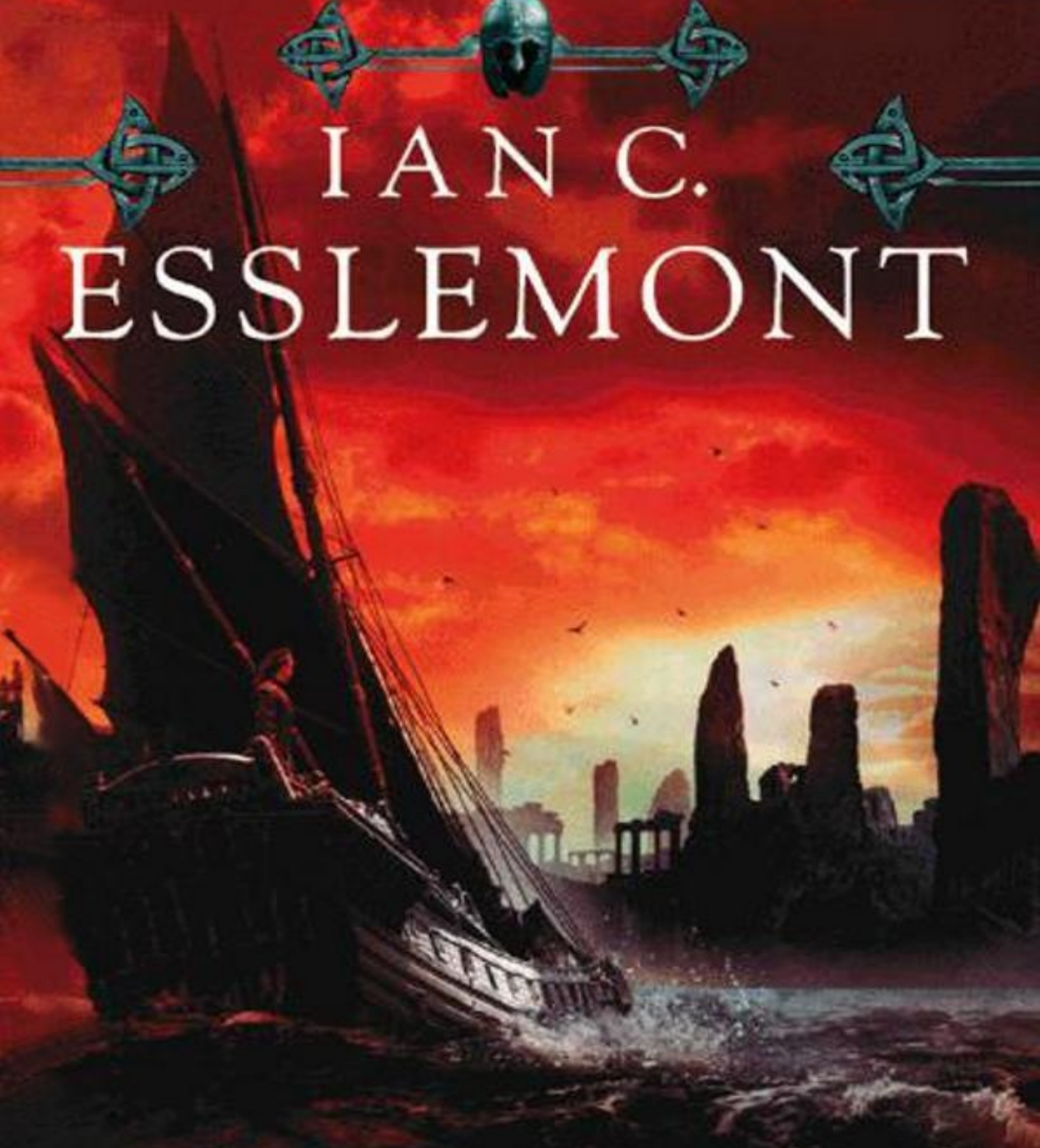


MALAZ: EL IMPERIO



IAN C.

ESSLEMONT



EL REGRESO DE LA GUARDIA CARMELO

Ambientada en el mundo de Malaz, co-creado junto a STEVEN

Lectulandia

La Guardia al fin llega a Quon Tali. Les mueve el juramento que hicieron cien años atrás: abanderar una oposición imperecedera a la existencia del Imperio. Pero incluso la materia que mantiene unida a la propia Guardia se resquebraja. Hay miembros de su élite, los juramentados, que anhelan un poder mucho mayor. Existen también entidades muy antiguas que buscan promover sus propios y arcanos fines.

Al tiempo que la Guardia Carmesí se prepara para librar una guerra, los generales y magos de Laseen, la vieja guardia, se impacientan ante lo que les parece una mala gestión del Imperio por parte de su emperatriz.

Lectulandia

IAN C. ESSELMONT



EL REGRESO DE LA GUARDIA CARMESÍ

Malaz: El Imperio 2

ePUB r1.0
author 08.06.13

Título original: *Return of the Crimson Guard*

Ian Cameron Esslemont, 2008

Traducción: Marta García Martínez

Ilustración de cubierta: Steve Stone

Editor digital: arthor

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Esta novela está dedicada a la primera banda de Winnipeg de la Treherne Room y a la segunda de Rick's Place. Por todas esas tardes y noches puliendo el oficio.

AGRADECIMIENTOS

Toda mi gratitud para Peter Crowther, que hizo posible esta obra; John Jarrold, que tanta fe ha dispensado; y Simon Taylor, cuyo aliento y bienvenida significó y sigue significando mucho más de lo que él cree. Debo dar también las gracias a Bill Hunter y Chris, por las primeras lecturas que hicieron de esta obra.

Gerri, Conor, Ross y Callum: vosotros le dais sentido.

DRAMATIS PERSONAE

EN UŊTA

ALTO MANDO IMPERIAL

Laseen, emperatriz

Puño supremo Anand, comandante del Cuarto Ejército malazano (Quon Tali)

Havva Gulen, nueva maga suprema imperial

Korbolo Dom, puño supremo y espada del Imperio

Zarigüeya, patrón de la Garra (los asesinos imperiales)

Mallick Rel, consejero y representante de la Asamblea

GUARDIA DEL PUERTO DE UŊTA

Atelen Hojalatero, sargento de pelotón

Manos Rígidas, cabo de pelotón

Noche, saboteador de pelotón

Heuk, mago del cuadro

Dulce Muchacho, soldado

Menor, soldado mestizo, medio barghastiano

OTROS EN UŊTA

Anillo, líder de la Garra

Dama Batevari, zahorí, adivina de Darujhistan

Oryan, mago de Siete Ciudades, guardaespaldas de Mallick Rel

Taya Radok, bailarina, asesina de Darujhistan

EN LI HEŊG

EJÉRCITO MALAZANO

Harmin Els D'Shil, capitán de la guarnición

Gujran, capitán de la guarnición

Banath, sargento de la guarnición

Barbecho, sanador de la guarnición

PELOTÓN DE STORO MATASH

Storo Matash, capitán de una compañía de saboteadores, veterano del Tercer Ejército

Nervioso, saboteador de primera

Arrojo, saboteadora

Risueño, saboteador

Seda, cabo de pelotón y mago del cuadro

Jalor, recluta de Siete Ciudades

Rel, recluta genabackeño

CIVILES DE LI HEŊG

Magistrado Ehrlann, miembro de la Corte Suprema de Magistrados

Jamaer, sirviente de Ehrlann

Magistrado Plengyllen, miembro de la Corte Suprema de Magistrados

Liss, maga de la ciudad

Ahl, mago de la ciudad (con sus hermanos Thal y Lar)

EN CAWŦ

Nevall Od'Orr, factor jefe de Cawn

Groten, guardaespaldas de Nevall

EN LAS LLANURAS SETI

Toc el Viejo, caudillo seti, perteneciente a la vieja guardia malazana

Salvaje, paladín seti, también conocido como Jabalí y Hierba de Bisonte

Imotan, chamán de la sociedad guerrera Chacal

Hipal, chamán de la sociedad guerrera Hurón

Capitán Musgo, capitán de la caballería malazana

Rojizo Piernarrota, atamán (cacique) de la asamblea del León de las Llanuras

Ortal, atamán (cacique) de la asamblea del Hurón Negro

EN LA FRONTERA WICKANA

EJÉRCITO MALAZANO

Rillish Jal Keth, teniente del Cuarto Ejército Malazano

Acorde, sargento de la compañía

Talia, veterana malazana

WICKANOS

Aguaclara, chamán wickano

Nada, hechicero wickano y veterano de las campañas en Siete Ciudades

Menos, bruja wickana y veterana de las campañas en Siete Ciudades

Melena, joven guerrera wickana

Udep, hetman (cacique) wickano

EN EL POZO

Ho (Hothalar), mago de Li Heng

Yathengar 'ul Amal, sacerdote de Siete Ciudades (falari)

Sessin, guardaespaldas de Yathengar

Dolor, un nuevo prisionero

Regalo, un nuevo prisionero

Devaleth, bruja del mar korelana y nueva prisionera

Su, bruja wickana

EN LA PROVINCIA DE QUON TALI

Ghelel Rhik Tayliin, duquesa y último miembro superviviente del linaje Tayliin

Ameron, vieja guardia malazana, antiguo comandante de los espolones

Choss, vieja guardia malazana, antiguo puño supremo

Marqués Jhardin, comandante de los Centinelas de la Frontera

Preboste Razala, capitán de la caballería
Molk, agente de Ameron

LA GUARDIA CARMESÍ

SUPERVIVIENTES LLAMADOS «JURAMENTADOS»

K'azz D'Avore, comandante, conocido por varios títulos

PRIMERA COMPAÑÍA

Despellejador, capitán
Mara, maga de la compañía
Gwynn, mago de la compañía
Pétalo, mago de la compañía
Kalt, teniente
Farese
Hist
Shijel
Negro el Menor

SEGUNDA COMPAÑÍA

Trémula, capitán
Cogulla, mago supremo y patrón de asesinos (de los velos)
Joroba, maestro de asedios de la Guardia
Humo, mago de la compañía
Shellarr, también llamada Shell, maga de la compañía
Penas, mago de la compañía y espadachín consumado
Dedos, mago de la compañía
Ópalo, maga de la compañía
Isha, asesina de la compañía. Velo
Keitil, asesino de la compañía. Velo
Cole
Regalo
Lerdo
Junco
Amatt
Sept
Lazar
Mediodan
Magra
Inese
Turgal

TERCERA COMPAÑÍA

Tarkhan, capitán y asesino de la compañía. Velo
Lor-sinn, maga de la compañía
Amargo, mago de la compañía
Toby, mago de la compañía
Balkin, mago de la compañía
Encaje, asesino de la compañía. Velo
Negro
Panadero

Janeth
Pizarra
Emparrado
Afortunado

CUARTA COMPAÑÍA

Cal-Brinn, capitán y mago de la compañía
Barras de Hierro
Jup Alat

PRIMERA QUINTA (RECLUTAS)

Sargento Zanja
Corlo
Voss
Ambrosio
Palla

SEGUNDA QUINTA

Lurgman Parsell, o Sinuoso
Jaris
Peregrino
Ogilvy
Bakar
Tolt
Dócil
Harman
Grere
Geddin
Cápsula

TERCERA QUINTA

Acecho
Malas Tierras
Fochas
Kyle

DE LA LIGA TALIANA

Urko Costra, comandante de las fuerzas de Falar, de la vieja guardia, también conocido como Añicos
V'thell, comandante de las fuerzas moranthianas doradas
Choss, comandante de las fuerzas talianas, de la vieja guardia
Toc el Viejo, caudillo seti, de la vieja guardia
Ameron, jefe del Cuerpo de Información, de la vieja guardia
Ullen Khadeve, capitán general y jefe del estado mayor de Urko, de la vieja guardia
Bala Jesselt, maga del cuadro, de la vieja guardia
Eselen Tonley, capitán de la caballería falari
Orlat Kepten, capitán de las fuerzas talianas, de la vieja guardia

OTROS

Liossercal, ascendiente, llamado hijo de la Luz, también conocido como Osserc, Osric

Anomandaris, ascendiente, llamado hijo de la Oscuridad
Jhest Golanjar, mago jacuruku
Shen, hechicero
Tayschrenn, mago supremo imperial
D'Ebbin, comandante malazano del Cuarto Ejército, puño
Diente Bravo, sargento mayor del mando malazano
Temp, sargento mayor del mando malazano
Flor, oficial de los moranthianos dorados
Turmalín, sargento de infantería de los moranthianos dorados
Cartheron Costra, capitán del Tapón de Trapo, se rumorea que es de la vieja guardia
Denuth, ancestral, entre los primogénitos de madre Tierra
Draconus, dios ancestral
Ereko, nómada antiguo
Melena Gris, antiguo puño malazano, ahora un proscrito
Lim Tal, antigua guardia privada de un noble de Unta
Viajero, nómada de ascendencia mestiza de Dal Hon y Quon
Trapero/Haraposdemalion, nómada de la senda Imperial

Esta, la primera de las guerras, fue un paroxismo durante un periodo sin medida. Luz eterna arrojada pero disipada, y Noche eterna retirada pero asfixiada. Así, los dos combatientes se enzarzaron en un viraje siempre creciente de creación y destrucción eterna. Surgió un sinfín de paladines de ambas Casas que batieron la faz de la creación con su potencia, y solo para ir cayendo uno a uno, sus nombres ya perdidos en la memoria de los tiempos.

Y entonces, en lo que algunos llamaron el diezmilésimo giro de la propagada espiral de los dos anfitriones, se acercó al borde del trémulo telón de la batalla uno desconocido para ambas Casas y él reprobó a los combatientes.

—¿Quién eres tú para hablar de ese modo? —preguntó aquel que llegaría a ser conocido como Draconus.

—Uno que se ha movido por el vacío lo suficiente para saber que esto nunca terminará.

—Se ha dispuesto —respondió un paladín de Luz, Liossercal—. Siempre debe uno alzarse, el otro caer.

Desdeñoso, el recién llegado apartó a los oponentes de un empujón.

—¡Entonces, acordad que así sea y dadlo por concluido!

Y así ambas Casas cayeron sobre el desconocido y lo desgarraron en un sinfín de fragmentos.

Así fue como nació Sombra y la primera gran partición terminó.

Fragmento del mito

Compendio original, Manto

PRÓLOGO

La edad Ancestral

Tiempo sin medida

La erupción había herido al mundo. Denuth, hijo de la Tierra, fue el primero en penetrar por las cortinas de cenizas acumuladas y llegar así al cráter. Un agua humeante del color de la pizarra se acumulaba en el centro de una cuenca de varias leguas de anchura. Una pendiente de roca irregular y desnuda llevaba a la orilla silenciosa. Todo estaba en calma, cubierto por una nevada de ceniza. Pero un pequeño movimiento captó su atención y se abrió camino hasta el borde del agua para hallar una entidad de apariencia muy similar a la suya, con dos piernas y dos brazos, pero acuchillada y socavada por feroces heridas abiertas. La sangre era una corteza negra sobre el ente y oscurecía las aguas que lo rodeaban.

Con suavidad, Denuth giró al ser y solo para sobresaltarse, asombrado.

—¡Liossercal! ¡Primogénito del padre! ¿Quién fue el que te atacó?

Una sonrisa salvaje de colmillos despuntados.

—Nadie. Mejor pregunta a quién atacé yo. ¿No hay otros?

—Nadie que yo viera.

La sonrisa se sesgó, convertida en un ceño salvaje.

—Todos consumidos, entonces. Se los ha llevado el estallido.

—¿Estallido? —Denuth entrecerró los ojos, que clavó en aquel poder ajeno. Sí, ajeno, ¿pues quién podría desentrañar la mente de uno nacido con la primera erupción de Luz?—. ¿Qué ha ocurrido aquí, con exactitud?

Liossercal se desprendió con una mueca de dolor de las manos de Denuth. Se sentó encorvado, rodeándose con fuerza los brazos como si quisiera sujetarse el cuerpo. La sangre espesa y oscura brotó de nuevo de las laceraciones más profundas.

—Un experimento. Un intento. Un asalto. Llámalo como quieras.

—¿Un asalto? ¿Contra qué? Aquí no había nada, salvo... —La voz de Denuth se fue apagando en la quietud del agua asfisiada por las cenizas—. ¡Que la Madre nos proteja! ¡Un azath! —Miró a su alrededor y asimiló el tamaño del inmenso cráter, intentó comprender la magnitud de la calamidad. ¡Nos ha dolido a todos!—. ¡Idiota! ¿No te paras ante nada en tu búsqueda?

La pálida cabeza se alzó, había fuego en los ojos ambarinos.

—Hago lo que me place.

Denuth se encogió. *Así es. Y ahí estaba entonces el dilema. Algo ha de hacerse*

con estos antiguos poderes antes de que sus antagonismos y ambiciones sin límites destruyan todo orden una vez más. La solución de Draconus horroriza; sin embargo, ahora casi podría entender tales... exigencias. Después de todo, ¿no era la cautividad eterna preferible a semejante potencial de destrucción?

Liossercal se levantó con esfuerzo, rígido, siseando por el dolor de sus muchas heridas, y se apoderó de Denuth una terrible tentación. Nunca antes había sabido que esa entidad pudiera hallarse en un momento tan vulnerable, tan débil. Soletaken, eleint, ¿qué eran tales etiquetas ante ese poder que quizá hubiera atravesado la Luz antes de conocer la Oscuridad? Sin embargo, era obvio que en ese momento estaba herido casi hasta el punto de expirar. ¿Debería actuar ya? ¿Tendría alguien oportunidad semejante de nuevo? Como si siguiera el curso de los pensamientos del hijo de la Tierra, Liossercal sonrió, los caninos sobresalientes más prominentes que nunca.

—No te dejes tentar, Denuth. Draconus es imbécil. Sus conclusiones tienen fallos. La rigidez no es la respuesta.

—¿Y cuál es, entonces?

Una mueca dolorida, unos dedos sondearon con suavidad una laceración profunda en una mejilla.

—Estaba examinando alternativas.

—Examina en otra parte.

Un destello de rabia pura, contenida.

—Bien asimilado, hijo de la Tierra. Viene, ¿no es cierto?

—Cierto es. Y trae su respuesta con él.

—Será mejor que me vaya.

—Desde luego.

Liossercal alzó los brazos de repente, su perfil se desdibujó, cambió de apariencia, pero ahogó un grito en plena transformación, rugió de dolor y se derrumbó en la orilla. Una forma de dragón de plata y oro se retorció sobre las rocas quebradizas ante Denuth, que retrocedió a toda prisa. Los peñascos se estrellaron en el lago cuando las alas desgarradas se afanaron en volar. Al final, vacilante, la enorme masa se alzó y se alejó serpenteando con pesadez. Su larga cola abrió un camino de siseos por las aguas humeantes del cráter.

Denuth permaneció allí, inmóvil. Unas olas pequeñas cruzaron el agua límpida y lamieron la orilla sin ruido. La nevada de cenizas pintó el apagado basalto negro de sus hombros y brazos. Después, unos pasos crujieron sobre la roca rota y sintió una oscuridad fría y cortante a su lado, como la del vacío que se decía que moraba entre las estrellas. Sin volver la cara, Denuth se inclinó.

—Consorte de Oscuridad y monarca protector de la noche. Draconus. Saludos.

—Consorte ya no —dijo una voz seca y áspera—. Y eso de monarca protector ya hace mucho que lo han desafiado. Pero te lo agradezco de todos modos.

Rígido, Denuth se negó a girar la mirada para contemplar a aquel antiguo y potente ser y la igual de alarmante oscuridad que traía a su lado. ¿Cuántos habían desaparecido en ese vacío, y qué horrendo aspecto tomaría su forja definitiva? Tales extremas medidas todavía lo asqueaban.

—Y bien —dijo Draconus sin aliento—. El mismísimo bastardo de Luz. Y debilitado. Su esencia será una gran añadidura.

Aquello que Denuth tomaba por alma se estremeció en su interior.

—Él no es para ti.

Una mirada fría. Denuth se recomendó no mirar.

Tras un momento:

—¿Es esto un presagio... de ella?

—Mi propia y pequeña habilidad. Sospecho que es posible que ese un día encuentre lo que busca.

—¿Y eso es?

—Lo que todos buscamos. La unión con el todo.

Pasó el tiempo. Denuth percibió una consideración cuidadosa en la entidad que permanecía a su lado. Oyó las bastas escamas, que no eran de metal, enganchándose y rozando cuando se cruzaron los brazos cubiertos por la armadura. Una exhalación pensativa y lenta.

—No obstante, yo continuaré. Después de todo, ofrezco mi propia versión de la unión... ¿no es cierto?

Tu perversión de la misma. Pero Denuth no dijo nada; sabía que transitaba por una delicada línea con ese poder que podía llevárselo si así lo deseaba. Solo cierta reticencia a contrariar a su progenitora, madre de todos los que proceden de la Tierra, contenía la mano de aquel antiguo.

—Quizá Anomandaris... —empezó a decir Denuth.

—No me hables de ese advenedizo —contestó Draconus entre dientes—. Muy pronto meteré a ese en cintura.

Y yo espero no estar cerca cuando eso suceda...

El poder se removió y descruzó los brazos.

—Muy bien, hijo de la Tierra. Te dejo con tus... eh, contemplaciones. Una manifestación alarmante de la existencia, este mundo. Todo es cambio y flujo. Pero hallo en él una extraña atracción. Quizá me quede un tiempo aquí. —Tal perspectiva hizo que las manos de piedra de Denuth se machacaran al apretarse.

Al final, tras no cruzarse más palabras, la noche fría que adormecía el alma se envolvió en sí misma y giró, y Denuth se encontró de nuevo solo en la inhóspita

orilla. Se le ocurrió que la paz eludiría a todos siempre que entidades como aquella vagaran por la faz del mundo dedicadas a sus odios y enemistades de eras de antigüedad, a sus ambiciones sin freno. Quizá una vez que el último se hubiera retirado y sumido en un sopor ininterrumpido, (como tantos han hecho, o los que han sido asesinados o enterrados), quizá solo entonces llegaría la armonía para aquellos que pudieran recorrer las tierras en tan lejanos tiempos.

O quizá no. Denuth tenía sus dudas. Si algo había aprendido de observar esas luchas era que siempre surgían nuevas generaciones para ser siervos de los prejuicios y objetivos de las anteriores. Una triste premonición del futuro. Se sentó en la orilla y cruzó las piernas, un montón de rocas no muy diferente de los destrozos rotos y amontonados que lo rodeaban. Esa riña interminable de todos contra todos lo agotaba. ¿Por qué debían competir así? ¿Era en verdad no más que mezquindad y sinrazones infantiles como sugiere Kilmandaros? Se plantearía lo que haría falta para poner fin a esos ciclos eternos de violencia. Y lo consultaría con madre. Imaginó que llevaría algún tiempo encontrar la respuesta. Si es que la había.

LIBRO PRIMERO



FIN DE LA DIÁSPORA

CAPÍTULO 1



Los sabios dicen que igual que se hacen los juramentos, así también se cosechan. He descubierto que es una gran verdad.

Príncipe K'azz D'Avore

Fundador de la Guardia Carmesí

Las llanuras del Llanto

Subcontinente de Bael

Año 1165 del Sueño de Ascuá

Decimoprimer año del reino de la emperatriz Laseen

Año 99 del Juramento de la Guardia Carmesí

Al borde de un tejado, una tiendecita palpitaba y se mecía bajo la fuerza de los golpes del viento. No era más que una capa de hule encerado levantada por un palo, apenas suficiente para defenderse de lo peor del embate de la lluvia. Bajo ella se sentaba un joven que entrecerraba los ojos para asomarse a las tinieblas crecientes de la tormenta y el crepúsculo. De vez en cuando vislumbraba las ruinas de los edificios circundantes destrozados por el asedio y, si miraba con mucha atención, podía distinguir en las alturas la silueta alzada de la Espuela.

Se preguntó qué sentido tenía estar de guardia si no se veía un carajo.

La Espuela se elevaba sola como una torre, a cientos de metros sobre las llanuras. Según la leyenda local, un antiguo poder la había levantado cuando el mundo todavía estaba en su infancia; quizá ese hechicero, Shen, que la ocupaba en ese momento. Kyle de eso no sabía nada. Solo sabía que la Guardia le había puesto asedio a la roca más de un año antes y todavía no había trazas de que fueran a tomarla. Más aún, él sabía que desde la fortaleza que había en su cima, Shen podía enfrentarse a todo el cuerpo de magos de la compañía y dejarlos bizcos y sin aliento. Tenía poder más que suficiente para hacerlo. *Y cuando se da una situación así, le había dicho Joroba, es hora de que los piqueros metamos las puñeteras narices.*

Joroba, saboteador y lo bastante viejo como para saber de qué iba el tema. En ese

momento estaba abajo, en el sótano, empuñando un pico en su única mano. Y no estaba solo, con él trabajaba el resto de la Novena Espada junto con unos cuantos hombres más escogidos por el sargento Zanja. Todos ellos estaban machacando el suelo de piedra con martillos, almádenas y picos.

El viento lanzó una ráfaga de lluvia a la cara de Kyle, que se estremeció. En su opinión, lo más estúpido era que no se lo habían contado a nadie. *No queremos que nadie nos eclipse*, había dicho Joroba sonriendo como un imbécil. Claro que, todos habían sonreído como imbéciles cuando Acecho le había contado el plan a Zanja. Los otros confiaban en su conocimiento de la zona porque era de ese lado de las Profundidades del Buscador, como el propio Kyle. A Acecho lo habían reclutado unos años antes, durante el paso de la Guardia por esa región. Conocía los dialectos locales y estaba familiarizado con el saber popular de la zona. Kyle sabía que era lo que se esperaba de un explorador.

A él la Guardia se lo había comprado a una columna nabrajana de esclavos para que los guiara por las estepas. Pero él no conocía esas lenguas del sur. Más que hablar con los nabrajanos, su pueblo lo que hacía era atacarlos.

Kyle se ciñó mejor el manto. Ojalá también entendiera mejor la lengua nativa de la Guardia, el taliano. Cuando Joroba, Zanja y Acecho se habían sentado con las cabezas juntas, él, arrastrándose, se había acercado lo suficiente para oír sus susurros. Pero el dialecto que utilizaban era difícil de entender. Había tenido que dar vueltas y más vueltas a las palabras antes de que empezaran a cobrar sentido. Al parecer, Acecho había unido diferentes leyendas: la del antiguo ascendiente que se suponía que había levantado la Espuela y dado comienzo a una edad de oro, y el actual «reino de la Noche» con sus ruinas. Desde entonces él y los otros se habían metido bajo tierra para deshacer las paredes y el suelo de piedra, y seguro que Joroba no dejaba de murmurar sobre su maldito eclipse o lo que fuera. Kyle le susurró una corta plegaria a padre Viento, el espíritu que guiaba a su pueblo. Si eso funcionaba, Kyle se imaginaba que habría más eclipses parecidos, demasiados para su gusto.

Y luego estaba el asunto de las rivalidades y celos de la vieja guardia. Kyle no entendía nada, y eso que llevaba con la Guardia ya casi un año. Según la tradición de la Guardia, su Novena Espada era una de las que más historia tenía, la habían establecido un siglo antes y su primer comandante había sido una figura legendaria llamada Despellejador. Joroba concedía mucha importancia a esas leyendas. No había parado de pegar saltitos en su impaciencia por dar gato por liebre al cuerpo de magos de la Guardia y a sus velos encubiertos.

La lluvia caía con fuerza, entreverada de granizo. En el cielo oscurecido, las nubes caían y rodaban, pero algo llamó la atención de Kyle: movimiento. Unas formas borrosas se agazapaban entre el techo de nubes. Demonios alados invocados por Shen en la alta Espuela. Los rayos se retorcían con un brillo actínico a su

alrededor, pero las formas descendían dibujando un círculo perezoso. Kyle escudriñó y los vio deslizarse por el cielo, las alas extendidas y el fuego en los ojos. El joven le rezó a Viento para que pasaran de largo.

Y entonces, como si una hoja invisible la hubiera eviscerado, la primera criatura explotó, abierta desde la barbilla a la ingle. Se disolvió en una nube de humo espeso y negro y sus compañeros chillaron, alarmados. Como uno solo, todos doblaron las alas y se volvieron hacia la fuente del ataque. Kyle murmuró otra plegaria, esa de agradecimiento. Cogulla debía de estar de guardia esa noche, solo el mago principal de la compañía podía haber lanzado un asalto tan fuerte.

A pesar de la batalla que se libraba en el cielo, Kyle bostezó y se estiró. La ropa húmeda se le pegaba a la piel y lo hacía temblar. Un año antes semejante demostración lo habría hecho ponerse a cubierto a toda prisa. Eran los peores relatos de su pueblo hechos realidad: diablos en la noche, hombres que empuñaban los poderes de un chamán, pero dirigidos al mal, hechiceros. En aquel entonces Kyle se encogía bajo tejados rotos. Pero tras tantos meses de duelos mágicos, el horror de esos combates se había desgastado por completo. Durante media campanada se mantuvieron los fuegos artificiales; fuegos artificiales, otra cosa con la que Kyle no se había encontrado jamás hasta su alistamiento forzoso en la Guardia. Y en ese momento, como si estuviera allí para distraerlo a él, observó un nimbo verde y rosa que oscilaba sobre un edificio en el distrito de los mercaderes. Los diablos se lanzaron en picado sobre las luces, con gritos ásperos, casi burlones, mientras atacaban. Uno por uno fueron desapareciendo, destruidos, desterrados o quizá habían regresado por voluntad propia al cielo oscuro. Y después no quedó nada salvo el siseo de la lluvia y el rumor bajo y constante del trueno que empezaba a adormecer a Kyle.

Unos pasos procedentes de la torre que había en la esquina del tejado lo hicieron darse la vuelta. Acecho había subido las escaleras. El casco cónico lo hacía parecer más alto, incluso elegante, con el cordón de seda trenzado que lo envolvía. No llevaba manto esa noche, en su lugar vestía la sobrevesta de un color carmesí oscuro sobre un camisote de cuero hervido y tachonado, y sus habituales mocasines de cuero que le llegaban a la rodilla. El hombre guiñó los ojos y olisqueó la lluvia. Bajo el bigote rubio crispó la boca en una semisonrisa perezosa. Las sonrisas de Acecho siempre ponían nervioso a Kyle. Quizá fuera porque la boca del tipo no parecía muy acostumbrada a ellas y sus brillantes ojos castaños jamás las compartían.

—Muy bien —anunció desde el refugio de las escaleras—. Estamos listos. Todo el mundo está abajo.

Kyle dejó que la capa levantada le cayera de la cabeza y trepó por las tejas rotas y los agujeros oscuros del tejado. Acecho ya había empezado a bajar por la escalera de caracol, así que Kyle lo siguió. Estaban a medio camino cuando al chico se le ocurrió que cuando Acecho había sonreído, estaba mirando con los ojos entrecerrados la

Espuela.

El sótano no era más que una gruta con el techo abovedado. Había unos hombres armados y con armadura allí, codo con codo. Eran unos treinta. Kyle reconoció a menos de la mitad. De algunos salía vapor, que se mezclaba con el humo lleno de hollín de antorchas y faroles. La bruma llenó de lágrimas los ojos de Kyle. Se los frotó con el dorso de la mano y tosió con fuerza.

Habían abierto un agujero en los bloques lisos del suelo y por él Kyle vio unos escalones que descendían. Una gota fría le cayó del pelo y le recorrió el cuello; sintió un escalofrío. Todo el mundo parecía estar esperando. Cambió de postura con los pies mojados y se tapó la boca con la mano para toser. Muy cerca de él, un hombre con unos hombros muy anchos hablaba en voz baja con el sargento Zanja. Después se volvió hacia Kyle. Con un pequeño sobresalto, Kyle reconoció la nariz aplastada, la boca pesada, los ojos hundidos de color azul grisáceo. El teniente Melena Gris. No pertenecía a la verdadera élite de la Guardia en sí, pero era lo que más cerca estaba. El hombre agitó una mano embutida en el guantelete para señalar el pozo, y un tipo flaco con unas túnicas bastas de color marrón y pelos negros de loco estrafalario empezó a bajar. Humo, así se llamaba, recordó Kyle. Era mago, uno de los juramentados originales, uno de los aproximadamente veinte hombres y mujeres supervivientes de esa compañía que habían hecho el juramento de lealtad eterna al fundador de su compañía de mercenarios, K'azz D'Avore.

Los hombres fueron bajando en fila. Melena Gris se metió, seguido por el sargento Zanja, Joroba, Dócil, Harman, Grere, Peregrino, Blanquito, Ambrosio y otros que Kyle no conocía. Estaba a punto de unirse a la fila cuando Acecho le tocó el brazo.

—Resulta que tú y yo somos la retaguardia.

—Estupendo.

Por supuesto, reflexionó Kyle, dado que eran los exploradores de la Novena, la retaguardia era donde se les debía entregar lo que tenían por delante. Habían estado observando los fuegos artificiales demasiado tiempo y habían visto a todo el cuerpo de magos de la compañía poniéndose a toda prisa a la defensiva. Kyle no tenía problemas en dejar ese enfrentamiento a los tíos duros de delante.

Las escaleras terminaban en un largo pasillo inundado, treinta centímetros de agua estancada. Unos riachuelos serpenteaban por las paredes de piedra trabajada. Las ratas chillaban, aterradas, en el agua, y los hombres maldecían y las apartaban a patadas. Por lo poco que Kyle distinguía en la oscuridad, el pasillo parecía llevarlos directamente a la Espuela. Se imaginó la fila de figuras oscuras como una reunión de espíritus, fantasmas que avanzaban chapoteando con gesto cansado a encontrarse con el destino.

Sus pensamientos regresaron a las incursiones nocturnas de su niñez. Hermanos, hermanas y amigos que se juntaban contra los jóvenes guerreros de los clanes vecinos. Para robar trofeos sobre todo, para poner a prueba su incipiente edad adulta; y Kyle tenía que admitir que no había mucho más que hacer. Los nabrajanos se pasaban la vida invadiendo las tierras de su pueblo. Los asentamientos no eran más que un puñado de caseríos, pero iban creciendo. La última incursión de Kyle terminó cuando junto con sus hermanos y hermanas se encontró con algo para lo que ellos no tenían palabras: una guarnición.

La columna se detuvo de golpe y Kyle chocó contra el calvo compacto de delante. El hombre se volvió y le lanzó una rápida sonrisa. Tenía los dientes irregulares pero brillantes en la oscuridad.

—Ogilvy me llamo. —Tenía una voz tan ronca que era casi inaudible—. De la Treinta y Dos.

—Kyle. De la Novena.

Ogilvy asintió, miró a Acecho y asintió otra vez.

—Esta vez nos haremos con el espectro ese. El viejo Gris va a armársela a Cogulla.

Cogulla. Además de ser el mago más temido de la compañía, el juramentado era también el segundo al mando bajo Trémula, y líder de los velos, asesinos de los más duros que Kyle jamás podría haber imaginado un año antes. Él solo había visto a esos dos comandantes de lejos y esperaba que así siguiera siendo.

Acecho frunció el ceño con expresión escéptica.

—Más vale que ese tal Melena Gris sea tan bueno como dice todo el mundo.

Ogilvy lanzó una risita y sus ojos se iluminaron con un chiste privado.

—Le pusieron precio a su cabeza los korelanos y también los malazanos. Renegó de los dos, el tipo. Lo llaman Espadachín. He oído que vale un barril entero de perlas negras.

—¿Por qué? —preguntó Kyle.

Ogilvy encogió los musculosos hombros.

—Los traicionó a los dos, ¿no? Esperemos averiguar cómo exactamente uno de estos días, ¿eh? —Le guiñó un ojo a Kyle—. Vosotros dos sois de por aquí, ¿a que sí? Kyle asintió. Acecho no. Acecho no se movió en absoluto.

Ogilvy se pasó una mano por las cicatrices que revestían su calva.

—Bueno, yo llevo con la Guardia unos diez años ya. Me alisté en Genabackis.

Kyle había oído hablar mucho de ese contrato. Fue el último importante de la compañía y había terminado años antes, cuando la ofensiva malazana se había hecho pedazos. Todos los perros viejos rezongaban y decían que el Imperio de Malaz ya no era lo que había sido. Y si bien los veteranos no abrían la boca sobre su pasado ni el de la Guardia, Kyle adivinaba que se habían enfrentado con frecuencia a esos tales

malazanos.

—Este contrato ha sido muy raro —continuó Ogilvy—. Nosotros intentamos pasar desapercibidos, ¿no? Y mientras, el cuerpo de magos se dedica a practicar para sacar humo por el culo. No lo que suele hacer la Guardia. —Les lanzó una mirada llena de intención—. Y además se han hinchado a reclutar.

La columna empezó a moverse otra vez y Ogilvy se alejó chapoteando con estrépito.

—¿De qué iba eso? —le preguntó Kyle a Acecho cuando echaron a andar.

—No lo sé. Ese tal Ogilvy lleva una década con la Guardia y ni si quiera él lo sabe. Yo he oído muchas cosas. Esta compañía parece dividida en dos, los viejos contra los nuevos.

El explorador alto y flaco cogió el brazo de Kyle con la fuerza del mordisco de un sabueso. Se detuvieron y el silencio pareció resonar en los oídos de Kyle.

—Pero te voy a decir una cosa —dijo, se inclinó hacia delante y las sombras se tragaron su rostro—, los hay en esta Guardia Carmesí que llevan vagando por la tierra mucho, mucho tiempo. Han amasado poder y conocimientos. Y no creo que tengan intención de soltar ni una cosa ni la otra. Es una vieja historia, una historia que esperaba haber dejado atrás.

Soltó el brazo de Kyle y siguió su camino, dejando al joven solo en la oscuridad y el silencio del túnel. Kyle se quedó allí, preguntándose qué podía pensar de todo aquello, hasta que las ratas empezaron a reunir valor y a intentar treparle por las piernas.

Encontró a Acecho ante una verja de hierro retorcido que en otro tiempo debió de ocupar todo el pasillo. El hombre estaba agachado, inspeccionando la verja con el cabo diminuto de una vela metido en una mano.

—¿Qué es? —susurró Kyle.

—Un desastre. Pero más importante que el qué es el cuándo. Esto es reciente. El hierro todavía está caliente de cuando lo aplastaron. ¿Tú oíste algo?

—Quizá algo... antes.

—Sí. Yo también. —Entrecerró los ojos y miró adelante, al fulgor apagado de un farol dorado por donde la retaguardia de la columna iba desapareciendo poco a poco. Acecho apretó una saquita de cuero que llevaba al cuello y después la frotó. Una costumbre que Kyle ya había observado con anterioridad—. He oído hablar de ese tal Melena Gris. Dicen que es mucho más de lo que parece...

Kyle estudió el armazón arrancado y doblado. Las barras eran gruesas, casi la mitad que su muñeca. ¿El norteño estaba sugiriendo que Melena Gris había apartado de algún modo la verja de un golpe? Lanzó un bufido. ¡Qué ridiculez!

Los ojos de Acecho refulgían con un color castaño bajo la llama y se volvieron

hacia él.

—No juzgues tan rápido. He luchado contra muchas cosas y he visto cosas que sigo sin creerme.

Kyle quería preguntar por todas esas batallas, pero el tipo parecía inquieto. Miró a Kyle dos veces, en sus ojos un matiz de preocupación, como si lamentara haber dado su opinión.

Bajo la luz de la vela de Acecho, Kyle distinguió un corto tramo de escalones que se alzaban detrás de la verja. Las escaleras resplandecían con un matiz oscuro, basalto negro, la roca de la Espuela. Los escalones estaban tan gastados que en el centro eran casi simples cuencos. Kyle se irguió, su mano pareció encontrar sola la empuñadura de su talwar. Acecho apagó la vela con una sacudida y tras un momento Kyle distinguió el fulgor de la luz del farol más adelante.

Se reunieron con Ogilvy, que les hizo un gesto para que se acercaran y lanzó un silbido de asombro. El túnel se abría a una cámara circular tallada en la misma roca que los escalones. Más basalto negro, la mismísima raíz de la Espuela. Las dimensiones de la cámara inquietaron a Kyle hasta que se dio cuenta de que era la base de una escalera hueca circular. Las antorchas parpadearon donde empezaban las escaleras, que se alzaban en una apretada espiral alrededor del interior de la pared de la cámara. Alzó los ojos guiñados y vio que la columna iba ascendiendo poco a poco, de dos en dos, con Humo y Melena Gris en cabeza. Salió al centro y miró directamente arriba. Más allá de los hombres, en las alturas, una luz azul oscura caía en cascada junto con una fina bruma de lluvia. La humedad besó su rostro alzado. Un destello de luz iluminó un disco diminuto del tamaño de una moneda que había en la cima de la columna hueca de roca. Mareado y asqueado, Kyle se apoyó en un muro frío y resbaladizo. Muy lejos de él, el viento aullaba como un perro encadenado, puntuado por el retumbar ocasional del trueno.

Sin una palabra más, Acecho se acercó a las escaleras con una mano en la empuñadura de su espada. Los mocasines de cuero no hacían ruido contra los salientes redondeados de la piedra. Ogilvy le dio una palmada en la espalda a Kyle.

—Vamos, muchacho. Una simple caminata antes de terminar la noche, ¿eh? —Y lanzó una risita.

Después de veinte vueltas y revueltas de las escaleras, Kyle estudió los símbolos curvos e irregulares excavados en el muro a la altura de los hombros. Formaban parte de un panel continuo que trepaba con las escaleras. Distinguió algunas partes allí donde habían apartado el musgo y las telarañas. Parecía contar una historia, pero a Kyle jamás le habían enseñado a leer esos símbolos. Solo reconoció uno: la espiral rizada de Viento. El tótem de su pueblo.

Tras un rato las piernas se le entumecieron y empezó a faltarle el aliento. ¿Qué

habría allí esperándolos? Y lo que era más importante, ¿qué planeaban hacer Humo y Melena Gris? Justo delante, Ogilvy rezongó y exhaló con estrépito por la nariz aplastada. El veterano mantenía un ritmo constante a pesar de vestir cofia, camisa y falda, todo de cota de malla, que colgaban entre crujidos y siseos con cada paso que daba. La armadura de Kyle, los desechos de los que podía prescindir la Guardia, le irritaban el cuello y le abrían la carne de los hombros. Su atuendo consistía en un camisote demasiado grande de capas lacadas de tiras de cuerno y hueso sobre una camisola acolchada (las mangas de cuero blando cosidas con anillos de acero, de los cuales faltaban muchos), falda tachonada sobre pantalones ceñidos de cuero, guantes recubiertos de cota de malla y un yelmo de hierro puro con una guarda que le quedaba tan grande que le descansaba en los hombros. Kyle la había ajustado metiéndole un trapo por dentro. El peso combinado hacía que la subida fuese una tortura. Pero una mañana de un año antes, cuando Joroba había dejado caer las prendas en su regazo, se había sentido como el hombre más rico de todas las tierras de Bael. Ni siquiera el caudillo de su tribu podría haber presumido de semejante colección. Un año después se sentía como el mendigo idiota de la compañía.

Se concentró en ver dónde ponía los pies, intentó contener con una mueca el dolor ardiente de los muslos, los hombros irritados y los pulmones que le estallaban. Entre sus hermanos y primos siempre se le había considerado uno de los corredores más fuertes, capaz de mantener el ritmo desde el amanecer hasta la puesta de sol. De ninguna de las maneras pensaba permitir que ese viejo veterano acabara con él.

Un grito de las alturas y Kyle se detuvo. Resonaron unos golpes distantes junto con gritos de alarma. Las armas sisearon al salir de las vainas. Kyle se inclinó hacia fuera, se asomó al hueco circular interno y miró arriba, pero no vio lo que estaba pasando. Se volvió para hablar con Ogilvy, pero el veterano lo mandó callar con un movimiento de la mano. Los ojos del hombre destellaron en la oscuridad y levantó la espada. Había desaparecido la máscara de chistes y bromas y en su lugar se había colocado la de un asesino frío y sereno, la boca sonriente apretada en una mueca fiera. Era una transformación escalofriante.

La columna empezó a moverse otra vez, el acero rozaba la piedra entre sacudidas y sobresaltos. Tres vueltas de las escaleras llevaron a Kyle hasta un descansillo poco profundo en el muro. En la base yacían los restos rotos de un cadáver con armadura, muerto siglos atrás. La carne desecada se había curado hasta alcanzar un tono marrón correoso. Kyle se quedó mirando hasta que Ogilvy lo hizo continuar de un empujón.

—En el nombre del Viento, ¿se puede saber qué era eso? —preguntó en susurros.

Ogilvy estuvo a punto de encogerse de hombros, pero se contuvo y en su lugar escupió por el borde abierto.

—Un guardián. Un aparecido. He oído hablar de ellos.

A Kyle le sorprendió advertir que había desenvainado el talwar. No recordaba

haberlo hecho.

—¿Estaba... muerto?

Ogilvy le lanzó una larga mirada, de arriba abajo.

—Ahora lo está. Así que cállate y mantén los ojos abiertos. No tardará en haber follón.

—¿Cómo lo sabes?

—Como peces en un barril. —Señaló la retaguardia con una sacudida de la cabeza—. Hicimos saltar la alarma, ¿no? Estará aquí, o debería estarlo. Quédate entre la pared y yo, ¿estamos?

Por Kyle no había problema y estaba a punto de preguntar por qué cuando un estallido de luz brotó más arriba y lo cegó, seguido por una explosión que hizo temblar los escalones. Ogilvy lo cogió de golpe por los anillos del cuero de la manga y lo apartó de un tirón del borde de las escaleras. El viento tiró de él cuando algo grande pasó a toda velocidad por el vacío del centro. Un grito rompió el silencio después del estallido. Kyle recuperó la visión a tiempo de ver que un guardia se precipitaba en la oscuridad, la cabeza y el cuello convertidos en un destrozo ensangrentado. A su lado, Ogilvy echaba chispas.

—¡Está acabando con nosotros uno por uno! ¿Dónde está Gris?

Kyle entrecerró los ojos y miró la columna hueca; podía ver mejor, estaban cerca de la cima, donde la luz de la luna y los destellos de luz bajaban en cascada con la lluvia de bruma. Una forma oscura se cernía allí. El hechicero, Shen. Los guardias empuñaban antorchas y espadas contra él. El mago permanecía en pie sobre la nada, erguido, envuelto en sombras que cambiaban. Sus manos eran garras grandes y pálidas. Una de esas manos se estiró en busca de otro hombre, pero la apartaron de una palmada. Shen enseñó los dientes e hizo un gesto. Explotó un destello cerúleo. Un guardia se derrumbó como si lo hubieran apuñalado en las tripas, se tambaleó hacia el borde y cayó como una estatua, pasó tan cerca que casi golpeó la cara alzada de Kyle con las botas.

Los guardias aullaron de rabia. Las armas arrojadas y los cuadrillos de ballesta rozaron la figura delgada y erguida. El hechicero se echó a reír. Su mirada se posó en el siguiente hombre de la fila. Kyle se inclinó hacia fuera tanto como se atrevió y aulló con su propia rabia, impotencia y miedo.

—¡Que el Embozado te arrastre, pedazo de mierda inhumana! —bramó Ogilvy mientras sacudía el puño.

Arriba, Humo se inclinó hacia Shen con las manos abiertas y las palmas a la altura del estómago. Los guardias que bordeaban la curva de las escaleras se dieron la vuelta de repente y alzaron los brazos para protegerse la cara.

—¡Arriba! —soltó Ogilvy y tiró del camisote de Kyle para echarlo hacia atrás.

Las llamas estallaron en el tubo hueco de la escalera de caracol. Revolvieron a

Kyle como metal líquido. El joven aspiró una bocanada de aire caliente y se cubrió la cara. Un horno se arrojó contra él. Las llamas le gimotearon al oído y le escaldaron el dorso de las manos. Y después, como una explosión de viento que le hizo estallar los oídos, las llamas se apagaron de repente y lo dejaron jadeando y sin casi aliento. Entre el humo y el hedor a pelo quemado y cuero chamuscado, oyó a Ogilvy decir algo con voz ronca.

—Por los dientes de Togg, Humo. Baja un poco el tono.

Se asomaron arriba y rebuscaron entre el humo en busca de alguna señal del hechicero. Las nubes, revueltas, girando sin parar, se reunieron como si las atrajera un viento que las absorbiera y desaparecieron dejando lo que parecía un ileso Shen flotando en el vacío. El hechicero alzó su mirada ambarina hacia Humo y estiró una mano pálida rígida como un garfio. Kyle anheló estar allí arriba para ayudar a Humo, el único mago que acompañaba a su grupo. Para él estaba claro que la situación los superaba.

El brazo se estiró en busca de Humo. El hechicero dobló los dedos pálidos, llamándolo. Los hombres que estaban lo bastante cerca blandieron las armas, pero fue en vano. Entonces apareció la forma enorme de Melena Gris, que salió de entre las sombras y arrojó una espada ancha en línea recta. El mandoble empaló a Shen, que ahogó un grito, asombrado. La boca del hechicero se abrió de par en par, el hombre emitió un chillido ensordecedor y sujetó la espada con las dos manos. Se desenganchó de la hoja con un tirón. Antes de que Melena Gris pudiera embestirlo otra vez, el hechicero subió disparado por la abertura.

Al lado de Kyle, Ogilvy se rascó la barbilla y se asomó con aire especulativo a la cima.

—Bueno, no estuvo tan mal, ¿no? —dijo con un guiño.

Kyle se quedó mirando, incapaz de hablar. Sacudió la cabeza, horrorizado y aliviado a la vez. Después se sobresaltó y recordó algo.

—¡Acecho! —Kyle buscó entre los hombres y lo encontró cerca de Melena Gris. Las miradas se cruzaron y después, Acecho, con los ojos pálidos brillando en la oscuridad de la cara, apartó la vista.

Ogilvy sorbió por la nariz y envainó la espada.

—Me pidió que te echara un ojo, sí, señor. Ahí abajo, antes de subir.

—No necesito que nadie me eche ningún ojo.

—Entonces tienes una cosa que aprender si quieres seguir con vida en este negocio. —Ogilvy carraspeó y escupió en el pozo—. Y es aceptar ayuda cuando te la ofrezcan, porque no será muy a menudo.

La columna empezó a moverse y Ogilvy reinició la marcha por las escaleras.

Salieron por la torre de la esquina a un patio rectangular amurallado. La lluvia

caía de lado, empujada con tanta dureza como la arena en una tormenta de viento. Los hombres se acurrucaron en grupos allí donde se ofrecía algún refugio. Kyle luchó por ceñirse la capa de cuero y corrió hasta un saliente que le llegaba a la cintura y rodeaba un estanque rebosante, y allí se apretó contra la escasa protección que ofrecía. La capa de nubes asfixiaba la fortaleza como una niebla. El viento rugía con tal fuerza junto con la descarga de los truenos que los hombres que estaban juntos tenían que gritarse al oído para lograr ser escuchados. A la luz de la descarga casi constante de relámpagos, Kyle vio que la estructura era menos una fortaleza que una vivienda privada amurallada. El patio central, las paredes, los bancos, los edificios, todos estaban hechos del basalto negro y puro de la Espuela. Al chico le asombró la cantidad de trabajo que debía de haber llevado tallar todo aquello.

Solo Melena Gris permanecía erguido, con las piernas, gruesas como troncos, separadas, y el largo cabello gris agitándose bajo el yelmo. Hizo varios gestos con los guanteletes y dividió a los hombres en grupos. Kyle se preguntó qué habría hecho con el mandoble que había utilizado contra Shen, pues el renegado no llevaba ninguna vaina lo bastante grande, solo una fina espada larga que le colgaba del cinturón.

Humo apareció de repente rozando el suelo. Corría hacia Kyle como un cuervo empujado por la tormenta. Las túnicas empapadas se le pegaban al cuerpo flaco. El cabello negro, mojado por la lluvia, le otorgaba al rostro estrecho el aspecto enloquecido de una rata medio ahogada.

—¿Tú eres el explorador Kyle? —chilló el mago con voz ronca.

Kyle asintió.

Un estremecimiento se apoderó del mago, que frunció el ceño con aire desdichado y se ciñó mejor las túnicas empapadas alrededor del cuello. La lluvia le caía en riachuelos por la cara. Señaló a cuatro hombres que había cerca de Kyle. Esos hombres se dieron por enterados con un asentimiento. De ellos, Kyle conocía solo a uno: Geddin, un espadachín enorme. Para Kyle fue un alivio tenerlo con él.

Humo acercó la boca a la oreja de Kyle. Incluso bajo la lluvia, empapado hasta los huesos, todavía emanaba de forma inexplicable de aquel hombre el olor a humo de madera y metal caliente. Señaló con un dedo huesudo un muro recubierto por una larga columnata tallada en su totalidad en el basalto oscuro: el tejado, las columnas y los sombríos portales se abrían a las habitaciones del interior.

—Comprobamos esas salas. Tú vas en cabeza.

Humo captó la reacción de Kyle a ese anuncio y se echó a reír. La carcajada se transformó en una tos seca.

Kyle sacó el talwar y buscó un refugio entremedias. En cabeza. Estupendo.

—Espera. —Humo cogió la mano en la que Kyle llevaba el arma.

Kyle estuvo a punto de soltarse de un tirón, pero recordó las palabras de Ogilvy y se contuvo. El mago frunció el ceño mientras estudiaba la hoja. Kyle esperó, sin saber

muy bien qué hacer. ¿Cuál era el problema? La lluvia le golpeaba los hombros. El puño del mago que lo sujetaba era incómodo y ardiente. Humo se volvió para mirar hacia donde Melena Gris se encontraba con su grupo. Kyle no veía más que un manchón de formas entre las cortinas sesgadas de lluvia. Humo levantó la espada y el brazo de Kyle, y alzó las cejas en una interrogación tácita. Kyle entrecerró los ojos, pero no distinguió nada de la cara o los gestos de Melena Gris. El mago gruñó, era evidente que había hallado alguna respuesta y se sacó una fina aguja de acero de las túnicas. Empezó a arañar la hoja curva.

—¿Algo que quieras? ¿Tu nombre? ¿El favor de Oponn? ¿Fuego, quizá?

—Viento —contestó Kyle al pensar en su tótem.

La aguja dejó de moverse. La lluvia caía como proyectiles de una honda contra los hombros de Kyle. Humo levantó la cabeza y sus ojos destellaron mientras buscaban la cara de Kyle, después lanzó una sonrisa llena de intención.

—Tú también viste las historias al subir, ¿eh? Buena elección. —Grabó la espiral de Viento en la hoja. Por increíble que pareciera, el hierro templado se fundió como la cera bajo la presión firme de Humo. El puño de la espada se calentó en la mano de Kyle. La lluvia siseó y provocó una bruma en la hoja. El mago soltó al chico. ¿Qué había pasado allí? ¿Y qué pasaba con Viento? ¿Qué era lo que siempre decía su padre...? ¿«Todos están a merced del viento.»?

Kyle levantó la cabeza y vio a Humo que, impaciente, le hacía gestos para que se adelantara.

Las salas abiertas en el duro basalto estaban vacías. Kyle apartó a patadas las hojas podridas y los restos del mobiliario de madera deshecho. Se sintió decepcionado, pero también, y para su vergüenza, aliviado. Se sentía expuesto, indefenso. ¿Qué podía hacer él contra ese hechicero? Sentía en el estómago un nudo tenso de ácido y los miembros le temblaban con una tensión desenroscada.

Allí delante, el gemido del viento y una bruma de lluvia traicionaban una abertura al exterior. Entró en una sala con tres paredes que se asomaba al borde de la Espuela. Las ráfagas de viento tiraron de él y se apoyó en el portal para no caer. La sala albergaba una gran jaula de madera y cuerdas, suspendida bajo un aguilón de vigas, que parecía poder colgarse sobre el abismo. La cuerda llevaba de la jaula hasta un hueco en el tejado y luego volvía a descender por la parte posterior de la habitación, donde rodeaba un grueso cabrestante alto como un hombre.

Humo se asomó por encima del hombro de Kyle y le dio unas palmadas en la espalda.

—Bajamos por ahí.

—No con este viento —rezongó uno de los hombres detrás de Humo—. Nos haríamos pedazos.

Humo se volvió con el ceño fruncido hacia el guardia, quizá el único de la compañía que era más bajo que él.

—Siempre hay que quejarse de algo, ¿eh, Junior?

Una conmoción sacudió la piedra bajo sus pies e interrumpió cualquier otra charla. Los estallidos apagados de la roca al quebrarse hicieron que a Kyle le dolieran los dientes. Humo recuperó el equilibrio y lanzó una carcajada seca y burlona.

—¡El bueno de Gris lo ha sacado de su escondrijo!

Una segunda explosión apabullante pateó la roca. Kyle hubiera jurado que había sentido mecerse la Espuela. Se irguió otra vez. La jaula de cáñamo y madera se balanceó, crujía y se golpeaba contra sus soportes. La sonrisa de Humo desapareció y se limpió el agua de la cara.

—Creo.

—Volvamos —sugirió otro guardia, uno cuyo nombre Kyle no sabía. Había usado la lengua nativa de la compañía, el taliano—. La hermandad está preocupada.

Humo asintió con un gruñido mientras se tiraba de las túnicas empapadas. Kyle observó a ese guardia desconocido. «Hermandad», había dicho el hombre. No era la primera vez que oía el término. Algo que tenía que ver con la élite de la Guardia, los originales, los juramentados. ¿O quizá otra palabra para referirse a estos, usada solo entre ellos? Kyle siguió estudiando al tipo de soslayo; un maltratado camisote de hojuelas, un gran escudo a la espalda, espada larga envainada. Bien podría ser de los juramentados; no llevaban torques ni insignias de rango, no se les podía distinguir de ningún otro guardia. Joroba le había explicado que era deliberado: «Miedo», había dicho el viejo. «Nadie sabe a quién se está enfrentando. Se piensan las cosas dos veces, sí, señor.»

Cuando regresaron a las cámaras interiores, los guardias llenaban las habitaciones. Parecía ser el punto de reunión acordado. A través de los arcos que quedaban entre las columnas de piedra, Kyle vio a los mercenarios que convergían en el complejo de salones. Los hombres resbalaban y se enredaban en la piedra pulida y mojada por la lluvia. El chico se volvió hacia el mercenario bajito que tenía a su lado.

—¿Qué pasa aquí, Junior?

Bajo el borde del yelmo envuelto en tela empapada, los ojos del hombre destellaron al clavarse en Kyle, muy abiertos y embargados de indignación.

—No me llamo Junior —dijo entre dientes.

Kyle maldijo su estupidez y esos malditos nombres extranjeros.

—Perdón. Humo te llamó así.

—Humo puede llamar a quienquiera como le salga de los cojones. Pero más vale que tú muestres un poco más de respeto...

—Perdón, yo...

Alguien tiró del camisote de Kyle, que se giró en redondo y se encontró con Joroba. El viejo zapador le guiñó un ojo.

—No molestemos aquí al amigo Cápsula con nuestras preguntas. No es de los que les gusta ayudar.

Los labios de Cápsula se estiraron y apretaron todavía más hasta convertirse en la sonrisa recta de un perro de caza. Saludó a Joroba con una inclinación del yelmo, se apartó de la pared de un empujón y se abrió camino entre la multitud de guardias.

—¿Y qué pasa? —susurró Kyle.

—Ahora mismo no estoy muy seguro —admitió el viejo veterano con sinceridad—. Hay que esperar para averiguarlo. En este oficio es lo que hacemos la mayor parte del tiempo, ya sabes.

¿Y qué oficio es ese, si puede saberse?, fue lo que estuvo a punto de preguntar Kyle, pero de repente todos los hombres se pusieron firmes y prepararon sus armas. Kyle miró a su alrededor, confuso. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué siempre era el último en enterarse? A él le parecía que los hombres se erguían al unísono como marionetas en una cuerda. Era como si los guardias veteranos compartieran un idioma silencioso o un instinto del que él carecía. En un sinfín de ocasiones había estado sentado en una habitación observando una partida de cartas, o dormitando en un barracón, solo para ver que los hombres se ponían de pronto alertas como si hubieran oído el sonido de un tambor. En tales momentos, los otros reclutas novatos y él siempre eran los últimos en estar listos, siempre eran los que cerraban la fila.

Esa vez Kyle vio que el centro de atención de todo el mundo era el portal abierto de la estructura principal que había al otro lado del jardín. Los hombres se reunieron en la columnata, y apuntaron a esa puerta con las ballestas cargadas. La fila delantera se arrodilló y la trasera se alzó sobre ellos. Kyle no disponía de un arma así porque en la compañía había escasez de ellas.

—Aquí vienen —murmuró Joroba.

Entre las cortinas de lluvia torrencial, Kyle distinguió un pelotón de hombres que salían del portal. Melena Gris fue el último en salir. Se las arregló sin ayuda de nadie para cerrar la losa de piedra que tenía por puerta. Los hombres cruzaron a la carrera los niveles colindantes de jardines y patios. Se arrojaron tras bancos y macetas de piedra que no contenían más que tallos derrotados de maleza muerta. Otros hombres y mujeres cubrieron la puerta mientras sus compañeros corrían y serpenteaban hasta otra sección del patio. Acecho estaba entre ellos, con la ballesta en la mano. Melena Gris cerraba la fila, caminaba con lentitud y pasos pesados, como si estuviera sumido en sus pensamientos. Ni una sola vez miró atrás. Era extraño, una bruma sacudida por el viento surgía como un penacho de aquel hombre, como si fuera un estandarte.

Los hombres alcanzaron el refugio de la columnata. Cuando Melena Gris salió de entre la cortina de lluvia, Kyle vio que lo cubría una capa de hielo, unos carámbanos

le colgaban de las faldas de la armadura suelta de hojuelas. El renegado malazano dio unos golpes en el hielo y mandó fragmentos tintineando al suelo de piedra. El vapor se enroscaba a su alrededor como humo. Para asombro de Kyle, nadie hizo el menor comentario.

Humo se acercó a Melena Gris.

—No se puede coger la jaula —gritó—. El puñetero viento es demasiado fuerte.

Melena Gris asintió con gesto cansado.

—Las escaleras no nos sirven. Ya se ha ocupado de eso Shen.

La piedra sólida que pisaba Kyle saltó como si le hubieran dado una patada. Una columna crujió y se partió como el tronco de un árbol seco y mandó a los hombres a un lado, encogidos y estremecidos. El polvo de la roca hizo escocer la nariz de Kyle.

—Está despierto —contestó Melena Gris a la pregunta tácita de Humo—. Estará aquí en cualquier momento. —Se volvió para mirar el edificio principal, que era un refugio largo, bajo y negro sin ventanas ni adornos—. Shen lo despertó antes de que pudiera impedirselo, esa maldita sanguijuela de la senda. —Junto a Melena Gris, el sargento Zanja indicaba a los hombres mediante gestos que se dispersaran. Los hombres se dirigieron a ambos lados arrastrando los pies, encogiéndose para encontrar refugio, con las ballestas apuntadas.

Humo se frotó el bigote de rata mientras se mordía el labio inferior.

—Quizá deberíamos ir a por Cogulla.

Los ojos pálidos como el cielo de Melena Gris destellaron y después se los frotó con un guantelete y suspiró.

—No. Todavía no. —Se cruzó de brazos—. Veamos lo que hemos levantado.

Kyle estuvo a punto de hablar entonces. ¿Se podía saber qué estaba pasando? Esos dos parecían haber llevado a todo el mundo a un callejón sin salida. ¿Qué problema había con las escaleras? Joroba, como si le leyera el pensamiento, llamó su atención con los ojos y después miró a la parte trasera de las habitaciones. Kyle asintió.

Se encontró con Joroba en el último portal, que ofrecía una buena vista del patio. Ante ellos, los hombres se agazapaban y se inclinaban tras las columnas con las ballestas listas. Murmuraban entre ellos en voz baja y echaban vistazos a Melena Gris con ojos cansados y calculadores. Kyle incluso oyó unas cuantas carcajadas entre los truenos y el estruendo de la lluvia. Se preguntó si la mitad de ese oficio de mercenario no se trataba sencillamente de ver cuánta indiferencia podías mostrar ante una muerte inminente.

Joroba le lanzó una sonrisa alentadora y se frotó un muslo con la mano.

—¿Qué pasa, muchacho? Por tu aspecto cualquiera diría que tu caballo favorito acaba de caerse muerto.

A pesar de sí mismo, Kyle tuvo que lanzar una carcajada. ¡Que el gran Viento lo

protegiere! ¿Estaba chiflado ese hombre?

—Estamos atrapados, ¿verdad? No hay escapatoria y solo los burlones Mellizos sabrán lo que está a punto de tragarnos vivos.

Joroba alzó las cejas. Se quitó la gorra de cuero hervido que hacía las veces de yelmo y se rascó la cabeza.

—Maldita sea, anda que no soy lerdo. A uno se le olvida, ¿sabes? Sirves con los mismos hombres el tiempo suficiente y al final hasta les lees el pensamiento. —Se palpó los márgenes del pelo cortado a cepillo y aplastó algo entre las uñas. Sus ojos, al encontrarse con los de Kyle, eran tan pálidos que parecían incoloros—. Perdona, muchacho. Se me olvidó lo verde que estás. ¡Y mira que fui yo el que te tomó juramento! Es lamentable. —Apartó la vista con una risita.

—¿Y? —le apuntó Kyle.

—¡Ah! Sí. Bueno, muchacho. Verás, Shen, el hechicero, ese tipo ha muerto. Melena Gris acabó con él. Pero lo que Cogulla y Humo temían que podría estar aquí arriba, resulta que está. Shen lleva todo este tiempo chupándole poder. Pero lo despertó cuando murió. Es poderoso y viejo, el muy puñetero.

—¿Qué es?

—Una especie de mago poderoso. Un brujo. Quizá hasta algún ascendiente o algo así. Un gran señor de la senda de Serc.

«Ascendiente», Kyle había oído el nombre unas cuantas veces, ¿un hombre o una mujer de gran poder? Él conocía los nombres que daban en su tribu a las sendas. Algunos de los ancianos todavía insistían en llamarlas «Fortalezas». Pero él no sabía los nombres talianos.

—Serc. ¿Qué senda es esa?

—El Firmamento.

Fue como si el mismo viento que aullaba alrededor de Kyle se lo llevara por el aire y lo hiciera caer dando vueltas mientras el rugido que lo rodeaba se transformaba en una carcajada atronadora. La resonancia le llenó la cabeza y expulsó cada pensamiento. Kyle recordó a su padre diciendo que el trueno era el Viento que se reía de la arrogancia de los humanos y de todas sus absurdas luchas. Su visión pareció estrecharse en un túnel diminuto, como si una vez más estuviera asomándose a las escaleras de caracol huecas de la Espuela. Parpadeó y sacudió la cabeza, pero se sintió como si todavía estuviera girando.

Joroba estaba mirando a otro lado, distraído.

—Tengo que irme, muchacho. —Sin esperar respuesta alguna, el viejo saboteador le dio a Kyle una palmada en el hombro y se metió entre los hombres.

Kyle cayó contra un muro con las rodillas entumecidas. Levantó el talwar hasta los ojos. El agua formaba cuentas y chorreaba del símbolo del Viento grabado en el hierro. ¿Podría serlo? ¿Podría ese ente ser uno de ellos? Un fundador de su pueblo.

¿Un espíritu bendecido del Viento?

Escampaba, y Kyle miró con los ojos entrecerrados los muros circundantes de nubes sólidas. La Espuela parecía haber perforado algún otro reino, un mundo de coléricas nubes oscuras como la pizarra y un viento despiadado. Mientras Kyle miraba, ese viento se convirtió en una galerna, esparció los charcos de agua y empujó a todo el mundo a buscar refugio. Solo Melena Gris permaneció en pie, con las piernas separadas y un brazo blindado protegiéndole la cara.

La puerta de la casa principal se abrió con un estallido, como si la hubiera propulsado una explosión como las de las municiones moranthianas que Kyle había oído describir. Estalló en fragmentos que salieron disparados por el aire y crujieron como cuadrillos de ballesta al salir de las columnas y los muros. Kyle se encogió cuando un trozo le hizo un corte en la pierna. Uno de los guardias se derrumbó hacia atrás y cayó con una postura tan rígida y en tan absoluto silencio que nadie se molestó en bajar las armas para comprobar cómo estaba.

Salió un hombre. A Kyle le sorprendió una impresión inmediata de solidez, aunque el tipo no era tan ancho como Melena Gris. Tenía el cabello espeso, blanco como el hueso y trenzado, y caía sin que el viento le moviera ni un solo pelo. Unas túnicas de lana con pliegues y borlas descendían en varias capas que se precipitaban en cascada de los hombros hasta los pies. Ni un solo rizo o borde se ondulaba. Era como si el hombre ocupara una especie de oasis de quietud dentro de la tormenta.

Su mirada pasó con una deliberación firme de una cara a otra. Cuando esa mirada argentina se clavó en Kyle, el chico se encontró con que tenía que girarse; los ojos se apoderaban de él como si fuese una posesión y lo aterrorizaban por lo que parecían prometer. Por alguna razón sintió que la vergüenza le calentaba la cara, como si, de algún modo, no fuese digno. Los vientos se calmaron entonces, los latigazos y aullidos fueron menguando. Las nubes densas y revueltas parecieron retirarse como si cobraran fuerzas para un último ataque.

En esa calma entró Humo. Sus sandalias golpearon la piedra húmeda. El brujo (y a Kyle le quedaban pocas dudas de que eso era, como mínimo) observó al hombrecito con aparente diversión. Humo se arrodilló e hizo algo con las manos sobre el suelo de piedra. Las llamas salieron disparadas de las manos por la roca húmeda. La línea de fuego se precipitó de forma muy parecida a una serpiente que fuera acercándose cada vez más a la entidad. El brujo lo observó todo con una especie de curiosidad paciente. La cabeza bajó solo un poco mientras los ojos se movían para seguir el avance de las llamas.

Una vez que la línea de fuego llegó cerca de las sandalias del brujo, se dividió en dos ramales que lo rodearon. La mirada ponderada del ser subió para contemplar a Humo, que se estremeció bajo todo su peso. El brujo chasqueó los dedos y las llamas estallaron como un cristal machacado. Humo voló hacia atrás como si le hubieran

dado un puñetazo. Se deslizó por la piedra mojada y quedó tirado a los pies de Melena Gris.

—Eso es algo que no se ve todos los días —oyó Kyle que jadeaba el hombrecito. El brujo estaba inmóvil, pero Melena Gris no le quitó los ojos de encima para mirar a Humo—. Deberíamos llamarlo a él —dijo el mago mientras se levantaba.

El brujo levantó poco a poco los brazos rectos, los apartó del cuerpo como si fuese un pájaro a punto de echar a volar. Melena Gris cogió aire para decir algo, pero se detuvo y miró con brusquedad a un lado. Tres figuras, dos hombres y una mujer, todos con mantos oscuros sacudidos por el viento, se acercaban por la columnata. Tres que Kyle sabía con seguridad que no habían subido con el grupo. Melena Gris maldijo por lo bajo. Humo se sopló en las manos y se las masajeó.

Los guardias fueron abriéndoles paso a los tres. El primero Kyle sabía que era Cogulla, el rostro afilado lucía unos tatuajes azules en espiral en la barbilla y un entramado de cicatrices de cuchillo perladas en el cuello. El segundo Kyle supuso que era Keitil, un hombre muy moreno, procedente de las llanuras como él, aunque de un lugar llamado Wick. E Isha, una mujer grande y sólida con el cabello largo, moreno y basto recogido en una sola trenza. Los tres eran velos, homicidas encubiertos, asesinos mercenarios.

Melena Gris le lanzó una mirada a Humo, que se encogió de hombros.

—La hermandad debe de haber acudido a él —dijo el mago.

—Ya veo que has hecho progresos —le dijo Cogulla a Melena Gris.

El renegado encorvó los hombros y se abstuvo de responder. Al final habló con esfuerzo.

—No quiero la ayuda que tú das.

Cogulla agitó una mano enguantada.

—Entonces, por favor, termina con esto de un modo u otro. Si puedes.

Melena Gris posó los ojos en el brujo inmóvil.

—Tu solución es siempre la misma. No requiere pensamiento alguno...

—Algo pasa —advirtió Humo.

El brujo había echado la cabeza hacia atrás para contemplar las nubes. Levantó todavía más los brazos, en línea recta, con las manos abiertas y los dedos extendidos. Las gruesas mangas de lana de las túnicas cayeron y revelaron los tatuajes azules arremolinados, espirales y ondas que rodeaban los dos brazos, desde las manos hasta los hombros desnudos: los símbolos reunidos del Viento.

—¡No! —exclamó Kyle con un sollozo ahogado. ¡Un espíritu del Viento! ¡Tenía que serlo! Un ancestro bendito, eso afirmaban las enseñanzas de su tribu. Kyle se echó hacia delante y abrió la boca para chillar. ¿Una advertencia? ¿Un ruego?

Pero Cogulla gritó.

—¡Al suelo!

El brujo estiró los brazos en el aire, los levantó como si quisiera coger las nubes. Apretó los puños y después bajó de repente los brazos.

Una andanada de relámpagos azotó la Espuela. El aluvión pareció hundir la piedra bajo sus pies. Los hombres aullaron por todas partes, un terror auténtico les quebraba la voz. Kyle cayó cuando la roca lo empujó como si lo cociera. Los destellos continuos lo cegaron. Quedó tendido con los brazos tapándole la cabeza, gritando sin palabras y rogando que terminara.

La tormenta pasó. El trueno se estrelló y fue perdiendo fuerza por las leguas de llanuras que los rodeaban. Kyle levantó la cabeza y parpadeó. Se sentía como si le hubieran dado una paliza con unos tablones de madera. A su alrededor los guardias se iban irguiendo como podían, mareados y entre gemidos. Por increíble que fuera, Melena Gris seguía en pie. Kyle se preguntó si había algo que pudiera hacerlo caer, aunque tenía una mueca de dolor y la cara girada hacia un hombro para protegerse los ojos. Humo yacía inmóvil en el suelo. Joroba acunaba la cabeza del mago y le examinaba los ojos.

El brujo no se había movido en absoluto; permanecía allí en pie con los brazos cruzados.

Kyle se arrastró hasta Joroba.

—¿Se pondrá bien?

Joroba abofeteó la mejilla del mago.

—Eso creo. Es un tipo duro.

Kyle miró a su alrededor. Cogulla y sus dos seguidores se habían ido.

—¿Dónde están los velos?

—Haciendo su trabajo.

Kyle se irguió.

—¿A qué te refieres? ¿Qué trabajo?

El viejo saboteador señaló al brujo con una sacudida de la cabeza.

—¡No! —Kyle se puso en pie de un salto.

—¿Muchacho? —Joroba levantó la cabeza y guiñó los ojos—. ¿Qué pasa, muchacho?

—No pueden. No deben...

Joroba cogió a Kyle por el brazo.

—Ese diablo es una amenaza para todos. En parte somos responsables de que se haya despertado, así que deberíamos...

—¡No! No ha amenazado a nadie.

Joroba se limitó a sacudir la cabeza.

—Lo siento. No es así como funcionan las cosas. No podemos arriesgarnos.

Kyle se apartó de un tirón y salió tambaleándose al patio.

—¡Muchacho!

Mientras corría no podía evitar estremecerse con cada paso. Estaba seguro de que en cualquier instante un rayo lo reventaría, lo convertiría en carne calcinada. Pero no recibió ningún impacto. No destelló ningún rayo, no voló ni un solo cuadrillo de ballesta, pero Kyle también temía la justicia sumaria de la Guardia por desobediencia. Hubo gritos, las voces se confundían con los aullidos del viento. El brujo permanecía tan inmóvil como cualquiera de las otras estatuas que decoraban el patio. Había ladeado la cabeza de frente pesada como si estuviera escuchando. Como si descifrara un mensaje lejano.

Kyle saltó por encima de bancos, cruzó mosaicos de teselas blancas y rosas. En algún momento había sacado la espada, quizá no era lo más inteligente que se podía hacer mientras se cargaba contra un brujo o un posible ascendiente. Pero para envainarla debería detenerse y tampoco tenía valor para tirarla. Por algún sitio vigilaban Cogulla y sus dos velos.

—¡Oh, antiguo! —gritó a las ráfagas de viento que lo azotaban—. ¡Cuidado!

El ser descruzó los brazos. Su sonrisa sesgada se ensanchó. Cogulla apareció entonces a su espalda, fue como si saliera de la nada. Algo invisible hizo tropezar a Kyle, que cayó dando vueltas y deslizándose por la roca resbaladiza. Cogulla golpeó con un latigazo borroso de los dos brazos.

Kyle chilló, rabioso y frustrado. El mundo estalló en fragmentos de luz blanca. El chico giró en redondo mientras algo explotaba con gran estruendo. El ruido despertó ecos y los volvió a despertar, y se transformó en una carcajada aterradora que sacudió el mundo y que siguió rugiendo y rugiendo mientras Kyle giraba, caía y daba vueltas, aterrado al pensar que nunca terminaría o que en cualquier momento se haría pedazos contra las rocas.

A lo lejos, bajo el rugido, oyó a una mujer hablar en la lengua nativa de la Guardia.

—Por la sonrisa de Sombra, ¿se puede saber qué fue eso?

—No estoy seguro —respondió un hombre.

—¿Conectaste?

—Sí, por sorprendente que sea. Algo sólido. Al final, sin embargo... muy raro. Con todo, se ha ido para siempre, estoy convencido.

La mujer volvió a hablar, esa vez más cerca.

—¿Y qué hay de este?

—Está vivo. Parece que fue la espada la que se llevó la peor parte de la explosión.

Una mano, fría y húmeda, lo cogió por la barbilla y le movió la cabeza hacia detrás y adelante.

—¿Me oyes? —preguntó la mujer.

Kyle no podía contestar. Era como si hubiese perdido todo contacto con su cuerpo. Poco a poco fue cayendo la oscuridad una vez más; una oscuridad suave y

mullida que ahogó su conciencia. La mujer habló otra vez, pero su voz no era más que un murmullo. Después se hizo el silencio.

El dolor lo despertó con una punzada. Una llamarada temible en la mano derecha. Se la llevó a los ojos con gesto agotado y la encontró envuelta en trapos. Frunció el ceño e intentó recordar algo.

—Vuelves a estar con nosotros, ¿eh? —preguntó una voz conocida y ronca.

Levantó poco a poco la cabeza y siseó con los estallidos de dolor punzante que le palpitaban en el cráneo. Joroba estaba sentado a su lado. Se encontraban dentro de una de las habitaciones talladas en el basalto negro. Había un guardia sentado, apoyado contra una pared más allá de Joroba. Unos trapos le envolvían la cara, asomaba un ojo castaño que lo observaba como un faro que ardiera muy lejos, en las llanuras, por la noche.

Kyle apartó la mirada y tragó saliva para mojarse la garganta.

—¿Qué, qué ha pasado?

Joroba se encogió de hombros y sacó una pipa de arcilla de una saquita del cinturón.

—Cogulla acuchilló al brujo, o ascendiente, o lo que por el culto de la Tragedia fuera. Ahí mismo cayó un bombardeo de rayos como si fuera el fin de la creación sobre el que farfullan algunas religiones y cuando paró solo permanecían en pie los velos. No quedaba ni una sola señal del cabrón. Carbonizado y hecho cenizas. Puñetera suerte que tienes de estar vivo. Pero te dejó la mano chamuscada como una perdiz hecha al fuego.

Kyle se miró los vendajes. ¿Se fue? ¿Muerto?

—¿Cómo puede ser?

Con el pulgar, Joroba fue metiendo unas hojas de roya en la cazoleta de la pipa.

—Oh, tú no conoces a Cogulla como yo. No hay nada vivo que ese no pueda matar. —Joroba se inclinó sobre él—. Les dije que habías salido corriendo para cargártelo tú. Ya sabes, hacerte un nombre y todo eso. Algo así como el Maldito Idiota de la Mano en Llamas. O cosa parecida. Ya me entiendes.

Kyle lanzó un bufido de carcajada, después se sujetó la cabeza palpitante y gimió.

—Sí, ya te entiendo. Bueno, ¿y ahora qué?

Joroba atrapó la pipa con los dientes.

—Pues ahora esperamos. El viento se está calmando. Pronto será seguro coger la cesta para bajar. Ya hemos terminado con el contrato.

—¿Lo conseguisteis?

Las pobladas cejas grises de Joroba se juntaron.

—¿Conseguir? ¿De qué hablas?

—Eclipsar lo que sea.

El viejo saboteador suspiró, se sacó la pipa de la boca y la volvió a meter en la saquita.

—Bueno, muchacho, no te pongas ahora a...

—Sabíais que había algo o alguien aquí arriba, ¿verdad? ¿Desde siempre? —Kyle se apoyó en un codo e intentó poner una rodilla en el suelo. Joroba lo sujetó por debajo del brazo y lo levantó. El muchacho se apoyó en la pared fresca y vigorizante. Se llevó la mano izquierda a la frente para que dejara de girar—. Por eso vinisteis aquí en un principio, ¿a que sí? ¿Por eso aceptasteis este contrato, aunque era una cosa rara para la Guardia?

Joroba rondó junto a Kyle por si el chico se desmayaba.

—Venga, tampoco hace falta sulfurarse. Pues claro que sospechábamos que había algo aquí arriba que merecía la pena. De otro modo habríamos tirado de largo. Siento que tú y él estuvierais los dos comprometidos con Viento.

Kyle se echó a reír. ¡Comprometidos!

—Fue mala pata —prosiguió Joroba—. Eso es todo. Bueno, los soldados ya estamos acostumbrados. La mitad de los hombres que he matado se habían jurado a Togg, igual que yo. No significa nada, muchacho.

Kyle sacudió la cabeza.

—Tú no lo entiendes. —¿Cómo podía alguien que no pertenecía a su pueblo ver que ese ser debía de ser un espíritu del Viento como poco? Y lo habían matado. Pero ¿cómo podía Cogulla, un simple mortal, matar a un espíritu? Eso era imposible.

—Bueno, quizá no lo entendamos. Nosotros solo estamos de paso por las tierras de Bael, después de todo. Es verdad. Pero sé que hay una cosa que nosotros entendemos y tú no. —Joroba señaló al oeste—. La Guardia está enzarzada en un duelo a muerte con un gran poder, muchacho. Una fuerza que sería capaz de asolar todas estas tierras para llegar a nosotros.

—Los malazanos.

—Eso mismo. Me alegro de ver que has estado prestando atención. Bueno, el poder es poder. Sabíamos que este hechicero, Shen, no era tan potente como para sacarse de la manga una tormenta así. Diablos, si está afectado el clima entero de este subcontinente. Tus propias llanuras están secas por todas las lluvias que se arrastran hasta aquí para después salir por la costa oriental. Esperábamos que fuera algo que pudiéramos utilizar en nuestra guerra contra los malditos malazanos. Pero, como viste, solo era un puñetero brujo soñando.

—¿Soñando?

—Sí. Cogulla dice que todo esto, la tormenta, la invocó y sostuvo únicamente con sus sueños. Imagínate.

Kyle estuvo a punto de abalanzarse sobre Joroba. *¡Imbéciles! ¡Habéis asesinado a un dios de mi pueblo!* Pero un dolor cegador le aporreaba el cráneo y se frotó con

furia la frente con la mano buena.

—¿Estás bien, muchacho?

Kyle asintió con una sacudida.

—No me vendría mal algo de aire fresco.

Joroba lo cogió por el brazo para ayudarlo a subir por el pasillo. Fuera, tras la columnata, los guardias ganduleaban sentados en los bancos y macetas, dedicados a charlar, descansar y aceitar armas y armaduras. Joroba sentó a Kyle en el último escalón de un amplio tramo de escaleras que bajaban a un patio hundido, convertido en un estanque fétido de hojas y ramas medio podridas. Las nubes seguían amortajando la cima de la Espuela y todavía seguirían así un rato, imaginó Kyle. Pero la tormenta estaba pasando. Los truenos ya no estallaban sobre ellos ni rugían con un rumor sordo sobre las llanuras extendidas a sus pies. Unos fucilazos altos parpadeaban y se precipitaban por los cielos, saltando y destellando sin ruido.

No podía ser. ¿Cómo era posible? No lo era. Decidió que después de aquello nada podría tocarlo jamás. Pero el caso era que había pasado algo. Se estudió la mano vendada. Estaba entumecida, no notaba nada salvo un dolor constante y molesto. Debían de haber puesto algún tipo de bálsamo en ella. Observó que algún alma caritativa había envainado su talwar. Lo sacó con la mano izquierda. El cuero de la empuñadura se desprendió como corteza seca en su mano. Sacudió el material quemado y dejó la espiga chamuscada desnuda. La hoja, sin embargo, permanecía limpia y sin marcas. Los giros y torbellinos de Viento parecían danzar por toda la reluciente longitud. Kyle la giró y se detuvo un instante: el diseño recorría los dos lados de la hoja curva. No recordaba que Humo hubiera grabado ambos lados.

Se llevó la hoja fría a la frente e invocó una plegaria a Viento. Tendría que pedir que le hicieran una empuñadura nueva. Y la llamaría Tcharka. Regalo del Viento. Y jamás olvidaría lo que había pasado ese día.

—Descansa un poco —le aconsejó Joroba—. Todavía tardaremos un rato.

Kyle dejó caer la cabeza sobre el muro de piedra. Con los ojos medio cerrados vio que Acecho se agachaba junto a una columna al lado de dos guardias que no conocía; uno era extraordinariamente peludo y con unas cicatrices feroces; el otro era un hombre de más edad cuya barba estaba trenzada y atada en pequeñas colas. Los dos eran morenos como nueces y fornidos como osos, a Kyle le recordaron a los hombres de las montañas de Piedra, al oeste de sus tierras, muy lejos. El explorador lo contempló con sus ojos castaños de un brillo sorprendente mientras murmuraba con los dos hombres. Agotado, Kyle se adormeció bajo el viento débil e intermitente.

Casi al amanecer le llegó el turno a Kyle en la cesta. Otros cuatro y él se metieron mientras la construcción de madera, cáñamo y mimbre colgaba sobre un espacio abierto y vacío. Ocho guardias manejaban los brazos de hierro del cabrestante. Unas

ráfagas de viento tiraban y agitaban el pelo de Kyle, que llevaba el casco bajo un brazo.

—¿Y cómo bajarán ellos? —le preguntó a un hombre que iba con él en la cesta cuando el equipo empezó a darle la primera y lenta vuelta al cabrestante.

El guardia le lanzó una mirada perezosa a los hombres del cabrestante. Una sonrisa del humor más cruel le rozó los labios.

—Pobres cabrones. Mejor ellos que nosotros. Tendrán que bajar por las cuerdas.

Se levantó el viento mientras la cesta bajaba muy cerca de los riscos desnudos. Golpeó la frágil construcción y tiró de la sobrevesta de la Guardia Carmesí de Kyle. «Nosotros», había dicho el guardia. Kyle sabía que ya era uno de ellos, pero jamás podría ser uno con ellos. Formaba parte de la hermandad, pero esa misma hermandad había matado a algo parecido a su dios, uno de los ancestros, progenitores, guías o protectores de su pueblo, quizá incluso un avatar del propio gran padre Viento. Al fin sabía que le resultaría mucho más fácil usar el arma que llevaba al costado. Volver los ojos apagados e insensibles a la muerte y las matanzas. Hacer lo que había que hacer. Estudió a los hombres suspendidos con él sobre lo que podría ser la muerte de todos. Dos observaban las nubes del cielo, quizá en busca de indicios del tiempo que iba a hacer. Otro se asomaba al suelo, curioso quizá sobre el lugar en el que iban a desembarcar. El último había clavado los ojos en la nada. Los ojos de todos, rodeados por un empajado de arrugas, parecían apagados y vacíos. Esos eran a los que nada podía tocar. Kyle se sintió atraído por ellos, percibía que había empezado a compartir algo del mundo muerto en el que habitaban. Observó sus rostros sudorosos, llenos de cicatrices, como de cuero hervido, y sintió que el suyo también se endurecía y se convertía en esa máscara. Podía mirarlos, podía mirar a cualquiera, vivo o muerto, y no verlo.

CAPÍTULO 2



Durante generaciones, los polos del continente Quon Tali fueron la provincia de Unta al este y la provincia de Quon Tali (que dio nombre a esa tierra) al oeste. Cada uno, a su vez, dominaba el comercio mercantil y luchaba por aplastar a su lejano rival mientras los estados menores, Itko Kan, Cawn, Gris y Dal Hon, danzaban en una miríada de alianzas, combinaciones comerciales y troicas formadas contra uno o ambos de esos polos. ¿Quién habría predicho que estas dos importantes capitales caerían en manos del invasor mientras los estados más pobres resistían durante años?

Cronista Denoshen
Ermitas del sur de Kan

Bajo un sol ardiente de mediodía, la multitud que iba subiendo a empujones por la calle de los Ópalos de Unta se fue haciendo más densa hasta convertirse en una masa clamorosa e inmóvil. La avenida desembocaba en la plaza del Accesible, donde el rugido animal de decenas de miles de voces zarandeaban a los que se peleaban por entrar. Los balcones de los segundos pisos que se asomaban a la calle se combaban con el peso de más espectadores de pago de los que el sentido común debería permitir.

Para los frustrados ciudadanos atrapados en la calle, el avance era imposible. Zarigüeya, sin embargo, se deslizaba sin dificultad, metiéndose en un fino hueco tras otro y pasando con un roce aquí o un codo bien colocado allá. Los de su oficio estaban adiestrados para usar a las multitudes y por eso él las disfrutaba tanto. El anonimato, le parecía, estaba garantizado siendo uno entre tantos. Pero también pensaba de la naturaleza humana que, con tantas personas reunidas, nadie podía organizar nada.

Salió a los ladrillos sucios de la plaza del Accesible y la encontró convertida en un mar palpitante de ciudadanos del Imperio, pues era día de ejecuciones. La emperatriz estaba despachando a sus enemigos del modo más sucio y público posible. Todo para que sirviera como saludable advertencia a cualquiera que se planteara

algún delito semejante. Y, por supuesto, para entretener a sus leales masas. Zarigüeya se abrió camino por el perímetro de la inmensa plaza pegado a un muro que la cerraba. Calculó que la multitud alcanzaba los cincuenta mil y todos clavaban mirada y atención en la plataforma central, donde varios pequeños delincuentes ya habían hallado su fin decapitados, destripados y empalados.

La multitud de ese mes era superior a la media y a Zarigüeya no le cupo duda de que el exceso de espectadores había llegado atraído por el prisionero estrella que, según estaba programado, iba a conocer su doloroso y sangriento final ese día: Janul, oriundo de Gris. Mago, en otro tiempo puño supremo, durante los recientes tiempos de disturbios se había hecho llamar Tirano de Delanss y solo habían conseguido meterlo en cintura tras un desvío bastante costoso de recursos. El tal Janul se había ganado por derecho la ira de la emperatriz y por tanto, para expirar, ese lugar público a más no poder. Pero también podía ser que todos esos ciudadanos que atestaban la plaza del Accesible (y Zarigüeya admitía que él también) se preguntaran si quizá no había otra razón tras esa ejecución concreta: mucho tiempo atrás Janul había pertenecido al cuadro más selecto del emperador. Formaba parte de la vieja guardia.

Mientras Zarigüeya se deslizaba tras las espaldas de hombres y mujeres, alguien se dirigió a él. Eso por sí solo no tenía nada de raro ya que a través de la senda de Mockra había alterado su apariencia solo un poco, si bien vestía como un trabajador común. Entre la multitud que se empujaba a su alrededor la gente chismorreaba, anunciaba a gritos su mercancía y apostaba sobre el destino de los condenados. Esa voz, sin embargo, había hablado desde los caminos del Embozado. Zarigüeya se irguió, se volvió y miró a su alrededor. Nadie parecía prestarle una atención especial.

—*Arriba* —lo urgió la voz—. *Aquí arriba.*

Zarigüeya levantó la cabeza. El muro que cerraba el recinto se alzaba anodino, construido con bloques de piedra bien encajados moteados por moho y líquenes. Allí, en la cima, a casi la altura de cuatro hombres, descansaban unas pequeñas bolas que parecían la idea de almenas que hubiera tenido alguno de esos graciosos de Oponn: una fila de cabezas humanas ensartadas en picas.

Zarigüeya se volvió y examinó su entorno... ¿era posible?

—*Sí. Aquí arriba.*

Zarigüeya se apoyó en el muro, de cara a las espaldas de la multitud.

—¿Me oyes? —susurró en voz muy baja.

—*Tengo orejas.*

—Y poco más.

Zarigüeya percibió la exasperación que refulgía al otro lado de los Caminos del Embozado.

—*Muy bien. Oigámoslos, acabemos de una vez.*

—¿Qué?

—*Los chistes de cabezas. Se te nota que te mueres por contar alguno. Por ejemplo, terminaste en cabeza, ¿eh?*

Zarigüeya lanzó un bufido. Unos cuantos hombres y mujeres lo miraron. Él tosió, sacó una flema y la escupió. Las caras se giraron.

—¡El Embozado me libre! Jamás sería tan insensible.

—*Claro. Y a mí me ensartaron ayer.*

—¿Entonces por qué estamos hablando? ¿Qué pasa, no hay mucha compañía por ahí arriba? ¿Les comió la lengua el gato?

—*Tengo un mensaje para ti.*

A pesar de todo su autocontrol, Zarigüeya se puso rígido. Un mensaje así solo podía provenir de una fuente.

—Sí —consiguió decir, la voz cada vez más débil.

—*Están regresando.*

—¿Quiénes?

—*Los que engañan a la muerte. Los que desafían. Todos los que se ocultan y se arrojan.*

—¿Quiénes?

—*Ah, aquí viene una.*

Zarigüeya se echó hacia delante y se agachó, listo para todo, con las armas deslizándose por sus palmas. Examinó las espaldas más cercanas. ¿Quién? ¿De quién estaba hablando ese espíritu? Una mujer salió de entre la multitud. Baja, atlética, con el pelo entreverado de gris, muy corto y despeinado, vestida como una sirvienta con una camisa lisa y unos pantalones de lino deshilachados, los pies desnudos y sucios.

Su superiora, la emperatriz Laseen.

Zarigüeya se irguió.

—No pensé que vendrías.

Laseen lo contempló con los ojos entornados.

—¿Con quién estabas hablando ahora mismo?

—Con nadie. Estaba hablando solo.

—Qué aburrido.

La rabia cruzó como un rayo ardiente la visión de Zarigüeya. Exhaló y relajó los hombros. *Con el tiempo. En su momento.*

Laseen continuó mirando con pereza. Siempre juzgando, le parecía a Zarigüeya. ¿Hasta dónde podía presionar? ¿Cuánto me teme este hombre?

La mujer se echó a reír de repente.

—Pobre Urdren. Eres transparente.

Zarigüeya se la quedó mirando sin saber qué hacer. ¿Urdren? ¿Cómo podía saber aquella mujer su nombre de pila? Lo había dejado atrás, junto con el cadáver de su padre.

Laseen se giró.

—Está aquí. Estoy segura. Mantente alerta. Yo voy a circular por ahí.

Zarigüeya estuvo a punto de inclinarse, pero se contuvo a tiempo. Laseen desapareció entre la multitud. Él volvió a apoyarse en el muro.

—Me dijo que no se lo dirías a ella.

—¿Quién te lo dijo?

Un suspiro del otro lado.

—Piénsalo.

—¿A qué te refieres con «los que engañan a la muerte»?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Yo solo soy el mensajero.

—¿Qué...?

—Aquí está. *La atracción principal.*

Un susurro de anticipación barrió la multitud entera y se hinchó hasta convertirse en un rugido ensordecedor. Zarigüeya, atrás del todo, no veía el escenario.

—Supongo que tú tienes una buena vista.

—*Los mejores asientos de la casa.*

En muchos sentidos a Zarigüeya le daba igual el espectáculo, no estaba allí por eso. Mientras examinaba las nucas en busca de movimiento o del brote de magia de las sendas, le preguntó al otro:

—Bueno, ¿y qué está pasando?

—*Han sacado a Janus. Parece que ya se lo han trabajado bien. Lleva las manos atadas a la espalda y tiene la ropa rasgada. Podría estar drogado. Nosotros lo hacíamos en los viejos tiempos, antes del emperador. Claro que no recuerdo que ningún talento terminara ahí arriba. ¿Cómo se consigue eso, si puede saberse?*

—Polvo de otataralita.

—Ah, ya veo.

—¿Y qué hay de ti? Es obvio que eres un talento. ¿No te ejecutaron?

—*Los que estamos aquí arriba, en este muro, somos lo que quedamos del último consejo gobernante de Unta.*

Zarigüeya se quedó impresionado. Eso había sido mucho antes de su época.

—*Cuando la flota de Kellanved tomó el puerto, yo huí al interior con la mitad del tesoro de la ciudad. Los caballos se aterraron y el puñetero carruaje volcó. Me rompí el cuello.*

La multitud rugió, gritaban todos a la vez. Los puños sacudían el aire.

—¿Qué pasa?

—*Están leyendo los cargos. Han instalado un brasero. Están afilando los cuchillos. Da la sensación que van a asarle las entrañas justo delante de él mientras lo mantienen con vida todo el tiempo posible. Nunca lo he visto funcionar.*

—Esta vez sí.

—¿Y eso?

—Lo sustentará un sanador Denul.

—¿Pero y la otataralita?

—Se utiliza muy poca cantidad. La tensión entre las fuerzas contrarias de la otataralita que embota la magia y la magia sanadora lo mataría, por supuesto, si viviera el tiempo suficiente.

—*Entiendo. Lo mantienen en pie, le obligan a bajar la cabeza para que mire. Le han rasgado la camisa. Le están haciendo un corte de lado a lado por la parte baja del abdomen. Otro corte, este vertical por el pecho. Acercan más el brasero. Ahora están...*

La multitud bramó con un rugido que a Zarigüeya le sonó a una mezcla de asco, miedo, asombro y fascinación. Sin embargo, la masa se apretó todavía más contra el escenario, lo que le confirmó a Zarigüeya su opinión sobre la naturaleza humana.

—*Han colocado sus vísceras en los carbones calientes, delante de él, ¡el tipo sigue en pie! Aunque no puedo decir con certeza si está consciente. ¿Qué es eso? ¿Un hacha grande?*

—Ahora lo desmembrarán, empezarán por las manos y cauterizarán cada corte.

—*Lo reconozco, los malazanos montáis mejores espectáculos de lo que nosotros lo hicimos jamás. Una mano fuera. Debe de estar inconsciente, sostenido por los ayudantes del verdugo. No, veo que mueve la boca. Aquí viene otra de los que desafían.*

Sobresaltado, Zarigüeya se apartó de un salto del muro, se agachó y examinó las espaldas de la multitud que tenía delante. Una mujer apareció delante de él y lo miró. No era una figura delgada y atlética como la de la emperatriz sino una mujer más madura y fornida, de cabello gris, la boca arrugada y apretada, mostraba su descontento con un ceño marcado. El objetivo de esa noche: la hermana y compañera de Janul, Janelle.

—Tú —escupió la mujer—. El perrito faldero. Esperaba a la falda en persona.

Zarigüeya sonrió.

—Me gusta pensar que soy un perrito faldero guardián.

—Ahórrate tu escaso ingenio. —La mujer se irguió y se cruzó de brazos—. Sé lo que quieres y no te lo voy a dar.

Zarigüeya adelantó un pie y la examinó con cuidado. Maga peligrosa, maestra de la senda D'riss. Juntos, los dos hermanos habían llevado a cabo muchas misiones peligrosas para Kellanved. Pero el espía no detectó ninguna magia activa. ¿Qué pasaba allí?

La mujer siseó una larga bocanada a través de los dientes apretados.

—Date prisa, maldito seas. Estoy perdiendo los nervios.

Zarigüeya se abalanzó como un rayo. La abrazó y deslizó el puñal fino más largo

que tenía por la cavidad abdominal de la mujer. Esta se aferró a él con esa mirada sorprendida que siempre se les ponía cuando el hierro frío les pellizcaba el corazón.

—Por lo menos tú sabes acuchillar como es debido —musitó ella con voz ronca al oído del hombre.

Varias caras próximas se volvieron hacia ellos.

—El calor —dijo Zarigüeya—. Pobre mujer. —Los rostros se volvieron. Él le acercó la cara—. ¿Por qué?

La expresión de la mujer se relajó con una especie de melancolía.

—Allá va, dirán —susurró—. Se llevó a Janelle, dirán... pero tú lo sabrás. Tú sabrás lo que siempre has sabido —la mujer aspiró una bocanada de aire estremecida y húmeda— que no eres más que... un fraude.

Zarigüeya la bajó al suelo y se arrodilló sobre ella. *¡Maldita zorra! No era así como se suponía que iban a ir las cosas.* Se apartó del cuerpo y se deslizó tras los espectadores, se fue metiendo poco a poco hacia la abertura de la calle de los Ópalos. Mientras caminaba relajó los miembros y se permitió fundirse con la multitud que salía de la plaza. Tras él, la carne que había sido Janul estaba siendo troceada y los trozos se arrojaban a un fuego para incinerarlos. Cenizas que después arrojarían a la bahía de Unta.

Caminó como uno más de la multitud, a empujones, con la cabeza gacha. Pero no dejaba de preguntarse por el autocontrol de hierro que haría falta, cuando todo lo que importaba se había perdido y no quedaba nada, para convertir de algún modo incluso la muerte de uno en una especie de victoria. ¿Conseguiría él hacer lo mismo cuando llegara su hora? Negarle todo a tu asesino, hasta la mínima satisfacción de un desafío profesional. No se lo imaginaba. Un idiota lo llamaría, con desdén, desesperación, pero él lo veía como un desafío. ¿Y era una diferencia tan pequeña como para residir en los ojos del que la contemplara?

Reconoció los pies sucios, desnudos y llenos de callos que caminaban a su lado y olvidó sus cavilaciones.

Laseen también guardaba silencio. Llevaba las manos enlazadas a la espalda. Zarigüeya supuso que ella también estaría pensando en la mujer muerta. La compatriota muerta, se corrigió. Y hablando de eso, ¿desde cuándo, cuántos años, podría hacer que se conocían los tres? Algo que no debía olvidar, decidió.

Miró a su alrededor y observó la presencia de la escolta que caminaba con ellos, por delante y por detrás. *Una escolta que seleccioné yo desde que el desastre de Perla en Malaz se llevó a tantos.*

Tras un rato, Laseen asintió para sí como si hubiera puesto fin a una conversación interna. Después carraspeó.

—Quiero que investigues en persona una serie de asuntos recientes que me han estado inquietando. Alteraciones domésticas. Informes de voces regionales

reforzadas.

—¿Y las desapariciones en la senda Imperial...? —Había oído hablar mucho de eso entre las filas de la Garra.

—No. No voy a enviar a nadie más a ese abismo.

—Creo que está embrujada. No sabemos casi nada de ella, a decir verdad.

—Siempre ha sido poco fiable. Son los rumores de las provincias los que me inquietan. ¿Hay alguien detrás de todos esos alborotos? ¿Quién? Pon a todos los que hagan falta en el asunto. Debo saber quién es.

Zarigüeya hizo una leve inclinación con la cabeza. *Bueno, así que disidencia interna.* Sobornos crecientes y quizá hasta luchas intestinas dentro de las filas administrativas. Una voz nacionalista que se envalentona aquí. Una gran incursión fronteriza allá. Viejas animosidades tribales prendidas otra vez. Y la senda Imperial que se va haciendo cada vez más peligrosa. ¿Alguna relación? ¿Quién lo conecta todo? La dama está preocupada. Se pregunta cosas. ¿Podrían ser «ellos»? ¿Después de tanto tiempo? ¿Era el momento porque estaba sola?

O, se planteó Zarigüeya con una sonrisa desdeñosa para sí, ¿era solo que estaban aburridos, sin más?

Se detuvo ya que Laseen había refrenado el paso y finalmente había parado. La mujer lo miró.

—En otro tiempo fuimos amigos, ¿sabes? —dijo, casi como una reflexión—. Es decir, yo pensé que nos entendíamos... —La mujer apartó la mirada, las patas de gallo de sus ojos se tensaron.

¿Entonces por qué lo hizo esa mujer? ¿Por qué te traicionó? ¿Es eso lo que te preguntas? ¿O qué sabían ellos que tú no supieras?

La mandíbula de Laseen se endureció.

—Bueno. Acabaste con ella. Muy bien. No pensé...

—¿Que pudiera hacerlo?

Laseen parpadeó. Apretó los labios, que quedaron tensos y finos.

—Que ella se iría sin ruido.

Zarigüeya se encogió de hombros.

—La sorprendí.

La mirada de la mujer se clavó de repente en él, de soslayo. Zarigüeya se negó a reconocer la atención. Que la emperatriz se imaginara lo que quisiera. ¿No había sido ella la mano derecha de él? ¿No era él ahora la de ella? Que se preguntara y considerara.

Sin una palabra más, la emperatriz echó a andar. Zarigüeya la siguió.

Sobre un muro de la plaza del Accesible, un cráneo empalado se echó a reír, pero nadie lo oyó.

Ereko y Viajero habían dejado atrás las montañas y habían descendido al sur para internarse en las inmensas leguas de bosques de hojas perennes cuando se encontraron con los primeros bandoleros. Ereko no se sorprendió cuando esos hombres trataron con Viajero, porque aunque eran ladrones y asesinos sabía que seguían siendo hombres de todos modos, y por tanto ansiaban la compañía y las noticias del mundo exterior en sus aislados retiros de la montaña.

Vestían pieles podridas, los restos de pantalones ceñidos, camisas de cuero curado y una mezcolanza de piezas de armaduras y armas robadas. Las sobras, o eso le pareció a Ereko, eran dolorosamente escasas en aquel paso inhóspito. Para su sensible nariz hedían peor que animales. Viajero se agachó junto a su fuego para intercambiar noticias.

Ereko se quedó atrás, erguido, con los brazos cruzados. Viajero le había dicho que presentaba un aspecto demasiado imponente de ese modo. Observó que los hombres lo miraban de arriba abajo, impresionados, esperaba, por su altura, al menos el doble de sus achaparradas figuras desnutridas. Pero había pasado tiempo suficiente entre los humanos para saber lo que pensaban; en las miradas arteras que compartían se dio cuenta de que consideraban que cualquiera, fuera cual fuera su asombroso tamaño o especie, se derrumba si le abres los suficientes agujeros.

—Ya está muy avanzada la estación para bajar de Juorilan —dijo su jefe. La suciedad y la grasa pintaban su rostro casi de negro. La barba brillaba por el aceite y estaba entreverada de gris. El largo cabello negro lo llevaba recogido y atado con un cordel de cuero en la coronilla—. ¿El consejo todavía reclama Jasston y niega el paso a la bahía Damos a todos?

—Así es —admitió Viajero.

—Y este que va contigo. —El cacique apuntó a Ereko con el cuchillo afilado con el que jugaba—. He conocido thelomenios. Hasta toblakai. Él no es de esos. Es mucho más alto. ¿Qué es?

Viajero echó un vistazo por encima del hombro. Ereko no vio humor en los ojos azul oscuro del hombre, aunque en los últimos tiempos él se había estado quejando de la ignorancia e intolerancia humanas.

—Pregúntaselo tú —respondió—. Sabe hablar.

—¿Sí? —El jefe de los bandoleros levantó la barbilla y se dirigió a Ereko—. ¿Y bien? ¿A qué pueblo perteneces?

Aunque Viajero le daba la espalda, ante esa forma concreta de formular la pregunta Ereko lo vio encogerse bajo sus capas de camisas, armadura y pieles. Ereko le agradeció en silencio ese gesto de empatía.

—Primos. Esos que nombras y yo. Somos una especie de primos.

El jefe de los bandidos rezongó, más aplacado. Cortó una tira de carne de una pata de jabalí que tenía ensartada sobre las ascuas.

—¿Y los malazanos? ¿Qué hay de ellos? Los mercaderes dicen que llevan callados como piedras todo el verano.

—Así es. Mare y los korelanos los tienen atrapados en Puño. Allí se pudren.

El jefe de los bandidos se dio una palmada en el muslo.

—¡Bien!

Ereko siguió vigilando los bosques, ¿estaba ese hombre demorándose mientras su chusma terminaba de rodearlos? Pero nadie se movía por el ralo bosque de píceas escuálidas y pinos bajos sobre granito desnudo. El jefe de los bandidos había salido a recibirlos con seis hombres, dos de los cuales parecían ser hijos suyos. Querían matarlos a los dos, Ereko lo notaba. ¿Con qué frecuencia los ojos del jefe se posaron en la espada fina atada a la espalda de Viajero? Pero los modales serenos de Viajero les daban qué pensar. Eso y el tamaño de Ereko y su lanza, más alta todavía.

—Digo bien porque aquí todos descendemos de pura raza de la Guardia Carmesí. ¿Sabías eso, amigo?

Viajero asintió.

El jefe de los bandidos alzó mucho más la voz. Señaló con un gesto los bosques que los rodeaban.

—Sí. A los malazanos les da miedo venir aquí porque los huesos de los guardias protegen estas tierras. Yo mismo descendo de Hap el Viejo, un sargento bajo el mando del teniente Ariete. Los huesos de muchos guardias pueblan estos bosques del norte. Y hay una antigua leyenda, sabes. Una profecía. Una promesa de que si los malazanos volvieran otra vez, los guardias se alzarán de entre los muertos para destruirlos. Por eso nunca han vuelto a nuestras tierras. Tienen miedo. Los vencimos una vez.

—Eso es cierto —dijo Viajero—. Los vencisteis una vez.

—¿Y tú, amigo? Hay muchos hombres negros entre los malazanos y algunos entre los korelri también. Pero tú no eres korelri. Tú hablas bien la lengua taliana.

Viajero se encogió de hombros bajo su greñado manto de piel de jabalí.

—Yo soy de Jakata. Mi compañero es de mucho más lejos, como bien puedes ver. Viajo al sur para hallar algún lugar en el que construir un barco. Aquí mi compañero desea viajar más lejos, bajar hasta la vieja Ciudadela del Norte para hacer el paso al este rodeando el cabo.

El cacique sonrió como si hubiera estado esperando una respuesta parecida.

—Hace falta mucho oro para construir un barco, o para comprar un pasaje. Los mercaderes bajan por este paso cada año con grandes riquezas con ese mismo propósito.

Viajero lanzó una risa fácil a pesar de la ominosa amenaza.

—Esos hombres son mercaderes ricos. También pueden permitirse muchos guardias, ¿no es cierto? Nosotros no tenemos guardias porque no tenemos riqueza

que guardar. Yo voy a construir el barco yo mismo. Con mis propias manos. Aquí mi amigo planea trabajar para pagar su pasaje al este. Es de gran ayuda en el mar.

El jefe se unió a la risa fácil de Viajero y se metió más tiras de jabalí grasiento en la boca.

—Por supuesto, por supuesto. Visítad la costa, cómo no. A ver qué os parece. —Y volvió a reírse.

Viajero pasó una bota al otro lado del fuego y Ereko hizo una mueca cuando vio que era una de las tres de coñac de Jourilan. El bandido engulló el líquido sin hacer comentarios y derramando buena parte. Después se colgó la bota al hombro. Ereko gimió en silencio, ¿Viajero quiere que el tipo piense que tenemos miedo y estamos intentando comprarlo?

—He oído rumores, que los korelri afirman que los malazanos han llegado a pactos impíos con los demonios del hielo. ¿Qué piensas de eso?

Viajero respondió que no había visto ni oído nada que corroborara semejante rumor. Los dos intercambiaron más noticias luego sobre el consejo de los Elegidos, la probabilidad de que ese invierno fuera duro y, como era habitual cuando surgían entre humanos tópicos tan superficiales y cambiantes como la política contemporánea, Ereko empezó a aburrirse. Los seis hombres del jefe, con sus variopintos camisotes de cuero tachonado, yelmos de hierro oxidado y chalecos de anillos cosidos al cuero, lo observaban sin apartar la mirada. Avaricia, aburrimiento, fascinación y un resentimiento apagado y colérico resplandecían en sus ojos cuando miraban a Viajero y después a él.

La visita se alargó más allá del mediodía, hasta bien entrada la tarde, pero Viajero no hizo nada para interrumpirla. Ereko se preguntó por la razón de una flema tan poco propia de él. Por lo general era Viajero el que se impacientaba por continuar, el que resentía cualquier demora u obstáculo en su camino. Tenía que darse cuenta de que ese hombre intentaba retrasarlos, quizá había enviado a buscar al resto de sus hombres y esperaba su llegada.

La charla se internó entonces en el tema que preocupaba a todos los habitantes del continente del norte: el estado del Muro del Escudo, la fuerza de las filas de los elegidos y la preparación de los korelri para repeler a los jinetes llegada la estación invernal. Especulaciones mucho más angustiadas e inciertas en los últimos años en los que los malazanos habían drenado tanta de la muy necesaria fuerza korelana.

Ereko observó al jefe con atención en busca de alguna señal de que lo supiera: que le hubiera llegado la noticia por boca de los mercaderes que habían atravesado el paso antes que ellos esa temporada. Noticia de dos extranjeros que habían sido declarados desertores del Muro. Traidores condenados por el consejo de los Elegidos con todas las espadas y manos alzadas contra ellos en las tierras del norte. Pero los ojos del hombre no traicionaron tal conocimiento; resplandecían con astucia animal,

sí, pero parecían vacíos del triunfo y la satisfacción que una ventaja oculta pueden proporcionar.

Al final, con mucha demora, el farragoso intercambio terminó y el jefe gruñó y rezongó mientras se ponía en pie. Sus seguidores se levantaron con él. Las manos fueron a las empuñaduras de los cuchillos y los mangos de las hachas, y los ojos a su jefe en busca de algún tipo de orientación. Viajero se apartó del fuego.

—Muchas gracias por tu hospitalidad.

El jefe se rió con exagerado buen humor.

—Sí, sí. Claro, claro. —Alejó con un ademán a sus seguidores—. Buen viaje. A la costa. ¡Ja!

Ereko y Viajero desanduvieron sus pasos durante un corto trecho y después regresaron a su camino. Viajero puso rumbo al sudoeste. Caminaron en silencio, escuchando. Llegaron a un estrecho arroyo que descendía con fuerza entre peñascos, haciendo espuma y cabriolas hacia el oeste, a la costa, y Viajero lo siguió.

—Me parece que hay compañía —dijo tras un rato.

—Sí. Los jóvenes, creo.

—Esperarán hasta la noche.

—Sí. ¿Cuántos crees tú?

—Más que aquellos seis, desde luego.

Se internaron en un bosquecillo de troncos caídos y ramas secas y saltaron de roca en roca.

—¿Por qué no interrumpiste la conversación?

Los rasgos oscuros como una nuez de Viajero descendieron con una mueca dolorida.

—Esperaba demostrarle que no temíamos viajar solos. Hacerle pensar en eso y lo que eso podría significar. —Sacudió la cabeza—. Pero parece que el muy idiota no era de los reflexivos.

—Quizá lo sabe.

Viajero lo miró.

—Entonces nada les impedirá venir a por nosotros esta noche.

Acamparon entre unos peñascos. Viajero encendió un pequeño fuego, aunque se sentó de espaldas a él. Ereko se colocó al otro lado de la hoguera; a veces contemplaba la oscuridad y otras veces observaba a Viajero. El hombre se había quedado con la espada envainada en el regazo, a la espera, y Ereko se maravilló de nuevo de ese hombre que podía mostrar tal gentileza y lo que se llamaba, por lo general, humanidad, y sin embargo estaba dispuesto a acabar con un puñado de chusma mal armada y peor entrenada, jóvenes incluidos, ninguno de los cuales tenía ninguna posibilidad contra él.

—Continuemos —lo urgió Ereko otra vez desde el otro lado de la fogata—. ¿Por qué nos paramos?

—No pienso estar pendiente de lo que pasa a mi espalda hasta la Ciudadela del Norte. Cualquiera idiota puede tener un golpe de suerte con un arco.

Ereko lo miró, perplejo. Sí, eso era cierto, al menos en el caso de Ereko. Aunque envejecía con mucha lentitud, lo podía matar un trauma físico rutinario. Pero, ¿y Viajero? ¿Acaso no estaba por encima de tales preocupaciones? Era obvio que no. No era más que un hombre. Vivía todavía. Estaba claro que seguía recelando de ese cuadrillo imprevisto por la espalda. Quizá no importara lo competentes (o milagrosamente exquisitas en el caso de Viajero) que fueran sus habilidades en el combate cuerpo a cuerpo, un cuadrillo o flecha aleatorios siempre podía significar el fin.

Ereko extendió su conciencia por todo el terreno y los percibió: un puñado de hombres que bajaban la pendiente más próxima al arroyo. Avanzaban muy juntos, vacilaban quizá por su renuncia y la de Viajero a dormir. ¿Iban a esperar hasta que lo hicieran? Rogó que no fuera así, aquella demora ya era angustiada.

Le echó un vistazo al otro lado del fulgor apagado de las brasas y se encontró con que Viajero había llegado a la misma conclusión. En ese momento yacía envuelto en su manto de piel de oso y fingía dormir. Ereko siguió su ejemplo y se deslizó por la roca en la que se había apoyado, y aunque no sentía el frío o el calor con tanta intensidad como los humanos, se levantó el manto ancho de capas de pieles y dejó caer la cabeza.

Esperaron. Muy lejos, montaña arriba, el aullido de un lobo flotó en la noche y Ereko se preguntó si era un miembro de aquella greñuda manada que los había seguido por los yermos de hielo del norte de las montañas. Los búhos ulularon y más lejos todavía resonó entre las faldas de la montaña un estruendo, como una avalancha o el desprendimiento de un campo de hielo.

Salió una luna casi llena detrás de unas nubes espesas y Ereko percibió que los hombres avanzaban. Habían estado esperando a que hubiera más luz, se maldijo por no pensar en eso.

Viajero se echó a un lado cuando las flechas y el cuadrillo de una ballesta se hundieron en su cama. Ereko ya se había internado rodando en las sombras y en ese momento estaba agazapado, a la espera. Sujetaba la lanza al revés porque no había podido deshacerse de su piedad todavía.

Un chillido sorprendido de miedo y dolor rasgó el aire frío de la noche solo para que lo interrumpieran casi al instante, y Ereko supo que Viajero ya estaba entre los hombres. El grito destruyó cualquier pretexto de silencio o sigilo y los gritos resonaron alrededor.

—¿Dónde está?

—¿Pullen? ¿Lo ves?

Unas sandalias arañaron la piedra. Se partieron ramas caídas. La silueta de una cabeza apareció bajo la luz plateada de la luna. Ereko arremetió con el extremo romo de la lanza y alcanzó el cuerpo con un golpe sordo y carnoso que cedió. El hierro resonó en la piedra. Una ballesta crujió al dispararse y un dolor simultáneo le quitó el aliento. El golpe hizo que se tambaleara y cayese. Allí tirado, bendijo la eficacia de la cota de malla que había adoptado de los hombres y maldijo esos endiablados proyectiles creados por la inventiva humana, eran una plaga constante.

Alguien se cernió sobre él. La luz de la luna reveló a uno de los jóvenes. Ereko arremetió contra él, lo hizo tropezar, le tapó la boca con la mano y lo apretó contra él.

—Shhh —dijo sin ruido y esperó, inmóvil en las sombras.

Alguien se acercó al campamento. Se quedó junto a las brasas moribundas del fuego. Bajo la luz caprichosa y plomiza, Ereko vio que era Viajero. El fulgor rojo (el color de la guerra) le sentaba bien; el hombre llevaba la espada en una mano y la hoja estrecha brillaba resbaladiza y húmeda. Le habían desaparecido los mantos y había dejado al descubierto la camisa ceñida de flexible cota de malla ennegrecida. Cruzó hasta donde se encontraba Ereko y tocó con la punta de la espada el pecho del joven. La sangre, negra en la oscuridad, corrió hasta acumularse sobre las capas de pieles sin tratar. Los ojos del joven se abrieron como platos. Su aliento era caliente y jadeante contra la mano de Ereko. Le pareció que sostenía a un potrillo tembloroso recién terminado el parto.

—¿Los otros? —preguntó Ereko.

—Uno se escapó. —Sus ojos no abandonaban al joven. La punta de la espada presionó todavía más y rompió la superficie del cuero.

—No. Lo prohíbo.

—Volverá otra vez. Sus amigos y él nos seguirán. Esperarán la oportunidad. Para vengarse.

—No. No lo permitiré. Solo es un niño. Un niño.

Los ojos del Viajero destellaron entonces. El hechizo embrujado de la furia de batalla se rompió y reveló algo debajo, algo que hizo que Ereko apartara la vista y el hombre se echó a un lado.

—Apártalo de mi vista.

—Corre ahora, no pares —susurró Ereko. El joven empezó a arrastrarse, aspiraba el aire a bocanadas y los sollozos se alzaban con cada aliento.

Viajero se arrojó sobre su manto de piel de oso. Ereko se echó sin atreverse a hablar y se quedó quieto, como si un encantamiento pudiera romperse si él hablaba o se movía. Con el tiempo, su compañero se durmió y su respiración se regularizó. Ereko yació despierto, escuchando la noche y percibiendo el humor de esa nueva

tierra. Expectante, parecía. Se preguntó si un dolor como el que había vislumbrado en los ojos de su compañero podía llegar a curarse jamás. Quizá nunca. Como bien debería saber él.

Antes de la luna nueva, Viajero y él coronaron un montículo y contemplaron una costa boscosa. Marismas dependientes de la marea y el océano se extendían hasta el horizonte occidental. Ereko sabía que algunos humanos llamaban a eso el mar de los Exploradores, pues buena parte de él aún estaba por descubrirse. Otros lo llamaban el océano de las Agujas Blancas por las islas de hielo flotante que amenazaban a los marineros. Su pueblo, los thel akai, lo llamaban Gal-Eresh: el Bailarín del Hielo.

—¿Y ahora qué? —le preguntó a Viajero.

En cuclillas, el hombre se sacó una ramita de pino de la boca y se encogió de hombros.

—Seguimos la costa. Buscamos un asentamiento.

—¿Al sur entonces? ¿Vamos al sur?

—Por ahora. —Y empezó a bajar la ladera boscosa.

Ereko lo siguió y suspiró irritado. *Oh, diosa, ¿por qué me hablaste de este, el más difícil de los hombres? ¿Por qué rompiste tu silencio de siglos para decirme, cuando apareció arrastrado y encadenado en la muralla de las Tormentas: «Este traerá tu liberación»?*

Para entonces hacía mucho tiempo que Ereko había perdido la cuenta de las estaciones que había pasado en la muralla de las Tormentas. Los inviernos korelanos habían llegado y se habían sucedido uno tras otro. Las tormentas propias de los jinetes habían acumulado su ferocidad en olas repletas de hielo y nimbos de poder que destellaban en el cielo nocturno como auroras. Él llegó a conocer ese lento movimiento de potencial igual de bien que los cambios de estación. Los vientos siempre giraban con firmeza al sur, una presión del sudoeste que le congelaba hasta los huesos y dejaba en una noche una escarcha que resplandecía bajo la luz de la mañana sobre las almenas de piedra. Los torbellinos de nieve golpeaban la muralla durante lo peor de las tormentas, y los propios jinetes nunca le iban muy a la zaga a la nieve.

Por aquel entonces los soldados malazanos llevaban ya unos años apareciendo en la muralla. Llegaban encadenados, prisioneros de guerra. Sus guardias korelanos les arrojaban armas solo justo antes de que las oleadas de jinetes golpearan. Se defendían bien. Los más valientes y astutos volvían esas armas contra sí mismos y por tanto dejaban una porción de la muralla sin defensa hasta que se podía subir a un sustituto. Pocos se encogían o sollozaban cuando los jinetes al fin aparecían coronando las olas de océano enmarañado de hielo para asaltar la muralla, como algunos de los elegidos adiestrados hacían de vez en cuando. ¿Pues quién podía prepararse para una visión

como esa? Una colisión de reinos, si había que dar crédito a ciertos eruditos teúrgicos. El impacto cargado de poder de extraña hechicería sobrenatural, contrarrestada solo por testarudez pura y dura, valor y ferocidad marcial.

—¿Quién es ese? —le había preguntado a sus guardias korelanos. Estos le respondieron sin dificultades, pues él había permanecido en la muralla más tiempo del que ellos llevaban de vida.

—Dicen que es un desertor malazano —explicaron los guardias—. Capturado en un barco que intentaba romper el bloqueo. Los marines mare dicen que peleó como un tigre, así que le prendieron fuego al barco bajo él y se apartaron. Dicen que entonces entró en razón. Saltó del barco y nadó hacia ellos. Nos lo entregaron a nosotros para ponerlo en la muralla.

Ereko los vio arrastrar al hombre a un hueco vacío de la curva contramuralla, a unos cientos de metros de él. Los guardias korelanos encajaron los grilletes de los tobillos en los aros corroídos de hierro incrustados en las losas de granito y después le liberaron los brazos. Ereko estudió las cadenas que le sujetaban los tobillos a él y escuchó una vez más la voz suave de la Encantadora. Pero guardaba silencio. No dispondría de más guía.

Resolvió actuar tan pronto como se presentara una noche tranquila. Pero tal noche nunca llegó y en unas semanas la primera de las tormentas de los jinetes cayó sobre ellos y miles de soldados korelanos atestaron el muro.

Siguieron el borde sur del bosque. Por las noches bajaban arrastrándose a la orilla de arena y rocas para recoger marisco. El primer signo de un asentamiento humano que encontraron fue los restos ennegrecidos y repletos de maleza de un fuerte: una zanja asfixiada delante de los tocones raídos y calcinados de unos troncos que rodeaban un patio abierto. El patio contenía unos barracones quemados y los comienzos de una torre central de piedra y argamasa abandonada o saqueada a media construcción. Durmieron envueltos en sus pieles en el patio seco cubierto de hierbajos. El fuego arrojaba un fulgor leve sobre las piedras recubiertas de hiedra del muro curvo de la torre.

—Estuvieron aquí —anunció Viajero mientras se echaba sobre sus pieles, su mirada oscura y melancólica clavada en la torre en ruinas.

Ereko levantó la mirada de su parte del pez que habían encontrado atrapado en un charco de la marea.

—¿Quién? ¿Quién estuvo aquí?

—La Guardia Carmesí. Como dijo el viejo bandido. Esto fue obra suya.

—¿Cuándo?

—Hace más de medio siglo.

—¿Los conocías?

Al otro lado del fuego, los ojos se volvieron hacia Ereko y este sintió un escalofrío como ningún humano había infundido en su interior. ¿Cómo era posible que la mirada de ese hombre transmitiera el peso y la profundidad dolorida de los antiguos? *¿Estará decidiendo si me va a matar por mi curiosidad?* Tanta desolación en aquel interior; la mirada le recordó al Togg condenado con el que se había encontrado en una ocasión en otra tierra boscosa; o a la bestia que algunos llaman Fanderay, a quien había visto por última vez hace tanto tiempo.

Los ojos bajaron.

—Sí. Los conocía. Esto podría ser fuerte Pino, el puesto avanzado más septentrional que tenían en esta costa de Stratem. El siguiente asentamiento sería Ciudadela del Norte, pero eso está muy al sur y mi información ya está muy anticuada. Espero llegar antes a algún otro asentamiento.

—¿Qué les pasó?

—¿De veras no sabes la historia?

—Solo lo que contaban los korelanos. Algo sobre una guerra en las tierras talianas del norte.

—Sí. Una guerra que duró décadas. Una guerra de conquista librada por Kellanved en el continente entero. Y allí por donde marchaban sus ejércitos encontraban las filas de los guardias combatiéndolos. Desde Kan a Tali, incluso en las llanuras setis, las compañías de mercenarios de la Guardia Carmesí desplegaban su estandarte del dragón plateado contra el cetro de los ejércitos invasores malazanos.

»Con el tiempo, tras décadas, la última de sus fortalezas ancestrales, el fuerte de la familia D'Avore en las montañas Fenn, cayó. La Ciudadela, se llamaba. Kellanved la derribó con un terremoto. Mató a miles de sus propios hombres.

Viajero se quedó callado tras eso, con los ojos clavados en el fuego. Por alguna razón desconocida se había abierto y estaba hablando más que en todos los meses que llevaban juntos. Ereko esperó un rato y después lo alentó en voz baja.

—He oído contar muchas cosas de ese emperador. ¿Por qué no utilizó a sus temidos guerreros imass contra la Guardia?

Tan concentrado estaba Viajero en el fuego (¿reviviendo acaso viejos recuerdos?) que Ereko creyó que el hombre no respondería, pero habló sin moverse.

—¿Has oído hablar del juramento de K'azz?

—Oí que juró combatir a los malazanos.

—Eso y más. Mucho más. Combate eterno que duraría hasta que el Imperio cayese. Los vinculó a todos, a esos seiscientos hombres y mujeres. Los vinculó con lazos más fuertes de lo que ellos mismos sospechaban, creo. Kellanved ordenó a los imass que los aplastaran, pero los imass se negaron.

Esa noticia sorprendió a Ereko.

—¿Por qué iban a hacerlo? —Pocas cosas que caminaran sobre la faz de la Tierra

en esa joven era lo aterrizaban, y ese ejército de no muertos era una de ellas.

—Nadie lo sabe con seguridad. Pero yo oí... —Su voz se fue perdiendo en un silencio pensativo.

—¿Sí? ¿Qué?

El hombre frunció el ceño, quizá creía que ya había revelado suficiente. Rompió una ramita en varios trozos que después arrojó a las brasas.

—Oí que los imass dijeron solo que no debían oponerse a un juramento así. Pero yo estoy seguro de que, a estas alturas, a todos los que hicieron ese juramento debe de parecerles más una maldición que otra cosa.

Tres días después llegaron al primer asentamiento. Una miserable aldea de pescadores. Viajero hizo que Ereko permaneciera oculto en los bosques mientras él se acercaba solo a disipar el pánico de los habitantes. De todos modos, la aparición de un hombre solo saliendo del bosque generó pánico suficiente. Viejos y jóvenes llegaron corriendo con lanzas, jabalinas y arcos. Viajero trató con ellos al borde de su puñado de chabolas, donde un arroyo salía serpenteando de entre las rocas y árboles para adentrarse brillando por las marismas hasta el océano.

Regresó solo.

—Son un grupo receloso. Los miedos habituales. No sé si los he tranquilizado mucho. Continuemos nuestro camino al sur. Vete buscando árboles buenos.

—¿Árboles? Así que vas a construir un bote, entonces.

—Sí. Así es.

—¿Y luego qué?

—Luego esperamos.

Se alejó caminando y Ereko estuvo a punto de echarse a reír ante su propio destello sorprendido de frustración. Tratar con ese hombre era casi tan irritante como negociar con la más aislada de las razas, los assail. Sacudió la cabeza para sí y lo siguió. ¡Y pensar que durante sus muchos años se había enorgullecido de su paciencia!

Viajero se internó entre la maleza densa, de vez en cuando paraba para señalar un posible árbol que talar y para hablar sobre sus méritos. Al final, Ereko se unió a sus especulaciones e intercambiaron conocimientos sobre el noble arte de la selección de maderas para la construcción de naves sólidas pero flexibles con las que surcar los océanos.

Ereko decidió que Viajero sabía bastante sobre el tema para ser humano.

Una vez finalizado el contrato con los nabrajanos, llegó el pago en forma de material de guerra, armas y armaduras, pieles curadas, lingotes de hierro y animales de carga. Las casas de mercaderes, tratantes de esclavos por tradición, también

estuvieron encantados de pagar en esclavos, cosa que Trémula también estuvo encantada de aceptar. La Guardia se puso en marcha hacia el este, río abajo, atravesando las onduladas llanuras cultivadas hasta la costa. En la ruta comercial que llevaba a la ciudad costera de Kurzan, cuya existencia solo había sido un rumor para el pueblo de Kyle, Trémula ordenó que los esclavos se reunieran en un campo embarrado.

Ataviada con una brillante cota de malla desde el cuello a las pantorrillas, con el yelmo bajo un brazo y el largo cabello negro volando al viento, la mujer se enfrentó a ellos.

—En la Guardia no aceptamos la esclavitud. Por tanto, se os liberará a todos.

Un silencio asombrado recibió el anuncio. Incluso los hombres y las mujeres de su misma tribu se quedaron mirando con una expresión rastrera de incredulidad cauta. Kyle sintió vergüenza.

—Los que deseáis tomar las armas y uniros a la Guardia por voluntad propia, acudid por favor junto al estandarte para que os realicen un examen y os recluten. El resto seréis libres de iros.

Y así, a lo largo de ese día, la fila de hombres y mujeres que deseaban engrosar las filas de la Guardia siguió su curso. Los que eran demasiado viejos o estaban demasiado débiles fueron rechazados y se reunieron con sus compañeros, que aguardaban su liberación. Al final llegó la puesta de sol y todos los que de forma voluntaria habían decidido alistarse y habían sido declarados aptos emprendieron la marcha.

No hace falta decir que los que quedaban no fueron liberados. Se les volvió a poner los grilletes y cadenas y se los llevaron. Apenas se quejaron. Tan vencidos estaban que quizá imaginaron que todo el ejercicio había sido una farsa para distinguir a los fuertes y jóvenes y poder venderlos en otra parte. Y quizá, a su manera, eso era lo que había sido.

El ejército, compuesto por casi siete mil almas, fue serpenteando hacia el este, rodeando el río Delgado. Después de dos semanas la Guardia acampó en la costa, al sur de Kurzan, con vistas al estrecho Anari, donde los barcos descansaban anclados en sus aguas resguardadas y tranquilas. Al norte, Kyle podía distinguir apenas las torres grises y pardas de las defensas del puerto de la ciudad.

—¡Barcos! —anunció Joroba al tiempo que le daba una palmada en la espalda—. Barcos —repitió saboreando la palabra.

—Barcos —se hizo eco Kyle, que solo había oído descripciones de esos vehículos. No le entusiasmaba la idea de meterse en el vientre de uno. Parecía antinatural—. ¿Y ahora qué?

—Acampamos. Entrenamos. Esperamos.

—¿Qué está pasando?

Joroba se ajustó la gorra de cuero que llevaba a modo de yelmo y se rascó el rastrojo gris de pelos.

—Negociaciones, Kyle. Trémula está negociando en la ciudad para alquilar unos barcos. —El viejo saboteador pellizcó algo entre los dedos e hizo una mueca—. Dime, muchacho. ¿Qué te parece la natación?

—No es natural que las personas se metan en el agua.

—Bueno, pues ahora es un buen momento para que aprendas.

A lo largo de la siguiente semana, Kyle se unió a unos cuarenta reclutas de ambos sexos a los que metían a la fuerza en el agua pantanosa de uno de los canales más anchos del delta del río Delgado. Varios guardias veteranos imponían las lecciones y blandían porras para silenciar cualquier rebelión. Kyle a veces veía a Joroba sentado en la orilla, fumando su pipa y dando gritos de ánimo.

Desde el primer día de prácticas, Kyle presencié otra de las funciones de los guardias que los vigilaban de cerca; se oyó un grito y los disparos de las ballestas sisearon en el agua oscura. De inmediato, la superficie provocó espuma y una gran bestia larga se agitó y retorció, lanzaba mordiscos con las mandíbulas y latigazos con la cola de escamas. Todos los nadadores se lanzaron desesperados a la orilla. Cuando la bestia se hundió bajo la superficie, esos mismos soldados usaron las porras para apalear a los reclutas y obligarlos a entrar en el agua. Tres jóvenes se negaron en redondo, les dieron una paliza que los dejó inconscientes y se los llevaron a rastras.

Por su parte, Kyle decidió que no iría por las buenas. Cuando una guardia llegó para obligarlo a meterse en el embarrado canal, Kyle la sorprendió, era una veterana de Genabackis llamada Jaris. Juntos cayeron rodando por la resbaladiza pendiente de barro y se precipitaron al agua. Desde la orilla y los bajíos, los mercenarios rieron y silbaron mientras Kyle y Jaris se agitaban en el agua turbia. El chico tuvo suerte y se las arregló para meterse detrás de ella y enganchar el codo bajo la barbilla de la mujer, pensó que quizá pudiera obligarla a ocupar su lugar entre los que nadaban. Mientras él luchaba por meter la cabeza de la mujer bajo el agua, algo puntiagudo y frío le pellizcó la entrepierna. Kyle se irguió con una sacudida y se esforzó por ponerse de puntillas.

—Eso es, chico —se rió Jaris—. Hay otro cazador en el agua y va a por tu pescadito. —La punta pellizcó la entrepierna de Kyle otra vez—. ¿Qué va a ser? ¿Quieres que te muerda?

Kyle la soltó y la mujer retrocedió entre el agua que le llegaba a la cintura. Después levantó una daga de aspecto especialmente malvado.

—Buena elección. Y un proceder muy estúpido, muchacho. Hay otros que te hubieran clavado un cuchillo solo por mojarlos.

Al final a Kyle lo eligieron para formar parte de una tropa y les dieron flotadores

de pieles embreadas e hinchadas para que se sujetaran a ellas y patalearan durante horas seguidas en el río. Los guardias vigilaban en la orilla y entre las hierbas altas de las marismas.

El segundo papel de tantos guardias Kyle lo descubrió el octavo día, cuando se oyeron gritos en la orilla de una isla de barro que había en medio del canal y los mercenarios acudieron desde todas direcciones. Chapotearon entre los turbios bajíos y se metieron entre los altos matorrales de hierba. Kyle y los otros nadadores se detuvieron a mirar.

Apareció un chico con una túnica raída, sacado de entre las hierbas y las espadañas. Bajó corriendo por la orilla arcillosa de la isla del canal, descalzo y con ojos de loco. Un guardia salió de un salto de su escondite de hierbas, se abalanzó sobre el joven y cayeron los dos al agua. Los dos desaparecieron bajo la superficie marrón. Kyle nadó hacia ellos lo más rápido que pudo.

El mercenario salió y arrastró una forma inmóvil hasta la orilla. Kyle llegó a tiempo de ver el rojo espeso de la sangre del corazón que manchaba el barro y el pecho del joven. El guardia era el veterano bajo, Cápsula, del que Joroba le había advertido que se mantuviera alejado. A pesar de ello, Kyle se lanzó a la carga chapoteando por las aguas poco profundas. Levantó la cabeza del chico, apenas un jovencito; estaba muerto.

—¿Por qué tuviste que matarlo?

El veterano hizo caso omiso de Kyle y empezó a limpiar y aceitar de nuevo la hoja de su cuchillo.

—No es más que un niño. ¿Por qué lo hiciste?

—Cállate. Órdenes. No se toleran espías.

—¿Espía? —Kyle no podía creer lo que estaba oyendo—. ¿Espía? Quizá solo estaba mirando. Quizá solo sentía curiosidad. ¿Quién no?

—Ten cuidado con lo que dices. Yo no soy un niño bueno como esa vaca genabackeña de Jaris.

Kyle estuvo a punto de saltar sobre el navajero (de un lugar llamado Ehrlitan, según había oído), pero Cápsula todavía sostenía su cuchillo mientras Kyle solo sostenía su ridícula vejiga de piel de cabra. Levantó la vejiga.

—Tú y este trasto sois muy parecidos, Cápsula. Dentro solo tenéis aire. —Kyle arañó una costura embreada de la vejiga hasta que el aire salió en un chorro estruendoso—. Y los dos hacéis mucho ruido.

Cápsula le arrancó a Kyle la vejiga de las manos.

—No me busques. Esto no es ningún juego.

Entonces llegaron otros guardias y alejaron a Kyle con unos cuantos ademanes. El chico fue a buscar una vejiga de repuesto. Los mercenarios arrastraron el cuerpo

hasta las arenas espesas de las hierbas de la marisma.

A la semana siguiente despertaron a Kyle a patadas en plena noche. El joven guiñó los ojos en la negrura de una noche sin luna, apenas capaz de distinguir que alguien se cernía sobre él.

—Levántate. Reunión en la playa. A la de ya.

Era Zanja, su sargento.

—Sí, señor.

Recogió su armadura y su equipo bajo la luz tenue de las brasas de un fuego y después bajó a trompicones a la playa para encontrar a una mezcla de reclutas y guardias veteranos reunidos en grupos. Zanja, que solo vestía unos pantalones sueltos y un chaleco de cuero, le tiró todo el equipo de las manos.

—No vas a necesitar eso.

Zanja se dirigió a los otros reclutas. Acecho apareció junto a Kyle y se arrodilló con él para revisar su equipo.

—Coge el cuchillo —le susurró—. Mantenlo junto al cuello. —Examinó la mezclanza de armadura de Kyle—. Lleva puesto solo el cuero, nada de acolchado, las faldas están bien. Ve descalzo.

—¿Qué está pasando?

—Vamos a ir nadando hasta los barcos. He oído que las negociaciones no han ido muy bien.

Kyle se puso las prendas de cuero.

—¿No han ido bien? Pues a mí me parece que esto lleva tiempo cociéndose.

—Es una opción. Trémula parece astuta. Eso se lo reconozco.

Kyle guiñó los ojos y miró el agua, pero no vio nada. El estrecho estaba en calma, con las aguas tersas, no se movía ni una brisa, pero estaba tan oscuro como el interior de una cueva.

—No se ve una mierda.

—No te preocupes. Habrá luz de sobra.

Kyle levantó el talwar, más de seis kilos de hierro.

—No te lleves eso —dijo Acecho.

—Quiero llevármelo.

—Entonces al menos deshazte de la puñetera vaina. Cuélgatelo del cuello con una cuerda. Si parece que no llegas, córtalo.

—Jamás me separaré de esto.

Un espasmo de irritación cruzó la frente de Acecho.

—¡Que el Cazador Oscuro te lleve! Es tu entierro.

El alto explorador se fue hecho un basilisco. Kyle encontró las vejigas en varias cestas. Hombres y mujeres se las estaban atando al pecho. Kyle colgó el talwar con el

mango arreglado de una correa de cuero que ató a la empuñadura y se pasó la correa bajo un hombro y por el cuello. Los mercenarios pasaron empujándolo para entrar en el agua plácida y casi inmóvil.

—¿Adónde vamos? —les preguntó Kyle.

—Silencio —siseó alguien.

—Que el Embozado te lleve la lengua.

Kyle contuvo una réplica. Se reunió con las filas de hombres y mujeres casi desnudos que se estaban metiendo en el agua.

El agua estaba fría, aterradora. Kyle sentía que los dedos de las manos y los pies le empezaban a cosquillar. ¿De qué iba a servir al final, cuando llegara al barco, demasiado entumecido como para empuñar un arma? ¿A alguien se le había ocurrido eso?

Se detuvo en seco cuando el agua le llegó a la cintura. Se volvió para hablar con alguien, con quien fuera, pero lo empujaron.

—Vamos.

—No tenemos mucho tiempo.

—¿Tiempo para qué? —siseó.

Una mano grande como una pala lo cogió por el camisote y se lo llevó. El chico se giró en redondo y vio la forma ancha de Melena Gris en la oscuridad. Kyle no lo había visto nunca sin la cota de malla y la armadura de bandas y sin ella el tipo era, si cabía, incluso más impresionante. Tenía un pecho inmenso, cubierto por una mata de vello gris aplastado por el agua. Un vello negro le cubría los gruesos brazos.

—Nada hasta el cuarto barco —le dijo con voz profunda a Kyle, y lo sacudió por el camisote.

—¿El cuarto?

—El cuarto más alejado, muchacho.

—Ah, claro. Sí. ¿Y qué hay del frío?

El renegado parpadeó, confuso.

—¿Qué frío?

¡Que Viento lo protegiese!

—¿A qué barco vas tú?

—¿Barco? Por los dientes de Treach, yo no voy.

—¿No vienes?

—No. El agua y yo... no nos llevamos bien.

El renegado empujó a Kyle antes de que este pudiera preguntarse si estaba hablando en serio o no. Nadó, pataleó con las piernas manteniendo un ritmo constante, como le habían enseñado. Abrazó la vejiga contra el pecho, pero no la apretó, mantuvo los brazos y las piernas tan relajados como pudo para conservar las fuerzas. Pronto lo rodeó la noche informe. Las estrellas brillaban sobre su cabeza y a

su alrededor, y se reflejaban en la superficie quieta y misteriosa de la bahía. Los hombres pataleaban y chapoteaban. Las maldiciones y los jadeos resonaban por todas partes. Kyle guiñó los ojos y miró al frente, no veía señal de barco alguno, por no hablar ya de cuatro.

Pataleó sin parar. El frío le subía por las piernas y los brazos en un entumecimiento cada vez mayor. Se preguntó si no estaría nadando en círculos, ¿cómo iba a saberlo? ¿Cómo podían saberlo ninguno de ellos? Pero carecía de las fuerzas necesarias para gritar. Le castañeaban los dientes y tenía calambres en los hombros.

A una distancia no excesivamente lejana oyó unos gritos. Una petición de socorro, un ruego. Un recluta: la voz era la de un joven. Había sufrido un ataque de pánico o tenía un calambre. Un chapoteo seguido por un jadeo agudo y después un silencio largo y aterrador. Kyle dejó de patalear. Flotó mientras escuchaba la noche. ¡Por todos los dioses! ¿En qué clase de hermandad se había metido? ¿Habían... podían haber matado a uno de los suyos?

Alguien chocó contra él y se encogió, la vejiga casi se le escapó de las manos como un cerdo engrasado y estuvo a punto de chillar «¡No!».

—Muévete de una vez.

Kyle no reconoció la voz aunque reconoció el acento: norte de Genabackis.

—No veo una mierda —se quejó.

—Da igual. Tú muévete. Mantén el calor.

Kyle no podía discutir con eso. La forma oscura pasó nadando a su lado. Kyle se obligó a ponerse en movimiento e intentó mantener al guardia a la vista.

El frío se apoderó de sus piernas. Al menos esa fue la sensación que tuvo; la presa gélida del agua lo había amputado de algún modo por la cintura. Siguió pataleando, pero ya no notaba sus piernas. Tenía los brazos igual de entumecidos, como vendas que se aferraban a la vejiga que llevaba apretada contra el pecho. El peso de la espada que tiraba de él a la izquierda amenazaba con asfixiarlo. Los dientes no hacían más que castañetearle con tanto estrépito que, estaba seguro, sería el siguiente al que empujarían bajo la superficie.

—Muy cerca ya —susurró alguien por detrás. Kyle solo pudo gruñir a modo de asentimiento—. A la derecha —advirtió la voz.

—¿El cuarto barco? —tartamudeó él.

—Al Embozado con eso. Es un barco, ¿no? ¡Cógelo! Rapidito, gira. Ahí, levanta los brazos.

Kyle levantó un brazo entumecido y encontró unas maderas frías y viscosas.

—¿Cómo...?

—Ahí delante, una escala de cuerda.

Se adelantó a trompicones y consiguió enredar el brazo en la escala y poco a

poco, con gran esfuerzo, subió arrastrándose por los primeros escalones de madera. Unas manos lo levantaron luego a pulso el resto del camino, y yació jadeando en la cubierta cálida.

—Hay otro conmigo... ayudadlo —musitó.

La forma oscura se asomó al costado.

—Ahí no hay nadie. —Y el hombre se alejó con los pies descalzos y sin ruido.

Ya habían tomado ese barco. Kyle se calentó en los carbones que ardían sin llama en un brasero de hierro en medio de la cubierta. Dos guardias se precipitaban de un lado a otro para despejar la cubierta del barco.

—¿Nos vamos ya? —le preguntó Kyle a uno.

Ese se detuvo y lo miró de arriba abajo.

—Novato, ¿eh?

—Sí.

—¿Quién te tomó juramento?

—Joroba.

El tipo asintió, impresionado por el nombre. Kyle se preguntó qué podía tener de impresionante aquel saboteador manco y deshecho.

—¿Sabes algo de barcos?

—No.

—Entonces ahora eres, de forma oficial, un marine. Saca armas y armaduras de algún sitio, sobre todo armas arrojadizas. Listas para el bloqueo.

—¿Bloqueo?

—Sí. Necesitaremos todos sus barcos.

Kyle contuvo una carcajada de incredulidad.

—¡Pero eso es una ciudad entera!

La sonrisa del guardia brilló en la oscuridad.

—Entonces solo sus mejores barcos. —La sonrisa desapareció—. Abajo, a recoger equipo.

—Sí, señor.

Kyle esperaba una matanza sangrienta bajo cubierta, así que descendió los empinados escalones muy despacio. Pero lo que encontró lo inquietó muchísimo más; todas las bodegas y los pasillos revestidos de literas que exploró los encontró vacíos por completo. Ni una sola persona, ni muerta ni viva. ¿Dónde estaba todo el mundo? ¿Qué había pasado? No encontró armas ni armaduras por ninguna parte.

Un tintineo metálico resonaba por popa. Kyle aprestó el talwar y avanzó muy despacio. El estrecho pasillo terminaba en una habitación atestada de bancos y mesas. Una puerta abierta llevaba más a popa. El ruido del metal traqueteando continuó. Kyle se asomó y vio la espalda de un hombre descalzo, vestido con una camisa y

unos pantalones mojados, que luchaba con la puerta de un armario, cerrada con cadenas.

—Espera un momento —dijo el hombre en taliano sin volverse. Kyle se preguntó cómo podía haber sabido que estaba allí. El ruido del bamboleo del velero y los crujidos habían cubierto su acercamiento, estaba seguro.

—Sí, señor.

Más traqueteos y después las cadenas cayeron de la puerta.

—¡Ja! —El hombre abrió de un tirón la puerta enrejada y trabada por el metal. Kyle miró las filas de lanzas, los arcos y las espadas del interior—. Ayúdame a subir esto.

—¿Dónde está todo el mundo? Me refiero a la tripulación.

El guardia empezó a destrabar y sacar las filas de armas. Kyle vio entonces que llevaba un inmenso aro de llaves.

—Mercaderes —suspiró el hombre—. Quieren las armas encerradas, pero esperan estar protegidos en todo momento. —Su espeso cabello gris, cortado a machetazos, brillaba como el pelo de un animal mojado y las arrugas de su rostro parecía listas para transformarse en una sonrisa constante—. ¿La tripulación? Una guardia mínima, nada más. Algunos lucharon, otros se tiraron por la borda.

—¿Cuál es el plan?

El hombre se paró en seco, frunció el ceño con una mueca exagerada y después sonrió de nuevo.

—¿El plan? Ah, tú eres novato. Capturar los barcos.

—Claro. Capturar barcos.

Un trueno atravesó los cielos y el velero, un estallido proveniente de no muy lejos. Kyle frunció el ceño, confuso. Era una noche clara. La sonrisa del guardia se tornó impaciente.

—Ha empezado. Vamos. —Recogió un puñado de armas.

Un leve fulgor anaranjado destelló sobre la cubierta. Las llamas envolvían los muelles de Kurzan. Mientras Kyle miraba, un nuevo estallido de llamas amarillas y blancas hizo tambalearse una torre del puerto que se encorvó después, con una elegancia lenta y horrenda y se derrumbó de lado, aplastándose por el camino. Más truenos rodaron por la ensenada.

—Algo ha sulfurado a Humo —murmuró el guardia.

—¿Qué hay de los barcos?

—Na. No te preocupes por ellos. Cogulla lo mataría.

—¡Ahí vienen! —gritó alguien desde proa.

El guardia se echó a reír.

—¿Lo ves? Lo único que necesitaban era que los animaran un poquito.

—¿Y qué hacemos nosotros cuando lleguen aquí? —preguntó Kyle.

Sorprendido, el mercenario miró a Kyle.

—Perdona. Siempre se me olvida. A los perros viejos nos resulta difícil. Me llamo Cole, ¿y tú?

—Kyle. ¿Eres un... juramentado?

—Sí. —Cole les hizo un gesto a otros dos con él—. Yo defenderé la cubierta. Vosotros dos, flanqueadme. Tú —señaló a Kyle—, ¿sabes usar un arco?

—Sí.

—Bien. Sube a la cubierta de delante con el hombre de ahí, sigue sus órdenes.

—Sí, señor. —Kyle recogió todas las vainas de flechas que pudo sostener.

El hombre de la cubierta superior de proa era pálido, flaco y era obvio que estaba congelado de frío con una camisa de lino empapada y unos pantalones de piel; se abrazaba a sí mismo y daba patadas en el suelo.

—¿Eres arquero? —le preguntó el guardia a Kyle en taliano con un acento muy marcado.

—Sé disparar.

—De acuerdo. Prueba estos. Busca uno que te guste.

Kyle estiró un arco, hizo un disparo de prueba a la oscuridad. Débil, le pareció, pero certero.

—¿Cuál es el plan?

—Yo elijo los objetivos. Tú les disparas.

—De acuerdo. —Para tantear mejor el arco, Kyle disparó más flechas a la oscuridad.

—¿Eres un recluta local? —preguntó el hombre.

—Sí. Kyle. ¿Tú?

—Parsell, Lurgman Parsell. Genabackis. —Distraído, el hombre se asomó a las olas oscuras de la ensenada que resplandecían con las llamas reflejadas—. A menos de una legua ya —les gritó a los de la cubierta central.

—Los veo —respondió Cole.

Kyle entrecerró los ojos y miró las aguas tranquilas. Él apenas discernía unas formas oscuras que se acercaban, simples líneas pálidas en las proas, por no hablar ya de algún posible objetivo. ¿Cómo iba a acertarle a nada?

—Eh, hay un problema. No veo nada.

—No ves... —Lurgman suspiró, se sacó un saquito de cuero de debajo de la camisa y extrajo un trozo de tela engrasada—. Puede que quede suficiente en esto, pruébalo.

—¿Qué hago con esto?

—Te lo frotas sobre los ojos. Abiertos, ¿estamos? Tienen que estar abiertos.

—¿Duele?

—Escuece.

Kyle miró el pergamino, no muy convencido.

—¿Tengo que hacerlo?

Los golpes secos de las lejanas ballestas y catapultas resonaban por la ensenada. Las bombas incendiarias se disparaban a las alturas de la noche y se arqueaban para revelar decenas de navíos que se les echaban encima.

—Ya no queda alternativa.

Kyle abrió mucho un ojo y se apretó la tela contra él, se estremeció, gruñó y maldijo cuando el ácido le reconcomió el ojo.

—¡Que Viento te lleve! ¡Dioses, hombre! ¡Dioses!

—El otro, rápido.

Cole lanzó un rugido.

—¡Deshaceos de esas dos galeras de guerra! No las queremos.

—Sí, señor.

Kyle parpadeó con los ojos llenos de lágrimas, después se irguió bajo una media luz casi monocroma de llamas brillantes y cegadoras, estrellas ardientes en el cielo nocturno, y una visión clara de los barcos, todos avanzando poco a poco a remo hacia ellos. A lo lejos, el estruendo de la batalla resonaba cuando un barco se encontraba con otro.

Lurgman gruñía y siseaba por el esfuerzo, con los ojos cerrados y las manos extendidas, el vello en el cuello y los brazos de Kyle le cosquilleó cuando se dio cuenta de que se encontraba junto a un mago, y quizá fuera otro juramentado.

—¿Están al alcance? —preguntó Lurgman con los dientes apretados.

Los dos navíos más cercanos, dos barcos de mercancías de ancho vientre, habían estado intentando pasar por ambos lados de la embarcación en la que estaban ellos. Los dos habían perdido toda ventaja y se mecían como si carecieran de timón. En las cubiertas de ambos se arremolinaban los soldados. A Kyle le sorprendió ver que todos los remos estaban combados y retorcidos, totalmente inútiles.

—Ahora sí.

Llovieron las flechas y Kyle se agazapó para ponerse a cubierto detrás de la regala. Lurgman no se movió.

—Levántate. No nos alcanzarán. —Después se estremeció como si lo hubieran abofeteado—. ¡Cuidado con el mago! —bramó.

En ese momento, una bola de energía actínica brillante estalló e iluminó la cubierta. Siguió girando al azar y golpeó un mástil con un destello para luego rebotar hasta un barril que consumió en una explosión ensordecedora.

—¡Derribad a ese hombre! —bramó Cole, indignado.

—Sí, señor —respondió Lurgman. Después examinó los barcos.

Unos arpeos golpearon las regalas. Los barcos de mercancías se acercaron más,

uno por cada lado. Más allá, dos galeras de guerra, largas y bajas, se fueron a pique en las aguas relativamente tranquilas, se hundieron sin razón que Kyle pudiera discernir. Los soldados atestaban las cubiertas. Luchaban desesperados con sus armaduras. Algunos cayeron por la borda y desaparecieron al instante. Por primera vez, Kyle se sintió a salvo con sus finos cueros.

—¡Ahí! —gritó Lurgman mientras cogía el brazo de Kyle—. La popa. El tipo viejo con un gorro oscuro como una cogulla. Con oro en el cuello. —Kyle lo vio, apuntó y disparó. La flecha flotó en la oscuridad como si quedara suspendida, después se llevó la garganta de un hombre que estaba al lado del mago. La mirada de este se posó en Kyle, con los ojos entrecerrados y convertidos en ranuras luminosas. Levantó las manos e hizo un gesto. El oro y las joyas resplandecieron en los dedos.

—Cuidado, a la espalda —exclamó alguien detrás de Kyle, que se giró en redondo para ver un humo aceitoso que se oscurecía y arremolinaba al otro lado de la cubierta de proa.

—¡Lurgman! —advirtió.

El mago se volvió y se quedó con la boca abierta.

—¡Por la maldición del Embozado! ¡Cole! ¡Una invocación!

Kyle le echó un vistazo a la cubierta y vio a Cole y los dos que lo cubrían rodeados por una marea de soldados kurzanos.

El mago empujó a Kyle.

—Hay que ganar tiempo. ¡Tiempo!

Un pie cubierto de escamas y con garras surgió del portal de la senda. Se asomó una cara larga, con escamas de color verde aceituna, como la de un insecto. Kyle se llevó la hoja de su talwar a los labios. *¡Que Viento me salve!* Se fue echando hacia delante, encorvado para recibir pesados golpes.

El demonio, o enviado, o lo que fuera, estiró un brazo como si solo quisiera coger a Kyle con las garras de una mano, así que el muchacho blandió el arma. El talwar partió el antebrazo y mandó la mano volando por la borda. El diablo chilló. Un chorro caliente de icor chorreó sobre Kyle, que se echó hacia atrás con una sacudida, dolorido, y parpadeó para aclararse los ojos.

Aparecieron soldados kurzanos en las escaleras procedentes de la cubierta central, asimilaron la batalla que tenía lugar en la cubierta superior y se apartaron con un estremecimiento.

El demonio se sujetó el extremo del antebrazo. Se escapó humo de la herida. Retiró la mano y reveló un muñón endurecido, cauterizado. Movié las mandíbulas, que crujieron y estallaron y, de algún modo, Kyle comprendió sus palabras.

—¿Quién eres tú para haber hecho esto?

—Un simple soldado —respondió porque ni él mismo tenía ni idea de lo que acababa de pasar.

Las flechas cayeron en tromba alrededor del navío, desviadas de algún modo. Las llamas se extendieron por las olas y envolvieron un barco que embistió al navío que había al lado del de Kyle.

El demonio se irguió.

—No se me advirtió que uno de tu talla aguardaba. Pero, así sea. Pongamos a prueba nuestro valor, tú y yo.

Y entonces, y Kyle solo lo pudo entender de ese modo, el demonio se fundió. La queratina de escamas, o el esqueleto de huesos, o la armadura, se fundió y chorreó, se combó y retorció. La criatura cayó de rodillas y antes de que su cráneo se derrumbara como cera caliente, Kyle creyó ver horror y asombro en los ojos negros.

Kyle se retiró al costado del barco y vio a Lurgman desplomado, con un brazo enganchado a la regala, y ayudó a levantarse al mago.

—¿Cómo hiciste eso? —susurró, anonadado.

—Bien podría hacerte yo la misma pregunta —respondió el mago con la voz ronca. Sangraba por la nariz y la sangre le manchaba también los ojos de carmín. Con los ojos entrecerrados, Lurgman se volvió para observar furioso el agua. Kyle miró, unos hombres sostenían al mago kurzano. Le había desaparecido el gorro y le brillaba la calva.

—Así que va a ser por las malas, ¿eh? —rezongó Lurgman por lo bajo—. ¿Sabes arrojar mejor que disparar?

—A esta distancia, sí.

—Entonces arroja esto. —El mago le pasó a Kyle una bolita parecida a una piedra para un tirachinas. Kyle la sopesó y asintió. Apuntó, echó el brazo atrás y tiró. La piedra aterrizó sin que nadie la viera por alguna parte cerca del mago. Mientras Kyle miraba, los hombres de la cubierta de popa se cogieron de repente la cara. Las bocas se abrieron en óvalos oscuros. Se les saltaron los ojos. Los dedos se agarrotaron y se clavaron en la carne, y todos los que atestaban la popa del barco cayeron. El mago se desplomó entre ellos. Kyle les dio la espalda, sentía que el estómago le subía a la garganta. Lurgman se apoyó y fue bajando hasta quedarse sentado con la espada apoyada en el costado del barco.

Revuelto, con los miembros temblándole con energía no gastada, Kyle se tiró junto al hombre.

—Así que es así como los juramentados ponéis fin a las discusiones.

—¿Juramentado? ¿Yo? Dioses no. Yo no soy del rango de esos. Además, yo soy de Genabackis. No hay juramentados de Genabackis.

Unos soldados kurzanos subieron con cautela las escaleras. Lurgman levantó una mano y los amenazó, y los soldados se apartaron, encogidos.

—No, yo solo era un sanador de Gato cuando nos invadieron los malazanos. Allí nos llamaban magos de los huesos. Y además era muy bueno, puñeta. Sanaba

fracturas, enderezaba huesos, limpiaba infecciones. Así que, como has visto, en realidad no valgo como mago de batalla.

—Pues cualquiera lo diría.

El estrépito del acero, los golpes secos y el resonar de las armaduras fue amainando abajo.

Lurgman miró a Kyle de soslayo.

—¿Y qué hay de ti? ¿Qué pasa con esa hoja?

Kyle se encogió de hombros.

—Humo la grabó, si te refieres a eso.

Cole apareció en la cima de una escalera; la túnica le colgaba de la cintura en jirones ensangrentados. Unos cortes poco profundos le cruzaban los brazos y el pecho. El sudor le chorreaba del pelo empapado. Miró por la proa y frunció el ceño, sorprendido.

—Creí que un demonio os había comido a los dos.

—Tuvimos suerte —dijo Lurgman.

—Bueno, pues baja ahí, Sinuoso. A mis ayudantes hay que curarlos y vienen más barcos. —Después bajó las escaleras con golpes secos.

Kyle ayudó a Lurgman a ponerse en pie.

—¿Sinuoso?

La boca del mago se crispó con una mueca irónica.

—Sinuoso. Insisten en llamarme Sinuoso.

Por la noche, en un valle de piedra árida, un hombre estaba sentado envuelto en un grueso manto junto a una hoguera que rugía. La luz del fuego destellaba contra los riscos de piedra. El hombre escuchaba sentado el rugido distante del océano y tiraba ramitas a las llamas. De repente, un zumbido resonó por todo el valle y el hombre se puso en pie y guiñó los ojos para mirar el cielo nocturno.

Un insecto alado, muy parecido a una libélula gigante, descendió y aterrizó entre la maleza y las rocas de un lado. Una figura con armadura desmontó despacio, con gestos rígidos.

El hombre apartó el manto y se acercó. Le colgaban los brazos a los lados, largos, gruesos y musculosos. El rostro envejecido y curtido por el sol se arrugó de placer. Llamó al recién llegado con una gran sonrisa.

—Llegas tarde, Hunchell. Pero le hace bien a mi corazón verte de nuevo.

Las llamas reflejaron el oro de la armadura de la figura.

—Mi padre, Hunchell, ya es demasiado mayor para vuelos tan largos, Añicos. Pero envía su lealtad continuada y recuerdos. Soy su primogénito, V'thell.

—Bienvenido a mi humilde isla. —Los dos se cogieron por los antebrazos.

—¿Será este nuestro punto de reunión?

—Sí. La isla es segura. Servirá como uno de los almacenes y también como escala.

—Entiendo. —El moranthiano dorado, llegado desde la lejana Genabackis del norte, contempló al hombre durante un rato sin hablar, el visor quitinoso del yelmo completo era opaco.

—Adelante, pregúntalo —dijo el hombre con esfuerzo.

—Muy bien. ¿Por qué te empeñas en seguir este rumbo? Te arriesgas a hacer todo... añicos.

—No podemos continuar ociosos, V'thell. Todo está desapareciendo poco a poco. Todo lo que luchamos por levantar. Esa mujer no entiende cómo se ha de dirigir la máquina que construimos.

—Sin embargo, contribuyó a su construcción.

La boca del hombre se apretó en una línea dura.

—Sí, es cierto. Nunca dije que fuera fácil. —Desechó el tema con un gesto de la mano—. ¿Y qué hay de los plateados? ¿Están con nosotros?

—Sí. Podemos contar con un escuadrón de quorls plateados. Algunos verdes también están con nosotros. Los negros y los rojos... bueno, ya veremos. En cuanto a los azules, licitan por contratos de transporte con todos. Sospecho que son ellos los que saldrán mejor parados al final.

—Como suelen tener por costumbre. ¿Descansarás aquí?

—No, debo irme de inmediato.

—Bien, dale recuerdos a tu padre. Dile que empiece a mover el material. Contratad todos los navíos azules que podáis.

V'thell inclinó el yelmo.

—Muy bien.

El hombre observó al moranthiano dorado cuando volvió a montar. Las alas del insecto quorl se desdibujaron. Agachó la cabeza para defenderse del polvo y la arena arrojada y observó a la criatura que se elevaba y desaparecía en la noche. Tras un rato surgió otra figura de la oscuridad. Vestía un manto largo y oscuro y una capucha.

—¿Podemos confiar en ellos?

El hombre al que los moranthianos llamaban Añicos lanzó una carcajada.

—Sí, siempre que exista la posibilidad de ganar. Después volverán a negociar. ¿Qué hay de ti?

—¿De mi lealtad? ¿O de mis noticias?

Añicos esbozó una sonrisa débil.

—Hay rumores que hablan del regreso de la Guardia Carmesí.

Un bufido burlón.

—Todos los años se oye lo mismo. Sobre todo en los malos tiempos. Yo no le daría mayor importancia.

La capucha del hombre del manto se alzó, pero la oscuridad absoluta de su interior no cambió.

—¿Has considerado la posibilidad de que quizá regresen de verdad? Hay, después de todo, nombres entre ellos que resuenan como pesadillas.

—También entre nosotros hay nombres de pesadilla.

—Cuando dices nosotros, ¿a quién te refieres? Dassem ya no está. Kellanved y Danzante no están. ¿Quién queda para enfrentarse a ellos?

—Siempre los hemos vencido.

—En el pasado, sí.

Añicos se frotó la nuca.

—Si estás buscando certezas, te has equivocado de sitio. Tú lanzas las tabas y los Mellizos deciden.

—No soy de los que dejan nada al azar.

—Todo es azar. Pero si a estas alturas no lo has aprendido, supongo que ya nunca lo harás.

—¿Por qué habría de hacerlo cuando no dejo nada al azar?

—¿Algo más?

—No. Estoy convencido de esta conexión moranthiana. Informaré como corresponde.

—Entonces hazlo.

La figura del manto inclinó la cabeza.

—Permaneceremos en contacto a través de los canales habituales.

—Sí. Esos.

El hombre (o la mujer) se alejó sin prisas en la noche.

Añicos observó las llamas durante un rato, suspiró e hizo crujir los nudillos. Tratar con traidores siempre lo ponía de los nervios. Sobre todo con un traidor de la Garra. Claro que él también pertenecía ya a esa categoría. Recordó los primeros contactos con los moranthianos y cómo había aplastado el torso de uno, con armadura y todo, con un abrazo de oso. Después de eso insistieron en llamarle por ese ridículo nombre. Hubiera sido más fácil si se hubieran limitado a llamarlo Costra, o Urko.

Las preocupaciones de aquella garra traidora regresaron a su cabeza y recordó la imagen de Despellejador atravesando campos de batalla asolados, quitándose de encima con un simple encogimiento de hombros lo peor que podían lanzarle, y matando, siempre matando. Se estremeció. Que el Embozado la ayudase si aparecía otra vez. Pero no, todos los análisis decían que la mujer se limitaría a enviar las listas enteras de la Garra contra ellos hasta que solo quedaran los regulares. Quizá hicieran falta cientos, pero al final la superioridad numérica se notaría.

En cualquier caso, ellos actuarían de todos modos. Era cruel y duro, pero tenían intención de ganar y esa era su mejor oportunidad en esa generación. En cierto modo

lo sentía por ella, la mujer estaba atrapada en una pesadilla de la que solo ella era responsable; por el abismo, puede que incluso se lo agradeciera. Con todo, él sabía que al final la mujer lo aceptaría. Laseen entendía lo que era una exigencia. Siempre lo había entendido.

—No se sostendrá.

—Pues claro que sí.

—No, no hay apoyo suficiente por la derecha. Cederá por ese lado y terminará derrumbándose todo.

—No, de eso nada. Lo hicimos bien compacto. Hay suficiente contracarga.

Los dos marines malazanos, un hombre y una mujer, estaban sentados sobre un montón de ladrillos fuera de la puerta del Amanecer de Li Heng, que miraba al este. Estudiaban el imponente arco exterior de la inmensa garita. Al norte y al sur se extendían las murallas de las legendarias defensas de Li Heng, una altura de diez hombres casi invencible.

Un hombre ataviado con una túnica salió sin prisas por la puerta, una entrada en sombras lo bastante ancha como para tragarse cuatro carros de guerra uno junto al otro. Miró a su alrededor, mientras se protegía los ojos con una mano, y por fin descubrió a una pareja. Se giró y bramó algo que la acústica del largo túnel repitió y amplió hasta convertirlo en un rugido ininteligible. Otro hombre salió corriendo, se acercó a toda prisa al primero y abrió sobre él un paraguas. El hombre se estiró las túnicas, se ajustó las largas mangas y se aproximó. El segundo lo siguió con el paraguas en alto.

—¡Eh, vosotros dos! ¿Dónde está vuestro comandante?

Los dos se miraron. La mujer, que vestía una gorra de cuero maltratada, se llevó un dedo a ella.

—Magistrado Ehrlann, ¿qué te trae al proyecto de construcción que diriges? Apuesto a que son malas noticias.

Ehrlann se llevó un pañuelo blanco de seda a la cara y esbozó una débil sonrisa.

—Hace tiempo que se toma nota de vuestra falta de respeto... ingenieros. Una condena criminal, creo, se ocupará de que se produzca la mejora debida en vuestros modales.

—¿Has oído eso, Risueño? —dijo la mujer—. Ahora somos ingenieros. Pero ¿cómo vamos a construir tus murallas si nos llevas a los tribunales?

—Encadenados, me imagino —sonrió el magistrado—. ¿Y vuestro comandante?

—Trabajando.

Ehrlann apartó las moscas a manotazos.

—Borracho, querrás decir. ¡Jamaer! ¡Fusta!

—¿Fustigar a quién? —preguntó Risueño.

—No va con vosotros, idiotas.

Con la mano libre, el hombre que sostenía el paraguas le tendió una vara en uno de cuyos extremos había atado un mechón de pelo de bhederin. Ehrlann la cogió y la agitó delante de su propia cara.

—No os molestéis. Ya lo veo.

Ehrlann se fue con paso resuelto, pero tropezando sobre los ladrillos y las rocas sueltas. Jamaer lo siguió con el paraguas en alto.

Los dos se miraron entre sí.

—¿Deberíamos ir con ellos? —preguntó la saboteadora y se colocó bien la gorra sobre el cabello castaño cortado a tijeretazos.

—Storo podría matarlo. Lo que no caería muy bien cuando nos presentemos en los tribunales.

—Tienes razón.

Los siguieron.

Ehrlann se había detenido ante un toldo hecho con un manto militar atado al extremo de un imponente bloque de caliza medio enterrado en el suelo. Un hombre se irguió y salió de él, tambaleándose y tosiendo. Luego se limpió las manos en la pechera del chaleco suelto y manchado que llevaba.

Los dos ingenieros le hicieron un seco saludo militar.

—¡Capitán Storo, señor!

Storo les lanzó una mirada asesina, tragó saliva e hizo una mueca con el sabor de boca que le dejó.

—Es sargento. ¿Qué pasa ahora, Ehrlann?

—He venido para exigir la apertura de la puerta del Amanecer, señor. A exigirla. Nuestros constructores nos dicen que ya hace tiempo que se ha completado la restauración. Dicen que ahora la estructura es sólida y que se está retrasando mucho el acceso comercial.

Storo se rascó el rastrojo cetrino de las mejillas y se protegió los ojos del sol.

—¿Son los mismos constructores que el puño le ordenó que despidiese por hacer la vista gorda ante el desmantelamiento de la muralla?

—Simples y molestos hurtos llevados a cabo a lo largo de los años por esos indeseables. —El magistrado agitó la fusta para señalar a los miserables que acampaban a ambos lados del camino del este.

Storo guiñó los ojos y miró al campamento.

—Viven en tiendas de campaña, Ehrlann.

—No obstante, no puede retrasarlo más. Aquí ya han terminado las obras. Se ha acabado su contrato. Punto final. Si no nos deja alternativa, la Corte informará al puño supremo Anand de que ya no requerimos los servicios de sus ingenieros

militares y que las defensas de Li Heng se han devuelto a su antigua y brillante gloria.

El sol brilló sobre Ehrlann y este hizo una mueca.

—¡Más alto, imbécil! —le soltó a su sirviente.

Jamaer levantó más el paraguas.

—Puede informar todo lo que quiera —dijo Storo. Se agachó para coger un yelmo de debajo del toldo y se lo puso—. Pero el único informe que Anand escuchará es el mío.

Ehrlann se secó el sudor que le perlaba la cara y se subió las túnicas por delante.

—No obligue a la Corte de Magistrados a presentar cargos formales, comandante.

Storo entrecerró los ojos.

—¿Por ejemplo?

—Se han producido lamentables ataques contra los ciudadanos, comandante. Se ha hostigado a varios oficiales durante el cumplimiento de su deber.

Storo lanzó un bufido.

—Yo, en su lugar, Ehrlann, no intentaría arrestar a ninguno de mis hombres. Jalor, por ejemplo, es nativo de Siete Ciudades. No le sentaría muy bien. Y Rell... —Storo sacudió la cabeza—. Detesto pensar lo que haría. En cualquier caso, la puño Rheena no cumpliría ninguno de sus mandatos judiciales.

—Sí. Sí que lo haría. La guarnición de la ciudad no le apoya, comandante.

—Es decir, que los ha comprado.

—¡Comandante! ¡Me ofende ese lenguaje!

—No se moleste, Ehrlann. Arrojo, Risueño... ¿qué opináis de la fortaleza de la puerta, el túnel, los arcos?

—Sirve para otros cincuenta años —dijo Arrojo.

—Se caerá, más pronto que tarde —dijo Risueño.

—Ahí lo tiene —le dijo Storo a Ehrlann.

El magistrado agitó la fusta delante de su propia cara y miró a Storo.

—¿Es decir...?

—Es decir que ahí tiene su puerta. Se inaugura al tráfico mañana.

El magistrado esbozó una sonrisa radiante y abrió mucho los brazos como si quisiera abrazar a Storo.

—Excelente, comandante. Sabía que escucharía. Han terminado, entonces. Debo admitir que ha sido muy aleccionador tratar con ustedes, los veteranos; no vemos demasiados en el interior. Dígame, ¿cómo se llamaban esas tierras de bárbaros que conquistaron a mayor gloria de la emperatriz? ¿Gangabaka? ¿Bena-gagan?

—Genabackis —suspiró Storo—. Y no hemos terminado. Todavía no.

Ehrlann frunció el ceño con gesto cauto.

—¿Disculpe, comandante?

—Esa colina de ahí. —Storo levantó la barbilla y señaló al norte.

—¿Sí? ¿La colina del Verdugo?

—Quiero recortarle la altura de un hombre...

—De dos —interpuso Arrojo.

—De dos hombres.

La fusta dejó de moverse.

—Está de broma, comandante. —Ehrlann señaló con la fusta—. Ahí es donde ejecutamos a nuestros delincuentes. Ahí es donde se hace justicia en esta ciudad. Es una antigua tradición de la ciudad. No puede interferir con eso. Es imposible, sin más.

—No es una tradición tan antigua.

—¿Y eso lo afirma quién?

—Mi mago, Seda. Dice que solo data de hace setenta años y a mí eso me basta. En cualquier caso, pueden estrangular a sus muertos de hambre en otro sitio, Ehrlann. Después de que proporcionen la mano de obra necesaria para bajar el perfil de esa colina empezaremos con el foso.

—¿El foso? ¿Un foso? ¿Y dónde está eso, si tiene la bondad?

—Justo donde se encuentra usted. —Storo recogió su cinturón de armas y el camisote polvoriento—. Que pase un buen día, magistrado. Arrojo, Risueño. Necesito beber algo.

El magistrado Ehrlann observó a los veteranos dirigirse a la puerta del Amanecer. Bajó la cabeza y miró el suelo suelto, los ladrillos rotos y la basura pisoteada que estaba pisando. El sol le golpeó la testa y se estremeció.

—¡Jamaer! ¡El paraguas!

El gordo de las túnicas de color azul océano caminaba por la calle de Unta de los lectores de la baraja de los Dragones, de las brujas de la cera y los videntes de la senda (la Vuelta de los Adivinos) con el aire paciente de un raquero buscando en una playa desierta tesoros perdidos. Pero la Vuelta de los Adivinos estaba lejos de estar desierta. Como capital del Imperio, Unta era el imán, el vórtice que arrastraba a su fondo todo tipo de talentos, legítimos o no. Magos, practicantes de las varias sendas, pero también ese tipo de «talentos» menores, como lectores de la baraja de los Dragones, nigromantes, adivinos de todo tipo, ya fueran escoliastas de entrañas o adivinos de los patrones vislumbrados en el humo, leídos en huesos quemados y agrietados o deletreados por palillos arrojados.

La adivinación era la última moda en todo el Imperio. A medida que el día se enfriaba y el cielo azul se oscurecía y adquiría un tono más morado, la Vuelta hervía de multitudes de todas las clases, todos y cada uno en busca de un indicio de (o protección contra) los caprichos de los Mellizos Oponn: el empujón de la Señora o su tirón. Entre la multitud vespertina que avanzaba a empujones, los vendedores de

talismanes pregonaban la vitalidad de sus tintineantes reliquias, iconos y amuletos. Los vendedores de los puestos intimidaban a los que pasaban.

—¡Su fortuna esta noche, gentil señor!

—¡Tracen las influencias de los muchos reinos sobre su sendero!

—Los misterios de la ascensión revelados, noble señor.

—Son muchos los enemigos que se le oponen. —El gordito de las túnicas azules se quedó paralizado. Bajó la cabeza y miró al sucio golfillo callejero apenas más bajo que él—. Lo arriesga todo —continuó el jovencito, con los ojos muy apretados—, pero por un premio que está más allá de todo lo que imagina. —Las cejas del hombre treparon por la frente veteada y los labios gruesos se apretaron, después echó la cabeza hacia atrás y lanzó una gran carcajada. Su risa reveló dientes manchados de un verde desvanecido que le conferían un aspecto deslucido y sucio.

—¡Por supuesto! —asintió—. ¡Pues claro! Has acertado el futuro. Un gran talento el tuyo, muchacho. —Revolvió el cabello grasiento del jovencito y después le dio una moneda. Le hizo un gesto al siguiente vendedor y exclamó—: ¡Un gran futuro auguro para ese osado! —Después continuó y dejó a un confuso adivino de las visitaciones de Poliel muerta guiñando los ojos entre la multitud.

Los vendedores ambulantes de barajas de los Dragones le metían sus mercancías por las manos. El hombre los miraba a todos con ojos tolerantes. Inquirió los méritos de cada antigua baraja de cartas envuelta en terciopelo hasta que al fin adquirió una por una suma muy reducida debido a la repentina desgracia que había acaecido en la familia que la había conservado durante generaciones.

Al pasar junto a un puesto que ofrecía reliquias, joyas investidas y pilas de talismanes, hizo una pausa y regresó. El hombre que estaba junto al carro se levantó del taburete y notó que la mirada de aquel hombre gordo ataviado con costosas túnicas se había clavado en un montón de collares. Sonrió con expresión astuta.

—Sí. Tiene ojo de entendido, noble señor. —El vendedor bajó los collares y se los ofreció al hombre, que se apartó con una mueca—. Observe los eslabones, señor, cadenas en miniatura. ¡Y los colgantes! Astillas garantizadas de huesos de los mismísimos restos de las pobres víctimas de la marcha de la muerte de ese diablo de Coltaine. —Los ojos del gordo parecieron salirse de las cuencas. Tragó con dificultad—. ¿Mi señor está familiarizado con ese triste episodio?

Mallick Rel recuperó el dominio de sí mismo y pudo hablar, aunque fuera con la voz ronca.

—Sí.

—Una tragedia de lo más lamentable, ¿no es cierto?

Mallick enderezó los hombros, despegó los labios y dejó al descubierto los dientes manchados.

—Sí. Un fracaso tremendo cuyos ecos nunca dejan de acosarme en oleadas.

—Gracias a la sabiduría de la emperatriz que apeló a todo Quon para que se alzara contra los traidores wickanos.

—Sí. Gracias a ella.

—Entonces mi señor debe tener esta reliquia, ojalá todos aprendamos de lo que conlleva.

Al inclinarse el vendedor no vio los ojos de Mallick, hundidos en el interior de sus bolsas de grasa, que se clavaron en él con una intensidad extraña.

—Sí —dijo—. Una lección que nunca se ha de olvidar. —Después esbozó una sonrisa beatífica—. Por supuesto que adquiriré tan excelente reliquia, ¿y es eso un talismán para desviar el eterno apetito del Embozado lo que veo junto a ella?

Cuando la tarde se convirtió en noche oscura y las polillas y los murciélagos salieron, los sirvientes encendieron los faroles fuera de las tiendas de los adivinos y lectores de barajas más resistentes. Mallick entró en la residencia de una tal dama Batevari. Llegada recientemente a la capital, la dama Batevari había, en un corto espacio de tiempo, adquirido una formidable reputación como persona de una profunda sensibilidad a los indicios y patrones futuros que se vislumbraban dentro de las influencias que controlaban las sendas. Conocida en todas las calles como la suma sacerdotisa de la reina de los Sueños, su posición oficial dentro del culto seguía siendo incierta, ya que ella y el gran templo de la Rotonda de Dios estaban decididos a hacer caso omiso de la presencia del otro. Algunos la acusaban de ser una simple charlatana y citaban sus afirmaciones de ser de Darujhistan, donde nadie que hubiera estado alguna vez allí recordaba haber oído mencionar su nombre. Otros afirmaban que era una auténtica practicante del culto y señalaban su historial de profecías y predicciones innegablemente precisas. Ambos lados del debate apuntaban la devoción de Mallick Rel como prueba determinante de sus respectivas posiciones.

Sin ser consciente del debate, o quizá más que consciente del mismo, Mallick entró en el vestíbulo. Lo recibió un sirviente vestido con la túnica y los pantalones ceñidos tradicionales de un residente de Pale, en el norte de Genabackis, pues se había puesto de moda entre las residencias acaudaladas contratar a esos emigrantes y refugiados de las conquistas imperiales para que les sirvieran como lacayos, guardias y doncellas. Mallick le entregó al hombre sus túnicas de viaje de color azul océano y el hombre se inclinó y señaló el saloncito con un gesto.

En el umbral, Mallick se quedó inmóvil e hizo una mueca. Lo asaltó una colección fantasmagórica de muebles, tejidos y obras de arte de todas las provincias del Imperio y más allá. Era como si un ciclón, como los que de vez en cuando golpeaban su tierra natal de Faral, hubiera atravesado el bazar principal de Aran y él estuviera presenciando la carnicería resultante. Al entrar miró con desdén una

alfombra falari, una baratija para turistas; despreció la imitación obvia de un tótem barghastiano, e hizo una mueca al ver los colores que desentonaban en una tabla pintada letherii, una copia de exactitud lamentable.

La voz de una anciana frágil tembló en el umbral de la sala.

—¿Eres tú, joven Mallick?

El aludido se volvió hacia una anciana de cabellos grises y miembros como palos que era incluso más baja que él. Una chiquilla, Taya, ataviada con túnicas blancas de bailarina, sostenía a la anciana por un brazo. Mallick hizo una reverencia.

—Mi señora.

Taya guió a la dama Batevari hasta el sillón más afelpado y ella se sentó en las alfombras del suelo, a su lado, con los pies metidos bajo las túnicas que se acumularon a su alrededor. Los ojos pintados con kohl destellaban con picardía al mirar a Mallick por encima de su velo transparente de bailarina. El lacayo entró con una bandeja de confites y bebidas en vasos altos de cristal. Mallick y la dama Batevari cogieron cada uno un vaso.

—El alboroto entre las filas de esos llamados dioses continúa, Mallick —anunció Batevari con entusiasmo—. Y eso, por supuesto se refleja aquí con el alboroto correspondiente en nuestros reinos mundanos.

Mallick esbozó una sonrisa radiante y asintió.

—Desde luego —murmuró.

La mujer se irguió y las manos se crisparon sobre los brazos del sillón como garras.

—¡Se escabullen como ratas atrapadas en una casa en llamas!

Mallick se atragantó con la bebida. *Dioses, era asombroso que los clientes de aquella mujer no se hubieran lanzado todos a la bahía de Unta.*

—Sí. ¡Cómo no! —gritó después de toser.

La dama Batevari se arrellanó en su sillón y vació su vaso de un solo trago largo. Taya le guiñó el ojo a Mallick con gesto dramático.

—Bueno, héroe del aplastamiento de la rebelión de Siete Ciudades —entonó la anciana, los ojos negros convertidos en simples ranuras—, ¿qué puede ofrecerte esta pobre vasija? Tú, que has de llegar tan lejos, y llegarás lejos, Mallick. Muy lejos en verdad, como he dicho tantas veces...

—Mi señora es muy amable.

—Eso no era ninguna predicción —se burló ella—. Es la verdad. Lo he visto.

Mallick intercambió una rápida mirada con Taya, que miró al cielo y puso los ojos en blanco.

—Me tranquiliza saberlo —respondió, tenía que esforzarse para hablar en voz más alta de lo que era su suave tono natural.

—¿Y debería tranquilizarte? —Mallick intentó contener una mirada furiosa—. En

cualquier caso —continuó la anciana, quizá sin notarla—, estábamos hablando de esos supuestos dioses. —La mujer se quedó mirando al vacío, en silencio durante largo rato.

Mallick examinó el rostro arrugado de la mujer, los ojos casi perdidos entre las patas de gallo fruncidas. ¿Más de sus insufribles poses?

—Veo un poderoso choque de voluntades cerniéndose sobre nosotros antes de lo que nadie imagina —canturreó la mujer con tono soñador—. ¡Veo intrigas dentro de intrigas y los que se escabullen acá y acullá! Y veo lo nuevo chocando con lo viejo, ¡y una usurpación! ¡El orden invertido! Y al tiempo que las Casas se derrumban, los poderes se vuelven unos contra otros como las ratas que son. Hermano contra hermana. Todos contemplan al herido pero no es él el más débil. No, pero su momento llegará. Los que parecen los más fuertes son... ¡Demasiado tiempo han permanecido incontestados! Uno se oculta en la oscuridad mientras todos compiten... Pero ¿acaso ve su camino en verdad, si acaso puede siquiera verlo? El más oscuro... él... —La mujer ahogó un grito, tosió y echó flemas en un puño—. ¡Su perdición está tan cerca! En cuanto al más brillante... Es siempre el más expuesto mientras que aquella que vigila perderá su ocasión y las bestias surgen para perseguir una última oportunidad de sobrevivir a este inminente traslado. Así perecerá el Panteón. Y de las cenizas surgirá... surgirá...

Mallick, con los ojos clavados en ella, la bebida olvidada a pesar de su absoluto escepticismo, levantó una ceja.

—¿Sí? ¿Qué?

Los ojos hundidos de la dama Batevari parpadearon.

—¿Sí? ¿Qué, en verdad? —Levantó el vaso vacío y lo miró con el ceño fruncido—. ¡Hernon! ¡Más refrigerios!

Mallick ahogó un impulso de estrangular a la vieja arpía. A veces hasta él, que debería saberlo mejor que nadie, a veces hasta él se preguntaba... miró a Taya. La mirada que posaba en la anciana parecía inquieta, cosa poco propia de ella.

—Sus presentimientos y profecías me asombran, como siempre —anunció mientras Hernon, el sirviente, volvía a llenar el vaso de la señora. La mujer se limitó a sonreír con altanería—. Sus predicciones acerca de la Guardia Carmesí, por ejemplo —dijo Mallick mientras observaba a Hernon abandonar la habitación—. No cabe duda de que ya están cerca. Mucho más cerca de lo que nadie cree. Como predijo usted. Y será necesaria una mano firme para detenerlos...

Tras beber el vaso de vino de un largo trago, la dama Batevari murmuró con voz soñadora.

—Como predije... Y ahora —anunció al tiempo que se esforzaba por levantarse y Taya acudía presurosa a ayudarla—. Os dejaré a los dos para que habléis en privado. —Una garra de mano giró hacia Mallick—. Pues conozco los verdaderos motivos que

te traen a mi humilde morada en el exilio, Mallick, azote de la rebelión.

Mallick se puso también en pie y esbozó una sonrisa forzada. Taya y él intercambiaron una mirada rápida y nerviosa.

—¿Sí? ¿Lo sabe?

—¡Sí, por supuesto que lo sé! —La mujer se inclinó hacia delante y le dedicó una mirada libidinosa—. ¡Te gustaría robarme esta joven flor de mi lado, golfo! Mi compañera, que ha sido mi único solaz durante mi largo exilio de la civilización de la dulce Darujhistan. —La anciana levantó una mano a modo de burlona rendición—. ¿Pero quién soy yo para interponerme entre la juventud y la pasión?

Mallick se inclinó y descartó con un gesto semejantes intenciones.

—Nunca, mi señora.

—Eso dices tú, que has agostado la insurrección de Siete Ciudades. Pero no desesperes. —La dama Batevari guiñó un ojo con gesto exagerado—. Es posible que la joven todavía ceda. No abandones el asedio. —Taya bajó la cara y se tapó la boca con una mano.

Estaba ahogando una carcajada, tuvo que reconocer Mallick con un extraño destello de irritación.

—Así que me retiro a mis aposentos, a meditar sobre el Inefable. ¡Hernon! ¡Ven!

El lacayo regresó y escoltó a la dama Batevari fuera del salón. Mallick se inclinó y Taya hizo una reverencia. Desde el pasillo se oyó la voz de la vieja señora.

—Recuerda, niña, Hernon estará justo aquí dentro, por si nuestro invitado olvida quién es y en el calor de la pasión solicita tus favores con excesiva energía.

Taya volvió a taparse la boca, aunque esa vez fracasó por completo a la hora de disimular una risita. Mallick reflexionó con sorpresa sobre el espasmo de cólera que sintió. Ojalá lo supiera con seguridad, ¿senilidad o un insulto malicioso? Se sirvió otro vaso del vino blanco local de Unta.

Taya se arrojó en el sillón riéndose a carcajadas detrás de las dos manos.

Mallick esperó hasta convencerse de que la vieja bruja se había ido. Hizo rodar el vino y notó que los posos giraban como una bruma en el fondo.

—Si tan seguro no estuviera de que las aguas son bajíos de profundos abismos —dijo sin aliento—, en algún momento sospechara.

Con una sonrisa maliciosa, Taya encogió las piernas debajo del cuerpo.

—Es su trabajo parecer profunda, Mallick. Y la verdad es que es bastante buena, ¿no te parece?

Mallick tomó un sorbo de vino. Demasiado seco para su gusto.

—¿Y este discurso? ¿Estos pronunciamientos proféticos de ahora?

—Su estribillo más reciente. —Taya colocó bien los tenues pañuelos de bailarina para que dejaran al aire sus largos brazos—. Nada muy osado, si lo piensas bien, entre la caída de Fener, el surgimiento de Trake, las nuevas e impacientes Casas de la

Baraja y el tropel de cartas nuevas. Todo muy convencional, en realidad.

—Sin embargo, una cierta elegancia envuelve...

Taya se echó hacia atrás su largo cabello negro y lo anudó.

—Si hay alguna elegancia, Mallick, querido —sonrió—, se debe toda a ti.

Mallick se inclinó.

—Bueno. Así que la Guardia Carmesí. —Taya acarició con los dedos los brazos acolchados del sillón—. Oí hablar mucho de ellos en Darujhistan, por supuesto. Ojalá los hubiéramos visto allí. ¿Vienen de camino?

Mallick frunció los labios, pensó en sentarse enfrente de la chica, pero después se arrepintió. Se paseó mientras fingía examinar las obras de arte y carraspeó.

—Al igual que la marea, están cerca y no hay forma de detenerlos. Su juramento los arrastra inevitablemente hacia delante. Como siempre, su mayor fortaleza y también su mayor debilidad. Así pues no los veo a la espera y ociosos.

La mirada de Taya se posó en Mallick.

—¿A la espera y ociosos durante qué?

—Pues durante los actuales tiempos difíciles, por supuesto. —Mallick esbozó una sonrisa insulsa.

Taya fingió un puchero y se apartó un mechón perdido del pelo de un soplido.

—No me gusta cuando ofreces sin dar, Mallick. Pero es igual. Yo también tengo mis fuentes y escucho durante todas y cada una de las consultas que hace la vieja bruja. Te sorprendería saber quién viene a verla, claro que, supongo que quizá no tanto, y nadie posee esa información. No me digas que tú tienes una fuente dentro de la Guardia.

Mallick sonrió como si la sugerencia le pareciera curiosa y negó con la cabeza.

—No, niña. Si supieras algo de la Guardia jamás se te ocurriría semejante idea. Es imposible.

La chica se encogió de hombros.

—En cualquier organización se puede penetrar. Sobre todo en la de unos mercenarios.

Mallick se detuvo y miró a Taya directamente.

—Debo subrayar lo profundo de tu error. No pienses en la Guardia como un cuerpo de mercenarios. Piensa en ellos más bien como una orden militar.

Taya exhaló una bocanada de aire y puso los ojos en blanco.

—Dioses, no como los que salieron de Elingarth. Qué aburridos. —Se estiró y levantó los brazos por encima de la cabeza. La tenue tela cayó todavía más y reveló unos hombros pálidos y musculosos—. Bueno, ¿y por qué una visita hoy, Mallick? ¿Quién es ahora?

Mallick observó a la joven arquear la espalda y estirarse todavía más, empujar sus pechos pequeños y erguidos contra la tela traslúcida. *Búrlate de mí también, ¿quieres,*

muchacha? Necesito tus habilidades sin par, niña, pero, como las profundidades, yo siempre recuerdo. Mallick carraspeó, volvió a llenarse el vaso y se sentó.

—El asambleísta Imry, que habla en nombre de la Confederación de Kan, debe abandonar su puesto. Sugiero una enfermedad, personal o en la familia...

—No te atrevas, Mallick, a decirme cómo debo hacer mi trabajo. Yo no te digo a ti cómo has de maniobrar a espaldas de la Asamblea.

Mallick permitió que su voz fuera atenuándose casi hasta la nada.

—Pero es que lo haces, tesoro.

La chica lanzó una risita.

—Prerrogativa de mujer, Mallick.

El hombre levantó el vaso a modo de reconocimiento.

—Así que el consejero Imry... Eso me llevará un tiempo.

—Que sea pronto.

—Un tiempo —repitió Taya. El repentino y férreo tono de su voz era sorprendente en una chiquilla como ella.

Mallick levantó una mano para aplacarla.

—Por favor, cielo. Escucha. El tiempo de las sutilezas y las maniobras taimadas se está desvaneciendo a toda prisa. Las aguas están subiendo y, según todos los indicios, pronto será el momento de empujar nuestro modesto barco hacia la corriente de acontecimientos.

Taya se echó hacia atrás y empezó a pellizcar la tela blanca y suave como una pluma que le envolvía un muslo.

—Entiendo. Muy bien. Pero puede que sea complicado. Es posible que haya... preguntas.

Mallick dejó el vaso y se levantó.

—Cuestiones como esas las barrerá la tormenta inminente. Y ahora te dejaré con tu trabajo.

—¿He de empezar esta noche, entonces? ¿Vestida como estoy? —La joven abrió los brazos.

Mallick la miró con gesto indiferente.

—Si te parece lo mejor. Yo jamás me atrevería a instruirte sobre cómo has de realizar tu trabajo.

Taya dio una fuerte palmada en la tela mullida de los brazos del sillón.

—Maldito seas, Mallick, por la angustia del Encadenado. No sé por qué te soporto.

El hombre hizo una reverencia.

—Quizá porque juntos tenemos la oportunidad de alcanzar nuestras mutuas ambiciones.

Taya lo mandó irse con un ademán.

—Sí. Quizá. Bueno, pero si solo en el último mes ya he frustrado dos atentados contra ti. —Lo miró con los ojos entornados—. Debes de estar ganando influencia.

Mallick, dudó, inseguro. *¿Un simple recordatorio o una amenaza velada?* Decidió inclinarse otra vez; discreción, siempre discreción. En ella tenía, después de todo, un activo extraordinario. Un talento que nadie había detectado en la capital.

—Eres muy amable. Y recuerda, méncionale la Guardia a la vieja otra vez. Y la mano firme que se necesita. Ahora debe hablar de eso con mayor frecuencia.

Taya asintió sin demasiado interés.

—Sí, Mallick. Como siempre.

Una vez fuera, Mallick se ciñó bien las túnicas para defenderse del aire fresco de la noche y frunció los labios carnosos. Qué desalentador era tener que rebajarse a engatusar y utilizar halagos afectados para conseguir sus fines. Con todo, había demostrado ser una inversión digna. Nadie, ni siquiera Laseen y sus garras, que solían tener esa ciudad atada con cintas de seda, podían sospechar quién era la que con tanto éxito se había colado a tiro de piedra del palacio imperial. Habían sido solo los peculiares talentos de Mallick los que le habían revelado la existencia de la joven. Taya Raddock de Darujhistan. Hija de la propia Vorcan Raddock, la mejor asesina de esa ciudad. Adiestrada por su propia madre en las artes de la muerte encubierta desde antes de que aprendiera a andar. Llegada a Unta para vengarse del Imperio que había asesinado a su madre. Y qué deliciosa venganza infligirían los dos juntos, aunque no del tipo que la niña quizá tuviera en mente.

Tras bajar a la calle llena de ruido e iluminada por faroles, pensar en asesinos y eliminaciones llevó la mente de Mallick a pensar en su propia seguridad. Miró a su alrededor y buscó a su escolta, pero se percató de que, por supuesto, jamás vislumbraría siquiera al tipo. Sin embargo, percibió su presencia cerca. Otro de los huérfanos que parecía tener un talento especial para recoger: un viejo mago lleno de tatuajes, largo tiempo encarcelado en la prisión de Aren. Qué fácil conseguir su huida y garantizar su lealtad. Y qué valiosos habían resultado ser los, cómo podría decirlo, poco convencionales talentos del hombre.

Mallick se deslizó entre la marea de ciudadanos y sirvientes que atestaban la calle de los Adivinadores y se permitió esbozar una tensa sonrisa satisfecha. ¿Solo dos, queridísima Taya? Había perdido la cuenta del número de atentados con hechicería que Oryan había desviado con la extraña magia ancestral de sus sondeos por su senda. Taya y Oryan: dos poderosos sirvientes de cierto tipo. Y, por supuesto, Mael, su dios, y algo más también. Era casi como si los hados hubieran entretejido el patrón para que él lo trazara todo el camino hasta...

Mallick se detuvo de repente, casi tropezó e hizo tropezar a los que junto a él seguían el flujo de los cuerpos. Pensó en los desvaríos de la vieja. ¿Intromisiones de

los dioses? ¿Con él? No. Imposible. Ninguno se atrevería. Él era un hombre fiel solo a sí mismo. A él no lo guiaba nadie.

Una mano dura y nudosa por la artritis lo cogió por el codo, ojos oscuros y apagados como piedras mojadas a su lado, estudiándolo. Oryan. Mallick se lo sacudió de encima. No podía ser. Tendría que hablar con Mael. Pronto.

La primera insinuación que Ghelel tuvo de que algo ocurría fue cuando el maestro de esgrima de la familia, Quinn, levantó la mano de la daga para efectuar una pausa. La joven aprovechó para apretarse el costado, donde el dolor del esfuerzo amenazaba con doblarla en dos.

—¿Por qué parar? —resolló sin aliento—. ¡Ya me tenías!

El anciano no le hizo caso, cruzó hasta las puertas cerradas del establo y usó la punta de la hoja de parada para abrir una ranura.

—¿Qué pasa? ¿Padre viene a mirarte con malos ojos otra vez por entrenarme? —El estruendo de muchos cascos alcanzó sus oídos y la chica se irguió e hizo rodar un hombro con una mueca—. ¿Quién es? ¿La familia Adal llega pronto de Tali? Debería cambiarme.

—Silencio, mi señora.

La chica envainó la daga de parada y la fina espada larga y se apartó el largo cabello negro que se le pegaba a la cara. La pechera del chaleco de cuero con cordones estaba oscura de sudor. Cogió un trapo para limpiarse la cara. Se quedarían debidamente horrorizados si la veían así de desaliñada. Claro que, a la hora de la verdad, su reputación no importaba en realidad; ella solo era una pupila de los Sellath, no pariente carnal. Dejó caer el trapo cuando resonaron voces estridentes en la casa principal. ¿Gritos?

—¿Qué pasa, Quinn?

El hombre le dio la espalda a las puertas principales. El polvo se arracimaba en el estrecho haz de luz que entraba a raudales en los establos. Los caballos relincharon detrás de Ghelel, inquietos. Quinn no había envainado ni su estrecha espada larga kanesiana de esgrima ni el arma de parada. Bajo la mata de pelo entreverado de gris del hombre, su mirada se disparó por todo el establo sin hacer caso de la joven todavía.

Un estrépito de madera recibiendo patadas, unos cascos golpeando el suelo, un estruendo de metal, ¡espadas! La joven fue hacia las puertas. A través del hueco vislumbró a los soldados de la guarnición malazana. ¡Malditos malazanos! ¿Qué querían de aquella casa? Cogió aliento para chillar, pero Quinn dejó caer la daga y le tapó la boca con la mano.

¿Cómo se atrevía ese hombre? ¿Qué era aquello? ¿Estaba compinchado con ellos? Ghelel luchó por meter un codo bajo la barbilla del maestro.

De algún modo este le dio la vuelta, la levantó por la cintura y empezó a retroceder por el establo. Y no dejó de murmurar un solo instante:

—Silencio, muchacha, mi señora. Silencio ahora.

¡Un secuestro! ¿Era una especie de conjura de los malazanos? Pero ¿por qué ella? ¿Qué podían querer de ella? Ghelel luchó y se las arregló para liberar una mano y sacar la daga. El hombre le hizo algo en el codo, un pellizco o un empujón con el pulgar, y la hoja cayó de la mano entumecida. *¿Cómo había hecho eso?* Quinn recogió al vuelo la daga y siguió caminando.

La llevó hasta un cubículo, acalló con suavidad a la yegua que había dentro y después apartó a patadas la paja y el estiércol. Tras sujetar las dos muñecas de la chica con una mano, empezó a palpar las tablas del madera del suelo.

—Tenemos que escondernos —susurró—. Escondernos de ellos. ¿Entiende?

—¿Escondernos? ¡Tenemos que ayudar! ¿Eres una especie de cobarde o qué?

El hombre hizo una mueca al oír el tono de voz de ella.

—¡Baje la voz, que Ascu la maldiga! O usaré esto con usted. —Levantó la daga de la chica con el pomo por delante.

—Yo no tengo que esconderme. No soy importante.

La sólida hoja de la daga de parada se enganchó en un borde. Una trampilla oculta, no más ancha que los hombros de un hombre, se levantó.

—Sí que lo es.

Ghelel se lo quedó mirando, confusa. *¿Qué?* En ese instante Quinn la empujó de cabeza a la oscuridad.

Ghelel aterrizó de cabeza en medio de un montón de trapos húmedos que apestaban a podredumbre.

—¡Oh, dioses! ¡Que el Embozado te lleve, maldito zoquete! ¡Socorro! ¡Quien sea!

Se hizo la oscuridad cuando la trampilla se cerró. Un golpe seco al saltar Quinn.

—Chille otra vez y la dejo sin sentido —siseó en voz muy baja—. Usted elige.

—¿Dejarme sin sentido? ¡Pero si ninguno de los dos ve nada!

—Sus ojos se acostumbrarán.

Silencio. Los jadeos de la chica.

—¿Qué está pasando?

—Shh... —El suave deslizamiento del metal en el cuero y la madera cuando el hombre levantó la espada larga.

Ghelel empezaba a distinguir leves haces de luz que se colaban entre los tablones.

—¿Vas a... matarme?

—No, pero pienso ensartar a cualquiera que abra esa trampilla.

—¿Qué está pasando?

—Parece que el puño local está reuniendo rehenes entre todas las primeras

familias.

—¿Rehenes? ¿Por qué?

La joven podía distinguir el óvalo pálido de la cara del hombre estudiándola.

—No hemos estado prestando mucha atención, ¿eh? —Después se encogió de hombros—. Bueno, para qué habría de hacerlo, supongo...

—¿A qué te refieres?

—Insurrección. Secesión. Llámelo como quiera. Las casas nobles talianas jamás aceptaron el gobierno de Kellanved, y desde luego no el de Laseen.

—Mi padre...

—Padrastro.

—¡Sí, soy una pupila! ¡Pero bien podría ser mi padre! ¿Está a salvo? ¿Qué hay de Jhem? ¿Y el pequeño Darian?

—Es posible que se los hayan llevado a todos.

Ghelel se lanzó hacia la escalera de mano que por fin podía ver. El hombre la bajó de un tirón. La chica le dio puñetazos y patadas mientras él la apretaba contra sí. Como había hecho con la yegua de arriba, emitía ruidos suaves para acallarla. Al final, Ghelel se relajó en los brazos del maestro de esgrima.

—Silencio ahora, mi señora —le susurró—. O se la llevarán a usted también.

—Yo no soy importante.

—Sí que lo es.

—¿Qué...?

El hombre le puso un dedo en la boca. Ella se quedó quieta. Escuchó y mantuvo el cuerpo inmóvil pero relajado, sin luchar, se esforzó por ser consciente de su respiración, que mantuvo profunda, no superficial; técnicas que le había enseñado el propio Quinn.

Un paso arriba. Una bota que presionaba la paja. El arañazo de una hoja en la madera. Quinn levantó la espada larga y le tendió a Ghelel su espada, que ella cogió.

Una pausa de silencio y luego las botas se retiraron, voces lejanas y apagadas. Quinn se relajó.

—Esperaremos a la noche —dijo sin aliento. Ghelel se sintió fatal, pero asintió.

Un empujoncito despertó a Ghelel en la más absoluta oscuridad y la joven se irguió con un sobresalto y un ataque de pánico.

—Shhh —dijo alguien en la oscuridad y, al recordar, la chica se relajó.

—Dioses, está oscuro.

—Sí. Vamos a asomarnos.

Ghelel notó que el hombre subía con cuidado por la escalera y empujaba la trampilla. La luz de las estrellas entró a raudales. Ghelel comprobó sus armas envainadas y se ajustó el chaleco de cuero y los pantalones. Quinn subió y se perdió

de vista. Un momento después, apareció su mano instándola a que subiera.

Alguien había saqueado el establo, pero la mayor parte de los caballos seguía allí. Las puertas dobles estaban abiertas. Una luz procedía de las cocinas de la casa principal. Ghelel se esforzó por escuchar, pero solo oyó el viento rozando los árboles. No recordaba que en la casa de campo hubiese habido una noche más silenciosa que aquella. Quinn le hizo una señal: él se adelantaría para echar un vistazo. La chica asintió.

Con las armas listas, Quinn se fue acercando a una puerta y se asomó fuera. Se quedó quieto durante un buen rato y después lanzó un bufido de desprecio.

—Os puedo oler —exclamó a la noche.

Movimiento por todas partes; un arañazo en la gravilla, un crujido de una armadura de cuero.

—Manda salir a la chica —replicó alguien—. Quinn o comoquiera que te llames en realidad. Es todo lo que queremos. Sal ahora mismo y no pares de caminar.

—Voy a buscarla. —Y se metió dentro de un salto al tiempo que se agachaba. Los cuadrillos de una ballesta se estrellaron contra las maderas de la puerta y la hicieron balancearse.

—¡Alto el fuego, malditas sean vuestras entrepiernas sin pelo! ¡Solo es un hombre!

Agazapado, Quinn la cogió por el brazo y le hizo un gesto con la cabeza para ir hacia el fondo. Retrocedieron todo lo posible.

—¿Y ahora qué? —susurró ella.

—Si este tipo sabe lo que hace, esto se podría poner muy feo muy rápido. Tendremos que salir corriendo por atrás.

Algo se estrelló justo dentro de la parte frontal del granero y después tres tizones en llamas dibujaron un arco por las puertas. Unas llamas azules se extendieron como animales rabiosos por el suelo salpicado de paja.

—Maldita sea —dijo Quinn—, sabe lo que hace. —Apretó el brazo de Ghelel—. Haga lo que haga, ¡no se pare! ¡Usted siga, ataje y corra! A los bosques, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Bien. Ahora salimos agachados y nos levantamos corriendo.

Quinn abrió de una patada la puerta de atrás, esperó un instante y después salió agachado y rodó. Ghelel lo siguió sin pensar, como si ese solo fuera otro ejercicio más en todos los años que se había pasado adiestrándose con la espada y aprendiendo a montar; no había habido mucho más que hacer siendo como era una simple pupila. Algo resonó en el aire sobre ella y se estrelló con un golpe seco contra la madera. Más adelante, Quinn intercambiaba golpes con dos soldados malazanos. Después echó a correr otra vez, aunque los dos hombres todavía permanecían en pie. Al llegar a su altura, Ghelel levantó sus armas, pero ninguno le prestó ninguna atención. Uno

se había llevado la mano apretada al cuello, donde la sangre le salía a chorro entre los dedos; el otro había bajado la cabeza y se sujetaba el pecho como si le costara respirar. Ghelel pasó corriendo junto a los dos.

Sonaron gritos detrás. Las botas aporreaban el suelo. Quinn se dirigía al bosque más próximo y evitaba los cercanos viñedos. Unos silbidos anunciaron fuego de ballesta. A lo lejos, los cascos de los caballos machacaban el suelo. Ghelel maldijo, no habría forma de que pudieran dejar atrás a unos perseguidores a caballo. ¿En qué había estado pensando Quinn? Claro que, tampoco podían quedarse dentro.

Más proyectiles azotaron el aire cerca. Ghelel se los sacó de la cabeza y se concentró en correr. Lo único que quedaba por delante era la ringlera iluminada por la luna de un campo arado y después el refugio de un bosque denso sería suyo. Más adelante, Quinn le hizo un gesto a la derecha: jinetes que atravesaban a toda velocidad la línea de árboles, todos con el gris malazano. ¡Que Fanderay se los llevara! Con lo cerca que habían estado.

Quinn no dejaba de mirar atrás.

—¡No se pare!

Ghelel aceleró todo lo que pudo, pero la tierra, suave e irregular, se aferraba a sus botas. Los jinetes atajaron por delante de ellos. Hicieron girar las monturas unos junto a otros, las espadas brillantes bajo la luz fría. Quinn se dirigió directamente al más cercano. La temeridad de aquel hombre casi provocó un grito de admiración de Ghelel. Esquivó el golpe del hombre y después le hizo algo al caballo que hizo que el animal se levantara sobre las patas de atrás con un chillido. El hombre cayó y rodó de lado. Quinn se olvidó de él y se volvió hacia el siguiente. Ghelel llegó junto a ellos. El malazano más cercano ya había desmontado. Le lanzó una estocada como si Ghelel fuera a hacerle el favor de empalarse sola, pero ella se detuvo en seco y evitó el pinchazo, después giró y puso cuanto tenía en una estocada de su daga de parada. La hoja apuñaló al hombre en pleno estómago, aunque la detuvo la cota de malla. Quizá solo unos milímetros de la hoja entraron en el hombre. Pero a Ghelel la habían entrenado para esperar eso, y, lo que era más importante, el hombre acababa de quedarse sin aliento. Ghelel se arrodilló y después se irguió y empujó con la hoja corta, que sintió entrar por debajo de la barbilla del hombre. Se encajó allí con tal fuerza que la convulsión del hombre se la arrancó a Ghelel de la mano. La chica le dio la espalda para ver dónde estaba la siguiente amenaza mientras pensaba: *Que Ascu me perdone, he matado a un hombre.*

Quinn se estaba enfrentando a dos rivales, el resto se iba arremolinando.

—¡Corra, maldita sea! —gritó el hombre.

—No. —La joven lanzó una estocada al más cercano, él la esquivó y declinó contraatacar. *¡Malditos fueran! Nos están retrasando.* Unos cascos sacudieron el suelo por detrás de ellos. Ghelel se volvió: uno de la caballería, que se inclinaba de

lado con la hoja levantada. La chica levantó la suya en diagonal. El golpe le destrozó el brazo, las empuñaduras de las armas la golpearon en el pecho y cayó al suelo.

Le zumbaban los oídos, pero oyó a lo lejos unos gritos; unos caballos se encabritaban y levantaban barro a su alrededor. Su aliento humeaba en el aire frío de la noche. Se puso en pie, tambaleándose, parpadeando. Quinn también estaba de pie, esquivando, parando golpes que llegaban de arriba. Ghelel se agachó para recuperar su espada larga del barro revuelto. Otro caballo se encabritó, chilló y se metió tropezando entre la maleza, Quinn la lanzó tras el animal. Ghelel cayó e intentó agarrarse al animal que luchaba. Su jinete estaba atrapado debajo, pero ella no le hizo caso. Quinn la obligó a continuar. Juntos cayeron entre los espesos matorrales. Las ramas le cortaban la cara, le arañaban las mejillas, le tironeaban del pelo. Ghelel siguió adelante.

Irrumpieron entre matorrales más bajos y las gruesas ramas enmarañadas de pinos jóvenes. Quinn la cogió por el brazo y de repente Ghelel se dio cuenta de que era ella la que tenía que sostenerlo a él. Con la espada larga todavía en la mano, la chica lo levantó. La sangre brillante manchaba el lado izquierdo del hombre, donde la camisa le colgaba abierta, rebanada. El hombre le sonrió con gesto agotado, el cabello gris empapado de sudor.

—Los hicimos correr bien, sí, señor. Estoy orgulloso de usted.

—Shh, vamos. Todo irá bien.

—No, no. Usted siga adelante. Déjeme. Corra.

—No.

Él levantó la empuñadura de su espada y la saludó.

—Estoy orgulloso de usted. Lo ha hecho muy bien, Ghelel Rhik Taylinn. Un placer servirla.

Los cascos aporreaban la línea de árboles, gritos para llamar a los ballesteros.

—No hemos terminado todavía. —¿A qué se refería aquel hombre con eso de Taylinn? Los únicos Taylinn que ella conocía habían gobernado durante la última Hegemonía. Kellanved y Danzante habían hecho asesinar a los últimos cuando tomaron Tali.

Oyeron más caballos subiendo en tromba la pendiente del campo. Quinn la instó a continuar. Solo apartarla ya lo hizo caer de rodillas. Ghelel no podía dejarlo allí, así que lo rodeó con un brazo para levantarlo.

—Mis disculpas —murmuró él.

—¿Qué querías decir con eso de Taylinn?

El hombre se limitó a sonreír, el rostro tan pálido como una tela blanqueada por el sol. Los gritos la hicieron volver la cabeza de repente, chillidos coléricos, el choque de armas. ¿Qué demonios estaba pasando ahí fuera, en el nombre de la reina de los Misterios? ¿Por qué no habían ido a por ellos?

Silencio salvo por el golpeteo de los cascos y el relinchar de los caballos.

—¡Eh, ahí dentro! ¿Estás ahí, Quinn? —bramó alguien desde el campo.

El maestro de esgrima se llevó un dedo a los labios y le guiñó el ojo a Ghelel.

—¡Pero si soy yo, maldito seas! ¡Conoces mi voz!

Quinn luchó por envainar su espada larga. Ghelel lo ayudó.

—¡Muy bien! —Se oyó una exclamación enojada—. ¡Te digo que soy yo, Ameron!

Quinn sonrió.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —contestó a gritos con una mueca de dolor. Después terminó en tono más bajo—. ¿No has oído hablar de delegar?

—Sí, sí. Vine tan rápido como pude. Venga, baja de una vez.

Quinn le hizo un gesto a Ghelel para que se adelantara.

—No hay peligro, mi señora. Ameron era mi comandante.

—¿Tu comandante?

—En, eh, el ejército. Serví a sus órdenes. —Intentó caminar, pero tropezó. Ella lo sostuvo—. Muchas gracias, mis disculpas.

—Vamos. —Con un brazo a su alrededor, Ghelel lo fue guiando.

—Gracias. No es la impresión que deseaba dar.

—A Togg con eso.

—Ahora maldice como un marine, mi señora. Desespero.

—Perdón.

—No se disculpe. Sea sarcástica.

—El eterno profesor, ¿eh?

—Tocado.

Se abrieron camino entre la maleza y salieron tropezando al campo y a una unidad de caballería de unos treinta miembros, el aliento de sus caballos empañaba el aire de la noche. Casi todo el peso de Quinn descansaba ya en el brazo de Ghelel. Unos soldados desmontados se lo quitaron de las manos de inmediato. Resonaron llamadas para avisar a un sanador y lo echaron sobre la manta de un caballo.

—¿Quién de ustedes es Ameron? —preguntó Ghelel.

—Yo. —Un hombre desmontó, sus botas golpearon el barro. Era un tipo gigantesco, napaniano, con cota de malla ennegrecida y sin adornos bajo un manto de montar de color verde oscuro.

—Ha perdido mucha sangre.

—Está en buenas manos.

—¿Qué hay de los Sellath? ¿Puede llevarme con ellos?

Ameron posó las manos envueltas en guanteletes en la cintura y la estudió. Después bajó la mirada.

—Lo siento... Ghelel. Se los han llevado. El puño Kal'il sin duda los estará

usando, a ellos y a otros, para garantizarse un salvoconducto.

—¿Salvoconducto?

—Para salir de Tali. En barco, es de suponer. La capital está ahora bajo el control de una troica de familias nobles talianas.

Ghelel miró a su alrededor, a los hombres; ninguno vestía el gris malazano. El propio Ameron no lucía insignias ni sigilos. De hecho, la caballería vestía de color azul oscuro, los viejos colores talianos.

—¿Quién está al mando?

—Choss. Al general Choss se le ha concedido el mando militar.

—¿No será el mismo Choss que fue puño supremo durante un tiempo?

—Sí, ese mismo.

—Creí que estaba muerto.

—Esa era la idea.

Ghelel se encontró estudiando al hombre; Quinn había dicho que era su antiguo comandante.

—¿Y qué hay de usted? ¿Me permite preguntar lo que hace usted?

Un encogimiento de hombros.

—Lo que haya que hacer. Se podría decir que estoy a cargo de reunir información.

Ajá.

—Bueno, gracias, Ameron, por nuestro rescate. —El hombre se inclinó—. Pero ¿me permite acompañar a Quinn?

—Desde luego. Lo llevaremos a la mansión, ¿de acuerdo? Allí podremos sostener una conversación privada.

Sí, ¿una conversación privada sobre ciertos desvaríos de un hombre delirante y herido, quizá? Hasta que supiese si Quinn debería haber revelado lo que había dicho, se haría la inocente. No sabía muy bien hasta qué punto confiaba en aquel tipo. Era obvio que Quinn sí confiaba, pero a ella le parecía un hombre frío, extrañamente despegado. El estado de Quinn no parecía afectarlo en absoluto. Ella necesitaba al maestro de armas consciente y saludable. Sorprendida, Ghelel se dio cuenta de que era posible que aquel hombre fuera el último vínculo que le quedaba con su antigua vida. Se apresuró a seguir a los soldados que lo llevaban a la casa. Iluminaban su camino los establos que alzaban llamas altas al cielo nocturno.

Doce días después de descender de las montañas llegaron a la miserable aldea que Viajero llamó Desembarco de Canton, no más que un montón de chozas con techo de paja junto a un foso desplomado y una antigua empalizada quemada que se asomaba a las marismas del mar del Explorador.

—¿Debemos esperar aquí? —preguntó Ereko.

El otro asintió, su rostro curtido, arrugado y cauteloso no revelaba nada.

Ereko suspiró. *Que la Encantadora me dé paciencia para soportarlo.*

Empezaba a caer la noche y se apropiaron de una choza abandonada. Ereko intentó estirar los brazos y las piernas, sacudidos por los calambres, pero fracasó. Las moradas humanas no le sentaban nada bien. Siempre le había ido mucho mejor durmiendo bajo las estrellas. Una aldeana, una anciana, llegó cojeando con una cesta bajo un brazo.

—Se acerca una comida —le dijo a Viajero—. Ojalá no lo hicieran. Por el aspecto que tienen, necesitan la comida más que nosotros.

—Nos tienen miedo y es todo lo que pueden ofrecer. También creo que quieren que hagamos algo por ellos.

Con una sonrisa desdentada y una inclinación, la anciana repartió cuencos de gachas de pescado y pan de corteza dura.

—Condúcenos hasta vuestro cacique —le dijo Viajero en taliano—. Nos gustaría hablar con él.

—El cacique está muerto. Su sobrino hablará con vosotros. Lo mandaré mañana.

Más tarde, mientras Viajero dormía, Ereko se quedó mirando por encima de las ascuas del fuego el fulgor fosforescente de las olas que llegaban rodando a la orilla. Vio otro mar en sus pensamientos, un mar mucho más colérico y salvaje, de color gris hierro y alzándose en olas que rompían altas como acantilados. Durante la última estación, los jinetes habían llegado pronto a la muralla de las Tormentas. La sección de la contramuralla que él contemplaba permanecía tranquila puesto que los jinetes ya nunca lo desafiaban. De hecho, en los últimos años, su permanencia en la muralla había sido bastante aburrida. Por supuesto, eso complacía a sus captores korelanos: una porción más de la muralla por la que no tenían que preocuparse.

Ereko había observado a la lejana figura cuando la encadenaron por el tobillo, como a todas. Lo había observado mientras lo bajaban a su puesto, un estrecho saliente de piedra, sin conmoción ni resistencia alguna. El hombre se sentó sin inmutarse mientras las olas enmarañadas de hielo se estrellaban contra la muralla y la espuma lo ocultaba. Muchos señalaban cuando los jinetes salían a la superficie en el estrecho, muy lejos. Algunos chillaban y rogaban que los liberasen. Su hombre permaneció sentado y el susurro de una sospecha horrible rozó a Ereko: ¿podría ser ese tipo uno de esos lo bastante valientes como para abstenerse de defender su trozo de muralla y sacrificarse así para contribuir de alguna pequeña manera a la erosión de la enorme estructura?

Se acercaba una fila de jinetes, formas distantes y oscuras sobre las olas. El frío sobrenatural que los acompañaba embargaba hasta los miembros de Ereko. La escarcha le pintaba el cuero de las mangas y los pantalones. El hielo se espesaba

sobre las piedras y hacía el suelo resbaladizo y traicionero. A medida que se acercaban los jinetes, los elegidos korelanos iban arrojando armas a las pobres almas perdidas más bajas y más expuestas.

A Ereko le alivió ver que el hombre se ponía en pie con la espada en la mano. Las olas se alzaban cada vez más altas. Las crestas de espuma sumergían por completo a algunos de los defensores. Observó con atención, la primera fila no tardaría en golpear. Flechas y cuadrillos lanzados desde arriba bajaban dibujando un arco entre los jinetes que los abordaban. Con lanzas dentadas de hielo apoyadas en las caderas, avanzaban rodando, montados sobre lo que parecía media ola, medio caballo esculpido por el hielo. La armadura de hojuelas de hielo resplandecía con un color opalescente y esmeralda entre las cimas blancas de las olas.

La espuma ocultó el primer ataque. Cuando las aguas se retiraron, su hombre todavía permanecía en pie. Por ambos lados de la contramuralla los hombres se enfrentaban a los jinetes nacidos de las olas. La mayor parte fracasaba, por supuesto, pues ¿qué podía un simple hombre o mujer oponer contra semejante hechicería extraña y misteriosa? Las auroras jugaban ellas también como olas por el cielo nocturno. Las luces de otro mundo, o eso afirmaban los korelri.

En la pausa que se daba entre las filas de jinetes que atacaban, las aguas se retiraban y revelaban la mayor parte de los puestos vacíos o sosteniendo prisioneros caídos que colgaban por los grilletes de los tobillos como frutas grotescas. Los elegidos korelri descendían con cuerdas para apartar a los muertos. Se bajaba a nuevos prisioneros con los brazos agitándose en el aire. A esos, los elegidos no se molestaban en encadenarlos por los tobillos.

Su hombre permanecía en su puesto. Se había sentado otra vez, pero no por bravuconería, comprendió Ereko, sino para entrar en calor, con las piernas abrazadas contra el pecho.

Los elegidos usaban nudos de los que si se tiraba de cierto modo liberaban su carga, y así se dejaba a los prisioneros en sus salientes. Algunos se aferraban a las cuerdas en un fútil esfuerzo para regresar a las alturas, pero los arqueros les disparaban y los demás no tardaban en aprender la lección.

La espuma del estrecho volvió a recuperar todo su poder. Los jinetes que habían estado trazando círculos en mar abierto pusieron rumbo a tierra una vez más. Y así continuaba durante días enteros hasta que la tormenta se calmaba. Después llegaba una semana o dos de calma relativa, cuando la muralla se enfrentaba a las inclemencias normales del tiempo. Durante esos días la incomprensible presencia que moraba en las profundidades del estrecho recuperaba su fuerza.

Esa noche la segunda oleada llegó rápido. Al caer sobre ellos, un prisionero de guerra malazano en otro lado de la muralla curva bramó un desafío, o una plegaria, y saltó de su saliente. Bajaron de inmediato a un elegido korelri para ocupar su lugar.

La cresta golpeó e hizo estremecer la piedra de la muralla de las Tormentas como si la fuerza de un mar entero estuviera abalanzándose contra la Tierra.

Cuando las aguas y las losas de hielo se desprendieron de la piedra llena de marcas, su hombre permanecía en su sitio. Otro hombre, otro prisionero malazano a juzgar por sus harapos, le estaba gritando algo, lo llamaba y agitaba un brazo para suplicarle. Su hombre le dedicó un saludo militar y el tipo se irguió y le respondió del mismo modo con gesto solemne.

La tormenta continuó durante toda la noche, el hombre de Ereko fue el único de los primeros que quedó en su campo de visión. Se seguían bajando prisioneros, los korelri consideraban un favor ofrecerles a esos hombres y mujeres la oportunidad de recuperar su dignidad cayendo en la defensa de la muralla. Era obvio que los prisioneros tenían otra opinión.

Poco a poco, de forma casi imperceptible, el patrón de los ataques de los jinetes contra esa sección del muro cambió. La presión se redujo en la contramuralla a medida que los jinetes esbozaban un círculo y se retiraban. Los elegidos korelri se reunieron en las alturas, observaban y señalaban con entusiasmo. Ereko se asomó al mar: unas manchas más oscuras habían surgido de las profundidades, los magos de la varita, magos de los jinetes de la tormenta. Se irguió un poco más, pocas veces tenía ocasión de ver a esas criaturas. Un hielo negro como la noche era su armadura, forjado quizá en las profundidades más absolutas y sin luz del mar. Llevaban barras y varitas de piedras preciosas y cristal, olivino, granate y serpentina; con ellas azotaban la muralla con un poder invocado y un frío aplastante durante los asaltos más duros y feroces.

Los jinetes salieron raspando círculos entre las olas coronadas de espuma; uno se acercó y se dirigió directamente al hombre que la Encantadora le había señalado a Ereko como instrumento de su liberación. El jinete se aproximó, se irguió al tiempo que su ola alcanzaba la cresta y se estrellaba contra la muralla. Cuando la espuma y la bruma se aclararon, su hombre seguía en pie y el jinete había desaparecido.

Vítores triunfantes, sedientos de sangre, se alzaron entre los elegidos korelri reunidos arriba. Le pareció a Ereko que agitaban la muralla con tanta ferocidad como las propias olas.

Su hombre levantó la vista por un momento y después dio la espalda con toda intención.

Otro jinete solo se adelantó rodando con la lanza levantada. A Ereko le horrorizó ver que su hombre arrojaba la espada a un lado y se erguía desarmado, a la espera. El jinete se detuvo en seco, con la lanza apoyada. Se alzó y cayó con las olas y le pareció a Ereko que los dos se cruzaban unas palabras. Entonces el jinete se inclinó a un lado y se retiró.

A lo lejos, los magos de la varita bajaron los palos de cristal resplandeciente y se

desviaron todos a derecha e izquierda de su rumbo, la ancha muralla de las Tormentas. En esa sección de la muralla, el ataque había terminado.

Los elegidos korelri dejaron al hombre de Ereko encadenado a su saliente. Esa noche Ereko abrió de un tirón el grillete corroído que le comprimía el tobillo, trepó por la muralla, descendió hasta el puesto del tipo, le arrancó el grillete y lo llevó entumecido de frío al otro lado de la muralla. Cruzó a nado el estrecho interno de la Grieta, de aguas más cálidas, por detrás de la muralla, con el hombre alzado sobre su hombro. Alcanzó las costas abandonadas de lo que los korelri llaman la isla Resto antes de que el amanecer tocara los banderines más altos de las torres de vigilancia de la muralla.

Al abrigo de los peñascos se sentó y esperó a que saliera el sol. El hombre yacía inconsciente, casi muerto de frío. Con todo, no cabía duda de que era mucho más que un hombre. La visión de Ereko, aunque ni de lejos tan penetrante como la de sus ancestros, se lo decía. Y luego estaba la atención de su Encantadora, a quien algunos llamaban ya la reina de los Sueños. El tipo estaba en forma, desde luego. Pero no era excesivamente ancho ni grande, cosa que tantos equiparan de forma errónea a la pericia en combate. No, era más bien un aura que lo rodeaba, incluso en reposo. Una gran carga, y un gran peligro. No en el mero sentido físico. Más bien una espiritualidad. Potencial. Gran potencial de crear. O de destruir. Y de ahí el peligro.

Después de que el sol calentara al tipo lo suficiente, este se despertó y Ereko lo saludó.

—Me llamo Ereko.

—Viajero. —Miró a su alrededor, a las rocas incrustadas de algas de la orilla—. ¿Por qué lo has hecho?

—Llevo algún tiempo planeando mi propia huida. Pero sabía que tendría muchas más posibilidades si no estaba solo. Tu actuación de ayer me convenció de que contigo mis posibilidades serían mucho mayores.

El hombre se echó a reír.

—Parece que no fui de mucha ayuda.

—No te dejes engañar. Estamos lejos de ser libres. Estamos en el centro del subcontinente korelano. Los elegidos korelri sin duda han alertado a todo el mundo para que nos dé caza. Todavía tenemos que cubrir mucho terreno.

El otro asintió, aceptaba la historia o quizá solo era reacio a continuar con el tema. Ereko no estaba seguro.

—¿Y tú quién eres? No eres jaghut, eres más alto. Pero tampoco eres toblakai, ni trell. Pero hay algo de esos pueblos en ti.

—Nos hacemos llamar «el pueblo», thel akai.

Viajero se lo quedó mirando, confuso.

—¿Te refieres a tartheno... o thelomenio?

—No, thel akai. Esos que has nombrado son descendientes de mi pueblo.

—¿Sus ancestros? Pero eso es imposible. Jamás he oído hablar de tu raza.

—Todos desaparecieron hace siglos, salvo yo. Es decir, yo no he conocido a ningún otro.

—Lo siento.

—Gracias.

—Y también siento otra cosa.

—¿Cuál?

—Debo regresar a la muralla. Tienen mi espada.

Ereko respiró hondo. *Encantadora, ¿cómo has podido hacerme esto?*

—Entiendo. Así que, al parecer, debo desrescatarte.

A la mañana siguiente, en Desembarco de Canton, marcaron los árboles para el barco. A mediodía regresaron a la choza y se encontraron con un hombre anciano allí agachado, a la sombra, esperándolos. ¿Ese era el sobrino? El hombre asintió y sonrió, asintió y sonrió, y solo paró cuando Viajero se arrodilló a su lado y le puso una mano en el brazo para tranquilizarlo.

—Habéis sufrido una tragedia aquí —dijo, lo que hizo sobresaltarse al hombre.

—Sí, honorable señor. Estamos afligidos. La muerte de los mares. Traficantes de esclavos y piratas. Una y otra vez vienen. Pronto no quedaremos ninguno.

—Trasladaos al interior —sugirió Ereko.

La sonrisa del hombre estaba llena de huecos de dientes que faltaban.

—Somos simples pescadores. No conocemos ningún otro modo de vida.

—Lo sentimos mucho, pero nosotros no podemos... —empezó a decir Ereko, pero Viajero levantó una mano.

—¿Tenéis alguna posesión de esos piratas? ¿Armas? ¿Armaduras?

El anciano asintió con impaciencia.

—Sí, sí... se puede encontrar aquí o allí equipo viejo.

—Muéstranoslo.

Perplejo, Ereko acompañó a Viajero y al anciano cuando recorrieron la playa. Recogieron un trozo de metal corroído aquí, un fragmento de piedra rota allá. Viajero se arrodilló para sacar de la arena un trozo de madera blanqueada por el sol; el mango roto de una porra de guerra. Una borla de algún tipo le colgaba del puño. Frotó las plumas raídas y el cuero seco con los dedos y se levantó.

—Os ayudaré —dijo, y se limpió las manos.

Ereko se lo quedó mirando, asombrado. *¿Qué giro imprevisto envía ahora la Señora?*

—Sí, sí —repitió el anciano—. Sí. Gracias, honorable señor. Nunca podremos...

—Ayudadnos a construir nuestro barco.

—Sí. Por supuesto. Lo que necesitáis.

Mientras caminaban, Viajero preguntó por los estrepitosos susurros de las olas.

—Los esperáis pronto, ¿verdad?

El anciano se estremeció, sorprendido otra vez.

—Sí. Pronto. Vienen esta estación. Los piratas grises del mar.

Una patrulla de regulares malazanos apostados en la frontera wickana observaron el humo a lo lejos y alteraron su ruta para ir a investigar. Encontraron un campamento quemado del clan Cuervo. Los wickanos muertos yacían donde habían caído. El sargento de la patrulla, Acorde, observó los cuerpos de los cuervos: ancianos envueltos en mantas de oración, dos claramente tullidos y unos cuantos jovencitos. Estudió los restos pisoteados de los banderines, las astas de las banderas, una carreta cubierta y yurtas pintadas. Todo apuntaba a una especie de peregrinación religiosa wickana o una procesión ceremonial. Sentados alrededor de un fuego rugiente, una banda de invasores, más del estilo de los que se hacían llamar «colonos», se daban un festín con los caballos asesinados de los cuervos delante de los cautivos wickanos atados. Mientras se hartaban de carne de caballo no prestaron ninguna atención a los regulares.

—¿Os quedasteis sin provisiones durante vuestra larga marcha, eh? —le preguntó Acorde al hombre más cercano.

Ese sonrió y siguió comiendo. Una manta de fieltro se apartó de golpe y un hombre salió irguiéndose de una de las viviendas achaparradas al tiempo que se abrochaba los pantalones. Acorde vislumbró una figura pequeña y pálida bajo las mantas.

—Saludos, hermano malazano —exclamó ese.

—No somos hermanos vuestros.

—Bueno, gracias por pasar por aquí, pero ahora estamos a salvo de estos bárbaros.

—Vosotros estáis a salvo.

—Nos atacaron.

—Invadisteis sus tierras.

—Tierras malazanas, como la emperatriz nos ha recordado a todos. En cualquier caso, se negaron a vender ni uno solo de sus caballos, ¡y nosotros muertos de hambre!

—Los wickanos consideran a sus caballos miembros de la familia. No venderían ni uno de ellos más de lo que venderían un hijo o una hija.

—Ofrecimos un precio justo. Se negaron por simple y pura obstinación.

Acorde se inclinó a un lado y escupió un chorro marrón de zumo de roya.

—Así que os servisteis solos.

El hombre indicó con un gesto su confusión.

—Dejamos un precio justo en monedas y cogimos los peores de la manada. Cojos, inútiles para cualquiera. ¡Y nos atacaron! Todos ellos. ¡Niños! ¡Viejas! Como las bestias rabiosas que son. Menos que humanos.

El sargento miró a los jóvenes atados y se metió un puñado de hojas en la boca.

—¿Y estos?

—Nuestros. Prisioneros de guerra. Los venderemos.

—¿Eh? ¿Qué es lo que has dicho? ¿Prisioneros de guerra?

—Sí. Una guerra de limpieza. Esta gentuza wickana ha ocupado las llanuras tiempo suficiente. Tanta buena tierra sin cultivar. Desperdiciada.

El sargento se colocó bien la ballesta y se llevó una mano al costado con los dedos abiertos. Como uno solo, los hombres de la patrulla apuntaron con las ballestas a la banda de colonos.

Los hombres se quedaron con la boca abierta y las tiras de carne en la mano. Su portavoz hizo una pausa, pero después volvió a colocarse bien la ropa con gesto sereno.

—¿Qué es esto? No hemos violado ninguna ley. La emperatriz ha prometido esta tierra a todos los que vengan a cultivarla. Guardad vuestras armas y marchaos de aquí.

—Lo haremos, una vez que nos hayamos llevado lo que es nuestro.

—¿Vuestro? ¿Y qué es?

—Resulta que yo también me dedico a estudiar la ley imperial y esas leyes dicen que cualquier prisionero de guerra es propiedad del trono. Y como representante debidamente sancionado del trono que soy, tomaré posesión de los prisioneros.

—¿Qué harás qué? Pero ¿quién ha oído hablar de semejante ley?

—Yo, y con eso basta. Ahora, apártate.

Una forma flaca salió en tromba de la tienda de campaña, apenas una niña vestida con una camisa rasgada demasiado grande para ella. Le chilló un torrente de palabras wickanas al sargento, que alzó una ceja.

—Vaya, vaya. Parece que todo el mundo es un maldito abogado en estos tiempos.

—¿De qué está hablando esa? —preguntó el portavoz.

—Aquí la muchacha ha invocado la ley wickana contra ti. Una purificación con sangre.

—En el nombre de Ascuá, ¿se puede saber qué significa eso?

—Cuchillos. Por lo general a muerte.

El hombre se quedó mirando a Acorde con la boca abierta.

—¿Qué? ¿Ella?

Los hombres de la hoguera fueron poniéndose en pie poco a poco.

—Cúbrelos, chaval —dijo Acorde en un aparte.

—Sí, señor. —La patrulla se dispersó con las ballestas todavía levantadas.

—No puedes hablar en serio. ¿Vas a escuchar a esa mocosa wickana?

—Así es.

—¡No es más que una niña!

El sargento se quedó muy quieto, con los ojos clavados en el portavoz.

—Puesto que tiene edad suficiente para que tú la violes, quizá tenga edad suficiente para hacerte responsable, ¿no te parece?

El hombre retrocedió y adoptó una postura de lucha, después se encogió de hombros y sacó un cuchillo de la vaina del cinturón.

—Está bien. Tendré que matarla a ella también.

Acorde le tiró a la chica su propio cuchillo. La jovencita lo cogió, chilló una maldición wickana y saltó.

Se acabó todo más rápido de lo que Acorde había supuesto. Al final tuvo que apartar a la chica del cuerpo cubierto de cuchilladas. La patrulla alineó a los jóvenes y se marchó con ellos al fuerte. Mientras se iban, los hombres juraron que harían correr la voz sobre lo ocurrido y que verían el fuerte quemado hasta los cimientos. Parte de Acorde esperaba que lo intentaran; a otra parte le preocupó haber metido a su teniente en más líos de los que podía manejar su guarnición de una sola y reducida compañía.

Kyle estaba tirado en su catre a bordo del Kestral, con los ojos apretados. Mareado, el estómago le daba vueltas y él tensaba el cuerpo contra las sacudidas del barco que se balanceaba de un modo alarmante una vez más. Casi un mes en el mar, la última vez que habían tocado tierra había sido en la costa occidental de las tierras Bael y durante los últimos cinco días el Kestral había surcado la cabeza de una tormenta que los empujaba al noroeste, una dirección que los marineros supersticiosos no querían mirar siquiera.

El final de su sueño eludió sus esfuerzos de aferrarse a él, el chico gimió, y se rindió al fin a la vigilia. Durante un brevísimo instante el dulce aroma del perfume había parecido atormentarle la nariz y la calidez suave de una mano pareció detenerse en su frente. Pero se encontró con que seguía en su catre, a bordo del Kestral, tras semanas en el mar y solo los dioses sabían lo cerca, o lejos, que estaban de su destino: Stratem. La tierra adoptiva de la Guardia Carmesí.

Una tierra que no significaba nada para Kyle.

La madera embreada se estremeció y crujió a dos palmos de su nariz. Las gotas de condensación resbalaban por la pared curva de tablones y empapaban todavía más la arpillera pegajosa y el relleno de paja sobre el que yacía. La madera se estremecía de forma visible, machacada por la tormenta que amenazaba con sacudir el navío y hacerlo naufragar. Tenía los ojos llenos de lágrimas por el humo de la roya y la amapola de D'byan que flotaba en capas por la estrecha escalerilla. El hedor a

vómito antiguo, aceite, sudor y agua de mar estancada se combinaba para hacer que el estómago se le contrajera todavía más. Bajo él, los guardias hablaban, apostaban y estudiaban la baraja de los Dragones.

Rodó de lado. El cuchillo curvo de las llanuras que se había atado con un cordel al cuello se le clavaba en el hombro. Bloqueando el estrecho pasillo, los hombres se habían reunido en un grupo alrededor de un pequeño tablón de madera sobre el que habían dispuesto las cartas de los Dragones. Pizarra era muy talentoso a la hora de realizar lecturas, todo el mundo estaba de acuerdo en que era uno de los más precisos de la Guardia.

Apareció la cabeza entrecana de Joroba; había trepado por las cuatro literas hasta el catre más alto, el de Kyle. Enganchó el muñón del codo sobre el borde del catre y señaló con un guiño la lectura.

—Pizarra tiene un cabreo del Embozado. Dice que domina la reina de la Casa de Vida. Dice que eso es muy raro, rediez, y que la lectura es tan útil como un sacerdote de D'rek en una casa de putas.

Kyle suspiró y se volvió a echar en su litera.

—Por los huesos del Embozado, solo son un montón de cartas. —Desde que se había alistado en la Guardia se había tenido que enfrentar a más supersticiones y dioses de los que jamás había imaginado que existieran, por no hablar ya de distinguir o incluso creer en ellos.

Joroba se rascó con los dedos mugrientos la barba desaliñada.

—Mucho más que eso —dijo, sobre todo para sí.

—Prueba otra vez —instó alguien a Pizarra.

—No puedo —respondió el guardia—. Una vez al día.

Las finas cartas de madera pintada tintinearón cuando Pizarra las reunió.

—Prueba igual.

—Da mala suerte.

—¿Quieres decir que quizá terminaríamos calando tus chorradas?

—Quiero decir que podría hacer caer todo tipo de problemas sobre nuestras cabezas.

Por el rabillo del ojo Kyle vio que Joroba asentía con gesto serio a esas palabras. Una vez al día, nunca cerca de un santuario o suelo santificado, ni tampoco de cementerios o un campo de batalla reciente. Kyle no podía creer todo el folclore y ritual que rodeaba la baraja. Se suponía que las cartas revelaban el futuro, pero ¿cómo iban a hacerlo si no podías usarlas la mitad del tiempo? A él le parecía muy conveniente para quienquiera que vendiera los puñeteros trastos.

Aburrido, débil y mareado por el constante bamboleo y corcoveo del barco, cerró los ojos contra el humo e intentó buscar aquel sueño una vez más. Lo eludía, pero él intentó adormilarse otra vez.

La puerta de la escalerilla se abrió de golpe con un gran estrépito y dejó entrar una oleada de agua por las escaleras junto con una ráfaga de aire gélido y húmedo que tironeó de los faroles. Todo el mundo maldijo al hombre que bajó los escalones. Era uno de los marineros kurzanos contratados. Sus pies desnudos golpearon las maderas y la camisa de lana goteó agua de mar en los tablones. Bajo el pelo negro, pegado por la lluvia y la espuma, tenía muy pálida la cara barbuda.

—El capitán os quiere a todos en cubierta, armados —anunció en nabrajano, y se hizo a un lado. Todo el mundo se puso los cueros o gambesones que tenían; la mayor parte de la armadura de metal había sido untada con grasa animal y guardada para que no se oxidase. Además, en el mar suponía más un riesgo que una protección. Le hicieron preguntas al marinero, pero no les dijo más, solo hizo signos contra el mal en el pecho mientras sus ojos, resignados y acosados, los evitaban a todos. Kyle se vistió con la camisa del gambesón. Se puso la gorra de cuero que se colocaba bajo el yelmo y se ciñó el cinturón de las armas mientras todo el mundo formaba una fila. Subieron por las escaleras junto al marinero, que temblaba y no levantaba los ojos.

En cubierta, Kyle encontró una cuerda para guiarse y se tapó los ojos para protegerlos de la espuma del mar. Contempló las velas rizadas y las aguas revueltas coronadas de blanco. Los hombres señalaban, gritaban, las palabras arrancadas por el viento. Kyle siguió sus miradas y no pudo creer lo que vio: entre las olas y la espuma al viento se movían figuras humanas. Lo que parecía ser la armadura que los cubría relucía con el color del zafiro y el opalescente del arcoíris. Parecían cabalgar sobre las olas. La espuma blanca volaba a su alrededor. Mientras él miraba, algunas de las olas se enroscaron en forma de caballo y se precipitaron al fondo, llevándose a sus jinetes con ellos solo para romper las aguas picadas algo más allá. La armadura brillaba como la escarcha y llevaban en las manos lanzas con los bordes dentados.

Kyle examinó los horizontes. De la flota de la Guardia de veinte barcos, solo podía ver al Nómada. El mercenario más cercano, Tolt, se aferró al brazo de Kyle y empezó a dar gritos.

—¡Jinetes de la tormenta! ¡El viento nos ha llevado al Tajo! ¡No tenemos ninguna oportunidad!

La reacción inmediata de Kyle fue de asombro y miedo paralizante. Dos meses antes, casi al principio del viaje, Joroba había explicado algo sobre el extraño y enrevesado archipiélago y continentes que la Guardia Carmesí llamaba hogar. Quon Tali, y al norte, Falar. Al sur, Korel. Una profunda zanja de océano de tormentas impredecibles y corrientes contrarias, había explicado Joroba, separaba Quon Tali de Korel, o Puño, como a veces se conocía. Los jinetes de la tormenta se habían apropiado de ese paso desde que la gente tenía recuerdo. Dos veces los malazanos habían intentado atravesarlo para llegar a Korel y dos veces los jinetes habían hundido sus flotas. No permitían que nadie entrara sin su permiso y guerreaban de

forma continua con los korelanos por la costa de sus tierras.

Kyle fue a la regala. Entre la espuma distinguió a varios jinetes que rodeaban el barco. Mientras observaba, incrédulo, los que estaban más cerca del Kestral saludaron al velero con las lanzas levantadas y se sumergieron. Más subieron a la altura del barco. Uno atravesó las aguas muy cerca y pareció quedarse mirándolo pero, puesto que el alto yelmo ocultaba los ojos del ser, Kyle no podía estar seguro. Sintió un impulso, sacó el talwar y lo levantó delante de la cara para saludar al jinete. La extraña entidad se irguió y alzó su lanza, la punta de púas destelló de un modo cruel. Kyle se rió con un alivio palpable y envainó la espada. Le pareció que Tolt llevaba razón, si se hubiera producido una lucha, no habrían tenido ninguna oportunidad.

—Ese jinete te saludó.

Kyle se volvió. Allí estaba Melena Gris, la única persona ataviada con una armadura completa de bandas de hierro, las piernas bien abiertas en el suelo, pero sujetándose a una cuerda guía. Kyle recordó las palabras del renegado en Kurzan: «El agua y yo no nos llevamos bien». En los ojos del veterano había una expresión calculadora que Kyle jamás había visto hasta entonces.

—O te estaba saludando a ti.

Una tensa sonrisa sardónica inundó los ojos del hombre, pálidos como el cielo.

—No. Hace ya mucho tiempo que les dije que se lo ahorraran.

Kyle le dio la espalda; eso no era lo que quería oír de ese extraño apóstata malazano. ¡Chistes! El renegado le había arrancado algo irremplazable (algo que lo había empujado a hacer su propio juramento), pero no por imitar al de la Guardia. Se aferró a la regala. Hacía un frío pavoroso, pero cualquier cosa que no fuera las dependencias cerradas y malolientes de abajo se agradecía durante un rato. Estaban metidos como sardinas en banasta en cada barco. Todos los guardias apretados unos contra otros.

—No es la primera vez que pasas por aquí, ¿verdad? —preguntó Kyle mientras miraba aquel mar de color gris pizarra. Observó a los jinetes dibujar un círculo en el agua e irse sumergiendo uno por uno. Unos cuantos mercenarios continuaban en cubierta, los rostros endurecidos una vez pasado el pánico. Se recordó que algunos de esos hombres habían presenciado maravillas mucho mayores que aquella.

Melena Gris tardó un rato en responder, pero Kyle lo sentía allí, más cerca. Oyó las muchas capas de franjas de hierro del hombre chirriando en los hombros y los brazos cuando cambiaba de postura con las sacudidas del barco.

—Sí. Muchas veces. Me crié en Geni, una isla al sur de Quon. Mi padre pescaba en el Tajo. Los vi muchas veces, sí, señor, de niño. Antes de que mi padre saliera y no volviera nunca más. Se lo llevaron ellos, según algunos. Renegué del mar entonces. Me alisté en el ejército.

El renegado hizo una pausa y Kyle se lo imaginó esbozando una sonrisa triste, ¡para lo que le había servido la elección! Pero Kyle se negó a mirar. Ese hombre se había llevado todo lo que más valor tenía para él. ¡Había asesinado a un espíritu que guiaba a su pueblo! No quería escuchar lo que el otro tenía que decir.

—El mando pensó que mi familiaridad con el Tajo sería una ventaja en la invasión de Korel —continuó Melena Gris—. Y durante un tiempo así fue. Pero según fueron pasando los años, el punto muerto me llevó a intentar algo que no se había intentado jamás...

El último de los jinetes desapareció entre remolinos de espuma pálida de color esmeralda. Kyle se estremeció. A pesar de sí mismo, se dio la vuelta.

—¿Qué? ¿Qué hiciste?

El renegado había fruncido el ceño, su mirada pálida se había clavado en las aguas. Se limpió la espuma de la cara y luego hizo un gesto como si arrojara algo al agua.

—Bueno, digamos que lo que hice prendió una hoguera bajo los korelri como nada más lo había hecho e hizo que el mando me arrestara. Cometí un error, juzgué mal la situación, y murieron muchas personas que no tendrían que haber muerto.

—Lo siento.

—Sí, yo también lo sentí. Pero lo acepto. Ahora solo estoy harto. —Una sonrisa sesgada, los ojos brillantes como el hielo que se aferraba a las cimas de las montañas del norte de la tierra natal de Kyle. O como la armadura resplandeciente de esos jinetes de la tormenta.

La cara de Kyle se puso roja a pesar del viento gélido y se dio la vuelta. Eso no era lo que quería: que le abriera el corazón, confesiones. No era lo que quería de aquel hombre. Un hombre de la compañía que él había jurado... *¡Maldito fuera por eso!*

—Bueno, será mejor que vaya abajo. Tengo que volver a engrasarlo todo gracias a esos puñeteros jinetes.

Kyle no dijo nada, no se veía capaz de hablar. Cuando volvió la vista se había quedado solo.

La tarde se oscureció, el horizonte bajo y cargado refulgía al oeste con un profundo color rosa y anaranjado. El agua ya no estaba tan picada, los senos de las olas se hicieron más superficiales y el viento amainó. El Kestral y el Nómada, apenas visible como una mancha al norte, iban virando para tomar rumbo sur. A pesar del viento que clavaba cuchillos de hielo en la espalda de Kyle, el muchacho permaneció en cubierta. El mal olor y la estrechez de abajo le revolvió el estómago. A popa, el brillo de una pipa reveló la presencia del viejo sabotador Joroba, que estaba sentado envuelto en una manta. Kyle se dirigió a popa mano sobre mano por el flechaste hasta

detenerse junto al veterano.

Joroba examinó la pipa, apisonó la cazoleta con el pulgar y se la volvió a meter en la boca.

—Ya te puedes relajar, muchacho. Ponte cómodo. Ahora estás en casa.

—¿En casa?

—¡Claro! Ahora eres de la Guardia, hijo.

—¿Lo soy?

—Pues sí. Yo mismo te tomé juramento.

—¿Y tú qué? ¿Dónde está tu casa?

Un bufido impaciente.

—La casa del soldado es su compañía, muchacho. A estas alturas ya deberías saberlo. Claro que siempre va a haber anhelos y recuerdos que chorrean miel de los lugares que hemos dejado atrás, pero ¿qué nos pasa cuando volvemos a esos lugares, eh? —El viejo saboteador no esperó respuesta—. Pues que averiguamos algo que no queremos saber, que ya no estamos en casa. Allí ya no nos reconoce nadie. No encajamos. Nadie lo entiende. Y después de un tiempo te das cuenta de que has cometido un error. No se puede volver.

El saboteador suspiró y se ciñó mejor la manta de caballo.

—No, los que nos dedicamos al oficio de soldado, nuestro hogar es la Guardia, o la brigada, o lo que sea. Ese es nuestro verdadero hogar. Y los hay que se burlarían de lo que digo y lo despreciarían llamándolo sensiblerías, dirían que ya lo han oído todo muchas veces, pero eso no cambia que para nosotros sea verdad, ¿a que no?

Kyle no pudo evitar sonreír al oír la convicción favorita del saboteador: que todos eran hermanos en la Guardia.

—No, supongo que no. —Bajó la cabeza y miró al viejo veterano, los ojos rojos llenos de venas, la barba desgredada y entreverada de gris, la cara arrugada y curtida por el sol—. ¿Entonces tú llevas mucho tiempo con la Guardia?

Una gran sonrisa.

—He visto unos ciento sesenta años de batalla. Todos ellos bajo este duque y su padre, y su abuelo antes que él.

Kyle se lo quedó mirando, incapaz de respirar.

—¿Eres un juramentado?

—Sí. —Le dio una buena bocanada a la pipa—. Deberías haber estado allí, muchacho. Unas seiscientas espadas se alzaron esa tarde bajo un cielo despejado, y seiscientas voces hablaron como una sola. Juramos lealtad eterna y servicio a nuestro duque mientras viviéramos y el Imperio permaneciera en pie. Y él todavía sigue vivo en alguna parte. —El saboteador examinó su pipa y se la volvió a meter en la comisura de la boca—. El duque, ese sí que era un hombre al que seguir. Los detuvimos un tiempo, sabes. Los únicos que lo conseguimos. Despellejador se

enfrentó a Dassem, la espada del Imperio, pero terminaron en tablas. Pero eso acabó con nosotros. Estábamos cansados, muy cansados. Y el duque desapareció poco después. Así que nos dividimos en compañías y nos separamos.

—Y ahora se ha acabado el vagar —dijo Kyle, la voz tensa, sentía una rabia ardiente que le quemaba el pecho—. ¿Entonces por qué? ¿Para qué los contratos? ¿Para qué venir a las tierras de Bael? ¿Para qué... la Espuela?

Joroba suspiró.

—Sí. Se acabó la diáspora. Volvemos a reclamar nuestra tierra. Pero no estábamos solo vagando. Buscábamos en todas partes, buscábamos al duque. Nosotros no lo encontramos. Pero quizá una de las otras compañías... No lo sé.

Permanecieron uno al lado del otro en silencio durante un rato. Los marineros kurzanos trepaban a su alrededor para izar las velas. Las brasas de la pipa de Joroba murieron. El saboteador se despertó de su ensueño y se levantó.

—No sé tú, pero a mí se me está congelando el culo aquí fuera. —Se subió más la manta y fue abajo.

Kyle se quedó un rato más en cubierta, observando las olas sin verlas en realidad. No podía dejar de pensar en las palabras de Joroba aquel día en la Espuela. *«Sabíamos que había alguien aquí...»*

Al día siguiente estalló la tormenta y el Kestral avanzó más deprisa. Abajo llegó la noticia de cubierta que se había perdido el contacto con todos salvo el Nómada. Se empezó a hablar de naufragios, de los jinetes y de monstruos marinos, y Pizarra se ofreció a leer el futuro de Kyle en la baraja de Dragones.

Kyle estaba tirado en su catre, mareado en medio de aquella maldita travesía por las tormentas. ¡Había crecido en una tribu, por el amor del Embozado! ¿Qué diablos estaba haciendo en un maldito barco? Durante los primeros días del viaje se había reído de aquel mercenario gordo y sus lecturas, pero en aquel momento agradecía cualquier distracción, por muy ridícula que fuese. Pizarra se alegró, ya había vaticinado el futuro de todos los demás hombres más veces de las que podía contar. Kyle era su última oportunidad de algo nuevo.

—El Campo, o Reino, como lo llaman algunos, se puede dividir en cuatro partes —empezó a decir Pizarra mientras le quitaba el polvo al cuadrado de madera. Kyle hincó una sola rodilla en el suelo frente a él. Un farol colgaba de una viga, un farol que se balanceaba como loco cuando el barco cabeceaba y corcoveaba. El gordo guardia vestía una camisa de fieltro, los cordones abiertos de la pechera revelaban numerosas cicatrices y una gruesa mata de vello negro. Sacó las cartas. Estaban atadas con una cinta de seda blanca y envueltas en cuero negro. Kyle sabía que el cabo las llevaba en una fina caja de madera que tenía metida en su manta enrollada. Afirmaba que llevaba generaciones enteras en su familia.

Pizarra buscó en la baraja.

—Ahora mismo estoy usando lo que llamamos la «baraja corta». Estas cuatro cartas, las Casas, gobiernan el Campo. —Las fue sosteniendo una tras otra—. Luz, Oscuridad, Vida y Muerte. —Después levantó otra—. Pero cuando yo era joven apareció esta nueva Casa: Sombra. —Dejó las cinco cartas en el suelo y empezó a sacar otras y a explicarlas—. Cada una de las cuatro Casas antiguas posee sus sumos servidores: el Rey, la Reina, el Caballero o Campeón, y sus servidores menores o sirvientes. En algunos sitios se conocen como el Herald, los Magos, el Soldado, la Costurera, el Constructor, la Esposa y demás. Sombra tiene sus propias cartas de servidores: el Rey, la Reina, el Asesino, algunos lo llaman Cuerda, el Sacerdote o Mago, y el Mastín. En algunas barajas, cada Casa tiene asignados barrios o direcciones donde mayor es su influencia. Sombra no tiene ese tipo de ubicación. Puede aparecer en cualquier parte en cualquier momento.

»También hay que contar con estas seis cartas. —Pizarra las fue clasificando—. No sirven a ninguna Casa: Oponn, que significa la oportunidad o las probabilidades; el Obelisco, que indica el pasado o el futuro; y estas cuatro: la Corona, el Cetro, el Orbe y el Trono.

—¿Y el resto? —preguntó Kyle mirando las cartas que permanecían en la mano de Pizarra.

El mercenario hizo una mueca.

—Estas son nuevas añadiduras, van con una Casa que acaba de aparecer hace poco. Poderes nuevos, influencias que todavía se esfuerzan, estas vienen y van todo el tiempo... No sé si durarán mucho más. —Dejó en el suelo una carta muy diferente de las demás. Al igual que las de la Casa de Sombra, difería en manufactura, era obvio que el resto era un juego único, cortado con el mismo patrón y pintado por la misma mano. Las cartas de Sombra estaban cortadas de una madera ligeramente más gruesa, pero se encontraban pulidas después de tanto manoseo. Las superficies eran de un color oscuro ahumado, casi negro, e insinuaban formas y movimientos vagos. La nueva carta ni siquiera era cuadrada del todo como las otras. De bordes irregulares, la superficie lisa de madera sin cepillar lucía un diseño que era obvio que se había grabado allí con un cuchillo. Se trataba de una cabaña o una choza, algún tipo de alojamiento miserable, y a Kyle le parecía una especie de burla de lo que Pizarra había llamado a las otras, Casas.

—Esta nueva presencia se llama la Casa de Cadenas —continuó Pizarra—. Hasta el momento alberga a estos servidores: el Rey, la Consorte, el Saqueador, el Caballero, los Siete, el Tullido, el Leproso, el Tonto.

Mientras Pizarra hablaba, Kyle miró la carta que representaba al Rey de la Casa de Cadenas. Al igual que la carta de su Casa, era de una madera sin pulir. Grabada en la cara de la carta, quizá por la mano inexperta de Pizarra, había un sillón pesado de

respaldo alto, un trono. Al secarse, la madera de la carta se había encogido y se había agrietado de arriba abajo, una grieta que atravesaba aquel sillón imponente y sólido. Comparadas con el resto de la baraja, tan detallada, suntuosa y bien barnizada, esas añadiduras a Kyle le parecían ridículas. Pero no podía negar que la torpe imagen contenía cierta amenaza extraña. La madera medio partida era de un color rojo sangre bajo la superficie blanqueada, lo que daba la apariencia de chorros de sangre que corrían por debajo de la superficie del trono. Por alguna razón, Kyle se habría sentido mucho más cómodo si el trono hubiera estado ocupado; al menos entonces sabría dónde estaba su ocupante. La superficie de la carta parecía cambiar y desdibujarse bajo el bamboleo de la luz del farol; el grano irregular le sugería a Kyle el polvo en el aire, como el de los campos de dunas que se puede encontrar uno en las estepas. El trono le pareció entonces que se hallaba más cerca y que dominaba más superficie. No, era como si él o el trono se movieran juntos, se fueran aproximando, las dunas desdibujadas por la velocidad.

Se interpuso una mano y le dio la vuelta a la carta. Kyle subió la mirada hacia la cara cercana y reluciente de Pizarra, el hombre tenía los ojos entornados. El joven notaba la espalda pegajosa por un sudor escalofriante, y también en los brazos, y sintió un extraño mareo.

—No puedes quedarte mirando así —dijo Pizarra en voz baja y tensa. Pareció querer decir algo más, pero en su lugar solo recogió las cartas y las miró—. Quizá lo intentemos después. —Las gruesas manos del talento temblaban cuando guardó las cartas.

Kyle fue a su catre, se aferró a su espada y se quedó mirando las gotas de humedad que bajaban por la madera embreada. Sacó la hoja un palmo de la vaina de cuero y madera y frotó los símbolos grabados a fuego en el hierro. Su profundidad, cincelada como si la hoja templada fuese de cera, siempre lo sorprendía. Le rezó por lo bajo una corta plegaria al rey Viento, rezó intentando creer que de algún modo estaba cerca y lo cuidaba. ¿Pero ese brujo o ascendiente podría haber sido él en persona? Era demasiado atroz. Habían puesto su mundo patas arriba y con cada mes que pasaba veía lo ingenuo e imposible que era el juramento que había hecho sobre el hierro de esa espada para vengar de algún modo lo que había ocurrido en la cima de ese dedo prominente de piedra.

Esa noche intentó soñar con la mano de una mujer y una fuente de la que sin duda manaba el agua más dulce que él había probado jamás. Si lo consiguió, no se acordó luego.

Noche Simal'Ap Url, de la guardia del puerto de Unta, se había sentado al calor de la tarde y observaba otro buque mercante más que se bamboleaba cargado con el botín recogido en el Imperio y se abría paso trabajosamente para salir del muelle

empujado por los remos. *Ratas asquerosas*. Se inclinó hacia delante para escupir un chorro rojo de jugo de panizo a las aguas aceitosas que se mecían bajo el muelle. *Ratas gordas. Deben de oler algo, no la podredumbre imperial que las alimañas normales olemos por aquí, no, sus narices deben estremecerse por otros aromas que se mecen al viento. El hedor de la influencia, el perfume del poder*. Noche sonrió, sus labios eran una mancha roja. Esa le gustaba. *El perfume del poder*. ¿El almizcle del dinero? Frunció el ceño. Bueno, no, quizá no esa.

Pero ¿dónde podían esperar un refugio seguro si no era allí, en la capital? ¿En Malaz? Lanzó una risita y estuvo a punto de tener una arcada provocada por la bola de hojas que tenía metida en una mejilla. ¡Por el Embozado, no! Quizá en un pequeño fondeadero en alguna parte, una bahía aislada. Lejos de todo. Quizá podían comprar protección a los puertos fortificados de Nap o Kartool...

Se echó hacia atrás y dio unos golpes en el muro de la choza de la guardia del puerto.

—¿Sargento?

—¿Qué?

—Estaba pensando...

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no hagas eso, hijo? Te va a sentar mal.

—Solo pensaba que quizá deberíamos cobrar una tasa de salida. Ya sabe, como un impuesto por abandonar el puerto. Una cosa en plan fino, algo así. Hay un rebaño entero de ovejas que se las piran sin esquila ni na.

—¿Tú te crees que esas casas de mercaderes no lo llevan pagado ya? ¿Tú quieres tener una visita de la Garra o qué?

—¿La Garra? Pero ¿qué tienen que ver ellos con nada? Nosotros vamos a lo nuestro, como los demás. Todo el mundo recibe una parte del pastel, no se hace daño a nadie. Como de toda la vida.

—Sería milagro, algunos quieren regir la pastelería —dijo su sargento en voz tan baja que Noche casi ni lo oyó.

Algo tapó la luz dorada de la tarde que calentaba a Noche. Este guiñó los ojos y distinguió un par de lustrosas botas de cuero negro. Su mirada siguió subiendo hasta llegar a unas caderas anchas que terminaban bajo el cinturón ladeado y el amplio y generoso pecho de la cabo de la guardia, Manos.

—Vuelves a estar mascando esa basura extranjera, Noche —dijo la mujer.

—Sí, señora.

—Para ti, «señor», flacucho.

—Sí... señor.

—Escúpelo.

—Eh... Manos...

—¡Señor!

—Es que me costó el último...

—Me importa una rata muerta del Embozado en lo que tú decidas tirar el dinero, pero estás de servicio.

—Eso es —interpuso la voz del sargento Hojalatero.

Noche frunció el ceño, se inclinó hacia delante, abrió la boca todo lo que pudo y empujó la bola de hojas con la lengua. La masa aterrizó en los listones grises del muelle con un chorro de saliva roja que moteó las botas de Manos.

—¡Maldito seas, por Fener!

Noche se limpió la boca con la manga.

—Perdón... señor.

Manos levantó los brazos para colocarse bien la trenza de pelo rojizo que llevaba metida por la espalda del camisote de hojuelas. Después señaló la choza con la barbilla.

—Ya hablaremos más tarde, soldado —dijo en voz baja.

Cuando la mujer se alejó, Noche le tiró un beso.

—Como te dije, soldado —dijo su sargento—, te va sentar mal.

—Esa tipa no me da miedo.

—Pues debería dártelo.

Noche se agachó otra vez, recogió la bola húmeda y se la metió de nuevo en la boca. ¡Ja! Podía acabar con ella. Quizá por eso había estado insistiendo todo ese tiempo la cabo, para que él le demostrara quién era el jefe. Noche volvió a sonreír. Después frunció el ceño, confuso. ¿Qué diablos había sido eso, por el abismo? Se asomó por el borde de los listones. Unas almohadillas, como hojas, que salían flotando en las olas. Algunas parecían contener monedas de cobre, trozos de cintas, arroz, fruta y cabos de velas, unas cuantas todavía ardiendo. Iban meciéndose juntas como una especie de flotilla. Otra vez esas malditas ofrendas a ese rubicundo dios del mar. En los últimos tiempos cada vez veía más. Escupió un buen chorro y volcó una ringlera de aquellas almohadillas. ¡Ja! Supersticiones estúpidas para los malos tiempos. Él entendía que pasase eso en sitios perdidos de la mano de los dioses de Nap o Geni, pero ¿en Unta? Se suponía que allí la gente era sofisticada. Sacudió la cabeza. ¿Adónde iría a parar la civilización?

El puño Genist D'Irdrel, de Cawn, le echó un vistazo a fuerte Saran y se desesperó. ¿Cuatro años de servicio en ese grano del culo de una mula? ¿Por qué no podía haberse trasladado el mando al asentamiento de Seti? Por penoso que fuera. Se pasó otra vez la manga por la cara; la tela del gris jubón malazano estaba apelmazada por el sudor. Guiñó los ojos para defenderse del fulgor del sol y estudió el color ocre quemado de las colinas bajas y onduladas cubiertas de hierba, los cúmulos de follaje desvaído y desperdigado en arroyos interrumpidos y depresiones. Pero lo que más le

llamó la atención fue el sorprendente número de campamentos setis, grupos de tiendas de fieltro y pieles, reunidos alrededor del fuerte en tugurios con hogueras, caballos metidos en corrales y perros mestizos. Por los dioses, juró, en el estado mayor alguien iba a pagar por ese insulto.

—No está tan mal si guiñas mucho los ojos —comentó el hombre que cabalgaba detrás.

Genist giró en la silla y le lanzó una mirada furiosa.

—¿Ha dicho algo, capitán?

El capitán, recién trasladado al Decimoquinto de Caballería, se encogió de hombros de un modo que molestó a Genist. De hecho, todo en aquel hombre molestaba a Genist. El sujeto solo llevaba unas semanas con el regimiento, pero casi de inmediato los sargentos lo habían preferido a él; el puño había visto cómo, cuando daba órdenes, los ojos de los hombres giraban para mirar a ese capitán, Musgo, se hacía llamar, en busca de confirmación. Pero también había algo en sus ojos avispados, los guantes gastados y las vainas igual de gastadas de los dos sables, de empuñadura de marfil, que llevaba a los costados que embotaba el habitual tratamiento que dispensaba Genist a sus subordinados.

Tras ellos, la columna de a dos de dos mil soldados de caballería malazanos esperaban en silencio bajo el sol ardiente.

—Dé señal para que avancen —le gruñó Genist al responsable.

El capitán Musgo carraspeó.

—¿Y ahora qué pasa? —siseó Genist.

—Los exploradores no han regresado del fuerte, comandante.

—Bueno, ¿y qué? ¡Ahí está! ¡El fuerte! ¿Para qué necesitamos exploradores, por los putos ojos del Embozado!

—Va contra el reglamento.

—¡El reglamento! —Genist parpadeó y bajó la voz—. No estamos en el frente, maldito idiota. Esto es el centro del continente. —Genist respiró una vez y se volvió hacia el responsable de las señales—. Avanzamos.

Mientras cabalgaban, por una vez el capitán Musgo no dijo nada. El hombre iba aprendiendo poco a poco cuál era su lugar, decidió Genist. A lo lejos, en la cima de los montículos, grupos de caballería seti levantaban penachos de polvo al aire caliente y quieto. *Dioses*, gimió Genist para sí. Dos años entre esos bárbaros mestizos. ¿Qué aspecto tendrían las prostitutas? Seguro que no había ni una sola decente en toda la llanura. Guiñó los ojos y miró al jinete más cercano, estandarte de piel gris. Soldados Lobo. Examinó las colinas y buscó en ellas. Allí, al final, un estandarte de piel blanca. Soldados chacal, la legendaria aristocracia de las sociedades de guerreros, su lealtad pertenecía al terror de las llanuras, Ryllandaras, el chacal blanco. Un antiguo

poder de la misma sangre, o eso decía la leyenda, que los mismísimos héroes primeros. Treach, ahora Trake, el recién ascendido dios de la batalla, entre ellos.

Algo más adelante, las altas puertas dobles de fuerte Saran se abrieron. El oficial de la puerta le hizo un saludo militar a Genist, que asintió para corresponderle. Dentro, los terrenos centrales de la plaza de armas permanecían vacíos. Una torre de piedra se alzaba tres pisos, achaparrada y ancha, en la empalizada norte del fuerte. *Gracias a la Señora*, admitió Genist. Una delegación esperaba delante.

—Dé orden de que formen —le dijo al responsable de las señales y azuzó a su montura. Para irritación del puño, Musgo lo acompañó—. No veo a la puño Darlat. —Tras ellos, la caballería formó en los terrenos.

—Jamás la he visto —dijo Musgo.

En lugar de la puño Darlat, todo lo que aguardaba a Genist y el traspaso formal de poderes era una variopinta banda de soldados desaliñados ataviados con sobrevestas desvaídas y muy gastadas. ¡No podían ir en serio! ¡Cierto, Saran solo se trataba de un fuerte, pero el mando era el gobernante putativo militar malazano de todas las llanuras setis! Una región tan grande como la propia Dal Hon, al sur. ¿Era una especie de insulto calculado?

Genist detuvo su montura ante los oficiales reunidos y los examinó en busca de alguna señal que le indicara quién estaba al mando, pero fracasó. No vio insignias ni emblemas de rango, nada que los distinguiera a unos de otros. Todos se parecían con sus rostros bronceados y curtidos por el viento y el equipamiento gastado. Veteranos, todos y cada uno. ¿Por qué allí, en medio de ninguna parte? ¿Acababan de servir en Siete Ciudades y después los habían enviado allí? ¿Igual que, como parte de su personal sugería, era el caso de Musgo? ¡Malditos fueran por mirarlo así! ¿Cómo se atrevían?

—¿Quién está aquí al mando? ¿Dónde está la puño Darlat?

—La puño Darlat no se encuentra bien —dijo el mayor de todos, el que permanecía en el extremo de la izquierda.

Quienquiera que fuera aquel hombre, había visto muchos años de duro servicio. El pelo corto, trasquilado con cuchillo, salía disparado en todas direcciones. Quemaduras, quizá. Cabello blanqueado por el sol y entreverado de gris. Sus ojos eran simples ranuras en un rostro arrugado y estragado por el viento. Un arco de doble curva negro de estilo seti sobresalía a su espalda.

—¿Y quién es usted?

—Me llamo Toc. Toc el Viejo.

Tras un momento de silencio, Genist lanzó una carcajada.

—Tiene que estar de broma. No ese Toc el Viejo, desde luego.

—El único que yo conozco.

Genist les echó un vistazo a los oficiales reunidos, ninguno se reía. Ninguno, de

hecho, sonreía siquiera. Hasta Musgo lucía de repente la expresión más dura que Genist había visto jamás en ese hombre.

—Pero eso es fantástico, inaudito. Creí que, es decir, todo el mundo supuso... que estaba muerto.

—Bien. —El hombre se acercó y acarició el cuello de la montura de Genist—. Puño Genist Urdrel, ¿me permite tomar prestado su caballo unos momentos?

Genist se quedó mirando al hombre con la boca abierta.

—¿Disculpe? ¿Quiere qué? ¿Por qué?

El capitán Musgo se apresuró a desmontar.

—Coja el mío, señor.

Toc le dio la espalda a Genist.

—¿Nombre, soldado?

—Musgo. Capitán Musgo.

—Bueno, gracias, capitán Musgo, por permitirme usar su caballo. —Toc el Viejo montó, saludó con un gesto a los oficiales reunidos y salió a medio galope hacia la formación.

Dos de los oficiales se acercaron a Genist y le quitaron las riendas de las manos. Genist fue a echar mano de su espada.

—Yo no haría eso —murmuró Musgo en un aparte—. Yo diría que nos superan en número.

Genist bajó la cabeza y lo miró, furioso.

—Tengo dos mil...

—¿Ah, sí? Ya veremos.

—Por la barba de Beru, ¿qué quiere decir?

Musgo señaló con la barbilla los terrenos detrás de Gerist, que se volvió para mirar.

Toc el Viejo paseaba su montura de arriba abajo delante de las tropas formadas.

—¿Algún veterano entre vosotros? —gritó con un tono de voz que se transmitió hasta Genist—. ¿Algún perro viejo de las campañas? ¿Sargentos? ¿Portaestandartes? ¿Me conocéis? ¿Me reconocéis? ¿Quién soy? ¡Gritadlo!

Genist oyó las respuestas que exclamaban, pero no distinguió las palabras. Un murmullo general se hinchó entre las tropas. Las cabezas se volvían para intercambiar palabras.

—¿Me conocéis? —gritó Toc—. ¡Fui comandante de flanco a las órdenes de Dassem en Valan, cuando cayó Tali! ¡Limpié Purga Nom! ¡Traje al redil a los setis!

A Genist se le heló la sangre cuando empezó a plantarse la posibilidad que aquel hombre pudiera ser de verdad el propio Toc, no un renegado oportunista que intentara explotar el nombre. ¡Por el aliento del Embozado! ¡Toc el Viejo, el comandante de caballería más grande que había producido jamás el Imperio! Por el abismo, no se

podía hablar de caballería imperial antes de ese hombre. Y entonces las palabras de aquel soldado produjeron un escalofrío a Genist; recordó quién era el que había negociado los tratados tribales de los setis y tras el que columnas de miles de lanceros setis habían salido de esas llanuras para cruzar Quon y llegar incluso a Falar, y se volvió, temiendo lo que podría ver, hacia las puertas abiertas del fuerte. Allí, a horcajadas de sus monturas, cinco ancianos de las tribus los observaban, pieles blancas sobre los hombros, las lanzas coronadas por fetiches de piel blanca.

¡Por los dioses del inframundo! ¿Qué se puede desatar aquí?

Un grito se alzó entre las filas, una cadencia que fue subiendo hasta convertirse en un cántico creciente.

—¡Toc el Viejo! ¡Toc el Viejo! —Las hojas sisearon al salir de las vainas y se agitaron en un saludo al cielo—. ¡Toc el Viejo!

Hasta Musgo, en pie junto a la montura de Genist, con el pulgar rozándole los labios, murmuró con aire pensativo:

—Toc el Viejo...

CAPÍTULO 3



Y así, Trake asciende.

¿Quién puede decir qué influencia ejerce eso sobre sus hermanos y hermanas?

Héroes primeros todos. ¿Ascenderán ellos también? ¿Ha llegado la hora de los bárbaros dioses salvajes?

¿Dioses brutales para una era deprimentemente brutal?

Tol Geth, esteta

Darujhistan

La Vara y el Cetro se encontraba en el barrio sur de la ronda Exterior de Li Heng. Una dirección que no significaba nada para los recién llegados a la ciudad, pero para cualquier residente que llevara cierto tiempo significaba una cosa y solo una: pobreza. Pues Li Heng era una ciudad de rondas o precintos circulares metidos unos en otros. En el centro se encontraba el foco Interior, que contenía en su eje el palacio, y dentro del palacio, en el centro mismo, el templo de la ciudad, en otro tiempo dedicado a la Protectora y en ese momento, bajo administración malazana, vuelto a consagrar a todo el panteón de dioses, héroes y espíritus guardianes de Quon Tali. Rodeando el foco Interior se encontraba la ronda Intermedia Mayor, hogar de las antiguas familias aristócratas de Li Heng, las casas de mercaderes más acaudaladas y los funcionarios del gobierno. A continuación llegaba la Intermedia Menor, más ancha todavía. Allí se llevaba a cabo la mayor parte de las transacciones comerciales de la ciudad, pues Li Heng se encontraba en el centro de Quon Tali, a medio camino de las costas, en plena arteria comercial principal, la que unía Unta con la lejana provincia de Tali al oeste, y el comercio era lo que daba vida a la ciudad. Rodeaba la Intermedia Menor la ronda Exterior, la cuarta y la más ancha. Allí se levantaban las atestadas viviendas de la mano de obra, las fábricas, los corrales de los animales y los guetos de las tribus setis y otros intrusos.

En cuanto a lo que podría residir fuera de sus legendarias murallas, es revelador que en la jerga especial de los mercaderes de Li Heng ni siquiera había una palabra para denominarlo. Desterrado, entonces, al precinto Exterior, la Vara y el Cetro ni

siquiera podía reclamar la distinción de encontrarse cerca de una de las dos puertas principales de la ciudad: la puerta del Amanecer, que miraba al este, y la puerta del Atardecer, que miraba al oeste. No, la taberna descansaba a la vista de la menos distinguida y poco rentable puerta de las Montañas, que miraba al sur. Al menos, su propietario y sus parroquianos podían felicitarse por algo, no se veía por ningún sitio la miserable puerta de las Llanuras, que miraba al norte.

La Vara y el Cetro era también, por tradición, un establecimiento militar. En la época dorada, antes del asesinato de la bendita Protectora y la llegada del yugo de la ocupación malazana, la taberna recibía a guardaespaldas de mercaderes y elementos de la propia Guardia Urbana de la Protectora. Pero en el presente la taberna albergaba solo guardias de caravanas y daba cobijo a los soldados malazanos.

El contingente malazano que se alojaba en esos momentos en la ciudad era el de los marines malazanos, Séptimo Ejército, Cuarta División, un pelotón provisional de saboteadores reunidos en batalla, el Undécimo, destinado al mando central del Cuarto Ejército, a las órdenes de la puño Rheena, gobernadora militar de Li Heng.

El comandante del Undécimo de saboteadores, ascendido en el campo de batalla, era el capitán Storo Matash, nativo de Falar, de la isla de Golpe. En esos momentos, el capitán Storo estaba sentado en una mesa, bebiendo sin parar, mientras escuchaba a un saboteador de primera clase, Nervioso.

—No tiene sentido seguir, capitán. Ninguno. No se puede hacer, no hay manera, nunca. —Después, Nervioso levantó las dos manos—. Bueno, quizá se podría hacer, si se trabaja mucho. Quizá entonces sí.

—Es sargento, cabo.

—Claro, capitán.

Storo suspiró, se frotó con la palma de la mano el pelo erizado cortado a cepillo. Miró a sus otros dos saboteadores.

—¿Qué tenéis que decir vosotros dos? ¿Arrojo?

Arrojo apretó los ojos y pensó.

—Con el respaldo de todos los recursos de la ciudad podríamos haberlo hecho en un año.

—¿Risueño?

Risueño hizo una mueca, engulló el contenido de su jarra, tosió y se limpió la boca.

—Un proyecto inútil. Sin sentido. Además, ni siquiera había un foso, ya para empezar.

Storo miró por las tinieblas de la sala de techos bajos de la Vara y el Cetro.

—Todos los de aquí dicen que era un foso. Muy orgullosos que estaban de su antiguo foso estos henges.

Risueño bufó con desdén.

—Que no había foso.

—¿Entonces qué era?

A Risueño lo llamaban Risueño por lo horrible de sus sonrisas, que eran, más que sonrisas, muecas furiosas, agónicas, llenas de dientes. Esbozó una de esas muecas lascivas y tensas.

—En primer lugar, pues claro que está el río Idryn que atraviesa la ciudad entera, pero es un río lleno de barro que cruza toda una llanura seca. Demasiado inestable para llenar un foso, y además, solo lo llenaría de sedimentos. En segundo lugar, eh, Arrojo, ¿cuál es la forma más fácil de levantar las murallas?

Arrojo guiñó un ojo y su sonrisa fue mucho más agradable.

—Bajar el suelo.

—Pues eso. Era una zanja. Una zanja grande como el culo. No un bonito estanque lleno de ranitas a la luz de la luna. Un hediondo agujero lleno de polvo y basura, repleto hasta el borde de perros muertos y mierda.

—¡De acuerdo! Lo entiendo. —Storo le hizo una seña a la mujer del dueño, Estal, para que sirviera otra ronda—. No lo adornes más.

Risueño frunció el ceño.

—No lo adorno. Arrojo, Nervioso y yo hicimos un pozo hasta el fondo de la zanja. Eso fue lo que encontramos allí abajo. Perros muertos y mierda.

Mientras Estal dejaba con un golpe seco un jarro de cerveza, Storo miró a su equipo de saboteadores. No había decidido todavía si le cabreaba o le aliviaba ese mantenimiento incesante de los viejos juegos y costumbres que los habían ayudado a superar años de combates en el norte de Genabackis. Si cerraba los ojos, era casi como si estuviera de regreso en las campañas y Risueño y Arrojo estuvieran jugando a las piedras con los defensores de Mott, gritando los movimientos a la noche. Se frotó la frente con el pulgar y el índice y le dio un largo trago a la barata cerveza hengese.

—Así que dejamos lo del foso... la zanja.

Nervioso sacudió la cabeza.

—De eso nada. Eh, bueno, quizá no. Arrojo tiene una idea.

Arrojo se abrazó a sí misma, se inclinó hacia la mesa y bajó la voz.

—Hundir ese pozo. —Se detuvo y miró por la sala. Perplejo, Storo siguió la mirada de la veterana, el sitio estaba vacío salvo por unos cuantos guardias de caravanas borrachos y Estal. Arrojo se inclinó hacia delante una vez más—. La zanja no es más que un gran estercolero lleno de madera, basura y trapos, y tiene todo tipo de brechas. Agujeros. Yo digo que lo llenemos. Pero no de agua. ¿Qué dices, capitán?

Risueño esbozó una de sus horrendas sonrisas.

Cuatro jarros de cerveza más tarde, mientras Nervioso, Arrojo y Risueño jugaban

a las cartas y Storo bebía, tres soldados malazanos entraron en la sala. Dos se sentaron a una mesa vacía a medio camino entre la puerta y la mesa de Storo. El tercero, un oficial, se acercó sin prisas a la mesa y abrió mucho los brazos.

—Mira quién está aquí. —Se volvió hacia sus compañeros—. Es él. Como dijo Rheena. El bueno del sargento Storo, que ha vuelto de Genabackis.

Nervioso, Arrojo y Risueño no levantaron la vista de las cartas. Storo entrecerró los ojos y alzó la mirada con aire cansado.

—¿Te conozco?

El oficial usó la bota para enganchar una silla y acercarla a la mesa, después se sentó. Los pomos de dos espadas de duelo se le incrustaron bajo las axilas. El cabello negro le colgaba enrollado en finas y apretadas colas de rata atadas por torzales brillantes de tela que se apartó de la cara ancha y bronceada.

—No. No hemos tenido el placer. Permíteme presentarme. Harmin. Capitán Harmin Els D'Shil, del estado mayor de la puño Rheena. —El capitán inclinó la cabeza en un amago de reverencia.

Nervioso, Arrojo y Risueño miraron de soslayo. Storo rezongó un saludo.

—¿Qué puedo hacer por ti?

La sonrisa de Harmin era tan pareja como retorcida era la de Risueño, pero ambas se parecían de una forma extraña.

—Bueno, imagínate mi sorpresa, no, mi desesperación, al enterarme que el héroe de las campañas del norte de Genabackis había regresado solo para ponerse a cavar tierra y apilar rocas como un simple convicto.

Nervioso, Arrojo y Risueño bajaron las cartas.

—¿Héroe? —rezongó Storo. Quitó de un tirón la mano de Risueño de la saquita que llevaba al costado—. ¿Qué quieres decir con eso de «héroe»?

El foco brillante que era la sonrisa de Harmin cayó sobre Risueño.

—Seguro que tus hombres a estas alturas ya habrán oído muchas veces la historia, ¿no? —La sonrisa regresó como una hoja afilada a posarse sobre Storo—. ¿Cómo aquí vuestro sargento Storo acabó con un juramentado de la Guardia Carmesí?

Arrojo se apartó de un soplido el pelo de la frente sucia y sudorosa y metió los brazos bajo la mesa para posar las manos cerca de los cuchillos que llevaba en el cinturón.

—Sí. Algo habíamos oído. Y es capitán ahora, ¿eh?... Capitán.

Harmin inclinó la cabeza hacia Arrojo.

—Yo no me lo creí la primera vez que lo oí, por supuesto. Pensé que era una de esas historias locas que llegan del frente. —Cruzó los brazos y dejó las manos cerca de los pomos de las espadas. La sonrisa que posó en Storo reveló todavía más dientes—. Ya sabéis... mentiras tejidas por buscadores de fama...

Risueño se levantó de un salto de la silla solo para que lo hiciera volver a sentarse

Storo. Harmin, que no se había movido, posó su sonrisa una vez más sobre Risueño. Storo puso de un golpe seco los codos en la mesa y apoyó la barbilla en las manos.

—Pero tú averiguaste que fue verdad.

Harmin descruzó poco a poco los brazos con un asentimiento. Cogió la copa que había delante de Nervioso, la olisqueó y la volvió a dejar sin probarla.

—Sí. No hace falta decir que me quedé asombrado. Pero la puño Rheena asegura que es auténtica.

—Así que has venido a echarme un vistazo y a oír cómo pasó.

—Sí, a eso. Y a entregar un mensaje. —Levantó una mano—. Pero, por favor, no lo malinterpretes. Mi interés no es meramente el de un soldado normal y corriente, uno de esos idiotas que mira con la boca abierta. Tengo cierta conexión con la Guardia. Como podrás adivinar por mi apellido. La familia D'Avore son, eran, primos míos.

Storo se llenó el vaso y se recostó en la mesa con un suspiro de sufrimiento.

—De acuerdo. Te lo contaré todo.

Nervioso, Arrojo y Risueño le lanzaron a su comandante miradas sorprendidas. Nervioso vació a toda prisa su vaso en el suelo cubierto de paja y lo llenó otra vez. Storo dio un buen trago y se aclaró la garganta.

—Estaba justo a las afueras de Owndos, durante el asedio. A mi pelotón le habían asignado el objetivo de una torre con vistas al mar de ese mismo nombre. Tomarla o, a falta de eso, destruirla para quitársela al caudillo Brood. Teníamos suerte porque todavía teníamos a nuestro mago de batalla, Seda, que aún sigue conmigo. —Storo alzó la voz—. ¿No es verdad, Seda?

Harmin miró a su alrededor y dio una sacudida, sobresaltado. Un hombre delgado y pálido se había sentado en la mesa de al lado. Vestía una camisa fina de seda oscura, chaleco y pantalones ya desvaídos y muy gastados. Le ofreció una sonrisa burlona a Harmin, que se la devolvió con los dientes apretados.

Storo dio otro trago.

—Seda hizo un reconocimiento de la torre e informó que la ocupaba un contingente enemigo considerable, soldados de Ciudad Libre. Tribus barghastianas y milicia de ciudadanos. Al parecer, ofrecía una vista estratégica del bosque circundante y la costa de Owndos. En cualquier caso, los de la zona no nos preocupaban. Incluso teníamos aliados barghastianos nosotros también, esos chicos luchan contra cualquiera, en cualquier parte. No, el empujón de la Señora era que al mando de la torre estaban cuatro miembros de la Guardia Carmesí. Eso sí que daba que pensar. Ya conoces la vieja política oficial, no te enfrentes a la Guardia a menos que los superes en número, cinco a uno. Y no era nuestro caso.

»Así que esa noche envié a Seda y a los chicos a minar la torre. A la mañana siguiente salió una patrulla encabezada por tres de la Guardia. Eso nos venía bien.

Nos quedamos allí sentados a esperar hasta mucho después de que se fueran y luego cargamos contra el complejo. El plan era dar un golpe rápido y seguro, empujarlos otra vez hacia la torre y después volarla. Y sí, las cosas salieron a pedir de boca. Una vez que la mayor parte de los defensores se retiró a la torre, la volamos. El sitio entero explotó en pedazos y se derrumbó en un gran estallido de piedras y polvo. Los soldados restantes de Ciudad Libre y los barghastianos se quedaron estupefactos y no nos costó mucho espantarlos.

»Pero entonces la cuarta guardia salió tambaleándose de entre el fuego y los destrozos, parecía una juramentada. Debía de estar en uno de los pisos de arriba cuando se produjo la explosión, así que no se llevó la peor parte. Pero tirarle encima una torre de piedra de cuatro pisos la estaba ralentizando un poco, en cualquier caso. No caminaba muy bien, quizá una cadera rota o algo, y tenía un brazo destrozado. Nuestros barghastianos la rodearon y le clavaron por todas partes jabalinas y lanzas. Debía de haber diez lanzas fijándola al suelo, pero ella seguía retorciéndose, se las iba quitando una por una.

»No veas cómo impresionó eso a los barghastianos. Su chamán hizo volver a sus muchachos. La buena mujer chilló algo sobre espíritus y pactos y dejó muy claro que no iban a tener nada más que ver con los juramentados. A esas alturas la juramentada se había sentado en el suelo. Solo las jabalinas que le atravesaban las piernas la sujetaban al suelo. —Storo tomó un trago y levantó y bajó los fornidos hombros—. Así que era cosa mía. Cargué, y aunque todo lo que tenía ella era un cuchillo, estuve a punto de terminar sin una pierna por las molestias. Yo caí y ella volvió a tirar de las jabalinas. El tiempo iba pasando, así que me acerqué cojeando por el lado del brazo malo de ella y conseguí encajarle unos cuantos golpes a dos manos. Eso la ralentizó un poco más todavía y pude acuchillarle la cabeza unas cuantas veces. Después de eso ya me metí a fondo y me las apañé para darle puñaladas hasta que la cabeza se le separó del cuello. Y así murió.

»Más tarde alguien me dijo cómo se llamaba: Sarafa Lenesh.

Mientras Storo hablaba, la sonrisa de Harmin se había ido desvaneciendo, convertida en una expresión de asco, después dejó escapar un siseo lento.

—Así que atacaste a una mujer herida. Le cortaste la cabeza mientras no podía moverse.

Storo asintió.

—En pocas palabras, sí.

Harmin parecía no saber qué decir y sacudió la cabeza en una negación enmudecida.

—Eres un bárbaro. Destruiste algo irremplazable. Único en el mundo entero.

—Son el puñetero enemigo —rezongó Risueño.

Harmin pudo volver a sonreír una vez más y se levantó.

—Gracias por la historia, Storo. Aunque no te honra mucho.

—¿El mensaje? —preguntó Storo, y dio un trago.

Con los ojos convertidos en ranuras, Harmin sacó un trozo de papel doblado del cinturón y lo tiró en la mesa.

—La puña Rheena me pidió que te entregara esto. Llegó a través de los canales administrativos imperiales. —La sonrisa se animó un poco—. Quizá sea un aviso de jubilación. Siempre hay esperanza.

Tras una inclinación casi imperceptible le dio la espalda a la mesa. Los dos que habían entrado con él se levantaron. Justo antes de la puerta, Harmin hizo una pausa cuando se fijó en un par de hombres sentados a los lados de la entrada. A ambos los conocía de vista, eran el músculo de la tropa falta de fuerza de Storo: Jalor, un nativo de Siete Ciudades, que lucía una barba muy recortada y aceitada que no conseguía disimular demasiado las cicatrices que le cruzaban la cara morena; y un tipo llamado Rell, de Genabackis, despatarrado en la silla, con el pelo negro y grasiento cayéndole por la cara. A esos dos Harmin no se molestó en sonreírles y optó por no mirarlos siquiera. Los hombres le devolvieron el favor.

Una vez que se fue Harmin, Jalor y Rell cruzaron el espacio que los separaba de la mesa del pelotón. Seda llamó la atención de Storo con los ojos y miró con intención la puerta.

Storo frunció el ceño y se negó.

—Deja que se vayan. —Permaneció sentado, frotando con los dedos el papel doblado.

—¿Crees que lo leyó? —preguntó Nervioso.

—Pues claro —dijo Risueño.

Arrojo se apartó el pelo de la frente de un soplido.

—¿Por qué, de toda la guarnición, Rheena lo mandó a él?

—Seguramente envió a otro —sugirió Seda—, pero él se entrometió.

Storo asintió con un gruñido. Abrió el papel y se lo quedó mirando durante un buen rato, después lo arrugó. Echó un trago. Su tropa intercambió unas miradas. Risueño le dio un codazo a Seda, que cambió de postura, incómodo, hasta que al final habló.

—Bueno, ¿qué decía?

Storo no respondió. Le ofreció el papel a Nervioso, que lo cogió y lo alisó. Lo leyó en voz alta.

—«Storo Matash, lamentamos informarle de que el Corazón del Ídolo se hundió durante una tormenta junto a la costa de Rocas Gaviota.» —Nervioso levantó la vista—. ¿Conocías a alguien de a bordo?

—No. Es un código. Es un viejo código de contrabandistas compartido por Golpe, Malaz y Nap, y algunas otras islas. Es una invitación para que me reúna con

un hombre que conocí cuando era joven. Un amigo de mi padre. Un hombre que creí que había muerto hace mucho tiempo.

Algo más tarde, esa misma noche, Arrojo le sugirió algo a la mesa.

—Eh, ese tipo, Harmin, creo que a partir de ahora deberíamos llamarle Sonrisas.

Las ruinas de templo de la costa estaban medio sumergidas en las aguas del oeste de la bahía de Unta. Las columnas rotas se alzaban entre las olas como simples gibas con incrustaciones de percebes. Aunque a un día de fácil cabalgada de Unta, esa costa era un trozo desierto de acantilados pronunciados, hogar solo de aves acuáticas y nutrias marinas. Un hombre bajo y gordo, con un manto de color azul océano, se abrió camino con cuidado por el traicionero sendero serpenteante que trazaba un camino hasta la base del risco.

Al llegar a la orilla rocosa, se secó la película de sudor de su ancha cara y después sacó un taburete plegable de campaña, hecho de madera y cuero, que llevaba bajo el manto y se sentó con un suspiro agotado donde no lo alcanzaba la bruma de la espuma del mar.

Mientras se abanicaba se dirigió a las olas.

—¡Venga, vamos! Con tanta timidez no arreglamos nada.

Aunque las olas habían estado machacando las rocas caídas de la base del acantilado, la marea se aquietó y amainó un poco. El agua pareció casi retirarse. El hombre ladeó la cabeza como si escuchara el chapoteo igual que se haría con una voz. Y una voz habló, aunque no muchos seres vivos más la habrían entendido.

—¿Has llamado, Mallick? —fue la respuesta que resonaba entre el gorgoteo y murmullo de las olas.

Mallick Rel se secó unas gotas de espuma del manto.

—Así es. ¿Qué nuevas hay de los mercenarios?

—Sus barcos convergen.

—Y en esos barcos... hay juramentados, ¿no?

—Sí. Percibo su presencia. ¿Qué harás, Mallick, cuando vengan a por ti?

—No vivirán lo suficiente.

Una risita de respuesta.

—Quizá seas tú el que no viva lo suficiente.

—Tengo mis guardianes y no tienes ni idea de lo que son capaces.

—Para mí resultas tan obvio, Mallick. Eres tú el que no tiene ni idea de lo que son capaces tus guardianes. Lo sé porque si tuvieras la menor idea, ya habrías venido a rogarme que te liberara.

—Kellanved tenía su ejército de no muertos, los imass.

—Un malentendido muy común: nunca murieron. Estaban... conservados. Con todo, ni siquiera ellos los tolerarían... ni a ti.

—Por fortuna, esos imass ya no representan una amenaza para nadie.

La voz del agua que chapoteaba y susurraba enmudeció por un momento, después se oyó una reflexión.

—Qué débil es la memoria de los humanos.

Mallick agitó una mano con gesto lánguido.

—Sí, sí. En cualquier caso, estábamos hablando de los mercenarios. No intentes distraerme.

—De la Guardia, su final no se ha previsto todavía.

—No le mientas a tu sumo sacerdote, Mael. Solo a través de los rituales de Jhistaal tienes todavía presencia en este mundo.

El agua se quedó quieta, inmóvil y lisa como el cristal. Se alzó un abombamiento que se hinchó hasta convertirse en una amplia columna líquida. Titubeó y luchó por inclinarse hacia delante, hacia el hombre sentado, después estalló con un gran estrépito.

—Y así los vínculos resisten —dijo la voz también—. Rituales tan horribles, Mallick, que hasta a Kellanved repugnaron. Es de lamentar que algunos escaparis.

Los gruesos labios del hombre se inclinaron en una mueca burlona de dolor.

—Herido en lo más hondo, así estoy. ¿Cómo puedes decir que repugna tu propio culto? ¿Habrá que arrojar sobre ti las entrañas de más inocentes? ¿O te resistes?

—Ninguno de tus actos son de mi elección, Mallick. Tú y tu culto perseguís vuestros propios intereses, no los míos.

—Como ocurre con todos los cultos. Pero ya está bien de teología, por entretenida que sea. Cuando los barcos mercenarios se dirijan a Quon, debes acelerar su travesía. Deben llegar a Quon a toda velocidad. ¿Comprendes?

—Sí.

—Y acelera los barcos de los secesionistas.

—¿Quieres también que apresure su avance?

—Sí.

Otra risita resonó entre las rocas.

—Mallick, me asqueas y me asombra. Me pregunto quién de ellos será el primero en cortarte la cabeza.

—No me aflige. Es un signo seguro de éxito que todo el mundo quiera tu cabeza.

El capitán de su escolta real despertó a la primogenatrix a medianoche.

—T'enet envía recado. Las guardas del cuarto anillo están cayendo.

Timmel Orosenn, la primogenatrix de Umryg, se levantó desnuda y llamó a sus sirvientes con la mano.

—No he sentido nada.

—T'enet dice que están erosionando esa última barrera de forma física.

—¿De forma física? —Timmel se volvió mientras sus sirvientes la vestían—. ¿De forma física? ¿Es eso posible?

—T’enet parece pensar que sí.

Un sirviente envolvió el cabello de Timmel con un chal de seda y le cubrió el rostro con un velo.

—¿Inmanente, supongo?

—Sí, primogenatrix.

—Entonces veámoslo.

La escolta acompañó el carruaje de la primogenatrix al interior, al valle de las cuevas de enterramiento. Su columna pasó entre las filas pobladas del ejército y recorrió, dando sacudidas, los terraplenes de las antiguas líneas defensivas hasta la fila frontal del Aro de taumaturgos reunidos de Umryg, que se inclinaron cuando llegó. Uno se adelantó cojeando, ayudado por un bastón de marfil retorcido. Después hizo otra reverencia.

—Primogenatrix. Creemos que esta noche, antes del amanecer, el cuarto anillo caerá.

—T’enet. —Desde la altura añadida de su carruaje, Timmel se asomó al lugar donde las antorchas arrojadas iluminaban la tierra desnuda ante los monolitos de granito que bloqueaban la entrada de la cueva. Sondeó con sus sentidos y sintió que la guarda se debilitaba como un tejido estirado todavía más por un puño. No tardaría en rasgarse. Y después se partiría.

Bajó del carruaje. Más reverencias. T’enet la invitó a la tienda de campaña que había montada sobre un pequeño montículo con vistas a la abertura de la cueva. La escolta de la primogenatrix rodeó a todo el grupo.

—¿Por qué en este punto? —preguntó la primogenatrix mientras caminaban—. ¿Por qué no excavar en algún otro sitio de las cuevas? Tienen que saber que estamos aquí esperándolos.

—No cabe duda, alteza. Elegimos bien, según parece. Al igual que nuestros ancestros, que las exploraron hace tanto tiempo, estos demonios han tomado la misma decisión: las cuevas, por inmensas que sean, no ofrecen ninguna otra salida.

—¿Por qué erosionar la guarda de forma física?

—Dos posibilidades principales, alteza. Una: sus practicantes están agotados o muertos. Dos: los practicantes están acumulando toda su fuerza para el momento de la huida.

—¿Por cuál de las dos te inclinas?

—La segunda, alteza.

Bajo el toldo de la tienda, la primogenatrix tomó asiento en una silla de cuero sin respaldo, de cara a la lejana entrada. Los taumaturgos del Aro se dispusieron ante

ella. Delante de la posición de la dama, el grupo se hundía, iba bajando en fila tras apretada fila de soldados de Umryg, amplias trampas de aceite vacías aguardaban el toque de la llama, y también hoyos, en cuyo fondo sobresalían las picas, además de redes enterradas tejidas con alambre de hierro.

La primogenatrix llamó con un gesto a T'enet, que inclinó la cabeza calva hacia ella y apoyó las dos manos con firmeza en el bastón plantado delante de él.

—Solo tú y yo sobrevivimos cuando los sepultamos, T'enet. Tantos murieron en esa guerra. Me doblegué a tu consejo entonces. Pero aquí estamos una vez más. Es como si nada hubiera cambiado. Es posible que volvamos a triunfar, que restablezcamos todas las guardas y reconstruyamos todas las barreras. Pero algo me dice que no les haríamos a nuestros descendientes ningún favor. De hecho, bien podrían maldecirnos por ello.

—Lo comprendo, primogenatrix. Vuestra preocupación os honra. No cabe duda, sin embargo, de que se han visto muy mermados tras su prisión. Quizá logremos destruirlos esta vez.

Timmel no dijo nada. Recordaba lo que había costado solo sepultar a esos veinte horrores extranjeros restantes que su hermana había contratado, invocado decían muchos ahora, para que la ayudaran en su intento de usurpar el trono. Al reino de su isla le había llevado décadas recuperarse de tanta destrucción. Eso, y los uniformes de color rojo oscuro de los guerreros, habían dado origen a su nombre: los Demonios de Sangre.

La noche progresó y la migraña de su guarda más fuerte se fue desgastando y liberándose como una cuerda tensa que al romperse arrancó un jadeo a Timmel. T'enet la sostuvo con una oleada de su propio poder. La mujer le hizo una seña con la cabeza.

—Ahora.

T'enet golpeó el suelo con el bastón y una gran nota rotunda resonó en todo el valle. Brotaron gritos entre los comandantes. Un susurro bajo, como el de una lluvia distante, fue dispersándose como un murmullo a medida que los soldados se preparaban. Los estanques de aceite cavados ante la entrada se prendieron en llamas. Las catapultas de asedio y las espringaldas montadas en soportes se tensaron con los trinquetes.

La primogenatrix se levantó y reunió todo su poder. El Aro tejió su ritual de contención.

Esperaron. Cayó polvo de los bloques de granito, cada uno del tamaño de un toro, como si la pila hubiera recibido un golpe seco por dentro. Entre las filas, los hombres gritaron, alarmados.

Iluminada por las llamas, la superficie de la barrera cambió, se combó hacia fuera

como si la movieran por dentro.

Por el gran ancestro, maldijo Timmel. Eso no lo había previsto.

Los bloques sobresalieron con un trueno y cayeron al estanque de aceite ardiendo que mandó una gran oleada y chubascos de llamas entre las filas delanteras, que retrocedieron entre chillidos. Varias tormentas de flechas y cuadrillos de ballestas se colaron, disparadas en la oscuridad de la cueva, pero fue en vano, como pudo ver Timmel.

Después, un brote de poder mudo en el interior seguido por un movimiento. Un muro gris que abría la oscuridad. ¿Polvo? ¿Humo? Timmel miró a T'enet.

—¿Qué hechicería es esta?

—No es hechicería... —El mago calvo hizo una pausa y observó el muro gris que iba avanzando milímetro a milímetro. Las flechas y los cuadrillos rebotaban en su superficie—. Es táctica, alteza. Este tipo de formaciones de batalla se insinúan en fuentes extranjeras. Escudos entrelazados.

—No llevaban tales escudos cuando los obligamos a meterse ahí, T'enet.

—No, alteza. Estos parecen haber sido tallados en piedra.

Se arrojaron proyectiles con aceite, los cuales estallaron en llamas sobre la cúpula de escudos. Un inmenso cuadrillo escorpión, casi un metro de hierro, rebotó como un cañón en la superficie ladeada sin provocar un temblor siquiera.

Timmel entrecerró los ojos. *Endurecido con hechicería, por dentro. Muy bien.* Así que habría lucha después de todo.

—¡Maestro del Aro! Ralentízalos.

—Desde luego. —T'enet les hizo un gesto a sus compañeros. El Aro hizo caer toda su voluntad sobre la cúpula móvil.

Timmel hizo todo lo que pudo por no escuchar los chillidos y el estruendo de la batalla, los gritos asombrados y teñidos de miedo cuando la cúpula salvó el primer foso de aceite ardiendo y continuó avanzando. La dama extendió sus sentidos para sondear aquella extraña presencia extranjera. Primero notó una gran fuerza en los misterios de la tierra. Eso sería difícil de vencer en un asalto directo. Los sentidos de Timmel rozaron a continuación un encaje de investidura duro como el diamante que la dejó asombrada. Años de fabricación. ¡Qué maestría! Habría dado lo que fuera por hablar con el autor de semejante obra. Estaba fuera de su alcance. Y bajo todo ello, un remolino oscuro de misterios de Sombra que la inquietó. ¿De dónde procedía esa influencia? No del interior de la cúpula de escudos que en ese momento trepaba por la ladera que llevaba hasta la primera fila de hombres. Pero se esforzaba con gran potencia... ¿desde dónde?

La mirada de Timmel se disparó a la entrada franca de la cueva, oscura, abierta... ignorada. *Dioses del hielo ancestral.* Se arrojó a un lado, pero no con la suficiente rapidez como para evitar una puñalada ardiente de dolor que le rozó la escápula y

entró irguiéndose hasta penetrar en su axila derecha. Cayó de espaldas con el brazo derecho pegado al costado y se quedó mirando una aparición. Un cadáver andante, le pareció. De una palidez fantasmal, mujer, con harapos raídos de tela de color carmesí que le envolvía la ingle, los ojos eran los de una loca, el cabello blanco, apelmazado y largo hasta la cintura.

La mujer demoníaca bajó la cabeza y la miró, y le dijo algo en su lengua antes de desaparecer. Timmel no reconoció ninguna de las palabras salvo una que la espantó: jaghut.

Llegó su escolta con la mirada furiosa y las armas en la mano. Timmel se levantó como pudo. La fuerza y resistencia superiores de su linaje, que también le proporcionaba sus grandes talentos, la hicieron superar la conmoción y el dolor de la herida.

T'enet, según vislumbró por encima de las cabezas de los más bajos de sus guardaespaldas, no había tenido tanta suerte. Yacía despatarrado bocabajo. El Aro estaba demasiado concentrado en su ritual para prestarle atención alguna.

—Vuestras heridas...

Timmel apartó con la mano al capitán de su escolta.

—¿La batalla?

El oficial se inclinó ante ella. Timmel intentó recordar su nombre... Regar Y'linn.

—Infórmame, Regar.

El hombre se volvió a inclinar.

—La formación de escudos avanza. La segunda línea de defensa se ha roto. El comandante Fanell ha sido asesinado.

Timmel proyectó sus sentidos por todo el valle en busca de alguna insinuación de los misterios de Sombra. Nada. Desaparecidos bajo el suelo.

—¿Dirección?

Regar frunció el ceño con expresión incierta.

—¿Disculpad, primogenatrix?

—¿Dirección de la cúpula de escudos?

—¡Ah! Sudeste, hacia el río.

Timmel asintió para sí. Sí, igual que aquella vez. Ladera abajo, hacia el agua. Siempre hacia el agua. T'enet se había opuesto con tenacidad a ella en otra ocasión y, muy a pesar suyo, la primogenatrix había cedido a su consejo. Pero, dadas las circunstancias, esa vez pensaba hacer las cosas a su manera.

—Que las tropas se reduzcan hacia el sudeste, comandante. Después regresa a informar.

Regar vaciló.

—¿Comandante?

—Como ordenéis, primogenatrix.

Timmel se sentó con gesto pesado en su silla.

—¿Aro?

—Sí, primogenatrix. —La voz de cada taumaturgo, lenta y sin emoción, respondió.

Timmel se desprendió del terror tembloroso que la conciencia compartida del grupo desgarraba en ella.

—Disminuid vuestros esfuerzos.

—Sí, primogenatrix.

Timmel descansó. Le goteaba la sangre por las puntas de los dedos entumecidos, la hemorragia se restañó cuando las habilidades curativas de su linaje familiar fueron cerrando la herida. El estrépito de la batalla se alejó con el avance de la cúpula de escudos. *Esa palabra, esa palabra prohibida.* Así pues, no todo se ha olvidado en ese ancho mundo. Verdades antiguas continúan con vida en algún lugar. Un lugar que sobraba para ella y los suyos.

Se acercaron unos pasos que la sacaron de su ensueño. Levantó la cabeza y vio a Regar.

—¿Sí?

—Están siguiendo el curso del río.

—¿Corriente abajo?

—Sí.

Timmel sintió desvanecerse una tensión que la había mantenido rígida en su silla la noche entera. En las alturas, el amanecer comenzaba a rozar los picos de las montañas del interior y a teñirlos de oro y rosa.

—Envía un jinete a la ciudad, Regar. Que un barco, el más sólido que tengamos, espere en la boca del río. Sin tripulación. Anclado.

—¿Disculpad, primogenatrix?

Timmel se irguió en su asiento, lo que la puso casi a la misma altura que el soldado.

—¿Me has oído, comandante?

—Sí.

—Hazlo. De inmediato.

Regar realizó un saludo militar, se giró con brusquedad y se alejó a toda prisa.

—¿Aro?

—¿Sí, primogenatrix?

—Hostigadlos, Aro. Acosadlos todo el camino. Que se enteren. Que sepan que no los queremos aquí. —*Sí, marchaos. Marchaos con todas vuestras maldiciones. Invasores. Guardias carmesíes.*

—Sí, primogenatrix.

Kital E'sh Oll, recién iniciado como garra de pleno derecho a las órdenes del comandante Urs, se levantó del cuerpo momificado para examinar las capas de rocas de los muros del cañón circundante de la senda Imperial, en la que estaba. Le parecía espeluznante el modo en el que la piedra esculpida y lisa se asemejaba al agua congelada en plena caída. ¿Cómo podía ser eso obra solo del viento? Pero las cosas no siempre funcionaban igual de un reino a otro.

Los restos que tenía a los pies no eran tan antiguos. Unos cuantos meses como mucho. Los carroñeros habían alterado el lugar y ocultado cualquier pista sobre la causa de la muerte, y cuáles podrían ser esos carroñeros, allí en la senda Imperial, en apariencia carente de vida, era otro misterio más en ese lugar que con toda probabilidad nunca se resolvería.

Quienquiera que hubiera sido en vida, todo indicaba que había sido una garra malazana. Otro mensaje vital más, y otro mensajero, perdidos. Kital examinó la roca circundante cargada de polvo. ¿Quién estaba interceptando el tráfico imperial? ¿Uno de los desconocidos habitantes locales? El Embozado sabía que eran legión: demonios, aparecidos, espíritus del pasado maldito de la senda que perduraban. Pero todas esas amenazas no eran nada nuevo. Todo el mundo estaba de acuerdo en que la senda estaba embrujada. Nadie recorría sus senderos más tiempo del absolutamente necesario. ¿Por qué de repente habría de hacerse mucho más peligrosa?

Unos arañazos leves lo hicieron volverse. Un hombre (o lo que parecía un hombre) se había agazapado en un saliente de roca, detrás. Colgaban de él unos harapos de un tono polvoriento de lo que en otra época podrían haber sido costosas ropas, y su pelo era una maraña apelmazada blanca. Kital sacó los cuchillos largos.

—¿Y tú...?

El hombre se levantó, bastante alto, observó Kital, con una buena complexión, aunque demacrado.

—Sorprendido —respondió el desconocido también en taliano.

—¿Sorprendido? ¿Cómo es eso? —Kital miró a su alrededor en busca de otros. La actitud del hombre era desconcertante, ¿de veras podía estar solo?

El desconocido bajó de un salto y se quedó casi al alcance de los cuchillos.

—De que sigáis viniendo.

A su pesar, Kital le cedió terreno a la aparición. Rumores del pasado oculto de la senda susurraban en sus oídos. ¿Quién, o qué, era eso? ¿De qué estaba hablando? ¿«Viniendo»?

—¿A qué te refieres?

La figura bajó la cabeza y miró el cadáver ya medio enterrado que tenía a los pies embutidos en sandalias.

—Me refiero a que me pregunto cuándo aprenderá ese sapo que tenéis por patrón.

—¿Sapo? ¡Yo sirvo a la emperatriz!

—Eso piensas tú, muchacho. Eso piensas tú. —Estiró los brazos—. Ven. Estoy desarmado. Haré que sea rápido.

Kital examinó los miembros largos y delgados, el tono oscuro de la piel del hombre bajo el polvo cargado de cenizas. Las historias susurradas sin aliento en las salas de entrenamiento y en los dormitorios de la Garra se agitaron en su recuerdo.

—¿Quién eres?

El hombre adoptó una postura tensa con las manos abiertas.

—Buena pregunta. He sido muchos hombres. Fui uno durante un tiempo, después otro y luego otro, aunque ese último era una mentira. Ahora, aquí fuera, durante tanto tiempo solo, he empezado a preguntarme yo también... y he decidido convertirme en el hombre que podría haber sido y ponerme a prueba contra el único que es mi igual. Ese es mi objetivo. Entretanto, no tengo nombre.

Kital se lo quedó mirando. Chiflado. El tipo aquel estaba chiflado por completo. Claro que, si te perdías en la senda Imperial, eso le podía pasar a cualquiera.

—Ya deberías haberme atacado, joven iniciado. Mientras con tanta amabilidad me dedicaba a hablar.

—Mi misión es reunir información.

El loco ladeó la cabeza por un momento.

—Comprendo. Sigues tus protocolos. Bien hecho, iniciado. Una pena. —Exhaló una bocanada de aire larga y lenta—. Habrías sido una gran adquisición para las filas. Ahora lamento lo que he de hacer...

El hombre saltó sobre él. Al esquivarlo, Kital cedió terreno. ¡El muy idiota estaba desarmado! Pero cada cuchillada y golpe que Kital le lanzaba no tocaba piel alguna. Unos nudillos le golpearon el codo y un cuchillo largo salió volando de sus dedos entumecidos. Un puñetazo en la cabeza lo desorientó y después le estalló un dolor en el pecho cuando le quitaron el aliento como si le hubiera dado una coz un caballo. Se quedó allí tirado, mirando el cielo apagado del tono de la pizarra, incapaz de coger aire, el pecho en llamas. La cara del desconocido le tapó el cielo.

—Lo siento —lo oyó decir Kital entre el rugido que sentía en los oídos.

Tenía la cara tan cerca (*¡esos ojos!*) que Kital adivinó el nombre y lo pronunció sin ruido. El hombre asintió, colocó las manos a ambos lados de la cabeza de Kital, unas manos tan cálidas, y la torció.

Solo una vez más, flanqueado por cadáveres, uno fresco y el otro antiguo, el hombre se irguió. Se quedó allí un rato, con la cabeza ladeada, escuchando, quizá solo al viento inhóspito. El cambio del suelo seco llevó su atención al más antiguo de los dos cuerpos. Los dedos estragados de ese cadáver, dedos de tendones raídos y huesos, sufrían espasmos en el polvo. El hombre se alejó poco a poco, las manos, a los lados, se crispaban. Las costillas rotas y desnudas se alzaron. El aire silbó por las

cavidades desgarradas del cadáver. Se levantó con una sacudida, la piel desecada crujía como el cuero en el que se había convertido. Las cuencas de unos ojos abiertos contemplaron al hombre.

Sin saber muy bien si saltar sobre el cuerpo o alejarse de un brinco, el hombre habló con tono cauto.

—¿A quién me dirijo?

—No al ocupante anterior.

—¿Mensajero del Embozado, entonces?

Una carcajada que no era más que aire silbando.

—Un mensaje. Pero no de él.

—¿De quién, entonces?

El cadáver agitó los brazos, que pendieron, sueltos, de ligamentos deshilachados.

—Mira con atención, idiota con harapos. Ves lo inevitable. Carne imperfecta. El espíritu que fracasa. Todo para nada. —Una vez más la carcajada sibilante—. Ven, tú no eres de los que se engañan como el resto del rebaño común. ¿Por qué fingir? Todo lo humano tiene taras y está predestinado a fracasar.

Con una mueca de asco, el hombre adoptó una postura más relajada.

—Como puedes ver, mis miembros están enteros. Estás perdiendo el tiempo.

Una risita seca como cenizas.

—Ahora te estás engañando. O intentando mentirme a mí. Seguro que tú más que nadie eres consciente de la escasa importancia, el simple y puro artificio cultivado, de todas las apariencias externas.

El hombre echó un vistazo a los salientes superiores en busca de movimiento. ¿Lo estaban retrasando? ¿Había agentes de camino? ¿Qué se ocultaba tras el contacto del Encadenado, allí, en ese momento?

—Te garantizo que estamos solos por completo. Tenemos todo el tiempo del mundo para comentar nuestros mutuos intereses.

Contempló al cadáver.

—¿Tú puedes asegurar eso... aquí?

Una carcajada incontenible levantó una nube de polvo del cuerpo.

—Oh, sí. Con total certeza. A través de la influencia de uno de mis representantes. Lo que me lleva a lo que quiero decir. Tú, mi buen señor, estás plenamente cualificado para unirte a mi Casa. Si las vacantes que en estos momentos se revelan no te interesan, quizá se pueda forjar una nueva. Una nueva carta que se crea para ti y solo para ti. Imagínate. ¿No es un logro de lo más singular?

—Se ha hecho.

Inmovilidad en el cadáver, que el hombre interpretó como irritación gélida.

—No seas tan impetuoso. No es digno de ti. Vamos. Sé razonable. Supongo que no creerás que vas a sobrevivir a las fuerzas que se están desplegando contra el

Trono, y más que habrá. No desperdicies tus cualidades sin necesidad.

—Háblame más de esas fuerzas.

Un dígito mordisqueado, reducido a un simple nudillo, se alzó para agitarse con una negativa.

—Ah, no. Todavía no hemos llegado a un acuerdo. Ni parece que vayamos a llegar. —El brazo cayó y la sonrisa cariada se abrió más—. Una pena. Pues mientras tú te niegas a ver lo sabio que sería, no me cabe duda de que él lo hará... —El cadáver se echó a reír con su desecado silbido palpitante y con un gruñido, el hombre le dio una patada. Cayó entre un estrépito de trozos cuando la presencia que lo animaba se retiró.

La figura de los harapos se quedó allí un rato, en silencio, escuchando el viento anémico. No, decidió. Nadie le robaría esa satisfacción, ni siquiera el propio Encadenado. Pero él tampoco iba a aceptar, ¿verdad? No, lo conocía demasiado bien. Se parecían demasiado. Ninguno aceptaría ninguna distracción hasta que el último acto hubiese acabado, hasta que el cuchillo definitivo se clavase. Y lo más bonito de todo era que al final, en último caso, ese malnacido de Cogulla tendría que ir a él.

Cuando Viajero y unos cuantos aldeanos salieron a explorar las tierras altas en busca de un árbol para el mástil, Ereko salió de la choza a media mañana. Hubiera preferido ir mientras el hombre dormía, pero era reacio a llevar a cabo una lectura de noche, solo un necio tentaría a los hados de ese modo. La casa, una vivienda de pescadores de tejado de terrones, se alzaba cerca del borde del modesto pico de la playa. Un recio esquife estaba varado playa arriba y había un hombre reparando un costado. Una anciana se había sentado a la puerta de la cabaña a remendar un abrigo. Levantó la cabeza y lo miró sin miedo, la primera señal que tuvo de lo que iba a pasar.

—Me dijeron que aquí vive un talento.

La anciana asintió y dejó la costura. Estiró una mano como una garra. Ereko puso una moneda de plata en la palma encallecida.

La mujer no mostró sorpresa alguna, se limitó a meterse la moneda en la cintura de la amplia falda. Eso Ereko debería habérselo tomado como una segunda señal.

—¡Hrath! —exclamó la mujer, una voz dura y entrecortada, como la de un ave marina—. ¡Hrath!

Un niño pequeño, al que Ereko había visto poco antes jugando entre las rocas negras recubiertas de algas del cabo, llegó corriendo. La anciana le cogió la mano.

—Las cartas, Hrath —dijo y lo empujó dentro.

Ereko observó de inmediato las marcas de un talento en el rostro suave del niño. Aparentaba unos diez años, prepúber con toda seguridad, otra señal clara. Se

preguntó durante cuánto tiempo las hebras entrelazadas del destino se habían estado tejiendo para ese encuentro. Había pasado mucho desde la última vez que se había atrevido con una lectura. Para él, más que para otros, tendían a ser muy complicadas. Para Viajero, serían mortales.

Ereko se encorvó y se sentó con las piernas cruzadas en el suelo compacto de tierra de la humilde casa. La anciana atendía un fuego en la parte trasera de la única habitación mientras el niño alisaba la tierra desnuda del suelo. Después desplegó las cartas para poder inspeccionarlas. Ereko notó el frío húmedo que emitían, otra señal clara.

El niño sostuvo la baraja con calma por un momento y después empezó a colocarlas en cruz, el diseño que dividía el trozo de tierra en cuartos. Una antigua disposición. A Ereko le habían dicho que no era un campo muy popular en las ciudades. Que favorecía la influencia de las Casas demasiado, así que los talentos de allí se quejaban. Cuando el niño empezó a hablar, su voz sorprendió a Ereko, tan llena de seguridad y experiencia estaba.

—La Reina de Vida está alta —empezó a decir el niño, como la mayor parte de los talentos verdaderos hacía con él—. Protección, creo. El favor es tuyo. Veo la Casa de Muerte, también está involucrada. ¡Cómo se persiguen siempre! Sombra está presente, creciendo con el tiempo. El Cetro cerca del Caballero de Muerte revertido... Traición. ¿Por parte de quién? Pero no, eso es el pasado. Conciérneme a otro y se entromete. Veo múltiples convergencias y venganza, pero todo amargo. El Obelisco está cerca, viaja contigo, una bendición y una carga a la vez. Kallor, el rey Supremo, inversión retorcida de todo gobierno, se encuentra enfrente.

Ereko se quedó sorprendido. ¿Cómo podía ese chico saber eso? Después se riñó. Si era un auténtico talento, el niño sabía más de lo que estaba diciendo, incluso si su pobre baraja no tenía cartas de la nueva Casa.

—Yo... es decir... —Algo luchó en la cara del niño—. ¡Tantos en conflicto aquí, atraídos por el que está cerca de ti! Veo el antiguo pasado amenazando con demostrar un futuro predestinado. Veo miedo prometiendo ceguera ante las oportunidades; como siempre, el interés egoísta amenaza con impedir el cumplimiento natural. Para ti, solo una carta permanece. Díselo, díselo al Soldado de Luz: no teme a nadie salvo al Encadenado. —Las últimas palabras salieron atropelladas, se detuvieron de súbito cuando el niño sacó una última carta que sostuvo ante su cara, silenciado por su aparición—. No —dijo sin aliento—. No puede ser... —Se arrojó hacia delante y dispersó todas las cartas.

Llegó la anciana, cogió en brazos al niño inconsciente y lo llevó a un jergón. Le canturreó, le acarició la cara reluciente. Tirada bocarriba en la tierra batida estaba la última carta: el Rey de Noche, el más nefasto de todos los rangos y atributos. Ereko se fue sin decir una palabra. Era como había sospechado, los hados ya no tenían nada

para él: muy pocas cosas de la lectura se referían a él. Ya estaba cerca, una carta solo podía significar que le quedaba un solo sendero para el futuro. Mientras regresaba a la quilla posada sobre sus rodillos y dispuesta con sus cuadernas, se preguntó quién era el Soldado de Luz. ¿Y el Rey de Noche? Esa carta siempre había tenido solo un significado simbólico. ¿Cómo podía haberse hecho activa? ¿Qué podía significar? ¿Estaban relacionadas? Y, en todo caso, ¿qué tenía todo eso que ver con él o con Viajero?

El estrépito metálico de la barra de hierro suspendida sobre la entrada de la mina despertó a Ho de su siesta de media tarde. Con una mueca de dolor estiró las articulaciones rígidas e hinchadas, bajó los pies del camastro y rebuscó su túnica y sus pantalones ceñidos. Recién llegados. Sorprendente. Los envíos de prisioneros a las minas de otataralita se habían reducido a un simple goteo en los últimos años. Parecía que Laseen se estaba quedando al fin sin enemigos. Lanzó un bufido. *Ni por asomo, joder.*

Aunque habían pasado décadas desde que había sido el alcalde no oficial del Pozo y portavoz interno del celador (¿y quién era el maldito celador en los últimos tiempos, en cualquier caso?), Ho todavía se sentía obligado a hacer acto de aparición en la ceremonia de bienvenida.

Saludó con la cabeza a las caras conocidas mientras recorría con pasos pesados los túneles estrechos y retorcidos (pozos en otro tiempo) que seguían una veta prometedora de otataralita. La mayor parte de los que se encontró le devolvieron el saludo, era un mundo muy pequeño el que tenían allí abajo, entre los exiliados de por vida a esas minas venenosas. Veneno sin duda, pues la otataralita es anatema para la manipulación de las sendas y las artes mágicas, y allí abajo eran todos magos. Cada uno condenado por el emperador, o la emperatriz, en su momento. Y Ho había estado entre los primeros.

La entrada de la mina era la base recortada de un cilindro abierto cortado con el pico y la maza en la roca, de unos cuarenta pasos de diámetro y más de veinte alturas de un hombre de profundidad. Un cielo duro y azul refulgía sobre su cabeza, salpicado de jirones de nubes. Una plataforma de madera, como una viga voladiza que sobresalía sobre la abertura y suspendida de una cuerda, estaba siendo izada poco a poco entre crujido y crujido. La subían y bajaban desde arriba con bueyes y un cabrestante situado en la superficie.

Los recién llegados se encontraban en una línea desigual, cuatro hombres y una mujer. El hombre de un extremo tenía todo el aspecto de un estudioso, demacrado, barbudo, observando con un parpadeo su entorno, con una mirada de incredulidad perpleja. La mujer era mayor y regordeta, la boca tensa de asco. El hombre siguiente compartía la desaprobación amarga de la mujer, aunque teñida de aprensión. Los tres

eran individuos maduros y los tres se ajustaban a la norma de los enviados al Pozo: todos talentos que se habían granjeado el desagrado del trono. Los dos que quedaban permanecían un poco apartados, sin embargo; su apariencia hizo saltar todas las alarmas en la cabeza de Ho. Hombres más jóvenes y en forma, con cicatrices y bronceados, uno incluso lucía la piel de un leve color azul de la isla de Nap. Magos de batalla, posiblemente de un cuadro del ejército. Veteranos, sin duda. A la comunidad no le haría gracia.

El actual alcalde del Pozo, un mago de Siete Ciudades llamado Yathengar, llegó con aire majestuoso ante los recién llegados, sus largas túnicas raídas y manchadas con el óxido del polvo de otataralita. Se apoyaba en un bastón hecho con una de las maderas que empleaban para apuntalar.

—Saludos, recién llegados —dijo en taliano—. Hablamos la lengua malazana aquí abajo como idioma común entre los que somos nativos de Siete Ciudades, genabackeños, falari y otros. Por ilógico que parezca —añadió al tiempo que le dirigía una mirada a Ho—, quedan poquísimos malazanos aquí abajo.

Ho le dedicó al hombre una sonrisa débil, exfaladiano de Ehrlitan. *Nunca llegó a perdonárnoslo. Nunca explicó tampoco por qué no murió defendiendo a su dios-ciudad.* Ho observó a los recién llegados mientras asimilaban la presencia del alto y barbudo patriarca, cómo sus miradas se detuvieron en las manchas de sus túnicas. Yath también notó la fascinación; una mano nudosa, oscura como la madera del bastón, sacudió la tela.

—Oh, sí, recién llegados. Es inevitable. Está en el aire que estáis respirando. El agua que beberéis, la comida que comeréis. En el pelo, en cada arruga.

—Que la Reina me proteja —suspiró el estudioso del extremo, horrorizado.

Yath se volvió hacia él.

—No, no lo hará.

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó la mujer con un fuerte acento taliano—. ¿Nos das una paliza? ¿Nos registras en busca de objetos valiosos? ¿Los recién llegados tenemos que ser esclavos de los matones supervivientes de aquí abajo?

Yath inclinó una vez la cabeza.

—Buenas preguntas. No, no. Aquí no gobierna la violencia, al contrario que en Solideo, o en Unta si a eso vamos. Aquí todos somos estudiosos y magos, hombres y mujeres con preparación. Tenemos un consejo. La comida se distribuye entre todos por igual. Los enfermos reciben cuidados...

—Parece el paraíso. —Eso lo dijo el alto mago militar veterano del extremo opuesto.

La madera del bastón crujió en las manos de Yath. Se acercó sin prisas a esos dos.

—Vosotros tres —les dijo a los otros— podéis iros.

Los miembros del comité de bienvenida se llevaron a esos tres a un lado para

asignarles alojamiento, darles cuencos de comida y demás. Ho se quedó. Yath mantuvo el bastón apoyado en el pecho, en silencio hasta que la distancia de los otros recién llegados permitió contar con un poco de privacidad. Los dos permanecieron inmóviles también, esperando sin conversar entre ellos. *Compañeros*, decidió Ho. Muy poco habitual. Iba contra los procedimientos de la prisión, de hecho.

—No penséis que porque aquí abajo somos hombres y mujeres con educación estaremos indefensos ante vosotros —dijo Yath en voz muy baja—. Hay exiliados aquí que no necesitan las sendas para matar.

—Esas manchas —dijo el más bajo de los dos, el napaniano—, habíamos oído que el Pozo ya estaba agotado.

Ho podría haber jurado que había oído a Yath rechinar los dientes.

—Quedan unas cuantas vetas vivas —admitió.

—Y déjame adivinar —continuó el napaniano—. A todo el mundo le toca.

Yath se irguió y clavó el bastón en el suelo arenoso. Después echó la cara hacia delante, la larga barba gris erizada.

—¿Y tú te niegas?

Los músculos alrededor de la boca del mago militar napaniano se crisparon. Se examinó las manos.

—No.

Yath asintió poco a poco.

—Bien. ¿Y vuestros nombres?

—Dolor —apuntó el napaniano.

—Regalo —dijo el alto.

—Muy bien. Id a que os asignen alojamiento.

Ho vio irse a los dos, guiados por antiguos exiliados. Tendría que vigilarlos, ¿por qué enviar lo que con toda claridad eran dos hombres de guerra allí abajo, entre todos los fósiles? *Para extraer información*, se respondió Ho. La mirada de Yath siguió también a aquellos dos. Ho tradujo el ceño del hombre: más malditos malazanos.

Ameron la estaba esperando al final de las escaleras, bajo la antigua fortaleza de Tayliin. *El torreón ancestral de mi familia. Mi torreón*. A Ghelel todavía le costaba crearlo. Pero todos estaban de acuerdo. Ella era la tercera generación oculta de la antigua familia Tayliin. El clan que cientos de años antes había extendido la Hegemonía de Quon Tali por todo el continente. La troica que había asumido el poder invocaba su nombre, al general Choss se le había dado el mando, en su nombre. Pero ella no se hacía ilusiones, seguía siendo una marioneta. Un mascarón de proa necesario para dar un barniz de legitimidad a la insurrección. Eso era todo. Pero las cuerdas nunca van sueltas y hasta una marioneta, si reuniese suficiente fuerza, puede

invertir el dominio. O incluso cortar las cuerdas si fuera necesario. En cualquier caso, ella desde luego tenía intención de averiguar hasta dónde llegaba su alcance.

Como en ese momento; había exigido ver al cautivo que había oído que languidecía en el interior de su torreón. Una garra auténtica capturada por el contraespionaje de Ameron. Una garra como las que habían asesinado a su familia hace tanto tiempo. Todas las tías abuelas, tíos, sobrinos y sobrinas; todos excepto su abuelo, entonces un niño, que escapó. Tenía que conocer a ese asesino. Tenía que ver quién era, lo que era, a lo que se enfrentaba.

El alto y, como Ghelel podía apreciar, bastante ancho de cintura Ameron se inclinó.

—Mi señora. Estoy en contra de esto. Es un riesgo innecesario.

—Estoy segura de que la garra no se hizo capturar por si había alguna posibilidad de llegar a mí.

—No es eso lo que sugiero. Un tigre, aunque se le haya capturado, sigue siendo peligroso.

—Quizá, en su lugar, podría reasignarme a Quinn.

En la oscuridad, la cara del hombre, de un profundo azul napaniano, era casi ilegible. Negó con la cabeza.

—No, mi señora. Tiene otras obligaciones. Su trabajo con vos ha terminado.

—Entonces al menos asígneme otro que no sea ese tal Molk. Es totalmente inapropiado.

Una risita baja y sorda.

—Os aseguro que es completamente apropiado.

Ghelel se permitió un suspiro de exasperación.

—Si esta es su idea de una negociación, Ameron, no estoy muy impresionada.

—Me entristece en lo más profundo, mi señora.

—Veámosle.

—Por favor, mi señora, reconsideradlo. Solo aprovechará la oportunidad para mentir y socavar vuestra confianza y seguridad.

—Entiendo, Ameron.

El hombre se quedó callado, pensativo. Su presencia ante ella, en la oscuridad, le daba la impresión de tener un muro de piedra entre ambos; muchos de los que Ghelel había conocido en la fortaleza sentían un temor reverencial por la reputación de Choss y estaban encantados de tener a un comandante militar de semejante categoría. Pero era obvio que esas mismas personas recelaban, si no temían, a ese hombre. Ameron dejó escapar un suspiro largo y duro.

—Muy bien. No os acerquéis a él, ¿de acuerdo?

—Sí.

El hombre se giró y subió por el oscuro pasillo de piedra. Ghelel lo siguió

preguntándose si acababa de conseguir una victoria de algún tipo o solo había desperdiciado buena voluntad vital en un capricho inútil. Ameron abrió el cerrojo de una puerta y la precedió a la cámara del interior, de un tamaño sorprendente. Había un hombre sentado y encadenado a una silla en el centro de la habitación.

—¡Ghelel Rhik Tayliin! —anunció el tipo una vez que Ameron se apartó—. Un placer conoceros.

Ghelel luchó por contener un estremecimiento, de miedo o asco, no lo sabía. O de frío, la habitación era húmeda y resultaba gélida. Dio un lento paso hacia delante.

—Así que sabes mi nombre. ¿Cuál es el tuyo?

El hombre se encogió de hombros, o hizo alarde de ello para revelar que llevaba las muñecas atadas a la espalda.

—¿Qué importan los nombres? Por ejemplo, ¿garra o espolón? Todo es lo mismo, ¿eh, Ameron?

Ghelel deslizó la mirada entre los dos hombres.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Mi señora... —empezó a decir Ameron.

—Quiero decir que Laseen instituyó la Garra, sí, pero ¿quién estaba al mando de los asesinos de Danzante, los espolones, por aquel entonces? ¿Eh?

Ghelel posó la mirada en Ameron.

—Así que usted también es un asesino.

El hombretón apoyó las manos en el cinturón.

—Prefiero el término agente político.

—Ahí lo tenéis —dijo la garra—. Habéis elegido a los mismos cuchillos que acabaron, o estuvieron a punto de acabar, con vuestra propia familia.

—No tuvimos nada que ver con esas muertes.

—Eso dices tú, Ameron... Eso dices tú.

Ghelel miró otra vez de uno a otro, conmocionada. ¿Por qué le había permitido Ameron que entrevistara a ese hombre sabiendo lo que sin duda le revelaría? ¿Era una especie de prueba? Pero ¿por qué molestarse? De repente se encontró con que no podía respirar; tuvo la sensación de que la celda se había cerrado sobre ella. Retrocedió hasta la puerta y buscó a ciegas tras ella la jamba.

—Yo nunca permitiré eso —consiguió decir, su voz apenas audible para ella misma.

La garra arqueó una ceja.

—¿Ni siquiera en el caso de aquellos que lo merezcan? ¿Laseen, quizá? Podéis tener la seguridad, Tayliin, que la lista, una vez comenzada, irá creciendo cada vez más...

—Nunca.

—Así sea. Fracasaréis, entonces. Y todos esos soldados que morirán por vuestra

causa, habrán muerto en vano.

Ghelel se sintió como si el hombre la hubiera apuñalado allí mismo.

—¿Qué estáis haciendo? —Se secó la humedad de los ojos.

—Estoy educándoos —dijo él. Pero había clavado los ojos en Ameron y la sonrisa que había estado jugueteando alrededor de su boca desapareció. Le pareció a Ghelel que de repente el hombre no estaba seguro de algo. *¡Se está preguntando por qué Ameron lo está dejando hablar!* Sí, ella se lo había estado preguntando también. Recabó fuerzas de las dudas del hombre.

—¿Sí? ¿Con qué fin?

La garra lanzó una carcajada de desdén.

—¡Niña estúpida! ¿Es que no ves que terminarás igual que ella? Dices que odias a Laseen, pero para triunfar en el camino que has elegido debes hacerte con las herramientas del poder, ¡las mismas herramientas que finges despreciar!

Ameron se aclaró la garganta.

—Creo que ya es suficiente. ¿Mi señora...?

—Sí. —Ghelel se pasó una mano por la cara. *Sí, más que suficiente.* Se volvió y dejó la celda. La garra no la llamó. Ameron cerró la celda con llave y la siguió. En las escaleras, Ghelel se detuvo y se quedó allí esperando, abrazándose a sí misma. El hombre se detuvo también y la estudió con lo que a ella le pareció una expresión desapasionada, calculadora.

—¿Por qué lo permitió? ¿Por qué no hacer que lo mataran?

Un encogimiento de hombros lento y pensativo.

—Habríais terminado por oír la acusación. Mejor que os hablen con claridad ahora y no que os susurren más tarde, cuando podríais preguntaros si había intentado taparlo. De este modo hay una posibilidad, una pequeña posibilidad, de que llegéis a confiar en mí.

En ese instante casi no podía confiar en ella misma ni para hablar.

—Juega a un juego muy peligroso, Ameron —consiguió decir, tenía la voz áspera, ronca. El hombre era una forma sólida en la oscuridad, silenciosa durante un rato.

—Es el único que merece la pena jugar.

Ghelel estudió al hombre, el rostro envejecido, moreno y arrugado que había visto... ¿qué, un siglo de servicio? Sí, comprendía por qué al viejo ogro le había caído bien aquel tipo.

—Nada de matar en mi nombre, Ameron. Eso no lo permitiré.

El hombre frunció el ceño, pensándolo.

—Difícil de garantizar. Pero os prometo una cosa, preguntaré antes.

Ghelel se abrazó incluso más, como si temiera lo que podría pasar si se soltaba.

—Sí. Puede preguntar. Pero lo juro. No del modo que solía ser. No será así.

Ameron asintió. Y cuando Ghelel subió las escaleras, todavía abrazándose a sí misma, le pareció que en el lento asentimiento del hombre había leído la certeza por su parte de que, al final, las cosas acabarían inclinándose hacia él, aunque solo fuera por el peso acumulado.

¡Por favor, Ascua y Fanderay, protegedla de eso! ¡Por favor, protegedla!

La noche de la reunión, Arrojo observó a Storo levantarse de su asiento en la Vara y el Cetro después de que el gong de la patrulla callejera itinerante anunciara la medianoche. El pelotón se había quitado de en medio mucho antes. No tenía sentido quedarse justo donde cualquiera que mirara querría que estuvieras. Risueño y ella tenían una esquina enfrente y vigilaban al capitán que deambulaba, bueno, más bien se bamboleaba, borracho como un mercader dalhonesio, calle arriba. Lo siguieron a bastante distancia.

Risueño y yo, somos zapadores militares, reflexionó la veterana. En el nombre del Embozado, ¿se puede saber qué hacemos siguiendo a la gente en plan furtivo y toda esa tontería? La verdad es... que nada. Cero absoluto. Claro que no se supone que tengamos que conseguirlo. Solo estamos aquí para medir a la oposición. Por lo menos así lo explicó Seda una vez. Estamos aquí porque la gente que mira espera que haya alguien aquí, de modo que aquí estamos. Muy sencillo. Ja. La verdad era que ella no estaría allí si no fuera porque en una pelea Risueño era el saboteador más sucio que conocía cualquiera de ellos y ella era la única a la que él escuchaba.

Risueño le dio a Arrojo un golpecito en el brazo y señaló; el capitán se dirigía al oeste por la curva principal de la ronda Exterior, hacía el río Idryn. Los dos veteranos ralentizaron el paso para mantener la distancia. La ronda no estaba tan tranquila ni desierta como Arrojo se había imaginado que estaría a esa hora. Esa sección de la calle era un destartalado mercado nocturno. Las antorchas ardían en los puestos y en las puertas abiertas de posadas y tabernas. Los bancos y taburetes se desparramaban por los adoquines sosteniendo a los borrachos más resistentes mientras Risueño y ella pasaban por encima de los menos robustos. Las putas llamaban desde los fuegos de los altos braseros de hierro. Sus edades a Arrojo le parecía que variaban en proporción directa a la distancia que las separaba de la luz. Algunas tiendas parecían no cerrar jamás: un herrero seguía martilleando bien entrada la noche. Aquel repique solitario le recordó a Arrojo a su juventud en Cawn, a su padre, en el piso de abajo, encorvado y dando golpecitos en su fragua. Un sonido que dolía y olía a tristeza y desperdicio. Una vida entera de sudor y apretarse el cinturón borrada de un plumazo por un noble que negó sus deudas y dejó a la familia de Arrojo en la cárcel. Alistarse o hacerse puta habían sido las dos únicas alternativas legales que le habían quedado, es decir, si no prefería morir de hambre.

Pasaron junto a un cuidador de caballos seti que vigilaba junto a sus hijos a sus

animales, todos atados con una cuerda, mientras una manada de perros cruzados setis vagaban por la ronda gruñéndole a todo el mundo. En medio de aquel caos a Arrojo le pareció un milagro que no perdieran al capitán, claro que el tipo no hacía ningún esfuerzo por ocultarse.

A su alrededor, en la oscuridad, la mujer imaginó un baile constante de posiciones y lugares estratégicos. Seda estaba allí fuera, en medio de la noche, quizá en las alturas, en los tejados abovedados que esos arquitectos hengesos parecían preferir. Jalor y Rell también lo estaban siguiendo, pero ellos pasaban mucho más desapercibidos; Jalor, porque ese hijo de Siete Ciudades podía moverse como un gato, mientras que Rell, bueno, ese tío era asombroso, en el pelotón nadie entendía por qué aquel tipo perdía el tiempo con ellos. Storo había intentado ascenderlo más veces de las que Arrojo podía recordar, pero no había forma humana con él. El chaval apartaba la vista, todo avergonzado, siempre que surgía el tema del ascenso o las distinciones. En cuanto a Nervioso, Arrojo sospechaba que el malnacido se había limitado a cargarles el mochuelo a los demás, como siempre hacía.

Arrojo sabía que el capitán se dirigía a ver a una tripulación que les había advertido que era la despiadada banda de piratas con los que había empezado mucho tiempo atrás. Una banda que decía que la emperatriz había declarado prófuga. ¿Lo estarían vigilando para ver si Storo había informado del contacto a la puño Rheena? A Arrojo le picaba la espalda intentando desentrañar tanto tejemaneje. Ese era el oficio de Seda, no el de ella.

—Van a intentar hacerlo renegar —le susurró a Risueño mientras el capitán se metía por la calle principal rumbo a los almacenes del río. Risueño asintió con un gruñido—. ¿Tú crees que lo hará?

—¿Hacer qué? —rezongó Risueño.

—Renegar.

Risueño empujó a Arrojo hasta una pared de yeso.

—Pongámoslo así —dijo con esa sonrisa suya libidinosa llena de dientes, y se abrió el manto que llevaba encima de la armadura. Bolsillos y bolsas contenían fulleros, malditos, humeantes, buscapiés e incendiarios, toda su provisión atesorada a lo largo de los años.

La veterana se quedó con la boca abierta.

—¡Maldito sea todo! ¿Cuándo los sacaste?

—Justo después de que tú me dieras la espalda. —Se cerró el manto—. Ese es tu problema, Arrojo. Eres demasiado confiada. —Volvió a sonreír—. Necesitas que te cuide.

Arrojo pensó en los dos miserables fulleros que llevaba ella.

—¡Bueno, pues pásame alguno!

Risueño se apartó del muro.

—El capitán se está adelantando demasiado...

Arrojo tuvo que hacer un esfuerzo para contener las ganas de darle una colleja al muy cabrón y lo siguió con las manos apretadas y ardientes en el puño de la ballesta que llevaba aplastada contra el cuerpo bajo el manto. ¡Escoria grisiana! ¿Cómo se atrevía? Después frenó un poco y pensó, *¿Lo ha cogido todo?* ¿En serio? Menudo agujero que dejaría. Quizá hasta podría derrumbar una fortaleza entera...

Poco después el capitán abrió de un tirón una puerta pequeña que llevaba a un almacén con un tejado a dos aguas y desapareció en el interior. El fulgor leve de la luz de un farol brillaba tras las ventanas de barrotes. Risueño se coló por un callejón. Arrojo lo siguió, la espalda le picaba más que nunca; quien fuera que estuviera esperando dentro, ¿no tendría centinelas en el tejado armados con arcos? ¿Espadachines apostados en el callejón? Risueño no vacilaba, pero es que nunca lo hacía. Ni siquiera en el campo de batalla. Su compañero le señaló con la mano una puerta lateral estrecha y puso los ojos en blanco. Estaba cerrada con una chapa de bronce sujeta a los tablones con un candado de hierro. Lo bastante sólida para el día a día. El que estuviera dentro quizá incluso se sintiera seguro de su firmeza. Pero contra un ingeniero malazano bien adiestrado y armado con sustancias alquímicas moranthianas era un chiste. Arrojo sacó sus herramientas.

Mientras trabajaba, Arrojo pensó otra vez en su padre. Era hojalatero, especializado en grabados con ácido. Ella había sido su aprendiz extraoficial toda su juventud, extraoficial porque, por supuesto, una chica no podía ser aprendiz. Y daba igual que ella trabajara diez veces mejor que los imbéciles de sus hermanos. Al menos, se conformó Arrojo, su padre se lo había reconocido, aunque solo fuera eso. Se llevó esas habilidades con ella cuando se alistó y los malazanos la enviaron en cuanto pudieron a la academia de ingeniería. Allí los instructores le presentaron la alquimia moranthiana y fue amor al primer olisqueo.

La mezcla más diluida que Arrojo pudo apañar allí mismo cumplió su cometido. Le hizo a Risueño una señal con la cabeza y su compañero metió al hoja de un cuchillo en la madera que rodeaba la placa. Cedió como cuero húmedo. El veterano tuvo que hacer un esfuerzo al final para abrir la puerta porque los tablones eran gruesos y el ácido apenas había debilitado un dedo del fondo. Entretanto, Arrojo cubría el callejón con la ballesta y se preguntaba por qué no los habían acribillado todavía a flechazos. Así no era como ella estaría protegiendo una especie de reunión secreta.

Risueño siseó para llamarla. Arrojo cerró la puerta tras ellos al entrar. Estaban en un estrecho corredor entre cajas y barriles apilados casi hasta el techo. La luz era una estela débil de faroles lejanos y el fulgor de las estrellas que entraba por unas ventanas altas con barrotes. Con una mirada feroz, Risueño levantó el cuchillo. Unas muescas y unas manchas estropeaban la hoja de hierro. Arrojo se encogió de hombros

y le contestó sin ruido.

—Haber usado uno viejo.

Risueño cogió aire para gruñirle algo, pero Arrojo señaló con un gesto el laberinto de pasillos que tenían por delante y eso lo hizo callar. Con un rezongo por lo bajo, se puso en cabeza. Arrojo sonrió, justo como lo quería para una pelea, terco y ruin.

Unas voces murmuraban más adelante, en la oscuridad. Se acercaron poco a poco. A Arrojo la espalda le ardía. No deberían haber podido acercarse tanto. Se estaban metiendo en una emboscada, seguro. Estaba a punto de hacerle una señal a Risueño cuando este se detuvo ante un giro del pasillo y señaló arriba. Arrojo estudió las cajas apiladas unas encima de otras, posible. Dejó colgar la ballesta de la correa que llevaba alrededor del cuello y de un hombro. Desabrochó y dejó caer el manto. Un giro y el arma le colgó a la espalda. Risueño la cubrió mientras ella se aupaba al primer escaso saliente.

La subida en sí era fácil, pero ella se lo tomó con calma e intentó ser tan silenciosa como pudo. De todos modos, estaba segura de que todo el mundo en aquel puñetero almacén lleno de ecos podía oírla. Al llegar arriba se aplastó contra una caja, sorprendida que no hubiera habido nadie allí para recibirla con un puñetazo en la cara. ¿Dónde estaba todo el mundo? ¿Lo habían cancelado?

Mientras Risueño trepaba, Arrojo se descolgó la ballesta y cambió el cuadrillo por un juego con un fullero en la cabeza. Al llegar arriba, Risueño se agachó y sacó los dos cuchillos largos. Las cajas se balanceaban y crujían de un modo alarmante bajo ellos. El saboteador levantó la barbilla, apuntó al centro de aquella especie de granero largo y se dirigió con cuidado hacia allí. Arrojo lo siguió, lo más agazapada que pudo. Las vigas se cernían en la oscuridad justo encima de ellos. Hedían a alquitrán, polvo, cagadas de murciélago y un reguero de telarañas que se enganchaban a los hombros de Arrojo. La conversación resonaba abajo con mucha más claridad, la veterana distinguía alguna que otra palabra y reconoció la voz de Storo. Risueño se tiró al borde de su larga isla rectangular de mercancía apilada. Arrojo se echó a su lado y se asomó al canto de madera.

En el centro, en un cuadrado vacío de tierra batida desnuda, el capitán estaba apoyado en un barril, mirando a dos hombres y una mujer. Nadie que Arrojo conociese. A ella le parecían veteranos curtidos, sobre todo un dalhonesio de pelo plateado, ancho como una viga de las grandes.

—Así que ahora capitán, ¿eh? —estaba diciendo el dalhonesio grande. Y emitió un silbido—. Vaya, vaya. Mucho estamos subiendo en la escala social.

El capitán se limitaba a mirar al suelo, esbozaba una media sonrisa y se frotaba con la mano la cabeza casi calva, como Arrojo sabía que hacía cuando estaba despreciando todo lo que le estabas diciendo, pero no quería que tú lo supieras.

—Yo te habría hecho comandante, Storo. Ya lo sabes. Incluso puño. Nosotros recompensamos el talento. Así hacemos las cosas nosotros. Si tu padre no se hubiera hundido junto a Genabaris estaría aquí mismo diciéndote lo que yo te digo.

—Ella tiene talento —dijo el capitán sin levantar la cabeza. Los tres desconocidos intercambiaron una mirada. La mujer le señaló algo al dalhonesio. Al mirarla más de cerca, Arrojo vio que, aunque delgada y erguida como una espada, era bastante madurita. Ese grupo era lo que en el servicio imperial todo el mundo denominaba «perros viejos», y el vello de los brazos de Arrojo se puso de punta al pensar en lo tenían delante. ¿Y qué pasaba con el capitán? Conocía a ese grupo. ¿Se podía saber qué había estado ocultando todo aquel tiempo?

El dalhonesio se metió las rollizas manos bajo los brazos y suspiró.

—Mira, Storo. Tenemos que saberlo esta noche. Ahora. Por respeto a los viejos tiempos, con esto nos hemos tomado muchas molestias. Pero todo tiene un límite. Te queremos a ti, nos vendrías muy bien, pero necesitamos saberlo.

El capitán se pasó una mano por la cara para frotarse las quijadas sin afeitarse, hizo una mueca y se encogió de hombros.

—Creo que ya sabes la respuesta, Orlat.

¡Orlat! A Arrojo le sonaba, pero no terminaba de ubicarlo. En cualquier caso, Orlat asentía. Parecía lamentarlo de modo muy sincero.

—Sí. Lo sé. Solo esperaba que entraras en razón. Siento que tenga que ser de este modo...

—Yo también, Orlat. Yo también.

El hombre y la mujer que estaban con Orlat desaparecieron. ¡*El Embozado se lo llevara!* ¡*Antiguos magos militares!* Seis espadachines entraron en el cuadrado para ponerse al lado de Orlat, veteranos curtidos todos y cada uno de ellos. Rell salió de la oscuridad y se colocó al lado del capitán. Ni Storo ni Orlat movieron ni un solo músculo. ¡*Seis veteranos! Esos tipos podían hacer sudar a Rell.*

Y entonces la punta afilada de un cuchillo tocó la espalda de Arrojo y la veterana se estremeció.

—Date la vuelta muy despacio —dijo alguien a su espalda. Arrojo agachó la cabeza, ¡*el tirón de la Señora!* Rodó de espaldas. Un pequeñajo vestido con colores oscuros estaba arrodillado sobre Risueño y ella. Dos puñales largos y ennegrecidos se cernían a un dedo de los órganos vitales de los dos—. Y ahora —dijo el tipo, y los labios se retiraron y desvelaron unos dientes grises y medio podridos— tenéis una única oportunidad para dar la respuesta correcta a la pregunta...

Y la oscuridad se abrió y se lo tragó. Y desapareció. Arrojo miró a Risueño con un parpadeo.

—Bueno, supongo que nunca sabremos cuál era la respuesta correcta. —Seda subió flotando entre las cajas.

—¿Adónde se fue? —le preguntó Risueño.

Seda sonrió y le guiñó un ojo.

—A otra parte.

—¿Cuál es el plan? —susurró Arrojo.

—Sobrevivir a la noche. Las salidas están todas selladas. Abrir un camino para escapar al río. Los mantendremos ocupados.

—¿El río? ¿Por qué por allí? —Pero Seda ya estaba hundiéndose. *Estoy ocupado*, articuló sin ruido y se fue. Risueño gateó hasta el otro borde y llamó a Arrojo con la mano. Esta se tiró a su lado—. Esto va mal. Muy mal.

—Sí. En cualquier momento estaremos muertos, seguro.

—Maravilloso.

El veterano señaló con un gesto las cajas apiladas y los barriles del otro lado del estrecho pasillo.

—Habrá que saltar.

—¿Qué? —Pero el muy imbécil ya estaba cogiendo carrerilla—. Escucha, vamos a hablarlo... —Risueño echó a correr y las cajas se balancearon bajo ellos. Cuando el tipo empezó a dar largas zancadas para coger velocidad, Arrojo recordó de repente lo que llevaba metido en los bolsillos del manto, en el chaleco y en las bolsas. Una visión del almacén entero y los edificios circundantes desapareciendo en medio de un estallido de luz la paralizó en el sitio. *¡Por el amor de los Mellizos, no!* Y se encogió.

Se oyó un gran crujido cuando Risueño saltó, el disparo de una ballesta, después un estrépito y el hombre tirado de espaldas sobre las cajas que se balanceaban, crujían y se rozaban. Las espadas resonaron en la oscuridad del suelo seguidas por un grito ahogado y jadeos y Arrojo supo que no podía ser Rell porque este nunca emitía ni un solo sonido cuando luchaba, jamás. Se asomó y vio a Rell conteniendo a los cuatro soldados que quedaban mientras el capitán sacaba la espada. Orlat miraba a Rell con los ojos entrecerrados.

—No tiene sentido poner las cosas más difíciles de lo necesario —le dijo a Storo, aunque él tampoco parecía muy convencido.

—Eso mismo estaba pensando yo —respondió el capitán.

Arrojo retrocedió y corrió hacia la brecha. La ballesta que llevaba a la espalda tiró de ella cuando sus pies golpearon las cajas y la mandó de cabeza hacia la madera sin pulir antes de quitarle el aliento del golpe. Un lado de la cara le quedó en carne viva. Recuperó el aliento, se tocó la mejilla y sacó la mano ensangrentada. Se sentó y vio a Risueño sujetándose una pierna de la que sobresalía un cuadrillo. *Mierda*.

—No fue un truco muy limpio el de ese amigo tuyo —exclamó una voz conocida desde el otro lado. Era el enano carnicero, que había regresado de quién sabía dónde. Saltó la brecha con facilidad y cayó de pie. Las cajas se balancearon bajo ellos como un oleaje perezoso—. Pero yo también tengo amigos. A ver, ¿por dónde iba? Ah, sí.

—Levantó los cuchillos—. Mataros a los dos.

—Cierra el pico, por el Embozado —rezongó Risueño mientras tiraba algo a los pies del tipo, algo que estalló con un ruido ensordecedor. Aunque lo reconoció, era un humeante, Arrojo se estremeció. Unas nubes negras impenetrables los envolvieron, cegadoras y asfixiantes. Arrojo estaba convencida de que fuera lo que fuera lo que los moranthianos les metían, no era para inhalar. Risueño la agarró por el hombro y tiró de ella hacia el borde de las cajas. Se quedaron colgando durante un instante en el canto, resistieron para asimilar la distancia y después se precipitaron. Risueño rugió cuando cayó con todo el peso sobre la pierna herida. Los dos yacieron sin aliento sobre la tierra batida.

Su perseguidor aterrizó ágil como un gato junto a los dos. Bocabajo, Arrojo gimió, enfadada. El hombre agitó una hoja y se encogió de hombros.

—No es nada personal, ya me entiendes. Solo trabajo.

—Bueno, pues has perdido tu oportunidad —dijo Risueño esbozando una desagradable sonrisa al tiempo que miraba pasillo arriba.

El enano maldijo y se giró, pero se le clavó en el costado un cuchillo que le habían arrojado. El enano cayó, rodó y desapareció tras una esquina. Jalor llegó a la carrera, los anillos de oro de sus dedos brillaban. Sonrió, pero la sangre le manchaba los dientes y le chorreaba de la boca por la barba recortada. Las túnicas oscuras que vestía sobre la armadura estaban llenas de cuchilladas. Sacó otro cuchillo para sustituir el que había lanzado sin perder su sonrisa beatífica.

—¡Sienta bien matar malazanos otra vez!

Arrojo ayudó a Risueño a ponerse en pie.

—Pero no lo conviertas en costumbre.

El otro frunció el ceño.

—¿Por qué? —Y después añadió—: ¿Seda no os encargó a vosotros dos un trabajo?

—Sí —dijo Risueño—. Tengo que lograr que estallemos todos por los aires.

Jalor se encogió de hombros.

—Lo dicho, debería haberme muerto hace mucho tiempo.

—Pues haznos un favor y déjalo para mañana —rezongó Risueño por lo bajo. Jalor esbozó una gran sonrisa, le guiñó un ojo a Arrojo y partió tras el enano.

Arrojo intentó coger a Risueño del brazo, pero este rechazó su ayuda.

—Está bien. Tú mismo.

—¿Qué te parece? —musitó él mientras cojeaba, la voz tensa de dolor—, ¿un buscapiés?

—Sí. Con eso solo nos pasaríamos lo justo.

El pasaje se abría a un cuadrado abierto de tierra batida que terminaba en una amplia puerta corredera. Arrojo cogió a Risueño del brazo para detenerlo. Seda había

dicho que las salidas estaban cerradas; ¿a qué se había referido con eso?

—¿A qué estás esperando? —siseó Risueño.

—Seda nos advirtió que no nos acercáramos a las puertas.

El veterano se soltó el brazo.

—¡Tú revientala y vámonos!

Mientras Arrojo observaba, las sombras de los paneles cambiaron y se alargaron. Parecieron gotear en el suelo y luego salieron serpenteando como tinta negra y húmeda que se extendiera hacia ellos. *Mierda otra vez.*

Al retroceder, Risueño estuvo a punto de tirarla.

Una luz resplandeció por todo el cuadrado en una cortina cortante de blanco cegador. Arrojo parpadeó para deshacerse de los reflejos y vio que las sombras de la puerta se retorcían como si les doliera. En la oscuridad de un pasaje del otro lado, la veterana vislumbró a la esbelta mujer madura que acompañaba a Orlat. Ella también estaba examinando la puerta. Después volvió la mirada perezosa hacia ellos.

—Tu amigo es bueno —exclamó—, pero lo arrinconaremos. —Después frunció el ceño—. Ule ya debería haber terminado con vosotros dos.

Sin apuntar, Arrojo levantó la ballesta que llevaba bajo el brazo y disparó. No acertó del todo, pero se acercó bastante. Estaba segura de que la explosión había alcanzado a la mujer antes de que entrara en su senda. Con todo, al menos había reventado dos barriles enteros. Risueño le dedicó un asentimiento reticente.

—Buen tiro.

Echaron a correr y se alejaron todo lo posible del muelle de carga.

—Yo cojo eso —dijo Risueño tendiéndole a Arrojo un buscapiés. Se intercambiaron las armas y Risueño la cubrió mientras ella estudiaba la pared y le daba unas cuantas patadas a la base: planchas sólidas pulidas a mano hundidas en la tierra batida. Complicado. El buscapiés podía borrar del mapa cualquier sección de encima, pero necesitaría una base sólida para dirigir la explosión. Arrojo sacó la hoja más corta que tenía y empezó a dar tajos en la tierra seca y compacta. Mientras trabajaba vio que Risueño dejaba la ballesta y desenvolvía un maldito. El hombre la sorprendió mirándolo.

—Estoy cansado de tanto juego.

—Pues para eso, tíralo ya contra la pared.

—Sería un desperdicio.

Arrojo tuvo que darle la razón. Un buscapiés ya dolía, pero usar un maldito contra una pared de tablones era para hacer llorar a cualquier zapador. Utilizarlo contra un enemigo concreto que te había cabreado como un mono, bueno, se podía decir que eso era una tradición en el cuerpo, una tradición cuyo fundador había sido Seto. El ruido de las espadas y los golpes secos de las botas resonaron en un pasaje de detrás. Arrojo colocó a toda prisa el buscapiés y aplastó con el pie la tierra de alrededor.

—Tendrá que servir.

—Ya —fue la advertencia tensa de Risueño.

Arrojo se arriesgó a mirar: Storo y Rell se movían en una retirada nada dócil contra una banda de insistentes espadachines. La veterana dejó caer dos gotas de ácido sin diluir en la tierra apretada, sobre el buscapiés, después se levantó de un salto, cogió a Risueño por el brazo para ayudarlo a correr a un lado y chilló la advertencia estándar de los zapadores:

—¡Municiones!

Se tiraron al suelo. El estallido fue como dos martillos aporreándoles la cabeza desde ambos lados. A su alrededor empezó a caer madera hecha jirones. Aunque Risueño y ella estaban a una distancia a la que solo dos locos se hubieran arriesgado, seguían de una pieza porque de lo que se trataba con un buscapiés era de dirigir la fuerza principal del estallido en una sola dirección, muro arriba en este caso. Allí tirada, intentando sacudirse de encima el efecto de la explosión, Arrojo se dio cuenta de que, por instinto, se había tirado encima de Risueño para proteger lo que llevaba su compañero, y que este estaba acurrucado de lado, de espaldas al impacto, a pesar del cuadrillo que le sobresalía de la pierna. Los riesgos que estaban corriendo con la artillería que llevaban la dejaron horrorizada.

Un brazo tiró de ella y se la llevó a la brecha humeante. Rell. De alguna forma el espadachín genabackeño se las había ingeniado para mantener sujetas las dos armas mientras la rodeaba con un brazo. Sangre húmeda cubría las dos hojas de su compañero y le salpicaba el cuero de la ropa. Arrojo estaba segura que la sangre no era de Rell. El hombre la instó a atravesar aquel agujero dentado.

El embarcadero del río estaba a oscuras. Las antorchas de la guardia iluminaban la orilla contraria de Idryn. La tierra daba paso a los tablones de madera del muelle y los embarcaderos. Storo empujó a Risueño hacia Arrojo y después Rell y él cubrieron el agujero humeante de la pared del almacén. A su alrededor caían las tablas del tejado.

—¿Adónde? —chilló la zapadora.

—¡Al río! —respondió Storo.

Arrojo se tambaleó hacia atrás con Risueño, que luchaba por quedarse.

—Los cubriremos —le dijo Arrojo y su compañero cedió entonces. Resonó una voz, un grito de guerra de Siete Ciudades, y Jalor irrumpió en la calle, escapó a la carrera de la sección reventada. Tras él empezaron a salir hombres y más hombres. Las flechas mellaban el suelo por todas partes, disparadas desde el tejado.

Mientras Arrojo cojeaba con Risueño, un ruido seco y conocido se oyó en los desembarcaderos. La mujer esbozó una gran sonrisa y trazó un camino imaginario por el cielo nocturno hasta el tejado que tenía detrás; se vio recompensada con el crujido de un fullero que limpiaba de arqueros un lado del tejado.

—¡Nos cubre Nervioso! —se rió. La mirada de Risueño le indicó que, por la voz, debía de parecer un tanto aterrada.

Storo, Rell y Jalor cubrieron la retirada luchando como jabatos. Los tiros al azar de Nervioso se encargaban de cualquier grupo que se acercara demasiado. Arrojo lo encontró agazapado, a cubierto, junto a una barcaza amarrada.

—Entra aquí —le gruñó y estiró el brazo para cogerle la ballesta. Arrojo dejó a Risueño en el suelo y levantó el arma ella misma.

Desde el paseo del muelle, Arrojo vio que las cosas al final se estaban poniendo feas. Una especie de invocación salió de una senda. Supuso que lo podía llamar demonio, o monstruo, todo escamas y cuernos dentados. En cualquier caso, obviamente no era ninguno de los suyos. El bicho se volvió hacia el capitán y avanzó a paso vivo. Rell, de hecho, parecía listo para aceptar el reto, pero Storo lo apartó de un tirón y gritó.

—¡Seda!

Arrojo contuvo el aliento, pero no pasó nada. Por lo general, cuando el capitán llamaba a voces al mago del pelotón, llegaba volando, acompañado de humo, llamas, rayos y demás parafernalia. Pero no pasó nada. Surgió un pensamiento molesto: ¿la madurita y su amiguito habían terminado por acorralarlo?

Un silbido llamó la atención de Arrojo, que se dio la vuelta. Era Risueño, en la barcaza. Sostenía un maldito que le tiró a la veterana. Esta estuvo a punto de disparar la ballesta en su frenesí por tener las manos libres. Dejó que el maldito le golpeará el pecho y lo abrazó, después se tiró al suelo para quitarle peso a las rodillas que empezaban a combársele. ¡Dioses! ¡Tirar un maldito! Daba igual que hiciera falta algo más que un susto para que estallaran, la imaginación hacía milagros.

Nervioso la miraba desde su altura.

—Total, están demasiado cerca. —Las flechas provocaban un tamborileo a su alrededor, como gotas de lluvia. Un rugido bestial hizo temblar el muelle y resonó en el desembarcadero. Arrojo se asomó por encima de la carga apilada.

El demonio se estaba hundiendo. Al menos eso era lo que parecía. La bestia estaba metida en la tierra hasta la cintura, cubierta de escamas, y movía los brazos desesperada. Todo el mundo se había parado a mirar, fascinado, igual que Arrojo había visto cómo se detenía la lucha en los campos de batalla cuando se veía que una magia especialmente impresionante iba a fracasar del modo más horrible. La criatura se hundió hasta el pecho, el cuello y luego, con un rugido que sonaba a grito de pánico, desapareció del todo, salvo por los espasmos de los brazos. Esos brazos continuaron sobresaliendo del chorro de tierra como dos plantas deformadas que se sacudieran y arañaran.

—¡Por los huesos del Embozado! —dijo Nervioso sin aliento—. Menuda forma de despedirse.

—¡Dispara, maldita seas! —exclamó Risueño desde la barcaza—. ¡Dispara!

Arrojo apuntó y disparó a las partes más firmes del tejado del almacén, donde los arqueros se habían acercado al borde una vez más. Nervioso soltó una entre el grupo más cercano de los hombres de Orlat. Eso rompió el hechizo. Los hombres se agacharon para ponerse a cubierto. El resto del pelotón consiguió llegar al embarcadero. Arrojo y Nervioso lanzaron los últimos disparos de advertencia cuando la barcaza soltaba amarras y después todo el mundo se metió en ella de un salto. Los arqueros acribillaron el bote cuando se alejaron flotando en la oscuridad. Rell y Risueño se pusieron a remar mientras el resto se agachaba para ponerse a cubierto.

Nervioso sustituyó a Risueño, que se deslizó junto a Jalor, que estaba echado con los ojos cerrados y la respiración laboriosa. Por el aspecto que tenía, parecía que le habían dado una paliza. La barcaza se balanceó de un modo alarmante, se hundió por la proa y de repente allí estaba Seda, las sedas oscuras (que eran marca de la casa) humeantes y raídas. Tenía el largo cabello rubio pegado a la cabeza, empapado de sudor. Se dejó caer sobre una bancada, se echó hacia atrás y aspiró profundas bocanadas del fresco aire del río.

Así que habían salido todos de aquella. ¿Y ahora qué? Arrojo miró al capitán. Este miraba hacia delante, río abajo, con expresión pensativa. ¿Enviaría a Seda por una senda a ver a la puño Rheena? Tendría que mandarle recado, decirle que había una banda de piratas reclutando en la ciudad, ¿no? Arrojo carraspeó. El capitán asintió e hizo una mueca.

—Sí, Arrojo... ¿Y ahora qué?

—Díselo a Rheena. Ella fue decente.

El otro se frotó una mejilla sin afeitar y se estremeció como si le dolieran las palabras de Arrojo.

—Sí. Bueno, ese es el problema. Eso lo hace todo mucho más difícil.

—¿Qué?

—Está muerta —dijo Seda.

Storo asintió con aire amargo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiere decir —continuó Seda— que esta noche han dado un golpe de estado en la ciudad. Lo más seguro es que Rheena esté muerta. Y nosotros, solos.

—Venga ya, ¿un golpe de estado? Eso es ridículo. Las garras lo aplastarían. — Pero Arrojo notó que Risueño no se burlaba. Se sujetaba la pierna y parecía que la noticia era un insulto personal. Arrojo se inclinó hacia la herida y rasgó los pantalones para poder verla mejor.

—No si están demasiado ocupados en otro sitio —dijo Storo.

—¿Dónde? —Arrojo cogió el astil del cuadrillo y miró a Risueño a los ojos, Rell se acercó con suavidad para sujetar por los hombros a su compañero. Este asintió de

golpe y suspiró.

—Hazlo.

Arrojo apoyó todo el peso en el astil y empujó hasta que la cabeza irrumpió por el otro lado del muslo. Risueño se agitó entre las manos de Rell y gruñó con los dientes apretados en esa sonrisa lasciva permanente que siempre lucía. Arrojo aflojó la presión. Risueño quedó quieto y sin fuerzas, la cara resplandeciendo con un sudor frío. Su compañera desenrolló su equipo y se puso a trabajar.

—Orlat y yo tuvimos una charla —continuó Storo—. Por lo que insinuó, me parece que los setis se están levantando en armas, igual que Tali y otros de los antiguos reinos. Una insurrección organizada. Laseen lleva años desangrando las guarniciones para alimentar esas guerras en el extranjero que monta. Queda poco más que una división entre Unta y esta ciudad. Y la mayor parte seguramente se habrá pasado al otro bando.

—¿Al bando de quién? —Arrojo miró al capitán. Este miraba a lo lejos, más allá del río, a las antorchas y los faroles dorados que lanzaban destellos por encima de las cúpulas de la ciudad.

—¿Reconociste el nombre de Orlat? —preguntó.

—Me sonaba de algo. —Arrojo notó que todo el mundo observaba al capitán. Hasta Risueño, que se había recuperado del desmayo.

—Orlat Kepten. Fue el capitán de Lanza hace mucho tiempo. Yo era su primer oficial.

¡Kepten! Sí, Kepten el Gordo. ¿Cómo no lo había relacionado? Pero había sido capitán en la flota de Urko. Lo que significaba...

—¿Serviste con Urko?

Storo se volvió a frotar la quijada con aire avergonzado.

—Sí. Ya al final. Mi padre sirvió mucho más tiempo. Fue uno de los primeros falari en alistarse, incluso antes de las invasiones.

Mientras Storo hablaba, Seda había cogido el timón y los llevaba a la orilla norte. Storo se volvió hacia él.

—¿Qué es esto?

—Lo tengo controlado —contestó Seda. Estudió el laberinto de amarraderos y malecones que atestaban la orilla como un desbarajuste de sobredientes. Se deslizaron bajo un amarradero combado y Seda se agarró a un madero, después esperaron en silencio. Las olas lamían la madera reluciente llena de cieno de los viejos postes. Rell limpió sus espadas en el agua, después les pasó un trapo engrasado y las envainó. Arrojo vio que, una vez más, el muchacho había escapado ileso. En todos los años de campañas que llevaban juntos, todavía tenía que verle un solo corte. Había algo sobrenatural en aquel chico. Arrojo se volvió hacia las heridas de Jalor.

—Tranquila, Arrojo. No deberíamos tardar en recibir ayuda —le dijo Seda con

tono amable.

—Esta noche parece que lo tienes todo controlado, ¿no? —lo desafió Risueño mientras observaba al mago con los ojos entrecerrados. Seda le respondió con esa enigmática sonrisa tan propia de él, una sonrisa que Arrojo había visto cómo volvía loca a más de una chica.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Nervioso.

—Quiero decir que aquí Seda esta noche estaba lleno de trucos, más que en toda su vida. Esos dos magos debían de ser cojonudos, pero los mantuvo muy ocupados. ¿Cómo consigue algo así un simple mago de pelotón? Y todo eso que tiene tan controlado... Sabía que esta noche se estaba preparando algo.

Nervioso observaba a Risueño; Arrojo vio que los ojos se le salían de las órbitas, como siempre que estaba asustado.

—¿Qué estás diciendo?

La sonrisa de Risueño era una calavera.

—Estoy diciendo que quizá no tengamos que decirle nada a Rheena porque quizá Laseen ya lo sepa todo. ¿Tú qué dices, Seda? ¿Cantas o qué?

Nervioso se quedó mirando a Seda con la boca abierta.

—¿Eres una garra, Seda?

—Calla —dijo Storo—. Ya tenemos bastante de lo que preocuparnos.

Seda levantó una mano.

—No pasa nada, capitán. Voy a hablar. La verdad es que resulta que soy de Heng. Crecí aquí. Así que juego en casa. Aquí puedo sacar más que en cualquier otro sitio.

La carcajada seca y aguda de una vieja resonó sobre ellos.

—Riñen y riñen. ¡Huelo a amarga derrota!

Seda se pasó los dedos por el pelo y suspiró.

—Aquí abajo, Liss.

Unos zapatos duros taconearon sobre los veteranos. Rell y Storo guiaron con suavidad la barcaza hasta un muelle flotante. Dos jovencitos, poco más que golfillos callejeros, ayudaron a una anciana a bajar la corta escalera que llevaba al amarradero. La mujer se agarró a las regatas de la barcaza con unas manos nudosas y desfiguradas por la artritis y, con un movimiento impropio de una dama, pasó una pierna por el costado. Con una sonrisa oscura, ancha y llena de cabos podridos, se agachó sobre Jalor y lanzó una carcajada aguda con lo que vio. Arrojo retrocedió porque la vieja arpa apestaba a pescado podrido.

—Saludos, unionistas —dijo la mujer, riéndose.

¿*Unionistas?*, se preguntó Arrojo. ¿Qué quería decir aquella cotorra?

—Buenos días —respondió Storo.

—Ah, el gran asesino de juramentados. ¡El capitán Matash en persona! —La mujer lo miró con los ojos guiñados y lanzó un bufido—. Pues no pareces gran cosa.

—Liss... —susurró Seda a modo de advertencia.

—Sí, sí. —La vieja cogió la cabeza de Jalor y la giró de un lado a otro mientras el hombre gruñía de dolor—. ¡Ah! Aquí hay valor y resistencia. Bien. Vivirá. —Después se volvió hacia Risueño, que se encogió al sentir sobre sí las manos hinchadas. Esas manos salieron disparadas hacia la pierna herida—. ¡Ah! Aquí hay testarudez. Bien. Volverá a caminar. —Una de esas manos se disparó de súbito hacia la parte superior del brazo de Arrojo y la apretó, estrujando el hueso; Arrojo hizo una mueca de dolor. Aquella mujer era muy fuerte. La atacó el hedor fétido de la orilla de un río cenagoso cuando las aguas están bajas y apartó la cabeza. Al verlo, la mujer lanzó una carcajada aguda. A Arrojo no le hizo ninguna gracia—. Saludos, constructora. Un placer conocerte. —¿Constructora? Querría decir ingeniera.

La vieja miró a Rell a continuación. Este estaba sentado, inmóvil, con los miembros tensos, casi temblorosos, y la vista alzada a través del pelo largo y enmarañado. La mujer apartó las manos de él en el último momento y expulsó una larga bocanada de aire con un siseo. Le dio la espalda, inclinó la cabeza y pronunció algo por lo bajo. A Arrojo le parecía que tenía que haber algún significado en las acciones de la mujer, pero que la matasen si sabía cuál podía ser.

Los jovencitos ayudaron a la mujer a salir de la barcaza. Desde el muelle estiró la mano para darle un papirotazo a un desgarrón de la camisa de Seda.

—Todo se desvanece —dijo con una risita—. ¿En qué nos hemos convertido, eh?

—Así giran los Mellizos, Liss —murmuró Seda con una sonrisa de afecto.

—¡Ja! Sí que giran, ¿verdad? Bueno, pues se lo están tomando con mucha calma.

—Muchas gracias —dijo Seda en voz baja y después se apartó con un empujón.

Mientras se alejaban flotando, Arrojo la oyó exclamar algo tras ellos.

—¡Que la Protectora os bendiga!

Flotaron río abajo, al este con la perezosa corriente. La siguiente curva amplia del Idryn no tardaría en llevarlos hasta la primera de las puertas del Río, las enormes rejas de hierro que surgían de los puentes y se hundían en el río; servían como extensiones de las contramurallas que rodeaban la ciudad. Jalor se levantó de repente con una sacudida que estuvo a punto de hundirlos. Miró furioso a su alrededor como si todavía estuviese en plena lucha y después se tranquilizó bajo las manos firmes de Nervioso y Rell.

—¿Qué tal la pierna? —le preguntó Storo a Risueño.

—Bien —rezongó el otro, avinagrado.

—Me alegro. Porque vas a necesitarla.

La sonrisa de Risueño recuperó su habitual gesto desdeñoso.

—¿Por qué?

—Porque nos dirigimos al palacio.

Todo el mundo empezó a farfullar a la vez. El capitán levantó una mano para

pedir silencio.

—No tenemos alternativa. Tenemos que actuar ahora, antes de que tengan consolidado el mando. Antes de que todo el mundo se dirija a ellos en busca de órdenes.

Nervioso miró a Storo con los ojos desorbitados.

—¿Qué? ¿Nosotros contra la guarnición entera?

Storo desdeñó el comentario con un gesto.

—Detrás de cualquier golpe de estado solo hay un puñado de oficiales. Ellos y unos cuantos musculitos externos. No puede haber más. Los soldados solo están esperando a ver qué pasa. Obedecerán las órdenes de quienquiera que ande por allí mañana cuando se pase revista al amanecer.

—¿Y qué hay de Orlat y su equipo? —preguntó Risueño.

—De momento tienen que permanecer entre bambalinas. No pueden salir a la luz. Pero tendremos que estar atentos.

Arrojo captó la mirada de Risueño.

—Seguro que Sonrisas es uno de ellos.

Risueño enseñó más dientes todavía. Después frunció el ceño.

—Da igual, ¿no? Jamás llegaremos al palacio. Hay dos puertas del Río entre nosotros y ellos.

—No, no las hay —dijo Seda desde la proa. Y señaló con un gesto.

Así era, siguieron flotando, ayudados a los remos por Rell y Nervioso; la curva del Idryn hizo aparecer la pesada barrera y a la luz tenue de antorchas y faroles, Arrojo vio que el rastrillo central del río estaba levantado. La veterana asesinó a Seda con la mirada.

—¿Cómo lo sabías?

El otro le devolvió la sonrisa.

—¿No lo entiendes, Arrojo? Lo levantaron ellos para que entraran sus propios hombres. Y ahora lo podemos usar nosotros también.

La mujer no dejó de mirar a Seda.

—Qué conveniente, Seda.

El mago le dedicó la más encantadora de sus sonrisas, la que ella había visto que jamás fallaba con ninguna mujer. Con ninguna salvo ella.

—Como has visto, Arrojo, todavía me quedan algunos viejos amigos por aquí. Atascaron las puertas por mí.

Risueño lanzó un bufido de desprecio. Arrojo se echó atrás, convencida del todo. Risueño había acertado a medias, Seda era más de lo que parecía, pero no era ninguna garra. No, quizá incluso algo más que eso. Sin embargo, el capitán confiaba en él y lo había hecho su segundo al mando, y a ella, eso le bastaba.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Nervioso mientras ordenaba los cuadrillos de

ballesta que le quedaban.

Storo estaba mirando la orilla oscura con expresión tensa.

—Aquí Seda nos meterá en el palacio. Tenemos que hacernos con lo que antes era la antigua sala del trono de la Protectora, el templo de la ciudad. Desde allí, vamos saliendo y recuperando el control de todo hasta la plaza de armas. Queremos estar allí cuando los sargentos salgan para ver por dónde sopla el viento.

Risueño le lanzó una sonrisa desdeñosa a Seda.

—¿Y tú qué vas a hacer, Seda? ¿Meternos por una senda? ¿La senda Imperial, quizá?

El mago se limpió un poco la tierra de su rasgado chaleco de seda verde oscura. No tendría que haberse molestado, ya no había modo de salvarlo.

—Para tu información, Risueño, nadie puede entrar ni salir del templo de la ciudad por una senda. —Le dedicó aquella sonrisa condescendiente que Arrojo sabía que ponía de los nervios a Risueño—. Iremos por la entrada secreta.

La entrada secreta de Seda resultó ser un túnel fétido de alcantarillado que apenas se alzaba sobre las olas plomizas del Idryn. Nervioso olisqueó los vapores húmedos que salían flotando del arco de ladrillo y bamboleó la barca en un esfuerzo por apartarse.

—¡Oh, dioses! ¡Venga ya, Seda! No hablarás en serio...

—No seas tan exquisito —ronroneó Seda—. Recuerda que eres zapador, ¿no?

—No lo restriegues encima —rezongó Arrojo por lo bajo.

—Venga, vamos ya —anunció Risueño y estuvo a punto de hundir la barca cuando puso una bota en los ladrillos llenos de fango. Uno por uno fueron saliendo con cuidado al saliente. Arrojo siseó de asco cuando, para apoyarse, no pudo evitar tocar las paredes blandas y húmedas. Storo le ordenó a Jalor que dejara que la barca se alejase. *Estupendo*, pensó Arrojo. *Ya no hay forma de volver*. El hedor era un ente físico que le metía los dedos peludos por la garganta y le provocaba náuseas. Seda encendió un farol y se fue a colocar en cabeza, pero Rell se puso por delante de él con las dos espadas en la mano.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo Risueño—. ¿Encaramarnos por el retrete y decir «Eh, hola»?

—Un parto al revés para ti, ¿eh, Risueño? —exclamó Nervioso desde atrás.

Risueño se limitó a sonreír, los dientes brillantes en la oscuridad.

—Para tu información, sí, algo parecido —dijo Seda desde la vanguardia, con Rell.

—Tenías que preguntar —le susurró Arrojo a Risueño.

—Silencio —se impuso el capitán.

Encorvados, resintiéndose al hedor, avanzaron chapoteando, deslizándose y

resbalando por la acumulación de varios siglos de excrementos de la élite gobernante de la ciudad. ¡Muy propio! Arrojo imaginó varias plantas más arriba, en un rincón oscuro, a un magistrado estirando el culo arrugado sobre su cabeza y crispando la cara de mono en un esfuerzo por depositar... mareada de repente, Arrojo estuvo a punto de vomitar y tuvo que apoyarse en la pared resbaladiza. Storo la sujetó.

—¿Estás bien?

—No puedo seguir.

—Solo un poco más. Aprieta y tira.

—¡Por favor! ¡Capitán!

—Perdón.

Más adelante resonó por todo el túnel un chillido de Risueño, una mezcla de rabia y asco. Se metieron a tientas en una amplia cámara subterránea con el techo abovedado, la única luz procedía del farol de Seda. Risueño estaba hundido hasta las rodillas en el estanque de suciedad que llenaba el suelo. Todos los demás se quedaron en las zonas menos cargadas de los bordes.

—¡Por las tetas podridas de Poliel! —rezongó—. ¡No me puedo creer que el mago nos trajera aquí! —Señaló con un cuchillo largo la pared contraria. Allí, el flujo de excrementos goteaba de una escultura el doble de alta que Arrojo, de las fauces cerradas del morro de un perro. Cuando los ojos de Arrojo se acostumbraron pudo descubrir más detalles: unas orejas largas y puntiagudas, los ojos caninos rasgados. ¡La cabeza entera de un mastín tallado, allí abajo! ¡En la oscuridad! ¿Qué sentido podía tener eso?

Pero la nariz era demasiado larga, la cabeza demasiado estrecha. De repente lo reconoció: un chacal. Ryllandaras. El Chacal Blanco del Invierno. La maldición de Quon. El hombre-chacal, héroe primero que recorrió durante siglos esas llanuras centrales haciéndolas casi impracticables salvo por la intersección de las tribus que lo veneraban, los antiguos setis.

Seda se fue abriendo camino entre las aguas perezosas hasta que tocó la gigantesca cabeza. Después se volvió hacia ellos.

—¿Quién reconoce esto?

—Ryllandaras —sugirió Arrojo.

El mago asintió, complacido.

—Sí, pensé que tú podrías conocerlo, Arrojo. Aunque ninguno de vosotros lo ha visto jamás. Desapareció de estas llanuras hace ya casi un siglo. Grande era el odio de esta ciudad por su antiguo enemigo, el hombre-chacal de las praderas. Como veis.

—Todos conocemos los relatos —se burló Risueño—. Hasta que el emperador, o Danzante, lo asesinó. Haz el favor de seguir.

—Esa es solo una de las versiones... en cualquier caso, esto es una entrada. Una muy antigua que data de mucho antes del Imperio actual, cuando Heng era una

ciudad-estado independiente y la tercera más poderosa del continente. Allá cuando Ryllandaras y las tribus setis eran el eterno enemigo que siempre se estrellaba contra sus murallas...

El mago se quedó callado durante un rato y contempló la titánica estatua manchada de heces. Después sacudió la cabeza como si reviviera viejos recuerdos. Arrojo le lanzó una mirada interrogante a Storo, pero el capitán frunció el ceño y negó: *Ahora no*.

Seda se subió a una pata delantera, se inclinó sobre la cabeza y susurró algo a un oído alto de piedra. Una palabra. Tras un momento, las piedras gimieron, chirriaron y empezaron a llover coágulos de barro y excrementos. Los dientes puntiagudos arañaron la piedra al separarse. Las fauces se abrieron.

—¡Por los huevos del Embozado! —dijo Nervioso—. ¡Yo no entro ahí!

—Entonces espera aquí solo, en la oscuridad —sugirió Storo.

Rell ya se había metido. Regresó y les hizo un gesto para que lo siguieran.

—Hay una pasarela elevada.

Mientras caminaban por la pasarela, Arrojo maniobró para colocarse junto a Seda.

—Se te ha visto demasiado el plumero —dijo por lo bajo.

—Esta noche es todo o nada.

—Eras uno de los magos de la ciudad por aquel entonces, ¿no? Cuando vino Kellanved. —El hombre se quedó callado un rato. Quizá pensaba que era demasiado obvio para comentarlo. *Bueno, si la pieza no cede por un lado, prueba por otro, como decía mi padre*—. ¿Qué es este sitio?

—El último refugio. Sale del templo de la ciudad.

—Pero nunca se usó.

—No. Ella no quiso huir. Nosotros... todo el mundo, deberíamos haber sabido que jamás abandonaría su ciudad.

A Arrojo el vello de los brazos y de la nuca se le puso de punta. Ella. Shalmanat. Protectora de Li Heng durante milenios. Algunos decían que desde su fundación como cruce de caravanas. Asesinada por Kellanved, o por Danzante, para ser precisos. Su mirada se deslizó de soslayo hacia el delgado mago, con su largo cabello rubio y las sedas raídas, siempre objeto de mofa y desprecio entre las tropas. Pero ¿quién era en realidad? ¿Y por qué estaba allí, en Li Heng, en ese momento concreto?

—Esto no es ninguna coincidencia —dijo cuando lo pensó, y después maldijo la falta de conexión entre sus pensamientos y su boca. El mago no dijo nada—. Tú, me refiero a que estés aquí para este golpe de estado. Lo sabías.

Él le lanzó su sonrisa más irresistible, cálida pero a la vez distante y burlona, una expresión un tanto socarrona que cautivaba a los seguidores del campamento y a todas las sirvientas. A Arrojo solo la enfadó más.

—Conmigo ni lo intentes. Lo sabías.

—Solo sabía que iba a pasar algo, Arrojo. Eso es todo. Un cambio en la luz del día.

¿Y eso lo había llevado allí? La zapadora se planteó las implicaciones ocultas de esa afirmación. ¿Una bravata? ¿Un farol? ¿Y si era verdad? ¿Qué influencia podía haber tenido aquel hombre en lo que era, había que admitirlo, ese destino tan poco habitual que les habían brindado? ¿Intentaba insinuar que él...?

Arrojo dejó de caminar y Seda siguió. El capitán la instó a no pararse con una gran mano en la espalda. Había sido el mago el que la había llevado allí. Es decir, recordaba que le había preguntado qué pensaba de Storo y antes de darse cuenta ya la habían trasladado a su pelotón. El mago incluso había traído a Rell. Arrojo recordó que había llevado al capitán a ver a ese espadachín con el que se había tropezado en la prisión de Malyntaeas. Poco después, ese nuevo recluta, Rell, estaba en el pelotón. Por todos los dioses del cielo y del inframundo, ¿los había estado reclutando Seda? ¿Todo con la mira puesta en esa noche, esa eventualidad? No. Era demasiado indignante. Pero ¿quién era ese tipo?

La pasarela de losas terminaba en una puerta de hierro cerrada con cerrojo que Seda abrió, y esa puerta, a su vez, llevaba a un pasillo y a una escalera circular de piedra. Los paró allí, se apartó el pelo y se lo ató con una tira de seda desvaída.

—Preparaos —susurró—. La puerta de arriba se abre al templo de la ciudad. No hay forma de saber quién está dentro ni cuántos. —Miró a Storo, que carraspeó.

—Bien. Bueno, sabotadores, guardaos las ballestas.

—Y una mierda —dijo Nervioso—. Por encima de mi cadáver, quizá.

Storo lo miró.

—No me tientes... Fuera ballestas. Todos y cada uno de vosotros, preparad una saquita con fulleros, humeantes y demás, cuanto tengamos. Esto va a ser sala por sala. Jalor y yo vamos por delante. ¿Estamos? Estamos.

Nervioso y Arrojo saquearon las provisiones de Risueño, que se retorció, gruñía e intentaba recuperarlo todo. Storo se descolgó el alfanje de doble hoja mientras Jalor se ceñía la correa del yelmo abovedado y después sacaba los cuchillos largos. Rell desenvainó sus dos espadas largas, extrañas y muy delgadas, de un solo filo y un tanto curvas, y después tiró las vainas a la oscuridad. El gesto secó la boca de Arrojo.

Cuando subieron las escaleras, con Seda a la cabeza, Arrojo enganchó la ballesta en el cinturón y usó el pie para amortillarla, después la dejó colgando de la correa del hombro. Llegaron a la puerta, o lo que Seda indicó que era la puerta, a Arrojo le parecía otro trozo más de pared. Usando señales de batalla, Storo ordenó una carga inicial seguida por una parada durante la cual él y los pesos pesados defenderían mientras los sabotadores despejaban la habitación. Todo el mundo indicó que lo había entendido.

Seda hizo algo en el muro y apareció una puerta. Se metió y después se hizo a un lado. Storo, Rell y Jalor lo siguieron tan silenciosos como pudieron salvo por el tintineo suave de la armadura. Arrojo entró a continuación. Parpadeó ante el brillo de la sala. Con los ojos entrecerrados y un fullero en una mano protegiéndole los ojos, vio una habitación vacía.

Reconoció que no sabía lo que la gente se imaginaba cuando alguien decía «salón del trono», pero a ella lo que se le ocurría eran imágenes de grandes tronos elevados ocupados por una mujer o un hombre secos, concubinas afectadas, ministros con cara de monos que les echaban el ojo a los esclavos jovencitos y escribanos eunucos que le echaban el ojo a la plata. En cualquier caso, la sala estaba vacía y era circular con un techo abovedado. También estaba muy limpia y era muy blanca y brillante, aunque no había ninguna fuente de luz visible.

Así que eso era. El centro de Heng. A Arrojo la decepcionó, pero también la impresionó de una forma extraña. El foco Interior. El templo de la ciudad, por fin. ¿Dónde estaba todo el mundo?

Seda hizo un gesto al frente y señaló un par de puertas dobles casi indistinguibles. El capitán hizo la señal de avanzar y cruzaron la cámara.

Cuando llegaron al medio se encontraron con que, de hecho, la cámara no estaba vacía. Justo en el centro llegaron a un pequeño asiento. Nada más que un taburete plegable con el asiento de cuero y los brazos de madera. Todo el mundo salvo Rell se detuvo para mirarlo con fijeza. Nadie dijo una sola palabra. ¿Ese era el trono de Li Heng? Arrojo no sabía qué pensar, era demasiado extraño. Pero mientras lo contemplaba, la cara de Seda expresaba esa tristeza, ese anhelo misterioso, que tanto atraía a las mozas de servicio. De todos ellos solo Rell mantenía los ojos clavados en las puertas. El capitán hizo una señal para continuar.

Arrojo se acercó a Seda.

—No veo ninguna lámpara y no huelo a humo. ¿Cómo se ilumina este sitio?

Esa sonrisa.

—Solo el fulgor que se va desvaneciendo de la gloria que fue, Arrojo.

—Silencio. —El capitán.

Jalor abrió las puertas de un tirón y reveló las espaldas de cuatro guardias que se giraron, asombrados. Rell se abalanzó entre un destello de espadas y los cuatro habían caído antes de poder desenvainar sus hojas siquiera.

Todo el mundo se lo quedó mirando, perplejos.

—Creí que tenías una especie de código —le dijo Nervioso a Rell—. ¿No va contra tu código que estén desarmados y eso?

—Estaban armados —respondió Rell sin volverse siquiera—. Solo que eran lentos.

Ante ellos, un largo pasillo que terminaba en otras dos puertas dobles mucho más

altas. Unos pequeños portales se abrían a todo el pasillo.

—No me gusta esto —rezongó Nervioso.

Seda señaló las puertas de enfrente.

—Esa es la única entrada a estas dependencias del templo.

—Pasillo abajo, a paso ligero —ordenó Storo.

Entraron al ataque. Los civiles los miraban con la boca abierta desde los arcos de las puertas. Un tipo alto y barbudo bramó algo, pero no le hicieron caso. Justo cuando llegaron a las puertas, estas se abrieron por mano de la mismísima madurita a la cabeza de una columna de unos quince hombres, soldados obviamente, aunque ninguno vestía librea malazana.

—¡A por ellos! —consiguió decir antes de que las hojas de Rell perforaran el aire donde ella había estado solo un instante antes. Los hombres esbozaron una mueca salvaje y desenvainaron. Rell estuvo a punto de abalanzarse sobre ellos, pero lo apartó a la fuerza el capitán con un gruñido.

—No... todavía no.

Seda ya había desaparecido. Jalor y el capitán se enfrentaron a la vanguardia de la columna. Rell se fue a cubrir la retaguardia. Risueño levantó un puño y gritó:

—¡Cuidado!

Los hombres se encogieron y sus rostros adquirieron un tono ceniciento; no cabía duda, eran veteranos. Risueño lanzó y se agachó, como todos los demás. El fullero se agrietó justo detrás del umbral, en medio de la columna. La detonación lanzó tres cuerpos contra las paredes en un destello de sangre y entrañas que lo rociaron todo. Jalor y el capitán les dieron el golpe de gracia a los atontados supervivientes.

—¿Qué significa esta matanza?

Arrojo se volvió, era el anciano barbudo. Vestía unas túnicas largas y oscuras de una tela suntuosa que Arrojo sabía con certeza que ella no había ni siquiera tocado en su vida; el hombre se acercó con paso decidido a Rell, que lo detuvo con la punta de una espada reluciente y húmeda. El hombre debería darles las gracias a todos los dioses por ir desarmado.

Storo cruzó el espacio que lo separaba de él. Se llevó una mano al borde del yelmo.

—Magistrado Plengyllen. ¿Qué puedo hacer por usted?

—¡Hacer! ¡Hacer! —farfulló el hombre—. ¡Estos son recintos sagrados! ¡Terrenos santos! ¿Cómo os atrevéis a contaminar...?

—Se ha producido un golpe de estado —lo interrumpió Storo—. La puño Rheena ha sido asesinada.

El magistrado se apagó al oír eso y se estiró las túnicas.

—Sí. Me han informado de que unos asesinos... —Fue perdiendo la voz y los ojos se le salieron de las órbitas—. ¡Tú! ¡Que Ascu nos proteja! —Retrocedió con

los brazos levantados y después huyó por un portal gritando—: ¡Guardias! ¡Asesinos! ¡Me matan!

—¿Debería callarlo de una vez? —preguntó Risueño.

Storo agitó una mano y suspiró.

—Da igual.

—¡Refuerzos! —exclamó Nervioso desde las puertas dobles.

Se abrieron camino por los pasillos del templo de la ciudad. Arrojo se dijo que Kepten el Gordo había ido con muchos más hombres de lo que el capitán había pensado; o que Storo no se lo había contado todo porque no quería que se echaran atrás ya desde el principio. En cualquier caso, los hombres de Kepten (simples mercenarios o soldados convencidos sin uniforme) no hacían más que llegar. Aunque era cierto que la guarnición no se metió en ningún momento, como había dicho el capitán. Siempre que los ballesteros se concentraban en una esquina o en una puerta, Nervioso y Arrojo los sacaban a golpe de munición. El pelotón dejó claro que siempre que el equipo de Kepten recurriera al lanzamiento de proyectiles, ellos responderían con la misma moneda y los suyos además estallaban. Captaron la indirecta. Arrojo no sabía por qué no habían llegado con municiones alquímicas propias, pero lo que sí tenían era magos. Disparaban cuerdas de llamas que no tardaba en apagar Seda. Una especie de cosa de sombras le dio un mordisco al capitán solo para desaparecer en un destello de pura luz blanca cegadora. El viejo amigo de Arrojo, el enano, hasta apareció entre ellos y acuchilló a tres, ella incluida, y derribó a Jalor, pero solo le sirvió para que lo empalara Rell. Nervioso sufrió un navajazo en el costado y dejó caer un fullero más cerca de él que del enemigo. El capitán se llevó la peor parte. A Arrojo le pareció una pena, el capitán lo había hecho muy bien hasta entonces, coño.

Después de apartar a patadas los cuerpos que bloqueaban las puertas exteriores, solo el capitán, Arrojo, Risueño y Rell permanecían en pie. Y solo Rell estaba en condiciones de luchar. Durante toda la noche Arrojo se había preguntado por qué el capitán había empujado al joven genabackeño hacia la retaguardia. Pero después vio la luz. Qué astuto el capitán. Reservas. Rell era, con mucho, el mejor luchador de todos ellos y estaba fresco. El pobre chico casi vibraba con la necesidad de asesinar.

Con un tambaleo, el capitán se apoyó contra las pesadas puertas de roble y se pasó un brazo por la cara reluciente. Arrojo envainó el cuchillo largo y abrió su saca: quedaban dos. Miró a Risueño, que levantó un dedo e intentó sonreír; solo pudo esbozar una mueca.

El capitán abrió las puertas exteriores con un empujón. Bajo una luz rosa cada vez más brillante, tras unas escaleras de mármol blanco, en las losas de piedra que rodeaban los amplios terrenos vacíos donde solían formar las tropas, se encontraba

Kepten el Gordo y unos cincuenta hombres. Los hombres, observó Arrojo, permanecían muy separados. Esa visión le arrebató las fuerzas de las piernas y estuvo a punto de caerse sentada allí mismo.

Storo se irguió, movía las mandíbulas para contener el dolor y se apartó el yelmo para señalar a Kepten.

—Ya casi ha amanecido, Orlat. La guarnición observa. A mí me conocen. A ti no podrían distinguirte del culo de una mula. Quizá deberías dejarlo ya y volver a dedicarte a la pesca.

Kepten lanzó una risita profunda.

—Como dije, Storo. No nos habrías venido nada mal. Una pena. No tienes ni idea de a quién te enfrentas. Como puedes ver, me he traído el equipo entero. Oye, te doy una última oportunidad. Deponéis las armas ahora mismo y tendréis paso franco. Ahora mismo. Tengo que admitir que puedes sentirte orgulloso. Pero se acabó. Es hora de retirarse, no es ninguna vergüenza.

Arrojo miró al capitán. ¿Aceptaría? Desde luego ellos ya estaban acabados, ¿cómo iban a poder con más de lo que se habían enfrentado hasta el momento? No lo habían hecho nada mal en absoluto. De hecho, habían llegado más lejos de lo que ella había creído posible. Después parpadeó para espantar el sudor y la sal que le hacían escocer los ojos. ¡Maldito fuera ese agotamiento que le entumecía la mente! ¡Esos piratas acabarían con ellos en cuanto posaran las armas! Y el capitán tenía que saberlo.

Storo carraspeó, tosió para sacar un bocado de flema y la escupió.

—No, Orlat. Eres tú el que no tiene ni idea de a quién se enfrenta. —El capitán le hizo un gesto a Rell—. Te toca a ti. Te cubriremos la espalda. Defiende la puerta, muchacho.

Los ojos del espadachín prácticamente brillaban. Su voz, tomada por la emoción, apenas le permitió hablar.

—No sabes qué regalo me has dado...

—Tómalo con calma, muchacho. Planeo salir vivo de esta.

El joven agachó la cabeza.

—Yo no planeo nada —murmuró.

—Sí, bueno —gruñó Risueño—. Aquí vienen.

Con un rugido, el primero de los pelotones entró a la carga.

Como había prometido, Rell defendió la puerta. Arrojo se quedó asombrada por su forma física, velocidad y, sobre todo, por su despiadada eficacia quirúrgica. Parecía haber sido adiestrado para saber con toda exactitud cómo cortar para producir una discapacidad máxima o una mutilación pura y dura. Los hombres caían entre un borbotón de sangre procedente de arterias de muslo cortadas, músculos del brazo

acuchillados, cuellos rebanados, destripados y eviscerados como pescados. A Arrojo le pareció aterrador, era más una matanza que una lucha. La sangre pintaba de negro los escalones de mármol blanco brillante. Se preguntó si conseguirían limpiarlos del todo alguna vez. Risueño se limitaba a intervenir en algún momento suelto cuando algún idiota herido intentaba adelantarse a rastras para pinchar a alguien.

Arrojo se mantuvo en todo momento detrás de Rell con un maldito levantado en una mano y una expresión en los ojos que esperaba que prometiera la aniquilación absoluta en cuanto Rell cayera. Le gustaba pensar que eso ponía cierta vacilación en los miembros de los enemigos.

En cualquier caso, el asedio terminó con un chillido furioso de Orlat. Los hombres se retiraron y Arrojo hizo un recuento rápido. Veintinueve hombres todavía en pie. Rell había puesto fuera de servicio o asesinado sin más a más de veintiún hombres. Asombroso. Arrojo echó un vistazo a su espalda y vio al capitán caído, derrumbado junto al muro, con la cabeza hundida en el pecho. Maldita fuera. Pérdida de sangre. Todos esos agujeros que le había producido el fullero de Nervioso. Arrojo vio entonces que Orlat ya no estaba para bromas. Hizo un gesto furioso y los hombres que le quedaban se dispersaron.

—Esto ha llegado demasiado lejos, Storo —exclamó—. Deberías haberte retirado cuando te di la oportunidad. —Le hizo un gesto con la cabeza a una presencia invisible y sus dos magos aparecieron a ambos lados de él, la madurita y su casi gemelo, el viejo flaco como un espárrago de pelo gris cortado a cepillo. Los dos bajaron de golpe los brazos y estallaron en llamas.

Por la sonrisa del Embozado.

—¡A por ellos! —chilló Risueño al tiempo que lanzaba el último fullero. Los dos magos adelantaron los brazos de súbito como si repelieran algo y Arrojo sintió la ola de calor que le pasaba por encima incluso desde esa distancia, el aliento de un horno que refulgía de amarillo. El fullero explotó en el aire mucho antes de alcanzar a los magos.

Arrojo incluso notó el maldito caliente en las manos. *¡Por la mierda de Togg!* Volvió a meter la munición en la saca y después retrocedió para deslizarse por el pasillo con tanta suavidad como pudo. Al regresar encontró a Risueño y Rell discutiendo.

—Déjame —decía Rell.

Risueño lo tenía sujeto por el chaleco.

—No. Tenemos que retirarnos. Caer sobre ellos ahí dentro, sin que nos vean.

—Yo tengo mi encargo. Vete tú si quieres.

Entretanto el calor era demoledor. Los magos avanzaban uno junto al otro, piras gemelas, maromas de llamas los enlazaban. La senda de Thyr desatada como Arrojo jamás había visto ni oído comentar. Una especie de magia ritual de batalla. Los

accesorios metálicos de su armadura la hacían estremecerse siempre que le tocaban la piel. El vello de los brazos se le estaba chamuscando.

—¡Tenemos que retroceder! —le gritó a Rell—. ¡No seas idiota! Esta ronda la han ganado ellos.

Pero el maldito imbécil no cedía.

—¡Tú mismo! —rezongó Risueño y retrocedió protegiéndose la cara del calor. Arrojo le lanzó una última mirada de súplica a Rell, que negó con la cabeza, y después para su vergüenza, Arrojo también se hizo atrás por el calor. ¿Y dónde estaba Seda?

Arrastraron al capitán con ellos pasillo arriba. Los magos habían avanzado y aparecido en su campo de visión. La sangre formaba charcos en el umbral y en las escaleras, hervía, humeaba y después se chamuscaba para desmenuzarse convertida en ceniza que se le metía a Arrojo en los ojos. Los cadáveres abandonados ante la entrada estallaron en llamas. El poder sin trabas de la senda empujaba la carne carbonizada al aire como si fuera humo. Un hollín grasiento recubría la cara y los brazos de Arrojo. Tuvo más náuseas de las que había tenido en la alcantarilla. Entre la calima vio que Rell todavía defendía la puerta con las espadas levantadas. El humo le envolvía el pelo, que parecía arder sin llama. Ni siquiera había variado su postura de alerta. ¿Cómo era posible una disciplina tan inhumana?

—No —dijo una voz junto a Arrojo. Esta se volvió, con un brazo se protegía la cara, y allí estaba Seda. Los ojos del hombre ardían con una rabia que Arrojo jamás había visto en él—. Otra vez no. —El calor incandescente que todo lo carbonizaba disminuyó de repente a un fulgor incómodo. El mago se metió en la tormenta. Arrojo se obligó a ir tras él.

Seda llegó al umbral y sustituyó a Rell, al que apartó hacia atrás, hacia Arrojo.

—Has hecho todo lo que podríamos haber esperado y más —le dijo al espadachín. Rell era como una brasa en los brazos de Arrojo cuando la veterana lo arrastró hacia atrás. La piel crujiente se le desprendía de los brazos por donde lo sujetaba.

Seda se enfrentó entonces a las dos columnas de llamas que se habían detenido, quizá no muy seguros.

—¡Osáis desatar tales llamas sobre este umbral! —Su indignación desgarró el rugido del horno—. ¡Practicantes malnacidos de una senda degenerada! ¡Thyr! ¡Hijo retrasado de una unión incestuosa! ¡Me provocáis para que os enseñe las carencias ciegas de vuestra triste ignorancia! ¡Contemplad ahora, durante el último instante de conciencia que tendréis, el verdadero manantial de poder del que el vuestro no es más que un riachuelo corrupto!

Seda abrió mucho los brazos y Arrojo se quedó con la boca abierta. ¡Por todos los dioses olvidados! ¿Había perdido la cabeza ese hombre?

—¡Yo te invoco! —Sus palabras sacudieron las piedras bajo los pies de Arrojo y esta se estremeció ante su poder—. ¡Ven! ¡Tú que te has ido tanto tiempo ha! ¡Concedéndonos un vislumbre de aquello que ha desaparecido del mundo! ¡Muéstranos cómo era cuando la luz por vez primera hendió la noche! ¡Bendícenos con una visión de luz pura sin diluir, Kurald Liosan!

No pasó nada. Arrojo, al recuperarse, casi maldijo al hombre. Orlat, al que vio bastante más allá, ladeó la cabeza como si hubiera llegado a la misma conclusión que ella: pobre tipo, la presión había podido con él.

Y entonces algo golpeó a Arrojo por detrás. No un puño ni un palo, sino un muro. Era como caer de espaldas en el agua, solo que era el agua lo que se levantaba para golpearla. Y después nada. Silencio. Blancura. La presencia física de la luz como un mar de resplandor cegador. Seda se perfilaba como una erosión de sombra. Los dos magos, Orlat y sus hombres, recortables de papel negro que se deshacían en jirones como polvo en un viento de luz.

Después desaparecieron. El amanecer llegó como oscuridad, tan pálido y débil era. El techo se atenuó sobre ella. Una cara, muy cerca. Con barba. Gris malazano. Una voz muy cerca, pero que sonaba muy, muy lejana.

—Traed sanadores.

CAPÍTULO 4



Ved al exiliado que gime sentado junto al lago. Su manto está raído, tiene calambres en el estómago. ¿Llora por los amigos caídos, por jarras que nunca se han de alzar hacia las largas vigas? ¿Dónde están sus amigos, sus hermanos y compañeros de armas? Todos rígidos, con los ojos clavados en la nada, en los campos en los que yacen. Sus lanzas están rotas, las espadas romas. Oh, ¿dónde irá este solitario exiliado? ¿Cruzará las aguas? ¿Qué será de él? ¿Y si fueras tú?

Lamento del viajero solitario

Anónimo (atribuido por algunos a Pescador Kel'Tath)

Doce días tras la tormenta, el Kestral y el Nómada echaron el ancla en un trozo de costa deshabitada del mar de Carillón. Por órdenes de Trémula, los capitanes nabrajanos se habían mantenido apartados de la costa todo lo posible, pero los trozos de tierra que Kyle había vislumbrado parecían de todo menos prometedoros: rocas caídas grises y negras rodeadas de árboles retorcidos y achaparrados, altozanos lejanos redondos, de un color gris polvoriento, y bosques de árboles perennes delgados y de ramas negras. Destellos de una meseta plana de algún tipo interrumpida por sotos de árboles.

Ese amanecer Kyle tenía guardia. En la bahía serena, casi como un espejo, estaba sentado con las piernas cruzadas en la escotilla de carga elevada de la cubierta central, aguja en mano, intentando remendar la camisa acolchada que se ponía debajo del camisote.

—Un marinero lo haría mucho mejor.

Kyle levantó la mirada. Era Melena Gris, en pie en la regala. Kyle no había oído nada. ¿Cómo era posible que un hombre tan grande fuera tan silencioso? Volvió a su costura.

—Hay que aprender en algún momento.

—Cierto.

Kyle mantuvo la cabeza gacha. ¿Por qué estaba hablando con él el renegado? Ese hombre era prácticamente un juramentado, incluso había luchado contra ellos en el

pasado, o eso había oído. El malazano carraspeó.

—Kyle, ¿verdad?

—Sí.

—Quería hablar contigo de la Espuela. Tengo entendido que eres nativo de Bael, que el ascendiente, o lo que fuera, que encontramos allí arriba significaba algo para ti, y quizá para tu pueblo...

Kyle levantó la mirada de la costura.

—¿Sí?

—Bueno. —Frunció el ceño y observó la cubierta—. Supongo que quiero disculparme. No pretendía que las cosas fueran como fueron. —El hombre miró por encima del agua, a la orilla arbolada y oscura que estaba a un tiro de piedra, y se cruzó de brazos—. Las cosas tienen la costumbre de cobrar vida por sí mismas...

Kyle lo observó, se preguntaba si quizá se había olvidado de él. Porque era obvio que aquel hombre estaba pensando en otras cosas.

Después de permanecer en silencio un rato, el malazano volvió a hablar.

—Sabes que me llaman renegado.

Kyle levantó la vista de la costura una vez más.

—Sí.

—¿Te has preguntado alguna vez por qué?

Kyle se encogió de hombros.

—No. Para mí no significa nada.

El hombre se echó a reír.

—Bien. Entonces te lo diré. Soy un renegado porque intenté conseguir la paz, Kyle. Llegar a un acuerdo. Por eso puse furioso a los korelanos y me denunció el mando malazano. A mí y a un puñado más. —El hombretón miró a Kyle, sus pálidos ojos azules como el hielo eran brillantes bajo el sol del amanecer—. ¿Y sabes por qué de todos ellos solo yo sobreviví a la caza consiguiente?

—No.

—Porque huí corriendo más lejos que todos ellos. Fui el cobarde más riguroso de todos.

Los puños de Kyle apretaron la camisa. Eso no era lo que él quería oír. ¡Disculpas! ¡Confesiones! Maldito fuera aquel hombre. ¿Él, cobarde? ¿Qué pretendía con una afirmación tan ridícula?

—Quizá no es conmigo con quien deberías estar hablando...

—No. Es contigo. Quizá seas el único. Porque tú no eres de por aquí, Kyle. Nadie de por aquí lo entendería.

El renegado se apartó de la regala y se alejó, los pies embutidos en sandalias no hacían ruido sobre la cubierta. Kyle lo observó irse. ¿Entender? Él no entendía nada.

A la mañana siguiente, Kyle vio a Trémula por primera vez en meses; por lo que decían se había encerrado en el único camarote privado durante lo que había parecido la travesía entera. Un marinero le dijo que la mujer había aparecido ese amanecer y había sorprendido al capitán como ningún otro acontecimiento durante todo el viaje. Más tarde llegó recado que el noveno pelotón debía reunirse.

Todos formaron en posición de firmes, algunos habían cruzado desde el Nómada. Trémula los examinó y ellos, a su vez, la examinaron a ella. Al principio Kyle casi no la reconoció. Había desaparecido su atavío habitual de guerra y tan sorprendente era la transformación que el joven comprendía a la perfección la reacción del capitán. El cabello no lo llevaba sujeto por el habitual yelmo abovedado de acero brillante, sino que le caía hasta la mitad de la espalda, negro como la medianoche y con un brillo trémulo. Lo siguiente que Kyle notó fue su altura, apenas le llegaba a él a la barbilla. Siempre había tenido la impresión que era más alta. Los ojos, sin embargo, seguían igual. Negros bajo los párpados estrechos y almendrados, encajaban con el tono azul napaniano de su rostro. Y albergaban esa luz lenta y reservada que había visto casi todo lo que se podía ver y ya no se sorprendía de nada. En lugar del manto de cota de malla fina resplandeciente que le llegaba a los tobillos y la espada larga dentada envainada a la espalda, vestía solo una cazadora de manga corta de cuero blando y unos bombachos sueltos.

—Justo al norte, costa arriba, se alza la fortaleza Refugio —empezó—, uno de nuestros primeros asentamientos aquí en Stratem. Allí, el teniente Despellejador prometió que regresaría y nos aguardaría. La Novena Espada se acercará en secreto, sin alertar a ninguna de las fuerzas o espías malazanos que pudieran estar presentes, y nos pondremos en contacto con él.

Mientras Trémula hablaba, sus manos se movían sin descanso, se rozaban la cintura o buscaban la vaina que habría descansado en su espalda. Kyle no la conocía lo suficiente para leer su humor, pero la mujer parecía nerviosa y agobiada.

—No tenemos ni idea de si sigue vivo, ni siquiera si las fuerzas malazanas ocupan Refugio. También tendréis que averiguar eso. Pero si llegáis a él, todas las fuerzas de la Guardia se reunirán de inmediato bajo su mando como se acordó al comienzo de la diáspora. ¿Comprendido?

—Sí, comandante.

Reunieron su equipo, enrollaron y sujetaron la armadura, las armas y un fardo cada uno, y después bajaron por la escala de cuerda hasta la barcaza que los esperaba. El sargento, el exiliado falari Zanja, dos hombretones, antiguos espadachines de Ciudad Libre, Dócil y Harman, un mestizo barghastiano, Grere, el mago genabackeño de Ciudad Libre recién incorporado a la espada, Sinuoso, y los nativos de Bael, Acecho y Kyle.

Justo antes de apartarse de un empujón del barco, Joroba bajó con una sola mano

por la escala de cuerda y se reunió con ellos.

—Pensé que podía echar un vistazo —le dijo a Kyle con una gran sonrisa y se puso al timón junto a Zanja. Todos los demás cogieron los remos. Siguieron la costa hacia el norte. Acecho, en un remo junto a Kyle, examinó la orilla boscosa.

—Deshabitada —juzgó.

—¿Cómo lo sabes?

—Es todo floresta antigua. No hay talas, ni pistas.

—¿Conoces esos bosques?

El explorador frunció los labios y asintió.

—Silencio —ordenó Zanja.

Avanzada la tarde rodearon un cabo rocoso que reveló una bahía llena de floresta y las chozas de una modesta aldea. Las torres de una fortaleza de piedra gris sobresalían por encima de las cimas de los árboles que se asomaban al asentamiento. Una serie de muelles podridos y ladeados se extendían por la orilla inferior.

—Remos atrás —ordenó Zanja.

Ocultos tras el cabo, sacaron la barcaza del agua y la camuflaron lo mejor que pudieron. Mientras todavía había luz, se internaron en la isla. Acecho, Grere y Kyle se dispersaron para explorar. Lo único que vio Kyle esa tarde fue tierra virgen, bosques que se internaban en el interior sin señal alguna de que los habitaran.

Al caer la tarde, Zanja ordenó que se montara el campamento, explorarían la aldea al amanecer. A la luz de una pequeña hoguera desenrolló un raído mapa de papel vitela de Stratem. El pelotón, todos salvo Acecho, que tenía guardia, se arremolinaron alrededor. Kyle percibía su anticipación contenida. Dócil y Harman intercambiaron sonrisas ávidas. Las suyas eran las responsabilidades más claras del pelotón, y las más difíciles. Solo se esperaba de ellos que se plantaran y lucharan hasta que ellos o los atacantes estuvieran muertos. El pelotón volvía a estar en campaña, solo que esa vez era en tierras de la Guardia, una guerra más suya que ninguna de las anteriores. Durante la travesía, Kyle había oído la charla constante de los premios que les aguardaban: feudos, tierras para cada uno. Títulos. Todo lo que un hombre de guerra deseaba, si ganaban.

Zanja señaló con un dedo como la orilla occidental deshabitada del mar interno de Carillón.

—Estamos aquí. —Después señaló una hilera de fortalezas construidas por la Guardia para vigilar las orillas del sur. Exilio se encontraba en el extremo este; Grosor en el estrecho que se adentraba en el mar de Carillón; Ciudadela de Hierro sobre las arenas del sudoeste y Bastión del Norte en el extremo oeste.

—Pero hicieron caso omiso de ellas —dijo Joroba.

Nadie preguntó «¿Quién?».

—Fue un ataque con tres puntas —continuó Joroba—. En el medio de las costas, este, oeste y sur. Cuarenta mil hombres. Su superioridad numérica era indiscutible. No habían olvidado los años en los que nos enfrentamos a ellos en Quon Tali. Querían borrarlos del mapa. Las cosas estaban bastante confusas en aquel entonces: el duque había desaparecido, las líneas de comunicación estaban cortadas, las fuerzas rodeadas. Despellejador luchó contra Dassem y quedaron en tablas, pero el esfuerzo acabó con nosotros. Se ordenó la diáspora para preservar a la Guardia para el futuro. —Joroba sonrió y guiñó un ojo—. Y ahora volvemos con diez veces más hombres que los que teníamos, sin contar con lo que habrán reunido las otras compañías. Es posible que nos encontremos con que la Guardia cuenta ahora con más de treinta mil soldados.

Kyle examinó el mapa. Una cordillera llamada Aurgatt cruzaba el extremo norte.

—¿Korel está al norte de esto? —le preguntó a Joroba.

—Sí. Tierras de Korel. Stratem es el nombre de las tierras del sur de este continente. Korel es el del norte; después unas islas y la costa sur de Quon Tali. A los malazanos les llevó mucho tiempo llegar aquí por culpa del estrecho, el mar de las Tormentas. Nos separa de ellos. Los korelri luchan contra demonios en el estrecho, los «jinetes» los llaman. La corriente está erosionando las tierras korelanas. Un grupito bastante hostil. El Imperio puede quedarse con ellos si quiere.

Kyle intentó imaginarse el rumbo que debía de haber tomado su travesía. Por lo que podía imaginar, provenían del sudeste. No tendrían que haberse acercado para nada al mar de las Tormentas. Se levantó y se dirigió a Zanja.

—Voy a relevar a Acecho. —El sargento asintió sin quitar los ojos del mapa.

Se adentró en los bosques y agitó una rama. Unos minutos después apareció Acecho. Se agacharon juntos; Kyle arañó la tierra húmeda con una ramita. La tierra parecía fértil, llena de recursos. Durante la corta marcha solo habían pasado junto a un indicio de actividad humana, un campamento abandonado de leñadores. Justo delante parecía haber unas colinas bajas, y cubiertas de bosque, recorridas por arroyos transparentes y repletas de fauna. De momento se mantenía la apariencia de que no había una ocupación permanente.

—¿Qué viste en el Nómada? —preguntó Kyle, que pensaba que si había algún momento para dejar los fingimientos, era ese. Esperó, tensó, la respuesta del alto.

Acecho exhaló una larga bocanada y se quitó el yelmo.

—Sobre todo escuché y observé. Trémula no responde a ninguna pregunta directa y sospecha de cualquiera que las haga. Lo que pude deducir es que esos jinetes nos estaban esperando. Permitieron que pasaran nuestros dos barcos, pero al resto los dispersaron. Cómo se organizó, eso sí que ya no tengo ni idea.

El hombre acarició una saquita que le colgaba del cuello, una costumbre que tenía cuando pensaba. Kyle esperó. Se dio cuenta de que no tendría que sorprenderle que

hubiera rivalidades entre los juramentados. Una vez llegados a su tierra natal, los acontecimientos se iban a precipitar.

—Me imagino que retrasaron a los otros barcos porque Melena Gris y Trémula querían llegar aquí antes que Cogulla y sus velos. Por lo que oí, ese tal Despellejador es un tipo muy desagradable. El único juramentado que queda que puede poner a Cogulla en su lugar. Nos enviaron porque la Novena es la antigua tropa de Despellejador. Parece que los que saben temen que el tipo se haya vuelto chiflado, el noveno es el único pelotón al que quizá escuche.

Kyle solo pudo sacudir la cabeza. Mucho peor de lo que había imaginado.

El explorador se levantó.

—Aviso para navegantes —rezongó—, si te tropiezas con ese tal Despellejador, que ni se te acerque. —Y volvió a desaparecer en los bosques.

Los sirvientes de Mallick le notificaron la presencia de visitantes a medianoche y después los acompañaron al salón de banquetes. Les ofrecieron a los representantes de las casas nobles de Unta bebidas y fiambres mientras les hacían saber que su señor se estaba vistiendo. En realidad Mallick ya estaba vestido, pero esperó recolocándose los pliegues de las túnicas. Era consciente de que saber encontrar el momento oportuno lo era todo en una conspiración.

Al final, Mallick les hizo una seña a sus sirvientes, despidió con un gesto a su escolta y abrió de golpe las puertas dobles de su salón de banquetes. Los hombres se irguieron cuando entró. La luz tenue de las lámparas parpadeó en el centro del aposento.

—¿Y a qué debo este honor? —preguntó mientras cruzaba el espacio que lo separaba de una mesa atestada de decantadores de cristal. Se sirvió una copita de licor dorado de almendras.

—Ya lo sabes —rezongó uno, un anciano de cabellos grises envuelto en un manto de color borgoña.

Mallick tragó con parsimonia y asintió.

—Los detalles generales, sí, Quall. Pero no los específicos.

La respuesta de Quall, un lúgubre «Qué raro», se perdió bajo el estallido clamoroso de los otros. Mallick levantó una mano para pedir silencio.

—Por favor, por favor. Illata, ¿quieres decir algo?

Illata se sirvió un vaso alto de vino tinto. Se le abrió el manto y reveló que vestía una coraza de cuero hervido tachonada de hierro.

—Ha ocurrido lo que predijiste, Mallick. Imry se ha retirado de la Asamblea.

Mallick bajó los ojos y los posó en su copa.

—Sus acciones son cosa suya, por supuesto. Aunque eso debilita en gran medida nuestra causa. ¿Se ofreció alguna explicación?

—Una enfermedad en la familia —contestó con desdén Illata—. Pero...

—Yo tengo una fuente en la casa —lo interrumpió otro— y esa fuente oyó hablar de un visitante en plena noche y amenazas a la familia.

—Y tú crees...

Illata se tomó el vino de un trago.

—Maldita sea, hombre, ¿no es obvio? ¡Las garras! ¡Esa mujer va demasiado lejos!

—¡Illata! —Fueron varios los hombres que lo exclamaron.

El brazo desnudo que levantó Quall consiguió que callaran.

—Da igual quién... —Miró a Mallick—. O cómo... Necesitamos hombres y material para proteger nuestras tierras. Si no podemos introducir medidas de emergencia a través de la Asamblea para conseguirlo, nos veremos obligados a actuar de forma independiente.

—El emperador prohibió todo tipo de ejércitos privados —comentó Mallick mientras dejaba la copa vacía.

—No obstante, los nobles grisianos están concentrándose en nuestra frontera oriental. Según nuestras informaciones cuentan con una «escolta» de más de cuatro mil hombres. Y ella no ha hecho nada.

—Necesitamos el arsenal imperial —dijo Illata—. Y estamos dispuestos a tomarlo.

—Mucho hemos especulado sobre esto en confianza, por supuesto, sin embargo...

—Se acabaron las charlas —lo interrumpió Illata—. El plan está en marcha. Al amanecer nos habremos apoderado del arsenal.

Mallick contempló las caras tensas y relucientes repartidas ante él.

—Entiendo. Y yo, cual cordero al matadero, ¿seré el que queréis empujar por delante? —Su voz sibilante bajó todavía más—. ¿Todavía estáis todos tan aterrados?

—Tu, eh, influencia es conocida. Hablarás por nosotros. No pretendemos ser desleales. Solo deseamos defender a los nuestros. Todos los costes en los que incurran los cofres imperiales se devolverán.

—Muy bien. Me inclinaré humildemente ante ella como portavoz y presentaré nuestra causa. Pero puede que haya complicaciones, como comprenderéis. El arsenal está protegido.

Illata se echó el manto por el hombro.

—Lo entendemos. Es de lamentar pero inevitable.

Mallick hizo la más leve de las reverencias.

—Así pues, hemos echado el heno al agua. Cada uno tenemos nuestros destinos asignados. Veamos lo que traerán las corrientes.

Después de que los hombres dejaran el aposento, una mujer con una túnica lisa y oscura y pantalones ceñidos entró por una puerta lateral.

—¿Tus órdenes? —preguntó.

Mallick volvió a llenarse la copa y después se giró. En el pecho de la mujer el pequeño sigilo de plata de una pata de pájaro sujetando una perla destellaba a la luz de la lámpara; Mallick estudió ese punto brillante de luz.

—Manda recado a todos los... bueno, el guante ahora se ha convertido en la mano, ¿no es cierto? Envía entonces recado a nuestras manos. Funcionarios corruptos intentarán robar municiones del arsenal esta noche. Que los asesinen a todos, que esclavicen a sus familias y confisquen todos sus bienes y posesiones para el trono. Todo en nombre de la emperatriz, por supuesto.

—¿Y la emperatriz?

—El asunto es demasiado nimio para preocuparla.

La mujer inclinó la cabeza.

—Así se hará. —En la puerta se giró—. Extraño que ninguno de nosotros visitara a Imry ninguna noche. ¿Qué piensas tú de eso, Mallick?

Los gruesos labios del sacerdote se inclinaron hacia abajo mientras examinaba el dorado líquido de su copa.

—Laseen todavía debe de tener seguidores leales en la Garra, Anillo. Hay que extirparlos.

—Sí. Tenemos nuestras sospechas.

Mallick alzó la mirada, su rostro redondo brillaba bajo la luz del farol.

—¿Sí? ¿Quién?

—Zarigüeya, entre otros.

Mallick dejó la copa en la mesa con una sonrisa.

—Ah, sí, Zarigüeya. Tu superior, ahora que Perla no está. Él sí que sigue.

La mujer permaneció inmóvil mientras los faroles parpadeaban y destellaban en el centro de la habitación. Al final se permitió hacer una especie de reverencia rígida.

—Así sea, de momento. —Pero no se fue. Mallick metió las manos por el fajín que le rodeaba la amplia cintura.

—¿Sí, Anillo?

—Se nos ocurre, Mallick, que después de esta noche serás tú el que controles la Asamblea Imperial. Por fuerza estarás al mando de la Garra. Así pues, entre nosotros los hay que se preguntan... ¿cuándo actuarás?

—Fracasos pasados en Siete Ciudades y en otros lugares me han enseñado la dura lección de la paciencia, Anillo. Una educación que yo, más que cualquiera, debería haber sabido apreciar hace mucho tiempo. Pero, como bien dices, ya estoy al mando. ¿Por qué actuar siquiera entonces?

—Ella no mostraría tanto comedimiento.

El sacerdote despidió a Anillo con un ademán.

—Ella perdió su oportunidad. Ahora no queda nadie. ¡Vete!

En las zonas calmas del mar del Óxido del Sur, una galera de esclavos, la Ardiente, se tropezó con una balsa a medio desvencijar. El capitán de la galera, Hesalt, ordenó que se acercaran al costado del barco los fragmentos atados. Un marinero buscó entre los cuerpos despatarrados.

—¿Cuántos vivos? —se interesó Hesalt.

El marinero se irguió e incluso desde la proa donde estaba, Hesalt pudo ver el asombro en la cara alzada.

—Por la misericordia del dios de las Profundidades. ¡Todos! ¡Once almas vivas!

Los Mellizos les sonrieron, quienesquiera que sean, reflexionó Hesalt. Pero él también se consideró afortunado: once cuerpos calientes para los grilletes.

—Dales agua y comida y después mételos abajo.

—Sí, capitán.

Los náufragos, nueve hombres y dos mujeres, se recuperaron a una velocidad sorprendente. Uno de ellos, un tipo fornido y lleno de cicatrices (obviamente un veterano), incluso se irguió cuando se le acercó un marinero con un cazo de agua dulce.

—Exijo ver al capitán —dijo con voz ronca en un dialecto bastante pasable del norte de Genabackis, en la costa este.

—El capitán a ti te da igual, amigo —susurró el marinero—. Vives, pero el precio es la libertad.

El hombre sabía que solo debía tomar un pequeño sorbo para mojarse la garganta.

—Dile a tu capitán que exijo que ponga rumbo a Stratem de inmediato.

Los más cercanos se echaron a reír. El marinero le echó un vistazo a la piel agrietada y supurante del náufrago, una piel que tenía casi negra por los hombros. ¡Cuántas semanas abandonados bajo aquel sol despiadado! Lo sorprendente era que el tipo estuviera siquiera consciente. No era de extrañar que delirara.

—Échate y sana. Dale las gracias a Oponn por conservar la vida.

—¿Cómo te llamas, marinero?

—Jemain.

—Eres un hombre compasivo, Jemain. Por tanto, te lo advierto, será mejor que te apartes.

Algo en los ojos del hombre ahogó la carcajada de Jemain. El náufrago se puso en pie y se tambaleó pero, con un gemido, recuperó el equilibrio.

—Ocúpate de mis hombres —graznó.

La tripulación observó, divertida, al náufrago que se abría camino con esfuerzo hasta la popa. Allí se detuvo y se quedó balanceándose ante la mirada de un anciano

que estaba al timón flanqueado por guardias con armaduras de cuero que lo miraron con los brazos cruzados y las bocas apretadas.

—¿Quién es el capitán de esta gabarra de esclavos? —le preguntó al anciano.

—Ese sería el capitán Hesalt, de las Confederaciones del Sur.

—Ya has dicho bastante —espetó uno de los guardias—. Date la vuelta o te arrancaremos la piel quemada de la espalda a latigazos.

—¿Con cuántos guardias viaja?

Con las cejas alzadas el timonel respondió.

—Con ocho.

Los guardias se sacaron unas porras de los cinturones, nada de armas punzantes que pudieran dañar la mercancía. El primero en blandir la suya se vio de repente con la cabeza entre las dos manos del náufrago, que la fue girando hasta que un ruido húmedo anunció la fractura del cuello. El segundo guardia golpeó al hombre en los hombros, rasgó la piel quemada y provocó un flujo perezoso de sangre oscura. Pero el hombre hizo caso omiso de los golpes hasta que consiguió sujetar un antebrazo, que retorció y terminó partiendo. Después metió los dedos bajo la barbilla del guardia para aplastarle la garganta. El guardia se derrumbó en cubierta entre arcadas y agitando los brazos.

Todo eso lo observó el timonel sin cambiar de postura.

—Hay seis más —comentó con tono lacónico.

—¿Crees que se rendirán? —se estremeció el náufrago, que tomaba grandes bocanadas de aire.

—No me parece muy probable.

—Me temo que tienes razón.

Los chillidos atrajeron a los seis restantes, que subieron pateando la cubierta. Rodearon al hombre y lo golpearon hasta tirarlo sobre las maderas empapadas de sangre. Pero, por alguna razón, el hombre no dejaba de luchar. Uno por uno fue derribando a los guardias. Estampó cabezas contra la cubierta, estranguló cuellos, sacó ojos de las cuencas, hasta que el último se apartó temblando y el rostro blanco de pavor supersticioso.

—¡Atrás! —gritó una voz nueva.

El hombre se puso en pie. Sangraba por todas partes, la piel le colgaba en cintas agrietadas por la espalda y los hombros. El capitán Hesalt lo amenazaba con una ballesta que lo apuntaba de lleno.

—¿Quién eres? —preguntó.

El hombre se palpó la boca con la lengua y después se sacó un diente ensangrentado.

—Mi nombre no significaría una mierda para ti. ¿Vas a disparar eso o qué?

—Pensé que podría ser cortés contigo antes.

—Pues al abismo con la cortesía. Dispara de una vez.

Hesalt vaciló un instante. *¡Menudo precio que alcanzaría semejante hombre de armas! Qué pena tener que matarlo como a un perro rabioso.* Aun así, se había ganado la muerte varias veces ya y la tripulación contratada estaba mirando... Disparó. El cuadrillo alcanzó al hombre en la parte baja del pecho y lo lanzó de espaldas contra la regala, donde se derrumbó. Hesalt bajó la ballesta. *¡Qué pérdida!* Con todo, si los otros diez se parecían en algo a ese, quizá todavía le arrancara algún beneficio a la debacle.

Un gruñido profundo llamó la atención del traficante de esclavos, que se dio la vuelta. Increíble, imposible, pero el hombre estaba luchando por levantarse. Se aferró con un brazo a un lado, tiró y se levantó con el cuadrillo sobresaliéndole de un modo obscuro del pecho. Hesalt retrocedió, tenía un nudo en la garganta de puro pánico. ¿Qué magia era esa? ¿Algún dios favorecía a ese hombre?

—Nunca —dijo el náufrago entre dientes— se vuelve más fácil. —Sin hacer caso del cuadrillo se dirigió a Hesalt—. Y ahora ríndete y entrégame el mando de este barco, nadie más tiene que salir herido. ¿Qué dices?

El traficante de esclavos solo podía mirarlo. Había oído historias de horrores parecidos... Pero jamás habría creído...

El náufrago se abalanzó un paso hacia él.

—¡Habla, hombre! ¡Por una vez actúa para salvar vidas!

—Yo... Bueno... ¿Quién? ¿Qué... eres?

Con un gruñido de desdén, el hombre agarró a Hesalt por la pechera de la camisa y lo tiró contra la regala.

—Demasiado tarde. —Con un solo movimiento levantó al traficante de esclavos y lo arrojó gritando por la borda. Después se volvió para mirar a los asombrados marineros—. Soy Barras. Barras de Hierro. Reclamo este velero en nombre de la Guardia Carmesí. ¡Timonel!

—¿Sí?

—Pon rumbo al sudoeste, rodeando el cabo hacia Stratem.

—Sí, capitán. Sudoeste.

—¡Jemain!

El marinero se irguió, el pavor le quitaba el aliento.

—¿Sí?

—Eres el primer oficial.

Jemain se limpió el sudor frío de la cara y tragó saliva.

—Sí, señor. ¿Sus órdenes?

Un ataque de tos se apoderó del hombre, que hizo una mueca con la agonía de la convulsión. Se aferró con una mano a la regala y echó los hombros atrás.

—Haz que mis hombres recuperen la conciencia. Los esclavos pueden remar a

cambio de su libertad.

—Sí, señor.

—Y ahora ayúdame a quitarme esta maldita cosa del pecho.

Desde la cima del fuerte fronterizo, el teniente Rillish observó la turba de aspirantes a colonos, desheredados y simples oportunistas llegados con la fiebre por conseguir tierras; todos ellos rodeaban su territorio e iban aumentando cada día. Al quinto debieron de pensar que sus crecientes fuerzas eran suficientes porque enviaron a un mensajero para discutir los términos. Junto al teniente, su sargento escupió un gran chorro del jugo marrón de las hojas de roya que se había metido en un carrillo y levantó la ballesta.

—¿Ensarto a los malnacidos?

—No, todavía no. Veamos quién está al mando de ese desastre de ahí fuera.

Esperaron y observaron mientras una banda de unos veinte se aproximaban a la puerta de la valla.

—Ya es suficiente —chilló Rillish.

—¡Venimos a parlamentar! —respondió un hombre con manto de piel de oso—. Acérquese a hablar.

—Yo no negocio con bandidos.

—¡Bandidos! —Los hombres se rieron—. Debería salir más a menudo, teniente. ¿No se ha enterado? Pero no, claro, cómo iba a enterarse, ¿verdad? No ha entrado ningún mensajero en... ¿cuánto tiempo ya? ¿Casi un mes?

Bueno, ahí está. Este hombre es más de lo que parece, o habla por alguien que lo es. Rillish decidió ir al grano.

—¿Vuestros términos?

El hombre desechó el asunto con un ademán y Rillish captó la profusión de anillos que llevaba en los dedos. La espesa mata de cabello negro estaba grasienta, igual que la barba.

—Lo más simple del mundo. Usted y sus hombres, la guarnición entera, son libres de irse. Emprendan la marcha al oeste. Por supuesto pueden conservar sus armas.

Rillish apoyó las manos en las puntas afiladas de la empalizada. Sí, libres de irse. Libres para largarse de allí... Se giró hacia el complejo del fuerte. Allí, llenando la plaza de tierra, sentados y de pie, con los rostros alzados hacia él, esperaba más de un centenar de ancianos y niños wickanos. Volvió la mirada hacia el mensajero y la chusma de aspirantes a sitiadores. Una bilis amarga le llenó la boca como el hierro de una puñalada en el estómago. *Maldita sea esta escoria, ojalá se encuentren en el sendero más oscuro del Embozado.*

—Vamos, teniente, tiene que ver que su situación es insostenible. Está rodeado,

sin esperanza de recibir socorro. Con escasez de provisiones y sin agua. Vamos, teniente, desperdicie su vida si no le queda más remedio, pero piense en sus hombres.

Su sargento escupió por encima del muro.

—¿Ensarto al malnacido ya?

Rillish levantó una mano para contener a su sargento.

—¿Por quién hablas?

La sonrisa del mensajero convenció a Rillish de que su insinuación había funcionado. El hombre señaló las colinas bajas del territorio wickano.

—¿Qué tal le suena el norte de Unta?

Rillish se planteó ordenarle a su sargento que ensartara al malnacido. *Malditos grandes de Unta, llevan generaciones peleándose con los wickanos. Y acaban de ver su oportunidad.*

Y él estaba en medio.

—¿Está seguro de que no hay ningún soldado ahí fuera? —le preguntó Rillish a su sargento en un aparte.

—Ninguno. Aventureros, oportunistas, desharrapados, holgazanes que se pasean por la frontera. Nada salvo basura.

Rillish se quitó el yelmo y se secó el sudor de la frente. Hacía mucho calor en las llanuras. No como abajo, en el sur. O como en Korel. Había hecho un frío puñetero todos esos años en Korel. Se apretó bien el yelmo.

—Coge a tu chusma y levanta el campamento, y te prometo que no os perseguiremos.

El mensajero se quedó mirando con el ceño fruncido, como si el teniente hubiera farfullado en un idioma extraño. Después se recuperó, acalorado.

—¿Es que no eres consciente de tu situación, maldito recluta con cerebro de buey? ¡Ni siquiera tienes hombres suficientes para defender tus murallas como es debido!

—Y vosotros no tenéis redaños para un asedio.

El mensajero levantó la voz y se dirigió al fuerte entero.

—¡Idiotas! ¡Este hombre acaba de tirar vuestras vidas a la basura!

—Ahora sí que voy a ensartar al malnacido.

—¿Hemos terminado ya de parlamentar? —exigió saber Rillish—. Porque si es así, aquí a mi sargento le gustaría mucho dispararte.

Las mandíbulas del mensajero se pusieron a funcionar cuando se tragó el resto de sus palabras.

—Hemos terminado —escupió y se giró para alejarse con paso decidido.

—¿Y ahora qué, señor? —preguntó por lo bajo el sargento Acorde.

—Reduzca las raciones de inmediato, Confisque todo el agua. Doble la guardia. Seguramente intentarán asaltarnos esta noche.

—Sí, señor. Disculpe por decírselo, señor, pero esta guarnición está muy verde, señor. No como la antigua tropa.

—Ninguna tropa nueva es jamás como la antigua, Acorde.

—Sí, señor. Eso está más claro que el agua, señor.

—Que no nos vendría nada mal, por cierto.

—¿Qué es lo que no nos vendría nada mal, señor?

—El agua.

—Eso es cierto, señor.

Rillish contempló el recinto del fuerte. Las caras de los ancianos y niños wickanos que había conseguido refugiar de algún modo se alzaron hacia él. Sus ojos lo observaban, pero no con preocupación, ni con una súplica en ellos, solo lo observaban, pacientes.

—Un destino tranquilo hasta que me retire, me dijeron, Acorde. Un más que merecido descanso. Debería haberme quedado en ese agujero caótico de Korel.

—Que los dioses le respondan, señor.

Rillish se acercó sin prisas a las escaleras.

—Bueno, pensándolo bien, esperemos que no, Acorde.

Estaban recortando y colocando las planchas de la lancha cuando unos barcos arrojaron los cabos del sur siguiendo la costa hacia el norte. Los gritos de los aldeanos atrajeron la atención de Ereko, que estaba supervisando la tala. A su lado, Viajero dejó el hacha.

—¿De por aquí? —preguntó Ereko, aunque estaba seguro de que no lo eran.

Viajero se protegió los ojos con las manos.

—Todo lo contrario.

Ereko estudió el mástil bajo de los veleros, la sencilla configuración cuadrada de las velas.

—Son marinos avezados.

—Vienen de muy lejos.

—Los conoces, entonces.

—Sí.

En ese «sí» cabalgaba la emoción más fuerte que Ereko había oído insinuar jamás a su compañero. En su interior creció la curiosidad por conocer a esas personas que habían conseguido de algún modo suscitar en Viajero lo que solo se podía llamar odio humano puro y duro. El sobrino del cacique llegó corriendo de las chozas y señaló el mar.

—¡Ahí vienen! ¡Son ellos! ¡Los piratas grises del mar! —Su pueblo lo siguió en oleadas; madres que corrían con las faldas recogidas en una mano y tironeando de los niños con la otra.

—Sí.

El sobrino tragó saliva para calmar sus jadeos.

—¿Qué...? ¿Qué hacemos?

—Huir. Todos. Meteos en el bosque. No os detengáis.

—¿Y qué hay de vosotros?

—Iré a recibirlos.

—Pero... si nos escondemos todos... quizá pasen de largo.

—No quiero que pasen de largo.

El cacique miró con la boca abierta a Viajero, como si el forastero acabara de prometer que se iba a suicidar. Retrocedió con expresión inquieta, y después triste, y por fin se volvió y se alejó a la carrera.

Viajero cruzó hasta donde había dejado su arma y la sacó de la vaina con una sacudida.

—Tú también —dijo—. No tienes por qué implicarte.

Ereko se reunió con él cuando echó a andar hacia la playa.

—No. Quiero ir. He de observar a estas gentes para saber qué debo evitar en el futuro.

Viajero no se dignó responder a eso, aunque sí que miró de soslayo a su compañero. En la bahía, las proas de los barcos habían girado hacia la orilla. O bien los habían visto o tenían intención de desembarcar en cualquier caso.

—¿Tu armadura?

—No hay tiempo.

Por supuesto no mostraba miedo alguno, pero Ereko estaba preocupado. Los guerreros que inspiraban semejante pavor no eran ningunos idiotas, como era obvio. Los apuntarían con sus ballestas, si las tenían. De camino a la orilla recuperó su lanza.

—Dos barcos —caviló cuando llegaron a la playa.

El espectro de una sonrisa se insinuó en los labios de Viajero.

—Muy bien. ¿El derecho o el izquierdo?

Ereko miró los dos veleros estrechos de proas altas. Ambas cubiertas hervían de figuras.

—El derecho, creo.

Los piratas habían saltado al agua y se dirigían hacia la orilla cuando Ereko comprendió el porqué del pavor de los aldeanos. *Los piratas grises del mar*. Para él solo era otra raza más de invasores extranjeros. Tiste edur. Hijos de Sombra. Cuando se acercaron adonde las olas lamían los guijarros negros, Ereko sacó a la luz el edur que había aprendido a lo largo de tantas eras.

—Bienvenidos.

La figura de cabeza, el caudillo de ese destacamento con toda seguridad, dio el alto con un gesto y miró a Ereko de arriba abajo.

—Da tu nombre.

Al igual que sus hombres vestía pieles sobre una armadura de cuero decorada con mechones de pelo, torzales de cintas y manchas de pigmentos naranjas y ocre. El cabello largo lo llevaba trenzado y engrasado. Contaba con lanza, espada y cuchillo, Ereko no vio armas de proyectiles. Pero su alivio terminó cuando una mujer, apenas una niña en realidad, apareció en la proa alta del barco. Una de sus brujas. Los largos harapos de las telas, chales y pañuelos que la envolvían se agitaban con el débil viento.

—Apártate, antiguo —exclamó.

El caudillo la miró.

—Quizá deberíamos invitar a este a acompañarnos.

—Él no. No es ningún guerrero.

Un estrépito de armas se transmitió por encima del ruido de las olas. Los ojos oscuros de los guerreros se habían clavado, relucientes, en el velero más alejado.

—Asesínadlo y marchad —ordenó el caudillo.

—¡Espera! —Fue la chica la que lo dijo—. ¡No habéis de golpearlo! Es sacrosanto.

El caudillo se giró en redondo y miró a la chica.

—¿Lo dice quién?

—¡Yo!

—Caudillo... —El que habló fue uno de los edur.

—¡Sí!

Un gesto de la cabeza señaló el otro velero. El caudillo se volvió hacia donde miraban todos los guerreros y Ereko observó que el tono gris de ese edur adquiría una palidez enfermiza. Los sonidos de batalla, notó Ereko, habían terminado unos momentos antes. Una ola y los guerreros pasaron junto a él, a la carga. Su líder se dirigió a la chica a gritos.

—A ese espero que nos permitas matarlo.

Pero la joven bruja hizo oídos sordos a su pulla. Ella también había visto a Viajero y por tanto también había visto todo lo que se mueve de forma inexorable con él. El cuerpo de la chica se había quedado paralizado, pero una guerra había estallado en su rostro, que se crispaba, horrorizado, asombrado, fascinado y aterrado. El caudillo había corrido a enfrentarse a Viajero. Ereko, sin embargo, prefirió observar la batalla que traicionaba la cara de la joven cuando una fe sostenida como verdad inmutable se encontraba con la encarnación de otra.

¿Cuál ganaría?

Hasta el momento, todas las crisis espirituales que Ereko había presenciado en los

que estaban abiertos a ellas, Viajero (o, más bien, lo que viaja con él) las había ganado.

Una ligera estela de la corriente y de repente se encontró a Viajero a su lado. Tenía la camisa repleta de tajos y salpicada de trallazos sanguinolentos. Alzándose en nubes de sus pantalones de gamuza manchados, la sangre teñía el agua que lo rodeaba. La chica clavó los ojos en los dos desde las alturas, el rostro paralizado en un rictus que a Ereko le dolía ver; después, con un aullido, la chica se lanzó hacia atrás y desapareció.

—¿Qué hay de los barcos? —preguntó Ereko. Los dos sabían que no podían utilizarlos, no tenían tripulación.

—Tendremos que quemarlos.

—Una pena. Son de una construcción interesante. Podemos reutilizar parte de la madera, espero. Apresuraría nuestros esfuerzos de forma considerable.

—Muy bien. Pero nada demasiado característico.

Viajero le dio la espalda y Ereko subió tras él y salieron del agua. Tantas preguntas se suscitaban en él, pero su peculiar asociación no permitía nada que se pareciera a una explicación. Por razones que solo él conocía, Viajero así lo deseaba. Claro que, lo mismo deseaba Ereko.

Un grito agudo procedente del agua.

—¡Revelado!

Era la chica. Estaba entre las olas y se apoyaba en la proa del barco. Los harapos de telas y pañuelos que vestía colgaban de su cuerpo como algas enredadas. Mientras ellos miraban, la chica se arrastró por la gravilla negra de los guijarros.

—¡Por favor! ¡Ruego tu guía!

—¿Qué dice? —preguntó Viajero.

—Ah, no sabes educar. Te traduciré. Desea ser guiada. —Ereko bajó la voz—. ¿Se le ha de permitir vivir? Lo ha presenciado todo. Podría haber represalias.

—Algunas cosas han de presenciarse.

La respuesta de Viajero dejó anonadado a Ereko. Incluso él, de otra especie e inmortal, vislumbró en esas palabras una levísima insinuación de lo que ese hombre podría estar haciendo caer sobre el mundo y se quedó maravillado por sus implicaciones. Tras un momento, señaló a la chica, echada en las piedras mojadas, ante ellos.

—¿Qué he de decirle?

—Si es guía lo que desea, dile que no puedo darle nada que no tenga ya. Ereko tradujo.

—Lo que buscas yace en el interior.

La chica aulló, desconsolada. Arañó con los dedos las piedras.

—No tengo nada. ¡Todo era mentira! ¡Yo, mi vida, todo está falto de significado!

¡Estoy vacía!

—Dile que haga correr la voz de lo que ha visto.

Ereko pensó en lo que había dicho Viajero.

—¿Cómo te llamas, niña?

La chica se secó los ojos con gesto salvaje.

—Pesar.

¡Madre antigua! Le tocó entonces a Ereko quedarse mirando hasta que, al interpretar mal su silencio, la chica bajó la cabeza. Él tuvo que aclararse la garganta antes de poder hablar al fin.

—Pesar, recorre el mundo. Lleva recado de lo que ha sido revelado.

Al oír sus palabras, el cuerpo de la chica sufrió una convulsión, como si la hubieran golpeado. Levantó la cara, y en lo más profundo de sus ojos oscuros, Ereko vio llamas prendidas. Esas llamas se alzaron con un fulgor que hizo correr lágrimas por las mejillas femeninas. La chica se puso en pie. Apretó la boca en un tajo exangüe e hincó una rodilla en el suelo.

—Regresaré con mi pueblo y todas las antiguas mentiras se desecharán. Les llevaré esta nueva verdad.

Ereko tradujo para Viajero.

Este quedó anonadado.

—No. La matarían sin más. Dile que vaya al norte. Allí arriba quizá tenga una oportunidad.

Ereko tradujo.

—Tu pueblo no está preparado para la verdad, Pesar. Los destruiría como casi te destruye a ti. Su momento ya llegará. Te ordena que viajes al norte como peregrina. Allí quizá encuentres suelo fértil.

La chica se irguió aunque continuaba con los ojos bajos. Ereko la estudió: ¡una cosita tan desnutrida! ¿Formaba eso parte de los cimientos sobre los que Viajero levantaría su mensaje? Y había marcas en ella, invisibles para otros, pero que él podía percibir. Crueldades monstruosas estaban grabadas a fuego en su espíritu. Aquella había derramado mucha sangre. Claro que, ¿quién si no se atrevería a llevar una carga como la que Viajero posaba sobre esos conversos?

—Dile que se vaya. No soporto verla temblar.

—El que ha renunciado a su nombre, a todo lo que en otro tiempo fue, para llevar este mensaje al mundo, te bendice y te pide que te vayas.

—¡Mi señor!

La mirada de la chica se apartaba como si una luz la deslumbrara. No veía el modo en que sus acciones, sus palabras, atormentaban a Viajero.

—Ve —repitió Ereko—. Ve.

La chica retrocedió sollozando, con una mano en la boca y secándose los ojos con

la otra. Era incapaz de hablar, estaba conmocionada. Transformada. Templada por las llamas que arden en el interior de los espíritus de esos mortales y que estallan en presencia de Viajero como puñados de polvos minerales arrojados a una hoguera.

La observaron retroceder hasta que trepó por un risco de rocas caídas y desapareció.

—Quizá deberíamos quemar estos barcos antes de que los aldeanos los saqueen —dijo Viajero tras un prolongado silencio.

—Quiero la madera.

Dejó escapar un largo suspiro.

—Muy bien. Prohibiré los saqueos.

Ereko se volvió hacia él.

—Perdóname, Viajero, pero debo preguntar. ¿Qué es lo que perciben? Los que son como ella. —Se quedó perplejo al ver que Viajero también estaba temblando. Quizá fuera el viento frío. El hombre había posado la mirada en el mar, los ojos entrecerrados clavados en los rayos de sol que destellaban entre las olas.

—La verdad es que no lo sé. Ven lo que deben ver. No mentí cuando dije que ya estaba allí, en su interior. Siempre estuvo allí. Creo que yo solo me limito a enseñarles el camino. Ellos deben elegir recorrerlo.

—¿Y adónde lleva ese nuevo camino tuyo?

La sonrisa con la que respondió se burlaba solo de sí mismo.

—No lo sé. Yo sigo recorriéndolo. Aunque diré solo una cosa, lleva a un encuentro y una elección. Un enfrentamiento tras el que yo ya no puedo ver más.

Dejó a Ereko allí de pie, inmóvil, pensativo sobre los guijarros bañados por las olas. Más se había revelado de lo que Ereko había esperado jamás, o de lo que se había atrevido a preguntar. Pero todo continuaba siendo un misterio cerrado para él. Entre su pueblo, los suyos nacían de la madre Tierra, su carne continuaba siendo de la Tierra y cuando vacilaban, regresaban a su abrazo. Las cosas, al parecer, eran mucho más sencillas por aquel entonces.

Acecho, Grere y Kyle exploraron el asentamiento al siguiente amanecer. Chozas vacías y medio podridas y caminos asfixiados por la hierba. Los cascos de barcos hundidos entre las algas de la orilla. Llevaba mucho tiempo abandonado. Pero Kyle no podía desprenderse de cierta sensación de inquietud. Las puertas abiertas parecían burlarse de él. Figuras invisibles parecían observar entre las vigas caídas. Le cosquilleaba la espalda como si lo apuntaran arcos ocultos. Tras un registro rápido, regresaron con la espada que esperaba en los bosques.

—Abandonado —anunció Acecho. Kyle asintió.

—Lo visitan de vez en cuando —añadió Grere—. Pescadores, cazadores y demás.

—¿Entrasteis en la fortaleza? —preguntó Zanja.

Los tres negaron con la cabeza.

—Bien. No vayáis por ahora. —Se levantó—. Entremos. Acecho, Grere, en cabeza. Joroba, conmigo. Kyle, Sinuoso, atrás.

La espada se pasó el día dando patadas entre las chozas y los almacenes caídos. Zanja se apropió de la casa menos derruida y la transformó en su base. Arrastró la única silla utilizable hasta la sombra que ofrecía la fachada abierta y se sentó mirando la bahía.

Kyle miró hacia la parte posterior de la aldea, donde un sendero lleno de maleza llevaba al interior de la broza y era de suponer que al acantilado y la fortaleza de las alturas.

—¿Por qué no acampar abajo, en los bosques, donde nadie nos vea? —preguntó Acecho.

Sentado en los escalones, le respondió Joroba.

—Porque queremos entrar en contacto.

Zanja sacó una saquita de la cintura y se metió una pizca de hojas y polvo blanco en una mejilla.

—Eso es. Vigilad. Si viene alguien, cogedlo.

—Sí.

Esa noche Kyle hizo guardia con Sinuoso. No encendieron ninguna hoguera. Kyle estaba en la oscuridad, cerca de la orilla, observando la luz de la luna que rielaba sobre el agua tranquila de la bahía. El aire era fresco y se preguntó cuán duro sería el invierno en esa región. Mientras intentaba permanecer tan quieto como la noche, oyó que alguien se acercaba con lentitud y sigilo por detrás de él; escuchó y creyó identificar al hombre que hacía el ruido.

—Se supone que estás vigilando los bosques.

Sinuoso se paró en seco, sorprendido.

—Maldita sea. ¿Cómo sabías que era yo?

—Me dijiste que eras de una ciudad, ningún nativo de los bosques haría tanto ruido.

Sinuoso hizo una mueca de incredulidad.

—¿Es eso verdad?

—No. Jamás he estado siquiera en una ciudad. Pero he visto una de lejos.

Sinuoso desenrolló un manto de lana que llevaba al hombro y se envolvió con él.

—Tú estás aquí, en la orilla, yo he bajado de los bosques. Creo que los dos lo sentimos anoche y esta noche también.

—¿Sentir qué?

—Los espíritus.

—¿Espíritus?

—Sí. —Los hombros huesudos de Sinuoso se sacudieron rehilando—. Esta tierra está podrida de ellos.

Kyle guiñó los ojos y miró la línea oscura de árboles.

—A mí me parece vacía.

—Quizá por su culpa está vacía.

—Quizá. No sé muy bien lo que siento.

—¿No? ¿En serio? Pues a ellos les interesas.

Kyle no pudo contener un estremecimiento, era verdad.

—¿Cómo lo sabes?

—Mi senda es Denul. Percibo esas cosas.

Una vez que se le había dado nombre, Kyle se desprendió de la sensación que había tenido desde que habían puesto el pie en esa tierra, la sensación de que lo estaban observando. Se volvió hacia la bahía.

—Sendas —dijo entre dientes—. No entiendo vuestras sendas. ¿Cómo funcionan? En las estepas solo venerábamos la tierra, la lluvia y... —Kyle se detuvo.

—¿Sí? —lo alentó Sinuoso.

—Y el viento. Venerábamos a padre Viento.

Sinuoso exhaló una larga y pensativa bocanada de aire.

—Las sendas... Buena pregunta. Casi nadie lo sabe en realidad. No son nuestras, después de todo. En tus tierras, ¿tenéis hermandades, grupos de hombres o mujeres?

—Sí. Tenemos sociedades guerreras. La mayor parte de los hombres jóvenes se unen si pueden. La Hierba Alta, la Tierra Roja. Las mujeres tienen las suyas.

—Bueno, se podría decir que las sendas son algo así. Cada una tiene su forma de hacer las cosas. Sus palabras secretas, sus símbolos y rituales. Eso es todo. Triste y pueril, en realidad.

—¿Pero, y los dioses? —susurró Kyle sin girarse.

El otro lanzó un bufido.

—En mi opinión, simples espíritus poderosos. Seres que tienen más poder que otros, nada más. Pero no tienes que creerme. Soy una especie de cínico en ese tema.

Kyle se volvió hacia el mago.

—Solo poder, ¿es esa la única diferencia?

—Sí. Debería haber más, pero no es algo que ninguno de ellos parezca dispuesto a aceptar.

—¿El qué?

—La conexión.

Al día siguiente, un pequeño bote entró en la bahía. Un anciano estaba a los remos. Lo ató en el muelle menos decrépito. Los hombres de la espada observaron desde su refugio.

—Vivo —susurró Zanja al tiempo que levantaba un dedo para advertir a Grere, que, a modo de respuesta, solo enseñó los dientes. Acecho, Kyle y Grere se dispersaron entre las chozas vacías.

Kyle dejó que el anciano pasara junto a su escondite y después salió detrás de él al sendero repleto de maleza. El hombre había estado silbando, pero se detuvo cuando Grere le salió al paso de repente. Lanzó una mirada furtiva atrás, vio a Kyle y se le desplomaron los hombros. Sacó un cuchillo largo de la cintura y lo dejó caer. Grere le indicó con un brusco movimiento de la mano que subiera la colina.

—Creía que erais fantasmas —le dijo el hombre a Zanja en lo que Kyle oyó como taliano con un acento extraño.

—¿Fantasmas? —respondió Grere con gesto desdeñoso—. Somos de carne y hueso.

—Tiene gracia.

—¿Por qué tiene gracia?

—Eso es lo que dicen ellos también.

Grere le dio un sopapo y Kyle tuvo que contener las ganas de hacerle lo mismo al barghastiano.

—¿Qué asentamiento hay al norte de aquí, viejo? —preguntó Zanja.

—Thikton.

—¿Cuántos hombres y mujeres hay?

—Muchos. Muchos cientos.

—¿Cuánto tiempo llevan rigiéndolo los malazanos?

El hombre los fue mirando a todos.

—¿Malazanos? Aquí no hay malazanos. Solo comerciantes, si te refieres a eso.

—¿No? ¿Entonces quién rige el sitio?

El anciano se rascó la cabeza.

—Bueno, nadie, supongo. Nosotros solo nos metemos en lo nuestro.

La boca de Zanja se endureció.

—¿Estás diciendo que no hay gobernante? ¿Ninguna autoridad?

—Oh, bueno. Está el factor, río arriba, en Quillon. Supongo que se podría decir que él lleva las cosas.

—¿El factor? ¿Un comerciante?

—Sí.

—¿Y si os atacaran? ¿Piratas o corsarios?

El anciano asintió con viveza.

—Ah, sí. Eso antes pasaba todo el tiempo. Piratas korelanos del norte. Incluso invasores de Mare desembarcaban al sur de aquí.

—¿Y? ¿Qué pasó?

El anciano tragó saliva y encogió los hombros.

—Ah. Bueno. Los fantasmas, ¿sabes? Los espantan a todos.

Zanja levantó un guantelete para golpear al hombre, pero después se dio la vuelta, asqueado.

—Esto es inútil.

—¿Lo mato? —preguntó Grere.

—¿Matarlo? Los reclutas genabackeños sois una panda sedienta de sangre.

—Creo que podemos controlar a un pescador —dijo Joroba arrastrando las palabras.

—Yo lo vigilaré —dijo Kyle.

—Yo también —añadió Sinuoso.

Zanja les hizo un gesto para que se llevaran al anciano.

—Bien. Como desaparezca, os desuello vivos.

Esa noche Kyle se sentó en los escalones con Joroba, que fumaba su pipa. Las nubes altas y rotas cruzaban deshilachadas la cara de la luna. Una débil brisa agitaba las ramas de los abedules y las píceas.

—¿Qué hay del barco? —preguntó Kyle.

—Esperarán hasta que exploremos esa ciudad, río arriba.

—¿Y luego qué?

—Bueno, ya veremos, ¿no? Si no hay guarniciones malazanas como dice el hombre, entraremos sin más.

—Pero esto no es Quon Tali.

—No. —Joroba se sacó la pipa de la boca, volcó las brasas entre una lluvia de chispas en el suelo húmedo y le guiñó el ojo a Kyle—. Pero ahora estamos muy cerca, muchacho. Solo tenemos que estirar la mano y es nuestra.

Por alguna razón a Kyle no le parecía que fuera a ser tan fácil.

Joroba se metió la pipa en un bolsillo.

—Yo me voy a dormir. A estos viejos huesos ya no les sienta bien vivaquear al frío. ¿Sabías que no hay un solo tejado que no tenga goteras?

—Prueba el de ahí enfrente.

El viejo saboteador ojeó la ruina ladeada de techo hundido.

—Muchas gracias.

Kyle se quedó sentado durante un rato en la oscuridad. En las últimas noches apenas había dormido. La sensación de que alguien lo observaba y (cosa que Sinuoso achacaba a los espíritus) no lo abandonaba. A veces le parecía oír voces susurrando en la noche. Incluso creyó oír que lo llamaban por su nombre una o dos veces.

Un paseo quizá le sentase bien. Muy poca acción en los últimos tiempos, demasiada espera. Primero la agónica travesía por el océano y después esa extraña

llegada sin acontecimientos. ¿Dónde estaba todo el mundo? Era una tierra inquietante. Cuando sus pies lo llevaron a un sendero del bosque se dio cuenta de que, a pesar de lo ajena que era, también era espeluznantemente conocida. Había sentido algo muy parecido a la presencia embrujada de esa tierra cuando su clan se había aventurado en la meseta alta que había al norte de su territorio. Su tío había señalado con un gesto las tierras bajas y brumosas del norte y había dicho que allí nunca se aventuraban: esas eran tierras assail. Solo con estudiarlos desde lejos, Kyle había percibido lo ajenos y misteriosos que eran.

Cuando sus pies rozaron piedras talladas, se detuvo. Un tramo de escalones cubiertos de enredaderas y plagados de musgo subían a la fortaleza de la cima del risco, Refugio. Más bien una torre, en realidad, que un fuerte normal. Puesto que a aquellas alturas no cabía duda de que por allí solo estaba la espada, decidió subir.

Los escalones lo llevaron a un túnel oscuro y húmedo que se abría a un patio central. Unos arbolitos jóvenes se habían abierto camino entre las losas y las enredaderas y se aferraban a las paredes jaspeadas. Kyle estudió los terrenos, estaba claro que nadie subía allí jamás. Cruzó hasta otro tramo de escaleras junto a un muro que llevaba a las almenas. De camino, la mancha pálida de marfil envejecido le llamó la atención y se arrodilló. Una calavera le sonrió, el yelmo fundido sobre ella por los años y el verdete. Cerca yacía una espada corroída y recubierta de musgo. Algunos animales pequeños habían buscado alimento en el cadáver, pero ninguna bestia más grande. Ni siquiera los humanos habían rebuscado allí, al parecer, a menos que las espadas y las armaduras fueran tan comunes como las malas hierbas. No, ese soldado seguía yaciendo donde había caído, armas y todo. La pregunta era, ¿de qué ejército? ¿Era un hermano caído? ¿O uno de esos malazanos? Ya no había forma de saberlo, el tiempo y los dientes afilados de los carroñeros los había igualado a los dos.

Kyle se irguió tras estudiar los restos y se preguntó por los recovecos que seguían sus extraños pensamientos. Jamás hasta entonces había pensado tanto en un cadáver. ¿Esa elevada perspectiva la enseñaban los viajes? Empezó a subir las escaleras. A medio camino se detuvo cuando los escalones que tenía delante parecieron rielar bajo los jirones de luna. La noche vacía dio la sensación de ir deslizándose hacia él y envolver los escalones uno por uno en una marea oscura. Después pasaron las nubes y las sombras se dispersaron. Kyle palpó los escalones y sacó la mano seca como el polvo. ¿Un presagio? Pero ¿de qué?

Desde las almenas, la luz desigual de la luna pintaba el mar de Carillón de un color moteado azul y plata. No había ni una sola luz visible en toda la costa. ¿Esa era la tierra de la que la Guardia había huido tanto tiempo atrás? ¿Dónde estaba todo el mundo? Se apoyó en las piedras granuladas y dejó que brisa de la noche lo refrescara. Había un silencio sorprendente, salvo por el viento que siseaba entre los árboles y los revoloteos de los insectos nocturnos. Pero allí de pie, Kyle empezó a ser poco a poco

consciente de otro ruido, ese susurro callado surgió en la noche una vez más y él se giró lentamente. Las sombras dispersas del patio en ruinas parecieron parpadear y cambiar. Le pareció que incluso podía ver formas en su interior, ¿por eso se suponía que nadie debía subir allí? ¿Una especie de lugar embrujado? Pensó que ojalá Zanja hubiera sido más claro sobre los peligros. Se preguntó si se iba a quedar allí encerrado toda la noche. Quizá solo fuera el murmullo de las olas a lo lejos, pero creyó oír una multitud de voces quedas allí abajo.

Un viento fresco le rozó la mejilla, un viento perpendicular a la brisa del mar. Era caliente, denso y olía no a mar sino a algún otro lugar. De un torreón de una esquina llegó un torbellino de hojas y con ellas algo iridiscente a la luz de la luna. Perplejo, se arrodilló. Unos cuantos pétalos de flores rosas y doradas. Suaves y frescos. El viento que salía del torreón se reavivó y el hedor a podredumbre invadió la nariz de Kyle, que retrocedió. Los susurros del patio se elevaron hasta adquirir el tono de un murmullo impaciente más alto que el viento entre los árboles y después, de repente, se interrumpió como si se lo hubieran llevado.

Un paso pesado resonó en el torreón, el golpe seco del hierro sobre la piedra. Kyle se llevó la mano al talwar. Otro paso pesado y surgió una figura. Una armadura de capas de hierro que relucían con un tono oscuro bajo la luz plateada lo envolvía de la cabeza a los pies. Un yelmo alto y cerrado acentuaba la gran altura del hombre y sus manos, en guanteletes articulados, descansaban en la empuñadura de un espadón que llevaba sujeto a la cintura. Kyle temió estar enfrentándose a una de esas pesadillas de las leyendas de su pueblo, un jhag. La figura agitó una mano, en apariencia para despedirlo.

—Los barcos aguardan, hermano —anunció en taliano—. Vete ya. Kellanved y sus lacayos están cerca. Hemos acordado emprender la diáspora.

El asombro hizo un nudo en la garganta de Kyle. La mano le sudaba sobre el talwar, que sentía extrañamente cálido bajo su piel.

El yelmo se giró y lo observó con más atención. Kyle vio entonces que los pétalos espolvoreaban la sobrevesta del hombre, que era de una tela reluciente y oscura, casi negra.

—¡Vete! Danzante ha acabado con demasiados de nuestros magos, aunque Cogulla se lo hizo pagar caro. Ya no podemos seguir respondiendo a Tayschrenn. Huye mientras puedas. Yo haré que se demoren.

Kyle seguía sin poder moverse. ¿Era una aparición? ¿Un fantasma reviviendo sus últimos momentos a la luz de la luna? Quizá su cráneo fuera el de allí abajo.

La figura pareció tener también sus dudas, porque los guanteletes regresaron a la larga empuñadura de su espada.

—¿Quién eres, hermano? Di tu nombre. ¿Qué espada?

Kyle se esforzó por sacar la voz del cuerpo.

—Kyle —consiguió decir con tono débil—. La Novena.

—¡Mientes! —La espada salió de repente de la vaina.

—¡Despellejador! —gritó alguien y Kyle se giró y vio a Joroba en las escaleras—. ¡Despellejador! Maldita sea, qué gusto para estos viejos ojos. —Joroba pasó junto a Kyle y al mismo tiempo lo apartó de un empujón—. Bienvenido. Aquí al chico y a mí nos has dado un buen susto.

El yelmo se inclinó solo un poco.

—Joroba... ¿Estás aquí? Las tropas de Trémula ya han partido.

Joroba lanzó una carcajada larga y exagerada.

—Bueno, es que hemos regresado, hombre. Hemos vuelto. Ha pasado casi un siglo y aquí estamos, de nuevo.

La aparición, si era en realidad ese Despellejador del que Kyle había oído hablar tanto, se quedó quieta un momento, con la espada levantada como si fuera a atacar.

—¿Regresado? Pero... las columnas malazanas del bosque...

—Se han ido, hombre. Hace mucho tiempo. Ya solo quedamos los guardias.

Una mano se alzó hasta el yelmo.

—Sí, por supuesto. Yo también escapé. Pero, regresar, es como si... — Despellejador envainó la hoja.

Kyle se sintió aliviado al ver la espada guardada y segura. El vistazo que le había echado lo hizo encogerse. La hoja estaba moteada con el color negro de la corrosión y algo le decía que un mero roce sería insalubre.

—Sí —continuó Despellejador con la voz más firme—. Ahora los aplastaremos. —Levantó una mano embutida en el guantelete y apretó el puño, el chirrido del hierro contra el hierro—. La última vez ya casi tenía a Kellanved, si no hubiera sido por la intervención de Dassem, y ahora he regresado siendo mucho más de lo que era entonces.

—¿Es eso cierto? —dijo Joroba—. Me pareció que tenías un aspecto... diferente.

Una carcajada de Despellejador.

—¿Diferente? Más de lo que imaginas, Joroba.

El viejo saboteador señaló con la mano la sobrevesta cuya heráldica era demasiado oscura para distinguirla con aquella luz.

—¿Y esos colores?

—La heráldica de nuestra patrona, la reina Ardata.

—Jamás he oído hablar de ella. ¿Llevas con ella todo este tiempo?

—Ha sido muy generosa con nosotros.

—¿Nosotros? ¿Por cuántos de nuestros hermanos y hermanas hablas, Despellejador?

El campeón de la Guardia cambió de postura para mirar por el patio. Kyle había observado que habían regresado los susurros. El murmullo lo estaba volviendo loco,

¿a esos dos no les molestaba?

—Hablo por más de cincuenta juramentados; y de reclutas profesionales, muchos miles.

El susurro se aquietó como si se lo llevara el viento. Joroba cogió a Kyle por el brazo.

—Ya puedes volver al campamento. Intenta dormir un poco.

—¿Informo a Zanja? ¿Qué hay del Kestral?

—Lo saben, muchacho. Lo saben. Se está corriendo la voz.

El Consejo Imperial se convocó en unas dependencias curiosas: una de las propiedades imperiales más antiguas de la capital, el antiguo castillo de la vieja ciudad-estado de Unta que se asomaba al amplio arco del puerto. Zarigüeya, el primero en llegar a lo que resultó ser una sala desnuda de muros de piedra, intentó desentrañar el mensaje oculto en esa sede nueva que de repente tenía el gobierno de Laseen. ¿Era un sutil recordatorio destinado al consejo de la familia que por tradición había gobernado Unta, erradicada por Kellanved, Danzante y, como Zarigüeya luchaba por no olvidar nunca, la propia Laseen? Una mesa solo, sin sillas, ni comida ni vino a la vista, ¿un insulto calculado? Pero ¿por qué molestarse? El consejo y Laseen apenas se hablaban, cada uno trataba al otro como un ente irrelevante.

Era, reflexionó el espía mientras pasaba un dedo enguantado por el polvo que cubría el grueso alféizar de la única ventana, una manera muy ineficaz de gobernar un imperio, puñeta. Gracias al control que ejercía sobre la Asamblea, Mallick dominaba el tesoro y la burocracia del gobierno. Entretanto, como espada del Imperio, Korbolo Dom regía el ejército. Es decir, lo que quedaba de él. El inquietante silencio continuado de Tayschrenn y la desertión de Ben el Rápido para seguir a Tavore dejaban el mando del Cuadro Imperial de Magos en manos de una auténtica desconocida, Havva Gulen, en otro tiempo archivera de los Registros Imperiales. Una bibliotecaria. Por todos los dioses del cielo y del inframundo, Zarigüeya se limpió el polvo de las manos, la nueva maga suprema imperial era una antigua bibliotecaria. El antiguo emperador, que algunos decían se había convertido en dios tras su muerte, debía de estar cayéndose del trono de risa.

La pesada puerta sonó cuando la abrió y entró sin prisas el puño supremo Anand, comandante del Cuarto Ejército malazano, las fuerzas domésticas de defensa, que según los informadores de Zarigüeya contaban en ese momento con menos de veinte mil hombres en total. El viejo comandante se detuvo en seco en el umbral de la sala vacía. Sus cejas blancas se alzaron en silencioso comentario. Zarigüeya se encogió de hombros.

Con los labios fruncidos como si quisiera decir «Vaya, vaya», Anand cruzó el espacio que lo separaba de la mesa y empezó a revolver entre los mapas allí

dispuestos.

Zarigüeya se meció sobre los talones. ¿Y qué pasaba con la Garra? Él seguía las órdenes de Laseen, de momento. Pero se estaban afilando los cuchillos por toda la jerarquía. Solo era cuestión de adónde iban a apuntar.

La puerta se abrió una vez más y entró la figura alta y ancha de Havva Gulen envuelta en túnicas oscuras. De nuevo Zarigüeya observó las primeras reacciones. Una pausa, un parpadeo rápido seguido por una sonrisa amplia y astuta. Zarigüeya asintió a modo de bienvenida y pensó que quizá terminara cayéndole bien esa nueva maga suprema, a pesar del pelo apelmazado y sin lavar y las túnicas manchadas de tinta.

—Hace frío aquí dentro —comentó la maga con un estremecimiento burlón.
Él sonrió.

—Es manifiesto.

—Es el viento del estrecho —dijo Anand sin levantar la mirada.

Havva y Zarigüeya compartieron una mirada irónica.

—Por supuesto —dijo ella—. Parece que el viento está cambiando.

La puerta se abrió de golpe. Zarigüeya observó la sorpresa, la consternación y al fin la cólera que oscurecía los rasgos azules napanianos de la espada del Imperio, Korbolo Dom.

—¿Qué significa esto?

Zarigüeya se encogió de hombros. Havva estudió a Korbolo como un erudito examinaría un espécimen curioso. Anand ni siquiera se molestó en levantar la cabeza de la mesa de mapas.

—¡Mirad esto! —Korbolo agitó una mano para señalar la sala—. ¡Es un insulto!

—Bastante apropiado, diría yo —dijo Zarigüeya.

Korbolo se volvió hacia él.

—¡Tú! ¿Por qué estás tú aquí siquiera? Eres irrelevante.

Zarigüeya abrió la boca para responder con lo obvio cuando lo interrumpió Havva.

—Quizá todos lo seamos, espada del Imperio. ¿Se ha planteado usted eso?

—¿De qué estás hablando, mujer?

La mujer echó un vistazo a las paredes desnudas.

—En la antigüedad, cuando a un consejero del rey o a cualquier alto oficial militar se le convocaba a una reunión solo para encontrarse con que lo llevaban a una sala vacía más parecida a una celda... bueno, la conclusión era ineludible, ¿no le parece? —Se llevó un dedo gordo y manchado de tinta a la boca—. ¿Deberíamos quizá probar la puerta? ¿Creen ustedes que se abre siquiera desde dentro?

Korbolo se quedó observando a la maga suprema, los ojos se le salían de las órbitas. Zarigüeya no pudo contener una carcajada. La puerta chirrió de nuevo y todo

el mundo la miró; Mallick se encontraba en el umbral y los escudriñaba.

—Confío en no haberme perdido nada importante.

—Nada importante —dijo Zarigüeya—, solo hablábamos.

Mallick se frotó las manos mientras sonreía.

—Bien. —Cerró la puerta y examinó la habitación—. Qué austera. En pie de guerra, como es debido, ¿no? Veo que tenemos quórum. Empecemos. Puño supremo Anand, la Asamblea me pide que le transmita con toda humildad sus preocupaciones. ¿Cómo van los preparativos domésticos?

Anand levantó la cabeza y frunció el ceño.

—¿Asamblea? ¿Qué Asamblea? ¿En qué puede consistir ahora, por todos los dioses? ¿Tu perro y tú?

La sonrisa anodina de la cara redonda de luna de Mallick no vaciló.

—Garantías, comandante. Hemos mantenido el número habitual de miembros a pesar de tanta deserción traicionera. Valientes representantes nuevos han aceptado sentarse en ella. Todos provisionales, por supuesto, hasta que se hayan restaurado la paz y el orden.

—Y cuánto habrá costado eso —le murmuró Anand a sus mapas. Suspiró y encogió los hombros delgados y altos—. Va tan bien como podría esperarse dado lo apurados que estamos. Hemos perdido la mayor parte de nuestros recursos en todo el continente. Hay regimientos enteros que han vuelto a sus raíces y salen como itko kanesianos o grisianos. Acompañan a esos informes unos rumores muy desagradables sobre matanzas étnicas. Se han confiscado arsenales e incautado barcos. La escasez de magos competentes significa que solo puede establecerse comunicación por los medios antiguos, por tierra y por mar. Es un maldito desastre.

—¿Y qué aconsejaría usted?

Korbolo interrumpió entonces.

—Te olvidas de una cosa, Mallick. Como primera espada, yo determino la estrategia.

Mallick se limitó a levantar una mano para aplacarlo. *Una mano como un pez ciego sacado de las profundidades*, pensó Zarigüeya al tiempo que contenía un estremecimiento.

—Me limitaba a sondear opiniones. Estamos aquí para conversar, después de todo. Un poco de indulgencia, por favor. ¿Puño supremo Anand?

La expresión furiosa que crispó la cara de Korbolo indicó a Zarigüeya que la primera espada se estaba preguntando muy en serio cuánto tiempo más debía ser indulgente con Mallick.

Anand frunció el ceño, las cejas blancas se acercaron tanto que casi ocultaron los ojos.

—No podemos estar seguros de conservar ningún territorio, así pues, debemos

consolidar. Asegurar el centro y después ir extendiéndonos.

—Excelente. ¿Y usted, espada del Imperio? ¿Su opinión?

Korbolo frunció el entrecejo, era casi un puchero.

—No estoy de acuerdo. Debemos movernos a toda velocidad.

Mallick plegó las manos sobre su prominente barriga.

—Bien. Estrategias opuestas. Quizá sea bueno, puesto que sus méritos relativos han de examinarse.

Zarigüeya no podía quitarle los ojos de encima al gordito. Lo había vuelto a hacer, había tomado el mando. ¿Cómo lo hacía? ¿Era una debilidad en el carácter colectivo de los demás o la fuerza de algún rasgo en él? Una vez más, Zarigüeya se sentía inquieto en presencia del aquel hombrecito, como si Mallick fuese algo distinto, algo menos, o más, de lo que parecía. A Zarigüeya le recordó a una situación parecida mucho tiempo atrás. Una situación que no terminaba de ubicar.

Se abrió la puerta una vez más. Todos se levantaron y se volvieron. Entró Laseen. Vestía las zapatillas lisas habituales en ella, los pantalones rectos y una túnica de seda verde. Ningún símbolo de rango o estatus en su persona; ya hacía mucho tiempo que a Zarigüeya se le había ocurrido que esa falta de símbolos no era afectación alguna; sencillamente la mujer no los necesitaba para que todo el mundo supiera quién era. Estaba en sus ojos, en su postura: majestuosidad. Era más baja que Zarigüeya, pero él siempre tenía la sensación que aquella mujer lo miraba desde las alturas. Las líneas profundas que limitaban la boca fina indicaron al espía que la emperatriz no estaba contenta.

Recibió con un seco asentimiento la reverencia de todos.

—¿Han tenido oportunidad de hablar?

—Sí —dijo Mallick—. Acabábamos de...

—Un resumen, si tiene la bondad, puño supremo Anand —interrumpió Laseen a Mallick.

La boca se cerró de golpe como la de un pez. Bajo la barba corta y ya canosa, Anand esbozó su primera sonrisa.

—Un placer, alteza. Solo estaba esperando vuestra llegada. Nuestras fuentes, las que tenemos, están de acuerdo en que el ejército está saliendo con gran apresuramiento de Tali. Está reuniendo fuerzas y se dirige al este. Parece que esa insurgente de la duquesa Ghelel está muy segura del control que ejerce. Suficiente para acompañar al ejército, en cualquier caso...

—Una duquesa —bufó Korbolo—. ¡Qué absurdo!

Zarigüeya le lanzó una mirada a la emperatriz, cuya boca se tensó todavía más. También vio que Havva sonreía de forma abierta.

—O aquellos que la controlan —continuó Korbolo, sin darse cuenta de nada.

De nuevo un encogimiento de hombros como una desgarbada ave marina que se

recolocara las alas.

—Para mí, irrelevante. Yo solo trato con certezas. Además —la mirada de Anand se posó en Zarigüeya—, no es mi departamento.

La garra declinó responder. Anand se aclaró la garganta para continuar.

—No cabe duda de que se ha planeado un encuentro con los setis que han salido en masa para reclamar la independencia. —El viejo comandante agitó una mano con gesto desdeñoso—. Una especie de movimiento tradicionalista, según tengo entendido. Con una generación de retraso, diría yo. En cualquier caso, se han sacado de algún sitio un caudillo competente que ha tomado el control de las llanuras y ha cortado de forma eficaz todas las comunicaciones. Ha partido el continente por la mitad, sea quien sea.

—¿Su objetivo? —apuntó Laseen.

Korbolo Dom no pudo seguir conteniéndose.

—¿Su objetivo? ¡Destruirnos, por supuesto! Emperatriz, con el debido respeto, sugiero que dejéis esos asuntos a vuestros comandantes militares. Nosotros estableceremos la estrategia.

—¡Primera espada! —exclamó Laseen de repente, casi cortando el aire entre los dos—. Está aquí para aconsejar. Y debo recordarle que puesto que ostenta el título de primera espada del Imperio, tiene el mando solo en el campo. El propio Dassem delegaba en otros los asuntos de estrategia.

Sí, reflexionó Zarigüeya, y si las informaciones que él había recibido eran ciertas, entre esos comandantes estarían los mismos nombres que se estaban reuniendo contra ellos.

Laseen se volvió hacia Anand.

—¿Puño supremo?

—Su objetivo es el mismo que el nuestro. Consolidarse, paso a paso. Una vez que tomen Li Heng, amenazarán Cawn. Después, los kanesianos se unirán a ellos por miedo a quedarse atrás y no tener presencia alguna tras el nuevo trono. Desde ahí es una marcha rápida por caminos en buenas condiciones que los traerán hasta nosotros.

En el silencio que siguió, Laseen hizo una pregunta.

—¿Nuestras opciones?

—Solo tenemos dos. Podemos esperarlos aquí con la esperanza de abatirlos o encontrarnos con ellos en el campo de batalla y esperar abatirlos allí.

—Gracias, puño supremo. Primera espada, ¿su valoración?

Korbolo enseñó los dientes apretados.

—¡Decir que solo tenemos dos caminos, quedarnos o marchar, es simplificar demasiado las cosas, una afirmación inútil! Por supuesto que es así. Cualquier idiota puede verlo.

Havva esbozó una sonrisa irónica para asentir mientras Anand se limitaba a

levantar una ceja.

—¿Cuál sería su consejo?

—Debemos movernos, emperatriz. Disculpad, pero esta lenta deliberación, por así llamarla, es vista por todos como vacilación y debilidad.

—Gracias, primera espada. Havva, ¿su evaluación?

La nueva maga suprema del Imperio hizo una pirámide con los dedos ante su amplio pecho.

—Emperatriz, si algún consuelo puede obtenerse de la merma en nuestros cuerpos de magos es que tan triste estado se extiende también a nuestros enemigos. Mis compatriotas y yo somos de la opinión de que ningún mago de cierta importancia puede alinearse con ellos. Por desgracia, ellos pueden decir lo mismo de nosotros. Es decir, a menos...

Los labios de Laseen se tensaron hasta ponerse blancos.

—No se puede contar con él.

—Me parecía que no. Igual que deben saberlo ellos, al parecer, de otro modo no estarían avanzando. Así que me esforzaré por hacer todo lo que pueda. Una opción, sin embargo; quizás unos cuantos de los magos militares de nuestras posesiones allende los mares...

—No.

—¿No? —El que habló fue Korbolo—. ¿Por qué no? Están a nuestras órdenes. Si esos nacionalistas tienen pocos magos, como afirma Havva, ¿no deberíamos, entonces, reforzar nuestras filas en ese aspecto precisamente? Golpearlos en su punto débil. Y ya que estamos con el tema, ¿dónde está la Armada Imperial? ¿Dónde está el almirante Nok? ¿Por qué no se limita a desembarcar en el puerto de Quon y toma la ciudad?

A Zarigüeya le pareció que Laseen recibió ese estallido con una ecuanimidad asombrosa. La emperatriz se llevó las manos a la espalda, como si desconfiara de lo que podría sentirse tentada a hacer. Ladeó la cabeza hacia Anand, pero sin quitar la mirada entornada de Korbolo Dom.

—¿Por qué sería así, puño supremo?

—Porque esa tal duquesa se limitaría a dar la vuelta, retomar su ciudad y volveríamos a la casilla de salida.

—Entonces el almirante Nok debería...

—¡Basta!

Zarigüeya se encogió ante la brusquedad de la orden. Korbolo, sin embargo, no se molestó en disimular su frustración hirviente.

—Estamos solos, espada del Imperio —dijo Laseen con tono tajante—. Las órdenes que he dado a Nok no se retirarán. Le he encargado el mantenimiento de nuestras posesiones allende los mares. Su compromiso es absoluto con la logística del

abastecimiento, transporte de tropas, alivio y refuerzo. No espere socorro alguno. Debemos recuperar el continente o vernos destruidos en el intento.

Durante toda la discusión, Zarigüeya observó que Mallick se había mantenido en silencio, con las manos regordetas entrelazadas sobre el estómago, los ojos bajos, los labios gruesos ligeramente fruncidos como si estuviera pensando. En ese momento levantó los ojos y abrió las manos.

—¿Vuestras órdenes, así pues, emperatriz?

—De momento, como sugiere nuestra jerarquía militar, reunir fuerzas. Quiero que la provincia de Unta vuelva a estar bajo nuestro control. Quiero a esos nobles de vuelta en la capital con sus fuerzas. —La mirada de la emperatriz se posó en Zarigüeya—. Patrón de la Garra, tome rehenes entre los miembros de las familias para garantizar la cooperación, comenzando esta misma noche.

Zarigüeya asintió con una sonrisa.

—En cierto sentido —prosiguió la emperatriz—, el tiempo está de nuestro lado. La suya es una alianza incómoda de nuevos gobernantes celosos de su independencia. Si podemos resistir lo suficiente, se desintegrará. Haremos todo lo posible para contribuir a ese proceso. Havva, Zarigüeya, envíen misivas a todos nuestros contactos arguyendo que Tali tiene intención de reafirmar su antigua Hegemonía. Hagan propuestas a Dal Hon. Envíen recado a los nobles bloorianos de que a los de Gris les han prometido sus tierras. Comiencen una campaña de suspicacias mutuas y desinformación tal que sean incapaces de reconocer la verdad.

La maga suprema y el patrón de la Garra se inclinaron.

—Y, patrón de la Garra —continúo Laseen—, ¿alguna información general?

Zarigüeya se encogió de hombros con gesto despectivo.

—En las calles abundan los rumores, por supuesto. Pero nada digno de seguimiento. Sí que hay una historia persistente que parece cobrar fuerza a pesar de su improbabilidad. Se habla del regreso de la Guardia Carmesí.

Anand lanzó una fuerte carcajada.

—Cada año se supone que van a aparecer. Esos viejos cuentos resurgen en cuanto baja la moral. Son como un ataque de gonorrea. Da la sensación de que nunca nos los quitamos de encima.

Laseen esbozó una débil sonrisa.

—Entonces esperemos que nos complazcan, puño supremo. Nos dará la oportunidad de deshacernos por fin de ellos.

—¿Estáis muy convencida? —La que habló fue Havva.

—Sí, serían idiotas si volvieran, y K'azz no era ningún idiota.

Zarigüeya notó que Mallick observaba a Laseen con más atención que durante el resto de la reunión. Los labios del gordo se plegaron y, pensativo, bajó la mirada.

—Este consejo ha terminado. Pueden irse.

—Como ordene la emperatriz —respondieron todos, incluso Korbolo.

Laseen miró a Zarigüeya.

—Un momento, patrón de la Garra.

Zarigüeya se quedó mientras el resto se retiraba. Había llegado su hora. Ya no lo podía demorar más. ¿Qué sería? ¿Negativas? ¿Rabia? Tenía que admitir cierta curiosidad, aunque temiera la tópica muerte del mensajero. La puerta se cerró y la emperatriz y él se quedaron solos. Laseen se acercó a la única ventana y miró al exterior con las manos a la espalda.

—Tu silencio me dice todo lo que necesito saber, Zarigüeya. —Miró atrás de soslayo—. Permaneces distante, cerca de la puerta. ¿Soy acaso una tirana tan aterradora?

Zarigüeya no tenía ni idea de cómo debía responder. Topper, ese sí que no habría tenido reserva alguna. ¡Qué cómodo había estado Topper con ella! O Perla... que haría algún comentario fácil y poco sincero. A ese hombre siempre se le había dado bien hablar y no decir nada. Como una flatulencia oral. Pero no Zarigüeya. Toda su pericia se había escondido y a él lo estaban llamando para que saliera a la luz. ¡Qué brillante era el fulgor!

—Nombres, patrón de la Garra.

Zarigüeya carraspeó, intentó hablar y se encontró con la boca demasiado seca. Le extrañó de una forma distante: ¿miedo por sí mismo? ¿O pena por el dolor que debía transmitir?

—Ameron —consiguió decir—. Toc el Viejo, Choss... y Urko.

—Así que... Toc. Es el caudillo seti, ¿no es cierto?

—Sí.

—Pero Anand no lo sabe.

—No. Muy pocos son conscientes de ello; malo para la moral, ¿no?

Silencio. Una espalda tan tensa que Zarigüeya imaginó que era incapaz de doblarse. Al verla allí de pie, sola, asumiendo la noticia de la traición de tantos antiguos compañeros, Zarigüeya se decantó por la pena.

—Déjame —dijo la emperatriz, su voz todavía sometida a un control implacable.

Zarigüeya hizo una reverencia, salió y cerró la puerta tras él. A los guardias del exterior les dijo:

—La emperatriz no desea que la molesten.

A bordo del buque insignia de Urko, la corbeta genabackeña llamada la Pérdida de Keth, Ullen observó la última oleada de quorls de los moranthianos plateados, exhaustos, que llegaban volando bajo a toda velocidad sobre las olas para posarse con elegancia en la orilla. Hechos de cristal hilado le parecían aquellos monstruos con aspecto de libélula. Pero eran de una fortaleza sorprendente. Cada uno transportaba a

dos jinetes (el adiestrador y un pasajero), además de una caja pequeña, una caja que tenía un valor extraordinario. Los jinetes desmontaban y descargaban el quorl. El pasajero, un guerrero moranthiano dorado, se reunía con los demás para que los transportaran en una de las diez galeras contratadas a los moranthianos azules, mientras que el adiestrador se llevaba a su montura para que descansara y comiera. *Qué elegantes, reflexionó Ullen, las criaturas voladoras con sus cuatro alas finas como gasas y largas colas segmentadas. Hasta que los ves comer.* Aquellos malditos monstruos comían presas vivas.

Un mensajero presentó unos papeles para que los inspeccionara, objeciones referentes al espacio para el almacenamiento de agua. Ullen garabateó «¡Máximo!», devolvió las órdenes y después volvió a estudiar a los extranjeros. Cuarenta guerreros dorados más para la gran alianza de desafectos de Urko. Ya eran unos dos mil. Y también la última oleada de reclutas. Había llegado recado de Quon, los acontecimientos iban muy por delante de lo programado. La flota tenía que moverse ya o arriesgarse a convertirse en una nota a pie de página.

En mar abierto, más allá del fondeadero, rápidos veleros de exploración registraban las rutas marítimas hacia el sur para garantizar la seguridad del convoy de cien barcos que zarparía esa misma noche.

—Observando a nuestros aliados genabackeños, ¿eh? —comentó la voz cálida de contralto de una mujer.

Ullen se giró. Dominando el centro de la cubierta, bajo un dosel que le daba sombra, estaba sentada la nueva líder del cuadro de magos de Urko, la amplia bruja dalhonesia con la piel del tono de la medianoche, Bala Jesselt.

Ullen se permitió un asentimiento cauto.

—Sí.

—¿Podemos confiar en ellos, hmm? ¿Por qué están con nosotros, eh? ¿Qué objetivos tienen?

—¿Sí? ¿Cuáles son? La maga eres tú.

Bala encogió los gruesos hombros y se abanicó la cara.

—Bueno, ¿quién puede decirlo? Sus mentes trabajan de formas extrañas.

—Pero por ahora son aliados fuertes.

—Sí... por ahora.

Ullen optó por pasar por alto la oportunidad de preguntar; Bala tenía mala fama, se hablaba de sus insinuaciones y sus ardidés constantes para ir ascendiendo a costa de lo que fuera. Esa ambición desenfrenada había hecho que la eliminaran del cuadro de magos mucho tiempo atrás. No cabía duda de que Urko creía que podía mantenerla a raya, pero Ullen no lo tenía tan claro. Llegaron más mensajes. Bala siguió abanicándose la cara resplandeciente y sudorosa mientras Ullen respondía a todos y cada uno.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó la bruja mientras él luchaba con la última orden para zarpar.

—¿Disculpa?

—En otro tiempo asistente de Choss, ahora simple jefe de estado mayor. Una degradación, ¿no?

Ullen volvió a sus órdenes, pero le dedicó a la nueva líder del cuadro de magos su mejor sonrisa.

—Yo pienso en ello más como un movimiento lateral.

La bruja suspiró, decepcionada, y realizó un enérgico movimiento con el abanico.

—Supongo que hay que hacer lo que se pueda con lo poco que se puede conseguir.

—Hablando de lo poco que se puede conseguir, ¿qué se sabe de Li Heng o Dal Hol?

El abanico se cerró de golpe.

—¡No te burles de mí! ¡Todos vosotros deberíais agradecer mi presencia! Si no fuera por mí, que protejo esta flota, el almirante Nok os habría hundido a todos.

—Nok está muy ocupado con la pacificación de Siete Ciudades y es lo bastante sabio como para tomarse las guerras de una en una.

La carcajada de Bala hizo temblar su amplio pecho.

—¿Qué ibas a saber tú de la mente de un comandante tan grande como él?

Ullen estuvo a punto de explicar que había sido asistente de Choss y que Choss había sido el protegido de Nok, pero comprendió que el esfuerzo se perdería en una persona así. Agradeció la distracción de un mensajero dorado moranthiano que llegó en barcaza.

—¿Sí?

—El comandante V'thell pide una vez más que se le informe de nuestro destino.

—Informe a V'thell de que por razones de seguridad nadie, salvo Urko, conoce nuestro destino. Ni siquiera yo lo sé. Se mandará recado una vez que la flota esté en mar abierto.

—Muy bien. ¿Y si las tormentas dispersan la flota?

—Nos comunicaremos por banderines, faroles y... —señaló a Bala con un gesto—, magos. ¿Qué hay de vuestros quorls?

—Todos los quorls se devolverán. Odian el agua.

—Una pena.

El mensajero se inclinó y bajó por el costado hasta la barcaza que lo esperaba. Por pasar el rato, Ullen se preguntó si un moranthiano con toda su armadura se hundiría igual de rápido que cualquier hombre normal con armadura y si estaban locos al no adaptarse de ningún modo al cambio de circunstancias de un viaje por mar.

Media campanada más tarde decidió, de mala gana, que aquel era un momento

tan bueno como cualquier otro. Llamó al responsable de los banderines.

—Haz la señal para que los navíos grandes, los azules y los dromones comiencen a zarpar del fondeadero. —La bruja dalhonesia había puesto su atención adormilada en el camarote del capitán, donde se encontraba Urko. Seguro que el hombre permanecía allí solo para evitarla—. ¿Qué puedes hacer para apresurar nuestro paso? —le preguntó Ullen—. Los acontecimientos se mueven más rápido que nosotros.

—¿Yo? Yo no soy ninguna sacerdotisa de Chem. Y la senda de Mael es un misterio para mí, gracias a Thesorma.

Ullen se frotó los ojos. ¿Por qué lo habían maldecido así los dioses?

—¿Conoces a alguien que pueda ser de ayuda? ¿Alguno de nuestros socios o simpatizantes?

El abanico se abrió y reanudó los aleteos.

—Preguntaré.

—Gracias.

Mientras la luz del día se iba desvaneciendo, Ullen se mantuvo en comunicación con la flota por medio de los banderines durante todo el tiempo que pudo. Los faroles fueron apareciendo cada vez con más frecuencia y en sus destellos se veían las respuestas codificadas. El abanico de Bala no dejó de aletear en un contorno borroso. A veces la bruja parecía susurrarle mientras que otras hacía soplar el aire en un lado de su cara. Ullen se protegió los ojos con las manos y observó los lejanos y enormes transportes azules que se hacían a la mar. Impaciente, ese comandante dorado, V'thell.

En un momento dado, Bala se sacudió como si la hubieran pellizcado y contuvo un jadeo. Ullen se volvió hacia ella.

—¿Sí?

El abanico reemprendió sus borrosos destellos. Los ojos hinchados y perezosos se deslizaron por el horizonte cada vez más oscuro.

—Aromas extraños de Stratem. Hay algo allí. Algo muy poderoso. Lo huelo, incluso desde tan lejos.

¿Stratem? ¿A quién le importaba una mierda Stratem?

—¿Se sabe algo sobre quién podría ayudarnos con la travesía?

La mujer asintió.

—Una insinuación. Un simpatizante de Unta. Sus representantes están abiertos a la posibilidad. Creo que a cambio quieren oro o influencia política.

—Diles que si apresuran nuestro viaje, recibirán lo que pidan.

La bruja dalhonesia pareció dudar, frunció los labios llenos.

—Lo haré. Pero es una promesa peligrosa. ¿Quién sabe lo que podrían pedir?

—Me da igual si piden al mismísimo Embozado. Ya nos hemos demorado aquí el tiempo suficiente. Tenemos que movernos.

—Muy bien. Negociaré con este mago de Ruse.

Los refugiados entraban en Heng en una fila constante, como gotas de sangre que fueran perdiendo las llanuras setis. Sobre la muralla, junto a la puerta de las Llanuras del Norte, la puerta de las Miradas Tristes, el capitán Storo Matash, convertido en puño provisional de la guarnición malazana, observaba los polvorientos grupos de hombres, mujeres y familias mientras un dolor ulceroso y amargo le reconcomía el estómago. Más bocas que alimentar. Más almas que alojar. Más voces para quejarse. Y más traidores en potencia que vigilar. ¿Cuántos entre esa última oleada de colonos y comerciantes desplazados eran agentes y espías setis? Demasiados, sin duda. Como si ese nuevo caudillo tribal que tenían allí fuera necesitara más espías en esa bañera llena de agujeros que era aquella ciudad.

El crujido de unas botas sobre la piedra y Seda se plantó a su lado.

—Deberías estar todavía en la cama, recuperándote —le dijo el mago.

—No tengo razones para quejarme. ¿Cómo se encuentra Rell?

Seda hizo una mueca de dolor en simpatía con su compañero.

—Recuperándose. Es un milagro que siga vivo, por no hablar ya de sanando. He requisado y presionado a todos los sanadores cualificados de la ciudad para que nos ayuden. Pero incluso si se recupera del todo, no hay nada que hacer con las cicatrices. Ese hombre ha perdido la mayor parte de la piel de los brazos y la cara. Hasta el Alto Denul tiene un límite. Pero todo eso, sin embargo, a él no parece importarle. Incluso está practicando para mantenerse ágil mientras sana. —Seda levantó las manos, maravillado—. Sencillamente asombroso.

—Bueno, pues tú súbeme la cama aquí y ya me acuesto yo en ella. En cualquier caso —Storo miró al pálido mago de ojos hundidos—, tú tienes bastante peor aspecto que yo.

Seda se encogió de hombros y apoyó el peso en las almenas de piedra.

—En pie toda la noche con los saboteadores, ayudándolos a ocultar su trabajo. Están haciendo milagros por toda la muralla. Es más, Nervioso está trabajando de verdad. Creo que no lo había visto trabajar hasta ahora.

—A ti tampoco. Allá en Genabackis siempre tenía la sensación de que llevabas una mano a la espalda. Que no te comprometías.

Un viento seco de la pradera revolvió el largo cabello rubio del mago, que se lo apartó de la cara.

—No era mi guerra. Esta sí.

—Eso lo demostraste la semana pasada. ¿Vas a contarme por fin lo que hiciste? Para entonces yo ya estaba en el limbo. Risueño afirma que el sol te salió brillando del culo y que espantaste a todos con un pedo.

Seda no pudo evitar la sonrisa.

—Pintoresco. Y no demasiado descaminado. No, todo lo que hice fue invocar el poder del antiguo templo de la ciudad y este respondió con un último fulgor de su antigua gloria reflejada. Eso es todo.

—Y yo soy Dessembræe, el señor de la Tragedia.

El mago se protegió los ojos con las manos y estudió la llanura y las lejanas colinas pardas que cubrían el horizonte. Storo desvió la mirada dura y compartió el panorama.

—De acuerdo —suspiró—. Ahí está el verdadero problema. —Se frotó el pecho bajo las camisas e hizo una mueca de dolor—. La verdad es que estoy ciego, Seda. No tengo ni idea de lo que está pasando ahí fuera. No sé cuántos hombres tienen. Ni siquiera dónde están. Podría haber cincuenta mil setis tras esas malditas colinas y yo no tengo la menor idea. O en Unta. ¿Qué está pasando en la capital? ¿Vienen de camino los refuerzos? ¿Cuánto apoyo puedo esperar? —Escupió por encima de la muralla—. Es un desastre. Un puñetero desastre del puto cachorro engendrado por el Embozado y su perra.

El mago se encogió de hombros con un lento gesto de conmiseración.

—Lo siento, ojalá pudiera ayudar más. Pero eso de escudriñar y comunicarse a gran distancia no es mi fuerte.

—Bueno, ¿y quién puede ayudar, por la Noche Perpetua? ¿No hay algún otro mago de batalla en la ciudad? ¿Ya han encontrado a los magos militares de la guarnición?

—No. Se cree que uno se unió a Orlat. El otro desapareció esa noche, huyó o lo mataron ellos. Lo que me deja a mí. —Seda hizo una pausa, su mirada se posó en Storo—. Hay alguien más que podría ser de ayuda, si aceptas.

—¿Quién? Dioses, espero que no te refieras a esa arpía que hiciste que nos ayudara ese día.

—Se llama Liss, capitán.

—Ah. Lo siento, Seda. —Storo hizo una mueca y se apretó un costado al tiempo que cogía una bocanada de aire vacilante—. ¿Cómo puede ayudar?

Seda señaló con la barbilla las lejanas ondulaciones de la pradera seti.

—Los conoce, puño. Los conoce bien. En otro tiempo fue una de sus chamanes, una vidente. Tengo entendido que, de hecho, la rehúyen por miedo.

—Yo también.

Una voz gritó algo desde otro lado de la muralla.

—¡Sargento Storo! —Seda y Storo se volvieron. Se acercaba el magistrado Ehlann; el sirviente, a su lado, luchaba por mantenerlo a la sombra de un amplio paraguas.

—¿Sargento? —replicó Seda—. Este hombre es un oficial superior de este mando malazano...

Storo levantó una mano para hacer callar a Seda.

—Sí, sí. Todo eso está muy bien —asintió Ehrlann con un gesto negligente—. Sin embargo, un cuerpo gobernante reconocido por el trono en realidad no puede permitirse admitir un ascenso de campaña hasta que lo apruebe el alto mando militar.

—¿Y cuándo podría ser eso? —preguntó Seda, que ni siquiera se molestó en suavizar el tono.

—Pues cuando llegue el papeleo, naturalmente —sonrió Ehrlann.

Seda señaló la pradera.

—Entiende que la senda Imperial en estos momentos está cerrada a todos. Que ningún mago se atreva a viajar por ninguna de las sendas ahora que tenemos una guerra civil encima. ¡Que el reino de Cawn se encuentra entre nosotros y Unta y que se ha levantado en armas contra el trono imperial!

El magistrado Ehrlann frunció el ceño.

—Bueno, entonces, puede que el papeleo tarde algún tiempo en llegarnos.

Storo puso una mano sobre el hombro de Seda y se lo apretó con fuerza.

—Muy cierto, magistrado. La corte suprema de la ciudad debería convocar una reunión de emergencia para discutir las medidas a tomar. Deben acordar la posición de las tropas, la estrategia de la defensa, la organización de la población civil. Deben encargarse un inventario detallado de todas las necesidades logísticas y la incautación de los fondos necesarios para adquirirlas. Y eso es solo el comienzo.

El magistrado Ehrlann parpadeó y miró a Storo, perplejo.

—Por supuesto... bueno... el proceso ya ha empezado en comités especiales...

—Entonces será mejor que regrese por si deciden alguna medida absurda en su ausencia.

Ehrlann esbozó una sonrisa débil.

—Gracias. Sí. —Chasqueó los dedos—. Ven, Jamaer. —El magistrado dio media vuelta y se dirigió a las escaleras.

Storo los observó irse y después se giró y apoyó los antebrazos en las almenas una vez más.

—Dioses, estarán hablando hasta que la última noche nos caiga encima. —Se dirigió a Seda—. Hasta que llegue ese momento, ¿tú qué sugieres?

—Tengo intención de buscarnos algún aliado.

—Bien. Hazlo, por favor. Todos los que puedas.

—¿Y Liss?

Storo asintió.

—Dile que mantenga a esos chamanes setis tan lejos como sea capaz.

La sonrisa de Seda se tensó con placer reprimido.

—Oh, eso sí que va a disfrutarlo, estoy seguro. —Se inclinó y fue hacia las escaleras. Antes de bajar hizo una pausa—. Puño, ¿me permites preguntar cuál es

nuestra estrategia de defensa, en cualquier caso?

—¿Nuestra estrategia de defensa? Una muy rara. Matar a tantos de esos cabrones setis como sea humanamente factible.

Fue un alivio ver que los recién llegados al Pozo intentaban pasar desapercibidos. Pero al pensarlo bien, sin embargo, se dio cuenta de que eso le preocupaba igual. Los dos actuaban menos como los tiranos en potencia que él temía, pero más como los presuntos espías que temía incluso más. Pero todo parecía demasiado absurdo; un detalle insignificante sin duda enterrado entre el caos y el humo del levantamiento: ¿por qué no se revelaba el Pozo? Incluso después de que se retiraran guardias para ayudar en la pacificación de Solideo, el Pozo continuó siendo un modelo de tranquilidad. ¿Por qué habría de ser así? ¿Qué podían estar tramando más de cien magos, hechiceros, videntes, taumaturgos y otros talentos variados? Nada, desde luego, señor. No, nada de nada.

Se habría convocado una reunión del consejo para acordar las medidas a tomar, pero el problema era que esos dos seguro que oirían cada palabra de las peleas a gritos que atravesarían los túneles. Y por tanto Yath y los suyos vigilaban, sobre todo esa espeluznante sombra suya, Sessin.

De camino a la boca de la mina, Ho se rascó los trozos de piel seca e irritada de los brazos y piernas, plaga común para cualquier habitante del Pozo. No obstante, todos tenían más que suficiente para mantenerse ocupados. Estaba la cuestión de qué hacer con Iffin; solo dos semanas antes, el tipo bajaba por un túnel cuando se encuentra con Sulp 'Ul (un hombre junto al que había trabajado en paz durante casi diez años), cuando de repente Iffin estira el brazo y le clava un palo afilado a Sulp en la garganta. Sulp muere ahogado en su propia sangre. Se confina a Iffin en una cueva cerrada con barrotes y se le interroga. Resulta que fue una venganza familiar fruto de las antiguas guerras fronterizas entre Cawn e Itko Kan, antes del Imperio. ¡E Iffin ni siquiera tenía edad suficiente para recordar esos tiempos!

Ho dio un saltito para rascarse el tobillo y tuvo que sacudir la cabeza. Había pensado que esas viejas rivalidades y tales odios habían desaparecido por el mismo camino que los jaghut. Pero con los rumores que llegaban de naciones que se escindían del Imperio (Quon, Dal Hon, Gris), y cada semana la lista parecía crecer más, las antiguas y largo tiempo inactivas enemistades volvían a levantar el morro y olisquear el viento. Todos esos desaires enconados que solo el tacón del emperador había logrado sofocar. Ho solo podía temer lo que estaba por venir si el continente regresaba a sus pasadas y destructivas costumbres de cambiar de aliados y a ese enfrentamiento eterno por la dominación.

En la gran rotonda de la boca de la mina vio a los dos recién llegados, que contemplaban en silencio el círculo de cielo azul despejado que tenían sobre sus

cabezas. O eso le parecería a cualquier observador casual, a Ho le parecía más bien que estaban estudiando la piedra medio deshecha y podrida de las paredes en busca de un modo de subir. Se acercó a ellos por detrás.

—Esas paredes no aguantarán el peso de un hombre.

El que había dicho que se llamaba Dolor volvió poco a poco la cabeza y le lanzó a Ho una mirada larga y dura.

—Eso parece.

—Si fuera tú, no desperdiciaría mi tiempo intentando buscar un plan de fuga. Los intentos de fuga solo provocan represalias contra los demás.

El llamado Regalo se volvió del todo.

—¿Es una advertencia? ¿Nos vas a entregar?

El napaniano, Dolor, posó la mano por un instante en el brazo de Regalo, que retrocedió un paso. Bien, no tan iguales. El tal Dolor (¡qué nombres tan ridículos llegaban a ponerse!) parecía superar en rango a su compañero. Ho negó con la cabeza.

—No. Observarás que no hay nadie a quien entregaros. Solo os estoy pidiendo que tengáis en mente el bienestar de todos los que estamos aquí.

Una sonrisa amplia y hermética levantó los labios de Dolor, que asintió con una inclinación.

—Buena idea. Haremos justo eso. —Le dio unas palmaditas a su compañero en el brazo y se fueron los dos, dejando a Ho allí observándolos y preguntándose qué había querido decir el tipo, si es que había querido decir algo.

Ho se dio la vuelta y se tropezó de golpe con la forma delgada pero sólida de Sessin. El bronceado nativo de Siete Ciudades lo miró furioso desde su altura.

—¿Qué dijo? —inquirió en un taliano con fuerte acento.

—Nada de importancia. —Ho se rascó la cabeza. Dioses, ahí estaba, contestándole al hombre aquel como si fuese el inquisidor oficial—. Oye, ¿tú haces lo mismo todo el día? ¿Seguirlos por ahí? ¿No desconfían?

El ceño se transformó en una mueca de desdén.

—¿Y adónde iban a ir?

De acuerdo. En eso el tipo tenía razón. Así que ellos lo saben, él lo sabe y ellos saben que él lo sabe.

—Yath ha dado su veredicto. Si averiguan algo, los mataremos.

Así que Yath ha dado ese veredicto, ¿eh? Bueno, tendría que cruzar unas palabritas con el susodicho sobre el tema. En cuanto a matar a esos dos, algo le decía a Ho que eliminar a aquella pareja no iba a resultar tan fácil.

Mientras Viajero dormía dentro de la choza, Ereko se sentó con las piernas cruzadas en la entrada y observó la luna, extrañamente moteada en los últimos

tiempos, que se reflejaba en las olas. Los violentos ataques de esos edur y la respuesta extrema de Viajero habían suscitado recuerdos polvorientos en él, recuerdos que había esperado que estuvieran enterrados para siempre. Recuerdos que todavía se retorcían tras milenios enteros. Recuerdos de antiguas promesas y la violencia de más soluciones extremas. Promesas de aniquilación absoluta hechas contra un pueblo a las que se respondía con promesas de venganza. ¿Podría nacer de ese nuevo intercambio un ciclo parecido de destrucción? Cuán parecidas continúan siendo las eras a pesar del paso de una eternidad. ¡Qué desalentador!

Ereko estaba reflexionando sobre lo que tanto le había costado dejar atrás para siempre cuando vio fantasmas. Por un instante creyó que eran los suyos (recuerdos espectrales de amigos y familiares desaparecidos mucho tiempo atrás), pero eran humanos. Desde el descenso de las montañas los había vislumbrado algunas noches en los bosques. Sombras pálidas. Siempre se demoraban cerca, atraídos por ellos (por Viajero desde luego), pero sin querer o sin poder acercarse. Quizá Viajero no podía verlos, todavía no había llegado a comentar su presencia.

Quizá era la sangre todavía húmeda sobre las arenas y la presencia de espíritus ajenos que vagaban en ese momento por aquellas costas, pero esa noche se reunieron entre los suspiros de la hierba, más allá del fulgor de la hoguera hecha con la madera dejada por las mareas, en un número mucho mayor de lo que Ereko había vislumbrado hasta entonces. Una tropa de sombras opalescentes. Soldados con armadura dañada que revelaba horrendas heridas mortales. Uno sostenía un estandarte raído que colgaba sin fuerzas de un travesaño: el retorcimiento serpentino de un dragón de un color brillante que rielaba contra un campo oscuro.

Cada vez se congregaban más. Una hueste fantasmagórica. Una gran batalla debía de haber asolado la costa en algún momento de la historia. Por alguna razón, la presencia de Viajero parecía invocarlos. Sus espíritus vacíos ansiaban la esencia de su compañero. Ojos como aberturas desgarradas que se asomaban a una desolación interminable y que se clavaban más allá de Ereko, en la oscuridad de la choza. Unas manos se estiraban como garras...

Ereko los espantó agitando la mano.

—¡Dejad este lugar, espíritus! —susurró—. No inquietéis a los vivos con vuestros antiguos odios. —*Dormid, descansad, esperad. Sed pacientes. Esperad el tiempo suficiente y llegará vuestra hora.* ¿No era él acaso la prueba viva de ello?

Los espectros se dispersaron. Algunos se hundieron en la tierra, otros se alejaron flotando. Uno se quedó, sin embargo. El que portaba el estandarte. Muy alto debía de haber sido en vida, para ser humano. Se acercó a Ereko. Una herida aterradora se había llevado la mitad de su cráneo. Los pozos vacíos de sus ojos se clavaron en él.

—Me llamo Surat. —Esas fueron sus palabras, dolorosamente débiles, un anhelo tan potente de cruzar una distancia insalvable. Grande debía de haber sido su poder

en vida—. Vienen —entonó.

—¿Quién viene?

—La diáspora llega a su fin. La Guardia regresa. El momento señalado ha llegado a nosotros. —Señaló la choza—. Este será destruido.

—¿Qué te importa a ti ahora?

Silencio, una frialdad que afectó incluso a Ereko.

—Es malazano.

—Fuera lo que fuera en otro tiempo, ahora ha renunciado a todo. Ya no es malazano. Ahora, ni siquiera sé lo que es.

Los pozos vacíos contemplaron a Ereko y este creyó ver en sus profundidades un desinterés absoluto.

—El juramento permanece.

Una extraña emoción se removió en el estómago de Ereko entonces y le puso de punta el vello de la nuca y de los antebrazos. Le costó reconocerla, tanto tiempo había pasado. Rabia. Furia ante la absoluta inutilidad de esos odios que se llevan más allá de la vida. ¿Quiénes eran esos guardias carmesíes que despertaban semejante emoción en él?

—¡Entonces es que sois idiotas! Dejad a un lado vuestras viejas rivalidades, vuestras preciosas disputas. Pero no podéis... No os atrevéis a soltar a lo que con tanta desesperación os aferráis. Sin eso no seríais nada... Es lo único que os queda. Ni siquiera la muerte os aguarda ya.

Unas manos fantasmales cambiaron de postura en el mango del estandarte sin vida.

—Él te aguarda. Está cerca. Más cerca de lo que crees.

—Hay pocos de los que hoy caminan por el mundo a los que yo tema. —Las palabras de Ereko eran trilladas, pero estaba intrigado y tenía que admitir que también lo embargaba la tensión de una nueva emoción, un toque de pavor.

—Uno de ellos te encontrarás.

La tensión lo abandonó con una profunda bocanada de aire. Nada nuevo. Ninguna revelación. Ninguna oscuridad disipada.

—Dicho encuentro se predijo antes de que los humanos caminaran por estas tierras, Surat. No tienes nada que me interese.

Mandó marchar al espectro con un ademán. Este se hundió, de mala gana, en las hierbas barridas por el viento. Al desaparecer levantó una mano y lo acusó.

—Ese te lleva a él.

Ereko asintió.

—Tal fue la promesa que se hizo hace mucho tiempo.

A última hora de la noche, con la silla apoyada en la choza de la guardia del

puerto de Unta, Noche dio un golpe con un nudillo en las tablillas.

—¿Qué pasa? —rezongó el sargento Hojalatero.

—Acaba de echar amarras un barco. Parece ese carcamán, el Tapón de no sé qué.
¿El Tapón de Trapo?

—El Tapón de Trapo se hundió. Podría ser el nuevo que tiene, el Tapón de Trapo.
Las patas de la silla cayeron con un ruido seco en el muelle.

—¿Nuevo? Tiene que estar de broma.

—Todos sus barcos nuevos son viejos. Los compra viejos. Dice que le gustan bien usados; dice que entonces saben lo que hacer.

Noche cambió el hueso de ave que estaba mascando de un lado de la boca al otro.

—Bueno, este parece que sabe lo que hacer, hundirse.

El sargento Hojalatero salió a la puerta abierta. El bigote blanco le colgaba a ambos lados de la boca crispada. Unas fisuras profundas le enmarcaban la boca y se abrían bajo los ojos castaños entrecerrados.

—De acuerdo —suspiró—. Echemos un vistazo. Que los chicos salgan cagando leches.

Noche cruzó a la carrera hacia una hilera de edificios de tres pisos del muelle que albergaban mercaderes pobres, pensiones de mala muerte, tabernas y una aduana. El edificio al que se dirigía presentaba un alto mascarón de proa de madera arrancado de un buque de guerra y después víctima de un sinfín de actos vandálicos con cuchillos y puños hasta que todo parecido con su talla, pintura y ornamentación originales se hubo desvanecido. Lo único que quedaba eran dos pies con garras, quizá de algún demonio o un ave fantástica. Esa taberna, el Mascarón, la guardia del puerto la había adoptado como cuartel general. Encontró una panda de guardias sentados alrededor de una mesa, enfrascados en una partida de hoyos. La cabo Manos acababa de tirar. Noche se quitó la pata de pájaro de la boca.

—El viejo dice que cojáis el equipo. —Manos recogió el dado de hueso.
Estallaron las voces por toda la mesa.

—¡Eh! Eso era un seis —dijo Dulce Muchacho—. Mueve.

Manos metió el dado en una saquita.

—Ya has oído al hombre, coge tu equipo.

El hombre más grande de la mesa, un guerrero barghastiano, se levantó y golpeó la mesa en el proceso, con lo que hizo bailar las fichas. Gritos de mayor indignación. Un manto peludo de bhederin negro le colgaba de los hombros y los hacía parecer casi tan anchos como los de un caballo. Retazos de tela y tótems le colgaban y tintineaban en el pelo apelmazado.

—O cuentas esa tirada o uso tu cabeza.

—Nada de peleas, Menor —dijo Manos.

Menor frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Porque podría salir herida yo. —Manos recogió su cinturón con las armas del respaldo de su silla—. ¿De qué va? —le preguntó a Noche.

—¿Cómo cojones quieres que lo sepa?

—¡Eh! Qué te he dicho de las palabrotas. Nada de palabrotas.

Noche se fue.

—¡Por el Embozado en su trono de huesos? ¿A quién coño le importa?

Una vez fuera, Noche se quedó un momento estudiando el bosque de mástiles que atestaba el puerto iluminado por la luna. Mucho tráfico, incluso a esas alturas de la temporada. La guerra siempre era buena para los negocios. Esperaba que el capitán del puerto tuviera sus libros al día; más le valdría que su parte estuviera actualizada. Casi toda la compañía que estaba de guardia esa noche salió arrastrando los pies, poniéndose las sobrevestas del uniforme y colocándose cinturones y camisotes. Manos encabezó la marcha al puerto, donde esperaba Hojalatero con un chaleco de cuero sobre la camisa y los cuchillos largos a la cintura.

—Vamos.

Bajaron por el malecón hasta el barco recién amarrado. Cuanto más se acercaban, peor aspecto tenía. Noche se preguntó si era el Tapón de Trapo original arrancado del fondo del mar que se lo hubiera llevado.

—¡Capitán! —le gritó Hojalatero a lo que parecía una cubierta vacía. Una rata anadeó por la regala.

—Igual es ese —sugirió Dulce Muchacho.

—No, el nuestro es una rata más grande —dijo Hojalatero, al que parecía cansarle todo el asunto.

Apareció una cabeza en la popa. Un cabello salvaje y grasiento enmarcaba la mancha pálida de una cara de ojos saltones.

—En el nombre de los Mellizos, ¿se puede saber qué queréis?

—Somos la guardia del puerto. ¿Llevan algo de contrabando?

El hombre se irguió y se abalanzó sobre la regala, se aferró a la madera manchada con tanta fuerza que se le quedaron los nudillos blancos.

—¿Contrabando? ¡Contrabando! ¡Ojalá! ¡Toneladas de contrabando! ¡Amapola de D'bayang! ¡Licor de sangre moranthiano! ¡Néctar blanco! ¡Barriles de néctar! ¡Lo que sea! ¡Pero no! ¡Os diré lo que llevamos, nada! ¡Ni un alfiler! ¡Toda la generosa misericordia del Embozado es lo que tenemos en nuestras bodegas! ¡No! ¡Allá que vamos navegando de puerto en puerto, vacíos! ¡Es un crimen, os lo juro! ¡Un crimen!

Menor se dio unos golpecitos en la sien con un dedo romo. Dulce Muchacho asintió.

—En tu tierra, entre los tuyos, alguien así sería sagrado o algo, ¿no?

—No. En mi tierra le daríamos una paliza tal que no cagaría en tres días.

—Por el abismo infinito, ¿a qué viene tanto grito? —Un viejo, la cara del tono azul pálido de un napaniano, se acercó a la regala. Hacía muecas y se rascaba un halo de pelo blanco disparado en todas direcciones, tenía una barba desigual y cana que hacía juego.

—Noches, capitán —dijo Hojalatero.

—¿Eh? ¿Quién es? —El hombre vio a Hojalatero y volvió a hacer otra mueca—. Ah, eres tú. —Señaló el pelotón con un gesto—. ¿A qué viene el ejército? No hay necesidad entre viejos amigos como nosotros.

—Estos días estoy a cargo de mantener la paz aquí abajo, en el muelle, capitán. Es muy raro que aparezcas aquí y ahora. A algunos les gustaría saber más.

El capitán se pasó los dedos por la barba. Se palpó la boca con la lengua como si persiguiera algún mal sabor.

—Pero tú no le harías eso a un viejo camarada, ¿verdad?

—No, claro que no. A menos que hubiera problemas. No gustan mucho los problemas.

El capitán se animó.

—Ningún problema, Hojalata. Ningún problema en absoluto. Solo venimos a ver si se puede sacar algo en el puerto. Andamos un poco bajos de fondos estos días, me temo.

—¡Porque la puñetera bodega está vacía, por eso! —chilló el marinero—. Maldito senil...

Una clavija de amarre de madera rebotó en la cabeza del marinero y este desapareció tras la regala. El capitán bajó el brazo.

—Calla, Tillin. No se tolera la insolencia a bordo del Tapón de Trapo.

El sargento Hojalatero sacudió con gesto lento la cabeza.

—Ya veo que no has cambiado nada, Cartheron.

La sonrisa del capitán Cartheron era salvaje.

—A ti te pillé unas cuantas veces, ¿eh, Hojalata? Siempre acierto.

De regreso al Mascarón, Manos habló con Hojalatero.

—¿Qué quería decir ese viejo chiflado con lo de sacar algo en el puerto?

Hojalatero se pasó un dedo por el bigote.

—Material. Hay más cargamentos y barcos hundidos en esta bahía de lo que nadie se imagina, y ese viejo echó una mano en el hundimiento de la mayoría. Quizá para una eventualidad parecida. En cualquier caso, lo vigilarémos de cerca. Y Manos...

—¿Sí, señor?

—Ese nombre no sale de aquí.

—Sí, señor. ¿Por qué? ¿Podría reconocerlo alguien?

Ante la puerta del cuartel, el viejo sargento se detuvo. Observó a la cabo por un momento, una expresión ilegible en el rostro largo y adusto.

—Dobla la guardia, cabo. Estaré dentro. Necesito una copa.

—Sí, señor.

No fue solo Kyle el que respiró tranquilo cuando quedó claro que Despellejador tenía intención de quedarse en las ruinas que en otro tiempo habían sido la fortaleza Refugio. Pero sí que le complicó la vida a Kyle durante varios días cuando los hombres de la segunda y la tercera quinta investidura (todos los reclutados por la Guardia desde el juramento original) se pasaron a preguntar cómo era el tipo. «Puñeteramente aterrador» era la respuesta que más les gustaba. Despellejador se había traído a unos cuantos de sus juramentados. Nombres que los guardias susurraban alrededor de las hogueras con tono de admiración: un maestro espadachín kartooliano llamado Shijel, y un napaniano llamado Negro el Menor. También se había traído a su propia escolta personal de magos juramentados, Mara, Gwynn y Pétalo, todos los cuales, decía Joroba, estaban muy ocupados ocultando la presencia de la Guardia de cualquier sondeo hechicero. Trémula bajó una vez a la costa y subió las escaleras hasta las ruinas para un encuentro. Kyle se dijo que quizá fuera él, pero cuando la mujer había vuelto a bajar, parecía conmovida.

Había llegado otro barco. Un velero extranjero machacado por las tormentas, escorado y con los mástiles destrozados. Según los rumores, los doce juramentados que albergaba habían remado noche y día para cruzar medio mundo. Al desembarcar ese era el aspecto que tenían: demacrados, exhaustos, vestidos con harapos. Pero los hombres de la segunda y la tercera quinta estaban exultantes. Al parecer, el número de juramentados que había ya en la Guardia pasaba de los setenta. Los hombres opinaban que ya nada podría detenerlos. Kyle no podía evitar cavilar que si bien sabía que los juramentados eran los elementos más peligrosos que había, ¿por qué parecía que siempre terminaban sacándolos de donde fuera de una patada en el culo?

Los días pasaban en una ronda paralizadora de adiestramiento y prácticas. Había que integrar a los nuevos reclutas en la Guardia. Llegaron más reclutas locales, aparecían poco a poco procedentes de los asentamientos de río arriba, de las pequeñas aldeas y los caseríos, todos impacientes por alistarse, aunque solo fuera por la oportunidad de escapar de las vidas que llevaban allí, pero en un número mucho menor de lo que Kyle pensaba que esperaban Trémula y otros de los juramentados.

Dos semanas después de la llegada de Despellejador, llegó noticia de que los otros barcos de la travesía desde Bael se estaban acercando tras haber parado para hacer reparaciones y que no se había perdido ni uno solo en las tormentas. Parecía que el mar se inclinaba por mostrarse amable con la Guardia. Esa noche, en la choza

compartida del pelotón, Joroba despertó a Kyle al incorporarse de golpe en sus mantas y maldecir como si lo quemaran.

—¿Qué pasa? —susurró Kyle.

—Nada —respondió el otro, sorprendido de ver a Kyle despierto—. Vuelve a dormir.

Kyle se echó, pero mantuvo un ojo abierto. Joroba se vistió a toda prisa y después salió de estampida a la noche. Tras pensárselo un rato, Kyle por fin se lanzó tras él. Con franqueza, estaba aburrido y Acecho le había advertido que vigilara por si algo se salía de lo normal.

Se encontró con que había esperado demasiado, Joroba no estaba por ninguna parte. Pero el viejo saboteador se dirigía a los bosques. Kyle se escabulló tras él y eludió sin dificultades a un piquete. Le sorprendió, y desilusionó un poco, averiguar que si bien esos guardias quizá fueran soldados curtidos, desde luego no eran exploradores ni hombres de los bosques. Tirado en el suelo, quieto sobre el musgo húmedo y frío, dejó de respirar un instante y escuchó; cuando su oído se acostumbró a los sonidos de la noche, oyó voces que murmuraban en las profundidades del bosque. Todavía agachado, siguió adelante.

Resultó que no tendría que haberse preocupado por llegar sin que lo vieran: una discusión a gran escala entre tres juramentados había estallado en un claro de malas hierbas muy altas. Joroba estaba allí, con Despellejador y, a Kyle se le puso de punta el vello de los antebrazos, Cogulla. ¿Qué estaba haciendo ese ahí? Por lo último que había oído, ese hombre debería estar a varios días de la costa todavía.

—No me gusta lo que se está hablando aquí, Cogulla —decía Joroba—. Debemos mantener la búsqueda del duque.

—Esa siempre ha sido tu prioridad, Joroba —respondió Cogulla con tono desdeñoso—. ¿Y qué hay de ti, Despellejador? ¿Qué opinas tú del asunto?

—No hay necesidad. Los Dolmans siguen ahí.

—¿Que no hay necesidad? —repitió Joroba, indignado—. ¿Qué significa eso, por la sonrisa del Embozado? ¿Los Dolmans? ¿Qué hacéis vosotros dos aquí, bailando como un par de putas talianas?

—¿Bailando? —preguntó Cogulla—. Por favor, nada, Joroba. Nada se puede ocultar entre viejos compañeros de campaña como nosotros, ¿verdad?

—¿Entonces por qué impedir la asistencia de todos nuestros hermanos y hermanas a este encuentro? ¿Incluso a la hermandad?

El mago supremo y maestro de asesinos de la Guardia contempló a Joroba en silencio. Se llevó las manos a la espalda. Despellejador, por su parte, no se había movido en todo el tiempo que llevaba Kyle mirando; el hombre continuaba con los brazos cruzados, los pies plantados con firmeza en el suelo, separados, tan quieto como una estatua de hierro.

—Esta es una conversación de mando entre Despellejador y yo —dijo al fin Cogulla.

—A mí no me vengas con esa mierda —contestó Joroba—. Fui maestro de asedios de K'azz y de su padre antes que él. En términos estrictos, te supero en rango.

Kyle estaba asombrado, ¿maestro de asedios de la Guardia? Ojalá hubiera prestado más atención cuando el viejo se ponía a parlotear sobre tópicos varios, como siempre tenía por costumbre hacer.

Cogulla había empezado a pasearse por el claro, con una mano enguantada se rozaba los tatuajes oscuros que tenía por la barbilla.

—Sí, ahora que lo mencionas, seguimos teniendo ese problema. ¿Qué hacer al respecto, hmm, Joroba?

El viejo saboteador miró a Cogulla, confundido.

—¿A qué te refieres?

Los paseos del mago lo habían llevado a un punto en el que Despellejador había quedado detrás de Joroba. Kyle lo vio venir. El enorme comandante se movió a una velocidad asombrosa; sacó y acuchilló con un solo movimiento, y la hoja atravesó el pecho de Joroba. Kyle contuvo un grito como si esa misma hoja lo hubiera acuchillado a él.

La mirada del mago se volvió de golpe hacia la maleza que disimulaba el escondite de Kyle.

—Termina con Joroba —gruñó—. Yo me ocuparé de este.

Kyle solo pudo quedarse mirando, pasmado, totalmente paralizado. ¿Qué estaba pasando? Sabía que debería echar a correr, pero ¿cómo iba a escapar del mago y asesino principal de la Guardia? Joroba rompió el hechizo lanzando el brazo y dando un golpe en la muñeca de Cogulla.

—Hace falta algo más que eso para matar a un juramentado, Cogulla —dijo con los dientes apretados—. ¿O se te había olvidado?

Despellejador le arrancó la espada. Joroba gruñó, pero aguantó.

—¡Corre, muchacho! Yo tengo bien cogida a esta serpiente.

—¡Acaba con él! —bramó Cogulla dirigiéndose a Despellejador.

Kyle corrió. Tras él, en el claro, Despellejador levantó su espada.

No lejos del claro, una figura enorme se levantó de la oscuridad para atrapar el brazo de Kyle. Con el corazón en la boca, Kyle se movió para sacar su arma, la mano del hombre cambió de postura y le bajó la hoja en su vaina.

—¿A qué viene tanto miedo, muchacho? —preguntó la figura.

Kyle vio que era Melena Gris, y Ogilvy, el veterano genabackeño, estaba con él. Kyle luchó por encontrar las palabras.

—Atrás, en el bosque, ¡Despellejador ha matado a Joroba! ¡Él y Cogulla!

La mirada de Melena Gris se posó en Ogilvy.

—No hemos oído nada.

—¡Ahí viene... por favor!

Melena Gris se pasó un dedo por la nariz aplastada y pensó un momento. Un asentimiento le dio permiso a Kyle para pasar.

—Yo me ocuparé de esto. Tú vete ya.

Kyle echó a correr sin detenerse a darle las gracias. Se dirigió al sur por la oscuridad de los bosques, evitó cualquier sendero y confió en la luz interrumpida de la luna para que guiara su camino. A veces creía vislumbrar figuras que se movían por el denso bosque que lo rodeaba. Otras veces la magia destellaba en la distancia, ocluía su visión nocturna y despertaba ecos de truenos distantes. No tenía ni idea de por qué Cogulla o algún otro de los magos de la Guardia no lo había encontrado todavía. Tenía que haber alguna explicación. Pero de momento no tenía tiempo para pensar en eso. Ahora lo único que le preocupaba era cuándo podía dejar de desviarse al sur para poner rumbo al oeste, al interior, y cuánto tiempo podría mantener ese ritmo endiablado dadas las semanas que había pasado encajonado en ese barco. También intentó no pensar en todos los guardias y juramentados que podrían estar tras sus pasos.

Kyle había crecido corriendo; durante días enteros había perseguido a la carrera la caza que cruzaba las llanuras de su juventud. Había huido de los grupos de atacantes de las tribus vecinas y también los había perseguido corriendo. Una resistencia fibrosa que fue su salvación en esos días, pues no fue hasta la noche del tercer día de alternar trote y carrera que sus piernas entumecidas se derrumbaron bajo él y se encontró demasiado exhausto como para intentar levantarse siquiera. Se quedó dormido allí mismo.

Si bien el cuerpo de Kyle quizá hubiera caído en un agotamiento extremo, no era el caso de su mente. Unos sueños extraños, sobrenaturales, se apoderaron de él. Imágenes y colores giraban en su mente. Soñó que la oscuridad que llenaba su visión lo asaltaba. Luchó contra ella con un poder que la hacía retroceder, pero surgían entidades de su interior para atacarlo. Él y ellas lucharon con todo tipo de miembros, espolones, garras y dientes. Se envolvían unos alrededor de otros, asfixiando y desgarrando. Las formas se fundían, se mezclaban, en una batalla feroz y agitada bajo un cielo oscuro que no parecía tener fin ni principio. La enormidad del enfrentamiento lo dejó paralizado, era incapaz de comprenderlo. Pareció flotar durante un tiempo, insensible a todo.

Y luego, en sus sueños, fue como si Joroba siguiera vivo: el viejo saboteador se acercó y se arrodilló a su lado.

—Hora de despertar, muchacho —dijo—. Se acerca el enemigo. El sitio no es seguro. Es mi última advertencia, lo siento. Esa serpiente de Cogulla se encargó de mí. Pero prometo que intentaré regresar. Ahora, despierta, te han encontrado.

Con una tos y un gemido, Kyle se obligó a abrir los ojos y despertó con una mueca, sorprendido de seguir vivo; el sol estaba en lo alto. No estaba solo, había una mujer dalhonesia a un lado con las manos ocultas en los pliegues de las túnicas que vestía, arracimadas sobre un hombro. El cabello negro y estrafalario le colgaba en gruesos mechones que le cubrían los hombros como espuma. Mara, una maga de entre los magos juramentados de Despellejador.

Una sonrisa le levantó los labios llenos.

—Bueno, ahora que has descansado podemos tener una conversación, ¿no es cierto, conejito? Por ejemplo, para quién trabajas en realidad, ¿no?

Kyle estaba demasiado débil para que le importara, no había comido en tres días.

—¿Trabajar para alguien? En el nombre de padre Cielo, ¿se puede saber de qué hablas?

—Hablo de que has eludido los esfuerzos combinados de más de doce magos que intentan ubicarte y estamos muy intrigados, ¿quién podría ser tan potente? ¿Qué poder se ha tomado interés suficiente en la Guardia como para meter un espía entre nosotros, eh? Dímelo ahora, conejito, porque seguro que lo harás más tarde. ¿Para quién trabajas?

Kyle se quedó mirando con la boca abierta a la mujer.

—¿Espía? Yo no soy ningún espía.

Mara frunció el ceño y sacó las manos de entre los pliegues de las túnicas.

—Muy bien. Me desagradan los interrogatorios, pero no me dejas alternativa. Habrá...

Se interrumpió y se volvió hacia donde un estrépito en la maleza precedió la llegada de un hombre que se apoyó en un árbol jadeando; el chaleco de cuero estaba oscuro de sudor y llevaba ramitas en el cabello despeinado y entreverado de gris. Uno de los dos tipos que andaba siempre con Acecho, Malas Tierras.

—Maldita sea —dijo sin aliento—, sí que corres, chaval.

Mara bajó las manos.

—Se supone que a estas alturas ya lo habías rastreado.

Con las manos en las rodillas, el hombre enseñó los dientes en una mueca fiera.

—Supongo que me estoy haciendo viejo.

—¿Dónde está...?

—Aquí.

Tanto Mara como Kyle se estremecieron, sorprendidos de ver a Acecho agazapado enfrente del lugar por donde Malas Tierras había entrado en tromba y con un buen estrépito.

—Y aquí.

Mara se volvió; el otro tipo, Fochas, estaba apoyado en un árbol tras ella. La boca de la maga se tensó. Se colocó bien las túnicas en el hombro.

—Más vale tarde que nunca, me imagino. Quizá ahora podamos devolverlo vivo para interrogarlo.

—¿Interrogarlo acerca de qué? —preguntó Acecho al tiempo que se erguía.

—Qué poder, de dios o diosa, ha extendido su protección sobre él. Quién nos está espiando.

—¿Ninguna pregunta sobre quién mató a Joroba?

—Yo no... —empezó a decir Kyle, pero Malas Tierras le hizo un gesto para que guardara silencio.

La maga juramentada hizo una pausa y sacó la punta de la lengua para tocarse el labio superior. Giró sin moverse del sitio y observó a los tres hombres que la rodeaban.

—Por supuesto... eso también... nos preocupa mucho...

Fochas y Malas Tierras dieron un salto y sacaron unos cuchillos. Mara hizo un gesto y con un chillido desapareció en la oscuridad cuando los hombres aterrizaron en una maraña en el mismo sitio en el que había estado ella. Los hombres se ayudaron unos a otros a levantarse.

—Zorra suspicaz —escupió Acecho en medio del largo silencio que siguió a los ecos de la senda al cerrarse.

Kyle miró de nuevo de uno a otro hombre, con la boca abierta. *En el nombre de todos esos dioses extranjeros, ¿se podía saber qué diablos estaba pasando?*

—Volverán —dijo Fochas.

—En masa —añadió Malas Tierras.

—Y también se acabaron las preguntas —terminó Acecho.

Malas Tierras y Fochas asintieron y echaron a correr hacia el interior del bosque. Acecho levantó a Kyle.

—Vamos.

—¡Espera! Qué...

El explorador tiró de Kyle sin contemplaciones.

—Muévete.

Kyle se liberó de un tirón.

—¿Qué coño pasa aquí?

Acecho hizo una mueca de irritación.

—Van a volver, Kyle. Quizá el propio Cogulla. Tenemos que largarnos ya.

—Pues en marcha, entonces.

Un brusco asentimiento y el explorador emprendió la marcha tras Malas Tierras y Fochas.

—Yo no maté a Joroba —empezó a decir Kyle mientras apartaba ramas y saltaba sobre troncos caídos.

—Esa es su historia —respondió Acecho—. Que lo mataste y huiste.

—¿Quién se iba a creer eso?

Un encogimiento de hombros del explorador mientras trotaba.

—Da igual. Ese renegado, Melena Gris, no parece muy convencido. Pero es oficial. ¿Qué pueden hacer?

—¿Y qué hay de vosotros tres? ¿Por qué atacar a Mara? ¿Qué os importa a vosotros?

El alto explorador levantó una mano para indicar un alto en el camino, se agachó a cubierto y echó un ojo a su espalda. Kyle se reunió con él. Escucharon al tiempo que intentaban contener la respiración. Tras un momento, Acecho se irguió. Se quitó el broche que llevaba en la pechera de los cueros: el sigilo de plata, el dragón que era el símbolo de la Guardia Carmesí. Lo tiró al suelo.

—La verdad es que los chicos y yo nunca estuvimos hechos para este oficio de mercenarios. No nos merece mucho crédito luchar por dinero o poder. Nosotros luchamos por otras cosas.

Kyle se dio cuenta de que él todavía llevaba el sigilo. Por alguna razón era incapaz de tirarlo.

—¿Y ahora qué?

Acecho se encogió de hombros.

—Por el abismo, salir pitando de aquí. Poner tierra de por medio. —Esbozó una sonrisa ladina—. Criar pollos. Venga, mis hermanos no van a esperar para siempre.

—¿Hermanos?

—Hermanos, primos, llámalo como quieras. Todos descendemos de una gran familia, los Perdidos. Esos somos nosotros. Bienvenido a la familia. —El explorador dio un golpe en la espalda de Kyle y se alejó trotando.

Perdidos. Bueno, mira tú qué bien. ¡Estupendo! No solo era un renegado, sin banda y con precio a su cabeza, encima lo habían adoptado los Perdidos, era un perdido más. Sacudió la cabeza ante lo extraño y lógico que le parecía todo, emprendió él también la marcha y se apresuró para alcanzar a los otros. Ante ellos se extendía legua tras legua de bosque boreal, el extremo occidental del subcontinente de Stratem.

CAPÍTULO 5



Más allá de Quon, las Hegemonías nunca resistieron; las ocupaciones no pueden sofocar el malestar, de hecho, incluso las benignas lo fomentan. ¿Es esta una lección que ha de aprenderse cada generación? Por desgracia, algunas cosas nunca llegan a cambiar.

Historiador Heboric

Antes de que el sirviente pudiera anunciarlo, el puño supremo Korbolo Dom, espada del Imperio, entró en tromba en la residencia de Mallick tirando al suelo los guantes y el manto de viaje.

—¡Ha ocurrido otra vez! ¡Otro de esos malditos nobles cobardes ha huido de la capital y se ha llevado su guardia con él, más de cuatrocientos caballos!

El silencio respondió a su pronunciamiento.

—¡Mallick! —rugió—. ¡Maldito seas! ¡No me digas que tú también te has largado!

—La preocupación del barón Nira por sus tierras y cultivos no me es en absoluto desconocida —dijo la voz sin cuerpo de Mallick desde algún lugar del interior. Korbolo siguió la voz y encontró al hombre metido en el estanque ancho y poco profundo que ocupaba el centro de sus aposentos, con una toalla sobre los hombros. Mallick levantó una copa—. ¿Vino?

Korbolo contuvo su ira y luchó contra el impulso de quitarle la copa de un sopapo. *¡Maldito sea! ¿Estará loco? ¿Las cosas están escapando a su control y él se da un baño?* Al notar otra presencia, Korbolo miró a un lado y vio al anciano criado marchito que Mallick se había traído con él de Siete Ciudades, Oryan. Después desechó al hombre de sus pensamientos.

—Mientras tú chapoteas en tu estanque, la Asamblea se disuelve. ¡Los representantes huyen! ¡Incluso los que pusiste tú en ella! Pronto no quedará nada que gobernar, que el Embozado se los lleve, aunque pudiéramos.

Mallick tomó un sorbo de vino.

—Se disuelve, qué apropiado. Amigo mío, eres todo un poeta.

Korbolo se quedó mirando la repulsiva figura achaparrada que tenía a los pies. Un

fuerte impulso se apoderó de él, le apetecía meter la cabeza del hombre bajo las aguas y asfixiar esa monstruosa maldición que acechaba y que se había apoderado de ese modo de su vida. Claro que, que él supiera, eso podía convertirse en un imposible, esa criatura parecía nacida de una ciénaga.

—Entretanto —continuó, esforzándose por no perder el hilo de sus pensamientos—, ni tú ni ella hacéis nada. Los reinos continúan alzándose en armas contra el trono imperial ¡y nosotros no hacemos nada!

Mallick suspiró.

—Pero mi querido puño supremo, primera espada. Eso es justo lo que hemos estado animándolos a hacer.

Korbolo apretó los dientes, ¡burlas! Un día ese sapo iba a presionarlo demasiado.

—Disturbios y disidencia contra ella, sí. Pero ¿secesión? Esto es un caos. Nada menos que una guerra civil. ¡Hemos perdido el control por completo!

Los ojos saltones de Mallick lo miraron con un parpadeo.

—De nuevo me asombras, primera espada. Poesía pura: caos y pérdida de control. Asombroso. —Tomó otro sorbo de vino—. En primer lugar, no es una guerra civil, es un retroceso a las guerras anticuadas y bastante monótonas de hace un siglo. Ciudad-estado contra ciudad-estado. Vecino contra vecino. Tengo entendido que es una especie de tradición aquí, en Quon.

—Sí, antes del emperador.

—Exacto. Antes de que la mano fuerte del emperador...

Korbolo se quedó inmóvil, sin aliento, las implicaciones iban brotando de la insinuación de Mallick. ¿Y a quién aceptaría el populacho encabezando las legiones que restaurarían la paz y el orden en su paisaje humeante y asolado por la guerra? Seguro que no a esa parodia hinchada de hombre. No, a él no. Dejó escapar una bocanada de aire larga, estremecida y tragó saliva para mojarse la garganta, en la que de repente tenía un nudo.

—Muy bien, Mallick. Sin embargo, eso no explica ni tu absoluta inacción ni la de ella.

—Pero, puño supremo, ¿qué quieres que haga ella?

—¡Marchar con las tropas! ¿Tenemos, qué, unos ocho mil soldados profesionales aquí en la capital? Deberíamos marchar contra Gris o Bloor antes de que se alíen contra nosotros.

—¿Y dejar Unta sin defensas?

—¿Contra quién? No hay nadie que la amenace.

—No en este momento. Pero si nos fuéramos... quizá nuestro amigo Nira y sus hermanos nobles que están tan, bueno, coaccionados en su apoyo, podrían unir sus recursos y decidir que ellos podrían defender mucho mejor los intereses imperiales, ¿eh, Korbolo?

El puño supremo lo vio entonces, estaban en un punto muerto. Tres chacales rodeando un bhederin herido. ¿Quién se atrevía a golpear primero y arriesgarse a que lo atacaran por la retaguardia? Pero ¿cómo iba a irse cualquiera de esos tres y dejar semejante premio en manos de otro? ¿Laseen, que gobernaba solo de nombre? ¿O él y Mallick, que gobernaban de hecho? ¿O los nobles y los miembros de la Asamblea, que también podrían?

Con todo, la idea inquietaba a Korbolo, la bestia moría mientras ellos se perseguían unos a otros. Quizá no le importara a esa criatura, Mallick, a quien una bestia muerta le serviría igual de bien. Pero desde luego a él sí que le importaba. Debía ser, así pues, su obligación, actuar antes de que Mallick permitiera que las cosas degeneraran demasiado. El puño supremo asintió para sí. Sí, era obvio que era responsabilidad suya. Bajó la mirada; Mallick lo observaba con gesto expectante.

—¿Sí?

—¿Eso es todo, puño supremo?

—Sí, Mallick. Eso es todo.

—Muy bien. ¿Entonces estamos de acuerdo?

—Sí. En total acuerdo.

—Excelente. —Mallick se terminó el vino.

Korbolo le dio la espalda a la visión de la carne pálida y nauseabunda de aquel hombre y se estiró la camisa.

—Abusas demasiado, sacerdote. Con demasiada frecuencia en el pasado lo has prometido todo y no has cumplido nada. La rebelión de Siete Ciudades, un fracaso. La caída de Laseen en Malaz capital, un fracaso. Si fracasas esta vez, no vivirás para prometer nada más. ¿He hablado con claridad?

—Sí, primera espada del Imperio.

Korbolo abrió los puños y se obligó a respirar hondo. ¿Cómo se las arreglaba aquel hombre para convertir en un insulto hasta ese título?

—Cuando desee hablar contigo otra vez, te haré llamar, Mallick.

Cuando fue a recoger su manto, oyó la voz suave del hombre respondiéndole.

—A sus órdenes, espada del Imperio.

Un rato después, Mallick puso la copa en el borde de mármol del estanque. Oryan se acercó sin ruido para recogerla. Se quedó en pie sobre Mallick un momento y miró a la puerta.

—¿Sí, Oryan?

—¿Por qué sigue vivo ese hombre, amo?

—Siempre me ha resultado conveniente mantener a alguien cerca a quien se le pueda echar las culpas de todo. Además, la armadura me produce urticaria.

El anciano esbozó una mueca de desprecio y asco.

—Cualquier idiota puede blandir una espada y mandar a los hombres a la muerte.

—Como todos esos comandantes militares demuestran una y otra vez. Sí, Oryan. Pero este es nuestro idiota.

La mañana de la segunda semana de asedio, el teniente Rillish se miraba en un escudo de cobre pulido mientras intentaba afeitarse en seco. La mano le temblaba de forma tan abominable que era su tercer intento. Se dijo que debía de ser por llevar toda la noche de guardia, o al menos esperaba que fuera por eso. Una llamada en la puerta de su dormitorio le dio una excusa para abandonar el esfuerzo.

—¿Sí?

—El sargento, señor.

—No será el puñetero muro sur del Embozado otra vez, ¿verdad?

—No, señor. No es eso —exclamó el sargento Acorde a través de la puerta—. Con eso se han rendido, señor, un mal trabajo.

—Entonces, si tiene la bondad, ¿qué pasa, sargento?

—Son los ancianos, señor. Otra delegación. Querrían tener unas palabras.

¿Otra vez? ¿No lo había dejado bastante claro? Rillish se sentó en un taburete de campaña. Se masajeó el muslo, donde una cabeza de lanza con forma de hoja se le había clavado.

—Muy bien, sargento, que entren.

Se abrió la puerta y entraron arrastrando los pies cinco ancianos wickanos de los atrapados con ellos dentro del fuerte. Rillish sabía el nombre de dos, el hetman, Udep, y un chamán tenido en gran consideración, Aguaclara. Le sorprendió lo vencidos que parecían. Ojos bajos, hombros hundidos. Pantalones de tela raída y cuero fino desgarrado. Hasta los amuletos y las pulseras de cobre batido parecían deslustrados y baratos. ¿Esos eran los temidos guerreros que el Imperio había sido incapaz de domeñar? Claro que, un wickano sin caballo era una criatura patética, fueran cuales fueran las circunstancias, y esas eran las peores.

—Disculpe, comandante —empezó a decir Udep—, nos gustaría hablar otra vez.

—Sí, hetman. Siempre es bienvenido. Y usted, chamán.

El mago de greñas grises consiguió asentir con una especie de sacudida. Le pareció a Rillish que era un muerto viviente, las manos se le crispaban de agotamiento, la cara estaba pálida como si le hubieran sacado toda la sangre. Una expresión acosada en los ojos hundidos. ¿Se estaba agotando ese hombre enviando maldiciones entre los sitiadores? Si era así, él no había oído nada. Tendría que preguntarle a Acorde.

—De nuevo pedimos que se nos permita la dignidad de defender lo que es nuestro.

—Ya hemos hablado de esto, hetman. Los soldados malazanos defenderán estas

instalaciones.

Las manos llenas de cicatrices del hombre se apretaron y soltaron en el cinturón como si fuese la garganta de un enemigo.

—¿Qué es lo que desea, malazano? ¿Quiere que supliquemos?

—¿Suplicar?

Algo en wickano que ladraron las tres ancianas que lo acompañaban hizo que Udep se estremeciera y aspirara una gran bocanada temblorosa de aire.

—Mis disculpas, comandante. Eso ha sido indigno. Están ustedes derramando su sangre en defensa de nuestra tierra. —El hetman bajó la vista.

Rillish vio que se le había vuelto a abrir la herida de la pierna. Debajo de la silla, la tierra compacta estaba húmeda de sangre. Se sujetó la pierna. Una de las ancianas dijo algo que tenía un sospechoso parecido a «idiota» y le apartó las manos de una palmada. Después empezó a vendarle la pierna otra vez.

—Necesita todos los brazos que pueda conseguir, comandante —continuó Udep.

—Ya hemos hablado de eso.

—Al menos moriríamos luchando.

—No sea impaciente. Todavía quedan muchas posibilidades de que lo hagan.

El hetman se cruzó de brazos y se abrazó el cuerpo. Parecía luchar con algo; Aguaclara y él intercambiaron miradas tensas.

—Nos deja muy pocas alternativas. Todavía tenemos nuestro orgullo.

Rillish sabía que los ancianos habían estado tramando algo en el edificio principal de piedra al que los había trasladado junto con los niños. Hasta el momento él no había interferido. Levantó un dedo.

—Nada de ataques. No hasta que caiga el último soldado. Esta sigue siendo una propiedad militar malazana. ¿Comprendido?

El chamán, Aguaclara, abrió la boca para dirigirse a Rillish, pero Udep lo interrumpió con una orden seca. Se volvieron para irse. Rillish tocó el brazo de la anciana wickana que le había vuelto a vendar la pierna. La mujer se volvió, los ojos entrecerrados y la expresión cauta.

—Se lo agradezco.

Una sonrisa de dientes blancos y brillantes hizo rejuvenecer décadas enteras a la mujercita y cautivó a Rillish. En la puerta, el hetman se detuvo.

—Comandante, cuando pierda las murallas, recurriré a nosotros y al edificio principal, ¿no?

Por un momento Rillish se planteó discutir si llegarían a perder el control de la muralla, pero puesto que era obvio para los dos, decidió no insultar al hombre con promesas vacías. En su lugar, se permitió un brusco asentimiento.

Udep respondió del mismo modo y se fue. El sargento Acorde metió la cabeza.

—Movimiento en el otro campo, señor. Parece que hay nuevas llegadas.

—¿Más, sargento?

El hombre sonrió.

—Da igual. Tenemos hierro suficiente para todos.

Rillish se levantó con una mueca de dolor y se apretó el cinturón con las dos espadas untan de duelo.

—Esperemos que no sea alguien que sepa lo que hace.

—No, señor. El barón Pánfilo todavía parece estar al mando.

—Bueno, daremos gracias a Trake por las pequeñas mercedes, ¿eh, sargento? Echemos un vistazo.

Había terminado por pensar en sí mismo como Trapero. Un fardo anudado de trozos usados cuyo corte original se había perdido mucho tiempo atrás. Mientras recorría lo que parecían las interminables llanuras de ceniza y los campos de rocas rotas que eran la senda Imperial, el hombre se detuvo de pronto, examinó los restos raídos de lo que en otro tiempo habían sido sus magníficas ropas y asintió, satisfecho. Sí, por dentro y por fuera, como debía ser. Se permitió caer hacia delante y retorció el movimiento para convertirlo en una serie de volteretas y patadas altas con giros. Haraposdemalion, se llamó a sí mismo mientras realizaba su patrón improvisado. Arlequín. Payaso. Se quedó inmóvil, agazapado, los brazos estirados. No, no debía soltar el único hilo que podía llevarlo de vuelta. Aunque llegaban con mucha menos frecuencia, quizá ya habían aprendido la lección.

Un movimiento en las alturas, en el inmutable cielo plomizo lo llevó a refugiarse tras un gran peñasco. Unas formas oscuras cruzaban el cielo, muy lejos, enormes y pesadas. *Así que no son simples informes e historias absurdas de fuentes de... cuestionable... fiabilidad.* Se dijo que estaban demasiado lejos y que él era, sin duda, demasiado insignificante, así que se levantó y emprendió la marcha con una ligera carrera, y los siguió.

El terreno se fue fracturando en hondonadas poco profundas y altos cerros rodeados por laderas erosionadas y extensiones de gravilla. Al bajar rozando una de esas laderas, se detuvo justo delante de una columna de basalto que sobresalía. Su sensibilidad aguzada por la senda le dijo que había alguien cerca, oculto, vigilante. Después de recuperar el aliento, lo llamó.

—Puedes salir.

Una figura se separó de las sombras de una aguja dentada negra. Bajó trepando, ágil y rápida. Trapero contuvo el aliento, una de ellos, pero no. De estilo diferente. Mucho más pintoresca, individual. Parecida pero no reglamentada en sus movimientos. La figura se detuvo ante él, a una distancia segura. Unos ojos oscuros lo miraron a través de una ranura que quedaba entre el velo y el pañuelo de la cabeza.

—¿Y tú eres? —preguntó ella.

—Alguien impresionado.

Una mirada hacia las agujas.

—Lo consiguen. ¿Te gustaría mirar?

—Mucho.

—Después de ti.

Trapero hizo una reverencia cortesana y trepó por la aguja hasta una brecha entre una aguja y otra. Más allá, tras una llanura de hondonadas retorcidas y dunas, se cernían cinco formas geométricas titánicas. Bajo ellas, los vientos soplaban de forma constante, ondeaban en nubes de polvo que alcanzaban grandes alturas. ¿Qué estaban tramando? ¿Cómo podía adivinarlo nadie? Trapero volvió a bajar.

La mujer se reunió con él.

—¿Crees que es una invasión?

—O los caseros, que vienen a fumigar.

Los ojos oscuros se abrieron más.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que hay que abandonar las anteojeras egocéntricas. No todo se refiere a nosotros.

La mujer se apartó y adoptó una postura más cómoda.

—¿Quién eres?

—Un fragmento perdido de descuido burocrático.

Fue obvio que a la mujer se le ocurrieron más preguntas, pero se las guardó.

—Bueno, tan intrigante como todo esto...

—Debes informar de ello.

La mujer asintió. Él se inclinó para ratificarlo, pero en lugar de erguirse rodó hacia delante e hizo una barrida. La mujer se apartó con una voltereta. Los dos se levantaron y se miraron, él asombrado, ella con expresión calculadora en los ojos entrecerrados. Él no se molestó en ocultar su placer.

—¡Ejecutado a la perfección! Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que vi su estilo.

La mujer, una chica, se corrigió él, hizo una elegante reverencia.

—¡Lo reconoces! Me enseñó mi padre. Y tú no deberías haber revelado tu familiaridad...

—No importará... en breve.

La chica se inclinó otra vez.

—Mis disculpas. He de irme. —Unas sombras surgieron entrelazadas de la tierra para girar alrededor de ella como un torbellino. La sorpresa de él duró solo un instante; estiró de golpe los dos brazos y unas lanzas de oscuridad golpearon a la chica y la lanzaron de espaldas. Yació allí, sin poder respirar, con las costillas

destrozadas y los pulmones perforados.

Él cruzó el espacio que lo separaba de ella.

Todavía consciente, la chica lo miró desde el suelo con expresión acusadora.

—¡Kurald Galain! —exclamó.

Él se puso en cuclillas junto a ella.

—Lo siento.

—¡Tú! Pero pensábamos que tú... que tú no...

—Sí, lo sé. Lo siento muchísimo. Lo siento más porque yo no habría enviado a alguien como tú. Pues, como ves, yo he venido en persona. —Le puso una mano en el hombro. Inconsciente. Aun así, el corazón de la chica seguía latiendo. Todavía había una oportunidad...

Hizo un gesto y un estanque de oscuridad pura surgió bajo la chica como noche líquida. La chica se hundió en él y desapareció como en un pozo de tinta. Un gesto muy pequeño... pero sentía que le debía a la joven al menos eso. Una pena que siempre tengan que enviar a los mejores.

Debería haberlo anticipado.

Cinco días de vientos favorables continuos que empujaron la flota al sudoeste fue buena fortuna suficiente para sacar a Urko de su camarote; al fin se dignaría soportar la compañía de su maga suprema, Bala Jesselt. Ullen se sujetó junto a su comandante y observó cómo el hombre permanecía sólido como una roca por mucho que sacudiese el barco cada ola o por mucho que lo estremeciese cada caída en un seno profundo. Con todo, cada legua dejada atrás parecía profundizar el ceño de las cejas del curtido almirante.

—Inesperado alcance e influencia posee este nuevo aliado, ¿no? —dijo Bala desde el centro de la cubierta. Ullen volvió la cabeza y la miró; de algún modo, la voz de la mujer, que no se alzaba más aguda de lo habitual, conseguía penetrar entre los aullidos del viento y el estrépito del mar. Una calma misteriosa también rodeaba a la gigantesca maga, ni espuma ni vientos tocaban sus capas de túnicas ni el intrincado moño de su cabello.

—¿El último recuento? —rezongó Urko.

—Ningún desaparecido. Pero los transportes siguen quedándose atrás.

—Que los elementos de cabeza arrien velas. Que esperen, si es necesario. No tiene sentido llegar sin el puñetero ejército.

—Sí, señor. Si me permite, almirante...

—¿Sí?

—Nuestra velocidad... ¿no cambia eso nuestros planes? ¿No llegaremos antes de lo previsto?

Con una mirada furiosa, Urko se dirigió a Bala.

—¿Se sabe algo nuevo de Choss?

La dalhonesia agitó la cabeza de lado a lado muy despacio, su abanico aleteaba tan rápido que era invisible.

—Nada, estimado Urko. Algo habrá que decir, quizá, a mi fuente, ¿felicidades? Al menos eso se lo ha ganado, seguro.

—Eso o que le estelle el puño en la cara. Ya lo decidiré una vez hayamos acabado. Hasta entonces, nada. ¿Comprendido?

Bala lanzó un resoplido exagerado que agitó su amplio pecho.

—Todos mis esfuerzos... —murmuró por lo bajo.

Ullen solo pudo sacudir la cabeza. Allí estaban, corriendo por delante de vientos huracanados que amenazaban con eliminarlos de la faz del mar con un simple sopapo, teniendo que gritar para oírse, y esa mujer se dedicaba a abanicarse y era capaz de comunicar hasta la menor de sus quejas.

—¿Estarán allí, en Cawn, para la reunión? —le gritó a Urko.

El almirante negó con la cabeza; la espuma relucía en su testa casi calva y moteada de cicatrices.

—No. A este ritmo, llegaremos antes que ellos. Aunque, tampoco está tan claro que llegemos al Cuerno. Da igual, cuando alcancemos el puerto, esos cawneses se acercarán sin falta. Siempre han sido capaces de reconocer por dónde sopla el viento, sí, señor. —Y entonces se rió por primera vez en meses—. ¿Lo pillas? ¿Por dónde sopla el viento? ¡Ja!

Ullen sonrió, aliviado de ver a su comandante más animado. Pero no podía evitar volver la mirada hacia la reluciente cara oscura de su maga suprema. La mujer seguía sentada donde siempre, en la cubierta central, donde se había ubicado desde el principio, y, puestos a pensarlo, Ullen no recordaba ni una sola ocasión en la que no hubieran podido encontrarla allí. Incluso comía allí, y dormía sentada, el abanico rielando y siseando la noche entera como un insecto gigantesco. Tenía que admitir que estaba impresionado, aquella mujer le recordaba a sus antiguos y poderosos magos militares: A'Karonys o Escalofrío.

Los ojos de la mujer se alzaron entonces y capturaron los de Ullen, enormes estanques castaños, y la maga sonrió como si adivinara sus pensamientos.

—No saben que me tenéis a mí —dijo, o pareció decir, Ullen no estaba seguro—. Creen que esto será un concurso de hechiceros de la maleza y brujas de la cera. Pero yo soy de la vieja escuela, amigo Ullen. A mí me acogió Kellanved, y me expulsó Tayschrenn. Y voy a enseñarle a lamentarlo.

El abanico pareció partirse entonces con una cuchillada que Ullen casi pudo sentir por encima de la tormenta que los empujaba. Miró a Urko, pero el comandante no parecía ser consciente del intercambio. *Mantenla a raya*; Urko había garantizado casi que era capaz de mantener a la mujer a raya. Pero la maga estaba insinuando una

ambición mayor y motivos propios, mantenía sus juegos sin que la intimidara, o le importara un comino, la presencia del comandante. ¿Qué clase de víbora habían acogido en su seno, una víbora demasiado traidora y poco fiable incluso para el emperador y los suyos?

Y el abanico nunca dejaba de zumbar, casi invisible, y rielar. Y Ullen se preguntó si era ese aliado, ese sacerdote de un culto del mar, quien los ayudaba a cruzar, o si era simplemente que estaban todos a merced del aleteo de un abanico.

Desde la profunda oscuridad de la abertura de un túnel que se abría al Pozo, Ho estaba sentado observando la oscuridad ligeramente menor de la mitad en sombras de la gran boca de la mina circular. Se sobresaltó y dio una sacudida cuando una vez más la barbilla le tocó el pecho y miró a su alrededor, furioso, preguntándose qué se había perdido. Pero reinaba un absoluto silencio. Todo el mundo parecía dormido, incluyendo, que él supiese, los dos recién llegados; los espías que la última vez que había visto había sido entrando en esas sombras y en ese momento estaban allí sentados, esperando, como él. ¿Esperando qué? ¿Alguna señal entre las estrellas? ¿El momento adecuado para un intento de fuga a medianoche? Ho intentó identificar sus figuras entre la oscuridad monocroma, pero fracasó. Nada se movía. Se riñó, quizá era que no podían dormir en las cuevas, quizá solo anhelaban el roce de la ligera brisa que a veces conseguía abrirse camino hasta allí abajo cuando las condiciones eran las adecuadas. Sí, y quizá eran devotos del culto de Oscuridad ancestral.

Algo entonces, ¿un movimiento? ¿Alguien allí de pie, en la oscuridad? ¿El óvalo pálido de una cara alzada? Se inclinó hacia delante y se esforzó en distinguir algo. Resonó una llamada, la llamada de advertencia de un búho. ¿De sus amigos? ¿O de arriba? Difícil de decir. Un destello entre la luz de la luna que entraba a raudales por la boca abierta de la mina. Algo pequeño que caía. Sus amigos salieron a la luz; uno, Dolor, se agachó y recogió el objeto, después lo examinó. Hablaron, pero Ho no pudo oír nada.

Cuando se retiraron a las sombras, Ho ya no pudo contenerse más. Salió con paso decidido hacia el enfrentamiento. ¡Malditos fueran ellos y sus intrigas! ¿Es que no saben que aquí todo el mundo vive solo a expensas de lo que se les antoje a sus captores allá arriba? ¿Que la menor provocación podía significar una reducción de las raciones, quizá la muerte para los más enfermos?

Cuando los alcanzó lo estaban esperando; el objeto, fuera lo que fuera, no aparecía por ninguna parte. Los miró furioso. El que se hacía llamar Dolor lo miró a su vez, sin inmutarse.

—Sigues levantado, Ho. Es tarde.

—Déjalo ya. ¿Qué estáis tramando vosotros dos?

Dolor suspiró y miró a Regalo, que se encogió de hombros.

—Nada que sea de tu incumbencia.

—En eso te equivocas, hermano. Todo lo que tiene que ver con este sitio es de mi incumbencia. Aquí abajo somos una gran familia.

—No sé por qué sabía que ibas a decir eso. Escucha, si te ayuda en algo, lo que tramamos no supone ningún peligro. De hecho, podría resultar ser justo lo contrario.

—¿Y se supone que debo fiarme de vosotros?

Dolor levantó los brazos con gesto impotente.

—Supongo que de eso se trata.

—No me basta.

—Sí, ya lo sé. Bueno, ¿y ahora qué? ¿Vas a denunciarnos a vuestro comité gobernante?

Ho decidió que ese era tan buen momento como otro cualquiera para poner a prueba sus suposiciones sobre el carácter de esos dos sujetos. Levantó la barbilla para indicar la superficie.

—Quizá tenga que avisar a los guardias, ¿qué os parece eso?

Los dos hombres se quedaron quietos. Por un instante Ho temió haberse excedido; quizá se había equivocado en su lectura de la pareja; después de todo, la verdad era que parecían estar completamente solos. Un cuerpo hallado por la mañana, ¿quién se iba a enterar? Un gran riesgo; claro que, ¿qué prueba sería de otro modo? Dolor se cruzó de brazos.

—No, creo que no vamos a hacer nada porque si de verdad los fueras a avisar, lo último que harías serías decírnoslo.

Maldito fuera.

—De acuerdo. Así que no estoy a punto de correr a ver a los malazanos. Pero tengo que saber lo que estáis haciendo vosotros dos. Lo que estáis maquinando.

Dolor negó con la cabeza con movimientos lentos; parecía lamentarlo de verdad.

—Lo siento, viejo. No podemos decir nada... todavía. Pero lo que puedo preguntar es, ¿dónde está nuestro fiel perro guardián ahora mismo? Uno de los miembros de tu gran familia feliz, creo, Sessin. ¿Dónde está? Quizá haya decidido que sería conveniente dejarte solo con nosotros, ¿eh, Ho?

Ho tenía más que decir, pero aquellos dos se fueron sin más y lo dejaron echando pestes con palabras sin pronunciar. Entre las sombras, sus sandalias pisaron algo, se agachó y palpó el suelo. Se levantó con los restos destrozados de un trozo de madera de la playa.

Caminar por las llanuras que rodeaban Li Heng era una empresa arriesgada con los setis cabalgando a voluntad por ellas. Peor todavía, puesto que Seda había cogido la dirección equivocada, es decir, alejándose de la ciudad. Los jóvenes setis de las varias sociedades guerreras, Lobo, Perro, Hurón y Chacal, estaban encantados de

perseguir a cualquier refugiado o mercader que huyera hasta meterlo en la ciudad. Pero cualquiera que intentara abandonarla era un asunto muy distinto. Los cuerpos encrespados de flechas de los que intentaban huir al sur, a las tierras de Itko Kan, o río abajo, a Cawn, los dejaban pudriéndose a la vista de las murallas de la ciudad como ejemplo para todos.

Seda no se separó de las más bajas de las depresiones de la pradera ni de los lechos hundidos de los arroyos en su camino al oeste, en paralelo, más o menos, al Idryn. Su objetivo era visible algo más adelante, la fuente del denso humo de madera verde y el hedor de cuerpos sin lavar y excrementos sin enterrar. Un campo de refugiados de los más miserables y enfermos, los rechazados a las puertas de la ciudad y juzgados demasiado viles como para ser dignos de recibir un lanzazo o un flechazo de los guerreros setis.

Los rostros se volvieron para mirarlo pasar cuando cruzó el barro pisoteado y repleto de surcos del campamento. Los viejos y las mujeres permanecían sentados a la entrada de las tiendas hechas de pieles. Los críos se agazapaban en el barro y lo miraban con la boca abierta. Ni siquiera tenían energía para mendigar. Se detuvo delante de una niña que le pareció que tendría unos diez años.

—Estoy buscando a unos ancianos, pequeña. Dos o tres que están siempre juntos. ¿Has oído hablar de ellos?

La niña se limitó a mirarlo fijamente con ojos de un color castaño líquido; era tan morena que Seda sospechó que había una mezcla de sangre dalhonesia. Un brazo le colgaba, retorcido y delgado como un palo, una vieja lesión o una enfermedad. Una repentina compasión por la chiquilla le quitó a Seda el aliento y le comprimió el pecho. Se permitió el gesto de revolverle el pelo a la niña a pesar de los bichos que se arrastraban por él. Una mujer se acercó corriendo y cogió de un manotazo la mano buena de la pequeña.

—¿Qué quieres? ¡Lárgate! ¡Si los setis nos ven hablando contigo nos rebanarán la garganta!

—Estoy buscando...

—¡Estás buscando al Embozado, eso es lo que estás haciendo! —Y se llevó a la niña a rastras. Avanzando a tirones detrás de la mujer, la niña miró atrás; con una sonrisa tímida levantó el brazo tullido para señalar el río. Seda respondió con una señal de la bendición de la Protectora.

Los encontró a los tres sentados en fila en la orilla cenagosa del Idryn, pescando.

—¿Se coge algo?

Ninguno se movió.

—Lo mismo que vas a coger tú —dijo uno.

—Que es... —dijo el segundo.

—Nada —terminó el tercero.

Seda miró a su alrededor con un suspiro y observó un sauce joven que daba una sombra pasable. Se sentó en cuclillas debajo, sacó un pañuelo de seda y se limpió la cara. No iba a ser fácil, estaba claro.

—Vamos a defender la ciudad...

—No. Lo que vais...

—A hacer...

—Es perder.

Seda se obligó a abrir el puño con el que había apretado el pañuelo y se lo volvió a meter en el bolsillo de la camisa.

—Mirad. Todo eso fue hace mucho tiempo, ¿de acuerdo? Lo siento. Hicimos lo que pensábamos que debíamos hacer en aquel momento.

—¿Acaso...?

—¿Nos hablas...?

—¿A nosotros?

Viejos rencores trémulos se prendieron en Seda.

—¡Que el Embozado os lleve! ¡Ella habría perdido de todos modos! ¡Kellanved no iba a mantener su palabra de ninguna de las maneras! ¡Borraron del mapa a todos los demás cultos locales! O se los apropiaron. Aquí habría pasado lo mismo.

—Parece que...

—Nos pides...

—¿Que confiemos en ti?

Seda se quedó mirando las espaldas encorvadas. Las puñeteras espaldas severas, todas y cada una.

—Liss está conmigo. Juntos vamos a hacer todo lo que podamos. Es la mejor oportunidad que hemos tenido en el último siglo. Lo sabéis. Hasta vosotros lo presentís. —Las cabezas se movieron muy despacio de un lado a otro cuando se intercambiaron unas miradas.

—¿Tanto tiempo?

—¿Un puñetero siglo?

—¿Y no he pescado un maldito pez todavía?

Seda se irguió y salió de debajo del sauce.

—Sabéis dónde estaré. Tenéis la puerta abierta si así lo decidierais. Con o sin vosotros, nosotros vamos a por todas.

Cuando Seda levantó la mirada tras estirarse la camisa y el chaleco, vio que había estado hablando con la nada; los tres se habían ido, palos y todo. *Panda de listillos*.

Al mediodía de ese mismo día, Arrojo aguantaba la incomodidad a lomos de su caballo, formaba parte de la comitiva oficial de emisarios hengesés enviada a entrevistarse con los delegados del alto consejo tribal seti, o *urpan yelgan*, como se lo

conocía. Ella, Risueño y Liss constituían los representantes del puño supremo Storo. O, como insistían en denominarlo los magistrados hengesos, el comandante militar provisional de Li Heng y gobernador interino de las provincias centrales. O, como se describía a sí mismo Storo, «el culo de flecha favorito de todo el mundo».

Por su parte, Arrojo pensaba que ya era pedirle demasiado tenerla montada en un caballo. En su opinión, si había algo más malvado que los jhags sobre la faz de la tierra, eran los caballos, así que montaba el suyo con una mano en las riendas y la otra en el cuchillo, por si acaso. La jornada anterior, un jinete se había acercado con una bandera blanca para solicitar un encuentro. Storo se había negado en redondo.

—No tengo nada que decirles —se había quejado. Arrojo había sido lo bastante imbécil como para replicarle.

—Alguien tendrá que ir.

Así que, cómo no, había sido ella la que había tenido que ir.

Por suerte, los magistrados de la ciudad pensaban que un encuentro de ese tipo no era digno de ellos. Como había dicho el magistrado Ehrlann: «No sabría a quién dirigirme, a ellos, a sus caballos o a sus perros».

Así que allí estaba Arrojo, montada, incómoda y sospechando de su malvado caballo, junto a Risueño sobre su montura y entre toda una hueste de bestias malévolas en forma de la Decimoséptima Caballería Montada Hengese. ¿Caballería Montada? ¡Menuda presunción doblemente inicua!

El encuentro tendría lugar en la cima de un montículo, a la vista de las murallas de la ciudad. A lo lejos, las lanzas rematadas por penachos de piel blanca de chacal se podían distinguir marcando el punto exacto. Cuando empezaron a acercarse, Arrojo le hizo un gesto al capitán de caballería para que se detuviese; Risueño, Liss y ella irían solos. Arrojo azuzó a su montura con las rodillas para que avanzara, ¡adelante, diablo! El animal cooperó, contento quizá de sosegar por el momento la suspicacia de su jinete. El sudor le corría por debajo del yelmo aunque el día era fresco. ¡Un yelmo! No recordaba la última vez que se había puesto un maldito yelmo. Risueño y Liss se movieron para flanquearla como representante «oficial». Aparecieron tres figuras montadas que trepaban por la suave ladera de enfrente: tres hombres, dos chamanes obvios con todos los peludos atributos de su cargo, las lanzas de largos penachos, los tocados y los largos mantos de piel que los envolvían. El hombre que iba en cabeza era más difícil de ubicar: soldado, eso era patente, y extranjero, no seti. Vestía un sencillo camisote de cuero con anillos sobre una camisa interior acolchada, un yelmo ennegrecido y maltratado bajo un brazo. Dominaba su figura, sin embargo, la longitud de un arco de doble recurva seti que sobresalía de la vaina de la silla de montar, pero que se alzaba casi tan alto como él. El cabello gris estaba cortado a cepillo y era apenas visible sobre una testa medio calva y curtida por el sol hasta alcanzar el color de una nuez. Una perilla gris enmarcaba una boca fina que

arrastraba la cara larga. Saludó con un asentimiento a Arrojo, que respondió del mismo modo.

—¿A quién me dirijo? —preguntó él en hengese sin acento alguno.

—Arrojo, representante del puño Storo Matash, comandante militar de Li Heng.

El hombre alzó las cejas incoloras.

—¿Así que puño? No aprobado, diría yo.

—¿Y usted es?

—Soy caudillo de las tribus setis. Les ha parecido procedente poner su confianza en mí. —Indicó al chamán barbudo de las pieles de chacal—. Este es Imotan. —Después señaló al chamán de las pieles de hurón—. Hipal.

Arrojo señaló a sus acompañantes.

—Risueño. Liss.

Al oír el nombre de Liss, el chamán del Chacal se sobresaltó. Bajo el alto gorro peludo, las cejas arrugadas descendieron.

—¿Liss? ¿Liss de verdad?

Liss dejó escapar una carcajada ronca y se dio una palmada en un muslo ancho.

—¡Conoce la historia! Me siento halagada. Sí, era yo, la seductora bailarina, ¡la ágil Liss! Jamás he olvidado las promesas de tu predecesor hace ya tantos años. «Ven a mí, Liss», me rogaba. «¡Déjame ser tu primero! ¡Te querré para siempre!»

Al chamán se le iba saltando cada vez más los ojos con cada palabra de Liss. Su rostro se oscureció hasta adquirir un tono casi rojo sangre.

—¡Silencio, mujer! —balbuceó—. ¿Quieres cerrar la boca de una vez? —Miró a su alrededor, furioso, como si la colina estuviera abarrotada—. ¿Acaso careces de honor? ¿De modestia?

—¿Honor? ¿Modestia? Pero si eso era lo último que él quería de mí. —Liss se inclinó de lado, hacia Arrojo, y susurró en un tono bajo y burlón—: ¡Cómo me rogó que me desprendiera de toda modestia, en aquel entonces! Y desde luego no era con la boca cerrada como me quería, en aquel entonces.

—Cuenta, por favor —consiguió decir Arrojo, que se debatía entre el horror y el riesgo de caerse del caballo por contener la risa. En el otro lado, la sonrisa malvada de Risueño era de las más amplias que Arrojo le había visto jamás.

—Yo, eh, veo que ustedes dos no requieren presentaciones —comentó el caudillo, que estaba mostrando un tacto asombroso, se dijo Arrojo.

—Ninguna en absoluto —respondió Liss antes de que ninguno de ellos pudiera volver a hablar—. Déjame contarte una historia. Hace mucho tiempo yo era una joven zahorí de la tribu Arena Blanca, la más joven y dotada en siglos. Y además era bailarina del Sol. ¿Quizá fue entonces cuando mi persona llamó la atención de cierto joven seleccionado para convertirse en chamán del temido hombre-chacal? Hace ya tanto tiempo, ¿verdad, Imotan? Pero en ese momento yo era demasiado joven para

cortejos y estaba llamada también a ser sagrada, un recipiente espiritual. Pero ¿qué significa eso para los que se creen con derecho a cualquier cosa, eh? ¿Qué le importaba a tu predecesor de hace tanto tiempo que al seducirme destruyera mi potencial como bailarina del Sol? Yo, que invocaba al sol para que regresara a las llanuras al cambiar el año, que intercedía por la bendición de la lluvia. ¡Qué más daba que la maldad de la violación marcara mi cuerpo y mi espíritu! ¿Recuerdas el juramento que hice cuando fue a mí a la que expulsaron de la tribu y no a él? ¿Conoces la historia, Imotan...?

Los dos chamanes se habían quedado mirando con la boca abierta a la anciana.

—¡Supongo —se burló Hipal— que no sostendrás ahora esa absurda afirmación! ¡Recipiente de Baya-Gul! ¿Maestra de zahoríes y guía de nuestros misterios del Sol?

—Yo soy.

Imotan agitó una mano para llamar la atención de su caudillo.

—No sé quién es esta pobre anciana engañada, caudillo. No hagas caso de sus delirios. Hay una historia entre nuestro pueblo sobre una joven llamada Liss, una historia ocurrida hace mucho tiempo y puede incluso que esta mujer sea ella, pero todo eso no tiene nada que ver con el asunto que nos ha traído hoy aquí.

El ceño del caudillo le indicó a Arrojo que él no estaba tan seguro.

—¿Cuál es ese juramento?

—No es nada, caudillo. Solo una leyenda de la que esta bruja pretende aprovecharse.

—No es la primera vez que oigo el nombre de Liss. Pero no sé nada de ese juramento.

—Caudillo, esa mujer solo está intentando...

—¡El juramento!

Hipal enseñó los dientes afilados y desdeñó a Liss con un ademán.

—La leyenda dice que la Liss original fue exiliada por ser una seductora que había alterado la armonía de la tribu. Al marcharse, juró que el pueblo seti vagaría perdido para siempre sin conocer su verdadero camino y que jamás volverían a hallarlo hasta que la acogieran de nuevo en el seno de sus fuegos. Y —escupió Hipal—, hasta que le rogaran su perdón.

Los dos chamanes miraron a Liss como si quisieran golpearla en ese mismo momento. Las manos de Imotan se habían puesto blancas en las riendas.

—Algunos —dijo entre dientes— lo llaman el juramento de Liss. Otros, sin embargo, lo llaman la maldición de Liss.

El caudillo asintió, comprendía. El cuero de su silla crujió cuando se inclinó hacia delante y apoyó un codo en el alto pomo.

—Así que la historia que se hará circular será que este levantamiento no es más que otro camino equivocado. Un giro errante más destinado a fracasar.

Liss le tiró un beso a Imotan.

El caudillo le dedicó a Arrojo una pequeña inclinación.

—Entiendo. Mis felicitaciones a su comandante, Arrojo. Siento decir que sospecho que nos vamos a ver muchas veces más. Hasta entonces. —E hizo el antiguo saludo malazano instituido por el emperador, una mano abierta en el pecho. Los dos chamanes se limitaron a tirar de sus monturas para darles la vuelta sin una palabra más.

Al dejar el montículo, Arrojo observó un grupo de forasteros entre la escolta seti, y entre ellos se sentaba la figura erguida y delgada del capitán Harmin Els D'Shil. El hombre les dedicó un saludo marcial lleno de ironía. Arrojo le dio un codazo a Risueño.

—Mira, ahí está nuestro viejo amigo, Sonrisas.

Risueño agitó un brazo con una sonrisa obscena.

—Es mío.

D'Shil hizo una reverencia a caballo digna de un cortesano.

El resto del camino del regreso fue tranquilo. Arrojo se concentró en no darle a su montura una sola oportunidad para hacer de las suyas. Tenía un cargamento entero de preguntas para Liss, por supuesto, si se atreviese. Sin embargo, primero tendría que comentar todo lo que acababa de oír con Seda.

—Bueno, ¿y qué te ha parecido nuestro caudillo? —le preguntó Liss a Arrojo.

—Estoy impresionada, por desgracia. Esperaba ver a alguien con un aspecto menos competente.

Liss asintió y su amplia boca se ensanchó con una sonrisa.

—Decían que tenía algo de Dassem en él, y tienen razón. He visto a los dos.

Arrojo miró a la anciana.

—¿A quién?

—Pues Toc el Viejo, por supuesto. ¡Felicidades! Pocos salen de un encuentro con él en tan buena forma. —Estiró el brazo y dio una palmada en el muslo de Arrojo—. Lo has hecho muy bien, muchacha.

Arrojo solo pudo compartir una mirada asombrada con Risueño. *¡Por los dioses del cielo! ¡Toc el Viejo!* Les iban a dar como para fregar. Claro que en lo único que podía pensar ella era en su comandante. ¡Pobre Storo! ¡Tener que enfrentarse a Toc! Le iba a afectar mucho. Quizá no lo volvieran a ver sobrio hasta que los soldados lobo derribaran las puertas de la última taberna de la ciudad.

Cabalaron en silencio hasta que casi llegaron a la puerta Norte de las Llanuras, que estaba cerrada. Arrojo había vuelto a tener bien vigilada su montura, solo por si al bicho se le ocurría que su jinete se había olvidado de lo que era un caballo diabólico, cuando Risueño se aclaró la garganta.

—Liss —dijo Risueño, y Arrojo supo que estaba a punto de preguntarle lo que

ella se moría por saber, pero no se atrevía a abordar. Él siempre era de los que iba al grano—. Tú no serás de verdad la comosellame, esa tal Baya-Gul, ¿verdad?

La anciana se limitó a sonreírle a Risueño. Aparte, a Arrojo, le dijo:

—Un consejito, muchacha. Las cosas solo tienen el poder que las personas están dispuestas a darles.

Arrojo frunció el ceño. Risueño lanzó un bufido.

—Menuda sandez de mierda.

Liss no perdió la sonrisa.

—Eso es porque tú no crees.

La noche del sexto día de huida, Kyle estaba sentado apoyado en un grueso espino, comía pescado crudo y un puñado de champiñones que los hermanos habían ido rebuscando durante la carrera del día. Acecho bebía de una bota que habían llenado en el arroyo. La mejor comida que habían tomado en días. Por su parte, Kyle no había contribuido ni con una sola cosa; bastante hacía con no quedarse atrás. ¡Y esos tipos corrían y buscaban comida, todo al mismo tiempo! Sacudió la cabeza. Siempre se había enorgullecido de su resistencia y capacidad cuando se trataba de correr, pero esos tres lo dejaban en evidencia. Además, ¿quiénes eran? Hermanos, o primos carnales, quizá. Pero ¿quiénes eran en realidad?

Se sacó las escamas de la boca y estiró las piernas, que le ardían, para que no se le agarrotaran; después empezó a pensar en lo que lo estaba atormentando de verdad. ¿Por qué seguían vivos? Si esos juramentados de la Guardia Carmesí eran tan terribles, ¿por qué no los habían atrapado ya? ¿Y por qué no se habían limitado a asesinarlos una noche como si fueran simples insectos?

Acecho le tiró a Kyle la bota de agua que el muchacho cogió con una mano.

—¿Cómo te sientes?

—Agotado. Estáis imponiendo un ritmo endiablado.

El explorador rezongó.

—Bueno, ya me dirás cómo vas aguantando. Contendré más todavía a los chicos si hace falta.

¿*Más todavía?* Por todos los ancestros, Kyle sabía que solo los mejores corredores de su tribu podrían haber logrado lo que él había hecho en los últimos cinco días. Con todo, y se relajó y se puso a flexionar las piernas otra vez, ¿qué importaba la distancia cuando los que los perseguían tenían acceso a las sendas? Kyle observó al explorador alto, delgado y rubio que estaba examinando el fondo de un mocasín.

—¿Qué más da? Si de verdad nos quisieran encontrar, ya lo habrían hecho.

—Muy cierto. Y sí que te querían encontrar esos primeros días. Pero, como dijo Mara, tenías protección. Además, a estas alturas me imagino que ya hace tiempo que

se habrán ido.

A Kyle le resbaló el pez de las manos.

—¿Ido? ¿Te refieres a que han dejado la isla? ¿Adónde?

—A Quon, por supuesto. La invasión. Estaban organizando la partida cuando los chicos y yo nos presentamos voluntarios para rastrear tus pasos. —El explorador esbozó una sonrisa lobuna muy propia de él—. Siento ser el que te dé la mala noticia, chaval, pero igual no eres tan relevante, ¿eh?

Kyle se quedó con la boca abierta, horrorizado.

—Entonces, en el nombre del Cazador Oscuro, ¿se puede saber por qué nos hemos estado matando para cruzar medio Stratem corriendo?

—Bueno, más vale prevenir que curar, ¿no?

—¡No me lo puedo creer, demonios! —Kyle luchaba por abrir la bota de agua.

—¡Eh, oye! No te pongas así. Las cosas van mejor. ¿Te acuerdas que dije que tenías protección?

—Sí, ¿de qué iba eso?

Acecho levantó la barbilla y señaló un lado.

—Bueno, veamos si están dispuestos a hablar ahora.

Malas Tierras se abrió camino entre ramas y maleza. Con él iba una anciana achaparrada y de piernas torcidas, el rostro del tono del árbol de hierro. Vestía cueros pálidos decorados con un ribete de piel, mechones de plumas y conchas. El tintineo suave de las conchas acompañaba su paso y Kyle no se preguntó cómo era que se podía mover sin ruido por los bosques puesto que la reconoció, su tribu también tenía sus chamanes, hombres y mujeres, sanadores, sacerdotes e incluso caudillos. Se levantó para saludarla.

Malas Tierras señaló con un gesto a Acecho.

—Esta es Janbahashur, al menos es como lo pronuncio yo. —A ella le dijo—: Acecho, Kyle.

Se inclinaron. La sonrisa de la mujer era amplia y mostraba unos dientes grandes y blancos. A Kyle le sorprendieron los amplios puentes sobre los profundos ojos castaños. Era como si los observara desde el interior de una cueva.

—Gracias por su protección —le dijo.

Ella se echó a reír.

—Solo colaboramos un poco —dijo en taliano—. Tú hiciste la mayor parte. —A Kyle el comentario lo dejó perplejo, pero se inclinó de todos modos—. Te diriges al oeste —dijo la mujer—. Te ayudaremos.

Malas Tierras y Acecho intercambiaron una mirada.

—¿Cómo? —preguntó el explorador. A Kyle le pareció que Acecho quería hacer otra pregunta, ¿por qué?, pero que se lo impedían los buenos modales.

—Descubriremos un camino. Vosotros cruzáis. Vais al oeste.

—¿Una senda?

Janbahashur levantó las cejas y sonrió.

—Un camino, un sendero, llámalo como quieras.

Ninguno de los soldados habló, su reticencia era obvia. Kyle se preguntó si le tocaba a él decir algo. Decidió no ser tan educado.

—¿Por qué? ¿Por qué ayudarnos... ayudarme a mí?

Los ojos de la anciana relucieron con un conocimiento oculto y una pizca de humor.

—Se podría decir que nos lo susurraron en el viento.

Viento. Ahí estaba. Kyle se quedó mirando fijamente, retando a la mujer a decir más, pero los ojos femeninos permanecieron serenos y firmes y el muchacho se vio obligado a apartar la mirada.

—Muy bien. Iremos.

Acecho asintió cuando oyó aceptar a Kyle.

—De acuerdo. ¿Cuándo y dónde?

—Aquí no. Seguidme. No está lejos.

Mientras caminaban, Janbahashur se puso al lado de Kyle. Sus suaves mocasines de cuero no hacían ningún ruido al pisar las ramas caídas y los trozos de musgo. Los llevó ladera arriba y pronto solo tuvieron rocas manchadas de líquenes a su alrededor. Los robles y las píceas caídas ralentizaban la marcha.

—Tu pueblo es como nosotros, creo —le dijo la anciana a Kyle—. Vivís en armonía con la tierra, ¿no?

—Sí. Y la veneramos, y al sol, la lluvia... y al viento.

La mujer sonrió otra vez.

—Sí. El viento. Muchos pueblos lo veneran. Para algunos no es más que una ruta que lleva al poder, una herramienta a utilizar. Pero para nosotros es vida. —Aspiró una intensa bocanada de aire y la exhaló con una ráfaga—. Todos los seres vivos lo aspiran. Incluso los árboles. Forma parte de todos nosotros, se entremezcla. Para nosotros es en realidad un símbolo de la más incognoscible de las cosas, la esencia de la vida.

—Ya veo... creo.

La mujer se rió.

—No hace falta entenderlo. —Señaló un punto más adelante—. Ya llegamos. Ahí arriba.

Treparon por una alta cúpula de roca estriada. Los líquenes la pintaban de naranja y rojo entre el verde oscuro y el zigzag de venas de cuarzo. El pico se asomaba al bosque virgen hasta donde a Kyle le alcanzaba la vista. Aparte del magnífico paisaje, la cúpula estaba vacía. Unas cuantas piedrecitas redondas la salpicaban aquí y allá, en lo que podría entenderse como un gran círculo.

Kyle miró a su alrededor, captó la atención de Acecho y lo interrogó con los ojos. El explorador asintió con gesto tranquilizador.

—Uno de vuestros amigos está vigilando a mi pueblo, como debería ser —dijo Janbahashur—. Ellos lo vigilan a él a su vez. Eso es bueno. Hacer otra cosa sería de necios y nosotros no deseamos perder el tiempo con necios. Llamadlo.

Acecho le indicó algo a Malas Tierras por signos y este bajó la ladera a la carrera.

—Está listo —dijo Janbahashur al tiempo que señalaba el centro del amplio círculo. Kyle no vio nada, solo roca. La mujer sonrió al verlo tan confuso—. Mira con más atención. Tómate tu tiempo.

Kyle se protegió los ojos del sol poniente y miró con ellos guiñados la extensión vacía. Al principio siguió sin ver nada, después notó un ligero temblor en el suelo y en el aire alrededor del centro del círculo, como si hubiera polvo suspendido. Mientras observaba, los trozos de polvo y la arena cobraron vida en la roca, giraron cada vez más rápido, se desdibujaron y después algo los absorbió y desaparecieron como si se los hubiera llevado un viento invisible. Escuchó con mucha atención, pero solo pudo distinguir un fuerte siseo, como una cascada cuyo sonido llegase desde muy lejos.

Miró a Janbahashur.

—¿Qué es?

—Como tú has dicho, un camino de Viento.

—No se parece a nada que yo haya visto —dijo Acecho—. Pero soy nuevo en estas sendas. Lo que he visto era más como desgarros, brechas y agujeros.

Janbahashur lo desechó con un gesto de la mano.

—Bah. Fuerza bruta. Abusar del tejido de las cosas. Nosotros no usamos medios tan dolorosos. Nos limitamos a plegar las formas naturales, a concentrar y redirigir las fuerzas. Si deseas sacar el hueso de una fruta, puedes arrojarla al suelo y pisarla o, poco a poco, puedes tirar con suavidad allí donde la fruta se parte hasta que se separa sola.

Fochas y Malas Tierras se reunieron con ellos. Janbahashur les hizo un gesto impaciente para que se adelantaran.

—Vamos. Rápido. No os paréis. Unos cuantos pasos, diría yo. Venga.

Acecho hizo una señal y Malas Tierras estiró de repente el brazo con el puño apretado y dio un paso adelante. El gesto a Kyle le pareció una especie de saludo militar, pero ese no lo había visto jamás. Con las rodillas dobladas en postura de lucha y los brazos en jarras, Malas Tierras avanzó por el trozo de aire desdibujado. Cuando estuvo más cerca estiró un brazo. Janbahashur, junto a Kyle, siseó, alarmada. En ese mismo instante Malas Tierras desapareció sin más. No era fácil decirlo, pero Kyle tuvo la sensación de que algo había tirado de él con un poder inmenso, como un gigante o un dios. La anciana exhaló un suspiro aliviado.

—Bien. Ahora, tú también. Ve.

Acecho echó a andar, igual que hizo Kyle, pero la anciana cogió a Kyle por el brazo.

—Unas palabras, joven guerrero.

Acecho se detuvo también. Su cabello, los faldones de las camisas, los lazos de cuero, todo restalló y se estiró hacia el vértice. Estaba diciendo algo, pero Kyle no oía ni una sola palabra. Mientras miraba, era como si el explorador estuviera luchando contra una tormenta de viento, pero perdía terreno y los mocasines resbalaban y retrocedían sobre la roca sobresaliente. Debió de rendirse al fin porque un momento después había desaparecido, atrapado en el contorno borroso de polvo y arena que siseaba.

Fochas permanecía junto a Kyle, con una mano en el cuchillo largo que llevaba en el cinturón.

—Este no entra el último —le dijo a Janbahashur.

—No pretendía alarmar a nadie. Solo una advertencia. No te detengas en el sendero. No gires ni te demores. Sería letal para ti. Y no te separes de tus armas, ¿de acuerdo?

Kyle no pudo evitar posar la mano en el puño de su talwar.

—Nunca lo hago.

—Bien, bien. Ahora, vete.

Kyle dio las gracias con una inclinación y trepó por el último trecho de la ladera. Cuando se acercó al vértice de la cúpula, sus pasos se hicieron más ligeros, la marcha fue más fácil. Como si en realidad estuviera bajando. Después, algo parecido a una mano se incrustó en su espalda, no para darle un golpe sino para acelerarlo con tal fuerza que le quitó el aliento. El entorno se desdibujó, convertido en una mancha verde. La explosión de una catarata le estalló en los oídos y después mermó el volumen, o eso o él estaba perdiendo el oído. Lo más alarmante fue el terreno que pisaba, no sabía sobre qué estaba, pero era blando y cedía como agua espesa, un contorno borroso de barro o arcilla pálida y húmeda. Kyle no le encontraba ningún sentido. No tenía ni idea de dónde estaba o hacia dónde se dirigía. También parecía estar solo por completo.

O quizá no. Unas formas atravesaban rozando el flujo desdibujado que había en paralelo a él. Lustrosas, aerodinámicas, eran como peces, pero mucho más grandes que él. Aunque sabía que no debía, Kyle no pudo evitar estirar el brazo hacia una. Sus dedos atravesaron la superficie del flujo cambiante como si los hubiese metido en el agua desde un bote. Tuvo la sensación de que lo único que tenía que hacer era saltar por la borda para encontrarse en un mundo totalmente nuevo. Una de las formas se aproximó hociqueando, como si quisiera responder a su gesto. Más de cerca, Kyle tuvo la imagen de una criatura muy extraña, muy ajena a él, ¿cómo había llamado

Joroba a esas criaturas tan horribles? Calamares.

Pensó que quizá ya había tentado a los Mellizos más que suficiente y apartó la mano. Bueno, ¿y cómo se suponía que iba a salir?

Algo atravesó como un bofetón la barrera que lo rodeaba y se enroscó alrededor del brazo de Kyle. Un dolor abrasador lo hizo chillar cuando un tirón salvaje lo arrancó del suelo y le sacó el hombro de sitio. Kyle desenvainó y acuchilló casi sin pensar. Un gemido distante, el bloqueo se partió y Kyle sintió que empezaba a dar vueltas, el brazo entumecido y agitándose. Y luego el impacto, gravilla suelta resbalando bajo él y allí quedó echado, jadeando.

Un arroyo estuvo gorgoteando a su lado todo el tiempo, de ese modo Kyle supo que no había perdido la conciencia. Yació inmóvil, sobre todo para descansar y retrasar cualquier descubrimiento sobre hasta qué punto podía estar herido. Al final, a medida que el día se fue apagando, tuvo que aceptar que las exigencias de su cuerpo seguían siendo suficientes como para obligarlo a moverse; sobre todo una vejiga llena y un estómago vacío. Lenta, dolorosamente, arrastró el brazo bueno por la gravilla, se apoyó y se incorporó. El otro brazo le colgaba inútil, entumecido, aunque el hombro le dolía como si un diablo le hubiese hundido los dientes en él.

Respiró hondo y se apoyó en una mano para levantarse. Una bandada de pájaros se lanzaron de un árbol cercano, sobresaltados, sin duda, por la resurrección del joven. Estaba en una aislada orilla de grava en medio de una corriente trenzada. El agua clara corría hacia el oeste a su alrededor, poco profunda pero rápida. Los árboles más altos que había visto jamás se alzaban a su alrededor y ocultaban todo el entorno. Estaba cayendo la noche y el aire era frío. Echó a andar hacia el oeste.

El arroyo zigzagueaba, a veces se introducía a conciencia en su llanura inundable, pero siempre se dirigía al oeste. Kyle no se separó de los arenales y la gravilla. Al final, muerto de hambre, cortó una rama de álamo y vadeó el agua hasta el centro del arroyo. Allí se quedó quieto bajo la luz tenue, con la lanza levantada. Un destello en el agua, la curva de una sombra. Tiró. Falló.

Con el tiempo chapoteó hasta la orilla con un pez empalado. Con una sola mano recogió madera seca caída y hierba quebradiza en la oscuridad, metió un pedernal presionando el cuchillo debajo de una rodilla hasta que la hierba se prendió. Limpió el pescado como pudo, lo colocó sobre las llamas y se sentó a esperar.

Mientras comía iba tirando ramas al fuego vivo. La noche se hizo más negra.

Al final oyó una voz que rezongaba en la noche.

—El muchacho podría estar herido. Desmayado. Sangrando.

Kyle miró por encima del hombro.

—Noches, Fochas.

—Herido, quizá. —Fochas se acuclilló y se calentó las manos en el fuego—.

Metido en los dioses sabrán cuántos problemas.

Kyle se señaló el hombro.

—Me hice daño en el brazo.

—Nosotros tres corriendo por ahí toda la noche y tú aquí, atiborrándote.

—Lo que va, viene, ¿no?

—¿Qué pasó?

—Algo me agarró del brazo. Creo que está roto.

—Hmm.

—¿Dónde estamos?

—¿Tienes más de ese pescado?

—Hay más en el arroyo.

—Hmm. Qué gracioso. Te estás convirtiendo en un tipo muy gracioso.

—Bueno, ¿y dónde estamos?

Fochas bostezó, se pasó una mano por la cara, se echó y estiró las piernas.

—Cerca de la costa occidental. Se ve desde cualquier tierra alta.

—¿Y luego qué?

—No sé. Robar un barco de pesca, supongo. Quizá dirigirnos a Korel. Echarle un vistazo a esa muralla de las Tormentas de la que habla todo el mundo.

Ghelel Rhik Tayliin permitió que su furia le fuera creciendo poco a poco en el fondo del estómago. Esa última revelación de la dispersión del ejército reunido en su nombre era demasiado. Una vez que habían llegado a las llanuras setis, una simple marcha forzada al este era todo lo que se requería. Cualquier idiota se daría cuenta. Pero esa última noticia, ¡dividir el ejército! ¡Qué locura! El peor error de cualquier inepto sin cerebro. Las lecturas que ella había hecho de las artes militares eran muy claras en ese aspecto. Nunca, jamás, hacer eso.

El barro gris de la costa revuelta del Idryn se le pegaba a las botas mientras se dirigía a la tienda de mando que habían levantado junto a los carros y las carretas de los suministros militares. El material nunca dejaba de moverse, e iba llegando cada vez más mientras ella se abría camino entre el laberinto de cajones, sacos apilados y animales encerrados en corrales. Los diez espadachines de su escolta la seguían a tiro de piedra a pesar de sus órdenes directas de permanecer en el carromato. *Su palanquín real, ¡que el Embozado se lo lleve!*

Tras los límites irregulares del centro de distribución, los nativos setis cabalgaban de un lado a otro, silbando y restallando cordones de cuero trenzado, conduciendo filas de ganado y bueyes al este. ¿Al este? ¿Lejos de las carretas? Ghelel se quedó mirando el espectáculo con la boca abierta.

Para empeorar las cosas, los boyeros talianos y los mestizos setis se daban codazos y le sonreían, ¡la duquesa embarrada! Ghelel se recogió los extremos de la

larga sobrevesta blanca engalanada con el león alado del blasón de su familia, se aseguró de que el yelmo envuelto en cordón de seda blanca descansaba con firmeza y sin torcerse sobre su cabeza y después levantó la barbilla, desafiante.

Los boyeros apartaron la mirada. Ghelel estaba a punto de felicitarle por esa pequeña victoria cuando observó que su escolta se afanaba en acercarse, protectora. Miró furiosa a sus guardias (que parecieron no notar la atención de su señora mientras examinaban el entorno) y echó a andar otra vez; hacía una mueca cada vez que sacaba una bota del barro que hacía efecto ventosa. Que los dioses la perdonaran: cuero rhivi curtido a mano e importado de Darujhistan. ¡De Darujhistan! ¿Por qué la habían vestido con semejantes galas? Al acercarse a la tienda, unas carcajadas y unas voces la hicieron volverse de repente. Allí, en el barro y en los bajíos del río, hombres con el torso desnudo utilizaban azadones y barras de hierro en las carretas. Las destrozaban y partían. ¡Las demolían! ¡Que Trake se los llevase! Estaban destruyendo las carretas. En el nombre del abismo, ¿se podía saber qué estaba pasando en aquella casa de locos?

—¡Quedaos ahí! —le dijo a su guardia y después abrió de un tirón la solapa de la tienda. Ameron estaba en pie junto a la mesa de campaña hecha con unos tablones que habían puesto sobre dos barriles; tras ella se sentaba el general Choss, con las botas subidas a un taburete y una toalla envolviéndole la cara. Ninguno se movió—. ¿Qué significa esta locura?

Ameron se volvió y levantó una ceja con gesto interrogante. Una vez más, Ghelel se sintió impresionada por su altura. Sin embargo, avanzada ya una senectud mantenida por medios hechiceros, con el cinturón que le cruzaba la envergadura del vientre embutido en la armadura, parecía embarazosamente tenso.

—¿Qué locura sería esa, mi señora?

Ghelel era incapaz de desprenderse de la sensación de que los dos hombres se estaban riendo de ella. Pero eso no la detuvo, decidida a defender sus prerrogativas.

—Dividir las fuerzas, en primer lugar.

Ameron miró a su comandante.

—Ah.

Choss se sentó y se quitó la toalla de la cara, después apoyó las manos entre los trozos de papel que sembraban la mesa. Aquel hombre le recordaba a Ghelel a un león lleno de cicatrices, un veterano endurecido por la batalla y superviviente de un sinfín de escaramuzas, alto y delgado, con una cabeza tupida de enmarañado pelo y una barba rizada. Choss se aclaró la garganta.

—Eso se acordó anoche, duquesa. No vimos necesidad de despertaros.

—Mi presencia es requisito imprescindible en todas las reuniones de mando.

—Ah, bien. Veréis, en campaña no siempre nos atenemos a reuniones programadas con regularidad y demás. Tenemos que movernos rápido.

—¡Entonces vengan a buscarme, maldita sea!

La mirada de Choss se posó por un momento en Ameron y este esbozó una sonrisa débil.

—Muy bien. Pero, por favor, recordad que secundasteis cederme a mí el mando de las fuerzas, y yo no tengo tiempo para explicar cada decisión.

—Pues ahora parece que tiene tiempo.

—Acorralado —dijo un divertido Ameron.

Choss suspiró y se sirvió una copa de vino de un decantador que había en la mesa. Se la ofreció a Ghelel, que la rechazó con la cabeza. Él se recostó en la silla.

—Muy bien. ¿Qué es lo que queréis que se os explique?

—He oído que va a dejar unos diez mil hombres aquí, al sur de Tali. ¡Dioses, hombre, eso es más de una quinta parte de todo el ejército! ¡Necesitamos a todos los hombres para la marcha al este! Usted dice que Heng puede que haya salido contra nosotros, o que al menos esté apostando por la independencia. Debemos intimidar a Itko Kan y Cawn. Puede que nos enfrentemos a batallas encarnizadas en Bloor y, por fin, en Unta. ¡La mismísima capital! ¿Por qué debilitarnos antes de encontrarnos siquiera con el enemigo?

Choss se puso a decir algo, pero una oleada de mugidos de un número incontable de bueyes y ganado los sorprendió junto con los silbidos agudos y los chillidos de los caballistas setis. La tienda tembló con el tronar de los cascos.

—¿Qué está pasando? —chilló Ghelel entre el estrépito.

—Los setis están llevando a la mayor parte de nuestros animales al este.

—¡Por qué!

Choss levantó la voz.

—Duquesa, la resistencia de Heng ha alterado nuestras previsiones. Debemos ir allí enseguida, antes de que Laseen llegue a la ciudad con fuerzas leales a ella. Si puede detenernos allí, nuestro movimiento perderá todo su ímpetu. Los comandantes y las provincias volverán a derivar hacia ella. Para nosotros será el fin.

—¡Pero usted me aseguró que Laseen se había encerrado en la capital!

Los dos hombres volvieron a intercambiar una mirada. Cuando el grueso del ganado pasó, el ruido se apagó.

—Sí, duquesa. Sin embargo, es posible que sus agentes hagan una oferta a los kanesianos. Una posición de privilegio en un nuevo gobierno de dominio compartido... ¿quién sabe? Puede que los sobornen para que extiendan su protección a Heng. Entonces tendríamos que enfrentarnos a dos oponentes. Debemos llegar allí antes de que se alcance algún tipo de acuerdo.

Ghelel señaló la orilla.

—Entonces dígame, ¿cómo se consigue eso dejando hombres aquí?

Choss se tomó el vino de un trago y dejó la copa con cuidado en la mesa.

—Duquesa. La antigua confederación de Itko Kan no es el único principado del que debemos preocuparnos. Al sur del Idryn está Dal Hon...

—Que ha enviado todo tipo de garantías de neutralidad.

—De forma oficial, sí. Sin embargo, hemos sacado de Quon Tali hasta el último hombre sano y mujer en forma capaces de sostener una lanza. No nos atrevemos a dejarla indefensa por completo. El consejo de ancianos dalhonesio podría decidir sacar a la luz sus viejos tratados con Heng y marchar sobre Tali. Por eso estamos dejando diez mil hombres entre ellos y Tali.

—No se deshonrarían de esa manera después de asegurarnos...

—¡Deshonrarse! —La mano de Choss aplastó la copa al caer sobre la mesa—. ¿Honor? ¿Gloria? ¡Toda esa mierda sobre la que cantan esos trovadores con ojos de cordero degollado, nada de eso importa aquí, en el campo de batalla! Aquí, un hombre o una mujer puede tener honor personal, sí. Pero ningún comandante o estado se lo puede permitir. El precio es demasiado alto. La aniquilación de todos los que te siguen. Yo pienso ganar, duquesa. Esa fue la escuela en la que me formaron. ¡Vencer! Ya habrá tiempo de sobra después para rescribir la historia y quedar bien. —Levantó la mano y cogió un puñado de informes para limpiarse la sangre—. Ahora mismo estamos fabricando balsas. Y con la ayuda de nuestros contados magos de aldea y algunos chamanes setis, bajaremos en tromba por el Idryn como si tuviéramos al propio Embozado tras nuestro culo.

—Iré a buscar un sanador —dijo Ameron.

—Todavía no —lo disuadió Choss—. No, ahora creo que es un buen momento para hablarle a Ghelel de los planes que tenemos para ella. —Y esbozó una gran sonrisa mientras se envolvía la mano con un trapo.

Ghelel sintió erizarse el pelo corto de su nuca.

—Oh, sí, por favor, infórmenme. ¿Implica quizá una barcaza real y cien esclavos remando?

Ameron sonrió. La primera sonrisa de verdad que recordaba haberle visto Ghelel.

—No os preocupéis, mi señora. El vestido, la carreta y la escolta son solo para impresionar, nada más. —Enganchó las manos otra vez en el cinturón tenso—. Solo tenemos un verdadero mago que merezca ese nombre, muchacha. Es un chiste comparado con cómo solían ser las cosas por aquí. La única ventaja que tenemos con vos es que nadie, absolutamente nadie, puede identificaros de forma fiable. Estamos vigilando a vuestra antigua familia adoptiva, por supuesto, pero aparte de ellos, solo hay un puñado a los que pueda utilizar algún mago para hacerse con vos; por ejemplo, Quinn. De ahí la tapadera del palanquín —señaló la sobrevesta blanca de la dama— y el disfraz. Según nuestro plan, os escabulliréis y dejaréis atrás todo eso durante el viaje por el río. Se ha elaborado una nueva identidad para vos.

Ghelel miró a los dos hombres, que era obvio que estaban muy satisfechos

consigo mismos. Maquinadores. Empezaba a verlo claro. A esos hombres les encantaba maquinar. ¿Quién si no podría haber aguantado lo suficiente como para ascender formando parte del personal del antiguo emperador?

—Una nueva identidad. Entiendo. Y díganme, si son tan amables, ¿qué...?

—Seréis oficial —respondió Ameron—. Jefe de caballería. Preboste, creo, es el antiguo rango. En los Centinelas de la Frontera.

—¿Los Centinelas de la Frontera! ¿A las órdenes del marqués Jhardin? Son todos veteranos, las incursiones son constantes en la frontera de Purga Nom. Jamás me aceptarán.

—Aceptan nuevos reclutas todo el tiempo. Y es el marqués el que está al mando.

—¿Qué sabe?

—Solo lo que tiene que saber. Dejo el resto a vuestra discreción. Sugiero algo que se acerque a la verdad en cuanto a vuestra educación. Por ejemplo, que pertenecéis a una modesta familia noble que se gastó sus últimos dineros adquiriendo vuestro nombramiento.

Ghelel asintió de mala gana, cualquier cosa era mejor que el puñetero carruaje pintado y ese ridículo disfraz.

—¿Cuándo?

—Molk tendrá todos los detalles. Os acompañará como vuestro criado.

Ghelel levantó una mano.

—Disculpe. ¿Ha dicho criado?

Ameron asintió, muy serio.

—Oh, sí.

—¿No será nada parecido a todo eso que he estado oyendo, verdad? ¿Todos esos adjuntos, ayudantes y segundos de las fuerzas talianas?

Choss y Ameron intercambiaron una mirada irónica.

—Oh, sí, duquesa. El ejército taliano ha decidido seguir las antiguas costumbres anteriores a los malazanos. Cualquier oficial que se respete debe tener un criado, incluso dos o tres; un mozo de cuadra para sus monturas, un edecán o ayudante para sus obligaciones diarias, incluso un asistente que entre con él en batalla. Puesto que vos sois pobre, solo os podéis permitir uno.

Reina de los Misterios, no. Ese hombre anda encorvado, apesta y encima es estrábico.

—No, él no. ¡Cualquiera salvo él!

La sonrisa de Ameron no vaciló, era obvio que estaba encantado con el arreglo.

—Oh, sí, mi señora. Es perfecto.

A la luz de las llamas de la empalizada que ardía al oeste, el teniente Rillish podía distinguir las figuras que luchaban por llegar a la cima de la empalizada este. Estaba

en pie detrás de los sacos y maderos apilados de un último reducto contiguo a los barracones de piedra del centro del fuerte. Los heridos ya llenaban los barracones. Los wickanos, según le había informado el sargento Acorde, se habían retirado al gran almacén subterráneo que se había cavado debajo. Por alguna razón, esa información lo descorazonó. Pero no tenía la energía necesaria para pensar mucho en ello; en su lugar, necesitaba toda la que podía reunir solo para mantenerse en pie. Una jabalina salió lanzada desde la oscuridad del muro del norte y él levantó las dos espadas para desviarla. La parada lo hizo tambalearse. Los dos guardias que Acorde había apostado con él lo sostuvieron y alzaron los enormes escudos. Siguieron las flechas, que se estrellaron con golpes secos en las capas de los escudos, en la madera, en el cuero y en el recubrimiento de cobre. Malditos fueran, la ventaja ya era suya. Rillish le hizo un gesto al sargento Acorde para que se acercara.

El sargento cruzó a la carrera la tierra de nadie de los terrenos centrales, empujado por las flechas y las ramas ardientes que arrojaban.

—Ya no queda mucho —bramó por encima del infierno de las maderas alquitranadas del este, el choque de las espadas y el rugido de los sitiadores. Una sonrisa idiota de placer en medio de la batalla se le había clavado en su rostro barbudo.

—Mande recado —gritó Rillish—. Prender fuego al resto y retirada.

—Sí, señor.

Rillish llamó la atención de los guardias con unos golpecitos.

—Quédense aquí. Todo el mundo aguanta para cubrir la retirada.

Los marines hicieron un saludo militar.

—Sí, señor.

A apoyaron los escudos en las maderas apiladas y cogieron las ballestas. Rillish retrocedió, cojeando y encorvado, rumbo a la puerta de los barracones, y se le ocurrió que con hombres como esos él podía ganar cualquier batalla, siempre que tuviera suficientes.

Dentro, en la oscuridad, el hedor a carne podrida y sangre seca le provocó una mueca y tuvo que llevarse la mano a la cara. Su visión se fue acostumbrando poco a poco y reveló una imagen de locura del reino del Embozado. La sangre y los fluidos relucían en el suelo de madera, brotaban de una pila que había junto a la puerta y que poco a poco se reveló como un montón de brazos y piernas amputadas y desnudas. Los hombres se sentaban inclinados junto a las ventanas estrechas con arcos y ballestas levantadas, los que podían usar algún brazo. El resto los apoyaba sujetando picas y algún carcaj. Un hombre se empeñaba en cargar una ballesta con una sola mano. Asombrado, Rillish se la quitó y la tensó.

—¡Fessel! —bramó—. ¿Dónde estás, hombre? ¿Qué significa todo esto?

—El sanador está muerto, señor —dijo el balletero.

—¿Muerto?

—Sí.

—¿Qué sucedió?

—El viejo Fessel se negó a usar su Denul toda la noche, señor. Lloraba y balbuceaba y después, cayó muerto, sin más. El corazón, señor. Pareció pararse, así, por las buenas.

—¿Qué pasó, estaba enfermo?

—No sé. Al final berreaba como un crío y decía «Por favor, para. No. Tienes que parar. Por la misericordia de Soliel, por favor, no», mientras nos remendaba lo mejor que podía. Una cosa muy rara, señor.

—¿Los wickanos?

—Abajo, señor. Callados como ratones.

—Muy bien.

Rillish cruzó el espacio que lo separaba de la trampilla abierta y el pasaje oscuro de tierra que bajaba marcado con piedras planas de río, una construcción en la que alguien había invertido mucho esfuerzo desde la última vez que él había visto esa bóveda subterránea.

—¿Udep? ¡El propio Trake viene hacia aquí! ¡Se acabó, hombre!

Oscuridad. El destello de lo que podría ser una sola antorcha en algún lugar de la otra esquina del sótano. Con los ojos clavados en esa oscuridad, un miedo sin forma atenazó la garganta del teniente. El hedor de la sangre derramada parecía incluso más fuerte allí. Pensó en la extraña actitud del hetman y el chamán durante su último encuentro. El modo en que Udep parecía estar intentando advertirle sobre algo, la mirada magullada, casi enloquecida de Aguaclara.

No. *No pueden haberlo hecho*. Sus propios hijos. Pero ¿acaso la esclavitud no era un destino mucho peor para cualquier wickano? Retrocedió y salió del pasaje de tierra y el horror que prometía. Quizá todos fueran a encontrar el final esa noche, ellos a su manera y él y sus soldados a la suya.

—¡Están retrocediendo, señor! —exclamó alguien desde una de las troneras.

—Sí. —El teniente se sacudió, maldijo a los idiotas que aguardaban bajo sus pies. ¡Malditos fueran! Demasiado impacientes por conocer al Embozado, todos ellos. Hay cientos fuera encantados de echarles una mano en ese asunto. ¿Por qué no caer con el hierro caliente? Rillish respiró hondo—. ¡Sí! Cúbranlos. ¡Demuéstrenles cómo lucha un soldado!

—¡Por el Cuarto! —gritó una mujer.

—¡Por el Imperio! —contestó Rillish.

Un gran grito se alzó de las gargantas de los hombres y las mujeres que bordeaban las murallas.

—¡El Imperio!

Un rugido atronador y una ráfaga cegadora de llamas anunciaron el estallido de los materiales inflamables acumulados en la base de las restantes empalizadas. Durante unos momentos los gritos de los asediadores aislados sobre ellas se alzaron por encima incluso de la conflagración. La luz dorada y revuelta iluminaba el pasaje y bajo su fulgor brillante Rillish se obligó a descender.

Al final las botas se le hundieron en una tierra húmeda y blanda. Se arrodilló y palpó a su alrededor con una mano enguantada, después cogió un puñado de marga. Apretó y la luz del fuego reveló un chorro oscuro que le goteaba de los dedos, tierra empapada en sangre.

Qué voluntad inhumana... Se limpió la mano enguantada en la pared y después la retiró con brusquedad. Caliente. Las paredes de tierra irradiaban un extraño calor. ¿Los fuegos? Cuando su visión se acostumbró, distinguió las formas bajas de unas piernas echadas en línea recta a ambos lados y formando una especie de pasillo que llevaba directamente a la pared contraria, donde la única antorcha arrojaba una luz desvaída sobre una única figura que aguardaba.

Rillish recorrió el pasillo. A ambos lados yacían los ancianos, los corazones atravesados, todos y cada uno. Ni una señal de ningún niño, ni de lucha tampoco. Sus rasgos flojos parecían serenos, resignados. Las botas le resbalaron y se pegaron a la tierra empapada, embarrada. Una extraña calidez húmeda lo asaltó, una oscuridad impenetrable parecía rondar justo detrás de la antorcha y la figura inmóvil.

Al acercarse, reconoció al chamán, Aguaclara, hundido hasta las rodillas. Horrible visión, dos lanzas lo sujetaban; clavadas por la espalda y cruzadas bajo el pecho del hombre, lo empalaban arrodillado. La sangre caía medio seca en riachuelos que bajaban por los astiles de madera y se acumulaba bajo él.

Por increíble que pareciera, el chamán levantó la cabeza, el movimiento hizo retroceder a Rillish, que se aferró a sus espadas.

—Saludos, malazano —dijo la aparición sin aliento, con tono húmedo.

Rillish no podía hablar. Arriba, las botas golpeaban el suelo de madera, sonaron gritos para pedir auxilio para el baluarte que había tras la puerta. El teniente sabía que si cedía esa zona, el fin no tardaría mucho en llegar. Por fin consiguió decir algo.

—Aguaclara, ¿qué habéis hecho?

La sonrisa del chamán era feroz, y victoriosa. Miró la oscuridad espeluznante que había tras la luz de la antorcha.

—Prohibida una lucha, encontramos otra. Y triunfamos, aunque el coste fue alto. Vete ya, trae a tus hombres. Se ha comprado un camino.

—¿Qué quieres decir? ¿Comprado? ¿Qué clase de trato es este?

Un estremecimiento se apoderó del chamán y su torso se deslizó un palmo por los mangos de madera. El hombre habló con unos labios exangües.

—Una huida, necio. Vida para nuestros hijos y tus hombres. Este lugar fue

sagrado una vez. Para nuestros ancestros. La sangre clamaba, igual que siempre hizo. ¡Pero hambrienta! Muy hambrienta... y apenas éramos suficientes. Ahora vete, manda a tus hombres. Yo sostengo el camino.

—¿El camino adónde?

Una carcajada sucinta cortada en seco por un gemido agónico.

—No muy lejos. Vete.

Rillish corrió a las escaleras, las botas resbalaban y se deslizaban. Rugió entonces pasaje arriba.

—¡Mándenme al sargento Acorde aquí abajo!

Al final consiguió evacuar a treinta y dos hombres y mujeres de su tropa antes de que el tejado ardiendo del edificio lo obligara a meterse en el pasaje. Su última acción fue ayudar a los heridos que se habían ofrecido a llevar en brazos a los que no podían caminar. Encorvado, con un dolor punzante en la pierna, no pudo seguir esperando más. Un soldado de la retaguardia lo sujetó en las escaleras. Juntos, cerraron la trampilla contra el horno que rugía en los barracones.

—¿El sargento Acorde?

—El primero en pasar, señor —dijo la mujer.

—Muy bien. Ahora nos toca a nosotros.

—Sí, señor. Después de usted, señor.

—No. Yo iré el último.

La mujer sonrió, morena, taliana o parte dalhonesia, los hombros cubiertos por la cota de malla eran tan anchos como los de cualquier hombre.

—No según las órdenes del sargento, si me disculpa.

Un fulgor se abrió camino como una lengua entre las gruesas maderas de la trampilla. Los dos retrocedieron, agachados.

—No hay tiempo para eso, soldado. Después de usted.

Un saludo militar.

—Sí, señor.

En la oscuridad, la soldado sacó su espada corta y preparó el escudo ancho que llevaba a la espalda.

—Buena suerte, soldado —dijo Rillish.

—Sí. Que el Embozado me libre —escupió la mujer, después murmuró una corta plegaria, se lanzó hacia delante y desapareció.

Rillish se volvió hacia la forma ya quieta de Aguaclara; el chamán había hundido la cabeza en el pecho y el cabello grasiento le ocultaba la cara. El militar se arrodilló junto a él.

—¿Aguaclara? ¿Me oyes? No sé qué decir... Gracias. Gracias por mis hombres.

—No des las gracias por un trato justo —fue el susurro ronco—. Hónralo.

Rillish se irguió.

—Sí.

Se enfrentó a la oscuridad, una mano en el puño de una espada de duelo untan, dio un paso... Y entró en un bosque, coníferas altas, trinos, rayos de sol colándose entre las ramas, movimiento entre los gruesos troncos, ¿quizá algún ciervo grande? Y luego otro paso más y entró en la noche fría. Unas manos lo sujetaron, Acorde y la soldado. Rillish levantó la cabeza y le tranquilizó ver constelaciones conocidas: los Mellizos, el Lobo, el amplio Camino de la Luz.

—¿Dónde estamos?

—Justo al oeste del fuerte, al parecer —le informó Acorde—. Se pueden ver las llamas desde la cima de la colina.

Rillish miró a su alrededor para orientarse. Estaban en una hondonada profunda, el lecho seco de un río. A su alrededor... nadie.

—¿Dónde está todo el mundo? ¿Los niños?

—Ya han puesto rumbo al noroeste, señor. No pudimos detenerlos. Dijeron que tenían indicaciones de Aguaclara. Envié a los hombres con ellos.

—Muy bien, sargento.

—¿Nos vamos? —Al este un pálido fulgor naranja iluminaba por atrás una colina. Rillish lo observó durante un rato—. ¿Quiere echar un último vistazo, señor?

Rillish hizo una mueca, se apretó la pierna y se apartó las moscas nocturnas de la cara.

—No, sargento. No pasa nada. Será mejor que vayamos.

—Sí, señor. Ahí tenemos a nuestra guía. —Acorde señaló con un gesto hondonada arriba, donde la figura desdibujada de una chica wickana se alzaba llamándolos con la mano con impaciencia.

La soldado se echó el escudo a la espalda y le ofreció el brazo. Rillish aceptó.

El tiempo en el mar occidental del Explorador había demostrado ser de una calma considerable en los últimos días. La mañana del sexto día, Trémula se colocó en su lugar habitual junto a Jhep, su timonel en el Nómada. La comandante vestía solo la camisa interior larga de lino y unos pantalones sueltos, pero no parecía notar el frío viento del amanecer. Un marinero le llevó té caliente que ella tomó a sorbos, los ojos clavados en las aguas que se veían a lo lejos, en el horizonte del norte. Allí crecía un nimbo de color esmeralda que vacilaba como las luces que a veces se veían en el cielo nocturno. *El ritual de Cogulla*. La inquietaba, esa confianza en aquello tan poco propio de Ruse; ¿cómo lo había llamado la maga suprema?: sumisión. Los instintos de Trémula le decían que desconfiara de cualquier pose de esas, pues pose tenía que ser, con toda seguridad. Sobre todo cuando estaba implicado un ancestral. Y esa prisa demoníaca por llegar a Quon... No había necesidad, que ella viera: y sí muchas

razones para lo contrario. Y sobre todo con ese asunto inconcluso que habían dejado atrás.

Miró al Gedrand, el barco de guerra kurzano de tres gradas que habían capturado, Despellejador lo había tomado como su buque insignia. A pesar de la incalculable ventaja que su presencia proporcionaba al juramento de todos, Trémula no podía evitar desear que nunca hubiera regresado. Solo con verlo ya se estremecía, ¿dónde estaba el hombre que ella había conocido? ¿Quién era ese impostor? Sus fuentes le habían dicho que todavía no lo habían visto sin su armadura. Al parecer, dormía sentado, totalmente equipado. Y esa armadura, Trémula no había visto nunca nada parecido. ¿Qué era esa pátina oscura que la cubría como un brillo cristalino? Despellejador no ocultaba que su mecenas, Ardata de Jacuruku, se la había regalado. Era una especie de reina bruja, quizá incluso una ascendiente de esas tierras extrañas. Y tampoco era ningún secreto que su relación había sido estrecha. ¿Amantes? Trémula sintió el viento frío y se rodeó el cuerpo con los brazos. El juramento seguía empujándolo, de eso estaba segura. Pero ¿qué otros juramentos menores podría haber hecho durante todos esos años que había pasado lejos? Trémula tiró el té frío por la borda.

—Mande a buscar a Humo —le dijo a un escolta.

—Sí, señora.

Poco después, el mago llegó abriéndose camino hacia popa, pasando las manos por la regala, la cara de un color pálido enfermizo. Trémula no pudo evitar sonreír. No había sido nunca de los que estaban a gusto en el mar, el bueno de Humo.

—¿No se sabe nada más de la investigación? —preguntó cuando el mago se acercó.

—No, comandante. —La cara del mago era lechosa bajo los tirabuzones enmarañados y grasientos. Sus ojos se entrecerraron y miraron al frente, donde una cortina verdosa de luz comenzaba a surgir de entre las olas.

Sus sargentos le trajeron a Trémula su armadura. Ella levantó los brazos para que le deslizaran el peto acolchado por la cabeza, seguido por la camisa de cota de malla que sacudieron para que le colgara hasta las pantorrillas, con aberturas por delante y por detrás.

—¿Has interrogado a los hermanos?

—Sí. Mantienen que no vieron nada esa noche. De hecho, incluso afirman que no pasó nada, puesto que ellos no lo presenciaron.

—¿Y Joroba no ha aparecido entre ellos?

—No. No hay señal de él.

—¿Los han sobornado?

La pregunta sobresaltó a Humo. La mirada que le lanzó a Trémula estaba llena de alarma. Respondió con aire pensativo.

—No creo que eso sea posible...

—Entonces nos quedamos con ese joven como agente enemigo. Un espía con aliados poderosos.

—Sí. Su huida sugeriría esa conclusión.

Trémula cogió el yelmo y la espada y despidió a los soldados con un ademán.

—A menos que los que buscaban no lo intentaran con mucho empeño.

El mago alzó las cejas sin pelo.

—No me había planteado eso. Apunta en direcciones... poco sanas.

Trémula se puso el yelmo y cerró el barbote inferior.

—Lo sugirió Melena Gris.

La mirada de Humo se posó un instante en la ancha espalda del hombre de proa.

—Entiendo... Sí, tiene sentido. Está cerca del asunto, pero no es juramentado, así pues no comparte nuestras cegueras. Haría falta alguien ajeno, ¿no? Gracias, comandante.

—La hermandad respalda por completo a Despellejador, por supuesto.

—Jamás dejaron de exigirlo. Un golpe contra Quon.

—Exacto. Sus prioridades no son necesariamente las nuestras.

—Cierto. Pero quizá el término «sobornados» es demasiado fuerte. —Humo se apartó de la cara el pelo empujado por el viento—. ¿Quizá seducidos o influidos?

Trémula se puso el cinturón con la espada-látigo y se colocó bien el peso en las caderas.

—Quizá. ¿No deberías estar prestando tu fuerza a ese ritual?

—Dioses, no. Yo solo soy un mago menor de batalla de Telas, aunque admito que puedo vislumbrar la Thryllan ancestral en momentos de inspiración. No conducente, ya te imaginas, a los actuales esfuerzos compartidos para embridar a Ruse.

—Si tú lo dices, mago. —Una vez más, ¡ojalá hubiera mantenido a Penas y su espada cerca! La suya era una jugada desesperada, pero habían decidido que la tirada merecía la pena. Era demasiado tarde para lamentarse. ¿Y qué había de Cal-Brinn? ¿Qué había pasado con su tropa? Le gustaría tener acceso a su opinión sobre la magia de esos rituales.

—Trémula...

—¿Sí?

—Ten cuidado.

Un asentimiento.

—Te podría decir lo mismo a ti.

Humo se dirigió con un bufido a la proa.

El fulgor se fue reforzando a lo largo de la mañana, agrandándose y convirtiéndose en una cortina vacilante, de color verde y violeta profundo,

acompañada por un constante tronar más adelante. Mientras Cogulla y los otros magos juramentados se preparaban para el momento justo, la partición, o portal, o lo que fuera, les marcaba el ritmo y se mantenía a unos cien cables de distancia. El mar que surgía desde abajo los alcanzaba con un color esmeralda con burbujas de espuma, como si lo agitaran diferentes energías y, lo que era más inquietante, moteado por maderas y la basura que se reúne junto a cualquier orilla. En la cubierta central, el primer oficial kurzano bramaba órdenes: estaban arriando las velas y los hombres estaban estibando el material. Trémula reconoció los preparativos para una galerna inminente.

¿Qué disfrazaba esa pantalla? Trémula había oído las habituales leyendas e historias sobre remolinos y tormentas que hacían pedazos barcos y aguardaban a cualquier necio lo bastante insolente, o lo bastante desesperado, para poner a prueba el reino de Mael. Pero esos relatos llegaban a ellos desde tiempos muy lejanos y quizá no fueran más que eso, imaginaciones. A decir verdad, nadie sabía qué era lo que les aguardaba, ninguno de los doce magos, juramentados o no, ni ninguno de sus marineros, pues no se había sabido nada más de cualquiera que hubiera osado entrar.

¿Por qué esa prisa impía? ¿Por qué ese avance repentino sobre Quon, solo tres veleros adelantándose como flechas a toda la flota, el Nómada, el Gedrand y el Kestral? Transportaban a la mayor parte de los juramentados, sí, pero ¿qué esperaba lograr Despellejador con solo dos mil hombres?

Unas banderas ondeaban en los costados del vecino Gedrand. En la proa, los brazos de Humo estaban levantados para comunicarse con sus compañeros magos. *En cualquier momento ya.* Trémula se abrazó al mástil de popa. Por delante, la puerta había detenido su rápido retroceso y los aguardaba con varias brazas de altura. Se parecía a una enorme catarata que surgía en el aire vacío. A Trémula la asaltó la desorientadora impresión de que la puerta que los esperaba era en realidad la superficie del mar y que eran ellos los que se precipitaban sin control por un tobogán hacia su destrucción. *Que Togg, Oponn, Ascu y Fanderay nos protejan... Pero Embozado... ¡mira tú, nunca nos podrás tener!*

Cuando la proa perforó la barrera, Trémula tuvo una última impresión de Humo, con los brazos alzados como para protegerse de una visión de perdición, y de Melena Gris, el renegado malazano, con las rodillas dobladas en una postura de alerta, un brazo estirado, una cuerda se lo envolvía, y después el rugido, no, el siseo, el agua hirviendo. La puerta estaba sobre ellos y ella se quedó ciega...

Un estrépito vibrante, un golpe que casi le arranca el brazo, lanzó a Trémula al suelo cuando cayó sobre ellos como un martillo. El chirrido de la madera que se agrietaba, el crujido lento y pesado de un peso enorme cayendo a plomo sobre la

cubierta, un mástil partido y hombres chillando. El chapoteo del agua hosca, hinchada, al envolverlo todo, seguido por el silencio que solo dejaba el gemido de los heridos. Trémula se puso en pie y se frotó el hombro por donde había chocado con el mástil.

—¡Hombre al agua! —fue el grito que se oyó.

—¡Hombre al agua! —resonó un eco lejano. Trémula miró a babor, donde se bamboleaba el Gedrand, un mástil partido a un tercio de la cima y enmarañado entre los aparejos.

—¿El Kestral? —exclamó Trémula a los del otro lado.

Le respondió una voz desdibujada.

—¡Aquí también!

Sí. Dondequiera que fuese ese aquí.

—¡Humo!

—Por la borda —respondió un guardia.

Trémula fue al costado del barco. Hombres y mujeres se hundían y chapoteaban en una superficie de restos y maderos pálidos. Tan densos eran los escombros que las cuerdas que les arrojaban casi ni se mojaban. Trémula distinguió al mago del pelo estrafalario aferrado a un tronco. Había algo en aquellas aguas y en el horizonte que le resultaba extraño, pero no tenía tiempo para planteárselo en ese momento.

—¡Capitán! —El capitán kurzano y su primer oficial se acercaron a ella—. Informe.

—Han saltado las juntas —dijo el primer oficial, que se mesaba la barba negra—. Está entrando agua.

—¿Se puede volver a calafatear?

Un encogimiento de hombros resignado.

—Habrà que intentarlo.

—Muy bien. Cojan todo lo que necesiten para bombear y achicar. Pueden irse.

Trémula fue a ayudar al viejo timonel, Jhep, a levantarse. Parecía haber recibido un golpe del amplio mango de madera.

—¡Que me manden al mago! —gritó Trémula tan alto como pudo.

—Sí, señora —respondió alguien desde la cubierta.

Sentó al hombre junto al timón, que permanecía inmóvil aunque nadie lo controlaba. Trémula frunció el ceño y posó una mano en él, en busca de cualquier sensación de movimiento o tirón. Nada. Permanecían quietos en el agua. No lo que ella esperaba.

—Comandante.

El agua que chorreaba en los tablones de la cubierta junto a Trémula anunció la presencia de Humo. Trémula estudió los ojos del timonel, los dos miraban al frente y las pupilas estaban iguales. Sabía lo que tenía que buscar, las señales de peligro; años

en el campo de batalla enseñaban a cualquiera el tratamiento básico de los heridos.

—Hazte cargo, Humo.

—Sí, comandante. ¿Lo has visto?

—¿Ver qué? He estado ocupada.

Humo agitó un brazo y abarcó todo a su alrededor. El mago estaba mirando a lo lejos. Su expresión parecía sobresaltada.

—Bueno —dijo con voz tensa—. Será mejor que eches un vistazo.

Trémula se irguió y se acercó al costado del barco. Cuando alzó la mirada se detuvo con las manos paralizadas en los hombros de la cota de malla. Lo que a ella le habían parecido islas distantes, la fuente de los maderos y demás restos, no lo eran. Los rodeaban barcos, o más bien, descansaban en medio de un mar de veleros inmóviles que se extendía de un horizonte a otro.

El absoluto silencio oprimió a Trémula con todo su peso. Un mar de barcos fantasma. La mayor parte de los más próximos parecían galeras, aunque los navíos más distantes podrían ser mucho más grandes, veleros de varios niveles. Uno que destacara tanto entre la extensión de madera gris tenía que ser enorme para alzarse de aquel modo. Y la tripulación de la cubierta, según advirtió la comandante en ese momento, bordeaba los costados, estática, con los ojos fijos. ¿Algún tipo de encantamiento? Pero no, seguramente la visión sola era suficiente.

—Humo —consiguió decir—. ¿Qué es esto?

—¿Me lo preguntas a mí?

—Los Bajíos —dijo una voz en kurzano, apagada y sin vida.

Trémula se volvió. Era Jhep, sus ojos desprovistos de emoción.

—¿Los Bajíos? Explícate.

Un débil encogimiento de hombros.

—Leyenda. Viejos mitos. Un lugar donde el dios del mar envía a aquellos que maldice. O a aquellos que invaden su territorio. Quizá aquí sea donde terminan todos los que intentan usar Ruse, ¿no? No me extraña que no supiéramos nada. —Y se echó a reír con una tos.

El golpe en la cabeza, es eso. La alternativa... ¡Dioses! No era de extrañar que no hubiera habido resistencia, podías entrar cuando quisieras. Pero salir, bueno, no había salida.

—Tiene que haber otra explicación. Corrientes... un remanso...

—No hay ninguna corriente —dijo Humo.

—Bueno, cualquier barco se hundiría con el tiempo.

—No. Uno no se hunde en este mar.

Exasperada, Trémula se enfrentó a Humo.

—¡Explícate, que el Embozado te lleve!

Con una gran sonrisa el mago de Cawn se llevó un dedo a la lengua.

—Sal. El mar más salado que he probado jamás. Aquí no puede hundirse nada. Hasta yo flotaba y eso que no sé nadar.

Trémula se lanzó hacia la regala y se aferró a ella con las dos manos. ¡Maldito Mael! Malditos esos magos estúpidos cuya arrogancia los había llevado a semejante final. ¡Maldito Cogulla! Cómo debía de estar partiéndose de risa el Embozado, ¡no tenía que molestarse en llevárselos, se habían levantado y se habían ido ellos solitos!

Al pensar en eso se permitió una sonrisa siniestra y compartió la diversión. ¡Justicia poética! Se quitó el yelmo. Todo aquello apoyaba una convicción muy personal suya: que existía un equilibrio persistente en la creación que al final siempre terminaba imponiéndose de algún modo. Por lo general, del modo que menos anticipaban todos los implicados.

Se volvió hacia Humo.

—¿Y ahora qué, mago? —Señaló con un ademán los campos de navíos embarrancados que se extendían por el horizonte—. Podrías hacer estallar una tremenda conflagración aquí para darle una lección a Mael, ¿no?

Pero el mago de cabellos salvajes, que parecía una rata ahogada con las túnicas empapadas que empezaban a secarse y dejaban una escarcha de copos de sal, miraba a un lado, pensativo.

—Pasa algo con el Kestral.

Trémula giró en redondo. Entre las jarcias revueltas del Gedrand pudo distinguir los altos mástiles del Kestral. Las banderas ondeaban en el más alto.

—¡Capitán! ¡Humo!

—¿Sí, señora?

Percibió la presencia de Humo a su lado, sondeando, pero el mago se encogió de hombros. *Nada*. Llamaron al capitán para que subiera. Llegó secándose las manos, empapado hasta la cintura. Estudió las señales.

—¡Que suba un hombre a lo más alto!

Varios marineros treparon por las jarcias.

En la cima del mástil principal, un marinero examinó el horizonte y señaló una dirección.

—¡Luz! Un fulgor a los lejos. Como de magia.

—¿Qué rumbo? —bramó el capitán.

Brazos alzados y abiertos en vana ignorancia.

Sí. ¿Qué rumbo? Trémula miró a su alrededor, al cielo pálido, casi sin color, el monótono horizonte que los rodeaba. *¿Quién va a saberlo en un sitio como este?*

—¡Muestra la dirección! —exclamó el capitán—. Piloto, márcala. —El primer oficial kurzano levantó la cabeza y miró al marinero con los ojos entrecerrados, se volvió, se llevó un disco de bronce a un ojo y miró por él, estaba perforado con agujeros finos como agujas. Trémula lo conocía de haberlo estudiado. El oficial le

hizo un gesto al capitán.

—Marcado.

El capitán dio unas palmadas.

—Muy bien, piloto. ¡Hombres! —rugió—. ¡Bajad las barcazas! ¡Remeros, preparados!

—Sí, señor.

Trémula empezó a desabrocharse el cinturón. Miró al Gedrand; ellos también habían tomado la misma decisión y los marineros trepaban a las barcazas para prepararlas. *Así, con calma chicha debemos remar hasta la puerta, si eso es lo que promete el fulgor.* Trémula imaginó la prueba que debía aguardarles. ¡Remar entre un milenio de desechos! Apartar veleros podridos de su camino. Quién sabía cuánto tiempo llevaría. Pero eran juramentados. Se abrirían camino como fuera... al final. Ninguna tarea podía amedrentarlos, ¿qué era el tiempo para ellos? Para Trémula ya era una perspectiva natural, pero una perspectiva que sabía que otros, los mortales, no podían comprender ni compartir. Sospechaba que eso convertía a los juramentados en algo parecido a una especie extraña y aparte.

Miró atrás y contempló el surco de restos que había abierto la entrada de sus tres navíos. *Bueno, Mael. Nos dejás aquí varados y después nos tientas con una posibilidad de huida a lo lejos. ¿Por qué? ¿Con qué propósito?*

Una lección quizá, ¿no? Pasad, juramentados. Pero no regreséis. Esto es lo que os aguarda. Ahora marchaos. Y tampoco os lo voy a poner fácil.

Al llegar a la costa giraron al sur y se mantuvieron al amparo que les ofrecía el refugio de la línea de árboles. Malas Tierras y Fochas exploraban y cazaban mientras Acecho caminaba con Kyle, que echaba pestes, se sentía inútil con el brazo de la espada en cabestrillo. Una vez que habían pasado los apuros por huir y salvar la vida, aquel joven de las llanuras había empezado a preguntarse por sus circunstancias, y le preocupaban. De hecho, le resultaba muy misterioso, puñeta. ¿Qué había querido decir la maga juramentada, y también la chamán, cuando hablaban de que tenía algún tipo de protección? ¿Quién podía ser? ¿O qué? Y, aunque no quería parecer desagradecido, ¿por qué se estaban tomando esos tres hombres tantas molestias para ayudarlo? Su desertión parecía real, pero ¿por qué en ese momento y con él? ¿Había sido esa su mejor oportunidad? Cuatro tienen muchas más posibilidades que tres. Y Acecho había dicho que la Guardia iba a abandonar esa tierra para poner rumbo a Quon en cualquier caso...

Kyle se detuvo. Acecho siguió adelante durante un momento y después también se detuvo y apoyó una mano en el tronco de un pino.

—¿Qué pasa?

Kyle se encogió de hombros y se ajustó los pliegues del cabestrillo.

—Solo me preguntaba... Dijiste que la Guardia se iba cuando os ofrecisteis a rastrearlos. Pero ¿cómo planeaban que os reunierais luego con ellos?

Acecho se levantó el yelmo y se secó el sudor de la frente.

—¿Todavía andas con esas? Creí que te resultaría obvio... —El explorador sacó la bota de agua y se echó un chorro a la boca. Después se la ofreció a Kyle, que la rechazó con la cabeza. Señaló con un gesto el mar que rielaba al oeste—. Te traeríamos a la costa, cogeríamos un barco pequeño y zarparíamos hacia Quon.

—No tiene gracia, Acecho.

El explorador se secó unas gotas del bigote, sonrió y después buscó con los ojos un sitio donde sentarse. Eligió una roca cubierta de musgo.

—Mis disculpas. —Se quitó el yelmo y se frotó el pelo sudoroso—. No te preocupes, muchacho. Solo era una broma. —Invitó a Kyle a sentarse—. Na. Nosotros hemos dejado la Guardia para siempre. No tiene futuro.

Kyle se sentó.

—¿A qué te refieres?

—No hay posibilidades de prosperar, ¿no? Y además, están acabados. Condenados a pudrirse a menos que pase algo grande que los espabile.

—A mí no me parece que los juramentados se estén pudriendo. Son fuertes.

El explorador desechó el comentario con un gesto.

—No hablo de eso. Me refiero a que están ciegos a lo que pasa en el presente. Están encallados en el pasado. —Frotó la saquita que le colgaba del pecho—. Es como si caminaran de espaldas hacia el futuro, ¿sabes a lo que me refiero?

Todo lo que Kyle entendía se le debía de notar en la cara porque el explorador respiró hondo y lo volvió a intentar.

—Preguntaste por Malas Tierras y Fochas. Bueno, es verdad que estamos emparentados. Algunos podrían llamarlos mis primos, primos lejanos. Podría decirse que somos hermanos. Todos pertenecemos a los Perdidos allá de donde venimos. Bueno, pues allá es lo mismo. Encallados en el pasado. Nos fuimos porque ya estábamos hartos. Imagínate el disgusto cuando nos encontramos con más de lo mismo en la Guardia.

Kyle asintió.

—Entiendo, creo.

Una sonrisa débil, glacial.

—Da igual. Veamos que nos queda para comer.

Se quedaron sentados a la sombra de unos altos cedros y masticaron conejo ahumado y luego comieron bayas silvestres de un tipo desconocido para los dos. Kyle pensó que quizá eran las bayas lo que le había estado dando cagalera. Mientras estaba allí sentado, dejando que la brisa fresca le secase la espalda y el pelo, Fochas se acercó con paso pesado.

—¿No estaré molestando vuestro banquetito del puñetero Embozado, verdad?

—Ni mucho menos —dijo Acecho—. ¿Quieres unas bayas?

—No. Me dan retortijones.

—¿Por eso estás aquí —dijo Acecho—, para hablarnos de tu digestión?

Fochas se pasó una mano por el cabello gris y rizado.

—Ya que lo preguntas, mi digestión es una mierda desde que te empeñaste en arrastrarnos a esta expedición de la maldita Poliel. Es una puta vergüenza. —Le guiñó un ojo a Kyle—. Este tipo tiene la capacidad organizativa de una ardilla en pleno ciclón.

—Es solo tu digestión haciendo de las suyas, Fochas.

—No. Ya lo sabrás cuando me pase eso precisamente.

—¿Y qué hay de nuevo, entonces?

Fochas se acuclilló. El chaleco de cuero liso que vestía hacía que sus brazos parecieran enormes, unas bandas de cuero los rodeaban por encima y por debajo del codo. Cogió un puñado de ramas y las rompió con las manos, anchas y romas.

—Hemos encontrado una aldea de pescadores en la costa, pequeña y patética. Tan agostada como te puedas imaginar. Pero tienen un bote nuevo muy bonito allí plantado, listo para empujarlo por la playa. Es como un maldito regalo de los dioses.

—Y eso es lo que te preocupa.

—Sí. Me revuelve el estómago, pero quizá solo sean mis tripas, que se encogen.

—De acuerdo. Vigilaremos un tiempo. Malas Tierras y tú primero.

—Sí, señor.

Después se dirigió a Kyle.

—Esperaremos aquí, ¿de acuerdo? Después robaremos nuestro barco.

—Está bien. Pero te advierto que no sé ni una palabra de navegar y demás.

Acecho y Fochas intercambiaron miradas divertidas.

—No pasa nada —dijo Acecho—. Nosotros tampoco.

LIBRO SEGUNDO



EL ETERNO REGRESO

Estas historias de una antigua ocupación trell o thelomenia de nuestras tierras son totalmente falsas. Jamás ha habido, ni hay, eliminaciones sistemáticas ni intrigas nefarias para erradicar ninguna raza. Todos esos rumores son invenciones de nuestros enemigos con la intención de manchar nuestra reputación. Os pregunto, si tales pueblos en un tiempo vivieron aquí, ¿dónde están? ¿Adónde han ido? ¿Qué ha sido de sus obras?

Paulus de Rool

Continente de Puño

CAPÍTULO 1



Tras la refriega
todo está en calma...
Solo yo
y la Anguila.

Uligen de Darujhistan

Allí abajo, muy lejos de las botas de Arrojo, el río Idryn siseaba al separarse alrededor de las barras de hierro de la puerta Exterior del Río de Heng. Guiñó los ojos y miró al este, corriente abajo, en plena noche sin luna, y sostuvo con fuerza la ballesta en equilibrio sobre las almenas de piedra del puente.

—¿Ves algo? —preguntó Nervioso a su lado.

—Pues claro que no. La misma siniestra oscuridad que en el interior de tu cabeza, ¿no?

—Solo preguntaba.

Arrojo tuvo que contener su cólera, ciertamente Nervioso no tenía la culpa.

—Perdona. No, no veo una mierda, por la Señora.

—Ahí vienen. —Eso lo dijo Risueño, en la oscuridad. Arrojo se asomó al arco de la pasarela del puente. Se acercaban unas figuras, ni una sola antorcha o farol entre ellos: Storo, los magistrados Ehrlann y Plengyllen, el sargento, ahora capitán, Gujran (resultaba que el tipo era un genabackeño de Perrogrís) y un pelotón de regulares de la guarnición.

—Una vez más —le decía Ehrlann a Storo en un susurro fiero y forzado—, nosotros, el Consejo, nos oponemos a esta decisión. ¿No es cierto, Plengyllen?

El alto magistrado barbudo asintió con gesto pesado y solemne.

—La consideramos imprudente.

Storo se limitó a alzar los brazos por encima de las almenas.

—¿Todo tranquilo? —le preguntó a Arrojo.

—Hasta ahora.

—Se van por voluntad propia —dijo Storo, en voz más alta.

—Usted podría haberlo prohibido.

—Como podrían haberlo hecho ustedes.

El rechoncho magistrado levantó las manos.

—Nosotros no tenemos poder para obligar a nadie a hacer nada. No somos el brazo coercitivo de la gobernación.

—Qué conveniente.

—Parece que le amarga, sargento... capitán. Ah, mis disculpas... puño. ¿Por qué amargarse ahora que ha logrado lo que sin duda siempre ha ansiado, un mando propio, no?

—Yo no lo pedí.

—Pero aquí está.

—Solo cumplo con mi obligación.

—Ah, sí, eso.

Al ver que Storo apretaba los puños, Arrojo se apresuró a interrumpir.

—¿Dónde están Jalor, Rell y Seda?

—Fuera, con un pelotón de los mejores de Gujran, en la orilla sur.

—¡Al Consejo no se le informó de ninguna salida! —estalló Plengyllen, indignado.

—Eso es porque yo prefería que siguiera siendo un secreto.

—¿Cómo se atreve...?

—¿Están listos? —le preguntó Storo al capitán Gujran.

—Listos, señor.

—Levántela.

Gujran sacó su espada corta y la alzó en el aire. Un rumor bajo y sordo sacudió el arco de piedra. Tras ellos, la parte superior de la verja comenzó a alzarse por medio de una rueda. Arrojo entrecerró los ojos y examinó las sombras fantasmales de los árboles que bordeaban las orillas. Si la sangre joven seti no estaba ahí fuera ya, no tardaría en estarlo. Bajo sus pies, las primeras balsas y botes de la flotilla se abrieron paso en silencio, llevando a los refugiados que habían hecho campaña para que se les permitiera huir de la ciudad. Arrojo les deseaba todos los favores de Oponn, pero personalmente consideraba que sus posibilidades eran entre escasas y nulas.

—Diez a uno a que ninguno consigue pasar —dijo Risueño en la oscuridad.

—¡Cierra esa boca del puto abismo! —dijo Arrojo entre dientes. Un ruido la hizo darse la vuelta. Un siseo como el de muchas voces hablando a la vez, pero en un volumen muy bajo. Movimiento en la cima de las murallas orientales. El populacho de Heng, que se reunía para mirar. ¡Maldita fuera la Señora! Se suponía que era un secreto, lo que significaba que lo más probable era que estuvieran vendiendo hasta entradas, por el maldito Trake. ¿Cómo se iba a mantener en secreto una huida en masa como aquella?

—¿Quién acepta la apuesta?

—¡Nadie va a apostar contigo, Risueño!

—Sí, yo sí —dijo Nervioso.

—Yo también —dijo Gujran.

Arrojo los miró, furiosa.

—Vosotros dos, cómo podéis...

—Movimiento en el sur —dijo Storo.

Todo el mundo desvió la mirada. Arrojo entrecerró los ojos hasta que le dolieron, se esforzaba por ver más allá de la silueta de los árboles, donde las laderas de las colinas se alzaban a lo lejos. Allí, un movimiento rápido de grises más claros: jinetes setis que cruzaban como nubes veloces las colinas.

—Están usando el antiguo puente del Peregrino. El camino a Kan —dijo el magistrado Ehrlann—. ¿Por qué no demolió ese puente? —le preguntó a Storo—. Le dije que lo demoliese.

Storo suspiró.

—Los setis pueden vadear el Idryn por donde quieran. No necesitan ningún jodido puente de la jodida Ascuá.

—¿Y?

—Y otros vienen. Fuerzas que quizá necesiten el puente.

—¿Fuerzas? ¿A qué fuerzas podría referirse usted? —preguntó el magistrado Plengyllen.

—Ahora mismo no lo sé. Veremos quién llega aquí primero.

—Oh, vamos —se burló Plengyllen—, ¿cómo podría saber usted si viene alguien?

—Alguien viene.

—Pero ¿cómo podía saberlo usted?

—¡Porque tanto Toc como Laseen saben los dos que unos putos caballos no pueden trepar murallas!

—Se están largando —exclamó Nervioso, su voz se hizo más aguda, casi como un chillido.

Todo el mundo miró al río. Abarrotado de refugiados y ciudadanos convencidos de la inmediata ruina de Heng entre llamas y matanzas, el convoy de pequeños botes y balsas se había ido alejando, ayudados por pértigas y remos, del alcance de los arcos que poblaban las murallas de la ciudad. Arrojo sabía que llegaba el momento más peligroso. Era entonces cuando podía dispararse una emboscada. Cuando quedaba atrás cualquier esperanza de intervención por parte de los defensores de la ciudad. Todo el mundo observó, en silencio, con el aliento contenido, a medida que los navíos desaparecían en la oscuridad. *No os apretujéis*, les recomendaba la veterana. *Separaos. No hagáis ruido.*

La noche permanecía en calma. Las estrellas brillaban, relucientes y duras. El

Camino de la Luz se arqueaba como una mancha pálida por la oscura bóveda celeste. Arrojo se permitió albergar una pequeña esperanza de que quizá, solo quizá, parte de la comitiva pudiera escapar. Por descaminados que fueran aquellos tontos. Se puso rígida al oír un siseo de Risueño.

—¿Qué pasa?

—Entre los árboles...

Unas luces naranjas empezaban a parpadear a lo lejos, al amparo de los árboles que bordeaban la orilla del río, al norte y el sur.

—Mierda...

—Sí. Toda una señora cagada.

En un instante, una única flecha que arrastraba llamas amarillas trazó una curva en las alturas del cielo nocturno. Cayó al río y se apagó, pero ya había hecho su trabajo. Arrojo se abrazó, sabía lo que iba después. A pesar de su pavor, fue incapaz de apartar la mirada cuando una tormenta de flechas en llamas salió disparada hacia el cielo y descendió como una nube de estrellas caída directamente sobre el agua. La mayor parte se apagó con un guiño, pero algunas quedaron incrustadas en la madera, marcando a los indefensos navíos para que les lanzaran más. Arrojo creyó, o imaginó, que casi podía oír los gritos aterrados de las mujeres y los niños refugiados, ¡los muy necios! ¿Cómo podían pensar que se les daría paso franco? Desde el punto de vista seti, mucho mejor mantener a todo el mundo contenido tras las murallas. En las calles la comida empezaba a escasear.

—¿Por qué no hace nada? —le exigió Ehrlann a Storo—. Tiene que hacer algo...

—No hay nada que pueda hacer —respondió Storo entre dientes, la voz rígida por el autocontrol que tenía que ejercer—. Les dije que ocurriría esto, pero se fueron de todos modos.

—¿Y eso lo absuelve a usted?

Storo se volvió de repente hacia el magistrado.

—¡Sé de puta sobra que no!

Risueño se interpuso entre los dos hombres. Miraba a Storo, pero se dirigió a Ehrlann.

—Sal de aquí antes de que haga lo que habría que hacer contigo.

Ehrlann se irguió muy derecho y se llevó la fusta de pelo de bhederin a los hombros.

—Muy bien. Me voy. Pero sepa una cosa, capitán, con la debacle de esta noche ha perdido usted toda la confianza del Consejo. Que lo sepa. ¿Plengyllen?

Los magistrados bajaron el puente con paso decidido. Storo le hizo una señal al capitán Gujran para que se acercara.

—¿Sí, señor?

—Saque a sus hombres esta noche y póngalos en puntos clave. Probablemente

habrá disturbios. Puede que algunos incluso lo intenten en las puertas.

—Sí, señor.

Tras un saludo militar, el capitán le hizo una seña a su destacamento y se fueron. Storo se giró solo para mirar al este y, bajo la luz del fuego que jugueteaba en sus rasgos, Arrojo entrevió el dolor de un hombre enfrentándose a un posible fracaso. Una constante andanada de flechas en llamas volaba por los aires. Las patéticas balsas y botecitos ardían con un fuego vivo, como una especie de horripilantes ofrendas que entrechocaban río abajo con la corriente perezosa. La refulgente procesión le recordó a Arrojo el festival de las Luces, cuando los ciudadanos de Cawn envían sus ofrendas a las aguas como agradecimiento y propiciación, flotas de velas y lamparitas que resplandecen como estrellas en la noche. ¿Y para qué dios o dioses era esa ofrenda de sangre y sufrimiento? Para Trake nada más, mucho se temía. Y para el Embozado, por supuesto. Siempre el Embozado.

Unas rocas arrojadas resonaron desde el arco y Arrojo se agachó. La ciudadanía de Heng aullaba de indignación. Sus maldiciones y gritos se entremezclaban convertidos en un rugido ininteligible. El cadáver de un perro muerto atravesó volando el cielo nocturno, golpeó el arco de piedra y cayó girando en el río. Volaron piedras y asaduras, pero no verduras puesto que estas, incluso las podridas, eran demasiado valiosas para arrojarlas. Le parecía a Arrojo que nada de aquel veneno se dirigía contra los setis que los asediaban, todo se dirigía contra ellos, en la cima de la puerta Exterior del Río.

Se dijo a sí mismo que no era espiar, ni sondear ni fisgonear; solo estaba siendo considerado, llevaba una pequeña selección de una entrega reciente de manzanas. Un regalo muy poco frecuente que merecía la pena compartir. Eso era todo. Nada más. Recorrió las estrechas ranuras serpenteantes que servían de túneles en aquella, una de las galerías más aisladas y lejanas. Pasajes tan estrechos que a veces incluso él, un demacrado hengese, tenía que deslizarse de lado.

Al acercarse a la cueva ahuecada a la que le habían dicho que se habían trasladado los dos, oyó voces y se detuvo. Estaba seguro de que su intención no era escuchar a escondidas. Se dijo que se había detenido por una simple cuestión de buena educación, para aclararse la garganta, o para avisar por adelantado que se acercaba. Pero oyó una conversación, así que escuchó.

—¿Todavía no se sabe nada de ellos? —Ese era Regalo, el alto.

—Ya te lo he dicho, nada.

—¿Ni siquiera de Dedos?

—¡No! ¡Nada! ¿De acuerdo? No hay nada que pueda hacer.

—Pero creí que lo teníais todo pensado, que a la hermandad le iba a importar un bledo la otataralita.

Un suspiro ruidoso y exasperado.

—Eso es, Regalo. Lo teníamos todo pensado. Así que, ¿quién sabe? Quizá haya otro problema.

—Yo digo que nos vayamos. Esto es una pérdida de tiempo. Ya vamos tarde de todos modos. Mira, quizá solo sea una panda de magos pejugeros. Sería suficiente para que yo no me acercara.

Así que no es mago. ¿Cómo lo arreglaron entonces?

—Esos magos tiquismiquis están tramando algo. Algo que ellos creen que es importante.

¿Podrían saberlo? Yath seguro que los mataría si sospechase.

—Así que lo que haremos será...

La punta ennegrecida de una lanza de madera amenazó a Ho, que retrocedió completamente sorprendido y dejó caer la cesta.

Regalo lo miró.

—Es Ho.

—Entra, Ho —exclamó Dolor.

Después de recoger las manzanas, Ho avanzó, dobló una curva y se encontró en el alojamiento de los hombres, austero como pocos. Dolor estaba sentado en un saliente cincelado en la roca desnuda en el que había esparcido unos trapos; tallaba algo con la hoja más pequeña que Ho había visto jamás. Regalo se encontraba cerca de la entrada con la lanza todavía levantada. Ho estiró la mano poco a poco para tocar la punta.

—Endurecida a fuego.

Un borde de la boca de Regalo se levantó.

—Cuánta razón tienes. Me llevó una eternidad tallar ese puñetero trasto. No se lo dirás a nadie, ¿verdad?

Ho compartió la sonrisa.

—No, por supuesto que no.

—¿Qué podemos hacer por ti, Ho? —preguntó Dolor sin levantar la vista de lo que tallaba.

Ho mostró la cesta.

—Manzanas. Una entrega muy poco frecuente, cortesía de los malazanos.

—Muchas gracias.

Regalo estiró la mano y cogió la cesta, sin dejar un solo momento de apuntar con la lanza. Ho observó el arma, la primera que había visto en, bueno, mucho más tiempo del que prefería pensar. Se le ocurrió que Yath y Sessin no tenían armas. Que él supiera, claro. Se humedeció los labios y pensó en qué decir mientras la lanza permanecía inmóvil sobre él.

—¿Sí?

—En nombre de la comunidad os pido otra vez que no intentéis fugaros. Provocará represalias. Interrumpirán todas las entregas de comida. No sería la primera vez.

Dolor dejó de tallar y bajó las manos.

—Y yo te lo pregunto otra vez, Ho... ¿Qué estáis tramando los magos en este sitio? ¿Qué es lo que os mantiene aquí?

Ho se humedeció los labios y se encontró con que no podía sostener la mirada de Dolor. La apartó. Dolor suspiró con gesto decepcionado.

—Te diré una cosa, Ho. Voy a hacer una suposición educada. ¿Qué te parece? — Sin esperar respuesta, continuó—. Vosotros estáis aquí investigando la otataralita, ¿a que sí? Investigáis cómo embota la magia. Quizá experimentéis con ella. Habéis aprovechado la oportunidad para organizar una puñetera academia sobre cómo funciona y quizá incluso cómo burlarla. ¿Estoy muy lejos de la verdad?

Ho se quedó mirando a Dolor. *Definitivamente es más de lo que parece.* El tipo estaba más cerca y sin embargo mucho más lejos de la verdad de lo que podía imaginarse. Tanto mejor, con todo, para él y para ellos, que sospechara que era la otataralita lo que estaban investigando. Así que Ho asintió.

—Algo parecido, sí.

—De acuerdo. Y ahora, dado que hemos compartido nuestros secretos más íntimos etcétera, te contaré nuestro secreto. Podemos salir de aquí cuando queramos. Créeme, podemos. Y podemos organizarlo de modo que todos vosotros nos acompañéis. ¿Qué dices a eso?

Aquel tipo debía de estar loco. El único modo de lograr eso sería con una senda, lo cual era obvio que resultaba imposible. Pero Ho estudió los rasgos azules napanianos, su expresión abierta y expectante y las cejas levantadas; estaba claro que el tipo creía lo que decía. Pero Ho era incapaz de ver cómo podía hacerse. Negó con la cabeza.

—Lo siento, pero la mayor parte de los internos se negarían a irse. La... investigación... es demasiado importante para abandonarla. Créeme, lo es.

Dolor estuvo a punto de arrojar la varita corta, o batuta, que estaba tallando.

—¡Maldito sea el puñetero Fener! Pero ¿qué os pasa? ¿No queréis tener la oportunidad de devolverle el golpe a los malazanos?

—Desde luego hay muchos aquí que no dejarían escapar la oportunidad de vengarse, si pueden liberarse de la contaminación, cosa que no creo que sea posible ahora que llevamos tanto tiempo comiendo y respirando el polvo.

—En su forma cruda y sin refinar, sí...

Ho desechó el comentario con un ademán.

—Conozco los argumentos. Todos académicos, en cualquier caso.

Dolor parecía a punto de decir algo, pero luego cambió de opinión y despidió a

Ho.

—Gracias por la fruta. Piensa en la oferta. Puede que sea tu última oportunidad de salir de este sitio antes de que te mueras.

Ho inclinó la cabeza a modo de reconocimiento y salió. Regresó a los túneles principales e intentó encontrarle sentido a aquello de lo que se había enterado. ¿De verdad esos dos podían escapar cuando lo deseasen? ¿Incluso sacar a todos como prometían? Parecía de lo más fantástico. ¿Por qué harían algo así? ¿Quiénes eran ellos para esos dos? Y esa palabra que había oído, hermandad. No era la primera vez que la oía, estaba seguro. En algún lugar y en algún contexto extraño. Tendría que pensar en ello.

Para el futuro próximo, sin embargo, tendría que trabajar para mantener a Yath y Sessin alejados. No debían sospechar que aquellos dos tenían ideas que se acercaban de un modo incómodo a la verdad de lo que su comunidad había hallado enterrado en lo más profundo, dentro de las formaciones que contenían otataralita.

Ghelel se encontró con que el viaje en balsa por el Idryn no era en absoluto la prueba tan terrible que había temido. De hecho, resultó bastante agradable, sobre todo porque Molk no hizo acto de presencia. Después del tercer día se relajó en su papel de turista mimada, servida por su doncella, («¿Solo una sirvienta?», había reñido a Ameron), en una tienda plantada en su propia barcaza.

Se pasaba los días contemplando pasar la orilla arbolada, las lejanas colinas onduladas de la llanura seti, cubiertas de hierba, pero salpicadas por pequeñas arboledas. Unos jinetes setis escoltaban al convoy desde la orilla norte, chillando y lanzando vítores al pasar con un ruido atronador. Entre ellos ondeaban los fetiches y estandartes de las varias sociedades de soldados: Lobo, Perro, León de las Llanuras y Chacal.

A Ghelel le parecía que, como había prometido Choss, la flota se movía a una velocidad sobrenatural. De hecho, una estela de espuma se rizaba en la proa de su barcaza. No había pasado mucho tiempo cerca del agua en su vida, pero hasta ella sabía que no era natural. En las balsas que la rodeaban, soldados talianos y aliados charlaban y reían. Los fuegos ardían en escudos vueltos y braseros de metal para hacer las comidas, ya que el convoy no se detuvo ni una sola vez, ni siquiera por la noche. Durante el día, los soldados, hombres y mujeres, se despojaban de todo salvo de las túnicas de lino y los taparrabos y se metían en el agua, chapoteaban y se lavaban y, ocultos en unos cuantos costados de balsas que los protegían, se aferraban con fuerza y hacían el amor en el agua cálida.

Al séptimo día llegaron a las cascadas. Las grandes cataratas legendarias del Idryn. Las cataratas de la Tierra Rota. Donde Ghelel no había estado jamás. Los soldados y los remeros maniobraron su barcaza hasta la orilla y se levantó una tienda.

Entretanto, ella siguió el juego y cumplió con su papel de mascarón de proa de la Liga Taliana. Se pasó el día y la noche bien vigilada y protegida, pero con una buena vista de las cataratas y del espectáculo igual de asombroso del gran convoy de balsas que eran descargadas, desmontadas y acarreadas por el camino de los mercaderes que rodeaba las cataratas para volverlas a montar río abajo. Una obra maestra de organización logística y administrativa que Ghelel suponía que debían a las décadas de experiencia de Choss.

Por la mañana la llevaron en palanquín a la balsa que la esperaba para el resto del viaje por el río, que según creía ella ya solo era cuestión de unos cuantos días más.

La segunda noche en el río después de eso empezó a preocuparse. Tenía entendido que se suponía que debían abandonar la flotilla antes de llegar a Heng y Heng ya estaba cerca. Muy cerca. ¿Qué le había pasado al tal Molk? ¿Había desertado? Parte de ella se alegraba de deshacerse de él. Otra parte estaba preocupada, ese hombre sabía demasiado. Cuando Ghelel entró en su tienda esa noche, lo encontró sentado en su silla de campaña plegable, con las piernas estiradas.

—Le agradeceré que pida permiso para entrar la próxima vez.

—Eso sería contraproducente si uno quiere escabullirse por los sitios, mi señora. —El hombre se inclinó a un lado para escupir, pero Ghelel lo apuntó con un dedo.

—¡No! ¡Ni se atreva!

Con la boca llena, el hombre buscó, impotente, a su alrededor. Cogió una copa de cristal y descargó un chorro de saliva de color rojo oscuro que se enroscó, viscosa, en las profundidades. Después volvió a dejar la copa en la mesa.

—¡Dioses, hombre! —La joven cogió la copa por el tallo, abrió la solapa de la tienda y la arrojó a la oscuridad.

Molk se rascó el pelo negro enmarañado.

—Bueno, es una forma de limpiar la vajilla, supongo. Me sorprende que os quede alguna pieza.

—¿Qué quiere?

El hombre palpó el mantel de seda blanca.

—Pensé que os alegraríais. Hora de escabullirse. —Levantó los brazos para indicar la tienda—. Porque queréis dejar todo esto atrás, ¿no?

—Bueno, sí. Sí que quiero. Solo que no con usted.

Él se levantó con un suspiro.

—Bueno, la vida no es más que una vil tarea tras otra, ¿verdad? Al menos es lo que yo pienso.

Ghelel contempló a aquel energúmeno grasiento y despeinado. ¿Qué se suponía que significaba eso? Lo volvió a mirar de arriba abajo; el tipo parecía vestir de la forma más adecuada con la chaqueta acolchada sucia, los pantalones salpicados de barro y las sandalias. Pero ¿qué había de ella y su vestido blanco? No lo que Ameron

tenía en mente, seguro. Indicó con las manos su ropa.

—¿Salgo con esto?

El hombre parecía listo para dar una respuesta, pero se contuvo, tragó saliva e hizo una mueca.

—No, mi señora. Desnudaos.

—¿Disculpe?

—Desnudaos y quedaos solo con vuestra soberana ropa interior.

Ghelel se quedó quieta sus buenos minutos, casi preguntó «¿Para qué?», pero consiguió sofocar el impulso; no tenía sentido darle a aquel hombre más oportunidades de las necesarias.

—¿Dónde está Heroul?

—Está vigilando.

—Necesito su ayuda.

—De eso nada. Lo que no sabe, no puede contarlo.

—Bien. —Ghelel cogió un cuchillo de la mesa, estiró los brazos hacia atrás y cortó los cordones. Con expresión impasible, Molk se dio la vuelta y abrió uno de los grandes baúles de viaje de madera.

—¿Buscando la plata?

El hombre revolvía y no respondió. Ghelel se desnudó y se quedó solo con una camisa de seda y unos pantalones cortos.

—¡Aquí está! —Molk extrajo una pesada bolsa de lona de las profundidades del baúl.

—¿Qué es eso?

—Vuestro equipo. Armadura, armas y demás.

—Ya veo. ¿No se hundirá?

Molk sopesó la bolsa.

—Pues sí. Tendremos un momento o dos.

—¿Tendremos?

Molk le lanzó una mirada estrábica de soslayo.

—¿No sabéis nadar?

—No.

—¡Por el amor del Embozado en su caballo huesudo! Me dijeron que crecisteis siendo todo un marimacho.

—¡Bueno, si hubiera sabido que iba a tener que saltar de una balsa, habría corregido esa carencia!

Molk hizo una mueca y levantó una mano.

—¡Está bien, está bien! Silencio, por favor, señoría. Está bien, me las arreglaré.

—Bien.

—Bueno, nos escabullimos por detrás, ¿de acuerdo? ¿Creéis que os las

arreglaréis?

—No sé nadar en absoluto.

Con los hombros más encorvados todavía y la postura desgarbada, Molk puso los ojos en blanco.

—Dioses. Buscaré algo para que os agarréis, ¿estamos?

—Si no quiere que me ahogue, no le queda más remedio que encontrarlo.

—Encontraré algo —rezongó él mientras llevaba la bolsa a la parte posterior de la tienda.

Farfullando, agitando los brazos, Ghelel intentaba contener el pánico que se había apoderado de ella en cuanto soltó la barcaza para aferrarse a su pecho como la mano de un demonio que la poseyese. Jamás había experimentado semejante impotencia y miedo. Se agarraba a la amplia olla invertida con tanta fuerza que temía hacerla pedazos. La estela de la barcaza la hacía dar vueltas; las orillas oscuras se bamboleaban en su visión y la mareaban. «Vos sujetaos a esto», le había dicho Molk, «y la siguiente balsa vendrá a vos. ¡Entonces, agarraos!».

Estuvo a punto de lanzar una carcajada ante la simple idea de soltar, aunque fuera con una mano, lo único que la mantenía con vida. Pero ¿dónde estaba ese hombre, que el Embozado se lo llevase? ¿O acaso ya se lo había llevado, directamente al fondo? Al pensar en el fondo se le presentaron imágenes del gigantesco pez con bigotes, chodren se llamaba, más grande que cualquier hombre y que los soldados habían estado sacando del Idryn. Se comía cualquier cosa que se moviera, había oído Ghelel.

El miedo fue invadiéndola hasta tal extremo que hubiera sido capaz de pedir ayuda a gritos en cualquier momento. Empezó a dar patadas con ritmo frenético para intentar dar la vuelta. ¿O ya se la había dado? ¿Quién iba a saberlo en medio de la oscuridad y las olas que chapoteaban con un color verde grisáceo? Algo se cernió, grande, y desde su punto de vista (metida hasta la barbilla en el río), imposiblemente alto sobre ella: las maderas talladas de una balsa que surgían de la oscuridad. ¿Ir a ella? ¡Pero si estaba a punto de pasarle por encima!

Cuando se acercaron las maderas, Ghelel levantó de golpe una mano para agarrarse. Se dio un golpe en la cabeza y el cuerpo y las piernas se hundieron. El objeto que la había sujetado por la brecha de río abierto se le escapó de las manos, el agua lo envolvió y empezó a dar vueltas, una bacinilla invertida. *¡Ja! Muy gracioso, Molk.*

Aguantó un rato, rodeada por las olas agitadas, y recuperó fuerzas. Después consiguió auparse y sentarse con las piernas metidas en el agua, que le pareció caliente cuando el aire frío de la noche comenzó a rozarla. Con el tiempo, su respiración volvió a su ritmo natural. Un movimiento y un Molk chorreante se sentó a

su lado y se puso la bolsa en su regazo.

—¿Ha tenido un buen baño, capitán?

Ghelel parpadeó y miró al hombre. ¿Capitán?

—Oh, sí. Gracias, Molk. —Y luego, más bajo, murmuró—. Casi me ahogo. Y es capitán Alil.

—¿Alil? Muy bueno, capitán. —Cortó la cuerda que sellaba la bolsa—. Veamos qué tenemos aquí para usted.

La falta de espacio personal entre los regulares fue lo primero que sorprendió a Ghelel. Eso y el hedor. Sentada en sacos apilados, estaba encajada hombro contra hombro con soldados talianos. Un tipo incluso se quedó dormido apoyado en ella hasta que Molk lo empujó contra los troncos empapados, todo para gran diversión de sus compañeros de pelotón. Era todo muy confuso para Ghelel: esos hombres y esas mujeres eran amigos del sujeto, pero les parecía divertido que un desconocido lo tirara.

¡Y el lenguaje! Si oía una vez más cuánto deseaba algún tipejo pillar un coño hengese, iba a gritar. También estaba cansada hasta el hartazgo de las ventosidades, los eructos y los escupitajos. Pero en cada ocasión que se disponía a ponerse en pie para abandonarlo todo, sorprendía la mirada vigilante y divertida de Molk y se tranquilizaba; no pensaba darle la satisfacción.

Así que permaneció despierta toda la noche y no supo qué alimentaba sus tensos músculos ni las intensas imágenes sensoriales que la rodeaban: un soldado encendiendo una pipa con un farol; una pareja, un hombre y una mujer, que lo hacían cubiertos con una simple manta de campaña colgada sobre sus hombros; una pelea detenida por amigos que separaban a dos hombres; la luna reflejada con un brillante fulgor plateado en la superficie rizada del río. ¿Era emoción ante la perspectiva de hacer lo que siempre había soñado o el simple miedo, puro y duro, ante la certeza de saber que estaban afilando los cuchillos destinados a ella? No lo sabía. En cualquier caso, le satisfizo comprobar que Molk también se estaba pasando la noche sin dormir; cada vez que lo miraba se lo encontraba observando el entorno, los ojos examinando, vigilantes, resplandecientes en la oscuridad.

Se tiró del camisote de hojuelas de metal superpuestas sobre cuero, no le quedaba demasiado bien. Pero la espada... ¡era la suya de siempre! ¿Cómo se habían hecho con ella? Estuvo a punto de quitarse el yelmo, pero recordó el comentario de Molk: «El mejor sitio para llevar eso es en la puñetera cabeza».

La luz amarilla y rosa previa al amanecer fue creciendo sobre el horizonte oriental. Trajo consigo una extraña ilusión óptica: una montaña que se elevaba sola sobre la llanura relativamente plana. Ghelel guiñó los ojos en la penumbra. Captó la atención de Molk y señaló.

—¿Qué es eso?

Una vez más esa mirada divertida y astuta.

—Li Heng.

—Pero es imposible. ¡Esas murallas deben de ser enormes!

Molk hizo una mueca y miró a su alrededor. Ghelel siguió su mirada, los soldados más cercanos la miraban furiosos. Era evidente que había metido la pata hasta el fondo. Molk se acercó más a ella y bajó la voz.

—Sí. La ciudad fortificada más sólida de todo el continente. Jamás se ha abierto una brecha en esas murallas. ¿Es que no ha estudiado historia?

—¡Pues claro que sí!

—Bueno, entonces sabe que fueron construidas para impedir la entrada de algo más que simples seres humanos.

Algo en Ghelel se estremeció. ¡Por supuesto! ¡Cómo iban a triunfar ellos! Esas murallas se habían levantado para defenderse del antiguo enemigo de las llanuras centrales, el demonio desbocado, algunos lo llamaban dios, el hombre-chacal, hermano de Treach, Ryllandaras, el devorador de hombres. Y jamás se había adueñado nadie de ellas. Muchos decían que incluso habrían resistido contra los ejércitos de Kellanved, que habían assolado continentes enteros. Es decir, sin sus temibles guerreros t'lan imass, los no muertos. Con su ayuda, Danzante había asesinado a la diosa titular de la ciudad, la Protectora. *Asesinada*. Ghelel sostuvo la mirada de Molk para indicarle que comprendía el mensaje. Su compañero asintió poco a poco.

Hacia mediodía le tocó descargar a su balsa. Ghelel buscó algo a lo que agarrarse cuando la balsa chocó contra sus vecinas. Las varas golpearon la madera, los soldados maldijeron. El sol caía a plomo con un calor y un peso que la agotaban, jamás hacía tanto calor en la costa. Río abajo, las murallas de Heng se cernían como una meseta lejana compuesta por diferentes capas.

—¿Cómo vamos a encontrar a los Centinelas? —le preguntó a Molk.

A modo de respuesta, Molk se volvió a una soldado cercana.

—¿Los Centinelas de la Frontera? —preguntó.

—Por el puto abismo, y yo qué sé —bufó la mujer.

Molk se limitó a encogerse de hombros, cosa que sorprendió a Ghelel. Después invitó a la joven a intentarlo y esta cruzó hacia la mujer.

—¿Los Centinelas? —preguntó en voz muy alta.

—He dicho... —La mujer se volvió y su mirada se posó en la gola de plata que llevaba Ghelel en el cuello. Se irguió al instante—. Lo siento, señora. El intendente de la orilla, quizá, señora.

—Gracias, soldado.

—Sí, señora.

Molk le dedicó a Ghelel un pequeño asentimiento contenido. La gola también hizo maravillas a la hora de llevarlos a tierra. Ghelel se limitó a adelantarse y todo el mundo se apartó de su camino. Molk recogió un juego de alforjas por las que en algún momento de la noche había cambiado la bolsa.

Ghelel decidió que quizá terminara gustándole eso de ser oficial. Entre el caos de las balsas y gabarras que se estaban descargando ella solo tenía que llamar la atención de un soldado y preguntar «¿El intendente?», y le señalaban el camino. Para cuando se acercaron a la tienda del intendente, se encontró con que hacía bajar la mirada a todos con los que se topaba.

La tienda poseía un suelo de tablones. Ghelel dio un par de patadas para quitarse el barro de las altas botas de cuero (los últimos objetos en salir de la milagrosa bolsa de Molk) y entró. Molk esperó fuera. En el interior, un hombre estaba sentado estudiando una pizarra que tenía en las manos en medio de cajones apilados y sacos que llegaban al alto techo de la tienda. Ghelel carraspeó.

—¿Sí, señora? —respondió el hombre sin levantar la vista.

Bueno. Hasta ahí llegaba el poder del talismán de rango.

—¿Los Centinelas de la Frontera?

—Jamás he oído hablar de ellos.

—No le he preguntado si ha oído hablar de ellos, le he preguntado su ubicación.

—No sé dónde están. Lo siento, señora.

—Bueno, entonces, si tiene la bondad, ¿quién podría saberlo?

El hombre levantó la cabeza y la miró con un parpadeo de los ojos cansados, como un topo.

—Pruebe con el oficial de guardia, el capitán Leen.

—Gracias, soldado.

El hombre volvió con su pizarra y garabateó en ella con un trocito de tiza. Ghelel suspiró, contó hasta diez y después hizo la puñetera pregunta.

—¿Y dónde cree que podría encontrar al capitán Leen?

El hombre volvió a levantar la cabeza sin prisa y contestó con un cuidado tono neutral.

—Yo probaría en la tienda de mando... señora.

Ghelel estaba apretando las mandíbulas de tal modo que fue incapaz de responder. Con un asentimiento fiero, se volvió y salió hecha un basilisco de la tienda. Fuera, aspiró hondo el aire caliente de la pradera.

—¿Dónde —preguntó en voz alta— está la tienda de mando?

—Pues yo diría que es esa grande de la colina —sugirió Molk detrás de ella.

—Muchísimas gracias.

—Aquí para servirla, capitán.

Ghelel empezó a subir la pequeña pendiente de hierba marrón pisoteada.

—Yo diría que lo está haciendo bastante bien de momento —dijo Molk mientras caminaban.

—Bueno, no he acuchillado a nadie todavía.

Eso se ganó una carcajada.

Los guardias de la amplia entrada de solapas abiertas permitieron la entrada de Ghelel con un asentimiento. Molk esperó fuera. La recibió un joven, tras una mesa atestada de informes, que se puso en pie y se inclinó.

—Teniente Tahl, ayudante del capitán Leen. Disculpe el desastre, no tardaremos en trasladarnos a una nueva ubicación más cerca de la ciudad. ¿Puedo servirla en algo?

—Sí. Estoy buscando a los Centinelas de la Frontera. ¿Dónde vivaquean?

Tahl alzó las cejas y la miró de arriba abajo muy deprisa.

—¿Y bien, teniente?

—¡Ah! Perdón, es solo que no era consciente de que debían recibir... una suplente.

—¿Una suplente?

—Sí. Bueno, es una especie de cagada que esté usted aquí. Está en la orilla equivocada. Debería haber desembarcado al sur. —El hombre abrió los brazos y se encogió de hombros.

—Tonta de mí.

El otro esbozó una sonrisa rígida y se sentó.

—Buena suerte, señora. Debería de encontrarlos en una aldea, al sur.

—Gracias.

Mientras volvía a bajar la colina, Ghelel exhaló un largo suspiro.

—¿Qué están haciendo aquí, en cualquier caso?

—Misión especial —respondió Molk—. Los enviaron por adelantado. Están haciendo labores de exploración y... bueno, recopilación de información.

La duquesa tropezó, pero enseguida recuperó el equilibrio.

—Eso me parecía. —*¡Ameron, rata intrigante!*—. Déjeme adivinar, están trabajando para Ameron.

Molk se frotó el rastrojo de barba de la barbilla.

—Están haciendo su trabajo, vigilar una frontera.

La joven se volvió hacia Molk.

—¡Que Ascu se lo lleve! ¡El toque de Ameron hará de ese el primer lugar en el que me busquen, maldita sea!

Molk miró a su alrededor y le hizo un gesto para que bajara la voz.

—No, no la buscarán. En primer lugar, nadie sabe lo que acabo de decirle. Y en segundo, que la gente sepa, usted todavía está en esa barcaza y pronto estará

desembarcando para meterse en su carruaje, que la llevará al campamento seti.

—¿En serio? ¿Tienen a alguien haciéndose pasar por mí?

—¡Por supuesto! Dioses, mujer... en serio. A veces me sorprende.

—Soy nueva en todo esto.

—Y que lo diga.

Ghelel requisó un pequeño bote fluvial para que los llevara al otro lado del río mientras, a un centenar de metros río abajo, la amplia barcaza real se bamboleaba en los bajíos asfixiados por los juncos y la pesada carreta que habían llevado para recibirla parecía hundida en el barro. A bordo de la barcaza, docenas de hombres empujaban con pértigas mientras los boyeros hacían restallar los látigos sobre los pobres bueyes que no dejaban de mugir. Molk se sentó en la proa de la batea y observó.

—Una pena que nos hayamos perdido todos los discursos —dijo.

Ghelel se sentó a su lado y bajó la voz.

—Esto es una estupidez, que yo llegue a la unidad el mismo día que la barcaza llega a Heng. ¿No debería haber llegado yo antes o algo?

Molk se encogió de hombros.

—En el sur no tienen ni idea de lo que está pasando aquí. Y no creo que les importe mucho, tampoco.

—Alguien va a atar cabos.

El otro suspiró.

—Todos atan unos cabos u otros, son así en esa unidad. Lo importante es que si la aceptan, la defenderán.

Ghelel se volvió para estudiar al hombre.

—¿Qué quiere decir «si me aceptan»...?

—No se preocupe. Usted solo, eh, no dé ninguna orden tonta y todo irá bien.

—¡No he dado ni una sola orden en toda mi vida!

—¿En serio? Eso me cuesta creerlo.

Ghelel no respondió a la pulla.

—¿Cómo se supone que voy a saber lo que es una tontería y lo que no?

Molk se pasó una mano por la maraña de pelo negro y rebelde.

—Bueno, pues entonces no dé ninguna orden.

—¿Ninguna? ¡Pero se supone que estoy al mando!

El morro de la barca se incrustó en el barro de la orilla. Molk bajó de un salto.

—Muchas gracias —le gritó al tipo que los había cruzado remando.

—Sí, gracias —exclamó Ghelel.

Tras echarse las alforjas a un hombro, Molk trepó de inmediato por el empinado terraplén. Fue subiendo sujetándose a las raíces de los árboles y manojos de maleza.

Ghelel lo siguió. Tras la pantalla de árboles, la joven salió una vez más a la pradera de densa hierba rígida. Las briznas afiladas le acuchillaban las mangas de la cota de malla y las grebas de cuero y siseaban al viento. Al este, tras la curva del Idryn, las murallas de Heng se alzaban entre una calima de humo que surgía de los incontables fuegos del interior. Ghelel aprovechó la oportunidad para estudiar las murallas; parecían levantarse en tres alturas, la exterior era la más baja y cada fila iba creciendo según iba avanzando hacia el interior, así que incluso si se llegaba a capturar las defensas exteriores, todavía se estaría expuesto a los disparos del interior. Las puertas también, según había oído, estaban dispuestas en aberturas escalonadas alrededor de las circunferencias de las distintas murallas circundantes; no había forma de entrar directamente al corazón de la ciudad. Ella no era ninguna estudiante del arte de los asedios, pero la perspectiva de cercar esa ciudad parecía bastante arriesgada. ¿Y si se agotaban tomando Heng y luego no les quedaba nada para Unta? ¿No podían haberse limitado a olvidarse de ella? ¿Dejar que los setis continuaran aislándola? Y a ella se le ocurrían todas esas preguntas para Choss y Ameron después de que se hubieran deshecho de ella. ¡Qué conveniente para ellos! Se apresuró a alcanzar a Molk.

—¿Ya está? —exclamó.

El otro se detuvo.

—¿Qué?

La duquesa se espantó de la cara unas avispas hambrientas.

—¿Ya está? ¿Ni escolta, ni monturas ni indicaciones... solo nosotros dos vagando por una puñetera llanura que se extiende a lo largo de miles de leguas?

El hombre hizo alarde de girar en redondo y mirar en todas direcciones.

—Eso parece. —Y echó a andar otra vez.

Ghelel lanzó los brazos al aire.

—¡Esto es ridículo!

—¿Por qué? —le contestó él.

—Porque... —La joven se negó a dar un paso más y lo observó alejarse—. ¡Porque nos perderemos!

Él se volvió y caminó de espaldas.

—No, no nos perderemos. Yo sé con exactitud adónde vamos.

—¿Sí? ¿Adónde?

Molk señaló algo por encima del hombro.

—Por ahí.

Ghelel miró furiosa la extensión abierta de praderas barridas por el viento, aunque solo fuera para buscar alguna otra alternativa, la que fuera. Totalmente sola, parecía que lo único que podía hacer era correr tras aquel chiflado que Ameron, en su senil idiotez, le había asignado para protegerla.

—Dicen que Ascu duerme bajo nosotros —estaba diciendo Molk mientras Ghelel pensaba en su juventud, en las cenas en la casa Sellath, en Quon. Lo que había tomado como generosidad desinteresada (que la criaran como pupila, hija de unos parientes lejanos) parecía haber quedado envenenado por lo que sabía a esas alturas. Malditas fueran esas familias nobles y sus ambiciones; no solo le habían robado el futuro sino que encima habían retorcido su pasado.

—¿Lo había oído? —preguntó Molk.

—¿Oír qué? —dijo ella con tono ausente.

—Que Ascu duerme bajo nosotros.

—Ella duerme bajo todos nosotros —recitó la duquesa, aburrida.

—No, me refiero a justo aquí, bajo las llanuras setis. Eso dice la leyenda local.

—No, no lo había oído nunca. Seguro que todas las tribus y comunidades tienen mitos parecidos. Y todos ellos son igual de ciertos.

Molk se paró en seco y señaló a un lado.

—Si no le importa, capitán. Me gustaría tener un momento ahí, entre la maleza. La naturaleza me llama.

—¿Qué? ¿Ahora, de repente, le entra la timidez? ¿Qué ha pasado con ese gamberro que escupe y maldice que he llegado a conocer? Después de todo, lo suyo es solo apariencia, por lo que se ve, ¿eh? —Ghelel se cruzó de brazos y esperó.

Molk se había metido entre la maleza. Le respondió desde allí, invisible.

—Ninguna oficial que se precie le permitiría ese comportamiento a su criado, ¿no le parece?

Ghelel abrió mucho los brazos otra vez.

—¡Dioses, hombre! ¡Por el abismo, quién va a enterarse! Estamos en medio de un yermo vacío, por si no se había dado cuenta.

Molk apareció atándose los pantalones.

—¿Sabe?, ese es un supuesto falso.

—¿El qué?

Molk se echó las bolsas al hombro.

—Que la tierra ajena es un yermo baldío. Solo porque ellos no usen la tierra de un modo conocido para usted, eso no significa que sea inútil o que no se aproveche.

Ghelel echó a andar.

—No sé de qué Embozado está usted hablando.

—Es obvio. Por ejemplo, son pastos para el león de las praderas lo que estamos atravesando sin permiso en este momento.

La joven lanzó una carcajada desdeñosa.

—¿Y cómo abismos iba a saber usted eso?

—¿No vio los indicadores? A mí me parecieron bastante obvios. Además, hace falta mucha más tierra para criar animales que sostengan a una familia que para

labrar. Para una sociedad como la nuestra, basada en la labranza, cualquier pasto abierto va a parecer un yermo. Y tampoco debería decir abierto, es engañoso. Los derechos de pasto están muy controlados y repartidos, puede estar segura.

Ghelel se limitó a poner los ojos en blanco.

—¿Y por qué está parlotando de todas esas gilipolleces?

Molk asintió.

—Buena pregunta. Solo pensé que quizá querría saber unas cuantas cosas sobre los jinetes setis que llevan siguiéndonos desde que salimos del río.

Ghelel se giró en redondo y examinó las laderas de las colinas invadidas por las sombras.

—Yo no veo nada.

—Son muy buenos en lo suyo.

—Disculpe que se lo diga, pero como he oído decir a los soldados, no me joda.

—¿Y quién es ahora el gamberro malhablado?

—Prefiero al gamberro malhablado que al idiota crédulo.

—Usted lo ha dicho.

Aunque estaba que mordía, Ghelel siguió caminando en silencio. Quizá debería limitarse a seguir caminando rumbo al sur, alejarse de todo aquello. Era obvio que lo único que iba a conseguir aquel necio era que la mataran. ¿No se daba cuenta de que el asunto era serio? Con todo, ¡al menos no iba a encontrarla nadie allí, en medio de ninguna parte! Eso lo tenía muy claro. Se detuvo, se quitó los guanteletes de hojuelas y se los metió en el cinturón.

—¿Habrás traído agua, espero?

—Por supuesto. —Molk se arrodilló, revolvió en las bolsas y sacó una bota de agua.

—Gracias —reconoció la joven de mala gana. Tomó un buen trago y después escupió entre arcada y arcada—. ¡Dioses! ¿Qué es esto?

—Agua de río con un chorrito de una destilación de bayas de enebro. Así es más sana.

—¿Bayas de enebro destiladas? Eso es muy fuerte.

—Yo encuentro que tiene un efecto sedante.

Ghelel le tiró la bota de agua.

—Toda para usted. Bueno, ¿y qué hacemos esta noche?

Molk, que estaba bebiendo en ese momento, se atragantó y escupió su trago.

—¿Un chorrito de destilación de más?

El hombre tosió un poco más y se limpió la boca.

—Ah, la señora debería tener más cuidado con su lenguaje en el futuro, me parece.

La joven miró al mercenario encorvado de ojos saltones, ¿qué veía Ameron en

semejante tipo?

—No tengo ni idea de qué está hablando.

—Peor para usted; bueno, he traído comida, mantas. Acamparemos bajo las estrellas esta noche. Es decir, si nos dejan...

—¿Dejarnos?

Molk levantó la barbilla para indicar algo a espaldas de la chica.

—Nuestros amigos, al final, se han decidido.

Ghelel se giró en redondo. Cinco jinetes se dirigían a ellos en fila india con ritmo perezoso. ¿De dónde habían salido, por todas las sendas del Embozado? Unos penachos de pelo gris y marrón colgaban de sus lanzas. A la espalda les sobresalían unos altísimos arcos de dos curvas. Montaban sobre unas sillas finas de cuero, poco más que mantas, con estribos y riendas hechos de correas finas de cuero.

—Soldados lobo —dijo Molk.

—Como si me importara una mierda.

Los setis los fueron rodeando mientras uno de ellos azuzaba a su montura para acercarse más.

—¡Saludos, amigo! —exclamó Molk en voz muy alta en el dialecto hengese.

—Los intrusos no son nunca amigos nuestros —respondió el portavoz del mismo modo; era un joven guerrero, el cabello negro y estrafalario lo llevaba atado en una multitud de coletas, un chaleco de cuero pintado con vetas y remolinos de color ocre y amarillo, la sombra de un bigote sobre el labio.

—¿Intrusos? —se rió Molk—. No, amigo. Somos talianos, aliados.

El joven frunció el ceño y lo pensó. Después señaló al norte.

—La última vez que miré, Heng estaba por allí.

Molk se echó a reír otra vez.

—Sí, sí. Vamos a reunirnos con nuestros compañeros de pelotón en una aldea al sur de aquí.

—Hemos quemado todas las aldeas. Matado a todos los hombres y... —le enseñó los dientes a Ghelel— violado a todas las mujeres. No queda nadie vivo al sur. Fue la última vez que nos divertimos. Ahora nos limitamos a cabalgar en círculos alrededor de Heng mientras ellos se ocultan en su ciudad. Es aburrido. La única diversión que tenemos es derribar a los hengeses que huyen de la ciudad.

—Ah, bueno, nosotros somos talianos. Vestimos de azul, como ves.

El joven asintió.

—Oh, sí, vestís de azul. Pero me parece a mí que también debe de haber tela azul en Heng.

Ghelel ya estaba harta de aquellas pullas adolescentes.

—Oye, mira, maldito del Embozado...

Molk la sujetó por el brazo.

—Mi jefa desea recordaros que vuestro caudillo es aliado de nuestro comandante, Choss.

Con un movimiento de las rodillas, el guerrero hizo retroceder a su montura.

—El caudillo, me parece a mí —dijo—, está muy, muy lejos. —Con un ligero toque de las riendas, la montura se giró y los cinco dieron media vuelta y se alejaron al galope.

Ghelel los observó irse. *¡Condenados matones!* Miró a Molk.

—¿Y ahora qué?

Su compañero se ajustó las alforjas que llevaba sobre los hombros.

—Bueno, creo que tienen intención de buscarse alguna diversión. Será mejor que nos movamos... me parece a mí.

El crepúsculo fue cayendo mientras ellos atravesaban a la carrera la alta hierba. Algún alarido o el golpe seco de los cascos en la oscuridad anunciaban a sus perseguidores. De vez en cuando, una flecha hendía las hierbas junto a Ghelel y esta apretaba los dientes. *Malnacidos*. Molk, que corría por delante de ella, desapareció de repente. Al principio, la joven pensó que era un truco de la luz de últimas horas de la tarde, pero tras unos cuantos pasos más, quedó claro que el hombre se había ido. ¿Se lo había llevado una flecha de los ingratos setis que los estaban emboscando? Ghelel ralentizó el paso sin querer, se preguntó si debería arrojarse al suelo. ¿Escondarse? Pero ¿con qué fin? Se limitarían a pisotearla. Siguió su camino, pero tropezó y no hizo más que descender. Se encontró cayendo y dando vueltas y más vueltas; consiguió lanzar un solo grito antes de chocar de repente de culo contra piedra.

—¡Ay!

—Qué expresiva.

Ghelel hizo una mueca y se apoyó de lado para frotarse las nalgas.

—Por el abismo, pero ¿qué...?

—Justo lo que yo estaba pensando.

—Estoy segura. ¿Qué es esto? —La chica señaló con un gesto el camino plano, bajo y en sombras que corría entre dos filas de hierbas altas.

Molk, con la cabeza ladeada para escuchar la noche, le contestó con un susurro.

—El camino imperial a Dal Hon. Dé las gracias a los ingenieros malazanos por él.

—Dirá a los quontalianos —replicó Ghelel—. Lo único que produce esa isla son piratas, no ingenieros.

—Produjo la voluntad de emplearlos.

—¿A cuáles?

—A los dos.

Ghelel exhaló un suspiro de irritación y se colocó bien la armadura y los

cinturones.

—¿Y ahora qué? En este camino los setis nos derribarían en un instante.

—Cierto. Y eso no sería muy divertido.

—¡Pues no, no lo sería!

—Yo estaba hablando de ellos.

—Yo estaba hablando de nosotros dos.

Molk esbozó una sonrisa pícaro y guiñó un ojo.

—Ahora sí que le ha cogido el tranquilo. —Señaló el nordeste con la barbilla, camino arriba—. Por ahí... tendría que haber un mesón no muy lejos, si no me falla la memoria.

Echó a andar y Ghelel lo siguió.

—Los setis dijeron que lo habían quemado todo.

—Estoy dispuesto a apostar que esto no lo quemaron.

—¿Por qué?

—Bueno, como dijo el joven, el caudillo está muy, muy lejos... De todos modos, ya lo verá.

El crepúsculo se profundizó y transformó el camino en una brecha de oscuridad. Ghelel creyó oír el movimiento de algo grande entre las hierbas paralelas al camino. Tras una larga caminata, una curva del sendero enlosado reveló los restos quemados de un edificio. Se resolvió en las piedras apiladas de unos cimientos que sostenían unos maderos ennegrecidos que permanecían en pie. Un campo de malas hierbas, que llegaban a las rodillas, rodeaba la saqueada estructura. Ghelel se detuvo en seco y apoyó las manos en el cinturón. Molk paró junto a ella.

—Oh —dijo, y se rascó la barbilla.

La duquesa estaba a punto de liberar sobre aquel idiota incompetente todo el torrente de las frustraciones del día cuando un hombre se irguió junto al camino. Era casi indistinguible de la oscuridad, vestía una armadura de cuero tachonado ennegrecido. Sostenía una ballesta cargada y un largo sable curvo le colgaba al costado. Un ancho bigote negro le ocultaba por completo la boca.

—¿Quiénes sois, por las malditas entrañas de Fener? —preguntó en dialecto taliano.

Molk saludó al hombre con un asentimiento.

—¿Eres de los Centinelas?

—¿Quién lo pregunta?

Molk señaló a Ghelel con la mano.

—Permíteme presentarte a la preboste Alil, una nueva oficial.

El hombre la miró de arriba abajo.

—¿En serio?

Ghelel abrió la boca para contestar, pero el hombre levantó una mano para pedir silencio.

—Solo un minuto —dijo y salió del camino. Se enfrentó a la oscuridad, escuchó y después levantó la barbilla—. ¡Dejadlo de una vez!

Un momento después un caballo atravesó la hierba de un salto y cayó con un golpe seco en el camino, bufando y golpeando las piedras con los cascos. Su jinete, el mismo joven seti, se rodeó una mano con las riendas y les sonrió con gran placer mientras el caballo hacía cabriolas en círculos.

—Toven —lo saludó el hombre.

—Solo me divertía un poco... —Y dirigió su gran sonrisa a Ghelel.

El soldado lo despidió con un gesto.

—Sí, bueno. Se acabó la diversión.

Toven se puso de pie sobre su montura y les dedicó una reverencia. Una patada y la montura se encabritó, dio un salto y se lanzó a galopar entre la espesura de hierbas.

Cabrón sonriente. Ghelel observó al centinela, que sacaba el cuadrillo de la ballesta y soltaba el gatillo. Después se echó la pesada arma al hombro.

—¿Y tú quién eres? —le preguntó a Molk.

Molk se inclinó.

—El criado de la preboste.

—Ya... Así que eres el criado de la dama, ¿eh? Vamos. Por aquí.

—¿Y usted cómo se llama, soldado? —preguntó Ghelel.

—Pastor —dijo el hombre por encima del hombro—. Sargento Pastor.

Se adentraron un buen trecho en la noche, el sargento contento de no tener que hablar y Ghelel decidida a no hacerle ni una puñetera pregunta; Molk, al parecer, se limitaba a disfrutar del fresco aire nocturno. Al final Ghelel olió el humo de las hogueras donde se cocinaba y captó trozos de conversaciones llevadas por el viento. El fulgor de fuegos y faroles iluminó la noche algo más adelante.

—¿Y con qué efectivos cuentan en estos momentos, sargento?

El hombre volvió la cabeza para mirarla y Ghelel se preguntó si había cometido un error, pero procuró eliminar todo tipo de dudas de su cara. Alzó una ceja. El sargento se encogió de hombros.

—Bueno, a ojo, ahora somos unos quinientos. Sobre cuatrocientos de caballería media y cien en caballería pesada.

Ghelel le lanzó una mirada dura a Molk, que no pareció ser consciente de ella, miraba la oscuridad y silbaba para sí casi sin ruido. El camino se abrió a ambos lados a unos campos pisoteados salpicados de tiendas y corrales de caballos. Pastor los escoltó entre dos piquetes. Más adelante ardían las luces de las ventanas de un edificio de tres plantas que dominaba una plaza de edificios auxiliares, incluyendo un

gran establo. Soldados, hombres y mujeres, iban y venían, riendo y charlando, muchos bebiendo de jarros de cuero. En la fachada de la casa se leía la leyenda «Casa de la Bienvenida Placentera».

Ghelel se detuvo en seco.

—¿Un burdel? ¿Un burdel, por la puñetera Poliel?

Molk tosió en su puño con la cabeza baja. Pastor hizo una mueca, como si se acabara de dar cuenta.

—Eh, sí, señora, es decir, preboste. Es nuestro cuartel general temporal. A la tropa solo se le permite entrar cuando no está de servicio.

—Entiendo. ¿Y es ahí donde me lleva?

—La llevo con el marqués, preboste. Está dentro.

—Fuera de servicio, ¿no?

Otro ataque de tos se apoderó de Molk. Obviamente encantado de pasarle el marrón a su oficial superior, el sargento Pastor le dedicó un gesto a la preboste, cediéndole el paso, en la puerta. Dentro, Ghelel hizo una mueca ante la repentina luz. La sala principal estaba atestada de mesas. Los soldados comían, bebían y reían. El calor le provocó un sudor repentino, también un mareo. De repente sentía las rodillas muy débiles. Nadie, al parecer, les prestaba la menor atención. Pastor los guió hasta una mesa, junto a una ventana abierta, donde había un hombre sentado fumando una pipa y hablando con una soldado sentada. El hombre era mayor, corpulento y con el pelo gris muy corto. Vestía un chaleco de cuero sobre una camisa de lino. La mujer era esbelta, con el cabello castaño cortado a machetazos. La cicatriz de la cuchillada de una espada arrugaba sus labios de manera permanente. El sargento Pastor se inclinó sobre el hombre y le habló al oído. Este asintió y se levantó. Las mesas más cercanas se quedaron en silencio. El hombre miró a Ghelel con expresión expectante. Esta lo miró a su vez, de repente se acordó e hizo un brusco saludo militar. El hombre respondió poco a poco al saludo.

—Marqués Jhardin a su servicio, preboste. —Señaló a la mujer—. La teniente Razala. Está al mando de la pesada.

Ghelel se inclinó ante el marqués.

—Preboste, le ofrecería una habitación, pero me imagino que no querría alojarse aquí.

—En eso está en lo cierto.

—Sargento, prepare un alojamiento para la preboste. Sin duda querrá asearse tras su viaje. Después podríamos ocuparnos de los informes.

—Se lo agradezco, marqués.

—Con comandante servirá.

El sargento Pastor saludó y se fue a toda prisa. Jhardin salió de la mesa e invitó a Ghelel a seguirlo. La teniente Razala se inclinó.

—Bienvenida —dijo con voz ronca, quizá por la herida.

Todos los ojos los seguían mientras los dos se abrían camino entre las mesas. A Ghelel le pareció que sus miradas contenían cierta reserva mezclada con un desdén que nadie ocultaba. Molk los seguía a distancia. En los escalones, Ghelel se dirigió al marqués.

—¿Lleva aquí ya algún tiempo, comandante?

El hombre asintió y golpeó la pipa para sacar las ascuas.

—Sí. Nos envió Choss por delante. —Indicó un giro hacia una fila de tiendas.

—¿Y sabía que yo iba a venir? —Él la miró con gesto interrogante—. No se suele poner a un sargento en el piquete de guardia. —El otro sonrió con tristeza.

—Sí. Se envió recado.

Ghelel no tuvo que preguntar cómo. Las sendas. Bueno. Miró al tipo que caminaba a su lado y respondía con asentimientos a los saludos de los soldados, saludos que, de nuevo con retraso, recordaba que debía devolver ella también. Le pareció que aquel hombre era demasiado tolerante, demasiado relajado para ser un comandante experimentado al que le acababan de encasquetar un oficial joven e inexperto, y encima mujer. Tenía que saber quién era ella, o bien le había ordenado directamente Choss o Ameron que la vigilara. En cualquier caso, ella no tenía intención de darse por aludida. De momento no.

Algo más adelante, el sargento Pastor los esperaba ante una tienda.

—Su alojamiento, preboste.

—Gracias.

Jhardin señaló a Molk.

—Envíe a su hombre cuando esté lista.

Ghelel asintió. Después se maldijo y, con retraso, volvió a saludar una vez más. El marqués respondió; una sonrisa fácil, parecía decirle a la joven que él no solía andarse con muchos formalismos. Ghelel se sobresaltó cuando Molk le abrió la solapa de la tienda, pero se metió dentro. La larga tienda estaba dividida en un habitación general al frente, amueblada con taburetes plegables de campaña y una mesa puesta con una variedad de frutas, quesos, pan y decantadores de vino. La parte posterior era su aposento privado. Molk dejó caer las alforjas y fue directamente a la mesa.

—Estoy muerto de hambre.

—Puñeteras niñeras del Embozado —dijo Ghelel sin alzar la voz.

El hombre se volvió con la boca llena de pan.

—¿Qué?

—Esta fuerza de combate. Niñeras. Choss o Ameron los han convertido en simples niñeras. Me deben de odiar por eso.

—Creo que la palabra que busca es «escolta».

—¿Escolta? ¿Quinientos veteranos, hombres y mujeres?

Molk se sirvió una copa de vino.

—Piense en ello como una medida de la importancia que tiene usted para nuestro comandante.

Ghelel le quitó la copa y se la bebió de un trago.

—Es un desperdicio de poder de combate. Esta fuerza hace falta en el asedio.

—Quinientos no marcarían ninguna diferencia en un asedio, créame.

Ghelel lo miró furiosa, pero ya no pudo seguir resistiendo el aroma de la comida fresca y se volvió hacia las carnes frías.

—¿Cuánto saben?

—Jhardin, desde luego, sabe mucho. Razala menos.

—¿Hasta qué punto debería ser franca con ellos?

—Eso es cosa suya.

La joven se sentó con pesadez en un taburete y estiró las piernas. No le pareció raro cuando Molk se arrodilló y le quitó las botas. No había pegado ojo la noche anterior y había caminado y corrido a ratos durante todo el día. Jamás se había sentido tan exhausta.

—Estoy hecha polvo, Molk. No creo que pueda enfrentarme a ellos esta noche.

—A primera hora de la mañana, entonces —dijo él al ponerse en pie—. Se lo haré saber.

Barras sintió la necesidad de distraerse de la monotonía del largo viaje y ocupó un lugar a los remos. Al principio tiró con suavidad para poner a prueba los límites de la herida del pecho. Las profundas siempre eran las que más tardaban en curar. Mientras tiraba apenas era consciente de las miradas asombradas, incluso asustadas, que le lanzaban sus compañeros remeros. Estaba muy ocupado intentando evitar pensar en lo que iba a pasar. Pero su regreso, el regreso de todos, cuando fuera, lo hacía imposible. Fracaso. Cómo le molestaba, le quemaba en el pecho incluso más que la herida. Y lo que era todavía más humillante, debía llevar la noticia de la probable aniquilación de la cuarta compañía de la Guardia. Y lo peor de todo, estaba preocupado: ¿enviarían más hombres a investigar ese final? Las últimas instrucciones de Cal eran tajantes en ese aspecto, una negativa rotunda. Y Barras estaba de acuerdo. La Guardia ya había perdido suficientes recursos en ese abismo implacable de Assail. Corlo apareció a su lado y le dio unos golpecitos en el hombro.

—Jemain quiere verte.

Barras dejó el remo con un gruñido.

—Seguid remando, hombres —dijo para probar su vocabulario de la Confederación Genabackeña del Sur—, al final saldremos de esta.

—Sí, capitán.

De camino, Corlo se inclinó sobre él.

—¿Cómo va el pecho?

—Duele como las tenazas del propio Embozado. Siempre duele tanto, ¿verdad?

—Solo te ahorran lo de morirte.

—Ni siquiera eso. —Barras observó la cara redonda de Corlo, que se crispó—.

No te preocupes, llegaremos.

Corlo asintió con gesto irónico.

Jemain esperaba en la popa, mirando a través de la densa niebla que envolvía el barco desde hacía más de una semana.

—Te quedarás ciego si sigues así —le dijo Barras en voz muy alta.

—Shh —siseó el otro—. Por favor.

—¿Qué pasa?

—Hay algo ahí fuera.

—No...

—Sí. Creo que sí. Alguien encalmado. Igual que nosotros. Pero que nos sigue.

—¿En serio? ¿Corlo?

—He sondeado. Alguien. No puedo hacer nada mejor.

—Ajá. ¿Y qué? ¿Qué podemos hacer? Quizá solo tengan la esperanza de que nosotros sepamos adónde vamos.

La cara de Jemain relucía, sudorosa y pálida; era obvio que no le hacía ninguna gracia lo que estaba a punto de sugerir.

—Deberíamos parar los remos, escuchar. Quizá los perdamos.

—O no.

Jemain se encogió de hombros para asentir.

—¿Cuál es nuestra posición?

—Norte. Mucho más al norte de donde queremos estar.

Barras se volvió hacia Corlo.

—¿Se sabe algo de la hermandad?

—Susurros. Están, eh, agitados. Insinuaciones de movimiento. Movimiento continuo.

—Hmm. Muy bien, Jemain. Órdenes solo orales. Corlo, Cordero y tú poneos a proa. Yo me quedo en popa. Parad los remos. Armad a todos los que quieran.

—Sí, capitán.

Muy pronto los remos se detuvieron y se deslizaron con suavidad por sus troneras. Barras se colocó la armadura de cuero más grande que encontró. Mediante signos dispersó a los ocho guardias regulares que le quedaban. Indicó con señas que primero se utilizara fuego de proyectiles. Los hombres prepararon los arcos y las ballestas que habían sacado de las bodegas y tripas descuidadas de aquella gabarra comercial. Marineros y remeros subieron a cubierta también, armados con algo.

Jemain siguió a Barras hasta babor; los dos entrecerraron los ojos y miraron las densas cortinas cremosas de niebla.

—¿Dónde crees que estamos? —susurró Barras.

—Quizá cerca del centro de las Aguas Menigal.

—Na. Océano del Accesible, quizá.

Jemain señaló.

—Allí.

Barras se esforzó por ver y entonces lo captó, movimiento. Una forma baja y oscura se iba acercando poco a poco a ellos, se aproximaba en ángulo. Una única fila de remeros, cubierta abierta. Una galera de guerra con una vela latina que pendía floja en el aire muerto. Barras examinó las aguas de la proa en busca de un ariete, pero no vio estela ni espuma. Era extraño, por lo general una galera de guerra tenía un ariete. Unos escudos bordeaban los costados del navío. Levantó el brazo para señalar el disparo de la primera andanada. Por raro que fuera, sin embargo, ninguna andanada salió volando para recibirlos una vez que los dos barcos podían verse.

Fue entonces cuando Jemain se apartó con una sacudida del costado, como si lo hubiera alcanzado una flecha. Apartó el brazo alzado de Barras. Barras miró el rostro conmocionado del hombre.

—¿Qué pasa?

—No dispaes —consiguió decir el otro con voz estrangulada—. Por favor. Nada de fuego.

Barras examinó las cubiertas de la galera de guerra, pero no vio movimiento alguno, aunque cedió.

—Muy bien. —Con una seña indicó un cambio a las armas de lucha cuerpo a cuerpo—. ¿Por qué?

El primer oficial genabackeño parecía incapaz de hablar de puro terror. Solo podía señalar.

—Los escudos... ¿no lo ves?

—Dioses, ¿qué pasa, hombre? —Lo que Barras veía era que lo que había tomado por escudos, que parecían serlo, pero con una forma extraña, y cada uno pintado para semejar a una máscara. El primer oficial había dejado de escuchar y miraba a su alrededor como si buscara una posibilidad de fuga. De hecho, parecía que se estaba planteando saltar por la borda. Barras cogió un puñado de tela del chaleco del andrajoso marinero, lo levantó a pulso por la pechera y lo sacudió.

—¿Quiénes son?

—Hay leyendas, pero nadie ha visto en realidad...

—¿Quién? Que el Embozado te maldiga...

—Es un navío seguleh —informó el otro.

Barra lo dejó caer.

—¿Seguleh? Por las tetas de Togg, ¿quiénes son esos?

—¿No lo sabes?

—No. —A sus hombres, Barras les indicó que se mantuvieran a la espera—. Cuéntame.

—Debes ordenar a tus hombres que dejen caer las armas. Rápido. Todas las armas. Por favor.

Barras se quedó mirando al hombre.

—¿En serio?

—Sí. Permíteme hablar con la tripulación.

A Barras casi le apetecía reír, pero le hizo un gesto a Jemain para que lo hiciera. Entretanto, el navío se estaba tomando su tiempo en la maniobra para ponerse junto a ellos, como si fuese un encuentro organizado tiempo atrás. Unas figuras esbeltas y erguidas permanecían inmóviles, serenas y silenciosas. Se comportaban como si lo que se esperaba de ellos era que subieran a bordo sin más, reflexionó Barras. Como si estuvieran llevando a cabo una puñetera inspección en el puerto o algo parecido.

Jemain se dirigió abajo, a la cubierta, donde los marineros observaban con el rostro tenso.

—¡Es un navío seguleh! ¡Sí, eso es! Soltad las armas y nadie saldrá herido.

Para asombro de Barras, al unísono, los marineros e incluso los esclavos y remeros liberados obedecieron. Jemain dejó caer su pequeño cuchillo de marinero. Barras sorprendió a Corlo observando desde la proa. Levantó los hombros en una pregunta. El mago ladeó la cabeza, pensando, después asintió con un gesto.

Barras suspiró sin podérselo creer. ¡Dioses! Las cosas que tenían que hacer para poder regresar a Stratem.

—Está bien, chicos. Dejadlas, pero mantenedlas a mano. Por si acaso. —Observó mientras a regañadientes, uno a uno, sus hombres soltaron las armas. Todos salvo uno que se quedó mirándolo, desafiante. El otro navío chocó con el suyo. Se arrojaron unos arpeos que se engancharon a la barandilla. Unos cuantos arrastraban unas escalas de cuerda—. ¡Maldita sea, Tillin! ¡Te ordené que las tirarás!

—Pero ¿qué te pasa, Barras? No pienso rendir sin más...

—¡Que el Embozado te maldiga! ¡No he dado ninguna orden de rendirse! Solo te he ordenado que tires las armas. ¡Ahora!

Con el rostro negro de furia, Tillin arrojó su espada a la cubierta.

—Y la otra —lo urgió Barras—. El puñal.

Tillin sacó un cuchillo largo de la parte posterior del cinturón y lo arrojó al suelo.

Una escala de cuerda se sacudió y se tensó. Barras se agarró a la baranda, debía admitir que tenía curiosidad por saber quién era el que metía el miedo de la Noche misma en esos genabackeños. Apareció una cara enmascarada por el costado. Jup gruñó de sorpresa. *Bueno, qué te parece. Justo como prometían los escudos. Y*

después, con un movimiento tan rápido como fluido, el hombre estaba en cubierta, erguido, con las manos en un amplio fajín del que colgaban dos espadas. Barras volvió a rezongar: «Puñetera velocidad que tienen estos tipos, sean quienes sean». Siete más se unieron al primero, todos de estatura media, flacos como látigos, ataviados con armadura ligera de cuero y pantalones de tela y, por sorprendente que fuera, descalzos. Todos lucían intrincadas máscaras pintadas.

La aparición de cada uno de los tipos enmascarados arrancó un gemido a Jemain. Al final, con el último, se aferró al hombro del camisote de cuero de Barras como si quisiera evitar desmayarse.

—¡Son ocho! ¡Ocho!

—Sé contar —refunfuñó Barras. Indicó con un gesto la cubierta de la galera—. Hay todavía más en el barco.

Los marineros permanecían inmóviles, permitiendo que los intrusos vagaran a voluntad; los guardias optaron por seguir el ejemplo. Los seguleh se paseaban por la cubierta, abrían cajas, hurgaban en el equipo apilado.

—¿Qué está pasando... —le preguntó Barras a Jemain.

—No estoy seguro. Creo...

Un movimiento repentino y desdibujado, un pie que daba un golpe seco en la cubierta y después un hombre cayendo. Barras corrió a la cubierta central y apartó a los marineros. Allí yacía Tillin, bocarriba. Barras se arrodilló y le buscó el pulso. El hombre estaba muerto. Barras se enfrentó al seguleh más cercano.

—¿Qué significa todo esto?

—Estaba armado —respondió otro seguleh desde el otro lado de la cubierta en el dialecto de las Confederaciones del Sur. El que miraba a Barras le dio la espalda poco a poco, con toda intención, pensó Barras, y se alejó.

Barras parpadeó, sorprendido. Jemain, que también se había acercado, le dio la vuelta al cuerpo. Un cuchillo largo envainado permanecía metido en el cinturón. Lanzó un bufido. Había olvidado que Tillin siempre llevaba dos. Levantó la cabeza, pero el seguleh que había hablado se había movido.

—¿Dónde ha ido?

—No estoy seguro de poder encontrarlo —dijo Jemain.

—¡Pues pregunta!

Había un toque de locura en la carcajada de Jemain.

—No. No lo entiendes. El que habló es el único que va a hacerlo. De hecho, está obligado a hablar con nosotros porque es el de menor rango que hay aquí. Para él es una vergüenza tener que hacerlo.

—¡Bueno, pues encuéntralo!

Jemain levantó las manos con ademán impotente.

—Lo intentaré, pero no sé leer sus máscaras.

¿Leer sus máscaras? ¿De qué estaba hablando ese hombre? Barras examinó la cubierta. Seis. Dos habían bajado. Que el Embozado se los llevara, ¿qué acababa de hacerles a sus hombres? Vio que Cordero no se había movido de donde había dejado caer sus espadas. Barras le hizo una señal, conminándolo a que esperara. Cordero respondió con «impaciencia extrema». Barras captó la atención de Corlo y asintió. Corlo fue subiendo poco a poco las manos por la pechera, respiró hondo y después se quedó paralizado. La hoja resplandeciente de una espada había aparecido junto a su cuello.

—¿Quién habla por este navío? —preguntó el seguleh que había hablado antes.

Barras se adelantó.

—Yo.

—Tenéis un mago entre vosotros. O bien se abstiene de usar sus artes o se le dará muerte. ¿Está claro?

—Ya... Es decir, sí, está claro. —Barras se acercó al portavoz hasta que se plantó cara a cara, o a máscara, delante de él. Estudió la careta en un esfuerzo furioso por memorizar su identidad. Comprendió entonces el comentario de Jemain: todo estaba allí, en la máscara, para que todos lo vieran, siempre que se supiera entender los signos. Espirales de color bermellón oscuro, observó, en la parte inferior de las mejillas.

El portavoz se giró para mirar a otro seguleh. Unas señales sutiles u otro tipo de lenguaje corporal se intercambiaron entre ellos, pues ninguno dijo ni una sola palabra. El portavoz volvió a mirar a Barras.

—Exigimos vuestras provisiones de comida y agua potable —dijo en su curiosa voz chillona—. Proporcionaréis la mano de obra para trasladar la carga exigida. Además, nuestros remeros están cansados. Nos llevaremos a los más fuertes entre vosotros para sustituirlos.

Barras se quedó mirando la máscara, los ojos de color marrón oscuro casi ocultos en el interior.

—¿Que vais a hacer qué?

La máscara se ladeó unos milímetros.

—¿Nuestras instrucciones no están claras? ¿Quizá deberíamos hablar con otro? ¿Alguien capaz de comprender?

Jemain apareció junto a Barras.

—Sí, distinguido señor. Comprendemos. Obedeceremos. —Con cierto esfuerzo apartó a un incrédulo Barras—. Ya no tenemos alternativa —susurró—. Al menos nos dejarán vivir.

—¡Para morir! —gruñó Barras con expresión furiosa, pero no tendría que haberse molestado. El portavoz hacía caso omiso de él con tal descaro que era como si hubiese desaparecido. Furioso, Barras rodeó con una mano la garganta de Jemain—.

¡Yo he metido a mis hombres en esto y yo los voy a sacar! Dame una opción, lo que sea... algo.

El primer oficial tiraba de los dedos de Barras, los ojos se le salían de las órbitas.

—Hay una cosa —murmuró—, pero solo conseguirás que te maten.

Barras lo soltó.

—¿Qué? Dila.

Jemain cayó de rodillas y jadeó para recuperar el aliento.

—Desafía al portavoz.

Barras asintió con un gruñido, algo le había dicho que al final terminarían así.

—¿Cómo?

—Coge un arma... ¡pero debes mantener los ojos clavados en el portavoz! No mires a nadie más. Es a él a quien estás desafiando.

—Bien. —Barras buscó por la cubierta el arma más cercana y encontró una espada recta de Ciudad Libre y un sólido puñal de marinero. Cogió las dos armas sin levantar la cabeza y después se volvió hacia el portavoz seguleh. Todo el mundo, observó por el rabillo del ojo, se había quedado muy quieto. Un seguleh resultó estar en su camino. Cuando Barras se acercó, el hombre sacó un arma y se la puso al juramentado en el pecho. Con la cabeza todavía gacha y el gesto decidido, este hizo una pausa y después continuó. Observó que el borde afilado de la hoja abría una brecha en su camisote de cuero cuando pasó al lado del seguleh. Siguió moviéndose con un cuidado deliberado, se acercó al portavoz y se detuvo ante el hombre, que se había quedado inmóvil. Levantó la mirada, la fue subiendo por el camisote de cuero, el pañuelo del cuello, hasta la máscara y los ojos que había detrás. En el instante en que sus miradas se encontraron, la máscara se inclinó apenas, ¿aceptaba?

Tan rápido como un felino a la caza, el hombre dio un paso atrás, sus pies descalzos apenas tocaban la cubierta, después se abalanzó para atacar. Barras cedió terreno de inmediato y se defendió con frenesí. Los ataques eran tan rápidos y despiadados que no había tiempo de pensar, no había tiempo de planear. Tuvo que ceder la mitad entera de la longitud del navío antes de conseguir arrancar una fracción de segundo para contraatacar, buscar su terreno y prevenir el avance del otro hombre. Estaba horrorizado, nadie le había hecho jamás nada parecido.

Pero su alivio no duró mucho. Esquivar una elegante serie de estocadas lo desbordó y lo vio venir incluso antes de que llegara: una puñalada en la parte alta del muslo. Se retorció justo a tiempo para que la hoja fracasara en su retirada desolladora. Un escalofrío de pavor desconocido se apoderó de Barras, algo que creyó que Assail le había arrancado por completo. ¡Ese hombre no estaba intentando solo matar, estaba eligiendo el objetivo! Aquel había sido un atentado preciso contra la arteria femoral. Si no hacía algo de inmediato, aquel tipo lo iba a cortar en mil pedazos. En lo único que podía pensar era en las carcajadas de su amigo Jup, ¡Barras

de Hierro, por fin vencido por un gilipollas enmascarado!

Habían pasado menos de seis latidos.

Pero si bien los ataques llegaban tan rápidos como los de Penas (el más preeminente y hábil de los espadachines de la Guardia), carecían de potencia. Se parecían más a cortes quirúrgicos que a golpes. Tras haber recuperado la compostura (y sospechaba que muy pocos solían quedar vivos el tiempo suficiente para hacerlo) se inclinó hacia delante usando su furia para contraatacar con todas sus fuerzas. Apartó de un golpe seco una hoja, sorprendió al hombre y se metió para arañarle el antebrazo con el puñal. La otra hoja del hombre le rebanó la cara en un movimiento para quitárselo de encima, pero Barras continuó presionando a pesar de todo y, con un revés, clavó el puñal hasta la empuñadura en la armadura ligera de cuero del hombre, justo por encima del corazón. La enérgica cuchillada arrancó los pies del seguleh del suelo, pero al tiempo que caía le dio impulso a la otra hoja y rozó el cuello de Barras. La hoja le hizo un corte profundo bajo la barbilla. Barras se apartó de golpe con un aullido de dolor.

Cayó de rodillas, una calidez húmeda le latía entre los dedos. Una mano se aferró a la suya.

—Déjame ver. Déjame ver. —Era Corlo. Barras se relajó. Un paño le envolvió el cuello—. Está bien —dijo Corlo—. Está bien. Vivirás.

Barras jadeaba, se atragantaba, no podía hablar.

Corlo lo cogió por el brazo y se irguió, tambaleándose un poco. Vio a Jemain mirándolo con expresión incrédula. Le hizo un gesto para que se acercase. Intentó hablar y fracasó. Bajó la cabeza y vio que la pechera le brillaba con una marea roja.

—¿Y ahora qué? —le preguntó con voz ronca a Jemain.

El primer oficial tragó saliva y siguió sin moverse.

—Decían que no se podía hacer... —dijo sin aliento, maravillado.

—Casi no se pudo —contestó Barras, que únicamente podía permitirse hablar en voz baja.

Jemain señaló a otro seguleh que en ese momento estaba inclinado sobre el portavoz muerto. *Por el Embozado sobre su caballo muerto. ¡Otro no! ¿Es que tengo que batirme en duelo con todos y cada uno de estos putos tíos?*

Ese seguleh se irguió y miró a Barras.

—¿Cuál es tu nombre para que podamos inscribirlo entre los agatii?

—¿Los agatii?

—Los mil —dijo el seguleh.

Barras lo miró perplejo. ¿Había mil de esos espadachines?

—Barras. Barras de Hierro. Cuarta compañía, segunda espada, juramentado de la Guardia Carmesí.

Todos los seguleh restantes se volvieron para mirarlo. Barras devolvió las

miradas, pero entonces recordó la advertencia de Jemain y apartó los ojos. El seguleh que se había mantenido más alejado de todos, en pie en la proa, se acercó para examinarlo. Su máscara estaba mucho menos decorada que las otras, marcada solo por unas cuantas líneas. Pero, por supuesto, Barras no le encontraba ningún sentido a su diseño. Después volvió a acordarse de las palabras de Jemain y apartó de inmediato los ojos de la careta del hombre.

—Nos han llegado noticias de vosotros, los juramentados —dijo ese—. ¿Por qué no te identificaste antes?

Barras se encogió de hombros.

—No vi razón para hacerlo.

El seguleh pareció comprender el razonamiento.

—Ignoras nuestras costumbres, así que seré claro. Te desafío.

—¡No aceptes! —dijo de golpe Jemain.

Barras se tocó con suavidad la venda húmeda del cuello, se limpió la boca con el antebrazo y lo sacó con una mancha de sangre seca de la brecha abierta en la cara. El dolor de la puñalada en la pierna era un rugido en sus oídos. La pierna sufría espasmos, apenas capaz de sostenerlo.

—Yo, eh, con todo respeto, declino —murmuró, su voz era un simple gorgoteo.

El seguleh inclinó la máscara apenas unos milímetros.

—Otra vez será, entonces. —Miró a sus hombres y como uno solo se acercaron al costado del barco—. Nos vamos ya.

Barras se los quedó mirando otra vez. *Dioses, qué gente*. No hacían más que descolocarlo.

—Espera. ¿Adónde vais? ¿Qué estáis haciendo aquí fuera? Por el giro de los Mellizos, hombre. ¿Por qué te pones a hablarme ahora?

Mientras los demás se llevaban al portavoz muerto junto a la borda, su líder, o eso supuso Barras, volvió la vista.

—Ahora tienes estatus. Me llamo Oru. Ahora soy tu, cómo se dice... *yovenai*...

—Patrón, o comandante... una especie de maestro también —explicó Jemain.

Oru no discutió la traducción de Jemain.

Barras señaló con un gesto al seguleh muerto.

—¿Y él cómo se llamaba?

—Leal. Ella se llamaba Leal.

—¿Ella? ¡Ella!

—Sí.

Dioses del inframundo. No tenía ni idea. Pero recordaría su nombre, pocas veces había estado tan cerca de que lo vencieran. Oru había saltado con un movimiento ágil a la galera. Barras se inclinó por el costado, se sujetó el cuello y habló con voz ronca.

—¿Qué estáis haciendo aquí fuera? ¿Por qué os vais así?

—Tú perteneces a los agatii. Tú tienes tu misión. Nosotros tenemos la nuestra. Buscamos algo... algo que nos robaron hace mucho tiempo.

—Bueno... que los dioses os acompañen.

—No a nosotros —respondió Oru con tono inexpresivo.

Los tripulantes empujaron con pértigas. Cuando los remos estuvieron listos, Barras hizo un recuento rápido y contó quince. *Por la misericordia de Ascua, quince.* Después la niebla se tragó el navío y dejó solo los ecos de las olas al golpear la madera y el chapoteo del agua.

Al volverse, Barras se encontró a Jemain estudiándolo una vez más.

—¿Qué?

—Jamás lo habría creído.

—Sí. Bueno, la Señora me favoreció.

—Los seguleh no creen en la suerte.

—Pues ahí lo tienes. Y ahora vamos a remar. Da las órdenes, primer oficial. Yo casi no puedo hablar.

—Sí, capitán. Y... ¿capitán?

—¿Sí?

—Intenté echarle un buen vistazo a la máscara de Oru. Si tengo razón, su rango está entre los veinte primeros.

Al segundo día de su huida del fuerte caído de la frontera, Rillish se despertó y se encontró a cinco niños wickanos con los ojos clavados en él, mirándolo con las narices llenas de mocos y la curiosidad sin filtros de la juventud. Rillish se incorporó, se apoyó en los codos y les devolvió la mirada. Los niños no parpadearon.

—¿Y bien? ¿Vais a ayudarme a levantarme o no? —Las penosas exigencias de su huida habían empeorado la herida de la pierna de Rillish. El día anterior los soldados se habían turnado para llevarlo. Las vendas hedían y estaban manchadas con una sustancia de color verde amarillento.

—No —dijo la mayor, su guía, una niña que quizá acabara de entrar en la pubertad.

—¿No? —Rillish frunció el ceño con aire pensativo—. Entonces es que estáis planeando acabar con mis sufrimientos como soléis hacer con vuestros heridos.

El desdén de la niña era absoluto.

—Mentiras de hombre de ciudad. No hacemos tal cosa.

—No —repitió Rillish. Se le ocurrió que lo estaba estudiando lo que pasaba por consejo gobernante de la banda de jovencitos a los que había rescatado, los cinco mayores—. ¿Puedo saber tu nombre?

—Melena —dijo la niña. Un cuchillo largo con mango de cuernas envainado sobresalía de la cuerda de pelo de caballo tejido que le servía de cinturón y sujetaba

los harapos de la niña, todo lo cual se reducía a poco más que una manta raída puesta a modo de poncho. La hoja del arma habría sido risible si la cara de la chica no luciera un filo templado parecido. También se le ocurrió a Rillish que él conocía esa hoja.

—¿Entonces me permites preguntar el propósito de esta reunión del gran consejo?

—Esta no es una de vuestras reuniones del consejo, hombre de ciudad —se burló la niña—. Esta es una reunión de mando. Yo estoy al mando.

—¿Tú al mando? No, creo que yo...

—Piensa lo que quieras. Aquí, en las llanuras, si deseas vivir, harás lo que yo diga...

—Melena, estoy al mando de los soldados que os protegen y que te rescataron a ti y a tus...

—¿Rescatarnos a nosotros? —ladró la niña—. No, malazano. Desde mi punto de vista, nosotros os rescatamos a vosotros...

Se le ocurrió a Rillish que estaba discutiendo con una niña de diez años, y que la niña tenía razón. Levantó la cabeza para estudiar las ramas que daban sombra en aquel bosquecillo.

—Muy bien. Entonces te haré el favor de aceptar que todo esto lleva a alguna parte...

—Bien. Dijo que lo harías.

—¿Quién?

Una mueca de autorreproche.

—Da igual. De lo que se trata es de que hemos decidido que a partir de ahora viajarás en un travesaño que arrastraremos.

—Un travesaño. Qué amables.

—No es amabilidad. Nos estás retrasando.

Entiendo. El grupo ya soportaba la carga de uno, un niño pequeño que apenas empezaba a andar, envuelto en mantas y adorado por los otros niños.

—Haré que mis hombres...

—Tus hombres no tirarán de él. Los necesitamos para luchar. Tres de nuestros chicos más fuertes tirarán de él.

—Oye, espera un minuto...

Melena lo hizo callar con un ademán.

—Está decidido. —Ella y los cuatro jovencitos se alejaron de repente.

Bueno. Lo acababa de despedir una banda de mocosos.

—¡Sargento Acorde!

Un toque en el hombro lo despertó bajo la luz dorada del atardecer. El sargento Acorde estaba allí, avanzando a paso ligero junto al travesaño. La hierba alta

susurraba al separarse hacia ambos lados y a Rillish lo desconcertaba la impresión que tenía de que lo estaban arrastrando por aguas poco profundas.

—Teniente, ¿señor?

—Sí, sargento.

—Hay problemas, señor. Una pequeña banda de colonos armados. Los exploradores dicen que tenemos que atacarlos. Hay muchas posibilidades de que nos vean.

Por alguna razón a Rillish le costaba hablar.

—¿Exploradores, sargento?

Un sonrojo.

—Ah, los muchachos y muchachas, señor.

El movimiento se ralentizó y después se detuvo. El sargento Acorde se agachó. Rillish lo miró con los ojos entornados e intentó concentrarse; algo le pasaba a su visión.

—Muy bien, sargento. Rodeen al grupo, una andanada y después entren. No debe escapar ninguno.

—Sí, señor. Eso es justo lo que ella ordenó también.

—¿Ella, sargento?

Otro sonrojo.

—Melena, señor.

—¿No es su cuchillo lo que lleva en el cinturón?

—Lo es, señor.

—¿No tiene eso algún tipo de significado aquí, entre los wickanos?

Su sargento había apartado la mirada, distraído.

—Ah, sí, sí que lo tiene, señor. No lo sabía en ese momento. Tengo que irme, señor.

—Muy bien, sargento. —Pero el hombre ya se había ido. Sintió una especie de irritación vaga, pero ya no estaba seguro de por qué. Tras él, el otro travesaño se había posado, disimulado, entre la alta hierba; su banda de porteadores arrodillados alrededor, nerviosos. Rillish tenía la viva impresión de que los mayores, niños y niñas, estaban protegiendo el travesaño. Mientras él miraba, unos jovencitos aparecieron como por arte de magia entre la hierba, hablaron con el pequeñuelo del travesaño y después se alejaron a toda velocidad. Era como si estuvieran transmitiendo información y recibiendo órdenes del niño. Rillish lanzó una risita ante semejante imagen. La mano de uno de sus jóvenes porteadores le bamboleó el hombro.

—Silencio, malazano —dijo el niño.

¡Silencio! ¿Cómo se atrevía? Rillish luchó por incorporarse, él le enseñaría lo que era el respeto. Una punzada de dolor le atravesó la pierna como un relámpago. El

dolor convirtió su visión en simples túneles y rugió en sus oídos como un corrimiento de tierras, y después ya no sintió nada más.

—¡Teniente, señor! ¡Teniente!

Alguien lo llamaba. Estaba a bordo de un transporte de tropas, al nordeste de Puño, en medio de una tormenta. Unas olas gigantes bamboleaban la incómoda bañera. Se sentía como una pulga aferrándose a un perro rabioso. El capitán chillaba y señalaba a estribor. De la oscuridad salió a toda velocidad una galera de guerra mare, de casco negro y precipitándose sobre ellos como la ira del propio Embozado. El ariete disparaba una espiral de espuma más alta que el propio francobordo de la esbelta galera.

—¡Todo a estribor! —rugía el capitán.

Rillish examinó la cubierta atestada de regulares malazanos en pie, refuerzos de camino al aislado Sexto. Observó a un sargento que les gritaba a sus hombres para que formaran.

—¡Listas las ballestas! —le gritó.

—¡Sí, señor! —exclamó el sargento.

Antes de que pudiera volverse, la galera mare los golpeó. El castillo de popa se alzó de golpe y le quitó el aliento. Los hombres gritaron y la madera se partió con un crujido lento y machacado. Un mástil partido golpeó la cubierta.

Enredado bajo las jarcias caídas, Rillish se limitó a bramar:

—¡Fuego! ¡Fuego a discreción!

—¡Sí, señor! —fue el aullido de respuesta. Rillish imaginó el castigo de fila tras fila de ballesteros malazanos disparando sobre la galera, baja y abierta. Se liberó a machetazos, un ojo cegado por la sangre que le chorreaba de una brecha en la cabeza.

—¿Dónde está la maga del pelotón, maldita sea?

—Muerta, señor —exclamó alguien en la oscuridad.

La cubierta se ladeó a babor cuando una ola levantó los dos navíos. Con un crujido angustioso de la madera, se separaron. El ariete salió, rajado y entre una lluvia de maderos pulverizados. La galera de guerra retrocedió a golpe de remo. ¡Que el Embozado se llevase ese bloqueo mare! Los únicos aliados de los korelri que valían algo. Se preguntó si al menos uno de cada cinco barcos malazanos conseguía pasar. El navío desapareció en la oscuridad, seguro de haber cumplido su misión. Rillish se inclinaba a pensar lo mismo. El transporte se negó a enderezarse, cabalgaba sobre las olas y los senos como una criatura muerta. Se abrió paso entre las ruinas del castillo de popa y encontró al sargento.

—¿Qué le parece? —preguntó.

El sargento hizo una mueca y escupió.

—Me parece que el agua está muy fría, joder.

—Estoy de acuerdo. Que los hombres se quiten el equipo. Tendremos que nadar hasta la orilla o esperar que haya cerca otro del convoy.

—Sí, señor.

—¿Teniente? ¿Señor?

Rillish abrió los ojos. Era de noche. Habían salido las estrellas, pero se comportaban de una forma extraña, tenían colas que barrían el aire tras ellas siempre que miraba a su alrededor. El sargento Acorde lo estaba observando desde su altura. Se sentía acalorado y sudoroso. Intentó hablar, pero no pudo separar los labios.

—Está con fiebre, señor. Infección.

Rillish separó los labios de un tirón.

—Estaba pensando en el día que nos conocimos, Acorde.

—¿Es eso cierto, señor? Un mal día, aquel. Perdimos a muchos y buenos soldados.

Un wickano jovencito apareció junto a Acorde. Melena también estaba allí.

—Este muchacho —dijo Acorde— es un talento, tocado por Denul, o eso dice Melena. Va a echar un vistazo. —El niño agachó la cabeza con timidez.

¡Solo era un niño!

—No.

—¿No, señor?

—No. Demasiado joven. No tiene adiestramiento. Peligroso.

Acorde y Melena intercambiaron una mirada; Acorde se encogió de hombros, *te lo dije*.

—Es una orden —dijo Melena.

—¿De quién?

Melena miró al otro travesaño y se mordió el labio.

—Una orden. Eso es todo. Y se va a cumplir.

—No, yo...

Acorde lo sujetó. Otras manos lo cogieron por los hombros, los brazos y las piernas. Le metieron un cuero doblado en la boca a la fuerza. Rillish se resistió, luchó, jadeó y chilló a través del bocado. El niño le tocó la pierna y cerró los ojos. La oscuridad se apoderó de él.

Despertó solo en un claro bordeado de hierba bajo las estrellas, justo como el último que había visto. De hecho, era tan parecido que Rillish casi sospechaba que quizá Acorde y los demás habían decidido que era más conveniente abandonarlo sin más. Se encontró con que podía levantar la cabeza. Vio al joven sentado con las piernas cruzadas enfrente de una hoguera apagada, con la cabeza inclinada.

—¿Hola?

—No te molestes, extranjero —gruñó una voz baja procedente de las hierbas—. No te responderá.

Rillish recorrió con los ojos el muro de hojas marrones que ondeaban.

—¿Quién anda ahí?

Una risa dura a su alrededor.

—No para ti, extranjero. Tú no deberías vagar perdido, ¿sabes? Ni siquiera aquí.

Buscó en los costados un cuchillo, pero no encontró nada. Otra carcajada dura y jadeante.

—¿Qué está pasando?

—Estamos decidiendo...

Unas formas pasaron como un rayo junto al muro de hierba, largas y ágiles.

—Decidiendo... ¿qué?

—Cómo matarte.

Las formas se quedaron inmóviles; toda insinuación de movimiento se detuvo. Hasta el aire pareció quedarse quieto. Algo agitó el suelo del claro, enorme, ondulante y lento. A Rillish le recordó los momentos en los que había sentido temblar el suelo. El dolor de Ascua, lo llamaban algunos.

—Basta...

Las formas huyeron.

Una presencia entró en el claro, al menos eso fue lo que los sentidos de Rillish pudieron discernir. No podía verla con claridad, sus ojos parecían incapaces de procesar lo que veían. Un punto ciego móvil era cuanto podía distinguir. El suntuoso aroma de la tierra recién removida lo envolvía, cálido y húmedo. Le recordó a su juventud, cuando ayudaba a los peones en los huertos de su familia. La presencia fue hacia el muchacho y pareció envolverlo.

—Tanta inocencia. —La desolación dolorosa que anidaba en la voz descorazonó a Rillish y le llenó los ojos de lágrimas—. ¿Ha de ser castigada? —La entidad se volvió entonces hacia él y Rillish notó que tenía que apartar la mirada. No podía enfrentarse a aquello, era demasiado.

—Rillish Jal Keth —habló la criatura y el peso profundo de una pena tras la voz era desgarrador—. En estos tiempos jóvenes a mis costumbres las llaman antiguas y duras, lo sé. Pero incluso así son eficaces. Se solicitó orientación y orientación se concederá. Mis hijos han de dar ahora un paso y entrar en ese otro mundo del que tú procedes. Te pido que ayudes a orientar ese paso.

—¿Tú... pides?

—La sumisión y la obediencia pueden imponerse. La comprensión y la aceptación no.

Rillish luchó por expresarse.

—Entiendo... es decir, no entiendo. Yo...

—No se espera de ti que lo hagas. Lo único que se espera de ti es que te esfuerces por hacerlo.

—Pero cómo sabré...

La presencia se retiró.

—Basta...

Rillish despertó a la luz sesgada de últimas horas de la tarde. La soldado que lo había ayudado a escapar del fuerte le estaba poniendo un trapo frío y húmedo en la cara mientras caminaba junto al travesaño. Rillish le dedicó una sonrisa que ella le devolvió y después se alejó corriendo. *Espera*, intentó llamarla él, *¿cómo te llamas?* Muy poco después apareció el sargento Acorde a su lado.

—Sargento —consiguió susurrar él.

—Sí, señor.

—El chico, ¿dónde está el chico?

Acorde mantuvo una rígida sonrisa de aliento.

—Usted no se preocupe por nada. Solo descanse ahora, señor.

—¡Sargento! —Pero el otro había desaparecido.

A la mañana siguiente Rillish pudo sentarse. Pidió agua y comida. Lo más difícil de soportar era su propio olor; se había cagado encima durante la noche. Preguntó por el sargento Acorde y esperó. Parecía que el sargento era algo reticente. Al final apareció. Rillish vio entonces que el hombre tenía una buena barba y que la sobrevesta gris estaba raída y manchada. También parecía lucir unos cuantos cortes y unas brechas nuevas. Rillish imaginó que su propio aspecto tenía que ser peor, desde luego olía mucho peor.

—Necesito asearme. ¿Hay agua suficiente para eso?

El sargento pareció aliviado.

—Sí, señor.

Melena se acercó caminando, vestía el atavío de un colono, una armadura de cuero blando sobre una túnica demasiado grande para ella, pantalones y hasta botas.

—¿El chico? —preguntó Rillish—. ¿El sanador?

El sargento Acorde apretó los labios y apartó la vista con los ojos entrecerrados.

—Muerto —dijo Melena con su ceño furioso habitual—. Murió salvándote. Aunque el porqué no lo sé, siendo como eres un maldito malazano. Es mucha la sangre wickana que se ha derramado para salvarte...

—Ya basta —murmuró Acorde.

Rillish dejó caer la mirada. La niña tenía razón y tenía derecho a estar enfadada. Pero él no había pedido que le curaran. Levantó la cabeza.

—Tú dijiste algo. Algo sobre unas órdenes. ¿A qué te referías?

Melena enseñó los dientes con una mueca desafiante.

—No para ti, extranjero.

La respuesta provocó un escalofrío en Rillish.

Al día siguiente pudo caminar un trecho. Los chicos que tiraban de su travesaño lo seguían junto con el otro trineo en el centro de la desharrapada columna de unos setenta niños (un tercio entero de los cuales estaba siempre explorando muy por delante de la columna en cualquier momento dado), y los treinta regulares que avanzaban en la vanguardia, la retaguardia y los piquetes laterales. Cuanto más estudiaba Rillish el otro travesaño y los doce jovencitos que lo rodeaban de forma constante, con más claridad lo veía como el verdadero corazón de la banda. ¿Quién era ese niño que inspiraba tal devoción? Los supuestos guardianes se interponían siempre que él intentaba acercarse. El pequeño hacía caso omiso de él, envuelto en mantas de caballo y con los ojos cerrados la mayor parte del tiempo. El vástago de la familia de algún cacique importante, había terminado por suponer Rillish.

Mientras andaba, justo detrás de la vanguardia, se detuvo un momento para quitarse el casco y limpiarse la cara. ¡Maldito calor! El sol parecía arder en cada brizna de hierba. Los insectos zumbaban a su alrededor y volaban delante de sus ojos. Él era una masa de verdugones, tenía los labios agrietados y quemados y su mierda tenía la consistencia de la sopa. De una saca extrajo un trapo hecho una bola, lo desdobló y miró la masa oscura de dentro. Comida, ¿no? A él le parecía más bien mierda de bhederin seca. Intentó arrancar un bocado de una esquina y después de roer durante un rato consiguió desprender un trocito. Le hizo un gesto al sargento Acorde para que se acercara.

El sudor manchaba los restos de la sobrevesta gris del sargento, que aleteaban al viento. Dos plumas de cuervo se agitaban en el yelmo del hombre. Rillish las estudió y levantó una ceja. Acorde hizo una mueca y se agachó.

—Eso es por si alguna vez terminamos separados de la columna, señor. Paso franco, ya sabe, por lo menos es lo que me han dicho.

—Entiendo. —Rillish alzó ligeramente la barbilla y señaló el oeste, donde unas colinas de color marrón brumoso encorvaban el horizonte—. ¿Nuestro destino?

—Sí, señor. Las colinas Doradas. Una especie de territorio sagrado para los wickanos, señor.

—Así que Melena confía en poder encontrar otros refugiados allí.

—Sí, señor.

—Muy bien. Y... buen trabajo, sargento.

—Gracias, señor. —Acorde saludó y se fue.

Rillish suspiró, volvió a ponerse el casco y echó a andar. Puesto que ese era el caso, tenía que plantearse qué hacer una vez que hubiera cumplido con todas sus responsabilidades. ¿Devolver su mando a su superior regional en Unta? ¿Enfrentarse

a un consejo de guerra sumario, a la ejecución? ¿El puño D'Ebbin se conformaría solo con su cabeza o encarcelaría a los hombres por amotinarse? Siempre podía apelar al puño supremo Anand, el hombre tenía fama de ser justo. Quizá debería disolver su pelotón y regresar solo. O no regresar. «Presuntamente muerto» sería la conclusión oficial. Pensó en la finca de su familia, pegada a la frontera con Gris; las calabazas estarían madurando en esa época del año.

Recordó otra vez las imágenes de las alucinaciones inducidas por la fiebre y bufó ante la ridícula y exagerada relevancia que le había concedido a todo el asunto. Su pelotón de Korel había sido diezmado, el pelotón de la frontera wickana había sido diezmado; daba la sensación de que lo mejor para todos sería que él se limitara a arrojar el casco. Pero la cara de Tajin no desaparecía. Tajin era el nombre del chico. No podía cerrar los ojos sin ver a Tajin.

Esa tarde, horas después, llegaron los exploradores procedentes del sur. Se arrojaron, agotados, junto al travesaño del niño. Melena llegó corriendo y estalló una fiera discusión en la que participaba el niño sentado, la cual concluyó cuando Melena agachó la cabeza con una reverencia brusca. Acorde se había colocado junto a Rillish.

—Jinetes que se acercan desde el sur —dijo en un aparte.

—No wickanos, supongo.

—Diablos, no.

Melena se acercó corriendo a Rillish, apretaba con una mano la empuñadura de su cuchillo largo. Se detuvo delante del malazano, pero llevaba la cabeza girada y miraba furiosa al travesaño.

—Se me ha ordenado, es decir, debemos ponernos a tus órdenes. —La niña se negaba a levantar la mirada.

—¿Nos han visto ya?

—Creemos que no.

Rillish miró a su alrededor y señaló el montículo más cercano.

—Nos retiramos hasta esa colina. Nos agachamos, quizá no nos vean.

—Como mandes. —Y transmitió las órdenes en voz baja.

Acorde levantó una mano e hizo una seña a los regulares, hombres y mujeres. Todo el mundo salió a la carrera hacia la elevación.

Un torrente seco cortaba la parte posterior de la elevación, lo que impedía cualquier acercamiento, pero eliminaba también cualquier posibilidad de retirada. Los regulares se agazaparon en la hierba en un arco doble alrededor de la base. Rillish se arrodilló con un relevo de seis cerca de la cima, junto al travesaño. La guardia de jovencitos rodeaba al niño; el resto se había dispersado. Todo el mundo esperaba, en silencio, mientras el martilleo de los cascos de los caballos se cernía sobre ellos. Los

jinetes pasaron a toda velocidad, en tropel; ciudadanos armados sin uniforme ni orden alguno, una especie de milicia que cabalgaba por propia autoridad. Unos ochenta hombres. Su ruta dibujaba una curva que discurría junto a la elevación y continuaba hacia el noroeste. Complació a Rillish ver escasez de arcos y ballestas en las espaldas de los jinetes. Llamó a una mensajera con la mano.

—Dadles tiempo —susurró. La niña bajó a gatas entre las hierbas.

Rillish aguardó y escuchó. Regresó el zumbido monótono de los insectos y el siseo de la perezosa brisa vespertina entre la hierba. El sol se acercaba al horizonte irregular del oeste, ¿la razón de que se llamaran colinas Doradas? Después, un regreso de los cascos. Dos figuras montadas, con las cabezas gachas, estudiaban el suelo mientras guiaban sus monturas al paso hacia el sur. Los dos wickanos, con sus camisas rasgadas de piel de ciervo y el cabello largo, negro y apelmazado.

—Exploradores renegados —siseó Melena, que había aparecido de repente junto a Rillish.

Los dos jinetes se irguieron, galvanizados; se habían dado cuenta de que los estaban observando. Rillish supo que había perdido todas las opciones.

—¡Fuego!

Cuadrillos de ballesta y flechas saltaron de la hierba como insectos rabiosos. Un explorador cayó de espaldas a causa de los golpes de cuatro proyectiles. El otro se había tirado de su montura. Unas figuras se levantaron de las hierbas alrededor del hombre y se arrojaron sobre él. Un grito rápido y agudo; silencio. Una montura, alcanzada por varios cuadrillos de ballesta se encabritó de dolor, chilló y después se desplomó dando coces. *Maldita sea*. La otra permaneció inmóvil hasta que un joven se alzó junto a ella y lo mandó corriendo con una palmada en el flanco.

El suelo vibró con el regreso de la columna principal, pero más lenta, a medio galope. Rodearon la elevación muy agrupados, la vanguardia se consultaba entre sí, sus palabras perdidas en el estrépito. Al acercarse vieron la montura caída. Se arremolinaron, confundidos, ojearon las colinas circundantes. Los hombres desmontaron. *Mierda*.

—¡Fuego a discreción! —chilló Rillish.

Una andanada de proyectiles derribó a montados y desmontados por igual. El resto azuzó sus caballos colina arriba, las espadas destellaban al salir de las vainas.

Las tropas de Rillish se alzaron de la hierba para recibirlos. Acuchillaron monturas, se enfrentaron a jinetes. Una chica wickana se aupó a lomos de una montura tras un soldado y le clavó el cuchillo, luego se tiró del caballo, llevándose al jinete con ella. A la mayor parte de la milicia invasora le fue mejor, sin embargo, acuchillando con sus armas más largas, arrancándose a los jovencitos de sus costados, avanzando. Rillish desenvainó sus dos espadas de duelo untan y bajó como un rayo la ladera.

Se enfrentó al más cercano, eludió la estocada baja y acuchilló la entrepierna, después permitió continuar al hombre; en unos momentos se desmayaría por la conmoción y la pérdida de sangre. Otro intentó derribarlo con el caballo, pero él se arrojó a un lado rodando. Al enderezarse se volvió, esperaba que lo pisotearan, pero el jinete estaba más preocupado por otra cosa; se estaba limpiando la cara y bramando de frustración. Chillidos que se tornaron de dolor, incluso terror. La espada salió volando de su mano y se apretó la cara con las manos. Una nube oscura de insectos rodeaba al hombre. Cayó chillando de la montura, que se alejó disparada, desconcertada. Rillish cruzó hasta aquel que agitaba los brazos y gorgoteaba en las hierbas. Por toda la colina los hombres caían, aferrándose el cuerpo, gritando de dolor y un horror que helaba la sangre.

La figura que estaba a los pies de Rillish se quedó quieta. Una masa de insectos se alzó de ella como una espiral y se dispersó. Bajo ellos se reveló la curva reluciente, blanca y rosa, del hueso fresco allí donde había estado la cara del hombre. Como una explosión, una masa de garrapatas, avispas y moscones grandes como cucarachas salieron como una arcada entre los dientes separados del cadáver, como una exhalación de pestilencia. Rillish se apartó con un estremecimiento y vomitó el escaso contenido de su propio estómago.

Tosió, se limpió la boca y se irguió para ver que nuevos jinetes se abalanzaban sobre ellos. Una columna de caballería wickana que rodeó la base de la elevación. Dos jinetes saltaron de sus altas monturas pintadas y subieron corriendo la colina. Los dos vestían capas negras de plumas de cuervo, los dos eran también muy jóvenes. Rillish limpió sus espadas en las hierbas y después fue subiendo poco a poco hasta el travesaño. Le dolía el muslo, como si se le hubiera abierto la herida.

En la cima encontró a los dos jinetes, que se habían arrojado junto al travesaño y estaban los dos besando al niño, apretándole la mano, cogiéndolo por la barbilla y estudiando su rostro, maravillados, parlotando en wickano. Las lágrimas les corrían por las mejillas sin que les prestaran ninguna atención.

Acorde se acercó a Rillish.

—Por el asombro de Trake —dijo sin aliento, asombrado—. ¿Sabe quiénes son esos dos?

—Sí, sargento. Lo sé.

—Me parece que habrá un baño de sangre y que en la frontera tendremos que pagar hasta la factura del carnicero del Embozado.

—Sí, sargento. Lleva razón. —Rillish se sentó, se quitó el casco y se limpió el sudor de la cara. Tomó un trago de agua y se enjuagó la boca.

Al final, cuando empezó a caer la noche, los gemelos, un hombre y una mujer muy jóvenes, se acercaron a Rillish. Este se levantó también para recibirlos y se

inclinó con una reverencia que los dos jóvenes desecharon con un ademán.

—Le debemos más de lo que podemos pagarle, teniente —dijo el muchacho.

—Solo cumplía con mi obligación.

—¿En verdad? —dijo la chica con tono incisivo, los ojos oscuros y relucientes como los de un cuervo—. Contra su obligación, más bien.

—Mi obligación con el Imperio.

Los dos compartieron una mirada, una comunicación tácita.

—Nuestro agradecimiento, en cualquier caso —dijo el muchacho y se volvió para irse—. Los escoltaremos hasta las colinas Doradas.

Rillish estuvo a punto de pronunciar un reflexivo «Sí, señor». Los observó alejarse y hablar con Melena y los demás, que se arremolinaban alrededor, los tocaban con veneración y les tiraban de los cueros. Crecidos y convertidos en adolescentes desgarbados de miembros largos, pero con los rostros curtidos, la mirada distante y calculadora de veteranos aguerridos que han sufrido todas las pruebas del Embozado, Nada y Menos. Leyendas vivas de la campaña de Siete Ciudades. Quizá los magos vivos más peligrosos del continente, y rabiosos, puñeteramente furiosos, le parecía a él. Y además con toda la razón.

Kyle despertó con una ligera patada que le dieron en el talón. Sin moverse echó un vistazo y vio que Acecho le hacía un gesto silencioso para que se levantara. Se puso en pie con torpeza, ayudándose con la mano izquierda, pues llevaba la derecha ceñida por el cabestrillo. La noche era brillante, la luna moteada estaba baja y brillante. Por inexplicable que fuera, Kyle pensó en antiguas leyendas de la juventud de su pueblo, cuando múltiples lunas de muchos tamaños y tonos pintaban las noches en una sombra multicolor. Esa llevaba descolorida los últimos tiempos. Y las noches habían estado iluminadas por muchas más estrellas fugaces que cuando él era niño. Alzó los ojos hacia el reluciente arco de estrellas que demarcaban el Molde de Padre, donde el padre celestial de su pueblo arrojó la tierra brillante que sería la Creación. Tan resplandeciente y densa como siempre, a pesar de los miedos de Kyle.

Acecho le acercó la cabeza.

—Tenemos un problema. —Como respuesta a la mirada interrogante de Kyle, señaló a Fochas, que esperaba en el borde oscuro de los árboles.

Cuando Kyle se aproximó, Fochas se ajustó el camisote blindado de anillos de hierro cosidos al cuero y comprobó sus cuchillos largos envainados. Su boca lucía su habitual y amarga expresión tras el bigote y la barba, cada vez más densos.

—Hemos visto al dueño del bote. Es un tipo gigantesco, maldito sea Togg. El más grande que he visto jamás. Más grande que cualquier thelomenio.

Un escalofrío de pavor recorrió a Kyle; los gigantes, los jhogen, eran criaturas de las pesadillas de su pueblo.

—¿Un jhogen?

—¿Qué es eso? ¿Jhogen? —Fochas cayó entonces en la cuenta y esbozó una sonrisa sin gracia—. No. No uno de esos.

—En la Guardia oí hablar de gigantes que viven en Stratem. En el este. Toblakai.

—No, no como esos —rezongó Fochas.

—Cuanto más grandes son, más lentos —dijo Acecho mientras les metía prisa.

—¿Eso lo dices por experiencia, Ace? —preguntó Fochas arqueando una ceja. Acecho pidió silencio por señas. Mientras se abrían paso por el bosque, Kyle quería preguntarle a Fochas algo más sobre ese gigante, pero ya había pasado el momento. Se movieron sin ruido entre los árboles, llegaron a unos campos cultivados al borde del bosque que llevaban a una colección suelta de chozas y corrales desperdigados que, a su vez, iban cayendo hasta una playa de roca negra y las aguas grises y picadas del mar Blanco. Un viento hiriente soplabla hacia tierra y penetraba en la armadura de Kyle, en el acolchado de la ropa interior y las camisas de lino. El joven se ciñó mejor el manto. Las ráfagas parecían transmitir el frío gélido del hielo que le había dado origen en algún lugar lejano, más allá del horizonte occidental.

Encorvado, Fochas bajó corriendo por el terreno abierto de los campos. Kyle recorrió con la mirada las chozas espaciadas, no se veía ni una sola hoguera ni lámpara, aunque algunos zarcillos blancos trepaban por los agujeros para el humo de algún tejado. Acecho lo siguió y Kyle cerraba la marcha. Entre las chozas apareció Malas Tierras por la parte trasera de un corral que contenía cabras. Los cuatro bajaron trotando hasta la playa oscura donde el bote descansaba un tanto torcido, brillante contra la gravilla negra gastada por el agua; su único mástil alto, elegante y esbelto.

Malas Tierras apoyó un hombro en la popa elevada, arañando las rocas con los pies. Empujó otra vez y resopló.

—¡Que Lad se lo lleve! Tenemos una complicación.

—No dejes de vigilar —le dijo Acecho a Kyle. Los otros tres aplicaron los hombros al bote. Se esforzaron respirando con bocanadas cortas e intensas. Clavaban las sandalias en la gravilla. Con un lamento estrepitoso, el bote avanzó un palmo sobre el lecho de troncos.

Kyle apartó la vista de los esfuerzos de sus compañeros y le sorprendió ver dos hombres que se acercaban. Uno lo dejó pasmado por su tamaño, casi el doble de la altura de un hombre normal, llevaba una lanza que era casi la mitad de alta que él. El hombre que caminaba al lado de ese gigantesco ser, jhogen o no, de algún modo no se veía en absoluto disminuido. Moreno, musculoso, se movía con una elegancia innata que llamó la atención de Kyle.

—Aquí vienen —murmuró en un aparte. Los tres primos se irguieron y abandonaron sus esfuerzos. El barco se había movido solo una brazada.

Cuando los dos se acercaron, Kyle se encontró con que, más que miedo, sentía

una inexplicable mortificación y vergüenza, como si fuese un ladronzuelo común sorprendido con las manos en la masa, cosa que, reflexionó, era en realidad lo que había ocurrido.

—Me desconciertan —dijo el hombre en taliano mientras señalaba el bote—. No pensé que nadie, salvo aquí mi amigo, pudiera moverlo.

—Sí, bueno, es que estamos llenos de sorpresas —dijo Acecho entre dientes, con una mano posada cerca de la espada.

La mirada brillante del hombre se posó en Kyle.

—Muy joven para ser de la Guardia Carmesí, ¿no te parece?

Kyle bajó la cabeza, todavía llevaba su sigilo.

—Lo dejamos.

Una ceja oscura se alzó.

—¿En serio? No creía que fuera posible.

Durante todo ese intercambio, el gigante permaneció erguido, con los brazos cruzados aunque una sonrisa jugueteaba en su rostro. Sus sorprendentes ojos dorados expresaban algo parecido al asombro cuando su mirada vagaba entre ellos.

—Necesitamos su bote —dijo Acecho.

—Si la Guardia va a por ustedes, no me extraña —comentó el hombre con sequedad.

—¿Cuánto quiere por él? —preguntó Kyle, sorprendiéndose a sí mismo.

—No está en venta. —Los ojos del hombre estaban apagados, aunque su boca se crispaba en una media sonrisa—. Pero se puede alquilar.

Acecho rezongó algo que se parecía mucho a una larga maldición por todos los dioses entrometidos.

—¿Adónde se dirigen? —preguntó el gigantón en un taliano fluido y musical. Su voz era tensa, expectante, casi febril en su intensidad. Era una pregunta en la que Kyle había estado pensando mucho en los últimos tiempos. ¿Adónde podía dirigirse de todo el mundo abierto a sus pies? ¿De regreso a casa, las tierras de Bael? ¿O rumbo a una nueva tierra, esa Genabackis de la que tanto había oído hablar entre la Guardia? Pero al final no tuvo que preguntarse tanto; un lugar, un nombre, lo perseguía desde que lo había oído sin querer mientras se ocultaba en los bosques. Un sitio y una posible misión también. Se dirigió a los dos desconocidos.

—¿Alguno ha oído hablar de los Dolmans?

La reacción de los dos sorprendió a Kyle. Era obvio que para el hombre ese nombre no significaba nada; su mirada permaneció impasible aunque posó los ojos en su compañero. El gigante se encogió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Un estremecimiento se apoderó de él como el balanceo del tronco de un árbol y exhaló un aliento siseado en una larga súplica murmurada.

—Sí —consiguió decir, la voz entrecortada de emoción—. Lo conozco bien. Los

Dolmans de Tien. Es en mi tierra natal, Jacuruku.

—¿Qué honorarios, entonces, por llevarnos allí? —preguntó Acecho, los ojos entrecerrados clavados en Kyle.

El hombre ya se había dado casi media vuelta. Habló por encima del hombro.

—Acaban de pagarlos. Recogeremos nuestros suministros y después nos iremos de inmediato.

Pese a que estaba claro que no se hallaba en absoluto complacido, Acecho asintió.

—¿Cómo se llama?

—Viajero. Este es Ereko.

Acecho dio los nombres de los cuatro. Ereko inclinó la cabeza para saludarlos.

—Un placer, camaradas —dijo con una gran sonrisa tras haber recuperado la compostura—. Zarpamos en breve hacia el buche del Bailarín del Hielo. Es un mar que conozco bien y, a juzgar por este viento gélido, se está preparando para nosotros. —Los dos se alejaron subiendo por la playa.

Mientras Acecho miraba a Kyle, Malas Tierras dejó escapar un largo suspiro de agradecimiento.

—Quizá todavía haya que realizar un pago...

—No sé si estoy deseando meterme en este lío —dijo Fochas.

Acecho se negaba a soltar a Kyle.

—Los Dolmans... ¿ese es el lugar que mencionó Despellejador?

—Sí.

—Y su contacto, estaba en Jacuruku, ¿verdad?

—Sí.

—Y ahora este thelomenio, o lo que sea en realidad, dice que es de Jacuruku.

—Sí.

Acecho se dio media vuelta, asqueado.

—Por la señora Oscura, alguien está entrometiéndose en esto. No me gusta. Demasiado patente. Va a haber problemas. Un retroceso. Lo sé.

—¿A qué te refieres?

El otro frotó las manos contra los tablones del bote.

—Nos van a bajar los humos. Una dispersión. Por Lad —dijo al darse la vuelta—, los dioses son como niños intrigantes. Uno intenta construir un castillo de arena aquí. Pronto lo verán los otros, o lo han visto. Vendrán y lo derribarán de una patada.

—¿Por qué?

—Porque no pueden dejar que triunfen las intrigas de otros, Kyle. Todos y cada uno quiere que triunfe solo la suya.

—No sé si estoy de acuerdo con eso.

El alto explorador se encogió de hombros.

—Estés de acuerdo o no, las cosas son así. En cualquier caso, al parecer seguimos

trabajando para la Guardia, después de todo.

—Qué más da una dirección que otra —dijo Fochas con un ademán desdeñoso.

—Salvo a casa —dijo Malas Tierras, que carraspeó para sacar una enorme flema y luego la escupió en las rocas.

Fochas asintió.

—Sí. Eso sí que sería lo peor.

Viajero y Ereko no tardaron mucho en volver. Kyle tuvo que despertar a los primos a patadas, se habían echado sobre sus mantos y se habían quedado dormidos de inmediato. Los dos tiraron sus fardos al interior y después Viajero hizo acercarse a todos con un gesto de la mano. Con un solo brazo, Kyle apenas había tocado los tablones superpuestos de los lados cuando el bote zarpó deslizándose por los troncos; Ereko solo había tenido que apoyar el hombro en la popa y el bote casi voló por la playa. Emitió un chirrido enervante de madera contra madera y después metió la proa de golpe en el agua gris. Ereko había seguido empujando y se encontraba en un agua que a él le llegaba solo a la cintura; Kyle, que era bajo, sospechaba que a él le llegaría por los hombros. Viajero señaló una fila de tarros de barro sellados.

—Esos contienen agua dulce. Hay que subirlos a bordo.

Acecho no se movió, pero tras un «Sí, capitán» de Fochas, los hermanos se agacharon y se pusieron a la tarea.

—Esos montones de carbón —le dijo Viajero a Kyle, al que indicó una pila ya hecha.

—Sí, señor —respondió Kyle sin pensar. Al final, hasta Acecho echó una mano para cargar el pescado seco y también las raíces, todo ello envuelto.

Ereko había maniobrado el bote para acercarlo a la orilla. Treparon a bordo y solo se mojaron hasta las rodillas. Ereko los empujó y luego embarcó él también trepando por encima de la regala. Se sentó junto al timón mientras Viajero se acomodaba en la proa alta.

—Izad las velas —exclamó Ereko. Los hermanos se pusieron a ello tirando de las cuerdas. Se alzó una vela cuadrada de remiendos que se hinchó bajo el fuerte viento. Ereko puso rumbo al norte, paralelo a la orilla y con una ligera inclinación hacia el mar abierto. Un falso amanecer comenzaba ya a iluminar el este. Habían trabajado toda la noche para preparar la nave.

Kyle se sentó cerca de la popa y se envolvió en su manto.

—¿Cómo se llama el bote? —le preguntó al gigante.

—Cometa —respondió con una sonrisa fácil y complacida—. Esperemos que vuele igual de rápido, ¿eh?

Kyle solo pudo asentir, no muy convencido de estar de acuerdo. ¿Por qué habrían de darse prisa? ¿Temían que la Guardia intentase darles caza? O, lo que era más

probable, el tipo tenía sus propias razones para correr. El que había dicho llamarse Viajero (¡qué extraña elección!) se había instalado justo en la proa y miraba al frente, más allá del alto mástil. Acecho, Malas Tierras y Fochas se habían sentado en el centro del bote, se habían envuelto en sus mantos y se habían puesto a dormir. Kyle intentó dormir, pero se encontró con que, si bien estaba agotado por el trabajo de la noche, se sentía demasiado nervioso. El viaje había empezado, pero ¿hacia qué? ¿Resultaría ser el encuentro o el descubrimiento que esperaba? Pero ya era demasiado tarde para pensárselo mejor. Le parecía que el chapoteo de la proa de la Cometa en el agua había puesto en movimiento un revoltijo de acontecimientos que no podían detenerse. No obra de hombres, ni siquiera de esos dioses entrometidos que quizá (¡de un modo muy necio!) podrían haber interferido. Se habían puesto en marcha por un sendero elegido. Un sendero entre muchos que, como cualquiera de ellos cuando se contempla en retrospectiva, se convierte en «predestinado». Y su destino, su futuro, los aguardaba.

CAPÍTULO 2



Los sabios aprenden más de sus enemigos que los tontos de sus amigos.

Autor desconocido (posiblemente Gothos)

—¡Obelisco en alto, Matamuerte cerca, Corona invertida, el Apocalíptico!

Con el brazo levantado para tirar, Noche se quedó mirando a Heuk, el mago de la compañía.

—¿Y? ¿Qué cojones se supone que significa eso?

El anciano parpadeó con sus ojos cetrinos inyectados en sangre y volvió a sentarse. Después señaló las cartas.

—Significa que está pasando algo.

En la mesa de la compañía, Menor dejó escapar un gran pedo. Noche no bajó la mano y agitó los dados de hueso.

—¡Siempre está pasando algo en algún sitio, viejo tarado!

—Esa boca —advirtió la cabo Manos—, y tira los puñeteros dados.

—¡Bien! —Noche agitó los dados delante de la cara ancha y sudorosa de Manos—. ¡Quieres que tire, pues tiro! —Y tiró, los dados rebotaron de la caja y desaparecieron entre el serrín, la paja y las tablas combadas del suelo de la taberna del Mascarón.

—¡Eh, serás inútil, so tarado! —dijo Dulce Muchacho.

—Y tú, un gilipollas de mierda.

—¡Esa boca!

—Mira, más vale que los busques —dijo Dulce Muchacho—, están hechos con los nudillos de mi propia madre.

—Entonces, que los busque ella, joder.

Manos, Dulce Muchacho y Menor se lo quedaron mirando. Noche levantó los brazos.

—¡Vale! Los buscaré. —Se puso a gatas entre las atestadas mesas—. Total, aquí nadie encuentra una mierda.

—Yo sí —dijo Menor, muy serio.

Noche registró el suelo y decidió buscar monedas caídas más que cualquier otra

cosa. La puerta se abrió de golpe y un hombre se detuvo en el umbral y bloqueó la luz brillante del mediodía.

—¡Es el fin del mundo! —bramó en la sala. Se detuvieron las conversaciones y el golpeteo de los jarros de peltre. Todo el mundo se volvió para mirar con los ojos guiñados al hombre, cuyos ojos estaban muy abiertos, el cabello despeinado, la costosa chaqueta de terciopelo torcida y arrugada—. ¡Las puertas del Embozado se han abierto y están vomitando sobre nosotros los muertos de todo el abismo!

Noche se irguió y se golpeó la parte de atrás de la cabeza en la mesa.

—Por el culo del Embozado, pero qué coño...

—¡Corred! ¡Huid! —Y, haciendo caso a su propio consejo, el hombre echó a correr.

Noche miró a Manos, que miró a Dulce Muchacho. Unos cuantos parroquianos se asomaron por las pieles engrasadas y estiradas que servían de borrosas cortinas. Era cierto que la luz que brillaba en la puerta que tenía un extraño tono verdoso, como el de un frente de tormenta que se acercara. Varias figuras desdibujadas, poco más que sombras vacilantes, pasaron corriendo junto a las ventanas como fantasmas que huyeran. La mayor parte de los parroquianos se encogieron de hombros y regresaron a sus charlas; se pusieron a comentar las cosas más raras todavía que habían visto: el día que un gato de dos cabezas rondó por las calles de Unta y se puso patas arriba a todo el barrio hasta que pudieron atrapar al puñetero bicho y lo pudieron ahogar en un abrevadero; o esa noche, tanto tiempo atrás, cuando un dios caído (quizá el propio Fener) había convertido la noche en día.

Pero Noche creyó oír chillidos distantes de alarma y asombro que entraban por la puerta abierta. Manos suspiró, se levantó de la mesa y estiró los brazos, lo que forzó los amplios cordones frontales de su camisa de lino. Menor levantó la vista de la mesa y gimió; Dulce Muchacho hundió la cabeza en las manos. Manos los miró, furiosa.

—¡Oh, vamos! —Se puso el chaleco acolchado y el camisote, y quitó el cinturón y la espada del respaldo de la silla. Noche se embolsó las monedas de la mesa y se metió el palillo hecho con un hueso de pájaro en una esquina de la boca. Después miró al resto de la mesa.

—¿Y bien? Venga, pichas flojas.

—Ya no tan flojas —comentó en voz baja Menor mientras miraba irse a Manos.

Dulce Muchacho dio una palmada al barghastiano en la espalda con manto de bhederin.

—¿No te han dicho que tengas cuidado con esa boca? Porque esa es de cuidado, seguro...

Noche se limitó a escupir. *Uno de estos días, Manos, te voy a arrancar esas viejas botas.*

Fuera, el cielo sobre la bahía de Unta parpadeaba con una extraña aura. A Noche le recordó a las luces que juegan sobre el estrecho y que algunos dicen que presagian la llegada de los jinetes de la tormenta; y eso que él no había visto jamás a ninguno de esos demonios, él era del interior. El fulgor se iba retorciendo o muriendo ante sus propios ojos, y dejaba a su paso la bóveda azul normal del mediodía salpicada de altas y delgadas nubes.

Dulce Muchacho rezongó algo y señaló la boca del puerto. Habían entrado dos barcos, ambos hundidos en el agua de una forma alarmante. Los mástiles de uno colgaban hechos pedazos, el otro escorado. Los impulsaban remos, pero sin orden ni concierto, todos ellos inexplicablemente cortos, muchos rotos, simples cabos. Los dos navíos parecían brillar como si estuvieran pintados de blanco. El pelotón se dirigió a los muelles.

El tráfico en ese extremo de los amarraderos comerciales había terminado por detenerse del todo. Los fardos y los sacos yacían abandonados. Mientras ellos pasaban sin apurarse, los trabajadores se erguían a toda prisa en sus refugios. Los marineros observaban desde las barandillas de los barcos mercantes. Uno levantó un brazo e hizo un gesto para protegerse del mal.

—¡Son los ahogados que regresan, como en el fin de los tiempos!

—Pues son muy pocos, joder —opinó Dulce Muchacho.

Llegaron a la altura de la choza de la guardia y Noche entró.

—Eh, sargento, ha...

El sargento Hojalatero y otro más estaban ante una ventana. El otro vestía los harapos de una de las ratas del puerto, pero se erguía muy recto, con los brazos cruzados y una mano en la barbilla mientras miraba fuera.

—Por las partes íntimas de la Reina, ¿quién es este? —dijo Noche.

—Esos modales —dijo entre dientes el sargento Hojalatero—. Es un invitado.

—¿Qué te parece? —preguntó el tipo al sargento.

Hojalatero se acarició el bigote gris.

—Uno de ellos tiene planta genabackeña, pero el otro... —Sacudió la cabeza—. Jamás he visto nada parecido. Por lo menos lo que queda de él. No hay pabellón.

—No, ninguno.

Mientras miraban, el más escorado de los dos barcos se puso a la altura de un barco mercante kanesiano que había allí anclado. La tripulación del barco que se hundía saltó por la borda en tropel y cayó en el barco mercante. Poco después, ese navío levaba anclas, bajaba los remos y se dirigía al muelle. El navío abandonado no tardó en hundirse.

—Qué putos osados —comentó la rata de puerto.

—Que la compañía entera baje aquí, Dulce Muchacho —gritó Hojalatero dirigiéndose al exterior.

—Sí, señor.

—Tienen una prisa loca por hacer que los arresten —dijo Noche.

La rata de puerto lo miró por un momento con una expresión dura y divertida en los ojos.

—Ya veremos.

Los navíos llegaron al extremo del muelle. Se bajaron varias figuras, todas con armas y armaduras, aunque también con una palidez extraña, como si estuvieran blanqueados o fueran fantasmas. A Noche se le ocurrió una cosa y se echó a reír en voz alta. Hojalatero alzó las cejas.

—Solo estaba pensando, señor, que es la flota invasora más patética que he visto en mi vida. —Los dos hombres lo miraron en silencio—. Solo era una idea.

La rata de puerto regresó a la ventana.

—Hay algo... —empezó a decir, después se calló. Se echó hacia atrás con una sacudida, como si lo hubieran golpeado—. ¡Por el Embozado, no! —Hizo un gesto y Noche sintió el cosquilleo de las energías de las sendas al reunirse. Se le puso de punta el vello de la nuca y un viento sopló alrededor de la choza y levantó nubes de polvo. Noche se tapó los ojos. Sonó un golpe, enjundioso y definitivo, seguido por un gorgoteo. Noche se metió de un salto en una esquina con el cuchillo sacado. El viento se dispersó y se encontró mirando las piernas largas y esbeltas de una mujer que habría sido hermosa si no estuviera recubierta de suciedad. Tenía el cabello blanco apelmazado en bucles enmarañados. Una costra de escamas blancas le recubrían los brazos desnudos y musculosos. Una camisa raída y unos pantalones cortos le colgaban en harapos flojos que cubrían su cuerpo. Tenía a Hojalatero contra una pared, con un codo bajo el cuello y el cuchillo amenazándole la barbilla. Manos llenaba la puerta con dos puñales fuera, pero Hojalatero le señaló con un gesto que los bajara.

—Agua... —graznó la mujer entre unos labios hinchados y ensangrentados. Hojalatero le lanzó una mirada a un cubo. La mujer lo dejó caer, cogió el cubo y se lo volcó sobre la cabeza. Manos ladeó la cabeza y lanzó una mirada interrogante a Hojalatero, que le indicó con un ademán que esperara.

La mujer se atragantó, ahogó un grito y tragó. Suspiró y se volvió hacia ellos.

—Ordene a sus hombres que se aparten, sargento, y nadie les hará daño. Nuestro pleito no es con ustedes. —Hojalatero se frotó el cuello y asintió poco a poco—. Muy sabio, sargento. —La mujer hizo un gesto y se volvió a alzar el viento, que levantó polvo y arena, Noche apartó la vista y se protegió los ojos. Cuando volvió a mirar, la mujer ya no estaba.

—Pero ¿quién era esa, por el abismo? —preguntó Manos.

Hojalatero se agachó junto a la rata del puerto y le palpó el cuello. Parecía que lo había matado una sola estocada. El sargento regresó a la ventana.

—Así que han vuelto —dijo como si pensara en voz alta.

—¿Quién? —dijo Manos.

—La Guardia Carmesí.

Noche lanzó una carcajada desdeñosa.

—¡Un nombre para asustar a los niños!

—Haz correr la voz, cabo. Nada de hostilidades. Que luchen solo si los atacan.

Manos frunció el ceño con expresión desaprobadora y las espesas cejas oscuras unidas, pero asintió y se retiró.

—¡Y cabo!

—¿Sí?

—Pon a todo el mundo a trabajar preparando las cadenas.

—Sí, señor.

Todavía de espaldas a Noche, Hojalatero siguió hablando.

—Esa era Isha. Teniente de Cogulla.

Noche abrió la boca para reírse otra vez pero el nombre de Cogulla lo hizo callar. ¿Cogulla, en serio? Pero si era el rival eterno de... Danzante. Y Danzante... había... desaparecido... igual que Kellanved. Y Dassem. De hecho, no quedaba nadie. Nadie que pudiera enfrentarse a ellos. Noche bajó la mirada hasta el cuchillo que tenía en la mano y lo envainó. *Como dice el sargento, nada de hostilidades.*

Mallick Rell estaba reclinado en un sofá, disfrutando de un almuerzo de uvas talianas y una receta de Siete Ciudades de cordero asado con especias, cuando entró un sirviente.

—Las calles hierven de noticias, señor —explicó el criado en voz baja.

—¿Ah, sí? ¿Y esas noticias contienen detalles concretos?

El criado hizo una pausa y tosió en un puño.

—Bueno, señor. Dicen que la Guardia Carmesí ha regresado.

Mallick masticó un trocito de cordero y lo saboreó.

—¿Interrumpes mi comida para decirme eso? ¿Un rumor que yo mismo extendí?

—Ah, no, señor. Tengo entendido que están aquí, ahora. En el puerto.

Mallick se atragantó con la carne y la escupió en el suelo de mármol.

—¿Qué?

—Eso es lo que dicen algunos, señor. Fuentes fidedignas.

Mallick se incorporó, se limpió la cara y agitó el paño contra el criado.

—Largo. Ahora.

El sirviente se inclinó.

—¡He dicho que te quites de mi vista!

El criado salió a toda prisa. Mallick tomó de un trago una copa de vino y se recompuso las túnicas.

—¡Oryan!

Un brillo trémulo de aire calentado y apareció el anciano, que se inclinó.

—¿Sí?

—¿La Guardia Carmesí está aquí, Oryan?

El mago de Siete Ciudades parpadeó con sus pétreos ojos negros.

—Algunas entidades de gran potencial han entrado en el puerto, sí.

—Algunas entidades... —Mallick estiró la mano como si quisiera estrangular al anciano. Después dejó caer el brazo—. Eso es la Guardia.

—Eso dice usted, amo.

La voz de Mallick era el siseo de una serpiente.

—Sí. —Cogió de un manotazo un decantador de cristal de vino tinto y se llevó el recipiente frío a la frente con un suspiro—. Que los dioses me libren... Al menos Korbolo no está en la ciudad.

El anciano lanzó un bufido de desdén.

—Qué desgracia para él.

—Bueno, bueno. Y bien, ¿qué medidas has estado tomando?

—He estado levantando guardas, reforzando protecciones...

El decantador cayó de repente y se agrietó contra la mesa de mármol.

—¿Qué?

—Reforzando...

—¡No!

Oryan parpadeó de nuevo.

—¿Disculpe, amo?

—¡No, imbécil! Así solo despertarás el interés de Cogulla. Déjalas caer. Deja caer todas y después escóndete.

La cara arrugada del mago se crispó de consternación.

—Lo siento...

—Escóndete, Oryan. Es tu única esperanza. Y ahora vete.

Luchando de forma visible con sus órdenes, el anciano se inclinó con los brazos cruzados. El aire suspiró, cambió y el hombre había desaparecido. Por un momento Mallick creyó poder detectar un aroma agudo a especias en el aire al paso del hombre, pero se diluyó antes de que pudiera identificarlo. Levantó el decantador para servirse otra copa, pero lo encontró vacío, el vino de color rojo sangre era un charco en las losas de mármol, lanzó el decantador a un lado. ¡Los muy idiotas! Se suponía que no iban a ir a la ciudad. ¿Qué podían esperar...? Mallick juntó las manos delante de la cara como si rezara. ¡Por supuesto!

—Sennit. ¡Sennit!

Se abrió una puerta al otro lado y reapareció el sirviente.

—¿Sí, señor?

—Prepara mi carruaje. He de viajar al palacio.

—¿Señor?

—¡El palacio, hombre! ¡El palacio! Tenemos invitados importantes.

Trémula puso el pie envuelto en la cota de malla en el muelle de piedra e hizo una pausa para ofrecer una plegaria de agradecimiento a aquel de los dioses que hubiera echado una mano para liberarlos de los Bajíos de los Olvidados de Mael. *¡Dioses! Menuda ordalía. ¡Mael, nos has convencido!* Una tercera parte de sus fuerzas perdidas a causa de la sed, el agotamiento, la enfermedad y esas anguilas monstruosas. ¿Y cuánto tiempo les había llevado abrirse camino entre el laberinto de navíos que se pudrían en aquella calma chicha, algunos todavía tripulados por marineros a los que su tormento había vuelto locos? ¿Meses? ¿Un año? ¿Quién sabía? El tiempo no corría paralelo de reino a reino, ni siquiera de senda a senda. Y ese era el menor de los peligros de arrostrar semejantes atajos.

Pero, contra todo pronóstico, habían regresado. Una vez más la Guardia se enfrentaba a su verdadero oponente, la entidad que habían jurado que verían eliminada. El Imperio. Hizo un gesto a Humo para que se acercara.

—¿Actividad?

El mago se frotó la costra de sal y sangre de los labios.

—Insignificante —graznó—. Pero está aquí.

Estaba allí. Él. El mago que derrocaba todas las comparaciones de números y estrategias. Tayschrenn, su viejo archienemigo. Trémula se colocó bien la caída de la cota de malla; *maldita sea, qué suelta*, había perdido mucho peso. Tomó un buen trago de una bota de agua rescatada del barco mercante del que se habían apoderado.

—Eso es cosa de Cogulla. Para nosotros, el palacio.

—Cogulla puede que no esté en condiciones.

—Entonces lo estará Despellejador.

Humo se hurgó en las llagas producidas por la sal que tenía en la frente y frunció el ceño, pensativo.

—Cierto.

—¡Espadas, a formar! —exclamó Trémula y empezó a subir el muelle. Melena Gris se colocó a su lado.

—Tomaré posesión de algunos navíos mejores y aguardaré vuestro regreso, si no te importa.

Trémula miró al renegado. ¡Ah! Exmalazano, por supuesto.

—¿Nuestro regreso, dices?

Los ojos del hombre, de un color azul glacial, compartieron la broma.

—Si es necesario, por supuesto.

—Muy bien. Tienes el mando.

Melena Gris se inclinó y llamó a un sargento con la mano.

Había pasado más de medio siglo desde la última vez que Trémula había visto Unta. Parecía más grande, más próspera, como correspondía a la capital adoptada del Imperio. Malecones de piedra y junto al mar una muralla curva de bloques tallados se alzaba allí donde antes servía una de madera y desperdicios. Muchas más torres apuñalaban el aire sobre las calles crecidas, incluyendo las del edificio más alto, el palacio.

Formaron una columna en la boca de una avenida principal que llevaba a la plaza del Accesible y los recintos gubernamentales. Despellejador y ella se pusieron en cabeza; el hombre ordenó que se desplegara el estandarte del dragón. Mientras marchaban, Trémula observó las miradas de los ciudadanos que atestaban las fachadas de las tiendas y los puestos que bordeaban los lados de la avenida. Observaba sus rostros con la esperanza de ver una cordialidad impaciente, incluso alguna bienvenida, temía reconocer en su lugar hostilidad y resentimiento. Pero lo que encontró la inquietó incluso más: perplejidad absoluta y confusión. Algunos incluso señalaban y se reían. Una mujer gritó para preguntar si acababan de regresar de Siete Ciudades. ¿Ninguno de ellos tenía idea de quiénes eran?

—Es como si el maldito carnaval acabara de llegar y fuéramos nosotros —murmuró Humo, a su lado.

—Quizá ni nuestra fama ha podido sobrevivirnos... —Y sintió que la desesperación se ceñía a su alrededor todavía más, pues la capital era una ciudad mucho más grande de lo que ella recordaba. El populacho que bordeaba la calle alcanzaba quizá más de los cien mil, y a ella le parecía que si se alzarán en armas, podrían descuartizarlos uno por uno—. ¿Cogulla? —le preguntó a Humo.

—Danzando con las garras. Ahora mismo están manteniendo las distancias. Al parecer ellos también sienten curiosidad.

Trémula miró la espalda de la armadura de Despellejador, que se había adelantado con el portaestandarte, Lazar.

—Como yo, Humo. Como yo.

Los guardias se inclinaban y abrían cada puerta sellada con la que se encontraba, las cerraduras chasqueaban y cedían y las guardas se apartaban como el paño más fino ante sus sondeos, hasta que Cogulla se halló ante la última barrera que se interponía entre él y el sanctasanctórum más oculto del alojamiento de Tayschrenn. Estiró el brazo hacia la puerta, pero después dudó; ¿por qué habrían de invitarlo a continuar? ¿Era una trampa? Pero cada uno de sus sentidos le decía que el mago supremo lo aguardaba dentro, él y ningún otro. Solo. Como debiera ser; él y Tay, en duelo una vez más.

Abrió la puerta de un empujón, con un golpe que la mandó rebotando contra la

pared. Una habitación vacía y desnuda, iluminada por ventanas abiertas y, en el centro, guardas talladas en la misma piedra del suelo de mármol y llenas de filigrana vertida y endurecida de oro y plata en círculos concéntricos que rodeaban a un hombre encorvado con las piernas cruzadas. El cabello largo y revuelto le caía sobre la cara.

—Saludos, Tay.

La figura sentada no levantó la cabeza.

—No deberías haber venido, Cogulla —entonó el hombre con voz áspera—. Pero sabía que no podrías mantenerte alejado.

—Te pones místico en la vejez, según veo. —Cogulla bordeó las guardas talladas, esas las podía pasar, pero lo enviarían dondequiera que se hubiera trasladado Tayschrenn, y todo indicaba que era un lugar en el que él no desearía estar. Mientras Cogulla rodeaba el círculo, Tayschrenn se negaba a responder, así que, impaciente con la teatralidad del tipo (algunas cosas nunca cambiaban), Cogulla se dirigió a él directamente.

—¿Te apartarás?

—¿Te refieres a si intervendré? La respuesta es no, no lo haré.

Cogulla no se molestó en ocultar la sonrisa de triunfo.

—Un movimiento muy sabio, Tay. Estás muy solo y caerías víctima de mis cuchillos.

La cabeza se levantó y el cabello grasiento y lacio se separó y reveló el rostro demacrado y exhausto, los ojos hundidos, enfebrecidos.

—¿Sabio? —inquirió la desconcertante figura—. ¿Conoces la consecución definitiva del poder absoluto, Cogulla?

—¿La definitiva qué de qué?

—Impotencia, Cogulla. El poder absoluto se difumina en impotencia.

Cogulla se apartó de la figura protegida por guardas.

—¿Es una especie de justificación elaborada para excusar la cobardía?

Tayschrenn continuó como si Cogulla no hubiera hablado.

—Me he esforzado al máximo, más de lo que jamás había osado, sondeando las posibilidades futuras de lo que podría venir. He vislumbrado cosas que aterran y regocijan por igual. ¿Puedes responder a este acertijo, Cogulla? ¿Cómo pueden ser ambas cosas?

A pesar del desdén que le inspiraba el lado hermético de la manipulación de las sendas, Cogulla se encontró contestando el rutinario estribillo.

—Porque el futuro lo alberga todo.

—Exacto, Cogulla. Veo que es posible que seas, de hecho, digno del título de mago supremo. Así pues, la pregunta que sigue es, ¿qué medidas debería tomar yo en el presente? ¿Qué pasos podrían llevar a todo lo que aterra, qué pasos podrían llevar a

todo lo que regocija? La respuesta es, por supuesto, que no puedo saberlo con certeza. Así pues, me contengo de toda elección. La conciencia absoluta, amigo mío, provoca parálisis. —La cabeza se hundió una vez más, como si despidiera a Cogulla; de hecho, como si despidiera toda la realidad física.

Cogulla se relajó y dejó caer las manos de los tahalíes cruzados y los cinturones que llevaba bajo el manto. Tenía armas investidas y orientadas que quizá consiguieran alcanzar a aquel hombre, pero lo que había encontrado allí no era ninguna amenaza para nadie. Para él resultaba evidente que las retorcidas entrañas gnósticas de la teúrgia se habían llevado la mente del mago más prometedor de su generación.

Se dio la vuelta y dejó el aposento.

Una vez que Cogulla salió de la habitación, la luz rieló junto a la puerta abierta y reveló a una mujer, con el pelo negro y corto y una túnica y unos pantalones de tono ceniza, que llevaba un bastón largo y delgado. Este lo plantó con un golpe agudo en las losas de mármol.

—Jamás se le debería haber permitido que se acercara tanto.

—Estoy más allá de su alcance físico —respondió con tono dócil Tayschrenn.

—Pero también es un mago formidable, según tengo entendido.

—En ciertas aplicaciones estrechas y mordaces, sí.

La mujer se llevó el bastón a los hombros, donde lo cruzó y apoyó los brazos en él.

—¿Y ahora?

—Verán que nada se puede decidir aquí. Todo yace sobre las murallas de Heng, como antes. Y se irán.

—¿Antes?

Tayschrenn asintió con los ojos cerrados.

—Sí. Cuando la Protectora cayó a manos de Kellanved y Danzante, todo el mundo comprendió que nadie estaba a salvo de ellos, y todo procedió de forma lógica a partir de entonces.

La mujer se quedó quieta un rato, con la cabeza ladeada como si escuchara. La cabeza de Tayschrenn se hundió más, su respiración se hizo más superficial hasta que fue casi imperceptible. La mujer se dirigió a la puerta abierta.

—No te involucres —anunció el inmóvil Tayschrenn.

La mujer se quedó paralizada y pronunció una maldición silenciosa. Apoyó el bastón en la pared.

—Solo voy a echar un vistazo. —Esperó alguna respuesta durante un rato, pero no hubo ninguna. Maldijo otra vez y se fue.

Apoyado en un puesto de un callejón, Zarigüeya observaba la columna desherrapada y exhausta de los guardias carmesíes que entraban por las altas puertas de bronce del recinto del palacio. No sabía si reír o llorar. ¿Esos eran los de la tan cacareada Guardia? ¿Tanto se habían inflado los relatos con los años? ¿Y qué había de Cogulla? ¿Había sobrevivido?

Una comandante de la mano se detuvo a su lado. Una del segundo escalón, los vicecomandantes. Anillo se llamaba.

—Anand desea saber si puede contar con nosotros para cooperar con las barricadas.

Zarigüeya se inclinó hacia delante y se bloqueó una de las aletas de la nariz para sonarse en la calle.

—Sí. Siembra las multitudes. Dile a todo el mundo que mantenga las distancias.

—Muy bien. —Con todo, la mujer no se movió. Observaba las pesadas puertas exteriores que se cerraban tras la Guardia.

—¿Sí, Anillo?

—Difícil de creer, ¿no?

—¿Qué? —le preguntó Zarigüeya, irritado por la familiaridad—. ¿Que hayan regresado? ¿O el estado en el que lo han hecho? ¿O las probabilidades de que eligieran este momento exacto para hacerlo?

Anillo no volvió la cabeza para mirarlo.

—¿Probabilidades? Yo no creo en eso. Y no las uso.

Y por eso, Anillo, tú nunca estarás donde estoy yo ahora.

—Ya tienes tus órdenes.

Anillo lo miró con sus ojos duros medio entornados.

—Y esas órdenes... ¿son de la emperatriz?

El tono de la comandante de la mano aceleró el pulso de Zarigüeya. Por los misterios de la Reina, ¿estaba desafiando su autoridad?

—Irrelevante. Acabas de oírlas de mi boca.

Anillo sonrió, inclinó la cabeza en la más fútil de las reverencias y se alejó sin prisas. Zarigüeya la observó irse. ¿Por qué tan osada? No había necesidad de anunciar lo que todo el mundo en las filas entiende, que todos los que están por debajo piensan que pueden hacerlo mejor y siempre están ojo avizor en busca de oportunidades para demostrarlo expulsando al susodicho superior.

Zarigüeya se sonó una vez más y desechó a Anillo de sus pensamientos. La mujer solo andaba a la caza de noticias de la emperatriz. No había necesidad de decirle que había registrado el palacio antes y no había encontrado señal de ella; había sido sensata y había huido. No tenía sentido sentirse decepcionado. ¿Qué se podía esperar que hiciese contra unos cincuenta juramentados y setecientos guardias? ¿Enfrentarse a ellos con valentía solo para que la capturasen? ¿Verse reducida a continuación al

papel de simple rehén o moneda de cambio? ¿Qué sentido tendría? No, en opinión de Zarigüeya, la emperatriz había hecho lo más inteligente. Que la Guardia atravesara el palacio como patanes ignorantes. ¿Qué esperaban? ¿Sentarse en el trono sin más y contar con la obediencia de todos? No, todo ese episodio era el capítulo final, andrajoso y, la verdad, bastante vergonzoso, de lo que había sido una noble carrera. Zarigüeya se limpió la nariz. Sí, si lo pensaba, se daba cuenta de que todo aquel asunto lo decepcionaba, y el resentimiento era notable; cómo se les ocurría presentarse así, habían destrozado la leyenda, para él y para todos los demás.

Por su parte, Trémula no dejaba de verle la gracia. Ella, Despellejador y un puñado de juramentados marchando por el recinto interior, la mayor parte de sus fuerzas dejada atrás, en la plaza de armas. ¿Qué podían esperar lograr, o, para ser más precisos, qué tenían en mente Cogulla o Despellejador? Seguro que a esas alturas Laseen ya habría huido; o habría adoptado la antigua solución y habría tomado veneno, siempre quedaba la esperanza. Quizá terminaran uniéndose a la fila de solicitantes con la esperanza de que los recibiera tan augusto personaje.

Pero no. Despellejador no se detuvo en su implacable marcha hacia el salón del trono. Los funcionarios y escribanos se apretaban contra los muros y se quedaban boquiabiertos cuando ellos atravesaban con paso decidido las columnatas, los salones de visitas y las largas cámaras de recepción. Todos los guardias brillaban por su ausencia (casi como si los hubieran llevado a servir a otra parte) y era esa «otra parte» lo que inquietaba a Trémula.

Las últimas altas puertas dobles se abrieron con estrépito bajo el antebrazo blindado de Despellejador y se enfrentaron a la larga alfombra de marta cibelina que llevaba a un trono vacío. El trono de Malaz, armado con huesos. Un recordatorio no demasiado sutil del auténtico poder que había tras él, los t'lan imass. Un asiento frío y espeluznante, le parecía a Trémula. Despellejador apoyó las manos embutidas en guanteletes en el cinturón y asintió con el alto yelmo todavía puesto, como si confirmara para sí lo que esperaba desde siempre.

—Vacío —dijo Trémula, casi porque alguien tenía que decirlo.

—Casi —corrigió Despellejador y señaló a un lado.

Un hombre bajito y regordete, ataviado con unas suntuosas túnicas verdes y azules, se inclinó desde donde esperaba, junto a una columna. Señaló una mesa que albergaba decantadores de agua fresca.

—Sírvanse y refrésquense, por favor, respetados señores. Veo que la travesía los ha deshidratado de forma notable.

Despellejador le dio la espalda con desdén.

—El veneno es inútil contra nosotros.

El hombre se volvió a inclinar.

—Cosa que no ignoro. Que es por lo que jamás haría un intento tan imprudente.
Trémula se quitó el yelmo y se lo metió bajo un brazo.

—¿Y usted es?

—Mallick Rel. Portavoz electo de la asamblea de gobernadores y representantes regionales. —Esbozó una sonrisa afectada e inclinó la cabeza.

Trémula se sirvió un vaso de agua, tomó un buen trago y la encontró maravillosamente refrescante.

—¿Ha venido a tomar la medida de sus nuevos amos?

Los labios del hombre se separaron en una sonrisa débil que reveló unos dientes verdosos y enfermos.

—Si los dioses así lo quisiesen...

A Trémula le pareció que aquel hombre no estaba tan nervioso como debería. Despellejador se había girado al oír las palabras del hombre y lo estaba mirando.

—Quizá debería matarte —dijo con voz insulsa.

Los ojos del hombre aletearon cuando parpadeó, confundido.

—Pero ¿no era agua fría y refrescante?

Trémula se echó a reír.

—Sí que lo era. Se lo agradezco.

—Excelente. Un trabajo bien hecho es su propia recompensa.

Le tocó entonces a Trémula quedarse mirando, poco convencida. El juego de aquel hombre era profundo, ¿pretendía mantener su posición o aquello era en realidad... una burla?

Pero Despellejador agitó la mano y lo despidió con brusquedad.

—Déjanos.

El hombre se inclinó y salió de espaldas. Lazar cerró las puertas.

—Todo este asunto es un error, Despellejador —dijo Humo, por enésima vez—. Y ese tío fue lo más raro de todo. —Trémula no pudo más que estar de acuerdo. ¿Por qué lo habían elegido para estar allí para recibirlos? ¿Con qué propósito?

Despellejador los miró.

—Sí, ya basta de esta absurda charada. Laseen ha huido. Lo que nos han demostrado aquí es que nadie se atreve a enfrentarse con nosotros. Trémula, lleva a las tropas de regreso a los barcos para bajar por la costa, al oeste, y enlazar con el resto de nuestras fuerzas cuando lleguen. Cogulla y yo nos reuniremos contigo más tarde.

Trémula se inclinó.

—¿Vais a continuar solos?

—Sí. Hay algunas... opciones... que Cogulla y yo deseamos explorar.

Trémula se inclinó otra vez.

—Como ordenes. —Le hizo un gesto a Humo para que se pusiera detrás de ella y

miró a Lazar, Negro el Menor, Shijel y Kalt—. A formar, y con mucho cuidado.

Habían dejado atrás los salones interiores y estaban cerca de la plaza de armas cuando cayó sobre ellos la primera emboscada. Una andanada concertada de municiones moranthianas hizo saltar a Kalt en pedazos. Varias descargas fulminantes de ballestas y arcos los inmovilizaron hasta que Humo hizo retroceder a los soldados con un muro líquido de fuego que bajó ondeando por el pasillo. Trémula salió entre tapices y muebles todavía en llamas, apartó el humo con la mano y entrecerró los ojos para mirar lo que tenía delante. Le hizo un gesto a Lazar para que volviera a buscar a Despellejador, aunque estaba segura de que ya se había ido; si hubiera estado por allí, habría acudido. Humo levantó una mano para pedir silencio.

—El clamor de la hermandad. Escuchad.

El murmullo apagado, distante, de la batalla; las tropas de Trémula estaban siendo atacadas.

Zarigüeya caminaba sin prisa bajo los toldos ondeantes de la Bolsa Collunus, la segunda lonja cubierta más grande, que se especializaba en productos de importación. Desierta en ese momento por el caos y los disturbios de aquella tarde. Sus guardias lo flanqueaban y los mensajeros de la Garra iban y venían informando de los acontecimientos en el frente, cada vez más ancho y astillado que, tenía que admitir, se estaba escapando con celeridad a su control. Por los estrechos pasadizos vislumbró un humo negro que surgía en penachos de los peores enfrentamientos: barricadas que ardían y cuyas llamas se extendían en un incendio que tragaba por igual a defensores, atacantes y espectadores. Los mensajeros informaban de que habían contenido a la Guardia en su esfuerzo por abrirse paso hasta el puerto. Algunos elementos del Cuarto incluso se las habían arreglado para aislar pequeñas bandas de guardias carmesíes. Él iba de camino a uno de esos enfrentamientos, una oportunidad de continuar con el plan que se había pergeñado cuando la Guardia había entrado en la ciudad: acabar con ellos uno por uno.

Un mensajero llegó procedente de esa batalla.

—Los tienen atrapados en un edificio de viviendas. —Y señaló un callejón.

Zarigüeya no intentó responder porque acababan de entrar en el clamoreo de la zona de batalla. Regulares malazanos iban y venían corriendo con el equipamiento destinado al enfrentamiento: sustancias inflamables, escudos, vainas de flechas y cuadrillos de ballesta. Los componentes desmontados de una máquina de asedio del puerto aparecieron arrastrados por varios. A Zarigüeya le pareció una idea muy buena, puñeta. Pero los regulares eran pocos, ampliamente superados en número por la milicia de ciudadanos voluntarios de Unta que se habían puesto a la altura de las circunstancias con una fuerza de voluntad y una furia que nadie, y desde luego no

Zarigüeya, había anticipado. El espía no pudo evitar reflexionar con cierta dosis de su viejo cinismo que no había causado ningún menoscabo que la Garra hubiera hecho circular el ofrecimiento de diez mil discos de oro imperiales por la cabeza de cada juramentado.

El mensajero los condujo a una entrada posterior hundida y después a unas escaleras que subían hasta una trampilla y el tejado. Allí los esperaba una garra, el comandante de la mano de la zona. Avanzaron arrastrándose y se asomaron para mirar el objetivo. Bajo ellos, la milicia mantenía una cortina despiadada de fuego de ballesta contra la fachada del edificio de viviendas. Para el ojo experimentado de Zarigüeya, lo que a la cortina de fuego le faltaba en precisión, lo compensaba más que de sobra con entusiasmo. Pero si bien los guardias carmesíes se veían obligados a mantener las cabezas agachadas, era obvio que ninguno de los componentes de ambos bandos tenía mucha prisa. Un punto muerto. Pero un punto del que se podía salir en uno u otro sentido, dependiendo de lo que se hiciera.

—¿Cuántos?

—Unos pocos, menos de diez. Quizá una espada.

Zarigüeya aprovechó la oportunidad para contemplar la ciudad. El cielo estaba adquiriendo un tono anaranjado, teñido por las llamas; la tarde estaba cediendo a la noche. Los penachos de humo se alzaban como un puñado de mojones arrojados que anunciaban una línea desigual que partía la ciudad prácticamente en dos. Las cosas no tardarían en evolucionar hasta un punto en el que él ya no podría intervenir. Las decisiones recaerían en el criterio individual de cada comandante de la mano así que, para eso, bien podría entrar en la refriega.

—¿A cuántas municiones tenéis acceso? —le preguntó al comandante.

—¿Municiones?

—Sí.

El hombre, cuyo rostro estaba marcado por una dosis juvenil de viruela, miró de soslayo al mensajero y después a los guardias de Zarigüeya.

—¿No deberíamos esperar antes de intentar algo así?

—¿Esperar?

—Sí.

—¿Esperar a qué? ¿A que los dioses o los ascendientes aparezcan en las calles ensangrentadas? ¡No tenemos que esperar por nada! ¡Yo soy el puñetero patrón de la Garra, por la Señora!

El hombre se encorvó bajo la diatriba de Zarigüeya e intercambió miradas con su mensajero, como si los dos se echaran la culpa el uno al otro. Una vez más, a Zarigüeya le descorazonó el estado de la organización desde que la habían destripado en isla Malaz. «La venganza de Kellanved» llamaban algunos a esa noche, evocando los relatos que aseguraban que ese Tronosombrío recién surgido era, de hecho, el

antiguo emperador. Se decía que, en venganza por antiguos desprecios, siendo su asesinato no el menor de estos, Kellanved había hecho caer sobre ellos la maldición de su propia reina de Sombra para destrozar sus filas. ¡Y qué noche agónica había sido aquella!

Por suerte, por aquel entonces Zarigüeya tenía otros compromisos. Miró al comandante de la mano y estuvo a punto de degradarlo en el acto, aunque al final cambió de opinión; no tenía sentido hacer lo que el combate inminente podría lograr sin más ayuda.

—Informa abajo. Vamos a asumir el mando aquí. Abriremos con una andanada de las municiones que podáis reunir y luego entraremos a rematar a los supervivientes.

—Señaló el tejado de enfrente—. Vamos a bajar desde ahí.

—Como ordene —ladró el comandante de la mano, todo obediencia de repente.

Demasiado tarde, amigo mío.

Llegaron juntos al tejado, Zarigüeya con sus guardias y los cinco componentes de la mano del comandante. Eljin, así había dicho que se llamaba. Otra mano vigilaba ya desde el suelo, donde la descarga de fuego de ballesta había disminuido. Zarigüeya esperaba que los mercenarios no sospecharan demasiado. El espía hizo la señal de atacar antes de que la Guardia decidiera invadir la maldita calle en ese momento de respiro.

Eljin bombeó el puño por encima del borde del tejado y después se lanzó abajo.

—¡Allá vamos! —La mano entera se había tirado bocabajo en el empinado tejado. Un momento después, el antiguo edificio de tres pisos hecho de madera dio un salto bajo el cuerpo de Zarigüeya y lo arrojó al aire. Una garra chilló cuando cayó por el tejado, las tejas tintineando a su alrededor. El edificio se asentó con un chirrido de dolor, como un barco que se bamboleara. El humo y el polvo salieron disparados por la trampilla abierta del tejado. Zarigüeya se puso en pie de un salto y abrió las piernas para no perder el equilibrio.

—¡Vamos, vamos, vamos!

Bajaron las escaleras a la carga. Los recibió una carnicería, el edificio no había estado vacío. Sus habitantes atestaban las escaleras entre gritos y trepaban unos por encima de otros entre tropezones. Las llamas empezaban a lamer el primer piso y Eljin, que había que reconocerle que encabezaba la marcha, se encontró enfrentándose a una ola de ciudadanos aterrados decididos a subir las escaleras para escapar del fuego.

Se ocupó de esa barrera con un método tan sencillo como eficaz, derribar a patadas a los que iban delante y tirar por la barandilla a los que tardaban demasiado en cooperar. Y sin dejar de bramar ni un instante: «¡Abajo! ¡Todos abajo!».

Zarigüeya estaba a punto de gritar de frustración. Tiempo. ¡Se estaban

recuperando! *¡Quitaos de en medio, estúpidos bhederin!* Y entonces la escalera de madera se combó bajo ellos, las maderas se astillaron y estallaron como pequeñas explosiones secundarias. Eso despejó el camino. Como un rebaño que se ha topado con un obstáculo inamovible, se giraron como uno solo y dieron marcha atrás. Eljin los ayudó con los pomos de sus cuchillos. Después de que los ciudadanos huyeran, encontraron un gran espacio abierto despejado por las explosiones. Varias de las paredes interiores habían quedado barridas del mapa. La escalera pendía ladeada tras ellas, cien años de polvo caía tamizándose.

La mano se dispersó entre los restos. Zarigüeya se acercó a la parte frontal. Pequeñas hogueras parpadeaban entre las paredes caídas y los muebles astillados. No estaban. La demora había arruinado el ataque. Comprobó la calle, ¿se habían abierto paso a golpes?

Un porrao húmedo, como el del golpe de un carnicero, llamó su atención y se giró en redondo. Eljin clavaba los ojos, pasmado, en una espada que le colgaba atrapada en el pecho; se la habían lanzado por la espalda y le había atravesado la clavícula y las costillas superiores, con lo que le habían partido el torso prácticamente en dos. *Y yo que pensaba degradar al tipo.* El gigante embutido en una armadura que tenía Eljin detrás levantó un pie, revestido por cota de malla, para arrancar del filo el cadáver erguido. Alrededor del hombretón, de entre los restos, empezaron a salir guardias carmesíes que se enfrentaron a las garras y Zarigüeya solo pudo mirar, pasmado como Eljin. ¡Ellos mismos habían montado la maldita trampa en la que habían caído!

Cuando los primeros ecos de la batalla oculta en el interior llegó a ellos y los penachos de humo se alzaron muy poco después sobre la ciudad, Noche observó que los guardias que comandaban la fuerza del puerto ordenaban una retirada. Treparon a bordo de los navíos que habían requisado y remaron hasta el centro de la bahía, donde echaron el ancla y se dispusieron a esperar. Desde el muelle, Noche agitó las manos e hizo todos los gestos obscenos que conocía hasta que Manos le dio una colleja.

—¿Adónde han ido? —preguntó la cabo a Hojalatero—. ¿Abandonan a sus amigos?

Hojalatero se limitó a escupir en el agua.

—No tienen suficientes hombres para defender el puerto. Ahí fuera están a salvo de la muchedumbre.

—Pero no de esos —dijo Noche y señaló la cima de la contramuralla del puerto. Allí las catapultas y manganas refulgían bajo la luz de las antorchas que sujetaban sus atareados soldados—. Para ellos va a ser como el tiro al blanco. —Rió muy contento.

—No estoy yo tan seguro —objetó Dulce Muchacho—, no creo haberlos visto

disparar jamás uno de esos trastos oxidados.

Hojalatero tampoco parecía muy impresionado.

—Dejémosles a ellos con su trabajo. Es hora de que nosotros hagamos el nuestro.

Noche se colocó bien la pata de pájaro en una esquina de la boca y entrecerró los ojos.

—¿A qué se refiere?

—A proteger el puerto, por supuesto. Somos la guardia del puerto.

Manos se quitó los guanteletes del cinturón.

—Ya era hora, joder.

Menor frunció el ceño y asintió. Noche solo pudo quedarse mirando una cara sombría tras otra.

—¿Estáis todos locos? Sé que solo queda uno en el muelle, pero ¿sabéis lo que debe de ser?

—¡Es un puñetero invasor, maldito sea Trake! —dijo Manos.

Y seguramente es de Unta, replicó en silencio Noche.

Hojalatero se acercó caminando al único guardia carmesí que quedaba al pie del embarcadero de piedra. Cuando se acercó, el hombre se volvió hacia él, los ojos ocultos por la visera cerrada del yelmo. Quienquiera que fuera, vestía un grueso camisote de hojuelas y pantalones ceñidos de cota de malla, y tenía un escudo amplio a la espalda. La sobrevesta no cabía duda de que en un principio había sido de un profundo color carmesí, pero las escamas de sal seca la habían dejado blanca. Hojalatero se acercó con las manos abiertas para demostrar que no pretendía hacer ningún daño.

—Tú eres el sargento de la guardia del puerto —dijo el hombre.

—Sí. El sargento Hojalatero. ¿Y tú?

—Negro.

Hojalatero asintió en un saludo cauto.

—Bueno, Negro. Han empezado las hostilidades. Parece que vamos a tener que hacer nuestro trabajo.

—Vosotros haced el vuestro, que yo haré el mío.

Hojalatero asintió otra vez y retrocedió. Tras recorrer un tercio de la longitud del amarradero hizo una señal y diez miembros de la guardia del puerto se alzaron con las ballestas listas. En el instante en que dispararon, el juramentado saltó tras una pila de cargamento. Tras haber disparado, los diez se arrodillaron y se irguió una segunda fila.

—¡Alto el fuego! —ordenó Hojalatero.

Examinó los sacos y barriles apilados, recubiertos de cuadrillos. ¿El juramentado se había retirado o estaba maniobrando en busca de otro ángulo para acercarse? Pero

no había ningún camino despejado, Hojalatero se había asegurado de eso. El hombre se levantó de repente con el escudo levantado y cargó.

—¡Fuego!

El juramentado se lanzó a cubierto, pero no antes de que los cuadrillos se estrellaran contra su escudo.

—Siguiente fila —ordenó Hojalatero. La primera fila se irguió una vez más con las ballestas apuntando. El juramentado se había acercado unos seis pasos.

—¿Ahora? —le preguntó Noche a Hojalatero, se había arrodillado a cubierto con una pesada almádena en las manos.

—Todavía no.

El juramentado se volvió a levantar. Con un barrido colérico arrancó los cuadrillos de su escudo. Avanzó a pesar de un cuadrillo que le atravesó un muslo entero.

—¡Fuego!

Esa vez el juramentado no se molestó en agacharse. Los cuadrillos se estrellaron contra su escudo y lo lanzaron hacia atrás. Uno le atravesó la pantorrilla derecha y le hizo clavar una rodilla en el suelo.

—Siguiente fila —ordenó Hojalatero.

—¡Ya tiene que estar allí! —rogó Noche.

—Casi.

La siguiente fila se levantó, pero tres de ellos no habían terminado de cargar sus armas. Esa andanada, precipitada, demasiado amplia, no ralentizó al juramentado.

—Ahora —los animó Hojalatero. Noche levantó la almádena y golpeó con ella el clavo de hierro encajado entre los eslabones de la cadena que tenía a sus pies. No pasó nada—. He dicho que ahora —repitió Hojalatero.

—Está tan tensa como una niña de diez años...

—¡Cuidado! —gruñó Manos junto a Hojalatero, la espada en la mano.

Hojalatero estaba mirando al juramentado, que cada vez se acercaba más.

—Ahora sería un buen momento.

Noche bajó la almádena con un movimiento frenético, urgente. La cabeza saltó del clavo, que salió disparado de los eslabones como un cuadrillo, tan grande era la presión que soportaba.

—¡Allá va! —chilló Noche.

La guardia del puerto se tiró al suelo. Los eslabones de la cadena traquetearon y arañaron la piedra. El juramentado se detuvo un instante, no muy seguro. Y después, en una explosión de cargamento amontonado, un tramo de cadena llegó arrastrándose por el embarcadero a toda velocidad, iba arrojando barriles, desgarrando sacos, astillando maderas, hasta que llegó y se llevó al juramentado como si fuera un muñeco y lo tiró al agua.

Noche corrió hasta el borde de madera del amarradero y empezó a bailotear y dar saltos.

—¡Ja! ¡Te tenemos! ¡Ja! Ahora ya no eres tan grande, ¿eh? —Hojalatero llegó a su lado, seguido por Heuk. Los tres se asomaron a las olas revueltas, sucias y verdes —. ¡Ja! Está muerto.

Heuk sacudió la cabeza.

—No necesariamente. Quizá todavía esté vivo. Es un auténtico debate, me gustaría quedarme para comprobarlo.

—No se puede. —Hojalatero señaló los dos barcos de la Guardia—. Lo vieron todo. Así que quizá deberíamos ir a unirnos a la lucha.

Noche perdió entonces la sonrisa.

—Ah, ya. Sí. Quizá.

Hojalatero hizo seña a la guardia para que formara.

Los ruidos amortiguados, arañazos y gruñidos de lucha continuada, aguijonearon a Zarigüeya para que abriera un ojo. Los ruidos procedían del exterior, de la parte de atrás; era obvio que allí dentro todo el mundo estaba muerto. Se levantó sin hacer ruido y cuando lo hizo, la cuchillada mortal que le había abierto las entrañas desapareció dejando a su paso un corte mucho menos pronunciado, aunque bastante profundo. Los cuerpos salpicaban el primer piso, volado en pedazos, tanto de garras como de guardias carmesíes. Zarigüeya hizo una mueca, se apretó la brecha del abdomen y examinó la carnicería. Las siete garras y él se las habían arreglado para derribar a los cinco guardias carmesíes, a todos salvo a uno, un juramentado, que después acabó con las dos garras que quedaban y con el propio Zarigüeya, o eso había creído él.

Pero la lucha continuaba. Rígido de dolor, Zarigüeya cruzó con cautela hasta una ventana que se asomaba al recinto repleto de basura que había tras el edificio de apartamentos. Allí, el juramentado se enfrentaba en duelo a una única garra. Zarigüeya se lo quedó mirando. *¡Huye, maldito imbécil!* ¿Quién era ese idiota? Él no había autorizado ningún cazador solitario esa noche. El hombre..., la mujer, se corrigió Zarigüeya, había elegido enfrentarse al juramentado con las manos desnudas. Zarigüeya no lo entendía, era la más alta y exigente de las disciplinas que se enseñaban en las escuelas de la Garra y en la Academia, sí, pero ¿contra un oponente armado que empuñaba un espadón? Ciertamente, el juramentado se movía con cierta torpeza después de que lo acuchillaran por la espalda y de frente decenas de veces Zarigüeya y sus guardias antes de conseguir derribarlos a todos. Pero, aun así, ¿solo las manos contra la cota de malla de hierro?

La garra, envuelta por completo en tiras negras de tela, incluyendo la cabeza, solo quedaba una ranura para los ojos, rodeaba al juramentado sondeando, cambiando de

postura. El juramentado esperaba con la espada levantada, el otro brazo le colgaba inútil, destrozado en la explosión. Zarigüeya decidió que, si bien la mujer quizá fuese la más estúpida de sus filas, se merecía ayuda aunque solo fuera por... bueno, por la pura osadía mentecata que demostraba. El espía se calmó e invocó su senda.

La hoja fría de un cuchillo le mordió el cuello. Se quedó paralizado. Detrás de él, una cabeza apoyó su peso en el hombro izquierdo del espía. Una voz baja de mujer le susurró, cálida y húmeda, al oído.

—Veamos lo que tiene la chica. —A pesar del dolor ardiente que sentía en el abdomen, Zarigüeya notó una punzada de avidez por saber quién poseía esa voz.

El fulgor parpadeante de los bloques en llamas de la ciudad iluminaba el recinto y pintaba de naranja el cielo de la ciudad. Los gritos distantes y el murmullo de la batalla marcaban el frente por donde la Guardia se abría paso a golpes, inexorablemente, de regreso al puerto.

La garra continuaba su baile en círculos mientras el juramentado la seguía con torpeza, un paso pesado tras otro. Con tal rapidez que Zarigüeya ni lo vio, un pie entró con un latigazo que barrió un lado del casco del juramentado, la espada osciló detrás y el gigante de la armadura se irguió sacudiendo la cabeza. *¡Necia! ¿Qué lograste con eso? Solo conseguirás romperte los huesos del pie.* Otra patada, esa alcanzó al juramentado en todo el pecho y lo lanzó hacia atrás; de nuevo, otra estocada lenta. La mujer que tenía Zarigüeya al lado bufó con impaciencia y el espía no pudo menos que estar de acuerdo; ¿qué sentido tenía perder tiempo y vigor así?

Pero un castigo inútil no era el propósito de la garra, como le quedó claro a Zarigüeya en un instante, cuando otra patada provocó otra estocada, pero esa vez el brazo quedó atrapado, inmovilizado, y el codo de la garra empujó, el brazo embutido en la cota de malla estalló hacia atrás con un crujido audible y húmedo. La garra se apartó de un salto. La mujer que tenía Zarigüeya al lado aprobó el movimiento con un gruñido. La espada había caído de la mano entumecida y el juramentado luchaba con el brazo destrozado por sacar el puñal que llevaba envainado en el cinturón. La garra se abalanzó sobre él y le rodeó el torso con las piernas. Las manos apuñalaron de frente la ranura de la visera del juramentado, la garra apretó los puños con los pulgares extendidos, que desaparecieron por completo en el interior del yelmo del juramentado.

El juramentado emitió un bramido, el dolor era insoportable, el primer sonido que Zarigüeya recordaba haberle oído. La garra se alejó de un salto una vez más y miró a aquel gigante cegado y tullido. Este se hundió de rodillas. Pareció decir algo que se perdió en el estrépito de la batalla circundante, la mujer respondió. El guardia bajó la cabeza oculta por el yelmo. La garra giró en redondo y disparó una pierna para alcanzar al hombre en el cuello, bajo el borde del yelmo, y lanzar la cabeza de lado con un golpe enfermizo. El juramentado se desplomó de costado.

Zarigüeya no podía creer lo que acababa de ver, ¿cómo era posible? *¡Que el Embozado lo protegiese! ¿Quién era esa mujer?* Nadie de quien él hubiera oído hablar en sus filas. La que le había puesto el cuchillo en la garganta gruñó algo en un idioma que Zarigüeya desconocía y se retiró. Él se dio la vuelta de golpe, pero la mujer ya se había ido. *¡Tan rápido!* Y además maga, y muy buena, joder.

Al volverse sorprendió a la que estaba envuelta en telas negras mirándolo de frente. Cogió aire para llamarla, pero la mujer echó a correr y desapareció en otro edificio de viviendas. Zarigüeya se acunó el torso con un quejido ahogado; coger aire de repente no había sido buena idea. Cuando levantó la cabeza, otra garra solitaria había entrado en el recinto repleto de basura. Esa vestía telas grises, y llevaba el cabello corto y negro al descubierto. *¡Por el gran Fanderay! ¡Otra más! ¡Y para colmo otra mujer! ¿De dónde salían tantas?* La garra se arrodilló para examinar al juramentado derribado. Zarigüeya cojeó hasta la puerta de atrás destrozada.

Para cuando llegó junto al guardia carmesí, la tercera mujer misteriosa se había ido, por supuesto. Arrastró los pies hasta el juramentado caído. Una mano en el cuello roto del hombre le confirmó que estaba muerto de verdad; asfixia, supuso Zarigüeya al palpar la laringe aplastada.

Se irguió y dejó el cadáver. Misterios intrigantes, sí, pero todo eso tendría que esperar. Estudió el brillo de las llamas que iluminaban el cielo nocturno, el humo negro que ondeaba cerca. Era hora de recuperar cierto control, si era posible. Y también buscar un sanador. Se palpó la brecha del torso, pegajosa por la sangre medio seca, e hizo una mueca; sí, no había duda de que era lo más cerca que había estado hasta el momento del fin de su carrera. Surgió una oleada y una abertura a la oscuridad. Zarigüeya entró con delicadeza.

Al subir por la calle de los Ópalos, Noche y la guardia del puerto se encontraron con una carreta que iba en dirección contraria. Una lona alquitranada cubría el contenido y el boyero iba a pie, tirando de los arreos de los dos bueyes enjaezados. La cara le brillaba de sudor y tenía los ojos muy abiertos, con una expresión de terror cuando saludó con un gesto al sargento Hojalatero. Calle arriba parecía que los incendios estaban reuniendo fuerzas en el elegante distrito de los sastres.

—¿Cómo van las cosas? —le preguntó el sargento Hojalatero al hombre.

—Muy bien, señor. Muy bien. Solo intentaba salvar algunas posesiones de los fuegos. —El hombre tiró con las dos manos del yugo y le murmuró con fervor a los bueyes.

—Me refería a la batalla —dijo Hojalatero.

Hombres y mujeres bajaban corriendo por la calle con fardos y cestas. A una niña que lloraba la arrastraban por la pechera de la camisa. El hombre parpadeó y miró a Hojalatero.

—¡Ah, eso! No tengo ni idea. Lo siento. Tendrá que llegar a la Bolsa de los Joyeros para eso.

—¿Los joyeros? —dijo Noche—. ¿Están luchando allí? Sargento, por favor, eso tenemos que verlo.

El hombre se tiró del pelo con las dos manos y se quedó mirando a los bueyes con expresión suplicante.

—Hay una especie de sublevación en el distrito. No sé qué de cuotas de protección. ¡Moveos, malditos culos gordos!

Hojalatero alzó una ceja.

—¿Disculpe...?

El hombre se tiraba del pelo con tal fuerza que era como si estuviera intentando alzarse del suelo.

—Ustedes no... ¡ellos! ¿Por qué no os movéis? ¡Por favor! ¡Venga!

—Quizá podamos ayudar —se ofreció Manos.

Hojalatero le lanzó una mirada asesina. Después se dirigió al hombre.

—Buena suerte.

—¡Os voy a matar, joder! —les chilló el hombre a los bueyes.

Dulce Muchacho se llevó un dedo a la sien. Menor asintió y los fetiches que llevaba atados al pelo tintinearón. Mientras subían por la calle de los Ópalos el torrente de refugiados creció hasta tal punto que tuvieron que abrirse paso a empujones. Se dijo Noche que él no se había alistado en la guardia del puerto para luchar a puntapiés, pero parecía que era a eso a lo que lo estaba llevando el sargento, a menos que se pensara rápido en algo. También se le ocurrió que no era la primera vez que veía a ese tipo. Y no hacía mucho. Se abrió paso hasta Hojalatero.

—Había algo raro en ese tipo y su carreta, señor.

—Sí que lo había.

—Quiero decir que seguramente iba de camino al puerto, ¿no le parece?

Hojalatero ralentizó el paso.

—¿Qué es lo que te sugiere eso, Noche?

—Es una corazonada, nada más.

Hojalatero negó con la cabeza.

—Eso no me basta, Noche. —A Manos, que lo miraba furiosa, el sargento le indicó con un ademán que siguiera.

—No es la primera vez que veo a ese tipo de los pelos revueltos, señor —insistió Noche.

—¿Y dónde lo viste? —le contestó Hojalatero.

—A bordo del Tapón de Trapo.

El sargento Hojalatero se detuvo y se volvió hacia Noche.

—¿Estás seguro?

—Me lo dice la nariz. —Y se dio unos golpecitos en un lado.

Manos se burló.

—Es que no quiere que le metan una espada por ahí.

A Noche se le ocurrió un comentario de pelaje parecido, pero Hojalatero hizo un ademán para que se callara y se acarició el bigote gris.

—Muy bien. Vamos a comprobarlo. —Levantó la voz—. ¡Cargad las ballestas! ¡Desplegaos! —Manos indicó que retrocedían.

Encontraron la carreta no mucho más abajo de donde la habían dejado. El boyero no les hizo ningún caso y siguió tirando de los arreos. Estaba sollozando. Hojalatero se acercó, seguido por Manos, Noche y Menor.

—¿Está con el Tapón de Trapo? —lo interrogó Hojalatero.

El hombre dio un salto como si lo hubieran apuñalado. Giró en redondo y se pasó una manga por la cara.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Quién es usted?

—Sargento Hojalatero, guardia del puerto. ¿Está con el Tapón de Trapo? ¿Eso es cargamento?

El hombre se retorció las manos.

—¿Qué dice? ¿Cargamento? No, claro que no. —Trepó hasta el asiento y cogió un látigo—. Bueno, yo tengo que irme. ¡Adiós!

—¿No deberíamos...? —empezó a decir Manos. Hojalatero le hizo un ademán para que esperara.

El hombre restalló el látigo sobre los bueyes.

—¡Vamos! ¡Corred! ¡Moveos!

Hojalatero, Manos y Noche lo observaron. Este último se pasó el palillo de un lado de la boca al otro.

—¿Qué lleva ahí atrás, amigo?

El hombre se los quedó mirando y después tiró el látigo.

—¡Nada! Solo unos suministros. —Después trepó hasta la carga de cajas tapadas con la lona—. No tienen ningún derecho a pararme. Esto no es el puerto. ¡Largo!

Hojalatero suspiró y miró a un lado y otro de la calle, observó a los ciudadanos que pasaban corriendo de camino al puerto para escapar de lo que podría convertirse en una tormenta de fuego.

—A mí me parece que esta carreta representa un obstáculo en una vía pública. Por lo tanto, por el poder que se me ha otorgado como servidor público y ejecutor de mandatos civiles, está dentro de mi jurisdicción incautar y confiscar este vehículo.

A gatas encima de las cajas apiladas, el tipo se los quedó mirando desde su altura.

—¿Qué?

—Menor, Dulce Muchacho, sacad esta carreta de la calle.

—Sí, señor —dijo Menor. Llamó con la mano a Dulce Muchacho y los dos

tiraron de los bueyes por los aros que llevaban en la nariz y los metieron en la boca de un callejón. El hombre se tiró bocabajo y se abrazó a la lona.

—¡No! ¡No deben! ¡No lo entienden, es mío! ¡Mío!

—¿Tiene la factura? —preguntó Noche con una sonrisa maliciosa.

El tipo rodó de espaldas. Se llevó las manos al pelo y tiró con furia, después se bajó de un gran salto y salió corriendo por la calle agitando los brazos y chillando.

—¡Nooooo!

Noche y Hojalatero lo observaron irse.

—¿No deberíamos...? —dijo Manos.

Hojalatero se limitó a desechar la idea con un ademán y volverse hacia la carreta.

—De acuerdo, echemos un vistazo. —Desataron la lona, la levantaron y bajaron la puerta de la carreta. Cajas. Cajas idénticas de madera oscura apiladas en seis filas por cuatro de profundidad. Noche examinó los cierres de la más cercana. No parecía haber cerradura ni ojo por donde meter una llave. Sacó su cuchillo.

—¿Cómo se abren estos trastos? —Encajó la punta del cuchillo en la madera.

Hojalatero le propinó de repente un golpe y el cuchillo salió volando. Noche se quedó mirando, furioso, a su sargento.

—¿Qué?

—Esta vez me lo da a mí en la nariz —dijo Hojalatero—. Y ahora apártate. Creo recordar haber visto cajas parecidas en mis tiempos con los marines, en Genabackis. —Se encaramó a la puerta bajada de la carreta y palpó con cautela los dos cerrojos de una de las cajas de arriba que había en la parte de atrás. Esos cedieron con facilidad. Se arrodilló, acercó la cara y levantó la tapa solo un dedo. No pasó nada. Se quedó mirando al interior durante un rato, inmóvil.

—¿Sargento? —preguntó Manos.

Hojalatero se aclaró la garganta.

—Cabo, ¿a qué distancia dirías tú que están esos incendios?, ¿muy cerca?

—A unos cuantos bloques, y aproximándose.

El sargento cerró la caja y bajó de un salto.

—Dadles la vuelta a los bueyes. Que se muevan de una vez. Ahora mismo.

—No parece que les interese mucho —se quejó Menor.

—Usad los cuchillos.

Dulce Muchacho resopló y levantó las cejas como si quisiera decir «madre mía».

Noche siguió a Hojalatero hasta la calle principal.

—¿Qué hay en esas cajas?

Su sargento no le hizo ningún caso y empezó a mirar arriba y abajo por la vía principal.

—Cabo Manos —ordenó—, envía hombres a confiscar y preparar una barcaza lo bastante grande para esta carga.

—Sí, señor.

—¿Es oro?

—Menor, organiza un perímetro de hombres alrededor de la carreta. Que no se suba nadie.

—Sí, señor.

—¿Son quizá las joyas imperiales, saqueadas en los cinco continentes?

El sargento Hojalatero sujetó a Noche por la pechera del chaleco y lo levantó hasta que el joven quedó apoyado solo en las puntas de los pies. Y fue así, cara a cara, como le gruñó.

—Mira por dónde, voy a contártelo, Noche. Pero solo porque sé que si no lo hago vas a meter la jeta en una de esas cajas y nos vas a matar a todos. ¿Qué hay dentro? —El sargento bajó la voz y en sus ojos había una mirada siniestra que Noche no le había visto jamás a su sargento—. Hay suficientes municiones moranthianas en esa carreta para convertir el puerto entero y los alrededores en polvo y humo. Todo ello sellado con la marca del Arsenal Imperial.

—No joda —consiguió decir Noche mientras tiraba del puño de Hojalatero.

—Pero lo que me preocupa de verdad, Noche, es que alguien está desvalijando el arsenal. Y antes o después ese alguien va a cometer un error y cuando eso ocurra, tengo intención de estar lo más lejos posible de aquí.

Trémula miró furiosa por la ventana de la taberna del Nacht Negro los incendios que parecían haber cobrado vida de forma espontánea por toda la ciudad. Los cuadrillos de ballesta se incrustaban de forma intermitente en las contraventanas medio cerradas y rebotaban de la pared de piedra con un tintineo metálico agudo. Se giró y llamó con un dedo a Humo. El mago abrió los brazos con ademán impotente.

—A mí no me mires. En serio. Yo aquí solo soy un apoyo. Son los ciudadanos. Están saqueando y luego amotinándose para tapar los saqueos. En serio.

Trémula se cruzó de brazos.

—Eso espero porque no queremos poner a prueba la paciencia de Tayschrenn.

—¡De verdad!

—Bien. —Miró a las dos espadas que seguían con ella—. Hemos cometido un error, hemos dejado que nos atraparan. Su número no hace más que crecer ahí fuera. No podemos quedarnos parados. —Su mirada recayó sobre las sólidas mesas de la taberna, los maderos tallados a mano, cuatro dedos enteros de grosor; estudió las puertas, de construcción parecida. Miró a Voss, un saboteador de la espada. El hombre asintió y una amplia sonrisa le llenó la boca.

Mantelete era el nombre por el que Trémula los conocía. En otras partes los llamaban cledas o paveses. En la práctica, podían adoptar muchas formas, dependiendo de los propósitos que se tuvieran en mente y del material disponible.

Grandes escudos móviles contruidos, por lo general durante los asedios, para defender a los ballesteros, arqueros o zapadores atacantes. Voss supervisó la construcción de todos los que pudieron improvisar. Sujetos unos junto a otros en un círculo apretado, Trémula movería a sus tropas dentro de una tortuga, como uno de los supervivientes de la tercera compañía había informado que habían utilizado para huir de su prisión.

Los chillidos y el estrépito de la madera a lo lejos marcaron el avance de otro elemento. Trémula observó por una calle lateral que cientos de ciudadanos armados, la milicia de voluntarios untan, corrían a cubrir el cambio de acción. Dioses, en esa ciudad todo el mundo tenía una ballesta y un puñado de cuadrillos. Era como si le hubieran dado una patada a un nido de avispas y ya no pudieran sacar el pie. Voss se acercó a ella.

—¿Cuántos? —preguntó Trémula.

—Suficientes, mejor que nada.

—¿Estamos listos?

—No nos iría mal más tiempo. Hacer bien las cosas, ya sabes. Pero se están reuniendo ahí fuera, ¿a que sí?

—Sí. No tenemos tiempo. Quita la puerta y vamos.

Voss hizo el saludo militar, un puño al pecho.

—Sí, señor.

Arrancaron la sólida puerta principal de sus goznes. Los cuadrillos irrumpieron por la abertura como una lluvia torrencial. Todo el mundo se había refugiado ya. Se colocaron dos manteletes uno junto al otro y después los pusieron en cuña para cubrir la abertura con una uve. Trémula mandó adelantarse el siguiente par. Los cuadrillos de ballesta se estrellaban contra los escudos con un ritmo constante y rápido, como granizo. Habían arrojado un farol encendido, que chocó contra la pared y lo salpicó todo de aceite hirviendo. Los guardias se estremecieron, pero no se detuvieron. Al lado de Trémula, Humo señaló y dijo sin ruido: «¡Mira!».

Al final, una tortuga entera de escudos altos levantados a pulso estaba protegiendo a la compañía de Trémula. Los francotiradores de los edificios más altos seguirían teniendo una buena visión del interior, pero era lo mejor que habían podido apañar. La puerta principal de la taberna sirvió de mantelete posterior para cerrar cualquier salida. Trémula se asomó a través de una brecha en las maderas. Los estaban castigando con antorchas arrojadas, lámparas y faroles. La ferocidad del ataque la asombraba; era como si los ciudadanos estuvieran decididos a quemar su propia ciudad para acabar con ellos. Voss había hecho que todos los que podían llevaran agua y los había empapado en cuanto salían, pero las llamas seguían causando bajas. Era una forma horrenda de morir, Trémula preferiría cualquier cosa más rápida.

—¡Izquierda! —exclamó para dirigirlos hacia un callejón más estrecho. Ante ellos, una muchedumbre desastrada de milicia ciudadana armada luchaba por disparar las ballestas y retirarse, todo a la vez. Resultó ser demasiado para ellos y se deshicieron en un pánico general de cuerpos caídos y armas tiradas. Cuando pasaron por allí, los guardias carmesíes se hicieron con todas esas armas. Pero el castigo que les infligían en la retaguardia era intenso, de vez en cuando un cuadrillo encontraba una brecha y caían hombres.

—¡Devolved el fuego! —gritaba Voss desde atrás.

—¡Humo! —exclamó Trémula.

—Estoy en ello.

Las llamas se alzaron con un rugido tras la tortuga de manteletes que avanzaba a empujones y bloquearon el callejón.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Trémula.

—No mucho.

Salieron a una avenida principal que corría hacia el norte y el sur bordeada por puestos de venta delante de edificios de ladrillo de tres pisos que eran tiendas de mercaderes. Los lugareños que huían atestaban el centro, desplazándose hacia el sur, hacia el puerto. Las bandas de milicianos armados cruzaban el flujo para acudir a otros lugares de batalla. Todos los ciudadanos se detuvieron, se quedaron mirando la tortuga que salía del callejón y huyeron gritando.

—Izquierda otra vez —exclamó Trémula.

Entre tropiezos y golpes, la desgarrada bestia se lanzó a la izquierda. Por la brecha, Trémula ya podía ver el largo y lento descenso de la avenida hacia los mástiles de los barcos iluminados por el fulgor de las llamas extendidas.

—¡Veo el puerto! —exclamó. En la tortuga se alzaron vítores. Las acometidas de los impactos de los cuadrillos se duplicaron cuando sus perseguidores entraron en masa en la avenida y los rodearon una vez más. Un farol arrojado desde una ventana de un tercer piso estalló entre ellos y lo salpicó todo de aceite hirviendo.

—¡Aguantad! —chilló Trémula por encima de los gritos cuando los hombres y las mujeres empezaron a arañarse y rodar por el empedrado—. ¡Duchadlos! ¡Mantos! —Abandonado, un mantelete hecho con una mesa cayó y una tormenta de cuadrillos golpeó el interior expuesto—. ¡Cerrad filas!

Un cuadrillo se estrelló contra el costado de Trémula y la derribó de rodillas.

—¡Cerraos! —chilló la mujer mientras se levantaba.

—Están cayendo sobre nosotros —advirtió un guardia carmesí.

—¡Preparad las armas! ¡No os paréis! —Trémula cogió un cuchillo largo del cinturón del guardia carmesí que sujetaba el mantelete delante de ella.

—¡Preparados para repeler el abordaje! —vociferó un gracioso.

Una lanza se clavó entre los manteletes, el filo con forma de hoja rozó la

armadura de Trémula. Esta dejó caer el cuchillo largo, cogió la lanza y se la arrancó de las manos al portador. La levantó para darle la vuelta y después la sacó por la abertura y empaló al dueño.

—¡Muchas gracias!

Lanzó estocadas para apartar a la milicia de los manteletes y no dejó de gritar «¡No os paréis!». Con cada aliento el cuadrillo del costado le mandaba una oleada agónica por todo el cuerpo que le oscurecía la visión.

Y entonces la mano de un dios derribó a todo el mundo al suelo.

Un gran muro de aire quitó el aliento a Trémula de un golpe en el pecho. Polvo, humo y escombros cayeron sobre ellos como una tormenta y borrarón toda visibilidad, como si se estuvieran llevando a la ciudad entera al mar. Un momento después todas las tejas saltaron de repente de los tejados de los edificios y echaron a volar como pájaros en un viento de humo y cenizas. Muchas más empezaron a estrellarse por todas partes como gotas de lluvia. El suelo se estremeció y los hizo rebotar. Trémula entrecerró los ojos entre el polvo y vio una enorme nube que ondeaba y se hinchaba sobre la ciudad. Estaba iluminada desde dentro por refulgentes estallidos de llamas que se hinchaban y trepaban, más altos al parecer que cualquier montaña. Al otro lado de la calle, un edificio de ladrillo de tres plantas quedó pulverizado por un bloque de piedra sólida del tamaño de un barco pequeño que se estrelló contra él.

El muro de truenos se fue desvaneciendo paulatinamente. Trocitos de escombros en llamas caían como lluvia intermitente. Con cuidado, asombrada por el simple hecho de continuar con vida, Trémula se levantó. Zigzagueó un poco y se sujetó el costado, por donde sobresalía el cuadrillo como algo obsceno. Sin atreverse a pensar en lo que estaba a punto de hacer, lo sujetó con todas sus fuerzas y lo arrancó. La resistencia candente de su propia carne la hizo caer de rodillas otra vez. A su alrededor, hombres y mujeres, ciudadanos y guardias por igual, iban poniéndose en pie y miraban a su alrededor, asombrados. Una ceniza muy pálida se desprendía de la nube revuelta e hinchada. Flotaba densa como plumas raídas y lo cubría todo como una capa de pelusa.

—El puerto —graznó Trémula y le dio una patada al guardia más cercano—. ¡Humo!

—Sí... —Una forma fantasmal bajo una manta de ceniza cobró vida y se incorporó.

—Por la mismísima sombra del Embozado, ¿qué fue eso?

Unos ojos oscuros en una máscara blanca se recuperaron con un parpadeo. El mago se levantó y se sacudió su estrafalario cabello, que provocó una nube de polvo.

—Creo que quizá haya sido la mayor explosión provocada por el ser humano.

—Jamás había visto nada parecido.

—No. Ni lo volveremos a ver, supongo.

—Dioses de la tierra —suspiró Trémula, asombrada—. Será mejor que salgamos de aquí antes de que estos idiotas untan decidan que lo hicimos nosotros. Son capaces de descuartizarnos.

Humo miró a su alrededor, a las figuras recubiertas de ceniza que iban levantándose con lentitud, como mareadas, y vagaban sin rumbo; una ciudad de fantasmas que se despertaban. Parpadeó como un búho.

—Me parece que tienes razón...

—¡Moveos, guardias, hay que largarse!

Melena Gris no presenció la explosión en sí. Tenía la vista en otra parte, estaba buscando alguna señal de actividad entre los buques de guerra malazanos anclados cuando la luz cambió de repente, un gran destello blanco arrojó su sombra por la cubierta y arrancó gritos de asombro y alarma en los hombres del navío. Cuando se volvió para mirar, la luz había desaparecido. En su lugar se alzaba una inmensa nube de humo que se iba hinchando ante sus ojos, ondeaba y se multiplicaba sobre la ciudad. Por todo el paseo marítimo se dispersaron grandes grupos de aves, que salieron revoloteando, aterrados. Delante del juramentado una ola pareció cubrir la ciudad y hacer reventar los tejados, volcar las agujas y salir disparada del estallido hasta que alcanzó el paseo marítimo. Tuvo un momento para chillar «¡Preparaos!» cuando saltó el agua del puerto, llenó de espuma la serena superficie y cargó contra ellos. Y después golpeó el navío, arrancó las velas medio arriadas como si fueran de papel y zarandeó el barco como si fuese de juguete. El trueno fue tan ruidoso que dejó sordo a Melena Gris, insensible a todo sonido; las bocas de los hombres se movían y el equipo caía, pero él no percibía sonido alguno. Su primer pensamiento fue: *Así acaba la Guardia. Borrada del mapa por Laseen en una explosión titánica.* Pero el estallido parecía haberse originado en el interior de la urbe, muy lejos de los fuegos que marcaban la lucha. Tendría que asegurarse.

Enderezó a un hombre e hizo un gesto al puerto y los remos. Después, la embarcación se estremeció otra vez. Giró en redondo, los hombres señalaron la cubierta, allí se abría un agujero humeante que no había existido hace un instante. *Por la misericordia de Ascuá, ¿y a cuántas leguas de distancia se habrá producido la explosión?* Un momento más tarde se acercó un marinero que llegaba de abajo con una olla. Contenía un trozo de roca todavía caliente al tacto. Un fragmento la piedra de un edificio carbonizado. Melena Gris hizo un gesto con la mano para mandar a los hombres que lo examinaban a los remos. Tenía que haber supervivientes, pero él se temía lo peor.

Solo pasaron junto a otro navío de camino, una vieja gabarra mercante hundida de forma alarmante en el agua; las velas colgando hechas jirones, la cubierta era un

desastre de equipo tirado por todas partes, con su capitán napaniano, canoso, enjuto y fuerte, bramando una invectiva ardiente contra su aturullada tripulación. A Melena Gris le sorprendió el nombre tallado en la madera podrida de la proa; no sabía cómo alguien se había atrevido a usar el nombre de Tapón de Trapo tras la carrera de su predecesor, almirante pirata, teniente de Laseen, entonces conocida como Torva, y hermano de Urko, Cartheron Costra.

Pero el misterio del Tapón de Trapo tendría que esperar porque la tripulación señalaba el muelle y gritaba de asombro. Allí, arremolinados como una masa de sombras, esperaban los guardias supervivientes. Al tiempo que el barco se iba acercando, más soldados carmesíes iban bajando por las avenidas, rodeados de ciudadanos con las armas en las manos, aunque ninguno atacaba. Más bien parecía haberse acordado una tregua extraoficial, quizá porque era obvio que lo único que quería la Guardia era largarse de allí y los ciudadanos estaban encantados de alentarlos en su huida. Todos parecían atontados por la monumental explosión, mientras que aquella ceniza blanca y sobrenatural que caía sobre ellos los convertía a todos en lo mismo: fantasmas de una palidez homogénea sumidos en un silencio de una espeluznante uniformidad.

Melena Gris supervisó la subida de los supervivientes y encontró a Trémula, trasladada sobre la tabla de una mesa que servía de camilla y atendida por magos juramentados, Humo, Lor-sinn y Shell.

—Llévanos al oeste —lo urgió la mujer, pálida por la pérdida de sangre, el largo cabello apelmazado por el sudor y pegado a la cara.

—¿Y Despellejador?

Trémula lo mandó seguir con un ademán.

—Nos encontrará.

El último guardia que embarcó desde el muelle de piedra fue un juramentado llamado Negro. Le chorreaba el agua mientras permanecía allí, estudiando la multitud creciente de ciudadanos de Unta que cada vez se iban acercando más y gritaban obscenidades. Volaron unos cuantos trozos de basura.

—¡Tenemos que irnos! —gritó Melena Gris.

De mala gana, cojeando, el hombre abandonó el muelle. Rocas, tejas rotas, desechos y verduras los acribillaban mientras la multitud rugía, algunos incluso se mofaban. Melena Gris ordenó aligerar el ritmo en los remos y llamó a Negro.

—¿Qué pasa?

—Nada. No habrás... ¡Ahí, esos cabrones! —señaló el juramentado mientras se arrojaba contra la barandilla y casi caía por la borda.

Allí, muy bajos en el agua, bajo un amarradero, la pequeña tripulación de una lancha les decía adiós con la mano. Melena Gris reconoció a la guardia del puerto. Uno de ellos, un tipo delgaducho con la cara picada de viruelas, se levantó y les

enseñó el culo hasta que una mujer fornida, ataviada con armadura, le dio una patada que lo tiró al agua. La multitud aulló de alegría.

—¡Juro por el Embozado que os encontraré! —estaba chillando Negro mientras el agua abierta crecía entre ellos—. ¡Lo juro!

Cuando el barco se acercó al espigón del puerto, estaba bordeado por jóvenes que agitaban el puño. La Guardia salió remando del puerto acompañada por pullas distantes y la basura que les arrojaban. Apoyado en un costado del navío que se alejaba, Melena Gris observó los gestos de los jóvenes. Sus pensamientos recayeron en la Guardia y el juramento que habían hecho. ¿Cómo podían esperar liberar a sus ciudadanos de sus gobernantes cuando era obvio que no deseaban ser liberados? La Guardia parecía haber dejado de ser pertinente. Aunque sí que parecía, por la información que había reunido hasta el momento, que en los demás sitios el movimiento para poner fin al gobierno imperial había llegado muy lejos. Por las órdenes de Trémula de dirigirse al oeste, supuso que los juramentados tenían intención de enlazar con ese movimiento. Pero él se hallaba inquieto. Su experiencia con el poder político le decía que ningún vacío resistía mucho tiempo. Se preguntó con qué tenía intención el movimiento secesionista (o los juramentados, si a eso iban) de sustituir el gobierno imperial.

Al día siguiente, escoltada por una guardia de cincuenta regulares malazanos, la emperatriz Laseen inspeccionó los daños provocados por el estallido del Arsenal Imperial. Se abrió camino entre la tierra desnuda y todavía humeante del cráter de la explosión, que tenía un diámetro mayor que un tiro de piedra, donde en otro tiempo se había levantado el Arsenal y los edificios circundantes. Havva Gulen se paseaba a su lado.

—Podría haber sido peor —dijo la maga con las manos unidas sobre el amplio estómago.

Laseen sacudió la cabeza.

—Estoy pensando que debería haber sido mucho peor.

—Continúa.

La emperatriz siguió andando por delante de la maga suprema y dio una patada al suelo pulverizado.

—Fue impresionante, sí. Pero debería haber quedado destruida más ciudad. El Arsenal no debía de estar ni medio lleno.

—¿De veras? ¿La Guardia, pensáis?

—Es posible. Todo este incidente quizá no fuera más que una incursión para hacerse con municiones, o simplemente para mermar las nuestras.

—Una estrategia alarmante por su parte, si ese es el caso.

—Sí. ¿Y no hay señales de K'azz?

—No. Despellejador parecía estar al mando.

Laseen cogió un puñado de la tierra ennegrecida y quemada y lo filtró entre los dedos.

—Despellejador. No es famoso por su sutileza.

—No. Sin embargo... —Havva hizo una pausa, como si no estuviera segura de continuar.

Laseen no la miraba, pero se dirigió a ella con tono cansado.

—¿Sí?

—Dicen que se vio a Melena Gris con ellos en el puerto.

—¿Melena Gris? —La emperatriz se irguió—. ¿En serio? Melena Gris... —Examinó los restos, pero era obvio que su mente estaba muy lejos. Asintió para sí.

—Sí —dijo Havva—. El único lugar en el que debió de creerse a salvo de todo el mundo. —Lanzó una carcajada sentida y profunda—. ¡Imaginaos su desesperación al encontrarse con que la Guardia regresaba de verdad! Ahora quizá tuviera que enfrentarse a sus propios oficiales...

Laseen miró a la maga en silencio y después apartó los ojos.

Havva decidió que ya había dicho más que suficiente. El resto de la información tendría que esperar, quizá para siempre. *¡Oh, mi emperatriz! Estás sola, los muros que has levantado han apartado a todos de tu lado. ¿Fue arrogancia? ¿Desdén? ¿No pudiste entender nada que no fuera tu propio impulso de gobernar? Pero tú no revelas nada y los que podríamos ayudarte no podemos saberlo con certeza. Y hay demasiado que perder en esa incertidumbre. Ahora estás aislada. Sola salvo quizá por el pobre ciego de Zarigüeya. Quizá esa sea la lógica cruel de tu silencio. Laseen, si elijo este momento privado que pasamos juntas para contarte cuanto sé, quizá tuviéramos una posibilidad, una muy pequeña de vencer contra la conspiración que nos ha encerrado aquí. He estado haciendo todo lo que podía. Pero no me atrevo a hablar con libertad. No me atrevo a arriesgarme. Estoy avergonzada y muy arrepentida, mi emperatriz. Yo también te he fallado. Todo porque el tiempo que pasé en los archivos no lo desperdié. Conozco el nombre de Jhista. Y temo que no tengo poder para oponerme a él.*

Las filas de la guardia que las rodeaba se separó para dejar pasar la forma delgada como una lanza del puño supremo Anand seguido por un Mallick Rell que anadeaba y sudaba al tiempo que se abanicaba y hacía muecas ante el hedor de la carne quemada y los fuegos viciados que ardían sin llama. Un paño blanco le rodeaba la cabeza.

—¡Felicidades, emperatriz! ¡Una gran victoria! —exclamó el consejero.

—¿Victoria? —repitió Laseen con tono tajante—. Unos cuantos guardias carmesíes nos visitan durante menos de un día y medio y la mitad de la capital estalla en mil pedazos y termina quemada hasta los cimientos.

—¡Una invasión repelida de forma magnífica!

—Se fueron porque vieron que aquí no había nada para ellos —dijo Havva.

Anand sacudió la cabeza.

—He de admitir que fue la milicia de ciudadanos voluntarios la que los echó. — Por su voz, parecía que le sorprendía el hecho—. Y por ello debo disculparme, emperatriz. Con anterioridad no me habían parecido una fuerza digna de consideración. No tienen una estructura de mando formal ni un cuerpo de oficiales profesional.

—Simple chusma —se burló Mallick.

—La chusma domina la guerra de guerrillas urbana —dijo Anand—. Si se trae un número suficiente que se abalance desde todas direcciones, se asfixia a cualquier oponente.

—Disculpa aceptada, puño supremo —dijo Laseen, que prefirió interrumpir la confrontación—. ¿Su número?

—Los oficiales que tengo en las calles calculan que su número puede ascender a los diez mil. Y sigue creciendo, cada día que pasa se alistan más. Hay colas esperando fuera de los cuarteles generales.

—¿Y se puede saber donde están los tan cacareados cuarteles, puño supremo? —inquirió Mallick con voz suave y la cara redonda, resplandeciente.

Anand hizo una pausa, reticente a contestar, después lo pensó mejor y habló sin tapujos.

—Las tabernas de los barrios.

—¡Bah! Populacho que se diluiría con el primer choque de hierro. Emperatriz, ese tipo de fuerzas son inútiles. La primera espada no querría tener nada que ver con semejantes aficionados sin disciplina.

—Para gran alivio de esos aficionados, sin duda —comentó Anand—. En cualquier caso, ellos mismos son conscientes de sus carencias y han hecho un llamamiento para que se alisten regulares retirados y oficiales de los marines. Tengo entendido que un barco lleno de oficiales y sargentos retirados acaba de atracar procedente de la isla de Malaz. El viejo Diente Bravo en persona entre ellos.

—¡Diente Bravo! —repitió Laseen, asombrada—. Creí que estaba muerto.

—Como todo el mundo. —La sonrisa de Anand albergaba un afecto triste—. Al parecer invirtió sus décadas de atrasos y toda su pensión en una especie de ritual Denul que lo convirtió en un tocón de roble.

—Innecesariamente —comentó Laseen, y se giró.

Mallick se chupó los dientes manchados de forma harto ruidosa.

—Todo eso está muy bien. Sin embargo, se tardarían meses en machacarlos para convertir una fuerza así en un ejército. Tiempo del que nosotros no disponemos.

—¿Qué le ha pasado en la cabeza? —le preguntó Havva.

—¿Qué?

Havva señaló el trapo.

—La cabeza.

Las manos de Mallick volaron a la venda y la colocaron bien.

—La explosión. Me cayó una lámpara encima.

Una pena que no fuera nada más.

—Herido en defensa de la ciudad. Qué noble.

Mallick entrecerró los ojos y los convirtió en simples ranuras.

—¿Y dónde estaba usted, Havva Gulen? ¿Agazapada en el subsótano de los archivos, pluma afilada en ristre?

Siempre más cerca de lo que tú te crees, Mallick Rel.

—Estoy de acuerdo con su cálculo del tiempo que tenemos, Mallick —dijo Laseen—. ¿Cuándo se espera a la primera espada?

—A última hora de hoy —informó Anand.

—Cuando regrese, infórmele de que partiremos de Unta a toda prisa. Cierre el puerto, Anand. Confisque cada navío. Zarpamos con todos los hombres y las mujeres disponibles.

Anand se inclinó.

—Muy bien, emperatriz.

—¿Zarpamos? —preguntó Mallick, arqueándose.

—Usted no, portavoz de la Asamblea. ¿Le importa permanecer aquí, en Unta, y supervisar la reconstrucción y defensa de la capital?

Mallick alzó las cejas y se inclinó.

—Sería todo un honor, por supuesto. Informaré a diario de los progresos.

—Eso será difícil, Mallick, porque yo me pondré a la cabeza del ejército.

Un grito ahogado de Anand.

—¡Emperatriz!

Laseen levantó una mano para impedir toda objeción.

—Está decidido. Debemos irnos de inmediato.

Aunque era obvio que no estaba muy contento, Anand recuperó la compostura e hizo una reverencia rígida. Havva también se inclinó. *Así pues yo iré también. Como irá Zarigüeya y la mayor parte de la Garra. En campo abierto otra vez, como tanto tiempo atrás.*

—Alzaré un magnífico monumento a vuestras futuras victorias en este mismo lugar —dijo Mallick con una reverencia.

—Espere hasta que las hayamos conseguido —dijo Laseen, su mirada inescrutable no se apartaba del hombre.

En un jardín urbano los sirvientes limpiaban la ceniza de las cargadas ramas de

los árboles mientras los peones dismantelaban uno de los muros de ladrillo derrumbados. Un hombre con pantalones sueltos y una camisa larga de color granate estaba ante un macetero examinando una flor. El largo cabello negro flotaba suelto. Una mujer con un rostro con forma de corazón y el cabello negro muy corto entró en el jardín y se acercó a toda prisa. Sin girarse, el hombre se dirigió a ella.

—Un espécimen muy poco frecuente de Avalli, Kiska. Ileso, por fortuna.

La mujer se tapó la nariz.

—Apesta.

—Su aroma imita el olor de la debilidad: podredumbre y muerte. Atrae a las moscas y a otros insectos carroñeros. Que después se come.

—Asqueroso.

—Revelador. Aquí hay una lección para cualquiera que se moleste en reflexionar sobre ella.

—Evita las plantas que apestan.

Tayschrenn suspiró y dejó la maceta en el suelo.

—Eres toda una hija de la ciudad, Kiska, demasiado. —La miró y se llevó las manos oscuras y bronceadas a la cintura—. Tenías que meterte, ¿verdad? Debería haberlo sabido.

Kiska estudió a los trabajadores, los peones habituales de la zona contratados para realizar el mantenimiento de la casa de Tayschrenn, todos ellos con el visto bueno de Hattar.

—Solo estaba echando un ojo a las cosas.

—Bien. Ya veo que algo de sabiduría ha penetrado en tu densa tozudez. Pero uno no se limita a «echar un ojo» a hombres como Cogulla.

—Se fue por una senda.

—¿Cuál?

—La del Embozado.

Tayschrenn lanzó un gruñido.

—Que apropiado. Bueno, ¿y qué presenciaste, aparte de futilidad y desperdicio?

Kiska se apartó con un manotazo el flequillo corto y ladeó la cabeza con el ceño fruncido.

—Vi a varias garras que huían de juramentados abrir caminos a la senda Imperial.

—¿Sí?

—No regresaron.

—Vaya.

—Vi a un juramentado llamado Amatt romper una barricada de carretas ardientes y maderas apiladas, y para hacerlo solo tuvo que atravesarla caminando y apartar una sección. Conté siete cuadrillos de ballesta en su cuerpo. Después bajó hasta los barcos, se iba quitando los cuadrillos a medida que lo alcanzaban. —La chica sacudió

la cabeza, asombrada—. En serio, no quiero enfrentarme a esos guardias nunca más.

—Estoy de acuerdo. Sería un gran desperdicio.

—¿Desperdicio?

Tayschrenn se limitó a frotarse la cara y le hizo un gesto a Kiska para que continuase.

—Sobre todo seguí a una mujer, una garra o alguien que se parecía a una garra. Estaba cazando juramentados. La vi acechar y matar a dos con las manos desnudas. Digo que parecía una garra porque su... nuestro adiestramiento se asemejaba a las habilidades de esa mujer, pero como el garabato de un niño se parece a una obra maestra.

—Vaya.

—Y también había otra mujer ahí fuera. Una que entraba y salía con toda facilidad de las sendas. No se parecía a nada que yo haya oído o visto jamás.

Tayschrenn se quedó quieto y su mirada se perdió en la distancia.

—¿Es eso cierto? Interesante...

Kiska le lanzó una patada al macetero.

—¿Eso es todo lo que tiene que decir? ¿Interesante? ¿Qué está pasando, maldito sea Trake?

Los ojos oscuros se clavaron en Kiska, la larga mandíbula bien afeitada se retorció y tensó.

—Se aproxima una dura prueba. Te pido algo muy difícil, contención. Preveo una oportunidad de... caos... que surge de la confrontación inminente. Puede que tenga que actuar con rapidez y hay alguien entre nosotros que intentará aprovecharse. ¿Comprendes?

Kiska se inclinó.

—Informaré a Hattar.

—Muchas gracias. —Cuando la chica se volvió, él la llamó—. Dime, Kiska, ¿por qué no permaneciste en la Garra? A estas alturas ya podrías ser comandante de una mano, quizá más.

La chica se encogió de hombros.

—Al final comprendí que siempre había querido servir a algo más grande que yo misma. Y para mí resultó obvio muy pronto que los que están en la Garra solo se sirven a sí mismos. ¿Por qué?

Pero el alto mago se había vuelto a agachar para mirar sus plantas.

—Solo me lo preguntaba.

Kiska hizo una reverencia y se fue. «Alguien», decía él. Bueno, ella tenía una idea bastante clara de quién podía ser. Hattar y ella tendrían que ponerse a pensar para encontrar un modo de contrarrestar los movimientos de ese sacerdote gordo e intrigante. En cuanto a la garra que cazaba juramentados, Kiska sintió que la

atravesaba un escalofrío de emoción. ¿Podía haber sido ella de verdad? Tayschrenn no parecía sorprendido, después de todo él la había visto en acción muchos años atrás. Pero a esas alturas todo el mundo parecía haber olvidado, o bien haber sido empujado de forma deliberada a olvidar, que mucho tiempo atrás, cuando la lucha estaba en su momento álgido y Danzante protegía a Kellanved, había sido Torva, señora de la Garra, la que había acechado y asesinado a los enemigos de los tres.

CAPÍTULO 3



Ves al mirlito,
moteado y gris.
Ves a la caída soldadesca,
moteada y gris.
Busca un sabroso bocadito,
moteado y gris.
Se mira en ojos ciegos,
color moteado y gris.

Rima infantil

Calles de Heng

Y así, el soldado de la luz se ha entregado, pero ¿qué es lo que anuncia? Con la mano en el timón de la Cometa, sin forzar, Ereko bajó la vista y contempló el rostro sereno del muchacho dormido. Sus ojos viajaron hasta la espada que llevaba al costado, envuelta en la vaina y el cinturón. Incluso oculta, su poder lo asombraba. Un filo demasiado grande para que lo empuñara cualquier ser consciente de su potencial. Y así, un joven inocente la lleva, o quizá el arma solo permite que la lleve alguien como él. Ereko solo sabía que él no se atrevía a tocarla. Al recordar el difícil encuentro en la playa, ofreció por lo bajo otra plegaria de agradecimiento a la diosa Madre porque la violencia no hubiera caído sobre ellos. Esa espada estaba a la altura de la de Viajero, aunque solo fuera por su resolución. Y esos miembros de un clan de Assail llevan con ellos secretos que jamás deberían haber dejado esa tierra. Al alzarse sus ojos se encontraron con la mirada firme de Viajero al otro lado del navío. *¿Y qué hay de ti, amigo mío? ¿Por qué temo cada vez más por ti con cada legua que recorreremos? Sospecho que todos los posos de lo que todavía has de soportar aún te aguardan. ¿Entonces, por qué una reunión tan malhadada de poder e historias preñadas? ¿Estamos todos aquí para escoltarte a ti, amigo mío, o tú nos escoltas a nosotros? ¿Quién ha de saberlo salvo la Encantadora y la reina de los Sueños, T'riss, en el arco de cuya visión todos actuamos?*

El muchacho cambió de postura, se estiró y despertó con un parpadeo bajo las

primeras luces.

—Sigue durmiendo —le dijo Ereko.

Kyle se frotó los ojos.

—Parece que eso es lo único que hago estos días, dormir. —Se frotó el brazo donde el Alto Denul de Ereko había arreglado los ligamentos desgarrados y la carne perforada—. ¿Y qué hay de ti? Te ocupas de ese timón día y noche. ¿No quieres descansar?

Ereko desechó la sugerencia con una ligera carcajada.

—No, muchacho. Soy tan viejo ya que dormir y despertar se han fundido en uno solo y ya no sé cuál habito.

Mientras observaba al joven luchar por entenderlo, Ereko hizo un pequeño cambio de rumbo para evitar una aguja de hielo que se cernía sobre ellos.

—¿De veras? ¿Tan viejo? ¿Tan viejo como las montañas?

Ereko alzó las cejas.

—Cielos, no. No tan viejo. Solo la mitad, diría yo.

El muchacho se ciñó mejor la manta y lo miró de soslayo, como si calibrara su grado de sinceridad. No muy seguro, levantó la barbilla y señaló las olas salpicadas de hielo.

—¿Qué es esa luz, al sur?

Ereko no volvió la mirada. *¡Incluso ahora el poder de ese ritual magulla!*

—¿Esa luz pálida y azulada?

—Sí.

—Un gran campo de hielo, Kyle. Bastante peligroso. Viajar allí es arriesgarte a meterte sin querer en otro reino. Un lugar de frío eterno. El hogar de otra raza.

—¿Y esas montañas de hielo? —Kyle indicó la más grande y cercana a ellos: un pico altísimo de un profundo color azul zafiro, esculpido por el viento y el agua hasta convertirlo en arcos arrolladores y curvas como hojas afiladas.

—Sí. Hijos del campo de hielo. Se parten y vagan por los mares. Algunos dicen que cada uno de ellos lleva consigo una pequeña porción del poder que une al hielo, aquí, en este mundo. Y por ello disminuye con el transcurrir de los siglos.

—Bueno, menos mal que tenemos todo este hielo.

—¿Por qué?

—Empieza a escasear el agua.

—¡Ascua nos libre, muchacho! No debemos tocar ese hielo.

—¿No? ¿Y por qué no?

—Pues porque... —Ereko agachó la cabeza. Bajó la voz y continuó—: ¿No has escuchado nada? ¿Es que tu pueblo lo ha olvidado todo, muchacho? ¿No sabes que tal hielo es la hazaña de los jaghut?

El muchacho apartó la mirada.

—Hemos oído hablar de ellos.

—Sí. Tu pueblo es su enemigo aunque ellos no son el vuestro. En cualquier caso, tales campos de hielo en la tierra y en el mar son el mayor logro de sus artes. Omtose Phellack cristalizado aquí, en el mundo. Tu pueblo se repartió en grandes emigraciones por la tierra y el mar. Tales campos de hielo se levantaron como barreras contra esa expansión. Ahora rodeamos los restos de una de tales barreras.

—¿Y tú cómo sabes eso? —preguntó el muchacho con la franqueza de la juventud.

—Porque lo vi ocurrir.

Un bufido confirmó la incredulidad del muchacho. Ereko esperaba esa reacción. Se colocó en una posición más cómoda y cruzó los brazos sobre el timón.

—Te contaré una historia. —Kyle no dijo nada, pero Ereko notó que el nativo de Assail, Acecho, cambiaba de postura para volver un oído hacia popa—. ¿No sabes acaso que Noche Ancestral, Kurald Galain, posee a sus hijos, los tiste andii? Bueno, ¿qué hay del mundo y sus muchas razas y seres? ¿Quiénes son sus hijos? ¿Son los que algunos llaman las razas fundadoras? ¿O puede alguna otra especie reivindicar que ellos son los hijos auténticos de la tierra? Por mi parte, yo creo que el término «fundadores» se refiere a esas razas que establecieron civilizaciones o sociedades completas, con su escritura y sus herramientas, ya fueran cuchillos de sílex o los complejos mecanismos de los k'chain che'malle. En cualquier caso, la pregunta es: ¿alguno de ellos eran los hijos de la tierra? Bueno, por supuesto todos lo son de un modo u otro. Cualquier ser de hueso, músculo y sangre forma parte de la madre Tierra. Solo aquellos de los ancestrales, aquellos del linaje más antiguo, entidades nacidas de energía pura como algunos creen que son los dioses ancestrales, o los eleint, lo que vosotros llamáis «dragones», pueden mantenerse al margen. Aparte de tales seres, ¿qué hay de los thelomenios, los toblakai, los teblor o los trell? ¿Qué hay de sus muchos tipos? Bueno, esos son los variados descendientes de un ancestro común. Los primeros hijos de la tierra. Los de mi raza, los thel akai, «los que hablan».

—Toda una historia —dijo Kyle otra vez con la irreflexiva inocencia de la juventud.

Ereko se encogió de hombros, sin incomodarse.

—Oh, sí. Puede que esté mintiendo o, lo que es más probable, que me engañen los recuerdos deformados por los siglos. Pero yo viví esos tiempos. Estaba allí cuando un florecimiento aislado de civilización de tu pueblo surgió en Jacuruku. Y supongo que fueron los cuidados de mi pueblo los que contribuyeron a que se desarrollasen así las cosas, y no es que diga que os obsequiésemos con la civilización, como algunos jaghut afirman haber hecho, no, nosotros nos limitamos a aconsejar y ayudar. En cualquier caso, con el tiempo surgió un caudillo. Un caudillo que mostró

genio y sed de conquistar todos los estados circundantes. Nosotros no éramos un pueblo dado a la guerra, no lo éramos en absoluto, pero ofrecimos nuestro apoyo contra él. Alzamos nuestras voces para oponernos, brindamos socorro a sus enemigos. Por eso nos granjeamos su enemistad eterna. Juró borrarlos de la faz de la Tierra. Y casi lo consiguió. De mi pueblo, solo quedo yo.

—Lo siento —dijo Kyle sin aliento. Había clavado los ojos sobre las olas y los guiñaba para defenderse del brillo de la luz del amanecer reflejada en el hielo. A Ereko le pareció que solo estaba medio despierto.

—Gracias. Desde entonces, en su mayor parte, tu raza ha sido amable conmigo.

—¿Quién era ese caudillo?

—¿Quién era? Ah, sí. Se convirtió en rey, por supuesto. Al final, hasta a su propio pueblo enfermó tanto su crueldad que intentaron eliminarlo ellos mismos. Y de ese modo cayeron grandes desgracias sobre este mundo. Pero esa es una historia demasiado larga para contarla ahora. Digamos que se ungió a sí mismo con el nombre de rey supremo. En un principio su nombre era Kallor.

Acecho se incorporó y se sentó, después se envolvió las rodillas plegadas con los largos antebrazos.

—He oído el nombre de Kallor.

Ereko se encogió de hombros.

—Sin duda hay otros con ese nombre.

—Lo mencionaron entre la Guardia. Un aliado de Brood contra los malazanos en Genabackis. Lo llamaban «caudillo».

De nuevo un simple encogimiento de hombros.

—Este mundo ha visto demasiados caudillos.

En cuclillas, Toc el Viejo cogió un puñado de tierra del suelo de la pradera, oscuro y fértil, y se lo frotó en las manos. Se lo llevó a la nariz e inhaló el fecundo aroma del humus. Daba igual lo que ocurriese, el éxito o fracaso de esa tirada de las tabas, él agradecía poder verlo allí, en esa tierra que lo había adoptado. Ofrecería una bendición por ese regalo al Viento, la Tierra y los antiguos espíritus de esta. En algún momento de sus días de juventud (no sabía muy bien cuándo, pero en algún momento), él se había enamorado del paisaje de las llanuras. Algunos de sus conocidos lo encontraban vacío y desolado, el Gran Desierto Central, lo llamaban muchos en Tali y Unta, incluso en Heng, allí, justo a su puerta. Pero para él estaba lejos de hallarse vacío. Para él estaba, de hecho, lleno de una grandeza lúgubre pero cautivadora. Eso, en su opinión, era la clave de por qué muchos le profesaban esa antipatía. La simple verdad era que resultaba demasiado grande para esas personas pequeñas.

Se levantó, estiró la espalda y asintió mirando a los atamanes y mensajeros a

caballo que esperaban. Choss aguardaba junto a las solapas de la tienda de mando y los dos se abrazaron.

—Casi todos juntos otra vez —dijo Choss con una gran sonrisa tras la espesa barba dorada y bermeja.

—Casi.

Toc saludó a los atamanes y todos se reclinaron en las mantas del interior. Se fueron pasando bandejas de confites y tortas.

—En primer lugar —dijo Toc mientras metía las manos en un cuenco de agua—, permitidme agradecer a los atamanes reunidos la confianza y el honor que han sido tan generosos de otorgarme. Y, en segundo, os ruego que me disculpéis puesto que las murallas de Heng todavía están en pie.

Los atamanes hablaron todos a la vez para desechar cualquier necesidad de disculpa. El atamán Ortal, de la asamblea del Hurón Negro, levantó las manos para hablar.

—Caudillo, se comprendió desde el primer momento que no tomaríamos la ciudad de forma inmediata. Nos pediste que aguardáramos a que llegaran aliados. Y ahora aquí están, ahora ya no tenemos que esperar más. Ahora atacaremos juntos.

Toc intercambió una mirada con Choss, cambió de postura en su asiento y eligió un puñado de uvas.

—Ojalá fuera tan sencillo, Ortal. Nuestros aliados de Tali han traído muchos hombres, sí, pero no los suficientes para tomar Heng.

Las miradas se posaron en Choss.

—¿No los suficientes? —dijo Ortal—. ¿Entonces para qué venir siquiera? Explícalo.

—Pedimos un poco más de paciencia —dijo Choss con una mueca—. Tenemos más hombres en camino.

—¿Más? ¿De dónde? —preguntó el atamán de la asamblea del León de las Praderas, Rojizo Piernarrota—. Esperar, decís. Esa es vuestra respuesta para todo. ¿De dónde pueden venir esos guerreros? No hay más en todas vuestras tierras. Podéis tener tantos hombres y mujeres como briznas de hierba hay, pero resultarían inútiles cuando no hay voluntad de luchar.

Los otros atamanes gritaron todos su desaprobación ante palabras tan duras. Toc levantó las manos para hablar.

—Si me permitís... Rojizo, tus palabras son tajantes, pero lo entiendo. ¿Son palabras tuyas o hablas por otras voces que he oído que se alzan contra nuestra alianza?

Todos los ojos se volvieron hacia Rojizo. Este se encogió de hombros con indiferencia y escarbó en la tierra desnuda con un palo.

—Me limito a expresar abiertamente lo que otros solo se atreven a decir a sus

manos.

—¿Y qué cosas son esas? —preguntó Toc.

—Los hay que oyeron promesas de grandes botines, pero no han hallado ninguno. Promesas de honor en la lucha, pero que se mancillan pisoteando con sus caballos a mujeres y niños. Que ven sangre seti derramada para fomentar las ambiciones de unos extranjeros... como ocurrió en el pasado.

—El Salvaje de las estribaciones —se burló Imotan, el chamán del Chacal Blanco, que estaba sentado con las piernas cruzadas a un lado.

Rojizo asintió con la cabeza.

—Sí. Salvaje. Él se pronuncia contra toda alianza. —Alzó los ojos hacia Toc—. Sobre todo contra las que se unen a los malazanos.

—Se debería haber acabado con él hace mucho tiempo —rezongó Imotan.

—Puedes intentarlo, si quieres —dijo Rojizo con un simple encogimiento de hombros—. Viene hacia aquí.

La cara del chamán se oscureció.

—¿Qué? ¿Aquí?

—Sí. —El palo dibujó una línea en la tierra—. Llama a todos los guerreros para que se reúnan con él. Algunos dicen que su intención es plantear un desafío y pedir el liderato...

—¿A qué asamblea pertenece? —preguntó Toc.

Un encogimiento de hombros despreocupado.

—¿Quién lo sabe? Renuncia a todos esos vínculos, los llama «cadenas de la mente y el cuerpo».

Durante un rato no habló nadie. Toc sacudió la cabeza.

—Ojalá fuera tan fácil, pero no se puede dar la espalda al mundo, porque no se irá. Hay que adaptarse al cambio. O ser consumido por él... En cualquier caso —se inclinó ante Rojizo—, muchas gracias, amigo mío, por traernos la noticia. Todos tenemos mucho en lo que pensar. Os pido algo más de paciencia y os prometo una cosa, muchos más hombres se acercan. Están llegando. Suficientes para tomar Heng. No tardarán en venir. —Se inclinó ante los reunidos y todos respondieron del mismo modo.

Tras los abrazos y las promesas de lealtad, Toc se quedó con Choss e Imotan, el chamán del Chacal Blanco. Los sirvientes encendieron lámparas para ahuyentar la oscuridad creciente. Toc escuchó el susurro de los grillos del campo.

—¿Qué más sabemos de ese Salvaje? —le preguntó Choss a Imotan.

El chamán agitó una garra con gesto desdeñoso. Su rostro curtido por el sol se crispó en una mueca de disgusto.

—Muy poco. Se le llama así porque salió de los bosques y dicen que es tan

peludo como un bhederin salvaje.

Choss se sirvió una copa de vino.

—Lo que nos faltaba, un profeta fiero que denuncia cualquier contacto con los extranjeros. Creo, Imotan, que a los seti no os hace ningún favor ese hombre. ¿Qué espera? Invitáis al mundo a que os muerda en el culo cuando enterráis la cabeza en la arena.

—Pintoresco pero preciso —dijo Toc. Miró a Imotan y en su boca se dibujó una expresión pensativa—. Quizá se requiera una demostración de espíritu de lucha. Deberíamos contactar con nuestra gente de Heng. Un ataque coordinado con un objetivo concreto...

—Sería un desperdicio de recursos —replicó Choss, que agitó la copa con desdén.

—Una inversión en la mejora de las relaciones.

—A un precio prohibitivo.

—Requerido, me parece a mí.

Las gruesas y expresivas cejas de Choss se alzaron y cayeron. Después se rascó la barba y lo pensó.

—Bueno. Improvisaré algo.

—Bien. —Toc se levantó—. ¿Hemos terminado, entonces?

Imotan rezongó y se levantó con esfuerzo.

—Me parece que ya soy demasiado viejo para estas charlas tan largas. —Choss le ofreció un brazo, pero el anciano lo rechazó con un ademán.

—¿Y qué hay de usted? —le preguntó Choss—. Hubiera dicho que usted estaría de acuerdo con ese tal Salvaje.

El anciano chamán asintió, subía y bajaba la cabeza con ademán de aprobación.

—Oh, sí, estoy de acuerdo con la mayor parte de lo que dice... Pero, para empezar, no cuenta con la simpatía de los espíritus de nuestro pueblo. Me susurran que hay que asediar Heng. Que de ello saldrá la salvación de nuestro pueblo. Así que, en eso, ustedes y yo somos aliados. Y lucharé contra él con todos los recursos bajo mi mando.

—Entiendo. Gracias.

—No me dé las gracias, Choss. Es solo el azar. De igual modo podríamos haber sido enemigos. —Y salió de la tienda con una sonrisa para que lo rodeara su escolta arropada por mantos blancos.

Choss estrechó la mano de Toc.

—Bueno, y con tan tranquilizadora nota...

—Avísame de lo que se te ocurra.

—Sí.

Toc observó irse a Choss y les hizo una seña a sus tenientes, después señaló con

la barbilla a un hombre con una armadura de cuero tachonada, un yelmo de hierro ennegrecido y una larga falda de cota de malla. Los puños de marfil de sus dos sables brillaban, curvos, a los costados del hombre. El hombre se acercó y se inclinó.

—¿Señor?

—Capitán Musgo, ¿ha oído hablar de ese tal Salvaje, ese seti?

—Sí, señor. Algo he oído.

—¿Quién es? ¿Dónde está? Rastréelo y regrese a informar.

El capitán Musgo hizo un saludo militar.

—Señor.

Bajó corriendo la suave ladera y por el camino llamó a sus tropas.

—¡Monten!

Toc se quedó un rato en la entrada de la tienda saboreando el aire nocturno. Transportaba una insinuación del hedor de Li Heng, convertido en un fulgor en el horizonte del sur. Toc sonrió al pensar en su propia arrogancia: allí estaba, hijo de un villorrio sin nombre, una mota en Bloor, que llamaba hogar a la pradera seti y maldecía las ciudades, a las que consideraba estercoleros malolientes. Arrugó la nariz... con todo, la verdad era que olía a mierda. Suponía que llevaba demasiado tiempo alejado de cualquier asentamiento humano. Le pareció que podía detectar también un lejano y pequeño pinar, la savia se estaría espesando. Llegaba el otoño. No tenían mucho tiempo.

Era peor que los presagios más pesimistas de Cogulla: en cuanto entraron en la senda, se puso de inmediato a alzar las protecciones más potentes que pudo reunir. Pero incluso en ese momento, refugiado y a salvo de la exposición directa, todavía podía sentir las energías rabiosas que le mordisqueaban las guardas. Si se abrieran paso y las corroyeran, Despellejador y él no durarían ni un latido. Allí, en los límites más remotos de Thyr, a la vista de los efectos de Kurald Liosan, Luz Ancestral, inaccesible y mucho más inhóspito que todos los demás ancestrales.

Se agazapó con Despellejador entre las sombras de un barranco estrecho y profundo de tierra agrietada y cocida. Sobre ellos, mantos y chorros de energía se disparaban y lanzaban por un cielo blanco cegador. Cogulla imaginó que casi podía oírlos cantar.

—¿Tú prefieres esto a Caos? —rezongó Despellejador.

—Yo prefería arriesgarme con esto antes que con Caos, sí.

—Eres demasiado cauto. ¿Por qué no Sombra o Tellann?

—Demasiado atestado. Y hay ojos por todas partes. Aquí no hay ojos. —Señaló más adelante. Los dos avanzaron arrastrando los pies, estremeciéndose contra la furiosa tormenta de energía de los cielos.

—¿Qué quieres decir con que no hay ojos?

—¿No lo sientes? Este lugar es brutal, feroz. Carece de presencia que lo guíe.

—¿Qué hay de padre Luz?

Cogulla se llevó un brazo a la cara.

—Bueno, si tienes que citar al primero que se movió, al creador primario, entonces sí, supongo que está aquí, sí. —Se pellizcó, cerró los ojos deslumbrados e hizo una mueca—. Aunque solo sea en espíritu.

—Yo no me fío. He oído que el aire está envenenado. Que aquellos que vienen aquí, mueren de eso más tarde.

—No es el aire lo que es venenoso —dijo Cogulla, y giró a la derecha donde el barranco se encontraba con otro canal más ancho—. Por aquí.

—¿Dijiste algo sobre multitudes? —dijo Despellejador.

Cogulla se volvió. Despellejador estaba señalando el suelo de tierra seca del canal: un sendero. ¡Por la risa de los Mellizos! ¿Cómo no lo había visto? Maldita fuera. Le indicó a Despellejador con un ademán que continuara.

Siguieron el canal durante un tiempo. Cogulla no supo cuánto, por supuesto; ningún sol salió ni se puso, no hubo ningún otro cambio perceptible en las variaciones naturales de los chorros y las coronas de energía desatada que se disparaba por el cielo. Llegaron a una posición, más o menos, donde sus instintos le dijeron que quizá podría intentar tender la mano al poder revuelto para manipular una abertura, cuando de repente surgieron cuatro figuras delante de ellos.

Sorprendido, Cogulla se detuvo en seco; era obvio que no podía contar con sus sentidos y percepciones realzadas en aquel lugar adverso. Las figuras vestían una especie de armadura blanca de esmalte recubierta de polvo, y mantos de color amarillo pálido. Sus rasgos le recordaron a los tiste andii, aunque el cabello de cada una de las figuras pendía blanco y largo. Uno le ladró algo en su lengua. Cogulla indicó por señas que no comprendía.

Un ademán de uno y el portavoz lo intentó otra vez.

—¿Nos entiendes ahora, gusano?

Cogulla hizo una pequeña reverencia.

—Saludos, honorable liosan.

—Rendid vuestras armas y armadura, intrusos. Ahora sois nuestros esclavos.

Cogulla se volvió hacia Despellejador, el yelmo completo de hierro, ennegrecido pero reluciente como si estuviera cubierto de arena, ocultaba la cara del hombre, pero Cogulla podía imaginar las cejas alzadas. A modo de respuesta, Despellejador hizo un gesto para que Cogulla se apartara y avanzó sobre los cuatro.

Quizá fuera incompreensión o incapacidad para aceptar lo que estaba ocurriendo, pero Despellejador pudo acercarse a los dos primeros antes de que actuaran y sacaran sus armas. Cuando el más cercano fue a coger la empuñadura, el comandante juramentado le sujetó el brazo e hizo girar al liosan hasta estrellarlo contra la pared

del desfiladero, provocando una lluvia de arcilla cocida tan irregular como fragmentos de cerámica secada al horno. Al segundo lo mandó con un revés contra la pared contraria. Ambos se derrumbaron, inconscientes. Los dos que quedaban, con las espadas listas, alzaron los escudos triangulares blancos. Despellejador siguió acercándose, todavía con las manos vacías. El primero blandió el arma, la curva hoja cremosa golpeó un antebrazo alzado y embutido en su armadura y se rompió en mil pedazos quebradizos. El liosan abrió la boca en una mueca de incredulidad asombrada. Un puñetazo de Despellejador le incrustó el escudo en el pecho y lo arrojó de espaldas al suelo, donde yació aturdido. El liosan que quedaba lanzó una estocada al pecho de Despellejador, pero la hoja se limitó a rebotar en la armadura centelleante del juramentado, de un profundo color carmesí. Un brazo se disparó para dar un sopapo al liosan en un lado del yelmo, que lo hizo caer dando vueltas sobre sí mismo. Sin apenas detenerse, Despellejador pasó por encima del liosan caído. Cogulla lo siguió sin molestarse siquiera en mirar al suelo.

Tras un rato, uno de los liosan se levantó, todavía mareado. Se quitó el yelmo de un tirón y lo tiró al suelo.

—Hermano Enias, empiezo a estar peligrosamente cerca de perder mi fe.

Un segundo liosan se sentó también, tosía y se apretaba el pecho con cuidado.

—Conserva tu fe, hermano Jorrude. Estas son pruebas, no es cierto, de su fuerza.

—Bueno, no puedo hablar por ti, hermano Enias, pero a mí la prueba me ha parecido dolorosa.

Se oyeron los gemidos de los otros dos y Jorrude los ayudó a ponerse en pie.

—¿Y quiénes eran? —le preguntó a Enias.

—No lo sé. Humanos todavía, aunque huelo juramentos, pactos y patrocinio entre ellos. Suficiente que nos insulten inmiscuyéndose aquí con impunidad.

—¡Debemos seguirlos! ¡Hacer justicia con ellos! —dijo un tercero.

Jorrude recuperó su yelmo y le quitó el polvo.

—Quizá sería mejor que continuáramos nuestra búsqueda... ¿qué piensas tú, hermano Enias?

—Sí, hermano Jorrude. Por satisfactoria que pueda ser la justicia, no deberíamos descuidar nuestro propósito. ¡El padre Luz nos ha dado la espalda! Algún defecto o carencia en nosotros mismos o nuestros ancestros ha cortado nuestra conexión. Hemos de encontrar un modo de atraer la calidez de su mirada una vez más hacia nosotros. —El hermano Enias se ajustó la armadura con una mueca—. ¡Ese es nuestro propósito!

—Sí, hermano Enias —recitaron los otros tres.

Cogulla esperó hasta que hubo suficiente distancia entre él y los liosan (guardias,

viajeros como ellos o lo que fueran) antes de decidir intentar salir de Thyrlan. No le apetecía demasiado; tan abandonadas estaban allí las energías que imponer el control de la manipulación pondría a prueba su habilidad hasta el límite.

Estaba flexionando las manos enguantadas cuando Despellejador se detuvo.

—Ahí, Cogulla. ¿Qué es eso?

Miró adelante y después levantó la cabeza. Apenas visible sobre la estrecha brecha de un barranco lateral se alzaba una torre de ladrillo ocre. Cogulla se la quedó mirando. *Gran madre Oscuridad... quién podría...* A toda prisa se hizo a un lado para ponerse a cubierto.

—Deberíamos irnos. Ahora.

Con gesto ausente, Despellejador levantó una mano embutida en un guantelete de hierro para agitar un dedo delante de Cogulla.

—Creo que no. Siento curiosidad.

—No te engañes. Hay entidades aquí mucho más poderosas que esos liosan.

—Entonces vamos a conocer a esos grandes poderes.

—¿Estás loco? Voy a hacer que salgamos de aquí ahora mismo.

El dedo lo señaló.

—No. Me acompañarás por si haces falta.

El mago supremo juramentado se quedó callado un rato y se acarició las cicatrices que trazaban un sendero perlado por su cuello. *Nuestro Despellejador es incluso más imperioso que cuando nos dejó. Con todo, era poderoso entonces y ahora esa tal Ardata parece haberlo investido con poderes todavía mayores. ¿Por qué habría de hacerlo y luego, al parecer, dejarlo ir con docilidad? Hay aquí un gran misterio. Y quizá sería interesante...* Invitó al otro con un ademán a proceder.

Después de investigar un rato, no descubrieron ninguna forma de subir a la torre. Parecía que a quienquiera que construyera u ocupara la estructura no le servían de nada los pasajes protegidos que todos los demás viajeros se veían obligados a usar para atravesar ese trozo letal de la senda. Eso solo empapó de sudor frío la camisa de seda de Cogulla, el camisote de finas capas, el chaleco de bolsillos y muchos cinturones de armas. También tuvieron que parar mientras él renovaba cada una de las capas de protecciones que había entretejido a su alrededor. Tras eso, Despellejador eligió el barranco menos profundo y abrió a puñetazos unas depresiones donde poder apoyar las manos. Cogulla esperó, con la cara girada, mientras llovían los terrones de arcilla seca.

Con los ojos protegidos por las manos, aguardó hasta que el aparentemente omnipotente comandante casi había alcanzado la cima, después respiró hondo y se abalanzó sobre el muro podrido. El toque suave de un mocasín dentro de una brecha, un tirón hábil sobre una roca que sobresalía y en un instante había ascendido por la

pared como si volara.

Al llegar a la cima y erguirse, Despellejador gruñó al ver a Cogulla en pie delante de él. Después se señaló con un gesto.

—Supongo que no habrías podido...

—No.

Un paisaje inhóspito de sombras duras y blancos brillantes asaltó sus ojos. Las energías que palpitaban Cogulla las percibía como una mano que lo tirara hacia atrás. El rugido entremezclado de su precipitación era un trueno que apenas alcanzaba a oír. Con la cara apartada, corrió a refugiarse en la torre. Hasta Despellejador se unió a él, encorvado contra aquella aurora cruda que gimoteaba. Los ladrillos de la torre abarcaron las puntas de los dedos de Cogulla.

—No irás a entrar, ¿verdad? —gritó.

—Claro que sí. Y tú vienes conmigo.

Al final lo siguió, aunque solo fuera para evitar la indignidad de verse arrastrado por los cinturones. Encontraron una abertura que llevaba a una planta baja vacía y unas escaleras que subían. Todo estaba construido con los mismos ladrillos de arcilla, todos ellos abombados y combados del mismo modo bajo aquel calor infernal. Despellejador se puso en cabeza. La escalera de ladrillo rodeaba la torre tres veces antes de terminar en una cámara circular vacía, con techo y una ventana alta y estrecha que se asomaba directamente a Kurald Liosan. Ellos se quedaron a un lado, desconfiaban del haz de luz brillante que atravesaba el centro de la cámara. Cogulla observó que las motas de polvo que flotaban en ese haz se deshacían en jirones de humo. Despellejador cruzó los brazos.

—¿Tu evaluación?

—Una especie de torre de investigación, u observación, o comunicación, diría yo.

Un gruñido de Despellejador.

—Muy bien. Entonces comuniquémonos.

—No irás a...

—Pues sí.

—¡No sabemos lo que puede pasar!

El dedo embutido en la cota de malla señaló una vez más.

—Exacto, Cogulla. Y ahí es donde tú siempre te quedas corto. No sabes lo que puedes hacer, hasta que lo haces. —Y se acercó a la ventana. Al instante, su sobrevesta estalló en llamas. Con un nuevo gruñido, esa vez de dolor, apartó la ranura de la visera de su yelmo. Tan grande era la fuerza que lo empujaba que Despellejador tuvo que echar atrás un pie, protegido por la cota de malla, y se apoyó en el chorro.

—¿Qué ves? —bramó.

Cogulla intentó enviar su conciencia por delante, pero era como empujar un bote corriente arriba por una serie de rápidos. Aun así, podía percibir algo... algo muy

potente... que se acercaba...

—¡Aquí hay algo!

Una forma, una presencia, ocluía el chorro de poder. Pareció flotar ante la ventana estrecha. Con los ojos protegidos y entrecerrados, Cogulla tuvo la impresión primero de una serpiente enrollada que cambiaba de postura, después de una entidad alada y luego de un globo de llamas agitadas. Fuera lo que fuera, parecía proteico por completo, sin una forma definida.

—¿Quién eres? —llegó un pensamiento tan potente que hizo resonar la cámara como una campana.

—Despellejador. Juramentado de la Guardia Carmesí. Quién...

—Esos títulos carecen de significado. Tú no eres él... Resulta evidente.

—Quién... —empezó a decir Despellejador; después, un estallido golpeó la torre, que se meció. Un poder puro, un gimoteo que abrasó la ventana y lanzó a Cogulla hacia atrás, al suelo. Un polvo seco como la muerte dibujó un torbellino en el aire desecado. El haz de luz regresó. Con cuidado, Cogulla se irguió tosiendo y se asomó a las cortinas cambiantes de polvo de ladrillo. Un gemido lo llevó a la parte posterior de la cámara. Allí, Despellejador se irguió junto al muro. Tras él, ladrillo aplastado y roto cayó al suelo. Se palmeó el pecho y envió la ceniza negra que era su sobrevesta flotando por la cámara. El yelmo se volvió hacia Cogulla.

—Vas a decir algo. Te lo veo en la cara.

Cogulla se llevó una mano al cuello y se esforzó por mantener la expresión seria.

—Si fuera a decir algo, Despellejador, supongo que sería que el que la hace, la paga.

El comandante juramentado lanzó entre dientes un gruñido largo y lento.

El viaje entero a las colinas Doradas el teniente Rillish se lo pasó rodeado por una alborotada horda de caballería wickana. Les habían proporcionado monturas a todos; él se estaba recuperando y podía montar, con gran incomodidad, pero podía cabalgar. Habían armado una gran carreta, una especie de yurta con ruedas, para el pequeñuelo y constituía el centro de la masa revuelta de jinetes que chillaban y canturreaban. Poco antes, Rillish se había inclinado hacia el sargento Acorde para hacerle una pregunta.

—¿Qué es lo que están repitiendo?

—Bueno, señor, parecen pensar que el niño lleva consigo el espíritu de Coltaine, renacido.

El nombre no pudo impresionar más a Rillish. Coltaine. Líder del último desafío wickano contra el gobierno malazano. Tras varias negociaciones se había convertido después en uno de los comandantes más temidos del Imperio y había muerto en el campo de batalla, intentando sofocar una rebelión en Siete Ciudades, aunque algunos

afirmaban que en realidad la rebelión la había liderado él mismo. La noticia había llegado cuatro días atrás. Tiempo de sobra para cavilar sobre la verdad, o sospechosa conveniencia, del momento elegido para semejante manifestación. Después de darle muchas vueltas (Nada y Menos parecían aceptarlo sin vacilaciones) decidió que no era una «verdad» que él debiera juzgar. No era wickano. Y no era tampoco de los que respaldaba cualquier práctica cultural, la esclavitud de las mujeres, por ejemplo. Cierto, era una tradición entre muchos pueblos no permitir a las mujeres el acceso al poder. Estupendo, siempre que la «tradición» se reconociera por lo que era: solo otra forma de esclavitud.

Así que él les seguiría el juego en aquella historia. Daba igual, susurraba la voz del cínico burlón de su interior, lo conveniente que al final resultase para él.

Cinco días de zigzaguear, subir y bajar por desfiladeros escarpados y cruzar arroyos rápidos de rocas los llevaron a una meseta alta y amplia salpicada de campamentos de yurtas y manadas de caballos que se movían a oleadas. Un gran grito de guerra exultante se alzó de la columna seguido por unos cánticos ululantes en muchos campamentos. Los jóvenes montados cargaban de un lado para otro con las lanzas alzadas. Algunos se pusieron en pie sobre los lomos desnudos de sus monturas; otros saltaban de un lado a otro y corrían junto a sus caballos con las manos enredadas en las crines de los animales.

—Vais a estar muy ocupados con todos estos —le dijo Rillish a Menos, que por casualidad estaba a su lado. La respuesta de la chica fue una mirada larga y divertida, después azuzó su montura.

Se montó un vivaque en un lado para Rillish y sus tropas. El teniente se dispuso a organizarlo junto con el sargento Acorde.

—Bueno, ¿y qué piensa, señor? —preguntó Acorde mientras inspeccionaban el trabajo de los soldados; algunos levantaban tiendas y otros montaban imitaciones de las yurtas con mantas y túnicas sobre un armazón de ramas. Se prendían hogueras y se calentaba agua en ollas de arcilla sobre las llamas.

—No lo sé con certeza, por supuesto. Me imagino que se organizará una especie de ejército. Es obvio que tienen intención de caer sobre los invasores y acabar con ellos. —Rillish captó la atención de la soldado que lo había ayudado a escapar del fuerte y la saludó con un asentimiento. Con una gran sonrisa, la mujer hizo un saludo militar.

Mientras seguían caminando, Rillish se dirigió al sargento.

—¿Y cómo se llama esa soldado, Acorde?

—Ah, es la cabo Talia, señor. Instructora designada de esgrima. A los chicos les importa un pimiento la técnica. Ellos creen que con un brazo grueso y una cabeza gorda ya tienen bastante. Pero las muchachas, señor, saben que esa es la ventaja que tienen.

—Muy cierto, Acorde. Gracias.

—Quizá deberíamos organizar un entrenamiento, señor. Mientras descansamos y nos reagrupamos. Ya lleva algún tiempo enfermo.

—Gracias, Acorde, pero ya conoce el reglamento. Solo los rangos con un nombramiento confirmado pueden entrenarse juntos. —Rillish se frotó un lado de la nariz—. Demasiados oficiales encontrados con el pecho atravesado, si no recuerdo mal.

—Como diga, señor. Pero me parece a mí que el mando está muy lejos y algunos hasta cuestionarían si estamos siquiera en el ejército a estas alturas, señor, si sabe a lo que me refiero.

Rillish se detuvo junto a la yurta que los wickanos le habían cedido para su uso, pese a que era obvio que había una carencia desesperada de refugio para ellos mismos.

—Gracias, Acorde. Pero el día que sepa a qué se refiere será el día que me arranque la ropa y me arroje al hielo del Tajo.

—Yo creo que es la bebida, señor.

—No le quedará nada, ¿verdad?

—Usada para envenenar al enemigo, señor.

—Y un triste desperdicio que fue ese.

—Pero la botella consiguió un ascenso, señor.

—Muy cierto, espera, no me lo diga, ahora la conocen como Korbotella Dom. Acorde apartó la mirada y sonrió.

—No es la primera vez que lo oye, ¿eh, señor?

—Muchas veces. Y sobre esta yurta...

—¿Sí, señor?

—Devuélvasela a los wickanos mañana.

—Sí, señor.

Esa misma noche, más tarde, Acorde se detuvo junto al petate de la cabo Talia. Le dio unos golpecitos con el pie para despertarla. La chica abrió un ojo. Él se sacó una botella de debajo del manto.

—¿Por qué no vas a ofrecerle esto al teniente y la compartes con él?

—¿Por qué no está él aquí en lugar de tu patética persona?

—Tradicional que es el hombre. Cree que el rango es un problema.

Talia se sentó y se apoyó en un codo.

—Ajá, así que es eso. La cuestión de la coerción. —Cogió la botella de la mano de Acorde—. Bueno, pues tendremos que acabar con eso aunque sea a golpes.

Acorde le ofreció un saludo burlón.

—No tardes mucho. Esa yurta desaparece mañana. —El sargento se alejó

pensando que estaba bien tener al teniente otra vez en pie, pero que era obligación de cualquier sargento ocuparse de la total recuperación de su oficial al mando... Al menos de aquellos a los que merecía la pena salvar.

Durante los días siguientes, Rillish vio muy poco a los niños wickanos a los que había llegado a conocer durante la marcha. A todos los habían adoptado familias de sus clanes mientras Melena, Menos y Nada se absorbían en los furiosos debates que giraban como torbellinos noche y día alrededor del anillo central de yurtas con los participantes que iban y venían, y a veces dormían, pero solo para regresar a las viejas discusiones justo donde las habían dejado. Rillish se alegraba de no tener que formar parte de eso. La parte que lo aguardaba ya lo inquietaba bastante. Dimitir parecía cada vez más el camino con mayor atractivo. Sobre todo con su recién hallada intimidad con la cabo Talia. En su opinión, era demasiado complicado para la estructura de mando. ¿Y si se presentaba una vacante en el mando y él la ascendía y la nombraba sargento a ella? ¿Se murmuraría que había favoritismo? ¿Y si no se lo daba? ¿La penalizaba de forma injusta? No había forma de que ninguno de los dos pudiera ganar. A menos que él ya no fuera su oficial superior.

Asunto resuelto, entonces. El problema era que no había nadie a quien presentar la renuncia.

Sentado con las piernas cruzadas en su cama, con las espadas untan de duelo en el regazo, Rillish envolvió la piedra de afilar en un trapo y envainó las hojas. A menos que pudiera informar a alguien que, técnicamente, lo superara en rango. Se levantó y le hizo un gesto a un soldado.

—Busque a Nada o Menos y dígales que deseo hablar con ellos. —El soldado saludó y se fue.

Quizá fuera necesaria una carta formal. Rillish cogió la bolsa con el equipo que había ido reuniendo desde que lo había perdido todo en el fuerte. Quizá tuviera un jirón de papel vitela o dos.

El soldado regresó.

—Señor, Nada y Menos desean hablar con usted en el anillo central.

—Gracias.

Rillish se estiró la sobrevesta rasgada y desvaída, se puso el cinturón con las espadas y se echó hacia atrás el pelo, que había crecido demasiado y lo llevaba asilvestrado y largo en los últimos tiempos, y que tenía más gris de lo que él hubiera deseado. Cruzó el espacio que lo separaba del anillo principal. De camino, la constitución de la población de wickanos en aquella meseta lo impresionó una vez más, tantos jóvenes y ancianos y casi nadie de mediana edad. Todos ellos se habían ido a luchar en guerras extranjeras y muy pocos habían regresado. Al acercarse al anillo notó la calma; al parecer por fin se habían tomado decisiones. Solo vio

ancianos wickanos, ningún joven tenía el aguante, o la paciencia, para ese tipo de disputas interminables. O quizá ellos sí que tenían cosas que hacer con su tiempo. Muchos de los ancianos vestían cueros rasgados y sucios, y muchos traicionaban la palidez demacrada y cenicienta del hambre, la lúgubre compañera de todos los refugiados. Se separaron para dejarlo pasar. Algunos lo miraron con una hostilidad abierta. Los puños incluso descansaban cerca de los mangos de hueso de los cuchillos largos.

Esa era la reputación de los malazanos que iban en compañía de los wickanos en esos tiempos. Y muy merecida que era. Rillish encontró a los mellizos junto a la yurta del niño especial. Allí le pudo echar el primer buen vistazo al pequeño, que estaba sentado con las piernas cruzadas en una manta, con una pequeña gorra de lana de oveja sobresaliendo de la cabeza abombada. Era cierto que los ojos negros del niño albergaban una conciencia de sí mismo inusual para alguien de su edad.

—Rillish Jal Keth —empezó Nada—, se ha decidido. Mi hermana y yo somos ahora guardianes y consejeros de este niño, que desde su nacimiento ha sido reconocido de forma incuestionable como Coltaine renacido. En calidad de ello, deseamos reclutarte como capitán y asesor militar de la jefatura de todos los clanes. ¿Aceptas?

Rillish se lo quedó mirando. ¿Había entendido bien? ¿Iba a presentar su dimisión y eso era lo que oía? Una indignación conmocionada se había apoderado de la multitud, todo el mundo aguardaba su respuesta. Muchos miraban, furiosos, con un odio palpable. Rillish luchó por sacar la voz del cuerpo.

—¿Asesor? ¿Yo? Seguro que tiene que haber un oficial wickano entre vosotros...

—Hay varios. Pero te hemos elegido a ti.

A medida que el tiempo pasaba, un muro de objeciones se fue alzando en su mente.

—Con el debido respeto, un wickano sería más apropiado, conocería mejor el terreno...

—Todo eso es cierto, suponiendo que tuviéramos intención de librar una guerra basada en la defensa —dijo Menos—. Pero no la tenemos. Los extranjeros han invadido nuestras tierras y nos han traído la guerra, así que pretendemos devolver el favor. No caeremos sobre las estepas para sacarlos de allí. No, eso se lo dejamos a Temul, que tiene el mando de las estepas. Nosotros, en lugar de eso, lideraremos la contraofensiva. Cabalgaremos al sur, a tierras de Unta, y les llevaremos a ellos la guerra y la invasión. ¿Qué dices a eso, malazano?

Rillish tenía la sensación que no podía respirar. Dioses benditos, aquellos dos hablaban en serio. ¿Se podía hacer? ¿Cuántos podían reunir? Unos cuantos miles como mínimo, muchos antiguos veteranos para tranquilizar e instruir a la sangre joven. Los mejores atacantes a caballo y especialistas en escaramuzas que conocía el

mundo. Y lo último que él había oído era que no quedaban suficientes soldados en Unta ni siquiera para montar una fiesta. Con todo, quedaba la cuestión de la lealtad.

—¿Con qué fin, Menos? ¿Nada? ¿Con qué fin?

A su alrededor resonaron gritos coléricos.

—¡Nos escupe a la cara! —gritó alguien en taliano. Nada levantó los brazos para pedir silencio. Los mellizos intercambiaron una mirada, sus ojos relucían como piedras afiladas.

—Para forzar una negociación de nuestros tratados con el Imperio.

—Entiendo. Entonces solo puedo responder de un modo, presento mi dimisión. ¿Vosotros, Nada o Menos, como oficiales superiores, la aceptáis?

Un rugido cuando la multitud de ancianos se abalanzó, las hojas alzadas destellaron con un brillo naranja bajo la luz de la tarde. Un terrón golpeó a Rillish en el pecho. Los mellizos levantaron los brazos para pedir silencio y acallaron a gritos a la multitud.

—Sí —resonó una vocecita aguda que irrumpió en el estrépito como un silbido. Los ancianos se callaron al instante, casi como si se avergonzaran. Los gemelos bajaron la mirada, asombrados—. Aceptada —dijo el pequeñuelo, mirando con una gran sonrisa a Rillish.

Se le ocurrió a Rillish entonces que, en opinión de muchos, los gemelos no eran los oficiales presentes que ostentaban más rango.

—Muy bien —tartamudeó, agitado a pesar de su escepticismo—. Entonces yo, Rillish Jal Keth, acepto el cargo que me ofrecéis.

El niño empezó a aplaudir, obviamente encantado. Los mellizos, a toda prisa y con grandes voces, juraron confianza. Tras un silencio largo y tenso, los ancianos que los rodeaban se acercaron uno por uno arrastrando los pies y turnándose para inclinarse y aceptar la elección del niño.

Al final de la ceremonia, Rillish se quedó con los gemelos, una anciana y el niño, que se había quedado dormido. La anciana lo cogió en brazos y lo acunó. Cuando lo hizo, el niño abrió de repente los ojos y le dijo algo a la mujer. Esta le hizo un gesto a Rillish con un giro impaciente de la muñeca para que se acercara.

—¿Sí?

La mujer miraba al niño, que descansaba con los ojos cerrados.

—Dijo: «Vuelve sus espadas. Vuélvelas».

—¿Vuelve sus espadas?

—Sí.

¿*Vuelve sus espadas?* ¿Había oído bien la mujer? Quizá el niño había farfullado algo ininteligible. Pero la mujer ya se había metido en la yurta con el crío y había cerrado la solapa. Rillish se volvió hacia Nada. El joven se había llevado las manos a la cara como si quisiera enfriarla.

—Ha ido mejor de lo que esperaba —dijo el joven entre los dedos.

—¿En serio?

—Sí. No ha salido nadie herido. —Y se metió las manos bajo los brazos con una gran sonrisa.

—Pones la cota muy alta.

—Conozco a mi pueblo. Somos una panda irritable.

—Bueno, ahora me toca a mí.

—¿Sí?

—Sí. Ahora tengo que explicarles a los míos por qué y cómo acabamos de cambiar de ejército.

Cuando su despreciable sobrino metió la cabeza entre las colgaduras de su palanquín gritando: «¡Barcos, tío! ¡Cientos de barcos!», Nevall Od'Orr, factor jefe de Cawn, estuvo a punto de tener un ataque al corazón. No por la perspectiva de que Cawn fuese saqueada por una flota salida de la nada (a los invasores se les puede exprimir con la misma facilidad que a los demás), sino más bien porque su sobrino se las había arreglado para llegar a menos de un palmo de él.

—¡Groten! —bramó mientras se masajeaba el pecho con una mano y se alisaba la barba con la otra.

El capitán de su escolta metió por las colgaduras la cabeza de bala afeitada de un color negro azulado.

—¿Sí?

—Se dice «Sí, factor jefe».

Un asentimiento.

—¿Sí?

Nevall se quedó mirando a Groten, Groten se lo quedó mirando a él. Con un suspiro, Nevall se tapó la cara.

—Groten —empezó a decir con el rostro entre las manos—, ¿cómo es que el idiota de mi sobrino pudo colarse entre tu oh-tan-vigilante cordón de guardias?

—Es su sobrino.

Nevall bajó las manos de golpe y se dio una palmada en las delgadas piernas cruzadas.

—¡Ya sé que es mi puñetero sobrino, por la maldita Señora! Yo mismo contraté al mago que, si no me equivoco, informó de forma honesta sobre su paternidad. Pues bien, por el atroz descuido de permitir que uno de mis parientes se me acerque, te penalizo con un mes de salario.

Las gruesas cejas de Groten se unieron. Una gran mano carnosa se frotó la testa sudorosa.

—¿Un mes?

—Sí. Bueno, a menos que prefieras volver a azotar esclavos en uno de mis buques mercantes.

El enorme dalhonesio frunció el ceño y asintió. Mientras lo hacía, el palanquín se sacudió de un lado a otro y Nevall se sujetó al techo bajo con una mano.

—¿Qué ha sido eso? ¿Qué está pasando ahí fuera?

—Ah, la multitud, señor. Se dirigen todos a los muelles.

—Bien, ¿y nosotros por qué no?

El capitán de la escolta abrió la boca para responder, se lo pensó mejor y la cerró de golpe. La cabeza se retiró. Poco después resonaron las órdenes y el palanquín se meció cuando los porteadores de Nevall reanudaron la marcha. El factor encontró el abanico de papel que se le había caído cuando la aterradora aparición de la cabeza de su sobrino lo había asaltado y se puso a refrescarse. Por todos los dioses del cielo y del inframundo, ¿acaso el maloliente populacho de Cawn tenía la menor idea de lo que debía soportar como factor jefe de ellos que era?

Consolado por el crujido de los látigos de su escolta y los golpes secos de sus porras al despejar el camino, Nevall se puso a pensar en esa flota de barcos misteriosos. ¿Podrían ser las fuerzas de la Emperatriz? Según sus fuentes, la idea de la dama era zarpar tras el desastroso asalto de esos mercenarios. ¿Y hacia dónde pondría rumbo más que a Cawn? Puerto elegido para cualquier expedición al interior. Pero ¿cómo podría haber llegado tan pronto? A una flota de ese tamaño le llevaría más de dos semanas llegar allí desde Unta, y eso sin contar con los retrasos habituales. No, la lógica imponía que tenía que ser alguna otra fuerza. Así pues, tras eliminar la posible pero improbable invasión de Korel, Genabaris, la celebrada Perecedero, la legendaria Assail o ese imperio sobre el que sus socios comerciales más lejanos solían susurrar (Lether o algún otro nombre igual de absurdo), solo quedaban los rumores que sus agentes de campo no habían dejado de recoger sobre una reunión de barcos en Falar occidental. ¿Pero una flota invasora de Falar? ¿Con qué propósito?

El hedor de los muelles, peces podridos por el sol y excrementos humanos, penetró en el palanquín y Nevall se apresuró a buscar su frasquito de hierbas; lo sacó de uno de los cajoncitos y se lo llevó a la nariz. ¡Poliel muerta! ¿Cómo podía nadie vivir así? ¿Cómo se podía esperar siquiera que alguien pensase? El palanquín fue frenando. A su alrededor, voces que farfullaban.

—¡Groten!

El capitán de la escolta metió la cabeza por las colgaduras.

—¿Sí?

—¿Qué pasa? ¿Qué hay que ver?

—Muchos barcos. De todo tipo. Hasta barcos mercantes de los moranthianos azules.

—¿Navíos moranthianos azules? ¿Cómo ibas a distinguir tú un navío moranthiano azul de cualquier otro?

El capitán de la escolta encogió los amplios hombros, lo que sacudió el palanquín.

—¿Porque las velas son azules?

Nevall se acarició la barba.

—Ah, sí. ¿Banderas? ¿Alguna bandera? ¿Se te ocurrió buscar eso?

Un ceño inseguro.

—Bueno, todavía están bastante lejos. Pero aquí hay una anciana que afirma ser bruja. Dice que puede ver a través de los ojos de los pájaros. Dice que mirará por una media-plata.

—¡Una media-plata! Dile a esa arpía que yo miraría por el ano de un topo por media-plata. No, espera, déjame adivinar lo que vería al mirar por los ojos de un pájaro... ¡peces! ¡Peces y agua! ¿Qué otra cosa vería un puñetero pájaro?

Groten se apartó un poco, ofendido.

—Solo era una sugerencia. Además... —Miró fuera, habló con alguien y volvió a meter la cabeza—. Tali. Ondeada el azul de Tali.

Nevall lanzó un siseo y se tiró de la barba. Tali. El mismísimo antiguo poder hegemónico. Para que luego se hiciera caso de los rumores sobre el regreso a los estados independientes. Al parecer solo iban a cambiar un sombrero por otro. Pues muy bien. Los cawneses eran famosos por su pragmatismo. Se unirían... hasta que la fortuna cambiase.

—Muy bien. Groten, llévame ante quien esté al mando ahí abajo cuando lleguen.

—Sí, eh, factor jefe.

Mientras los hoscos peones del puerto daban patadas a las amarras arrojadas desde la Pérdida de Keth, un palanquín transportado por seis hombres extraordinariamente altos y escoltado por diez guardaespaldas que empuñaban porras y látigos se abrió camino a empujones hasta el muelle. En la baranda, Ullen apretó los dientes, sabía quién sería: el actual jefe aprovechado y extorsionador de Cawn, quienquiera que fuera ese año. Mientras él miraba, los miembros de la escolta subieron a la pasarela de tablones donde los peones del puerto estaban holgazaneando; los insultos llevaron a los empujones, que a su vez provocaron puñetazos y muy pronto estalló una magnífica riña indiscriminada entre trabajadores, peones del puerto, espectadores en general y escoltas. Atrapado en la gresca, el palanquín de colgaduras amarillas se bamboleaba como un barco en una tormenta mientras su ocupante chillaba.

—¡Cawn da la bienvenida... a sus liberadores! ¡Larga... vida a las fuerzas talianas! ¡Abrimos nuestras puertas... a vuestros nobles... guerreros!

Ullen solo pudo agachar la cabeza. Dioses, Cawn, cómo odiaba esa ciudad.

Esa noche, Urko salió hacia el oeste con una fuerza compuesta por todos los caballos que habían sobrevivido a la travesía en un estado de salud pasable. Afirmaba que iba a explorar el camino comercial a Heng, pero Ullen sabía que lo que hacía era huir de tener que tratar con las autoridades cawnesas. Y también sabía por qué: Urko los habría estrangulado a todos. Los almacenes que Ullen había arrendado eran ruinas medio caídas inundadas por un cieno fétido de pescado podrido. Las carretas que había alquilado se caían a pedazos cuando las cargaban. Los caballos estaban enfermos o lisiados, o las dos cosas a la vez; ni un solo animal estaba en condiciones de hacer ni una cabalgada ligera. Entretanto, los honorarios, diezmos y facturas se apilaban en las carteras de sus secretarios, exageradas, infladas y de una falsedad rotunda. Tenía facturas por materiales y mano de obra para la reparación de barcos que ni siquiera reconocía.

Entretanto, V'thell había formado a sus moranthianos dorados en columnas y emprendía la marcha sin hablar con nadie, la bruja Bala se había apropiado de algún modo de un magnífico carruaje (seguramente bajo amenaza de maldecir a una familia) y se había acoplado a esa brigada. Para cuando Ullen se puso a organizar la retaguardia y las recuas de provisiones, el cofre de la campaña entera de Urko ya estaba vacío. Hacia el final de su estancia, Ullen estaba repartiendo pagarés y remitiendo las facturas a la troica gobernante de Tali. Nevall Od'Orr y Seega Vull, los factores más ricos de Cawn, lo despidieron con una expresión desdeñosa y agitando al viento puñados de sus pagarés.

Le sorprendió mantener el buen humor a lo largo de toda la ordalía. De pie, con la retaguardia, con las manos en las riendas del antiguo caballo de tiro escuálido y magullado que había adquirido al precio de una montura de guerra grisiana, le dedicó una irónica reverencia a Cawn, ojalá se pudriera bajo los efluvios de su propia rapacidad avinagrada. Pues lo que al parecer no se les había ocurrido a esos miopes factores, concentrados como estaban en las ganancias inmediatas, era que una vez que la Liga hubiera tomado Heng, el camino a Unta regresaba por allí.

Nervioso llevaba ya un rato inmóvil en una tronera de la torre más occidental de la muralla norte de Heng. Arrojo se alegraba, no quería que la molestara mientras ella hacía sus cálculos.

—¿Quieres mirar eso...? —dijo él. Había asombro en su voz.

—¿Qué? —Arrojo no levantó la cabeza de los garabatos de la pizarra que tenía apoyada en las piernas cruzadas.

—Van a atacar.

—Yo no oigo nada.

—Echa un vistazo. Se están preparando.

Arrojo exhaló un suspiro molesto, metió la tiza en una saquita y descruzó con

cuidado las piernas entumecidas.

—¡Ya casi ha caído la puñetera noche, por el amor de Fanderay!

—Supongo que creen que van a necesitar toda la ayuda que puedan conseguir.

La saboteadora miró y estudió las trincheras talianas, no le hizo gracia tener que admitir que Nervioso tenía razón.

—Bueno, nosotros también —dijo Arrojo con aire ausente mientras observaba las hogueras que iluminaban las líneas, las plataformas de escudos móviles que se alzaban y los cubos de agua que se arrojaban sobre las pieles colgadas sobre cada pieza del equipo de asedio de madera. La creciente actividad de los asediadores se extendía hasta donde le alcanzaba la vista tras la curva de la muralla exterior—. Parece un asalto general —dijo, asombrada.

—Es ridículo. No tienen hombres para tomar las murallas.

—Y saben que nosotros no tenemos hombres para defenderlas.

Eso hizo callar a Nervioso. El veterano miró a un lado y a otro de la cima de la contramuralla.

—¿Crees que tienen alguna posibilidad?

—Siempre hay una posibilidad.

—Sí. Bueno, quizá alguien debería hacer algo. —La miraba a ella de frente. Arrojo lo miró a su vez hasta que se dio cuenta de que ese alguien era ella. Se metió en el arco de la torre y se inclinó hacia fuera.

—¡Fuegos listos! ¡Preparados para asalto!

—¡Sí, capitán!

Arrojo tenía que contener el impulso de mirar atrás siempre que alguien exclamaba «capitán» en su dirección. Oyó sus órdenes repetidas por toda la curva de las defensas. Colocó bien el torque de rango que llevaba en el brazo, el maldito trasto no parecía encajar bien.

—Sube arriba y prepara a la bestia —le dijo a Nervioso.

El viejo saboteador guiñó un ojo.

—¡Oh, sí, mi capitán! —bramó inmediatamente después.

—Tú sube ahí arriba.

Riéndose de la incomodidad de la mujer, Nervioso trepó por una escalera de madera clavada a la pared de piedra y abrió la trampilla del tejado.

—¡Alimentad el fuego! —gritó al tiempo que se aupaba.

La figura ancha y achaparrada del sargento Banath entró en la torre de la escalera y saludó con gesto seco.

—Sargento —lo saludó Arrojo.

—¿Órdenes?

Arrojo miró al regular malazano, un pelirrojo veterano falari de las campañas genabackeñas, curtido y siempre con el aspecto de necesitar un afeitado, incluso en la

revista de la mañana. Ella todavía no había detectado ninguna señal definida de lo que opinaba de la nueva estructura de mando. *Un soldado de carrera cuidadoso*, empezaba a convencerse. Al principio no dijo nada. *Las órdenes deberían ser obvias, joder*, pensó.

—¿Qué aspecto tienen las levas urbanas?

Las levas formaban la mayor parte de sus fuerzas: ciudadanos contratados, engatusados u obligados sin más para que cumplieran con la aparentemente desagradable obligación de defender su ciudad. A ella le habían dado cuatrocientos para que resistiera en esa sección de la muralla. Banath comandaba los tres pelotones de la guarnición que componían el espinazo de las tropas de Arrojo.

El sargento frunció el ceño con la habitual aversión que los profesionales sienten por los aficionados.

—Nerviosos y torpes. Pero no se mean en los pantalones, de momento.

—Téngalos vigilados.

—Sí.

—Y no hagan fuego hasta que yo dé la orden. Puede retirarse.

Otro saludo seco, un giro militar y salida. Quizá, se le ocurrió a la capitana, esa exagerada pose, como si todavía estuviera en la plaza de armas, era un largo dedo medio extendido para que ella lo interpretara como quisiera. Bueno, peor para él. El amiguito del tipo no era el puño. Se asomó al recoveco para calibrar la actividad. El metal chillaba y traqueteaba sobre ella, haciendo vibrar las piedras de la torre. Estaban enrollando la bestia. Arrojo oyó a Nervioso maldiciendo con alegría a los muchachos que había reclutado para que le echaran una mano y no pudo evitar sonreír; dioses, Nervioso nunca era más feliz que cuando tenía una máquina con la que verter destrucción sobre alguien. Y la bestia era un diseño propio. Habían instalado un cabrestante en la parte posterior de la torre de la escalera para subir las enormes ollas de arcilla, lo bastante grandes como para que un crío se bañara en ellas, que eran su munición. Solo que en esas no querías bañarte. Iban selladas y estaban llenas de aceite. La munición más copiosa del mundo.

Arrojo observó mientras los portaestandartes señalaban las líneas. Los zapadores se apoderaron de las plataformas de escudos de grandes ruedas y los arqueros empezaron a formar tras ese refugio. Un montón de arqueros. Arrojo entrecerró los ojos e intentó ver algo a la luz difusa del atardecer. Parecían nativos setis. ¿Arqueros a caballo que habían desmotado? En el nombre de Dessembrae, ¿qué estaban tramando? Resonaron cuernos en la noche y empezaron a disparar máquinas de asedio talianas, catapultas de tamaño medio y onagros. Fardos ardientes de trapos empapados en aceite dibujaron un arco sobre sus cabezas arrastrando humo y llamas a su paso. Las piedras rebotaron en las murallas. Arrojo hizo caso omiso de todo; los talianos todavía tenían que plantar una sola máquina capaz de dañar las murallas de

Heng. Solo era un fuego molesto, destinado a mantener gachas las cabezas. Una andanada de flechas oscureció el cielo, subió y después cayó llena de mortal elegancia. Aunque estaba a cubierto, Arrojo hizo una mueca al pensar en los estragos que provocarían semejantes salvas en la pasarela. Mientras miraba, una andanada de fuego salió disparada de las líneas para responder. Arrojo corrió hasta el arco.

—¿Quién ha disparado? ¡He dicho que no abran fuego! —chilló a grandes voces.

Regresó al recoveco. Los sitiadores podían desperdiciar todas las flechas que quisieran, ellos tenían algo que Heng jamás conseguiría: reabastecimiento. Entrecerró los ojos otra vez para mirar a lo lejos, a la pequeña colina que había tras el cerco taliano. Era una colina acogedora con una gran vista del río y una buena posibilidad de contar con una brisa constante para mantener a los mosquitos a raya. Risueño, Nervioso y ella lo sabían porque semanas antes se habían pasado unas cuantas noches quitando rocas para hacerla más atractiva todavía. Y, cómo no, su trabajo había compensado, porque lo primero que había hecho quien fuera que comandaba ese flanco había sido tener la amabilidad de levantar su tienda de mando justo en ese punto. Arrojo no podía dejar de moverse. *¡Vamos, hombre, dispara! Ya.* ¡Todo estaba calculado y dispuesto! ¿A qué estaba esperando Nervioso?

Los manteletes estaban muy cerca y el fuego de los arcos apuntaba mejor a los parapetos. Arrojo sacó la cabeza por el arco.

—¡Fuego! ¡Fuego a discreción! —Observó el intercambio de salvas con ojo crítico: mal, todavía lo lanzaban todo mal. Daba igual las veces que los hicieras practicar... Regresó al portal.

—¡Apuntad bien, por el amor del Embozado! ¡Arriba, maldita sea!

Banath recorrió airado la pasarela y lanzó un bramido.

—¡Al cielo! ¡Que llueva sobre ellos, malditos perros!

Algo extraño llamó la atención de Arrojo en el campo oscurecido de rastrojos quemados y casuchas aplastadas y carbonizadas. Algo bajo, pero que se movía. Se estiró para sacar la cabeza por una almena. Las flechas tamborileaban en las piedras a su alrededor, las cabezas de hierro resonaban con tintineos metálicos agudos. Una roca catapultada explotó contra la pared de la torre de las escaleras, sobre ella, y llovieron los fragmentos. Todo el mundo se agachó con una maldición. Un tipo de la leva cercana levantó un escudo-torre sobre Arrojo. La veterana se echó hacia delante una vez más y vio que el objeto era una especie de plataforma baja rectangular cubierta de césped y rastrojos de hierba. Se iba acercando poco a poco a la base de la muralla y había más por todas las líneas.

—¡Gatos! —chilló—. ¡Sargento, tenemos gatos! ¡Lleve arriba piedras, los quiero rotos!

—Sí, capitán.

—Ven conmigo —le dijo al soldado que había levantado el escudo.

En el recoveco se impulsó hacia delante para intentar echar un vistazo abajo. Y no era que minar la muralla le fuera a servir de nada a los pobres cabrones (los cimientos se hundían sus buenos tres hombres enteros); que se lo dijeran a ella, Risueño y ella habían pasado buena parte de su tiempo en los últimos días excavando ahí abajo.

La torre se estremeció entonces como si hubiera sufrido el golpe tremendo de una piedra tan grande como un caballo lanzada por una monstruosa catapulta, como las que Arrojo había visto podridas y rotas tras el asedio de la isla-fortaleza de Nathilog. Cayó una llovizna de polvo y piedras y Arrojo tosió y agitó una mano. El recluta urbano se había agachado por instinto. Arrojo salió disparada hacia el recoveco. Al principio no vio nada, la tienda de mando blanca, muy iluminada, seguía allí. Las sombras se movían contra la lona y los mensajeros iban y venían. Entonces la veterana se encogió un segundo cuando un brote de llamas naranjas y amarillas iluminaron de repente la noche. El estallido le llegó como un estampido estremecido que resonó por toda la contramuralla. Arrojo se puso a dar saltos y a gritarle al tejado.

—¡Lo has clavado, Nervioso! Precioso. Precioso del todo. —Los vítores de guerra la alcanzaron desde arriba. Arrojo se imaginó al viejo saboteador haciendo su danza de guerra—. Recargad —chilló y fue al portal. El soldado se reunió con ella, un tipo maduro y corpulento, seguro que tenía un colmado—. ¿Cómo te llamas, soldado?

—Eh, Jekurathenaw, capitán.

—¿Jeck-qué-de-qué? Da igual. Cúbreme, Jeck.

—Sí, señor.

Arrojo salió a la pasarela, Jeck sostuvo el escudo-torre entre ella y el parapeto. Los soldados estaban arrodillados entre la basura, cargando y apuntando. Las flechas los acribillaban. Arrojo pasó por encima de heridos y caídos por igual. El sargento, Banath, corrió a encontrarse con ella.

—¿Cómo va? —chilló ella.

—Deberían hacer las maletas y largarse a casa, señora.

—Estoy de acuerdo.

Arrojo estudió la curva demasiado vacía de la pasarela.

—¿Piedras, sargento? ¿Dónde están las piedras?

Banath escupió.

—Se nos acabaron. Un problema en el cabrestante. Algo se fastidió.

—¡Por el culo huesudo del Embozado! Quédese con las levas, yo me encargo.

—Sí, señor.

Arrojo fue avanzando poco a poco. Jeck la siguió con el escudo alzado. La saboteadora saltó un trozo de la pasarela empapado de aceite ardiendo y donde las levas golpeaban las llamas con trapos empapados. El cabrestante principal estaba ocioso y un equipo de tres hombres y una mujer estaban sentados a su lado, con la

vista clavada abajo.

—En el nombre de Gedderone, ¿se puede saber qué pasa aquí?

Un tipo se frotó un trapo grasiento por el cuello.

—No sé. Quizá las llamas asustaron a los bueyes. O un bloque roto.

Arrojo se inclinó todo lo posible, sacó la cabeza por el borde interior del muro y cogió la gruesa cuerda de cáñamo.

—¿Qué pasa ahí abajo? —chilló tan alto como pudo.

Las bombas incendiarias catapultadas que se arqueaban sobre las murallas iluminaban un caos arremolinado de soldados y ciudadanos en el fondo. Crecientes incendios salpicaban los edificios atestados de la ronda Exterior. Hasta donde podía ver Arrojo, las antorchas subían y bajaban por los caminos que rodeaban su curva, donde hombres y mujeres se precipitaban en un aparente pánico ciego. Se estaban formando filas alrededor de la base de su sección de muralla, desde la puerta Occidental del Río hasta algún lugar a medio camino de la puerta Norte. ¿Más levas urbanas? ¿Refuerzos? ¿Quién los había enviado? ¿Storo?

Abajo, en la base del cabrestante, un tipo que sujetaba una antorcha le estaba gritando algo desde el suelo.

—¿Qué? —El tipo agitó la antorcha y señaló con un gesto la plataforma. Con un gruñido de desdén y asco, Arrojo se levantó de un tirón—. Oh, al Embozado con esto. —Señaló al equipo—. ¡Poned a trabajar este trasto porque si no, los que vais de cabeza sois vosotros! —Llamó a Jeck con la mano—. Vamos. —Y se fue en busca de Banath.

Lo encontró con dos regulares malazanos junto al muro de la torre de las escaleras reuniendo un alijo de toneles, frascos y botas llenas de aceite. Arrojo echó un vistazo a los suministros, los trapos, las antorchas y asintió con gesto de aprobación.

—Bien. ¿Cuándo?

—Trabajamos a toda mecha, señora —dijo Banath sin detenerse mientras ataba las gruesas vejigas de piel de cabra.

—¿Cuánto tenemos? —preguntó Arrojo, que se agachó y empezó a echar una mano.

Banath escupió otra vez con el ceño fruncido.

—Esto es todo.

—No basta ni de lejos.

—No.

—¿Envió recado para que mandaran refuerzos?

Banath levantó la cabeza y parpadeó.

—¿Refuerzos? No, señora.

—Hay más levas urbanas abajo, esperando.

—Quizá alguien tenga a los talianos en el punto de mira.

Arrojo pensó en Seda y volvió a empapar trapos.

—Quizá.

Los regulares levantaron un tonel y partieron. Banath se echó al hombro las bombas de pieles de aceite.

—Buena caza —exclamó Arrojo. El veterano pelirrojo se colocó bien el yelmo y esbozó una sonrisa maliciosa.

—Sí, señora.

Arrojo volvió a los parapetos. Se limpió las manos y miró fuera. Jeck levantó el escudo sobre ella. Abajo había más gatos abriéndose paso milímetro a milímetro hasta las murallas. Tantos... Y los arqueros parecían en su mayoría nativos setis...

Unos vítores llamaron la atención de Arrojo, que se dio la vuelta. Los hombres agitaban los brazos para saludar a las filas de levas urbanas que trepaban por las escaleras abiertas que bordeaban las murallas. Arrojo se quedó con la boca abierta, *por el abismo, ¿quién ha ordenado eso?* Se retiró a la torre de las escaleras para echar un buen vistazo. Dentro, los pasos pesados de las sandalias resonaban por la escalera de caracol.

Un extraño silencio descendió entonces por toda la muralla. Arrojo se quedó paralizada por un instante cuando de repente los gritos de los heridos dominaron la noche. Las voces rogaban agua, un alivio. En la oscuridad, una mujer maldijo a los sitiadores con una serie de obscenidades dignas de cualquier pirata jakatano. Arrojo se quedó muy quieta, esforzándose por escuchar, y un escalofrío le recorrió los brazos. El fuego de los arcos había cesado, las catapultas se habían detenido. Por toda la muralla los hombres se estaban irguiendo y se miraban maravillados. ¿Habían suspendido el ataque? ¿Los habían repelido?

Arrojo se quedó inmóvil, pero sus pensamientos no dejaban de dibujar el mismo círculo vicioso. *Han dejado de disparar, nuevas cohortes que no se pidieron... han dejado de disparar... ¡por los dioses del inframundo!* Se dirigió rápidamente hacia el arco y allí, al otro lado de la curva interior de la contramuralla vislumbró la forma alta, delgada e inconfundible del capitán Harmin Els D'Shil, el mismísimo Sonrisas, que lideraba una columna de levas urbanas que subían a la carga las escaleras. Arrojo señaló y lanzó un bramido.

—No les dejéis...

Un brazo en el cuello tiró de ella hacia atrás. El dolor le apuñaló un costado. Algo la arrojó al suelo de piedra, donde se acurrucó doblándose sobre una herida que tenía la sensación que la atravesaba entera. Parpadeó para alejar un velo de dolor y vio a Jeck sobre ella, sin expresión alguna en la cara. El hombre envainó la daga y sacó la espada corta. La levantó con las dos manos sobre ella e hizo una pausa.

—Ameron —dijo— manda recuerdos.

Arrojo solo pudo mirarlo, atontada. *Oh, Storo, lo siento tanto. Superados en táctica desde el principio.*

Y entonces el hombre desapareció. Arrojo parpadeó, confundida, y miró a su alrededor. Jeck era el que yacía en el suelo, encogido, un vómito ensangrentado le llenaba la boca. Unos brazos tiraron de ella y la apoyaron, sentada, en la muralla. Arrojo levantó la mirada y vio las túnicas desgarradas y sucias de un tipo gordito, feo, con la boca floja y un ojo caído.

—¿Si...situación? —dijo el hombre arrastrando la palabra.

Arrojo se quedó mirando al hombre sin comprender. Por la misericordia de Soliel, ¿quién era ese? Pero ¿tenía alguna alternativa? Respiró hondo y luchó contra el mareo y las náuseas.

—Las levas urbanas se han pasado al otro bando. Trabajan con el ataque. —El hombre cerró los ojos y ladeó la cabeza como si escuchara algo o a alguien que Arrojo no podía oír. Después asintió y abrió los ojos.

—Retirada. Defender la puerta del Río.

—¿Quién lo dice?

—Tu comandante.

—¿Storo? Ayúdame a levantarme.

El hombre mostró una fuerza asombrosa y la levantó, después la sujetó erguida con un brazo bajo el de ella. El dolor oscureció la visión de Arrojo, pero ella luchó por contenerlo.

—¿Quién eres?

—Mago de la ciudad... viejo amigo de Seda.

Arrojo señaló el arco con un gesto. El mago la arrastró hacia allí. Lo que la recibió fue una visión sacada de los senderos del Embozado: las antorchas que se agitaban iluminaban a figuras que se retorcían, trabadas en combates cuerpo a cuerpo; algunas, aterradas, incluso saltaban, o las empujaban, de la pasarela. Los arpeos bordeaban los parapetos y algunos miembros de las levas urbanas intentaban cortarlos mientras otros los defendían. Había dos regulares malazanos agazapados tras escudos delante de la entrada de la torre, listos para detener a cualquier otro enemigo. Al verla, abrieron mucho los ojos tras las viseras de sus yelmos.

—Soldados —intentó ladrar, pero solo le salió un jadeo. Los hombres se irguieron y saludaron—. Haced correr la voz, retirada a la puerta del Río.

—Sí, señor.

El mago se dio la vuelta y la llevó con él. Arrojo vio entonces que la escalera de caracol había quedado reducida a escombros. Estiró el cuello para mirar al hombre directamente.

—¿Quién eres?

—...Ahl...

—Bueno, Ahl, te lo agradezco, yo... —Pero el mago seguía caminando y sacaba a Arrojo por el arco de la torre occidental—. ¿Qué estás haciendo? —le gruñó, el costado la mordía con dientes de ácido.

—Retirada.

—No, tengo que ocuparme de...

Pero Ahl seguía adelante. Pasaron junto a una leva urbana que se los quedó mirando y farfulló preguntas. Arrojo se limitó a sacudir la cabeza.

—Defended. Defended la muralla aquí. —Llegaron a un arpeo que todavía había que cortar. Al pasar, Ahl estiró una mano y, con un gruñido de esfuerzo, le dio un tirón que liberó las púas de hierro de donde se habían incrustado en la piedra, lo sostuvo más allá del borde del parapeto y lo soltó. Varios chillidos acompañaron la caída. Arrojo se quedó mirando al hombre. *Por la mirada de Serc, ¿quién es ese tipo?* Un aroma emanaba también de aquel hombre: el olor intenso de las especias.

Ante la mirada de Arrojo, Ahl le lanzó una sonrisa sesgada, un lado de la boca subió un poco y después le guiñó el ojo bueno a la veterana.

—Podríamos haber contenido a cualquier sitiador. Pero no a esos malditos imass no muertos del emperador.

¡Que la Reina la favoreciese! Uno de los antiguos magos de la ciudad que habían protegido Heng tanto tiempo atrás. ¿Y amigo de Seda? Así que él también... Por supuesto, prácticamente se lo había confesado. Pero una cosa era escucharlo en abstracto y otra muy distinta verlo en acción.

—Déjame aquí. —Ahl le lanzó una mirada interrogante—. Tenemos que defender esta sección para la retirada. —El otro lanzó un gruñido de comprensión. Arrojo llamó a uno de la leva urbana con la mano cuando Ahl la sentó con cuidado contra el parapeto—. ¿Algún regular por aquí? —Un asentimiento asustado—. Bien. Vete a buscar a uno. —Después se dirigió a Ahl—. ¿Puedes hacer algo por mí?

El mago negó con la cabeza.

—No es mi... especialidad.

—Bueno, véndalo, ¿quieres?

El mago empezó a soltar los cordones y hebillas de la armadura de la veterana. Un regular malazano, una mujer, llegó y se arrodilló al lado de Arrojo. Esta le hizo un gesto para que se acercara más.

—Las fuerzas deberían retirarse hacia nosotros —le dijo, le fallaba la voz—. Tenemos que defender esta sección.

—Sí, capitán. —Miró a un lado con los ojos entrecerrados y sonrió—. Creo que los veo.

Llegó otro regular.

—¿Y tú quién eres? —dijo Arrojo arrastrando las palabras.

—Barbecho —dijo el otro y apartó las manos de Ahl—. Sanador del pelotón.

Arrojo se echó a reír y estuvo a punto de vomitar de dolor por la convulsión. Barbecho sostuvo algo, un frasquito, bajo su nariz. Ella levantó una mano de golpe para apartarlo.

—¡No me drogues!

—¡Entonces deja de moverte, coño! —Barbecho levantó la camisa interior de Arrojo y empezó a vendarle la cintura. Después señaló con un gesto brusco de la cabeza a Ahl y preguntó en voz baja—: ¿Quién es el civil?

—Mago —susurró ella—. Quizá soletaken.

—Por el aliento muerto del Embozado...

—¿Qué está pasando? Tengo que saberlo.

Las manos del hombre eran cálidas sobre su estómago y costado. Arrojo sintió que el dolor se retiraba. El sanador no la miraba.

—Están muy cerca. Una retirada lenta de las filas. Banath está organizando a los arqueros...

A Arrojo se le ocurrió algo terrible.

—¿Cerca?

—Sí.

—¿Han pasado la torre de las escaleras?

—Sí.

—¡Ascuá bendita, no! —Luchó por levantarse. Las manos de Barbecho la sentaron otra vez.

—¡Ni te atrevas a destrozar mi trabajo! ¿Qué pasa?

—¡Nervioso! En la torre de la escalera. Tenemos que...

—Se ha perdido. La tienen los talianos.

Toda la fuerza huyó de Arrojo.

—Oh, mierda, Nervioso...

La levantaron y la pusieron en una camilla improvisada hecha con dos escudos y unas lanzas. Ahl se colocó a su lado. Ella lo miró a los ojos.

—¿Dónde está Seda? ¿Dónde está Storo, Jalor, Rell? ¡Hemos perdido la muralla!

—¿Crees... que eres la única? La puerta de la ronda Interior... también. Era... una prioridad. Rell los destrozó allí... luchan ahora... para tomar la Exterior. Balsas de tropas en el Idryn. La puerta del Río... debe aguantar.

Gran Fanderay, era peor de lo que ella había imaginado. Así que dejó caer la cabeza en la camilla. Bueno, ya sabían lo que era enfrentarse a los antiguos malazanos. Aterrador. Te pasan por encima como una riada. Menuda maniobra. Y quizá todavía lo consiguieran.

Llegaron a la torre baja que protegía el límite más occidental de la muralla junto con el arco norte del puente que sostenía la puerta del Río. Arrojo planeaba contener

a los talianos allí. Ordenó que se montaran barricadas. La retirada lenta y metódica de Banath se replegó hasta ellos. El hombre reunió las levas que pudo sobre la marcha. El saludo que le ofreció a Arrojo fue tan seco como los anteriores, a pesar de un escudo redondo hecho astillas a machetazos, una brecha ensangrentada en la boca que dejaba al aire los dientes de arriba y de abajo y la falta de dos dedos. Arrojo decidió que quizá no era una pose, después de todo.

—Bien hecho, sargento.

Banath asintió, saludó y se volvió hacia los soldados, señaló y empezó a empujar a los hombres. Arrojo se dio cuenta de que con una herida así el tipo ya no podía hacerse entender. Le hizo un gesto a Barbecho para que se ocupara de él. Las flechas se incrustaban en la torre por encima de la barricada. Un incendiario arrojado hizo estallar aceite hirviendo sobre el montón de mesas, barriles y sillas. Todo el mundo se estremeció, pero se irguieron enseguida para devolver el fuego entre las llamas. Más regulares malazanos, con ballestas traqueteando a la espalda, treparon por la escala hasta la trampilla del techo de la torre para verter fuego por la pasarela. Tras un rato empezó a reinar cierta tranquilidad en la curva de la contramuralla, más allá del grupo de tropas talianas mezcladas con levas hengesés que asediaban la barricada. Pero entonces oyeron unos chillidos agudos: gritos llenos de pánico repentino y miedo franco.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre ahí fuera? —preguntó Arrojo, ronca.

La soldado malazana acudió a su lado.

—No sé. Está oscuro. Han tirado todas las antorchas. No hay luz.

—Huelo a aceite —exclamó un soldado desde la barricada—. Mucho aceite.

—¿Qué pasa? —dijo otro.

—¿Qué está ocurriendo? —gruñó Arrojo—. ¡Mirad!

La regular se levantó y se asomó.

—Algo está cayendo por las paredes desde la pasarela. ¿Agua?

¡Por la carcajada del Embozado! ¡Nervioso!

—¡Al suelo! —gritó Arrojo—. ¡Todo el mundo! ¡A cubierto!

Ahl se volvió hacia ella con el ojo bueno entrecerrado.

—¿Por qué?

Un resplandor dibujó de repente la silueta del hombre. Un claroscuro en tonos blancos amarillentos de luz cegadora y sombras abrasó la visión de Arrojo. Un rugido similar al de una avalancha se estrelló contra la barricada y la empujó hacia atrás. Los soldados se alejaron rodando y dándose palmadas, las ropas en llamas. Los gritos temblaron con un matiz de dolor desesperado bajo el rugido del horno. Un ente que aullaba envuelto en llamas atravesó los barriles y muebles caídos y empezó a agitarse hasta que los soldados lo apuñalaron varias veces. Ahl, una mano levantada para protegerse el ojo, se volvió para mirar a Arrojo una vez.

—Los saboteadores... peleáis sucio. —Y frunció el ceño con desagrado.
Como tú, estoy segura, amigo mío.

Por la mañana llegaron órdenes de que se retiraran a la puerta Sur de la ronda Interior. Se decía que iban a abandonar toda la ronda Exterior. Demasiados garfios en la muralla y pocos hombres. Arrojo se puso de los nervios con la noticia, todos esos hombres muertos, el sacrificio de Nervioso, ¿y para qué? ¿Todo para entregar la muralla a los talianos?

Un Storo desgredado y con los ojos hundidos fue a verla cuando la llevaban a la puerta. La cogió por un hombro.

—He oído que te alcanzaron en el costado.

—Un regalo de Ameron.

El otro hizo una mueca y apartó la mirada.

—Sí. Bueno, supongo que a todos nos llega. Escucha, no te lo tomes a mal. Fue puro azar. Resultó que tenías tú esa sección anoche. Eso es todo. Podría haber sido cualquiera. No te lo tomes como algo personal.

Arrojo emitió una carcajada ronca.

—Lo intentaré. —Miró a su superior y calculó las fuerzas que le quedaban. Estaba agotado y había recibido una cuchillada en el brazo (se había metido en la lucha), pero no tenía el aspecto de un hombre que estuviera cayendo en la desesperación.

—Perdimos a Nervioso.

—Sí, eso oí.

—Nos traicionaron. Las levas urbanas...

Storo levantó una mano.

—Lo sé. Llegaremos al fondo de eso.

—Y no lo asumas como una cuestión personal. No había nada que pudieras hacer. Los asedios siempre terminan con una traición.

El hombre sonrió con expresión triste y asintió, después se le iluminaron los ojos por un momento. Se frotó la nuca y se bajó la caperuza de cota de malla para rascarse la cabeza.

—Sí. Lo entiendo. ¿Quién podía vencer a Choss y Toc, eh? Pero escucha. —Les hizo un gesto a los portadores para que continuaran y caminó junto a la camilla—. Nos han hecho un favor. En la Exterior íbamos demasiado forzados, de todos modos. Y con esa jugada se les ha visto el plumero demasiado pronto. ¿Y para conseguir qué, la ronda Exterior? —Desechó el éxito con un ademán—. Deberían haber aguantado hasta la Interior. Ahora lo sabemos.

—Deberíamos haber sospechado...

—Lo hicimos.

Arrojo levantó la cabeza para mirar a Storo a la cara.

—¿A qué te refieres? ¿Quieres decir ese mago de la ciudad, Ahl? ¿De qué va ese? ¿Confías en él?

Storo se negaba a mirarla a los ojos.

—Tendrás que preguntarle a Seda.

—Lo haré... ¿Qué pasó, en cualquier caso?

Un encogimiento de hombros.

—Las cohortes aislaron tu sección de la ronda Exterior mientras un segundo grupo aseguraba la puerta Norte. Nervioso se ocupó de la banda que tomó la muralla, pero los otros grupos abrieron la puerta. Invadieron el anillo norte de la ronda Exterior, pero los detuvimos en la puerta Interior. Rell se ganó allí la paga; defendió la puerta. Todo el mundo habla de lo que hizo allí.

—Hablando de eso, mi sargento, Banath, merece una distinción.

Un asentimiento.

—Bien. Me alegro. —Esbozó una gran sonrisa—. Esos aficionados son solo tan buenos como sus oficiales. —Y apretó el hombro de su subordinada.

No pasa nada, Storo. Todavía no estoy acabada.

Los guerreros setis se dedicaron a vitorear y entonar sus cánticos de guerra durante todo el día siguiente, al tiempo que cabalgaban en círculos alrededor de la tienda de mando de Toc, mientras este se reunía con Choss y los líderes de las asambleas. De vez en cuando, un guerrero pasaba a caballo junto a las solapas abiertas y Toc vislumbraba una parte del botín sostenido en el aire, una espada, una bandeja de plata, un paño de seda, una cabeza humana cortada. Su mirada se posó en Choss, que yacía reclinado, con un brazo sobre una rodilla y en la boca un gesto amargo tras la barba de color rubio sucio, los ojos entornados. *Perdona, Choss. Las cosas no fueron como se esperaba. Nos detuvieron en dos ocasiones con acciones que recordaban de forma sorprendente a las tácticas del antiguo Imperio.* Toc cambió de postura el codo entumecido, lo estiró e hizo una mueca de dolor. Era como si se enfrentaran a sí mismos, y, de hecho, así era, suponía. Ingenieros militares adiestrados por malazanos, maestros del asedio. Pobre capitán Leen, borrado de la faz de la Tierra por lo que seguramente era el mangonel más grande construido jamás en el continente. Y después ese mismo ingeniero deja caer su munición para inmolar la contramuralla. Costó casi un grupo de batalla entero. Pero habían tomado la ronda Exterior. Sí, la Exterior. Cuando el plan era tener ya la Interior. El plan era... Toc dejó vagar la mirada hasta el techo de lona brillante de la tienda. Bueno, el plan era estar acercándose a Unta a esas alturas.

—¿Por qué tan serios, malazanos? —exclamó Imotan desde el otro lado de la tienda.

Toc forzó una sonrisa.

—Esperábamos más.

—Sí, sí. Eso está claro. ¡Pero deberíais alegraros por lo que habéis logrado! ¡Nunca antes se había abierto una brecha en las murallas de Heng! ¡Hemos entrado! Pronto el resto caerá como un árbol herido y se derrumbará.

Toc levantó un jarro de té para brindar por eso, a lo que Imotan respondió. *No se abrió ninguna brecha en las murallas, idiota. ¿Es que no ves que esto no fue más que la primera sangre en lo que con toda seguridad resultaría ser una lucha a muerte para ambos bandos? Y ellos habían disparado su mejor salva primero. Todo para ataros al asedio. Ahora el puño, Storo, será más cauto. No funcionará una segunda vez. Claro que vosotros podéis alegraros, ¿verdad, Imotan, y tu lacayo, Hipal? ¿Heng herido y todo sin que tus guerreros derramaran casi ni una sola gota de sangre? Es nuestra guerra, malazanos contra malazanos mientras vosotros contempláis cómo nos desangramos, ¿no me extraña que sonrías!*

Toc levantó el jarro una segunda vez sin apartar la mirada de Imotan. *Este es el trato, chamán. Os quitaremos esa espina del costado, esa espina que lleváis tanto tiempo sin poder alcanzar. A cambio, nos acompañaréis al este con toda alma viva capaz de montar un caballo para quemar, hostigar, preocupar y acosar, acosar, acosar a cualquier fuerza que esa mujer mande contra nosotros.*

Imotan respondió con su jarro. La sonrisa que se ocultaba tras la barba gris era salvaje, y en sus relucientes ojos negros vivía la promesa astuta de un baño de sangre, la de los malazanos.

De cabalgada con su comandante, el marqués Jhardin, y sus centinelas, una compañía de cien caballos, Ghelel le echó por primera vez un buen vistazo a Heng desde el ataque. Viajaban por el camino comercial del nordeste hasta el viejo puente de piedra que cruzaba el Idryn. Al oeste, la luz naranja de la mañana coloreaba las murallas lejanas de tonos ocres. El humo se alzaba de los fuegos que todavía ardían por toda la ciudad. No podía ver la muralla del norte, donde una horrenda tormenta de fuego había incinerado a tantos de sus hombres, pero había oído historias sobre ese acto amoral, casi arrogante. ¡Qué infantil y destructivo! Habían perdido la batalla, así que deberían haber mostrado la elegancia adecuada y haberse retirado. ¿Qué iban a hacer, arrasar la ciudad entera por una cuestión de rencor puro y duro? Era (buscó la palabra adecuada) bárbaro.

—¿Así que un encuentro? —le dijo al marqués, que cabalgaba a su lado.

Este asintió mientras sacaba su pipa.

—Sí, preboste. Refuerzos.

—¿Del este, señor?

—Sí. Desembarcaron en Cawn. Reclutas de Falar y el extranjero. Comandados

nada menos que por Urko Costra en persona.

—¿Urko? Creí que estaba muerto.

El marqués mostró los dientes manchados en una gran sonrisa.

—Se le ha dado por ahogado más veces que a un gato.

Ghelel pensó en todos los nombres que se habían unido contra Laseen en esa Liga Taliana. Tantos antiguos tenientes y compañeros. ¿Qué se sentiría al verse traicionada así? ¿Al verse tan aislada? Claro que, se lo había buscado todo ella sola, ¿no? Pero esa era la cuestión, ¿lo había hecho? Ghelel también pensaba que ella estaba sola. ¿Cuántas cosas más podrían tener en común? ¿Algo más? Quizá solo el aislamiento. Le parecía que, si bien era la futura líder de la Liga Taliana, en realidad ella no controlaba nada. Y se preguntó cuánto se parecerían las dos en realidad también en eso.

Un penacho de polvo más adelante anunció otro grupo en el camino. Una exploradora llegó en tromba, detuvo su montura de golpe y saludó al marqués y a Ghelel.

—Una procesión religiosa —informó a Ghelel.

—¿Eh?

—Muy comunes en esta zona —dijo el marqués—. Este camino pasa por el puente que se une al camino comercial entre el este y el oeste. Un monasterio importante se levanta en la encrucijada...

—¡El Gran Santuario de Ascu! —dijo Ghelel, asombrada.

—Sí. —Si al marqués le ofendió la interrupción, no dio muestras de ello—. Ha oído hablar de él, entonces.

—Por supuesto, pero ¿no quedó destruido hace tiempo?

—Sí. Golpeado por un terremoto. —Una sonrisa irónica—. Puede pensar lo que quiera, pero los devotos siguen reuniéndose, acampan entre sus muros caídos. Tenaces en su fe que son. Este camino se tendió sobre el antiguo sendero de los peregrinos. El primer puente se construyó hace siglos para dar cabida a tanto tráfico.

Mientras el marqués hablaba llegaron a la altura de la procesión: ancianos, hombres y mujeres, todos a pie, algunos llevaban largos estandartes que proclamaban que estaban bajo la protección de Ascu. Todos se inclinaron cuando los centinelas los adelantaron, incluso los que iban a gatas y hacían genuflexiones en el polvo con cada paso de su peregrinación, todo para incremento de su mérito. Al pasar, Ghelel tuvo una impresión de cabello castaño y gris, polvoriento y desaliñado, harapos raídos, miembros demacrados que mostraban cardenales y llagas. Por su complexión más morena parecían haber partido de la Confederación de Kan, aunque quizá solo fuera la suciedad.

Descendieron por el flanco sur de un amplio valle poco profundo, la antigua llanura del Idryn. Río arriba, unos bosquecillos intermitentes se engrosaban hasta

convertirse en una línea sólida que ocultaba el río. Más adelante, a lo lejos, el viejo puente de piedra yacía como la hoja gris de una espada, largo y bajo sobre el agua. Un gran número de pájaros oscuros volaban en círculo sobre el río y hostigaban las orillas. Una ráfaga de aire caliente recibió a Ghelel, una corriente que arrancaba en el valle. Transportaba el aroma del humo de madera de Heng, además del hedor de cosas que por lo general no se quemaban. Al acercarse a las orillas embarradas, un tufo mucho peor, nauseabundo, asaltó a Ghelel, que se estremeció y se tapó la nariz.

—Dioses, ¿qué es eso?

El marqués se volvió hacia ella con la pipa encajada con firmeza entre los dientes y una expresión ilegible en su ancha cara. Intercambió una mirada con el sargento Pastor, que cabalgaba detrás, y se quitó la pipa de la boca.

—Heng utiliza el Idryn como cloaca, por supuesto. Así que siempre puedes encontrarte con los desechos de cualquier ciudad. Pero ahora, con el asedio, es mucho peor... —Al acercarse con los caballos, Ghelel vio que la basura y los restos rotos de la guerra ensuciaban las orillas. Entre la madera hecha añicos y los restos orgánicos yacían cuerpos enmarañados: un brazo rígido alzado a modo de macabro saludo; un torso hinchado y pálido, obscuro. Y hurgando de un cadáver a otro iban perros contentos, con los estómagos dilatados. Espantaban con sus saltos nubes de cuervos y milanos enfurecidos—. Porque, verá, como en la ciudad no hay sitio para enterrar a los muertos, es más fácil...

—¡Es criminal! —explotó Ghelel—. ¿Qué hay de las ceremonias debidas?

—¿Quién sabe? Quizá se hiciera algún gesto básico...

Ghelel no estaba de humor para compartir la paciencia del marqués. Para ella, aquel era el ultraje definitivo de esas fuerzas partidarias del régimen establecido, la prueba convincente de que, quienesquiera que fuesen esos hombres y mujeres, se merecían de verdad que los borrarán de la faz de la Tierra. No tenían la decencia común de cualquier hombre o mujer razonable. No parecían mucho mejores que las bestias.

Los cascos de los caballos trapalearon sobre las piedras de granito gastado del puente. El marqués levantó la barbilla para indicar la otra orilla.

—¿Ve allí... las cuevas?

Al llegar a la orilla norte el ascenso del valle era mucho más escarpado; el camino iba serpenteando por riscos de una roca sedimentaria blanda capeada. Las bocas oscuras de unas cuevas atestaban los riscos y formaban una especie de asentamiento miserable.

—Ermitaños y ascetas acampan en ellos. Se purifican para alcanzar una mejor comunión con Ascu, supongo, o Soliel, u Oponn, o quien sea.

Figuras que parecían poco más que palos envueltos en trapos se agazapaban en algunas de las aberturas oscuras. Barbas y harapos flotaban al viento. Los niños

jugaban en el polvo con unos perros bulliciosos y burlones. Junto al camino, un anciano que vestía solo un taparrabos, a pesar del aire frío, se apoyaba en una rama muerta arrancada de un árbol.

—¿Por qué luchar contra nuestro destino universal, hermanos y hermanas? —les gritó cuando pasaron—. Cada paso que dais os lleva más cerca del olvido que nos aguarda a todos. ¡Arrepentíos de esta vida que es un delirio para los ciegos!

Ghelel se giró en la silla.

—¡Eso es blasfemia!

—No le haga caso... —empezó a decir el marqués.

—Que los dioses lo perdonen —gritó Ghelel.

—Los dioses no perdonan nada. —Esa fue la lúgubre respuesta del hombre.

La joven se quedó mirando la figura alta y delgada hasta que un recodo del camino hizo que lo perdiera de vista.

—Como le decía —retomó la conversación el marqués—, ermitaños y ascéticos chiflados infestan estas colinas. Aquí se topará con todo tipo de profanación y heterodoxia. Como los balbuceos de un millar de voces. Igual le serviría gritarle al viento que parara.

—Pese a todo, me pregunto a qué se refería...

—Quizá quería decir que a lo que llamamos dioses, nosotros no les importamos nada.

Ghelel y el marqués se giraron para mirar a Molk, que cabalgaba detrás. Este cambió de postura en la silla y se encogió de hombros.

—Quizá.

Los dos le dieron la espalda. Ghelel no sabía lo que el marqués pensaba de aquellos pronunciamientos, pero a ella le reptaban por la piel como una especie de contagio. Sentía un impulso irresistible de lavarse. *Solo palabras*, pensó. *Nada más que palabras*.

Después de trepar la ladera llegaron a las llanuras del norte. Unas nubes oscuras magullaban el lejano nordeste, donde la cordillera Ergesh atrapaba los vientos de la pradera. Al norte, el camino los llevaría junto a un aislado cerro sedimentario, o restos de una antigua meseta. Allí, trepando por sus escarpadas laderas y sobre la cima, en un batiburrillo de rocas, descansaban los restos desmoronados del Gran Santuario de Ascuá. Alas enteras de su arquitectura achaparrada, amazacotada, se habían deslizado por el risco en corrimientos de tierras masivos y fallas, mientras que otras dependencias parecían intactas. A aquella distancia, al mirar el laberinto ladeado de muros, Ghelel tenía la impresión de que un dios había tirado al suelo un puñado de cartas. Unas trazas de humo gris se alzaban entre las ruinas.

—Debía de ser enorme.

—Sí. El más grande del continente. Albergaba miles de monjes. Ahora, los gritos de los leones de las praderas resuenan en lugar del murmullo de las plegarias.

Ghelel miró a aquel hombre fornido; sus ojos pálidos, ocultos en un espeso nido de arrugas, estudiaban los restos lejanos.

—Habla como un poeta, marqués.

Las gruesas cejas del hombre se alzaron.

—Esperaba serlo, pero las circunstancias me han convertido en soldado... preboste.

—Sin embargo, el santuario no parece abandonado del todo.

—Sí. Como le he dicho, los devotos todavía se reúnen. Holgazanean entre los restos, melancólicos. —El marqués la miró—. Quizá sueñan con la gloria que tuvo en otro tiempo...

Ghelel apartó la mirada de las ruinas.

—No veo andamios, ni esfuerzo alguno por reconstruirlo.

—Quizá sus sueños son demasiado seductores.

—O son demasiado pobres.

El marqués sonrió y asintió con gesto pensativo. Tras un rato carraspeó.

—Me recuerda a unos versos de Thenys Bule. ¿Está familiarizada con él?

—He oído hablar de ese autor. ¿*Proverbios del insensato*?

—Sí. Dice algo así: «Mientras viajaba me encontré a un hombre vestido con harapos, los pies y los hombros desnudos. Toma esta moneda, le ofrecí, pero él rechazó mi mano. Me ves pobre, hambriento, aterido, dijo, pero soy rico en sueños».

Ghelel escrutó al hombre con los ojos entrecerrados.

—No sé muy bien qué pensar de eso, marqués...

—Sí, bueno. Ese hombre era un insensato, después de todo.

Después del mediodía llegaron a la encrucijada. Allí el camino al sur, a Kan y Dal Hon se encontraba con la ruta comercial principal entre el este y el oeste. Los restos recién quemados de posadas para caminantes, albergues y corrales para caballos bordeaban la ruta. Ghelel sabía que aquello era obra de los setis y le enfureció la destrucción provocada en lo que algunos podrían interpretar como su nombre. Huertas y jardines pisoteados y descuidados se extendían por doquier. Pero no todo estaba abandonado, un campamento de tiendas se alzaba en una ladera, al norte, no lejos de la encrucijada. Lo que a Ghelel le parecieron varios cientos de hombres y caballos descansaban allí. Vio también un contingente que venía de camino; llevaban sus monturas al paso, sin prisas, ladera abajo.

—¿Los hombres de Urko?

—Sí.

—¿Van a reunirse con nosotros en el sur?

El marqués sacó la pipa de una saquita que llevaba al costado.

—Esa es la pregunta, preboste. Iban a desplegarse contra las Rondas del Sur, pero las cosas han cambiado. Ahora debemos discutir la estrategia, y buena parte dependerá de nuestras decisiones. Como siempre ocurre, supongo, en asuntos de guerra.

El contingente no contribuyó mucho a reforzar la confianza de Ghelel. Entre los desplegados vio las túnicas sobre cota de malla de Siete Ciudades, el cuero hervido y repujado de Genabackis y la armadura de hojuelas de bronce de Falar. No había orden ni parecía haberse hecho ningún tipo de esfuerzo por reglamentar las tropas, salvo por los estandartes y banderas del verde falari. Los soldados parecían tratar el encuentro como una especie de excursión; bromeaban y charlaban entre ellos mientras azuzaban sus monturas por el camino en absoluto desorden. Ghelel miró de soslayo al marqués, la cara corpulenta del hombre no revelaba ningún tipo de ira o indignación ante lo que, después de todo, podía interpretarse como un insulto. El más destacado, un tipo gordo con barba pelirroja ataviado con un camisote de cuero adornado con hojuelas de bronce, inclinó la cabeza a modo de saludo.

—Capitán Tonley a su servicio, señor —dijo en un taliano con fuerte acento.

—Marqués Jhardin, comandante de los Centinelas de la Frontera. La preboste Alil y el sargento Pastor.

—Saludos.

—¿Está el comandante Urko con usted?

—Sí, lo está. Pero no se encuentra disponible ahora mismo.

—¿No está disponible?

—No. Está... —El hombre buscó las palabras adecuadas.

—De exploración —sugirió uno de sus soldados.

El capitán Tonley se animó y su boca esbozó una pequeña sonrisa.

—¡Sí, eso es! De exploración. Vengan, únense a nosotros. —Y le dio la vuelta a su montura.

—Gracias, capitán —dijo el marqués—. Espero que podamos verlo más tarde.

—Oh, sí. —El capitán desechó tales preocupaciones con un ademán—. Volverá esta noche. De momento, únense a nosotros. Que descansen sus monturas. Háblenos de ese ataque del que hemos oído hablar.

El marqués miró al sargento Pastor y asintió, y el sargento levantó un brazo para hacer la señal de «adelante».

Con la caída del atardecer, el vivaque se fue pareciendo cada vez menos a un campamento militar y cada vez más a una reunión de bandoleros. Desde debajo del toldo alzado sobre unos postes que servía de tienda de mando, Ghelel observó las riñas de borrachos que estallaban alrededor de las hogueras, las apuestas y luchas por

el escaso botín que se había reunido hasta el momento y lo que prácticamente era un ejército de seguidores recogido en Ipras e Idryb, que circulaba entre los hombres y mujeres. El capitán Tonley los entretenía con historias de la travesía mientras el marqués lo escuchaba sentado con calma en un taburete de campaña y fumaba su pipa. Ghelel observó que Molk había desaparecido en cuanto habían entrado en el campamento. Con una gloriosa borrachera a esas alturas, sin duda.

Casi nadie se dio cuenta cuando un anciano con dos cubos de cuero llenos de piedra se inclinó bajo el toldo. Dejó caer los cubos y después se quitó el manto de lana demasiado grande y reveló los hombros anchos de un luchador y unos brazos llenos de nudos y cicatrices salvajes que a Ghelel le recordaron a las raíces de un roble. El capitán Tonley se levantó de un salto de su taburete para ofrecerle al hombre un jarro. El tipo bebió mientras los miraba por encima del borde. El marqués se levantó e hizo una reverencia, Ghelel siguió su ejemplo. Al terminar el jarro, el hombre se lo metió en la mano al capitán, que se tambaleó hacia atrás.

—Otro. Hay mucho polvo en las colinas.

El hombre tendió la mano al marqués, que se la estrechó.

—Marqués Jhardin, comandante de los Centinelas de la Frontera. —Indicó a Ghelel—. Nuestra nueva preboste, Alil.

El hombre gruñó y se volvió hacia ella. Ghelel le tendió la mano, que desapareció en la inmensa manaza del otro. Ghelel tuvo la impresión de que su cara era brutal y roma, de color azul napaniano, con unos ojos pequeños y cautos bajo una cordillera de hueso, pelo cortado a cepillo, blanco de polvo, pero lo que arrolló todo fue el dolor que sintió en la mano. Era como si se la hubieran aplastado entre dos piedras.

—Así que esta es nuestra nueva preboste —dijo el hombre mientras la miraba y Ghelel supo que, de algún modo, aquel hombre también lo sabía—. Comandante Urko Costra.

—Comandante —consiguió decir ella con los dientes apretados para aguantar el dolor.

Urko suspiró con aire satisfecho y se sentó en un taburete. El capitán Tonley le puso otro jarro al lado.

—Capitán Tonley. Solo porque yo estoy fuera todo el día, eso no significa que el campamento entero tenga que irse al abismo.

El capitán se encogió un momento.

—No, señor. —Saludó y salió del toldo.

Urko arrastró junto a sí los cubos y le indicó al marqués que se sentase. Ghelel se sentó a su lado.

—¿Qué se sabe de Choss? —A lo lejos, las órdenes cortantes del capitán Tonley llenaron el crepúsculo.

El marqués se puso a rellenar su pipa.

—Ella viene de camino. De hecho, justo detrás de ustedes.

Sorprendida, Ghelel se quedó mirando a Jhardin. ¿Ella? ¿La emperatriz? ¿Venía de camino? Entonces todo podría ser. La batalla que lo decidiese todo.

Pero Urko se limitó a asentir al oír la noticia, como si casi lo esperase. Eligió una piedra del cubo y la estudió, volviéndola hacia un lado y otro. Escupió en ella y la frotó con el pulgar.

—Así que desplegarse hacia el sur es imposible. No podemos tener el río entre nuestras divisiones.

—No. Choss solicita que usted tome el flanco nordeste.

El otro lanzó un gruñido y puso la piedra en una mesa.

—¿Y el sur?

—Nosotros le echaremos un ojo al sur. En Heng no tienen hombres para incursiones serias.

Urko seleccionó la siguiente piedra, la miró con el ceño fruncido y la arrojó a la creciente oscuridad de la noche.

—Bien. Yo defenderé el nordeste. Choss, el centro, Heng bloqueará el flanco sur y los setis acosarán y librarán escaramuzas. —Emitió un largo suspiro que era prácticamente un gruñido—. Supongo que es todo lo que podemos organizarle a la dama.

Ghelel se armó de valor y carraspeó.

—Con el debido respeto, la dama marcha para socorrer a Heng, ¿no es cierto? ¿No deberíamos detenerla antes de que llegue allí?

Las cejas entrecanas de Urko se unieron de repente. Su dueño bajó la mirada para elegir otra piedra. El marqués cogió una taza de la mesa y la llenó de un decantador de barro lleno de vino tinto.

—En apariencia marcha para socorrer a Heng, sí. Pero tendría que saber que no le conviene quedarse atrapada allí. No, la mejor manera de aliviar el asedio sería tomar el campo de batalla.

—¿Disponemos de información sobre el tamaño de sus fuerzas? —preguntó Ghelel. Urko alzó una gruesa ceja al oír la pregunta y levantó la vista de su inspección de la piedra.

—Ameron tiene sus fuentes —respondió Jhardin—. Me han informado de que, como mucho, no puede contar con más de cincuenta mil, y eso suponiendo que llame a filas a todo el mundo por la costa de Carasin, Vor, Marl y Halas.

—Entonces la superaremos en número.

—Sí. Pero el número cuenta menos de lo que cree. Al emperador casi siempre lo superaban en número. ¿No es cierto, Urko?

El veterano general asintió con un gruñido mientras lustraba la piedra con una tela.

—Tiene otros activos... La Garra, por ejemplo. El cuadro de magos. Y siempre existe la posibilidad de que Tayschrenn decida ensuciarse las manos.

Ghelel se acomodó en su taburete. ¡El gran Togg los librase! En eso no había pensado. Pero el mago supremo todavía no se había metido en nada. ¿Por qué iba a hacerlo entonces? Era obvio que todo el mundo suponía que no lo haría. Pensar otra cosa era querer provocar una parálisis.

—Bueno —dijo Urko tras tomar un gran trago del jarro—. Esperaremos aquí a que nos alcancen el resto de las fuerzas. Después nos desplegaremos hacia el nordeste. —Le dio una piedra a Ghelel—. Échele un vistazo a eso.

Un lado de la piedra oblonga era roca áspera, pero el otro revelaba una superficie lisa y curva que resplandecía con muchos colores y le recordaron a la joven a una perla. Tras un momento, el parecido con una concha se resolvió, dibujó una espiral y se fue curvando hacia dentro con una delicadeza extraordinaria.

—Precioso... —dijo en voz muy baja.

Un borde de la boca del general se alzó.

—¿Le gusta?

—¡Sí! Es maravillosa.

—¡Bien! —Se acomodó en su asiento y la observó darle vueltas a la piedra en las manos—. Me alegro de que le guste.

Durante las últimas lunas habían perseguido a Kyle sueños extraños. Dormía intranquilo y con frecuencia se despertaba con un sobresalto, empapado en sudor frío, como si hubiera visto u oído algo aterrador. Y siempre, las imágenes, los recuerdos fantasmas, retrocedían justo cuando él intentaba cogerlos. La última semana a bordo de la Cometa había sido más tranquila, sin embargo. Quizá era el monótono bamboleo, o el asalto del chapoteo de las olas, o las melodías que Ereko tarareaba para sí durante las largas noches al timón, pero él había dormido más tranquilo, o bien su sueño había sido mucho más profundo.

Una noche Kyle soñó, o creyó soñar, no estaba seguro. Lo único que sabía era que de repente fue consciente de que caminaba entre bruma, o lo que parecía bruma, o nubes. Y no estaba solo.

Él caminaba únicamente un paso por detrás, y un poco a la derecha, de una figura delgada y pálida que vestía túnicas gruesas de varias capas que arrastraba por el suelo, un suelo, advirtió Kyle, de tierra cocida seca. Caminaba con lentitud y deliberación, con zancadas largas, las manos anchas a la espalda, la cabeza inclinada, quizá sumido en sus pensamientos. El cabello largo y blanco le llegaba a la mitad de la espalda. El parecido del hombre con el mago, el espíritu del Viento que estaba en la cima de la Espuela, hizo que a Kyle se le llenaran los ojos de lágrimas de emoción contenida, pero también había diferencias; aquel no tenía una constitución tan

poderosa y parecía más alto. Pero mientras miraba, la figura del hombre rieló, cambió y vaciló antes de volver a ser de nuevo el hombre delgado y pálido como la nieve. En ese momento, Kyle podría jurar que había vislumbrado otra figura, una forma bestial que se desenvolvía.

No debería estar allí y eso lo aterraba. ¿Se habían internado sin permiso en algún sitio o habían llegado demasiado lejos en su viaje? Las sandalias del hombre levantaban nubes de polvo, pero ningún sonido llegaba a Kyle de su caída. La bóveda de peltre apagado del cielo hacía que le dolieran los ojos al mirarla, parecía desdibujarse cuando la estudiaba con demasiada atención. Las sombras volaban entre ellos dos, se arrojaban al suelo a su alrededor, todas sin ninguna fuente aparente.

Al final, tras Kyle no supo cuánto tiempo, un destino se destacó en el horizonte, una colina baja y oscura de algún tipo de estructura. Se resolvió en un montón de cristales gigantescos, oscuros y ahumados, tan grandes como un edificio. Al llegar, el hombre plantó los pies con firmeza y por lo que Kyle pudo ver, apoyó la barbilla en un puño mientras examinaba la formación con cuidado, de derecha a izquierda. Cuando tomó una decisión, cogió un cristal con las dos manos. Hizo un esfuerzo, entre gruñidos y siseos, y con un crujido inmenso el enorme fragmento cedió. Se alzaba el doble de la altura del hombre, que ya por sí mismo era mucho más alto que Kyle. El hombre lo arrojó a un lado y estiró la mano para coger otro.

—¡Espera!

Kyle y el hombre giraron en redondo.

Una figura delgada se acercaba a ellos, de piel oscura, con un manto negro como la noche sobre ropas brunas, alto, de cabello largo y blanco. Al observar el pelo, Kyle se preguntó si habría un ancestro común entre aquellos dos.

—Anomandarís —saludó el hombre al recién llegado al tiempo que se erguía y dejaba caer los brazos sueltos a los lados.

Anomandarís se inclinó.

—Liossercal. —Al acercarse más, Kyle vio que el hombre no era dalhonesio ni perteneciente a ninguna otra tribu de piel oscura, sino que no era humano: su piel negra parecía absorber la luz apagada que caía sobre ella, pero sus ojos eran lámparas doradas brillantes que resplandecían en ese instante con una especie de diversión temeraria.

—¿Qué asunto te trae aquí?

—Yo podría preguntar lo mismo.

Liossercal se cruzó de brazos con un rumor sordo.

—Indagar.

La ceja sobre un ojo dorado se arqueó. El recién llegado dio una patada al cristal roto.

—Es posible que el sujeto no sobreviva a la investigación.

Los brazos volvieron a caer y unas manos grandes se extendieron.

—¿Y qué?

Un encogimiento de hombros.

—Es joven todavía, Liossercal. Un niño. ¿Descuartizarías a un niño?

Liossercal, que todavía daba la espalda a Kyle, parecía sorprendido.

—¿Un niño? Es nuevo, sí, el más débil de estas extrañas invasiones de nuestros reinos y por tanto, muy apropiado para mis propósitos. Pero ¿un niño? En absoluto.

El llamado Anomandaris avanzó un paso.

—De eso se trata. Es nuevo y por tanto informe. ¿Quién puede decir cuál es o no es su carácter o propósito? ¿Tú? El universo que habitas es un universo de certidumbres, según he aprendido. ¿Así que puedes decir con seguridad que conoces el futuro?

—Un argumento muy pobre. Así me das la razón. Lo que puedo decir de una certidumbre es que jamás lo sabremos a menos que investiguemos. —Y Liossercal se volvió hacia la formación.

—No lo permitiré.

Liossercal se quedó quieto y se volvió poco a poco hacia el recién llegado.

—Un océano de sangre vio nacer el acuerdo ganado a duras penas entre nuestros reinos, Anomandaris. ¿Quieres arriesgarlo? ¿Por esto? ¡Ni siquiera es de nuestra existencia! Es ajeno a nosotros, muy posiblemente una amenaza. Quiero resolver este misterio.

Los ojos de Anomandaris parecieron refulgir todavía más en la oscuridad.

—Es mi interpretación que esta casa es de Emurlahn y Emurlahn existe como prueba del acuerdo entre nuestros reinos. Amenaza uno y lo amenazas todo.

Liossercal se irguió y ladeó la cabeza. Tras un momento asintió con gesto pensativo.

—Muy bien. Reflexionaré sobre esa nueva luz que traes a la situación. Una venia, entonces, por un tiempo, para esta Casa de Sombra.

Anomandaris inclinó la cabeza para expresar su acuerdo. Una sonrisa levantó sus finos labios y lo invitó con un gesto a las llanuras vacías.

—Háblame de Resuthenal, entonces. ¿Cómo se encuentra?

Liossercal se llevó las manos a la espalda y aceptó la invitación de Anomandaris. Echaron a andar uno junto al otro.

—Está bien de salud, aunque la mención de tu nombre todavía la encoleriza. Sobre todo cuando señalo que perdió por su propia estupidez.

Anomandaris lanzó una carcajada.

—Sí, eso encolerizaría a cualquiera.

Kyle deseaba seguirlos, desde luego sabía que no debería quedarse. Las cosas de las que hablaban los dos eran absolutos misterios para él, pero temía quedarse atrás,

perderse en ese extraño sueño. Ojalá pudiera haber visto al hombre por delante, sabría entonces con certeza si soñaba con el patrón de su tribu, el rey Viento en persona. Y que ya estaba muerto, asesinado por Cogulla. Luchó por obligarse a seguir a las dos figuras que se alejaban.

—Ya has llegado muy lejos, diría yo.

Kyle se volvió. Miraba a una mujer, una mujer de extraordinaria belleza con unos profundos ojos negros y el cabello liso, largo y negro, lucía un vestido suelto que rielaba en tonos blancos y plateados. Kyle intentó arrojarle bocabajo en la tierra ante esa diosa, pero se encontró con que no podía. Cerró los ojos y apartó la cara. ¿Quién era? ¿La hermana Amanecer? ¿La reina de la Noche? ¿La gran diosa Madre?

La mujer se echó a reír y el sonido le provocó a Kyle escalofríos por la columna.

—Ven conmigo, Kyle. Es hora de que regreses. Estás en compañía poderosa, muchacho, y te está arrastrando con sus vagabundeos. Tus sueños no te pertenecen. Y he de decir que son bastante peligrosos. —La mujer se lo llevó de allí.

Tras un momento, Kyle se atrevió a preguntar.

—¿Quiénes eran?

La mujer agitó una mano con desdén.

—Recuerdos. Nada más que viejos recuerdos pegajosos.

Kyle volvió la vista y miró el montón, la «casa». Le sobresaltó ver otra figura más que se encontraba junto a ella, también era alta y delgada pero, por su silueta, bastante harapienta y con una espada larga a la espalda. Kyle levantó una mano para señalar, pero la mujer, la diosa, o quienquiera que caminara a su lado, lo empujó a seguir.

—Algunas cosas —dijo— es mejor que pasen desapercibidas. Y ahora —la mujer lo miró— es hora de que continúes tu camino.

Kyle abrió la boca para hablar, pero se dio cuenta de que no podía. Estaba paralizado, inmóvil. Su visión se oscureció. Oyó agua que se acercaba.

—¿Muchacho? ¿Kyle?

Kyle abrió los ojos. Acecho estaba agachado sobre él con los ojos castaños entrecerrados. Al ver a Kyle despierto, el explorador rezongó y se apartó.

—Estabas profundamente dormido. Ha surgido algo.

—¿Qué?

Como única respuesta, el explorador hizo un ademán indignado con la mano y señaló el mar. Kyle se incorporó. El cielo y el mar se habían empastado con la luz gris informe previa al amanecer. La bruma los envolvía por todos lados. La vela colgaba sin fuerzas. Estaban en calma chicha. El muchacho volvió la cabeza y miró a Ereko, que estaba sentado inmóvil, la mano quieta en el timón y los ojos entrecerrados clavados en la niebla. Kyle cambió de postura y se volvió a popa.

—¿Qué pasa? —susurró.

Un encogimiento de hombros del gigante, que no apartaba los ojos de la bruma.

—Algo. Una presencia. Pero —y esbozó una sonrisa sesgada— yo no tengo miedo.

—Nos hemos movido. —Eso lo dijo Viajero, en proa.

—Sí. La pregunta es... estamos más cerca o más lejos... —Ereko levantó una mano y tomó una profunda bocanada de aire que también olisqueó—. Tierra —anunció con una sonrisa.

Acecho fue hasta la regala y olisqueó el aire. Miró al gigante.

—¿Desierto?

Ereko asintió.

—Odio los desiertos —dijo Fochas.

—El lagarto le produce una indigestión tremenda —explicó Malas Tierras.

—Coged los remos —dijo Viajero.

Los hermanos prepararon los remos. Kyle se sentó ante uno y flexionó el brazo que Ereko había curado la tercera noche tras su partida.

—Creo que todo te produce indigestión, Fochas.

Ya sentado, el hermano hizo un esfuerzo furioso con el remo y dejó escapar un enorme pedo. Los miró, sorprendido.

—Por la dama Oscura, tienes razón. Hasta remar me provoca indigestión.

Acecho le propinó un golpe en el hombro.

—Presta atención. Oigo las olas.

La bruma se disipó y el viento se alzó y reveló una costa larga y plana de dunas protegida por un arrecife. Ereko se irguió en toda su altura y recorrió la costa con los ojos. Asintió para sí, satisfecho.

—Al norte, rodeando la costa, cierto espacio todavía. —Y se sentó para darle la vuelta al timón y alejarlos de las olas que rompían en el arrecife—. Preparad la vela.

La búsqueda que hizo el capitán Musgo de Salvaje, el seti de las colinas, los llevó a él y a su tropa de treinta jinetes al norte de las accidentadas estepas altas que formaban el corazón del territorio seti. De camino se encontraron con bandas de jóvenes setis, soldados de las sociedades guerreras del Chacal, el León de las Praderas, el Hurón, el Lobo y el Perro, tanto hombres como mujeres. Algunos exigían pagos en armas o monedas antes de permitir continuar a la tropa de jinetes malazanos; otros retaban a Musgo a un combate singular, pero cuando les decía que iba en busca de Salvaje, se reían y decían que entonces se lo dejarían a él.

Las tropas entraron en las Tierras del Chacal, así llamadas por Ryllandaras, el legendario hombre-bestia, hermano de Treach, que había ascendido en los últimos tiempos como Trake, dios de la guerra. Las bandas junto a las que pasaban ya no

continuaban al sur, sino que los seguían y se fundían en una escolta informal que empezaba a alcanzar un número considerable. Musgo también observó que muchos ya no llevaban fetiches o colores que proclamaran su alianza a una u otra asamblea.

Al tercer día, el humo anunció la llegada a un gran campamento. El ritmo lento de Musgo lo llevó al mismísimo borde de una escarpa cubierta de hierba que caía verticalmente hasta un amplio valle salpicado de tiendas de pieles y corrales. Musgo espantó los gordos tábanos que le rodeaban la cabeza para picarlo y se acomodó en la silla del caballo.

—Casi un millar, diría yo —le comentó a su sargento, que asintió. El sargento, con una gran bola de hojas de roya abultándole la mejilla, levantó la barbilla y señaló el este, donde un tajo erosionado ofrecía un modo de bajar—. Tendrá que servir —suspiró Musgo, y con un gesto mandó continuar a sus hombres.

Cruzaron un delgado arroyo, un resto diminuto de lo que en otro tiempo debió de ser una corriente inmensa. En la orilla contraria se había reunido una multitud. La mano levantada de un anciano seti detuvo a Musgo, que inclinó la cabeza para saludar y después dobló una rodilla alrededor del pomo de la silla y se quedó observando. Gracias a la altura que le proporcionaba el caballo, vio que la multitud rodeaba un óvalo de terreno despejado. En un borde se encontraba un joven seti, alto y musculoso, el torso y las piernas desnudas manchadas de pinturas proclamaban sus muchas victorias. Sus hermanos y hermanas de cuchillo se reían con él y le ponían más pintura en la cara. Uno le metió un cuchillo de lucha de aspecto funcional en la mano. Musgo echó un vistazo por el óvalo en busca del oponente del joven, pero no vio ninguna figura probable. Al final lo que apareció fue un candidato muy improbable que se irguió de su postura agachada. Un viejo de barba dejada y melena gris enmarañada. ¿El Salvaje seti? Si lo era, era de una generación seti mucho más antigua, de esos tiempos en los que no era habitual encontrarse con nadie que superara en altura los lomos de sus monturas.

Musgo se inclinó hacia una guerrera de esa tribu y se dirigió a ella en taliano.

—¿Qué está pasando?

La mujer respondió de mala gana.

—Un desafío.

—¿Quién iba a desafiar a un hombre tan anciano?

La mujer levantó la cabeza y le sonrió con unos dientes blancos y afilados.

—El anciano lo desafió a él.

—¿Por qué? —Pero la mujer no respondió porque el anciano había sacado un cuchillo de la parte posterior de sus pantalones de piel de ciervo y avanzaba. Agitó la hoja y llamó al joven alto. Musgo lo vio entonces con más claridad; aparte de los pantalones, vestía solo un grueso chaleco de cuero que revelaba un pecho fuerte y grueso cubierto de vello gris plateado y unos brazos doblados igual de peludos que

parecían colgar con una longitud antinatural. Los labios se habían apartado de los dientes amarillentos, como auténticos caninos, con una sonrisa impaciente, casi desdeñosa. El joven guerrero se rió y avanzó, pero Musgo sabía que iba a meterse en un lío mayor de lo que esperaba; el anciano era prácticamente tan ancho como el otro alto.

Musgo siempre había pensado que esos desafíos rituales eran escenas multitudinarias, chillonas y caóticas, pero un silencio sobrenatural se había apoderado del gentío, como si contuvieran el aliento de forma colectiva. Los dos combatientes se agacharon y estiraron los brazos hacia el otro. Musgo se irguió en la silla de montar, un tanto nervioso, puesto que quizá estuvieran a punto de destripar al objetivo de su misión delante de sus propios ojos.

Las hojas rasgaron, las manos aferraron, un gruñido, el crujido de un golpe sólido, y el joven se apartó con un giro brusco, la mano en la cara, donde la sangre brillante le manchaba la barbilla. Muchos entre la multitud dejaron escapar el aliento en una exhalación de connivencia. El anciano se irguió, hizo un gesto como si tirara algo, como si quisiera decir «hemos terminado» y se volvió para irse.

Pero el joven apartó con cólera las manos de sus amigos y avanzó por el centro del óvalo. Varias advertencias hicieron volverse al anciano. Al girar exclamó algo, el joven respondió con un gruñido y se puso en guardia. Con un encogimiento de hombros, el anciano se sometió y avanzó. Esa vez llevaba los brazos muy abiertos y las manos vacías. La multitud que los rodeaba se tensó, conmocionada, y retrocedió un paso para dejar más espacio. Los dos se rodearon con cautela, el joven gritando, quizá exigiendo que su oponente se armara. El anciano se limitaba a esbozar su fiera sonrisa de batalla, mostrando los dientes. Después de dos vueltas, el joven se rindió, chilló algo a la multitud (era de suponer que les pedía que dieran fe de que él le había dado al viejo necio todo tipo de oportunidades para defenderse) y atacó.

Esa vez el intercambio duró más tiempo. El joven lanzó estocadas, buscaba una abertura mientras el anciano cedía terreno y lo esquivaba. Musgo solo pudo sacudir la cabeza, para él estaba muy claro, maldita fuera. El joven blandió el arma y el anciano pareció adelantarse con gesto casual y girar, luego se arrojó sobre su oponente, pero sin soltarle el brazo. Ese brazo se vio forzado hacia atrás cada vez más. Un chillido del joven. Un ángulo enfermizo y el crujido húmedo del codo. Y el anciano se irguió dejando al joven sujetándose el brazo y meciéndolo como si fuera un recién nacido tullido.

La mujer seti que estaba junto a Musgo murmuró algo y Musgo le lanzó una mirada inquisitiva.

—Debería considerarse afortunado —le explicó ella—. El Jabalí ha tenido mucha paciencia con él.

—¿El Jabalí?

—Algunos lo llaman el Jabalí. Muchos ancianos juran que les recuerda al Jabalí de su juventud.

—¿Quién era ese? —Musgo notó que, desde el otro lado del óvalo, el Jabalí lo estaba mirando con expresión firme.

—Fue nuestro último gran campeón, hace una generación. Nadie podía derrotarlo.

—¿Qué le pasó?

La guerrera seti le lanzó a Musgo una mirada extraña y penetrante.

—Vuestro Dassem Ultor vino a vernos.

Salvaje, o Jabalí, se dirigía en ese momento con paso decidido hacia el caballo de Musgo. La multitud se retiraba a su paso, algunos estiraban la mano con gesto reverente para tocarlo cuando pasaba.

—Tú, capitán —exclamó en dialecto taliano. Musgo se dispuso a desmontar—. ¡Quédate ahí arriba! —Musgo obedeció con un encogimiento de hombros.

El seti se detuvo junto a la montura de Musgo. Unos ojos pequeños y marrones bien ocultos entre salientes de huesos estudiaron a Musgo y recorrieron toda su figura. Olisqueó arrugando la nariz aplastada.

—Huelo un hedor que hace mucho tiempo que no olía, capitán. Y no me gusta. Te puedes quedar esta noche. Pero no salgas de tu campamento.

Musgo inclinó la cabeza.

—El caudillo Toc envía saludos y le hace una invitación.

—Se puede guardar las dos cosas.

—Puede traer una escolta, quizá cincuenta de sus más leales...

—No me interesa ponerme a recordar. Yo miro al futuro. Un futuro sin ninguno de vosotros, extranjeros.

—¿No ayudaría en ese aspecto un futuro sin Heng?

—¿Heng? —El anciano lanzó un bufido—. ¿Heng? —Esbozó su sonrisa desconcertante, ávida, bestial—. Ya llevas algún tiempo en el camino, ¿verdad, capitán? Bueno, ha llegado recado. Heng ya no es más que entretenimiento menor. La dama ha salido de Unta. Viene por mar.

Musgo se lo quedó mirando. *Así que viene. Ahora su elección importaría incluso más.* Hizo una reverencia lo mejor que pudo a caballo.

—Muchas gracias. Es una buena noticia. No lo sabía.

El anciano, Salvaje, Jabalí, frunció el ceño con un gesto feroz.

—Sí. Muy buena, cómo no. Permite que te diga que tengo unas cuantas cosas que comentar con ella, si quisiera molestarme. —Después mandó marchar a Musgo con la mano—. Y ahora vete. Hemos terminado. —Se alejó con paso firme sin esperar respuesta.

Tras un minuto, Musgo desmontó. Unos guerreros setis le señalaron un campo vacío y él indicó a sus tropas con la mano que se dirigieran allí. Mientras sus hombres

llevaban sus monturas al vivaque, Musgo observó a Salvaje, que en ese momento estaba agachado con unos ancianos, hombro con hombro, formando un círculo, compartiendo una pipa y una bandeja de comida. ¿Quién era aquel hombre? Los hombres como él no aparecían de repente de la nada, debía tener una historia. Un veterano malazano, al menos eso era obvio, pues había reconocido el rango de Musgo. Había luchado fuera y había aprendido mucho del mundo. Un oficial seti que había regresado del extranjero. ¿Cuántos podía haber? Toc y los atamanes tendrían los recursos para averiguarlo. Cuando volviera, el misterio se resolvería. Entonces sabría también si ese hombre podría terminar siendo un factor en su misión... o no. Tiró de las riendas de su montura para llevarla tras sus hombres.

CAPÍTULO 4



Una batalla es para que un ejército la gane o la pierda; la guerra es para que una civilización la gane o la pierda.

«Sabiduría de Irymkhaza»,

Los Siete Libros Sagrados

Nevall Od'Orr, factor jefe de Cawn, estaba desayunando té y melón verde en su terraza con vistas a la calle de la Discreción Virtuosa cuando el despreciable de su sobrino le gritó desde abajo.

—¡Otra flota, tío! ¡Una flota! —Nevall se atragantó y se quemó el paladar, y después escupió el líquido ofensor por la terraza.

—¿Qué? ¿Ya? —Se acercó a la barandilla y sí, allí estaba, una nube de velas se acercaba a la bocana del puerto. Su pérfido sobrino había partido a toda prisa hacia los muelles en su nuevo palanquín azul cielo. Dioses, hasta el tonto del pueblo viajaba con estilo en esos tiempos.

Bueno. Así que ya había llegado. La dama debía de haber matado a todos sus galeotes o bien se había dedicado a exprimir a fondo a un mago de Ruse. Todo como le habían dicho sus fuentes, y por qué no, después de todo, les pagaba una fortuna. Otra fuerza expedicionaria más que ordeñar a conciencia. Por el miembro infértil del Embozado, después de exprimir todo el oro de esa fuerza, hasta los perros viajarían en cojines de seda. Arrojó el medio melón a las losas manchadas de barro y mierda de la calle para que los mendigos se pelearan por él y pidió que le prepararan las túnicas del cargo. Su último pensamiento en la terraza fue que le gustaría tener un palanquín mucho más grande.

El muelle estaba atestado de espectadores, pero sus guardaespaldas le abrieron camino a golpes.

—¡Dejad paso a vuestro representante electo! —bramaba Groten mientras apartaba a puntapiés a los ciudadanos de Cawn.

—¿Qué pasa? ¿Qué ves? —exclamó Nevall entre los cortinajes.

Groten metió la cabeza de bala reluciente entre las telas. Se pasó una mano por la frente sudorosa.

—Pequeña para ser una flota imperial, señor.

—Factor jefe. ¿Y qué esperabas? Deben de ser los elementos de cabeza.

—Si usted lo dice, señor. —Apartó de un manotazo las tenues colgaduras.

—¡Groten! ¡Estás manchando de sudor la tela!

—Perdón. —El hombre agachó la cabeza y miró fuera—. Y además son unos trastos desvencijados, señor.

—Bueno, seguramente se ha visto obligada a requisar las gabarras y los botes que quedaron en el puerto de Unta. He oído que el ataque de unos mercenarios le costó muy caro.

—Eso dice usted, señor.

Nevall lo despidió con un ademán.

—Tú llévame a quien atraque.

—Sí, señor.

Cuando los peones ataron las maromas a los bolardos y estuvo lista la pasarela, Nevall hizo que sus porteadores lo dejaran en el suelo. Pidió ayuda con la mano para levantarse del palanquín. Un representante bajó por la pasarela, un comandante o capitán. Nevall se colocó bien las gruesas túnicas de terciopelo propias de su cargo y miró con aire miope al tipo. Para gran sorpresa del factor jefe, el hombre vestía una cota de malla larga que arrastraba por la pasarela, yelmo alto y guanteletes articulados de hierro cubiertos por hojuelas. Y el equipo tampoco era nuevo. Estaba ennegrecido y restregado, como si lo hubieran tirado al horno de un herrero.

—Cawn da la bienvenida... —Nevall registró los mástiles, las cuerdas, en busca de banderas o cualquier tipo de heráldica—. Da la bienvenida... a sus fuerzas. Considérese entre amigos.

El tipo se detuvo delante de él. El yelmo alto se volvió y examinó todo el puerto.

—Requerimos acarreo y monturas. Carros, carretas. Toda la comida que pueda proporcionar para un ejército de campaña.

—¡Por supuesto! Será un placer. Pero les ha precedido una fuerza secesionista. No nos dejaron nada. De lo poco que tenemos hay una necesidad vital para alimentarnos nosotros y nuestros hijos. —Nevall lanzó una risita de autodesprecio—. En nuestra defensa, debo advertirle que costará mucho separarnos de lo mínimo.

El metal chirrió y arañó otro metal cuando el yelmo descendió para mirarlo a la cara.

—¿Costará qué?

Las llamas iluminaban la columna de la Guardia Carmesí que trepaba por el

camino del oeste de la ciudad. A pie, Trémula hizo una pausa para mirar atrás y contemplar el incendio de Cawn y los edificios que se derrumbaban convertidos en ruinas carbonizadas. Las carretas apiladas hasta arriba con alimentos acumulados y ocultos pasaban junto a ella como un trueno, arrastrados por caballos de carrera, purasangres que luchaban y sudaban con los ojos en blanco por aquel tratamiento al que no estaban acostumbrados. Una columna de impresionadas levass de Cawn también marchaba por el mismo camino, picas y lanzas torcidas, los jóvenes con los ojos también muy abiertos por aquel tratamiento al que tampoco estaban acostumbrados. Trémula se frotó el costado donde Shell había hecho un corte profundo para curar la infección producida por aquel cuadrillo de ballesta, una de las peores heridas que había sufrido jamás.

En la reunión de campaña, ella se había opuesto a cualquier enganche forzoso, pero tenía que admitir que aquellos reclutas hacían falta para ampliar la base de fuerzas de la Guardia. Un cuadro de oficiales de casi cien juramentados comandaba una fuerza de nueve mil veteranos de la Guardia, un número que aumentaba gracias a los casi quince mil reclutas de Bael, Stratem y Cawn. Una fuerza reducida en número, lo sabía, en comparación con los ejércitos del Imperio, pero los juramentados valían mucho más que los números y doce eran magos.

Observó las llamas que lamían el horizonte del sur y la calima de humo que se enroscaba y se preguntó cuántas ciudades y asentamientos habían dejado en una situación similar. ¡Tantos! ¿Para todos ellos su nombre era una maldición? Como con toda seguridad lo era para los cawneses. Pero ¿acaso no habían llegado como libertadores? Se quitó un guantelete manchado de hollín y se frotó los ojos durante un rato, como si intentase bloquear la visión. Una tos llamó su atención y se dio la vuelta; el renegado malazano, Melena Gris, estaba a su lado. Con el casco bajo un brazo, las ranuras de sus ojos de color azul hielo parecían contemplarla con una preocupación auténtica.

—¿Sí?

El hombre levantó el rastrojo gris de la barbilla hacia el oeste.

—Ya hace rato que pasó la columna, teniente.

Trémula frunció el ceño y siguió la mirada del hombre; así era, mientras ella permanecía ensimismada en sus pensamientos, la columna se había ido alejando. Trémula notaba que tales momentos se daban cada vez con mayor frecuencia desde que ella y los otros juramentados habían empezado a moverse entre (cómo lo diría) hombres y mujeres normales. En ocasiones, un juramentado o ella misma, u otro y ella se encontraban compartiendo una conversación, o sus recuerdos, y de repente se daban cuenta de que una tarde entera había huido. Era como si hubieran entrado en un tiempo diferente (o, para ser más precisos, en una percepción diferente) al del resto de la humanidad.

Inclinó la cabeza e invitó a Melena Gris a continuar.

—¿Nos reunimos con ellos?

Una media sonrisa tiró de la boca carnosa del hombre, que se inclinó.

—A muchos de los juramentados les extraña que estés aquí con nosotros, Melena Gris. —Ella siguió hablando mientras caminaban—. Una vez más nos enfrentaremos a los imperiales, quizá a los de tu antigua tropa.

Un asentimiento pensativo.

—Nos enfrentaremos a los imperiales, pero ninguno de mi tropa. Esos continúan atrapados en Korel. Lo cierto es que estoy incluso más contento de encontrarme entre la Guardia con lo que oímos de esa guerra civil, o insurgencia, llámalo como quieras, y esa Liga Taliana. Yo diría que cualquier, eh, reorganización doméstica con un poco de suerte podría surtir efecto contra la continuación de... eh... los problemas en el extranjero.

Trémula contempló a aquel antiguo comandante de amplios hombros. El viento tiraba de su largo cabello liso y gris; el sol y el viento habían bronceado sus rasgos redondos y francos con el tono oscuro de una baya. Era obvio que el hombre había aprovechado la parte que le tocaba de los rituales Denul prolongadores de la vida que permitían las riquezas del Imperio. Se le ocurrió que ahí estaba una de las pocas personas vivas que podrían considerarse parecidas a un juramentado. Pero, hasta el momento, ¿qué había demostrado mientras estaba con ellos? Muy poco. La mayor parte de los hermanos y hermanas de Trémula se mostraban (para ser honestos) desdeñosos con ese hombre. Lo consideraban un fracaso, un oficial con alguna tara que se había quebrado bajo la presión de un mando difícil. Sin embargo, Trémula percibía en él algo más. Una fuerza velada lo bastante potente como para haber desafiado no solo a sus propios superiores sino también a la Guardia de la Tormenta korelana. «Problemas en el extranjero.» Era obvio que allí tenía también a un oficial que sentía en lo más hondo las responsabilidades de liderar a sus soldados.

—He estado considerando a mi personal y te ofrezco una capitanía y el mando de un flanco en el campo de batalla.

Las cejas canosas del hombre se dispararon.

—¿Una capitanía?

—Sí. ¿Aceptas?

—Me honra tu confianza. Pero quizá haya objeciones...

—Por supuesto que habrá puñeteras objeciones, pero no desafíos. ¿Aceptas?

—Sí.

—Bien. ¿Y ahora qué podemos hacer para poder fiarnos de estos reclutas?

Una sonrisa de dientes blancos y cuadrados.

—Unas cuantas pequeñas victorias harían maravillas.

Las cámaras de la Corte Suprema de Magistrados que gobernaba en Li Heng se conocían con el nombre oficial de Salón de la Prudencia y la Guía Consciente; para otros era el palacio de los Morros y los Balbuceos. Como era de esperar, reflejaba la ciudad en una sala redonda donde una galería elevada se asomaba a un patio central. Una mesa continua de mármol rosa rodeaba la galería superior y era desde allí desde donde los magistrados escuchaban a los solicitantes que permanecían abajo.

Arrojo, con el torso envuelto en vendas ceñidas bajo los cueros, ocupaba ese patio junto con Storo, Seda, Liss, Rell y el capitán Gujran. Apretaba los dientes y hacía lo posible por no largarse de ese absurdo procedimiento de inmediato. Pero Storo había «solicitado» su cooperación, así que estaba presente, a pesar de que necesitaba como el respirar una jarra de algo fuerte. También era la primera vez que veía a Seda desde el ataque, el mago había estado muy ocupado o bien ausente en los últimos días. Ella todavía tenía muchas preguntas que hacerle sobre ese mago de la ciudad, Ahl.

Los magistrados rebuscaban y revolvían en sus papeles, o, más bien, rebuscaban y revolvían sus sirvientes, sentados tras ellos y actuando como sus amanuenses. Muchos ojos, observó Arrojo, se clavaban no en Storo, como sería de esperar, sino más bien en el joven genabackeño enjuto y fuerte, Rell, que permanecía con la cabeza gacha, el largo cabello grasiento ocultándole la cara. Abundaban los rumores sobre lo que había logrado ese hombre en la puerta Norte de la ronda Interior. A Arrojo no le sorprendía, lo había visto en acción muchas veces como para sorprenderse con cualquiera de sus increíbles hazañas con la espada.

El magistrado Ehrlann dio unos golpecitos con el extremo de la vara en la mesa y carraspeó.

—Honorables compañeros magistrados, ciudadanos congregados, solicitantes. Nos hemos reunido aquí para comentar las medidas a tomar tras las recientes catástrofes infligidas en esta ciudad por sus líderes militares actuales. —Tras Ehrlann, su sirviente, Jamaer, garabateaba con torpeza en un pergamino que equilibraba sobre las rodillas. El magistrado señaló a Storo con la vara—. Sargento Storo Matash, ascendido a puño de forma temporal, ¿tiene algo que decir en su defensa en este momento?

Storo soltó las manos que se había llevado a la espalda, su amplio rostro permanecía impassible.

—Nada.

—¿Nada?

—Nada.

En las alturas, sobre ellos, los magistrados intercambiaron miradas incómodas. Ehrlann sacudió la vara como si quitara el polvo a la mesa del caso.

—Muy bien, comandante. No nos deja más alternativa que continuar y tomar las dolorosas medidas que ha decidido este tribunal. —Señaló con la vara—. Puño,

queda despojado de su rango, está despedido y queda bajo arresto por negligencia supina. —La fusta cayó sobre el capitán Gujran—. A usted, capitán, por el poder investido en este tribunal, se le asciende al rango de puño (solo de una forma provisional, por supuesto), y se le encomienda el mando militar de esta ciudad. Su primera acción como comandante será abrir negociaciones con la fuerza de asedio para explorar los términos de una posible rendición. Ahí está, puño Gujran. Ya tiene su misión. Por favor, actúe en consecuencia.

Arrojo se había vuelto para mirar por la sala, las caras inflexibles de los magistrados que los miraban furiosos desde su círculo. Se le ocurrió que aquel sitio no tenía ni una sola ventana. Solo siete viejos y cinco viejas que parpadeaban mirándose unos a otros en aquella habitación circular. Le pareció que una única ventana que se asomase a la ciudad hubiera ayudado mucho a aquel tribunal. Pero en aquellas circunstancias, el capitán Gujran, que estaba a su lado, se limitó a rascarse una ceja chamuscada y a decir:

—No.

La vara se quedó inmóvil.

—¿No?

—No.

La vara tembló.

—Piense, capitán. Está arriesgando su futuro, su carrera. Se le está ofreciendo un rango muy por encima del que podría alcanzar jamás teniendo en cuenta su educación y su clase.

Las manos de Gujran se apoyaron en su cinturón.

—No se está haciendo ningún favor con eso, magistrado.

—Ya basta de charadas —estalló el magistrado Plengyllen desde donde estaba sentado, a un cuarto de vuelta de la sala—. Arréstenlos a todos. —Llamó con la vara a un guardia—. Reúna a los soldados de la corte. Arresten a estos criminales.

El guardia miró al centro de la sala. Storo asintió con un gesto casi imperceptible. El guardia salió. Tres de los doce magistrados también se levantaron de un salto y se apresuraron a abandonar la sala. Arrojo cogió a Storo por el brazo para señalar, pero Storo desechó la preocupación de su subordinada con un ademán. Poco después volvieron a aparecer los magistrados: entraban de espaldas en la cámara, obligados por los soldados que llenaban todas las salidas.

El magistrado Ehrlann miró a su alrededor, observó a los soldados, los colores imperiales, y maldijo. Después arrojó la vara a la mesa y deslizó los dedos por el borde delantero con la boca crispada de indignación.

—Estupendo —siseó—. A esto hemos llegado. Usurpación del legítimo gobierno republicano. Una vez más los malazanos os reveláis como los piratas y matones que sois. Vuestro gobierno es el de la espada y el puño. Nuestra autoridad surge del

consentimiento de los gobernados. Veremos a quién aprueba la historia.

Storo inclinó la cabeza hacia los guardias, que indicaron a los magistrados que abandonaran sus asientos.

—Me parece a mí, magistrado Ehrlann, que usted solo es legítimamente ciego a la verdad que dice que la opresión se da de muchas formas. Considere, si es capaz, el más bien reducido electorado en cuyo nombre usted y su círculo aseguran hablar en esta ciudad durante los últimos cien años.

El magistrado se quedó mirando a Storo, al igual que Arrojo. Jamás antes había oído hablar a aquel hombre de ese modo. Se le ocurrió que muchas horas de costosas lecciones privadas era lo que se ocultaba tras tales opiniones. El contacto con las clases gobernantes parecía estar sacando a la luz los talentos ocultos de su superior.

Cuando un guardia estiró el brazo hacia él, Ehrlann se giró hacia su sirviente.

—¡Haz algo, Jamaer! ¡Me están arrestando! —La pluma de Jamaer arañó el pergamino mientras copiaba, como era su deber, las palabras del magistrado. Con un gruñido salvaje, Ehrlann tiró de una palmada los papeles del regazo del hombre—. ¡No, no! Haz algo, idiota. ¡Llevas más de treinta años trabajando para mí! ¿Es que eso no cuenta para nada?

Con gesto lento y solemne, Jamaer le entregó al magistrado su paraguas.

Arrojo contuvo una carcajada mientras Liss lanzaba una risita. La incomprensión aturdida en la cara de Ehrlann era digna de verse.

Una vez que se llevaron a los magistrados, Storo ordenó a la guardia que se retirara. Esperó a que se despejara la sala con las manos de nuevo entrelazadas a la espalda mientras estudiaba el suelo de losas de mármol negras. Seda se paseaba y Arrojo observó que a pesar de la oportunidad, incluso en una ciudad sitiada, el mago todavía tenía que sustituir o arreglar sus raídas galas o incluso reparar sus botas gastadas. También observó que, si bien el mago se paseaba de un lado a otro de la sala, su mirada regresaba sin cesar a Storo. Mientras que Storo, le pareció a la veterana, con los ojos bajos, evitaba la atención del hombre.

Entonces Liss se irguió con un siseo y miró la única entrada de la planta baja. Seda dejó de pasearse. Entraron tres hombres, o, más bien, tres versiones de lo que a Arrojo le pareció el mismo hombre, aunque cada uno iba vestido de forma diferente: Ahl, el mago que la había salvado a ella. Arrojo se frotó los ojos. Liss se encogió de forma visible y se apartó del avance de aquellos tres. Rell reaccionó a las tensiones de la sala y fue colocarse junto a Storo, con las manos en los mangos de las dos espadas que habían regresado a los tahalíes del hombro.

La mirada acalorada de Liss salió disparada hacia Seda.

—¿Cómo te atreves a invitar a este hombre... a esta criatura... de regreso a la ciudad?

—Necesitamos aliados, Liss.

Un brazo grueso se disparó y señaló.

—¡Ese sendero es una abominación!

Los tres sonrieron al unísono, aunque sus sonrisas no eran idénticas; el que Arrojo estaba segura que se había presentado como Ahl, el lado izquierdo de su cara se caía como si estuviera muerto, mientras que el lado derecho de otro colgaba flácido, también como si estuviera muerto. El tercero no parecía sufrir tan aflicción en absoluto. Al estudiarlos con más atención, Arrojo notó muchas más diferencias: uno tenía el pelo corto mientras que a otro le colgaba largo y desaliñado. Cada uno lucía diferentes heridas: una brecha facial uno, una mano mutilada y mal curada en otro.

—Un placer ver... —dijo el que vestía los cueros ligeros de un soldado.

—...te a ti también... —dijo Ahl, que lucía sus túnicas sucias y deshilachadas.

—... Liss —terminó el tercero, con una túnica de piel de oveja vuelta del revés y atada con un fajín a la cintura.

—Explicaciones, Seda —exigió Arrojo en el silencio que siguió a la extraña y mutilada forma de comunicación de los tres Ahls. Seis pares de ojos negros relucientes se posaron en Arrojo y la saboteadora sintió el poder de aquella mirada, como una placa de hierro al rojo vivo sostenida justo delante de su cara.

—Más tarde —dijo Seda, y el peso de los ojos de los tres abandonó a Arrojo y la dejó respirar.

Era obvio que Liss tenía más que decir, pero Storo se irguió y dejó escapar una larga bocanada de aire, después se volvió para estudiar a todos los presentes. Sonrió ante un pensamiento divertido repentino y se rascó la barbilla con el pulgar.

—Ehrlann estaba más cerca de la verdad de lo que él mismo pensaba. Nos hemos reunido aquí para plantearnos unas medidas muy serias.

Seda sacudía la cabeza y agitaba el fino cabello rubio.

—No —pronunció en voz muy baja—. No lo hagas.

Liss dio un paso hacia Storo, los ojos entrecerrados y convertidos en simples ranuras, los tres desconocidos olvidados.

—¿Hacer... qué?

—Nos superan en número, Liss, mucho. Tenemos que reducir sus posibilidades. Y existe una forma de hacerlo. Aquí, en la ciudad.

La chamán seti, la que afirmaba ser el recipiente renacido de Baya-Gul, patrona de todas las zahoríes setis, se quedó paralizada por un instante y después a Arrojo le pareció que los mechones gruesos, grasientos y enmarañados se le ponían de punta y que los ojos de la mujer, irritados y rojos por el agotamiento, se abrían mucho más, horrorizados.

—Bueno —dijo la mujer, que asentía, comprendiendo—, así que de este modo es como se cumplirán sus últimas palabras: «Aquellos que más me odian, me liberarán».

—Quién... —empezó a decir Arrojo.

—¿Qué hay de las guardas de contención? —preguntó Liss.

—Entre todos tenemos una posibilidad —dijo Seda mientras se abrazaba a sí mismo.

Liss lanzó un bufido de desdén.

—¿Nosotros? ¿Guardas colocadas por Tayschrenn, el emperador en persona y los dioses sabrán cuántos magos militares?

—Creemos...

—...que podemos...

—...arreglárnoslas.

Un brazo gordo se disparó para señalar a los tres.

—Vosotros no os metáis en esto. —Liss miró a Storo—. Por favor, piensa en todas las vidas que se van a perder. El derramamiento de sangre.

—Esa es la idea, Liss. Lo siento, pero los descuartizará ahí fuera y eso es lo que queremos.

La anciana sacudió la cabeza.

—¿Y cuando todo esto se acabe, Storo? ¿Todas las vidas que se perderán en los siglos venideros? ¿Qué hay de ellas?

Storo bajó la mirada.

—Nos ocuparemos de eso entonces, suponiendo que alguno siga vivo.

Arrojo ya estaba harta.

—¿De qué estáis hablando vosotros dos? —gritó—. ¿Qué está pasando, capitán?

Los tres se miraron en silencio durante un rato. Después, Seda se volvió hacia ella.

—El hombre-chacal sigue vivo, Arrojo —dijo, sin dejar de abrazarse—. Fue encerrado bajo la ciudad. Probablemente otro más de esos activos ocultos que a Kellanved parecía encantarle esconder para caso de emergencia.

—Oí que lo arrojaron de los riscos de la escarpa.

—Así fue —dijo Seda.

—¿Qué? ¿Soy muy corta o es que me estoy perdiendo algo?

—Son muchos los que afirmaron haberlo destruido, pero el caso es que no hace más que aparecer una y otra vez. Algunos dicen que es imposible matarlo. Que mientras duren las llanuras, él seguirá vivo. Pero... —Y la mirada del mago se deslizó hacia los tres hermanos—. Existen otras teorías.

Los tres le dedicaron a Seda esas desconcertantes sonrisas entremezcladas. El brillo ávido de sus ojos provocó un escalofrío a Arrojo. A ella le parecían trastornados.

—En cualquier caso, Seda sabe cómo llegar a él —dijo Storo.

Arrojo fue mirando las caras una por una. *Dioses, no. Ryllandaras. El devorador*

de hombres. *La maldición de Heng*. Un dios, decían algunos. Sacudió la cabeza, horrorizada por la visión de siglos de matanzas.

—No, capitán. No lo hagas. Maldecirán tu nombre durante cien años.

—¡Ea! —señaló Liss otra vez—. Y lo dice la cabeza más equilibrada de todos vosotros.

Storo dio una patada a las losas negras pulidas.

—¿Rell?

El genabackeño no respondió de inmediato y tampoco levantó la cabeza.

—A mí no me preguntes de estrategias —dijo al fin.

Storo desechó el comentario con un ademán, cogió una de las armas envainadas del hombre y la agitó.

—Piensa de forma táctica.

Un encogimiento de hombros.

—En ese caso no hay nada que discutir. Estamos librando un duelo. Tenemos la oportunidad de herir al enemigo. Debemos aprovecharla.

—A mí me basta. —Storo le señaló a Seda la salida.

—¡Espera! —Liss levantó una mano con gesto imperioso—. No se trata solo de eso. Debo hablar ahora como zahorí. ¿Has olvidado acaso que se dice que Ryllandaras es hermano de Trake? ¿De los héroes primeros? ¿Trake asciende como dios de la guerra y ahora la guerra llega a Heng y su hermano es liberado? ¿Es una coincidencia? ¿A quién servimos aquí, con exactitud? ¿Te lo has planteado?

Unas sonrisas anchas y fieras llevaban un rato extendiéndose por los labios mutilados de los tres Ahls. La locura que parecía chispear en sus ojos no hacía más que desbanicar los pensamientos de Arrojo. La joven apartó la vista.

—Serviría a Trake, me imagino —sugirió.

—¿O lo debilitaría? ¿Podría desafiar a su hermano? ¿Estamos liberando a otro rival que aspira a la divinidad? ¿Y qué clase de dios? Te olvidas de que Ryllandaras es enemigo de la humanidad.

—No es...

—...ningún...

—...dios.

—¡Necio! —Liss dio una patada con una sandalia que agrietó la losa de mármol en una explosión que resonó como el estallido de una munición moranthiana e hizo tambalearse a Arrojo. En el silencio perplejo que siguió, todos se recuperaron del susto y se quedaron mirando a la mujer gorda con sus capas raídas de faldas y el manchado chal de muselina—. ¡Los setis llevan venerándolo diez mil años!

Storo se pasó una mano por la calva y miró a los otros.

—Bueno. Se ahorrarán lo peor de su saña. Caerá sobre las fuerzas talianas. Justo lo que queremos.

—¿Sigues decidido?

—Sí.

Liss se ciñó mejor el chal y sacudió la cabeza.

—No esperes mi ayuda.

—Muy bien. Lo siento. —Storo señaló la salida. Se acercó a Arrojo y dijo—: Pueden maldecir mi nombre, Arrojo, siempre que mueran haciéndolo.

El castillo ancestral de la familia D'Avig de Unta ardía esa noche. Las llamas goteaban por las ventanas y pintaban el torreón con sombras que se retorcían. La ciudad del mismo nombre a la que se asomaba resonaba con gritos y el taconeo agudo de los cascos mientras los atacantes wickanos saqueaban y quemaban. *Pero nada de matanzas*, se dijo Rillish. *Por favor, Señora, que de eso haya muy poco*. Nada y Menos habían sido firmes en sus advertencias: «Coged todo lo que queráis, pero nada de matar». Y no era que algunos no fueran a morir esa noche. Rillish había presenciado suficientes saqueos como para saber que era inevitable, puesto que la sangre caliente lo exigía. Con todo, la advertencia de los mellizos debería tener cierto peso, habían amenazado con el castigo más innoble imaginable para cualquier wickano, la muerte por ahogamiento.

Junto con sus tropas malazanas, a Rillish se le había encomendado la misión de bloquear con barricadas una encrucijada del camino principal, al sur de D'Avig. Se encontraron con que era el centro de una pequeña aldea. Una posada, un corral y una carpintería bordeaban la encrucijada. Rillish hizo de inmediato que sus hombres tiraran todo lo grande y movable en medio del camino. Mientras observaba el fulgor del castillo saqueado, cogió la bota de agua que llevaba al costado y echó un trago, apoyado en el alto arzón trasero de su silla de montar. Le palpitaba la pierna; el trayecto desenfrenado por las colinas y la bajada a las fértiles granjas de Unta habían vuelto a desgarrarle el músculo recién curado. Buscó y captó la atención de su sargento.

—No se deja pasar a nadie, Acorde.

—Ni una sola posibilidad, señor. Está plagado de wickanos por todas las laderas. Como en los viejos tiempos, según tengo entendido.

Sí. La antigua guerra fronteriza que se había librado por los lindes wickanos. Qué apropiado; la autoridad central se desmorona y de inmediato se regresa a las costumbres de toda la vida. Nadie ha aprendido nada. Ladeó la cabeza y escuchó: solo gritos de pánico distantes, no se oía el estrépito de la resistencia sostenida. Desde donde estaba sentado, parecía que habían invadido D'Avig entero. La sorpresa había sido absoluta. Su trabajo era que siguiera así.

—Sargento.

—Sí, señor.

—Reúna a los caballos más descansados y envíe un pelotón al sur, hasta la fortaleza de Jurda. Quiero disponer de ojos en ese baluarte.

—Sí, señor. —Acorde escupió una bola de hojas de roya y bramó—: ¡Talia! ¡Aprovisiona a tu pelotón y preparaos para salir!

Rillish lanzó una mirada a la retaguardia. Talia (recién ascendida a sargento de pelotón y su amante) hizo una seña a Acorde para indicar que lo había oído y después le lanzó una sonrisa brillante y burlona a Rillish. El teniente se giró para mirar al frente con gesto rígido. ¿Eran sonrisas lo que había captado en los rostros de sus soldados? *Maldito sea Togg, mujer, sé un poco más discreta.* Ansiaba volver la cabeza una vez más, pero ya no se atrevía. La misión más peligrosa que le pedía a sus tropas y se la llevaba ella. ¿Y si él revocara la elección de Acorde? Lo único que conseguiría sería socavar la autoridad del hombre, por no hablar de lo que le estaría haciendo a la suya propia. No, tendría que confiar en el criterio de su sargento más veterano. Y desearle a ella todo el favor de Oponn.

—¡Caballería, señor! —dijo un grito—. ¡Y no es wickana!

—¡A formar! —ladró Acorde.

Las filas dobles de regulares levantaron las lanzas que habían recogido y montaron el puercoespín tradicional. Rillish echó un vistazo a las ventanas del segundo piso de la posada y a los altillos del establo y de la carpintería de enfrente, y liberó las espadas de las vainas. Muy pronto pudieron oír el estrépito de unos caballos al galope y los jinetes (unos veinte) frenaron ante la barricada de carretas volcadas. Las sobrevestas blancas y rojas de Unta declaraban su lealtad. Entre los arremolinados, uno señaló y dio órdenes.

—¡Quitad la barrera, idiotas! ¿Estáis ciegos? ¡No somos wickanos!

—¿Entonces, quiénes sois? —exclamó Rillish.

—¿Quién? ¿Quién? —chilló el hombre, indignado, su rostro se había oscurecido sobre la barba gris y negra—. ¡Dol D'Avig, idiota!

Rillish sintió un nudo de náuseas en las entrañas. Maldito fuera Fener, era él. Lo reconoció entonces, el hermano del conde. Se habían visto una o dos veces en recepciones en la capital. Rillish tensó los músculos del estómago y apretó la mandíbula contra el vértigo que lo invadió cuando cayó en la cuenta de que había llegado la hora de cortar con su pasado, sería igual que si se cortase un miembro. Ya fuera con ese hombre o con otro, antes o después; la sorpresa era que tuviera que ocurrir tan pronto.

—Entonces te pido, Dol, por el bien de tus hombres, que arrojes tus armas y te rindas.

El hermano del conde tiró de las riendas de su montura y ladeó la cabeza de la bestia de golpe.

—¿Qué? ¡Rendirme! —Las cejas gruesas se fruncieron y estudió con más

atención las fuerzas dispuestas ante él—. Vestís los colores imperiales, ¿de dónde habéis salido, por el culo del Embozado?

De ahí no, te lo aseguro.

—Eso da igual. Te lo pido de nuevo, tirad las armas.

Unos dientes brillaron blancos en una sonrisa salvaje y sagaz. Y algo resurgió en la mente de Rillish, un recuerdo de una charla durante una de esas aburridísimas reuniones sociales de la capital: «Dol D'Avig, mejor mago que su hermano conde». *¡Que la Reina lo lleve!* Cogió aire para gritar, pero en ese mismo instante Dol hizo un gesto repentino con la mano y la garganta de Rillish se cerró. A su alrededor, las lanzas y espadas tintinearón al caer al empedrado cuando sus hombres empezaron a jadear y ahogarse mientras se arañaban la garganta.

La misma abrumadora necesidad de aire inflamó el pecho de Rillish y bastante hizo con sacar una espada y levantarla en el aire. Los postigos de las ventanas del segundo piso de la posada se abrieron de golpe y en las puertas de enfrente de los altillos se levantaron ballesteros de rodillas. Los cuadrillos barrieron la caballería de Unta. *¡Acertadle! ¡Dioses, por favor!* Se le estaba oscureciendo la visión y la espada se le cayó de la mano.

Y entonces, ¡gracias a Soliel!, respiró, aire limpio y dulce. Rillish aspiró una gran bocanada que hinchó su pecho.

—¿Dónde está? —resolló en cuanto pudo mientras se erguía en la silla.

—Se fue, señor. Partió al galope.

—Bien, ¡id a por él!

—¿Dónde?

Rillish maldijo, le dio la vuelta a su montura y la azuzó.

—¡Al sur, por supuesto!

—¡Señor! ¡Espere!

Pero Rillish no podía esperar. Era el único que seguía montado. Solo él tenía alguna posibilidad de atrapar al hombre. Atravesó como un huracán el modesto villorrio, lo dejó atrás casi de inmediato y se adentró en la oscuridad sin mitigar de una noche encapotada. Campos planos y vacíos bordeaban el camino con un tono peltre monocromo, interrumpido de vez en cuando por líneas negras de murallas bajas de piedra y la oscuridad de algún pequeño soto. La pierna le gritaba de dolor y lo hacía retorcerse en la silla. Una bruma fría, los comienzos de la lluvia, le helaban la cara y el cuello. Donde imaginaba que debería de haber alcanzado al tipo, su montura se plantó en medio del camino y estuvo a punto de arrojarlo por encima del cuello. Rillish gruñó ante la agonía que representaba usar las piernas para recuperar la postura. Cuando se recobró, un jinete montado le bloqueaba el camino. Rillish echó mano de una espada, pero se encontró solo una vaina vacía. *¡Maldita sea!* Sacó la izquierda.

—¡Jinete equivocado! —exclamó la figura con la voz conocida de una joven.
Rillish intentó penetrar en la oscuridad

—¿Menos?

—Ven. Debemos darnos prisa.

Rillish azuzó su montura con las rodillas y apretó los dientes.

—¿Cómo has...? —Por supuesto, las sendas. Envainó la espada.

—Es bueno el tipo ese. Nos eludió toda la noche, pero se traicionó en tu bloqueo.

—¿Se dirige al sur?

Menos se echó hacia atrás el cabello negro despeinado, una media melena cortada a tajos irregulares, húmeda a causa del sudor.

—Podrías cabalgar todo el camino hasta Puño y no encontrártelo. Se ha ido por las sendas, pero tengo su olor... ¡Vamos!

Rillish maldijo y luchó por espolear a su sudoroso caballo.

—Vamos, precioso. Es una yegua muy guapa la que monta la chica. Vamos.

O bien ella frenó para esperarlo o él había logrado insuflar un vigor renovado a su montura, pero el caso fue que Rillish ganó terreno a la wickana y no tardaron en salir disparados uno tras otro. La chica miró atrás y sonrió con el placer de una hija de las estepas que había aprendido a montar antes que a caminar.

—¡Sujétate, malazano!

Sin saber qué esperar, Rillish se encogió y por tanto se perdió la transición. Cuando abrió los ojos, los campos habían desaparecido, así como el camino y las nubes bajas de lluvia. En su lugar, los cascotes de su montura se hundían sin ruido en el musgo profundo y en el humus podrido mientras a su alrededor unos árboles achaparrados surgían de una noche plateada envuelta en sombras. Menos frenó con un movimiento salvaje.

—¡Ese idiota arrogante! ¡No tiene ni idea de los riesgos que corre aquí!

—¿Dónde es aquí? —La montura de Rillish temblaba bajo él, los músculos se estremecían de agotamiento y quizá también de miedo.

—Sombra. Meneas y Mockra enmarañados que yo percibí en lo que entretejió. Ahora tenemos la prueba. Pero la ilusión no lo salvará de esto. —Y la joven señaló el bosque.

Rillish deslizó una mano hasta la empuñadura del arma que le quedaba.

—¿Qué es?

La joven lo miró con atención. La luz mate de la sombra arrojaba sobre su rostro planos intensos de luz y oscuridad. Dioses, a Rillish aquella chica le pareció la madre oprimida de nueve criaturas que hubiera visto a la mayor parte tiradas malheridas por el suelo. Pero podría ser su hija. *Niña, la vida ha sido tan injusta contigo.*

—¿Qué sabes de las casas del Azath? —le preguntó ella.

Rillish se encogió de hombros.

—Algo. Historias, leyendas.

—Capturan a cualquiera lo bastante necio como para entrar en sus terrenos. A veces con enredaderas o árboles. —La chica señaló el bosque—. Lo que esos árboles son para el Azath, lo mismo es este bosque para Sombra. Ninguno de los que entra escapa... —Ladeó la cabeza y levantó una mano para adelantarse a cualquier comentario—. Y eso suscita una pregunta inquietante: ¿qué podría ser tan difícil, o importante, de encarcelar que requiere un bosque entero?

Rillish se quedó mirando a la niña, o más bien jovencita. Malditos fueran esos magos y sus insondables mentes académicas. Desechó la pregunta con un ademán.

—Se está escapando.

—¿Ah, sí? —La chica volvió a sonreír—. No te pido que me acompañes, pero ¿lo harás?

—Sí.

—Entonces no te alejes; como dicen vuestros sabotadores, las cosas están a punto de ponerse peliagudas. —La chica espoleó su montura con las rodillas. Rillish la siguió y ahogó un grito cuando él también azuzó a su caballo con las rodillas. Qué rastro seguía Menos, él no tenía ni idea. Algún tipo de estela mágica de manipulación de las sendas, quizá. En cualquier caso, la chica no dudaba, saltaba los troncos podridos, esquivaba los árboles y se agachaba para no golpearse con las ramas bajas. Rillish se esforzaba por no perderla. Cuando miró tuvo la sensación de que las gruesas ramas sin hojas se iban haciendo más numerosas, incluso estaban interponiéndose en su camino. En ese momento, un fulgor amarillo se extendió por delante de Menos, casi como una onda, que empujó las ramas mientras él y ella pasaban deslizándose. Y entonces, a lo lejos, Rillish oyó un sonido que le puso el vello de la nuca y los antebrazos de punta: el aullido colérico de un mastín. Menos giró la cabeza de golpe y aunque su rostro no era más que un óvalo pálido, Rillish creyó ver el miedo en los ojos de la bruja.

Las raíces se enroscaban entre el musgo y los montones de hojas caídas y humeantes. La montura de Menos tropezó, las patas golpearon el suelo y el animal bufó, alarmado. La chica tiró de las riendas y señaló.

—¡Ahí! ¡Se apoderaron de su caballo! Él sigue a pie. —Azuzó a su montura, pero el caballo se plantó y bailoteó hacia los lados—. ¿Qué?

Un aullido de indignación les llegó desde más adelante, después el suelo estalló y las monturas se encabritaron. Rillish se protegió la cara de un chorro torrencial de tierra y humo. Entre parpadeos, con el brazo levantado para protegerse los ojos, distinguió a Menos de pie sobre la silla y mirando al frente.

—¿Qué fue eso? —preguntó el malazano a pesar del rugido que sentía en los oídos.

—Creí ver...

Un bramido estruendoso como el de un toro les hizo volver la cabeza a los dos. Algo inmenso se agitaba en el bosque, detrás de ellos. La madera se agrietaba y parecía explotar. Menos y él compartieron una sonrisa de aterrada diversión; el bosque, al parecer, no era demasiado quisquilloso.

—¡Tenemos que irnos!

Menos asentía, pero su mirada permanecía atrapada por lo que esperaba más adelante.

—Se ha escapado otra vez. Pero creo que sé... —Hizo un gesto cortante y el entorno vaciló, se iluminó con un atardecer gris. En ese instante, la montura de la joven lanzó un chillido de muerte.

Rillish sintió la transición como la peor resaca que había experimentado jamás. Se sujetó la frente, que le ardía, y espantó las lágrimas con un par de parpadeos. Cuando volvió a centrar los ojos, se encontró con que seguía montado, pero Menos yacía en el suelo, bajo los cascos de su caballo; la montura de la chica estaba tirada, muerta en el revoltijo de sus propias vísceras. La mitad del animal no había conseguido hacer el cambio.

—¡Menos!

Rodeándose el costado con un brazo, la chica señaló una dirección con un gruñido salvaje.

—¡Atrápalo!

Rillish espoleó su montura con los talones. Tuvo la impresión desdibujada de una llanura de tierra repleta de peñascos esparcidos, un cielo plano y monótono y después su montura lo llevó por el borde de una cresta y se deslizó bailando y fintando por una larga ladera pedregosa hasta un valle estrecho y seco. Rillish tosió y agitó la mano en medio de una nube de polvo mientras la tierra y las rocas resbalaban a su alrededor. No muy lejos, alguien más tosía.

Cuando el polvo se fue diluyendo, Rillish vio a Dol tirado entre las rocas, con las dos manos se apretaba los harapos vacíos de una pernera del pantalón. Había alzado la vista y lo miraba, la cólera y un toque de amarga diversión le crispaban la cara.

—Esos malditos árboles se llevaron mi pierna —dijo, los dientes destellaban tras la barba. Rillish se permitió relajarse y se masajeó el muslo.

—¿Sabes? —dijo Dol en tono familiar—, en las canciones, el héroe salta de senda en senda y siempre aterriza de pie. Jamás aparece en una ladera del puñetero Embozado y termina cayéndose de culo.

Rillish asintió, cansado.

—No creo que los trovadores hayan estado aquí.

Una sonrisa fiera de agonía contenida y después el hombre alzó los ojos entrecerrados y lo miró.

—De la familia Keth, ¿no? ¿Rillish?

—Sí.

—Te has pasado a los bárbaros, ¿eh?

—Digamos que no estoy de acuerdo con las políticas de la emperatriz.

Dol se lo quedó mirando y la carcajada terminó con un gruñido de dolor.

—¿La emperatriz? Ah, sí, ella.

Rillish miró al hombre, indeciso, y abrió la boca para hacer la pregunta obvia, pero en ese momento el hombre echó un vistazo a un lado y se quedó boquiabierto. Había otra persona subiendo a pie, abriéndose paso entre las rocas del valle: delgada, cabello gris despeinado, le colgaban los harapos raídos de lo que en otro tiempo seguramente fueron costosas galas.

—Por los senderos del Embozado, ¿qué es eso? —dijo Dol dando voz a los pensamientos de Rillish.

La extraña figura se acercó a Dol y bajó la mirada con una sonrisa traviesa que parecía a punto de estallar en carcajadas. Dol alzó la cabeza y lo miró, no muy convencido. Rillish sujetó con fuerza la empuñadura de su espada.

—¿Quién...?

Se disparó un pie que sujetó a Dol por la garganta. Las manos salpicadas de sangre del mago saltaron de los destrozos del muslo al cuello. Los ojos se abultaron, incrédulos.

—¡Maldito! —Rillish desenvainó, pero la pierna entumecida no pudo recuperar el equilibrio y se deslizó del caballo. Quedó tirado de espaldas como una tortuga bocarriba, la pierna retorcida en el estribo.

El hombre rodeó el caballo. Pasó una mano por los flancos temblorosos y empapados en sudor del animal y lo estudió con gesto de aprobación.

—Caerse del caballo así... ¿era una especie de astuta maniobra diabólica destinada a confundirme? —Rillish no tenía ni idea de qué decir o hacer; tenía la pierna inutilizada y él yacía, impotente, a merced de aquel mendigo chiflado y asesino.

—No, solo me caí del caballo...

Una carcajada que era casi un ladrido.

—Me resultas simpático. —Un ceño repentino—. Qué pena.

Ya más cerca, el cabello revuelto y asqueroso del hombro era quizá muy claro bajo la suciedad, y el tono de piel bajo la mugre incrustada era bastante oscuro. Rillish se preguntó si el tipo era en parte napaniano. Pero había algo raro en los ojos, los ojos eran... casi inhumanos.

—¿Quién eres?

El rictus rápido de una sonrisa, desaparecida casi con la misma brusquedad con la que había aparecido.

—Una mentira. Una letra perdida. Un mensaje susurrado al viento. Un dardo

arrojado a un ciclón.

Un loco. Rillish se humedeció los labios.

—¿Qué quieres?

—Nada que tú... —El hombre se detuvo y miró ladera arriba. Alzó las cejas—. No quien esperaba —dijo. Quizá ni siquiera fuera consciente de que estaba hablando en voz alta—. No, todavía no, creo. —Retrocedió y señaló a Rillish—. La Señora está hoy contigo. No imagines que vaya a estarlo mañana.

—¿Quién...? —Pero el arlequín desapareció entre los peñascos.

Momentos después, Menos rodeó cojeando al caballo, todavía sujetándose el costado. Saludó a Rillish con la cabeza y después volvió a mirar en la dirección que había tomado la aparición.

—¿Lo viste? —preguntó Rillish, como si dudara de su propia cordura.

—Sí. ¿Hablaste con él?

—Sí, ¿sabes quién es?

Una afirmación larga y lenta.

—Oh, sí. Y te lo diré con toda honestidad, Jal Keth. Me planteé muy en serio si debía o no bajar aquí.

—Bueno, ¿quién es?

Una sacudida de la cabeza.

—No. Es más seguro que no lo sepas, por ahora. Alguien que se suponía que estaba fuera de juego.

Rillish se permitió yacer sin fuerzas en el suelo.

—¡Dioses, mujer! Bueno, al menos ayúdame a levantarme.

—¿Quién, yo? —Juntos, cada uno ayudando al otro, tras muchas pruebas y errores, montaron con Menos detrás sujetando a Rillish. La chica dio un golpecito a la montura de Rillish para ponerlo al paso; el animal fue eligiendo un sendero entre los peñascos.

—¿Y se puede saber dónde estamos, por todos los reinos? —preguntó Rillish.

—La senda Imperial.

—Oh. Creía que ya nadie podía venir aquí.

—Exacto.

—¿Acaso nos hemos encontrado, quizá, con la razón de esa prohibición?

La chica le susurró al oído.

—¿Cómo podríamos cuando jamás hemos estado aquí?

Mientras Menos tejía con suavidad su transición entre las sendas, Rillish intentaba luchar contra la repentina conciencia que había adquirido de la calidez del abrazo de la joven hechicera. No ayudó más tarde, esa noche, cerca ya del amanecer, cuando Menos, él y su agotada montura caminaban por el camino del norte bajo una llovizna helada, y unos soldados se levantaron de sus escondites en unos setos del

camino y Rillish frenó de repente y vio a Talia observándolo por encima del mango de una ballesta cargada. La mujer bajó el arma, pero la mirada que le lanzó allí, mientras él permanecía sobre el caballo, en brazos de Menos, era una advertencia de lo que le esperaba cuando volvieran a encontrarse.

Para Kyle la costa de esa tierra no era más que legua tras legua de playas de arena vacías que conducían a una selva densa. Ereko hacía zigzaguear la Cometa con pericia entre las brechas de los arrecifes que rodeaban la orilla hacia el noroeste. Aves marinas blancas y negras rondaban y se precipitaban tras su estela. Asomarse a la regala era como quedarse mirando desde una gran altura, montañas submarinas de coral pasaban majestuosas bajo ellos. El sol caía a plomo con una ferocidad que Kyle jamás había conocido. Parecía cocerle la coronilla. Los hermanos habían usado tiras de cuero para atarse unos trapos a la cabeza y Acecho incluso se había quitado la armadura y permanecía sentado solo con los cueros y un fajín alrededor de la cabeza y la cara a modo de bufanda. Solo Viajero y Ereko no se dejaban afectar por el opresivo calor. A Kyle le picaba el sudor y los sarpullidos parecían estar reptándole por todo el cuerpo.

—¿No desembarcaremos pronto? —le preguntó a Ereko una vez más mientras se frotaba los labios agrietados con el dedo—. Nos queda poco agua. —La sangre le manchó los dedos.

—Esta es una tierra peligrosa, Kyle —le respondió el gigante thel akai con tanta paciencia como la primera vez que Kyle se lo había preguntado—. Debemos tener cuidado.

¡Cuidado! Kyle estuvo a punto de señalar a la proa, donde Viajero se reclinaba a la sombra de una vela. *¿Con un maestro espadachín declarado como él a bordo? ¿Y contigo, un gigante que mide casi el doble que un hombre? ¿Y esos tres veteranos de Assail que han abandonado la Guardia Carmesí porque la encuentran aburrida? Dioses y espíritus, ¿qué clase de tierra es esta?*

Con todo, no echaron el ancla, ni siquiera cuando las últimas gotas de agua se sacudieron del último tonel. La luz dorada de la tarde se desvanecía con los atardeceres rojos que llegaban con una brusquedad desorientadora. Estuvo a punto de preguntar otra vez por qué Ereko no hacía ningún esfuerzo por acercarse a tierra y si se iban a limitar a seguir adelante hasta que todos murieran expuestos a los elementos, cuando se dio cuenta de que nadie más hacía ninguna pregunta. Todos, hasta el fiero e independiente Acecho, parecían conformarse con deferir a la experiencia del gigante. Kyle apretó los dientes y se reclinó en las tablas cálidas y húmedas de la Cometa, que ya empezaban a enmohecerse.

A medida que se profundizaba la tarde, Kyle se adormiló bajo aquel calor y aquella humedad que todo lo mataba. Un gruñido de uno de los hermanos Perdidos lo

despertó. Todo el mundo había clavado la vista en el frente. Kyle se incorporó. Unas antorchas lejanas iluminaban el borde de un largo y bajo banco de arena. Tras las antorchas se alzaba una tienda grande, la tela fina de los lados ondeaba un poco bajo el viento débil de la noche. Ereko giró la proa hacia la orilla.

Viajero se puso en pie y se colocó bien el sencillo camisote de cota de malla acolchado que vestía bajo los cueros oscuros, después se puso el cinturón con la larga y fina espada de empuñadura negra. Kyle notó que no podía dejar de mirar ese arma. Cuando la proa arañó la arena, Viajero saltó entre las olas para sujetar el velero. Acecho y los hermanos se unieron a él y entre todos subieron la Cometa por la playa hasta donde pudieron. Kyle se ajustó el cinturón con su propio talwar y saltó a la arena húmeda. Ereko bajó, desarmado. Cuando sus pies tocaron el suelo, el gigante se quedó quieto un momento, con la cabeza gacha. Kyle creyó oírle susurrar algo que podría haber sido una plegaria. Después se irguió. Sus labios, por lo general sonrientes, estaban apretados, y la frente arrugada. Tenía todo el aire de un hombre que se enfrenta a una dura prueba. Viajero encabezó la marcha hacia la tienda.

Cuando se acercaron, un hombre salió de la solapa abierta. Era un tipo grande, alto y con buenos depósitos de grasa. La luz de la antorcha espejeaba sobre sus túnicas de seda brillante y llevaba la redonda cabeza afeitada. Su piel lucía el tono de la madera de hierro aceitada. Se inclinó.

—Bienvenidos a todos —dijo en taliano con un marcado acento—. Bienvenido a las tierras que llamáis Jacuruku.

Dentro, las alfombras cubrían la arena. Unas lámparas sobre altos trípodes de hierro iluminaban el espacioso interior. Las almohadas yacían esparcidas, al igual que las bandejas de plata que contenían cuencos cubiertos, copas y decantadores. Viajero se sentó relajado, con las piernas cruzadas. Su anfitrión se sentó enfrente. Acecho, Fochas y Malas Tierras se sentaron juntos, inquietos, mirando a su alrededor. La tienda era lo bastante alta para acomodar a Ereko, que se acomodó cerca de la entrada. Kyle se sentó con él.

—Saludos a todos —continuó su anfitrión—. Por favor... comed, bebed. Me llamo Jhest Golanjar. Cómo es que conozco vuestro idioma, os preguntaré. Simplicidad en sí misma. Es el idioma hablado por un ejército invasor que conquistó un reino vecino hace décadas. Gobiernan como una casta de guerreros-aristócratas que imponen su voluntad con la espada y la magia. Todo en el nombre de la diosa ancestral de ese reino, la reina Ardata. ¿Los conocéis?

Su anfitrión parecía dirigirse a todos, pero sus ojos oscuros y resplandecientes permanecían clavados en Viajero. Fochas, la boca llena de pan y salsa de carne, respondió como pudo.

—No.

Sin inmutarse, Jhest continuó.

—En nuestro idioma los llamamos los *Isturé Forlan Edegash*. En vuestro idioma —levantó una mano carnosa hacia Kyle—, la Guardia Carmesí.

Kyle se lo quedó mirando sin saber qué decir, después recordó el sigilo que seguía prendido de su pecho y sintió que la cara se le enrojecía de vergüenza. *¡Qué idiota, mira que habértelo quedado!*

—¿Somos enemigos, entonces? —preguntó Viajero en voz baja, pero Kyle ya había aprendido a leer el humor del hombre y oyó la advertencia enroscada en la pregunta.

La sonrisa de Jhest fue ancha y fácil pero extrañamente sosa. Levantó las dos manos.

—En absoluto. Admiramos a los Isturé por lo que han logrado.

—¿Que es? —preguntó Ereko.

Jhest respondió sin lanzar una mirada siquiera al thel akai; era como si el gigante no existiera.

—Han avanzado mucho en el sendero que es nuestra... ¿cómo lo diría?... nuestra pasión, la especialidad por la que se interesan e investigan mis hermanos y hermanas.

—¿Y qué es? —lo alentó Acecho.

Una vez más la sonrisa ancha pero extrañamente vacía. Los ojos negros del hombre no se apartaban de Viajero.

—Pues los senderos de la ascensión, por supuesto.

Nadie habló durante un rato. Malas Tierras y Fochas comían haciendo mucho ruido; Acecho cogió una torta de pan y arrancó un bocado. Kyle se sirvió una bebida que resultó ser una especie de agua endulzada. Viajero se llevó la mano a la frente y suspiró.

—Gracias por tu hospitalidad, Jhest, pero estamos cansados y deberíamos dormir un poco. ¿Quizá mañana podríamos molestarte para que nos dieras agua y provisiones?

—Por supuesto. —El hombre se levantó y se estiró los pliegues de las túnicas—. Hasta mañana, entonces. Buenas noches. —Se inclinó y salió de la tienda.

Mientras masticaba un bocado, Acecho miró a Malas Tierras y ladeó la cabeza señalando la solapa. Malas Tierras cruzó el espacio que lo separaba de la abertura.

—Se ha ido.

—¿Hay alguien por ahí? —preguntó Acecho.

—Es difícil de decir. Está muy oscuro, joder. Es probable que haya alguien. Acecho asintió con un gruñido y le hizo un gesto a Fochas para que saliera.

—Vosotros dos, la primera guardia.

Fochas lo miró furioso, cogió la bandeja y la llevó hasta la puerta.

—Cómo no. La primera comida decente en meses...

Acecho se volvió entonces hacia Ereko.

—¿Tú qué crees?

Durante todo ese tiempo Viajero se había limitado a comer con los ojos bajos. Era como si el hombre hubiera renunciado a todo y estuviera dispuesto a aceptar lo que pudiera acaecerle; o bien era la peor clase de fatalismo patético o una especie de comprensión iluminada de que las expectativas, los planes y las ambiciones no eran más que vapores engañosos que, al final, no podían cambiar nada. Para Kyle era enloquecedor no poder decidir cuál de las dos cosas era.

Ereko levantó un tarro de una crema densa y amarilla que a Kyle le pareció yogur. Lo olisqueó y lo dejó.

—Llevo mucho tiempo fuera, por supuesto. Pero he oído rumores. Parece que pueden ser verdad. Esta parte del continente está gobernada por una magiocracia, una oligarquía de magos poderosos que dedican todos sus recursos e investigaciones a desentrañar los misterios de la ascendencia. Se dice que son maestros de los senderos de Denul e incluso que con ese fin llevan a cabo cirugías y experimentos bastante horripilantes sobre los cuerpos de su pueblo. No cabe duda de que ven la ascendencia como su camino al poder, la inmortalidad y todo eso.

—Y, sin embargo, hizo caso omiso de ti —dijo Kyle.

Ereko lanzó una carcajada y sonrió.

—La ascendencia no me interesa en absoluto, Kyle. Para ellos seguro que solo soy una especie de fracaso miserable. Nada más.

—Eres el más anciano de todas las cosas vivas de este mundo, Ereko —anunció Viajero de repente—. Padre de todos nosotros.

—¿Padre? —repitió Kyle, su asombro y pasmo obvio.

Ereko desechó las palabras con un ademán.

—Nuestro amigo habla de forma poética, Kyle. Cuando uno considera tiempos tan antiguos, el único recurso que queda es el lenguaje de la poesía. Así pues, leyendas, mitos, narraciones de la creación, historia. Todo ello no son más que relatos modelados para justificar la apariencia actual de las cosas.

Acecho puso los ojos en blanco y se acabó su bebida.

—Pues yo esperaba información un poco más práctica.

Ereko se rió y sonrió, un poco cohibido.

—Perdón, sí. Al grano, entonces. Están divididos. Quieren ir contra nosotros, pero, por supuesto, les ponen nerviosos nuestras capacidades. En cuanto a nosotros, la pregunta es qué facción prevalecerá: las voces de la cautela o las voces de la acción.

—Actuarán. —Eso lo dijo Viajero cuando se sentó, con la cabeza gacha para estudiar una de las desconocidas frutas amarillas de aquella tierra—. Cuando quede

claro que quizá nos escapemos, una pequeña facción se tomará el asunto por su cuenta y se moverá. Una vez lo hagan, el resto no tendrá más alternativa que comprometerse.

Kyle se quedó mirando, incapaz de respirar.

—¿Tú lo has visto?

Los ojos se alzaron y se encontraron con los del joven. La intensidad de esa mirada empujó a la de Kyle a apartarse, pero no antes de vislumbrar un pozo de aterradora emoción encerrado bajo un control casi inhumano.

—Yo ya lo he visto todo, Kyle.

Ereko señaló las almohadas.

—Duerme de momento, muchacho. Tú puedes hacer la última guardia.

Tras haber comido y sentado como estaba sobre una tela cómoda, Kyle ya empezaba a sentir que se le cerraban los ojos. Se echó y se acurrucó sin discutir, Ereko lo despertaría si ocurriera algo. El sueño se lo llevó casi de inmediato.

Un golpecito en el pie despertó a Kyle. Acecho lo miraba desde arriba; el explorador le hizo un gesto para que saliera y después se fue. Kyle cogió su armadura, el casco y el cinturón de las armas y lo siguió. Fuera, un falso amanecer de luz difusa daba al mar un aspecto extrañamente plano, la playa parecía sin vida y la selva un misterio oscuro. Acecho se desabrochó el yelmo alto y cónico.

—Todo tranquilo.

Sobre la camisa de lino y el jubón acolchado, Kyle se puso el camisote de aros de hierro atados al cuero y se ajustó las grebas de cuero de las piernas.

—¿Nadie en absoluto?

—Solo si cuentas los soldados que nos rodean.

—¿Qué? ¿Cuándo?

Un encogimiento de hombros indiferente.

—¿Quién sabe? Desde el primer momento, quizá. Fochas lleva observándolos toda la noche. Dice que no es normal el hecho de que ninguno de ellos se haya movido. Ni siquiera para mear, al parecer. Fochas cree que eso es antinatural en cualquier soldado. —Acecho indicó con un gesto el entorno—. Quizá puedas distinguirlos ahí fuera, en las dunas o al borde del bosque. —Terminada su guardia, el explorador se metió en la tienda.

Kyle colocó bien el peso de su talwar sobre la cadera izquierda y se puso el casco. Por milésima vez pensó que ojalá tuviera un escudo, un arco o incluso un puñado de jabalinas. Entrecerró los ojos y pudo distinguir las formas altas y oscuras que permanecían quietas como troncos de árboles entre la bruma y la oscuridad previa al amanecer. Cabrones grandes, con mucha disciplina, por lo que parecía. A Kyle no le entusiasmaba la perspectiva de meterse con ellos.

Nada se movió durante la guardia de Kyle. El día se fue iluminando y el sol salió como una bola de fuego sobre la selva. A Kyle le pareció una visión maravillosa, muy diferente de todo lo que había visto en la pradera. Era como si la selva oriental entera se hubiera prendido en llamas. Viajero terminó saliendo detrás de él. El alto espadachín se estaba atando su larga cabellera, negra y ondulada. Señaló a Kyle con la cabeza.

—Desayuna.

Sobre los restos de las bandejas, Malas Tierras y Fochas trabajaban los bordes de sus armas con las pequeñas piedras afiladoras que llevaban con su equipo. Malas Tierras, los dos cuchillos largos y Fochas, la espada larga de un solo filo con una empuñadura larga doble. De sus petates también salieron unos yelmos de hierro y bronce, con barbotas que se curvaban para convertirse en escudos nasales.

—Hacía mucho tiempo que no veía uno de esos —comentó Kyle.

—Hace mucho que no nos enfrentamos a una pelea violenta —dijo Fochas—. Preferimos evitarlas.

Malas Tierras se puso el casco.

—Sí. Pueden terminar matándote.

Kyle estuvo a punto de echarse a reír; el casco parecía dos tallas más pequeño en aquel tipo fornido y peludo, como un toro con una olla encima. Tras conseguir contenerse, Kyle reflexionó que él no debía de tener mucho mejor aspecto con su armadura desparejada de segunda mano. Sacó su talwar y examinó el borde; tan brillante y afilado como el día que Humo lo había grabado. Nada parecía capaz de estropearlo. Se volvió hacia Ereko, que estaba sentado con las piernas cruzadas sin ningún arma a la vista.

—¿Dónde está tu lanza?

El thel akai levantó la cabeza y en sus ojos dorados destelló algo que apuñaló a Kyle en el corazón antes de que se ocultara y la conocida sonrisa glacial regresara a sus labios.

—Aquí no, Kyle. No en mi tierra natal.

Los hermanos siguieron enredando con su equipo. Acecho comprobó la posición de más armas de las que Kyle había supuesto que podría llevar encima. Se preguntó a qué estaban esperando, pero entonces Viajero entró en la tienda y lo entendió.

El hombre los examinó a todos uno por uno, el rostro oscurecido por emociones revueltas que Kyle no podía nombrar, una especie de rabia impaciente, incluso indignación. Las arrugas que le cercaban la boca se partían como cortes. Asintió con un gesto de aprobación y los hermanos Perdidos saltaron a la solapa de la tienda y la flanquearon con las manos en las armas. Acecho salió el primero. Viajero abandonó la tienda y después Kyle y Ereko. Los hermanos componían la retaguardia.

Jhest los aguardaba en la playa, cerca de la Cometa. Se encontraba junto a una

colección de fardos de frutas, otros alimentos y toneles de madera que Kyle supuso que contenían agua. También estaban presentes los soldados altos, colocados en un amplio semicírculo. No vestían uniformes ni colores, solo una armadura de aspecto extraño; un mosaico de piedras pequeñas, cada una de una tonalidad ligeramente diferente de verde que variaba desde un oscuro verde azulado de mar hasta un pálido amarillo aceituna. Los yelmos encerraban por completo sus rostros y los guanteletes sus manos, todos de la misma superficie resplandeciente de aquel mosaico. Las armas que llevaban a la cintura estaban ocultas en vainas de madera sujetas con bronce trabajado, pero por la forma parecían curvas y quizá se disparaban hacia la punta.

Jhest hizo una reverencia.

—Confío en que hayáis dormido bien y estéis descansados. Por favor, no os alarméis por la presencia de nuestros soldados. Están aquí para ayudar a cargar vuestro velero. Deben pareceros un tanto conocidos, ¿no? Los inspiran las muchas percepciones adquiridas por esos aliados de los malazanos, los moranthianos.

—Sí —respondió Viajero con tono seco—. Gracias por la comida y el agua. Nos iremos pronto.

—Si ese es vuestro deseo. Pero debo pedirlos que reconsideréis vuestro objetivo.

Viajero, que se había agachado para recoger un tonel, se irguió y miró Jhest.

—¿Sí?

Ereko cogió dos toneles, uno bajo cada brazo y empezó a cargar la Cometa. Kyle y los hermanos Perdidos se dispersaron alrededor de Viajero.

—No esperarás de verdad conseguirlo, ¿verdad? Solo estarías desperdiciando tu existencia en un gesto fútil. Tu atrevimiento va más allá de la arrogancia. Es un triste desperdicio.

Viajero se quedó callado un tiempo. Kyle, que les daba la espalda y tenía los ojos clavados en los soldados, solo podía oír su intercambio. Colocó bien los pies, la arena estaba extrañamente suelta y cedía al peso, al contrario que cuando habían desembarcado de la Cometa. Viajero respondió al fin, en voz tan baja que Kyle casi ni la oyó.

—No te interpongas entre mi venganza y yo, Jhest. Mi respuesta la sentirás no solo tú sino también todos los que hablan contigo, y que sin duda estarán escuchando en este momento. ¡Piensa en eso! —gritó de repente, para sobresalto de Kyle.

—Esa es la cuestión, ¿no es cierto? —respondió Jhest, su voz todavía sobrenaturalmente serena, imperturbable—. ¿Nos estamos interponiendo cuando el susodicho objetivo se abandona? Un punto filosófico interesante, ¿no? Espacio suficiente, quizá, para arriesgarse.

—Terminado —exclamó Ereko. Kyle y Acecho, por un lado, empezaron a retroceder.

—Arriesgas mucho más de lo que comprendes —dijo Viajero, que parecía casi

arrepentido.

—De otro modo no sería un riesgo.

Bajo las sandalias de Kyle, la playa se agitó y revolvió. Un flujo de arenas que siseaban le hundió los pies hasta las pantorrillas. Saltó y se tambaleó para no perder el equilibrio. Un chillido sobresaltado de Ereko le hizo volver la cabeza de golpe. Viajero había desaparecido. Kyle se quedó mirando con la boca abierta a Ereko, que contemplaba la arena vacía.

—No —dijo el gigante de manera casi imperceptible, desolado—. ¡Necios! —le rugió a Jhest—. ¡No tenéis ni idea de con quién, con qué, estáis interfiriendo!

—Lo que pueda, o no, pasar muy lejos, en otra tierra, no nos interesa —dijo el mago, e hizo un gesto. Como una sola, todas las armas se deslizaron de las vainas de cuero y madera de los soldados. Ereko cayó de rodillas y apoyó las manos en las arenas.

—Subidlo a bordo —gruñó Acecho al tiempo que sacaba la hoja curva.

Kyle lo sujetó de un brazo, pero lo mismo podría haber estado tirando del tronco de un árbol. El gigante clavó las manos en la arena blanda y se desprendió de un tirón de Kyle.

—¿No creerías de verdad que seríamos tan idiotas como para cruzar las espadas con él, verdad? —dijo Jhest, su voz seguía tan serena como cuando habían intercambiado cortesías la noche anterior.

—Oh, mata de una vez a ese cabrón, ¿quieres? —dijo Acecho por encima del hombro. Kyle hizo caso omiso de él, una mano en el brazo de Ereko.

—Tenemos que irnos, ¡por favor!

Los soldados avanzaron blandiendo las armas, los primos Perdidos esquivaron los golpes, una, dos veces, sin ceder terreno, las estocadas arrancaban trozos de las piedrecitas que mandaban a las arenas.

La sonrisa insulsa de Jhest se crispó y la frente lisa se arrugó.

—¿Qué es esto? —murmuró.

Ereko levantó la cabeza y a Kyle le sorprendió la rabia que enturbiaba sus ojos fundidos.

—Tú y tu cábala habéis errado, Jhest. No deberíais haber utilizado D'riss. Cualquier senda salvo esa. Pues parece haber olvidado quién, en verdad, soy yo.

—Eres thel akai, sí. Una raza antigua de esta tierra, un resto inútil de un pasado triste.

—¿Y quiénes éramos antes de que nos diéramos nombre, antes de que se alzara cualquier otra especie inteligente? ¡Nuestros antepasados eran los hijos de la Tierra!

—¡Kyle! —Un grito de Acecho. Uno de los soldados había atrapado a Malas Tierras en un abrazo de oso. El hombre cosía la armadura del gigante con navajazos de los cuchillos largos, pero sin efecto visible. Kyle salió disparado y sacó su arma.

Lanzó un golpe contra un hombro y el talwar se deslizó entre las piedras con un chirrido. El brazo quedó colgando, medio desmembrado, acompañado por un chorro de sangre negra tan espesa como el alquitrán. Malas Tierras cayó en la arena y yació allí, atontado. Kyle se quedó mirando. Estaba tan asombrado que un ataque pesado de otro de aquellos gigantes con armadura estuvo a punto de decapitarlo. Se agachó, lanzó un golpe a dos manos contra la pierna más adelantada y la amputó por la rodilla. El soldado se derrumbó y quedó tirado en las arenas, agitándose como un escarabajo panza arriba.

—¿Qué? ¿Cómo es posible? —Jhest los miraba con la boca abierta, sin poder creérselo.

Kyle saltó sobre uno de los tres soldados que Acecho había mantenido a raya y le cortó el brazo por el codo para después mutilar una pierna con el revés.

—¡No! —bramó Jhest—. ¡Tú no eres de los Isturé!

Sin vacilar, Kyle siguió lanzando tajos contra los torpes gigantes, ninguno de los cuales emitió sonido alguno o contuvo siquiera el ataque aunque era obvio que estaban condenados. Una vez en el suelo, los hermanos los remataban.

Tras el último, Kyle giró en redondo y miró a Jhest. Estaba agotado, tenía los brazos entumecidos y le cosquilleaban por los impactos discordantes de los golpes en los que había tenido que emplear hasta el último gramo de sus fuerzas. El mago de Jacuruku lo miró a su vez.

—No deberías haber podido hacer eso —dijo con tono monocorde—. Es, por tanto, la hoja. Permíteme examinarla.

—Permíteme a mí matar a este —le dijo Acecho a Kyle, con un jadeo de idéntico agotamiento.

—Todavía no. —Se agachó junto a Ereko, aún a gatas, con los brazos hundidos hasta los codos—. ¿Qué deberíamos hacer? —preguntó con un ruego en la voz.

Ereko no respondió. Tenía los ojos cerrados con fuerza, los dientes apretados y los labios abiertos en un rictus de esfuerzo.

—Casi —siseó con un aliento—. Casi...

Jhest dio una palmada y ladró una orden. Acecho levantó la espada.

—¡Espera! —chilló Kyle.

—¿Por qué sigue viva esta mierda? —preguntó Acecho.

—Y que lo digas, joder —añadió Malas Tierras.

—Porque puede que lo necesitemos.

—¿Para qué?

—Para recuperar a Viajero.

Acecho dudó y después hundió su espada en la vaina.

—¡Maldito sea el Cazador Oscuro!

Jhest, sin embargo, no parecía en absoluto preocupado. Su mirada se dirigía a lo

lejos, al borde de la selva. Una sonrisa sesgada le crispó los gruesos labios. Kyle, del que se apoderó un presentimiento frío que le provocó un estremecimiento, se volvió poco a poco para seguir la mirada del mago.

—Problemas —dijo Fochas, lacónico, y escupió.

Un movimiento hizo temblar la línea de árboles por toda la costa, hasta adonde a Kyle le alcanzaba la vista, en ambas direcciones. Soldados con armadura, idénticos a los que yacían desmembrados a su alrededor, se adelantaron. Decenas, cientos.

—¡Ereko!

Pero todavía inmerso en sus esfuerzos, el gigante no respondió.

—No tenéis otra alternativa que abandonarlo —comentó Jhest con tono insulso.

Con un gruñido, en un solo movimiento, Acecho desenvainó y lanzó una estocada. El mago ni se inmutó. En su lugar, bajó la mirada, contempló con calma la espada que le empalaba el abdomen y levantó una ceja.

—Verás que soy mucho más difícil de matar que mis sirvientes.

Acecho retrocedió. La hoja salió con un sonido de ventosa, resplandecía con un icor transparente y espeso.

—Kyle...

—¡Espera!

Ereko, entre gruñidos de esfuerzo, estaba extrayendo los brazos de la arena. Sacó las manos, sujetaban por la muñeca, en un gesto compartido, el brazo de otro, Viajero. Por toda la orilla la playa se estremecía y se ondulaba bajo todo el mundo. Hasta el mago, Jhest, se tambaleaba.

—¡No! —bramó—. ¡Imposible!

Bajo Ereko se reveló una brecha, una herida en la oscuridad. Desaparecieron las arenas, absorbidas en un torbellino creciente que parecía llevar a... la nada más oscura. Kyle se adelantó para echar una mano.

—¡No! —aulló Ereko—. Te llevará a ti también.

Apareció la otra mano de Viajero y se apoyó en la superficie. Con un jadeo, Ereko estiró las piernas y liberó al hombre. El vacío abierto desapareció con una explosión semejante al estallido de una munición moranthiana. La explosión del cierre resonó en la línea de árboles. Viajero yació de espaldas mientras Ereko se erguía y aspiraba grandes y estruendosas bocanadas de aire.

—Siguen viniendo —dijo Fochas con voz cansina en medio del silencio.

El espadachín se puso en pie. Jhest lo observó, el rostro impaciente, casi ávido, lascivo.

—Vives —dijo sin aliento, asombrado.

Viajero hizo rodar los hombros con una mueca.

—Mi vida es ahora mía, mago. Ya no se la puede llevar nadie.

La afirmación pareció embelesar al mago. Se le iluminaron los ojos y una alegría

abierta le crispó la boca en una sonrisa repulsiva de batracio.

—¡Entonces es verdad! ¡Puede hacerse!

Viajero pareció hacer un simple gesto y la cabeza del mago salió volando de sus hombros y rodó por las arenas.

—Pero no tú. —Y envainó su espada.

—Hora de huir —sugirió Fochas.

Kyle parpadeó y se quedó mirando el torso decapitado del mago, que permanecía en pie, inmóvil. El joven tuvo la desconcertante impresión de que si lo tocaba, una mano saltaría a agarrarlo. Apartó los ojos y vio que el ejército de soldados con armadura estaba casi a su alcance.

—¡Corred!

Apoyaron los hombros en la Cometa y la empujaron hacia las olas. Los hermanos Perdidos se metieron dentro. Kyle vio que Ereko echaba la vista atrás, maldecía y regresaba vadeando el agua. Viajero se había quedado en la orilla.

Con otra maldición él también, Kyle se arrojó otra vez a las olas. Cuando llegó, Ereko estaba rogándole al espadachín.

—¡Es inútil!

—Vete —le dijo Viajero—. Yo me ocuparé de todos estos y de sus amos también.

—¡No hace falta! —Ereko estaba casi llorando.

—Se interpusieron entre mi venganza y yo.

—¡Viajero! —exclamó Kyle con rudeza.

El espadachín de piel morena apartó la mirada del avance implacable de los soldados y posó los ojos sobre Kyle, confuso.

—¿Sí?

—Tu venganza está en otra parte, ¿no?

Una mano se alzó del puño de la espada y se masajeó la frente. Cerró los ojos con fuerza y se los frotó.

—¿Y bien?

Las primeras filas de soldados encontraron y pisotearon el cuerpo de Jhest. Sacaron las armas con un estrépito de hierro que resonó por toda la línea de árboles. Viajero permitió que Ereko lo arrastrara de espaldas hacia las olas.

—Sí. En otra parte... —murmuró, parecía confuso.

Las olas los mantuvieron a flote y oscurecieron los cueros de Viajero. Ereko siguió tirando del hombre hacia atrás. Kyle se obligó a luchar contra las olas. Al mirar hacia la orilla, notó un peso en el pecho cuando vio a los soldados que, como estatuas, continuaban marchando, sin dudar un momento, y se metían en las aguas.

—¡No paréis!

Los primos les tendieron los brazos por el costado de la Cometa. Ereko los apartó a manotazos.

—¡Equilibrad la vela!

Kyle se alzó de un salto y se agarró a una cuerda. Ereko rodeó con un brazo a Viajero, que todavía se sujetaba la cabeza con los ojos cerrados. La vela se soltó de un tirón y se llenó. La Cometa tiró de Kyle. Tras ellos, los soldados seguían marchando, desapareciendo bajo las olas fila tras fila. Colgado de un costado, Kyle no pudo evitar levantar las piernas y apartarlas lo más que pudo del agua.

Unos golpes impacientes en la pared del túnel, junto a su nicho, alejaron a Ho de su comida de verduras estofadas y pan ácimo. Apartó de un tirón el trapo que colgaba en la abertura con una réplica dura en los labios, pero no vio a nadie. Se asomó y encontró la forma encorvada de Su, una vieja bruja wickana que, según los chismorreos de los túneles, había sido en otro tiempo miembro de los más altos círculos de los consejos tribales.

—¿Qué pasa, Su?

La anciana cerró las manos nudosas y oscuras alrededor de un bastón no más largo que la pierna de Ho. Tenía los dedos retorcidos por la hinchazón de las articulaciones que aflige a los ancianos (los que no se pueden permitir los tratamientos de Denul o los que no tienen acceso a ellos) y ladeó la cabeza para examinarlo con un ojo negro y pequeño como una cuenta, como los de los proverbiales cuervos.

—Solo pensé que querrías saberlo. Atraparon a esos dos recién llegados. Los espías malazanos. Los sorprendieron husmeando alrededor de la excavación. Creo que Yath tiene intención de matarlos.

Ho se sobresaltó, conmocionado.

—¿Matarlos? ¿Y cómo, por las tetas de Togg? ¿Los va a matar de una charla?

Una risa aguda.

—¡Ja! Esa es muy buena. No sé cómo. Pero sí que tiene intención de presentárselos a nuestro invitado de ahí abajo.

¿Presentárselos? Por la dulce Soliel, no. ¿Quién sabe lo que podría salir de eso?

—Iré a coger mis cosas. Muchas gracias, Su.

—Oh, yo voy contigo.

En el túnel, Ho hizo una pausa y se puso el chaleco y las sandalias.

—Tengo bastante prisa.

La bruja wickana iba abriéndose camino con el bastón por el túnel irregular. Agitó una mano con desdén.

—¡Bah! No hay necesidad de correr. Ya sabes cómo son estas cosas. Todo el mundo tiene una astilla que lanzar al fuego. Estarán hablando todo el turno de noche.

Llegaron a la amplia galería principal y a Ho le sorprendió encontrarla casi desierta.

—¿Dónde está todo el mundo?

Su empezó a pinchar el suelo de tierra batida.

—¿No te lo acabo de decir, idiota? ¡Están ahí abajo!

Caminando sin prisas por una galería lateral, Ho se metió las manos en el fajín que utilizaba para atarse los viejos pantalones sueltos, ya muy gastados, que le quedaban muy flojos después de haber perdido tanto peso.

—Y nadie vino a decírmelo...

—¡Vine yo! ¡Muchas gracias!

—Aparte de ti, Su.

La anciana se apoyó con pesadez en su bastón, un poco falta de aliento.

—Pobre Ho. ¿No pensarías de verdad que podías apartarte sin más, no? ¡Yath lleva años murmurando contra ti! ¡No hacía más que minar tu autoridad! ¿No te has dado cuenta?

Un encogimiento de hombros.

—No...

—¡Bah! ¡Ciego idiota! Lo tuyo no es la lucha cuerpo a cuerpo, ¿eh?... —La anciana suspiró—. Ah, bueno, todos tenemos nuestros puntos fuertes y nuestros puntos débiles. Supongo que tendré que trabajar con el material con el que los dioses han tenido a bien maldecirme y burlarse de mí.

Ho se paró en seco.

—Tus insinuaciones y vagos pronunciamientos quizá impresionen a otros, Su, pero yo no tengo tiempo para eso. —La bruja lo alcanzó y miró a un lado.

—¡Vaya! ¡Menudo espíritu! ¡Después de todo, todavía queda algo de espinazo ahí dentro!

Ho se abstuvo de comentar que ella no era precisamente quién para hablar de espinazos. Después recogió una lámpara de un nicho cercano, la encendió con otra y cruzó hasta un túnel lateral muy empinado con su cuerda-guía y todo. Ho se adelantó mientras Su lo seguía, resoplando y suspirando sin parar. Las piedrecitas que iban soltando al avanzar rebotaban y traqueteaban por la ladera hasta que se alejaban tanto que su ruido se perdía en la oscuridad. El aire cálido y húmedo subía flotando por el túnel en un chorro constante que lamía la llama de la lámpara.

—De acuerdo —anunció Ho al fin—, ¿a qué te referías con ese comentario?

Una risita en la oscuridad, sobre él.

—¡Ja! A ti te lleva más tiempo que a cualquier otro admitir que eres humano como los demás, ¿no? ¡Tiene mucho sentido! ¡Ja!

Ho refrenó el ritmo de bajada. *¿Se limitaba esa vieja arpía a lanzar dardos a la oscuridad? Pero todo el mundo cae en ese grado de incómoda cercanía...*

—No sé de qué estás hablando...

El bastón resonó en la tierra, detrás de él.

—¡Oh, vamos, vamos! El mineral inhibe los hechizos nuevos, pero los antiguos permanecen! Te... huelo, Ho.

Reina, no. Ho se quedó paralizado.

—Qué grosería, Su. Después de todo, hay muy poca agua por aquí abajo.

El rostro largo de la vieja bruja se cernió bajo la luz de la lámpara que se iba consumiendo. La llama bailaba en los ojos negros de la mujer, que esbozó una sonrisa maliciosa.

—Huelo el viejo ritual en ti, mago. El prohibido. ¿Cómo lo conseguiste? Todo el mundo cree que se perdió.

Y así debe seguir siendo. Ho se apartó y emprendió de nuevo el descenso.

—No tengo ni idea de a qué te refieres.

—Muy bien. Como quieras. Parece que la confianza escasea aquí abajo tanto como la iniciativa. No te reprocho tu cautela. Pero podrías poner fin a la farsa de ahí abajo si así lo deseases. Solo tienes que sacar una fracción de lo que duerme en el interior, mago. Creo que es posible a pesar del mineral.

¡Posible! Sí, bien podría ser posible... ¡si también se trae la locura! Y me produce una fuerte aversión la locura, bruja. Muy fuerte.

Tras una curva larga y suave y otro largo descenso, el estrecho túnel se encontraba con una cueva natural, el suelo allanado por tierra que Ho sabía que se había sacado de otro lugar situado más hacia el interior. Las paredes serradas como los dientes de un peine trepaban en forma de lágrima hasta un vértice perdido en la oscuridad. Un grupo de hombres y mujeres, una selección de los internos del Pozo, llenaba el suelo. Las lámparas sujetas a postes altos iluminaban la reunión con una luz tenue y dorada. Sin refrenar el paso, Su se abrió camino entre la multitud a base de codazos y bastonazos.

—¡Quitaos de en medio, idiotas! —siseaba.

Ho, que la seguía, se fue colando y saludando con la cabeza a los internos que conocía, que lo miraban furiosos mientras se sujetaban pantorrillas y costados.

—Perdón.

Al aproximarse al frente se encontró a los dos recién llegados, Regalo y Dolor, rodeados por un grupo de los hombres más sanos armados con lanzas. Ambos parecían en buen estado de salud y, si acaso, más bien aburridos por los procedimientos. Dolor sobre todo irradiaba desdén, en pie con los brazos cruzados y la boca ladeada como si estuviera a punto de echarse a reír. Yath y Sessin se encontraban cerca. Al ver a Ho, Yath señaló con su bastón.

—¡Aquí está! Por supuesto que ha venido. Su confederado malazano. De ti nos ocuparemos después, Ho.

—¿Confederado?

—Se te ha visto en muchas ocasiones reuniéndote en secreto con estos dos espías. ¿Lo niegas?

Ho se rascó la calva y se encogió de hombros.

—Bueno, hemos hablado, sí. He hablado con todo el mundo de por aquí en un momento u otro.

—Brillante —murmuró Su por lo bajo—. ¿Qué estás haciendo aquí, Yath? —ladró la vieja—. ¿Esto es un tribunal? ¿Cuáles son los cargos? ¿Con qué autoridad ostentas tú el poder?

Yath golpeó el suelo blando con su bastón.

—¡Silencio, bruja!

—¿O también te ocuparás de mí más tarde? ¿Cuándo terminará? ¿A cuántos matarás?

Tras la poblada barba, Yath sonrió y Ho se dio cuenta de que Su se había excedido. El otro abrió los brazos e hizo un gesto amplio.

—Aquí no va a morir nadie. ¿Qué crees que soy? Aquí abajo somos todos personas civilizadas, una descripción que te abarca incluso a ti, Su. Me limito a realizar una pequeña demostración. Una muestra para nuestros nuevos amigos destinada a convencerlos de la importancia de nuestro trabajo. —Yath miró la multitud con gesto suplicante—. Es, después de todo, para lo que han venido. ¿No es cierto?

Por los asentimientos y gritos de conformidad, Ho comprendió que, como Su había dicho, llevaba demasiado tiempo retirado de la comunidad. ¿Cómo podía haber llegado a eso su pequeña hermandad de eruditos y magos? Señalando «espías» para castigarlos, armándose, ¿sembrando el miedo? Los que estaban dispuestos a hablar contra Yath era obvio que estaban demasiado indignados para molestarse siquiera en bajar hasta allí. Como él.

—No sabemos lo que podría pasar, Yath. Es demasiado peligroso.

—¡Silencio! Te has desacreditado tú mismo, Ho. Intrigando con tus compañeros malazanos.

—¿Malazano? Yo soy de Li Heng, Yath.

—Exacto. Del mismísimo centro del Imperio de Malaz. —Yath hizo un gesto a los lanceros para que adelantaran a los hombres. Sessin se interpuso entre Yath y los dos, con las manos crispadas a los lados. Ho solo podía mirar; la ignorancia que revelaba la afirmación de aquel hombre era imponente. ¿Cómo se puede razonar con alguien del que te separa semejante abismo?

—Yath —exclamó Ho, que seguía con la multitud—, ¡tú sabes tanto de Malaz y Quon Tali como yo de Siete Ciudades! ¡En el continente muchos consideran a los malazanos invasores, igual que tú! —Pero el alto sacerdote de Siete Ciudades ya no lo escuchaba.

Entre los lanceros, Dolor volvió la cabeza y miró a Ho.

—¿Qué va a pasar?

—Silencio —advirtió uno de los guardias. Dolor no le hizo caso.

—Solo van a... enseñaros algo. No es nada que represente una amenaza física.

La boca del hombre esbozó una mueca seria mientras apartaba la mirada, pensativo.

—Es solo que siento cierta curiosidad.

Su, notó Ho, observaba a los dos con un interés vivo, sus ojos penetrantes no dejaban de sondear. Tras un momento lanzó una carcajada aguda. Levantó la cabeza mirando a Ho y sonrió como antes, después se tocó un lado de la nariz ganchuda y guiñó un ojo.

—¿Qué pasa? —murmuró él.

—Otra cosa que huelo. Me llevó un rato ubicarlo. Fue hace mucho tiempo, en el consejo de todos los clanes.

—¿Qué?

—Ya lo verás. Tú y Yath, creo. ¡Ja!

Ho lanzó un bufido.

—Otro más de tus juegos.

—¡Ja!

El sendero llevaba hasta una grieta de la pared de piedra de la cueva. Unos escalones de tierra batida bajaban por la brecha estrecha hasta otra cueva, esa excavada en las capas de piedra sedimentaria cauterizada que contenían el mineral de otataralita. Los lanceros empujaron a Regalo y Dolor hasta el frente, donde esperaban Yath y Sessin. Más allá, una pasarela de tierra trepaba por la pared contraria, que parecía hecha de una roca lisa y vidriosa.

Dolor miró a su alrededor.

—¿Hemos llegado?

La boca de Yath lucía una sonrisa de triunfo ávido.

—Mira mejor —lo alentó—. ¡Levantad las luces!

Bajaron unos postes, colocaron las lámparas y los volvieron a subir. La luz floreció y reveló un muro de piedra de color verde oscuro que contenía unas profundidades ocultas donde resplandecían unos reflejos. Ho observó mientras, fase a fase, Dolor fue cayendo poco a poco en la cuenta.

—No, no puede ser... —murmuró. Su mirada fue hacia el bulto excavado en la base, la ladera que subía a una caverna abierta, el risco que sobresalía sobre ese tajo junto al techo de la cueva—. De todos los dioses olvidados —dijo. Miró a Yath, un asombro franco, imprudente, cayó sobre su oscura cara napaniana—. Un gigante de jade... Había leído sobre ellos, por supuesto. Pero esto... —Sacudió la cabeza,

pasmado y sin palabras.

Ho compartía su asombro; por muy a menudo que bajara allí a mirar, siempre lo dejaba estupefacto y derrotado. La cueva ovalada, del doble de la altura de un hombre, se transformaba para él en una boca que bostezaba, o que gritaba. El abultamiento de abajo era la barbilla. Uno después escalaba la mitad inferior de la cara hasta la superior, después de la cara a la cabeza, de la cabeza al cuello, y... y hasta allí llevaba el ejercicio la imaginación de Ho. Se convertía en algo absurdo. Inimaginable. ¿Cómo era posible construir una cosa así? ¿No se derrumbaría bajo su propio peso colosal?

Pero, por supuesto, procedían de algún otro lugar. ¿Pero un reino así, por muy ajeno a todo que fuese, no poseería sus propias propiedades, su propia serie de leyes físicas que no se podían contravenir? Era demasiado para Ho, como lo había sido para ese batallón entero de magos profesionales, eruditos e investigadores teúrgicos que habían hecho de ese misterio su fijación principal durante las últimas tres décadas.

Todas esas revelaciones no significaban nada para Regalo, que le dio un codazo a Dolor.

—¿Qué es?

Dolor se limitó a encogerse de hombros.

—Una puta estatua enorme.

—Vamos, vamos —urgió Yath, que empezaba a subir la pasarela—. Venid a echar un vistazo mejor. —Llamó a Dolor con la mano. Los ojos del hombre se habían entrecerrado con una desconfianza sin ambages, pero era obvio que no podía rechazar semejante oportunidad. *Uno de los nuestros, después de todo*, decidió Ho.

Dolor siguió al sacerdote de Siete Ciudades por la pasarela de tierra batida. Terminaba al borde de la cueva oscura, de la boca abierta. Yath hizo un gesto para señalar el interior y se retiró. Sin dejar de mirar con cautela al sacerdote, Dolor se inclinó hacia delante, echó un rápido vistazo y retrocedió de golpe, asombrado.

—¡Una garganta! —exclamó—. ¡Han tallado una garganta!

Ho, con los ojos cerrados, asintió, casi desesperado. *Sí, una garganta. Y nuestras piedras de sondeo tienen que alcanzar el fondo todavía. No hay cuerda suficiente en toda la isla para descender a las entrañas de esta estatua. Y así, el misterio solo nos confunde aún más, puesto que hay una garganta, ¿qué hay de un estómago? ¿Intestinos? ¿Deberían continuar profundizando en esta investigación? Quizá no. ¿Qué comería una estatua gigante de jade? Y lo que es más razonable, en caso de no necesitar sustento, ¿para qué entonces una garganta?*

—¿Y qué oyes? —lo alentó Yath, con una mano se sujetaba la garganta y en sus ojos había una luz enfebrecida.

Dolor ladeó la cabeza, se agachó y quedó callado un tiempo. Abajo, todo el

mundo se quedó también muy quieto.

—Oigo una brisa... un suspiro o un susurro... como el viento que atraviesa un bosque en otoño.

—Es muy fuerte —le susurró Su a Ho. Ladeó la cabeza unos milímetros y la levantó—. ¿Qué oíste tú?

—Gritos de locos. ¿Y tú?

La mujer bajó la cabeza.

—Llanto inconsolable.

Yath estaba abriendo las manos sobre la cara de jade tallada, con los dedos largos muy separados. Apretó un lado de la cara contra la estatua y articuló algo en silencio.

—En el nombre de Oponn, ¿se puede saber qué está haciendo ese imbécil ahora? —murmuró Ho, maravillado.

Dolor presintió algo y levantó la vista.

—¿Qué? —Se movió hacia el borde de la pasarela y los miró a todos sin saber muy bien cómo proceder—. Estoy asombrado, lo reconozco. Y si hubiéramos...

—Espera —lo interrumpió Yath, y se alejó de la abertura.

Algo hizo darse la vuelta a Dolor. Ho también lo sintió en la brisa que le agitó el pelo ralo, en la presión de la tela de la camisa contra el pecho. Un siseo de alarma se escapó de los labios de Su.

Un estallido rugiente que salió de la boca en un torrente irrefrenable. Dolor se agachó, pero una explosión de aire brotó de la boca como la exhalación del gigante. Levantó al hombre del saliente y lo lanzó volando por la cueva. Todo el mundo se llevó las manos a la cabeza cuando les estallaron los tímpanos. Varios cayeron, chillando a causa de un dolor insoportable. Una tormenta de polvo rodó por la cueva bloqueando la visión mientras, sobre ellos, Yath reía y aullaba como un poseso.

Cuando el polvo se asentó, Ho encontró al grupo de internos que se habían reunido alrededor del malazano caído. Se abrió camino. Regalo estaba allí, arrodillado al lado de su amigo, que yacía inmóvil.

—¡Traed al siguiente! —ordenó Yath desde la pasarela, pero no le escuchaba nadie. Todo el mundo le gritaba a la vez, ¿cuándo había descubierto esa capacidad? ¿Por qué no había compartido ese conocimiento? ¿Cómo había llegado a él? ¿Era consciente o un simple reflejo? ¿Qué había de las cualidades del aire?

Ho permanecía en silencio, con los ojos puestos en el hombre muerto. El tipo se había mostrado difícil, brusco, despótico incluso, pero a él le caía bien. Y ninguno de ellos había sospechado siquiera las intenciones de Yath. Es decir, ninguno excepto Su.

Regalo alzó una mano y la descargó con fuerza en la cara de su amigo muerto. Varios internos lo sujetaron para apartarlo del cadáver, pero Dolor tosió, hizo una mueca y se cubrió el rostro con las dos manos.

—Que el Embozado me lleve, eso ha dolido —gimió.

Ho se quedó con la boca abierta... ¡era imposible! ¡El hombre había salido volando por encima de sus cabezas! ¿Cómo... sin magia... cómo? Regalo levantó a Dolor, que se quedó de pie, tambaleándose, y después se limpió el polvo de los cueros. Se cogió el cuello con las dos manos y se torció la cabeza de un lado a otro.

—Bueno, ahora que ya no hay obstáculos ahí delante, quizá podamos salir de aquí.

—¿Qué? —bramó una voz consternada desde arriba.

Los internos retrocedieron con un estremecimiento y dejaron un amplio círculo vacío alrededor de los tres malazanos. Su estalló en carcajadas de desdén.

—Difíciles de matar, estos dos. —Ladeó la cabeza y se dirigió a Dolor—. ¿Venís a reclutar?

Dolor la examinó de arriba abajo.

—¿Wickana? Desde luego.

Yath llegó entonces con ojos de loco.

—¿Qué es esto? ¿Todavía vivo? —Hizo un gesto a los lanceros—. ¿A qué estáis esperando? ¡Es obvio que son una amenaza! Matadlos de una vez.

Regalo le arrancó la lanza al más cercano y apuntó con ella a Yath. Sessin se plantó allí de repente y cogió con las dos manos el mango, casi junto a la punta de piedra tallada. Los dos hombres tiraron cada uno de su lado, con la lanza entre ellos y las sandalias removiendo la tierra seca.

—¡Parad de una vez! —gritó Ho.

Yath hizo retroceder a todo el mundo con un ademán. El tira y afloja continuó, Sessin sonreía con la espalda encorvada, la boca de Regalo permanecía tensa, los ojos calibrando al otro. Los dos forcejearon, inmóviles, como si representaran una pantomima del esfuerzo hasta que, con un estallido, la lanza se partió por la mitad entre los dos, que se tambalearon hacia atrás.

Yath levantó una mano y gritó algo en el dialecto de Siete Ciudades. Después se dirigió a Dolor.

—¿Quién eres?

—Un aliado. —Dolor levantó la voz y se dirigió a todo el mundo—. Hemos venido para llevaros a todos de regreso a Quon para luchar contra el Imperio. ¿Qué decís? ¿Venganza contra los que os encerraron?

Yath se lo quedó mirando con los ojos saliéndose de las órbitas, después lanzó su carcajada de loco.

—¡Idiota! ¿De qué puede servir cualquiera de estos viejos y viejas? ¿Qué hay de la otataralita?

Dolor se encogió de hombros.

—Ya hace mucho tiempo que el Pozo se ha agotado. Ahora no es más que una

prisión. El poco mineral que queda y que habéis estado extrayendo no contiene más que trazas del elemento. Y además puro, sin refinar. Se puede limpiar.

—¡Está en la comida! —exclamó alguien.

Otro encogimiento de hombros.

—Un cambio de dieta. Pasará.

Yath se alisó la barba y se puso a pensar.

—Si su presencia es tan moderada como decís, ¿por qué ninguno de nosotros puede servirse de las sendas? ¿Por qué tenemos cerrada toda la teúrgia?

—Proximidad. Es la ubicación que tenemos en la isla. Una vez que nos vayamos, volverá.

—¡Pero lo hemos estado respirando! —objetó una voz.

—Hay muchos tratamientos alquímicos, expectorantes.

—Eso es cierto —dijo alguien—. El polvo de D'bayang inhalado con fuerza suficiente puede...

—¿Queréis callaros? —gruñó Yath. Cogió el bastón con las dos manos y se lo apoyó en la cintura—. Créeme, mezcla, quiero vengarme de tu Imperio más de lo que puedes imaginar. Pero estamos aquí abajo, en esta... prisión... como tú la llamas, ¡y no veo cómo te propones sacarnos de aquí!

Dolor se estaba frotando un hombro y haciéndolo rodar con una mueca.

—Tiene sentido. —Miró a su alrededor—. ¿Qué hora es ahí arriba?

—Falta poco para el amanecer —respondió alguien, todos asintieron.

—De acuerdo. Subamos a la boca de la mina y os tendremos a todos fuera al amanecer.

Yath esbozó una sonrisa burlona.

—¡Mentiras! ¡Una vez allí llamaréis a los guardias para que os rescaten!

—Entonces clavadnos vuestras lanzas.

Yath se calló, con la mirada furiosa y sin dejar de mover la boca. Su lanzó una carcajada desdeñosa. Los dos se dirigieron al túnel y todo el mundo se apartó a su paso.

Ho iba el último para esperar a Su. Una vez que el resto de los internos se hubo adelantado lo suficiente, le preguntó:

—Bueno, ¿entonces quiénes son?

La bruja le lanzó una mirada zalamera, satisfecha.

—¿No lo has adivinado todavía?

—No. Así que no son malazanos.

El bastón de la anciana lo golpeó en la espinilla y él se apartó de un salto con una mueca.

—¡Por favor! Por supuesto que son malazanos. Lo que pasa es que hay malazanos

y malazanos.

—No lo entiendo.

—Es obvio.

Siguieron caminando en silencio durante un rato.

—Así que están con ese movimiento secesionista del que hemos oído hablar.

Su lo apartó como si fuera un insecto molesto y se adelantó. En el largo túnel de ascenso, Ho la esperó mientras ella recuperaba el aliento.

—Soy vieja —dijo la mujer de repente—. ¿No te parece raro que los que nos hemos beneficiado de manipular las sendas, o los rituales, para persistir, continuemos haciéndolo aquí, en las minas? —Ho no respondió, ¿qué había que decir? ¿Que era un misterio?—. Durante un tiempo temí que me fuese a pasar la eternidad en este sitio. O hasta que el viento erosionase la isla a mi alrededor y pudiera irme caminando. ¿Tú no tienes esos temores?

Ho sacudió la cabeza.

—Nunca he pensado en ello.

La anciana lo estudió con atención una vez más, con el ceño fruncido.

—No tienes imaginación, Ho. De hecho, careces de muchas cosas que harían un hombre completo.

—¿Es un insulto?

—Mal genio, por ejemplo. No recuerdo haberte visto nunca enfadado. ¿Adónde se fue tu mal genio, mago? ¿Tu ambición? ¿Tu empuje?

—Ese tema está cerrado, Su —rezongó él, y siguió caminando.

La esperó donde el túnel inclinado se encontraba con la galería lateral. Desde ahí siguieron caminando juntos, aunque sin hablar. No se encontraron con nadie. Al llegar a la galería principal la encontraron desierta también. Ho se preguntó si Dolor y Regalo ya se habían llevado a todo el mundo, quizá habían excavado con palillos de dientes un túnel que subiera hasta la superficie.

Pero el murmullo de muchas voces les llegó desde la boca redonda de la mina. Una masa arremolinada de lo que parecía la población entera del Pozo, todos hablando, mezclándose, intercambiando opiniones y rumores. Ho captó la atención del más cercano.

—¿Qué pasa?

—Dos de los recién llegados treparon por la pared.

Ho alzó las cejas.

—No me digas. —*Justo como habían dicho*—. Pero todo el mundo lo ha intentado.

Un ademán impotente.

—Al parecer uno tenía dos palos cortos que clavaba en la pared, y trepó así,

poniendo uno tras otro. El segundo siguió ese camino, profundizando los hoyos a base de puñetazos y patadas. —Ho pensó en los bastones cortos que había visto tallar a Dolor. *Así que no eran armas, después de todo.*

—¿Y desde entonces? —preguntó Su.

—Nada. Silencio. Yath dice que han huido.

—Muy propio de él. —Había algo patológico en el odio de ese hombre. Si conseguían salir de verdad, tendría que vigilarlo. ¿Quién sabía lo que podría intentar? Ya había tratado de asesinar.

Unos chirridos y el ruido de un trinquete anunciaron que la plataforma colgante se movía. Cesaron todas las charlas. Varios de los internos huyeron de la boca de la mina, quizá temían que fueran los guardias los que bajaban a aplastarles la cabeza. Ho pensó que era posible pero improbable. ¿Para qué iban a bajar a ensuciarse las manos cuando podían limitarse a retener la comida?

Cuando la plataforma descendió, fue obvio que contenía un solo ocupante, Dolor. Cuando se posó en el suelo con cierta torpeza, soltó una cuerda de seguridad y los invitó con un ademán.

—De cinco en cinco, por favor.

Nadie habló ni se movió. Las caras se giraron para examinarse, maravilladas, como si buscaran alguna pista sobre lo que debían hacer a continuación. Dolor frunció el ceño, decepcionado.

—Vaya, qué panda tan impaciente. Cuidado, no os pisoteéis.

Ho se adelantó al tiempo que respiraba hondo para tranquilizarse.

—¿Qué pasó ahí arriba, Dolor?

—Ven, sube. Echa un vistazo.

—Yo voy —dijo una interna, y se acercó. Ho la reconoció como otra de las últimas recién llegadas que había bajado con Dolor y Regalo. Otros tres internos se unieron a ellos.

—¿Os conocéis? —le preguntó Ho a la mujer en la plataforma.

Ella miró a Dolor de arriba abajo.

—No.

Dolor tiró de un cordón ensartado entre la gruesa maroma de cáñamo que sujetaba la plataforma y poco después el mecanismo dio un tirón hacia arriba y empezó a subir. Ho vio que a Dolor le colgaban del cinturón dos espadas desiguales.

Las capas sedimentarias grises, amarillas y doradas de la roca excavada fueron pasando a su lado con lentitud mientras subían. La cuerda crujía de un modo alarmante. Ho miró abajo y pensó, ¿cuántas décadas pateando ese polvo? ¿Seis? ¿Siete? ¿Se había limitado a perder la cuenta? Por alguna razón el futuro lo alarmaba. ¿Qué haría? ¿Adónde iría? Había pasado demasiado tiempo sin tener que plantearse siquiera esas preguntas. Miró a Dolor; no tenía ni una sola marca y ¿cuántos

guardias? Veinticinco, más o menos. ¿Cómo lo habían logrado esos dos? Y todo sin magia de las sendas. El logro ofendía un poco a Ho, se sentía como si se hubiera quedado obsoleto por culpa de ellos. ¿Qué necesidad había de magos si tipos como ellos eran capaces de hacer lo que habían hecho?

La plataforma se detuvo con un topetazo y se balanceó. Con un chirrido de madera sobre madera el sólido tronco levadizo que los sujetaba empezó a girar y transportó la plataforma hasta posarla en la tierra junto a la abertura. Dolor desenganchó la cuerda de seguridad. Ho parpadeó bajo la luz del amanecer, a la que no estaba acostumbrado, y se protegió los ojos. La infraestructura del Pozo no había cambiado mucho desde la última vez que la había visto. Una casa larga de tablillas parecida a los barracones de la guardia se levantaba donde, cuando habían procesado a Ho, solo había una tienda de campaña. Una herrería desvencijada, un corral para burros, un montón polvoriento de barriles abiertos y apilados y una casa achaparrada para el oficial completaban la penitenciaria. Toneles rotos y trozos oxidados de metal cubrían el paisaje. Más allá, las dunas salpicadas de hierbas quebradizas se alejaban en todas direcciones. Cortinas de polvo llevadas por el viento ocultaban la lejanía. Regalo estaba muy ocupado dando de beber a los cuatro burros que había atados a los radios del ancho mecanismo circular que izaba la plataforma.

—¿Dónde está todo el mundo?

Dolor señaló el barracón con la barbilla.

—Dentro.

Ho se humedeció los labios y se obligó a preguntar.

—¿Vivos?

—Ve a verlo por ti mismo.

Ho decidió que sí, eso haría. Pero no tuvo valor para bajar de la plataforma. Los otros habían descendido de inmediato. Él miró al suelo, adelantó una sandalia despacio y la posó en la superficie, cambió de postura, apoyó algo de peso en ella, rebotó un poco como si quisiera probar su solidez. Solo después pudo bajar el otro pie de las tablas de madera.

Dolor lo observó todo sin hacer ningún comentario, con los labios fruncidos.

—Lo siento —dijo al fin, cuando se dirigieron al barracón.

—¿Por qué?

—No había pensado lo difícil que podría ser esto para alguien como tú.

—Para la mayor parte de nosotros, como creo que verás. —Entonces Ho se detuvo. Algo lo había estado molestando en la instalación. Miró a su alrededor otra vez y lo pensó—. ¿Dónde están las carretas? ¿Dónde está la pista hacia la costa para trasladar el mineral? —Señaló los barriles apilados al azar—. Esos están vacíos. ¿Dónde están todos los llenos?

Dolor miraba hacia otro lado, guiñaba los ojos y los clavaba a lo lejos, las arrugas

que le rodeaban los ojos casi los ocultaban.

—Lo siento.

—¿Sentir? ¿Lo sientes? ¿Qué quieres decir, que el Embozado te lleve?

—Quiere decir que los han estado tirando —dijo la mujer. Ho se giró en redondo, la mujer los había seguido.

—¿Tirándolos? ¡Los tiran! —Ho levantó las manos sucias con las uñas rotas, y se las enseñó a Dolor—. Setenta años de arañar, excavar... raciones reducidas cuando no cumplíamos las cuotas y ellos... ellos tiran... —Ho se abalanzó hacia el barracón.

Dolor se apresuró a alcanzarlo.

—Al principio no, según tengo entendido. Solo las últimas, bueno, décadas. Estaba agotado, no merecía la pena refinarlo. Lo siento, Ho.

La puerta no se abría. Cuando Ho aplicó el hombro como si quisiera derribarla, Dolor se interpuso y sacó dos cuñas. Ho la abrió de un empujón. Se encontró a los guardias en el suelo, tirados o sentados. Al ver a Ho, los que pudieron, se levantaron. Al ver a Dolor, se encogieron. Casi todos tenían heridas en la cabeza que sangraban, cardenales que florecían con profundos colores negros y morados. Ho pensó otra vez en las porras cortas que Dolor había tallado. *Así que sí, armas después de todo.*

—¿Quién es el oficial al mando?

Un tipo bajo y ancho con barba rubia se adelantó y se estiró la camisa de lino.

—Soy el capitán Galith. ¿Quién es usted, por el abismo?

—¿He de entender que han estado tirando el mineral que hemos estado enviando a la superficie?

Una sonrisa de comprensión se coló en la boca del hombre.

—Sí, esa era la política cuando llegué hace cinco años. Analizábamos cada entrega y tirábamos todo lo que estaba por debajo de las trazas que se podían refinar.

Ho se pasó una mano por el pelo corto y arrastró gotas de sudor que le bajaban por las sienes.

—Y dígame, ¿cuándo... con qué frecuencia se cumplían esos estándares?

La sonrisa se plegó en una mueca de desafío burlón.

—Nunca.

Ho cogió al hombre por la camisa.

—Venga conmigo. —Y llevó al hombre hacia el saliente abierto.

Dolor los acompañó.

—¿Qué vas a hacer, Ho? ¿Tirarlo dentro? No lo puedo permitir.

—No puedes... —Ho se detuvo y se enfrentó al napaniano bajo y musculoso—. ¿Quién te crees que eres? ¿Andas por ahí unos cuantos meses y ya lo sabes todo? Esto viene de muy atrás.

—Esos hombres se rindieron a mí, no a ti. Están bajo mi protección.

Ho se enfrentó al oficial malazano, después respiró hondo para tranquilizarse y se

obligó a abrir el puño. El capitán Galith se estiró la camisa abultada.

—No tendría agallas, de todos modos —dijo entre dientes.

Ho lanzó una bofetada del revés que alcanzó al hombre en ese lado de la cabeza y lo tiró al suelo, donde quedó inmóvil. Dolor retrocedió de un salto y aferró la empuñadura de una espada.

—¿Cómo has podido hacer eso? —preguntó con los ojos convertidos en ranuras.

—¿Cómo hiciste tú para que Regalo derrotara a unos veinte guardias?

Dolor se irguió e inclinó la cabeza para admitir que el otro tenía razón. Esbozó una sonrisa maliciosa.

—Los sorprendimos.

—Si vosotros dos habéis terminado de medíroslos, quizá podamos discutir al fin cómo vamos a salir de esta isla...

Dolor y Ho se volvieron hacia la interna regordeta y canosa.

—Escucha —dijo Ho con tono impaciente—, ¿se puede saber, por el favor de la Señora, cómo te llamas?

La mujer cruzó los gruesos brazos sobre el amplio pecho.

—Devaleth Ompton.

—¿De dónde eres?

—No significaría nada para ti.

Ho puso los ojos en blanco.

—Dioses, mujer, hay más de cuarenta estudiosos, historiadores y archiveros aquí.

—Mare. Maga de barco, salida de Ciudad Negra.

—Eres de Puño, entonces.

La mujer alzó las cejas, sorprendida.

—Sí. Ese nombre no es de uso común.

Dolor cogió los pies del capitán inconsciente y empezó a arrastrarlo de regreso al barracón.

—Maga de barco, ¿eh? Mira qué útil.

—Si alguno de los dos estáis pensando que voy a invocar mi senda con toda esta otataralita por ahí, es que los locos sois vosotros. —Y después le gritó a la espalda de Dolor—. ¿Y cómo vamos a escapar de esta puñetera isla, si puede saberse?

—Regalo va a recoger al resto de nuestro, eh, equipo, esta noche. Tenemos un barco.

Devaleth bufó algo parecido a «¡Bien!» y se alejó.

—¿Adónde vas? —preguntó Ho tras ella.

La maga señaló las dunas.

—Hay un océano ahí fuera. ¡Voy a lavar esta ropa, frotarme la piel con arena, restregarme el pelo y después voy a repetirlo todo otra vez!

Ho se pellizcó el chaleco sucio y raído y levantó un pie con su gastada sandalia de

cuero. Cada cosa impregnada del mineral. Miró al barracón, abrió mucho los ojos y corrió tras Dolor.

—¡Espera un momento!

Ghelel quería almohazar su propia montura. Era una yegua impaciente a la que le había cogido bastante cariño, pero Molk le había advertido que no lo hiciera, argumentando que los regulares se ocupaban de esas cosas y que ella, como preboste, no debería rebajarse. Personalmente, Ghelel no veía nada raro en que un oficial se ocupara de su propio caballo; Molk, sin embargo, insistió. Así que se encontró enfrentándose a otra velada vacía en la que solo le quedaba esperar, esperar información de Li Heng sobre alguna novedad en el asedio, que parecía haberse asentado en un punto muerto hosco a pesar de las primeras victorias. O esperar información del este sobre el avance de la armada de la emperatriz. O información de una novedad: los ataques en la costa de una considerable armada pirata que se había unido para aprovechar el caos y había saqueado Unta y después Cawn. Solo dos días antes les había llegado recado de que esos piratas se habían envalentonado de tal modo que, de hecho, marchaban hacia el interior. En las tiendas se apostaba sobre hasta dónde osarían llegar. Ataques contra Telo o Ipras eran los favoritos.

Ella, por tanto, se enfrentaba a la elección de siempre, que, en realidad, esa semana, desde que el ejército del general Urko había partido, no era una elección: quedarse tirada mirando el techo de la tienda, sentarse junto a la hoguera principal del campamento o visitar la tienda de mando. Pasar otra velada inútil junto a la hoguera significaba tener que contemplar a la caballería falari, encabezada por su gordo capitán Tonley, compartir pullas y alardes con los setis mientras se trincaban las enormes cantidades del alcohol que sus hombres hubieran «liberado» en los últimos tiempos; por lo general cerveza, aunque de vez en cuando aparecía algún tonel de licores destilados e incluso botas de hidromiel. Visitar la tienda de mando significaba, bueno, acercarse todavía más al comandante Ullen. Algo que Ghelel encontraba aterradoramente fácil de hacer.

¿Qué pensaría el marqués? ¿O Choss? ¿Lo aprobarían? Ghelel se apretó todavía más los guantes para defenderse del gélido aire nocturno y miró al este, donde la tierra caía hacia las fértiles y planas llanuras del Idryn. Allí, en algún sitio, a solo días de distancia, marchaba una horda desharrapada de piratas. Ociosa, Ghelel se preguntó por qué Ullen no se limitaba a sacar a su batallón de retaguardia junto con los lanceros falari, los exploradores setis y la caballería de la frontera y borraba a los bandidos de la faz del continente. Bueno, malditos fueran; mantenían que ella era la heredera de la Hegemonía Taliana, la tali de Quon Tali. Por tanto, superaba en rango al marqués y Choss no estaba allí. Se dirigió a la tienda de mando.

Al llegar al callejón principal del campamento, vio las antorchas y los guardias

apostados, regulares malazanos de las brigadas falari, y ralentizó el paso. Si la Liga ganara el enfrentamiento inminente y a ella la instalaban como tali de Quon Tali... ¿cómo terminaría por reflejarse sobre ella el comportamiento que tuviera allí a los ojos de esos regulares que había por todas partes? Pensar en sus burlas hizo que le ardiera la cara.

Los ojos de esos guardias se habían posado en ella y resplandecían en la oscuridad bajo sus cascos, así que Ghelel se obligó a seguir moviéndose. Bueno, malditos fueran ellos también, en ese momento no era más que una humilde capitán de caballería, una preboste. Humilde y solitaria.

Cuando se acercó, los guardias inclinaron la cabeza para saludarla y uno apartó la solapa. Ghelel dio una respuesta tan cortés como se atrevió y se metió dentro. Hacía calor en el interior. La luz dorada de los faroles iluminaba la mesa desordenada, unas cuantas sillas y una mesita baja salpicada de fruta, carnes y decantadores de vino. El comandante Ullen, que estaba sirviendo vino en la mesa, se irguió e hizo una reverencia. El marqués Jhardin se irguió y también hizo una reverencia, aunque con más lentitud y más a la ligera, el simple cumplimiento de la mera cortesía de la aristocracia. Por su parte, Ghelel dedicó un saludo militar a dos oficiales superiores.

Ullen desechó el saludo con un ademán.

—Por favor, Alil. ¿Cuántas veces tengo que pedirselo?

—Cada vez, señor. —Ghelel se quitó los guantes y el manto y los dejó sobre una silla.

—Estábamos hablando de ese ejército de piratas —dijo el marqués mientras se acomodaba—. Dicen que en Unta debieron de intentar robar el Arsenal Imperial. Hicieron volar la mitad de la ciudad y a ellos mismos en el intento.

—Quedan más que suficientes —rezongó Ullen con la boca en la copa, después se sentó y estiró las piernas. A Ghelel le gustó el modo en que lo hizo, y le gustó el modo en que la miraba por el rabillo de los pálidos ojos azules, casi con timidez. Se sentó a la mesa y cogió un decantador.

—Comprendo por qué no los estamos aplastando. Es decir, puesto que son tantos...

Una sonrisa de Ullen. Una sonrisa en la que no había burla alguna, solo alegría y buen humor, compartida por sus ojos.

—¿Qué gigantesco número alcanzan ahora?

—He oído a un soldado jurar que eran al menos treinta mil.

El marqués silbó.

—No cabe duda de que se multiplican de modo prodigioso. Olvídense de ellos, Alil. No son más que una chusma de saqueadores. No nos preocupan los buitres. Hemos venido en busca de una leona.

Pero Ullen frunció el ceño, las arrugas de preocupación que le rodeaban la boca

se profundizaron. Ghelel llamó su atención y levantó una ceja, interrogante.

—No estamos dejándolos a su aire, Alil. Tengo exploradores setis observando a distancia. Han surgido unos rumores bastante perturbadores, he de admitir que opuestos, sobre ellos. Pero es... ¿cómo puedo decirlo? Difícil darles crédito. Y la maga que está con Urko, Bala, ha enviado recado de que está inquieta. Sospecha que hay magos poderosos protegiéndose de sus sondeos.

—Tiene que haber una o dos personalidades enérgicas que mantenga unida a la horda —opinó el marqués—. Los distinguiremos y eliminaremos, y la chusma se evaporará. No deberían haberse adentrado en el interior, es obvio que adolecen de un exceso de confianza.

—¿Kellanved tenía un exceso de confianza —caviló Ullen en voz alta mientras miraba su copa— cuando invadió el interior con sus piratas de Malaz? Y Heng fue una de sus primeras conquistas.

Ni el marqués ni Ghelel hablaron durante un rato. El marqués inclinó la cabeza para admitir que en eso el otro estaba en lo cierto.

—Supongo que se podría decir que él fue la excepción que confirma la regla.

Ghelel estudió su copa de vino.

—Hablando del trono... ¿por qué no vamos a enfrentarnos con ella? Disculpen que lo pregunte, puesto que soy nueva en el mando, pero... ¿no podríamos detenerla en las llanuras estrechas al oeste de Cawn?

Otra sonrisa de Ullen.

—Cierto. —Se estiró y se pasó las dos manos por el pelo corto y rubio—. Pero entonces ella se limitaría a retirarse a Cawn y esperarnos allí. Eso no podemos tolerarlo. Como diría un abogado, nosotros llevamos la carga de la prueba. Tenemos que derrotarla, ella solo tiene que retirarse y esperar a que se erosionen nuestros apoyos.

Que Ghelel supiera, Ullen la estaba tratando con la misma condescendencia que Choss y Ameron, solo que sus modales eran más suaves. Pero no era lo que ella sentía, le parecía que solo estaban comentando las opciones juntos y que él le estaba ofreciendo el beneficio de su mayor experiencia. Ghelel se preguntó de nuevo cuánto sabía aquel hombre sobre ella, cuánto le habían contado Urko o el marqués. Podría significar mucho saber eso.

—¿Por qué iban a erosionarse nuestros apoyos y no los de ella?

—Porque si no podemos tomar Heng, ¿cómo vamos a tomar nada?

Ghelel frunció los labios ante lo cierta que era esa aleccionadora evaluación. Desde luego. ¿Por qué iba a quedarse con ellos cualquiera de los que apoyaban la Liga si fracasaban allí? Se enfrentarían a deserciones en masa. Un regreso a los reinos independientes, con la vieja guerra de todos contra todos a no mucho tardar. Luchas por todo el continente, la inevitable disolución en el caos, hambrunas, brutalidad y

pequeños y mezquinos caudillos. Algo que Ghelel haría lo que fuera por evitar.

El marqués se terminó su copa y se levantó.

—Si la emperatriz se echa al campo de batalla, entonces Heng ya se puede colgar sola. —Le dedicó un saludo militar a Ullen—: Comandante. —Se inclinó ante Ghelel—: Preboste. Los dejaré a los dos para que solucionen el resto de los problemas a los que se enfrenta nuestro ejército y esperaré las órdenes correspondientes mañana. Buenas noches.

Ullen excusó al marqués con una carcajada. Cuando se cerró la pesada solapa de lona, Ghelel se enfrentó a Ullen a solas. Durante un rato no habló ninguno de los dos. Ghelel se sirvió otra copa de vino.

—¿Le dijo el marqués que soy nueva en este destino?

Ullen asintió.

—Sí... ¿Su familia se remonta a muy atrás en Tali?

Ghelel sintió que se ponía roja y maldijo la reacción. Para cubrirla, se encogió de hombros.

—Rica en ancestros, pobre en dinero. ¿Y usted?

Una comisura de la boca se alzó.

—Como usted. Rico en experiencia, pobre en dinero. He servido en el ejército toda mi vida.

—¿Entonces ha estado en el extranjero? ¿Genabackis? ¿Siete Ciudades?

El otro negó con la cabeza.

—No. —Una sonrisa maliciosa—. A menos que cuente Falar.

La joven respondió a esa sonrisa.

—Oh, supongo que eso podemos permitirlo... solo por esta noche.

Ullen levantó su copa.

—Muchas gracias. Ahora poseo un aire exótico más marcial.

Pero Ghelel se inquietó. Ese hombre parecía tener cuarenta y muchos años, pero jamás había servido en el extranjero. ¿Dónde había estado todos esos años? ¿Durante los últimos veinte años sus únicos destinos habían sido guarniciones? Sin embargo, Urko parecía tener confianza ciega en él; ¿podía no ser más que un gerente eficaz, más escribano que soldado?

Una llamada en el poste de la solapa.

—¿Sí? —exclamó Ullen.

Un guardia apartó la gruesa lona.

—Explorador seti, señor, con recado sobre los piratas.

Ullen se puso en pie con un suspiro y se acercó a la mesa de trabajo.

—Hágalo entrar, sargento.

Una figura menuda se deslizó por la abertura y Ghelel se la quedó mirando. ¡Una niña! ¿A qué habían llegado, enviando niños al campo de batalla? Los pantalones de

piel de ciervo de la pequeña estaban rasgados y llenos de barro, los mocasines muy gastados. Un chaleco de cuero sin mangas era todo lo que vestía a pesar del frío cortante de la noche. El cabello largo le colgaba en una maraña de sudor, nudos y trozos de cuero y cuentas, y un cuchillo envainado de una longitud considerable le colgaba de una cuerda atada alrededor de un hombro. A pesar de su apariencia desaliñada y agotada por el viaje, la niña examinó el contenido de la tienda con el desprecio de una princesa.

—¿*Ullar yesh'ap*? —La niña se dirigió a Ullen con una desaprobación obvia.

—*Aya* —respondió él sin dificultad en seti—. ¿*Tahian heshar*?

—*Nyeh*.

Ullen miró a Ghelel.

—Discúlpenos, por favor. —A la niña—: *Bergar, sho*.

La niña se metió de lleno en un largo informe en seti. Cuando hizo un gesto, a Ghelel le desgarró por dentro ver que tenía las puntas de los dedos azules de frío, igual que los labios. ¡Dioses! Esa niña estaba medio congelada de frío tras la cabalgada nocturna. La jovencita seti tiró un pliego de tela rasgada sobre la mesa de Ullen y se giró para irse. Ghelel intervino entonces.

—¡Espera! ¡Por favor!

Una mano se posó en el mango del largo cuchillo y la niña lanzó una acusación furiosa a Ullen con la mirada.

—¿Qué pasa? —le preguntó él a Ghelel.

—Pídale que se quede. Para entrar en calor... lo que sea.

Ullen habló con la niña y el tono de la respuesta de la pequeña le dijo a Ghelel todo lo que necesitaba saber. Le ofreció su propio manto.

—Puede llevarse esto.

Ullen tradujo, la niña respondió y le lanzó a Ghelel una mirada feroz de orgullo fiero que habría sido divertida si no fuera tan obviamente sentida. Ullen tradujo.

—Se lo agradece, pero dice que tal posesión solo sería una carga para ella.

Ghelel apretó la gruesa y suntuosa tela con las dos manos.

—¿Entonces no se queda?

—No. Estoy seguro de que su intención es regresar de inmediato con su partida de exploradores.

—¡Se morirá de frío! ¿No puede ordenarle que se quede hasta mañana?

Ullen se pasó una mano por el pelo con un suspiro.

—Alil... su partida probablemente consiste en sus propios hermanos, hermanas y primos.

Ghelel apoyó el peso en la silla y dejó caer el manto sobre el respaldo.

—Yo... entiendo. Dígale... dígale que lo siento.

Como única respuesta, la niña estiró una mano para cubrir la de Ghelel, que siseó,

conmocionada, tan frío era el apretón de la niña. Esta se fue y Ghelel fue incapaz de levantar la cabeza para verla salir.

Tras unos momentos Ullen carraspeó y rodeó la mesa. Apretó el brazo de Ghelel.

—Su preocupación la honra, Alil. Pero es innecesaria. Nació en esta vida. Creció con ella y está acostumbrada.

Ghelel se apartó con un estremecimiento, indignada por las palabras del hombre.

—Así que son menos que nosotros, ¿no? ¿Más brutos? ¿Sienten menos que nosotros?

La cara de Ullen se quedó paralizada y bajó el brazo.

—No es a eso a lo que me refería en absoluto. —Volvió a la mesa y cogió el trozo de tela que había dejado la mensajera—. Ehra, que así se llama, por cierto, el nombre de una florecita azul que aquí se encuentra por todas partes; informa de que su partida ha capturado a un fugitivo de los piratas. Y puesto que tienen órdenes más de averiguar lo que puedan sobre esos asaltantes, lo han interrogado. El tipo afirmó que el sigilo que portan es importante. —Ullen agitó el trozo de tela—. Lo esbozó aquí.

Ghelel se sentó con movimientos pesados y se sirvió otra copa de vino.

—Comandante... lo siento. Me he excedido. Probablemente usted se refería a que estaba acostumbrada a tales privaciones; que ha crecido cabalgando con este tiempo todo el año. Y no me cabe duda de que tiene razón. Lo siento. Es solo que los talianos compartimos frontera con los setis. Hay una larga historia de antagonismo y yo he crecido oyendo muchas cosas que son... cómo lo diría, sectarias, contra ellos. Acepte mis disculpas, comandante. —Al no oír respuesta alguna, la joven levantó la cabeza—. ¿Comandante?

Ullen se había apartado de la mesa y había clavado los ojos en la tela abierta. Parecía haber visto al propio Embozado; tenía el rostro de un pálido enfermizo por la conmoción. Había apretado los puños y los tenía blancos. Ghelel apartó la copa y se acercó a él.

—¿Qué ocurre?

—Dioses no... es verdad —dijo él sin aliento.

Ghelel cogió el trozo de tela. Esbozado en polvo de carbón y ocre había una larga mancha oxidada que lucía una línea ondulada en zigzag.

—¿Qué es?

Ullen tragó saliva y se pasó una mano por la frente reluciente.

—Algo que recé para no volver a ver jamás. ¡Sargento!

El guardia entró.

—¿Señor?

—Vaya a llamar al marqués y al capitán Tonley, de prisa.

—Sí, señor.

Ullen fue a la mesa baja y se sirvió una copa de vino.

—¿Qué es? —volvió a preguntar Ghelel.

Ullen se tomó de un trago la copa antes de contestar.

—¿No significa nada para usted? Un campo rojo, una bestia larga y sinuosa... ¿un dragón, quizá?

—No.

El hombre habló a las profundidades de su copa vacía.

—Con qué rapidez se olvida tanto.

El marqués abrió de golpe la solapa de la tienda, vestía solo una camisa abierta de fieltro, pantalones y botas.

—¿Qué noticias hay?

Ullen señaló a Ghelel, que le tendió el trozo de tela. El marqués lo cogió.

—Seguro que está versado en libreas, marqués. ¿Qué le parece esa insignia?

—Un campo rojo, una bestia larga o quizá un arma... podría ser un buen número de cosas.

—¿Y si la cosa fuera un dragón?

—¿Qué significaría eso? —preguntó Ghelel.

—Entonces... —Con un bufido, el marqués tiró la tela en la mesa—. Impostura, con seguridad. Un alarde vano.

—No lo creo. Eso confirma los rumores de Unta.

—¿Qué rumores? —preguntó Ghelel en voz más alta todavía.

—No puede tener la certeza, sin embargo —dijo el marqués.

—No, pero sí la suficiente como para tratarlos con más cautela. Le pido que regrese a su mando, al sur del Idryn.

—De acuerdo.

El capitán Tonley apartó la solapa de lona. Con una mueca se protegió los ojos de la luz brillante del farol.

—¿Qué pasa... eh, señores?

—¡Sí! —añadió Ghelel—. ¿Qué es, maldito sea el Embozado?

—El sigilo de la Guardia Carmesí —dijo Ullen.

Ghelel se lo quedó mirando con las cejas levantadas. ¿La Guardia Carmesí? ¿El manido hombre del saco de los cuentos de viejas? ¿Simples mercenarios? ¿Era eso lo que tanto inquietaba a Ullen? Solo su tacto le impidió lanzar una carcajada.

El capitán Tonley se rascó la barba rojiza. Su rostro traicionaba la incredulidad más absoluta.

—¿La Guardia Carmesí, dice? ¿Es eso cierto, señor? Asombroso. —Respiró hondo, observó la presencia de los decantadores de vino y cogió uno—. ¿Órdenes, señor?

Ullen o bien no lo notó o estaba acostumbrado a los modales del tipo, o a su falta de ellos.

—Envíe su mejor jinete a Urko, al Mando General. —Garabateó un mensaje en un trozo de pergamino y se lo tendió a Tonley—. El ejército invasor se confirma como la Guardia Carmesí.

—Cualquiera podría usar ese símbolo —objetó Ghelel.

—Nadie se atrevería —respondió el marqués—. Venga, preboste. Nos vamos de inmediato. —Se inclinó ante Ullen. Ghelel no se movió. Observó a Ullen, que se despidió de ella con una reverencia mientras, según le pareció a la joven, mantenía el rostro cuidadosamente desprovisto de toda emoción. El marqués la cogió por el brazo.

—Preboste.

Una vez fuera, el marqués le habló en voz baja.

—Cámbiese, rápido, salimos a caballo en menos de una hora. —Y se encaminó a su tienda. Un poco borracha y atontada por los últimos acontecimientos, Ghelel se alejó despacio. Dentro de su tienda se encontró a Molk tirado a la entrada con un brazo por la cara.

—Levántese. Nos vamos.

Él movió el brazo y la miró parpadeando.

—¿Nos vamos? ¿Tan pronto?

—Sí. Y aprisa, tiene que preparar el equipaje. —Ghelel empezó a cambiarse para ponerse la armadura.

Molk se incorporó a toda prisa.

—¿Qué noticias hay? ¿Es ella?

Mientras se quitaba la camisa, Ghelel hizo una pausa. *¿Ella? Ah, sí, ella.*

—No. No es ella.

—¿Quién, entonces?

Una carcajada de Ghelel.

—Sí, quién, eso es. —Sacudió una camisa interior de seda y se la puso—. Al parecer, nuestro glorioso comandante cree que esos piratas son la Guardia Carmesí, que ha regresado. ¿Se lo puede creer? —Estiró los cordones de la pechera y levantó la vista—. ¿Molk?

Se giró en redondo y miró por la tienda. El muy idiota había desaparecido. Bueno, maldito fuera. ¿Y ahora quién va a hacer el petate?

No fue hasta que la columna se puso en camino al sur por la ruta de los peregrinos que Ghelel tuvo la oportunidad de hablar con relativa privacidad con el marqués. Uno junto al otro, justo detrás de la vanguardia de la columna que cabalgaba con antorchas encendidas, la joven se inclinó hacia su superior.

—¿Entonces usted lo cree? ¿Que es la Guardia que ha regresado?

Con el yelmo bajo un brazo y las riendas en una mano, el marqués se volvió para

mirarla. Sus ojos eran pozos oscuros en la noche y el cabello rizado y negro ondeaba suelto alrededor de su cara.

—Creo a Ullen —le contestó.

—¿Por qué iba a estar Ullen tan seguro? ¿Y por qué tanto miedo? Son solo mercenarios. Famosos, sí. Pero solo una banda de espadas contratadas.

La boca del marqués se estiró en una sonrisa fría sin asomo de humor.

—¿Es que usted no ha oído las historias?

Ghelel pensó en los cuentos para dormir que le había contado su niñera sobre la Guardia y cómo se oponían al emperador. Románticas acciones heroicas de grandes paladines y rocambolescas e increíbles hazañas.

—Las he oído. Cuentos de trovadores y romances. Pero todo eso fue hace mucho tiempo. ¿Por qué habría de temerlos Ullen ahora?

Le tocó entonces al marqués parecer perplejo.

—¿No sabe quién es, o era?

Ghelel se lo quedó mirando, desconcertada, y después contuvo un gruñido de respuesta y acercó más su montura a la del marqués.

—Por los mismísimos misterios de la Reina, ¿cómo voy a saber nada si nadie me cuenta nada?

El marqués levantó una mano para rendirse.

—Mis disculpas. Pensé que lo sabía. ¡El hombre sirvió en el estado mayor de Dassem! Fue asistente de Choss durante un tiempo. Por eso lo creo.

Asombrada, Ghelel se relajó y empezó a quedarse atrás. Filas de caballería pasaron junto a ella como truenos mientras su montura refrenaba el paso. ¡*Sirvió con Dassem!* ¡Había servido toda su vida, pero jamás había abandonado el continente... ese hombre había luchado durante las guerras de consolidación! ¡Maldito fuera el tipo! Se sintió casi tentada a dar media vuelta al caballo y enfrentarse a él. ¿Por qué no se lo había dicho? Pero ¿por qué tendría que decírselo? ¿Por qué no debería ella tener fe en él a pesar de todo? Urko lo había elegido por alguna razón, ¿no? ¿Acaso no aceptaba ella su competencia sin hacer preguntas?

Frenó a su montura hasta ponerla a medio galope y volvió la vista hacia el campamento, un fulgor lejano bajo el cielo despejado lleno de estrellas. Su aliento y el de su montura humeaban en el aire frío y Ghelel pensó en una huesuda niña seti que cabalgaba hacia el este vestida más pobremente que ella. Por delante, cuatro miembros de su caballería se habían retrasado de la columna para esperarla. Ociosa, se preguntó dónde se habría metido Molk y si volvería a verlo alguna vez. Las estrellas ardían con una luz dura y fría de un horizonte a otro; de repente aparecieron otras nuevas al este. Ghelel guiñó los ojos, sorprendida. No, no eran estrellas, sino luces amarillas que parpadeaban, antorchas. Un puñado aparecía y desaparecía en la oscuridad del horizonte sobre...

¡Que los dioses le dieran la espalda! Ghelel clavó las espuelas, se alzó y se inclinó hacia delante. ¡Cabalga!

—¡Arre! —Salió disparada entre su sorprendida guardia, rumbo a la columna, a toda velocidad. Cuando alcanzó la vanguardia, el marqués le echó un solo vistazo a su expresión y levantó el brazo para detener la marcha.

La montura del marqués se encabritó.

—¿Qué pasa? —exclamó el hombre.

Luchando también por controlar su montura, la joven señaló.

—¡Mire! Luces. Deben de ser ellos. Están tomando las ruinas del monasterio.

El marqués estudió el este. Su boca se crispó de indignación.

—¡Que Trake nos lleve, jamás los dejaremos salir de ahí! Es una ratonera. — Después se quedó mirando a Ghelel como si la viera por primera vez, con los ojos muy abiertos, se puso de golpe el yelmo y se abrochó la correa con una sola mano—. ¡Exploradores! ¡A formar! ¡Nos dirigimos al puente!

Una guardia de caballería formó alrededor de Ghelel y el marqués. La avanzadilla se adelantó como un trueno. El marqués hizo la señal de avanzar. La columna tomó velocidad y se perdió al galope en la más absoluta oscuridad.

No se encontraron con nadie, aunque las hogueras parpadeaban junto al camino, donde un grupo de viajeros yacían dormidos. Bajando hacia el Idryn, los perros salían corriendo de la oscuridad y gruñían a las monturas. Los fuegos ardían ante las aberturas negras de las cuevas. La cara de Ghelel estaba entumecida por el frío y las manos eran garras congeladas alrededor de las riendas.

Antes de llegar al puente, sus exploradores salieron de la oscuridad y les impidieron seguir.

—Hombres armados en el puente.

—¡Al puto Embozado con ellos! —explotó el marqués. Después inclinó la cabeza hacia Ghelel—. Discúlpeme, preboste. —Y a los exploradores—: ¿Podéis identificarlos?

—No, señor. No hay colores.

—Son ellos —dijo Ghelel, a la que, por extraño que fuera, le estaba entrando la risa. Qué raro, había sido ella la que había negado hasta la mismísima existencia de la Guardia, pero en ese momento estaba convencida de su presencia en el camino. Pensó en esas historias de su niñez, en la figura romántica pero trágica del duque y luego príncipe K'azz.

—Deberíamos ir a encontrarnos con ellos, parlamentar.

—¿Parlamentar? —respondió el marqués, molesto—. Pero ¿para qué?

—Para tener paso franco al sur, por supuesto.

—¿Paso franco? En el nombre de Fanderay, ¿se puede saber por qué iban a

permitirnos el paso?

—¿Y por qué no habrían de hacerlo, marqués?

El hombre la estudió un rato con la cabeza ladeada. Después levantó una mano a modo de asentimiento.

—Muy bien, preboste. Bajemos a hablar con esos mercenarios. Admito que yo también siento no poca curiosidad.

Se llevaron una guardia de cuatro hombres. Con las antorchas levantadas, avanzaron con lentitud hacia el puente. Cuatro figuras, que ellos pudieran ver, los aguardaban bloqueando la marcha. Unas antorchas sobre unos postes se alzaban a ambos lados de donde el camino enlosado se encontraba con los amplios bloques de granito del puente. Las figuras en sí se habían apartado de la luz.

—¡No sigan! —exclamó un hombre en taliano cuando el marqués y Ghelel penetraron en el círculo de luz vacilante.

—¿Quiénes son? ¿Y cómo se atreven a bloquear este camino? —exclamó el marqués—. Este es una ruta de peregrinos, abierta a todos.

—Sigue abierta a los peregrinos —respondió el hombre—. Bien armados para devociones van ustedes.

—Adelántese —lo invitó Ghelel—. Hablemos del derecho de paso.

Un hombre alto y una mujer bajita y ancha se adelantaron y se metieron en el círculo de luz. Ambos llevaban yelmos envueltos en tela oscura que se cruzaba bajo las barbillas y sobrevestas de una tela gruesa y oscura sobre camisas de cota de malla ennegrecida que les llegaban a las rodillas. Unos guanteletes les cubrían las manos. El hombre portaba un escudo a la espalda y una espada larga en el costado, mientras que las empuñaduras de dos hojas curvas sobresalían del fajín amplio de la mujer.

—Identifíquense —exigió el marqués otra vez—. ¿Forman parte de un ejército legítimo o son simples bandoleros?

—Una distinción cuestionable —dijo la mujer, que arqueó una ceja oscura.

—En realidad es solo cuestión de magnitud —le dijo el hombre.

—O de éxito —añadió Ghelel.

Los otros dos levantaron la cabeza, sorprendidos.

—Hola —dijo el hombre—. Yo soy Cole, esta es Magra.

—Preboste Alil, el marqués Jhardin, de los Centinelas de la Frontera. —Mientras hablaban, los ojos de Ghelel se habían ido acostumbrando a la luz y vio que la tela que envolvía los yelmos y también los jubones eran de un color carmesí muy oscuro, casi negro.

—Preboste, marqués, saludos —dijo el hombre—. Que hayan decidido no llegar a la carga con su caballería para invadir nuestra posición significa que ya saben quiénes somos. Les felicito por sus servicios de información. Hemos intentado ser lo más discretos posible.

—¿Borrando del mapa la mitad de Unta? —soltó el marqués de repente—. ¿Quemando Cawn hasta los cimientos?

El hombre sonrió y dejó al descubierto unos dientes afilados.

—Como he dicho, discreción.

Ghelel se inclinó hacia delante y cruzó los brazos sobre el pomo alto de la silla.

—Cole, solicitamos formalmente paso franco al sur para nuestro destacamento.

Cole los invitó a pasar con un ademán e hizo una reverencia.

—Concedido, preboste. Todos los, eh, combatientes que deseen retirarse al sur están invitados a hacerlo. Pero ninguno puede pasar al norte. Hagan correr la voz, si son tan amables, por favor.

El marqués lo miró furioso, indignado.

—Por lo que se ve esperan una riada de deserciones, ¿no?

—En el futuro próximo, en pocas palabras... sí.

Con un gesto brusco de la cabeza, el marqués envió a un hombre de regreso con recado para que el resto avanzara.

—Supongo que deberíamos darle las gracias por el paso franco.

Cole y Magra se hicieron a un lado.

—Solo hacemos nuestro trabajo.

Arrojo encontró a Storo en el parapeto de la muralla de la ronda Interior, con la barbilla en las manos y los ojos clavados en el norte. Los soldados talianos, al amparo de una torre en la muralla más baja de la ronda Exterior, estaban disparándole al azar a él y a los soldados cercanos que ocupaban la muralla.

—Recoged esos cuadrillos —les gritó Storo a los hombres cuando Arrojo llegó a su lado y se agachó tras una almena.

—¿Qué estás haciendo aquí arriba? —preguntó Arrojo.

—Ser útil.

—¡Te van a dejar como un acerico!

—Gajes del oficio, es lo que tiene hacer de blanco.

—Estás de mal humor.

Storo apoyó la barbilla en las manos otra vez.

—¿Y cómo te encuentras tú?

Arrojo no pudo evitar frotarse el costado.

—Mejor, gracias.

—Dale las gracias a Liss. ¿Dónde está, si puede saberse?

—Vigilando el este. No le quita los ojos de encima ni por un instante.

Storo frunció el ceño y ladeó la cabeza. Un cuadrillo de ballesta rebotó en la almena que tenía al lado y lo roció todo de polvo.

—Sabemos que viene. Solo es cuestión de tiempo.

—No, no es eso. Dice que hay otra cosa ahí fuera, un espacio en blanco donde no debería haber ninguno.

—Un espacio en blanco, ¿eh? Tenemos preocupaciones mayores. —Extendió el brazo y abarcó el amplio círculo del campamento del ejército que se derramaba más allá de la ronda Exterior—. Ya es oficial, tienen hombres suficientes.

—¿Por qué no atacan?

—Lo harán. En los próximos días. Intensificarán los ataques alrededor de la contramuralla norte, me imagino.

—¿Señor? —Un soldado que estaba más allá, en la muralla, señaló. Arrojo miró por una almena y vio filas dobles de ballesteros en pie sobre una torre cercana, todos apuntando en su dirección. Agachó a Storo de un tirón y una descarga de cuadrillos cayó en el parapeto que rodeaba a Storo. Gritos burlones resonaron desde el otro lado, ¡a ver si practicaban más el tiro al blanco! Storo apoyó los antebrazos en las rodillas y se limpió de rastros la testa.

—Bueno, ¿y cómo le va a nuestro negociador?

Arrojo solo pudo sacudir la cabeza. ¿Ese hombre estaba loco o solo resuelto a no sobrevivir al asedio? Decidió entonces que daba igual cómo fueran las cosas, haría que todo el mundo lo vigilara de cerca.

—Esa es la noticia. Seda dice que están listos.

El militar la miró con los ojos enrojecidos y hundidos, pero todavía duros.

—¿Listos? Pues ya era hora, joder. Pueden seguir adelante de una vez.

—Dice que deberías estar allí, si quieres que lo hagan.

Los ojos se pusieron en blanco.

—Dile que estoy ocupado.

—Haciendo que te maten, ya lo sé. —La veterana ladeó la cabeza hacia el soldado más cercano y bajó la voz—. No es lo que se llamaría inspirar confianza, ¿sabes?

El puño se levantó otra vez a plena vista de los sitiadores.

—A los hombres les gustan los comandantes con excentricidades entrañables.

Arrojo lo cogió por el brazo para arrastrarlo con ella mientras los cuadrillos de ballesta rebotaban en los parapetos con un tintineo metálico agudo.

Seda se reunió con ellos en el templo central de la ciudad. Lo acompañaba Rell, y también Risueño y Jalor. Arrojo se dio cuenta de que no habían vuelto a reunirse así desde el comienzo del asedio. Sintió una punzada de pérdida por Nervioso, por muy poco fiable que hubiera sido aquel hijo de puta.

El mago de la ciudad tenía peor aspecto que después del ataque. Sus raídas galas de seda colgaban de su cuerpo en pliegues lacios y sudorosos. El pelo grasiento se pegaba al cráneo como una gorra y las manos, cuando les hizo un gesto para que lo

siguieran, temblaban por la perlesía.

—Seguidme —dijo con voz ronca.

Storo se puso a la altura de Seda, Arrojo con Rell. No había pasado mucho tiempo con el genabackeño en los últimos tiempos. El hombre estaba siempre moviéndose por la ciudad a la cabeza de una compañía de unos veinte soldados de élite. Allá donde fuera, la moral renacía, los hengesés veían en él una especie de paladín. En lo que a Arrojo se refería, no sabían ni la mitad.

—¿Cómo te va? —le preguntó.

—Bien. —Su voz era diferente, distorsionada por los labios quemados. Lucía un yelmo completo con un barbote de bronce dorado y un largo almófar que le colgaba hasta los hombros. Arrojo todavía se preguntaba si era para protegerse o para cubrir las cicatrices. Un peto de bandas de hierro, mangas de cota de malla y grebas completaban tan serio atavío. La veterana dudaba de que aquel hombre hubiera llevado tanto hierro en toda su vida. Pero las mismas dos espadas ligeramente curvas de un único filo le colgaban a los costados.

Arrojo saludó con la cabeza a Risueño, que se había convertido en comandante de una partida de zapadores de emergencia sacados de entre los albañiles, sopladores de vidrio y constructores de la ciudad. Ya habían abortado varios intentos contra las puertas del norte de la ronda Interior y habían contraatacado y hundido dos túneles excavados por los zapadores talianos. Jalor, por su parte, había caído de alguna manera en una especie de veneración obsesiva por Rell, se había autodenominado guardaespaldas principal y lo acompañaba a todas partes.

¿Y en cuanto a ella? De algún modo ella también se había metido en un papel. Por alguna razón todo el mundo parecía considerarla la segunda al mando de Storo.

Seda los guió por el templo de la ciudad, donde Arrojo observó que habían eliminado todos los nuevos santuarios a los varios dioses y espíritus de Quon Tali que los conquistadores malazanos habían impuesto a los hengesés: Ascua, Osserc, el Embozado, Oponn, Soliel, Fener, Togg, Fanderay, hasta el cuenco de incienso de oro nuevecito que se había dedicado a Trake. Arrojo se acercó a Seda.

—¿Limpiando la casa?

Una mirada cansada de soslayo y una sonrisa débil.

—Vuelta a consagrar, Arrojo.

—¿A quién?

—No a quién, a qué. La ciudad misma.

—¿La ciudad se venera a sí misma? Suena a incesto.

—Solo anticuado.

—Eso era lo que decía mi tío.

—¿Y qué le pasó?

Arrojo ladeó la cabeza para estudiar el techo mientras caminaban.

—Ahora que lo pienso, no le pasó nada. Vivió una vida muy larga aterrizando a la enorme familia de idiotas que dominaba. Se asfixió con un hueso de pájaro.

Seda asintió con un largo movimiento.

—Ahí lo tienes.

—Sí. Ahí lo tienes.

El mago abrió la puerta del santuario interno por donde habían entrado la noche de la insurrección.

—Por aquí.

—Espera un minuto —rezongó Risueño y se paró—. Eso lleva a la mierda.

—Así es, más de lo que crees.

—Bueno, pues yo no voy a bajar ahí otra vez a terminar cubierto de caca.

—Después salió, ¿no? —dijo Arrojo.

Risueño le enseñó los dientes serrados. Storo exhaló un suspiro de impaciencia y les hizo un gesto para seguir.

Tal y como había prometido el presentimiento de Risueño, terminaron saliendo otra vez por la gigantesca cabeza de piedra de chacal. La cabeza se fue deslizando poco a poco tras ellos y se cerró con un estruendo que hizo temblar el suelo y los dejó en la oscuridad, salvo por la vela protegida que llevaba Seda. Estaba oscuro, pero a Arrojo le dio la sensación de que alguien había limpiado la mayor parte de los excrementos de la cámara y solo había dejado una capa seca y escamosa de restos en el suelo de caliza y por las paredes, a un cuarto de altura.

—¿Y ahora qué? —preguntó Risueño en lo que a Arrojo le pareció una bravata forzada.

Seda señaló una fila de faroles.

—Encendedlos. —Arrojo y Jalor obedecieron. Seda se volvió a mirar entonces a la cabeza de chacal. De pie, justo delante, inscribió en el aire un complicado arabesco con los brazos y después habló en un idioma que Arrojo no reconoció. El chirrido de la piedra anunció que el buche del chacal se abría con un crujido una vez más.

—¿Por qué no hiciste eso la primera vez? —preguntó Risueño con tono resentido.

—Porque ahora vamos a un sitio diferente.

Así fue, tras las mandíbulas abiertas, donde se abría la garganta, había un pozo oscuro de piedra con unos peldaños de hierro incrustados. Del túnel que habían seguido ellos no quedaba señal alguna. Seda encabezó la marcha al fondo. Arrojo imaginó que si Nervioso todavía estuviera con ellos, se estaría preguntando algo así como «¿Cómo ha hecho eso?».

Bajaron por un tubo largo que, por suerte, albergaba solo el aire seco y polvoriento de esos lugares por los que jamás se han vertido excrementos. El tubo terminaba en una claustrofóbica cámara rectangular de bloques de caliza de forma

basta. Unos dibujos intrincados de diseños geométricos cubrían los bloques del techo, las cuatro paredes y el suelo. Profana en materia de teúrgia, hasta Arrojo era capaz de reconocer las múltiples capas de guardas unidas, o los encantamientos inscritos, o las investiduras de sendas que se solapaban. Una sección de una pared había sido desensamblada y los enormes bloques, mucho más grandes de lo que Arrojo imaginaba que cualquier hombre podía mover (salvo quizá Ahl), se habían tirado a un lado. Tras ella corría un pasaje de escasa altura que descendía y que parecía haber sido tallado en la misma roca ígnea que subyacía bajo la ciudad. Una vez más, Seda encabezó la marcha, seguido por Rell. Tras ellos, en la retaguardia, justo delante de Jalor, la linterna de Arrojo iluminaba los restos torcidos y desgarrados de una serie de barreras situadas en el pasaje: primero una losa de cobre de tres dedos de grosor, reventada como si le hubieran dado un golpe físico; después una losa de lo que reconoció como plata endurecida, que había quedado fundida; por último una losa de hierro, hecha pedazos y doblada hacia fuera. No habría sido Ahl, ¿verdad?

El pasaje desembocaba en una gran cámara que resonó con sus pisadas y quejidos cuando irguieron la espalda y se estiraron. Tres figuras fantasmales surgieron de la oscuridad para recibirlos. Ahl y sus hermanos Thal y Lar. La mugre y el sudor les manchaban la ropa hasta dejarla casi negra. Unas sonrisas sesgadas los recibieron con una malicia húmeda que a Arrojo la hizo sentirse muy incómoda.

—¿Es aquí? —preguntó Storo, su voz resonaba en la inmensa quietud de la cámara.

Seda asintió.

—Kellanved no levantó todo esto, ¿verdad? —preguntó Arrojo, maravillada por la magnitud de aquella obra.

—No. Se construyó hace mucho tiempo. Todo con la esperanza de ocuparla al final. Él solo se limitó a hacer que cumpliera su propósito.

—Se limitó —repitió Risueño con una sonrisa desdeñosa.

—¿Y ahora qué? —preguntó Arrojo.

Seda señaló la oscuridad.

—Por aquí.

Un objeto destacaba apenas entre las sombras circundantes. Se resolvió en un saliente circular y por fin en el borde alzado de lo que parecía ser un vulgar pozo. Una cadena de hierro negro descendía de la oscuridad del techo y continuaba pozo abajo. Estaba hecha con enormes eslabones cuadrados, cada uno tan grueso como el antebrazo de Arrojo. Pero, de todas esas maravillas, lo que de verdad llamó la atención de Arrojo fueron los dos objetos brillantes metidos por el eslabón que estaba al mismo nivel que la cima de las piedras recubiertas de argamasa del pozo: dos espadas largas, sus hojas salvaban el diámetro de la boca del pozo. A Arrojo le pareció que al tirar de las espadas, se liberaría la cadena para que continuara su

descenso.

—La última barrera —dijo Seda en medio del silencio de todos ellos reunidos a su alrededor para estudiar el asombroso dispositivo—. O el último eslabón. Tira de esto y queda libre.

—¿Dónde? —preguntó Storo—. ¿Libre dónde? ¿En esta sala?

—¡Dioses, no! —Seda se rió con cierto matiz enfebrecido, le pareció a Arrojo—. Mucho más abajo. Quedará libre para huir a las llanuras, al norte.

—¿Quién puede hacerlo? —preguntó Storo.

Seda agitó una mano.

—Oh, cualquiera lo bastante fuerte, me imagino. Pero me preguntaba si tú, Rell, podrías...

La visera repujada se volvió hacia Storo, que le indicó con un gesto que lo hiciera si quería. Rell se adelantó y estudió los objetos. Arrojo miró a Seda, le parecía que allí sucedía más de lo que el mago dejaba entrever. Y Seda estaba bastante más animado de lo que lo había estado en toda la noche. Al observar al espadachín genabackeño, los ojos del mago brillaban y había apretado los puños a los lados. Los tres hermanos, observó también Arrojo, parecían uniformemente hoscos, casi incómodos. Por extraño que fuera, a la veterana eso la tranquilizó.

Rell cogió con firmeza las empuñaduras, apoyó una bota en un lado del pozo y tiró. La primera vez no pasó nada. Risueño lanzó un bufido. Rell cogió bien las empuñaduras y encorvó la espalda. Volvió a tirar. El chirrido del hierro sobre la piedra perforó los oídos de Arrojo, que se estremeció y se los tapó. Milímetro a milímetro, dedo a dedo, las hojas arañaron la piedra arrastrándose hacia Rell. Una vibración siniestra recorrió toda la cadena. Al fin, con un estallido explosivo de la piedra, cayeron las puntas. El tirón arrastró a Rell, que desapareció, y solo las manos rápidas de Storo y Jalor, que lo cogieron por los muslos, lo salvaron. El hombretón se irguió con las espadas todavía en las manos y las hojas intactas. La enorme longitud de la cadena, cada eslabón tan grande como la cabeza de un niño, tintineó y golpeó las piedras al descender. Arrojo sintió el movimiento de algo lejano que estremecía el suelo bajo sus pies. El polvo cayó tamizado su alrededor. La veterana se lo limpió del pelo y de los hombros.

—Está hecho —exhaló Seda en la oscuridad—. Tendrá que excavar una larga distancia, pero eso no lo detendrá.

Nadie dijo nada. La cámara estaba en silencio salvo por el rumor lejano y profundo. Storo se pasó una mano por el rastrojo de barba de las mandíbulas.

—Vamos, entonces. Ya llevamos fuera demasiado tiempo, joder.

—Sí —dijo Risueño entre dientes, y escupió en el pozo.

Mientras se alejaba, Rell admiraba las hojas que todavía llevaba en las manos.

—Deberías usarlas —le dijo Seda—. Creo que las encontrarás... —Su voz se

perdió en el silencio.

Arrojo se volvió hacia el mago.

—¿Qué pasa?

Seda levantó una mano pálida para pedir silencio. Arrojo se esforzó por escuchar. Algo... sonidos detrás de ellos, en el pozo. ¿Palabras? A Arrojo se le puso de punta el vello de la nuca y de los antebrazos cuando reconoció los sonidos de un taliano ronco y gruñido, distorsionado pero comprensible, que resonaba en el fondo del pozo:

*Aquellos que me liberan,
sean mis enemigos.*

*Aquellos que me esclavizan,
se arrodillen ante mí.*

*Cuando el fin de todo llegue,
con certeza que lo hará,*

¿en qué lado estás?

*¿En el balance final
y el ajuste de cuentas?*

Siguió una risita larga y profunda, más un jadeo que una carcajada. Arrojo buscó la mirada de Seda, pero los ojos del mago se clavaban en el suelo con resolución. Los tres hermanos, sin embargo, le sonreían a todo el mundo con una mueca perturbada.

—Salgamos de aquí —dijo Storo con un murmullo sordo.

CAPÍTULO 5



Solo los muertos deberían estar seguros de algo.

Antigua advertencia de un erudito

Jacuruku

—¡Barcos, tío! ¡Un convoy de barcos! —exclamó el sobrino de Nevall Od'Orr desde fuera de la tienda.

Nevall Od'Orr, en otro tiempo factor jefe de Cawn, se atragantó con el bocado de carbón masticado que usaba como tinta; estaba intentando poner al día sus libros. Con un ataque de tos, se aferró a los bordes de su mesa alta.

—¡Barcos, tío! —volvió a gritar su sobrino.

El otrora factor tomó un sorbo de una copa, se enjuagó la boca y escupió en el suelo desnudo de tierra.

—¿Y qué? —Y se ciñó mejor las mantas que lo abrigaban.

—¡Ondea el cetro imperial!

—Maravilloso. Otra flota más para saquearnos. Me pregunto si se llevarán nuestra provisión de nabos.

—¿Tienes nabos?

Nevall cerró de golpe el libro chamuscado. Suspiró y se frotó la nuca con las manos ennegrecidas.

—Supongo que debería bajar y suplicar de forma pintoresca. Quizá la dama me tiré así una luna de cobre. Me pregunto si voy adecuadamente ataviado para recibir a una emperatriz.

Nevall escuchó con los brazos abiertos. Silencio. Bajó la cabeza.

—Gamberro.

Descendió con cuidado al suelo húmedo de tierra, cruzó el espacio que lo separaba de las solapas de la entrada y se asomó. Colina abajo, sobre las costillas ennegrecidas de la quemada Cawn, una desharrapada flotilla de barcos de todos los tamaños y épocas empezaba a llenar el puerto. A buenas horas. Con todo, mejor que si hubiera llegado antes que los mercenarios. Al menos tenían una pequeña posibilidad de recuperarse de las pérdidas. Olisqueó el aire y se preguntó si quedaba

algo de la captura del día. Debería enviar a su sobrino a buscar algo de pescado.

—Nevall Od'Orr.

Se puso rígido y se volvió poco a poco. Un hombre ocupaba la parte posterior de la tienda, anodino con una camisa oscura suelta y pantalones. Nevall inclinó la barbilla a modo de saludo y arrastró los pies hasta su mesa. Arrancó una pizca de una hogaza oscura y se la metió en la boca.

—Ranath. Cuánto tiempo. En la Garra ahora, ¿no? Ya he perdido la cuenta de todos los cambios.

Un encogimiento de hombros.

—Siempre es el mismo juego de trileros. —Ranath se estiró la pechera de la camisa—. Escucha, Nevall. Está aquí. Y tiene intención de borrar esa tal Liga y la Guardia de la faz del continente, pero... —Abrió los brazos—. Necesita los fondos necesarios para hacerlo. Muchos fondos.

Un estallido de carcajadas agudas. Nevall abrió mucho los brazos y señaló a su alrededor.

—Puede quedarse con todo, hasta con la manta que llevo encima.

La mirada perezosa de Ranath no vaciló.

—Vamos, vamos, Nevall. Los espías que has puesto por todas partes nos informan a nosotros también. La Guardia se llevó todo lo que no estaba clavado al suelo. Caballos, bueyes, ganado, cabras, carretas, carromatos, conservas, harina, arroz, ollas, madera, cuerda, clavos. Todo. Es decir, todo salvo... —Levantó una mano y le dio la vuelta para revelar una moneda de oro—. Salvo el dinero en metálico. —Fue cambiando la moneda de una mano a la otra sin apartar los ojos de Nevall—. No encontraron las cámaras acorazadas de las casas de comercio, ¿verdad? —Lanzó la moneda al aire, la cogió de golpe y cuando abrió la mano otra vez, la palma estaba vacía—. ¿Sabes?, me pregunto si sabían siquiera que podían pedir las. Eso sí que es una ironía, mercenarios caritativos.

La punta de la lengua de Nevall salió para humedecerle los labios.

—Bueno, Ranath. No nos apesuremos. Respaldamos a la emperatriz, por supuesto. El Imperio siempre ha sido magnífico para los negocios. —Encogió los hombros huesudos bajo la manta fina—. Pero tenemos las manos atadas, está todo comprometido. Ya lo sabes.

Ranath suspiró y levantó la mirada al techo de la tienda mientras buscaba las palabras.

—Nevall... ¿cómo te diría esto? Ah, sí. —Sonrió y levantó las manos—. Se acabaron las tonterías. Y mira tú por dónde, empieza la hora de las garras.

—¿Las de quién?

La sonrisa se endureció.

—Cuidado, amigo mío. Las del trono, digamos. Dices que apoyas a la emperatriz.

Excelente. Recojamos el contenido entero de las cámaras acorazadas de cada casa de comercio para guardarlo como promesa de dicho respaldo. Notificarás a la Convención Gobernante de la provincia que se ha pedido la devolución inmediata de todos sus pagarés. Esperamos el compromiso absoluto de todas las tropas de la provincia entera de Cawn para cumplir con dicha deuda. ¿Comprendido?

Nevall se sentó con gesto pesado en su taburete, apoyó una mano en el libro de cuentas ennegrecido y asintió.

—Como decís los mercaderes, siempre es un placer hacer negocios contigo, Nevall.

El factor agachó la cabeza. La tela de la tienda se movió. Levantó la cabeza y la garra se había ido. Nevall abrió de un tirón el libro, le dio un mordisco al palo de carbón que había al lado y masticó con furia. Después se metió la punta de una pluma en la comisura de la boca.

—Malditos sean Laseen y Mallick, los dos.

—¡Este sitio es una pocilga! —exclamó Noche desde la abarrotada barandilla de la gabarra de pesca que había trasladado a su contingente de setecientos, cojeando y bamboleándose, desde Unta al puerto de Cawn. Menor, con solo las finas prendas rasgadas de ante puestas, los puños blancos en la barandilla, murmuraba con tono miserable.

—Yo solo quiero bajarme. Por favor, Embozado, mátame y sácame de aquí.

Noche miró al desolado y gigantesco mestizo barghastiano. Después se inclinó hacia él.

—¿Quieres un poco de pescado? —le susurró.

—¡No lo atormentes! —chilló Manos desde no muy lejos.

Noche puso los ojos en blanco, se inclinó hacia un lado y escupió con grandes alardes la bola de roya masticada que le abultaba la mejilla. Menor empalideció y tragó saliva.

Manos arrancó a Noche de la barandilla.

—Reunión de personal —le sonrió con alegría. Noche bajó los hombros con un gemido.

En el centro de la cubierta se encontraron con su viejo sargento, reconvertido en capitán, Hojalatero. Buena parte de la antigua tropa de Hojalatero de la Guardia del Puerto de Unta se había reunido en torno a él, entre ellos Manos y Dulce Muchacho, junto con muchas caras de otras compañías de guardias de Unta, como Lim Tal, antigua jefa de guardaespaldas, y se rumoreaba que amante, del duque Amstar D'Avig. También sentado con el capitán estaba el anciano veterano, bronceado y recubierto de cicatrices, por quienes muchos ya alimentaban un odio precioso por haberlos sometido a una instrucción despiadada día tras día desde que salieran de la

capital. Un hombre al que Hojalatero solo se refería como sargento mayor Temp, pero al que los hombres llamaban el viejo Arrimaos, por su acoso constante. «¡Cerrad filas! ¡Arrimaos!»

Hojalatero los miró uno por uno y después se aclaró la garganta.

—Tendremos que esperar nuestro turno para desembarcar. Cawn está tan pelado como los huesos del Embozado, así que nos echamos al hombro las raciones que nos quedan y salimos directamente. Las órdenes son hacer seis leguas al día...

—¡Seis leguas! —graznó Noche—. ¡Después de no levantar el culo en tanto tiempo!

—¡Que pongas «capitán» tras cada gimoteo! —gruñó Manos.

—Y otra cosa —continuó Noche—, por aquí todo dios es sargento. Manos, Menor, Lim, Dulce Muchacho...

—Ahora es Dulce, a secas.

—Ya, vale. Sargento Dulce. ¿Por qué yo no soy también sargento?

—Porque tú lideras a nuestros saboteadores, cabo —rezongó el sargento mayor Temp—. Y ningún saboteador asciende a las mareantes alturas del rango de sargento.

—Pues yo he oído de uno o dos.

—Entonces demuéstreme lo que tienes...

Noche apartó la mirada de los ojos pálidos y gélidos del veterano, después contoneó la cabeza y articuló sin ruido «Demuéstrame lo que tienes».

—Formamos parte de un batallón de las unidades pesadas del Cuarto —continuó Hojalatero mientras se acariciaba el largo bigote plateado con el pulgar y el índice—. El núcleo de hierro de este ejército. Bien, casi no disponemos de caballería digna de ese nombre, algún noble granujiento y unos cuantos exploradores montados. Lo que sí tenemos es miles de escaramuzadores, infantería ligera y suficientes ballesteros para acabar con la población de un país.

»Esa es nuestra jugada. Así que, ¿qué hacemos? Necesitan un centro, un ancla. Y eso somos nosotros. La ferocidad de su fuego debilitará a cualquier fuerza lo bastante idiota como para asomar la cabeza, como hicieron con la Guardia y como harán con cualquier caballería. Pero cuando nos topemos de verdad con una resistencia fuerte, se irán disolviendo a través de nosotros hasta la retaguardia y volverán a formar allí. Nosotros no nos disolvemos. Nosotros aguantamos. ¿Comprendido? Así que, todos los viejos veteranos —Hojalatero inclinó la cabeza y señaló al sargento mayor— enviaron un contingente al puño supremo Anand, y a la espada, Korbolo Dom, también, por supuesto...

Noche hizo una pedorreta.

—Para meterlos en cintura —continuó Hojalatero tranquilamente—, y lo que se les ocurrió es cuatro grupos de batalla principales que se apoyan entre sí, cada uno anclado por un batallón de pesados. La espada tiene el de cabeza, por supuesto.

Diente Bravo se pondrá a nuestro mando por la izquierda. El batallón del flanco derecho está a las órdenes del puño D'Ebbin y el puño supremo Anand coordina desde la retaguardia. Bien, todos vosotros quizá creáis que aquí el sargento mayor venía solo para adiestraros, pero estoy convencido de que a todos os complacerá saber que será el que sostenga el escudo que anclará la esquina derecha en el frente.

Noche miró al veterano; vale, sí, tenía pinta de duro, pero ¿que aguantase seis leguas en un día? Seguro que el viejo se desplomaba, y ya se aseguraría él de darle un buen pisotón al pasar.

—Sargentos —añadió Hojalatero—, que vuestros hombres sigan su ejemplo. Permaneced con él y seguid sus órdenes y os garantizo que vuestras filas aguantarán. Es todo por ahora. Rompan filas.

—Una última cosa, capitán —precisó el veterano, la mejilla repleta de cicatrices se alzó con una sonrisa sesgada—, mientras estamos ahí fuera en este precioso día a la espera de que nos toque desembarcar... —Noche captó la mirada de Dulce y puso los ojos en blanco—... pensé que los hombres y mujeres podrían practicar unos cuantos ejercicios de orden cerrado.

Hojalatero se alisó el bigote para ocultar una sonrisa.

—Todos suyos, sargento mayor.

Desde las últimas filas del cortejo imperial de funcionarios de la corte, a Zarigüeya le pareció que la emperatriz tenía prisa. Marines listos para pasar revista protegían el muelle donde una resplandeciente multitud de nobles y funcionarios, Zarigüeya incluido, aguardaban la presencia imperial. Habían anulado las ceremonias y los acostumbrados discursos de bienvenida. Tras las filas de marines, los ciudadanos de Cawn permanecían a la espera, en silencio y (como tuvo que admitir Zarigüeya) con un aspecto más bien pisoteado y poco entusiasta. Claro que acababan de saquear la ciudad. La dama apareció en la cima de la pasarela de desembarco sin más fanfarrias ni anuncios, una simple pasajera más que bajaba a tierra, pero a Zarigüeya le sorprendió la inhalación colectiva que suscitó su aparición. *¿Cómo podían saberlo los cawneses?* La emperatriz no vestía grandes galas, ni corona ni tiara; ningún cetro vencía sus brazos ni tampoco la llevaban en palanquín ni en un trono elevado. No, aquella mujer se limitó a aparecer sin anunciarse, vestida con su sencilla túnica de seda y unos pantalones sueltos. Tenía el cabello corto, de color marrón roedor y con cierto toque gris; el rostro, bueno, normal, o más bien amargo, con la boca fina y apretada, arrugas en los ojos y la frente.

Pero todo el mundo sabía que era ella. Quizá fuera la mirada que lanzó por el paseo marítimo y a todos los reunidos. Severa. Con una profunda seguridad en sí misma. Y la verdad, bastante decepcionada por lo que veía. Los nobles se arrodillaron, seguidos por los ciudadanos. Los marines saludaron.

Sí que recibió a los factores de las casas de comercio de Cawn; se les permitió arrastrarse de rodillas ante ella como una manada de mendigos. La dama admitió su abyecta lealtad con una breve inclinación de la cabeza y después un mozo de cuadra la ayudó a subir a su caballo. A continuación montaron todos los demás y el desfile entero se puso en marcha, la cortina de la caballería, la guardia de honor, la emperatriz y su escolta acompañados por el puño supremo Anand y su personal, el séquito de la corte detrás, con Zarigüeya entre ellos. El otro puño supremo, Korbolo Dom, también espada del Imperio, estaba donde insistía en estar, al frente de la vanguardia, donde todo el mundo parecía encantado de dejarlo. Por su parte, Zarigüeya iba vestido con costosas sedas y una espada de duelo de Unta al costado. Interpretaba el papel de un noble menor cuyo trabajo era burlarse con altivez de cualquiera lo bastante torpe como para preguntarle qué posición ocupaba en realidad.

Durante la cabalgada observó la presencia de operativos junto al camino. Por las señales que le hicieron se enteró de que Cawn ya era lugar seguro, que los espías dejados por Urko habían sido identificados y que el trato que Ranath, el antiguo jefe de inteligencia de la región, le había propuesto a Zarigüeya había sido aceptado. El trato era de los buenos y doblaría las fuerzas de Laseen (con el tiempo), pero que surgiera de lo que parecía la nada lo inquietaba. ¿Qué había estado tramando Ranath en los últimos tiempos? ¿De dónde había salido la información que había dado lugar al trato? Pero ¿acaso no era ese el trabajo del hombre? ¿Por qué cuestionarlo por ser competente y por tener recursos? ¿Se había convertido Zarigüeya en esa clase de líderes que temen el talento entre sus subordinados? ¿De hecho, no había cultivado él de forma deliberada el estilo de gestión contraria? ¿No había indicado de todas las formas posibles a sus subordinados que los modos y los medios no le interesaban en absoluto siempre que el trabajo se ejecutara bien? ¿Que podían contar con que él solo aparecería cuando hicieran una chapuza? Se obligó a relajarse y se metió en su papel, dobló el cuello y miró (con desdén altivo) a su alrededor, a los esfuerzos que estaban haciendo los cawneses para demoler y reconstruir su ciudad. Sus ojos se posaron en el jinete que iba a su lado y le sorprendió ver allí, vestida con las túnicas cremosas y sueltas y el tocado de una noble de Siete Ciudades, a Anillo, la más insolente de los cinco comandantes que constituían el cuadro de mando que tenía a sus órdenes.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Zarigüeya.

Una ceja alzada, un ademán majestuoso para indicar el entorno.

—¿No es una delicia? ¿No es vigorizante volver a salir de campaña una vez más?

Zarigüeya miró a su alrededor y esbozó una sonrisa débil.

—Desde luego que lo es. Me recuerda a los viejos tiempos, a mi época más activa.

Los labios pintados de la mujer se podían distinguir apenas enroscándose bajo el pañuelo transparente.

—Me parece a mí que deberías haber salido mucho más durante todo este tiempo.

Me parece a mí que los dos tuvimos una suerte cojonuda de no haber estado en Malaz en los últimos tiempos. Pero se limitó a inclinar la cabeza para asentir. Sea lo que sea lo que pretende... pero sin duda más pullas inútiles.

—Pero no estamos aquí en una excursión de placer.

—No. Por desgracia no. Tenemos a la Guardia delante y a los insurrectos y sus cabecillas traidores. Mucho pedir para cualquiera, ¿no?

¿Qué pretendía aquella necia? Sabía tan bien como él que Laseen en realidad no tenía ninguna intención de enfrentarse a la Guardia si podía evitarlo. Así que los cabecillas. Zarigüeya apartó la mirada y se llevó un pañuelo de seda a la nariz. Sí, mucho pedir. ¿Y pedir qué cosa? ¿O cosas?

—Nuestra primera preocupación es la seguridad de la emperatriz, por supuesto.

Para ir a caballo, Anillo realizó una admirable reverencia cortesana y tiró de las riendas para quedarse atrás. Zarigüeya se apartó. *Bueno, ¿acaba de anunciarse como la fuente de todas esas iniciativas y acciones inexplicables por parte de tantos miembros de la Garra? ¿Todos los que pasaban por allí? Por desgracia para ella, no puedo arriesgarme a no actuar. No puede haber una estructura de mando paralela. Debería golpear ya, pero no puedo olvidar lo que aguarda en el futuro. Cuando pase todo, mujer, si todavía sigues viva... te mataré con mis propias manos.*

El capitán Tazal, soldado de carrera, de familia en absoluto famosa, recién destinado, se dirigió con paso firme al salón del trono de Unta, el yelmo bajo un brazo, la mano en la empuñadura de la espada y el sudor humedeciéndole la frente. Los guardias abrieron la puerta y al entrar se inclinó nada más traspasar el umbral. Al levantar la cabeza vio que el trono estaba vacío, envuelto en una tela de satén blanca... ¡por supuesto, idiota! Miró a su alrededor. A un lado, enjuagándose las manos en un lavamanos, vio a quien ostentaba la autoridad en ausencia de la emperatriz, Mallick Rel, portavoz de la Asamblea.

Mallick le dio la espalda al lavamanos y se secó en una tela blanca.

—¿Tiene noticias, capitán, de esa mancha bárbara que ofende nuestras tierras?

¿Nuestras tierras? Pero Tazal tuvo buen cuidado de contener toda emoción que pudiera notársele en la cara barbuda.

—Fuerte Jurda ha capitulado. Una guarnición insuficiente para resistir un asalto.

El representante de la Asamblea tendió la tela y un sirviente la cogió. Entrelazó las manos sobre el amplio estómago, después bajó la vista, como si se las estudiase.

—Entiendo. ¿Y quién era el que debía tomar esa decisión?

El capitán intentó disimular un ceño. ¿Qué era eso? ¿Un castigo?

—El comandante, el actual lord Jurda.

—¿Competente?

—¿En mi opinión? Sí.

—Lamentable...

¿Cómo que lamentable? ¿Lamentable que el fuerte haya capitulado? ¿O lamentable para el comandante haber capitulado sin permiso? ¿O lamentable para ti que miles de wickanos estuvieran precipitándose en esos momentos en tromba a por ti, pidiendo a gritos tu sangre? ¿O, para reconocer cierto mérito a aquel miembro de la Asamblea, lamentable que un comandante militar competente opinara que la situación era tan desesperada que terminara capitulando? El capitán se pasó una manga por la frente y luchó por permanecer impasible. Lo cierto era que aquel hombre aparentaba una calma admirable, dado el agujero en el que se había metido él solito. Estaba hecho de buen material, el gordito estafador aquel.

Todavía gacha, la mirada del representante de la Asamblea se dirigió de soslayo al trono desocupado. Su rostro redondo y pálido parecía más hinchado todavía.

—La espada del Imperio se ha ido al oeste, capitán. ¿Qué consejo nos daría usted?

¿Nos? Por todo lo que el capitán había oído de esa autoproclamada espada, el tío tenía una suerte cojonuda de estar en el oeste y no con ellos. Entonces el capitán se percató de la enormidad de lo que le acababan de pedir. ¡Soliel bendita! Allí estaba él, un simple comandante de guarnición recién ascendido a capitán y que jamás había soñado con ver el interior del salón del trono, ¿y le estaba pidiendo consejo el hombre más poderoso del Imperio? Bueno, al menos su mujer estaría complacida. Pero, por la tierra de Ascuá, ¿qué debería, o podría, recomendarle él a aquel hombre? Quizá, como solía decir su padre, para ganar, hay que arriesgar. Tosió en el puño para aclararse la garganta.

—Las guerras de una en una, señor. El momento que han elegido es exquisito. No podemos vencerlos. Debemos negociar. Comprarlos. Ocuparnos de ellos más tarde.

Con los ojos cetrinos todavía puestos en el trono, los gruesos labios del representante de la Asamblea se fruncieron. Los dedos, entrelazados sobre el estómago, se removían inquietos y le recordaban al capitán a algún tipo de pálida criatura submarina.

—El impulso de arremeter es casi abrumador —murmuró el hombre como si hubiera olvidado la presencia del capitán—. Exterminar a esas alimañas de la faz de la Tierra, mi máspreciado deseo... —Tazal se preguntó si debería estar oyendo eso, pero no se atrevió a decir nada, ni a respirar siquiera. Después, Mallick anunció en voz más alta—: La franqueza táctica es como un corte limpio en la batalla, capitán; se agradece. No puedo disputar la estocada directa de su modo de pensar. Un pragmatismo frío e implacable. Alentador. —Asintió para sí como si lo que acabara de oír confirmara sus propios pensamientos—. Sí, mandaremos un enviado a abrir las negociaciones.

Tazal se llevó de un golpe el puño al peto recién estrenado.

—¿El enviado, representante de la Asamblea?

Los dedos dejaron de entrelazarse.

—Pues usted, por supuesto. Ascendido bajo mi autoridad al rango de puño.

Después de que el capitán saliera del salón del trono y las puertas se cerraran, Mallick también salió, pero por una pequeña puerta lateral; dejó atrás a los funcionarios de la corte, escribanos y sirvientes y entró en una pequeña sala privada de audiencias. Tras un momento, Oryan entró en la sala por otra puerta. Mallick clavó una prolongada e inflexible mirada en aquel hombre de piel oscura y numerosos tatuajes.

—¿Por qué, sirviente mío, sigues todavía aquí?

El anciano se quedó imperturbable; su largo y curtido rostro, impassible.

—Los wickanos no son lo bastante importantes.

Mallick le contestó entre dientes con los labios muy apretados.

—Te di órdenes estrictas.

—Su problema en el pasado radicó en que alimentaba rencores y tenía predilección por las venganzas. —El anciano delgado, de miembros que no eran más que hueso y tatuajes azules desvaídos que se retorcían, hizo un gesto de desprecio—. Debe aprender a abandonar tales impulsos si desea tener éxito de verdad.

Los ojos de Mallick se salían de las órbitas de pura indignación, empezó a farfullar y sisear, y con cada palabra, escupía. Después se llevó a la cara los puños regordetes.

—¡No te atreverías!

Una vez más, imperturbable, los ojos del chamán de Siete Ciudades permanecieron tranquilos.

—¿Qué desea? ¿Una satisfacción mezquina o lograr sus ambiciones? ¡Elija!

Mallick aspiró una gran bocanada de aire estremecida y se obligó a bajar las manos.

—Fracasos pasados indicarían defectos en mis elecciones, sí. Aunque deseo con todas mis fuerzas verlos destruidos por completo, en estos instantes no representan una amenaza extrema, cierto. Ninguna temible maldición wickana se dirige hacia mí. Sí, Oryan. En estos momentos, prestarles atención sería contraproducente, ¿no? Muy bien. Distracciones molestas, eso es lo que son, del escenario principal. Como un hombre chillón en el teatro. Una irritación que hemos de soportar... los más cultivados. —Mallick cruzó un brazo sobre el pecho y después apoyó el otro encima y se llevó las yemas de los dedos a la frente—. De manera que se han de soportar más insultos de esos analfabetos sin lavar, como sugieren mis asesores.

Un encogimiento de hombros despreocupado.

—Como he dicho, carecen de importancia.

—Muy bien. Así que al oeste, entonces. Y hablando del oeste, ¿se sabe algo de nuestra hermosa asesina?

—Nada desde que se fue con la flota. Creo que se aseguró un puesto como puta de un oficial.

—Cuidado, Oryan. Se te notan los prejuicios. Sin duda tiene al hombre esclavizado.

—Como he dicho, una puta.

—Sí, bueno. Puede que en eso tengas algo de razón.

Una discreta llamada a una puerta. Mallick le hizo un gesto a Oryan para que saliera y cruzó hasta ella.

—¿Sí?

—Una disputa sobre propiedades, representante —tembló una voz tras la puerta. Mallick la abrió.

—¿Una qué?

Un escribano de la corte hizo una pronunciada reverencia.

—Como autoridad presente en la capital, señor. Ha surgido una disputa sobre una propiedad en los esfuerzos de reconstrucción...

Mallick se quedó mirando al hombre, un parpadeo en los ojos saltones.

—¿Y ese es un asunto que me traes ahora?

—Las partes implicadas son muy insistentes, del rango más alto, y familias muy prestigiosas...

—Entonces, quizá un magistrado de la ciudad sería sin duda más apropiado.

El escribano volvió a inclinarse.

—Por desgracia, se ha demostrado que la familia del dicho magistrado está emparentada de forma distante con uno de los demandantes...

Mallick entrelazó las manos sobre el estómago y entrecerró los ojos, que se convirtieron en ranuras coléricas.

—Muy bien, secretario de la corte. Este es mi fallo sobre el caso que los dichos prepotentes apelantes tienen tanto interés en traer ante mí que debo excluir todos los demás asuntos que quizá reclamen mi atención. Dicha parcela de tierra o propiedad se dividirá exactamente a la mitad y se entregará un cincuenta por ciento a cada parte, incluso si la dicha propiedad la constituye un esclavo. ¿Ha quedado claro?

El escribano llevó a cabo otra profunda reverencia, quizá para ocultar la sonrisa tensa que luchaba por disimular.

—Excelente, señor. Redactaré los papeles de inmediato.

—Eso debería de reducir la cola de solicitantes, ¿no te parece?

—De la forma más drástica, señor.

Durante los días siguientes, al tiempo que rodeaban la costa norte de Jacuruku, Viajero yació en la proa, preso de la fiebre, los sudores y los escalofríos que lo estremecían. Ereko guiaba la Cometa mientras Kyle y los hermanos Perdidos se turnaban para dormir. A la tercera noche, Viajero lanzó un grito repentino entre sollozos inconsolables, su cuerpo retorcido por la violencia de las convulsiones. Kyle se acercó al thel akai.

—¿Qué le hicieron esos magos?

Ereko se sorprendió. Bajo el amplio saliente de hueso, sus ojos argénteos se posaron un segundo en Kyle, sonrieron con confianza y después volvieron a recorrer la costa.

—¿Ellos? Nada. Él lleva su enfermedad consigo. Lleva todos estos meses susurrándole. He visto como crecía en él día a día. Esos necios lo han debilitado con su interferencia y ahora siente el tirón con más viveza.

—¿No puedes curarlo?

Una sacudida de la cabeza greñuda.

—¿No lo has adivinado, Kyle? Es la espada que lleva. No es una hoja destinada a ningún humano, poco importa quién sea. Trae con ella recuerdos de cosas terribles. Derramamiento de sangre, sí. Pero también cosas mucho peores, actos de crueldad y angustia que corroen el alma. La forjó hace siglos uno al que se conoce como el hijo de la Oscuridad, Anomandarís. ¿Sabes algo de él?

—Sí. Tenemos leyendas sobre él. Historias de la propia Luna flotando en el cielo y dragones remontando el vuelo. —Esos relatos que se contaban al calor del fuego ya no le parecían tan increíbles a Kyle.

—Ha ostentado muchos nombres a lo largo de los años. Cólera. Rabia. Venganza. De todos ellos, él eligió para sí «venganza». Una elección que quizá deberíamos agradecer. Ahora esa elección lo reconcome como el ácido. Ruego para que no manche su espíritu.

Kyle observó al hombre, encogido bajo un manto, las manos aferradas al pelo sudoroso, la cara oculta tras los antebrazos.

—Entonces deberíamos quitársela.

El gigante cogió a Kyle por la parte superior de los brazos con sus manazas.

—No. Ni se te ocurra. Te golpearía sin pensarlo. ¿Quieres añadir otra carga más a su conciencia?

—¿Entonces, qué podemos hacer?

Sin volver la cabeza, Ereko deslizó sus ojos brillantes hacia Kyle en una especie de extraña mirada de soslayo. Descubrió los dientes como colmillos en una sonrisa sesgada.

—Puedes rezar, Kyle.

Kyle se apartó con una sacudida. *¿Rezar? ¿Tan poca esperanza queda?* Se apartó

y se echó junto a los hermanos Perdidos, envueltos en sus mantos y mantas. *¿Rezar? ¿A quién?* Pensó en la desconcertante serie de dioses, espíritus y héroes que había oído mencionar desde que dejara las tierras de Bael. Ninguno le atraía. Lo que dejaba solamente a sus viejos espíritus guardianes y ancestros de la tribu, que se remontaban hasta su legendario progenitor, padre Viento. *¿Quizá la misma entidad que le había arrebatado la misma compañía en la que se había alistado?* Pero a medida que pasaba el tiempo, todo le parecía de lo más irreal.

Esa noche suave las olas mecieron la Cometa y el susurro de la corriente cercana susurró rítmicamente. Kyle terminó cayendo en un sueño inquieto. Repitió la antigua invocación de su pueblo:

—Gran padre de todo, cuyo aliento purifica, da vida. Guíame. Enséñame mi sendero.

Kyle despertó, escupiendo y tosiendo con un bocado de humo. Yacía en una tienda hecha de pieles cosidas con bastedad. Pero no era una tienda como aquella en la que había dormido hacía poco; esa era estrecha y oscura, el techo muy bajo. Una figura encorvada, un hombre o una mujer, ocupaba la mitad del espacio combado. Un brasero junto al ocupante exhalaba penachos de humo que llenaban de lágrimas los ojos de Kyle y le quitaban el aliento. Fuera soplaba un viento fuerte, ráfagas que hacían estremecer los lados de la frágil construcción. La figura agitó una mano envuelta en trapos. Su forma era desconcertante, extraña y distorsionada.

—Mis disculpas por tan pobre entorno doméstico. Recientes reveses me han reducido a estas circunstancias.

—¿Dónde estoy? ¿Dónde está todo el mundo?

—No estás tan lejos de tu barco y tus amigos, Kyle.

—¿Quién eres?

—¿Quién soy? —La forma se mecía un momento con una carcajada aguda—. Un amigo, por supuesto. Alguien que ha, cómo lo diría, intervenido para ayudar.

—¿Ayudar?

—Sí. Ayudarte. Cuando aquellos, a los que tú de manera errónea rezas, hacen caso omiso de tus plegarias, yo sin embargo siempre doy respuesta.

Kyle intentó apartarse de la cara los humos que lo asfixiaban.

—¿Cómo he llegado aquí?

Una gran ráfaga de viento golpeó la frágil tienda y la figura siseó murmullos ilegibles.

—Eso no importa, Kyle. El tiempo apremia. Tu amigo está enfermo. Está en mi poder aliviar sus sufrimientos. ¿Qué dices tú? Por un pequeño precio aplacaré su desgracia, calmaré sus pesadillas. ¿No deseas verlo revivir?

—Sí, por supuesto, pero ¿a qué precio?

—Oh, nada horrendo, te lo aseguro. Nada que se parezca a tu sangre, tu espíritu ni nada absurdo de ese estilo. No. Me interesa, sin embargo, la espada que llevas. Tiene unas características poco habituales. Se podría decir que me interesan las armas poco comunes. —Los brazos se abrieron con un encogimiento de hombros—. Ahí lo tienes. Nada que no sea razonable. Seguro que no aprecias esa hoja más que la salud y la recuperación de tu amigo, ¿verdad?

Kyle parpadeó para aclararse la visión borrosa y tosió en un puño.

—No, por supuesto que no. Pero por qué...

Un viento abofeteó la tienda con un estruendo atronador y aplastó por completo un lado. La figura presionó con las dos manos contra los lados abultados y lanzó un gruñido.

—¡No! ¡Yo soy el amo y señor aquí! ¡Retrocede!

La voz de una mujer cortó entonces el aullido del viento. Se alzaba y caía como si clamara desde muy lejos. Kyle ladeó la cabeza y se esforzó por escuchar.

—No eres el amo y señor aquí, Encadenado. —La voz pareció reñirlo—. Ven, Kyle. Sal de ahí.

Incapaz de levantarse, Kyle fue a gatas hacia la entrada.

—¡Tú! —rugió la figura—. ¿Cómo te atreves? ¡Habrás castigo! ¡Me acordaré de esto! —Kyle llegó a la solapa y se escabulló bajo ella—. ¡Espera! Puedo decirte lo que llevas, ¿no quieres saberlo? ¿No tienes curiosidad? ¿Saber cómo te han traicionado? ¿Utilizado?

—No hables de utilizar a otros, gran embustero —respondió la voz.

Kyle se apoyó en los codos y con un tirón salió de debajo de las pieles a la noche, se encontró ante los pies desnudos de una mujer. La mujer se erguía junto a él, su cuerpo pálido y delgado envuelto en chales sueltos de gasa, del color de la noche más oscura, azotados, sinuosos, por el viento. El largo velo que le cubría la cara ondeaba como un estandarte y el cabello negro le fustigaba la cara. La mujer se volvió y echó a andar.

—¡Y tú! No hables tú de embustes —fue lo último que Kyle oyó que escupían desde el interior de la tienda.

Entre tropezones y medio a rastras siguió a la mujer. Madera rota y trozos raídos de tela plagaban la playa. Parecía como si un naufragio se hubiera estrellado contra la costa. Nada de ello parecía incomodar a la mujer, pero Kyle tuvo que abrirse camino con cuidado. En un momento dado, el viento trajo un aullido prolongado y lúgubre, como el de un mastín. La cabeza de la mujer se ladeó de repente, al norte, y alzó una mano pálida y lánguida como si espantara algo, después siguió andando. Kyle se reunió con ella mucho más abajo, en la playa, donde las olas le lamieron las sandalias.

—¿Dónde estoy? —musitó.

De regreso con él, mientras examinaba el horizonte estrellado del mar, la mujer le respondió.

—Es un sueño, Kyle. Solo un sueño. Nada más. —Volvió su rostro ovalado, velado, de una belleza dolorosa, hacia él—. Y estás embrujado.

—¿Por ti?

Una sonrisa pícara, una mano fría en su frente.

—Entre otros. —Y señaló con un gesto playa abajo. Kyle entrecerró los ojos, allí, entre las cortinas de arena al viento, una figura que gritaba con una mano en la boca. Un hombre anciano, manco...

—¡Joroba! ¡Sí, te veo! ¿Qué? ¿Qué pasa?

—Fue desterrado a los senderos más lejanos del Embozado —explicó la mujer—. Pero no por completo, pues el juramento lo retiene con ataduras que no se pueden romper. Y así está atrapado entre reinos. Apartado, pero todavía vinculado a ti.

—¿A mí?

—Sí. Te eligió a ti para hablarte, como es costumbre entre los juramentados caídos. Sus «hermanos», creo que los llaman.

Hermanos. Así que son esos.

La mujer estiró un brazo desnudo y señaló con un largo dedo la extensión de agua.

—Y ahí estás.

Kyle guiñó los ojos y miró el mar oscuro. En mar abierto, más allá del fulgor fosforescente de las olas en el arrecife, estaba el trozo pálido de una vela que navegaba de este a oeste.

—¿Qué? ¿Eso soy yo?

Se le desdibujó la visión y cayó de rodillas.

—Duerme ahora, soldado —susurró la diosa y él se precipitó entre las olas. El agua le salpicó la cara.

—¿Kyle? ¡Kyle! —Abrió los ojos, la cara nerviosa de Ereko se cernía sobre él, con el largo cabello fibroso colgándole. El gigante se sacudió el agua de la mano—. ¿Cómo te encuentras ahora, muchacho?

Kyle se secó la cara húmeda y fría y parpadeó.

—Bien, bien. ¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

—¿Qué ha ocurrido? —El dolor arrugó la frente de Ereko, que apartó la mirada—. Lo que ha ocurrido ha sido culpa mía. Lo siento. Era... más peligroso... de lo que imaginaba. Pero al final salió bien. Mi Señora no me lo agradecerá, sin embargo.

—¿Quién era esa cosa?

—Eso era el veneno que corrompe las sendas, Kyle, y mucho más. El Intruso. Algunos lo llaman el dios Encadenado, otros el dios Tullido, pues ese hombre, o

criatura, está roto, hecho pedazos. Su presencia aquí ha infectado esta tierra.

—Parecía... enfermo.

—Somos sin duda una enfermedad para él, pues él es de otra parte. Lo trajeron aquí contra su voluntad y ahora sufre por toda la eternidad. Yo al menos me compadezco de su tormento. —Ereko cogió el brazo de Kyle en su enorme manaza y sus ojos buscaron algo en la cara del joven—. Lo siento, Kyle. No esperaba una reacción tan fuerte de todos los implicados. Pero la obligó a actuar y ahora todo está bien. Es Viajero. Está despierto y pregunta por ti. —Ereko le pasó una bota de agua. Kyle tomó un buen trago y después se desplazó, encorvado como un cangrejo, hasta la proa. Viajero estaba sentado con los hermanos Perdidos, apoyado en la proa con una manta en los hombros. El cabello largo y oscuro lo tenía pegado a la frente y caía lacio sobre la manta. Parecía agotado, pero sus ojos estaban alerta y despejados. Kyle se agachó delante de él.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó el hombre.

—¿Cómo estoy yo? Bien. ¿Qué tal tú?

Viajero miró más allá del joven, a la popa donde vigilaba Ereko.

—Yo ahora también estoy bien —dijo con los ojos puestos en el thel akai—. Solo eran sueños. Malos sueños. Ahora me doy cuenta. —Le tendió una mano a Kyle, este la cogió y el otro la apretó—. Muchas gracias.

—¿Gracias? ¿Por qué?

—Por tu paciencia. Tu fe.

Confuso, Kyle se encogió de hombros. Fue a dejarlo, pero Viajero le sostuvo la mano.

—Ya estamos cerca. Muy cerca. Pase lo que pase, no interfieras. Esto es entre Ereko y yo. ¿De acuerdo?

Kyle se encogió de hombros otra vez.

—Desde luego.

—Gracias. —Soltó la mano de Kyle.

Todavía confuso, Kyle regresó a su manta. Acecho se había echado allí con un brazo sobre la cara.

—Quizá ahora todos podamos volver a dormir un poco —rezongó el hombre. Kyle miró a Ereko, que le guiñó un ojo.

La mañana siguiente vio una costa de ruinas. Columnas, blanqueadas por el sol, de piedras ciclópeas se alzaban torcidas entre las dunas. Malecones de piedra yacían sumergidos, apenas visibles bajo la cerúlea superficie transparente, recubiertos de corales y algas. En el interior, los restos de una inmensa cúpula de una piedra de un blanco cegador colgaba medio derrumbada y torcida. Junto a Ereko, Kyle pelaba una de las frutas locales. Miró al gigante, que asintió.

—Los Dolmans de Tien. Estamos cerca. Cerca de muchas cosas.

Tras las ruinas de la antigua ciudad llegaron allí donde una llanura lisa, de arenas duras barridas por el viento, se encontraba con la costa. Todo resto de ocupación terminaba y los menhires, o columnas de piedra, se alzaban aislados e inconfundibles. Cuando dieron la vuelta al cabo de una bahía, Kyle vio que los menhires continuaban en mayor número, como un bosque de piedra, hasta donde le alcanzaba la vista hacia el interior.

—Los Dolmans —dijo Ereko y viró el timón hacia la orilla.

—¿Y K'azz?

—Por lo que me has dicho, me imagino que estará prisionero en el interior de uno de esos.

Kyle se quedó mirando. ¿Prisionero dentro de uno de esos?

—¡Pero hay miles!

—Sí.

—¿Cómo sabremos siquiera por dónde empezar?

Ereko le dio un golpecito a Kyle en la espalda, tan ligero como pudo, aun así, lo hizo tambalearse.

—No desesperes, muchacho, lo sabremos.

Una colección de chozas destartaladas ocupaba la playa, cuyos desharrapados habitantes se quedaron mirando, demasiado vencidos o famélicos para correr siquiera. Al saltar a tierra, Viajero se colocó bien el camisote bajo los cueros manchados de sal y sacó la hoja magenta moteada, solo la sacó un palmo de la vaina negra de madera y después la volvió a envainar de golpe. Antes de que el hombre se diera la vuelta, Kyle vislumbró un dolor tenso en sus rasgos que lo hizo encogerse. Tras haber asegurado al Cometa, Ereko intentó hablar con unos cuantos de aquellos serviles pescadores, pero no tardó en abandonar el esfuerzo.

—No saben nada —les dijo—. El interior, los Dolmans, son solo fuentes de terror para ellos. Les han dado la espalda.

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó Kyle, incapaz de contener el matiz irritado que se le colaba en la voz.

Viajero les contestó volviéndose.

—Seguiremos a Ereko.

Acecho, junto a Kyle, asintió en silencio. Les hizo una seña a los hermanos, que comprobaron sus espadas y después se alejaron a la carrera a derecha e izquierda.

—Yo cerraré la marcha.

Kyle se sorprendió.

—¿No deberías...?

—Camina conmigo, Kyle —lo invitó Viajero.

Con una sonrisa tranquilizadora dedicada a Kyle, Ereko se puso en marcha el

primero. Viajero le pasó a Kyle una tira de pescado ahumado que había cogido de los fardos proporcionados por Jhest. El joven arrancó un mordisco y se la devolvió a Viajero mientras caminaban.

Las columnas estaban construidas con piedras talladas y encajaban unas sobre otras; iban disminuyendo con suavidad por las seis caras hasta una punta roma poco más alta que el propio Ereko. Estaban situadas a intervalos de unos cinco pasos, en filas inmensas que iban de este a oeste y de norte a sur. Al observar con atención Kyle pudo discernir una curva en las filas que iban de este a oeste, como si describieran una serie de arcos concéntricos o círculos gigantescos.

—¿Qué es esto? —le preguntó a Viajero.

Ereko respondió.

—Un cementerio, sobre todo. Sin embargo, tenía muchas otras funciones para los que lo construyeron. Centro de rituales, reloj, observatorio, calendario, templo y prisión.

—¿Lo construyó tu pueblo?

—Dioses, no, Kyle. No éramos constructores. No, esto lo levantó hace siglos un pueblo que desapareció hace mucho tiempo. Humanos, como tú, de un linaje cercano.

—¿Ya has estado aquí antes?

El thel akai echó una mirada atrás con una sonrisa divertida en los labios.

—No.

—¿Entonces, adónde nos llevas?

Un encogimiento de los inmensos hombros.

—Al centro. Creo que el centro es con frecuencia un buen sitio para empezar.

—No te preocupes —dijo Viajero, también sonriendo ante la incomodidad de Kyle—. Ereko sabe lo que hace. ¿Puedes tú decir lo mismo?

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que me parece que tu intención es intentar rescatar o liberar a ese tal príncipe K'azz D'Avore, comandante de la Guardia Carmesí. ¿Crees que es inteligente?

—¿Inteligente?

Los ojos de color azul oscuro del hombre lo observaron de soslayo, evaluándolo. La barba de pelo plateado y negro le confería un aspecto serio, sacerdotal.

—Sí.

—La Guardia se ha convertido en una banda de asesinos. Despellejador ha...

—¡Despellejador! —lo interrumpió Viajero, después se contuvo con un esfuerzo.

—Sí... Mató a uno de los suyos delante de mis propios ojos. Solo K'azz puede devolver la Guardia a lo que debería ser.

Viajero había apartado la mirada, pero en ella, en la boca tensa y crispada, Kyle leyó tristeza emparejada con una extraña diversión, como si se riera de un chiste

lúgubre que solo conocía él.

—Desde luego. A lo que debería ser. Y me preguntó qué podría ser eso.

—Yo... no lo sé, pero tendría que ser una mejora. Solo el duque puede meter a Despellejador en vereda.

—¿Puede? Me pregunto si es así...

Algo más adelante, Ereko se detuvo y alzó una mano. Kyle lo alcanzó y vio que habían llegado al último círculo de columnas. Ante ellos se encontraba una plaza plana circular del tamaño de un centro de ciudad recubierto por completo de gravilla pálida, blanquecina y barrida por el viento. Las sombras crecientes de la tarde revelaron que el pavimento no era liso, sino que las piedras estaban colocadas en líneas intrincadas. Algunas de esas líneas bisecaban la extensión, algunas se curvaban, otras eran rectas; cada una se destacaba solo en sombras por la disposición de las piedras. De hecho, desde donde se encontraba Kyle, parecía como si un bosque de líneas, algunas eran arcos que se curvaban con suavidad o bucles apretados, otras rectas como hojas de espada, se arrastrara por la gravilla del suelo de la plaza como, bueno, una infinidad de senderos. Pero todas se destacaban solo en sombras. Las piedras eran todas idénticas, todas del mismo tono blanquecino cremoso. No se distinguía qué piedra formaba parte de qué línea. Y mientras todos las miraban, fascinados, con Fochas y Malas Tierras, que se habían acercado a mirar con ellos, el sol se movió una fracción y todas las líneas se retorcieron con él como sombras que saltaran a dibujar nuevos trazos.

—Increíble —dijo Ereko sin aliento—. Ojalá hubiera conocido a sus creadores. Una obra digna del gran genio Icarium.

—¿Cruzamos? —preguntó Acecho.

—Nuestro objetivo está al otro lado.

—Rodeamos —dijo Viajero.

Kyle sintió un alivio inexplicable al oír eso. Pero también sintió una inquietud más profunda, pues allí estaba un hombre que sin duda no tendría que temer nada, pero hasta él estaba intranquilo en ese lugar. Rodearon con lentitud la mitad de la circunferencia. Kyle no dejó de vigilar la plaza: no se posó ningún pájaro, no sopló hoja alguna, ninguna rama ni mala hierba seca cruzó dando vueltas la extensión. Todo permanecía en calma. Era como si ese espacio estuviera de algún modo sellado y apartado de la extensión de arena normal, llena de basura y follaje, que lo rodeaba.

Al final, Ereko se detuvo junto a una columna que, por lo que Kyle podía ver, no era diferente de cualquier otra. Se arrodilló para estudiar su base durante un rato.

—Aquí es donde debemos cavar, creo.

—¿Cavar? —preguntó Kyle, incrédulo.

—Oh, sí.

—Pero ¿está... muerto...?

El gigante frunció el ceño.

—Por lo que me has contado de esos juramentados, supongo que no.

—Entonces... —A Kyle le fallaron las palabras. *¡Padre Viento! Estar enterrado vivo durante tanto tiempo, incapaz de morir. Debe de haber perdido la razón...*

Los hermanos se pusieron a trabajar sin hacer más preguntas. Se arrodillaron y empezaron a apartar la arena a brazadas. Al ver que Kyle observaba, Fochas hizo un comentario por lo bajo.

—Cuanto antes salgamos de aquí, mejor...

Kyle se puso de rodillas para ayudar. A una braza de profundidad encontraron suelo más duro, tierra firme y áspera, de un tono más profundo de amarillo, húmeda y fría. Sacaron entonces los cuchillos militares y unas hojas cortas y romas que usaban para comer. Los filos de guerra permanecieron envainados. Empezó a parecerle a Kyle que el thel akai debía de tener razón al elegir esa columna concreta de entre los incontables miles que había porque el suelo estaba roto y la matriz inferior mezclada con las arenas de la superficie. Alguien había excavado allí antes que ellos.

Llegaron a una barrera de piedra plana toscamente tallada. Tras palpar los bordes, Malas Tierras reveló una losa o tapa más o menos cuadrada y de un brazo de longitud en cada dirección. Metió los dedos bajo un borde y con un esfuerzo la levantó. La piedra chirrió, se alzó y cayó ladeada. Malas Tierras se apartó un poco y reveló una cavidad pequeña y oscura, como una urna grande. Dentro, con los brazos envolviendo con fuerza las rodillas encogidas sobre el pecho, había un cadáver desecado.

Malas Tierras lo señaló con un gesto.

—¿Este es el tipo?

—¿Cómo quieres que lo sepa? ¡Jamás lo he visto!

—Pues no tiene muy buen aspecto —dijo Fochas mientras se limpiaba la arena de la barba.

—Ah, ¿te parece? ¿Ereko? —Pero el thel akai les había dado la espalda y recorría los terrenos con la mirada—. ¿Ereko?

El gigante bajó la mirada, sus ojos ambarinos se agitaban con una tristeza pesada.

—Lo siento, Kyle. Esperaba que lo consiguieras. Haría que... bueno, lo siento.

Desconcertado, Kyle miró a su alrededor, a las dunas circundantes, y entrecerró los ojos.

—¿Qué pasa?

Viajero había bajado y se había agachado sobre el cadáver. Alzó ligeramente el cráneo para examinar los estragos del rostro, le soltó de un tirón la mano derecha y la examinó, después se irguió.

—¿Y bien? —preguntó Kyle.

Viajero también miraba a un lado.

—Puede que sea él —dijo, distraído—. Es difícil decirlo.

—¿Qué está pasando, que la Señora os lleve?

Acecho levantó la cabeza de golpe y saltó a un lado, después miró al este con una mano en la espada. Los hermanos se agacharon al amparo de la arena apilada. Viajero cogió a Kyle por un brazo y lo obligó a caer de espaldas en el pozo.

—¡Eh!

Al asomarse por el borde, Kyle vio que había empezado a soplar un viento, un remolino de polvo que se retorció y levantaba nubes de arena. En el interior crecía la oscuridad, una brecha desigual que Kyle reconoció como la apertura de una senda. Un color gris se afanaba tras la fisura. Y entonces, con una palmada, desapareció y las arenas se asentaron. Un hombre con armadura ocupaba el espacio entre dos columnas. Era alto, muy delgado y con aspecto de ser excepcionalmente anciano. El rostro era oscuro y arrugado, los años habían hecho estragos en él y el largo cabello gris pendía lacio. La camisa de cota de malla le colgaba hasta los tobillos, llevaba al costado una sencilla espada bastarda. Se acercó y los examinó a todos por un instante. El desprecio franco de su mirada puso a Kyle de los nervios. Los ojos se clavaron en Ereko y una sonrisa ávida crispó su boca, que exclamó algo en un idioma que Kyle desconocía.

—El taliano es la lengua común aquí —respondió Ereko.

El hombre hizo una pausa e inclinó la cabeza unos milímetros.

—Muy bien... Había perdido la esperanza, Ereko. Pero aquí estás. Parece que tú y yo hemos jugado la partida más larga de la historia en este juego de la espera.

—Yo no juego a nada, Kallor.

—Esquivo hasta el final, entonces. Ven. —Le hizo un gesto impaciente a Ereko para que se adelantara—. Déjame completar el último juramento que me queda.

—Déjamelos a mí —dijo Acecho mientras se erguía.

Ereko disparó una mano.

—¡No! No debe interferir nadie. Esto es entre él y yo.

—No estás armado, Ereko —exclamó Kyle.

El gigante le dedicó una sonrisa melancólica a Kyle.

—No pasa nada. No te preocupes, Kyle. Esto es lo que he elegido. —Aspiró una gran bocanada entrecortada de aire—. No me encontraré contigo con un arma en la mano, Kallor. Eso deshonraría la memoria de por qué estoy aquí.

El hombre se encogió de hombros.

—Como quieras. No supondría ninguna diferencia, en cualquier caso.

—¡Viajero, haz algo! —le rogó Kyle.

El espadachín no respondió. Kyle se quedó conmocionado al ver las lágrimas que manchaban la cara del hombre. Se aferraba una y otra vez a la empuñadura de su espada.

—Lo siento, Kyle —dijo entre dientes, casi con un jadeo—. Ese era nuestro acuerdo.

—Bueno, yo no hice ningún acuerdo del maldito Embozado... —Kyle salió del pozo y fue a coger su talwar. Viajero le sujetó el brazo y se lo retorció. El dolor le llameó en el hombro—. ¡Maldito seas! —bufó.

—A veces creo que así es —respondió el hombre en una voz casi entrecortada por la emoción.

Ereko se adelantó con los brazos abiertos.

—Ven tú entonces, rey supremo. No conozco el miedo.

A pesar de enfrentarse a un oponente desarmado, el llamado Kallor retrocedió. Quizá se preguntaba si aquello era una especie de elaborada trampa. O era incapaz de comprender lo que se estaba desarrollando allí. Tras dar unos pasos atrás, frunció de nuevo el ceño y sacó la espada.

—No creas que me va a conmovér semejante despliegue.

—Puedes tener la seguridad de que, en tu caso, no cometo semejante error.

Malas Tierras y Fochas saltaron sobre las arenas apiladas con las armas sacadas.

—¡Esperad! —ladró Viajero.

—¡Lo va a matar! —exclamó Malas Tierras.

—Es su decisión.

—No —gruñó Kallor al adelantarse—. ¡Es la mía!

A pesar de su edad aparente, ese tal «rey supremo» se movía a una velocidad asombrosa. La larga hoja de la espada bastarda lanzó una estocada alta y se retiró a toda prisa para abrir el pecho de Ereko con una cuchillada. El gigante dobló los brazos alrededor de su cuerpo y cayó de rodillas. Kallor atacó una segunda vez. La hoja perforó la parte posterior de la camisa de Ereko y después se retiró. En silencio, Ereko cayó de lado.

Kyle se tapó la cara, horrorizado. Pero sabía que debía ser testigo de lo que estaba ocurriendo, así que se obligó a levantar la cabeza otra vez con los ojos en llamas.

Kallor pasó la hoja por las ropas del gigante caído para limpiarla. Bajó la cabeza durante un rato, pensativo.

—Demasiado fácil con mucho. Aunque extrañamente satisfactorio de todos modos. Pero... —Se inclinó hacia delante—. ¿Qué es esto... respira todavía? —Cambió de postura para ponerse más cerca de los hombros de Ereko—. Creo que me llevaré la cabeza.

—No, no lo harás —anunció Viajero.

El rey supremo se irguió y levantó la espada.

—Un poco tarde para tu amigo, ¿no te parece? ¿Ahora te entran los remordimientos? Claro que —y el hombre se puso en posición de combate—, por favor, no te prives. Vine a luchar. Quizá tú sí que puedas complacerme.

Viajero se adelantó con cautela.

—Hablo ahora porque los términos de mi acuerdo con mi amigo ya se han cumplido.

—Y ahora deseas venganza. Sí, sí. Es todo tan aburrido y predecible.

Viajero se estremeció como si lo hubieran apuñalado. Levantó una mano y señaló.

—No me hables a mí de venganza, Kallor. —Kyle estaba conmocionado, oía en las palabras de Viajero ecos de la noche anterior—. El que yace ante ti me hizo jurar que renunciaría a cualquier venganza en su nombre y yo respeto sus deseos. Así que te lo digo, ¡vete ya! Has infligido estocadas mortales. Ereko morirá de ellas a no mucho tardar.

Kallor se irguió en toda su altura. La boca se crispó en una mueca de desprecio e incredulidad.

—¡Osas despedirme! ¡Si tuvieras la menor idea de quién y qué soy echarías a correr ya y no te detendrías hasta encontrarte bajo las olas!

Viajero metió la espada en su vaina.

—Los hay que dirían lo mismo de mí...

Una sonrisa irrumpió en la mirada furiosa del hombre y se alejó de Ereko al tiempo que barría el aire con la hoja a modo de invitación.

—Entonces, desde luego, ven. Me llevaré las cabezas de los dos.

—Huye ahora, rey supremo, o actuaré.

El hombre hizo alarde de mirar primero a derecha y luego a izquierda.

—Parece que no he huido.

Viajero sacó entonces la hoja.

—Con eso me basta.

Los dos se acercaron, los pies se arrastraban con lentitud y cautela, las hojas en el aire. Kyle estaba preocupado, el rey supremo acababa de demostrar una velocidad asombrosa y su espada bastarda era una hoja mucho más pesada que la de Viajero. Por no mencionar que el tipo llevaba una armadura más pesada.

Las hojas se tocaron y se rasparon. Los dos las sujetaban con las dos manos. Chocaron una vez, el hierro gruñó. Chocaron de nuevo y se esquivaron, después Viajero se encontró de algún modo ante Kallor, los puños en el pecho del hombre, la hoja clavada hasta la empuñadura. Kyle se quedó con la boca abierta y Kallor se lo quedó mirando también, igual de asombrado. Una mano recubierta por la cota de malla fue al puño de Viajero mientras la otra blandía el arma. Viajero levantó de golpe una mano para sujetar el antebrazo del otro. Se sostuvieron así un rato, rodeándose, en tensión, la hoja de Kallor en el aire y la de Viajero, fina y oscura, clavada en la espalda de Kallor. Kyle tuvo un escalofrío cuando vio que no había sangre en esa hoja.

La furia dio paso a la consternación y luego a la incredulidad en el rostro

arrugado del rey supremo, que abrió mucho los ojos y los labios se separaron de los dientes grises.

—¿Quién... eres...? —dijo entre dientes. Viajero acercó más la cabeza y respondió, sus palabras perdidas bajo los jadeos de Kallor. El rey supremo se puso pálido y se apartó con un estremecimiento—. ¡No! ¡Encadenado, socórreme!

Se alzó un viento alrededor de los dos. El rey supremo miró su espalda, donde florecía la oscuridad. Después le dedicó a Viajero una sonrisa burlona.

—Como puedes ver, apóstata, aunque esta vez me vences, soy tan difícil de dominar como tú. Y mi patrón es muy fuerte aquí. En este lugar sobre todo... —Se echó hacia atrás, se desprendió de la hoja de Viajero y se adentró en la oscuridad de una brecha que se abrió con un crujido en ese mismo instante. Viajero parecía a punto de lanzarse tras él, pero Acecho dio un salto y lo apartó de un empujón.

El portal desapareció con una seca explosión de aire. Viajero se quedó inmóvil un rato, con los ojos clavados en el lugar en el que había estado la puerta. A su lado, era a Acecho al que le costaba respirar y tenía el rostro sudoroso.

—Creí que no ibas a golpearlo —dijo. Viajero envainó su espada.

—Ya hacía tiempo que tenía que haberlo hecho por otro amigo.

Kyle corrió junto a Ereko y se situó a su lado. El thel akai estaba consciente y jadeaba con aspiraciones superficiales. Viajero se arrodilló junto a Kyle.

—Se ha ido —le dijo a Ereko.

El gigante dio una sacudida seca a la cabeza.

—Yo me voy también —dijo con esfuerzo—, a reunirme con mi pueblo. Llevo mucho tiempo lejos de ellos. Los he echado de menos. Gracias, amigo mío. —Miró a Kyle y le ofreció una sonrisa débil—. No llores mi pérdida. Y no te rindas al dolor. Siempre estaré contigo, ¿sí? Esto es necesario, aquí y ahora. Necesario...

Viajero se levantó.

—Adiós.

Kyle continuó de rodillas, pensando que alguien debería hacer algo. *¿Por qué no hace alguien algo?* La piel del thel akai adoptó una palidez gris y se puso áspera. Ante los ojos de Kyle, la carne se transformó en piedra gris granulosa. La piedra se agrietó, se desmenuzó y desconchó. Kyle no pudo evitar apartarse, desconcertado.

—¿Qué está pasando?

—Está regresando a la tierra. A su madre —dijo Viajero en voz baja, con tono reverente—. Como ha de ser... —Y miró el horizonte con la mano en la empuñadura de la espada.

Al tiempo que Viajero hablaba, el cuerpo de Ereko se desmenuzó y convirtió en un polvo que el viento se llevó. En unos momentos no quedaba nada. Viajero susurró algo que a Kyle le pareció una plegaria.

Tras ellos, los hermanos hablaron con Acecho, que después se acercó.

—Será mejor que nos vayamos —dijo en voz muy baja.

Viajero asintió.

—Sí. —Se movió para coger el brazo de Kyle, pero este se apartó de un tirón.

—¿Cómo puedes dejarlo ahí sin más?

—Se ha ido, Kyle. El viento se lo ha llevado y él pertenecerá a la tierra una vez más. Es lo que deseaba.

El ardor del pecho de Kyle estalló con esas palabras.

—¿Y cómo has podido dejar que pasara? ¡Podrías haberlo impedido!

Los ojos de color azul oscuro del espadachín se abrieron mucho, agitados, después los bajó y se dio la vuelta.

—Deberíamos irnos —dijo con voz pastosa.

Acecho cogió a Kyle por el brazo.

—No te enfades con el hombre —murmuró. Pero Kyle se liberó el brazo.

—¡Para eso, podría haber matado a Ereko él mismo!

—Kyle, eso no... —pero el explorador no pudo decir más. Sacudió la cabeza, se alejó y les hizo una seña a los hermanos.

Kyle cayó de rodillas junto al lugar en el que había yacido el gigante. Estiró las manos para pasarlas por las arenas. Se había ido. Se sentía como si le hubieran arrancado el corazón. Había jurado que jamás volvería a sentirse así, pero por alguna razón estaba mucho más afectado que aquel día en la cima de la Espuela. Alguien tan amable y sabio, ¿cómo podía haber sucedido algo así? No estaba bien. Unas lágrimas mojaron las arenas. Sus manos encontraron una correa de cuero y una piedra, el collar que le había visto a Ereko. La piedra tenía un agujero por el que pasaba la correa y era lisa y translúcida, como el ámbar. La apretó con el puño y se levantó.

Se sentía raro, como si estuviera caminando en sueños, pero desanduvo sus pasos. Era consciente de que Fochas y Malas Tierras, a lo lejos, no le quitaban ojo. Llegar a la orilla y ver al Cometa varado en la arena le dolió todavía más. Los hermanos Perdidos trabajaron junto a Viajero para prepararlo todo. Kyle se sentó y los observó, a ellos, al océano y a las olas tranquilas. Un hombre mayor se acercó caminando por la playa, parecía proceder de la aldea.

—Saludos —exclamó en taliano.

Kyle miró a Viajero, que se limitó a continuar con su trabajo. Con un encogimiento de hombros, el joven se volvió hacia el aldeano.

—¿Sí? ¿Hablas taliano?

—Sí. Soy de Gris. Naufragué aquí hace años. —Su largo cabello liso y canoso se agitaba con el viento que llegaba de la costa. La barba y el bigote eran de un sorprendente color blanco que contrastaba con los rasgos demacrados y bronceados por el sol. Vestía los restos andrajosos y blanqueados de una camisa, un chaleco de cuero y unos pantalones. Sus pies estaban desnudos y agrietados.

—¿Y?

El hombre entrecerró los ojos hasta convertirlos en meras ranuras y apartó la mirada.

—Esperaba que me ofrecierais un banco, una travesía a cualquier parte salvo aquí.

—Creo que no. En realidad no...

—Conozco bien estas aguas. Podría guiaros por ellas. Llevo años pescando aquí. ¿Adónde os dirigís?

Kyle no sabía qué decir. Sí, ¿adónde se dirigían? Miró a Viajero; el hombre les había dado la espalda y estaba guardando los fardos y los toneles que habían llenado nuevamente de agua.

—Quon Tali.

—¡Quon! ¡Entonces, por favor, por la misericordia de la Señora! Tenéis que llevarme.

Kyle miró con atención al hombre, ¿por la misericordia de la Señora? Pero no, ¿por qué leer nada en eso? Sin duda era un juramento taliano de lo más común.

—En realidad no soy yo quien debe decir... —Con cierta hosquedad, otra vez, clavó la mirada en Viajero.

El hombre estaba adujando un cabo. Les daba la espalda, agachó la cabeza y después la levantó como si rogara al cielo.

—Es decisión tuya, Kyle.

—Entonces supongo que sí. ¿Cómo te llamas?

—Jan.

Kyle hizo las presentaciones. Los hermanos Perdidos saludaron al hombre, pero Viajero no se dio la vuelta.

—Deberíamos aprovechar la marea de la noche —fue todo lo que dijo.

Jan señaló la aldea.

—Solo voy a coger unas provisiones.

—Date prisa —exclamó Viajero tras él.

Habían sacado al Cometa a los bajíos cuando regresó Jan cargado de botas de agua, fardos de fruta y tubérculos pálidos. Se abrió camino por el agua, tiró los bultos al interior y después se metió él. Acecho le dejó el timón. Kyle y los hermanos preparaban la vela. Viajero se sentó en la proa con los brazos cruzados sobre las rodillas. Jan los dirigió al norte.

Tras un rato, cuando empezaron a salir las estrellas, Kyle se sentó junto a un costado y apoyó la barbilla en la regala. Se quedó mirando la oscura línea del horizonte que era la costa de Jacuruku. Su sugerencia de ir a los Dolmans había sido un desastre para todos. K'azz muerto o desaparecido. Ereko asesinado. Y a Kyle empezaba a preocuparle haber insultado a Viajero más de lo que este podría perdonar

con lo que había dicho en los Dolmans. Se daba cuenta. Pero estaba tan enfadado entonces. No había reparado en que hacía mucho más tiempo que ese hombre conocía a Ereko. Y Viajero los estaba llevando a Quon, el mismo destino que la Guardia. Quizá su intención era entregarles a Kyle. Se le ocurrió de repente que Viajero bien podría culparlo por la muerte de su amigo; si él no hubiera sugerido que fueran a Jacuruku de todos los destinos posibles, Ereko todavía estaría vivo. Miró a proa. El hombre estaba despierto, dándole vueltas a las cosas, le pareció a Kyle. Sus ojos resplandecían en la oscuridad, clavados en Jan, que, al timón, no parecía darse cuenta de nada y mantenía la mirada con firmeza en el horizonte del nordeste.

Para Toc el asalto comenzó con un rugido creciente que sacudió los cascos y la carne de su montura antes de golpearlo en la tripa. Al sur, lo que parecía el horizonte entero se iluminó tras la contramuralla de la ronda Exterior cuando los incendiarios dibujaron altos arcos en ambas direcciones sobre las murallas de la ronda Interior: hacia el interior desde las catapultas talianas y hacia el exterior desde los onagros hengeses. Restos de la legión taliana que habían participado en el primer asalto observaban desde los piquetes junto con los seguidores reunidos del campamento y el personal de apoyo de armeros, cocineros, boyeros, lavanderas, prostitutas y esposas de la tropa con sus hijos.

Tras el campamento, las bandas de setis vagaban por las laderas mal iluminadas entonando canciones de guerra, agitando lanzas y bramando gritos de aliento y maldiciones contra los hengeses. Toc ansiaba estar en el meollo de todo con Choss, aunque bien se podía imaginar el horror de la situación: las escaladas frontales siempre se cobraban muchas vidas. Ferocidad pura y dura contra esa misma ferocidad.

El asalto se prolongó durante la noche sin que el rugido constante y profundo remitiera, y de la noche salió el chamán del Chacal Blanco, Imotan, y su escolta, que se acercaron a Toc y su personal. El chamán aproximó su montura junto a Toc. Una sencilla banda de cuero ataba el cabello gris del anciano y tenía los cueros salpicados de barro. En lugar de una lanza llevaba una porra corta con un penacho de piel blanca sujeta contra el pecho. Los ojos del anciano ardían, ya fuera de emoción o alarma, Toc no estaba seguro.

—¿Qué pasa?

—Debes meter dentro a toda tu gente —exclamó Imotan.

—¿Por qué? ¿Una salida?

—No. Se aproxima algo. Para vosotros es algo terrible, pero para nosotros, una profecía cumplida.

Toc se lo quedó mirando, confundido. ¿Estaba loco ese hombre?

—¿A qué te refieres?

—Viene Ryllandaras. Lo presiento. Casi puedo oler su aliento.

—¿Ryllandaras? —Ese hombre había enloquecido. Era imposible. Lo habían encerrado mucho tiempo atrás—. No. Debes de estar en un error.

Imotan se encogió con un estremecimiento y lo miró, furioso.

—No me insultes, malazano. —Hizo girar su montura en redondo—. Muy bien, yo he hecho mi parte. No me hagas caso y muere. —El chamán del Chacal Blanco salió cabalgando furibundo hacia la noche, rodeado por su escolta.

Toc lo observó irse y después se irguió todo lo que pudo en su silla, miró a izquierda y derecha por las líneas, con los ojos entrecerrados. El anciano no habría acudido a hablar con él a menos que estuviera seguro, ¿no? Pero aun así, ¿Ryllandaras, después de tanto? ¿Y por qué en ese momento?

—¡Jinete!

Un miembro de su personal azuzó su caballo para acercarse.

—¿Señor?

—Vaya al puesto de mando de Urko. Dígales que los setis advierten de una presencia peligrosa en la noche.

—Señor. —El mensajero espoleó su montura y se alejó.

—¿Capitán Musgo?

—¿Señor?

—Coja una tropa y recorra el perímetro. Advierta a los piquetes que estén atentos.

—Sí, señor. —El capitán hizo un saludo militar y puso al paso a su montura.

Ya estaba. Pero ¿había hecho todo lo que había podido? ¿Debería advertir a Choss? No, el tipo ya tenía más que de sobra tras optar por dirigir el asalto desde el frente. Esperaría a ver si salía algo de aquella (a primera vista) escandalosa afirmación.

Fue una hora entera más tarde, cerca ya de medianoche, cuando una mujer con un vestido rasgado y manchado de oscuro salió caminando del campamento. Se dirigió directamente a Toc, tan silenciosa como un fantasma, los ojos vacíos, las manos estiradas ante ella, oscuras y húmedas. Los hombres de Toc gritaron y señalaron. Toc se quedó mirando. No podía hablar, no podía creerlo. Se bajó de su montura y le cogió las manos pegajosas de sangre.

—¿Dónde? —gritó—. ¡Dime dónde! —Ella se lo quedó mirando, sin comprender, la frente arrugada por la confusión.

—Están muertos —le dijo la mujer—. Todo el mundo está muerto.

—¡Dónde, maldita seas!

—Junto al riachuelo.

—Llamad a las armas —chilló—. Formación cerrada. ¡Escoltad a todos los civiles tras los muros!

A lo lejos, en la parte posterior del campamento, resonaron los gritos

(inhumanos), los chillidos agudos de caballos que morían aterrados. Toc se irguió. *Que los dioses nos protejan a todos.* Recordó. Recordó a Ryllandaras. Él había estado allí. Ni siquiera Dassem podía matarlo. No tenían nada. Nada para contrarrestar la maldición de Quon, al devorador de hombres. El hombre-chacal, hermano de Trake, dios de la guerra.

Escoltado por una guardia de regulares malazanos, Storo trepó a la muralla de la ronda Interior donde esperaba Arrojo. Tenía la sobrevesta rasgada, la sangre le manchaba los guanteletes y la cara le brillaba de sudor y hollín.

—Será mejor que sea bueno —advirtió, la voz ronca de gritar órdenes—. Ahí fuera apenas aguantamos. Ya nos habrían invadido si no fuera por esos tres hermanos. Son un auténtico horror, sí señor.

Arrojo no dijo nada, sus ojos evitaban los del él. Storo cogió aire para hablar, pero algo en el timbre del ruido que se oía allí lo detuvo, era diferente del tumulto que había en otras partes; en lugar de rabia, los chillidos se sucedían junto a los gritos de pánico. Y allí no persistía ninguna escalada. Se quitó el casco, se bajó la capucha de cota de malla y reveló las manchas de sangre donde había recibido un golpe.

—¿Qué pasa?

Arrojo señaló con la barbilla el parapeto donde, enfrente, se levantaba la puerta Norte de la ronda Exterior.

—Ha empezado.

Storo trepó al parapeto. Una masa arremolinada de humanidad. Antorchas que se agitaban, soldados talianos que gritaban y luchaban por mantener las líneas se enfrentaban a la puerta medio cerrada de las Llanuras del Norte. Los civiles atestaban el portal y luchaban por pasar junto a los soldados, chillando, las manos pálidas aferrándose a las armaduras. Cerca, en medio de la multitud, una de las pocas figuras montadas hacía gestos, gritaba órdenes, el cabello corto y gris y el bigote brillante en la oscuridad. Sostenía un arco de doble curva negro en una mano y enfatizaba las órdenes con él.

—Dioses —se le escapó a Storo como si le hubiesen dado un puñetazo en la tripa—. Toc. Toc en persona. —Miró a Arrojo—. ¿Tienes algún arquero aquí?

—No.

—¡Bah! La suerte de ese hombre no se acaba. —Se bajó y miró a Arrojo a la cara—. Espera hasta que hayan entrado y después hazlo.

—¿Tenemos que hacerlo?

—¡Sí, maldita sea! De otro modo estamos perdidos.

—Será una matanza. De soldados y civiles por igual.

Storo se subió la capucha de cota de malla.

—Entonces deberían haberse quedado en casa. En cuanto a los civiles, estaban

advertidos. Tengo que irme. Que la Señora sea contigo.

—Y contigo.

Storo volvió a bajar con estrépito las escaleras. Arrojo permaneció con su sargento y los pelotones de regulares protegiendo esa sección de la contramuralla. Mientras miraba, se abrió un paso para los civiles que clamaban. Los talianos formaron filas de arqueros enfrente de la puerta mientras otros luchaban por cerrarla. El último hombre que pasó tambaleándose fue memorable, la sobrevesta oscura y la cota de malla colgando en harapos, los restos de un casco hecho pedazos le bailaban en el cuello, dos sables en las manos. ¿Había sobrevivido de verdad a una refriega con el devorador de hombres? Seguramente Arrojo jamás llegaría a saberlo. Hicieron palanca y cerraron la segunda ala de la puerta y después colocaron con gestos frenéticos las barras de hierro que la aseguraban. Arrojo se volvió hacia el sargento Banath.

—Le quiero ahí abajo.

El otro hizo un saludo militar y bajó corriendo las escaleras. Por la muralla exterior los soldados talianos trepaban hasta los parapetos y examinaban el terreno que había detrás. Varias manos señalaron, se dio la alarma y se dispararon ballestas. Arrojo esperó hasta que los civiles se apartaron de la puerta y después fue al borde interior del pasaje de piedra. Se asomó abajo, donde las antorchas iluminaban al equipo, con el sargento Banath entre ellos, en una trinchera excavada pegada a la pared. Arrojo miró por la muralla, a derecha e izquierda y arriba y abajo.

—¡Preparaos! —les gritó a los hombres. Levantó una mano, pensando, *con esta mano condeno a más hombres y mujeres de los que me imagino. ¿Qué me ha pasado para poder hacer algo así? ¿Fue la muerte de Nervioso? ¿El ataque de los hombres de Kepten el Gordo? ¿Qué le importaba a ella si Heng caía? Nada en absoluto, a decir verdad. No, el hecho era, por egoísta y mezquino que fuese, que quería vivir y si la ciudad caía, a ella sin duda la ejecutarían.*

Bajó la mano y se tiró al suelo cubriéndose la cabeza. Bajo ella, se imaginó la almádena que blandían para golpear una tubería que corría bajo el suelo y atravesaba toda la ronda Exterior hasta un alijo de municiones moranthianas ordenadas y atadas con todo cuidado y esmero y apretadas contra la jamba izquierda de la puerta. Allí, el extremo afilado agrietaría un fullero metido dentro de cuatro malditos. La explosión resultante...

Una onda de choque le quitó el aliento. El atronador estallido de las municiones se perdió en la repentina sordera que se apoderó de ella. Un rugido hinchado le llenó la cabeza. Rocas diminutas le acribillaron la espalda. Se puso en pie parpadeando y sacudiendo la cabeza. El humo ocultaba las puertas. Abajo, en la ronda Exterior, esparcidos entre los restos, hombres y mujeres empezaban a levantarse. Los heridos salían tambaleándose entre el humo con heridas espeluznantes y a Arrojo se le

revolvió el estómago. Sabía que no todo el mundo estaba lo bastante lejos, pero la mayor parte sí, o eso se decía ella. Los edificios cercanos ardían en ruinas. Y entre el humo corría algo. No estaba segura, había sido demasiado rápido. Solo había vislumbrado por un instante algo pálido pero enorme, liso y aterradoramente ágil. Y después había desaparecido.

Se derrumbó contra el parapeto. Estaba hecho. Ya compartía la maldición de Quon. La sangre que se derramara a partir de esa noche también la impregnaría a ella. Se tapó la cara y comenzó a sollozar y estremecerse.

El estruendo de la explosión sobresaltó a la montura de Toc, que se metió de lado en un puesto, se enredó entre cuerdas y cajas, tropezó y cayó. Su jinete chocó contra los adoquines del camino y se quedó sin aliento. La muchedumbre que lo rodeaba se cernió sobre él y lo alzaron unas manos. Continuaron los gritos y los chillidos, solo que duplicados por la explosión. Todo el mundo preguntaba qué había pasado; Toc no les hizo caso. Se abrió paso hasta donde su montura se agitaba chillando entre las tablas destrozadas del puesto, tenía una pata rota. Toc sacó la espada (pobre animal), uno de sus favoritos, pero no podía dejarlo así.

En el instante en el que el estruendo del estallido lo alcanzó, supo lo que había pasado. Habían volado en pedazos la puerta exterior. La crueldad fiera y calculada del plan lo dejó asombrado. Escalada. Los habían atraído hasta allí dentro y los habían atrapado entre altas murallas. La muerte los acosaba. Por la mañana, la ronda Exterior no sería más que un largo matadero cuando Ryllandaras se pusiera a sofocar casi un siglo de sed de sangre. Tenía que llegar hasta Choss. Levantó la espalda en el aire con las dos manos y lanzó la estocada.

Recogió el arco y se irguió.

—Meteos dentro —gritó—, escondeos. Defendeos.

Los soldados lo miraron y el ruego que vio en sus ojos se le clavó en la conciencia. Quería ofrecerles alguna palabra tranquilizadora, pero no tenía ninguna. Los más desesperados ni siquiera se molestaron en buscar su mirada para recibir órdenes. Recuperó la compostura, apoyó una punta del arco de doble curva en los adoquines y, tras apoyar todo el peso en él, lo disparó con un único movimiento rápido.

—Formación cerrada aquí para forzar la retirada. Lanzas, picas, hachuelas, lo que encontréis, los quiero por fuera. Ballesteros y arqueros, dentro.

—¿Y qué hay de nosotros? —le chilló una civil.

—¡Y sacad a esta gente de la calle!

Un soldado cercano, un teniente a juzgar por el torque del brazo, lo saludó de golpe.

—¡Ya habéis oído al comandante! En marcha. ¡A formar!

—Retirada lenta, teniente —repitió Toc—. Tengo que encontrar al comandante.

—Sí, señor. Oponn sea con usted, señor.

Toc respondió al saludo militar del hombre y subió corriendo la calle.

Los edificios que ardían cerca de la muralla de la ronda Interior iluminaban la noche. Toc encontró a los soldados montando barricadas improvisadas en la avenida principal. Estuvo a punto de ordenarles que no se esforzaran, pero decidió no aumentar la confusión y el caos de la noche. Con todo, era una vana esperanza: la bestia esquivaría con facilidad cualquier obstáculo parecido. Los soldados lo dirigieron al tejado de un sólido almacén de ladrillo. Allí encontró a Choss rodeado por su personal.

—Gracias a Beru —explotó el hombretón al verlo—. En el nombre del Encadenado, ¿qué está pasando ahí fuera? Estoy recibiendo todo tipo de informes estrafalarios.

—Es Ryllandaras, que ha regresado, sin lugar a dudas. Y estamos atrapados aquí dentro con él.

La mirada horrorizada de Choss fue la peor visión que tuvo Toc esa noche. Una ráfaga del viento que habían levantado los incendios hizo volar la gran melena del comandante, que le cubrió la cara. El hombre escupió en el tejado.

—Eso era lo que decían. Bueno, tú deberías saberlo, Toc. —Miró a la sección de la contramuralla visible desde su posición, respiró hondo, contuvo el aire y después lo soltó en una larga y lenta exhalación de pesar—. Capturamos una torre, Toc —dijo, triste—. Estábamos tan cerca. Ahora tengo que dar la vuelta y encontrar un modo de salvar esto.

Chillidos de auténtico terror arrastraron sus miradas hacia el laberinto de calles y vías. A Toc le picaba la espalda al oír la impotencia de esos gritos. Ryllandaras estaba asesinando a sus soldados, y no iba a parar. Toc estudió a Choss. La mirada del hombre se había vuelto hacia las almenas distantes, donde se podían ver figuras disparando al suelo y dejando caer antorchas. Toc se quedó en silencio, pensaba en lo cerca que había trabajado ese hombre de aquel gran general Dujek, y cómo había sido él el que había sacado al ejército de la conmoción de Y'Ghatan, donde había caído Dassem.

—Si no recuerdo mal —dijo Choss con los ojos entrecerrados—, su hostilidad es hacia Heng. Es Heng lo que odia. Se podría decir que nosotros solo estamos en medio. —Los ojos castaños se posaron en Toc, calculadores—. ¿No es así?

—Creo que se podría decir así.

—De acuerdo, entonces. Si ese tal Storo quiere apostar todo, vemos la apuesta. —Se volvió hacia un mensajero—. ¡Que suban todas las municiones! ¡Que les digan a los zapadores que quiero hasta el último alijo secreto bajo pena de muerte! A paso

ligero.

—Sí, señor.

Toc observó a Choss cuando volvió a estudiar las murallas. ¿Qué pretendía? Toc se había pasado la mayor parte del tiempo con la caballería, así que no conocía al hombre tan bien como le gustaría. ¿Pero municiones? ¿Funcionaría? Con el hombre-bestia se habían intentado todas las trampas y trucos conocidos y no había funcionado nada. La cautela de la criatura y su astucia eran legendarias. Con todo, las municiones deberían ser algo nuevo para aquel maldito demonio.

Arrojo encontró a Storo en la torre de las escaleras, cerca de la puerta de la ronda Interior.

—Se están retirando a la puerta del Amanecer —le dijo—. Abandonan el asalto.

Su superior se limpió la cara con la sobrevesta.

—Eso parece. No pueden luchar contra él y contra nosotros al mismo tiempo.

—¿Qué crees que harán?

—Retirarse. Volver a desplegarse para enfrentarse a Laseen. Salir de las llanuras tan rápido como lo permita Oponn.

Gritos y disparos en la puerta de la ronda Interior atrajeron la atención de Arrojo, que se asomó para ver que el asalto continuaba allí. Detrás de manteletes y entre las ruinas de los edificios quemados cercanos había arqueros que intercambiaban disparos con sus ballesteros. Las escalas de madera yacían rotas como paja en el camino, entre cadáveres, algunos ardiendo.

—¿Qué está pasando ahí?

—Cubren las apariencias. Están metiendo zapadores para ir contra las puertas, en vano.

—¿Por qué? ¿Están cavando?

—Sí. Pero los cimientos son demasiado profundos. Ya lo sabes.

En el pecho de Arrojo se hizo un nudo de pavor inexpresado.

—No me gusta, Storo. Sácalos de ahí.

—Tan rápido como podamos. —Se volvió hacia un mensajero—. Diles que suban más piedras.

—Sí.

Storo se quitó el casco y suspiró de agotamiento y con un alivio que fue incapaz de disimular.

—Creí que de verdad...

Un estallido los hizo tambalearse y los tiró al suelo a los dos. Arrojo se golpeó la cabeza contra el suelo de piedra.

—¡El Embozado nos proteja! —bufó Storo.

Saltaron juntos al arco oriental. Arrojo se cogió la cabeza y luchó contra una

oscuridad que crecía en los límites de su visión. El humo y el polvo oscurecían la puerta, pero a juzgar por la fuerza del estallido, sabía que estaba hecha pedazos. Los ojos de Storo se encontraron con los suyos. Las piernas de la mujer cedieron y su compañero estiró los brazos de inmediato para sostenerla. Él le sostuvo la cabeza y después sacó la mano húmeda de sangre. Arrojo intentó decirle lo que ya sabía, pero no había necesidad, lo vio en la mirada acongojada de Storo.

Ryllandaras se había convertido en su maldición.

Arrojo despertó entre gritos, bramidos y gruñidos guturales que le erizaban el vello de la nuca y sacudían las piedras bajo su espalda. Yacía en una habitación atestada de muchos otros heridos. Gemidos y maldiciones junto con el olor acre de la sangre y la bilis derramada asaltaron sus sentidos por todos lados. Se levantó de un tirón, mareada, con palpitaciones en la cabeza, como si le estuvieran clavando una pica. La bolsa de municiones todavía le colgaba al costado. Se dirigió a la puerta, pasando con cuidado por encima de los heridos, algunos de los cuales la ayudaron a no perder el equilibrio. En la puerta, un guardia observaba la calle con la ballesta levantada. Cohortes urbanas hengesas pasaban corriendo junto a la abertura, las armas abandonadas.

Todavía era de noche. La luz irregular de los fuegos iluminaba las calles. Arrojo se asomó y vio que ocupaba una caseta de guardia junto a la puerta reventada. Un muro de hombres que chillaban y se removían, armados con lanzas y hachuelas, luchaban contra algo. Una criatura que, cuando se alzaba en toda su altura, medía el triple que ellos. Estaba cubierta de un pelo de color blanco cremoso, con vetas más oscuras en la espalda, de un tono gris y amarillo sucio. Un gran buche de labios negros retorcidos que dejaban a la vista unos caninos enormes. Ojos color carmín, tan oscuros como la sangre del corazón, miraban con furia ardiente y la sangre le manchaba todo el torso. Lanzaba zarpazos con unos brazos sobrenaturalmente largos y nervudos que terminaban en garras negras que destrozaban a los hombres y los tiraba a un lado como si fueran puñados de paja.

Un sonido parecido a un gemido atrajo la atención de Arrojo, que se dio la vuelta, el guardia la miró a los ojos. El terror y una desesperación incrédula llenaban los ojos muy abiertos y fijos del hombre.

—¡Es él! —chilló el guardia—, el devorador de hombres. —Tras una última mirada de absoluta impotencia, el guardia arrojó la ballesta y echó a correr.

Arrojo se agachó para coger el arma con suavidad. Sí, era él. La criatura que algunos llamaban dios, hermano de un dios ascendente. Algunos incluso afirmaban que era el último resto de esos antiguos terrores básicos que daban caza a los ancestros de la humanidad tanto tiempo atrás, lejos de la luz del fuego. Arrojo no lo sabía, solo sabía que aquella criatura había jurado asolar Heng y que, si llegaba a

entrar, lo haría. Y los talianos reclamarían lo que quedase con la salida del sol.

Se abrió camino a empujones hasta la calle salpicada de escombros y sacó el cuadrillo del arma. Rodeó la multitud y empezó a trepar por el montón de piedras caídas que había junto a la entrada reventada. A veces se apoderaba de ella un mareo y tenía que hacer una pausa a gatas, respirando con dificultad. Llegó a un lugar ventajoso sobre las piedras apiladas y separó bien las botas para tener más estabilidad. Vio entonces que un soldado lideraba la defensa: vestía una cota de malla larga y un yelmo con visera, y empuñaba dos espadas largas. Rell. El monstruo intentaba desgarrarlo, pero el soldado se deslizaba con cada estocada, las hojas destellaban por dentro y rebanaban con tanta rapidez que solo la luz reflejada de las antorchas marcaba su movimiento. El rugido de rabia y dolor de la bestia sacudió las piedras bajo los pies de Arrojo. De la bolsa que llevaba al costado extrajo un cuadrillo armado con un fullero, lo metió y sacó el aire. Abajo resonaron gritos de advertencia. Con un gruñido de esfuerzo, Arrojo levantó el arma y la equilibró. Apuntó al suelo sembrado justo detrás de la bestia y disparó. El culatazo la tiró de espaldas. Un instante después, una explosión escupió piedras contra toda su pechera. Yació entre las rocas rotas que humeaban hasta que la espabiló un rugido renovado, un gruñido atronador y constante de rabia. Arrojo usó los codos y las rodillas para sentarse. Los hombres todavía se enfrentaban al demonio, pero este había derribado o tirado a un lado a la mayoría. La sangre le moteaba la piel de la espalda. La bestia esquivaba a derecha e izquierda, borrosamente rápido, pero siempre era el mismo luchador el que se le adelantaba con las dos espadas levantadas. Arrojo apenas estaba consciente, pero hasta ella percibía que estaba ocurriendo algo milagroso, se suponía que ningún hombre podía hacer lo que Rell estaba consiguiendo. A través de la puerta reventada, la zapadora vio tropas talianas allí, de pie, quietas, observando con la boca abierta. Sostenían arcos y ballestas sin fuerzas a los lados, como si fuera inconcebible interferir en ese duelo. Los golpes salvajes de Ryllandaras, que Rell esquivaba agachándose o deslizándose a un lado, mandaban por los aires los propios bloques de la muralla, piedras más pesadas de lo que cualquier hombre podía levantar. La saliva volaba cuando la bestia echaba hacia atrás la cabeza en un estallido de bramidos de una rabia ciega, incandescente, que arrancaba más piedras de las paredes destrozadas; Arrojo gritó e intentó taparse los oídos.

Con los ojos entrecerrados y borrosos, vio que ya solo Rell se enfrentaba al hombre-bestia. El soldado se puso en guardia, una hoja fina baja, la otra alta, por encima de su cabeza, con la punta señalando al suelo. Las mandíbulas de Ryllandaras se movían, las garras de las manos ensangrentadas hacían gestos. ¿La bestia estaba hablando con el soldado? El trueno que sentía Arrojo en los oídos amortiguaba todos los demás sonidos. Un salto repentino hacia el interior la hizo estremecerse, tan rápido fue, pero Rell lo recibió en un frenesí de contraataques que acuchillaron

brazos, torso y piernas. A Arrojo le asombró entonces el hombre-bestia. ¿Cómo podía un ser vivo absorber tal castigo? ¿En verdad era una especie de dios él también, pariente de Trake? ¿Estaba Rell condenado a cansarse, ralentizar sus movimientos y caer?

Arrojo se espabiló y luchó por amartillar la ballesta, pero se rindió, era un esfuerzo fútil. La arrojó al suelo, sacó otro cuadrillo de la saca y quitó el fullero de su montura. Con él levantado en un puño, bajó a duras penas por la ladera de escombros y se acercó a la bestia. En ese momento Rell estaba gritando algo y señalaba con una espada. Arrojo levantó la cabeza y se encontró con los ojos rojos como llamas de la bestia, que la miraba. Los ojos rastrearon la munición que llevaba en la mano. Una pierna se movió como si quisiera dar un paso hacia ella... *¡Dioses, qué zancada!* Un brazo se estiró y las garras se cerraron... *¡Qué alcance!*

Arrojo lanzó la munición a los pies de la bestia y se tiró bocabajo.

Un tiempo indefinido después, recuperó el sentido cuando unas manos tiraron de ella, las piedras le arañaron la espalda produciéndole varias heridas. Intentó gritar, pero no pudo. Unos soldados se inclinaron sobre ella; todavía era de noche. El estrépito de la lucha seguía cerca. Alguien le cogió la bolsa del hombro, otro le sostuvo la cabeza en el regazo. Arrojo alzó los ojos y vio el rostro preocupado de Barbecho, el sanador del pelotón.

—Estoy empezando a ser cliente habitual —rió ella.

—Tú y tu comandante. Ahora calla.

—¿Storo? ¿Qué...?

—Calla. Relájate. —El sanador le cerró los ojos con la palma de la mano y eso fue lo último que supo Arrojo.

Toc y Choss se quedaron atrás, en la puerta del Amanecer con un contingente de setenta lanceros respaldados por cincuenta arqueros y ballesteros. Esperaron hasta que el último de sus elementos se hubo retirado y después sus hombres cerraron las verjas tras ellos. El humo, el polvo y el agotamiento llenaban los ojos de Toc de arena; se los restregó. Como ocurría tras cada batalla, tenía la boca tan seca como el polvo y con un sabor ferruginoso a (podía admitirlo) terror. Escupió en los restos carbonizados de un edificio que había junto al camino, lo habían quemado los defensores para negarles la madera para las máquinas de asedio. Cuando le dio la espalda a la puerta, la luz del amanecer lo golpeó en los ojos y levantó una mano para bloquearla. Varios jinetes se acercaban al galope desde el este. Choss y él fueron a recibirlos.

—¡Felicitaciones del comandante Urko! —anunció el líder, un falari pelirrojo y gordo con una armadura de hojuelas de bronce—. He de anunciar que, de acuerdo

con las informaciones enviadas, Urko ha comenzado a excavar las defensas y está levantando una empalizada para reforzar su posición.

Choss asintió.

—Gracias, eh...

—Capitán Tonley.

—Muchas gracias, capitán Tonley. Dígale que nuestras divisiones volverán a desplegarse para reunirse con él antes de esta noche.

—Muy bien, comandante.

Mientras hablaban les habían llevado caballos de refresco, guiados por el ensangrentado capitán Musgo. Toc cogió uno y lo agradeció con un asentimiento. Choss también montó. El capitán Tonley se inclinó hacia delante en la silla.

—Eh... díganme, señores... ¿qué es eso que he oído sobre una bestezuela gigante?

Toc, Choss y Musgo intercambiaron miradas agotadas.

—Es verdad —dijo Choss sin más.

El capitán Tonley sacudió la cabeza, asombrado.

—Ustedes, los quontalianos, parecen tener miedo de todo. Primero una banda de mercenarios y ahora un animalejo. Cómo consiguieron vencernos alguna vez, jamás lo entenderé.

Choss se quedó mirando al hombre. Una sonrisa le tiraba de los labios y lanzó una risita, después una carcajada abierta.

—Es un misterio, capitán. Puede volver a informar.

Un saludo torpe.

—Muy bien, comandante. Vamos, chicos. Aquí no se bebe. —La tropa se alejó a toda velocidad. Toc se volvió hacia Choss.

—Así que ahora Laseen... ¿Y qué hay de la Guardia Carmesí?

—Les haremos una oferta. Quieren al Imperio vencido, ¿no?

—¿Y Heng?

—Heng y Ryllandaras que se jodan entre sí. ¿Qué hay de tus setis?

Toc examinó las laderas vacías.

—No lo sé. Tendré que hablar con ellos. Imotan se ha pasado toda la vida rezando por su dios patrón y ahora que ha venido, seguramente estará aterrado.

Choss lanzó un gruñido escéptico.

—Bueno, vamos. Todavía los necesitamos.

—Sí.

Regresaron al campamento, en silencio durante un rato.

—Ese soldado —dijo Toc al fin— que se enfrentó a Ryllandaras. ¿Has visto alguna vez algo parecido?

—Dassem también lo hizo retroceder —dijo Choss—, pero a él lo favorecía el

Embozado.

—Yo lo vi —dijo Musgo.

Toc y Choss miraron al capitán. Este se removió, incómodo, en la silla, y se tocó el desgarró lívido y en carne viva que le cruzaba la cara.

—Bueno, no con exactitud. Me lo describió alguien que lo había visto en Genabackis. Ese estilo de lucha. Ese tipo es seguleh.

—¿Seguleh? —repitió Choss, maravillado—. He oído hablar de ellos. ¿Qué está haciendo aquí?

—La compañía de Storo estuvo destinada en Genabackis —dijo Musgo.

Toc estudió a su capitán de soslayo.

—Sabe mucho de ese tal Storo...

Musgo se frotó la nariz mellada e hizo una mueca.

—Ah, sí, señor. Reunir información, conocer al enemigo y todo eso.

—En tal caso, capitán —dijo Toc—, ¿le gustaría encargarse de hablar con la Guardia Carmesí? Tenemos una proposición para ellos.

El hombre sonrió. El desgarró que le cruzaba la cara se abrió y manó sangre otra vez.

—Sí, señor. Sería un privilegio.

Aunque agotado y con las articulaciones ardiéndole de dolor, Toc montó un caballo fresco esa mañana y partió solo tras los setis. Encontró su campamento desierto, pero también halló huellas inusuales. Algo había visitado el campamento antes que él. Eran como huellas de lobo, solo que de un tamaño considerable, más bien del tamaño de la huella del oso más grande. Y la anchura del paso era enorme. Sabía que ese tal hombre-bestia, Ryllandaras, podía cubrir terreno a mayor velocidad incluso que un caballo. Aunque era de todos conocido que la criatura cazaba únicamente de noche, Toc se sintió de repente muy expuesto, allí solo en las llanuras. Una parte de él se preguntaba si ese era un mero detalle ambiental que los juglares habían añadido a las canciones que recitaban sobre él. Casi podía oír gruñir a Kellanved: «Da igual lo que tú imagines que sea el caso, ¿qué es lo que sabes?». Ese nunca había sido de los que dejaba que la reputación o las leyendas se interpusieran en su camino. Después de todo, había atrapado al demonio, ¿no? ¿Y cómo lo había conseguido? Una información quizá relegada a algún archivo de alguna parte que de repente ya no era tan trivial. Sabiendo lo salvaje que era Kellanved por aquel entonces, era muy probable que se hubiera usado a sí mismo como cebo.

Hacia el mediodía, cuando cruzó un valle poco profundo, aparecieron unos jinetes formando pequeñas bandas a su alrededor y se acercaron. Toc se detuvo para aguardarlos con los brazos cruzados sobre el arzón alto de su silla de montar. Lo rodearon a cierta distancia, hasta que uno se separó de los demás y se aproximó. Era

un tipo fornido que vestía solo unos pantalones de piel de ciervo, un grueso chaleco de cuero y unos anchos brazales de cuero. El pelo rizado estaba entreverado de gris, al igual que el vello enmarañado del pecho. Miró a Toc de arriba abajo en clara evaluación de su persona.

—Eres Toc el Viejo —dijo en taliano.

—Y tú eres el Salvaje de las Llanuras.

Un asentimiento.

—Vienes para hablar con Imotan. Creo que no deberías ir.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Ahora tiene a su dios de pelo blanco. ¿Qué necesidad tiene de vosotros?

—Hay mucha historia entre nosotros. Hemos intercambiado muchos juramentos.

—Entre vosotros y lo setis, sí. No con él.

Toc arqueó la espalda para aliviar aquel dolor molesto. Estudió al hombre que tenía delante: cicatrices de espada y cuchillo, hablaba taliano con fluidez. Un veterano imperial, quizá suboficial.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó—. Puede que no aceptes la autoridad de Imotan, pero no nos vendría mal contar contigo y tus guerreros para igualmente derrocar al Imperio.

El hombre desveló los dientes amarillos y afilados.

—No me insultes. Imperio, Liga. Es todo lo mismo.

—En absoluto... Tú y los otros seríais casi independientes.

—Promesas vacías en el mejor de los casos. Mentiras en el peor. Ya lo hemos oído todo antes.

—Deberías considerar mi oferta con atención, veterano. Estamos decididos a vencer a Laseen. Tiene tal carencia de tropas de verdad que está desesperada. He oído que incluso ha forzado a regresar al servicio activo a todos los viejos veteranos de Malaz para reforzar sus tropas.

El viejo seti se quedó muy quieto. El tenso ceño de desaprobación desapareció.

—¿Qué has dicho?

Toc se encogió de hombros, confuso.

—Acabo de decir que mandó llamar a todos los posibles, incluso en Malaz.

Salvaje tensó las riendas.

—Me voy. Te lo diré una vez más, Toc, no te empeñes en esta alianza. —Puso en movimiento su montura con un chasquido de la lengua y les hizo una seña a sus guerreros para que lo siguieran. Se alejaron todos con un ruido atronador.

Toc se quedó quieto un rato y observó cómo se perdían de vista. Algo. Allí acababa de pasar algo, pero él no tenía ni idea de lo que podía haber sido. Sacudió la cabeza y espoleó su caballo.

Cabalgó buena parte de lo que quedaba de día antes de encontrar alguna señal,

aparte de huellas vacías de caballo. El polvo se alzaba al nordeste. Azuzó su caballo para acelerar un poco. Empezaba a preocuparle que lo sorprendiera la oscuridad cuando coronó una pequeña elevación cubierta de hierba y vio abajo una horda de guerreros montados que dibujaban un círculo en un lento y desordenado giro, recitaban cánticos de guerra en atestados circuitos que rodeaban las tiendas de los chamanes. Las nubes de polvo amarillo que levantaban se perdían en penachos en un cielo cada vez más oscuro. Toc se acercó y esperó, pero los jóvenes no le hicieron caso. La mayor parte de los muchachos llevaban fetiches de pelo blanco en las lanzas, alrededor de los brazos y en el pelo. Al final, quizá por una orden del interior, se dejó de mala gana un espacio para que la montura de Toc pudiera pasar.

Tras atravesar los círculos cerrados de cientos de jinetes que se apretaban unos contra otros, vio a los atamanes sentados ante la tienda central, la de Imotan, el chamán del Chacal Blanco. Toc se inclinó e Imotan le invitó con un gesto al tiempo que daba unos golpecitos al suelo junto a él. Toc se sentó y saludó a los atamanes; Imotan lo examinaba con una expresión firme. Toc se enfrentó a ella y aguardó.

—Lamento lo de tus muertos, Toc —dijo al fin el chamán.

—Muchas gracias. ¿Es él, entonces? ¿El mismo al que llaman Ryllandaras?

Imotan usó un pequeño cuchillo doméstico para cortar un trozo de carne de un anca.

—Sí, es él. Hace generaciones que mantenemos la esperanza y rezamos, y ahora ha regresado a nosotros.

—¿Esperanza? ¿Teníais la esperanza? Si es él, ¿contra quién creéis que se volverá una vez que nos hayamos ido nosotros?

—Eso solo debe preocuparnos a nosotros, malazano. Vivimos con él mucho antes de que vinierais vosotros.

—Os libramos de un depredador.

—Interferisteis.

—¡Os liberamos!

El anciano clavó el cuchillo en el suelo, entre los dos.

—¡Liberarnos! ¿Puedes liberar a un hombre de sí mismo? ¿A un pueblo entero de sí mismo? —Aspiró una profunda bocanada de aire para contenerse, después se volvió hacia la bandeja de comida y cogió un puñado de uvas. Se echó a reír y sacudió la cabeza ante una idea que se le ocurrió de repente—. ¡La maldición de Liss! Somos un pueblo perdido, perdido y vagabundo. Perdido de nosotros mismos. Pero ahora, nuestra tradición ha vuelto a nosotros.

—Yo no veo ningún camino.

—Tú no eres seti. —El chamán se quedó callado un rato. Parecía inquieto mientras sacaba y examinaba la hoja de su cuchillo—. Toc el Viejo —empezó con cautela—, te respetamos por lo que hemos logrado juntos en el pasado, pero no

deberías haber venido.

—Los pasados acuerdos siguen en pie, Imotan.

—¿Ah, sí? —El chamán miró de soslayo a Hipal, el chamán de los Hurones, que esbozó una sonrisa maliciosa, le pareció a Toc, y después recorrió con la mirada a los hombres y las mujeres que se habían sentado en círculo ante él. Muchos apartaron los ojos cuando se posó en ellos la mirada del chamán. A Toc le sorprendió cuánto habían cambiado las cosas en una noche. Antes, en los consejos, Toc hablaba con los atamanes, los caudillos de las sociedades de guerreros y los jefes de la asamblea tribal mientras Imotan e Hipal permanecían relegados detrás. Pero en ese momento, Imotan ocupaba el lugar de honor y los atamanes se sentaban a sus pies y no parecían más que meros suplicantes.

Tras examinar a su consejo, Imotan suspiró y se metió el cuchillo en el fajín.

—¿Qué es lo que pides, Toc?

—La batalla inminente será la que lo defina todo. Tras ella, puedes considerar que todos nuestros acuerdos se han cumplido y que se han consumado todas las obligaciones. Es la última solicitud que te haré, la definitiva.

El chamán del Chacal Blanco había asentido a lo largo de toda la declaración de Toc. Después abrió las manos de gruesas venas.

—Así sea. Estaremos allí. Ahora, por razones obvias, te sugiero que pases la noche aquí, en nuestro campamento. Estarás a salvo con nosotros. Mañana puedes unirte a tus tropas.

Toc se inclinó.

—Gracias, Imotan del Chacal Blanco.

Noche arrojó otro puñado de estiércol seco al fuego y se recostó, indignado.

—En serio, chicos, si vuelve a decir «arrimaos» una vez más, voy a clavarle un cuchillo a ese tío pedorro.

Menor se echó entonces un pedo mientras Dulce señalaba a la noche.

—Tú mismo. Anda por allí.

—Eso es ofensivo —le comentó Manos a Menor, que parecía avergonzado. Lim Tal, la antigua guardaespaldas kanesiana, se quitó el broche que le sujetaba el pelo y permitió que toda su reluciente melena negra le cayera por los hombros hasta la pechera de la camisa. Noche, que por un momento dio la sensación de estar a punto de decir algo, pareció olvidar lo que era y se quedó mirando junto con todos los demás, excepto Heuk, el mago de la compañía, que se había echado y roncaba enroscado alrededor de una jarra de barro marrón. Manos también la observó y suspiró.

—Ojalá el mío hiciera eso.

Lim se cepilló el pelo y sonrió, después flexionó el bíceps desnudo.

—Ojalá yo tuviera tus brazos.

—Oye —exclamó Noche desde el otro lado del fuego—, si vosotras dos queréis comparar alguna otra parte del cuerpo, yo tengo una manta enorme por ahí...

—¿Lo llevamos mañana desnudo al frente? —le preguntó Lim a Manos—. ¿Lo empujamos delante de todos?

Manos lanzó un bufido, ya fuera por la imagen o por la idea de poner a Noche al frente de lo que fuera.

—Podrían morirse de risa...

—¿Mañana? —preguntó Noche, que se inclinó hacia delante—. ¿Creéis que podría ser mañana? ¿Es lo que habéis oído?

Lim se encogió de hombros.

—Mañana o al siguiente.

—He oído que hay un demonio ahí fuera que nos va a comer a todos —dijo Menor.

A su lado, Dulce se lo quedó mirando.

—¿Dónde oíste eso?

Menor se señaló los fetiches de madera y hueso que llevaba atados al pelo.

—No... ¿en serio?

Un asentimiento lúgubre.

—¡Venga ya! ¡No! Se lo oí a un tío en la formación.

Menor abrió mucho los ojos.

—¿Hablan con otra gente?

Un joven con un camisote de cuero tachonado demasiado grande salió de la noche y se agachó junto al fuego para calentarse las manos. Llevaba unas enormes bolsas de lona a cada lado que pendían de unas correas de cuero cruzadas sobre el cuello. Una ballesta le colgaba desmañada a la espalda y tenía un puñal de mango de madera metido en el cinturón.

—¿Tenéis comida? —les preguntó.

—Por el abismo, ¿se puede saber quién eres? —preguntó Noche. El joven lo miró, confuso—. Escucha, chaval. Este fuego es solo para sargentos, ¿estamos? Lárgate de aquí, joder.

El muchacho se irguió con una sonrisa despectiva y señaló a Noche.

—Tú no eres sargento de nada.

Todos salvo Noche se rieron. Dulce le pasó entonces un trozo de pan duro.

—Así se habla, chaval. —El joven cogió el pan de un manotazo y se perdió corriendo en la noche.

—Son unos creídos —rezongó Noche, cogió un palo del fuego para examinar una cosa ennegrecida y encogida que tenía pinchada en la punta. La pellizcó con los dedos y la miró con el ceño fruncido.

—Yo diría que está listo —sugirió Menor.

—Yo diría que vamos listos todos —dijo Noche sin levantar la cabeza. Tras el largo silencio que siguió, levantó los ojos—. Venga ya, todos tenemos oídos, ojos. He oído lo que decían en Cawn. —Señaló la oscuridad—. ¡Tienen diez mil moranthianos dorados! ¡Tienen veinte mil soldados de infantería falari, además de los talianos! ¡Y encima los setis! —Tiró el palo al suelo—. ¿Y qué tenemos nosotros? Una horda de civiles y nada más, ¿unos diez mil soldados de verdad?

—Esa horda venció a la Guardia —dijo Manos en voz baja y controlada—. Yo oí que murieron siete juramentados. Esos dorados marchan contra nosotros y se van a encontrar con tantos cuadrillos encima que no van a poder caerse siquiera.

—Los setis barrerán a esos aficionados del campo de batalla.

—Tienen tanta hambre ahí fuera que estarán encantados de ver todos esos caballos setis.

—Verás cómo...

—¡Basta! —chilló Dulce—. ¡Que el Embozado os lleve a los dos! Dejad de reñir como un viejo matrimonio. Ya tenemos dos puños supremos.

Manos despreció a Noche con un bufido y un gesto de la mano; Noche se burló del comentario de Dulce con una risita.

—Dos —lo imitó. Cogió el palo y limpió la cosa quemada y arrugada que tenía en la punta.

—Y además, ¿de dónde sacaste eso? —preguntó Menor.

—Lo encontré muerto.

—¿Tú has salido alguna vez de la ciudad?

Noche mordió un trocito de la cosa y miró a Menor, confuso.

—No, ¿por qué?

Heuk se levantó de repente con una sacudida y sobresaltó a todo el mundo. Sus ojos llorosos e inyectados en sangre se movieron febriles y recorrieron toda la oscuridad.

—Está pasando algo —graznó.

Noche le arrojó un puñado de estiércol.

—¡Otra vez no! Todo el tiempo, viejo. Pasan cosas todo el tiempo.

—Está aquí. Puedo saborear su codicia y su hambre. Ni toda nuestra sangre podría sofocarla.

Todo el mundo se lo quedó mirando. Noche se inclinó hacia delante y le dio una colleja.

—Pero ¿quieres dejarlo de una buena vez? Estás poniendo a todos de los nervios.

Heuk levantó el jarro de barro y tomó un buen trago de su oscuro contenido. Se derramó buena parte por la barba y las túnicas sucias. Dulce se llevó una mano a la nariz y la agitó.

—Agh, viejo. ¿Qué tienes ahí dentro?

—Sangre y valor.

De repente resonaron unos gritos en la oscuridad. Todo el mundo se quedó quieto. Los gritos adoptaron un tono aterrado, seguidos poco después por los comienzos de un chillido cortado en seco. Manos se levantó de un salto.

—¿Qué diablos del abismo ha sido eso? —Examinó los campos circundantes salpicados de hogueras—. Al norte, creo. —Recogió la espada y el cinturón—. ¡Venga!

Todo el mundo, hasta Heuk, se puso de pie.

—¿Alguien tiene una antorcha, una lámpara o algo? —preguntó Lim. Encogimiento de hombros por todas partes—. Estupendo. Simplemente estupendo. —Cogió su espada larga y su yelmo y salió corriendo detrás de Manos, que no había esperado a nadie.

Menor cogió un trozo de estiércol de bhederin que ardía.

—Yo tengo esto... —exclamó tras Lim.

El caos invadía las laderas en sombras cubiertas de hierba alta azotada por el viento. Hombres y mujeres gritaban, corrían juntos, se separaban. Volaban los cuadrillos de ballesta, estallaban en el aire y hacían agacharse a Noche. Otro grito hizo pedazos la noche a lo lejos. Noche chocó con Dulce, que estaba sacudiendo a un balletero por la camisa.

—¡Nada de disparar, que el Embozado te lleve! —Tiró al hombre a un lado—. Casi me ensarta...

—¿Qué pasa? ¿Un ataque?

—No lo sé. Espero que no, porque ya estamos vencidos.

Las antorchas iluminaron la noche al norte. Una voz bramó y resonó por toda la ladera.

—¡A formar! ¡A formaaaaaaaar! ¡Alineación! ¡Más cerca! ¡Arrimaos!

Noche dejó caer los hombros.

—Oh, dioses del inframundo. No me lo puedo creer.

Dulce le dio una palmada en la espalda.

—Vamos, la idea es buena. —Y se alejó a la carrera. Después de mirar a su alrededor en la oscuridad, Noche lo siguió.

La formación era un amplio rectángulo hinchado que se tragaba todo lo que encontraba; los espadachines sostenían antorchas en los bordes, los balleteros detrás. El sargento mayor estaba allí y el comandante Diente Bravo, a quien Noche había oído que lo llamaban «bola de pelo rabiosa con patas», una descripción que se inclinaba por aprobar. También estaban allí para mantener el orden Manos, Lim y los otros sargentos.

Después de marchar durante un rato, reprendidos con collejas y patadas para que mantuvieran la fila, resonaron órdenes en cabeza para que se detuvieran y mantuvieran la formación. Noche se abrió camino hasta el frente. Allí, el hedor a intestinos derramados, vómitos y sangre estuvo a punto de asfixiarlo, todo eso más otro tufo como a animal enfermo. Le recordó a la carnicería de su pueblo, solo que en lugar de tripas y trozos de cabra y cerdo, eran torsos humanos, miembros y manchas de vísceras. Con las antorchas en alto, el sargento mayor Temp y Diente Bravo estaban inclinados sobre un cadáver. Aquellos dos o bien dormían con las cotas de malla o habían tenido tiempo o medios para ponérselas.

—Parece soletaken, ¿no? —dijo Diente Bravo sin alzar su gutural voz.

—Podría serlo. No se conocen todos. —El sargento mayor levantó la cabeza y preguntó—: ¿Algún mago militar?

Al poco Heuk o bien se abrió camino o lo empujaron al centro. El anciano le echó un vistazo a los cadáveres despatarrados y a las entrañas esparcidas y cayó a gatas vomitando grandes chorros de fluidos oscuros.

—Ahora me siento mucho más seguro —comentó Dulce a nadie en particular.

—¡Esa cosa es un demonio! —se le escapó a Noche.

Tanto el sargento mayor como Diente Bravo se estremecieron y lo miraron, furioso.

—¿Quieres cerrar esa boca, soldado? —dijo con los dientes apretados Diente Bravo.

—No es ningún demonio —anunció en voz muy alta el sargento mayor Temp a la multitud.

—Por el abismo, ¿y usted cómo lo sabe? —preguntó Noche.

El sargento mayor se acercó a Noche y lo miró desde su escasa estatura, era un hombre algo bajo pero muy ancho.

—Porque los demonios no huelen así. —Se alejó para estudiar el rastro de la matanza. Diente Bravo apretó el hombro de Noche con una mano y sonrió tras la poblada barba negra.

—En eso puedes confiar en el sargento, soldado. Si de algo sabe Temp, es de demonios. —Apretó dolorosamente el hombro de Noche y lo acercó lo suficiente para gruñirle—. No eches la lengua a pacer o ya te daré yo el nombre que te corresponde, soldado.

—¿Qué quiere decir el nombre que me corresponde?

Con la boca apretada de asco, el comandante lo miró de arriba abajo.

—Por ejemplo, Miedica, soldado. Sin duda, eres Miedica. —Apartó a Noche de un empujón y levantó la cabeza para mirar a la columna—. ¡De acuerdo! ¡Ya es suficiente! ¡Quiero a todos los veteranos, guardias y regulares malazanos en cabeza y en el centro, ya!

Noche siguió a Manos, que fue a ver al sargento mayor, que había regresado del camino.

—¿Qué pasa? —preguntó la mujer.

—Nos dividimos. La mayor parte de los guardias y los regulares vais a escoltar a los escaramuzadores de regreso al campamento...

—¿Qué? —soltó Noche—. Qué estupidez, dividirnos.

El sargento mayor Temp se limitó a observar a Noche durante un rato sin decir nada. Después volvió a mirar a Manos.

—Los reclutas están demasiado verdes para ver lo que aguarda más adelante. Podría acabar con ellos. Tenemos que volver a llevárnoslos.

—Sí.

Mientras Diente Bravo organizaba la columna, una tropa de caballería imperial salió cabalgando de la oscuridad con las antorchas chisporroteando. La encabezaba nada menos que Korbolo Dom, puño supremo y espada del Imperio, en toda su gloria de armadura de capas de bandas de hierro, mangas de hojuelas de hierro y calzas. Un jubón negro exhibía el cetro imperial de plata y su montura lucía largos arreos, negros y plateados, que rozaban la hierba pisoteada. El sargento mayor Temp y el comandante Diente Bravo hicieron un saludo militar.

El puño supremo se quitó el yelmo.

—Aquí están perdiendo el tiempo, comandante. ¡Deberían intentar darle caza!

Diente Bravo frunció el ceño con aire pensativo como si se planteara la proposición.

—Estábamos pensando que si hiciéramos eso, podría darse media vuelta y lanzarnos un bocado al culo.

Los azulados rasgos napanianos de la espada se oscurecieron todavía más.

—Lleva mucho tiempo lejos del frente, comandante. Quizá haya perdido el espíritu de lucha que conviene. Muy bien, permanezca escondido entre sus hombres. ¡Yo pienso ir a cazarlo!

—Yo no saldría ahí si fuera usted —dijo el sargento mayor Temp—. Lo embaucará y después se volverá contra usted.

La espada le dio media vuelta a su montura, bajó la cabeza y miró al sargento.

—¿Y quién es usted?

—Sargento mayor Temp —contestó el otro con un saludo militar.

—Pues por eso, sargento mayor —explicó Korbolo con arrogancia—, es por lo que yo soy la espada y usted no. —Y espoleó a su montura, que se precipitó en la noche seguida por la tropa. El comandante Diente Bravo y el sargento mayor intercambiaron miradas con las cejas arqueadas.

—¿Crees que lo volveremos a ver? —preguntó Diente Bravo.

—¿Con su suerte y la nuestra? Sí.

Tras más ruegos y collejas, el comandante llevó la columna principal de escaramuzadores, escoltada por regulares, de regreso al campamento. El sargento mayor Temp encabezó la columna más pequeña de antiguos guardias y regulares malazanos, incluyendo al mago militar Heuk, que continuó adelante para seguir el rastro de la bestia. Mientras caminaban en medio de la oscuridad, Noche se quejaba.

—¿Miedica? Pero si yo no soy miedica. ¿Quién abismo se cree que es? Y el nombre que tiene ni siquiera es un nombre. Es como llamar a alguien Piedra, o Palo. —Le dio un empujón al tipo que marchaba delante de él que, a juzgar por su tamaño, debía de ser uno de los de la pesada—. Oye, ¿tú cómo te llamas?

El tipo se volvió con un lento parpadeo.

—Pez.

—¿Pez? ¿Te llamas Pez? Pero ¿qué abismo de nombre es ese, eh?

Un encogimiento de hombros.

—No sé. Me lo puso el comandante.

—Eh, Miedica —gritó alguien—. Cierra la puta boca del abismo.

Persiguieron a la bestia hasta que perdieron el rastro por el lecho rocoso de un arroyo seco que atravesaba serpenteando la llanura. El sargento mayor Temp se irguió y le hizo un gesto a Heuk para que se adelantara. El viejo llegó resoplando, parecía casi a punto de desmayarse. La pelambarrera castaña y rizosa le colgaba enmarañada y sudorosa. Se abrazaba a su jarro de barro como si le prometiera la salvación, cosa que, supuso Noche, no estaba muy lejos de la verdad.

—¿Y bien? —preguntó el sargento mayor—. Prueba con tu senda, ¡rastréalo!

El anciano levantó el jarro y echó un buen trago, después se limpió la boca con una manga grasienta. Miró el rastro con los ojos entornados y llorosos y sacudió la cabeza con una larga negativa.

—No, Temp... es decir sargento mayor. Yo no soy mago de sendas. La sangre y los ancestros son mi camino. Y tú no quieres que la abra. Todavía no.

El sargento mayor parecía a punto de destrozar al hombre con unas cuantas maldiciones de las de toda la vida, pero se contuvo. Se rascó el rastrojo de las mejillas y estudió al viejo mago; de hecho, parecía desconcertado. Ladeó la cabeza y aceptó la explicación.

—Sí. Esperemos no llegar a eso. —Levantó una mano para señalar el regreso. Había amanecido antes de que vieran el campamento y cuando regresaron se encontraron con que todo el mundo estaba recogiendo para otro día de marcha.

Ho llegó y despertó a Dolor (es decir, Penas) de una patada allí donde dormitaba,

a la sombra de una lona colgada en la proa del Melancólico.

—Yath está ahogando a otro de los nuestros.

El hombre abrió un ojo.

—¿Y a mí qué me dices? Yo no soy su guardián. Vosotros os podéis gobernar solos, ¿no estabais tan orgullosos de eso?

—¡Estamos a bordo de tu barco! Si puedes llamar barco a esta tartana medio podrida. Tienes autoridad.

Penas gimió y se levantó como pudo. Ho seguía sin acostumbrarse a llamar al tipo por su verdadero nombre. ¿Verdadero? Más bien un alias anterior. ¿Quién sabría cuál era su verdadero nombre? Para él, siempre sería Dolor. Ho lanzó una risita, eso le gustaba. Penas le lanzó una mirada confusa.

—La popa.

—Claro. La popa. —Les hizo un gesto a dos de sus acompañantes—. Id a por Dedos. —Los dos bajaron rezongando.

El buque mercante de Siete Ciudades, Melancólico, podía presumir de tener dos cubiertas: la principal y una segunda cubierta elevada en popa. La brecha entre ambas era lo bastante alta para la mayoría, salvo para los hombres más altos. En el extremo de popa, donde la quilla se alzaba alta y curvada, Yath y Sessin estaba supervisando a un grupo de sus partidarios más entusiastas, que sujetaban una cuerda. Al ver a tantos de los internos apiñados Ho estuvo a punto de echarse a reír otra vez, ¡menudo espectáculo de desharrapados, raídos o sencillamente escrofulosos! La mayor parte se había cortado el pelo al uno a base de machetazos para deshacerse del polvo que se aferraba a él; la mayor parte no vestía más que mantas o trapos que habían cogido de los almacenes del barco. Todos los de piel clara se habían quemado y tenían la piel agrietada y sangrando. Ho se pasó una mano por la cabeza afeitada y disimuló una mueca porque él estaba igual de quemado. Y para empeorar las cosas, volvían a estar casi sin agua.

—Ya basta —exclamó Penas.

Los hombres miraron a Penas y después volvieron los ojos hacia Yath. Tras un momento, el sacerdote de Siete Ciudades se permitió un encogimiento de hombros indiferente. Los hombres tiraron de la cuerda. Era asombroso, reflexionó Ho, cómo las revelaciones que siguieron a la llegada del Melancólico con el resto del pelotón, o espada, de Penas había infundido un espíritu de cooperación entre la díscola banda de magos internos. El hecho era que Penas, Regalo y su pelotón no eran meros secesionistas que conspiraban contra la emperatriz, sino miembros de la Guardia Carmesí, y no solo eso, los seis eran juramentados; bueno, desde luego eso acabó con la idea de lanzarlos por la borda.

El equipo de la cuerda sacó a un anciano, lo subió por encima de la barandilla y lo dejó caer, desnudo e inconsciente, sobre la cubierta. Tenía el pelo gris y muy rizado,

la piel morena y el cuerpo cubierto de cicatrices de remolinos. Ho lo reconoció como Jain, un hechicero dalhonesio.

—¡Yath! ¡Serás idiota! —gruñó Penas. Se arrodilló junto a Jain, le escuchó el pecho y después le echó la cabeza hacia atrás y le insufló aire por la boca. El hombre tosió, se atragantó e inhaló una gran bocanada de aire.

—Qué desperdicio de esfuerzo —se burló una voz detrás de Ho y este se volvió y vio la forma flaca, casi esquelética, de Dedos, el mago, con Regalo y Lerdo. Si bien era uno de los juramentados, el mago tenía todo el aspecto de un aprendiz desgarrado.

—Hay que purificarlo de la mácula —dijo Yath—. Todos debemos purificarnos.

—¿Y tú te has metido? —le soltó Penas.

—Así es.

Penas señaló con tosquedad al sonriente Sessin.

—¿Y él?

—Sí.

—Entonces habéis terminado. Todo el mundo se ha metido.

Yath se acercó más. Parecía incluso más hambriento y nervudo tras haberse afeitado la barba. Se inclinó hacia delante apoyado en el bastón, un bastón nuevo que había encontrado a bordo, y se cernió sobre Penas.

—No todo el mundo...

—Oye, espera un minuto. ¿Por qué tendríamos nosotros que...?

—Estuvisteis en el Pozo. —Yath levantó una ceja y miró a Dedos—. Aquí tus amigos estuvieron expuestos al polvo. Vuestra continua contaminación extiende polvo nuevo. Debéis lavaros todos. Cortaros el pelo. Restregaros la piel con piedras. Igual que nosotros. Y lavaos otra vez. Los vuestros y las internas también... todos, Su, Inese y esa bruja del mar korelana.

Penas miró al hombre como si estuviera loco.

—¿Y por qué abismo íbamos a hacerlo ahora, justo ahora? A ver, tengo intención de asearme... en su momento. ¿Qué prisa hay?

La cara oscura y arrugada del sacerdote de Siete Ciudades estalló en una gran sonrisa satisfecha. Sorprendió la mirada de Ho y este se dio cuenta de que el hombre lo sabía, que de algún modo había sentido lo que estaba pasando, o le había informado uno de los que había intimidado para que lo siguieran.

—Díselo, Ho —sugirió Yath.

Penas se volvió hacia él.

Ho se frotó el cuero cabelludo e hizo otra mueca. Bajó la mano.

—Está pasando algo en Heng. Lo percibimos muchos de nosotros, trozos sueltos, vistazos, ahora que estamos lejos de las islas. Algo importante. Y Laseen está allí.

—¿Esa insurrección de la que habláis?

—Sí... y más.

—¿Más?

—Tu compañía de mercenarios está implicada —dijo Yath.

Penas entrecerró los ojos y miró a Ho.

—¿Es eso cierto?

Ho fue incapaz de mirar al hombre a los ojos e inclinó la cabeza.

—Sí. Han vuelto. Están acampados cerca de Heng.

Penas se quedó callado un rato. Jain seguía tosiendo. Las olas bañaban los costados del Melancólico. El cordaje crujía y se frotaba sobre sus cabezas.

—¿Por qué no has dicho nada?

Ho alzó los ojos e intentó que lo entendieran.

—No dije nada porque no estoy de acuerdo con la propuesta de Yath. Está hablando de algo muy peligroso. Demasiado arriesgado para todos. Lo más probable es que nos maten a todos.

La boca de Penas se crispó en una mueca de rabia tensa. Apartó las manos de las dos hojas que llevaba a los costados, no se había llevado sus espadas al Pozo.

—Habla, viejo —dijo sin apartar los ojos.

El sacerdote de Siete Ciudades no intentó ocultar su triunfo y mostró los dientes amarillos y afilados.

—Un ritual, mercenario. Tenemos entre nosotros a más de treinta magos de considerable poder. Llevaremos a cabo un ritual para movernos por sendas con el barco. Es más común de lo que puedas imaginar. Pregúntale a nuestra amiga korelana; con su ayuda, el éxito está asegurado.

—Siempre que podamos purificarnos y limpiarnos la otataralita.

—Sí. Siempre que lo hagamos.

La interrogante mirada de Penas se deslizó de Ho a Dedos.

—Interesante... —dijo el mago.

—Ahora sí que estoy nervioso de verdad —murmuró Penas. Pero agitó una mano—. De acuerdo, Yath. Nos lavaremos. Entretanto, pon a tu gente a restregar la cubierta.

El mago de Siete Ciudades se inclinó y todo.

—Excelente... capitán.

Penas hizo caso omiso del hombre y señaló a Regalo.

—Baja las velas, hay que lavarlas.

Regalo se limitó a poner los ojos en blanco.

Esa noche, Ho se sentó con Su en la bodega vacía del barco.

—Si no vas tú, van a bajar y subirte ellos.

—Maldeciría sus virilidades, si todavía las tuvieran.

—No es más que agua. Un chapuzón rápido y te dejarán en paz.

—Soy demasiado vieja para demasiadas cosas, incluyendo chapuzones. —El casco gimió a su alrededor. Las garras de unas ratas arañaron la madera. Ho sintió la oscuridad que caía sobre él, húmeda y grávida—. ¿Y qué hay de ti? —dijo Su, y echó la cabeza hacia atrás para mirarlo—. Son todos muchísimo menos que tú, ¿por qué temerlos?

—No estamos hablando de eso, Su. Te bajaríamos en una red.

—¿Una red? ¿Es que soy un pez? ¿Tu amigo Penas sabe la verdadera razón por la que no le hablaste de Heng? ¿Por qué tienes tanto miedo de regresar?

—Calla, bruja.

—Hagamos un pacto, mago...

—Nada de pactos, bruja. Solo lavarse.

—Yo me lavo y tú te reúnes.

—Te vas a meter como sea, bruja. Es solo una cuestión de coacción.

—Sí, siempre es una cuestión de coacción al final, ¿no?

Ho suspiró con impaciencia.

—Su, ya te he dicho que no me impresionan esos vagos pronunciamientos vacíos que dejas caer con la esperanza de que la gente crea que eres sabia.

La mujer sonrió.

—¿Es eso lo que hago?

—Su...

La anciana levantó un dedo torcido.

—La sabiduría vive solo en retrospectiva.

Ho echó la cabeza hacia atrás y se golpeó con las tablas del casco.

—¿Es rabia lo que veo, Ho? ¿Mal genio, quizá?

—Exacto, eso es. —Se levantó y le hizo un gesto a la anciana para que lo imitara—. Vamos. A cubierta. Ahora mismo. Está pasando algo que deberías ver. Venga.

La bruja se lo quedó mirando y enredó con su bastón.

—¿Qué? ¿En este mismo instante?

—Sí. ¡Venga!

—¡Está bien! Dale a una anciana un momento, ¿quieres? —Se levantó con esfuerzo y apartó de un manotazo la mano que le ofrecía el hombre—. ¡Como si algo pudiera correr tanta prisa! ¡Se diría que los mismísimos senderos del Embozado se han abierto en los cielos y vomitan a todos los muertos! —Se aferró a la escalerilla empinada con una mano nudosa—. Un simple truco, estoy segura —rezongó mientras trepaba.

En cubierta, antorchas y una luna brillante en un cielo despejado iluminaban una muchedumbre de internos reunidos alrededor de los juramentados en el lado de babor

del Melancólico. Dedos se aferraba a los lados de una tabla encaramada a la regala. De vez en cuando miraba abajo con auténtico pavor y a Penas con auténtico veneno. Regalo y otro de los juramentados, Junco, lo estaban atando al asiento con cuerdas, y también a Dedos, que ya estaba bien sujeto con correas.

—¡No va a funcionar! —gritaba Dedos—. ¡Os estáis aprovechando de mí, eso es lo que estáis haciendo! Me voy a ahogar.

—Vigilaremos de cerca —lo tranquilizó Lerdo—. Tú no te preocupes.

Dedos miró furibundo al otro.

—De acuerdo —dijo Penas—. ¿Bien sujeto?

Regalo le dio una palmada a Dedos en la espalda.

—Bien sujeto.

—¡Cabrones!

—Allá vamos —ordenó Penas.

Regalo y Junco bajaron el asiento con las cuerdas, respaldados por Penas y Lerdo. Dedos había dejado de maldecirlos a todos, y cuando se hundió, su rostro blanquísimo se estiró todavía más sobre los pómulos marcados. La multitud de internos se apretó contra el costado.

—Espacio, carajo —se quejó Penas y levantó los codos—. ¡Espacio!

—Andamos un poco escasos de entretenimientos por aquí —le comentó Ho a Su en un aparte.

—Por alguna razón esto no tranquiliza mucho, Ho.

—No te preocupes. —Ho saludó con la mano a una mujer fornida con cabello canoso muy corto que había acudido a su lado—. Su, esta es Devaleth. A ella ya la han metido, pero tú, ella e Inese, y también Ópalo, podéis lavaros en popa. Pondremos una de las lonas que sobran o unas mantas. Es eso o bien os tiran por la borda en una red.

La boca fina de la vieja bruja se crispó en una mueca condescendiente.

—Si no me queda más remedio.

Resonaron vítores y carcajadas entre los internos reunidos. Regalo y Lerdo estaban tirando de las cuerdas. Un Dedos empapado y estremecido apareció en la regala. La camisa de lino rasgada le colgaba del largo cuerpo. Tartamudeó algo (maldiciones probablemente) cuando bajaron su asiento a la cubierta. Lerdo le tendió una manta, que el otro cogió con malos modos y utilizó para envolverse. Ho lo observó preguntándose cómo podía ser alguien tan flaco.

—Eso no sirve de nada con los restos que hemos ingerido o que llevamos incrustados en los callos, o debajo de las uñas y demás —comentó Su.

—Hemos usado piedra pómez en la piel y cuchillos bajo las uñas —dijo Devaleth—. Yo soy muy capaz de cortarme la mano izquierda para recuperar mis dones.

—Sí, bueno, esperemos que no haya que llegar a eso —comentó Su mientras se

giraba para irse cojeando hasta la popa.

Desde los muros rotos de lo que en otro tiempo habían sido una serie de casetas periféricas, mesones y posadas para peregrinos en el extenso complejo que era el Gran Santuario de Ascuá, Trémula observó al enviado de la Liga Taliana montar y alejarse a caballo. Las dudas y pequeñas sospechas que la habían reconcomido desde su regreso se habían reconvertido en los últimos tiempos en una sensación oscura y asfixiante de que algo iba mal y que parecía a punto de ahogarla. Se volvió de nuevo hacia los otros dos ocupantes de la habitación, Despellejador y Cogulla.

—¿Fue una buena idea? —preguntó, aunque sabía que no iba a sacar nada en claro de sus objeciones; una vez más tuvo la sensación de estar interpretando una charada, de limitarse a cumplir con su papel en una obra agotada. ¿Ya había estado allí alguna vez? ¿Había hecho eso un sinnúmero de veces? ¿De dónde entonces salía esa sensación?

Despellejador, con el yelmo bajo un brazo, sin él se revelaba la cara llena de cicatrices y el cabello apelmazado de un rubio rojizo, desechó las preocupaciones de su compañera con un ademán.

—Esa Liga no es diferente de los malazanos. No le doy más crédito a sus ofertas de territorio de lo que les daría a las de Laseen.

—Podrían unirse contra nosotros.

La mirada del espadachín se deslizó hacia Cogulla. El mago supremo, que había estado mirando hacia la llanura, al sur, frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Poco probable a corto plazo, pero una amenaza creciente, eso hay que admitirlo. Con todo, se acercan más fuerzas.

—¿Las de Laseen? —preguntó Trémula.

Una sonrisa astuta tiró de los tatuajes enroscados bajo la boca del hombre.

—¿Quién puede decirlo? La elección es de su comandante, diría yo.

—Precipitaría las cosas, ¿no es cierto? —dijo Despellejador con voz profunda—, ¿si Choss creyera que son de Laseen?

—Desde luego.

Despellejador mandó marchar a Cogulla con la mano.

—Te lo dejo a ti.

Una inclinación brusca de Cogulla. El mago supremo se metió entre las sombras caminando hacia atrás y desapareció. Trémula se volvió hacia Despellejador, sorprendida.

—Creía que el viaje por las sendas era muy peligroso en estos tiempos.

El comandante, que se dirigía hacia la jamba de la puerta destrozada, se detuvo un momento y lo pensó.

—También lo es Cogulla.

Ya sola, Trémula sintió el calor del día filtrarse en su interior, como si la presencia del comandante drenara algo vital de su cuerpo. Mirarlo a los ojos todavía la hacía estremecerse. ¿Qué había sido del hombre que había encabezado la primera compañía rumbo a la diáspora? Por aquel entonces era ambicioso y fiero, sí, pero no inhumano. Tras tanto tiempo había algo diferente que se asomaba a sus ojos. Algo más terrorífico y amenazador que cualquier otra cosa que pudiera aguardarlos en el campo de batalla.

—¿Capitán?

Trémula se volvió con un parpadeo. Melena Gris estaba allí junto con Humo y un regular, Ogilvy.

—¿Sí?

—Los rechazó, ¿a que sí? —dijo Humo.

—Sí.

Un asentimiento amargo.

—Eso me pareció. Tiene sentido.

Trémula se irguió, incómoda de nuevo.

—Explícate, mago.

—Gris y yo estuvimos hablando. Tenemos una teoría.

—¿Sí? —dijo Trémula con calma, aunque tuvo la impresión de que el aliento le moría en la garganta.

—Pero primero, aquí este guardia tiene algo que decir. —Humo alentó a Ogilvy a adelantarse con una brusca sacudida de la cabeza. El regular hizo un saludo militar y meció la cabeza calva de huevo.

—Mis disculpas, señor, señora. Mantuve el buche cerrado, sí, señor, perdón. Parecía lo más discreto. Con las circunstancias y demás.

Trémula volvió a parpadear y frunció el ceño.

—¿Perdone, guardia, pero qué...?

—Fui el primero en la escena de la muerte de Joroba, allá, en Stratem. Vi rastros, rastros que después borraron. Con un conjuro.

—¿Y esos rastros le dijeron qué?

—Según esos rastros, el muchacho jamás entró en el claro.

—Ya... veo. —Trémula se tragó un nudo que se le había puesto en la garganta—. ¿Hay alguien más que haya visto esos rastros? ¿Que podría corroborar su historia?

El guardia miró a Melena Gris y después al suelo.

—No, señora.

—No. Bueno, entonces, guardia, le sugiero que siga guardándose eso para usted hasta el momento en que surja más información.

Ogilvy hizo un saludo militar.

—Sí, señor, señora.

—Puede irse.

—Sí, seño... señora.

Ogilvy se fue. Trémula se volvió hacia Humo.

—Haces demasiadas suposiciones, mago.

La cara larga de Humo se endureció.

—Tengo más que suponer. Los hombres no quieren hablar, pero hay muchas quejas. Despellejador está reuniendo juramentados a su alrededor y trata a todos los demás como simples sirvientes, no como a hermanos o hermanas. Se están formando dos bandos. Todo el mundo está pendiente de lo que hagas tú. Tú o... —se detuvo y después continuó de golpe—, Melena Gris.

Trémula por fin se enfrentó al antiguo puño supremo.

—Yo tendría mucho cuidado si fueras tú, malazano. No eres juramentado.

—Una condición que, quizá, me permite tener una perspectiva más adecuada.

—Adecuada... Explícate, soldado.

—Está claro que Despellejador tiene intención de derrotar tanto a Laseen como a esa Liga Taliana. Y una vez aplastados ambos, ¿luego qué?

Con las cejas arrugadas, Trémula se encogió de hombros.

—Bueno, entonces se habrán cumplido los términos del juramento, el aplastamiento del Imperio.

Melena Gris y Humo intercambiaron miradas inquietas.

—Y sin embargo no es así. Cualquier fuerza nueva podría ocupar ese vacío, por ejemplo una alianza de fuerzas entre Dal Hon y Kan, o cualquier otra parecida, ¿no?

—Es posible...

—A menos que esa posición ya estuviera ocupada por otra organización, otra fuerza lista para actuar. ¿No es cierto?

—No veo adónde quieres llegar, malazano.

Humo lanzó un gruñido de impaciencia.

—El juramento te tiene atrapada, Trémula. ¡Abre los ojos! ¡Despellejador tiene intención de ocupar el trono él!

Trémula solo pudo quedarse mirando. Después se echó a reír a carcajadas ante lo absurdo de aquella afirmación.

—Humo, sabes tan bien como yo que los términos del juramento jamás lo permitirían.

—No eres maga, Trémula. Hasta yo imagino unas cuantas formas de esquivar los términos y Cogulla va varias leguas por delante de mí. Una forma de interpretarlo es que el Imperio de Malaz seguirá siendo una imposibilidad mientras un juramentado ocupe el trono. ¿Eh? ¿Qué te parece? Vida y poder eternos. Merece la pena jugársela, ¿no crees?

Trémula se sintió casi mareada y se apoyó en un muro para no caerse.

—Pero eso sería...

—¿Una perversión monstruosa? Sí.

—No. —Trémula negó con la cabeza—. No, Humo. Te estás inventando amenazas, conspiraciones. Ves enemigos por todas partes. Quizá sea a ti a quien afecta el juramento. Jamás has ocultado lo mucho que te desagrada Cogulla. ¿Te lo has planteado?

El mago se quedó callado un rato. Su mirada era dura, calculadora, y a Trémula le desconcertó ver que la decepción coloreaba los ojos del hombre.

—Melena Gris no es juramentado, Trémula —dijo y se abrió camino con un empujón. Melena Gris se quedó, pero Trémula no quiso mirarlo. Le dio la espalda. Tras un rato, el hombre se inclinó y se fue.

Estamos tan cerca. Por las profecías de la Reina, ¡el cumplimiento del juramento está a nuestro alcance! ¡Podemos vencerlos! ¿Por qué entonces estas dudas, estas preocupaciones? No había ninguna al principio. Todo estaba tan claro entonces. Los bandos delimitados con tanta claridad, nuestra causa tan urgente. Ahora, sin embargo, apenas puedo reunir las fuerzas para seguir adelante. ¿Por quién luchaban? No por los untan, ni por los cawneses. ¿Entonces por quién? Despellejador en el trono y a través de él, ¿qué más?

El capitán general Ullen se adentró a caballo en la noche tras abandonar las ruinas del santuario de Ascuá. Se sentía extremadamente incómodo hasta que el destacamento de caballería taliana que lo escoltaba se acercó al punto de encuentro. En cabeza iba el comandante Ameron, acompañado por el nuevo ayudante de Toc, el capitán Musgo.

—¿Rechazaron la oferta? —preguntó Ameron.

—Sí.

Una sacudida amarga de la cabeza.

—Los muy necios. Van a conseguir que los borren del mapa.

—¿Está muy seguro?

Ameron sonrió con gesto astuto e hizo una seña para regresar al campamento fortificado, fuerte Urko lo llamaban algunos.

—¿Usted no?

Ullen se limitó a alzar una ceja, después señaló hacia los restos del templo.

—Acabo de salir de hablar con Despellejador, Ameron. Jamás lo había visto y tengo que decir que parece tan vil como insinúa su reputación.

—Oh, no me cabe duda. —El comandante cambió de postura su considerable corpachón sobre el alto caballo—. No estoy diciendo que vayamos a acabar con los juramentados. Lo que digo es que si son tan necios como para presentarse en el campo de batalla, sus fuerzas regulares serán vencidas y los juramentados

supervivientes tendrán que retirarse solos. ¿Y entonces qué pueden hacer? Un puñado de hombres y mujeres no pueden defender un territorio. Tendrán que huir una vez más. No; todo esto, el reclutamiento y el regreso, habrá sido para nada, todo para nada. Un triste desperdicio, la verdad.

Tras la montura del comandante, Ullen y Musgo intercambiaron una mirada, pero no dijeron nada. Musgo hizo un movimiento rápido con los ojos para indicar a los cincuenta soldados que llevaban sus monturas al paso detrás y Ullen asintió. Ameron no estaba hablando con ellos, estaba dirigiéndose a los hombres para cumplir con una de las obligaciones del mando, subir la moral de la tropa.

El napaniano se volvió hacia Musgo.

—Bueno, capitán, ¿así que sirvió en Genabackis?

—Sí, comandante.

—¿Con Dujek?

—No, señor. No directamente. Yo me quedé en el norte. Salíamos por turnos.

—¿En el norte? ¡Vaya, así que ya se ha enfrentado a la Guardia! ¿No tuvieron un contrato con un caudillo de por allí, ese tipo llamado Brood?

—Sí, señor. Me he enfrentado a ellos.

—Y allí la Guardia fue vencida, ¿no es cierto?

Musgo le lanzó a Ullen una mirada de velada diversión.

—Oh, sí, señor —respondió en voz muy alta—. Fue vencida.

La mitad de la expresión del oficial de caballería le comunicó a Ullen que él también sabía jugar al juego de Ameron y había dicho lo que a los hombres les vendría bien oír. La otra mitad de la expresión le reveló a Ullen lo lejos de la verdad que estaban las palabras del hombre.

El campamento wickano ocupaba una extensión de la orilla este del río Jurd, justo al norte de Unta. Yurtas circulares salpicaban las laderas de las colinas en un poblado recién surgido de unos cuatro mil habitantes. Los pueblos y aldeas untan circundantes proporcionaban pienso para los caballos, madera para el fuego y artículos de primera necesidad. Nada y Menos prometieron pagar con el tiempo con productos comerciales. Rillish y su tropa malazana ocupaban una gran granja en medio de viñedos donde los racimos de uvas blancas colgaban pesados de los tallos. Desde su excursión nocturna con Menos, su sargento, Talia, había sido más insistente en sus momentos de intimidación, para gran alivio y placer de Rillish, tenía que admitir.

Y así fue que una mañana yacían en la cama cuando unos golpecitos discretos resonaron en la puerta de la habitación de Rillish. Él se puso los pantalones mientras Talia se vestía también y se abrochaba a toda prisa el cinturón de la espada.

—¿Qué hay? —exclamó Rillish.

—Disculpe, señor. Jinetes procedentes del sur.

—¿Sí?

—Llevan el estandarte imperial.

—Entiendo. Gracias, sargento. Bajaré enseguida.

Se volvió hacia Talia y la mujer se echó a reír ante la vergüenza que debía de ser obvia en su semblante. Rillish se lavó el rostro acalorado en un lavabo. Fuera, en el patio, esperaban los caballos que había preparado Acorde. Rillish montó e invitó a Acorde a acercarse, lo dejó al mando del complejo y se alejó con una tropa de diez soldados.

Los jinetes wickanos ya habían salido a interceptar y detener a la pequeña columna, que consistía en unos treinta soldados de la caballería de Unta. Dejaron espacio para que Rillish se acercara al frente. Saludó con la cabeza al hombre que iba al mando de la columna que, por las insignias del yelmo, ostentaba el rango de puño imperial, aunque Rillish no lo reconoció. Los ojos oscuros del hombre se posaron en él un instante, pero de ningún otro modo reconoció la presencia de Rillish. Un rato después llegaron Nada y Menos de su campamento, más distante. Se abrieron paso hasta el frente y saludaron con la cabeza al puño, que realizó un saludo militar y se inclinó.

—Permítanme presentarme. Soy el puño Tazal Jhern. He venido como enviado de la capital, con autorización para discutir los términos.

Menos inclinó la cabeza a modo de contestación.

—Yo soy Menos, este es mi hermano Nada. Y este es el teniente Rillish Jal Keth. Saludos.

El hombre continuó haciendo cuidadoso caso omiso de la presencia de Rillish.

—¿Qué términos, si me permite preguntar? —inquirió Nada—. ¿Los términos de su rendición?

—Los términos del cese de hostilidades. Tendrán quejas, condiciones que deseen comentar, ¿no?

Los mellizos intercambiaron miradas con los ojos entrecerrados.

—Tenemos exigencias y condiciones, puño —lo corrigió Nada.

—Dice que tiene autorización, puño —preguntó Rillish—. ¿Autorización de quién?

El enviado no dijo nada, continuó con los ojos clavados en el vacío. La frente de Menos se arrugó.

—El teniente le ha hecho una pregunta, puño.

—Estoy seguro de que comprende que no me siento en absoluto obligado a hablar con un traidor —le dijo el hombre.

Nada se estremeció, ofendido, y tensó las riendas.

—Entonces estoy seguro de que comprende que nosotros...

Así que ha llegado el día de mi repudio. Rillish levantó una mano.

—No pasa nada. Por favor, no se ofendan. Me voy.

—¡Quédate donde estás! —le ordenó Menos, que sobresaltó a Rillish—. Te quedarás y escucharás todo lo que este enviado tiene que decir. Después, mi hermano y yo esperaremos tus consejos.

Haciendo un esfuerzo para evitar que el asombro se le reflejara en la cara, Rillish se inclinó con rigidez.

—A tus órdenes.

Nada invitó al enviado a continuar.

—Por aquí, enviado.

Más tarde, el puño se disculpó temprano y se retiró al alojamiento que le habían preparado a su grupo. Una vez que el hombre abandonó la gran tienda, estalló un debate furibundo entre los representantes reunidos de los clanes, ancianos y hechiceros supervivientes. Los mellizos permanecieron sentados en silencio, dejando que la tormenta se calmara sola. A Rillish le alarmaron algunas de las opiniones que escuchó: saquear la provincia, asolar el campo, incluso reclamar el trono. Cuando le gritaron esa sugerencia, la de tomar el trono, a Nada, que estaba al otro lado de la tienda, el joven se limitó a hacer un simple comentario.

—¿Y qué haríamos con él? Pesa demasiado para subirlo a un caballo.

Comenzó entonces una nueva ronda de debates, salpicados por réplicas cada vez más intensas, condenas e insultos. A Rillish le pareció que la discusión se estaba desviando del tema y adentrándose cada vez más en el territorio de transgresiones pasadas, desaires y rencores tan antiguos como el tiempo. Miró a Nada y lo vio observándolo, el muchacho guiñó un ojo e inclinó la cabeza para invitarlo a salir fuera. Rillish descruzó las piernas entumecidas, se inclinó ante la asamblea y abandonó la tienda.

Fuera caía el crepúsculo. La ladera de la colina descendía como una alfombra de seda verde oscura hasta el Jurd, que resplandecía bordeado de árboles, amplio y negro. El aire estaba impregnado del aroma de los frutos maduros que casi comenzaban ya a pudrirse. Una nube de polillas y moscas los rodeaba, atraídas por la luz. A Rillish se le ocurrió que estaba en casa, pero aquello ya no era su casa. ¿A qué podía llamar casa él? ¿Las llanuras wickanas? No se podía esperar que lo recibieran con los brazos abiertos a esas alturas. Nada salió de la tienda y se reunió con él. El muchacho se rodeó con los brazos por encima del sencillo chaleco de piel de ciervo. Su cabello desaliñado era una maraña, pero Rillish no dijo nada, no se le dice al principal hechicero wickano que necesita un corte de pelo.

—Una tierra rica —dijo el joven mientras observaba las laderas verdes—. La habéis tratado bien.

Rillish observó al adolescente wickano con un parpadeo.

—¿Disculpa...?

Un sonrojo y agachó la cabeza.

—Perdona. Todo esto perteneció a mis ancestros en otro tiempo.

—No, Nada —consiguió decir Rillish con un nudo en las tripas—. Soy yo quien lo siente.

El joven exhaló una bocanada de aire.

—Tan diferente de Siete Ciudades.

—Bueno, ¿y qué vais a hacer? —preguntó Rillish señalando la tienda.

—Los dejaremos hablar, después daremos nuestras opiniones y los dejaremos hablar un poco más, volveremos a dar nuestras opiniones y los dejaremos hablar. Una vez que ellos empiecen a repetirnos nuestras opiniones como si fueran las suyas, entonces estaremos de acuerdo con su sabiduría y contaremos con su apoyo inquebrantable.

Rillish contempló al muchacho, que miraba ladera abajo sin hacer caso de su mirada.

—Nada...

—¿Sí?

—Eres demasiado joven para ser tan cínico.

Una sonrisa brillante.

—Mi hermana y yo somos cualquier cosa menos jóvenes, teniente.

Sí, habéis llegado muy lejos muy rápido y eso es lo que siento.

—¿Y cuáles son entonces vuestras opiniones? ¿Qué deberíais hacer?

—Ah... esa es la cuestión. Todavía no estamos seguros. —Unos caballos relincharon en un corral cercano, se agitaron inquietos y los ojos del muchacho se desviaron hacia el ruido—. ¿Qué piensas de nuestro enviado?

—Es posible que pretendan que juzguemos la oferta por su portador... sincero, honesto y práctico.

Apareció un bote flotando Jurd abajo con la vela caída, la larga envergadura levantaba una estela brillante. Los ojos de los dos lo siguieron.

—Sí —dijo Nada—. Una oferta honesta ofrecida con honestidad, para desatenderla con igual honestidad tan pronto como sea conveniente.

En esa afirmación Rillish buscó ecos de algún resentimiento hosco, desdén y desprecio o cólera contenida, pero no lo encontró. Solo una especie de resignación triste puesto que ese era el orden del mundo.

—Estás atrapado —dijo—. Has hecho todo lo que has podido, pero sigues sin tener verdadera influencia.

Un asentimiento largo y lento.

—Esta es una situación extraña, teniente. Deberíamos tener todas las ventajas, acampados como estamos a las puertas de la capital, pero nos encontramos con que

somos un simple entretenimiento. Ya han saqueado Unta. Con eso no podemos amenazar. Nuestro destino lo determinarán en realidad lejos de aquí, al oeste, y ni siquiera estamos allí.

—Con todo, debes esforzarte por lograr los términos más ventajosos que puedas.

—Sí —suspiró el chico—. Así es. Me pregunto si hemos hecho todo lo posible. —Nada se volvió para estudiar a Rillish, su mirada se deslizó hacia la tienda, después volvió a mirar al hombre con cautela—. Gracias, teniente.

—¿Por qué?

—Por escuchar. Al contrario que muchos de mis compatriotas, yo creo que es útil hablar las cosas. A mí me parece que ayuda a deshacer los nudos.

Rillish señaló la tienda una vez más.

—Tus compatriotas no parecen ser reacios a hablar.

—La mayor parte lo usan solo para tensar los nudos existentes.

—Ah, entiendo.

El hechicero cogió la solapa de la tienda.

—No tienes que seguir sufriendo los procedimientos de esta noche. Menos y yo nos ocuparemos de todo. Tengo entendido que te aguarda compañía mucho más placentera —y esbozó una gran sonrisa.

¿Un esfuerzo adolescente por hacer bromas de adultos?

—Sí, gracias.

La sonrisa vaciló.

—Bueno, ojalá pudieras encontrar alguien para mi hermana...

Rillish se inclinó a toda prisa.

—Buenas noches.

En el camino oscuro, de regreso a la granja, Rillish se topó con dos figuras montadas que lo esperaban. Los sargentos Acorde y Talia. El sargento Acorde hizo un saludo militar, giró su montura y se adelantó. Rillish puso su montura junto a la de Talia.

—Sargento...

—Teniente... —La mujer se inclinó y se besaron. Había algo en ella esa noche, su sonrisa era demasiado brillante en la oscuridad, los ojos llenos de un humor oculto.

—Pareces muy... misteriosa... esta noche.

Talia hizo girar su montura mientras lo observaba de soslayo.

—Tengo un secreto.

Él se quedó quieto y entrecerró los ojos.

—¿Sí?

—Sí. Estoy, como dicen en tu elegante sociedad aristocrática, encinta.

—¿Qué? —Se la quedó mirando, conmocionado por completo—. ¡Pero eso es

imposible!

Una ceja arqueada.

—¿Entonces nadie te ha explicado cómo funciona esto?

—¡No! Es decir, lo que quería decir era... ¿cómo has podido saberlo tan pronto?

—Las comadres me lo dijeron. Están como locas. Deberías haberlas oído cloqueando a mi alrededor.

—Bueno, tendrás que dejar las filas, por supuesto.

Talia lo miró de frente.

—Desde luego que no haré tal cosa. Ahora soy sargento. Me han aumentado el sueldo.

—Yo podría degradarte.

—¿Por qué? —le soltó ella—. ¿Conducta inapropiada con un oficial?

Rillish abrió la boca y después la cerró de inmediato pensando que quizá otro asalto sería desaconsejable en ese momento. Estaba claro que era imprescindible reconocer y observar el terreno. Quizá algún sondeo prudente. Talia siguió cabalgando en un silencio clamoroso, la espalda rígida, la cara apartada. Rillish carraspeó.

—No era la reacción que esperabas, me imagino.

—Pues no, joder.

—Lo siento. Es que es... toda una sorpresa. Mi primera reacción es que no corras ningún riesgo...

—¿Y tú crees que quiero? —Talia suspiró, acercó la montura y le cogió el brazo—. El viejo Orhan y yo podemos intercambiarlos el puesto.

Orhan, reflexionó Rillish. *Intendente de la compañía y encargado de los caballos*. Un trabajo exigente, con ciertos peligros potenciales, pero no era un puesto en primera línea de batalla. Orhan era cojo y cada vez más lento, pero era un veterano astuto que llevaba toda la vida en el ejército. Tenía el rango de sargento.

—Después buscaré una nodriza entre los wickanos. Y más tarde el chiquillo puede irse a vivir con mi hermano, en Halas. Trabaja la madera allí. ¿O qué hay de los tuyos?

Rillish pensó en los suyos. Pensó en la casa de Unta, para la temporada alta, y en la de Haljhen, para la temporada baja. Las tierras de la familia junto al río Gris, donde los viñedos, los campos y los huertos se extendían a más de un día a caballo en todas direcciones. Pensó en los toneles de vino que envejecían bajo la gran casona, el sinfín de familias que vivían y trabajaban en esas tierras.

Todo lo había perdido. Rillish Jal Keth, el traidor de la familia, lo había perdido.

Y resultaba que tenía un heredero. Un heredero de las dos espadas que llevaba, la bolsa de monedas que ocultaba bajo la camisa y un nombre que ese niño o niña jamás podría reclamar. Cogió la mano de Talia.

—Bueno, ¿y dónde está eso de Halas?

Uno de los exploradores setis que quedaban subió con un rugido y se detuvo en seco en el último momento, la montura pataleando, cubierta de sudor y espuma. Ghelel reconoció a Toven, el listillo que le había tomado el pelo a Molk y a ella. En ese momento Ghelel agradecía la afición a las emociones fuertes del jovencito.

—Se dirigen a Heng —informó.

De quien hablaba era de un enorme ejército de la Confederación de Kan que había salido del sur y que consistía en unos cuatro mil lanceros y veinticinco mil soldados de infantería. De quien hablaba era de la razón por la que el marqués y sus tropas estaban agazapados en esos momentos en un bosquecillo al sudoeste de Heng.

El marqués asintió a modo de respuesta.

—Gracias, explorador. Búsquese un caballo de refresco.

—Sí, comandante. —Una sonrisa lasciva dirigida a Ghelel y el muchacho espoléó a su montura.

—Va a conseguir que lo maten —dijo la preboste Razala con una especie de afecto reticente.

—Espero que no —murmuró el marqués—, nos estamos quedando sin exploradores.

—Y esa fuerza de Kan... ¿son aliados nuestros? —preguntó Ghelel.

El marqués sacó la pipa de la saca que llevaba al hombro y se la metió sin encender entre los dientes.

—No necesariamente, puede que estén con Laseen. Pero si tuviera que apostar, yo diría que están del lado de la Confederación de Itko Kan.

—¿Lo que significa...?

—Significa que puede que estén aquí para intentar tomar Li Heng.

—¿Qué? ¡Pero eso es ridículo! ¿Con nuestro ejército aquí, y el de Laseen?

Un ceño pensativo.

—En absoluto. Itko Kan siempre ha resentido el establecimiento de las Ciudades Libres. Heng es la única razón para que exista la entidad. Ahora es su oportunidad de deshacerse de ella. Por no mencionar que podrían quedarse con Heng. No, me imagino que tienen intención de negociar con quien gane en el norte y usar Heng como baza. Una buena estrategia.

—Eso es... —Ghelel se contuvo y optó por no decir nada que pudiera revelar más de su falta de... bueno, sangre fría.

—Me hace pensar que ojalá la bestia cruzara el Idryn —dijo Razala entre dientes. Jhardin le lanzó una mirada a la mujer.

—Créame, preboste, no es eso lo que desea.

—¿Y qué hay de nosotros entonces, marqués? —preguntó Ghelel.

—Nos retiramos al oeste. A las cataratas.

—¿Al oeste? ¿A las cataratas de la Tierra Rota? —repitió Ghelel sin poder creérselo—. ¡Pero eso nos alejaría por completo de la batalla! ¡Nos necesitan en el norte! Choss se enfrenta a Laseen. ¡Hace falta cada hombre y cada mujer!

—La diferencia que supondrían quinientos soldados sería mínima, preboste Alil. En cualquier caso, el camino al norte lo tenemos bloqueado. Estamos aislados del puente del Peregrino y de Li Heng. El único lugar por el que quizá podamos cruzar es por las cataratas.

—Discrepo de usted en ese punto, comandante. Una carga de cien de la pesada puede suponer una diferencia vital en cualquier batalla. ¿Razala? ¿Y usted qué?

La comandante de la caballería pesada sostuvo la mirada de Ghelel durante un buen rato, sin apartar la suya de la de la duquesa, que sorprendió una tormenta de emociones contenidas retorciéndose bajo el rostro sudoroso, modesto y marcado: resentimiento, cólera, vergüenza y al fin, pesar. Después, la mujer bajó los ojos como si se estudiara el dorso de los guanteletes cruzados ante ella sobre el pomo de la silla.

—Lo deseo más de lo que podría expresar, preboste. Pero... he jurado seguir al marqués.

—Así que nos vamos al oeste —dijo Jhardin—. Los setis nos mantendrán informados. —Y espoleó su montura.

—Fuerzas kanesianas —bufó el sargento Banath junto a Arrojo—. Labriegos, pescaderas y aprendices fugitivos. Ni un gramo de resistencia entre todos. No sé ni por qué se molestan. Para eso ya podrían hacer las maletas y largarse a casa. —Escupió por el borde de la torre junto a la puerta Sur de la ronda Exterior—. Salvo sus magos. Tramposos de sobra, esos magos de Kan. Como los dalhonesios, solo que no tan malos.

—Gracias por el consejo, sargento —dijo Arrojo con la cabeza en las manos. Seguía doliéndole. Liss le había dicho que ya estaba curada, pero a ella seguía doliéndole. Y ese parlamento con los de Kan no ayudaba. Que los dioses socorrieran a su comandante, ella estaba de un humor que era capaz de morder las piedras—. De acuerdo. Vamos.

Arrojo salió a caballo acompañada por Seda, el sargento Banath y un destacamento de veinte soldados de la caballería hengese, una buena parte de todo lo que les quedaba. Liss estaba vigilando el norte, Risueño se estaba ocupando de las reparaciones y la reconstrucción mientras Storo yacía en la cama, con un hilo de vida, recuperándose de los estragos que le había infligido la bestia. Y Jalor; Jalor había caído haciendo su trabajo, en pie junto a Rell. En cuanto a Rell, el chico había dejado claro que ese tipo de negociaciones no eran para él. Así que recayeron en Arrojo, convertida en puño en funciones y comandante de la defensa de la ciudad.

Los exploradores de Kan los detuvieron a muy poca distancia, en el camino del sur. Allí debían esperar a los representantes de Kan. Tenían una larga espera por delante. Arrojo aprovechó la oportunidad para poner tierra de por medio entre los caballos y ella. Fue caminando hasta la casa y los terrenos de una granja abandonada, el jardín pisoteado y limpio hasta de polvo y paja, las habitaciones desprovistas de todo mobiliario, ni herramientas había. Toda insinuación de la familia que había ocupado la finca había desaparecido. De pie en aquella casa de una sola habitación con techo de paja, observando el polvo que giraba bajo la luz que entraba por la puerta abierta, lo único que sintió fue una sensación de tristeza y pérdida. ¿Quién había vivido allí? Se preguntó si sus propias partidas de búsqueda y limpieza habían sido las responsables, o la fuerza taliana que, según se decía, permanecía en el sur, o esos mismos exploradores kanesianos que los vigilaban. Al final, un gran carruaje tirado por cuatro bueyes llegó con un ruido sordo y profundo por el camino del sur. Lo escoltaban lanceros y lo precedía una vanguardia de cinco jinetes. Arrojo salió a encontrarse con ellos.

Uno desmontó y se acercó, un hombre que vestía una armadura funcional de bandas y un jubón largo que lucía los siete capullos entrelazados de la Confederación de Itko Kan, una insignia vista por última vez cientos de años atrás. Se quitó el yelmo y la gorra de tela y reveló a un hombre de mediana edad, de rasgos oscuros, con bigote y una barba bien recortada que se inclinó ante Arrojo.

—Comandante Pirim ‘J Shall a su servicio. —Señaló a los jinetes—. Vigilante Durmis. —El hombre bajo de la túnica se inclinó. El resto de los jinetes eran obviamente guardias—. En el carruaje está la custodia Kapalet. Por desgracia, las exigencias de la expedición han resultado agotadoras para la custodia y se encuentra indispueta.

—Puño en funciones Arrojo. —Señaló a su propia escolta—. Y este es Seda. —El comandante se inclinó. Con una ruidosa exhalación se sentó al borde del abrevadero roto.

—Felicidades por detener a los talianos. No debe de haber sido fácil.

—Aceptadas.

—Sin embargo... —y tenía la mirada puesta en el oeste—, no cabe duda de que sus fuerzas han quedado muy mermadas. Debe preguntarse una cosa, ¿cuánto más pueden soportar sus hombres? ¿Cuánto más les queda para dar?

—Lo suficiente para rechazar ese circo que se traen ustedes.

El otro esbozó una sonrisa tolerante y señaló el paisaje circundante.

—Los de la Confederación no hemos venido con las manos vacías, puño en funciones. Conocemos bien estas tierras, solían ser nuestras. Sabemos de la escasez de madera, así que hemos traído la nuestra. Suficiente para muchas torres de asedio.

—No hay nada que me guste más que un buen fuego.

Una vez más, una sonrisa paciente.

—Piénselo, comandante, ¿puede enfrentarse a nosotros en el sur y vigilar como es debido el norte? Déjeme decirle que lo dudo mucho. Piénselo bien y ofrezca unos términos, aunque solo sea por el bien de sus hombres.

Arrojo se puso los guantes. Las formalidades se habían observado y ella no tenía ningún interés en celebrar una justa con aquel hombre.

—Nuestros términos son que ustedes se retiren al sur, a un día de marcha de aquí. De otro modo, les consideraremos un objetivo legítimo. ¿Me he explicado bien? —Al fin había conseguido borrarle aquella sonrisa de la cara. El hombre se levantó, se inclinó con gesto brusco y señaló los caballos. Arrojo se puso en cabeza.

Mientras preparaba su montura, Arrojo vio que el vigilante calvo y gordo y Seda se habían enzarzado en una especie de duelo de miradas. Cuando Arrojo montó, oyó que el vigilante se dirigía a Seda.

—Muchos de mis hermanos y hermanas del sur dicen que ahora que se ha roto la paz malazana, ha regresado el devorador de hombres, invocado por el baño de sangre. ¿Qué dices tú?

—Yo diría que las actuales hostilidades tienen mucho que ver con ello, sí.

—Los responsables de su regreso merecen morir bajo sus garras —exclamó el vigilante cuando Seda hizo girar su caballo—. Tal y como profetiza la antigua maldición. ¿No estarías de acuerdo?

Seda no se volvió. Con la espalda rígida, sacudió las riendas y se alejó.

—¿Cuántos se ha llevado hasta ahora? —chilló el hombre.

Arrojo lo siguió, pero no pudo evitar mirar atrás: el vigilante la señalaba con un dedo que la condenaba. Azuzó su montura para alcanzar a Seda.

—En el nombre de D'rek, ¿se puede saber de qué iba todo eso?

Sin dejar de mirar adelante, el mago se apartó el cabello agitado por el viento.

—Nada, Arrojo.

—¿Nada? ¿Quieres decir que hay una maldición de verdad? Jalor está muerto. Storo casi. Nervioso tampoco está...

—Nervioso murió antes de que hiciéramos nada, Arrojo.

—No hiles tan fino. Yo veo un patrón en todo esto. ¿Cuánto tiempo hace que sabes lo de esa maldición?

Seda hizo un gesto de impotencia.

—Arrojo, no es nada que se pueda tomar en serio. Nada concreto. Seguro que solo es algo que se inventaron los juglares y toda esa recua de gente a la que le encanta el tema. Así de sencillo.

—Seguro... ¿seguro? ¿Cómo lo sabes?

—Porque ni Kellanved ni Tayschrenn se ocupan de maldiciones, ¿estamos? No es su estilo.

—¿Y se supone que tengo que fiarme de eso?

—Sí. —El mago la miró y le dedicó su mejor sonrisa tranquilizadora, la misma con la que ella lo había visto mentir cientos de veces—. Escucha. Ese tío solo estaba intentando ponerte nerviosa. Socavar tu confianza. Simplemente.

—Ya, bueno, pues lo ha conseguido.

Se reunieron con el resto de su destacamento y por acuerdo tácito ninguno dijo nada más sobre el tema. Al llegar a la ciudad, Arrojo viajó con sus seis guardaespaldas recién asignados a la ronda Exterior del norte para comprobar las reparaciones. Allí, la actividad incesante la asombró. Había cientos de trabajadores limpiando, reparando muros y rescatando material. Parecía que los residentes de Li Heng por fin habían decidido hacerse cargo de su propia defensa. La cínica que había en Arrojo se preguntó si la aparición de Ryllandaras había tenido algo que ver con ese repentino entusiasmo. Pero también había otra explicación. Arrojo no podía negar que después de la actuación de Rell para detener a la bestia, la ciudad lo había abrazado como algo propio. Era habitual escucharlos gritar a su paso «¡Protector!», e incluso lanzarle flores. Había llegado un punto en el que el joven ya no salía a las calles. La ciudad, al parecer, se había convencido de que, en su hora de mayor necesidad, había encontrado a su nuevo protector. Y, por su parte, Arrojo no estaba del todo convencida que no hubiera sido así.

En la puerta de las Llanuras del Norte vio a Risueño rodeado por una multitud de comerciantes que gritaban, su compañero levantó una mano para saludarla mientras insultaba a sus oponentes sin parar. Arrojo subió las escaleras hasta los baluartes. La puerta, imposible de reparar, la estaban sellando de forma permanente. Estaban levantando un muro de bloques de piedra tras las barreras temporales exteriores hechas de madera y escombros. En las almenas encontró a Liss. La chamán seti, o maga, o lo que fuese, tenía los ojos clavados en el norte, en la pradera, vacía ya salvo por algunas piezas de equipo rotas y abandonadas, tumbas abombadas y andrajos llevados por el viento.

—¿Cómo está Storo? —preguntó Arrojo.

Una ceja ladeada.

—Como era de esperar. Curar un corte limpio de espada o la perforación de un cuchillo, o arreglar un hueso roto, es fácil si se compara con intentar alinear carne destrozada y mutilada por unas garras. Ha perdido un brazo, un ojo, y puede que todavía lo perdamos a él por las heridas internas. Pero ¿por qué me preguntas a mí? Deberías ir a verlo tú misma.

Arrojo sacudió la cabeza. Él no querría que ella lo viera así, indefenso y roto. Liss frunció los labios, pero no dijo nada. Volvió a contemplar la llanura con aire malhumorado.

—¿Volverá? —preguntó Arrojo. Las dos sabían que Arrojo se refería a otro.

Liss asintió con gesto débil.

—Sí. Con el tiempo. Ahora mismo hay presas fáciles ahí fuera. —El porte de la chamán parecía ir decayendo con cada hora que pasaba. El cabello le colgaba en mechones grasientos, la piel tenía un aspecto pálido y enfermizo y, por increíble que pareciera, olía peor que cuando Arrojo la había conocido, algo que, si se lo hubieran preguntado en su momento, la veterana no habría creído posible.

—¿Y los setis? ¿Están a salvo?

Una sonrisa cansada.

—Gracias, Arrojo, muchachita mía. Sí. De momento. Están a salvo. Pero ¿se puede decir que un pueblo está a salvo de sí mismo? No se debe permitir que ese culto al Chacal Blanco vuelva a fortalecerse de nuevo. Para nosotros es una regresión... una dependencia infantil.

—Lo siento. —Y de verdad Arrojo lo sentía mucho. Cada vez parecía más obvio que no deberían haber hecho lo que habían hecho. Que ella había cometido un error aterrador que la perseguiría durante el resto de su vida. Quizá sí que había de verdad una maldición.

La chamán le dio a Arrojo una palmada en la espalda.

—Tú no te preocupes, muchacha. Lo hecho, hecho está. Ahora es cosa mía hacer algo.

—¿Tú? —La miró con suspicacia—. ¿A qué te refieres?

Liss volvió las manos a un lado y a otro ante sus ojos, y se examinó las capas de faldas raídas.

—Solo a algo que he retrasado durante quizá demasiado tiempo, eso es todo. Quizá haya llegado el momento.

¿De qué? Arrojo quiso preguntarle, pero algo se lo impidió, un temor vago e informe que le susurraba «No quieres saberlo». Se le ocurrió que quizá fuera una cobarde, después de todo.

El viaje al norte había sido tranquilo, aunque, sin la mano firme de Ereko al timón, la Cometa no respondía en absoluto con tanta agilidad como antes. Jan, Acecho y Kyle lo compensaron manteniendo la vela tan tensa como les fue posible. Los hermanos se quedaron en el centro del barco preparando la comida y en general poniéndose el uno al otro de los nervios. Viajero era una presencia siniestra y melancólica en la proa que todo el mundo evitaba. Era como si Ereko, aunque no humano en sí, hubiera sido lo único que conseguía conservar una presencia humana en el espadachín. Kyle sabía que los hermanos Perdidos creían que él culpaba a Viajero de la muerte de Ereko. Y durante un tiempo así había sido. Pero después había empezado a preguntarse qué alternativa había tenido el hombre, el enfrentamiento entero había tenido el aire de una convergencia ineludible, el cierre

largo tiempo retrasado de un círculo. Imposible de evitar. Y Ereko le había advertido sobre el conjuro de melancolía del arma que llevaba el hombre al costado. Kyle tenía claro ya que lo ocurrido había sido igual de duro para Viajero, incluso más duro todavía. ¿No llevaba siendo amigo del thel akai mucho más tiempo? No le parecía muy sano que a ese hombre se le permitiera darles vueltas a las cosas tanto tiempo, y se dio cuenta de que si alguien tenía que hacer algo, solo podía ser él. Al quinto día reunió el valor para acercarse y sentarse cerca de la proa.

—Así que Quon —dijo tras un rato.

Entre el largo cabello negro que le colgaba por la cara, los ojos del color del océano oscuro del hombre se apartaron de las manos, que pendían sin fuerzas junto a las piernas, y se posaron en Kyle. Algo se removió, destelló en ellos, una especie de reconocimiento lejano, y una mano subió a apretarlos. Después levantó la cabeza.

—Sí. Quon.

—¿Puedo preguntar por qué?

Un encogimiento de hombros cansado.

—Tienes argumentos que presentar ante la Guardia. Allí es adonde esta se dirige.

—¿Y tú?

—Yo seguiré mi camino a partir de ahí.

—¿Ayudarás?

Una sonrisa divertida.

—No, Kyle. Mi presencia solo... complicaría las cosas.

—Cogulla me matará nada más verme.

—No. Estarás a salvo con los hermanos. Y está la hoja que llevas. No tienes ni idea de lo que tienes en realidad ahí, y creo que así es como tenían que ser las cosas.

¿Su espada?

—¿A qué te refieres?

Un fácil encogimiento de hombros.

—Es un arma poderosa. Otros quizá la hubieran usado para adquirir riquezas, poder. Pero nada parecido se te ha ocurrido jamás, ¿verdad?

Kyle lo pensó, lo cierto era que no tenía ni idea de todo eso.

—Bueno, ¿y qué hay de ti?

—¿De mí?

—Sí.

El hombre respiró hondo y examinó las aguas.

—Yo voy a la caza de alguien, Kyle. Alguien decidido a evitarme. Pero al final lo arrinconaré. Y entonces ajustaremos unas cuentas largo tiempo retrasadas.

—¿Venganza?

Una mirada incisiva, después se suavizó.

—Sí. Pero no solo por mí, por muchas cosas. Muchas, muchas cosas.

Una ola errante mojó de espuma a Malas Tierras, que aulló, sobresaltado. Fochas lanzó una carcajada escandalosa con la boca llena. Una sonrisa rozó los rasgos de Viajero, aunque a Kyle le pareció la sonrisa glacial y distante de un adulto que observa las travesuras divertidas de unos niños. O... ¿cuál era esa palabra que había oído utilizar a los guardias cuando hablaban del líder de la raza que llamaban los andii? ¿Y el mago? Un ascendiente.

—Bueno, ¿quizá podemos ayudar?

Viajero lo miró sin perder la sonrisa.

—Gracias, Kyle. Pero no. Esto es algo que yo he jurado hacer. Debo hacerlo a mi manera.

—Bueno, si así es como debe ser. —Se levantó para irse.

—¿Kyle? —lo llamó Viajero.

—¿Sí?

—Gracias. Y... Lo siento mucho. Sé que le tenías mucho cariño.

—Sí. Estoy seguro de que tú también. —Kyle se volvió y sus ojos se encontraron con los de Jan, que lo observaba desde la popa y que apartó la vista y volvió a clavarla en las aguas, como era su costumbre.

A la mañana siguiente, Kyle despertó y se encontró a Acecho al timón, de pie, mirando al frente, y en la proa a Viajero, también de pie.

—¿Qué pasa? —le preguntó a Fochas. El hombre se estaba ocupando del pequeño fuego que habían hecho en un cuenco de cocina de metal, también estaba troceando las raíces que hervían para hacer un guiso con féculas. El tipo se encogió de hombros con despreocupación.

—Una especie de tormenta por delante.

En la popa captó la atención de Acecho, que lo llamó con la mano. Unos nubarrones oscuros ensombrecían el cielo.

—¿Podemos rodearla?

El explorador se limitó a arquear una ceja rubia polvorienta.

—Esta es mi tercera corrección de rumbo desde el amanecer. Y pese a todo... ahí sigue. —En un lado, Jan yacía acurrucado entre las mantas. Kyle se planteó preguntarle, pero cambió de opinión; si Acecho o Viajero querían hacerlo, podían hacerlo ellos.

—¿Qué dice Viajero?

—Dijo que dejara de intentar rodearla. Que me dirigiera al nordeste.

Kyle fue a la proa. La mirada de Viajero estaba clavada en el frente. Vestía la cota de malla bajo los cueros y el cinturón con la espada a un lado. Una cólera que echaba chispas le invadía los hombros tensos y la mirada.

—¿Qué pasa?

—Hay alguien interfiriendo. Alguien que ya debería saber que no debe interponerse en mi camino.

—¿Quién?

El hombre pareció a punto de responder, pero se contuvo y sacudió la cabeza.

—Da igual. Solo mantén los ojos bien abiertos.

—¿Qué deberíamos hacer?

—¿Hacer? Comer, comprobar las armas.

Fochas preparó una comida de gachas hervidas con pescado y pan duro y mohoso. Los hermanos Perdidos se afanaron en comprobar los filos de la multitud de hojas que cada uno llevaba en el cinturón, el chaleco y las botas. Jan no tenía ningún arma que Kyle viera así que rebuscó hasta que encontró un antiguo cuchillo largo que no usaba nunca y se lo ofreció. Jan levantó la cabeza, sorprendido y complacido. Después su mirada se desvió y Kyle la siguió y se encontró con que Viajero observaba, el rostro rígido, ilegible. Jan se metió el arma en el cinturón.

El borde de aquel banco antinatural de nubes se acercó todavía más. El mar que se curvaba por su frente sostenía las subidas y bajadas normales de olas altas y lisas coronadas por la más fina de las espumas en la cresta. Bajo las nubes, bajo la oscuridad creciente de sombras densas, el mar parecía en calma, el viento amainado. Viajero se volvió hacia la proa.

—Al suelo. Sujetaos bien. Atad el timón. —Acecho amarró el largo brazo del timón. Los hermanos se entrelazaron los brazos con cuerdas tensas. Kyle encontró una cuerda atada al barco y metió un brazo. Jan se sentó apoyado en el costado del barco con las piernas estiradas. Entre un silencio espeluznante, el muro alto de oscuridad que los amenazaba se alzó sobre ellos como un risco y acabó con la luz. La Cometa quedó envuelta.

La pérdida de velocidad fue inmediata. Kyle se vio lanzado hacia delante. El equipo y las provisiones se movieron y rodaron. La embarcación gimió, los tablones crujieron, la vela aleteó, suelta. Las olas se alzaban a su alrededor e inundaban el francobordo. Bajo aquella luz difusa y desorientadora, todo parecía plano y distante, sin colores. Viajero estaba gritando algo desde la proa, pero sus palabras sonaban extrañas, distorsionadas. Kyle se vio lanzado hacia delante una vez más. Las provisiones se estrellaron contra los hermanos, que rugieron de rabia. Los chirridos de la quilla y las tablas anunciaron que la Cometa estaba rozando una orilla donde no debería haber ninguna. Un golpe salvaje aturdió a Kyle.

Un rato después se le aclaró la visión, se había desorientado por un momento. Parpadeó, se levantó y se sujetó. Una llanura oscura de barro se extendía a lo lejos hasta una línea de árboles más oscura todavía. Tras ellos, una hosca cortina de agua tan plana como un cristal negro, si no fuera por la estela que habían dejado a su paso. Sobre ellos, un cielo mate del color de la pizarra.

—Qué lugar tan alegre —comentó Jan frotándose un hombro.

Fochas surgió de repente de entre una pila de provisiones, maldecía y se apretaba un ojo con una mano. Malas Tierras lanzó una carcajada estrepitosa. Acecho se frotó la cadera. Viajero estaba examinando las tablas de la proa.

—¿Algún daño? —le preguntó Acecho.

—No sabría decir. Estamos encallados, en cualquier caso.

—¡Viajero! ¡Saludos! —exclamó alguien en taliano a lo lejos.

Kyle se asomó por un costado. Había un hombre en pie en medio del cieno. Una gran mata de pelo negro enmarcaba una cara pálida y larga. Las túnicas le colgaban hasta el barro y o bien era muy bajo o estaba hundido en el fango.

Viajero saltó por encima de la regala y aterrizó delante del tipo, solo para hundirse de inmediato hasta las espinillas. Con todo, se las arregló para coger al tipo por la pechera de las túnicas y retorcérselas. El hombre intentó golpear el brazo de Viajero. La tela larga y suelta de las mangas (lo bastante larga para colgar en el barro) aleteaba con un sonido húmedo.

—Llévanos hasta esa rata intrigante —gruñó Viajero—. Por fin se ha ganado que le diga unas cuantas palabras escogidas.

—¡Sí! —chilló el hombre—. Es decir, no. Nada de patas migrantes por aquí. Están en los bosques.

Sorprendido, Viajero soltó al tipo, que se estiró las túnicas y se manchó de barro toda la pechera.

—He venido a entregarte a mi amo, Tronosombrío. Te bendice con su condescendencia.

—¿Quién eres? —preguntó Viajero.

—¿Quíneres? —dijo el hombre entrecerrando los ojos—. Joder, qué nombre tan difícil. Pero bastante común, ¿no? —Estiró una mano embarrada—. Hethe.

Viajero no levantó la suya. Tras un rato, el tipo bajó la suya y se la limpió en las túnicas manchadas.

—Sí, bueno. ¡Tenemos que irnos! ¡Venid! —El tipo se alejó anadeando, arrastrando las túnicas, unas volutas de barro marrón verdoso le caían de los bordes que remolcaba. Tras unos cuantos pasos se volvió y les hizo señas—. ¡Vamos, vamos!

—Oh, por el amor de la señora Ladrona —rezongó Fochas. Recogió unas cuantas provisiones y botas de agua y bajó por un costado. Las sandalias se le hundieron por completo en la temblorosa superficie gélida. Se estremeció y ahogó un grito—. ¡Carajo, qué frío!

El resto lo siguió, uno por uno se metieron en el barro y después fueron con paso trabajoso tras Viajero y su guía. Muy pronto a Kyle empezó a costarle respirar cuando cada pie quedaba encerrado en un peso plomizo de barro que se pegaba a él. Acecho y Malas Tierras habían sacado cuchillos y se raspaban las capas de los pies y

arrojándolas a un lado. El hedor era denso por causa de la fetidez de las criaturas marinas que se estaban descomponiendo. Kyle tenía que apartar la cara cuando se agachaba para quitarse el barro con el cuchillo.

—Qué puta falta de dignidad, ¿eh? —le dijo Malas Tierras a su hermano y Viajero se dio la vuelta de repente al oír eso, con los ojos entrecerrados, como para bufar porque había oído un chiste privado, después echó a andar otra vez con lentitud, sacudiendo la cabeza. Los hermanos intercambiaron miradas perplejas.

Más adelante, el barrizal daba paso a una extensión de gravilla negra que subía. A la izquierda se extendía un bosque oscuro de matorrales grises enredados y árboles achaparrados. Su guía los conducía a la derecha, donde la costa trepaba hasta unos montículos erosionados recubiertos por densas hierbas enmarañadas. Kyle se preguntó si se estaba quedando atrás. O eso o su guía se estaba hundiendo cada vez más en el barro, o quizá estaba perdiendo altura. La mayor parte de sus túnicas las arrastraba en una larga cola y también llevaba las mangas por el suelo. Acecho y Kyle intercambiaron miradas inseguras.

Bajo las túnicas que le colgaban, el hombre, o lo que fuera, era obvio que en ese momento no le llegaba a Kyle más que a la cintura. Viajero dio unos cuantos pasos rápidos y se abalanzó para coger de repente la tela empapada arrastrada y tirar de ella. Se desprendió y reveló una criatura alada, baja y peluda, algo simiesca, que giró en redondo, encorvada y gruñendo.

Todo el mundo se quedó inmóvil, con los ojos fijos.

Sorprendida, la criatura se irguió y con una extraordinaria imitación de dignidad ofendida, recuperó de un manotazo las túnicas que le había quitado Viajero y se alejó. Viajero se volvió para mirarlos a todos, totalmente asombrado. Echó la cabeza hacia atrás como si suplicara alguna bendición desconocida del cielo (paciencia, quizá) y después se frotó el cuello y exhaló un ruidoso suspiro.

—Mis disculpas. Es culpa mía. Una vieja discusión entre el que nos aguarda y yo. Siempre fue de la opinión de que... me tomo demasiado en serio.

Algo más adelante la criatura había llegado a la grava y en ese momento luchaba por vestirse. El esfuerzo degeneró en una batalla a vida o muerte entre bestia y prenda. La criatura agitaba los brazos entre los pliegues húmedos, siseando y pataleando, chillando de rabia. Surgió la cabeza de huevo, los colmillos aferrando un bocado de tela. Imitó la acción de estrangular los pliegues con las manos peludas y después desapareció otra vez entre aquel desastre húmedo y combado. Viajero se limitó a seguir de largo. Todo el mundo lo siguió, quitándose a patadas el barro de las sandalias y las botas. Al final, Kyle vio que la criatura sacaba la cabeza. Los ojos amarillos hundidos bajo una frente prominente parpadearon, confundidos. Echó a correr, arrastrando tras él a su desharrapado adversario.

Al coronar el erosionado montículo, Kyle vio una llanura salpicada de colinas

abruptas, o lo que parecían colinas. Los lados parecían demasiado escarpados para ser naturales. Viajero seguía caminando, se dirigía a un bulto oscuro que había a lo lejos, aunque a qué distancia podría estar Kyle no tenía forma de saberlo. Todo parecía extrañamente distorsionado en aquel sitio, fuera donde fuera. Alcanzó con una carrera a Acecho.

—Bueno, ¿y dónde estamos?

El explorador se estaba colocando bien el camisote de cuero tachonado y quitándose a patadas el barro de los mocasines de cuero que le llegaban por la rodilla. Frunció el ceño de asco.

—Fortaleza de Sombra, diría yo.

—¿Fortaleza de Sombra? ¿Qué es eso?

—Así es como lo llamamos en el sitio de donde somos nosotros. Tú podrías llamarlo la senda de Sombra, o Meanas, o como quieras. Elige tú, a mí me importa un pimiento.

Kyle frenó el paso. *Así que Sombra*. El Nómada, el Tramposo, el Embustero. Un poder que era preferible evitar o tratar con el mayor cuidado, según los chamanes y hechiceros de su pueblo. Y estaban en sus garras. Y el espadachín que llevaban con ellos afirmaba conocer a su amo en persona, y tener una discusión con él. Cierto, hasta entonces no le parecía a Kyle demasiado amenazador. Si acaso, le resultaba, bueno, desorganizado y un tanto desquiciado.

La bestia se había puesto por delante una vez más y tras echarse las túnicas raídas por los hombros, sacaba pecho y marchaba con paso decidido en una dirección un tanto desviada del rumbo que llevaban. Al final, al encontrarse solo, chillaba y corría para ponerse al frente una vez más, levantaba la barbilla y se embarcaba con resolución en la dirección equivocada. Todas esas payasadas tenían lugar justo delante de las narices de Viajero, que no mostraba indicio alguno de darse por enterado, aunque a Kyle le pareció que su espalda estaba cada vez más rígida y recta a medida que el viaje continuaba.

Las colinas resultaron ser cúpulas construidas con unas piedras gigantescas, antiguas, cubiertas de maleza; algunas mostraban grietas o lados derrumbados donde los bloques se habían esparcido por la llanura como si una fuerza tremenda los hubiera arrojado.

En un momento dado, una repentina nube de oscuridad hirvió sobre ellos como si el sol invisible se oscureciera todavía más. A Kyle le desconcertó ver sombras que destellaban sobre el suelo seco y polvoriento, incluso sobre sus brazos y piernas. Era como si alguien estuviera agitando jirones de tela entre el sol y él. Con la misma brusquedad, la «tormenta» de sombras continuó adelante. Al ver que nadie parecía haber sufrido ningún daño, Jan y él intercambiaron encogimientos de hombros inseguros y continuaron.

Su objetivo resultó ser una de esas cúpulas, más grande que el resto y con lados más rectos. Al llegar al oscuro portal abierto, la criatura se escabulló en el interior sin una sola mirada atrás y dejando un rastro de barro en el umbral. El grupo paró de golpe por acuerdo tácito. Viajero se giró hacia ellos, aunque sus ojos se detuvieron en la entrada un poco más.

—Voy a entrar. No hace falta que venga nadie más. Aunque no se lo prohibiré a quien decida hacerlo. Es cosa vuestra.

—Yo preferiría quedarme aquí fuera. Si no te importa —dijo Jan con algo parecido al desagrado en la voz. Y se sentó en un bloque cercano.

—Nosotros también —dijo Acecho. Fochas y Malas Tierras asintieron con un gesto brusco.

Viajero miró a Kyle.

—¿Es peligroso? —preguntó Kyle.

—¿Peligroso? Bueno, si te refieres a si nos atacarán... no, no lo creo.

—De acuerdo. Voy contigo. Es decir, ya casi es como si estuviéramos dentro, si entiendo bien las cosas.

Viajero alzó las cejas, impresionado.

—Cierto. Eso creo. —Echó a andar hacia la entrada y Kyle lo siguió.

El túnel de entrada era oscuro, frío y húmedo. La luz de una antorcha parpadeaba más adelante. Accedieron a la cámara principal, una cripta redonda y abovedada que contenía sarcófagos de piedra destrozados, cuyos ocupantes yacían repartidos por la cámara, miembros desecados torcidos, ropas hechas jirones secos y polvorientos, dientes abiertos en sonrisas amarillentas. Viajero recorrió la cámara con la mirada y apretó los puños.

—¡Basta! —El estallido de su voz hizo temblar las piedras y caer volutas de polvo—. ¿Era tu cara arrugada de mono lo que seguimos hasta aquí?

—¡Arrugada! —Una sombra que permanecía contra la pared contraria se adelantó y se alzó—. Permíteme decirte que me conservo bastante bien.

—Se acabaron los juegos, Ammanas.

—¿Juegos? ¿Se acabaron los juegos? ¿Qué hacer, entonces? Todo es un juego.

—Ammanas... —dijo Viajero entre dientes.

—Oh, está bien. —Unos brazos de sombra translúcida realizaron unos cuantos movimientos. La cámara se desdibujó, las sombras se revolvieron y se resolvieron en una larga sala de muros de piedra, un tejado de vigas sólidas de madera cruzadas se hundía en la oscuridad y en la pared contraria, una chimenea amplia de piedra—. ¿Más de tu gusto?

Un encogimiento de hombros.

—Otra fachada más, pero servirá. ¿Y Cotillion?

—Aquí. —Una voz muy baja habló detrás de Kyle, que se giró en redondo y vio a

un hombre en la puerta, anodino salvo por una cuerda enroscada en un hombro. Viajero le dedicó una reverencia superficial al hombre que seguía observando, inmóvil.

—¿Y quién es este? —preguntó Ammanas. A Kyle le alarmó ver que la figura se acercaba, un bastón en una mano insustancial. Los rasgos se resolvieron en los de un anciano, piel oscura, la boca un nido de arrugas.

—Kyle —contestó con voz tenue. ¿Podría ser ese el Embustero en persona? A Kyle le parecía peligroso, sí, pero también extrañamente frágil, incluso vulnerable.

—Un compañero —dijo Viajero.

—¿Y por qué estás aquí?

Kyle no tenía ni idea de cómo responder a eso. ¿Por qué estaba allí? ¿Curiosidad? No muy adecuado. No, había ido solo porque Viajero también iba. Kyle señaló al espadachín.

—Para acompañar a Viajero.

—Ah, sí. —La figura, no más que un conjunto de retazos de gasa hecha de sombras, se volvió hacia el hombre—. Una cualidad tan valiosa. Tan... útil que nos resultó.

Viajero se limitó a lanzar un bufido de desprecio.

—No hables en tonos posesivos de lo que tú jamás has poseído.

—Eso se puede debatir.

—No he venido aquí para debatir.

—¿Entonces por qué has venido?

—¡Tú me has traído aquí!

—Yo solo te invité... no tenías que venir.

—No tenía... —Viajero contuvo las palabras y se llevó un puño a los labios. Después exhaló un gran suspiro áspero y flexionó el cuello—. No has cambiado un carajo. Sigue sin haber nada que hablar. —Se dio la vuelta—. Vamos, Kyle. Mis disculpas. Esto ha sido un error desde el comienzo. —Miró al otro hombre, Cotillion, que se hizo a un lado con una sonrisa burlona en los labios.

—Bueno, venga —exclamó Ammanas—. Vamos a dejar de reñir. Ya sabes lo que ofrezco.

Viajero se detuvo y se volvió sin perder de vista ni a Ammanas ni a Cotillion.

—No, no lo sé. No has hecho tu oferta todavía.

Los hombros de la figura de sombras se derrumbaron con gesto exasperado.

—¡En serio, por favor! Yo diría que mi peludo mensajero lo dejó todo muy claro en su elocuente pantomima... no puedes conseguir tu objetivo, amigo mío. Lo siento, pero así son las cosas. —La figura se sacudió y lanzó una risita—. Bastante inspirado, su despliegue. Emblemático, se podría decir incluso.

Kyle había decidido que la verdad era que no debería estar donde estaba. Viajero,

sin embargo, bloqueaba la salida. Puesto que estaba atrapado, decidió entonces que debería ser útil y proteger el flanco del hombre. Apoyó la mano en la empuñadura de su talwar y se encontró con que la espada estaba sorprendentemente caliente, quemaba, casi. Apartó la mano de un tirón, alarmado.

—¿Y tu oferta? —dijo Viajero con los dientes apretados.

—¿Mi oferta? —casi chilló Ammanas—. ¡Dioses! ¿Es que tengo que deletrearla?

—¿Tu oferta? Pues sí.

El dios, sí, el dios de los tramposos, se recordó Kyle, siseó una andanada de maldiciones por lo bajo, se irguió en toda su altura, una altura muy por debajo incluso de la de Kyle, al que se consideraba bajito, y blandió el bastón de un lado a otro por el aire en una imitación de la esgrima.

—Intentas golpear sombras. Persigues fantasmas. Pero tu presa siempre te elude... Bueno, yo sé algo de sombras y de eludir. Puedo ayudarte, viejo amigo. Un empujoncito aquí, una insinuación allá. ¿Qué dices?

—¿Y el precio?

El bastón se apoyó en el suelo con un golpecito. Unas manos traslúcidas descansaron sobre la empuñadura de plata, la cabeza de un mastín.

—Un simple servicio. Eso es todo. Un pequeño servicio.

Viajero se quedó un rato callado, la mirada clavada en la figura transparente que rielaba. La espada de Kyle emitía ya un calor intolerable. Se la apartó del cuerpo estirando el cinturón. Pero en lugar de alarma lo que sintió fue vergüenza, ¿cómo se atrevía a interrumpir una conversación que estaba tan por encima de él con una queja sobre su arma?

—Accederé, Ammanas, siempre que tú accedas a una condición.

La figura de sombras se encorvó con lo que casi fue una mueca de dolor.

—¿Una condición? ¿Qué es esto de condiciones? ¡Yo a ti no te pido condiciones! ¡No se alza el dedo hacia el que uno busca y se le ponen condiciones!

—Escúchame. No te sulfures.

Una carcajada dura resonó en labios de Cotillion al oír eso. La figura volcó una mirada oscura y furiosa sobre el hombre.

—¿Cuál es?

—Dos peticiones.

—¿Dos? ¡Dos!

—Escúchalo —dijo Cotillion con tono cansado.

—Esta negociación la llevo yo.

—¿Es lo que tú llamas a esto?

La figura se acercó rielando a Cotillion.

—No... —Aunque parecía flotar, fue como si Ammanas tropezara de repente y vaciló—. ¿Qué? —Hurgó con el bastón y sacó unos pliegues flácidos de túnicas

embarradas y rasgadas—. ¿Qué es este desastre? ¡Mira esto! ¡Barro por todo el suelo! ¿Quién va a limpiar esto? ¿Dónde está? Voy a desollar a esa rata. —Lanzó un dedo al aire—. ¡Espera! —El dedo bajó para señalar a Kyle—. ¿Qué estás haciendo?

Kyle no pudo evitar retroceder.

—Nada. ¡Nada! Es solo mi espada. Hay algo...

—¡Cotillion! ¡Percibo una emergencia!

Un siseo acompañó la cuerda enrollada de Cotillion, que pareció cobrar vida por voluntad propia. Saltó y se enroscó alrededor del arma envainada del costado de Kyle. Un papirotazo y el cinturón de Kyle se abrió y el talwar saltó por los aires. Una vuelta le atrapó de repente el cuello y apretó. Viajero hizo un gesto y la cuerda se separó y se partió con limpieza en dos. Cotillion y Viajero se miraron, Cotillion haciendo girar el trozo acortado de cuerda y Viajero con la espada sujeta con las dos manos por encima de la cabeza, apuntando al suelo. Kyle tiró de la vuelta suelta de cuerda que le rodeaba el cuello y aspiró una bocanada de aire.

—¡Alto! —bramó Ammanas. Por sorprendente que fuera, los dos hombres obedecieron al Tramposo y se colocaron en posición de alerta. El otro levantó un dedo y señaló el lugar donde había caído el talwar—. Un invitado no deseado.

El arma envainada había caído entre una maraña del cinturón de cuero de Kyle. Empezaba a salir humo del equipo, después llamas cuando la madera y el cuero se prendieron. Fue increíble, pero se vertió hierro fundido sobre las piedras entre burbujas y siseos. Humeaba como agua hirviente. Las nubes se hicieron acres y obligaron a Kyle a taparse los ojos y la nariz. Hasta Viajero, al lado de Kyle, agitó un brazo entre la mezcla de vapor y humo.

Al dispersarse el humo, Kyle vislumbró una figura alta agachada donde había caído la espada. La figura se irguió poco a poco, cada vez se alzaba más alta, y estiró los largos brazos. Una melena amontonada de cabello blanco le caía por la espalda. Estaba descalzo, con pantalones sueltos y una camisa larga y holgada.

Cuando el recién llegado se volvió, Kyle se quedó asombrado al ver al archimago de la Espuela. *¡Es él! ¡El rey Viento!* Al verla más de cerca, Kyle estaba seguro de que también tenía que ser la figura de sus sueños.

Ammanas, Cotillion y Viajero se juntaron un poco más para enfrentarse al intruso y Kyle casi se echó a reír al verlos encogerse ante esa entidad. Su segundo pensamiento fue: *¡Por todo lo que es sagrado! ¿Quién es este ser?* Ammanas al final se adelantó deslizándose y plantó en el suelo su bastón.

—¡Osserc! ¡Estás invadiendo mis dominios sin permiso!

¡Vaya! ¡Era él! El padre Cielo de su pueblo. ¡Vivo después de todo! Conocido para esos... ¿un ascendiente?

Los rasgos romos, casi brutales del ser no mostraron siquiera indicación alguna de reconocer que había hablado alguien. Sus ojos dorados recorrieron la habitación,

ávidos. Una sonrisa de satisfacción tensó los labios pesados.

—Después de tanto tiempo... —dijo con voz ronca en un taliano con fuerte acento.

—¡Debes irte! ¡No se te permite estar aquí!

El estómago de Kyle se tensó de miedo al ver que Cotillion y Viajero, a ambos lados de Ammanas, intercambiaban miradas con los ojos entrecerrados. La puerta ya estaba desocupada, pero Kyle no se movió. Ansiaba acercarse, pero no se atrevía a interrumpir. A lo lejos, amortiguado por los muros de la ruina, o edificio, o la construcción que fuese, se oyó el aullido largo y profundo de unos mastines. Ammanas se irguió y apoyó las manos en la empuñadura de su bastón. Una sonrisa untosa y satisfecha se coló en sus labios.

Osserc se limitó a darles la espalda a todos, estiró las manos y las pasó por los muros.

—Sí, sí. Ya veo... —dijo sin aliento, en tono casi reverente.

Los rasgos insustanciales de Ammanas se crisparon de frustración. Dio un golpe con el bastón.

—¡No seas tan necio como para provocarme!

—Y tú no seas tan necio como para repetir el error que cometiste con mi compatriota Anomander no hace tanto tiempo —rezongó Osserc—. ¿Cuántos guardianes perdiste riñendo con él, cuervecito de sombras? ¿Dos? ¿Tres?

Con un estremecimiento, Ammanas se volvió hacia Cotillion. Los dos parecieron compartir una comunicación tácita. La cuerda que permanecía en manos de Cotillion sufrió un espasmo como si formara parte de los pensamientos. Viajero se adelantó sin ruido con la espada levantada y la luz reflejándose en la hoja aceitada de color magenta.

—Conozco esa espada mejor que tú —murmuró Osserc dándole todavía la espalda a la habitación—, y no tenemos asuntos que tratar, advenedizo. —Viajero retrocedió con cuidado y con los ojos entrecerrados.

Un gruñido bajo y profundo sacudió las piedras bajo los pies de Kyle. Este ladeó la cabeza y vio en la entrada un mastín agazapado, un monstruo que daba la sensación de poder ser tan grande como el propio Kyle, marrón, sarnoso y lleno de cicatrices. El morro, más largo que el antebrazo de Kyle, descansaba en las patas delanteras estiradas. Ammanas cruzó el espacio que lo separaba de él, le puso una mano en la cabeza y murmuró con voz tranquilizadora.

En ese cuadro vivo entró el mensajero simiesco. Empujaba una fregona por delante de él y había salido de algún lugar del interior. Todos los ojos, salvo los de Osserc, se movieron para seguir a la criatura cuando cada vez quedó más claro que su camino lo llevaría directamente hasta el gigante. La fregona chocó con el pie desnudo de Osserc. El gigante no se movió, aunque entrelazó las manos a la espalda en lo que

a Kyle le pareció que podría ser irritación. La criatura zarandeo de forma repetida la fregona húmeda contra el pie de Osserc. El rostro se arrugó de disgusto. El gigante bajó poco a poco la cabeza. El monito empezó a saltar y agitar los brazos, y después dio una patada en el suelo. Osserc dejó escapar un profundo suspiro clamoroso y se hizo a un lado para dejar pasar al tipejo. La criatura deslizó la fregona por las losas murmurando para sí.

Ammanas se irguió; en su rostro de gasa, alivio.

—La Casa es indiferente. No tenemos por qué molestarnos con esta grosera intrusión. Podemos hacer caso omiso de ella como se haría con una mosca irritante.

Osserc le lanzó a Ammanas una mirada furiosa que con la misma rapidez se tornó en indiferencia y le dio la espalda. Su mirada encontró a Kyle y los ojos dibujaron un torbellino fundido, los labios se abrieron en lo que, con mucha generosidad, se podría llamar una sonrisa, que revelaba unos colmillos prominentes en la mandíbula inferior.

—Bien hecho, hijo de las estepas. Estoy en deuda contigo.

—Padre de los Vientos —empezó a decir Kyle con un tartamudeo—. No tenía ni idea...

—No debías tenerla. Y no soy padre de los vientos ni de tu gente. Tus ancestros solo se limitaron a adoptar los tótems ancestrales del sol, el cielo y los vientos, todos los cuales brillan, giran y soplan sin mi intervención. Así se inventan las tradiciones. Es cosa vuestra mantenerlas... o no. Toma. —Hizo un gesto y apareció un arma en su mano—. Te debo un arma. Coge la mía con mi agradecimiento y quedamos en paz. Adiós. —El gigante se giró de repente y desapareció en la oscuridad del interior. Kyle se lo quedó mirando como se podría mirar un fantasma.

—¡Anda con viento fresco! —exclamó Ammanas en voz muy alta—. ¡Y ahora, el resto, fuera también! ¡Fuera! ¿Es esto una taberna mugrienta? ¿Soy el anfitrión de una velada social?

El mastín se había ido, así que Kyle retrocedió hasta la puerta. Se abrió a un corredor que pasaba junto a un rincón que contenía una armadura enorme y muy ornamentada, de bronce, después llegaba a otra puerta que se abrió cuando se aproximó Kyle. El joven estuvo a punto de tropezar cuando echó la vista atrás para ver la misma tumba con aspecto de colmena que había dejado detrás.

Fuera, Jan y los hermanos Perdidos se incorporaron y sacaron las armas.

—Gracias al Cazador Oscuro —exclamó Acecho—. Un mastín grande como un caballo entró corriendo detrás de vosotros.

—Sí. No atacó.

—¿Y Viajero?

Kyle miró atrás, sorprendido.

—Debería estar conmigo...

Tras un momento salió el espadachín. Este los miró, nervioso, y después se relajó.

—Bien. Me preocupaba que quizás el mastín...

—No nos hizo ni caso —dijo Acecho—. ¿Y? ¿Qué ha pasado? —Y miró de uno a otro.

—Se llegó a un acuerdo y sois libres de iros —dijo Viajero.

—¿Y tú? —dijeron al unísono Kyle y Acecho.

—Sí. Yo no voy con vosotros.

—Yo no accedí a eso —dijo Kyle, que empezaba a elevar la voz.

—No te preocupes. No hay peligro, ni para vosotros ni para mí.

—¿Que no hay peligro? Ese hombre, o dios, lo que sea, es un lunático.

—Hace ya algún tiempo que tengo esa impresión, Kyle.

—¿Y ya está? ¿Te quedas? —El explorador no podría haber sido más escéptico.

—Sí.

—¿Nosotros volvemos al barco? —preguntó Jan.

—No.

—¿No? ¿Por qué no?

—Ya no lo necesitáis. —El espadachín examinó el horizonte e inclinó la cabeza para indicar una dirección—. Deberíais ir por allí.

—¿Qué vas a...? —empezó a decir Acecho, pero algo salió volando del portal abierto y aterrizó en el polvo con un golpe húmedo. Una túnica desgarrada llena de barro.

Todo el mundo se miró.

—Supongo —dijo Fochas— que eso significa que debemos ponernos en camino.

—Sí. Deberíais.

—Viajero —rogó Kyle—. No...

—Es mejor así. Os estoy poniendo en peligro. Atraigo atención innecesaria. —Fue a colocarse delante de Jan. Los dos se miraron un rato sin que ninguno apartara los ojos. Al fin el espadachín respiró hondo y estudió a Jan durante muchísimo más tiempo, subiendo y bajando los ojos; el anciano no se movió, tenía la boca apretada como si no se atreviera a hablar. Tras un momento Viajero suspiró, asintió tras un cálculo tácito, se volvió hacia Kyle y posó las manos en sus hombros.

—Adiós, Kyle. Preséntale tu caso a la Guardia. Espero que demuestren ser dignos de ti. —Y soltó los hombros de Kyle.

—¡Por favor, ven con nosotros!

El espadachín estiró con suavidad la mano y tocó la piedra ámbar que colgaba del cuello de Kyle.

—Tuviste razón al coger esto. Pero sé que él siempre estará contigo, pase lo que pase. Y sé que siempre estará conmigo. Adiós. —Y se dio la vuelta con un parpadeo.

Kyle sintió las lágrimas calientes en las mejillas.

—Viajero...

Los hombros de espadachín se tensaron.

—Es como debe ser, Kyle. Yo... lo siento. —Miró a los hermanos—. Acecho, Fochas, Malas Tierras. Un honor.

Los otros inclinaron la cabeza a modo de despedida.

Viajero se metió en la tumba y desapareció en la oscuridad.

—¡Hasta la vista, Quineres! —exclamó una voz desde un lado—. ¡Hasta que nos veamos!

Kyle se giró en redondo. Su guía, el tipo de la túnica sucia, había vuelto. Mientras todos miraban, él se sonó la nariz en la manga de la prenda raída. Kyle volvió la vista y miró la entrada; por supuesto, había desaparecido.

—Vamos, vamos —los llamó la criatura, las mangas sueltas y húmedas colgaban vacías—. Venid.

De mala gana, con Kyle el último, echaron a andar y se alejaron de la tumba con aspecto de colmena; tomaron una dirección que, en apariencia, no era diferente de otra cualquiera que cruzara la llanura polvorienta salpicada de antiguos sepulcros. Sobre ellos, en el cielo de color pizarra, volaban cosas que no parecían nada más que sombras plegadas.

CAPÍTULO 6



Fue una acción impulsada por un movimiento de búsqueda profundamente interno (y atrasado). ¿Quiénes somos los de fuera para juzgar? También lo impulsó, después de todo, el deseo honesto (si bien podemos afirmar que desencaminado) de mejorar las condiciones y perspectivas del pueblo wickano... En ese sentido debe verse como del todo sincero y en absoluto hubo doblez alguna. Especialmente cuando se suma a la acción que después permitió.

«Las primeras guerras civiles», vol. II

Historias de honor de Tallobant

Rodeado por el estado mayor y su escolta, Ullen se encontraba con Urko y el comandante de los moranthianos dorados sobre una modesta elevación, a un lado de las columnas de infantería taliana y falari que marchaban ante ellos. Toc, junto con una tropa de unos cuarenta jinetes, llegó a caballo y se detuvo.

—Un buen día para luchar —exclamó Urko, y Toc asintió.

—No hace demasiado calor.

Ullen miró al cielo; sí, cubierto, aunque podría llover. No era lo que más le apetecía. Habían dejado el fuerte antes de las primeras luces y habían marchado durante todo el amanecer. La noche había sido relativamente tranquila; la bestia, Ryllandaras, si de verdad era ella, había merodeado por allí dos veces, pero lo habían rechazado las filas pobladas de los dorados, respaldados por una dosis abundante de sus municiones. Bandadas de gaviotas, cuervos y milanos ya atestaban los cielos sobre su línea de avance. ¿Cuántas generaciones de guerras, se preguntó Ullen, les había llevado aprender lo que la reunión de una masa de tantos hombres y mujeres con armadura podría presagiar?

—Comandante V'thell. —Toc saludó al moranthiano con su armadura de un tono dorado profundo, suntuoso, como el último rayo del atardecer. El moranthiano inclinó la cabeza protegida por un yelmo completo.

—Todavía sin montar, ya veo —le dijo Toc a Urko con algo parecido a una sonrisa nostálgica.

Urko se encogió de hombros bajo la pesada armadura de bandas de hierro.

—Tranquiliza a los soldados. No les gusta que su comandante vaya a caballo cuando ellos no tienen. Les hace sospechar que te vas a largar con viento fresco en cuanto se calienten las cosas.

El personal de Toc, todos montados, compartieron miradas divertidas. El capitán Musgo captó la atención de Ullen y guiñó un ojo.

—¿Y el carruaje? —preguntó Toc, y señaló el final de la suave ladera donde un enorme carruaje pintado de un color rojo brillante y verde esperaba mientras los mozos de cuadra luchaban contra su irritable tiro de seis caballos.

Urko puso los ojos en blanco.

—Bala. Estará conmigo en el centro de la retaguardia. Yo estaré con las reservas. La caballería falari y los elementos de la infantería taliana y falari. Choss ya está con el flanco sur. Usted tendrá el norte, ¿y se puede saber dónde están esos puñeteros setis?

Toc examinó el horizonte del norte.

—Están apareciendo bandas. No tardarán en llegar.

—Más les vale, carajo.

—¿Qué hay de esa fuerza del sur? ¿Los kanesianos? —preguntó Toc.

—Todavía desplegados al sur del puente del Peregrino. No demasiado impacientes por enfrentarse a la Guardia, y no me extraña. Ameron dispone de algunos indicios que indican que van a salir a por Torv... —Urko se paró y se corrigió—, a por la emperatriz. Pero no está seguro. Aunque quizá decidan en cualquier momento que merece la pena.

—Los tendremos vigilados.

—Sí.

—¿Y los Centinelas de la Frontera?

Urko hizo una pausa y apartó la vista, la mueca se hizo todavía más seria.

—Se han retirado al oeste. Fuera de peligro y demás. Una pena. No me habrían venido mal. Aunque quizá sea lo mejor, dadas las circunstancias.

—Quizá.

V'thell se inclinó ante el general.

—¿Permiso para unirme a mi gente?

—Concedido. Y V'thell... —El moranthiano dorado se volvió. Urko levantó un puño—. Usted es el martillo. Rómpalos.

V'thell se inclinó otra vez.

—Lo haremos.

—Debería irme a buscar un atamán —dijo Toc. Urko asintió. El comandante de la caballería se alejó con su tropa.

—¿Y yo? —preguntó Ullen.

—Lo quiero aquí. Si las cosas se van a la mierda, tendré que meterme y espero que usted asuma el mando.

A Ullen aquello lo alarmó, pero se esforzó por disimular su inquietud. *¿Meterse? Ya no es tan joven, comandante.*

—Sí, señor.

El general señaló el carruaje.

—Ahora baje y vea lo que tiene que decir Bala.

Ullen intentó ocultar sin mucho éxito una sonrisa.

—Sí, señor.

Toc y su tropa peinaron las colinas onduladas al noroeste del punto de reunión. Desde el altozano, el polvo de las fuerzas de Laseen se veía al este. A mediodía, le dijeron sus instintos. Terminarían de maniobrar a mediodía. ¿Dónde estaban Piernarrot y Ortal? Era impensable que lo decepcionaran. Después de todos los años que había pasado entre los setis; después de haber luchado contra Kellanved por sus intereses. Incluso había criado a sus hijos entre ellos: Ingen, Leese y el pequeño Toc el Joven.

Un mensajero señaló al norte, donde una amplia nube, más parecida a una tormenta de polvo inminente, estaba oscureciendo el cielo. Pronto se vio una vanguardia de jinetes bajando al galope una amplia ladera, a lo lejos. Altos estandartes de piel blanca ondeaban prominentes, junto con capas de piel blanca. *Imotan, no los atamanes. ¿Los ha usurpado ese hombre por completo?*

Esperó mientras la columna se acercaba. Un portaestandarte iba en cabeza, un madero alto alzado sobre él y del que colgaban pieles blancas, también llevaba lo que parecían cráneos de animales recién desollados. La visión de ese espeluznante estandarte provocó una profunda inquietud en Toc. Imotan lo seguía justo detrás, junto con su escolta, que había aumentado hasta unos setenta hombres y mujeres, todos los cuales habían jurado lealtad a su dios, el Chacal Blanco. Imotan detuvo su montura junto a la de Toc y sonrió al tiempo que inclinaba la cabeza en lo que pareció un saludo casi irónico.

—Bien hallado, Toc el Viejo.

—Imotan. ¿Dónde están los atamanes? Deberíamos discutir el enfrentamiento inminente.

—Discutirás el asunto conmigo. Tengo autoridad directa sobre todos los guerreros.

Entiendo. ¿Cuál ha sido en los últimos días la lucha interna política que se ha librado en tu campamento, chamán? Es obvio que llevo fuera demasiado tiempo.

—Muy bien. Busquemos un lugar estratégico.

Imotan le hizo un gesto al portaestandarte, que inclinó el gallardete. *Sangre,*

observó Toc con disgusto, sangre que chorreó en abundancia de los cráneos y pieles del macabro estandarte tras haber empapado los hombros y el pelo del portador. La masa de guardaespaldas estalló en aullidos de entusiasmo. Momentos después, a lo lejos, se repitió el llamamiento y cobró vida un tronar de cascos que hizo temblar el suelo. Por todo el horizonte norte de cimas de colinas y crestas de montículos avanzaron los jinetes. Toc se los quedó mirando y el corazón le dio un vuelco; era una masa en un número que jamás podría haber imaginado. ¿Dónde había reunido Imotan a tantos guerreros? Al parecer, la aparición de su antiguo enemigo y animal totémico, Ryllandaras, habría dado a Imotan un alcance ilimitado. La escolta salió en tropel y Toc y su tropa espolearon sus monturas para unirse a ellos.

Los exploradores setis (las pequeñas bandas que Toc había visto recorriendo el terreno) dirigieron la columna de Imotan a una elevación que ofrecía una buena perspectiva de las fuerzas que se estaban reuniendo. Toc detuvo su nuevo caballo, un ejemplar joven, flaco y gris, junto al gran bayo del chamán. Un cielo encapotado se asomaba con un ceño a una cuenca ancha y muy poco profunda. Al sudeste, la cima del alto promontorio que sostenía el Gran Santuario de Ascua se podía distinguir apenas como una mancha de amarillo y ocre. Tras maniobrar y explorar durante toda la noche, elementos de ambas fuerzas habían acordado ese frente por acuerdo tácito. Incluso podían distinguirse pequeñas banderitas que marcaban los puntos de reunión de varias unidades. Los elementos adelantados de ambos ejércitos ya estaban formando.

Enfrente, los escaramuzadores de los que Toc tanto había oído hablar se derramaban por la cuenca como una riada. *Tantos. ¿De dónde los sacó Laseen a todos? Debe de haber vaciado las cloacas de Unta y todas las ciudades de alrededor. Y además parecen bastante impacientes.* Dentro de la marea informe podían apreciarse las columnas regladas y rectas de la infantería. *Unidades pesadas malazanas.* Las mismas fuerzas con las que había contado él en el pasado para anclar su propia caballería ligera y sus escaramuzadores, y en ese momento se desplegaban contra él. Era una visión intimidante. *¿Y qué es eso? Un estandarte en la vanguardia, ¡el cetro subrayado por una espada! ¡La espada del Imperio! Así que era verdad. Ese puño, ¿cómo se llama?, de las campañas de Siete Ciudades ha reclamado el título. ¡Espera a que Urko vea esto! Él sí que le va a rodear el cuello con su propia espada.*

Bandas setis, avanzadillas de Imotan, habían bajado en tropel a la cuenca y ya estaban intercambiando fuego de flechas y cuadrillos con los escaramuzadores. La infantería ligera de Choss y sus escaramuzadores, de una escasez lastimosa, hacían lo que podían por seguir el ritmo. Tres columnas separadas de dorados moranthianos entraron entonces desde el oeste, escoltados por tropas de caballería taliana. Se dirigieron al centro, donde se había plantado el estandarte de la espada del Imperio.

—A esa horda de escaramuzadores hay que contenerla y apartarla —le dijo Toc a Imotan, que asintió y se acarició la barba salpicada de gris—. Nuestras informaciones nos indican que Laseen carece de caballería para enfrentarse a la tuya.

—Eso dices tú. Pero si eso es cierto, ¿entonces por qué está aquí?

Toc alzó las cejas al oír la pregunta.

—Bueno, supongo que no tiene alternativa. Está obligada a enfrentarse a nosotros, hacer otra cosa sería admitir la derrota. Y eso no está en su naturaleza.

—¿Está contando con algún activo oculto que la libre? ¿Qué hay de los kanesianos?

Toc sacudió la cabeza.

—No creo que crucen. Mucho que perder y muy poco que ganar.

—Podrían ganar mucho llegando a tiempo para librarla...

—Imotan —dijo Toc mientras señalaba con un gesto el campo de batalla—, en cuanto dé la sensación de que esa mujer va a perder, se unirán a nosotros. Si gana la emperatriz, su dominio será absoluto. No se alzarán nadie para enfrentarse a ella en más de una generación.

El chamán del Chacal Blanco se estremeció al oír eso y miró al otro, furioso.

—Este continente no es solo de Tali y Unta. —Se volvió hacia sus guardias—. Enviad recado a las bandas de guerra. —El guardia se inclinó y se alejó—. ¿Qué hay de ese ejército de mercenarios? ¿Por qué no están con nosotros? ¿Urko no les ofreció lo suficiente?

Toc estuvo a punto de echarse a reír, pero se dominó a tiempo.

—La Guardia Carmesí quiere ver aplastado el Imperio. Ese es su objetivo. Supongo que habrán pensando que para qué mancharse ellos de sangre cuando les vamos a hacer el trabajo destrozándonos los unos a los otros.

—Entonces ¿por qué no deshacerse de ellos?

—Según los cálculos de Choss, a pesar de los juramentados, no son una amenaza viable. Cree que no tienen fuerzas suficientes.

—¿Cálculos? —repitió Imotan—. ¿Quieres apostar cuando hay tanto en juego?

Toc alzó los hombros en un pequeño encogimiento.

—Cada enfrentamiento es una apuesta. Eliges lo mejor que sabes y esperas no cometer errores importantes.

El chamán aceptó de mala gana, con un gruñido, el argumento.

—¿Y Laseen? ¿Dónde está?

Toc recorrió el este con la mirada.

—Todavía no ha llegado. Seguramente estará en la retaguardia.

Una carcajada basta de Imotan.

—¿Y por qué no envío mis guerreros a la retaguardia y nos deshacemos de ella?

—Porque lo más probable es que la proteja la Garra en pleno y todos los magos

militares del continente, por eso.

—Ah, sí —se burló el chamán—. Vuestros tan cacareados magos. ¿Y dónde están ahora? ¿Dónde está Tayschrenn, Mechones o Escalofrío ahora? ¿Por qué estamos siquiera aquí, formando, cuando en los viejos tiempos vuestros magos habrían convertido este valle en un infierno?

Toc se acomodó mejor en su silla y miró al hombre de soslayo. *En qué extrañas direcciones vuelan los pensamientos de este hombre. Quizá sean los nervios previos a la batalla.*

—Por aquel entonces también formábamos para la batalla, Imotan. Incluso con Tayschrenn. Porque los magos no pueden defender el territorio. Al final, se reduce al cuero que se pone sobre el terreno, el simple lancero o regular del ejército. Son ellos los que ganan las guerras.

—Personalmente, yo diría otra cosa. —Imotan rodeó con una pierna el pomo de su silla—. Yo diría que los malazanos desperdiciasteis de forma necia vuestro talento. Los quemasteis y los volvisteis locos cuando mordisteis más de lo que podíais abarcar. —Miró a Toc de frente—. Y ahora no nos queda ninguno digno de ese nombre.

Toc respondió a la mirada firme del hombre bajo unas cejas unidas. No sabía muy bien cómo responder a esa afirmación, o provocación. ¿Podía negarla siquiera? ¿Adónde quería llegar ese hombre?

Imotan señaló el campo de batalla con un gesto.

—Ah. Está pasando algo.

Toc miró abajo. Lo que estaba pasando era un absoluto caos asesino. Los escaramuzadores de Laseen no estaban esperando a que sus unidades pesadas completaran la formación. Se lanzaban a la carga en oleadas, arrodillándose y disparando, y después retirándose cuando la siguiente fila ocupaba su lugar. Un granizo constante de cuadrillos castigaba a los dorados, que exhibían una disciplina admirable a la hora de mantener la formación. Las falanges talianas y falari de los flancos estaban formando con bastante limpieza. Toc se volvió hacia un miembro de su personal.

—¡Envíe recado a Urko para que dé señal de avanzar! —Y a Imotan—. Me sorprende que Laseen soltara sus escaramuzadores tan pronto, claro que quizá no haya tenido ni voz ni voto en el asunto. Parecen pensar que pueden ganar esta batalla ellos solos. Tus bandas de guerra deberían de retomar el terreno abierto, si eres tan amable, Imotan.

El chamán asintió y le hizo señal a un guardia, que se alejó a caballo.

Abajo se agitaban con frenesí banderas de señales entre los elementos de la Liga. Como uno solo, los dorados sacaron sus pesadas hojas curvas y avanzaron. Urko parecía haber enviado ya las tropas, o quizá V'thell había perdido la paciencia, sin

más. Las falanges de los flancos también avanzaron para cubrirlos. Los escaramuzadores retrocedieron de manera palpable. Al otro lado de la cuenca, los altos estandartes imperiales indicaban que Torva (Laseen, se corrigió Toc) llegaba con una columna de caballería untan, muchos luciendo estandartes de la nobleza y flanqueados por infantería pesada malazana.

Un mensajero taliano a caballo llegó como un trueno junto a Toc y dio un tirón salvaje a las riendas para detenerse.

—El general Urko se interesa por la disposición de los setis —resolló el hombre con el rostro acalorado.

No me cabe la menor duda de que se interesa, aunque no creo que con esas palabras.

—Barrarán a los irregulares de un momento a otro.

El jinete hizo un saludo militar.

—Sí, señor. —Hizo girar su montura y clavó las puntas de hierro de las espuelas en los flancos de su montura, que salió galopando entre un frenesí de tierra levantada.

Imotan captó la mirada de Toc, dirigida a la línea del risco.

—Los setis están aquí, tal y como se prometió, Toc el Viejo.

Los jinetes subieron a los riscos y las crestas del norte; una línea de batalla curva, ondulada, de miles de lanceros de la caballería ligera. Más abajo, en la amplia llanura abierta se alzó un gran gemido entre los irregulares untan. Las trayectorias de los cuadrillos de ballesta, tan densas a veces que era difícil ver entre oleada y oleada, vacilaron y se extinguieron en la nada. Los hombres y las mujeres expuestos se arremolinaron, se pegaron como hormigas alrededor de tres cuadros de infantería que estaban en medio, en busca de santuario en el interior. Toc podía imaginar la exigencia brutal de esos infantes empujando y haciendo retroceder a sus propios aliados; permitir la entrada de cualquiera significaría comprometer la integridad de su propia formación. *¡Con todo, son tantos! Si se recuperasen y plantasen algún tipo de resistencia...*

—Y ahora, Toc, —dijo Imotan, una mano levantada, la voz subiendo de tono—. Porque los setis seguimos siendo un pueblo libre, ¡libre de elegir! ¡Elegimos irnos! — Y le hizo una señal al portaestandarte, que dibujó un círculo con el alto madero repleto de pieles blancas recién desolladas y cráneos de animales. Cayeron gotas de sangre sobre la cabeza desnuda de Toc, que se estremeció y se agachó. *¿Irse? ¿Se refiere a atacar?*

Por todas las crestas de las poco pronunciadas colinas, las figuras montadas se dieron la vuelta y se alejaron a caballo, descendieron y se perdieron de vista. Toc se quedó con la boca abierta, se volvió a izquierda y derecha. *¿Qué? ¿Qué era aquello?* Los guardaespaldas de capas blancas de Imotan empujaron sus monturas entre él y el chamán cuando su jefe se dio la vuelta con su caballo. *¿Qué?*

—¡Espera! ¡Espera, maldito seas! ¡No puedes hacer esto! —Echó mano de su espada. Todos los guardaespaldas más cercanos, unos veinte, fueron a por sus armas y el personal de Toc posó las manos en las empuñaduras de las suyas. Toc retiró la mano con cuidado—. ¡Imotan! —le gritó al chamán, que ponía su montura a medio galope—. ¡Te equivocas! ¡Todavía puedes salvar tu honor! ¡Imotan! ¡Escúchame! —*Escucha...*

—Deberíamos enviar recado a Urko —dijo uno de los soldados con voz débil.

—Estoy seguro de que ya se ha dado cuenta —sugirió Musgo.

Todavía con los ojos clavados en la espalda del chamán, los hombros tan rígidos como el cristal, Toc les contestó.

—Que todo el mundo vaya con Urko. Necesitará toda la caballería que pueda conseguir. —No se movió nadie, todos se quedaron sentados en sus caballos, mirando a su comandante. Este se volvió para examinar las caras una por una y todos apartaron los ojos de la desolación absoluta escrita en la mirada del hombre—. ¡Id! ¡Todos! Y decidle... decidle que siento haberle fallado al final. —Toc espoleó su montura para ir tras el chamán del Chacal Blanco.

Tras mirarse un momento sin saber qué hacer, el estado mayor y los mensajeros hicieron girar sus monturas y bajaron a la llanura. Todos salvo uno, que se quedó atrás.

Durante unas cuantas leguas los setis hicieron caso omiso de Toc, el único jinete que intentaba abrirse paso entre la cortina de escoltas circundantes. El rugido apagado de la batalla había quedado ya muy atrás. Los guardias blandían las lanzas para alejarlo, riéndose, como si no fuera más que un perro indeseado.

Al final, ya fuera por enfado o por una sensación de seguridad al presentir que la batalla ya había quedado muy atrás, el grupo fue frenando y luego se detuvo. Después de registrarlo y quitarle todas sus armas, incluyendo su famoso arco negro, permitieron pasar a Toc entre la multitud de guardias. Todavía montado, lo condujeron ante Imotan que esperaba con una mirada furiosa de impaciencia.

—¿Deseas morir, malazano? —dijo con un gruñido.

—Te has equivocado, Imotan —dijo Toc con calma—. Has mancillado a los setis con el nombre de traidores. Pero tú...

—¡Te equivocas! —chilló el chamán—. ¡Tú, fuiste tú el que traicionaste tu promesa, malazano! ¡Nos prometiste Heng! Tú le diste la espalda a esa promesa así que ahora nosotros te damos la espalda a ti.

Toc sabía que era inútil, pero levantó las manos abiertas.

—Imotan, después de esta batalla podemos dirigir todos nuestros recursos a Heng...

—¡Demasiado tarde, malazano! —La saliva voló de los labios del hombre. Sus

manos se entrelazaron entre las tiras de las riendas—. ¡Otra falsa promesa! Más de tus palabras vacías. Demasiado tarde todo. ¡Ahora tenemos a nuestro patrón ancestral, que ha regresado a nosotros! Con él asolaremos Heng nosotros mismos. ¿Por qué deberíamos morir por ti, eh? —Los ojos llorosos y arrugados se convirtieron en ranuras cuando el hombre esbozó una sonrisa satisfecha—. Ahora ya no necesitamos estas alianzas, malazano. ¿Tienes alguna última palabra?

Toc se obligó a relajarse. *Inútil, qué fútil era todo.*

—Ryllandaras no puede destruir Heng, Imotan. Nunca pudo, nunca lo hará.

—Ya lo veremos. —Y les hizo una señal a sus guardias.

Dos lanzas desgarraron los costados de Toc y lo levantaron a pulso de la silla, después se retiraron. Toc ahogó un grito al sentir el dolor abrumador. Su mundo se estrechó, convertido en un túnel de luz y un rugido de agonía. Solo fue consciente de la forma vaga de la tropa que se alejaba y lo dejaba encorvado en su silla.

Tras un momento, su montura dio un paso inquieto y él perdió el equilibrio, se deslizó de la silla y cayó sin notar siquiera el impacto. Quedó echado, mirando el cielo a través de un puñado de hojas doradas y secas de hierba hasta que una forma oscura le ocultó lo que veía y lo sentó.

Un golpe crudo que le escoció en la cara. Parpadeó y miró con los ojos guiñados a alguien agachado junto a él; se humedeció los labios.

—Ah, capitán Musgo. Gracias... pero no creo que haya mucha esperanza...

El capitán lo estaba estudiando. La cicatriz que le cruzaba la cara era una marca roja, lívida, que comenzaba a curarse. Con un suspiro, Musgo se sentó, arrancó una brizna de hierba y la mordisqueó. Poco a poco Toc empezó a caer en la cuenta de algo y una sonrisa melancólica invadió sus labios.

—Pero... tampoco va a intentarlo.

—No, señor.

Toc se echó a reír. Sufrió una convulsión y tosió. Algo húmedo le calentó los labios. Lo tocó y se examinó los dedos ensangrentados.

—Bueno. Así que la dama lo envió a usted, ¿eh? Creí que la Garra estaba comprometida.

—Soy un agente libre. A veces le ato cabos sueltos. —Musgo apartó la mirada y examinó el horizonte. Tras un momento dijo—: He llegado a admirarlo, de verdad. Quiero que lo sepa. Lo siento. —Cambió de postura sin levantarse y comprobó el terreno que tenía detrás—. Ella quiere que sepa que también lo siente. Siempre que no se acercara, estaba dispuesta a hacer la vista gorda. Pero esto... —Sacudió la cabeza, se sacó la brizna de hierba de la boca, la estudió y la tiró.

—Le sugiero que lo intente con Urko después —dijo Toc con un suspiro húmedo—. Pero primero arrímese mucho...

—Hábleme de esos Centinelas de la Frontera. ¿Qué o a quién están protegiendo?

La cabeza se le estaba hundiendo y Toc intentó moverla muy despacio de un lado a otro, quizá lo consiguió, no estaba seguro. Arrastró los dedos por el suelo y se llevó el puñado de tierra negra mezclada con sangre a la cara.

—Me alegro de morir aquí —dijo arrastrando las palabras—. Me alegro. El sol. El viento. Hermoso...

El otro se levantó y se sacudió el polvo de los cueros. Tras un momento los golpes de unos cascos sacudieron el suelo. Y después, nada. El viento aplastó las hierbas pesadas. Los insectos zumbaron. El sol calentó un lado de la cara de Toc. Después hubo otro movimiento. No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado, cada aliento parecía una eternidad de dolorosas inhalaciones seguidas por exhalaciones húmedas. Había otra persona ante él, un seti con mocasines y cueros. El hombre examinó sus heridas y levantó la cara, pero Toc solo vio un borrón oscuro. El hombre le dijo algo, una pregunta, pero Toc solo observó que la luz albergaba un fulgor dorado. El hombre se fue acompañado por muchos caballos. Regresó el silencio de la pradera, que en realidad no era silencio. Toc sintió que se unía a él.

Al principio, Noche no se lo pudo creer cuando los setis se retiraron. Pensó que era una especie de distracción, o un truco cruel. Estaba convencido de que estaban acabados. Pero se unió al gran rugido de vítores que siguió a la desaparición de los jinetes. El alto estandarte que marcaba el lugar donde la tropa de la espada estaba enzarzada en combate con los dorados moranthianos ondeó para alentarlos. El avance aplastante y constante de los dorados sobre la falange malazana vaciló. Delante de Noche, los irregulares apuñalaron el aire con los brazos y abrazaron a la infantería que momentos antes les había estado dando una paliza con la parte plana de la hoja de la espada.

Después, casi como si solo hubiera una mente, los escaramuzadores desaparecieron y Noche vio la falange de infantería falari acercándose a paso ligero. Era obvio que veían que era su única oportunidad para romper las unidades imperiales. Las faldas de cota de malla de hierro ribeteado en bronce destellaron cuando los falari entraron a la vez. Sostenían escudos amplios recubiertos de cuero grabado, entrelazados y firmes, espadas cortas metidas entre los escudos. Los yelmos cuadrados falari enmarcaban ojos, algunos entrecerrados para calcular, en busca de sus objetivos, otros muy abiertos en expresiones impacientes sedientas de sangre.

—¡Resistid! —bramaba el sargento mayor a la derecha de Noche—. ¡Resistid!

Noche habría echado a correr si hubiera podido. ¡Él no se había alistado para eso! ¡Para que lo derribaran en una estúpida batalla sin sentido! Pero estaba metido en la segunda fila y no podía ni siquiera levantar los codos. Solo podía mirar mientras las filas contrarias se acercaban, los pies que marchaban hacían temblar el terreno y el hedor a pis y miedo lo asaltaba, salido de los hombres y mujeres que lo rodeaban y

quizá de él también. Tenía la boca seca, agrietada de puro terror, tenía la mano entumecida sobre la empuñadura de la espada larga ligera de duelo que había recogido en Unta, durante el asalto de la Guardia.

Las filas delanteras chocaron y se aglomeraron, los escudos se deslizaron y chocaron contra otros escudos. Noche quedó aplastado y sin poder respirar entre la turba. Ni siquiera podía levantar la espada, tan implacables eran los dos cuerpos de soldados que se peleaban a empellones por el impulso. El polvo levantado por los pies que se arrastraban y empujaban lo cegaba y se le metía por la garganta cuando aspiraba ansiosas bocanadas de aire. Los soldados chillaban a su alrededor, de rabia, de dolor, de pánico, el ruido se fundía con el estrépito de las espadas y el crujido de los escudos hasta que todo se convirtió en un rugido sin sentido e ininteligible que solo sonaba como una bestia sedienta de su sangre. *Yo no*, era todo lo que su mente podía repetir como una plegaria personal, *yo no, yo no. ¡Yo no!*

El hombre que tenía delante cayó por un golpe en el cuello y la masa lo empujó aunque él no tenía deseo alguno de ocupar el vacío. En un acto de voluntad furioso por preservar el pellejo, estrelló su escudo contra el falari que tenía enfrente, se llevó la espada larga a los ojos y después la bajó alrededor del escudo para atrapar el interior de un muslo, cortar, y después retirarla. El hombre cayó sobre una rodilla y Noche le dio un puñetazo en la cara con el clavo del escudo. De inmediato, el falari que tenía detrás se abalanzó para estrellarle a Noche su propio escudo en la cara. Aturdido, apenas fue capaz de esquivar el ataque del hombre. Eso le enseñó algo, sin embargo, y se acomodó en una defensa tozuda y conservadora, usando el arma más larga para hacer retroceder a sus oponentes.

Lo que ocurría a solo dos soldados de distancia terminó resultándole completamente indiferente. Su mundo se redujo solo al enemigo que tenía delante y al hombre (o mujer) que sostenía el escudo de sus flancos. Durante unos breves instantes, cuando la fila de escudos entrelazados se movió sin obstáculos como uno solo, tuvo la sensación de formar parte de algo que era más grande que él mismo. Algo mucho más fuerte, casi omnipotente. Fue la sensación más embriagadora de su vida. Algo que jamás había sospechado siquiera que podía existir en el mundo. Y casi de inmediato se hizo adicto al poder de esa sensación.

No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado. De lo único que era consciente era de un agotamiento como jamás había imaginado. Todo se lo arrancaba el esfuerzo aterrado de vivir que le martilleaba en el pecho. Pero sacó fuerzas de alguna parte para levantar el escudo una vez más, para lanzar una estocada y bloquear. Pues hacer otra cosa significaría la muerte. Al final, entre una bruma rosa, notó que la presión que lo asfixiaba se reducía. Los soldados falari se separaban, giraban y echaban a correr. Los cuadrillos de ballesta los arrasaban en una galerna abrasadora, como alas oscuras que pasaran sobre sus cabezas. Noche se estremeció y se tambaleó cuando

varios cuadrillos se clavaron en su escudo. Abrió la boca para quejarse, pero no salió sonido alguno.

Ante él, los hombres y las mujeres de la milicia de ciudadanos voluntarios de Unta se escabullían por un campo abierto de cuerpos caídos.

—¡Derecha! ¡A la derecha! —rugió una orden. La falange giró, las armaduras entrechocaron—. ¡Marchen!

Entre la cortina de irregulares que se movían y salían disparados, Noche solo pudo ver los altos escudos y yelmos de los moranthianos dorados que se acercaban con su paso deliberadamente lento. Entonces apareció la infantería imperial, que avanzaba a la carrera desde el frente. Una tropa de caballería imperial regresó con un rugido, entre ellos se mecía el alto estandarte que marcaba la presencia de la espada.

La falange imperial de cabeza se había roto.

Y en ese momento, la tropa de Diente Bravo, con él incrustado dentro, cruzaba para sellar la brecha. Noche sintió que se le ponía la carne de gallina al pensar en el enfrentamiento inminente.

—¡Alto! —La falange quedó inmóvil, los pies pateaban como uno solo—. ¡Izquierda, ar! —Se giraron—. ¡Relevo! —Las filas cambiaron, pasaron unas junto a otras despacio. Noche se encontró más atrás, a tres filas de la primera. Un peso extraordinario abandonó sus hombros y, de repente, pudo respirar. Pero la sensación no duró mucho porque sabía que, si las cosas iban mal, no tardaría mucho en llegarle el turno otra vez.

—¡Cabo! ¡Cabo Noche!

La mujer que estaba al lado de Noche le dio un codazo.

—Alguien te busca, Miedica.

Un movimiento por detrás, entre las filas, y una mano golpeó el hombro de Noche. Este se volvió con el puño levantado. El capitán Hojalatero cogió la mano.

—Todavía con nosotros, por lo que veo —dijo Hojalatero, impresionado.

Noche intentó hablar, pero tuvo que luchar para humedecerse la boca.

—Ah, sí, señor.

El capitán alzó las cejas.

—¿Así que ahora es señor, eh? Bueno, reúne a tus sabotadores. Hay moranthianos caídos ahí fuera y esos idiotas de irregulares están recogiendo las municiones. Confíscalas todas. ¡Sabotadores solo! ¡Rápido!

—¡Sí, señor!

Noche fue recorriendo las filas escogiendo hombres y mujeres entre las líneas junto a las que pasaba. Al llegar a un flanco, se abrió camino, salió de la falange y se echó el pesado y ancho escudo a la espalda. De pronto, se sintió completamente expuesto, desnudo. Les dio una colleja a los chicos que tenía más cerca.

—¡Vamos! ¡A reunir municiones, registrad a esos puñeteros escaramuzadores,

cebo del Embozado! —Hombres y mujeres le dedicaron un saludo militar y él dio una sacudida, sobresaltado. *Ah, ya... ¡y no sienta bien ni nada!*

El campo abierto de batalla era una masa hirviente de escaramuzadores que corrían y maniobraban en busca de su posición. Tropas de caballería taliana y falari aparecían súbitamente, sin previo aviso, como una guadaña que derribaba irregulares y hacía destellar las espadas solo para dar media vuelta y alejarse antes de que pudieran hacer caer sobre ellos un fuego concertado. Pero la caballería de la Liga era demasiado escasa. En el instante en que pasaban los jinetes, los escaramuzadores se erguían y una vez más el fuego regresaba para castigar los muros de escudos de las formaciones de la liga malazana y los dorados.

Noche echó a correr y dirigió a su pelotón de diez hasta el rastro dejado por el avance de los dorados. A media distancia surgió un gran grito desde la falange de la Liga, al norte. Las espadas golpearon los escudos como un largo trueno. Noche se detuvo y se irguió, entre la masa de escaramuzadores que avanzaba a la carga vislumbró a la infantería imperial que huía al norte; la falange del puño D'Ebbin se había roto. Ya solo quedaban las tropas de Diente Bravo para enfrentarse a los elementos de la Liga que quedaban. Parte de él ansiaba regresar a esa seguridad recién hallada de la formación, otra parte sentía una puta alegría de no estar allí. Le hizo un gesto brusco a su pelotón.

Una tropa de caballería falari llegó a la carga y pasó derribando escaramuzadores. Destellaron sables, rojos y plateados. Un tipo gordo y barbudo sobre un enorme caballo de guerra moteado iba en cabeza. Lucía cuadrillos de ballesta engarzados en su armadura de hojuelas como si fuesen condecoraciones. El pelotón de Noche se agazapó hasta que la caballería pasó como un trueno, después continuaron. Llegaron a la estela de moranthianos dorados caídos y Noche se agachó junto a un cuerpo enterrado en cuadrillos de ballesta. Todo lo que el cadáver no llevaba sujeto había desaparecido. Los irregulares habían saqueado a conciencia el camino. Alguno incluso había intentado arrancarle al dorado de los brazos la armadura quitinosa, pero las placas parecían suturadas a su dueño. Una del pelotón, May, lo llamó agitando los brazos y Noche corrió hasta la mujer, que estaba arrodillada con una saca de cuero en las manos, la saca contenía una caja de madera dividida en compartimentos. Estaba vacía. Noche la tiró a un lado. *¡Malditos idiotas del Embozado! ¡Van a terminar volando en pedazos!*

—Vámonos antes de que nos hagan picadillo.

—Sí.

Noche los guió de regreso, rumbo al flanco de las tropas de Diente Bravo. Uno de los soldados de su pelotón, Rodaballo (¿se llamaba así?) lo llamó y señaló aterrado al oeste. Allí, tras una cortina de irregulares que había en medio, Noche vio una línea que se movía, soldados azules y verdes con escudos alzados que avanzaban a buena

marcha. Se extendía a lo lejos, al norte y al sur. ¡Mierda! ¡Reservas de la Liga avanzando en línea de escaramuza! Van a intentar barrer para que las unidades ligeras del Imperio retrocedan.

—¿Cómo reaccionamos? —preguntó Rodaballo mientras se limpiaba los mocos.

—¿Como en el puñetero abismo...? —Noche se contuvo y maldijo por lo bajo—. Vamos a buscar a alguien que esté al mando en este desastre. ¡Venga!

Se agacharon y cruzaron a la carrera una depresión natural de la ondulada llanura donde se había reunido un grupo de irregulares, todos arremolinados alrededor de algo, las ballestas sujetas sin fuerzas a los costados. Noche se acercó corriendo.

—¿Los agrietas? —preguntaba uno de la multitud.

—Na. Creo que los rascas.

—¡Prueba!

—No, prueba tú.

Los intestinos de Noche se tensaron con un terror gélido repentino. Se abrió paso de inmediato.

—¿Quién está aquí al mando?

Unas caras hoscas, burlonas, se volvieron hacia él.

—¿Quién quiere saberlo?

—¡Yo!

—¿Y quién eres tú?

—¡El cabo Miedica, ese! —bramó Rodaballo levantando el dedo a modo de advertencia.

Un silencio y después una galerna de carcajadas estridentes alrededor.

—¡Cabo Miedica! ¡Esa sí que es buena!

Noche agachó la cabeza. *Dioses, Rodaballo...*

—Sí, sí. Escuchad, vais a terminar volando en pedazos; peor que eso, vais a terminar volándome a mí en pedazos. Yo sé cómo se usan, así que entregadlos...

—¡Largo de aquí!

La multitud se deshizo. Hombres y mujeres salieron por piernas en todas direcciones.

—¡Esperad, maldita sea! —Ninguno se detuvo. En segundos lo único que quedaba eran cuatro escaramuzadores, los más jóvenes de todos. Vestían gorras lisas de cuero y camisotes de cuero blando cubiertos de aros y clavos. En las caras de los tres los granos y la viruela habían hecho estragos. Lo miraron con gesto suspicaz.

—¿Eres un saboteador de verdad?

—Sí, chico.

—¿Nos vas a enseñar a usarlos?

—Sí.

Intercambiaron miradas con los ojos entrecerrados.

—Bueno, vale, ¡pero los tiramos nosotros!

En un esfuerzo heroico, Noche sofocó el impulso de cogerlos por los tobillos y sacudirlos hasta que se les cayeran todas las municiones.

—Claro, chico. Los tiráis vosotros.

Les hizo un gesto para conducirlos al borde de la depresión. Allí se arrodillaron para echar un vistazo. Los muchachos amartillaron sus ballestas. El más pequeño se echó bocarriba, empujó con los dos pies la palanca de pata de cabra y la forzó hasta que encajó. Noche se quedó asombrado, y horrorizado. *Lo ha hecho tan rápido como cualquier soldado. Qué chicos tan locos y valientes.* Justo lo que a él le hacía falta.

Los escaramuzadores imperiales se enfrentaban en ese momento a una batalla fluida que iba cambiando en dos frentes. Al oeste, la línea de escaramuzadores de la Liga iba avanzando poco a poco contra los irregulares, que estaban cediendo terreno. La línea era larga y suelta, pero de tres hombres de profundidad, escalonada. Los que llevaban los escudos avanzaban cubriendo a sus arqueros o ballesteros. Su disciplina superior se notaba cuando se enfrentaban a los imperiales, que se limitaban a retirarse sin hacer el esfuerzo de organizar una línea unida. La caballería de la Liga que quedaba barría el terreno de un lado a otro por delante de la línea de escaramuzadores, las espadas lo segaban todo y desperdigaban los nudos de resistencia.

Al este esperaba la cuña hinchada y fusionada de elementos de la Liga y los moranthianos dorados. Y para Noche era obvio que los escaramuzadores se estaban arremolinando peligrosamente cerca. Las tropas de Diente Bravo debían de haber absorbido un castigo tremendo para contener todo aquello, pero seguían resistiendo. Tras ellos, la falange de reserva al mando de puño supremo Anand se acercaba para proporcionar refuerzos. Con ellos llegaba el estandarte de la espada. *¡Ah, estupendo! Ahora va a destrozar otro.* Noche les hizo un gesto a los suyos para que se apartaran a un lado.

Se agacharon y zigzaguearon entre la masa de irregulares. Los cuadrillos de ballesta zumbaban sobre ellos como insectos coléricos, tan cerca que Noche estuvo a punto de parar para perseguir a uno o dos de los delincuentes, pero echaron a correr cuando se dio la vuelta y renunció, era inútil. Mantuvo su pelotón en una posición tan próxima al muro de escudos de los dorados como se atrevió. A su alrededor, los escaramuzadores se arrodillaban, cargaban y disparaban. El chirrido y zumbido de los cuadrillos que cruzaban el aire era implacable. Habían pasado junto a cuerpos de escaramuzadores que exhibían cuadrillos en la espalda, gajes del oficio, el fuego amigo era así. De vez en cuando los irregulares se atrevían a avanzar y una oleada de jabalinas que salían dibujando un arco de la formación moranthiana los hacía retroceder. Un poco más allá, los gritos y el choque de las armas del feroz enfrentamiento de las unidades pesadas resultaba ensordecedor. Agachado, Noche

llamó a su pelotón con la mano.

—De acuerdo —gritó—. A ver, quiero que busquéis a uno de esos dorados que lleve algo, quizá a la espalda o al costado. Será de este tamaño, un paquete o una caja...

Desde su posición sobre un modesto altozano con vistas a la batalla, Ullen se sintió enfermar. Esa horda de escaramuzadores estaba haciendo estragos en sus fuerzas. Pronto, posiblemente, ya no les quedara ninguna unidad entera. Si las unidades pesadas de los dorados y los talianos podían abrirse camino y obligar a la emperatriz a retirarse, entonces tendrían una oportunidad de negociar los términos. De otro modo terminarían deshaciéndose poco a poco hasta la nada. Deseó a Urko que lo acompañara la suerte con su frente de escaramuzadores. ¡Dioses! ¡Un frente! ¡Formaba un frente con la caballería imperial todavía en la reserva! Pero era cuanto tenían. Se volvió hacia uno de los mensajeros que esperaban con su estado mayor junto al voluminoso carruaje de Bala, del que habían desenganchado todos sus caballos para gran disgusto de la mujer.

—¿Alguna noticia de Toc?

—Ninguna. Al parecer fue tras los setis, no se le ha visto desde entonces.

Pobre hombre. Seguramente lo habían matado por vergüenza. Examinó el campo de batalla. Era difícil de decir (el polvo levantado por todos esos pies que no dejaban de moverse oscurecía los detalles), pero parecía que los escaramuzadores se estaban arremolinando de forma favorable. Estaba a punto de decirle a Bala que le mandara un mensaje a V'thell cuando, al otro lado del campo, los estandartes imperiales y las banderas de batalla que bajaban y dibujaban círculos llamaron su atención. La caballería imperial (muchos luciendo los estandartes de sus propias familias nobles) se ponía en marcha. Dos alas salían a medio galope de la retaguardia, donde un estandarte horizontal alto y gris lucía el cetro imperial. Dibujaron un arco alrededor del campo de batalla hacia el norte y el sur. Pero pocos. Muy pocos. Menos de un millar en total, calculó. Su mirada se posó en el fino frente de escaramuzadores de Urko. Tenían encima el riesgo que habían incitado. De repente le pareció que habían esperado demasiado tiempo.

—¡Bala! ¡Bala!

—¡No ladres tanto! ¡Estoy aquí! —fue la voz desdeñosa desde el interior del carruaje.

—¡Dile a V'thell que es la hora! ¡Abre!

—¡Sí, sí!

Un destello en el campo de batalla lo hizo estremecerse. Fue seguido por un estallido de tierra y cuerpos que se alzaban muy por encima de la formación de dorados y salían volando en todas direcciones, los cuerpos con armaduras subían

dando vueltas y se precipitaban al suelo girando. El eco atronador de la explosión lo alcanzó como un retumbo lejano.

¡El Embozado nos proteja! ¿Un cuadrillo de ballesta afortunado? ¿Quién podía saberlo? Casi se echó a reír. Su orden bien podría ser ya irrelevante una vez desempaquetadas las primeras municiones. V'thell seguramente se limitaría a seguir adelante. Observó de soslayo, con una pequeña mueca de dolor, en busca de la tormenta de fuego que iba a estallar. Su mirada captó la cima del afloramiento lejano del sur, dorado bajo el sol de últimas horas de la tarde. Y la Guardia. ¿Qué harían? Si Laseen ganaba, ¿arrojarían todo su peso contra ella al ver que estaba debilitada? Pero ¿qué podían esperar lograr? Otro reclamaría el trono. ¿Y si Urko y Choss, allí abajo, en medio del caos, conseguían prevalecer? ¿La Guardia se limitaría a irse, los términos de su juramento cumplidos de forma suficiente?

—¿Qué percibes de la Guardia? —le preguntó a Bala.

—¡Aah! Quizá no seas tonto después de todo, pequeño Ullen. No se han desplegado... todavía. Pero observan. Y esperan. Y aguardan su momento.

¡Menuda aliada estaba resultando ser esa maga!

Un momento después un jinete llegó a la carga por detrás de la posición de Ullen y dio un tirón salvaje a las riendas.

—Setis acercándose por la retaguardia, señor —informó—. Una columna larga. —El personal y los guardias de Ullen modificaron sus posiciones y sacaron las espadas. Poco después, cinco jinetes setis subieron al galope. Ullen levantó una mano y espoleó su montura para ponerse delante. El seti que iba en cabeza era como un toro. Vestía una armadura de capas de aros, lucía una veintena de lanzas, jabalinas y dos hachas de mango largo cruzadas a la espalda, además de cuchillos largos envainados en las caderas. Bajo el yelmo romo de bronce, los rasgos llenos de cicatrices y curtidos por el sol y el viento eran los de un hombre sorprendentemente anciano.

Una intuición le susurró a Ullen, que inclinó la cabeza.

—¿Eres ese tal Salvaje de las Llanuras?

—Lo soy. Y he venido a ofrecer cierta medida de compensación, malazano, por la traición de mis compatriotas.

—¿Y qué es?

—Cabalgaremos contra la caballería imperial, ¡solo la caballería y nada más! ¿Qué dices?

Ese ofrecimiento inesperado, la respuesta a su desesperación, hizo que a Ullen se le desdibujara la mirada. Sintió tal nudo en la garganta que fue incapaz de hablar. *¡Gracias a los dioses caprichosos que se estarán partiendo de risa!*

—¿Y bien? ¡Habla, condenado!

Ullen luchó por respirar.

—Sí, sí, por supuesto. Tu llegada es muy oportuna.

—Maldita sea... hemos estado observando. —El hombre se irguió en la silla, levantó una mano para hacer una señal y avanzó con el caballo. Un rugido de vítores surgió detrás de la posición de Ullen, y después se oyó el rumor sordo de un centenar de caballos al galope. Pasaron junto a ellos a la carga, lanzando vivas y cantando, con las lanzas levantadas. La mayor parte no llevaba ningún fetiche animal, aunque algunos lucían pieles y mechones de lobo, león y hurón atados a sus lanzas o en la espalda.

Gracias, seas lo que seas. Y gracias al viejo rencor que te empuja a echar una mano.

La detonación que siguió al lanzamiento que efectuaron sus chicos de sus fulleros contra los moranthianos dorados, que llevaban una caja de munición, excedió hasta las expectativas más optimistas de Noche. Lo lanzó a él y a su pelotón hacia atrás, aunque estaban echados bocabajo. Tierra, gravilla, equipamiento hecho pedazos y otros trozos húmedos en los que no quiso pensar empezaron a caer en una densa lluvia pasajera. Cuando cesaron los ecos de la conmoción, se sentó y se llevó una mano a una oreja para intentar recuperar un poco el oído. A su alrededor, el combate se había detenido y un estremecimiento pareció recorrer cada soldado presente cuando todos y cada uno se dieron cuenta del terrible giro que acababa de tomar la batalla. Cuando se recuperó, su pelotón empezó a dar saltos en lo que para Noche era una alegría silenciosa, infantil. Alrededor del círculo de moranthianos dorados caídos, Noche observó que los yelmos comenzaban a volverse hacia ellos. Indicó la retirada con gestos frenéticos y empezó a meter prisa a su pelotón para que retrocedieran. Una andanada de jabalinas los azuzó.

Se abrieron camino rumbo a la retaguardia mientras la multitud de irregulares parloteaba y les preguntaba cómo lo habían hecho y si ellos también podían coger uno. Rodaballo, con la gran barbilla muy sacada, les dijo a todos que el cabo Miedica acababa de volar por los aires a la mitad de los moranthianos dorados y que no iba a ser lo último. Noche solo le dio una palmada en el hombro.

—¡Te quieres callar! —Se volvió hacia los jóvenes—. ¿Cuántos más tenéis?

Sus sonrisas desaparecieron. Los ojos salieron disparados de unos hacia otros.

—No sé... ¿cuántos tienes tú? —le preguntó uno a otro.

—¿Cuántos tienes tú? —replicó el otro.

Dioses, ya son saboteadores.

—¡De acuerdo! De acuerdo. Vamos a poner todo lo que tenemos aquí, en mi escudo. ¿Vale?

Mirándose unos a otros con expresión hosca, los jóvenes se arrodillaron. Noche

se descolgó el escudo. De mala gana, los chicos se metieron las manos en los bolsillos y las sacas y uno por uno, pieza por pieza, se reveló el alcance de su alijo. Noche estaba encantado y horrorizado al mismo tiempo. *¡Lad, apártate! ¡Ocho fulleros, dos fusores y una colección de humeantes! Y... ¡Por la gracia de la Señora!* Pasó una mano por el ovoide de color dorado oscuro. *Un maldito. ¡Traen malditos a la batalla! Así que eso fue lo que pasó.*

Una banda de escaramuzadores se acercó corriendo y se agachó con las ballestas en alto. Los chicos de Noche se arrojaron sobre su tesoro.

—¡Eh! —exclamó uno—. ¿Eso fuisteis vosotros? Nosotros también tenemos. ¡Enseñadnos cómo lo hicisteis!

Noche les hizo un gesto para que se acercaran.

—Eso fue un caso aislado. No vamos a ver nada parecido otra vez.

—¿Eres Miedica?

Noche levantó los puños como si estuviera a punto de coger un puñado de la camisa del tipo. Después los dejó caer y bajó los hombros.

—Sí. Soy yo.

—¡Vale! ¡Queremos de eso!

—De acuerdo... —Tras el muchacho, procedente del muro de escudos de los dorados, Noche vislumbró una andanada de objetos oscuros que volaban muy por encima de las filas apretadas de escaramuzadores. El corazón se le encogió.

—¡Al suelo! —Y se arrojó sobre los muchachos y las municiones reunidas.

Una retahíla de estallidos secos retumbó por todo el campo. Los escaramuzadores chillaron cuando las astillas dentadas metidas en los fulleros moranthianos atravesaron las filas apretadas.

—¡Retirada! —aulló Noche con todas sus fuerzas—. ¡Retirada!

Los muchachos y él recogieron el escudo y echaron a correr. Pero no llegaron muy lejos. De inmediato se arremolinaron contra los irregulares que le disparaban al frente de escaramuzadores de la Liga que no dejaba de avanzar. Tras ellos continuaba el castigo de las municiones doradas. Explosiones escalonadas hendían el aire. El humo flotaba sobre el campo de batalla en nubes blancas y negras. Donde estaba Noche daba la sensación de que estaban masacrando a los escaramuzadores desde los dos bandos y que, a menos que alguien hiciera algo, él no tardaría en unirse a ellos.

Les indicó a los muchachos por gestos que cogieran sus municiones y después levantó su escudo y miró a su pelotón.

—¡Vamos a romper el frente de escaramuzadores aquí o morir! —Señaló a los jóvenes—. A ver, vosotros. ¡Vosotros vais a lanzar cuando yo grite! Y después seguid contra cualquier maldito taliano que venga corriendo a servir como refuerzo. ¿Comprendido? —Unos rostros pálidos y sudorosos asintieron, tensos por el terror—. ¡Bien! De acuerdo. —Sacó la espada larga—. ¡Seguidme!

Noche corrió hacia el frente de escaramuzadores. En cuanto juzgó que la distancia era la adecuada, gritó: «¡Tirad!». Después «¡Al suelo!», y se arrodilló detrás de su escudo. Momentos después los estallidos de fulleros lo golpearon. Las astillas se clavaron en su escudo con chirridos agudos. Se irguió entre el denso humo, bramó «¡A la carga!», y avanzó corriendo. Por Trake, esperaba que pudieran oírlo suficientes hombres y mujeres, tan valientes como locos, para seguirlo.

Se abrió camino entre el humo y de repente se enfrentó a un infante taliano que se sujetaba un brazo hecho pedazos. Noche estrelló el escudo contra ese brazo, lo que provocó un chillido de dolor, y luego atravesó al hombre con la espada cuando estaba tirado, retorciéndose. Otro de la pesada taliana, que estaba cerca, todavía sujetaba un escudo despedazado y Noche intentó derribarlo de espaldas, y aunque era obvio que estaba aturdido por las explosiones, el hombretón no cedió ni un milímetro. El tipo le lanzó una estocada a Noche y los dos intercambiaron unos golpes. Tres más de la pesada taliana se levantaron de donde se habían tirado para ponerse a cubierto y Noche supo que estaba metido en un buen lío. Por encima de sus hombros y detrás de los codos, los cuadrillos de ballesta atravesaban el aire y le tiraban de la sobrevesta. Uno le hizo un corte en el brazo, otro en la pierna. Los de la pesada rezongaron y levantaron los escudos. Rodaballo y otros se estrellaron contra ellos a toda velocidad y los lanzaron hacia atrás entre un destello de cuchillos largos. Noche pasó junto a esa muchedumbre que se retorció y entrechocó los escudos contra otro de la pesada taliana que corría para cerrar la brecha. La estocada de una espada corta alcanzó a Noche en el costado, se atascó en su camisote y le quitó el aliento. Se dobló en dos, dio un paso atrás y una espada rebotó en su casco. Otra descarga cerrada de cuadrillos de ballesta azotó el aire a su alrededor y le hizo zumbar los oídos; algo le golpeó el revés de la mano envuelta en cota de malla y la espada salió volando de entre sus dedos. El taliano estrelló el escudo contra él y lo mandó tambaleándose hacia atrás. Y después, una horda de escaramuzadores los pisotearon a los dos. El taliano cayó bajo una tormenta de estocadas y lariada continuó. Noche se detuvo y aspiró grandes bocanadas de aquel asfixiante aire lleno de humo. Habían pasado. Se apoyó en su escudo, de repente tenía las piernas débiles. Se sentó con gesto pesado en la hierba aplastada que quemaba. *Él no se había alistado para eso. No, para nada.*

Horrorizado, Ullen observó la marea de ligeros imperiales que poco a poco envolvían sección tras sección del frente de escaramuzadores de la Liga. Ni siquiera la columna seti, que se enfrentaba a la caballería imperial pesada, podía hacer mucho por restañar la hemorragia. En el frente, la falange dorada y taliana había avanzado con la conmoción de la cortina de fuego de las municiones, pero una buena cuña de la formación imperial, incluyendo el estandarte de la espada, seguía resistiendo. Y ya estaba, todo lo que ambos bandos podían hacer. Se habían involucrado todas las

reservas en ambos lados. Muy pronto los irregulares serían libres de concentrar el fuego una vez más. Mientras miraba, otra cortina de fuego de municiones castigó la falange imperial que se enfrentaba a los dorados y los irregulares circundantes. Los imperiales se negaron a deshacerse; Ullen tenía que admirar tan inspirada obstinación.

Tras cierto número de pasadas, los setis sacaron la caballería imperial del campo de batalla. Muchos de los brillantes y relucientes estandartes de familias untan habían caído ante el hombre que encabezaba las cargas. Ese hombre, Salvaje, se apartó de la columna con una pequeña escolta y regresó a la posición de Ullen. Detuvo su montura, los cascos seguían golpeando el suelo. La sangre y la espuma empapaban los cuartos delanteros del animal. Todas las lanzas del jinete habían desaparecido, al igual que las jabalinas. Había perdido un hacha de guerra, quizá hecha pedazos. La armadura tenía desgarros en las caderas y brillaba allí donde había recibido golpes que habían arañado el hierro. Ya no llevaba yelmo y la sangre le bañaba el cuello. Sangre y entrañas le oscurecían los guanteletes. El tipo parecía hacer caso omiso de heridas que habrían dejado a cualquier otro postrado.

—Muchas gracias —le dijo Ullen—. Aunque no creo que sea suficiente.

El hombre se pasó un trapo arrugado por la cara y señaló el campo de batalla.

—No lo es. Digamos solo que así ajustamos viejas cuentas. —Miró a Ullen a la cara, la mirada endurecida—. ¿Qué harás? ¿Vas a ceder? Ahí abajo hay hombres y mujeres muriendo sin una buena razón.

Ullen ya estaba asintiendo. Sí, eso era lo único que podía hacer, aunque no tenía valor para decirlo en voz alta. Llamó con un gesto a un mensajero y se tragó el nudo que tenía en la garganta.

—Alza la señal de rendición.

El mensajero miró a su alrededor, al estado mayor reunido, ninguno de los cuales dijo nada. El mensajero empalideció y su rostro adquirió un tono gris enfermizo, pero solo asintió y azuzó su montura con las rodillas.

Salvaje inclinó la cabeza ante Ullen a modo de reticente reconocimiento de lo que debía de haberle costado tomar aquella decisión, después giró su montura para descender de nuevo al campo de batalla.

—¡Bala! —exclamó Ullen, la voz bronca.

—Sí, sí —respondió ella, igual de irritada—. Sigo aquí. ¿Crees que ya he huido?

—¡No, claro que no! Manda recado a Urko, Choss y V'thell. Rendición.

—¿Informo a la maga suprema imperial?

A Ullen le dio un vuelco el estómago lleno de nudos.

—¿La qué?

—Lleva un rato observando. Si yo hubiera intervenido en la batalla, habría golpeado. Y aunque no la considero digna de ese título, su ataque sin duda te habría

eliminado a ti y a tus hombres.

—Pues muchísimas gracias, Bala —dijo Ullen entre dientes. Esperó una réplica, pero no hubo ninguna—. ¿Bala? —Silencio. Ullen desmontó y se acercó al carruaje con las piernas débiles y entumecidas de estar todo el día sentado. Abrió de un tirón la puerta y se asomó. Vacío. Completamente vacío. Ni siquiera un trapo caído o una mota de suciedad.

Zarigüeya se pasó la batalla entera con el ojo puesto en el magnífico pabellón levantado para albergar a Laseen. Por supuesto, sus comandantes de los escalones inferiores habían apostado varios operativos de la Garra, pero Zarigüeya ya no sabía en quién confiar. Con franqueza, esa había sido siempre su política y le había servido bien durante toda su carrera, le había salvado la vida más veces de las que podía contar. En ese momento, sin embargo, tenía muchas sospechas y dudas molestas, más de las habituales. Tenía pruebas sustanciales de una estructura de mando paralela organizada por una subordinada, Anillo, que perseguía sus propios fines. Eso él no podía tolerarlo, sobre todo porque esos fines desde luego no lo incluían a él.

Así que hizo lo que mejor sabía hacer, observar y esperar. Laseen había impuesto una moratoria contra cualquier tipo de caza de cabezas de momento, así que él podía relajarse. Podía esperar. No le parecía que Anillo fuera tan torpe como para hacer caso omiso de ese edicto. Se encontraba, oculto por la hechicería, a la sombra de una tienda pequeña que ofrecía una buena vista de la parte posterior de la residencia imperial, a la espera. Vigilaba las dos cosas, los terrenos mundanos y a través de su senda de Mockra.

El ruido y la confusión de la batalla que se libraba al oeste subía y bajaba y, con franqueza, a Zarigüeya le importaba una mierda. No era su trabajo. Miembros del personal militar, soldados de alto rango y nobles iban y venían. También no combatientes, sirvientes, cocineros, artesanos, los que vaciaban los orinales, todos los necesarios para mantener tan augusta morada. Eran esos los que más interesaban a Zarigüeya. Los sirvientes sin cara que iban y venían sin que nadie percibiera su presencia. ¿Con cuánta frecuencia había aprovechado él la ceguera selectiva de sus superiores sociales?

El día decayó, el sol de últimas horas de la tarde irrumpió por el cielo despejado más al oeste y encontró su posición contra la lona de la tienda. Zarigüeya guiñó los ojos. El sudor le caía por los brazos. Nada. Todo el día y nada. Se sintió ofendido... No, más que eso, ¡estaba indignado! ¿A qué estaba llegando su profesión? Seguro que no era el único con su... ¿cómo decirlo? Su curiosidad profesional. Decidió recordar las idas y venidas de todo el día en busca de un patrón. Algún descuido o detalle traidor. Y tras repasar tantos movimientos individuales, miradas y gestos de los que pasaban creyó encontrarlo. Una mujer. Civil. La mujer de un oficial, su

esposa o su querida. Siete veces los recados de la mujer y sus aparentes paseos al azar la habían llevado a rodear muy de cerca las paredes de la tienda. ¡Y su forma de caminar y su porte! Esa no era ninguna seguidora del campamento. Cada vez hacía alarde de ir a observar la batalla, pero se pasaba más tiempo estudiando la tienda y sus guardias que mirando al oeste. Una pena, en realidad; más entrenamiento y experiencia y sería casi indetectable.

Zarigüeya se alzó varias veces sobre la puntas de los pies para mantener las piernas ágiles, después pasó los dedos por los pomos de los cuchillos que llevaba metidos por las mangas. *Vuelve, señorita. ¿Quién eres? Pero lo que es más importante... ¿para quién trabajas?*

Esperó y esperó. El sonido de la batalla fue decayendo. Un frenesí de mensajeros a caballo iba y venía. ¿Había ganado alguien aquel aburrimiento de puñetera batalla? Habían ganado ellos, suponía. Se reunió una multitud de los seguidores del campamento, heridos y sirvientes, mantenidos a distancia por los guardias imperiales. Sí, a juzgar por las sonrisas entusiasmadas de todo el mundo, se imaginó que debían de haber ganado. Y después, allí estaba la chica. Salió tras ella, envuelto en velos de Mockra para desviar la atención.

Alrededor de la chica, que él percibiera, no parpadeaba ninguna senda alzada. La chica se quedó mirando al oeste durante un rato, le lanzó miradas a la tienda imperial y después regresó al campamento. Una muchachita de nada, un placer contemplarla. Cabello largo y negro. De vez en cuando Zarigüeya no era el único que la seguía. El camino de la chica la llevó de regreso a las tiendas de los oficiales. No vio gestos en la joven que traicionaran que fuera consciente de su presencia. Entró en la tienda de un oficial de no muy alto rango, un teniente quizá; había levantado la solapa de lona y después la había dejado caer tras ella. Zarigüeya se detuvo junto a la tienda de al lado. Bueno, bueno. Eso sí que lo decía todo. Un talento como ese jamás se conformaría con un teniente. Solo su forma de andar era digna de un capitán como mínimo. Zarigüeya sondeó de la forma más pasiva posible los alrededores y la tienda misma. No había magia activa de sendas que él pudiera detectar. La chica estaba allí, sentada. *Muy bien. Dejó caer sus hojas favoritas en las manos. Hora de ganarse el sueldo.*

Apartó la solapa de la tienda, su senda bailaba en las puntas de sus dedos, las dos hojas alzadas, miró hacia donde la chica había estado sentada y una mano se cerró alrededor de su cuello como el mordisco de un mastín y lo empujó al suelo de tierra. Con la cara metida en el polvo lanzó navajazos y dio patadas. Después alzó su senda una vez más, pero la mano lo apretó todavía más, de forma casi imposible, haciéndole chirriar las vértebras del cuello. *¡Tanta fuerza! ¡Inhumana!*

—No lo hagas —le susurró la voz de una mujer al oído.

Zarigüeya reconoció la voz. La había oído el día del ataque de la Guardia. Era la

segunda vez que esa niña-mujer lo vencía. Dejó escapar su senda.

—Bien. —La chica le quitó de un tirón los cuchillos, como si fuera un niño, y le incrustó uno contra un lado del cuello—. Y ahora —susurró, tan cerca que sentía su aliento húmedo—, ¿qué debería hacer contigo? Y con eso no me refiero a dejarte ir... oh, no. Lo que quiero decir es, ¿cómo te mato? Te dejaré elegir. ¿Quieres que te meta esta hoja por la barbilla o que te la clave en el ojo? ¿La deslizo por las costillas hasta el corazón? —La mujer se agachó todavía más de modo que le rozó la oreja con los labios—. Dime lo que quieres —dijo en voz baja y ronca.

A pesar de la cruda certeza de estar a punto de morir, lo poseyó una oleada lasciva por aquella niña-mujer asesina. La deseaba más de lo que podía expresar. Abrió la boca para decirle lo que quería cuando la solapa de la tienda se abrió y una mujer se puso a gritar como loca.

—¡Se han rendido! —Y después chilló.

La asesina gruñó algo en un idioma que Zarigüeya no conocía. El espía se giró de golpe y se la quitó de encima. Se levantó de un salto, ya había sacado otras armas, pero la chica había desaparecido. Zarigüeya apartó de un empujón a la mujer que seguía gritando y fue a buscar fuera. Por supuesto, no había ni rastro. Calmó a la mujer con una oleada de Mockra.

—Gracias. Sabes, su rendición me ha salvado la vida. —Se inclinó para irse, después hizo una pausa y se volvió, la miró de arriba abajo, no estaba mal. Un poco más de su tipo y quizá hubiera... bueno, el deber y todo eso... Se dirigió a la tienda de la emperatriz.

Allá a lo lejos, en el horizonte occidental, el sol poniente había dejado atrás unas nubes bajas y Noche estaba sentado dejando que la cálida luz sesgada le calentara los viejos huesos. ¡Viejos! ¡Ja! Esa misma mañana él se creía joven. Pero al final del día se sentía viejo, sobre todo en compañía de esos jovenzuelos. Viejo y acabado. Le costaba demasiado hasta abrir los ojos. Pensó en todas las estupideces que había hecho y se juró no volver a hacer jamás nada parecido. Y no era que él fuera una especie de buscador de gloria ni ninguna mierda parecida; no, él lo había hecho solo para conservar su precioso pellejo.

Alguien le dio unos golpecitos en la bota estirada. Guiñó los ojos y se los protegió contra el fulgor naranja dorado, después levantó la cabeza y vio a un oficial imperial.

—¿Sí? Ah... ¿sí, señor? —E hizo un saludo militar.

—¿Eres el cabo Miedica?

—Ah, no y sí, señor.

—Tu capitán te busca. Algo sobre una distinción.

—¿Es eso cierto, señor? Gracias, señor.

El oficial se fue, Noche hizo un esfuerzo por levantarse y fracasó. Volvió a caer

contra su escudo, en el mismo sitio en el que se había sentado cuando se había roto el frente de escaramuzadores. Se sintió como si todos los hermanos de todas las chicas a las que les había robado besos y les había metido mano y, más todavía, lo hubieran alcanzado y le hubieran dado una paliza con porras de madera. Era increíble, pero las peores heridas se las habían infligido los propios escaramuzadores. Después de agotarse el subidón de adrenalina de la batalla, le sorprendió encontrarse con que un cuadrillo de ballesta le había atravesado por completo el interior de un muslo. Otro le había excavado el cuello con una brecha que no dejaba de sangrar, mientras que otro le había abierto el dorso de la mano y otro casi le había arrancado las orejas al moverle el yelmo de un lado a otro. Y sabía que había tenido una suerte tremenda.

Se movían sombras por el campo de batalla cada vez más oscuro; los heridos aturcidos vagaban sin rumbo; los seguidores del campamento buscaban a sus seres queridos y en secreto saqueaban a hurtadillas; las brigadas de sanadores recogían a los heridos. Noche no se molestó en levantarse, no podía. A su alrededor, su pelotón estaba despatarrado, igual de callado, compartiendo botas de agua y trozos de tortas secas. Él tomó un sorbo de agua, se enjuagó la boca y escupió el polvo y la sangre. Rebuscó por si tenía dientes sueltos, le habían dado un buen mamporro en la mandíbula.

Se acercó alguien. Noche miró, lo reconoció, se levantó con una mueca y se apoyó en una pierna. Hojalatero. El capitán lo miró de arriba abajo.

—Estás hecho una mierda del Embozado.

—Gracias, señor.

—Pero estás vivo.

—Sí, señor. —Sus ojos se concentraron en el capitán—. ¿Perdón, señor?

El capitán miró al oeste y se alisó el bigote.

—Tú y Menor. Y Heuk.

Él y Menor. Y Heuk. ¿Eso era todo? Así que Manos y Dulce Muchacho la habían espichado. La gran y sensual Manos, muerta y fría. ¡Maldito fuera el Embozado, qué desperdicio! Pensó en todas las cosas horribles que le había dicho y hecho a aquella mujer y se sonrojó, le faltaba el aliento. Manos se había llevado todo ello al Embozado con ella; ya no habría oportunidad de que él las retirara, o se disculpara, o le dijera que seguramente tenía razón, carajo.

—Lo siento, señor.

—Sí. Yo también. Pero... —dijo un empellón al brazo de Noche—, felicidades. Ahora eres oficialmente sargento. —Le tendió un brazalete gris—. Por lo que he oído, te lo has ganado.

Noche lo cogió sin fuerzas entre los dedos. ¡Él, sargento! ¿Qué pensarían ahora en su casa? Era lo que siempre había querido, pero ahora que lo tenía se dio cuenta de que era otro maldito fraude. Sería un insulto para Manos y Dulce Muchacho que él se

pusiera ese brazalete. De repente recordó que el capitán todavía estaba allí de pie, con él.

—Ah, sí. Gracias, señor.

—No hay de qué, sargento. —Hojalatero inclinó la cabeza hacia un lado—. ¿Son estos tus chicos?

—Sí. Pelotón de diez, señor.

—Muy bien. Tu primera misión es ayudar con las fortificaciones que rodean el campamento. Llevan levantándolas todo el día. El puño supremo Anand quiere una zanja y una empalizada, o un muro de estacas. Lo que tú y los otros zapadores podáis apañar.

Con los ojos todavía en el trazo, Noche le contestó.

—Sí, señor. —Confuso, levantó la cabeza—. ¿Por qué, señor?

—¿Por qué? —Los ojos pálidos y llorosos de Hojalatero lo contemplaron con algo parecido a la compasión, o la dulzura—. Aquí se ha derramado un mar de sangre, Noche. Cae la noche. Va a venir. Tenemos que prepararnos para él.

Él. ¡Él! ¡Oh, que Ascu lo proteja! ¡Él! Miró al pelotón.

—¡Arriba, zánganos! ¡Nos toca destacamento de pala! ¡Venga! Al campamento. ¡Tienen comida caliente, según he oído! Venga, vamos. —Se volvió hacia el capitán Hojalatero y lo llamó—. ¡Señor! ¿Qué le pasó a ese viejo zoquete, cómo se llama, el sargento mayor?

El capitán se quedó quieto un momento.

—¿No te has enterado?

—No, señor.

—Se enfrentó a los dorados todo el tiempo, Noche. Los paró en seco. Gracias a él no nos rompimos, a él y a Diente Bravo. Pero al final lo atraparon. Lo volaron en pedazos con sus municiones.

—Una pena.

—Sí. Una pena. Te veo en el campamento.

Maldita fuera. Otro más. Les hizo un gesto a sus hombres. Al parecer el pedorro conocía su oficio, después de todo.

Fue desagradable cruzar hacia el este. El hedor de las entrañas derramadas y los intestinos sueltos obligó a Noche a taparse la nariz. En algunos sitios era difícil encontrar un paso libre para caminar. Por los cuerpos despatarrados, estaba claro que los escaramuzadores con sus armaduras ligeras se habían llevado una paliza salvaje, pero al mismo tiempo habían provocado una matanza entre los regulares talianos y falari. Los heridos clamaban o solo gemían, y les hacían gestos de impotencia cuando pasaban. Sus chicos y chicas prometieron enviar ayuda a cada uno, ¿qué más podían hacer? Las gaviotas, los cuervos y los buitres los sobrevolaban y saltaban entre los cuerpos, resplandeciendo con los fluidos y riñendo entre sí. Noche los apedreó.

—Sargento —lo llamó un hombre en taliano con un marcado acento. Noche se volvió. Era el comandante de la caballería falari. Yacía atrapado de lado bajo su caballo muerto. Los cuadrillos de ballesta sobresalían de los dos como plumas. Noche se agachó a su lado y le quitó el casco al tipo—. Muchas gracias —dijo con una sonrisa tras la gran barba rojiza.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Nada. No puedo quejarme. Tengo un buen caballo conmigo.

—¿Quizá un poco de agua?

El hombre hizo una mueca de asco.

—¿Agua? Dioses, hombre, ¿y para qué? No, pero hay una petaca de buen aguardiente falari en la bolsa de mi cintura, ahí... —Señaló con la barbilla. Noche rebuscó en la bolsa y, mientras lo hacía, vio que el hombre tenía uno de los brazos atrapado debajo mientras que el otro lo tenía cosido al costado por tres cuadrillos de ballesta. Encontró una petaca de plata llena de abolladuras y muescas y la destapó. Vertió un sorbo en la boca del hombre. Una dicha pura iluminó la cara del comandante cuando tragó—. Se lo agradezco.

Noche le hizo un gesto a su pelotón para continuar.

—Tenemos que irnos.

—Sí, lo sé. Pero tengo un favor que pedirle, soldado.

Oh, dioses, no. Eso no.

—No... Lo siento.

—Ah, bueno, lo entiendo. Son los pájaros, sabe. Unas bestezuelas malignas que cada vez se acercan más. Y yo... bueno... —Bajó la cabeza y se miró los brazos inútiles.

¡Por la misericordia de Soliel! ¿Cómo iba a dejar al hombre con... eso? Pero él no era ningún asesino. ¿Qué podía...?

—¡Rodaballo!

—¿Señor?

Noche le metió la petaca en las manos.

—Quédate aquí con este oficial herido, llama a un sanador.

Rodaballo hizo un saludo militar, una sacudida con los miembros largos y desgarrados y la barbilla sacada.

—Sí, señor.

—Está bien. Vámonos.

Cuando se dieron la vuelta, Noche oyó al comandante de caballería dirigirse a Rodaballo.

—Bueno, ¿y tú has estado alguna vez en Falar?

Para cuando alcanzaron el límite oriental del campo de batalla tenían los pantalones y las medias de tela pintadas de rojo hasta las rodillas de abrirse paso entre

las hierbas empapadas. Las moscas los atormentaban y el sol que se ponía con un color rojizo arrojaba su luz casi paralela a la llanura y teñía el campo de matanza de suntuosos tonos melosos. Noche vislumbró unas formas de tono ocre que cruzaban a grandes zancadas las colinas, a lo lejos, y se estremeció. Chacales o lobos. Ellos ya estaban allí y él, ¡él! se acercaba. Les hizo un gesto a sus chicos, es decir, a sus hombres y mujeres para que aceleraran el paso, todos se habían quedado en silencio en el curso espeluznante de aquella marcha.

La lluvia que había estado amenazando todo el día cayó con el frescor de la noche. Después de afanarse bajo el chaparrón junto a sus hombres para terminar las defensas del complejo imperial, profundizando la encharcada trinchera exterior, ayudando a apuntalar los troncos de la empalizada, a Ullen, junto con un puñado de oficiales más, los separaron del resto. Los trasladaron a paso de marcha a la puerta principal. Al entrar, Ullen se estiró para mirar atrás y contemplar los rostros sombríos y decididos de los soldados talianos que lo veían entrar mientras ellos permanecían fuera. Muchos se despidieron con un saludo militar. A él lo escoltaron a un recinto de estacas afiladas. Allí encontró a Urko, V'thell y otros oficiales supervivientes de la Liga, incluyendo a Choss, que yacía en el regazo del capitán Roggen, casi inconsciente por la pérdida de sangre. Urko estaba encogido cerca, vestía solo un chaleco de lino acolchado y desgarrado, parecía ileso a pesar de que todo el mundo afirmaba que lo habían pisoteado los jinetes tres veces. V'thell también estaba sentado cerca, la armadura apaleada y agrietada reflejaba el rojo dorado profundo del fuego de las antorchas. Ullen sabía que Urko podría salir de allí si quería, pero él (y Laseen, sin duda) también sabía que no lo haría para evitar represalias contra sus hombres.

Se acuclilló ante su comandante. La lluvia fría le golpeó la espalda.

—General, a los hombres los están dejando fuera del complejo.

Urko levantó poco a poco la cabeza.

—¿Qué?

—Todos los regulares talianos. Los tienen fuera.

—¿Qué? —Urko se levantó de golpe y se asomó a la bruma ladeada de la lluvia. Cruzó hasta el muro de estacas, se agarró a él y le gritó a un guardia—: ¡Llévame con tu comandante! ¡Ahora mismo!

—No hace falta —respondió una voz bajo la lluvia fina. Se acercó una forma oscura flanqueada por guardias. Ullen entrecerró los ojos y distinguió la voluminosa figura ataviada con armadura de Korbolo Dom—. Urko y Cartheron Costra —exclamó el hombre, que se detuvo ante el muro de estacas—. Ameron, Burlón, Nok, Torva... ¿Tienes idea de lo que fue crecer en Nap a la sombra de semejantes nombres?

—¡A la mierda de Fener con eso! Mis hombres están fuera del complejo con ese monstruo suelto... ¿por orden de quién?

—Mía.

—¡Tú! —Una estaca se hizo pedazos en el puño de Urko.

—¡Mátame y tus hombres morirán seguro!

Urko se tranquilizó, los hombros se le crispaban bajo el jubón acolchado.

—Anonimato —continuó Korbolo—. Nos condenasteis a todos al anonimato. ¿Se te ocurre el nombre de algún napaniano de las últimas generaciones?

—Está mi sobrino nieto Tolip.

—Bueno, pues un nuevo nombre al fin ha eclipsado el tuyo. Todas las bocas de la isla y del Imperio pronunciarán al fin ese nuevo nombre... Korbolo Dom, espada del Imperio. Y lo suyo es que un compatriota napaniano al fin te haya derrotado.

—Yo diría que fue solo la decisión de Oponn. Las fortunas de la guerra. Escucha, deja entrar a los hombres... Yo te garantizo su cooperación.

—El perdedor tenía que invocar a la fortuna, ¿eh?

—Y el ganador nunca lo haría, ¿eh? —Urko encorvó los hombros y se guardó de decir nada más. Al fin preguntó—: ¿Qué quieres de mí?

Korbolo se irguió y se ajustó las capas de mantos para defenderse de la lluvia.

—Tengo lo que siempre he querido. Mírate, agazapado en el barro como un animal. Estás derrotado, miserable. Ni siquiera necesito asistir a tu ejecución en Unta, para mí ya estás muerto.

Urko le enseñó los dientes.

—No quieres saber lo que estoy mirando.

Korbolo se dio la vuelta y se alejó en la noche escoltado por sus guardias.

—¡Escucha, que el Embozado te lleve! —exclamó Urko—. Yo no importo. Haz lo que quieras conmigo, ¡pero deja entrar a mis hombres! —Arrancó otra estaca del muro, la rompió con los puños y estuvo casi a punto de lanzarse tras el hombre, pero se dominó y al final se hundió en el barro. Ullen también se sentó. A un lado, Choss lanzó una tos húmeda y murmuró. Roggen le puso un paño sobre la cara vencida. Ullen estiró el brazo e intentó calentar la mano fría como el hielo con la suya. La humedad gélida estaba agotando las fuerzas de Choss. Dudaba que su viejo mentor llegara a ver el amanecer.

Se acercaron luces, antorchas que parpadeaban y siseaban sostenidas por guardias, y en el centro una figura baja y delgada, la lluvia perlaba y corría por el cabello oscuro, la seda húmeda de su túnica le perfilaba los brazos musculosos, el pecho esbelto. Ullen no la había visto en décadas, pero tenía exactamente el mismo aspecto que la última vez que había puesto los ojos en ella. Torva, Laseen. ¡Tan pequeña y poca cosa! Pero ninguno de los que la rodeaban eran capaces de sustraerse a su presencia; hasta los oficiales cautivos talianos se sentían obligados a ponerse en

pie en actitud de respeto. La mujer agradeció el gesto con un ligero asentimiento. Urko, sin embargo, se negó a levantar la cabeza. Ella esperó, sin más, con las manos entrelazadas a la espalda. Tras un rato, Urko al fin alzó la mirada, después la apartó y mantuvo la cabeza girada.

—De ti esperaba algo mejor que esto, Torva —dijo entre dientes.

—He venido con una petición, Urko —dijo ella.

El otro se levantó con torpeza.

—¿Una petición? ¿Has venido a pedirme algo a mí? Bueno, pues resulta que yo tengo una para ti.

—Sí. Qué extraño. Me gustaría hablar contigo y con V'thell. —Al oír su nombre, el comandante dorado se inclinó. El brazo derecho y el costado eran un desastre mutilado, abierto y supurante—. Me gustaría contar con la cooperación de esos hombres. Urko. V'thell.

—La tendrás —juró Urko. V'thell se inclinó otra vez.

—Todavía tendré que manteneros a vosotros y a los oficiales como garantía...

—Comprendemos —dijo V'thell.

—Muy bien. —La emperatriz le hizo una señal a un guardia.

—¿Y qué hay de Korbolo? —preguntó Urko.

—No es asunto tuyo.

La contestación, pronunciada con tal seguridad y aires de mando, le pareció a Ullen un indicio de lo que era el verdadero gobierno imperial y debió de despertar ecos parecidos en Urko también, porque se irguió y asintió con gesto casi imperceptible, con una expresión de algo parecido al asombro en el rostro arrugado y salpicado por la lluvia.

Noche, seguido por dos de la pesada de su pelotón, Tranter y Martin, y uno de sus saboteadores de la infantería regular, Kal, recorrió las líneas de las defensas.

—¿Habéis visto a un soldado llamado Rodaballo? —preguntó a cada piquete que encontró—. ¿Un tipo torpe con la boca abierta y expresión estúpida? ¿Alguien? ¿Fuera, en el campo de batalla? —Pero nadie lo había visto y el tipo no había regresado. ¿Hasta qué punto se podía ser estúpido? ¿Se había quedado dormido en algún sitio sin volver a su puesto? ¡Si era así, le iba a arrancar la cabeza de un bocado!

Un soldado los alcanzó y le dio unos golpecitos en el brazo.

—¿Estás buscando a un hombre de ahí fuera, en el campo de batalla?

—Sí. Rodaballo.

—Rodaballo. ¿Rodaballo? Quizá. Yo estaba con un destacamento de sanadores. Nos llamó, pero no quiso salir de allí. Dijo que le habían ordenado quedarse con su hombre. Pero no sé por qué, el tipo estaba muerto.

Noche se lo quedó mirando y luego se estremeció de frío. Se limpió la lluvia de la cara y vio que el soldado lo miraba con curiosidad.

—¡Bien! Ah, gracias, soldado.

El hombre lo saludó. Noche se lo quedó mirando otra vez hasta que se dio cuenta de que debía responder; contestó al saludo y el soldado se alejó a la carrera bajo la lluvia. Miró a Tranter, Martin y Kal. Los ojos de los tres se deslizaron hacia la oscuridad, detrás de las estacas cruzadas. *¡Por las pústulas de Poliel! ¡Por el beso del Embozado! ¡Puto burro con el culo por cerebro!* Noche arrojó su casco al barro.

—A mí no m'an dicho na d'una impesción —dijo el guardia de la puerta con el ceño fruncido, confuso. Noche se encogió de hombros bajo el manto.

—No es que sea oficial ni nada, solo estamos preocupados por si se derrumba el muro de la empalizada, nada más.

Los guardias intercambiaron miradas alarmadas.

—¿Derrumbarse?

—Sí. Con la lluvia. —Señaló el muro de postes hundidos—. Mira, ya se están ladeando.

—Vale, vale. Queréis salir, allá vosotros. —Los guardias retiraron la barrera. Noche hizo un gesto a los cinco que iban con él para que se movieran, pero de la lluvia salieron otros cuatro más; los jóvenes reclutas nuevos se acercaron despacio bajo capas demasiado grandes que arrastraban por el suelo. Noche los miró, furioso, y les indicó que se fueran, pero los reclutas hicieron un saludo militar.

—Presentándonos para la inspección —dijo el mayor, Kibb, con un guiño.

Noche les dio la espalda a los guardias y les levantó el puño a sus muchachos. El joven dio unos golpecitos en algo grande que llevaba consigo bajo la capa. Las cejas de Noche treparon hasta la frente; el joven asintió con expresión astuta y satisfecha.

—¿Salís o qué? —preguntó el guardia.

—Ya nos vamos, capitán. —Noche los hizo pasar con ademanes impacientes.

Donde ya no los oían, en la oscuridad y con la lluvia azotándolos, se volvió hacia los jóvenes.

—¿Qué creéis que estáis haciendo? ¡Esto no es ningún paseo por el campo!

—¡Lo sabemos! —dijo Kibb, molesto—. Venimos armados para aguantar. —Y se levantaron las capas.

—¡La boñiga dorada de los dioses! —La exclamación se la arrancaron a Noche como si lo hubieran desnucado. Bajo las capas cada uno llevaba una de las cajas de municiones moranthianas. El resto del pelotón de Noche dio un paso atrás.

»¿Queréis guardar eso? —Noche les bajó las capas de un tirón y miró furioso la oscuridad, como si esperase que los arrestaran de un momento a otro—. ¿Cómo los conseguisteis?

Kibb se dio unos golpecitos con el dedo en un lado de la nariz.

—Vimos la tienda en la que escondían toda la munición confiscada. Y con la lluvia, la oscuridad y demás, fue fácil. —Se encogió de hombros.

—Bueno, pues no venís con nosotros. Es demasiado peligroso. ¡Vais a quedaros aquí y esperar a que regresemos y después vais a devolver eso como si no hubiera pasado nada! ¿Estamos?

—¡Y una mierda!

—¿Y una mierda? ¡Conmigo no la cagues, soldado!

—Bueno, empezaste tú.

Noche se puso los puños en las caderas. *¡Caray con estos enanos! Es como si hubiese vuelto a casa a lidiar con su enjambre de hermanos pequeños.*

—Bien, de acuerdo. ¿Queréis venir?, entonces tenéis que seguir mis órdenes y... por el abismo, ni siquiera sé cómo os llamáis; por Fanderay, ¿se puede saber cómo os llamáis?

—Kibb.

Sí, Kibb. Vaya nombre más tonto. ¿Qué se supone que significa?

—Caqui —dijo uno.

¿Caqui? ¡Ah, pobre flacucho con cara de viruela! ¿En qué estaban pensando tus padres? Quizá empiece a llamarte Grano, por lo menos será una mejora.

—Mandíbula.

¿Mandíbula? ¿Qué clase de nombre es ese para una chica?

Rojo como un tomate, el más pequeño se limitó a sacudir la cabeza.

—¿No tienes nombre?

El otro se retorció.

—Colilla.

¿Colilla? ¡Colilla! Pobre chaval. Tus padres sí que te la jugaron. Dioses, a él no se le habría podido ocurrir una selección peor que la que los padres de aquellos chicos habían conseguido de forma espontánea.

—Muy bien. Vamos.

En lo que a Noche se refería, él era la única persona que conocía que jamás se engañaba a sí misma. Sabía que no era valiente ni un luchador demasiado bueno. Sabía con toda la seguridad de Beru que no se le podía llamar una figura que inspirara nada. También sabía que no llevaba a su pelotón a un espantoso campo de batalla en una noche frecuentada por la peor maldición que había afligido jamás Quon porque fuera una especie de idiota borracho de gloria. No, él solo iba a recoger a su hombre y salir pitando de ese abismo de campo, muy calladitos y lo más rápido que sus dulces piececitos pudieran llevarlo.

La lluvia amainó aunque todavía estaba tan oscuro como el interior de una cueva

y eso lo agradeció. Tropezó unas cuantas veces, resbaló con cosas deslizantes y de vez en cuando metió la mano en algo húmedo y blando que hacía un sonido de ventosa cuando sacaba la mano de un tirón, pero no miró, no quería saber lo que era. Su pelotón era muy silencioso y eso también lo agradecía. Nada de charlatanes. Algunos hombres o mujeres se ponían a parlotear cuando estaban asustados o nerviosos y eso era algo que él no soportaba.

El hedor no era tan insoportable todavía, no tanto como para echar la cena. Las moscas, sin embargo, eran abominables. Le asaltaban la nariz, los ojos y las orejas como si prefirieran la carne viva antes que el banquete interminable que les habían preparado. Tenía una idea bastante clara de dónde habían encontrado al comandante falari y llevó a su pelotón tan rápido como pudo hasta ese punto, sin desviarse ni molestarse en quedarse en terreno bajo. Los gruñidos y bufidos los alejaron de los carroñeros que acechaban, Noche se imaginó que no atacarían, no cuando tenían el estómago lleno y quedaba de sobra para todos.

Encontraron el gran caballo del hombre y a él todavía debajo, no lo había tocado el pico afilado de ningún pájaro. Pero no había señal de Rodaballo. En la mente de Noche destelló la imagen del tipo dormido dentro del complejo y estuvo a punto de desmayarse en un ataque de furia jadeante. Entonces Martin siseó y se señaló los pies. Allí estaba echado el tipo, dormido con expresión de dicha en medio de todo ese horror. ¿Qué podía permitir algo así? ¿Una conciencia tranquila? ¿Una falta absoluta de imaginación? Para Noche era uno de los grandes misterios de la Reina. Lo despertaron a patadas y el joven se incorporó, bostezando y frotándose la cara.

Los miró, no estaba en absoluto sorprendido.

—¿Sí?

Noche mandó a todos agacharse con un gesto.

—¿Qué estás haciendo? —siseó.

—Esperar a que usted viniese.

—Esperar... —Noche se contuvo y no estiró el brazo para estrangular a aquel imbécil. Pero tenía que hacer algo, se quitó el casco y lo golpeó con él—. ¡Maldito idiota! ¡Jamás vuelvas a hacer nada parecido!

—Pero me ordenó que...

—Me da igual lo que te dije, ¡tú usa esa maldita cabeza vacía! Y ahora, venga. Vamos. —Empezó a levantarse, pero Colilla hizo gestos para que todos se agacharan—. ¿Qué?

Colilla hizo un ademán para que callara.

—¿Qué pasa? —susurró Noche.

El chico hizo gestos furiosos para pedir silencio.

Ah, vale. Escuchó. No oyó nada, puñeta. Es decir, salvo las alas de los carroñeros nocturnos, los gruñidos y mordiscos secos de los chacales que se peleaban y los lobos

de las llanuras, el gemido de uno o dos heridos que seguían vivos allí, en la oscuridad.

—¡Yo no oigo...! —Una mano lo sujetó y otra le tapó la boca y ahogó su grito de sorpresa. Le dieron la vuelta de un tirón y se encontró con los rasgos sudorosos, oscuros y llenos de cicatrices del sargento mayor Temp. Se relajó y lo soltaron—. ¡Es usted!

—Sí. Por desgracia, carajo.

—Dijeron que había volado en mil pedazos.

—Esa es la historia. Te agradecería que te atuvieras a ella.

—Oh, vale. ¿Por qué?

—Digamos que primero dejé el servicio imperial en circunstancias extremas.

El pelotón de Noche se reunió a su alrededor.

—¿Qué pasa? —preguntó Kibb.

El hombre era una visión espantosa, marcado a cuchilladas y machetazos, la pechera del camisote de capas de hierro y los guanteletes de hojuelas oscurecidos por los restos de sangre y entrañas. Se había quedado sin escudo, pero por el poco tiempo que había pasado en la falange, Noche sabía que era normal terminar usando tres o cuatro escudos en un combate dado.

—¿Qué está haciendo aquí fuera?

—Lo mismo que tú, supongo. —Le dio un papirotazo a la tela atada alrededor del brazo de Noche—. ¿Qué es esto?

A Noche le pareció que se ponía colorado y agradeció que estuviera oscuro.

—Ascendí a sargento.

—Se lo dan a cualquiera en estos tiempos.

—Escuche... nosotros volvemos. ¿Viene o no?

—No, vosotros venís conmigo.

—¿Ir con usted? Por el culo de Fanderay, ¿para qué?

—Hay setis hurgando por ahí fuera y quiero saber quién y por qué.

—¿Qué? ¿Y a quién le importa? Ryllandaras también está aquí fuera. ¡Tenemos que volver!

El sargento mayor levantó a Noche de un tirón.

—Ryllandaras no va a molestarse por tan poca cosa, así que tú no te molestes con tu tapadera. —Señaló al pelotón—. En formación, columna de a dos.

—¿Tapadera? ¿Qué quiere decir con eso de tapadera?

—Sé por qué saliste con tu pelotón de saboteadores. —Sacudió a Noche por el brazo—. Cogiste tus municiones, ¿eh? Te lo vas a embolsar a lo grande, ¿eh?

—¿Qué? ¡No!

—El viejo pedorro tiene un punto de razón —dijo Kibb en un aparte.

El veterano agitó un guantelete.

—No pasa nada. Tendréis vuestra oportunidad de fama y gloria por siempre jamás. Yo solo quiero charlar un momento con esos setis, después volvemos corriendo al campamento y os ayudo a emboscar al Blanquito.

—Por última vez, yo no...

—Shh.

El sargento mayor los llevó al oeste, dejaron los campos de la muerte y se metieron en la pradera pisoteada por los caballos. Más al oeste todavía, Noche pudo distinguir una partida de jinetes setis, desmontados y reunidos. Parecían estar esperando algo mientras observaban el este, el campamento imperial.

—Llama al Jabalí —le susurró el sargento mayor a Noche al oído.

—¿Qué? —siseó Noche—. ¡No, llame usted!

El veterano le dio un codazo no demasiado ligero.

—Venga.

Con los ojos en el sargento mayor, que le guiñó un ojo para animarlo, Noche carraspeó. Todos los setis desaparecieron de la vista como si los hubieran derribado.

—Eh... ¿está el Jabalí ahí? —exclamó con un susurro forzado.

Tras un rato se oyó la respuesta en taliano.

—¿Quién lo pregunta?

—Dile —susurró el sargento mayor— que su hermano de espada.

Noche se aclaró la garganta una vez más.

—Ah... su hermano de espada.

Se levantó un hombre bajo y muy fornido, con los largos brazos abiertos de par en par.

—¿Hermano de espada? ¡Levántate entonces, maldito seas!

El sargento mayor se levantó.

—¡Conozco esa voz!

—Y yo esa planta.

Los dos hombres se adelantaron el uno hacia el otro entre la hierba, pero poco a poco, con cautela, hasta que ya más de cerca se lanzaron el uno en los brazos del otro y empezaron a darse golpes en la espalda.

—¿Tengo visiones —preguntó Kibb— o esos dos tíos se están abrazando?

El jefe seti, o caudillo, Noche no estaba seguro de lo que era, le dio instrucciones a su banda. Estos montaron y se alejaron hacia el nordeste sin él.

—Van a emboscar al Blanquito cuando regrese, si pueden —explicó el sargento mayor. El otro hombre fue al este entonces con ellos. Resultó que era una especie de veterano malazano que había servido con el sargento mayor. Los dos encabezaron la marcha de regreso, charlando en tono bajo y áspero.

—Creí que los setis estaban todos con el chacal —le susurró Mandíbula a Noche.

—Al parecer ese tal Jabalí está contra él. —Estudió las caras de su pelotón mientras se abrían camino entre la hierba fría y húmeda. Allí estaba, pidiéndoles que se metieran en los campos de la muerte por segunda vez. Si todavía no los habían despojado del todo de sus ilusiones sobre la guerra, esa noche terminaría con todas ellas antes de terminar. Tranter y Martin se echaron los amplios escudos a la espalda, sus ojos examinaban la oscuridad, sin posarlos jamás en un solo sitio. Sus saboteadores de infantería, Kal, Trampero, Rodaballo y la mujer, May, caminaban más o menos juntos mientras los chiquillos untan no se separaban unos de otros. Estaba orgulloso de ellos, del modo en que habían manejado el horror de ver todo aquello. Claro que, habían estado allí mientras se producía. Había desaparecido el miedo (no se puede sostener semejante nivel de terror para siempre), pero también habían desaparecido las muecas de náuseas, la palidez y los estremecimientos de asco. A Noche le pareció que atravesar el campo de caídos lo estaba hundiendo en el peor humor para cualquier soldado, la tristeza absoluta. Cruzó el espacio que lo separaba de ellos.

—Eh, cuando volvamos quizá mire a ver si os puedo agenciar un equipo adecuado. ¿Qué os parece?

Caqui levantó la cabeza y se animó.

—¿En serio? ¿Una armadura de verdad y eso?

—Sí. Podría ser.

Kibb y Mandíbula empezaron a hablar de la clase de armas y armadura que querían. Caqui se limitó a sonreír con expresión soñadora con solo pensarlo. Pero al pequeño Colilla no había forma de atraerlo, nada podía apartar sus ojos de los campos.

Algo más adelante, el sargento mayor y el seti se habían detenido de modo que a los otros les diera tiempo a alcanzarlos. Temp les hizo señal a todos para que se agacharan.

—¿Qué pasa? —preguntó Noche.

Los dos veteranos hicieron signos furiosos conminándolo a que se callara. Se arrodillaron y escucharon todos. Al principio, Noche no oyó nada desacostumbrado por encima de los gruñidos de los chacales saciados y los gemidos de los heridos que sufrían allí fuera entre los muchos, y además atormentados por la sed. Después oyeron un rugido lejano, como de un sinfín de gargantas gritando, un motín muy lejos, o una batalla. Y un bramido y un gruñido más alto que despertaba ecos. Los ojos de todos se iluminaron en la oscuridad. El sargento mayor y el seti se levantaron de un salto.

—¡Vamos! ¡Avanzad!

Para Ullen fue el peor enfrentamiento de su vida aunque él no corrió ningún

peligro. Hombres y mujeres, sus soldados, trepaban con las manos como garfios por la trinchera llena de barro que acababan de cavar. Se arrojaban en filas de tres, cuatro, cinco soldados de profundidad contra las estacas cruzadas y la empalizada improvisada de maderas y troncos, rogaban que les dieran armas, misericordia, que todos los de dentro tuvieran muertes miserables. Los soldados de la barricada los echaban hacia atrás con picas, alabardas y lanzas. Y Urko y él no podían hacer nada. Protegidos, los habían hecho marchar cerca de las carretas desde donde soldados imperiales lanzaban espadas y escudos por encima de la barricada hacia la horda clamorosa que esperaba detrás. Espadas y escudos solo, nada de armaduras, arcos o ballestas. Muy cerca se encontraba Laseen, rodeada por sus guardias, dejando claro qué autoridad era la que estaba detrás de aquel socorro, por retrasado que llegara.

En la oscuridad, más allá del alcance de las antorchas del complejo, el devorador de hombres, Ryllandaras, rugía y masacraba. Sus bramidos explosivos hacían temblar los tablones de las carretas y vibrar el barro sobre el que se encontraban. Ullen vislumbró destellos brevísimos de una enorme forma gris, asombrosamente rápida. Pero los talianos y los dorados lucharon. Se fueron pasando armas o bien las tiraban entre la multitud hasta el frente, donde nuevas manos las empuñaban contra la bestia, o bien se las quitaban a los muertos.

Con los puños en la cabeza, Urko se giró hacia Laseen y le rogó.

—¡Por el amor de Ascua, permite una salida!

—¿Qué les impediría a tus hombres volverse contra nosotros, saquear armas y armaduras y huir? ¿O atacar?

—¡Mi palabra! ¡Mi compromiso!

La mirada de la emperatriz se posó de repente en Urko.

—¿Me lo prometes?

—Sí.

La emperatriz se acercó más y le contestó en voz tan baja que Ullen casi ni la oyó.

—No sería la primera vez.

—Yo... —La mirada conmocionada del hombre se vio atraída de forma inexorable hacia el tumulto de fuera, los chillidos y gritos de los heridos—. ¡Por favor... por los hombres! ¡Sí, me comprometo!

—¿Tu vida? ¿Tu obediencia?

—¡Sí! ¡Lo juro!

El rostro de Laseen no traicionó ninguna emoción, aunque las arrugas que enmarcaban su boca fina eran severas. Fue la única insinuación de pasión que pudo ver Ullen.

—Muy bien, Urko. Acepto. —Se volvió hacia el capitán del destacamento de guardia que iba con ella—. Envíe al puño D'Ebbin con cien de la infantería pesada.

El estrépito de un saludo militar.

—Sí, señora.

—¡Yo iba a liderarlos! —exclamó Urko.

—Yo no accedí a eso —soltó Laseen—, ¿verdad?

Las mandíbulas de Urko se movieron mientras intentaba contener todo lo que podría decir. Al final lo admitió de mala gana.

—No.

—Ahora vete a hablar con ellos, Urko.

Un lento saludo militar.

—Sí, señora.

Laseen les hizo un gesto a los guardias, que le permitieron pasar.

Se acercó un destacamento de caballería encabezado por Korbolo Dom. Este miró las carretas, la distribución de las armas y sacudió la cabeza.

—No servirá de nada.

—No obstante —dijo Laseen.

—Un gesto inútil. ¡Yo me voy ahora a recoger su cabeza! —Y se puso el casco, espoleó su montura y su tropa lo siguió.

—Que Oponn sea contigo —exclamó la emperatriz a su espalda.

Ullen se volvió hacia V'thell, que no se había apartado de la barricada en todo el tiempo.

—Aun así, siguen luchando —dijo el comandante moranthiano con tono reflexivo—. A pesar de todo. Saben que es su única esperanza.

—Podrían huir.

—No. Vuestros desventurados civiles quizá sí, pero vuestros soldados saben que su fuerza reside en la unidad. En el grupo. Vuestros soldados son como nosotros, los moranthianos, en ese sentido. Es una de las razones por las que nos aliamos.

Ullen se quedó pasmado por la cantidad de cosas asombrosas de las que se enteraba uno en los momentos más inesperados.

—No lo sabía.

La cabeza embutida en el yelmo de V'thell se ladeó.

—Muy pocos lo saben, me imagino.

En la barricada, Urko estaba bramando a sus soldados.

—¡Le he rogado a la emperatriz una incursión y ha accedido! ¡Llega socorro! ¡Infantería imperial! ¡Vienen a defenderos y a luchar a vuestro lado! ¡Honradlos! ¡Me oís! ¡Honradlos!

Una columna de infantería pesada llegó marchando hasta la puerta más cercana a paso ligero; la emperatriz ya los tenía reunidos. Ullen solo pudo sacudir la cabeza. ¿Qué posibilidades tenían ellos contra semejante planificación? Con todo... ¿no había sido por los pelos? ¿Y si los setis no se hubieran vuelto contra ellos? ¿Y si...?

Dejó de seguir esa línea de pensamiento. Los «y si» eran infinitos y ya carecían de significado. Lo único que importaba era lo que ocurría. No lo olvides, hombre, y quizá tengas alguna posibilidad de mantener la cordura.

Un gran vítor atronador se alzó fuera de las barricadas. Ullen se imaginaba a la infantería pesada, armada y con armadura, maniobrando para interponerse, intentando hacer retroceder a la bestia. Por supuesto que muchos de ellos caerían, pero con mucha menos facilidad y a un coste mucho mayor. El timbre de la batalla cambió. Los gritos crudos y desnudos de los hombres y las mujeres destrozados por las garras se amortiguaron. Subió el estrépito de la armadura y los escudos. Gruñidos de frustración hendieron el aire. El golpeteo de los cascos se unió entonces al tumulto, junto con el chillido agudo de algún caballo herido. Y así continuó la batalla. En un momento dado un escudo salió volando por los aires como una cometa. Antes de caer entre la multitud apretada, a Ullen le pareció ver que todavía tenía un brazo aferrado a él. Al final, sin embargo, los números se impusieron, o eso se aseguró Ullen al escuchar la marea del ataque. Quizá la bestia ya había saciado de momento su sed de sangre, o quizá había objetivos más fáciles en otro sitio. En cualquier caso, Ryllandaras se retiró. Unos vítores masivos, crecientes, chillones, se apoderaron de los reunidos fuera y dentro. Ullen chilló, Urko sacudió los puños contra la oscuridad. Hombres y mujeres sacudieron la barricada. Se había ido. Habían espantado el horror.

Urko regresó, e hizo un saludo militar a alguien detrás de Ullen, que se volvió, sorprendido; Laseen se había quedado a verlo todo.

—Sigo pensando que ojalá hubiera liderado esa incursión —rezongó.

—Todavía te necesito.

Las cejas masculinas se unieron, los ojos entrecerrados con intensidad.

—La Guardia.

Laseen asintió.

A Ullen se le puso la carne húmeda de gallina y tuvo un escalofrío. *¡Dioses, la Guardia! Anticipa un ataque. Pero ¿por qué? ¿Para quién? No tienen mecenas. La Liga Taliana ha sido aplastada. Derrotar este ejército, incluso matar a Laseen, no destruiría el Imperio. No se puede hacer retroceder el tiempo y regresar a como eran las cosas antes de la consolidación. ¿De qué podría servir? Claro que, según el mismo razonamiento, ¿de qué sirvió la batalla de hoy? Se llevó una mano a la frente sudorosa y aspiró una lenta bocanada de aire. ¡Para ya! Estoy tan cansado. Mis pensamientos se hacen cada vez más oscuros.*

Ullen sufrió una sacudida con el retumbar inconfundible del estallido de unas municiones moranthianas que resonó en las llanuras. Su primera reacción fue volverse hacia V'thell, que asentía con el casco.

—Excelente —dijo V'thell—. Saber que vendría le brindó la oportunidad de tender una emboscada. —Se inclinó ante Laseen con gesto de admiración.

Urko también se volvió hacia la emperatriz. La sorpresa del viejo comandante era obvia.

—Por la puerta del Embozado, Tor... Laseen. Parece que no hemos hecho otra cosa que subestimarte.

—Lo mismo han hecho muchos otros... —le respondió ella con gesto ausente. Sus ojos oscuros brillaron mientras estudiaba la noche—. Ojalá pudiera arrogarme el mérito, pero no puedo. —Señaló a un miembro de su personal—. Averigüe quién ha sido. —La mujer hizo un saludo militar y corrió a un caballo—. Y ahora —dijo—, sugiero que intentemos dormir un poco antes del amanecer. Urko, V'thell, podéis hablar con vuestros soldados, pero solo a través de la barricada. Hasta mañana.

V'thell se inclinó. Urko hizo un gesto brusco con la cabeza. Los dos se acercaron a las estacas de la barricada. Ullen se pasó las manos por la cara y se reunió con ellos.

Una llamada en el poste frontal de su tienda despertó a Ghelel. Se levantó, encontró el puñal envainado que siempre tenía junto a su catre y después se puso un grueso y cálido manto y metió el cuchillo debajo.

—¿Sí?

—Mis disculpas, preboste —dijo la voz del marqués—, pero han llegado noticias.

—Entre.

La gruesa lona siseó y se rozó. Ghelel oyó al hombre moverse por la mitad exterior de su alojamiento. Brotó la luz de una lámpara. La joven apartó las colgaduras internas.

—¿Sí, marqués?

El hombre se estaba sirviendo una copa de vino. Vestía una camisa larga lisa y pantalones; era obvio que su considerable persona estaba formada por una cantidad equivalente de músculos y grasa. Se volvió hacia ella.

—Hemos perdido.

—¿Perdido?

—La batalla. —Frunció el ceño y miró su copa—. La Liga Taliana ha sido destruida. A Toc se le da por muerto. Urko, Choss, el comandante dorado, todos capturados.

A Ghelel le fallaron las rodillas; buscó una silla, pero luego se puso rígida, se negaba a mostrar semejante debilidad.

—Tan rápido...

—Lo siento.

—Sí.

—¿Quiere una copa?

—Sí. Gracias.

El marqués sirvió otra copa y cruzó el espacio que los separaba para dársela.

—Si hubiera estado allí, ahora estaría prisionera, probablemente muerta.

Ghelel tomó la copa y esbozó una sonrisa triste.

—Si hubiéramos estado allí, marqués, quizá habríamos ganado.

—Sí, bueno.

—¿Y ahora qué?

—Debemos movernos. No cabe duda de que los kanesianos vendrán a darnos caza para ganarse el favor de la emperatriz.

—¿Adónde iremos?

—De regreso a mi provincia, al norte de Tali. Allí estaremos a salvo. Habrá represalias, por supuesto. Se producirán expulsiones entre la aristocracia. Indemnizaciones. Se esquilmarán nuestros fondos para debilitar a Tali. Pero eso será lo peor, espero.

—¿Y yo, marqués? ¿Qué haré yo?

El rostro del hombre se acaloró y miró a otra parte.

—Parece obvio... Ghelel. Será la marquesa. Mi esposa.

Ghelel sí que necesitó entonces esa silla. *¿Qué? ¿Cómo se atreve? ¡Antes muerta!* Apartó la copa de golpe.

—¿Ah, sí?, ¿y ahora qué? ¿Me arroja sobre el catre? ¿Me viola? —Metió una mano en el manto y la cerró alrededor del puñal.

—Nada tan melodramático, se lo aseguro. No, con el tiempo entrará en razón. Verá la unión de nuestras familias como la necesidad política que es. El linaje Tayliin debe ser preservado, después de todo. Estoy convencido de que lo entiende. —El marqués regresó a la mesa y dejó allí la copa—. Fracasamos esta generación, pero quizá nuestros hijos o hijas, o los suyos... —Miró atrás, sus rasgos francos se suavizaron—. Sé que... yo... no soy lo que había soñado. Pero piénselo bien. Es lo mejor. —Señaló la entrada con un gesto—. Y no intente ninguna tontería. Por supuesto, está vigilada por su propia seguridad. Buenas noches.

Ghelel ansió tener a mano esa copa de vino para tirársela cuando se fue. Una vez que cayó la solapa de tela, la joven se derrumbó en la silla más cercana. ¿Adónde podía ir? ¿Qué podía hacer? ¡Era la puñetera prisionera del marqués! Se levantó y fue hasta la mesa a coger ese vino. Quizá podría guardarse algo de comida y escabullirse por atrás. Un movimiento a su espalda la hizo girarse en redondo y llevarse la mano al puñal. Era Molk. El hombre estaba levantándose de debajo del borde de la tienda, donde ella había arrojado la copa.

—Sigue maltratando su vajilla, por lo que veo —comentó mientras estudiaba los cristales rotos.

—¿Dónde ha estado? —le siseó ella.

El hombre puso los ojos en blanco y abrió mucho la boca.

—Por ahí. Escuchando. Observando.

—¡Menudo guardaespaldas está hecho! ¡Estoy prisionera!

—Baje la voz —le advirtió él—. Hasta ahora ha estado segura, ¿no?

—¡Hasta ahora!

—Exacto. Pero en este instante me preocupa que esté a punto de cometer una estupidez.

—¿Yo?

—Sí. Por ejemplo, largarse corriendo toda ofendida sin pensar bien las cosas.

Ghelel bajó la voz todavía más y susurró con mucho cuidado.

—No hay nada que pensar bien.

—Sí, sí que lo hay. —El hombre fue a la mesa, escogió una loncha de carne ahumada y se sirvió una copa de vino—. ¿Por qué tendría que ser usted la que se va? —preguntó con tono inocente.

—¿Disculpe...?

El otro se volvió hacia ella con un encogimiento de hombros.

—Podría hacer que pareciera que la Garra...

Ghelel se lo quedó mirando y se le cayó la mano del puñal. *Hacer que pareciera que... ¡Dessembrae, no! ¡Qué oferta más aterradora!* Se estaba poniendo mala, se limpió las palmas de la mano en el manto.

—Qué sugerencia más horrible.

Molk frunció el ceño con aire pensativo.

—Sí, supongo que sería mejor esperar hasta que estén casados. Y entonces, matarlo.

—¡No me refería a eso! —gritó ella, y después se llevó una mano a la boca de golpe. Molk escuchó con la cabeza ladeada. Tras un momento desechó con un ademán cualquier preocupación.

—¿No? ¿En serio? Bueno, por supuesto el problema es que el tipo ya está casado.

—¿Qué?

—Oh, sí.

—Entonces qué...

Un encogimiento de hombros de pesar.

—Bueno, la sangre de ella no es ni de lejos tan noble como la suya...

—Él no...

Molk tomó un sorbo de vino.

—Un hombre ambicioso, su marqués.

—Está disfrutando esto demasiado, Molk —siseó Ghelel entre dientes.

El otro se acercó y bajó la voz todavía más.

—Esto es lo que hago, Ghelel. Lo que se me da bien. Mi oficio... Ahora se enfrenta a una decisión importante. Una encrucijada fundamental en el camino de la vida, por así decirlo. ¿Quiere quedarse en el negocio o quiere salir? ¿Qué va a ser?

Ghelel casi dijo de inmediato que quería salir, pero una vocecita le susurró: *¿y cuáles son las órdenes que le dio Ameron con respecto a mí? ¿Protegerme y, si eso falla... matarme? ¿Es a eso a lo que se refiere con «salir»?* Ghelel se alejó un poco.

—Tengo que pensar —dijo. Después se dio la vuelta con el cuchillo en la mano, lista—. ¿Y si dijese que quiero salir, Molk? ¿Qué haría entonces?

La boca grande del hombre se estiró en una gran sonrisa. Después sacudió con gesto triste la cabeza.

—Diría que es una pena, porque es todo lo retorcida que hace falta. Pero no, nada parecido. Basta decir que si quisiera matarla, ya estaría muerta.

Ghelel no bajó la hoja.

—Eso dice ahora. Pero ¿cómo puedo creerle?

La sonrisa se deshizo. Molk levantó una mano, ahuecó los dedos y una oscuridad retoñó en su interior. Una llama danzante de la noche.

—Créame.

Oh. Ghelel se irguió y envainó el puñal.

—Ya veo. ¿Y ahora qué?

—Vístase para viajar. Nos vamos esta noche.

Ella asintió y apartó las colgaduras interiores.

Quando estuvieron listos, después de que Ghelel reuniera toda la comida y agua que podían llevar, Molk fue hasta la pared trasera de la tienda y se quedó escuchando durante un rato. La llamó con la mano y después levantó el borde clavado. Ghelel le lanzó una mirada furiosa, pero él se limitó a encogerse de hombros.

—Lo más sencillo siempre es lo mejor —dijo sin ruido, y la apremió a salir.

Ella no supo si él usaba sus artes para disimular su paso, pero salieron del campamento sin que los vieran ni saltara ninguna alarma. Treparon una colina al norte de la depresión boscosa protegida y oculta que los Centinelas habían escogido como refugio y después Ghelel empezó a oír el rugido de las lejanas cataratas, las cataratas de la Tierra Rota, donde caían por el Risco de Ascua en su camino al mar Nap.

—¿Y ahora qué? —le preguntó a Molk.

—Cruzaremos por las cataratas. Hay montones de balsas y trastos por allí. Después la escoltaré de regreso. —La miró—. Supongo que su intención es regresar a Quon.

—Sí. Y me... ¿me dejará ir?

Un ademán de asentimiento.

—Oh, sí. Para mí está claro que no tiene, eh, estómago para esta vida. Demasiados escrúpulos. No, mejor que salga antes de que la maten o se convierta en algo que desprecia... —El hombre apartó la mirada y se aclaró la garganta—. Y le

deseo suerte.

La noche estaba peligrosamente adelantada para cuando llegaron a las lagunas al este de las cataratas. La luz plana y difusa de un falso amanecer iluminaba la costa pantanosa con su maraña fantasmal de troncos, árboles desarraigados y maderas rotas, todas atascadas río abajo, más allá de las cataratas. Una bruma fresca besó la cara de Ghelel. El rugido de las cataratas era un estruendo bajo y profundo que parecía hacer vibrar todo su cuerpo.

Se agazaparon durante un rato, a cubierto en la línea de árboles más cercana. Molk estudió el lago, que parecía desierto. Se puso en pie y la llamó con la mano. Llegaron a la orilla plagada de desechos.

—Ahora solo tenemos que encontrar una de las balsas, o un bote pequeño. Hay muchos por aquí. Los de la zona...

Lo derribaron de espaldas y se quedó tirado bocarriba, las aletas del cabo de un cuadrillo de ballesta le sobresalía del pecho.

—¡Oh, mierda! —protestó.

Ghelel gritó por el susto y la sorpresa y giró en redondo al tiempo que sacaba la espada y la pesada daga de parada. Allí, un hombre delgado con ropas de tono carbón tiró a un lado una extraña ballesta muy fina. Dobló los brazos y en sus manos aparecieron unas dagas arrojadas de hojas largas. Fue hacia ella blandiéndolas con la danza del especialista en cuchillos. Ghelel cambió de postura para enfrentarse a él de lado y se puso en guardia.

El hombre se irguió entonces con una maldición y desapareció a toda prisa en un torbellino de sombras cambiantes. *¡Oh, vamos!* Exclamó Ghelel para sí, indignada. *¡Como si esto no fuese suficiente!* Giró en redondo, acuchilló el aire a su alrededor y vio que Molk también había desaparecido. *¡Las sendas! ¡Están librando un duelo! ¡A por él, Molk!* Sin saber qué más hacer, lanzó otra estocada y después pensó en el agua y echó a correr.

En el mismo sitio en el que había estado estalló algo, como una rama explotando en un incendio, pero Ghelel no se dio la vuelta ni refrenó el paso. Se metió vadeando en el cieno pantanoso hasta que el agua le llegó a los muslos, después se volvió para mirar la orilla. *¡Ven ahora a por mí, cabrón!*

Examinó la confusión de ramas caídas, las hierbas de los pantanos mecidas por el viento, el corazón casi la ahogaba. Se esforzó por escuchar cualquier sonido traidor; unos troncos que chocaron en la corriente la hicieron darse la vuelta; un animal que chapoteó en el lago, corriente arriba, estuvo a punto de hacerla gritar. *¡Venga! ¡Terminad con esto ya!*

Dentro de la estera de raíces de un árbol caído, unas sombras grises se enroscaron de repente. Una forma de oscuridad salió retorciéndose de entre las sombras. Se

enrolló, los miembros giraron, de su cuerpo se desprendían motas negras y a los oídos de Ghelel llegó un lamento agudo de dolor agónico. ¡Dioses! Rezó para que no fuera Molk. La figura se desintegró en la nada delante de ella. Una puñalada de hielo cuando una hoja rebanó la carne del antebrazo de Ghelel seguido por un chapuzón. Ghelel resopló y se lanzó hacia delante. Dos cuerpos luchaban en el agua, tras ella. Brotó sangre. Con una mueca de dolor, encorvada, observó con la espada levantada con una sola mano. El agua hizo espuma, humeó y se agitó como si hirviera, después se quedó quieta, siseando con burbujas que se extendían y después se disipaban. Un cuerpo tocó la superficie y por el cuadrillo de ballesta recubierto de púas que le sobresalía de la espalda reconoció a Molk. Se adelantó para cogerlo. El agua le quemó las piernas y la mano. Con un gruñido de dolor, Ghelel lo arrastró por el agua, le dio la vuelta y lo empujó hasta la orilla con una mano, la otra al costado, inútil.

Cayó junto a él y estudió el rostro del hombre, rojo como la remolacha.

—¡Molk!

El hombre tosió y escupió una buena cantidad de agua. El rostro se le crispó de dolor.

—¡Maldita sea! Eso... —resolló en busca de aliento—... no fue muy bien. —Abrió un ojo—. ¿Ghelel?

—Sí.

—Mis disculpas. Debería haberlo adivinado. El orgullo, ¿eh? Me creí muy listo.

—Relájese, no hable.

—No, tengo que hablar. No durará. Ahora tendrá que esconderse muy bien. Esos dos eran magos. Llamará la atención. Enviarán a alguien todavía mejor para encontrar el rastro. Huya ahora. Cruce, diríjase al oeste. Mucha suerte para seguir... libre de toda esta fealdad. Espero que lo consiga.

—Para eso podría volver corriendo ya con los Centinelas. Encontrarán mi rastro, seguro.

Molk esbozó una sonrisa satisfecha, después tosió y escupió un poco de sangre.

—No —susurró—. Les dije a los kanesianos dónde están.

—¡No! ¡No lo habrá hecho! Intrigante, tramposo...

—Sabía que entraría en razón. Y ahora váyase. Me gustaría pensar que algo bueno podría salir de todo esto...

Ghelel le puso una mano en la frente.

—Sí, ya me voy. Podré escapar gracias a usted. —Le besó los labios agrietados y cubiertos de sangre—. Gracias. No es... no es lo que pensaba en absoluto. —Cogió la bolsa que habían tirado y corrió a buscar un bote.

Tras ella, solo, Molk quedó echado de espaldas. Su respiración era cada vez más lenta, más superficial y fatigosa. Al final le ofreció una carcajada triste al cielo que se iluminaba.

—Ninguno lo éramos.

Después de abandonar el bote lleno de fugas entre las algas, Ghelel se dirigió a la carrera al oeste, se mantuvo en los trozos más húmedos y empapados de tierra que pudo encontrar. Al amanecer llegó a la gran escarpa del Risco de Ascuá. Al sur de ella corría el maltratado camino principal que, con fuertes altibajos, recorría una de las porciones más llanas; decidió no tomarlo. En su lugar, eligió un estrecho camino que zigzagueaba, un camino trazado por los vecinos de la zona. Una pista para mulas. Lo siguió hasta la cima y después encontró un soto de árboles en el que esconderse. Se quedó de rodillas un rato y pensó en las opciones que tenía. Cuando el día se iluminó y aparecieron los insectos, se quitó el casco y, con un solo brazo, empezó a despojarse de la armadura. Usó el puñal para excavar un hoyo y en él metió la armadura: la sobrevesta, los pantalones ceñidos, los guanteletes, el casco y hasta las botas. Ghelel Rhik Tayliin y la preboste Alil, decidió, tenían que morir.

Pero su espada. La antigua hoja de la familia. Sin ella estaría indefensa. ¿Cómo podía renunciar a su arma sabiendo lo que había tras ella? No, tenía que desaparecer. Tenía que desaparecer todo. *¿De qué serviría una espada si una garra podría encontrarme en cualquier momento?* Alargó el hoyo y empujó la espada al fondo. Hasta la bolsa la vació y la metió. Llenó la depresión y pisoteó la tierra. Con solo la camisa de lino puesta, y el puñal debajo, el cabello suelto y revuelto, el brazo vendado y la comida y la bota de agua que le quedaba en una zamarra, se puso en marcha.

El sol le calentó la espalda y pareció empujarla a continuar. *Aquí estoy, en la situación más apurada de toda mi vida, sola e indefensa, pero me siento increíblemente libre y ligera. Hasta renacida. Podría ir a cualquier parte, hacer cualquier cosa. Bueno, ¿y qué voy a hacer? Tendré que ir con cuidado. Esta gente jamás se rendirá.* Con todo, el futuro, en otro tiempo no mejor que una prisión, parecía en ese momento carecer de todo límite. Por primera vez desde aquel sangriento día en la finca de los Sellath, sintió que controlaba su propio destino. Pasara lo que pasara, al menos las decisiones las tomaría ella.

En la orilla del Idryn se encontró con una aldea miserable tan pequeña que seguro que no tenía ni nombre. Pasó junto a los pocos edificios de zarzas y barro y se dirigió sin vacilar a la orilla donde estaban preparando el único barco de carga poco profundo y con un solo mástil para un viaje río arriba. Los jóvenes que lo cargaban detuvieron su trabajo para mirarla y ella sonrió.

—¿Quién es el propietario? Me gustaría preguntarle si puedo ir río arriba. Vine siguiendo al ejército, pero mi hombre está muerto, así que me voy a casa. Tengo algunos dineros.

—Mi padre —dijo uno, que había abierto mucho los ojos.

—¿Podrías ir a buscarlo?

El chico dejó caer la cesta para correr orilla abajo.

—¡Padre! ¡Padre!

Ghelel hizo una mueca, pero lo siguió. Era cierto que tenía dineros, más de lo que aquel tipo seguramente había visto en toda su vida. Suficiente, esperaba, para comprar su silencio. Suficiente, esperaba, para cubrir el coste que los dioses consideraran necesario para recuperar su vida.

LIBRO TERCERO



HADOS Y AZARES

La luz golpea,
la oscuridad ahoga,
la sombra rodea.

Antiguo refrán (cuyo significado original se ha perdido)

CAPÍTULO 1



Todos se inclinan ante la ronda eterna,
salvo los juramentados.
Todos se hunden en la noche que se oscurece,
salvo los juramentados.
Todos al marchitarse del tiempo deben ir,
salvo los juramentados.
Ninguno contra el toque del Embozado tiene defensa,
salvo los juramentados.
Pero al encanto del eterno regreso sí que se rindieron.

Trova de K'azz

Pescador Kel'Tath

Despellejador había elegido a Trémula y a otra maga juramentada, Mara, para que lo acompañaran a discutir los términos con la emperatriz. Justo tras el amanecer, en una ligera elevación al sur del campamento de la dama, Despellejador plantó el alto madero del estandarte con su largo banderín carmesí y se dispusieron a esperar. Habían desmontado y Trémula se había alejado un poco, sus pensamientos estaban muy lejos de la reunión inminente. La hermandad, por supuesto, se sentía triunfante. Pronto llegaría la consecución del juramento. Todo a lo que habían dedicado sus vidas y sus muertes. Ni un solo susurro de reserva o inquietud detectaba Trémula entre ellos. El caso de Humo y Melena Gris, tan fascinante en su momento, en esos instantes parecía inverosímil, incluso vergonzoso. *Humo, susurraba la hermandad, celoso de Cogulla, puesto que es el que ahora se encuentra cerca del comandante, en lugar de él. Melena Gris, ¡intruso!, se burlaban. Ignorante. ¿Qué sabe él de nosotros?* Y sin embargo, se preguntaba Trémula, ¿qué hay de Joroba? *¡Desertor! ¡Debe de haberse escabullido, abandonado el juramento!*

—Trémula —la llamó Despellejador—. Has estado muy callada últimamente, muy reservada. Lo he notado. No es ahora el momento de inquietarse, estamos a punto de lograr nuestra ambición.

Trémula se ajustó bien el yelmo ribeteado de plata, el alpartaz que le colgaba.

—Ojalá tuviéramos más hombres para lograrla.

—Los juramentados dominaremos cualquier combate.

—Cualquier combate, sí. Pero el recibimiento en Unta...

Un ademán desdeñoso de Despellejador.

—No necesitamos su aprobación.

Trémula se volvió para estudiar al hombre más de cerca. *¿Aprobación? Pero ¿para qué...?*

—Viene alguien —avisó Mara al tiempo que se apartaba los rizos, agitados por el viento—. Cuatro. Ningún mago.

—¿Tienen alguno que merezca ese nombre, acaso? —preguntó Despellejador, más para sí que otra cosa.

—Muy pocos. Pero Heng está cerca. Y allí hay presencias extraordinarias.

—Gracias, Mara.

La mujer dalhonesia se inclinó y se colocó bien las túnicas.

—Ya vienen.

Se acercaron cuatro jinetes. Los cuatro varones, observó Trémula. Así que nada de Laseen. No era que esperara que viniese, pero bueno. Era ofensivo. Seguro que tanto ella como sus consejeros comprendían que no eran una fuerza que pudieran dejar de lado. El jinete que llegaba en cabeza era napaniano, como era común entre los rangos más altos del Imperio, (un amiguismo predecible, como bien sabía Trémula) y cabalgaba bajo el estandarte de la espada del Imperio. Así que ahí estaba el hombre, el heredero del cargo de Dassem llegado para tratar con uno de los pocos oponentes, por no decir el único, que había sobrevivido a un choque con su predecesor. Trémula se preguntó si ese era un hombre capaz de apreciar una ironía tan fina. Seguramente no.

Con él cabalgaba una sorpresa, un moranthiano dorado, quizá el mismo comandante que se había enfrentado a Laseen el día anterior. Ah, sí, se notaba esa infame actitud tan formal, o quizá *adroit*, que los moranthianos adoptaban con las alianzas. Los otros dos, un comandante maduro, alto y delgado como un álamo, y otro más joven, parecían bastante comunes y corrientes.

Detuvieron los caballos; la espada se quitó el yelmo e inclinó la cabeza. Parecía acalorado, sudoroso.

—Korboldo Dom, espada del Imperio. Comandante dorado V'thell, puño supremo Anand, comandante Ullen.

—Despellejador. Estoy al mando de la Guardia Carmesí. Esta es Mara y ella, Trémula. —Los cuatro inclinaron la cabeza a modo de saludo—. Así que la emperatriz no se digna a hablar con nosotros. ¿Ha dado alguna razón?

—La emperatriz no trata con mercenarios.

Los brazos de Despellejador se descruzaron con un chirrido de armadura. Los

guanteletes se convirtieron en puños a los costados.

—Me pregunto si tienen alguna idea de con quién están tratando.

—Al contrario, sé mucho sobre usted —respondió Korbolo sin inmutarse—. Es usted el que no sabe nada de mí. —Y el hombre le lanzó una mirada furiosa de desafío, las manos crispadas en las riendas, casi sin aliento.

El comandante de la Guardia Carmesí estudió al hombre, asintió poco a poco con la cabeza cubierta por el yelmo y volvió a cruzarse de brazos.

—Creo que ahora sé todo lo que necesito saber. —Alzó la voz y se dirigió a los cuatro—. Nuestros términos son los siguientes: la emperatriz Laseen ha de abdicar de modo formal de toda su autoridad o perseguiremos a sus fuerzas en el campo de batalla hasta que se rindan sin condiciones.

La espada del Imperio mostró de forma abierta todo su desdén.

—Y estos son nuestros términos, mercenario. Son ustedes un cuerpo no autorizado de hombres y mujeres armados, nada más que simples bandoleros en nuestras tierras. Renunciarán a las armas y se les escoltará hasta el puerto más cercano para trasladarlos, o bien crucificaremos a cada uno de ustedes. Elijan.

Trémula casi suelta una carcajada allí mismo. *Dioses, ¿se puede encontrar una brecha mayor a este lado del abismo? ¿Y este es el hombre que la emperatriz envía a negociar? ¿Acaso desea agujonearnos a propósito más allá de lo soportable?*

Despellejador se había quedado muy quieto, al igual que los componentes de la delegación imperial. El moranthiano seguía siendo un misterio para ella, por supuesto, pero el más maduro, el puño supremo, que mostraba una crispación de reserva ante una afirmación tan cruda, tampoco disputó los términos. El comandante más joven, Ullen, no hacía esfuerzo alguno por ocultar el desagrado que le inspiraba la espada, pero su rostro no albergaba reservas, solo cierta medida de... pesar. Se había reconciliado con la idea de la batalla y su probable muerte, quizá todos se habían reconciliado con ella, aunque solo fuera por razones absurdas o soportables. Una pena. Así no podían ganar.

Con un asentimiento solemne, casi como si se sometiera de mala gana, el comandante de la Guardia Carmesí levantó un guantelete para despedirse.

—Muy bien. Los dioses, al parecer, están decididos a que se derrame sangre en este día. No debemos decepcionarlos. —Y se inclinó.

La espada le dio la vuelta a su montura. V'thell, el comandante dorado, se inclinó también.

—Un privilegio reunirnos con ustedes en el campo de batalla —dijo.

El más maduro, el puño supremo, se limitó a inclinar la cabeza, la boca era una mueca amarga y tensa. La reacción del joven comandante Ullen fue la única que dio que pensar a Trémula; los estudió durante un rato, en sus ojos la expresión que se podría tener cuando se ve por última vez algo poco común o muy valioso. Trémula lo

observó irse y se preguntó qué pretendía decir con esa mirada. ¿Se estaba despidiendo de su propia vida? ¿O allí había algo más de lo que ella no era consciente? Esas incógnitas la inquietaron.

Despellejador montó.

—Nos desplegaremos al sur. Tenemos que mantener contenidas a las fuerzas kanesianas.

—De acuerdo —dijo Trémula.

El hombre se volvió hacia ella y recogió las riendas.

—Y yo no tengo ninguna prisa. Espero alargar esto hasta la noche.

—Entiendo. —*Sí. La noche. Los hombres expuestos, atrapados en campo abierto. Ya solo el miedo al regreso de Ryllandaras puede que gane la batalla por ellos—*. ¿Cogulla, los velos y los magos?

—Lo desataremos todo. Tengo intención de darles una lección, Trémula: que nadie debería enfrentarse a nosotros.

—¿Qué crees que están diciendo, sargento? —preguntó Kibb, la mirada protegida clavada en el sur.

¡Están pisándose todas sus abotagadas ideas de lo importantes que son y ahora vamos a morir todos por su culpa! ¡De eso es de lo que están hablando!

—Nada importante, Kibb. Una simple formalidad. —Una formalidad antes de que la Guardia nos entierre a todos. Con todo, a Noche le estaba costando mucho dejar a un lado lo que había presenciado la noche anterior. ¡Esos dos viejos veteranos bloqueándole el paso a Ryllandaras! ¿Cómo lo habían hecho? ¿Cómo podía hacerlo nadie? Era como las antiguas historias sobre los enfrentamientos entre paladines antes de la caída de Dassem. Como las que les había oído a algunos de los talianos, que decían que lo habían visto en Heng. Y después la bestia moviéndose tan rápido (ellos solo la habían rozado con sus municiones), había desaparecido como un hurón por un agujero. ¿Cómo algo tan grande podía moverse tan rápido? Porque es un puñetero ascendiente, por eso, Noche, amigo mío. Y aquellos dos lo habían parado en seco un momento, ¡piensa en eso! Se le ocurrió que el potencial de supervivencia de su pellejo (y del de su pelotón) se incrementaría cuanto más consiguiera acercarse a esos dos. Algo que tener presente ahí fuera, en el campo de batalla. Entretanto, sin embargo, tenía que elegir un cabo. Preferiría no hacerlo, no había necesidad de darle a alguien la autoridad real para olisquear todas sus órdenes y discutir todos sus planes... pero tenía que escoger a alguien para que se hiciera cargo cuando el Embozado al fin consiguiera sujetarlo el tiempo suficiente para poder aplastarlo. ¡Y no era que después a él le fuera a importar mucho! Para entonces él se estaría aferrando con las dos manos y todas sus fuerzas a la puerta del Embozado.

Aparte de Kibb, que estaba de guardia, el resto de su pelotón estaba tirado por

allí, roncando. Que durmieran un poco más, se lo habían ganado. Ninguno de los nuevos reclutas, eso estaba claro. Ni Martin ni Tranter. Llamarlos saboteadores era como llamar púa de joyero a una pala. No, tiene que ser uno de los regulares. May, suponía. Era lista. Demasiado lista, dicha sea la verdad. No le gustaba el modo que tenía de mirarlo. Para aquella chica, él era transparente, sí, señor. Bueno, ¿y cómo iba a cerrarle la boca? ¡La haría formar parte de la jerarquía, así! Una pena que no fuera una manos con ese pelo cortado a hachazos, las viejas cicatrices en la nariz y la barbilla, todo huesos y ángulos que era. Sí, no le parecía que fuera a conocer a otra como Manos; esa sí que tendría que haber sido para él. ¡Qué idiota del Embozado había sido! Esa May, sin embargo: una vida dura, suponía, antes de alistarse. Seguro que había crecido a base de palizas, de su padre, probablemente. No era la primera vez que lo veía.

Se levantó entre gruñidos y estiramientos y le dio una patada a la sandalia de May. La menuda mujer se levantó de un salto y adoptó una postura de combate con el cuchillo del cinturón en la mano. *Algo más que solo palizas de papá, apuesto lo que sea.* La llamó con un gesto para que lo siguiera. Ella recogió el jubón acolchado y las armas y lo siguió.

—¿Por fin has reunido las agallas para largarte? —le dijo mientras cruzaban el campamento.

—Gracias a mí, de momento estamos todos con vida —respondió él por la comisura de la boca.

—Bueno, yo no he decidido si estaríamos mejor contigo o sin ti, con franqueza.

—Bueno, eres cabo, así que ahora formas oficialmente parte del problema.

—Pues muchas gracias.

Llegaron junto a una multitud de oficiales y suboficiales, una sesión informativa general para las tropas de Diente Bravo, convertidos en el Séptimo Batallón. Noche se abrió paso hasta el círculo. Buscó caras conocidas y vio a Menor y a Lim Tal, y a Heuk con dos vejetes muy nerviosos que Noche supuso que eran la suma total del cuadro de magos de la compañía. *Pobres cabrones, dentro de nada convertidos en papilla por los juramentados de la Guardia.*

Diente Bravo, su cabello una maraña negra y rizada disparada en todas direcciones, estaba hablando.

—Bueno: batalla nueva, estrategia nueva. A decir verdad, es una estrategia vieja, una estrategia que solíamos utilizar cuando nos enfrentábamos a enemigos con un buen surtido de magos. Ya hace tiempo que no nos enfrentamos a algo así, por tanto debe de parecerle nueva a todos los que estáis aquí. —Hizo crujir los nudillos peludos y miró las caras—. La principal orden de batalla es la siguiente: ¡nada de concentrar fuerzas! Cualquier masa grande es una invitación para los magos. Permaneced separados en unidades pequeñas, compañías y pelotones a ser posible. Rodeaos,

vigilad en todas direcciones. No perdáis de vista la corriente en el campo de batalla, moveos hacia cualquier punto de resistencia fuerte para mitigarlo, ¡pero no os agolpéis! ¡Esperad vuestro turno!

—¿Qué va a impedirles invadirnos y rodearnos? —preguntó un oficial.

—Que nos estaremos moviendo dentro de la cortina de nuestros propios escaramuzadores, intentando hacerles eso mismo a ellos, ¡solo que nosotros lo conseguiremos! Por eso, ¿estamos? Bien. De acuerdo, los veteranos de la Guardia estarán haciendo como nosotros, se moverán en unidades pequeñas, sus «espadas». Los nuevos reclutas, me imagino que los tendrán formando falanges en los flancos. ¿Estamos?

—¿Qué hay de los kanesianos, en el sur? ¿Ayudan en algo? —preguntó otro oficial que Noche no conocía. De hecho, Noche no conocía a ninguno de ellos, solo al suyo, Hojalatero, que optaba por guardar silencio y no hacer ninguna pregunta estúpida que Diente Bravo iba a contestar de todos modos en su momento.

—Bien, los kanesianos —repitió Diente Bravo con una expresión que decía lo mismo que estaba pensando Noche—. Si se puede decir que tenemos un objetivo, es ese. ¡Queremos ese puente! Hay un cuerpo de infantería de veinte mil kanesianos al otro lado, y se están meando por demostrar lo leales que son a la emperatriz. Queremos dejarlos pasar y la Guardia quiere impedirnoslo. Así de sencillo. ¿De acuerdo? Bien. —El comandante se colocó correctamente la camisa de cuero suave que se ponía debajo de la armadura, como ropa interior, cruzó los brazos y se metió las manos bajo las axilas—. ¡Rompan filas! Salvo por los sargentos de saboteadores. Quiero hablar con vosotros.

Noche esperó a que la multitud se fuera dispersando. Tenientes y capitanes le dirigían al pasar un asentimiento de aprobación, algunos una sacudida de la cabeza, en reconocimiento de la acción de la noche anterior. Al parecer se estaba corriendo la voz de que se había escabullido con sus hombres para intentar tenderle una emboscada a Ryllandaras. ¡Venga ya! ¿Cómo podía ser nadie tan estúpido?

Y no era que él fuera a desengañarlos.

Pasó Menor y le apretó el hombro en un gesto de consuelo; a Noche le sorprendió y conmovió, no le parecía que su comportamiento mereciera nada parecido. Debían de haberlas pasado putas en esa falange.

Diente Bravo lanzó una ojeada penetrante a la mezcla desgarrada, mugrienta e infame que había quedado. Noche no conocía a ninguno. Un tipo grasiento estaba encorvado bajo un manto de lana manchado de tierra; un dalhonesio gordo vestía un casco redondo de hierro oxidado y una camisa de cota de malla rasgada que no era más que un batiburrillo desharrapado de alambre, trozos de cuero y nudos de tela. La última era una mujer morena y flaca que tenía todo el aspecto de una cigüeña estreñida.

—Habrás que hacer las presentaciones, supongo —dijo con voz profunda Diente Bravo. Señaló al tipo del manto—: Gant —el dalhonesio—, Bocha —la mujer— y Urfa. Este de aquí es el sargento Miedica.

—Así que tú eres el tipo —dijo Urfa mientras lo estudiaba como si fuese algo que hubiese encontrado creciendo dentro de una bota húmeda de fieltro.

—¿El tipo que qué?

—Que es lo bastante estúpido como para ir tras Ryllandaras.

—No soy tan estúpido.

La mujer asintió y entrecerró los ojos bizcos.

—Bien. Espero que no lo seas.

—Na —opinó Gant, que se había echado hacia atrás—. Tú solo estabas por ahí, a la caza de municiones, ¿a que sí? Y Ryllandaras va y te pillá... —Y le guiñó un ojo.

—Sí. Algo así.

Los ojos saltones de Bocha se convirtieron en meras ranuras.

—¿Cuántas encontraste...?

—De acuerdo —interpuso Diente Bravo—. Todos recibiréis vuestra parte. Pero ahora tengo que advertiros, los dorados se guardan la mayor parte. Son los que mejor conocen el material. Y ahora, en cuanto a vuestras patéticas excusas. Andamos escasos de magos, no es ningún secreto, así que os vais de caza. Esa es vuestra misión y la misión de los pelotones de saboteadores de todas las demás compañías. Agacháis la cabeza y esperáis a que asome un juramentado, o juramentada, y entonces les dais lo suyo. ¿Entendido?

Asentimientos alrededor. Un coro de perezosos «síes».

Diente Bravo frunció el ceño con gesto decepcionado bajo las enmarañadas y apelmazadas cejas.

—De acuerdo. Rompan filas, todos salvo tú, Miedica. Un momento.

Los otros sargentos de saboteadores se alejaron sin prisas, Gant ofreciéndole una carcajada burlona a Noche. Diente Bravo le pidió que se acercara más con un ademán.

—Te encontraste a alguien ahí fuera, ¿no? —dijo en voz muy baja. El tipo estaba tan cerca que Noche se encogió, hedía a grasa de animal rancia, sudor viejo y cerveza pasada. ¡Dioses! ¿No se ha lavado nunca?

—Sí. Me encontré al sargento mayor Temp.

—No, no te lo encontraste, ¿estamos?

—Eso fue lo que ahí fuera no me dijo nadie.

—Bien.... Bueno, ¿y qué estaba haciendo?

—Se reunió con un viejo veterano seti que conocía de antes.

Las cejas de bhederin de Diente Bravo treparon por la frente roma hasta la melena enmarañada y grasienta.

—Ese tal seti —dijo con voz profunda y extrañamente débil—, ¿cómo lo llamó?

—Lo llamó su «hermano de espada».

El comandante se echó hacia atrás como si se tambaleara.

—¡Por la cola huesuda del Embozado! —dijo sin aliento, asombrado—. ¡Dos! ¡Dos de los antiguos guardaespaldas de Dassem aquí, entre nosotros, ahora! Los juramentados no tienen ni idea de a quién se enfrentan.

—¿Qué pasa? —preguntó Noche.

El rostro del hombre se nubló.

—Nada. Tú no has visto nada y no has oído nada. ¿Está claro?

Noche se encogió de hombros con indiferencia.

—Bien. ¿Algo más?

—Sí. Tenéis municiones. Se supone que tenéis que entregarlas para su distribución. Devuélvelas.

—Devolveré la mitad.

—¡La mitad!

—¿Trato hecho?

Noche juraría que oyó los dientes de su comandante astillándose y chirriando.

—Trato hecho —escupió Diente Bravo—. Y ahora sal de mi vista antes de que te meta en el calabozo.

Noche hizo un saludo militar y se alejó sin prisas. Fuera, en los terrenos del complejo, se le acercó May.

—Estoy empezando a pensar —le dijo en un aparte— que quizá no seas tan malo para la unidad, después de todo.

—Me abruma tanto cariño —rezongó Noche—. Ahora vamos a echarle un vistazo al sur.

Treparon la empalizada del sur. A lo lejos, fuera de su vista, más allá de las colinas que se ondulaban con suavidad, se estaba desplegando la Guardia. Dentro del complejo resonaron los cuernos, a formar. Las fuerzas combinadas de Laseen, los soldados talianos, moranthianos y falari que quedaban, todos puestos al servicio del cetro del Imperio, empezaban a formar para marchar al sur.

—Todo campo abierto —dijo Noche, que estaba pensando en voz alta. Se pasó un pulgar por los labios—. Para nosotros, un asco.

—Al menos no tienen caballería digna de ese nombre —dijo May.

—¿Y quién la tiene? Los caballos escasean tanto como el oro en estos tiempos.

—Así que entonces no habrá mucha maniobra, quizá.

—No. Cuerpo a cuerpo. No será bonito. Hoy no se va refrenar nada. Oye, ¿te acuerdas de ese equipo de asedio que hay en la reata? Coge a unos cuantos de los muchachos y haceos con una de esas ballestas para piedras. La más grande que encuentres. Desmóntala si no te queda más remedio. Quiero poder alcanzar el sitio

que sea de ese campo de batalla.

Los labios finos de May se curvaron poco a poco ante las imágenes que empezaban a surgir. La mujer ladeó la cabeza para asentir.

—Sí, sargento.

Seda había acomodado a Storo en una posada de cierta clase. Ese amanecer, Arrojo se paseaba por el pasillo junto a la puerta de la habitación. Se iba de la ciudad; tenía el mando, al menos de nombre, de un destacamento hengese de voluntarios que iba a unirse a las fuerzas de la emperatriz, en el este. Le parecía probable que nunca volviese, así que esa era su única oportunidad de despedirse. Con todo, no tenía valor para entrar. Habían pasado días y en todo ese tiempo no había ido todavía a verlo. Y quizá ya fuese demasiado tarde...

—Pasa, Arrojo —la llamó él a través de la puerta. Arrojo se quedó paralizada y maldijo los ruidosos tablones. Abrió la puerta. Él yacía en la cama. Una ventana abierta dejaba entrar la luz de primeras horas y el aire. Arrojo se quedó en el umbral. Storo le pidió que entrase con un ademán—. Venga. Ahora ya no huelo tan mal.

Arrojo no quería y tampoco era su intención, pero se puso roja de vergüenza. Se acercó y se sentó a los pies de la cama. La cara del hombre estaba desgarrada, un gran zigzag recortado se había llevado un ojo, la mejilla y el borde de la boca, así que Storo no podía pronunciar bien. El brazo de ese lado también había desaparecido, amputado. Una herida abdominal estaba cubierta por las sábanas.

—He oído que te vas. Ojalá no lo hicieras. Los setis seguramente atacarán, es su última oportunidad.

—Rell se queda, y Seda y Liss. Y ahora nos respalda la ciudad entera. Tenéis cohortes completas y al capitán Gurjan. Hombres y mujeres suficientes para las murallas.

—Sigue sin gustarme.

—Estaré bien. Tengo un buen sargento en Banath.

—No estarás a salvo. Aquí sí estás a salvo, en la ciudad. Y te llevas a esos tres. No me fío de ellos.

—No puedo decir que a mí me gusten mucho, pero lucharon por la ciudad y Seda está de acuerdo en que Laseen anda escasa de magos; esos tres podrían marcar la diferencia de verdad.

Storo aspiró una bocanada de aire con cierto esfuerzo, ¿le estaba cansando la visita? Estaba más débil de lo que ella había pensado.

—Sigo sin confiar en ellos. ¿Por qué se van? ¿Por qué están todos tan impacientes por irse?

—No lo sé. Pero lo están. Así que nos vamos. Y ahora cuídate, sana. —Se levantó.

Él luchó por incorporarse un poco. Arrojo se acercó y lo acostó con suavidad.

—¿Qué...?

—Vuelve. ¿Me oyes? Vuelve. No quiero... que esta lucha te lleve.

—De acuerdo. Mantendré la cabeza gacha. Bueno, ya nos veremos.

La mano de la sábana se alzó hacia ella, se abrió y volvió a caer.

—Sí. Ten cuidado ahí fuera. Mucho cuidado.

—Lo tendré. —Salió sin volverse y cerró la puerta. Apoyó la espalda en ella y se planteó la posibilidad, muy real, de que los dos fueran unos malditos cobardes.

Fuera la esperaba su escolta de veinte jinetes; era, después de todo, la segunda al mando de la ciudad. Cabalgaron hasta la puerta del Amanecer, donde seiscientos soldados de caballería estaban formando en columna de a dos. El llamamiento se había hecho algún tiempo atrás y con el apoyo más que ruidoso de Rell se habían elegido seiscientas monturas viables entre los caballos que quedaban en la ciudad. Muchos estaban ya en las últimas, poco más que simples pencos con joroba, pero servirían para un día de viaje por un buen camino. En la puerta, un haz de la luz del amanecer todavía colándose de refilón, Arrojo se detuvo en seco. Allí la esperaban los tres hermanos, pero también Rell y Liss, ambos montados. Cerca de ellos permanecía Seda, los brazos cruzados sobre la camisa aún raída y sin arreglar, y Risueño, cuya mirada furiosa era todavía más hosca de lo habitual.

—¿Qué es esto? —le preguntó Arrojo a Rell.

—También vamos —dijo Liss.

—Les pedí que no fueran —interpuso Seda.

—No deberíais. La ciudad...

—Esta noche no vendrá aquí —dijo Rell desde detrás de su visor, su voz todavía dura y distorsionada por las cicatrices—. Sabemos dónde va a estar.

Arrojo asintió. Ciertamente, por todo lo que había oído no había forma que el monstruo se fuera a resistir a toda la sangre que estaba a punto de derramarse. Era obvio que Rell y Liss querían estar allí cuando apareciese. Muy bien. En ese punto, con tan poco personal, no iba a rechazar a nadie. Levantó los hombros hacia Seda, que se abrazó con más fuerza y frunció el ceño con una expresión de desaprobación impotente.

Risueño acudió a su lado.

—Yo debería ser el que fuera —rezongó.

—Uno de nosotros tiene que quedarse y, al parecer, el comandante de campo soy yo.

—No lo eras hace una semana.

—No, pero por alguna razón de repente lo soy. Échale un ojo a la muralla norte.

La mueca despectiva de él le informó de que no se le ocurriera intentar decirle

cómo hacer su trabajo. Arrojo le hizo una seña al sargento Banath, que se alzó en los estribos y agitó la mano. Los portaestandartes hundieron los colores hacia delante y la columna empezó a salir poco a poco por la puerta del Amanecer, rumbo al este. Arrojo levantó una mano para despedirse. El mago se inclinó, los brazos todavía lo rodeaban con fuerza, una sonrisa forzada de aliento en los labios. Risueño alzó un puño.

Las brigadas del capitán general Ullen ya se habían puesto en marcha, pero él cabalgaba con sus ayudantes hacia el campo de batalla, donde un destacamento estaba apilando cadáveres para quemarlos. La hoguera más cercana al complejo contenía a los heridos que habían sucumbido después del combate. Y entre ellos estaba el cuerpo del comandante Choss, en otro tiempo puño supremo a las órdenes de Laseen.

Ullen tiró de las riendas y cruzó las manos recubiertas de cota de malla sobre el pomo de la silla. Maldito desperdicio. Tantos conocimientos, tanta astucia y experiencia desaparecidos justo cuando lo necesitaban de forma vital. El Imperio marchaba a enfrentarse a su enemigo más antiguo (y quizá al más peligroso) y había perdido a uno de sus comandantes con más talento en lo que a él empezaba a parecerle absurdas riñas internas. *Nada como un enemigo externo para poner las cosas en perspectiva, ¿eh, Choss?* Seguramente el otro sabría apreciar la ironía.

La montura de un ayudante relinchó con lo que Ullen esperaba que fuera impaciencia involuntaria. Para esos jóvenes que acababan de empezar su formación como oficiales, ese hombre no era más que un nombre, un resto de tiempos legendarios tan distantes para ellos como los t'lan imass. ¿Qué sabían ellos de campañas de más de veinte años de antigüedad, previas incluso a su nacimiento? Pero Ullen había estado allí. Era más joven que ellos en su primer destino, un simple mensajero destinado al personal de Choss durante las últimas conquistas.

A un lado, dos soldados se levantaron de donde habían estado sentados en la hierba y se pusieron los cascos. Habían ido a ofrecer sus respetos, sin duda (veteranos que parecían bastante mayores), hombres cuyos recuerdos se remontaban incluso más atrás con Choss, quizá hasta las primeras campañas. El impulso de hablar con ellos invadió a Ullen, ansiaba compartir recuerdos del hombre al que habían acudido a despedir, pero ellos no parecían impacientes por tener compañía y él tenía que respetarlo. Con todo, al verlos irse, aquellos dos juntos le sonaron de algo. Quizá se habían cruzado más de una vez a lo largo de los años.

Un miembro de su personal se aclaró la garganta y Ullen apretó los labios y exhaló. El humo de todo lo que se quemaba era denso y él tuvo que contener las ganas de toser. *Adiós, viejo amigo y mentor. Te merecías algo mejor. Claro que, también nos lo merecíamos todos.* Chasqueó la lengua para espolear a su montura y

torció las riendas.

Cabalgaron junto a la línea principal de marcha, hacia el sur; pasaron primero junto a las carretas cargadas de los seguidores del campamento a pie, una muchedumbre desharrapada que era la combinación de no combatientes talianos y malazanos. Esposas con hijos a remolque agitaban las manos, como hacían novias y prostitutas, incluso los maridos de alguna oficial, hombres con su propio oficio: herrero, curtidor o cocinero. Después llegaron junto a la retaguardia y el séquito personal de la emperatriz rodeado por su propia guardia de unidades pesadas malazanas y tropas de caballería nobles. Instalado con toda seguridad en el interior, rodaba el carruaje imperial tirado por una yunta de ocho bueyes. Ullen se preguntó con aire ocioso si Laseen estaba siquiera en ese maldito trasto y si todo aquello no sería solo para impresionar. Lo poco que sabía de ella lo hacía sospechar que ese era el caso. Después del séquito imperial llegaron a las columnas de los elementos de reserva; ese era el trabajo de Ullen, en coordinación con el puño supremo Anand. Pero él sentía curiosidad por ver los terrenos que había por delante, así que continuó. Cruzaron el camino de los mercaderes, que iba del este al oeste, y llegaron junto a elementos del cuerpo principal, que empezaban a extenderse y formar. Más adelante, el terreno descendía con suavidad. Allí esperaba la Guardia, a caballo del camino de peregrinos del sur. Más allá, la ladera continuaba para encontrarse con los riscos del valle del río Idryn.

Los mercenarios se habían desplegado en un arco amplio, muy separado, con grandes falanges defendiendo los flancos extremos. Era obvio que estaban invitando a un ataque por el centro. Los juramentados parecían tener una confianza suprema en su capacidad de amortiguar y anular cualquier avanzadilla. Ullen se inclinaba por no dudar de ellos. Le echó una ojeada al sol, cerca del mediodía; el día era húmedo y se calentaba rápido. No era un buen día para ningún tipo de lucha prolongada. Al este se alzaba el enorme collado erosionado sobre el que se podían distinguir apenas las ruinas del Gran Santuario de Ascua. Distráido, se preguntó si la Guardia pretendía convertirlo en punto de retirada y reunión, pero no parecían de los que tenían planes de contingencia para la derrota.

Los escaramuzadores imperiales, la milicia untan, llámalos como quieras (los «mosquitos asesinos», los habían bautizado sus unidades pesadas) ya se habían repartido por las laderas cubiertas de hierba alta curtida por el sol. Los pájaros que anidaban en el suelo alzaron el vuelo, molestos por el movimiento de las tropas. Al agacharse, muchos de los ballesteros desaparecían por completo de la vista y Ullen tuvo que sonreír: *sí, buen escondite, pero no durará. Los magos de la Guardia ya se encargarán de quemarlo.* Ya lo había visto antes. Al contrario que la mayor parte de los presentes, él había presenciado choques de magos a gran escala donde senda

luchaba contra senda y se revolvían grandes extensiones de terreno y hombres. Había estado allí cuando las capitales de la isla de Falar habían caído y se le hizo un nudo en el estómago de miedo ante lo que estaba por llegar. Con todo, se consoló sabiendo que un combate como ese, en toda regla, en el campo de batalla, no era el estilo de la Guardia; jamás habían sido una fuerza autónoma. Más bien una unidad adscrita a un ejército principal, un servicio especial que servía para objetivos u obligaciones restringidos, concretos. Ullen esperaba que esa posición no muy ideal contribuyera a igualar las cosas.

Los elementos de cabeza de las infanterías malazana, taliana y falari se estaban desplegando. Ya se habían dividido en unidades de solo una, dos o tres compañías. Se abrían paso entre los irregulares como navíos por un mar palpitante. Muchas de las unidades se habían organizado con centros huecos, una buena estrategia cuando había que enfrentarse a magos de batalla. Urko estaba allí abajo, en alguna parte del flanco occidental, con sus talianos; V'thell, al este con los dorados. Ullen estudió las lejanas formaciones de la Guardia Carmesí: ellos también seguían una dispersión parecida, se mezclaban con las filas. Pero la Guardia tenía que saber que Laseen no tenía muchos magos. *¡Quedan las garras! ¡No te olvides de ellas! Solo porque decidiese ahorrarles a los oficiales de la Liga la matanza, eso no significa que su paciencia se extienda a la Guardia. No, al contrario, no cabe duda de que los juramentados se encontrarán empantanados.* Y al pensar en eso Ullen supo de repente por qué ni una sola garra lo había asaltado a él o a ningún otro oficial de la Liga. *¡Los necesitaba! ¡Todo ese tiempo! ¡Había hecho provisiones incluso para eso!*

Estuvo a punto de caerse del caballo, tan grande fue la ira que se le clavó en el pecho. *¿No habían tenido ni una sola oportunidad, entonces? ¿Todo inútil? ¿Para nada?* Se detuvo, se quitó el casco y se secó el sudor que empezaba a mojarle la frente. Su personal se paró también y le lanzó miradas curiosas. *Pero no, no podía tener la certeza.* Simple prudencia. Una buena gestión de los recursos. A él, a Urko y los otros de la Liga les habían perdonado la vida. La intención de Laseen durante todo ese tiempo había sido ganarse a sus hombres, y asesinar a líderes amados, como un Urko o un Dujek, no era la forma de conseguirlo. Pero ese tipo de consideraciones no se aplicaban a la Guardia. La Garra entera se desatará sobre ellos.

Mientras miraba, el estandarte de la espada llegó al centro del campo y esa vez desmontó. Esa nueva espada, Korbolo Dom, había decidido luchar a pie, respaldado por una legión de la unidad pesada. Ullen no sabía mucho del hombre salvo lo que había oído en el pasado y visto hacía muy poco. La ferocidad del tipo y su capacidad de lucha eran indudables, desde luego; pero parecía carecer de cierta aura o *elán*, lo que tanto había unido a los hombres con Dassem. Con la antigua espada, los soldados habían sabido que si se encontraban en un apuro, Dassem estaría allí para defenderlos pasara lo que pasara. Ullen lo sabía. Había visto a Dassem, seguido por su escolta de

la espada, abrirse camino repetidas veces por el campo de batalla para ir en socorro de una formación o posición que estaba en apuros. No se podía confiar en que la espada actual hiciera lo mismo.

—¿Señor? —aventuró un miembro de su personal, que lo sacó de su ensueño.

—¿Sí?

—¿No deberíamos regresar ya?

Ullen se frotó los ojos. Ya estaba cansado.

—Sí. Seguro que el puño supremo Anand se pregunta dónde estamos... —Le dio la vuelta a su caballo con suavidad.

El consejero del puerto Jenoso Al'Sule de Cawn, recién nombrado, calibró con algo parecido al horror el avance renqueante del barco que acababa de entrar bamboleándose rumbo a sus concurridos desembarcaderos. *Dios de un millar de humores, ¡por favor, no te hundas en un amarradero! ¡Sus superiores notarían la pérdida de ingresos! Con todo, si de verdad se hunde, técnicamente estaría ocupando el amarradero y por ley los propietarios estarían obligados a...* Jenoso se alisó el uniforme nuevecito, negro imperial con un ribete de color borgoña, y esperó mientras las barcasas del puerto remolcaban el navío. Una vez que las cuerdas estuvieron bien atadas a los bolardos, echó a andar con la completa seguridad de que saldría a recibirlo una pasarela, pero no salió ninguna. Se detuvo de golpe al borde del muelle y examinó las barandas. ¡Dioses! ¡Qué desastre! ¿Había tenido que soportar una tormenta?

—¿Hola? Navío... —Jenoso buscó el nombre, *¡Beru, no! ¿Quién llamaría así a un velero?*—. ¿Ah, Tapón de Trapo?

Un marinero pálido y de aspecto enfermizo apareció en la baranda.

—No sube nadie a bordo —casi aulló mientras señalaba.

—Muy bien, eso es asunto suyo. El mío es inscribir e inspeccionar. Ahora, déjeme subir a bordo.

—¡No! ¡Largo!

—No sea ridículo. Hay que inspeccionar su cargamento, imponer los emolumentos. Venga, venga. No tengo todo el día.

El hombre se tiró del pelo largo, desaliñado, roñoso.

—¡Peste! —gritó—. ¡Sí, eso es! ¡Tenemos peste! ¡Cuidado! ¡Uuuu!

Jenoso parpadeó, confundido.

—Bueno, en ese caso está contraviniendo el procedimiento estándar. Debe anclar en la bahía e izar una bandera negra...

Un viejo con una mata de pelo erizado canoso y un rostro arrugado y curtido por el viento apartó al marinero.

—¿He oído las palabras «procedimiento estándar»? ¿Qué les pasa a los puertos

estos días? Bueno, tiempos hubo en Cawn en los que unas cuantas lunas de plata habrían... ¡El bendito Dessembræ nos libre! —exclamó el hombre con los ojos clavados en la ciudad—. ¡Deben de haber intentado cobrarles impuestos a los que menos debían!

Jenoso luchó por no hacer caso de la exactitud de ese comentario improvisado.

—Da igual, es más, ahora se necesitan más fondos todavía para la reconstrucción, de ahí el asunto que nos traemos entre manos.

El viejo capitán, la camisa fina, desvaída por el sol, apenas le colgaba de su huesuda estructura, le hizo un gesto con una mano que parecía una garra.

—Vaya, ¿los colores imperiales? Creía que Cawn estaba abierta al mejor postor. ¿O se ha cerrado la puja?

Una vez más, Jenoso se esforzó por mantener rasgos y tono impasibles.

—Le puedo decir que no era ni ayer cuando un nutrido ejército de cerca de treinta mil soldados de las fuerzas provinciales cawnesas atravesó esta ciudad rumbo al oeste, a apoyar al Imperio.

El capitán se pasó una mano por la cara y sonrió.

—No me diga. ¿Ayer o no ayer? ¿En qué quedamos?

—Eh... ¿perdón?

—Ha dicho «no era ni ayer», bueno, ¿en qué quedamos?

Le pareció al consejero del puerto que se le estaba yendo el control de la situación, pero era incapaz de concretar con exactitud cómo y cuándo había pasado.

—Ah, ayer, o así...

—Bueno, ¿y por qué no lo ha dicho, hombre? ¡Dioses!

Jenoso apretó con tal fuerza la tableta de cera que sintió las yemas calientes de los dedos incrustándose en ella.

—¡Señor! ¡El asunto que tenemos entre manos...!

—Lo que pasa con la mano que nos han repartido es que estamos enseñando esa mano. ¡Al parecer el Imperio tiene todos los puertos metidos en su puño, así que nosotros nos largamos!

Al consejero del puerto le dolían las cejas unidas.

—Lo siento, ¿qué...?

—Yo también. ¡Soltad amarras!

—¿Qué... yo?

—¿Por qué? ¿Se va a alistar? —Hizo un gesto hacia un lado—. ¡Soltad amarras!

—¡Ah, no, capitán! ¡Por favor! —rogó alguien—. ¡Por la misericordia de Soliel, señor! Queremos agua, comida...

—¡Lo que queréis es una oportunidad para desertar! ¡Y ahora moveos!

—Señor... —exclamó Jenoso—. ¡Señor!

—¿Sí? ¿Sigue ahí?

—Por desgracia.

Una carcajada siniestra del capitán.

—Ese es el espíritu, muchacho.

Los marineros, descalzos, vestidos con pantalones y camisas raídas, treparon por los costados y se deslizaron por las cuerdas de amarre. Jenoso señaló.

—Espere. No puede hacer eso, espere. ¡Atracar y soltar amarras por capricho! Debe unos emolumentos, hay que pagar el muelle, las tripulaciones de la barcaza...

—Mire —anunció el capitán—, aquí tiene un depósito —y le tiró algo, una bolita de algún tipo.

Aterrado, Jenoso dejó caer la tableta para coger la bola oscura. Le dio vueltas en las manos con los ojos clavados en ella.

—¿Qué es esto? —casi chilló.

—Es lo que cree que es.

Jenoso se quedó inmóvil, la bola, u ovoide, sujeta con el brazo muy estirado. Abrió la boca, pero no salió nada.

—¡Izad las velas! —ordenó el capitán—. Sopla brisa hacia el mar. No llega siquiera al pedo de una condesa durante una recepción, pero servirá.

Lonas y cuerdas chirriaron, los pies golpearon la cubierta. Jenoso seguía paralizado. Le dolían los brazos.

—¡Adiós a todas estas tierras asfixiadas por la burocracia! —bramó el capitán—. ¡Que caiga una maldición sobre todos los consejeros, recaudadores y todos vosotros, bandidos dirigidos por el Estado! ¡Ojalá os ahoguéis en las tragaderas del Embozado! ¡Adiós a todos los emolumentos, diezmos, tasas, cuentas e impuestos! ¡Malditos seáis, ojalá caigáis en el lado más oscuro del abismo!

Las velas captaron la débil brisa. Los marineros se afanaron en apartarse del puerto con pértigas. El capitán siguió despotricando. Como era inevitable, la extraña actividad atrajo la atención de la guardia del puerto y un destacamento bajó con paso decidido a investigar. Su sargento encontró al consejero del puerto con la cara blanca, los brazos temblorosos, y las manos aferrándose a un objeto con todas sus fuerzas. El sargento se lo quitó con suavidad para estudiarlo.

—El sello del Arsenal Imperial —dijo con tono reflexivo.

—Es... —tartamudeó el consejero del puerto con la voz muy débil—, es...

—Es solo un humeante —dijo el sargento mientras se lo pasaba de una mano a otra. Levantó la barbilla y señaló el barco que se iba metiendo en la bahía—. ¿Quién era?

—El Tapón de Trapo —musitó Jenoso mientras flexionaba y se masajeaba las manos. Al bajar la vista vio que su tableta se había colado por las tablas del muelle y había caído al puerto. Se llevó las manos calientes a la cara y luchó contra las ganas de llorar.

—¿El Tapón de Trapo, dice? Bueno, lo estaremos esperando. Da igual dónde ataque, lo estaremos esperando.

Los mares se estaban picando y unas nubes pesadas anunciaban una tempestad, pero Yathengar golpeó la cubierta del Melancólico con su bastón a pesar de todo, convocaba una asamblea de los participantes en el ritual. Ho se sentó en la popa con Su y Devaleth; la bruja wickana, totalmente desdichada con aquel tiempo revuelto, y la maga del mar korelana, completamente cómoda y tranquila.

Los participantes, unos veintitrés sin incluir a Yath, se fueron juntando sin prisas y una vez más a Ho le sorprendió el triste espectáculo. *Parecemos una colección de tontos del pueblo, todos y cada uno. El pelo trasquilado, mal afeitados, vestidos con harapos gorroneados en el barco; la ropa antigua, las sandalias y el resto, todo arrojado por la borda. Algunos hombres incluso se han afeitado el vello corporal. Los pálidos están quemados por el sol. La piel de todos está en carne viva, agrietada y sangrando de frotarla tantas veces. Se diría que ha habido un brote de peste a bordo. Pero está funcionando, eso y haber dejado las islas muy atrás. Noto que vuelven mis poderes. Ahí están, solo tengo que atreverme a cogerlos.*

Los participantes se colocaron en hileras ante Yath, sacerdote de Siete Ciudades y mago. Ho, por supuesto, había investigado la magia del ritual con mucha más profundidad que la mayor parte de los magos eruditos y sabía que Su también debía de estar familiarizada con sus exigencias. Los hechiceros y las brujas wickanas lo utilizaban con regularidad. Se imaginaba que Devaleth también debía de estar bien versada, Ruse tenía mala fama, sus rituales solían ser muy complicados.

Y ninguno de ellos había elegido participar. ¿Era simple producto de la aversión personal que sentían por Yath o había algo más, una sospecha más profunda o un miedo sano a las consecuencias que podría sufrir cualquier participante si las cosas iban mal? Quizá las dos cosas.

Empezó bastante bien. Ho solo detectó una interferencia insignificante, la presencia de alguna traza persistente de otataralita. Alrededor de los magos sentados y concentrados continuó la travesía mundana del navío. La tripulación juramentada acortó las velas y lo aseguró todo contra la tormenta inminente. Penas estaba en el timón de popa, con Regalo, Dedos se había sentado a su lado y se había apoyado en el costado del barco. Los cielos se oscurecieron, las nubes bajas y gruesas se revolviéron. Ho quería suspenderlo todo, pero comprendía que el tiempo apremiaba. Los acontecimientos convergían en Quon. Una cúspide de algún tipo se acercaba y debían actuar durante ella o perder cualquier oportunidad de influir en su desenlace.

Se estudió las palmas de las manos, raspadas hasta dejarlas en carne viva, y las plantas de los pies, las uñas ensangrentadas cortadas por un cuchillo, ¡y todo eso se lo había hecho él! ¿Había alguna metáfora para describir sus empeños y los de sus

compañeros? Si era así, no resultaba muy agradable.

Unos murmullos llevaron sus ojos a Dolor (Penas), en el timón de popa, junto con Regalo y Lerdo. Había clavado los ojos en Yath, movía los labios para seguir la invocación y asintió para sí cuando oyó lo que elegía Yath en su trabajo preliminar para la fusión inminente. Ho se irguió, asombrado, ¡el tipo era mago! *¡Sí, uno de nosotros, desde luego!*

—Tú también eres mago —le dijo a Penas.

El hombre compartió una mirada con Dedos y una sonrisa irónica le levantó un borde de los labios.

—No lo digas por ahí. A Dedos y a mí nos gusta sorprender a la gente.

—¿Qué senda, si me permites la pregunta?

Un encogimiento de hombros.

—D'riss.

Vaya, los senderos de Tierra. Una senda muy apropiada para sus investigaciones en el Pozo. ¿Así pudo resistir como si nada a lo que le había pasado allí? Pero ¿lo había hecho en realidad? Ho observó para sí que él tampoco estaba participando en el ritual. Claro que Penas y su compañero juramentado estaban luchando con el pesado brazo del timón para girarlo. Devaleth se levantó y estudió las olas que se abalanzaban hacia ellos como torres de pizarra.

—Acortad más las velas —le dijo a Penas—. Ahora.

Penas no perdió tiempo en pensar o reaccionar, se limitó a hacerle un gesto a Regalo, que corrió a transmitir la orden.

—Somos demasiado ligeros, carajo —rezongó la mujer por lo bajo—. Deberíamos haber cogido más lastre en el Pozo...

—¿Más otataralita? —le preguntó Ho con tono burlón.

Como única respuesta, la maga del mar señaló lo que tenían delante.

—Eso nos matará igual.

Una espuma gélida azotó la cara de Ho. Se la limpió antes de contestar.

—Entonces esperemos que Yath tenga éxito.

La maga mare era la única persona que se sostenía sin ayuda sobre la cubierta. Todos los demás estaban sentados o se aferraban a las cuerdas o a los costados. Ella permanecía con los pies bien separados y las manos entrelazadas a la espalda. Bajó la cabeza y miró a Ho.

—Tú y yo sabemos que se tardará el día entero en armonizarlo todo para el hechizo. Una ola podría ahogarnos antes, en cualquier momento.

—Entonces será mejor que nos ayudes —dijo Su, su rostro oscuro se arrugó en una sonrisa.

Devaleth alzó los ojos al cielo cubierto y murmuró maldiciones para sí en korelano. Ho creyó oír ecos de los antiguos acentos malazanos en el idioma.

—Oh, muy bien —siseó en taliano. Cogió el brazo del timón y empujó a Penas—. Suelta, maldito zoquete.

Penas lanzó una mirada insegura a Ho, que asintió. El juramentado respiró hondo y él y Lerdo dejaron el timón en manos de Devaleth. De inmediato, el Melancólico se estabilizó y su avance se hizo más ligero. La mujer empujó el brazo con solo el índice y el pulgar de una mano y la proa saltó con suavidad para encontrarse con la siguiente ola.

—Demasiado ligero —murmuró la mujer con tono desagradable.

—¿No hay interferencia? —le preguntó Su, impaciente.

—¡Sí, sí que hay una puñetera interferencia! —gruñó la maga del mar—. ¡La otataralita es un chirrido que perfora mi mente! Pero eso puedo apartarlo... no, hay otra cosa... —Entrecerró los ojos, convertidos en meras ranuras, mientras buscaba en su interior, investigaba...—. Algo que no puedo identificar, pero está ahí. Tirando, como una marea o una corriente, me insta a que me aparte... —Sacudió la cabeza—. Demasiado efímero. No puedo perder tiempo ni esfuerzo, ¡persíguelo tú! —Y les dio la espalda, lo que puso fin a cualquier otra distracción.

Su le dedicó a Ho una sonrisa cómplice y una vez más el hombre se preguntó algo: ¿qué quería decir la anciana con esos gestos? ¿No era más que una invitación para que leyese lo que más conviniera a sus propios miedos o planes? ¿Afirmaría más tarde la mujer haber sabido siempre cómo iba a desarrollarse todo? Esa falta de naturalidad le molestaba muchísimo. Nadie podía saber lo que pensaba otro ni sus motivaciones más profundas, sus esperanzas o sentimientos. Las personas eran simples desconocidos, fuentes de continua sorpresa, a veces decepcionante, otras positiva. Y se imaginaba que así debía de ser para todos.

En el centro de la cubierta, Yath también se había sentado con el bastón atravesado en el regazo, luchando por entretejer las abigarradas contribuciones de los participantes y convertirlas en un único flujo canalizado de poder sin costuras que se pudiera contener, fundir y destilar, y después liberar en una asombrosa revelación de intenciones firmes: la transferencia del barco a través de una senda de un lugar físico a otro.

—¿A qué están esperando? —preguntó Rodaballo con una mano en la pala, estaba mirando las líneas de la Guardia, al sur.

Noche no respondió, seguía aporreando con furia la tierra seca.

—¿Cómo abismo quieres que lo sepa? ¡Y ahora deja de gandulear y ponte a trabajar!

Con una gran sonrisa, Rodaballo se entregó una vez más a la tarea de profundizar su trinchera. *Aguantad solo un poco, rogaba Noche, y nos habremos fabricado un estupendo perímetro defensivo. Solo una migajita más...* Levantó una pierna, se

agachó en la hierba y se asomó a izquierda y derecha. No había mucho movimiento. Tiros al azar de los escaramuzadores, nada serio. *¿A qué está esperando todo el mundo?* Resulta desconcertante, carajo. *Nadie tiene prisa por dejarse matar, supongo.* May había elegido una buena colina, no lo bastante alta como para suscitar atención indeseada, pero tampoco demasiado baja. No muy cerca del centro, pero tampoco demasiado alejada. Una vez que había metido a su pelotón allí, Noche había puesto a todo el mundo a cavar una larga trinchera semicircular, su escondite cuando los magos y los velos salieran de caza. May y los regulares estaban montando la ballesta de piedras. En ese combate, en lugar de lanzar piedras, arrojaría algo mucho más letal contra cualquier juramentado o mago lo bastante idiota como para revelar su posición.

Hablando de magos, Heuk estaba con ellos. A varios pelotones de sabotadores se les habían asignado magos militares, aunque de qué les iba a servir el viejo borracho era algo que Noche no alcanzaba a comprender. Se tiró de la brigantina de hierro y cuero, rescatada de las carretas del intendente por sus hábiles reclutas. Ellos también lucían mejores armaduras; cueros acolchados y de varias capas incrustados de aros y tachuelas, yelmos de hierro, grebas y brazales de cuero hervido. Demasiada armadura, era cierto. Pero eran jóvenes; si vivían el tiempo suficiente, terminarían por encontrar el equilibrio adecuado entre la protección y el peso.

La caballería combinada de la Liga y de Malaz patrullaba los límites exteriores del campo de batalla, demasiados pocos para hacer nada más. La mayor parte de los comandantes de campo habían desmontado para acompañar a sus batallones. En el frente del centro, el estandarte de la espada amenazaba con avanzar, pero nunca terminaba de comprometerse; aguardaban recado de Laseen. Noche se preguntó cuánto tiempo duraría eso. *¿A qué estaba esperando esa mujer?* *¿Por qué no lanzar los escaramuzadores y hacer la señal de avanzar?* Ya era media tarde y todavía no se habían intercambiado golpes serios.

Un saltamontes marrón aterrizó en la manga de la cota de malla de Noche y este sopló para espantarlo. *Vete de aquí, pequeñín, las cosas están a punto de calentarse demasiado para los de tu tamaño.* Observó que el fuego de la milicia untan se recrudecía en el flanco occidental. Alguna espada de la Guardia o una fila había avanzado o hecho algo y los irregulares respondían. En ese momento, al ver que sus hermanos y hermanas disparaban, empezaron a surgir más ballesteros, hombres y mujeres, para disparar también. Las andanadas de cuadrillos se convirtieron en un tamborileo constante y después en una lluvia oscurecida que se espesó hasta convertirse en una dura tormenta. Así era como tenía que empezar: algún movimiento intrascendente invitaba a la represalia y provocaba un contraataque que se convertía en una escalada de recursos, y antes de que cualquiera de los dos bandos se enterara, ya estaban combatiendo. Noche carecía de cualquier tipo de ilusión personal, sabía

que era un neófito, pero semejante escenario de caos, de fuerzas ciegas que se buscaban a tientas en la oscuridad y reaccionaban sin pensar, tenía sentido comparado con lo que había visto hasta el momento. Y pronto caería la oscuridad... *¡Mierda! ¡Como si las cosas pudieran ir todavía peor! ¡La oscuridad!* Y no había forma de que pudieran salir de ese campo antes de la noche.

Noche buscó con la mirada al mago militar.

—¡Heuk! ¡Sube aquí! —El viejo apareció con el pelo grasiento y los ojos entrecerrados—. ¿Y tú de qué nos vas a servir, si puede saberse?

Heuk se protegió los ojos con las manos del sol vespertino.

—Tú reza para no necesítarme...

—Sí, sí. Eso es lo que dices siempre. Bueno, ¿pues sabes lo que digo yo? Yo digo ¡y una mierda! ¡Vamos a necesitar a todo el mundo!

El mago examinó el campo de batalla por debajo de la palma de la mano y asintió con gesto amargo.

—Creo que tienes razón.

—¿Y?

—Y... —se agachó y se metió en la delgada trinchera— espera a la noche.

Noche tuvo que contenerse para no tirarle una palada de tierra al tipo. No le quitó ojo al combate creciente. De la unidad que absorbía la tormenta de cuadrillos en el flanco salieron dos arcos de llamas que subieron disparados al cielo y después se estrellaron contra el suelo y estallaron en infiernos ondeantes de color rojo anaranjado. A su paso surgieron ringleras de llamas cuando las hierbas calentadas por el sol acogieron los fuegos como la más preciada de la yesca. Los escaramuzadores corrían como hormigas sacadas a patadas del hormiguero.

Noche se encogió y se metió en la trinchera de un hombro de anchura. *Que la Señora los salve, ha empezado. Y aquello no tenía muy buena pinta.*

—¡Agua! —bramó—. ¡Mojaos todos! —Luchó contra el temblor de las manos para quitar el tapón de una abultada bota de agua.

Resonó entonces el estallido de fulleros lejanos: sus cohortes castigando al mago que fuera, *¡como si él o ella todavía estuviera allí!* Pero el patrón ya estaba establecido. Los magos revelarían su presencia para aplastar un punto de fuerza y los saboteadores intentarían acecharlos y machacarlos. La parte de machacarlos a Noche le encantaba... pero no le hacía mucha gracia lo de acecharlos. *Vamos a terminar machacados nosotros si tenemos que arrastrar el culo por este campo de batalla. No, no nos sirve.*

—¡Heuk!

Apareció Mandíbula, inclinada sobre Noche, el largo camisote le rozaba el suelo por debajo de las rodillas.

—¿Tenemos que seguir cavando? Llevamos cavando todo el puñetero día. A ver,

que está empezando la lucha.

—¿Quieres agacharte? ¡Nos van a disparar!

—Na, lo apagaron.

Noche se irguió.

—¿Qué quieres decir con «lo apagaron»? —Miró el campo con los ojos entrecerrados. En el aire quieto había humo de sobra, pero muy poco fuego. Heuk se había acercado a rastras, abrazado a su alto jarro de barro marrón—. ¿Qué le ha pasado al fuego? —preguntó Noche.

—Sofocado por uno de los nuestros.

—¿Tenemos uno que puede hacer eso?

Un encogimiento de hombros.

—Claro. Senda Serc. Quizá Bala.

—¿Bala? ¿Y quién es esa?

Una sonrisa llena de dientes cariados.

—Oh, la conocerás cuando la veas.

Mandíbula seguía agachada junto a la trinchera. Noche le lanzó una mirada furiosa.

—En el nombre de la podrida Poliel, ¿qué estás haciendo ahí? ¡Ponte a trabajar! Sigue cavando, es lo que hacen los sabotadores. —La joven puso morros y se fue con expresión hosca. Noche estudió a Heuk—. Escucha, no quiero que me pisoteen entero por ese patio de juegos del Embozado...

—Buena política.

—Pero necesitamos un modo de encontrar los objetivos y eso. ¿No puedes hacer nada para ayudarnos?

El mago bajó la cara grasienta y arrugada hasta el borde abierto de su jarro como si quisiera estudiar sus profundidades. Levantó la cabeza y guiñó un ojo.

—Creo que eso quizá pueda hacerlo.

Noche alzó las cejas. *Maldita sea, ¿de verdad vamos a ver algo de acción a manos de este viejo acabado?*

—¿Y bien? Hazlo.

—Espera a la noche. —Y se agachó.

Sabelotodo. Noche estudió las líneas. El estandarte de la espada no dejaba de adelantarse, pero no terminaba de comprometerse. Las líneas de la Guardia permanecían inmóviles. *¿Por qué habían terminado con un risco a la espalda? Cierto, tenían que dominar el camino que lleva al puente, pero con todo... Ninguno de los bandos quiere derramar la primera sangre. Nosotros sabemos que hay juramentados esperándonos y a ellos los superan en número, en una proporción de más de cuatro a uno.*

Trémula no se podía creer el castigo que esos irregulares untan estaban infligiendo en sus líneas. Eran como moscones, o avispones, y sus fuerzas los torpes bhederin que intentan aplastarlos. Había que hacer algo; ¿cuánto tiempo más debían resistir sus hombres y mujeres, es que no eran nada más que complacientes objetivos?

¡Hermanos! Clamó en sus pensamientos para llamar a sus hermanos y hermanas juramentados caídos. *Hablad con Despellejador. ¡Debemos avanzar! ¡Barrer el campo de esta amenaza! No podemos demorarnos más tiempo.*

Tus preocupaciones se transmitirán, fue la lejana respuesta.

¿Preocupaciones? ¿Su criterio táctico no era más que una preocupación? ¿Acaso no era la segunda al mando?

Despellejador te advierte que dejes a un lado el pánico. Se tratará con esta plaga a su debido momento.

¡Pánico! ¡Pánico! Cogió con fuerza la empuñadura de su larga espada-látigo. ¿Quién se creía que era ese? Estuvo a punto de dejar su puesto como comandante de flanco para enfrentarse a él, pero se contuvo porque sabía que no podía abandonar su puesto. ¡Maldito fuera! ¡Bueno, pues ella actuaría aunque él no lo hiciera!

¡Hermanos! Órdenes para Humo, Sinuoso y Shell: tenéis permiso para castigar a esos escaramuzadores, ¡y no dejéis de moveros!

Las órdenes se transmitirán.

Pues claro que se transmitirán, solo faltaría. ¡A Despellejador quizá no le importaran nada los soldados de la tercera quinta que defendían las líneas, pero ella iba a hacer todo lo posible por proteger a los hombres y las mujeres que estaban bajo su mando!

Órdenes recibidas.

Bien. ¡Ahora esa plaga se cuidará mucho de acercarse a su flanco!

Unos momentos después, una gran cortina de llamas surgió al otro lado del terreno intermedio y empezó a barrer la zona hacia el norte. Figuras distantes se retorcían, atrapadas en el estallido repentino. La gran masa de escaramuzadores se encogió y huyó. La cuña de fuego se amplió y se hinchó; un incendio desenfrenado que corría por la hierba y amenazaba con envolver el campo entero. Y entonces, con igual brusquedad, las llamas se apagaron, igual que antes. ¡Por los misterios de la Reina!, ¿quién era ese mago? Los irregulares avanzaron una vez más y empezaron a disparar de nuevo contra sus líneas, donde sus soldados se encorvaban detrás de los escudos. *¡Maldita sea, son unos cabrones muy valientes!* Repentinos gemidos de sorpresa y alarma, la cortina de fuego vacilaba, mermaba. Obra de Sinuoso y Shell. Menos ostentoso que Humo, pero igual de eficaz. Podía imaginar a Sinuoso destrozándoles las armas, Shell ablandando el suelo bajo sus pies. Suficiente para que tuvieran que echar a correr.

Algo destelló entonces frente a su visión. Cayeron hombres y mujeres de su

escolta, uno aferrándose a un cuadrillo en el cuello, otro al pecho. Un hierro frío se clavó en la espalda de Trémula, que se giró en redondo, sujetó el brazo de su atacante, lo golpeó y le aplastó la garganta. *¡Garras! ¡Dos manos enteras!* Otra figura agazapada apuntó y ella se agachó, un cuadrillo zumbó sobre su cabeza. Trémula saltó para derribar a la mujer, la sujetó por la cabeza y retorció, le partió el cuello. Se levantó, sacó los cuchillos largos del cinturón y en ese momento algo la golpeó, una oleada de presión que, cuando pasó, dejó su entorno oscurecido, silencioso. De repente había caído la tarde, el cielo carecía de color. Quedaba el campo de batalla, pero se extendía vacío. *¡Sombra!* Giró en redondo y encontró lo que buscaba: el mago, a cierta distancia. Hizo caso omiso del dolor de la estocada en la espalda y se fue a por él.

Las sombras se cerraron, se fundieron ante ella, pero pudo abrirse camino. Algo le apretó la garganta y le cortó la respiración. Se palpó el cuello, pero no encontró nada. *¡Las sombras la están estrangulando! Cómo...* Luchó por respirar, pero no entró aire. Los pulmones le ardían. El pecho se le tensó con un ataque de pánico frenético y creciente. Pero con todo, entre la bruma desdibujada, lo vio, el mago de la Garra, y fue a por él. Asombroso, el hombre no se movió; la observó avanzar con incredulidad en unos ojos que se fueron abriendo cada vez más a medida que ella se acercaba. Las sombras se apretaron como la soga de un verdugo. Trémula sintió que el pulso le palpitaba, se apagaba.

—No... imposible... —dijo el hombre sin aliento, asombrado.

Quizá hubierais necesitado unos informes más rigurosos con respecto a los juramentados, reflexionó Trémula mientras lanzaba una estocada y le rebanaba la garganta de un solo tajo, después cayó y sobre su visión empezó a descender una cortina negra.

¡Hermanos! Voy con vosotros...

Olo estaba sentado fumando su pipa, echado en su esqui, los brazos cruzados, las piernas estiradas, el gorro caído sobre los ojos para defenderse del sol que se hundía en el horizonte a última hora de la tarde.

—Barquero —exclamó alguien—, ¿para alquilar? —Su bote se meció un poco y él se desperezó de mala gana.

—¿Qué? —Un hombre gordo con unas suntuosas túnicas de color azul oscuro lo miraba desde el muelle con una extraña sonrisa desconcertante en los gruesos labios. Olo lo observó, suspicaz. En el nombre del dios de las Mil Caras, ¿qué estaba haciendo un tipo rico como ese llamándolo a él? Parecía una especie de eunuco o funcionario de la corte de la emperatriz. ¿Se había perdido?—. Ah, ¿qué puedo hacer por usted?

—Utilizar su navío, mi buen barquero, para que yo pueda cruzar el puerto.

—¿Cruzar? ¿Se refiere a ir a los muelles de especias y seda, por casualidad?

—No. Me refiero a justo al otro lado. Al oeste.

Olo se incorporó un poco más y dirigió la vista allí, protegiéndose los ojos con las manos.

—Pero ahí no hay nada...

—Asunto mío, ¿no le parece? —Y el tipo sacó una moneda de oro. Olo devoró la moneda con los ojos y después estiró la mano. El hombre se la tiró. Parecía bastante pesada, aunque no era que él hubiera sostenido muchos soles imperiales de oro en su vida.

—Cuando quiera.

Quienquiera que fuera, el sujeto al menos estaba familiarizado con el agua, ya que se metió sin dificultades en el ligero bote de tablones pulidos a mano. Olo preparó los remos y se apartó con un empujón del muelle.

—Todo muy tranquilo desde el ataque y la marcha de la emperatriz, ¿eh?

—Sí.

—Claro que la señora se llevó a todo Unta con ella, ¿verdad? —Y se echó a reír.

Silencio. Olo le lanzó una ojeada a su pasajero y lo encontró asomándose a un lado con gesto malhumorado, un ligero ceño de confusión le arrugaba la cara pálida. Olo también guiñó los ojos: el tipo parecía estar contemplando un banco de hojas arracimadas que se mecía en las aguas. Antiguas ofrendas. Era obvio que no era hombre de charlas frívolas. Olo siguió remando, aunque se tomó un momento para bajarse el gorro suelto de lana. Una botella de tinto kanesiano, quizá, y esa chica taliana, la que se lo tenía tan creído. O quizá pis de arroz durante todos los días que pudiera soportarlo. Y ya que pensaba en eso... Olo le lanzó una rápida mirada a su absorto pasajero, sacó una calabaza y echó un trago rápido.

—¿Qué estás tramando, Mael?

Olo ahogó un grito y se atragantó.

—¿Yo, señor? ¡Nada, señor! Solo un poco de sed, nada más.

Pero el eunuco ni siquiera lo estaba mirando a él, se había vuelto de lado y miraba al agua. Olo también entrecerró los ojos, pero solo vio las olas verdes y lisas del puerto, el bosque de barcos amarrados. El bote perdió velocidad.

—Siga remando o salte. Decisión suya —dijo el hombre sin ni siquiera volver la cabeza. Después estiró las manos sobre el agua.

Olo se quedó mirando al tipo con la boca abierta. *¿Qué? Pero ¿qué iba a...?*

El agua empezó a convertirse en espuma bajo las manos del hombre. Se revolvía como si hirviera, siseaba y empalidecía hasta adquirir un tono verde aceituna claro.

Olo estuvo a punto de caer hacia atrás cuando tiró de los remos. *¡Dioses, perdonadme! ¡Que Chem me bendiga! ¡Dios de los Mil, protégeme! ¿Qué he hecho yo para merecer esto, aparte de todas esas cosas que he hecho, pero jamás he*

contado a nadie?

—Esas hojas plegadas. Las flores y guirnaldas en el agua. ¿Qué son?

Remando más fuerte de lo que lo había hecho en treinta años, Olo exhaló un jadeo.

—Ofrendas. Plegarias.

—¿Ofrendas a quién?

—Al dios de las aguas, señor. Dios de todos los mares. Dios del Millar de Humores, del Millar de Caras, del Millar de Nombres.

—¡No! ¡Mael! ¡Te retorcerás de agonía por esto!

Olo se quedó mirando al hombre con la boca abierta. *¿Mael quién?* Y entonces se acordó y renovó los tirones de los remos. El esquife corcoveó y se meció en aguas picadas de repente.

—¡Habla! ¡Te lo ordeno!

Olo supo de algún modo que su pasajero no se estaba dirigiendo a él. El diminuto esquife cogió velocidad, pero no por los esfuerzos de Olo. El agua se estaba hinchando, trepaba hacia los cielos, se abultaba bajo ellos como una manta inflada por el aire y su esquife se estaba deslizando por la ladera. Olo abandonó los remos, era inútil, cogió la calabaza y se la vació sobre la cara absorbiendo grandes tragos. Y por horrible, estremecedor que fuera, oyó hablar a algo.

—*Mallick. ¿De qué tenemos que hablar?*

—¿Qué has estado maquinando? —preguntó el pasajero.

—*¿Yo? Nada. Tus prohibiciones lo impiden. Me he limitado a estar aquí, a la espera de tu llamada. ¿Ha de culpárseme a mí porque otros han percibido mi presencia y han enviado sus ofrendas? ¿Sus plegarias? ¿Es culpa mía que de algún modo se hayan recordado los antiguos títulos e invocaciones?*

—¿Qué estás farfullando? —casi aulló el pasajero, con las manos convertidas en puños en las sienes.

La voz adoptó un matiz más duro.

—*Ahora estoy libre de ti, Mallick. Las cuerdas con las que me ataste se han deshilachado, se han desenredado con los tirones de una plétora de miles. Hemos terminado, tú y yo. Se acabó. No hablaremos más. Podría aplastarte ahora, y debería hacerlo por todos los crímenes que has cometido. Pero contendré mi ira. Me he dejado llevar por ella demasiado en los últimos tiempos. El último regalo que te hago es esta travesía. Eso, tu vida, y mi misericordia, ojalá te saquen de quicio.*

El esquife se puso a girar de repente como una peonza, rodando sobre la espuma de las aguas. Olo tuvo la enfermiza sensación de estar cayendo y después el agua se alzó sobre los costados, el bote se meció y se posó. Olo se apresuró a usar las manos ahuecadas para quitar el agua. Su pasajero se había derrumbado en la popa, empapado en espuma. Olo cogió entonces los remos y remó como si le fuera la vida

en ello. La orilla occidental ya estaba cerca, aunque parecía demasiado salvaje y escarpada. ¿Se habían desviado hacia la bahía? Cuando su bote se acercó a la orilla rocosa, miró a su alrededor y se quedó con la boca abierta, aturdido. ¿Por las bromas de la Reina, dónde estaba? ¡Eso no era Unta! Había una ciudad al norte, pero era demasiado pequeña. Aunque sí era cierto que parecía haber sufrido un ataque. Estabilizó el navío en una roca y sacó una sandalia que enganchó entre las piedras. Las olas amenazaban con romper el esquife contra la orilla, pero él empujó hacia atrás y luchó contra la corriente. Un movimiento anunció que su pasajero se removía.

—Estamos perdidos, señor —exclamó él por encima de las olas.

Una pausa larga.

—Sí, lo estoy. Pero quizá no del todo —contestó después el otro.

Era obvio que el tipo era uno de esos magos chiflados de los que se oía hablar en las canciones, y de algún modo, su locura lo había afectado a él. ¡Dioses, ojalá pasara!

—Lo que quiero decir, señor, es que no sé dónde estamos.

El hombre se adelantó poco a poco y puso una mano fría y mojada en el hombro de Olo.

—Estamos en Cawn —dijo y se apoyó en Olo para alcanzar la roca.

Olo lo miró con la boca abierta.

—¿En serio, señor? Quiero decir, yo nunca he estado allí.

El tipo gordo se echó hacia atrás el pelo mojado y entrelazó las manos sobre el amplio estómago, y después contempló la ciudad del norte con los párpados entornados.

—Bueno, ahora sí. —Algo debió de llamarle la atención porque se agachó, estiró un brazo y se levantó con una ofrenda votiva, una hoja doblada. Contenía una flor de geranio antigua y marchita. *Así que hasta en Cawn*, reflexionó Olo. El tipo la miró un rato, bastante pensativo, los gordos labios laxos.

—Paciencia, esta lección. Paciencia y... aceptación de lo inalterable. Me pregunto si aprenderé alguna vez.

—¿Disculpe, señor?

Pero fue como si Olo no hubiera hablado. El tipo tiró la ofrenda otra vez a las olas y se dio la vuelta. Algo más arriba de la orilla, donde un risco corto se alzaba de una escarpada playa compuesta por gravilla, maderos y angulosas rocas negras, un grupo de hombres y mujeres esperaban donde un momento antes no había habido nadie. Olo reconoció las figuras de mantos oscuros de los relatos que había oído y se alegró de que lo hubieran dejado con vida. Levantó la calabaza para tomar un trago, pero la encontró vacía y la tiró a un lado, asqueado. Entonces recordó la moneda y rebuscó en su camisa. La encontró y gritó de alegría, después se apresuró a mirar a la orilla, pero las figuras habían desaparecido y su espeluznante pasajero con ellas. ¡Ojalá

cayeran todos en el abismo!

Se apartó de un empujón de la resbaladiza roca recubierta de algas y remó hacia atrás. Esa vez en dirección a Cawn. Esperaba que fueran lo bastante civilizados como para contar con un burdel o dos. ¡Y menuda historia tenía para contar! Incluso quizá fuera lo bastante buena como para que una ronda fuera a cuenta de la casa.

Ullen cogió el yelmo de un soldado caído y lo encontró repleto de sangre y entrañas. Dejó caer aquella cosa rebosante. Cuatro de los asesinos juramentados de Cogulla. Las reservas en desorden. Una especie de magia de senda que hacía estallar la carne, solo detenida por una profusión de cuerpos que la alimentaran. Llamó la atención de la sanadora que estaba tratando al puño supremo Anand, ensangrentado y echado sobre un manto; en la ceja alzada había una pregunta.

La sanadora se levantó para hablarle al oído.

—Puede que viva.

Ullen se volvió hacia los oficiales pálidos y conmocionados, imperiales y talianos.

—Reordenen las brigadas. —Asentimientos bruscos pero aliviados por todas partes—. El resto, síganme. De ahora en adelante no dejamos de movernos.

Saludos militares.

—Sí, comandante.

Se dirigió al sur, a la mejor atalaya que pudo encontrar para tener una perspectiva completa. Allí enfrente el humo envolvía la ladera entera, donde los fuegos se alzaban rabiosos y azotaban de repente como si los golpearan tornados invisibles. La masa palpitante de irregulares todavía lanzaba sus abrasadoras andanadas de cuadrillos contra las líneas encorvadas de los soldados de la Guardia Carmesí. Hasta el momento, el zumbido y canturreo de las ballestas era el sonido principal de la batalla. Tras las líneas esperaban las espadas de la Guardia, veteranos y juramentados todos y cada uno. Al oeste, las unidades pesadas talianas de Urko habían abierto una brecha y en ese momento se enfrentaban a varias espadas carmesíes que se habían unido. *Buena suerte, viejo amigo*. El alto estandarte de la espada seguía presionando en el centro, en ese instante se enfrentaba a las filas más gruesas. Ullen tenía que admirar la valentía del hombre y su espíritu marcial, aunque fuera acompañado de una atroz falta de imaginación. Llamó con la mano a un mensajero.

—Cabalgue hasta V'thell. Ofrézcale mis felicitaciones y que rompa la falange del este a cualquier coste, después que se dirija al camino para aislar del puente a los elementos principales de la Guardia.

—Sí, señor.

Un teniente del estado mayor se aclaró la garganta. Ullen se volvió con una ceja levantada.

Era un oficial imperial.

—Con el debido respeto. Ese no es el plan de batalla de Korbolo y Anand.

—No, no lo es. Pero yo serví a las órdenes de Choss, que se enfrentó a la Guardia con anterioridad y su lección es que no hay que tratarlos como un ejército sino como individuos. Separar las espadas, aislarlas, hacer caer sobre ellas la superioridad numérica y enterrarlas.

Los oficiales del estado mayor imperial se removieron, incómodos.

—Una vez más, con el debido respeto, capitán general. A ustedes los derrotamos.

Ullen se limitó a parpadear, confuso.

—Nosotros no éramos la Guardia.

Otro oficial del estado mayor, una joven dalhonesia, habló a continuación.

—¿No deberíamos preguntar a la emperatriz? ¿Y si no está a salvo?

Ullen volvió a mirar al campo de batalla.

—Eso no es asunto mío. Mi trabajo es ganar este combate si es posible. —Y se alejó otra vez, llevaba quieto en un solo sitio tiempo suficiente. Los oficiales reunidos y los mensajeros podían decidir si querían seguirlo o no.

Trepó hasta el camino del sur, un punto elevado gracias a los ingenieros imperiales. La profunda luz ambarina sesgada de las últimas horas de la tarde se extendía sobre la amplia ladera. Le llamaron la atención unos gritos que llevaron sus ojos al centro del campo, donde un torbellino en la luz reveló que se abría una senda. Brotó la oscuridad y salió algo negro como la noche, algo anguloso, alado. *Un demonio. Y no es uno de los nuestros.* Los oficiales del estado mayor gritaron, alarmados. Ullen se volvió hacia ellos.

—¡Que los escaramuzadores concentren el fuego sobre esa cosa!

La mujer dalhonesia hizo un saludo militar.

—Sí, señor. —Y salió corriendo hacia la montura más cercana.

Bien. Otra lección de Choss: incluso si sabes que no es suficiente, ¡haz algo! ¿Y dónde estaba su maldito cuadro de magos? ¿Ya habían acabado con ellos los velos?

Mientras el campo entero de hombres y mujeres reunidos miraba, la cosa cayó en picado sobre las unidades pesadas de Urko y se agachó, lanzando golpes a diestro y siniestro. Después alzó el vuelo con una víctima en las garras que desmembró a la vista de todos, los miembros salieron volando, los fluidos salpicaron el suelo. Ullen podía jurar que su tropa entera se había estremecido con el espectáculo. *¡Maldito fuera el Embozado! ¡Tenían que demostrarles a todos que poseían la potencia de fuego necesaria para contrarrestar esa cosa! Con ese despliegue ya bastaba para acabar con la moral.*

Con las alas golpeando con pesadez, el demonio giró después al este, donde los dorados de V'thell estaban vapuleando a la falange de la Guardia. Los fulleros estallaron bajo la criatura entre las filas, de forma indiscriminada, lo que reveló

lanzamientos de municiones que no habían acertado. *¿Dónde estaba su puñetero cuadro de magos?* Cuando la criatura pasó sobre un altozano algo la golpeó y un destello de luz actínica provocó una mueca en Ullen, que apartó la mirada. Un chillido agudo, como el de una piedra al agrietarse, resonó por la ladera. Cuando Ullen volvió a mirar, la criatura estaba agitándose, unas llamas blancas la envolvían y caían trozos en glóbulos fluidos. Empezó a hundirse, los miembros sufrían espasmos a medida que el contorno cambiaba, se afinaba y deshacía. Chocó contra el suelo, rodó sobre los irregulares y se estrelló contra un muro de escudos de los regulares malazanos que empezaron a lanzar machetazos contra la carne que se retorció. Estallaron grandes gritos de alegría entre las fuerzas imperiales. En ambos bandos, todos se habían detenido, horrorizados y fascinados, para observar el espectáculo. *Dioses, un fusor. Qué forma más horrible de morir.* Contempló ese altozano, desnudo pero rodeado de una línea oscura, una trinchera. Algo extraño en la cresta le llamó la atención. Las hierbas se inclinaban, se estremecían como si hubiera un viento fuerte constante... *¡un abanico! Bala.*

—¿Qué unidad de reserva fuerte tenemos? —vociferó.

—Hay un destacamento de dorados —respondió alguien entre la mezcla del personal de Ullen y el estado mayor que lo rodeaba.

—Envíela a defender ese altozano del flanco este. Alguien ha establecido un reducto ahí, en el campo de batalla.

—¿Un reducto, señor? ¿Nuestro objetivo no es avanzar?

—¿Hacer retroceder a los juramentados? No lo creo. Pero podemos abrir brechas. Penetrar en sus líneas. En cuanto al reducto —Ullen señaló el oeste con la barbilla—, está cayendo la noche.

Obviamente los pensamientos del oficial regresaron a los horrores de la noche anterior y empalideció, después se inclinó.

—Sí, señor.

Una antigua maga suprema caída en desgracia y un pelotón de saboteadores metidos en aquel hoyo. Una posición fuerte. Si V'thell lo conseguía, quizá pudieran sacar a la Guardia del camino.

—¿Qué noticias hay del puente? ¿Qué se sabe de las fuerzas de Kan?

Una pausa mientras los oficiales del estado mayor discutían.

—Las últimas informaciones dicen que todavía tienen que entablar combate —dijo el teniente imperial.

Ullen dejó de pasearse por los adoquines del camino.

—¿Qué?

Confusión, miradas aterradas.

—Perdón, señor...

—¿Están todos de acuerdo?

Asentimientos todo alrededor. *¡Malditos sean los muy cabrones, calculadores agarrados!*

—Envíen mensajes al otro lado del río. Por flecha si hace falta. ¡La emperatriz exige que inicien el ataque contra ese puente! ¡Es más, cualquier retraso continuado se considerará rebelión y marcharemos contra Kan a continuación!

—¡Señor! —objetó alguien, escandalizado—. Esto, es decir, ¿poseemos la autoridad...?

Ullen señaló al sur.

—Podríamos perder todas y cada una de las malditas autoridades del Embozado que creíamos quizá tener. ¡Y ahora vayan!

—Sí. —Un hombre corrió hacia las monturas.

Un movimiento en el camino le llamó la atención. Había aparecido una bruma rosada que se hinchaba y rodaba hacia ellos como una nube. Envolvía a soldados que chillaban y desaparecían ante sus ojos, la carne, la armadura, hasta los huesos, tendidos en una bruma suspendida que se dirigía directamente hacia ellos. Los soldados se apartaron de un salto. *¡Demasiado tiempo en el mismo sitio, idiota!*

—¡Magia! —Ullen saltó del camino.

Trémula no perdió la conciencia, pero tras reflexionar un momento eso tampoco la sorprendió. Después de todo, se estaba uniendo a la hermandad. Los juramentados muertos vinculados a sus hermanos y hermanas vivos. Esclavizados por el juramento, por esos odiosos e impetuosos términos, oposición eterna. Engañaban al Embozado, sí, pero incapaces de descansar, en perpetua agitación por el juramento. *Recuerda, habían ido siempre a susurrarle en sueños para atormentarla. ¡Lo juraste! Recuerda tu juramento... Recuerda...*

Una mano le dio la vuelta. Trémula parpadeó y miró un cielo de color peltre oculto por una cara esquelética y marchita. *¿El propio Embozado?*

—Te estás muriendo —dijo la visión de la muerte—. A pesar de tu gran vitalidad, se está agotando.

—¿Eres... imass? —susurró ella con la voz ronca.

La carne seca de la cara no podía expresar emoción, pero Trémula tuvo la impresión de que se sorprendió.

—No. Soy Caminante del Filo. —Trémula no tenía nada que decir ya que ese nombre no significaba nada para ella—. Te voy a enviar de regreso. Vuestro combate se está derramando por Sombra y eso no puedo permitirlo. Os quiero a todos fuera. A ti, a ese intruso asesino, incluso al aglutinante de vuestro juramento, aunque a él se le está protegiendo.

Trémula levantó la cabeza y se quedó mirando a la extraña entidad.

—¿Aglutinante de mi juramento? ¿Te refieres a K'azz?

—Me da igual el nombre. Tiene que irse. Te mando ahora mismo.

¡K'azz! Trémula lanzó sus pensamientos como hacía cuando invocaba a los hermanos. ¿Estás ahí? ¿K'azz?

Una sorpresa lejana, conmocionada. ¿Trémula? ¿Eres tú? ¿De veras?

¡K'azz! ¿Dónde estás?

Trémula... estoy cerca. ¡Ya voy! Escucha. ¡Fueron Despellejador y Cogulla! ¡Me traicionaron!

—Vete ya —entonó Caminante del Filo con una voz que era como polvo seco al caer. Una mano desecada, toda tendones y huesos, se posó en el pecho de la mujer.

Trémula intentó moverse, pero el esfuerzo enturbió su visión.

—¡Espera!

El dolor la hizo jadear. Un aire caliente y lleno de humo la ahogaba y tosió, se estremeció con el recuerdo de la cuchillada.

—¡Aquí está! —Alguien se arrojó al suelo junto a ella: Shell—. ¡De vuelta con nosotros!

—¿Qué ha pasado?

—Shh, ya, ya. —Shell asintió dirigiéndose a alguien que Trémula no veía, giró la cabeza, Sinuoso, su mejor sanador, que le dedicó un asentimiento alentador. Shell la incorporó con suavidad y le pasó una calabaza de agua. La cacofonía de la batalla asaltó a Trémula, más cerca, mucho más cerca. Los imperiales habían avanzado. Y estaba oscuro, caía el sol. Sinuoso le abrió la armadura y le deslizó una mano por el costado—. El flanco este se ha derrumbado —explicó Shell—. Esos aliados imperiales, los moranthianos, están empujando por el centro, intentando cortarnos el camino al puente. Y la situación es difícil en el oeste. Pero según los informes, Cogulla y los velos tienen carta blanca. Dicen que el puño supremo ha caído, la espada ha caído, Urko ha caído...

—¿Quién lo dice? —interrumpió Trémula con una mueca de dolor y casi sin aliento.

Shell se limpió un poco de tierra que le manchaba la cara y el corto cabello rubio, y arrugó las cejas.

—Pues los velos, por supuesto...

Trémula se levantó y movió el hombro por el lado que le había curado Sinuoso.

—Y sin embargo las garras me encontraron a mí.

Más confusión, las arrugas de la boca de la mujer se profundizaron.

—Y a otros, sí...

—¿A quién más?

—Sart, Betel, Ketch. Esos que yo sepa.

Ninguno era amigo de Despellejador.

—Manda llamar a Melena Gris y a Humo, que vengan a verme ya. Y quédate conmigo. —Shell se inclinó. ¿Con quién más podía contar? Con la mayor parte de sus tropas, se imaginaba... y esperaba. ¡Ojalá la compañía de Cal-Brinn hubiera sobrevivido! Se entendían bien. Barras y Jup Alat podrían marcar una gran diferencia. Y la espada de Penas, por los misterios de D'rek, ¿qué les había pasado? Parecían haber desaparecido de la faz del mundo.

Trémula cogió el brazo de Sinuoso y lo apartó con suavidad.

—Todavía no, comandante —dijo él, nervioso.

—Tendrá que servir.

Él sacudió la cabeza y fue a decir algo, pero se contuvo y asintió.

—Muy bien. —La ayudó a levantarse. Ella estudió el campo de batalla. El asalto actual parecía intensificarse para hacerse con el dominio del terreno. La Guardia no podía luchar contra la emperatriz y contra sí misma al mismo tiempo. Si eso ocurriera, debería plantearse el modo de retirarse, pero ¿adónde? La arrogante disposición de Despellejador los había tullido. El puente era demasiado estrecho y, además, los kanesianos estaban esperándolos. Una retirada forzada, entonces, a una posición defendible. Y la única posibilidad real que estaba a su alcance se encontraba al este...

Con todo, ¿no debería quizá hacer un último esfuerzo? Se enfrentó a una Shell todavía confusa.

—Quédate aquí. Pídeles a Melena Gris y Humo que me aguarden aquí también. ¿Querrás hacer eso?

—Pues claro. No irás...

—Aguarda mi regreso. Dile a Humo... que tenía toda la razón.

La maga cogió la cota de malla del brazo de Trémula.

—No vayas.

—¿Qué?

—Vas a ir hablar con él, ¿verdad? No lo hagas.

Trémula estudió el nido de arrugas de los ojos suplicantes de la mujer, la boca enmarcada por surcos que quería, quizá, decir mucho más.

—No tengo ni idea de qué estás hablando.

La mano se tensó.

—¡Trémula! No eres la única con la que habló Humo.

—Habló fuera de lugar, entonces. —Se desprendió con suavidad de la mano.

—¡Que los Mellizos se lo lleven, mujer! ¿De qué te ocultas?

—Aquí estamos perdiendo el tiempo, maga. Ocupate de tus obligaciones, como yo debo hacer con las mías.

Shell la instó a marcharse entonces con un ademán brusco.

—¡Vete pues, necia! No te escucharé.

Trémula se dio la vuelta y echó a andar. *El juramento. Recuerda tu juramento.* Recogió un escudo de un soldado caído y lo interpuso entre ella y los escaramuzadores cuando cruzó el campo de espadas reunidas. Varios juramentados la llamaron, pero ella no respondió. Estallaron fulleros lanzados que desperdigaron esquirlas y tierra, pero ella ni se estremeció siquiera. Sisearon los cuadrillos, golpearon el escudo y tiraron de ella, pero no se detuvo.

Y estábamos tan cerca... tan cerca de deshacernos por fin y para siempre del juramento que nos ha condenado a todos.

Lo encontró junto al estandarte, con los brazos cruzados y el yelmo bajado como siempre. Los cuadrillos de ballesta hendían el aire. Uno se estrelló contra él de lleno y rebotó, incapaz de penetrar en la extraña armadura de cota de malla de un resplandeciente color negro como la noche. Los juramentados de su compañía se habían reunido a su alrededor, aunque Trémula no podía imaginar qué garras intentarían atentar contra él. Danzante, por supuesto, Topper, quizá, si seguía siendo competente; la información que tenían ellos indicaba que se había abandonado por completo. ¿Y quién quedaba, entonces? Nadie. Por un instante Trémula se preguntó si ese hombre no podría justificar esa plena confianza en sí mismo casi magistral. ¿Quién había para enfrentarse a él? Salvo, y la idea se le ocurrió con una conmoción que le puso un nudo en las tripas, ella misma.

—Trémula —exclamó él—. Has dejado tu puesto.

—Una mano entera ha eliminado a mi guardia. Los dorados han abierto una brecha. Necesitamos refuerzos.

El otro inclinó la cabeza embutida en el yelmo.

—Una solicitud oportuna. Estoy reuniendo espadas para ir a hacer frente a la amenaza. Yo iré con quince de mis juramentados a acabar con ellos.

Les arrojaron una andanada de municiones que hizo estallar el terreno de repente y duchó de tierra a todo el mundo, todos se agacharon de golpe salvo los juramentados.

—¿Y después de eso? —gritó Trémula con un zumbido en los oídos.

—Después marchamos al norte, contra las posiciones de la emperatriz.

—No creo que se quede allí para esperarte —dijo Trémula con mucho más desdén del que tenía intención de revelar.

El hombre descruzó los brazos, un guantelete de hierro fue hacia la piedra negra (¿azabache pulido?) que le servía como pomo de la espada mientras la otra fue hacia ella, apretada.

—¡Entonces Cogulla le dará caza y la eliminará como a una alimaña!

Trémula se encogió un poco. *Ya veo.*

—¿Y luego qué?

—¿Luego? Bueno, luego nuestras ambiciones se habrán cumplido.

—Querrás decir que el juramento se habrá cumplido. —Dos cuadrillos golpearon su escudo y por un momento la hicieron perder el equilibrio, que solo conservó sobre un pie. Trémula levantó a pulso el inmenso rectángulo para enderezarlo.

Una pausa. El hombre llamó con un gesto a su guardia de magos juramentados: Mara, la dalhonesia, el desaliñado cabello apelmazado como una melena de león; Gwynn, con su severa túnica negra, fajín y pantalones; y Pétalo, canoso, tullido Pétalo apoyado en su bastón.

—¿Tus pensamientos no van más allá del juramento, Trémula? ¿No te has planteado, y luego qué?

—Regresamos a Avore.

—¡A Avore lo han borrado del mapa! Ya no existe tal entidad. Kellanved fue muy concienzudo. —Despellejador desechó la posibilidad con un ademán—. Así que la pregunta sigue siendo... ¿y luego qué? —El yelmo se ladeó unos milímetros para mirar detrás de la juramentada y después Despellejador retrocedió un paso. Trémula se volvió. Los juramentados se acercaban entre el atardecer y el humo: Mediodan, Emparrado, Afortunado, Shell, Humo, así como el grandullón Melena Gris, que todavía no había sacado la espada.

¡No, ahora no! No mientras bailamos con los imperiales. Trémula se inclinó ante Despellejador.

—Mis tropas del flanco este. Dices que marchas contra esos aliados del otro lado del mar. Muy bien, nosotros dominaremos el oeste. ¿Qué dices?

Los dedos protegidos por la cota de malla de Despellejador rodearon la empuñadura de su espada. El yelmo giró hacia el oeste.

—Muy bien, Trémula. Toma el control de ese flanco y yo haré lo mismo en el este. Entre los dos deberíamos hacernos con el dominio del campo de batalla para medianoche. ¿Hecho?

—Hecho.

Los dos se inclinaron ligeramente; los juramentados, todos iguales en teoría, no se atenían a ningún saludo militar. Despellejador llamó con la mano a sus juramentados y se alejaron todos. Trémula lo observó irse, poco a poco dejó escapar un aliento tan contenido que le provocó un dolor intenso en el costado. Miró a Humo (el hombre estaba chamuscado y sudoroso, tenía las túnicas desgarradas y le sangraba la nariz), hasta el momento, de todos los magos juramentados, él había sido el que había estado apremiando el ataque y recibiendo la mayor parte de los contraataques del cuadro de magos.

—Te dije que te quedaras en tu puesto.

El mago señaló a Despellejador con un dedo que apuñaló el aire.

—Quién sabe lo que podría haber hecho...

—Ahora no es el momento.

—¿Entonces cuándo?

¿Se atrevería a decírselo a sus compañeros? Pero ¿y si no eran más que delirios de grandeza? ¿K'azz de verdad? ¿Tan cerca? ¡Dioses, que sea verdad! Y sin embargo... No... sería demasiado cruel.

—Cuando la victoria sea nuestra esta noche. ¿De acuerdo?

Un ceño hosco.

—De acuerdo.

Trémula se ladeó cuando un cuadrillo de ballesta le atravesó la pechera y le pellizcó la sobrevesta carmesí. Hizo acercarse con un gesto a Humo, Emparrado y Shell.

—Reunid a todos los que podáis. Traédmelos al flanco oeste. ¡Habrá que escoger bandos llegado el amanecer!

Los otros se inclinaron y se fueron a toda prisa. Trémula se volvió hacia el renegado malazano y lo estudió con las manos en las caderas. Él también había cogido un gran escudo de un soldado de la infantería malazana.

—¿Y qué hay de ti? ¿Vas a matar a soldados malazanos?

El hombre apartó la mirada, una expresión de clara inquietud en sus ojos brillantes del color azul del cielo.

—Lucharé para defenderme —dijo con voz baja y profunda.

No. No basta. No basta en absoluto.

—¡Entonces ponte en medio y defiéndete, que el Embozado te lleve! —Llamó de repente a todos con un brusco ademán y a grandes voces—. ¡Vamos! ¡Marchamos a tomar el oeste! ¡Destrozad cada unidad! ¡Acabad con toda resistencia organizada!

Un gran rugido de gritos le respondió, un rugido que se hinchó por todas las filas.

—¡Por el duque!

Sí, por el duque. Ojalá vuelva y no resulte ser un simple espectro de todas mis esperanzas y miedos.

CAPÍTULO 2



Y en ese año, en esa conflagración, se reveló una vez más en el mundo esa presencia que se había retraído durante tanto tiempo. Todo lo demás debe descartarse como simple comentario. Esa presencia, indefinida, nueva y vieja, se impuso y la noche adquirió el sabor de la sangre y el hierro.

Profeta callejero

Kan

El aliento de la montura de Rillish velaba el aire en aquella noche fría. Le acarició el morro mientras esperaba en el patio junto a las tropas listas para emprender la marcha. «Prepárate para viaje y batalla», rezaba el mensaje de Nada, así que había hecho que el sargento Acorde llamara a todos. Aunque, ¿dónde se podía encontrar una batalla a la distancia que pudiera cubrir un caballo? Las negociaciones seguían su predecible curso con el enviado, las mismas formulaciones que en anteriores tratados firmados década tras década y rotos de modo parecido uno tras otro. ¿Estaban tan hartos los mellizos que planeaban atacar Unta?

—Jinetes —dijo Acorde en un aparte, aunque Rillish podía oírlos igual de bien.

Poco después los mellizos entraron como un trueno en el patio, seguidos por una guardia de unos veinte veteranos. Se detuvieron cerca de Rillish. Los hermanos vestían gruesas túnicas de color azul oscuro sujetas por fajines y con pantalones y botas de cuero. Menos llevaba el largo cabello recogido y atado por tiras de cuero. Cuchillos largos de mangos de cuerno sobresalían bajo sus brazos. Nada lo miró desde el caballo y la expresión severa de su boca se tensó todavía más.

—Solo tú, capitán.

Rillish miró a uno y a otra, algo había cambiado. Parecían... resueltos a hacer algo que a ninguno hacía feliz. Talia apareció a su lado y lo cogió de la mano, disimuló el gesto entre los dos cuerpos.

—¿Solo yo?

Menos señaló el camino.

—Vamos. Tenemos que darnos prisa.

—Muy bien. —Montó y captó la atención del sargento Acorde—. Cuide de todo por mí por aquí, sargento. —Acorde ladeó la cabeza para asentir y escupió en el suelo.

Talia le había puesto una mano en la bota.

—¿Qué pasa? —preguntó en voz baja.

—No lo sé. Escucha a Acorde. —Se ajustó el peso del camisote nuevo de bandas de hierro y la caída de las espadas—. Cuídate. Hasta... Hasta luego.

—Vuelve a mí —dijo ella, la voz tan tensa que casi parecía haberse quedado sin aliento.

—Sí.

Los mellizos espolearon sus monturas y la tropa partió con un estallido de cascos que golpeaban la tierra batida del patio. Rillish observó que casi todos los guardias que acompañaban a Nada y Menos eran veteranos de las campañas de Siete Ciudades, un grupo endurecido y curtido, por viejos que fueran. Cabalgaron deprisa, tomaron el camino del sur y avanzaron, en su camino fueron pasando junto a contingente tras contingente que marchaban en fila por el camino oscurecido. *¡Fanderay bendito! ¡Debe de haber un millar!* Todos esperando en plena noche. Espoleó su montura y le dejaron espacio junto a Nada en la vanguardia.

—¿Qué pasa aquí? —gritó.

Le alivió ver que Nada le ofrecía una sonrisa conocida.

—¿Recuerdas nuestra conversación de hace unos días? Partimos para sellar nuestro acuerdo con el trono. ¡Y de tal modo que no se pueda negar! Nosotros, más que nadie, tenemos razones para detestar a Laseen, pero allá vamos, cabalgando a socorrerla. —Sacudió la cabeza—. Así es la política.

—¿Es esto lo que el enviado...?

Un ademán negativo. Nada se apartó de la cara el pelo agitado por el viento.

—No. Esto no tiene nada que ver con él. Las brujas y nosotros hemos estado sondeando el oeste. Todos estamos de acuerdo en que se está preparando un enfrentamiento como Quon no ha visto en un siglo. ¡Vamos para inclinar la balanza y el precio que le impondremos a Laseen será la soberanía!

¿Soberanía? Oh, Nada, Menos, eso espero por vuestro bien. Un elevado objetivo para vuestro pueblo. Digno de... Rillish estiró el cuello y examinó a los jinetes que podía ver... los más ancianos del grupo, muchos luciendo lo que de otro modo se considerarían heridas que los incapacitarían: brazos tullidos, manos que faltaban, u ojos. Bueno. Cabalgan para ofrecerlo todo en esta última tirada que les permitirá obtener el objetivo más elevado para sus hijos y nietos. El autogobierno.

Y él cabalgaba con ellos. Se inclinó hacia Nada una vez más.

—Me siento honrado, Nada. Pero ¿por qué yo? ¿Por qué estoy aquí?

Una carcajada fácil, siniestra.

—Si acaso ganáramos, capitán, alguien tiene que negociar. Tú conoces las costumbres de tu corte. Debes estudiar cada palabra, cada estatuto. ¡Asegurarte de que los términos son vinculantes!

—Lo haré, Nada.

—¡Bien! Sé que lo harás. —Y se rió de un modo totalmente incontrolado, como un muchacho—. Por eso me siento tan aliviado, ¡no seré yo el que tenga que hacerlo!

La columna llegó a un puente y cruzó con un retumbo sordo, los cascos resonaban como una tormenta sobre los bloques de piedra caliza tallada de sus sólidos arcos. Aparecieron antorchas en las garitas cercanas, en las posadas y granjas, pero la columna pasó de largo, se dirigió al oeste y se adentró en lo que en otro tiempo había sido el estado soberano de Bloor.

Rillish sabía, por supuesto, que los wickanos no tenían intención alguna de cabalgar todo el camino hasta Heng. Eso dejaba abierta la puerta para un viaje a través de alguna senda; otra razón, quizá para que solo lo hubieran elegido a él para acompañarlos, tras haber soportado muy poco tiempo atrás un periplo de locos parecido. Y, con franqueza, a él le daba pavor repetir la visita.

Pero tenía que admitir cierta curiosidad, ¿cómo se haría? ¿Y el millar entero que eran? Un paso así sería algo inaudito. Por lo que él había averiguado, una traslación invocada por magos a través de una senda era similar a la de un ratón durante una incursión a plena luz del día a la taza de leche de un gato. Nunca se hacía a la ligera.

De nuevo, sin embargo, la expresión lúgubre y decidida de los rostros que lo rodeaban determinó su respuesta: ninguno tenía intención de regresar, de todos modos. Así pues, ningún precio, por alto que fuera, evitaría que fueran. ¡Dioses! ¡Y él formaba parte de aquel ataque!

Espoleó a su montura para acercarse a Nada una vez más.

—¿Qué senda? —le preguntó.

El joven hechicero apartó la mirada del frente y por un momento pareció confuso, después sonrió.

—Mucho debate y muchos gruñidos rodearon eso, capitán. ¿Cuál permitiría un paso más rápido? Al fin se acordó una, la que menos probabilidades tenía de suscitar la ira de cualquier guardián, ¡el propio abismo! —Y se echó a reír al tiempo que azuzaba a su montura para que avanzara más deprisa.

Asombrado, Rillish dejó que su caballo perdiera terreno y regresara a la fila. *¡Sí, la que menos probabilidades tenía de suscitar la ira de nadie, porque allí no había nada!* ¿Caerían para siempre, como decían algunos? ¿Se precipitarían por el borde del mundo? ¿O se hundirían en el gran océano que algunos creían que rodeaba todas las tierras? ¿Qué sería? Bueno, no tardaría en averiguarlo. Aunque no le parecía que fuera a tener la oportunidad de transmitir sus conocimientos.

Más adelante, el cielo estrellado se arremolinó, se desdibujó y manchó de un modo enfermizo. El camino se rompió en líneas vacilantes, como las de los espejismos producidos por el calor, aunque la noche era fresca. Rillish canturreó plegarias a Fanderay, Soliel, la reina de los Sueños, Dessembræe y Trake: ojalá encontraran algo firme bajo los cascos de sus monturas y aire para respirar. La vanguardia de la columna, liderada por Nada junto con una tropa de otros hechiceros y brujas, desapareció en el vacío que se revelaba más allá y que abría el camino. La columna continuó su avance, sin inmutarse, y Rillish sintió que un grito crecía en su pecho. Se abrió camino como una garra hasta su garganta cuando su puesto en la fila se acercó al vacío y después estalló con otros gritos y exclamaciones de los que cabalgaban con él, muchos sacaron las espadas y las monturas saltaron. *¡Embozado, no mires!*

Desde su escondite, tirada entre la hierba alta en la cima de una colina, con el sol poniente detrás, Arrojo, flanqueada por el sargento Banath, examinaba el campo de batalla. A ella le parecía que a los imperiales les estaba yendo mucho mejor de lo imaginado. Las fuerzas malazanas controlaban el terreno al este y al oeste, pero la Guardia todavía dominaba el centro. Banath señaló hacia donde el camino de peregrinos descendía y se metía en el valle del río Idryn.

—¿Crees que se trasladarán al puente?

—No lo creo.

—¿Y si la Guardia abre una brecha, qué les va a impedir dirigirse al norte? —Y Banath señaló con la barbilla el lugar donde el alto pabellón resplandeciente anunciaba la presencia de la propia persona imperial.

—Podrían. Pero no creo que ella vaya a quedarse por ahí a esperarlos.

—¿Entonces, cuál es el objetivo aquí?

Arrojo le indicó el camino de regreso montículo abajo.

—La aniquilación. —Descendieron a la carrera hasta el bosquecillo donde esperaba su tropa con Rell, Liss y los tres hermanos. Arrojo se colocó junto a Liss.

—¿Nos mantendrás ocultos?

La chamán asintió.

—Lo mejor que pueda, pero confieso que la magia desatada al otro lado de esas colinas es como un regreso a las antiguas campañas, cuando el cuadro de magos dominaba el campo de batalla. Y temo que veremos cosas mucho peores en el curso de la noche.

—Nosotros solo estamos aquí por Ryllandaras.

—¿Sí? ¿Y qué hay de socorrer a la emperatriz?

—Mantenerlo ocupado sería una contribución más que suficiente, ¿no te parece?

La mirada de Liss se desvió y la maga frunció los labios.

—Muy cierto.

Arrojo se acercó a Rell, que se había bajado del caballo por pura necesidad (jamás había visto un jinete más torpe, aparte de ella misma).

—¿Lamentas haber venido?

El hombre movió el yelmo y la visera dorada de lado a lado muy poco a poco.

—No, no lo lamento. Aunque sí lamento no tener la oportunidad de cruzar mi espada con los juramentados. He oído hablar mucho de ellos.

Arrojo estudió al hombre durante un rato, la armadura reparada, las dos esferas lechosas que servían como pomos de las espadas que llevaba a los costados, y que según decía Seda eran las mismas armas que llevaba la antigua protectora de Li Heng.

—¿Por qué dejaste tu tierra, Rell? Durante todos estos años ha sido obvio que la echas mucho de menos.

El hombre entrelazó las manos a la espalda y el visor se hundió cuando miró al suelo.

—No tenía alternativa. Me exiliaron... No, eso no es cierto. Me fui por voluntad propia, pues quedarme habría sido insostenible.

—No lo entiendo.

—No. —En el tono de Rell Arrojo imaginó una sonrisa triste. El hombre se volvió medio de lado, como si no pudiera soportar hablarle en voz alta a ella, ni a nadie—. Era joven. Muy arrogante. Me habían ascendido a la institución militar más alta de mi pueblo. Uno de los más jóvenes en alcanzar jamás tal honor. Libré muchos duelos, pero no como tú y tu pueblo parecéis entenderlos, hasta una muerte innecesaria o un agotamiento astroso. Al nivel que yo luchaba, en muy escasas ocasiones se derramaba sangre. Todo lo podía decidir el panel de jueces en solo uno o dos pases. Velocidad, técnica, ejecución. Perfección de forma y precisión de aplicación. De hecho, algunos duelos se perdían solo por lo que un contendiente no hacía: una oportunidad pasada por alto, una técnica no llevada a su plena realización... Para nosotros, en pocas palabras, la lucha se había convertido en una forma de dedicación y expresión casi religiosa.

La boca de Arrojo se había quedado seca. *¡Oh, dioses! Eso explicaba muchas cosas.* Tragó saliva para hablar y dijo con voz áspera:

—Bueno, entonces, ¿por qué irte?

—Como ya he dicho, era arrogante. Hice lo impensable, discutí un fallo. Los jueces, todos superiores a mí en rango, por supuesto, reiteraron su decisión. Yo osé cuestionar entonces su interpretación. Por tal presunción me expulsaron de la orden marcial de mi sociedad. Se me prohibió llevar armas. Todo lo que me quedaba era una vida como artesano, agricultor o sirviente. Continuaría siendo libre, pero jamás volvería a luchar. Bueno, ya te puedes imaginar... ¿Cómo podía yo, en mi ardiente

juventud, soportar ver a mis compañeros, hombres y mujeres mucho menos cualificados que yo, pasar a mi lado con un rango cada vez más elevado mientras yo me inclinaba ante ellos? No. Elegí el exilio en su lugar. Ahora, sin embargo, regresaría si pudiera. Creo que tendría una granja. Cultivar algo desde que es una semilla hasta que el cultivo da fruto resultaría, creo, muy satisfactorio.

Sí, Rell, has recorrido un largo camino. Pero quizá tu único fallo era ser demasiado testarudo en una sociedad demasiado rígida para acomodarlo.

—Podrías ver Heng de ese modo.

Un ladeo del yelmo.

—Te lo agradezco, Arrojo.

Un chillido áspero resonó en medio del crepúsculo de una colina a otra y Arrojo sintió un escalofrío en la espalda, el vello de los brazos se le puso de punta. Corrió hacia Liss.

—¿Qué fue eso?

—Otra criatura invocada encontró un horrendo final por allí. Las cosas se están calentando. Podemos esperar a Ryllandaras a no mucho tardar, aunque sospecho que incluso él se lo pensaría dos veces antes de meterse en esa conflagración. Duelos de magos, creo, para desdicha de todos, serán los que decidan ese enfrentamiento.

Arrojo miró al este, donde las cimas de las colinas destellaban perfiladas en rojo chillón y amarillo y donde los ecos de estallidos de fulleros eran como una salva de rocas caídas entre el rugido del combate. Sobre el campo de batalla se arremolinaba el reflejo de un fulgor siniestro, como los estandartes verdes y azules que a veces parpadeaban en el cielo del norte. *Terremoto, tormenta de fuego y tifón, todo mezclado en uno solo. ¡Que los dioses ayuden a los soldados normales en semejante remolino! Todo lo que pueden esperar es poder mantener las cabezas agachadas y evitar que los vean mientras los magos juramentados hacen alarde de su poder para despejar el campo de batalla.*

—¡En el nombre de la peste de Poliel!, ¿qué fue eso? —exclamó May desde el fondo de la trinchera.

—¡Ni lo sé ni quiero saberlo! —gritó Noche—. ¡Tú no dejes de disparar! —Una pandilla de escaramuzadores pasaron corriendo, las cabezas agachadas, y Noche los llamó—: ¡Por aquí! ¡Vamos, a cubierto!

Se lanzaron en plancha a la trinchera.

—Se está calentando el tema por ahí fuera —dijo uno con una sonrisa idiota en la cara manchada de humo.

—¡Tú dispara! —le dijo Noche. Que él viera, todo orden se había perdido. Las filas estaban entremezcladas. No quedaba un frente claro. Pero el humo que flotaba, el real y la maldita ilusión Mockra, bloqueaba su visión de varias partes del campo de

batalla; sabía cuándo el humo era Mockra porque no podía olerlo. Las espadas de la Guardia Carmesí acechaban por el campo acabando con toda la resistencia que encontraban. Desde que el golpe de suerte de May con el fusor había terminado con el demonio, habían estado recibiendo mucha atención indeseada. De momento, el fuego concentrado del pelotón de Noche había repelido tres ataques y habían conseguido debilitar y desviar a los guardias para que buscaran objetivos más blandos. Eso y que los dorados moranthianos habían aparecido de la nada para ayudar a defender su posición. Y hablando de fuego, daba la sensación de que estaba menguando a su izquierda... Noche se asomó al borde de la trinchera y examinó con los ojos entrecerrados la línea de la izquierda. Heuk estaba allí, hablando con Mandíbula y los chicos junto a su lanzador. En el nombre del aliento del Embozado que tenían pegado al culo, ¿qué estaba tramando ese idiota? El mago se dirigió entonces hacia él.

—¡Pero quieres agacharte! —chilló Noche.

—Bebe esto —le dijo el viejo borracho al tiempo que le ofrecía el jarro de golpe.

—Vete al abismo.

—¡Bebe! —Se agachó y se lo puso a Noche en las manos.

—¡De acuerdo! —Noche probó a olisquearlo y después lo apartó—. ¡Dioses, no! Heuk no se mostró muy comprensivo.

—¿Quieres ayuda? Pues ahí la tienes.

De mala gana, Noche se llevó el jarro a la boca y se obligó a tomar un trago de un líquido empalagoso; tragó y tuvo una arcada. Se limpió la boca con los guantes, que tenían la palma de cuero.

—¡Dioses! ¿Qué es eso?

—Sangre de caballo, sobre todo.

—¿Sangre de caballo? ¿Qué estás intentando hacer? ¿Envenenarnos?

El mago le dio una palmada en la espalda y lanzó una risita. Desde el comienzo de la batalla el tipo parecía haberse crecido; allí donde todos los demás corrían a agacharse y hacían muecas, él se paseaba sin prisa, estirado y tranquilo. Le hizo un gesto a Noche para que se levantara y saliera de la trinchera.

—Acompáñame. Hay alguien que quiere hablar contigo.

—¿Hablar conmigo? ¿A qué te refieres?

—Vamos. —El mago cogió del brazo a Noche y lo sacó de la trinchera.

Noche se lo quedó mirando mientras se frotaba el hombro dolorido.

—Tranquilo... —Heuk lo empujó colina arriba.

El viento que había estado soplando de forma constante colina abajo se intensificó. Algo pasó palpitando sobre ellos, una presión; Noche se agachó, pero Heuk hizo un gesto, murmuró y el retumbar se retiró. Muy cerca el suelo se estremeció, tierra y cenizas volaron por los aires junto con unos cuantos irregulares

que huían.

—Por el abismo, pero qué... —dijo Noche con la boca abierta.

—Tú por eso no te preocupes, solo haz que los chicos no dejen de disparar... —dijo Heuk—. Aquí estamos. —E impulsó a Noche. De repente, el aire se quedó muy quieto y el saboteador vio que había alguien sentado en la hierba en la cima del altozano. Una mujer dalhonesia muy ancha y pesada, llevaba un abanico en una mano que agitaba con furia delante de su rostro oscuro, resplandeciente y sudoroso. El sudor también le empapaba las ropas de seda, las oscurecía y se las pegaba al pecho ancho. A pesar de estar totalmente aterrado, Noche se sintió cautivado de inmediato. *¡Dioses benditos, menuda figura de mujer!*

—Esta es Bala —dijo Heuk—. Gracias a ella sigues vivo.

—¿Sí? ¡Bueno, pues gracias a mí ella sigue viva!

Los brazos gruesos y perlados de sudor de la maga se agitaron cuando la mujer lanzó una carcajada gutural que hizo que Noche casi se desmayara de deseo.

—Bien dicho, soldado. Te queda espíritu de lucha, por lo que veo. Estupendo, lo necesitarás. En pocas palabras, estoy agotada. Llevo toda esta larga velada desafiando, desviando y debilitando los esfuerzos de los magos juramentados por convertir esta ladera en un gran campo de la muerte. Pero estoy deshecha. Acabada. Creí que estaba lista para lo que fuera, que podía rivalizar incluso con Tayschrenn, pero ahora me encuentro con que debo retirarme allí donde él se enfrentó solo y derrotó a estos y más. Aquí Heuk ocupará mi lugar.

Ante la obvia alarma de Noche, la maga levantó una mano para pedirle silencio.

—Si la mitad de lo que me ha enseñado es cierto, entonces estáis en buenas manos. De hecho, si algo de lo que sospecho es cierto, con franqueza, me alegro mucho de retirarme. Así que, soldado, adiós y buena suerte. Veo por tu estupefacta mirada que, por supuesto, estás cautivado por nuestro encuentro. Me complacería quedarme para torturarte con mi inaccesibilidad, pero eso tendrá que esperar hasta que nos volvamos a encontrar. —Cerró su abanico de golpe, con un chasquido estrepitoso como el de una espada al envainarse, y desapareció. Noche se quedó mirando con un parpadeo el asiento de hierba aplastada y vacía. *Qué suerte la mía. Me encuentro a la mujer de mis sueños el día que voy a morir.* Se arrodilló para apoyar la mano en la tierra donde se había sentado la mujer. Estaba cálida bajo sus dedos. *¡Señora, que pueda encontrarme con ella otra vez!*

Heuk se aclaró la garganta.

—Así que podías verla.

Noche se volvió hacia él.

—¡Sí, podía verla!

—Bien. Mira a tu alrededor. ¿Qué más ves?

Noche quería decirle al tipo dónde podía meterse la tontería, pero miró de mala

gana y examinó el campo de batalla. Las luces se movían por la oscuridad del crepúsculo creciente, figuras resplandecientes entre los que se arremolinaban, corrían y luchaban.

—Veo personas, todas iluminadas.

—Bien. Ahora tienes un toque de talento. La sangre te lo ha dado, así como a todos los demás en las trincheras. Puedes ver a cualquiera que haya activado y levantado magia de sendas. Ahora baja ahí y usa la arbalesta para mandarlos a todos con el Embozado.

A Noche no había que explicarle las ventajas que aquello suponía. Cogió su bolsa y bajó corriendo la ladera.

—¡Kibb! ¡Carga el lanzador!

Laseen había sido muy estricta en sus últimas órdenes: no entrar en el pabellón imperial. Pasara lo que pasara. Y aunque Zarigüeya se sentía muy tentado a apartar unos milímetros las densas capas de tela de sus paredes para asomarse al interior, se contuvo. *No tiene sentido ofrecermelo como objetivo a lo que sea que aguarde oculto allí dentro.* Antorchas plantadas iluminaban el perímetro exterior y los regulares malazanos hacían guardia a intervalos sistemáticos. Ningún mensajero ni ayudante iba o venía. Zarigüeya observaba, como antes, oculto a medias en los velos de Mockra y las sombras sesgadas de Meanas. Caía la noche y la oscuridad se espesaba. Esperaría. Al final alguien digno de su atención cometería un error y entonces él se abalanzaría. Entretanto, se entretenía imaginándose cuadros vivos de lo que estaba ocurriendo en el interior. ¿Havva Gulen había tejido capas múltiples de guardas y trampas que hacían saltar las sendas a la espera de un posible atacante? Bien sabían los dioses que esa mujer no parecía servir para nada más; Zarigüeya no le había visto el pelo sucio y lacio ni las túnicas manchadas desde que habían llegado. Quizá los velos ya la habían eliminado. ¿Cómo lo iban a saber? En cualquier caso, él podía esperar. Todos los comandantes de las manos tenían sus órdenes, cuya suma total ascendía a poco más que dar caza a cualquier juramentado aislado y eliminarlo. ¿Qué más podían hacer? Laseen había ordenado que no permaneciera con ella ningún escolta de la Garra. Muy bien. ¿Quién era él para llevarle la contraria? Técnicamente él no estaba en realidad con ella, ¿no? Estaba vigilando a una distancia segura. Y si ocurriera algún desafortunado incidente... bueno, se necesitaría que alguien se acercara a asumir el mando...

Un movimiento de las gruesas telas superpuestas hizo ponerse de puntillas a Zarigüeya. Un chillido se desgarró en el interior, un sonido inhumano, un gorgoteo que se fue deshaciendo en el maullido de una agonía incandescente. Zarigüeya corrió al pabellón. Los guardias retrocedieron con las espadas sacadas cuando algo salió arrastrándose bajo los bordes amontonados de las telas. Un demonio, los retorcidos

miembros y las manos (llenas de garras) casi fundidos. Trozos humeantes en el pelo greñado. Dejó a su paso un rastro de icor y polvos de tierra roja cuando salió convulsionándose del pabellón. Zarigüeya se arrodilló y tocó el extraño polvo rojizo. Lo frotó entre el pulgar y el índice enguantados. Suave, como tiza.

Con un suspiro, la criatura torturada expiró. Su carne se fundió en una masa burbujeante que siseó delante de todo el mundo. Zarigüeya retrocedió. ¡Que la Reina los protegiera! ¿Qué podía hacerle algo así a una criatura invocada, un habitante de los dioses sabrían qué senda o reino? Y entonces se le ocurrió, ¡invocada! ¡Una criatura fruto de la magia! Como si lo hubieran pinchado, Zarigüeya se arrancó el guante, lo volvió del revés y lo tiró como si fuera una víbora. *¡Dioses! Casi le habían... ¡demasiado horrible para planteárselo siquiera!* Se apartó todavía más, al menos ninguno de los guardias parecía haber notado su presencia, su magia de senda permanecía activa. Encontró otra atalaya, la espalda cubierta por la pared de lanzas de un corral para caballos improvisado.

Puro Laseen. Cruel y eficaz. Un suelo cubierto de otataralita y ella en el centro. El polvo anula la magia de cualquiera que entre e iguala el terreno. En cuanto a la lucha subsiguiente, bueno, ella había sido señora de la Garra, después de todo. Y las gruesas paredes de tela del pabellón disimulaban la suerte de todos los que habían entrado y la ocultaban a los que esperaban fuera. ¿Cuántos habían caído en su interior? ¿Cinco? ¿Diez? Y al amanecer, ¿cuántos serían? ¿Cuántos podía enviar Cogulla antes de ir él en persona? Y cuando lo hiciera... el tan cacareado mago supremo juramentado se encontraría tullido, igual que esa misteriosa maga que le había tomado la delantera a él en otra ocasión. Pero Cogulla se había enfrentado en duelo a Danzante en sus tiempos. *Fue un dúo que casi me metí a observar.*

Casi.

Parecía que, de momento, Laseen tenía las cosas bajo control. Quizá hasta había tiempo para hacer una visita al campo de batalla en busca de objetivos oportunistas. Sí, quizá. Y además, debería ir a hacerse una idea de cómo marchaba el combate, por si la situación requería una retirada discreta. Con la senda alzada, a medias entre la sombra natural y la de Meanas, Zarigüeya se adentró inadvertido en el campo de batalla.

Lo que encontró lo horrorizó. Jamás había presenciado semejante matanza indiscriminada. Cortinas colgantes de Mockra pasaban flotando, quizá llevando a aquellos a los que cubría una desmoralización aplastante, o la certidumbre de la derrota. Muros de llamas inducidos por Thyr acechaban entre las ascuas ya quemadas de la pradera asolada. Los escaramuzadores se agazapaban en nudos defensivos y disparaban contra todo lo que se acercaba. Los regulares malazanos se atrincheraban y formaban muros de escudos para defenderse del ataque de bandas ambulantes de guardias carmesíes. El humo se enroscaba en la oscuridad. Que Zarigüeya viera, las

cosas habían caído poco menos que en el caos, el asesinato y el desconcierto; en una situación así, todo lo que se movía era un objetivo.

Un enorme estallido de municiones le apaleó los oídos y le magulló el cuerpo. Corrió al punto alto más cercano. Las explosiones continuaron encadenándose en una explosión incesante que parecía ir creciendo en oleadas y magnificarse hasta alcanzar un rugido continuo. Llegó a la cima de una modesta colina y miró ladera abajo, hacia el risco del valle del Idryn. Allí había recibido a la falange de los moranthianos dorados una fuerza de la Guardia Carmesí ridículamente pequeña en comparación. Pero no era el ataque mundano lo que cautivaba y espantaba: la falange sufría el asalto de la magia de batalla ritual. Un tornado de Serc se había plantado sobre la unidad e iba cogiendo moranthianos para metérselos en su buche giratorio. Allí se retorcían, como muñecos, agitando miembros y algunos siendo barridos para rodar sobre filas enteras. Allí chocaban y a veces estallaban y desaparecían en nubes de carne quemada y armadura fragmentada. *¡Que el Embozado nos libre!* Eso no era una guerra. Era una matanza. Y la idea se apoderó de su pecho y estuvo a punto de colapsarle el corazón: *¡no tienen magos!*

No tienen magos. ¡Detened esto! ¡Alguien ha de ponerle fin a esto!

—Ha comenzado —anunció una voz tosca, áspera, a su lado. Zarigüeya dio un salto y giró en redondo. La voz pertenecía a un anciano con barba y túnicas sucias que abrazaba un jarro de arcilla marrón astillado.

—¿Quién es usted?

—Heuk. Mago militar. Sexto pelotón, segunda compañía, cuarta división del Cuarto Ejército.

—¿Qué ha empezado?

—Nuestro duelo.

Zarigüeya miró al hombre de arriba abajo como si estuviera loco.

—¿Su duelo? Hay por lo menos doce magos juramentados ahí fuera.

—Alguno menos. Los chicos se hicieron con unos tres. En cualquier caso —y los ojos miraron directamente a los de Zarigüeya—, eso no es asunto tuyo, ¿no?

Zarigüeya no pudo evitar retroceder un paso: ese olor, ¿sangre? Los ojos del hombre, ¿negro medianoche sobre negro? Y la boca... ¿sangre?

—¿Quién es usted? —dijo sin aliento.

El tipo señaló el sur con un gesto.

—Mira. Han abierto una brecha.

Así era. La falange dorada se estaba desintegrando bajo la presión de aquel ciclón voraz, cada vez más ancho. Los grupos de soldados huían en todas direcciones.

La sonrisa del hombre se retorció y reveló unos dientes negros, torcidos.

—Nosotros somos los siguientes. —Su mirada volvió a posarse en Zarigüeya—. ¿Quién soy? Vuestros reclutadores me nombraron mago, pero yo no soy ningún

mago. Y ahora —levantó el jarro— será mejor que te vayas volando, mi pequeño cuervo de la muerte. Quédate con tus juegos en los bajíos de Sombra. En cuanto a mí, ¡yo sondeo las profundidades infinitas de la Noche eterna!

Zarigüeya siguió retrocediendo.

—No... esa senda está fuera de nuestro alcance.

—¡Necio! Como he dicho, no soy ningún mago, soy un simple devoto de Noche. Y como dice el refrán, mi sangre se alza. Y ahora, huye, porque estoy a punto de acudir a mi dios, pues ha regresado y ya hace tiempo que se requiere una demostración de su creciente presencia sobre este mundo.

Mientras Zarigüeya observaba, asqueado, el hombre volcó el jarro sobre su cabeza. Un fluido espeso (sangre coagulada, se imaginaba) chorreó sobre el pelo, la cara y los hombros del anciano. La garra se dio la vuelta, embargado por las arcadas. ¡Una locura! Demencia absoluta. ¡Y la noche apenas había comenzado! En la base de la pequeña elevación se detuvo en seco cuando las ballestas amartilladas, en manos de decenas de soldados arrodillados y echados en la hierba, se alzaron con una sacudida para apuntarlo. El espía se quedó paralizado.

—Baja la senda —gritó alguien—. O muere.

Zarigüeya obedeció. *Lo ven. ¿Cómo podían verlo?*

—¡Bah! —bufó alguien—. Solo es una puta garra. —Todas las ballestas se desviaron.

Bastante ofendido, Zarigüeya buscó al dueño de esa voz. Encontró al hombre, un sargento, en una trinchera, discutiendo con un moranthiano dorado que le sacaba dos cabezas.

—Me importa una mierda —decía el sargento—. ¡Tienes órdenes de quedarte, así que te quedas!

—Nuestros hermanos nos necesitan —decía con voz profunda el moranthiano—. Están en serios apuros.

—Se han deshecho —dijo Zarigüeya. Los otros dos lo miraron molestos, le pareció a él, por la interrupción. El sargento hizo un gesto despectivo.

—Ahí lo tienes.

—Podrías ordenarles reunirse en esta posición —sugirió Zarigüeya.

El moranthiano giró el yelmo y lo bajó para mirar al sargento, que, a su vez, miró furioso a Zarigüeya y después despidió al moranthiano con un ademán.

—¡Está bien! —Y después murmuró—: Y ya, si acaso, que nos pinten una puta diana en la cabeza.

—Demasiado tarde para eso, ¿sargento...?

—Noch... —El hombre respiró hondo—. Miedica. Sargento Miedica.

¡Ah! Por supuesto, el hombre lo bastante loco como para salir de noche a intentar acechar a Ryllandaras. ¿Quién si no?

—Aquí ya contáis con la atención de la Guardia, eso te lo puedo garantizar. Tienes un mago lunático, o sacerdote, sobre vuestras cabezas con delirios de omnipotencia. Y con los moranthianos deshechos, el tuyo y el centro son los últimos baluartes imperiales que quedan en el campo de batalla.

El hombre estaba examinando el oscuro campo que se extendía ante la trinchera. Allí, una mezcla de moranthianos y regulares malazanos resistían en las líneas defendidas por una serie de escaramuzadores que se enfrentaba a la infantería de la Guardia que sondeaba el terreno.

—Entonces supongo que será mejor que huyas de aquí —dijo con tono displicente.

Zarigüeya cerró la boca de golpe y crispó las manos para que se llenaran.

—No creas que estás fuera del alcance de la emperatriz —dijo entre dientes.

—Y tú no creas que estás a salvo. —Y señaló trinchera abajo. Zarigüeya miró a un lado: cuatro saboteadores lo apuntaban con ballestas; en cada una, un fullero—. Nosotros estamos en la trinchera y tú no —comentó el sargento con tono lacónico.

Zarigüeya se irguió y se estiró con cuidado la túnica azul oscuro.

—Continúe defendiendo esta posición, sargento. —Y pasó por encima de la trinchera al tiempo que alzaba su senda y atravesaba las filas de imperiales que se iban reuniendo.

—¿Esto va de coña o qué? —se quejó el sargento a su espalda—. Como si fuese a irme por ahí a darme un puñetero chapuzón o algo.

Mierdecilla impertinente. Zarigüeya se calmó con la certeza de que (incluso con las afirmaciones del sacerdote chiflado) todos estarían muertos al amanecer. Solo esperaba que hicieran estragos entre la Guardia con la suficiente brutalidad como para que las garras pudieran ir eliminando a placer a los juramentados que quedaran, exhaustos y consumidos.

Sus espadas encontraron el flanco oeste hecho pedazos. Trémula envió a sus tenientes por delante para organizar a las fuerzas desperdigadas que quedaban. Lo único que impedía un avance imperial sólido era la falta de apoyo del resto del campo de batalla, el centro de la Guardia todavía resistía y el aplastante despliegue de magia de batalla en el este hacía vacilar a todos los soldados normales.

Trémula avanzó con Melena Gris, Shell y Humo; reunía a su alrededor un seguimiento creciente de juramentados, a la mayor parte de los cuales mandó por delante para ayudar a consolidar la resistencia. Cuanto más se acercaban al frente, o a secciones diseminadas del frente, más densas eran las andanadas de cuadrillos de ballesta que los castigaban. Todos los juramentados, y muchos guardias regulares, habían cogido un sólido escudo rectangular de la infantería pesada malazana tras el que se agazapaban como muros móviles. Trémula de vez en cuando tenía que sacar

con un barrido del brazo los cuadrillos clavados en el suyo para poder seguir usándolo.

Una juramentada, Daneth, la llamó desde una pila de guardias caídos.

—Mira esto. —De rodillas, la mujer alzó un cadáver y apoyó la cabeza del mismo en su regazo. A pesar de los rasgos mutilados del hombre, Trémula lo reconoció como un juramentado, Piernas Largas. El cuerpo exhibía las heridas esperables, pero lo que sorprendía era la herida de la cabeza que le había causado la muerte: resultaba singular. Alguien, o algo, le había asestado un golpe en la cabeza que le había destrozado la nariz y la mandíbula y le había incrustado los huesos fragmentados en el cerebro, lo cual lo había matado al instante.

—¿Una porra o una maza? —opinó Trémula.

—La base de una mano abierta —dijo Daneth; su tono apagado rivalizaba con la expresión firme y lúgubre del rostro.

—¿Qué? Pero quién podría...

—¡Urko! —exclamó Humo como si el nombre en sí ya fuera una maldición—. Está aquí.

Urko, el hombre que no necesita armas. No me extraña que el oeste estuviera en semejante estado de desorganización, ninguna unidad podría resistir contra él. Trémula miró a su alrededor y captó la atención de los juramentados más cercanos.

—¡Mediodan, Emparrado, Afortunado! Buscadlo y matadlo.

Los tres inclinaron la cabeza al unísono y se fueron a la carrera.

—No lo encontrarán —dijo Humo en un aparte.

—¿No? ¿Por qué no?

—Porque estará en primera línea del frente como cualquier otro soldado de la infantería pesada. Ya se está ocultando de los velos. Podría ser cualquiera de ellos.

—Afortunado no es idiota. Esperará y observará.

Un encogimiento de hombros.

—Eso espero. —Señaló a Shell—. En cualquier caso, Shell y yo hemos hecho unos cuantos recuentos y creemos que contamos con unos treinta de nuestros hermanos y hermanas.

—¿Y Despellejador?

—Poco más.

—Entiendo. Así que nuestros simpatizantes continúan divididos. —Una vez más la duda la apuñaló, la estrujó hasta dejarla sin aliento y le revolvió el estómago casi hasta el punto de hacerla vomitar. *¿Y si había sido todo un sueño? ¿Y si había oído voces? Era Sombra, después de todo.* Se volvió hacia Melena Gris y descargó en él su cólera.

—¿Y qué hay de ti? ¿Estás a la altura de un hombre que rompe armaduras con las manos desnudas?

Estallidos cercanos de una oleada de municiones arrojadas disparó polvo y tierra sobre todo el mundo. Melena Gris aupó el escudo que había rescatado del campo y se sacudió la tierra de los hombros.

—Jamás me he topado con él —gritó—. Pero por lo que he oído... no.

—¿No? —Trémula no se lo podía creer—. Así, sin más... admites que no podrías derrotarlo. ¿Te estás negando a luchar? —Todos los juramentados que había cerca se giraron para mirar con recelo.

—Yo no he dicho eso, Trémula —dijo Melena Gris con calma, las manos sueltas a los lados—. Solo he dicho que no habría competición entre los dos.

—Así que todo lo que has oído sobre él te lleva a temerlo.

—No, Trémula. Todo lo que he oído me lleva a admirarlo. Pero te diré algo. Juro que daría mi vida para defenderte.

Trémula permaneció inmóvil durante unos cuantos latidos, la mirada oscura de sus ojos entornados se clavó en los ojos francos y pálidos de Melena Gris. Dejó caer su escudo y lo volvió a levantar cuando un cuadrillo de ballesta pasó silbando y mordió la seda carmesí que colgaba de la tela que le envolvía el yelmo. Dejó escapar una exhalación que era casi un gruñido entre los dientes apretados.

—Maldito seas, Melena Gris. ¿Siempre tienes que caminar por el filo?

—Debo ser fiel a mí mismo.

¡Y mira lo que te ha traído, renegado! Pero dejó la réplica en el aire. El hombre parecía demasiado consciente y desolado por la situación. Trémula se aferró a la espada-látigo napaniana que llevaba envainada.

—Entonces tendré que tomarte la palabra, nos dirigimos a las filas frontales hasta que encontremos a nuestro amigo...

Melena Gris se frotó la nariz grande y aplastada e hizo una mueca.

—Me preocupaba que propusieras eso.

—¡Que el padre Luz nos proteja! —dijo Humo sin aliento, los ojos clavados de repente en el sur. Shell también se quedó mirando, incapaz de hablar. Alzó las manos como para protegerse de lo que estaba viendo. Trémula entrecerró los ojos, pero solo distinguió un trozo más oscuro contra la noche.

—¿Qué pasa?

—Lo imposible —murmuró Humo con voz casi inaudible, con los ojos puestos todavía en el otro extremo del campo de batalla.

—Explícate, mago —soltó Trémula.

Con un parpadeo, el hombre se volvió hacia ella y se pasó las manos ennegrecidas de hollín por la maraña de pelo revuelto.

—Alguien ha desvelado Kurald Galain aquí, en el campo de batalla. Y no sé quién es ese mago, pero no es de los nuestros.

—¿Kurald Galain?

—La senda tiste andii de la Oscuridad ancestral —explicó Shell—. Hogar de su diosa, madre Oscuridad.

Trémula observó la fusión que se iba convirtiendo poco a poco en mancha baja de oscuridad sobre el campo de batalla.

—Pero aquí no hay tiste andii...

—Exacto. Lo imposible.

Varios golpes de viento anunciaron la llegada de magos a través de una senda: Ópalo, Lor-sinn y Toby. Los magos juramentados reunidos lanzaron miradas tensas a Humo, que accedió con una mueca agria de la boca a lo que fuera que se había comunicado. Después miró a Trémula.

—La escalada de la magia ha empezado. Despellejador ha invocado magia ritual y los imperiales han respondido. Nosotros, los cinco, junto con los magos reclutados, Sinuoso, Palla y quien sea, probablemente nos necesitarán a todos aquí.

—¿A todos?

Humo se pasó una mano por la cara.

—Quienquiera que alzara eso, Trémula, está fuera de mi alcance.

Trémula se obligó a permanecer rígida. *¡Que no se te note nada! ¡Te están mirando todos! ¿Es que ninguna batalla puede ir según lo planeado? Esperábamos que espada y escudo resolvieran este combate. Y ahora Humo afirma que las cosas se han precipitado hasta llegar a un choque parecido a los enfrentamientos hechiceros de antaño. Bien, así sea. A no ser que apareciera Tayschrenn, ella confiaba en el cuadro de magos de la Guardia. Al menos esa cosa, fuera lo que fuera, era asunto de Despellejador puesto que se encontraba directamente entre él y el pabellón imperial. K'azz, si de verdad estás cerca, te necesitamos.*

—Muy bien. —Asintió y miró al sargento que estaba con ella, Zanja, que alzó una mano para señalar el avance.

—¡Adelante!

Melena Gris siguió a Trémula, era obvio que su intención era actuar de guardaespaldas, mientras que los magos reunidos la flanqueaban. Los juramentados de su tropa se repartieron por la falange de los hombres y las mujeres de la segunda y tercera quinta, y fueron reuniendo los grupos dispares en una sola cuña cada vez más grande y ancha de soldados protegidos por escudos.

—Que la gran diosa nos proteja —murmuró Liss, la cabeza girada de repente hacia el este. Los tres hermanos, observó Arrojo, se habían vuelto también.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Asombroso... No se parece a nada que haya visto jamás, o que esperara ver.

—¡Qué, maldita sea!

—Oscuridad ancestral, Noche eterna, desvelada aquí, en el campo de batalla. —

Apartó la mirada de las colinas perfiladas, bajó la cabeza y se fijó en Arrojo, que se encontraba junto a su montura—. Las cosas, Arrojo, se están descontrolando a toda prisa en ese campo de batalla. Se están invocando fuerzas que harían vacilar incluso a Ryllandaras. Después de todo, él solo es una criatura. —La maga señaló—. Pero ahí fuera, magia como la que consumió ejércitos enteros se está preparando para entrar en la lucha.

—¿Y?

—Y... debemos encontrarlo antes de que nos consuma a nosotros también.

—Vamos a... —dijo un hermano.

—Dejarlo aquí...

—Para que muera —terminó el último.

Liss se volvió hacia ellos.

—Es demasiado astuto. Huirá. ¡Yo pienso asegurarme!

—Yo también —añadió Rell.

Los tres se encogieron de hombros, su indiferencia puso los pelos de punta a Arrojo. Se movían no uno tras otro, o en desorden, sino de forma idéntica, en el mismo momento exacto y del mismo modo exacto a pesar de la parálisis combada de hombros, labios y brazos. Era como si solo fuera uno. Y siempre había habido algo misterioso a su alrededor. Algo inquietante. Todo el mundo lo sentía. Para Arrojo era un cosquilleo que la golpeaba justo en el centro de su ser, pero que no podía concretar con exactitud. Una intuición. Había algo muy raro en aquellos tres.

Pero ¿qué podía hacer ella? No habían hecho nada sospechoso. Nada para llamarles la atención. Más bien al contrario, de hecho. Habían sido vitales para la defensa de la ciudad. Así que no podía quitárselos de encima. *Como los caballos*, reflexionó con amargura. *Te resultan útiles, así que no puedes matarlos a todos sin más*. Pero ella sabía cómo eran de verdad, los tenía calados.

—¿Y bien? —suspiró—. ¿Qué sugieres?

—Deberíamos movernos. Está cerca. Al norte. Los hermanos y yo deberíamos poder encontrarlo.

¿Encontrarlo? Señora bendita, ¡van a ir a por él de verdad! Bueno, para eso vinieron. Personalmente, ella había tenido la esperanza de poder esperar hasta que los imperiales lo emplumaran y luego ellos ya podrían entrar y acabar con él de una vez. Pero siempre quedaba la esperanza.

Fue a su montura y recogió las riendas. La yegua roja volvió la cabeza y la observó. *Como intentes algo, te mato, y tú también lo sabes*. La yegua agitó las crines rojizas. Arrojo tanteó las alforjas abultadas bien atadas y acolchadas con piel de carnero. Sí, ella también pensaba asegurarse.

Un sanador de pelotón, de nombre desconocido para Ullen, le dio un apretón en el

brazo izquierdo para avisarle de que había terminado y después pasó al siguiente herido. De pie, Ullen quitó los ojos del campo de batalla y se fijó en que el hombre había improvisado un cabestrillo para atarle al pecho la carne muerta que era su brazo derecho. Uno de los velos de Cogulla, una mujer alta y delgada de largo cabello blanco, había aparecido de la nada, había asesinado a guardias y oficiales y se había ido a por él hasta que un sargento de saboteadores que lo estaba informando, Urfa, había arrojado algo que hizo estallar una rociada de fragmentos afilados, algunos de los cuales le habían lacerado el brazo y rebanado tendones y nervios. El estallido dejó a la velo aturdida, con cortes en zigzag ensangrentados y entonces, y solo entonces, apareció una mano entera para saltar sobre ella. El tumulto consiguiente había desaparecido dando tumbos en la noche en un frenesí de cuerpos que saltaban, cuchillos arrojados y magia de sendas lanzada.

Ullen lo abarcó todo en esa misma mirada, su estado mayor de tenientes relativamente novatos y mensajeros había sufrido una profunda conmoción. *La primera vez siempre es la peor.* Carraspeó y atrajo su atención, que se desvió de la noche.

—Ahora sabemos lo que debió de ser una visita de Danzante, ¿eh? —Y esbozó una sonrisa que se burlaba de sí mismo, incluso casi triste. Los hombres y mujeres reunidos se miraron unos a otros, algunos se limpiaron el sudor de las caras relucientes. Después, risitas de comprensión e incluso resoplidos.

Un coro de «Sí, señor».

—¡Informes! ¿Qué está pasando?

El teniente imperial se rozó un rastro de sangre del corte de una mejilla.

—Nos han notificado que estamos perdiendo terreno en el oeste. Urko está llevando a su gente hacia el centro.

—Tengo informes sin confirmar que dicen que la espada está herida, es posible que haya caído —añadió el teniente dalhonesio, Gellan.

—Los moranthianos y otros elementos que quedan en el este están concentrándose en el reducto —dijo otro—. También he recibido información de la Garra, Despellejador está liderando una falange al norte y se dirige a ese mismo baluarte.

Dioses, menudo choque será ese. Podría decidir al vencedor.

—¿Y esa oscuridad que crece allí...?

—Tenemos confirmación que es uno de nuestros propios magos militares, al parecer —fue la reticente admisión.

No descartes a los perros callejeros, maldito hijo de la nobleza. Aunque no tengan títulos tan cacareados como «mago supremo», muchos de ellos conocen perfectamente su oficio.

—Muy bien. Que todos los elementos desperdigados se reúnan en el reducto.

Ordenen a los escaramuzadores que concentren el fuego en esa falange, ¡hay que pulverizarlos!

—Sí.

—¿Y qué hay de la emperatriz? —preguntó un oficial—. Si los velos han...

—La emperatriz no importa —respondió Ullen, enfadado—. Ella está librando sus batallas igual que nosotros debemos librar las nuestras. —*Y si crees que nos han maldecido los velos, de ella no quieres estar cerca ni de casualidad.*

—La emperatriz envía sus felicitaciones —dijo una voz nueva y Ullen se giró, sorprendido, y complacido, de ver la figura llena de cicatrices del capitán Musgo. Le tendió la mano izquierda y se estrecharon las manos con torpeza—. Me han destinado a su personal.

—Sea usted muy bienvenido.

—Me ordenó que le informara de que cuenta con toda su confianza. Elogia sus acciones como comandante de campo.

Ullen alzó las cejas. *Justo lo que los imperiales de su personal necesitaban oír. Gracias, Musgo.* Se aclaró la garganta en el puño izquierdo.

—Muy bien, capitán. —Se volvió hacia los suyos—. ¿Qué hay de los kanesianos?

—Han atacado, pero los juramentados todavía dominan el puente —dijo uno.

—¿Cuántos?

—Según los informes —y el tipo tragó saliva, le fallaba la voz—... cinco.

—¿Cinco? ¿Cinco juramentados contra veinte mil?

—Eh, sí, señor.

¿Qué, Embozado, estás contento? ¡Qué feroz enfrentamiento! No envidiaba a los kanesianos el esfuerzo que haría falta para sacar a los juramentados de ese estrecho paso. ¿Y a cuántos se enfrentaban ellos?, ¿treinta?, ¿cuarenta? ¡No, ni lo pienses! Evita los escenarios de desesperación. Al menos esos están en campo abierto. A esos se les puede eliminar desde lejos.

—Los kanesianos no tardarán en abrir una brecha —dijo—. Solo tenemos que resistir.

Al menos unos cuantos de sus oficiales hicieron el esfuerzo de murmurar «Sí, señor».

El registro del campo de batalla, turnándose para examinarlo a través de Meanas y luego de Mockra, dio resultado cuando Zarigüeya percibió a su presa al noroeste. Se movió a toda prisa a través de Sombra y cuando llegó a la ladera oscurecida vio a Anillo inclinada sobre unas formas quietas que yacían retorcidas en la hierba, una mano entera de garras. ¡Maldita fuera esa mujer! ¡Necesitaban toda su fuerza y allí estaba ella, eliminando rivales! Era justificación más que suficiente... Sacó sus cuchillos y se abalanzó a través de Sombra. Justo cuando llegó, los sentidos de la

mujer la impelieron a girarse, pero no lo bastante rápido para evitar la estocada de hierro que le atravesó las costillas por delante y por detrás, le perforó el pulmón y le pellizó el corazón. Zarigüeya retorció los cuchillos y laceró los órganos para asegurarse.

Anillo se lo quedó mirando, estupefacta, horrorizada, en los ojos la certeza de su muerte inminente.

—Idiota... —dijo sin aliento. Él no le dio mayor importancia a esos balbuceos agónicos. Se dicen cosas raras cuando la vida huye. Maldiciones, reivindicaciones de inocencia, los anhelos más íntimos—. Estos... de Mallick... Yo era todo lo que se interponía entre ellos... y ella.

Zarigüeya sacó los cuchillos y se irguió. *¿Qué?*

La vida se fue desvaneciendo en los ojos oscuros de la mujer y cayó. Sonrió, los dientes rojos de sangre.

—Casualidad —murmuró con una risita melancólica—. Casualidad... —Su forma se retorció, se desdibujó y cambió. Zarigüeya reconoció el arte del alto Mockra (y mucho mejor que el suyo) hasta que el cuerpo se resolvió con claridad una vez más y vio echada a sus pies la forma gruesa y sucia de la maga suprema Havva Gulen.

¡Que Soliel lo perdonase! ¿Qué había hecho? ¿Por qué no se lo había dicho aquella mujer? ¿Por qué no se lo había dicho a alguien? *Porque... ¡idiota!* La mujer estaba jugando a su propio juego, igual que él. *¿Y ahora qué? ¡Lo primero, irse!* Que la bruma de la guerra lo oscureciese todo. Abrió su senda y entró en Sombra.

Y lo derribó un golpe seco en el costado.

Se quedó tirado, jadeando entre la tierra y las matas de hierbas afiladas como cactus que le abrían la piel expuesta. Una forma alta y delgada se cernió sobre él. Zarigüeya parpadeó y distinguió una cara muerta y destrozada de piel desecada, labios descarnados, dientes amarillentos y cuencas vacías sobre una armadura hecha jirones desgarrados y trapos colgantes. *¿Un imass? ¿Allí?*

El imass estiró la mano, le cogió de la camisa y lo levantó.

—Vuestras entradas sin permiso me irritan —siseó la cosa—. Sombra no ha de usarse tan a la ligera. —El ser lo sacudió como si fuera un niño—. Ahora vete y no regreses. —Y lo arrojó a un lado.

Zarigüeya se tambaleó y después se irguió. Se estiró la ropa.

—¿Y tú quién eres?

El imass (pero ¿lo era?) aferró con un puño de hueso y tendones la espada que tenía envainada a la espalda.

—¡Vete! ¡Mantened vuestras disputas fuera de Sombra!

—¡Sí! ¡Sí! —Zarigüeya agitó el brazo y salió de la senda. La ladera nocturna se reafirmó a su alrededor. La cacofonía de la batalla regresó. ¿Quién, qué, había sido eso, en el nombre de la Encantadora? ¿Un imass renegado? ¿Un ascendiente de algún

tipo? ¿Un aparecido? *Da igual. Irrelevante. ¡Concéntrate!* Intentó centrarse, tranquilizarse. Dioses, ¿qué había hecho? Asesinar a la maga suprema. ¡Una mujer que afirmaba estar ayudando! *Déjalo ya, hombre. Piensa en ti.* ¡Según Havva, Mallick dominaba a la Garra, mientras que el títere era él! ¿Qué opciones tenía? *¡Laseen!* Era lo único que le quedaba. Tenía que llegar a ella.

Zarigüeya invocó su senda de Mockra. Poco después, convertido en otro soldado más de alianzas inciertas, se escabulló encorvado por las laderas. Estaba al oeste y encontró el campo de batalla dominado por la Guardia. Los juramentados habían entrado en la refriega y barrido todo lo que se ponía ante ellos. Los escaramuzadores y las unidades pesadas imperiales todavía corrían en grupos apretados por el campo de batalla, como ratones de campo, pero las únicas formaciones sólidas eran los cuadrados de la Guardia, y permanecían muy separados como precaución contra los ataques de los magos. Al este, la profunda oscuridad sin mitigar del cuadro de magos todavía pendía como una nube plana sobre su altozano, sin que al parecer hiciera nada (un vórtice de noche que giraba con lentitud) mientras las fuerzas malazanas se reunían alrededor del baluarte protegido por los magos. Al sudeste, el alto estandarte plateado del dragón de la Guardia estaba avanzando al frente de una falange cada vez más ancha.

Justo entonces, al norte, una luz brillante de color naranja amarillento iluminó la oscuridad, el pabellón imperial estallando en llamas. Hizo retroceder la noche en media legua a la redonda. Las llamas treparon como las de una hoguera inmensa, una celebración de luz y vitalidad, aunque fuera breve. Zarigüeya se lo quedó mirando y dejó caer los brazos a los lados. *¡Oh, Cogulla! ¡Un golpe maestro! ¡Después de tantos preparativos cuidadosos y tantas precauciones! Me inclino ante tu crueldad implacable.*

¿Y qué pasa ahora con el pobre Zarigüeya? Las fuerzas imperiales aplastadas, el pabellón en llamas, y él convertido en asesino de la maga suprema imperial. ¿Qué podía quedar? ¿No se había perdido todo? Una sensación vertiginosa, casi espeluznante, se apoderó de él y lanzó una carcajada. Le apetecía bailar entre los muertos. ¿Sus preocupaciones y ansias, ah, tan importantes ellas, de que hubiera rivales en la orden? ¡Irrelevantes por completo! ¿Una vida entera de ardidés, maniobras, manipulación? ¡Una vida desperdiciada! ¿Sus ambiciones, esperanzas y sueños? ¡Totalmente frustrados!

Bajó al campo de batalla, entre los caídos, riéndose a carcajadas. *¡Ven, Cogulla! ¡Ven Encaje, Tarkhan o Isha! ¡Pongamos fin de una vez a esta tragicomedia!*

Noche se arrodilló en la hierba pisoteada, justo al lado de la trinchera junto con una variopinta colección de sargentos y oficiales de tres brigadas diferentes. El capitán Hojalatero, Jay K'epp, o capitán Kepp como lo llamaba todo el mundo, y un

magullado moranthiano dorado que dijo llamarse Flor, eran los oficiales de más alto rango presentes; se decía que el comandante Diente Bravo seguía activo, pero que prefería continuar en el campo de batalla para ayudar a reunir a los elementos desperdigados; según los informes, la espada estaba herida en algún lugar de la carnicería del baluarte central, donde Urko, según se rumoreaba, estaba organizando la resistencia.

El capitán Hojalatero yacía en el suelo, estaban vendándole de nuevo la cuchillada de la pierna y Kepp permanecía sentado en silencio a su lado; solo podía sentarse en silencio porque el puño de un juramentado le había hecho pedazos la mandíbula.

De los oficiales menores y sargentos presentes, Noche compartió asentimientos con Menor, Lim y otros y observó mientras estos se consultaban en murmullos y gruñidos. Todo el mundo susurraba porque estaban agazapados en la frontera de Oscuridad. Allí todo permanecía en silencio; hasta el rugido de la batalla, a solo unos pasos de distancia, era un rumor débil y lejano. Y hacía frío; la camisa húmeda y el acolchado de Noche, empapado por completo de sudor, lo estaban dejando helado. Sabía, por supuesto, lo que iba a pasar antes de que los otros dijeran nada. Así que compartió el gesto sufrido de Menor de poner los ojos en blanco cuando lo llamó Hojalatero.

—Sargento Miedica, un momento.

Subió a la carrera y se agachó.

—Sí.

—Queremos que subas a hablar con él.

—Yo no voy ahí arriba a hablar con él. Vaya usted.

Una mirada salvaje del antiguo sargento, convertido ya en capitán.

—Por si no te habías dado cuenta, yo no puedo caminar.

—Pues aquí Kepp.

Con los dientes apretados:

—Él... no puede... hablar.

—Entonces, allí Flor.

—¡No habla taliano!

Putra tropa de carnaval de payasos, eso es lo que somos. Putos inútiles.

—¡Bien!

Hojalatero se acarició un lado del largo bigote plateado y esbozó una sonrisa maliciosa.

—Es el mago de tu pelotón.

—Ya, ya. —Se irguió entre gruñidos y muecas. *Estoy agotado y las cosas no han empezado todavía*, y empezó a subir la colina. La hierba crujía, quebradiza por la helada, bajo las viejas sandalias que se le caían a pedazos. La oscuridad era

extraordinaria, sin alivio alguno, pero todavía podía ver y pensó en la bazofia de Heuk, el sabor ferroso todavía le recubría la lengua. Era como si estuviese envuelto en capas de la tela más gruesa, más oscura y más suntuosa imaginable. *Marta cibelina*, decidió, aunque él jamás la había visto ni tocado. El frío lo mordió, encajes de escarcha aparecieron en los refuerzos de hierro de sus guanteletes.

—¡Heuk! —La oscuridad pareció tragarse su voz. Respondió un silencio, pero no era un silencio auténtico. Algo lo llenaba. Se esforzó por escuchar, ¿el rumor más leve, el traqueteo de una cadena? ¿Reverberaciones profundas como las ruedas que gimen en la oscuridad?—. ¿Heuk?

—Aquí.

Noche se sobresaltó; el tipo estaba prácticamente arrodillado delante de él.

—Ah, ¿estás bien?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Por qué estás aquí arrodillado?

—Estaba dando gracias, por supuesto.

—Ah.

El mago se puso en pie y se tambaleó un poco. Había que verlo. Sangre seca negra, o lo que parecía negra en ese extraño lugar, le cubría la cara y los hombros y le había chorreado en vetas por las túnicas. Por extraño que fuera, parecía más alto y erguido que antes.

—¿Qué pasa? —preguntó, como si no estuviera pasando nada raro.

—Ah, bueno. Ahí abajo los chicos quieren que sepas que los juramentados vienen hacia aquí. Y supongo que están preocupados. ¿Puedes ocuparte de ellos?

—Pondré en ese asunto todo lo que poseo —dijo el hombre, que parecía más lúcido de lo que Noche recordaba haberlo visto jamás. Pero también era desconcertante, estaba tan sereno, la mirada tan firme y dueño de sí mismo. Y la pupila, el iris y el globo ocular, todo negro, era espeluznante.

—¡Ah! ¡Estupendo! Todo el mundo se alegrará de oírlo. Te los mantendremos alejados, entonces.

—Sé que lo haréis, Noche. Que tengáis mucha suerte. Haré lo que pueda para protegeros a todos. Si me vencen, no habrá ninguna duda.

—De acuerdo. —Noche estuvo a punto de hacer un saludo militar. Era extraño cómo un aura de mando sin pretensiones parecía haber envuelto de repente al viejo pajarraco. Tras una especie de media inclinación, Noche empezó a bajar la ladera. No tenía ni idea de dónde estaba la trinchera, por supuesto, ya que la oscuridad no remitía, pero podía ver lo suficiente para caminar. Decidió que tenía que ser el trago que había echado al jarro.

Todo se abalanzó sobre él en un solo paso como ya le había ocurrido antes: los gritos, el estrépito de las armas, el traqueteo de los escudos. Unas manos tiraron de él

y se agachó con un parpadeo. En la modesta ladera, mucho más abajo, unos arcos de varias capas de defensas de infantería pesada tras unos escudos protegían una cortina de escaramuzadores que se turnaban para adelantarse a disparar y luego se retiraban. Tras estos, una defensa interna de moranthianos dorados y otros más de las pesadas malazanas, y detrás de ellos la trinchera donde un denso matorral de ballesteros, escaramuzadores y sabotadores hacían caer un granizo castigador de cuadrillos sobre las filas de guardias carmesíes que presionaban a las defensas.

Pero tan pocos. Quedaban tan pocos en ambos bandos. ¿Dónde estaba todo el mundo? ¿Podían ser tantos los caídos? Pero en el centro continuaban miles, por supuesto, y en el oeste. Por suerte, los elementos de la Guardia que había allí se habían reducido a un número tan escaso que lo único que podían hacer era acosar y resistir, pero ¿por qué hacer más? *¿Para qué sacrificarse todavía más para romper una nuez tan dura cuando lo único que tenemos que hacer es esperar a que lleguen los juramentados y nos abran?*

Se alzaron gritos en la curva de la línea defensiva cuando se vieron dos figuras que cargaban contra la trinchera. Noche se levantó de un salto y echó a correr.

—¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego! —Los recién llegados apartaron con los hombros a los regulares que se acercaban, forcejearon con los moranthianos dorados y los quitaron de su camino y después se metieron a trompicones en la trinchera. Noche llegó cuando se ponían en pie compartiendo sonrisas de loco—. ¡Malditos idiotas! —gruñó—. Casi los matan.

El más bajo de los dos, el sargento mayor Temp, que vestía una carga entera de capas de cota de malla y armadura de bandas de hierro, encogió la barbilla cubierta de rastrojo detrás del barbote del yelmo.

—Vaya, pero si es nuestro viejo amigo el sargento Miedica en persona. Parece que ahora se nos ha hecho responsable, Virola. Tengo entendido que te pasa cuando tienes el mando.

Los dos salieron trepando de la trinchera.

—Te lo tengo dicho, ya no es Virola —se quejó el otro, el seti fornido—. Es... —Y sus gruesas cejas se fruncieron en un gesto de concentración—... Oso. —Se le iluminó la cara de satisfacción—. Sí, Oso.

—¿Oso? Eso es una estupidez. ¿Es que no tienes imaginación? ¿Qué te parece... Exquisito?

El seti le dio a Temp un mamporro en el pecho que habría roto las costillas de Noche.

—¡No! Para eso no hace falta imaginación, eso solo es decir lo contrario. Como Roca.

—Ah, sí, Roca. Se me había olvidado ese tipo. ¡Señora, cómo corría!

—¡Eh! ¡Eh!

Los dos miraron furiosos a Noche.

—¿Qué?

—¿Se puede saber qué abismo están haciendo aquí ustedes dos?

Temp se encogió de hombros y guiñó un ojo.

—Oímos que era un sitio al que había que ir.

¡Ah, estupendo! Les darían una paliza.

Casi como si leyeran los pensamientos de Noche, el silencio cayó sobre las líneas. Los guardias carmesíes habían retrocedido por todo el frente curvo. Unas figuras se abrieron paso a la vanguardia del muro improvisado de escudos de la Guardia: las dos brillaban como soles en miniatura ante la visión optimizada por la sangre de Noche. *¡Allá vamos!* Los puñeteros magos juramentados llegaban para responder al desafío. Apenas podía distinguirlos entre las auras en llamas que los rodeaban: un hombre apoyado en un bastón, retorcido como si hubiera sufrido una herida grave o hubiera sobrevivido al raquitismo infantil. La otra figura era una mujer dalhonesia con gruesas túnicas oscuras que le envolvían un hombro, el pelo arremolinado y salvaje.

Los hombres y las mujeres que rodeaban a Noche gritaron y señalaron a un lado. Él entrecerró los ojos en la noche iluminada por fuegos intermitentes sobre el campo atestado de equipo roto y cuerpos apilados. Una larga columna de soldados pasaba marchando y a la cabeza un estandarte alto, oscuro, con el brillante dragón de planta rampante. Despellejador daba un rodeo para dirigirse al norte. ¿Por qué? ¿Tanto confiaba en sus magos?

Temp golpeó el hombro de Virola, u Oso, y señaló el estandarte lejano.

—Ahí está nuestro muchacho.

—¿Qué? ¿Dando un rodeo? —El seti estaba ofendido—. ¡Que Fener se lo lleve! Después de todas las molestias que nos hemos tomado.

—Vamos —exclamó el sargento mayor, y saltó la trinchera—. Que se escapa.

—¡Esperen! —exclamó Noche, pero ya se habían ido, corrían agachados colina abajo como dos peñascos lanzados contra la línea de la Guardia. Chocaron contra ella y siguieron avanzando, los hombres caían de espaldas a su paso, las armas salían volando y desaparecían en la noche—. ¡Mierda!

El frío había aumentado de forma perceptible, como si la oscuridad estuviera creciendo y preparándose para lo que iba a pasar. Los dos magos que permanecían a la vista de Noche levantaron los brazos. Los cuadrillos de ballesta se precipitaron hacia ellos como una tormenta de granizo, pero ninguno se acercó. Desde la posición de la mujer dalhonesia, la presión fue creciendo contra Noche como un viento que no era viento. Oleadas de ella avanzaban colina arriba por delante de la mujer, cada una más fuerte que la anterior. Primero aplastaban los tallos rotos de hierba. Las siguientes oleadas arrancaban los tallos y los densos senos de raíces del suelo. La siguiente empezó entonces a empujar un risco de tierra suelta colina arriba como si

fuese un cincel. Justo a tiempo abandonaron la trinchera hombres y mujeres que salieron trepando cuando se derrumbó, aplastada y vuelta a llenar por la tierra que movía la ola de magia. Algunos soldados se desplomaron, se agarraban los oídos con las manos después de arrancarse los yelmos. Noche cayó de rodillas. Encorvado, vislumbró cosas peores que aparecían ante el otro mago juramentado. En un lento avance ladera arriba, los soldados caían como bajo una guadaña, chillando y ahogándose. Se retorcían en una agonía muda, los miembros se crispaban como raíces secas. La visión provocó arcadas a Noche. A gatas, vomitó.

¡Y solo dos por este lado! ¿Dos de cuántos habrá alrededor del refugio? ¿Cuatro? ¿Cinco? ¿Se habían reunido allí todos los soldados solo para cubrir la colina de muertos? Algo le cosquilleó en la mano, una serpiente negra. Se apartó con un estremecimiento y su mano traspasó la serpiente. ¿Qué?

No era ninguna serpiente, su longitud subía toda la colina y zigzagueaba por la hierba. La seguían otras que se deslizaban a su alrededor y se dirigían a la maga dalhonesia. Noche se puso en pie y se limpió la boca.

—¡Saboteadores! —bramó con un timbre de voz más estruendoso que nunca—. ¡Preparad municiones!

Gritos débiles le respondieron por toda la línea. Él preparó uno de los pocos fulleros que le quedaban. La maga dalhonesia juntó de golpe las manos delante de ella, el puño contra la palma y una reverberación como la de una campana resonó y dejó sordo a Noche. El suelo se movió bajo sus pies como el mar. Tropas pesadas malazanas y doradas se combaron cuando las oleadas parecieron atravesarlos haciendo pedazos armaduras y destrozando pechos. Filas de soldados cayeron hacia atrás como si los hubieran embestido. Noche se arrojó al suelo de tierra suelta de la trinchera derrumbada. Era como si una almádena hubiera golpeado cada milímetro de su cuerpo: los pies, las pantorrillas, las rodillas, los muslos, las caderas, el estómago, el pecho y la cabeza. Algo lo aplastó de un puñetazo contra la tierra blanda. No solo le quitó el aliento sino que perdió la capacidad de inhalar. Aturdido, mareado por el golpe, agitó brazos y piernas envuelto en un pánico ciego, clavó los pies en el suelo para levantarse y se tambaleó. *¡Será zorra! ¿Dónde estará? ¡Le iba a meter esa belleza por...! ¡Ahí está! ¡La muy reluciente puta!*

Algo cálido le empapaba el cuello y la pechera. Se apretó el cuello con el guantelete y este se deslizó por la barbilla resbaladiza y después por encima de la boca y la nariz para salir cubierto de sangre y tierra. Noche miró el cuero ensangrentado con expresión de horror y después clavó los ojos en la maga.

—¡Tirad! —rugió, los ojos llenos de lágrimas, la sangre chorreándole por la nariz y la boca, goteándole por la barbilla—. ¡Tirad, tirad, tirad! —Levantó el fullero, el esfuerzo le hizo perder el equilibrio y cayó al suelo gimiendo de dolor.

El estallido que lo acribilló todo de municiones llevó una sonrisa a su rostro.

¡Tenemos a esa cerda! ¡Debemos tenerla! Le pareció que un chillido seguía a los estallidos, pero no era de dolor, un grito de sorpresa desgarradora y terror absoluto.

Tras un rato, unos soldados lo levantaron; reconoció a Mandíbula, Kibb y Rodaballo.

—¿Qué ha pasado? —graznó, y lanzó un escupitajo de sangre y flemas.

—Los ahuyentamos —dijo Mandíbula.

—¿Los reventamos?

—Na. Fue la oscuridad. Parecía que intentaba comérselos y todo. Saltaron como si el propio Embozado los hubiera cogido desprevenidos y los hubiera asustado con su dedo huesudo. Echaron a correr.

Quizá no el dedo huesudo, Mandíbula.

—Levantadme.

Rodaballo y Kibb lo pusieron en pie.

—¿Qué te pasó, sargento? —dijo Kibb—. Por la pinta que tienes, es como si alguien te hubiera dado una paliza con unos tablones.

—Dile a May que cargue el lanzador, hay que tirar todo lo que tenemos contra la columna de la Guardia, acabar con ellos.

—El lanzador se rompió, sargento —dijo Rodaballo con tristeza.

¡Oh, por el amor de Fener!

—Entonces ponedlos a disparar, ¡disparad! ¡Ahora! —Los apartó a los dos de un empujón.

—¡Vale, dioses! —dijo Kibb. Después le preguntó a Rodaballo de camino—: ¿Siempre se pone así después de un combate?

Noche subió tambaleándose la colina. La oscuridad y el frío eran los mismos. Las manchas de sangre, sudor y tierra empezaron a solidificarse en su armadura.

—¡Heuk! —Silencio. Se sacó una pequeña bota de agua del cinturón, vio que había estallado y la tiró—. ¡Heuk! —Después de dos pasos más se tropezó de repente con dos figuras cerca de la cima plana, una tirada y encogida como si estuviera muerta o dormida, la otra en pie junto a la primera. Fue la figura que estaba en pie la que llamó la atención de Noche. Jamás había visto a un tiste andii, pero había oído su descripción con bastante frecuencia. Ese se parecía mucho: alto, negro como la noche, ojos almendrados, cabello largo, liso y de un color negro resplandeciente. La expresión serena, casi contemplativa que Noche había visto en Heuk descansaba en los rasgos de aquel hombre. Vestía una cota de malla magnífica que le llegaba hasta los tobillos y que resplandecía como la propia noche. Y le pareció a Noche que la figura no estaba del todo allí, podía ver a través de ella. Algo colgaba a su lado. Noche estuvo a punto de mirar hacia allí, pero apartó los ojos a tiempo: allí colgaba un vacío que gimoteaba de terror contra él. Parecía absorber la noche. La figura inclinó la cabeza hacia él.

—Mantenlos aquí, soldado —dijo—. Que no se alejen. Algo peor está por llegar. Mucho peor.

¡Peor! ¿Qué podía ser...? Pero la figura se alejó con las manos entrelazadas a la espalda y desapareció en la oscuridad. ¡Mierda! Se arrodilló junto al hombre encogido y se encontró con que era Heuk; parecía dormido, pero con un sueño muy profundo, no respondía y temblaba mucho. Lo agarró por el cuello de la ropa y lo arrastró ladera abajo. ¿Peor? ¿Peor que esto? No muy probable, maldita fuera, a menos que el Embozado decidiera levantarse los trapos y cagarse encima de ellos.

A Arrojo le sorprendió la falta de exploradores y piquetes al norte del campamento imperial. Cabalgaron con lentitud, preparados para cualquier desafío o que les dieran el alto con un grito. Pero no hubo ninguno. La noche era fría. El aliento de sus caballos humeaba en el aire. Arrojo captó la mirada de su sargento y alzó una ceja con expresión interrogante. El hombre cambió de postura en la silla con una mirada furiosa, era evidente que estaba incluso más incómodo con la situación que ella. El sargento dirigió la atención de Arrojo a una antorcha que había cerca, casi apagada. Se aproximaron con los caballos. Antes de llegar, las monturas ya se negaron a acercarse a las formas oscuras que yacían sobre la alta hierba. Banath desmontó y las estudió. Cuando volvió a montar, estaba mucho más pálido. Arrojo preguntó otra vez con la mirada y él asintió con gesto enfermizo.

Así que lo encontramos. ¿Pero los elementos de retaguardia? Soliel, no... serían los seguidores del campamento: no combatientes, familias, artesanos y mujeres, e incluso... no, por favor, eso no. Espoleó a su montura con una patada. La tropa aceleró el paso.

Encontraron el campamento destrozado. Carretas destruidas, tiendas desgarradas, equipo esparcido por el suelo, y por todas partes cuerpos descuartizados y mutilados. Los supervivientes vagaban sin expresión en la cara, se giraban para verlos pasar sin ni siquiera cuestionar su presencia. Banath frenó su montura.

—¿No deberíamos...?

—No, todavía no. El rastro continúa, ¿no, Liss? —Cabalgando detrás de Arrojo, la maga asintió con gesto tenso, su cabello lacio osciló.

—Continúa. Y... me temo que sé adónde se dirige.

Banath solo podía mirarla, confuso, pero accedió.

Al sur, el fulgor verde y amarillo de la magia de batalla era obvio. Les llegó un rugido apagado, puntuado por el estallido de municiones. Arrojo sintió a alguien cerca y se volvió para ver que Rell había acercado su montura a su izquierda. Se sintió infinitamente mejor con él a su lado. Un campo de tiendas y mantas extendidas por el suelo esperaba algo más adelante y Arrojo se dirigió allí. Al acercarse vieron fuegos ardiendo entre las tiendas, muchas colgaban retorcidas y ladeadas, algunas

hechas jirones. Banath, detrás de Arrojo, gimió al darse cuenta con un nudo en la garganta.

—No. Oh, no.

—Lo siento —murmuró Arrojo. Pero lo que sentía era mucho más que eso. Lo que tenían delante, por horrendo que fuera, era culpa suya, su maldición. *Yo he matado a esos hombres, a esas mujeres.*

Al final, cuando ya casi alcanzaban el hospital de campaña, un soldado se plantó ante ellos y levantó una mano. El sajador de alguna compañía, por las bolsas que llevaba al hombro.

—¿Quiénes sois? —preguntó, aturdido.

—Destacamento de Heng —respondió Arrojo—. Cabalgamos a las órdenes del cetro.

—¿Heng? ¡Heng! —Los miró con la boca abierta. Arrojo vio que tenía sangre y vísceras manchándole el uniforme y las manos, pero nada de ello parecía ser suyo. Al hombre se le escapó una risita, que creció hasta convertirse en una gran carcajada que le salió de lo más hondo y que no hizo ningún esfuerzo por contener—. Bueno —dijo, lágrimas mezcladas con la risa—, pues resulta que llegáis muy tarde, por Ascuá, ¿no os parece?

—Lo siento...

—¡Lo sientes! ¡Dices que lo sientes! —El oficial cogió la pierna de Arrojo y le manchó de sangre los pantalones y la bota—. Todos nuestros heridos. Cientos de hombres y mujeres. Heridos. Indefensos. Desarmados...

Algo parecido a una cuchilla dentada de hierro se clavó en el pecho de Arrojo, que aspiró una bocanada estremecida de aire.

—Jamás podría decirte cómo...

—¡Nos masacró como si fuésemos ovejas! ¡Como ovejas! —El hombre le tiró de la pierna para obligarla a desmontar—. ¿No somos humanos? ¿Hombres y mujeres? ¿Cómo puede pasar esto ahora? ¿A estas alturas? ¿Nos asesinará a todos?

—Cálmate...

—¿Que me calme? ¡Tú! Tú precisamente, de Heng. ¡Deberías saberlo! —Le apartó la pierna y retrocedió, asqueado—. ¡Esta es vuestra maldición! ¡Nos la trajisteis vosotros!

Arrojo se estremeció como si hubiera recibido una puñalada letal; se quedó mirando y sintió que la sangre abandonaba su cara, que el corazón se le retorció. *Dioses, así que era verdad. ¿Estaba así dispuesto o me metí de forma voluntaria, por decisión propia, en esta pesadilla?*

—¿Y bien? —Se la quedó mirando, exigiendo una respuesta, una especie de explicación para el horror que maltrataba sus ojos. Arrojo abrió la boca, pero no salió ningún sonido. Lo intentó otra vez, se humedeció los labios agrietados.

—Vamos a poner fin a esto.

—Bien. Hacedlo. O no volváis. Porque después de esta noche... de esta atrocidad... ya no sois bienvenidos por aquí.

Parte de ella quería objetar, discutir la injusticia de esa acusación. Pero otra parte aceptó la sentencia. Así fuera. La condena de la historia quedaba clara. Estaban malditos. A menos... a menos que consiguieran poner fin a todo aquello esa misma noche. Saludó al hombre con un asentimiento brusco, ladeó las riendas y espoleó su montura.

Tras salir del campamento, mientras cabalgaban al norte cruzando la pradera iluminada de plata en la noche despejada, Arrojo llamó a Liss con la mano.

—¿Puedes rastrearlo ahora? —preguntó, ni ella misma reconocía su propia voz.

—Sí, ahora que hemos encontrado su rastro. —La chamán seti estaba muy apagada, cosa poco propia de ella—. Arrojo —empezó a decir—, no es...

—Sí que lo es.

La chamán parecía a punto de poner más objeciones o discutir todavía más, pero se lo pensó mejor. Frunció los labios, apartó la mirada y después se le marcó el ceño.

—¿Dónde están los hermanos?

—¿Qué?

—Los tres... No los veo.

Arrojo levantó una mano para indicar una parada. La tropa frenó el paso y después se detuvo.

—¡Sargento!

Banath se acercó.

—¿Señor?

—Busque a los hermanos.

El hombre asintió con una sacudida, giró las riendas y se alejó. Tras unos escasos momentos regresó.

—No con la columna, señor. Nos han dejado.

Arrojo se volvió para mirar atrás, el cuero de su silla crujió. Unos destellos iluminaban como relámpagos el campo de batalla lejano y una nube oscura pendía sobre él como una tormenta... ¿humo?

—Nunca quisieron a Ryllandaras —dijo Arrojo, que estaba pensando en voz alta—. Vinieron por otra cosa.

—¿Deberíamos regresar? —preguntó Banath.

—No, que se vayan. Yo, por lo menos, espero no volver a verlos jamás.

—Desde luego —añadió Liss, que parecía aliviada.

Arrojo la miró. La chamán los había odiado desde el principio. Los llamaba abominación. Arrojo nunca había preguntado a qué se refería, pero tras haber pasado

algún tiempo con ellos sabía en las tripas que siempre lo había sentido.

—¿Todavía tienes el rastro, Liss?

—Sí. Por esta noche ya está lleno, se dirige al norte.

—Bien. Lo seguiremos todo el tiempo que haga falta.

—De acuerdo —dijo Rell—. Es una amenaza para todos.

Arrojo azuzó su montura. *Pero no nos paramos a pensar en eso, ¿verdad?, o por lo menos estábamos dispuestos a hacer la vista gorda. Bueno, ahora estamos pagando el precio. La maldición de Heng, renacida. Somos parias. Nadie se acercará a menos de cien leguas de nosotros hasta que podamos deshacernos de él.*

Sombra era una maldita monotonía. Tal era la conclusión que estaba sacando Kyle. Caminaban, caminaban y después caminaban un poco más. Se le ocurrió que debería estar cansado, o hambriento, pero de momento no había nada de eso. Lo que sí sentía era una especie de lasitud que acababa con su energía, una extraña sensación de espera eterna; no era desesperación, no, tampoco desesperanza, más bien como si el tiempo estuviera suspendido, como si aquello fuera la eternidad. ¿Cuánto tiempo llevaban los cinco caminando? ¿Quién lo sabía? Era de suponer que su estrafalario guía los avisaría una vez que llegaran a Quon. No se alzaba el sol, no había día, ni noche. Atardecer eterno. Se sentía como un fantasma de camino a no sabía dónde.

Todos ellos, Jan, los hermanos Perdidos, parecían haber caído bajo el mismo hechizo, la conversación se había detenido y todos caminaban separados, a solas con sus pensamientos. Durante un tiempo pasaron junto a un gran lago. Unas figuras pescaban en unas barcas, arrojaban redes; parecían enormes, inhumanas. Su guía los alejó de la costa. El terreno se hizo más accidentado. Cañones de lados escarpados se alzaron a su derecha, atravesaban colinas de cimas planas y capas de rocas. El sacerdote de Sombra, Hethe, los hizo rodear los cañones y salir a un paisaje desértico plano de rocas rotas y matorrales de hierbas densas y afiladas.

Jan, al parecer, al fin se había hartado porque echó una carrera para coger las túnicas raídas de su guía y obligarlo a detenerse.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

La capucha de Hethe cayó hacia atrás y reveló su cabello negro despeinado, extravagante, como un fino halo alrededor del cráneo desigual. Alzó las cejas enmarañadas.

—¿Ondetamos? —dijo—. No, yo me llamo Hethe.

—No —gruñó Jan—. ¿Adónde... vamos?

El hombre pareció ofenderse. Rescató sus túnicas de la mano de Jan de un tirón.

—¡Eso es personal! —Y se alejó hecho un basilisco.

—¿Dónde nos llevas? —chilló Jan tras él.

—¿Ondeoleva? —contestó el otro—. No conozco ese sitio.

Jan chocó una mano contra su frente y agachó la cabeza. Acecho llegó a su lado y lo animó con una mano. Continuaron andando. El desierto, o lo que parecía un desierto, se extendía durante leguas enteras. Lo salpicaban ruinas, poco más que fragmentos esparcidos de piedra trabajada y roída por el viento.

Tras un tiempo, todos salvo su guía se detuvieron cuando los gritos de más de un mastín resonaron por el lúgubre paisaje. Intercambiaron miradas inquietas. Un tiempo incognoscible después, Jan dejó escapar de repente un grito ahogado de sorpresa y se llevó las manos al cuello. El resto, salvo el guía, se detuvo. El hombre se quedó mirando a lo lejos, había asombro en sus ojos. Kyle miró a Acecho, el explorador se encogió de hombros, desconcertado. Un momento después, Jan se tambaleó, recuperó el equilibrio antes de caerse y miró furioso el paisaje vacío.

—Estamos cerca —dijo, se puso en marcha a paso más rápido y dejó a los otros cuatro mirándose unos a otros en completa confusión. Al fin Acecho se volvió a encoger de hombros y echó a andar. Los hermanos lo siguieron.

Kyle se negó a moverse. Se le ocurrió una cosa, ¿para qué? ¿Por qué tendrían que seguir caminando así, sin parar, para siempre? Se sentó en la llanura desértica de guijarros ásperos. ¿Para qué volver a Quon, donde estaba la Guardia, cuando solo lo iban a matar? A menos que Jan fuera quien pensaba que era, pero ¿podía confiar su vida a una posibilidad como aquella?

Unos pasos hicieron crujir la tierra barrida por el viento a su alrededor. Levantó los ojos y vio que los cuatro lo miraban, su guía no aparecía por ninguna parte. Acecho se agachó delante de él.

—¿Vienes?

—Quizá.

El explorador miró a los otros, confuso.

—¿Quizá?

—Solo si este tipo habla claro. —Y tiró una piedra a los pies de Jan.

Acecho asintió con un gesto largo y pensativo, después miró a Jan.

—Bueno, ¿qué te parece?

El anciano se apartó el pelo de la cara, era largo y lo bastante fino como para que lo hiciera volar el débil viento que parecía rondar por la senda. Asintió con un movimiento rápido y le hizo un gesto a Kyle para que se levantara.

—Muy bien, Kyle. Por lo que tengo entendido, te mereces algo mejor. —Kyle se levantó y se limpió el polvo. Jan sacó el objeto que llevaba alrededor del cuello, rompió el cordel y se puso en el dedo el anillo que había llevado colgado—. Como sospechas, Kyle, soy K'azz D'Avore. Jan, por cierto, forma parte de mi nombre completo.

—¡Lo sabía! —exclamó Malas Tierras dándole un codazo a Fochas—. ¿No te lo dije?

—No lo dijiste.

—Pero usted es... —empezó a decir Kyle.

—¿Viejo?

Kyle se encogió de hombros con gesto avergonzado.

—Sí.

—No lo era cuando hice el juramento, Kyle. Desde entonces, sin embargo, he envejecido. Pero no creo que envejecer sea la palabra adecuada. Encuentro que me estoy haciendo más duro, pierdo carne, por así decirlo. Como poco, casi no duermo. Es como si me estuviera transformando de algún modo.

—¿En qué? —preguntó Acecho con los ojos entrecerrados.

—No lo sé con seguridad. Sospecho que hay algo en el juramento que me está transformando; quizá nos ocurra a todos los juramentados, nos conserva. Nos sostiene durante el tiempo que haya que resistir. Hasta que lo llevemos a cabo.

Los hermanos intercambiaron miradas conmocionadas y Acecho frunció el ceño.

—Eso es imposible.

Un encogimiento de hombros de K'azz invitó a Acecho a ofrecer su propia explicación. La noticia no significó nada para Kyle. Lo único que hizo fue confirmar que estaba pasando algo raro, ¿como si hiciera falta que se lo dijeran!

—¿Dónde está esa rata enana? —preguntó Fochas.

Miraron a su alrededor. K'azz señaló.

—Allí.

Kyle entrecerró los ojos: un punto diminuto en aquel yermo implacable, uniforme, barrido por el viento.

—Por el amor del infinito —dijo Malas Tierras sin aliento—, ¿es que ni siquiera sabe que hemos parado?

K'azz se puso en marcha a la carrera y los llamó con la mano.

—Vamos. No debemos perderlo.

Todos echaron a correr. Al principio no parecían progresar mucho, el punto diminuto no crecía nada. Kyle ya sabía que las distancias y las proporciones eran raras allí, en Sombra. Trotaron durante un rato y después aceleraron otra vez; estaban ganando terreno. A Kyle le ardían las piernas, le dolían los pies y los muslos. Ninguno de los otros evidenciaba ninguna señal de cansancio. Kyle se tragó el dolor y siguió marchando. De repente alcanzaron al guía. El hombre se había detenido y los aguardaba con una expresión irritada en la cara arrugada y peluda.

—¿Sí? —preguntó.

Todos se detuvieron. Kyle se agachó y respiró trabajosamente, con las manos en las rodillas. Acecho se encaró con el tipo.

—¿Y bien? ¿Es esto?

Hethe se rodeó una oreja con la mano.

—¿Qué? ¿Qué fue eso? ¿Crees que no oigo? ¡Pues oigo! ¡Perfectamente! —Se dio la vuelta y se alejó con su paso torpe y las piernas torcidas.

—Juro que voy a matarlo —dijo Fochas entre dientes.

K'azz los animó con un gesto de la mano.

—Vamos.

Siguieron andando. Fochas murmuraba con tono lúgubre sobre estrangulaciones y torturas.

—¡Juro que nos está haciendo andar en círculos! —dijo después, en voz más alta.

—No tenemos alternativa —contestó K'azz con tono cansado.

Kyle se giró para caminar junto a K'azz. El hombre lo sorprendió estudiándolo de soslayo.

—¿Sí?

Kyle se humedeció los labios y se aventuró a hablar.

—Así que... ¿es usted de verdad?

Una sonrisa divertida.

—Sí, Kyle.

¡Lo había conseguido! ¡Lo había encontrado de verdad! Pero estaban muy lejos de Quon.

—Yo conocía a Joroba.

La sonrisa se ensanchó.

—Sí, Joroba. Aprendí mucho de él cuando era un muchacho.

—¿De verdad es príncipe?

K'azz ladeó la cabeza y lo pensó.

—Algunos me lo llaman. Era duque. Durante las guerras defendí un principado durante un tiempo. Pero eso cayó también...

Kyle apartó la mirada. ¡Zoquete! Mira que recordarle eso.

Fochas gritó y señaló más adelante.

—¡Mirad ahí! Un pobre cabrón al que guió hasta aquí para que se muriese.

Era un esqueleto en una armadura con verdete tirado en las arenas del desierto. El viento había apilado pequeñas dunas de polvo y arena sobre sus miembros. Al llegar junto a él, Hethe se detuvo y sufrió una sacudida, como si estuviera sorprendido. Al poco lo alcanzaron.

—¿Qué pasa? —preguntó K'azz.

Con un suspiro de arenas y el crujido de tendones y nervios como de cuero curado, el esqueleto se levantó. Los cinco dieron un salto atrás y sacaron las armas; su mentor continuó donde estaba. El cuerpo animado cogió la pechera de las túnicas de Hethe, lo levantó del suelo y lo agitó como si fuera un perro. Fochas avanzó para asestar un golpe. La cosa levantó una mano.

—¡Alto!

Del fondo de las túnicas raídas cayó el monito alado y con una larga cola al que habían seguido con anterioridad. El monito agachó la cabeza delante del esqueleto y le dio una patada al suelo como un niño que ha hecho una travesura.

—Esto ya ha llegado demasiado lejos —dijo el ser—. No quiero que Sombra termine metida en esto. Ahora vete. —El monito se animó, hinchó el pecho y se fue con paso decidido. Anduvo unos pasos, les lanzó una mirada, arrugó los rasgos marchitos y les sacó la lengua, después se escabulló a toda prisa.

Los seis lo observaron marcharse. A Kyle le pareció que se encogía en la distancia a una velocidad imposible. Se enfrentó al cadáver, pues bajo una inspección más detenida parecía más un cuerpo desecado, con su carne seca y curada y todo. Como los imass de los que tanto había oído hablar. Al pensar en eso, miró a K'azz, que asimismo estaba examinando a la criatura, asombro (y suspicacia) en su rostro.

—¿Quién eres? —preguntó K'azz.

—Me llamo Caminante del Filo —fue la respuesta áspera, sin aliento, como el viento sobre la arena caliente—. Aunque para vosotros no significa nada. Lo que importa es que este no es vuestro sitio. Os voy a enviar de regreso.

—Pues ya era hora, joder —le dijo Fochas a Kyle en un aparte.

—¿A Quon? —preguntó K'azz, pero el ser se limitó a agitar una mano—. ¡Quon Tali! —gritó K'azz, una exigencia.

La penumbra gris de la senda creció a su alrededor y ahogó toda visión. No estaba oscuro ni era de noche, solo era una luz tan tenue que Kyle casi no veía. Algo más adelante se reafirmó un fulgor pálido; él y los demás se dirigieron hacia allí. Kyle se encontró en una cueva tallada con tosquedad en la roca arenosa suelta. Se dirigió a la boca de la cueva, donde la luz de las estrellas lucía fría pero brillante. Tuvo que pasar por encima de varias figuras envueltas en mantas finas y dormidas alrededor de una hoguera apagada. Salió a la noche fría y despejada. Los rodeaban los riscos, estropeados por aberturas oscuras, una multitud de cuevas. Un camino pasaba ante ellos y trepaba por la inclinación. A lo lejos, los rugidos y los destellos magullaban la noche como relámpagos tanto al norte como al sur. K'azz había bajado por delante y en ese momento miraba al sur, con los ojos clavados en la distancia. Se reunieron con él.

El camino subía y bajaba por los riscos hasta un puente de piedra largo y estrecho sobre un río ancho. La orilla contraria estaba repleta de figuras iluminadas por un sinfín de antorchas. La mayor parte se arremolinaba alrededor del otro extremo del puente y lo llenaba entero hasta más o menos el punto central, donde la multitud se detenía, contenida por lo que parecían ser solo unos cuantos soldados. ¿Juramentados? Miró a K'azz; el hombre estaba estudiando el puente con los ojos convertidos en meras ranuras.

—Cole —susurró—, Amatt, Magra, Negro y Turgal. ¡Hermanos! —rugió K'azz

—. ¡Escuchad!

Silencio y quietud. Los perros huyeron corriendo a grandes zancadas por las rocas con el rabo entre las piernas. Kyle estudió el puente. Semejante multitud de soldados enfrentándose a una barrera tan fina... ¿por qué no limitarse a derribarlos con flechas y cuadrillos? Claro que, el puente parecía tener lados de piedra y la multitud estaba tan pegada que cualquier andanada de proyectiles daría cuenta de más atacantes que defensores.

Acecho le dio un pequeño codazo y levantó la barbilla para señalar el lado contrario. Algo oscurecía las muchas aberturas oscuras de enfrente, unas formas grises y vaporosas estaban surgiendo de entre las sombras. Fueron bajando en fila y acercándose en silencio. Kyle dio un salto cuando varias más salieron de detrás de él. Sombras por cientos. Todos los juramentados muertos. Rodearon al grupo. Todas las cuencas vacías de los ojos muertos se clavaron en K'azz y Kyle pudo sentir el calor, la horrible voluntad de esa mirada. Parecía que el resto del grupo no tuviera que haber existido siquiera para esas sombras. Solo un año antes, una aparición semejante habría hecho que Kyle saliese dando gritos en la noche, pero a esas alturas estaba inmunizado ante cualquier horror. Incluso reconoció a dos de los caídos.

K'azz los estudió a su vez y saludó a muchos con la cabeza.

—Este ataque va contra mis deseos. ¿Quién encabeza esta invasión?

Siseos de cientos de gargantas indefinidas.

—Despellejador.

Un asentimiento de K'azz, que siempre lo había sabido.

—No obedezcáis ninguna más de sus órdenes. Está expulsado de nuestra compañía. Queda destituido del juramento. —La hermandad inclinó la cabeza en aquiescencia.

—Sospecho que no será tan fácil —le susurró Acecho a Kyle en un aparte.

—Y ahora dadles recuerdos míos a cuantos defienden el puente y preguntad si aún pueden resistir. Y enviad recado a todos, he regresado.

La hermandad se inclinó y como uno solo hincaron una rodilla en el suelo. Después, a Kyle le pareció que se dispersaban poco a poco, que desaparecían como una calima al sol. Todos salvo uno, la sombra de un hombre bajo y delgado con una sola mano, Joroba, que se acercó a él con una sonrisa.

—Bien hecho, muchacho. Bien hecho. Sabía que lo conseguirías.

Ante tan escandalosa afirmación, Kyle solo pudo sacudir la cabeza.

Una sombra se materializó junto a K'azz.

—Cole le da la bienvenida y pregunta cuántos días requiere.

Una sonrisa tensa de K'azz.

—Dile a Cole que enviaré socorro tan pronto como pueda.

La sombra no se fue. K'azz, que había echado a andar hacia el camino, se detuvo

en seco.

—¿Sí?

—La verdad es que están heridos de gravedad y es posible que no duren mucho más.

El comandante de la Guardia Carmesí se giró en redondo y miró el puente, después miró al norte, donde la magia de batalla refulgía como una aurora llevada a tierra y los combates sacudían el terreno.

Kyle miró también entre los dos. ¡Dioses, menuda elección! Miró a Joroba.

—¿Tú qué crees?

La sombra examinó el puente y los miles que había detrás. Se rascó la barbilla.

—No sé lo que está pasando al norte, pero no podemos dejarlos pasar.

—Estoy de acuerdo —dijo K'azz, con lo que sobresaltó a Kyle, no pensó que estuviera lo bastante cerca para oírlos—. Gracias, Kyle. —Y a Joroba—: Dile a Cole que ya voy.

—Que la Reina me perdone —susurró Kyle. A su lado, Fochas envió una mirada de súplica al cielo como si preguntara *¿por qué yo, Embozado? ¿Por qué yo?*

Ullen estaba en el noroeste cuando llegó recado del ataque y la matanza completa del hospital de campaña. Clavó los ojos durante un rato en el norte, incapaz de hablar, insensible a todo. ¿Qué no había hecho que debería haber hecho? ¿Una retaguardia mayor? ¿Más mensajeros? ¿Una distribución más ajustada de las tropas? *He fallado a mis soldados. Los hombres y las mujeres que esperan de mí que los proteja.* De pie delante de él, el pálido mensajero carraspeó.

—¿Señor?

Ullen parpadeó, confuso.

—¿Sí?

—¿Sus... órdenes, señor?

Ullen levantó el brazo derecho, recién sanado y más débil, para pasarse la mano por la frente y la sacó húmeda de sudor.

—Trasladen el hospital de campaña a un lugar más cercano a las reservas.

—Las únicas reservas son las que tenemos con nosotros, señor.

Ullen levantó la mirada.

—¿Solo mi legión?

—Sí.

—Entonces... que se traslade... más cerca del campo de batalla.

—Sí, señor. —El mensajero hizo un saludo militar y se fue.

Ullen estudió el sur. No podía, no quería, enfrentarse a su personal. Entrelazó las manos sudorosas a la espalda para sofocar el impulso de limpiárselas en el uniforme. La mancha más oscura de la noche, vacía de todas las estrellas, todavía flotaba sobre

el reducto del este (bendito fuera ese mago, quienquiera que fuese), había salvado ese flanco. Si al menos él pudiera recuperar algo de orden en el oeste. No comprendía la reticencia de la Guardia en ese flanco. Podrían haberlos aplastado si hubieran aprovechado la ventaja que tenían. Una falange avanzaba por el centro, estandarte a la cabeza, en un esfuerzo obvio por reclamar el control absoluto del campo de batalla. ¿Y qué les quedaba a ellos para lanzar contra el enemigo? Nada. Si no los podían detener, la Guardia habría ganado a todos los efectos. Sus fuerzas habrían quedado partidas por la mitad.

Una chica joven subió corriendo hasta su posición, formaba parte de los irregulares de Unta. Sus guardias la cogieron por el camisote de cuero para apartarla de un tirón. La chica se enfrentó al hombre y le dio un puñetazo.

—¡Comandante Ullen! —gritó. Él la dejó pasar con un gesto. La gigantesca ballesta que llevaba a la espalda rodaba con cada movimiento de su dueña—. La Guardia, señor... ¡se están desmoronando!

El comandante la estudió sin poder creérselo.

—¿Qué quieres decir?

—Las unidades se están dispersando. Hay guardias carmesíes corriendo por todos lados. Algunos incluso luchan entre sí. He oído que incluso hay juramentados atacando a otros juramentados.

—Pero eso es increíble. ¿Por qué...? —Miró a su alrededor en busca de confirmación—. ¿Quién más lo dice?

—Lo vi con mis propios ojos, señor.

—Se acerca el puño D'Ebbin, señor —exclamó un teniente. Ullen despidió a la chica y después corrió a encontrarse con el puño. Encontró al comandante bajito y redondo rodeado por su escolta. Todos habían tenido que luchar. La armadura del puño estaba hecha pedazos y tenía una mejilla y los labios hinchados de un golpe. El hombre se quitó el yelmo y los guanteletes para limpiarse la cara.

—Mis felicitaciones, puño —dijo Ullen, y lo decía en serio.

D'Ebbin hizo un pequeño ademán para expresar que no tenía tanta importancia.

—Se ha producido una especie de riña entre la Guardia. Parece que se están organizando dos campamentos. Uno se está concretando alrededor del estandarte de la falange. El otro se está formando a partir de las espadas que se enfrentan a nosotros. La falange, sin embargo, parece decidida a tomar el control del campo de batalla.

—Tenemos que ir a recibirla.

Un asentimiento brusco de la cabeza de huevo.

—Comprendido.

—¿De cuántos puede prescindir?

—Tenemos que mantener el grupo principal contenido.

—Vendrán refuerzos una vez que los kanesianos hayan abierto una brecha. Deberían hacerlo en poco tiempo.

Las huesudas cejas lampiñas se alzaron.

—¿En verdad? Entonces, cuando vengan, viraremos al este.

—Hecho.

—¿Esperarán ustedes?

Ullen negó con la cabeza.

—No podemos dejar de responder al desafío. Parecería una capitulación. Los hombres se desmoronarían.

—Comprendo. La columna asciende a unos dos mil. Pero ¿sabe?, mis hombres calculan que habrá unos cuarenta juramentados entre ellos.

¿Cuarenta juramentados? ¿Cómo podía una fuerza enfrentarse a un cuerpo tan poderoso? Con todo, había veinte mil kanesianos de camino, suficientes para mantenerlos atrapados, rodeados. Aplastarlos uno por uno. Pero ¿cuánto tiempo llevará abrir una brecha? Tenía que resistir hasta que llegaran las fuerzas de Kan.

—Tengo cuatro mil regulares malazanos conmigo, puño. Los del comandante, los de Anand, la reserva. Yo iré a su encuentro.

El puño se puso los guanteletes.

—Le pido que espere. El día está a su alcance. Ha hecho un trabajo magistral. Lo felicito. No lo tire a la basura.

Ullen hizo un saludo militar.

—Ahora voy a salvarlo, puño.

D'Ebbin asintió y saludó. En su rostro, una expresión de lúgubre resignación.

—Por cetro y trono, capitán general.

—Cetro y trono. —El puño D'Ebbin se alejó a la carrera y Ullen se dio la vuelta hacia sus oficiales—. Transmitan mis órdenes. Marchamos a encontrarnos con el estandarte de la Guardia Carmesí. Debemos mantenerlos ocupados hasta que lleguen los kanesianos. Nos toca ahora a nosotros ensangrentar nuestras espadas.

—Estamos con usted, señor —dijo el teniente imperial y a Ullen le sorprendió y complació oír el apoyo de su voz.

—Muy bien. Den la orden de marchar. —Sus oficiales saludaron y corrieron hacia sus respectivas tropas.

—¿Es verdad? —preguntó una asombrada Trémula.

La sombra de la hermandad que tenía delante, en otro tiempo el teniente Shirdar, se inclinó.

—No pretendemos excusarnos. Estábamos... ciegos... comandante. El juramento...

—¡Maldito sea el juramento! —dijo Trémula entre dientes—. ¡Cogulla utilizó

vuestra maldita fijación para manipularos!

La sombra vaciló, se desvaneció y después reafirmó su presencia como si intentara irse pero la mantuvieron allí contra su voluntad.

—También es la tuya —murmuró.

Trémula levantó un guantelete como si quisiera golpear a la sombra.

—Reúne a la hermandad. Hay soldados de la segunda y tercera quinta abandonados en el campo de batalla, solos, acosados. ¡Buscadlos, protegédlos, guiadlos hasta aquí!

—¿Y K'azz?

—Estaremos... —Miró a su alrededor y señaló una colina en el oeste—. Allí. Nuestro punto de reunión.

Shirdar inclinó la cabeza.

—Como ordenes.

—¡Sí! ¡Como yo ordene! ¡Y ahora vete!

La sombra desapareció.

—¡Juramentados! —chilló Trémula al tiempo que alzaba los brazos y dibujaba un círculo completo—. ¡Hay soldados abandonados en el campo de batalla! ¡Nuestros hermanos y hermanas! ¡Id! ¡Encontradlos! ¡Traédmelos! ¡La hermandad os guiará!

Un gran grito respondió a su llamada, los brazos levantados. Los juramentados se dispersaron por el campo de batalla. Humo, Shell y Emparrado se detuvieron a mirar a Trémula, que les hizo un ademán para que siguieran. Hasta Melena Gris se inclinó, era obvio que su intención era ir. La comandante levantó una ceja.

—¿Y tú, adónde vas? La hermandad no hablará contigo.

Los labios gruesos del hombre se levantaron en una sonrisa sesgada. Sus ojos reían con un chiste privado.

—Dice que Despellejador ha sido expulsado. Muy bien. Voy a hacer ahora lo que debería haberse hecho hace algún tiempo.

Trémula se quedó sin aliento.

—¡Lo prohíbo!

La sonrisa se ensanchó con el chiste privado.

—Como no has hecho más que recordarme, Trémula, yo no soy juramentado. — El hombre se inclinó y se fue.

¡Idiota! ¡Hay demasiados! No está solo.

—¿Comandante? —preguntó un sargento de la Guardia, Zanja.

—¿Sí?

—¿El punto de reunión?

Trémula apartó la mirada de mala gana de la espalda del renegado que se adentraba corriendo en la noche salpicada de fuegos.

—Sí. Por aquí. Nos retiramos a esa colina.

Una sombra de la hermandad apareció ante ella.

—Viene la Garra.

Trémula apartó a Zanja de un empujón.

—¡Vete! Reuníos. Vamos. —Y retrocedió. El hombre dudó, ya se llevaba la mano a la espada—. ¡Vete, es una orden! —Con una mueca de reticencia, el sargento se dio la vuelta y echó a correr.

Trémula siguió retrocediendo. Desenvainó su espada-látigo, que se flexionó ante ella, casi invisible de perfil de lo delgada que era. A su alrededor, en el campo, surgieron formas más oscuras. Trémula se viró y las contó. Diez. Dos manos. Dio una sacudida a la hoja, la blandió y se volvió con un giro. Lento al principio, después más rápido, la hoja casi invisible. *Y así comienza la danza*, Trémula oyó otra vez la voz seca de su antiguo instructor azotándola. *La danza de la espada de giros que cortan. Hermosa pero, oh, tan letal.*

Las garras se acercaron, cuchillos en mano, agazapados. Armas arrojadas rozaron la hoja que se retorció. El entrenamiento de toda una vida, refinado a lo largo de un siglo más, movía la hoja templada y lamía brazos, piernas y cabezas al tiempo que giraba. Las garras se apartaban con un estremecimiento, ahogaban gritos con cada corte afilado que serraba la carne para arañar el hueso, partir muñecas, lacerar rostros y rebanar gargantas.

Una segunda oleada entró en combate, agachándose, sondeando. La hoja lamió y los azotó a todos, de repente se extendió en toda su extensión. Trémula giró, se retorció y saltó al mismo tiempo. El borde afilado de la hoja lanzó un papirotazo y besó a todos lo que quedaban, y después Trémula aterrizó con los brazos extendidos y jadeando.

Se quedó quieta, el arma extendida ante ella, temblando, chorreando sangre. Los diez estaban tirados, algunos lloraban mientras se sostenían la cara o los muñones ensangrentados. Tres más se encontraban en pie a cierta distancia, los ojos muy abiertos. Trémula los vio y en ese mismo instante cada uno levantó una ballesta. *Maldita sea, no tengo impulso.*

Pero saltó otro entre ellos, dando patadas y rodando y los otros se tambalearon hacia atrás y cayeron, inmóviles, derribados por golpes de pies y manos. Esa nueva figura se acercó sin prisas a Trémula; una mujer, delgada y enjuta, envuelta de los pies a la cabeza en tiras de tela oscura. Las bandas húmedas de sangre en los pies y arrancadas de las manos ensangrentadas por la ferocidad de los golpes. Trémula inclinó la cabeza a modo de saludo.

—Podría haberlos manejado.

—Quizá. —Solo una mirada oscura y calculadora era visible en la cara, y esa mirada se apartó. La mujer señaló con la barbilla a los guardias que retrocedían.

—Os estáis retirando.

—Sí.

—Entonces marchad con mi permiso y no regreséis jamás a estas tierras.

Trémula alzó las cejas.

—¿Y tú eres?

La garra hizo caso omiso de la pregunta.

Salió otra garra corriendo de la oscuridad, esta era un hombre con la cara de una rata arrugada, el pelo oscuro despeinado y una inquietante sonrisa de loco. Trémula lo reconoció de los informes sobre la Garra, Zarigüeya, patrón de la Garra. Se agachó detrás de la mujer como si la protegiera. ¿El patrón de la Garra siguiendo a una mujer como un perrito faldero? Entonces tenía que ser... Trémula se quedó paralizada de la conmoción. *¡Dioses! ¡Es ella! ¡Por supuesto, señora de la Garra, en otro tiempo rival del propio Danzante!*

Zanja, con una espada entera, corría hacia ellos. Trémula levantó una mano para detenerlos.

Sin preocuparse, la mujer señaló a un lado, al este.

—¿Y esos?

Trémula sabía a quiénes se refería.

—Maldecidos. Caídos en desgracia. Expulsados de nuestras filas.

—Entiendo. ¿Me permites preguntar la razón de esta riña?

¡No lo sabe!

—Despellejador abusó de su autoridad. —*Nada más que la verdad.*

—Qué deprimente y conocido... —Pensativa, todavía con la mirada en la lejanía, la mujer (¿Laseen de verdad?) habló—: Muy bien. Aquí hemos acabado. ¡Marchaos! Regresad y se os dará caza y muerte. ¿Aceptado?

Trémula le dedicó una leve inclinación.

—Aceptado.

La mujer se dio la vuelta y se detuvo ante el patrón de la Garra, que hizo una profunda inclinación con una rodilla en tierra.

—Vamos, Zarigüeya. Tenemos mucho que comentar... ahora. —Y se adentró en la oscuridad y tras una burlona reverencia cortesana (esa sonrisa desequilibrada), Zarigüeya la siguió.

Zanja se acercó a la carrera.

—¿Quién era esa?

—Una... oficial de la Garra. Hemos acordado una tregua.

—¿Una tregua? ¿Y qué hay de Despellejador?

—No creo que le interesen las treguas.

Zanja se ajustó el camisote.

—No, supongo que no.

—Vamos, sargento, tenemos un perímetro defensivo que construir. No tiene

sentido confiar en el favor del Imperio, ¿no?

—Sí, comandante.

El sargento se alejó, pero Trémula se rezagó un poco. Volvió a mirar hacia donde los dos habían desaparecido en la noche. *Bueno, nos conocemos al fin. ¿Cumples tu palabra, emperatriz? ¿Nos permitirás retirarnos sin más? ¿O influirán otras voces, otros consejos? Me lo pregunto...*

La tierra que corría y cambiaba, la espiral del cielo, las estrellas desdibujadas, veloces como meteoros, obligaron a Rillish a cerrar los ojos (no fuera a vomitar o desmayarse). Bajó la cabeza y la metió en las crines ahumadas de su montura. Apretó los ojos y se preguntó sobre qué estaban cabalgando, después pensó que ojalá no lo hubiera hecho. Una carcajada alegre más adelante lo obligó a mirar, Nada y Menos compartían grandes sonrisas victoriosas y reían con confianza con el cabello al viento. *¡Como si hubieran temido que todos hubiesen podido morir de inmediato!* Echó la vista atrás, pero ojalá no lo hubiera hecho. La tierra sobre la que cabalgaban estaba desapareciendo a su paso, derrumbándose, cayendo y revelando un vacío, el abismo. *¡Dioses! ¡Cabalga!*

Sobre ellos el gran cuenco vacío del cielo nocturno rodaba tan rápido que las estrellas se desdibujaban como antorchas giradas. Se alzó un sol, grueso y de color carmín, una parodia abotagada de lo que él conocía como el sol. ¿Estaba enfermo? Él sabía que algunos pueblos adoraban al sol como a un dios. Su luz carmesí revelaba lo que aguardaba más adelante... nada. Una superficie de tierra apareció ante sus columnas como si exigiera su existencia la voluntad de todas las brujas y los hechiceros vinculados a los mellizos. La superficie los sostenía solo para caer una vez más en el miasma del abismo.

¡Cabalgad, muchachos y muchachas! ¡Cabalgad!

El fulgor de los ojos de los caballos lo conmocionó... ¡todos blancos! ¡Inconscientes! Pero, por supuesto, ¿qué animal podría soportar semejante caos? Y así corrieron, empujados por la voluntad de los hechiceros. ¡Y él y todos los que los seguían también! Vio que en algún momento había desenvainado la espada y, con una carcajada, la volvió a envainar con torpeza. ¿De qué servía tan patético instrumento?

Algo se movió sobre la superficie de aquel informe cielo revuelto (distante pero inmenso), las alas estiradas, la cola larga dando latigazos. Un cuerpo de costillas y espinazo nada más... *¿un esqueleto de dragón? ¿Y por qué no? En tal lugar donde todo, pero nada, es posible. Y más allá todavía, si tales cosas como la distancia podían aplicarse allí, una gran fortaleza oscura. Estática, siniestra. Parecía flotar sobre la nada. ¿Qué eran esas cosas? ¿Alucinaciones?*

Volvió la vista atrás y se le puso de punta el vello de la nuca y los brazos, cargado de electricidad. *¡Estaba ganando terreno!* La tierra iba cayendo cada vez más cerca,

avanzando sobre su retaguardia. ¡La nada los estaba alcanzando!

¡Cabalgad, idiotas! ¡La muerte se cierne!

Los mellizos señalaron un punto donde un borrón oscuro manchaba la miasma agitada que tenían delante. *¡Pero tan lejos!* Rillish volvió a mirar atrás y chilló. Las filas traseras estaban deslizándose por el borde, los cascos resbalaban, los caballos tropezaban, hombres y mujeres se perdían de vista dando vueltas hacia atrás. Espoleó su montura con furor, casi llorando.

¡Cabalga hasta el abismo!

Ullen dividió su legión en dos brazos, cada uno de los cuales se encararía al frente de la falange en ángulo, para, con un poco de suerte, envolverlos y rodearlos. Era lo mejor que se podía esperar. El estandarte de la Guardia Carmesí se alzaba solo unas filas más atrás de ese frente. Ullen sabía que los juramentados podían vencer a cualquier soldado individual que se enfrentara a ellos, pero al final, si se imponía el número, los juramentados se encontrarían acosados por todos lados y podrían terminar derribándolos los veteranos de la infantería pesada, esos malazanos y talianos imperturbables y adustos. O eso se dijo.

Las dos fuerzas llegaron marchando una hacia la otra, ambas saliendo de la oscuridad. Las ruinas del pabellón imperial ardían sin llama justo al norte. Ullen sabía que la emperatriz no estaba, pero que la Guardia llegara sin oposición hasta allí equivaldría a una victoria, un reconocimiento tácito de que las fuerzas imperiales ya no podían reunir los recursos, o la voluntad, o el espíritu, para enfrentarse a ellos. Lo que más se parece a la derrota que se convierte en derrota al cumplirse.

Cuando solo unos cuantos pasos separaban las dos filas, Ullen levantó la espada para la carga definitiva. Entre los imperiales resonó un rugido animal profundo que creció hasta convertirse en una invocación feroz, exigente, de rabia, odio y sed de sangre. Alzaron los escudos, se inclinaron hacia delante, los escudos de las filas de detrás los presionaban y los obligaban a avanzar. Las dos formaciones chocaron con un estrépito arrollador de escudos que se estrellaban, hojas que sondeaban, piernas que se agitaban en la tierra. Hilera que presionaba contra hilera; las filas se deslizaron unas entre otras, se mezclaron y arremolinaron. Murieron hombres que no pudieron caer, tan aplastante era la turba. La cacofonía de chillidos se fundía en un rumor sordo indistinguible que castigaba los oídos de Ullen con un estruendo chillón, extrañamente apagado. Sabía que estaba chillando, pero no podía oír su propia voz.

Con la espada levantada con torpeza en la mano izquierda, pues la derecha continuaba demasiado débil, asestó estocadas salvajes entre los escudos. El suelo bajo la masa que gruñía y revolvía se hizo glutinoso por la sangre derramada. Los pies embutidos en sandalias resbalaban, los hombres caían. Hombres y mujeres maldecían por igual a amigos y enemigos caídos cuando se enmarañaban a sus pies y los hacían

tropezar. A medida que las líneas avanzaban y retrocedían, los caídos terminaban pisoteados en aquel mantillo de barro, sangre y entrañas.

A cualquier cosa que se moviera delante de él, Ullen la acuchillaba. Las hojas asestaban hachazos al escudo, cortando y algunas sobresaliendo. Metió la espada por encima y empezó a rebanar brazos. Una mano tiró del escudo y a punto estuvo de derribarlo, él lanzó un porrazo, empujó, cortó una pierna. Hombres y mujeres caían a su alrededor. El suelo se hizo traicionero. Al regular malazano de su derecha lo derribó un golpe extraordinario que destrozó el escudo y después el yelmo, la espada continuó bajando para partir el cráneo y la cara y clavarse en la clavícula y las costillas superiores. Sin pensar en la aterradora potencia de ese golpe, Ullen giró y cortó el brazo que sostenía esa espada a la altura del codo. Un estallido de rabia lo hizo tambalearse hacia atrás. Sin hacer caso del miembro rebanado, el guardia se volvió hacia él. *Por el tirón de la Señora, había encontrado a uno.*

El guardia arrojó al suelo su escudo, cogió el de Ullen y le dio tal tirón que partió la empuñadura de cuero y rompió el codo de Ullen. Una figura se abrió camino junto a este, el capitán Musgo, las dos hojas lanzando estocadas, pero el juramentado hizo caso omiso de los golpes. Los ojos en blanco, desquiciados, permanecían clavados en Ullen. El puño del guardia salió disparado y la cabeza de Ullen cedió hacia atrás hasta tal punto que vio el cielo nocturno. La parte posterior de su yelmo golpeó sus propias clavículas y salió volando.

Las cosas parecieron ralentizarse entonces. Ullen observó que el hombre echaba el puño hacia atrás una vez más. Unas luces chispeantes recubrieron su visión. Todo ruido se convirtió en un murmullo desdibujado. Toda sensación pareció ir desapareciendo dejando una extraña impresión de tranquilidad.

Por detrás de los hombros y del costado de Ullen lanzaron estocadas las lanzas, que empalaron al hombre con una serie de impactos. Con un gruñido, el hombre luchó por abrirse camino contra los puños y estiró la mano que le quedaba, que dobló como una garra para alcanzar a Ullen. Otras manos tiraron de este y lo metieron entre las filas. Luchó por continuar. La teniente dalhonesia, Gellan, apareció ante él, le sostuvo la cara y luchó por mirarlo a los ojos.

—¡Comandante! —chilló, o a él le pareció que había gritado, sonaba muy lejana.

Ullen parpadeó y frunció el ceño. *¿Comandante?*

—¡Nos están venciendo, comandante! ¡No podemos resistir!

¿Venciendo?

—¿Dónde nos reunimos?

¿Qué? ¿Reunirnos? Registró los terrenos con unos ojos incapaces de centrarse. Grupos de hombres y mujeres iban retrocediendo, demasiados juramentados y demasiado concentrados. *¡Oh, dioses, hay cuarenta! ¿Quién podría detener una formación así? No les quedaba nada. Lo único que les restaba era agacharse con la*

esperanza de resistir para conseguir los mejores términos. Intentó sacudir la cabeza, ¡cómo le daba vueltas! No paraba.

—¡El reducto! Nos concentramos en el reducto. Resistiremos allí.

—Sí, señor —gritó la mujer sin dejar de sujetarle la cabeza—. Haré correr la voz. —Aparte, dio otra orden—: Llévadlo al sur.

Unas manos lo cogieron y lo apremiaron. Ullen las empujó, *¡dejadme en paz, malditos seáis!* Reconoció a uno de los hombres, el capitán Musgo, y se relajó. Había perdido un guantelete, se limpió la cabeza fría. Sacó la mano manchada de sangre. Se la quedó mirando, sorprendido. *¿Cuándo había pasado? ¡El puñetazo, idiota! ¡Te hizo pedazos el yelmo!*

Su escolta y él se alejaron, tambaleándose con torpeza, hacia el sur y cruzaron el campo carbonizado y sembrado de cuerpos. Ullen supo que había sufrido una herida grave en la cabeza cuando vio que salía de la oscuridad, a su lado, una figura de su juventud: la silueta inconfundible, ancha y blindada de Melena Gris. Su escolta sacó las armas y se dispuso a su alrededor. Él levantó la mano.

—¡No pasa nada! Lo conozco. ¡Melena Gris! —exclamó. El hombre viró hacia ellos—. ¡Melena Gris!

Ya más cerca, el otro se detuvo, le costaba respirar. Los ojos parecían tener un brillo sobrenatural en los confines del yelmo completo. Se entrecerraron y miraron a Ullen.

—¿Me conoces?

—Ullen Khadeve. Estuve con Choss hace mucho tiempo.

—Ah. —El hombre bajó la vista—. Me enteré. Lo siento.

—Yo también, pero ¿qué estás haciendo tú aquí?

El yelmo se giró y señaló al norte.

—Estoy aquí por Despellejador.

Esa afirmación hecha por cualquier otro hombre o mujer habría hecho reír a Ullen, que sacudió la cabeza y tuvo un mareo.

—Hay demasiados juramentados. Acabarán contigo.

Las manos embutidas en guanteletes de hierro se apretaron en puños que casi temblaron. Una maldición resonó en el interior del yelmo.

—Sí, tienes razón... de momento. —Una risita burlona—. Para que luego hablen de delirios ingenuos de satisfacción exigidos en el campo de batalla, ¿eh?

—Ven conmigo. Nos dirigimos a ese montículo, nuestro último baluarte. Él se dirigirá allí a continuación. —Ullen se llevó una mano a la frente, que lo abrasaba. *¿Le había hecho pedazos el cráneo aquel hombre?*—. Pero te lo advierto, es posible que pida ciertos términos. Si los hombres acceden, no permitiré que los rompas.

Un asentimiento.

—Lo entiendo.

—Por aquí.

Pero el gigante de la armadura no se movió; había clavado los ojos en algún punto del norte.

—¿Qué pasa?

—Viene... algo. Puedo percibir las sendas. Percibo una alteración enorme, joder... ¡Viene muy rápido! ¡Al suelo!

El hombre se metió delante de ellos y sacó su hoja, una espada larga y fina que tenía un aspecto cómico en su enorme manaza. Los guardias de Ullen se alinearon tras él, el capitán Musgo incluido.

Ullen sabía que con la oscuridad no veía más que la mitad de lo que estaba ocurriendo, pero lo poco que veía lo aterraba. El aire que subía por la ladera del norte empezó a ondularse como si lo calentaran. Destellos como los de las estrellas al parpadear lo impregnaban. Ante él, la falange de Despellejador se detuvo y el alto estandarte colgó inerte en el aire quieto de la noche. El terreno se sacudió de repente como si lo martillearan. ¿*Un terremoto*? El parpadeo se fundió en una aurora azul oscuro que lo hizo entrecerrar los ojos, protegerlos con la mano y girar la cabeza. En medio de esa luz irrumpió una cuña que sobresalió y golpeó la ladera con un ruido atronador que resonó en todas las colinas. Ullen vislumbró una columna inmensa de jinetes con las espadas alzadas, bocas abiertas en chillidos sordos, antes de que esa cuña se estrellara contra la falange de Despellejador.

Las filas sólidas de los guardias se fundieron bajo la arremetida como un montón de varas ante una avalancha. Desaparecieron bajo la aglomeración de la masa de cascos. El estandarte se partió, aplastado. Mientras Ullen observaba, aturdido, asombrado, fueron llegando más; fila tras fila que pasaba y pisoteaba el terreno donde antes se había alzado una formación sólida. La fila delantera dibujó una curva que se alejó al oeste y la columna siguió cabalgando, los caballos cubiertos de espuma, los jinetes lanzando al aire sus gritos de guerra. Wickanos, vio Ullen cuando giraron a su lado. ¡Llegados por una senda!

Después de que pasaran, el rugido ensordecedor de los cascos fue disminuyendo, solo el polvo se arremolinaba sobre el terreno revuelto y repleto de surcos de la ladera. Un jinete se acercó a ellos y tiró de las riendas: un anciano, el único ojo bueno muy abierto, el otro era un orbe blanco, lechoso. La sonrisa de la muerte parecía fijada a su rostro.

—¡Eso debería poner fin a la persecución que hacéis de nuestro pueblo!, ¿eh, malazano? —chilló con una carcajada enloquecida.

—¡Los habéis arrasado! —respondió Ullen, la voz casi imperceptible por la conmoción.

El wickano señaló con una cimitarra ensangrentada, el caballo encabritado antes de emprender el galope.

—¡Eres testigo! ¡Da testimonio, malazano! —Y se alejó lanzando un gran grito de guerra ululante.

Ullen observó desaparecer al hombre.

—Sí... lo daré.

Pero por increíble que fuera, por desatinado que pareciera, las formas comenzaron a removerse entre el castigado suelo pisoteado. Los guardias empezaron a levantarse aquí y allí, zigzagueaban, se limpiaban y se erguían. La visión provocó un escalofrío en Ullen, que se los quedó mirando, totalmente horrorizado. *¡Dioses benditos! ¿Es que nada detendrá a estos juramentados? Son implacables. Como los imass.*

Melena Gris se volvió hacia él con una expresión irónica en los ojos.

—Como bien dijiste, Ullen, son demasiados. Pero las probabilidades se han igualado un tanto, creo. Ahora es mi oportunidad. —Antes de que Ullen pudiera poner objeciones, el hombre bajó corriendo a la ladera revuelta. Si Ullen hubiera tenido un yelmo, lo hubiera arrojado al suelo de pura frustración.

—¡Maldita sea! —Se volvió hacia su escolta—. Tenemos que seguirlo. No podemos dejar que vaya solo.

Sus guardias, un cuerpo mixto de siete soldados malazanos y talianos de infantería, se miraron, era obvio que no muy convencidos.

—Nuestras órdenes... —empezó a decir uno.

—Sus órdenes son seguirme —dijo Ullen. El soldado apretó las mandíbulas y expresó su conformidad con un gesto seco. Ullen se volvió hacia Musgo, que asintió y después levantó la barbilla para señalar el campo.

—Y no somos los únicos...

Varias filas de infantería imperial avanzaban por todas partes, unidades pequeñas que se reunían desde todas direcciones.

—¡Vamos! —Sujetado por Musgo, Ullen cojeó tras Melena Gris.

El campo de batalla era un matadero de cuerpos rotos y pisoteados. Los supervivientes, aturdidos, se tambaleaban cubiertos de sangre, sin hacer caso de ellos. Toda lucha, por lo que a Ullen le pareció, parecía haberla extinguido aquel cataclismo de carga. Por desgracia, un buen número de sus propias tropas de infantería parecían haber quedado atrapadas también por la caballería wickana. Más adelante, sin embargo, en medio de la noche, dos espadas entorchocaron y resonaron en el silencio que siguió a la detonación prolongada de la arremetida. Ullen buscó el combate en la noche polvorienta. Los gruñidos, los golpes y el resonar del hierro los atrajo. Llegaron a los restos de una reata de carretas imperiales de suministros. Ullen vislumbró el duelo cuando un golpe de uno lanzó al otro hacia atrás, contra una carreta que ardía y que volcó de lado, las ruedas dejando surcos en la tierra. Melena Gris. El hombre había recibido una paliza, el yelmo había desaparecido y la cara era

una masa de sangre. Le habían arrancado varias bandas de la armadura de hierro y habían quedado colgando las tiras de cuero. Despellejador se metió en el terreno iluminado. Un golpe potente, a dos manos, de su espada, que el renegado esquivó y que se estrelló contra el costado y el fondo de la carreta, partió el vehículo en dos con una explosión aterradora que mandó por los aires nubes de humo y cenizas que lo oscurecieron todo. Melena Gris respondió, pero su hoja resbaló en la resplandeciente armadura sobrenatural del juramentado. Volvieron a chocar, con gruñidos de esfuerzo y golpes capaces de derribar árboles. El barrido de una estocada lo recibió la hoja más fina de Melena Gris, que estalló como un fullero y se hizo pedazos bajo la tensión. Pero en lugar de retroceder, el antiguo puño se acercó, se enzarzó con el otro y los dos desaparecieron luchando. Ullen fue escabulléndose entre las carretas volcadas, los caballos masacrados y el material esparcido que se quemaba, en un esfuerzo frenético por conseguir verlos otra vez. Musgo y los guardias corrieron con él.

¡Aquello era una locura! Allí estaba, con el brazo derecho roto y una posible fractura de cráneo buscando una pesadilla salida de las antiguas guerras de subyugación continental, ¡y lo que buscaba era lo peor de todo! Un paladín al que, si Melena Gris fracasaba, no lo podía igualar nadie de los que seguían con vida; ¿qué iba a poder hacer él? Con franqueza, Ullen no lo sabía.

Los vio entonces, enzarzados, chocando contra carretas, rodando entre los restos, intercambiando golpes que resonaban en la noche. Melena Gris se levantó doblado tras Despellejador, con una mano le levantaba la barbilla, estiraba, la cara retorcida por el esfuerzo. Y, sin embargo, por increíble que fuera, el comandante juramentado se irguió bajo él, levantó al hombre del suelo para auparlo, armadura y todo, y lanzarlo a la noche. Un choque y el estrépito del hierro en las piedras revelaron una garganta o ladera cercana.

Despellejador se colocó bien la larga camisa de cota de malla, hizo rodar un hombro y gruñó. Se agachó para recoger su yelmo, se lo puso otra vez y se alejó rumbo al campo de batalla. Ullen debatió consigo mismo, ¿se atrevía a desafiarlo? ¿Y qué había de Melena Gris? El tipo estaba herido. Sus guardias ya se habían desperdigado para buscar al renegado. Cosa que resolvió el asunto en lo que a Ullen concernía, y los siguió.

Era una garganta rocosa y poco profunda; encontraron a Melena Gris tirado entre las piedras, en el fondo. El hombre estaba apenas consciente. Juntos se afanaron en subirlo por la garganta. Lo acostaron en el suelo. Los ojos del caído (uno carmesí por la sangre de los vasos rotos) encontraron la cara de Ullen, lanzó un bufido y sacudió la cabeza.

—Cabrón tramposo. Su hoja es venenosa. ¡El muy cabrón me envenenó! Me desquició, eso fue lo que hizo. Cabrón con suerte. Estuve a punto de usar la espada en

él, pero aquí no... demasiado cerca del santuario. ¿Quién sabe lo que podría haber ocurrido?

Ullen hizo caso omiso de los desvaríos del tipo. *¿Su espada? ¿De qué hablaba aquel hombre?*

—Relájate, traeremos un sanador. —Ullen le hizo una seña a uno de sus guardias para que fuera. El hombre saludó y echó a correr.

Ullen captó la atención del capitán Musgo y ladeó la cabeza para indicar la ubicación de Despellejador. El oficial le sostuvo la mirada durante un buen rato, los ojos oscuros y sin brillo, la boca inexpresiva. Levantó una mano para frotarse las costras de las cicatrices que le cruzaban la cara y asintió. Ullen dejó a Melena Gris y se irguió. Señaló a otro de los guardias que quedaban.

—Permanezca con este hombre. El resto... sígueme. —Salió a la carrera tras el comandante juramentado, la mano izquierda caliente y sudorosa en el mango de la espada. *¡La izquierda! ¡La puñetera mano izquierda!*

La conversación lo guió entre el detritus de equipo quemado y cadáveres esparcidos. Vio a dos hombres que se enfrentaban a Despellejador. Estaban hablando con él, sus palabras se perdían en el crujido de las llamas y los chillidos agudos de un caballo herido. Los dos fornidos soldados le sonaban de algo, pero no conseguía saber de qué. Al otro lado salían figuras de la oscuridad, cinco guardias carmesíes, todos juramentados, sin duda. Sacaron espadas y empezaron a separarse muy despacio para rodear a los dos.

Ullen empezó a avanzar, pero se detuvo cuando se interpuso otro hombre en su camino, ¿de dónde diablos había salido? Musgo se abalanzó con los sables alzados, pero el tipo levantó las manos vacías. Era un dalhonesio con la piel del tono del árbol de hierro, lleno de cicatrices, ataviado con una magnífica cota de malla. El largo cabello rizado lo llevaba recogido y atado con una tira de cuero y miraba a Ullen como si lo conociera. Y lo cierto era que parecía... *pero no, no puede ser... ¡estaba muerto!*

El fantasma posó una mano en el hombro de Ullen.

—Ya has hecho más que suficiente, Ullen —dijo en esa voz que daba escalofríos a Ullen—. El campo es tuyo. Te felicito. Estoy seguro de que Choss se habría sentido orgulloso. Ahora déjanos esto a nosotros. —Después, los fuertes rasgos del hombre se ablandaron con algo parecido al afecto y señaló el duelo creciente—. Esos dos, te juro que lo han hecho aposta. Sabían que no podía dejar que se enfrentaran solos a él. —Y se alejó a la carrera. Los juramentados del círculo se estremecieron al llegar él, que aprovechó para deslizarse y colocarse junto a los dos que se encaraban con Despellejador.

No, no puede ser. ¿Cómo va a ser él? ¿No sería acaso más que un fantasma del

pasado?

Los tres formaron un triángulo mientras los juramentados terminaban de rodearlos. El recién llegado miró a Despellejador, que señaló con un guantelete y dijo algo que se perdió en el rugido de los restos que ardían. El recién llegado no se dignó responder. Sacó la espada, un instrumento largo y oscuro. A una señal de Despellejador, todos se abalanzaron sobre los tres a la vez.

Ullen se quedó aturdido por lo que presencié, hojas destellando a la luz del fuego, demasiado rápido para su entendimiento. De los tres defensores, uno se agazapaba detrás del escudo cuadrado de un soldado de la infantería pesada, deslizaba con total calma golpes capaces de derribar muros solo para amagar y obligar a retroceder a cualquiera de los juramentados que se acercara demasiado; el otro, un fornido seti, luchaba con dos cuchillos largos y robustos, cada uno de los cuales lucía guardas de bronce en los nudillos, el hombre paraba y asestaba golpes horribles, disparaba estocadas que hacían tambalearse a un juramentado con un barrido a la cabeza. Ullen esbozó una mueca al pensar en su propia herida.

Pero fue el duelo entre el dalhonesio y Despellejador lo que le quitó el aliento. La elegancia suave y económica de aquel hombre era hermosa; las tremendas estocadas de Despellejador las apartaba con lo que parecía el más ligero de los toques para, a continuación, asestar una serie de estocadas rápidas como el rayo. *¡Tiene que ser él! ¿Pero cómo? ¿En respuesta a una plegaria?*

Pero todas las estocadas se deslizaban, rebotaban en la armadura oscura y manchada del juramentado. Y Despellejador se reía. Y en esa carcajada Ullen oyó la certeza de la victoria.

A su lado, el capitán Musgo respiró, asombrado.

—¿Quién es ese? Jamás había visto nada... Y lo conocía, ¿quién es? Pero esa armadura... Despellejador lo va a herir. Y entonces... solo será cuestión de tiempo.

Pero Ullen negó con la cabeza.

—No. Lo sabe. Tiene que saberlo.

El juramentado presionó, luchaba por imponerse a los dos que protegían al dalhonesio. Los dos recibieron heridas horribles al atacar, pero no había forma de someter a ninguno, ni de atraerlos para que dejaran de proteger el flanco del otro. Un juramentado cogió el escudo y solo para que su oponente casi le arrancara la mano, que aleteó, inútil, al final del brazo cuando continuó luchando. El seti era más agresivo, lanzaba cuchilladas contra caras y torsos, infligía heridas que los juramentados absorbían en silencio hasta que por las piernas empezó a correr la sangre resplandeciente y el suelo se oscureció bajo los pies incansables.

¡Intentadlo todo lo que queráis, juramentados! Nadie atravesó jamás la defensa de la espada, su escolta. Solo cayó a manos de la traición. El dalhonesio continuó castigando a Despellejador, asestando golpe tras golpe; pero todos y cada uno

resbalaban, rechazados por la aparentemente impenetrable armadura del hombre. Mientras que, por su parte, el juramentado era incapaz de traspasar la virtuosa defensa del hombre. *Todo para nada*, pensó Ullen, pues ninguno de los dos podía derribar al otro.

¿No lo entendía? ¿Por qué seguir lanzando cuchilladas contra la cota de malla? Era obvio que estaba investida por una senda, quizá incluso tenía alguna orientación. Inútil, inútil por completo. Quizá sus oscuros pensamientos tiñeron su visión, pero a Ullen le pareció que los dos que guardaban las espaldas del dalhonesio se estaban cansando. Era de esperar, ¿quién podía detener a unos juramentados para siempre? Pronto caerían y luego todo terminaría. Despellejador saldría al fin victorioso. Regresaría al campo de batalla para reunir a sus juramentados y juntos barrerían la resistencia organizada que quedara. La Guardia ganaría.

El achaparrado y pesado escudo del soldado de infantería había quedado reducido a poco más que un asa astillada de tablillas destrozadas. Y ya solo se defendía con su espada corta. El seti había abandonado los contraataques y se limitaba a defenderse. Únicamente un juramentado había caído: una mujer que se había alejado tambaleándose, apretándose con las manos el estómago, de donde sobresalían unos pliegues húmedos. Se cayó de cara primero, a unos pasos de ellos, y allí quedó tirada, su espantosa vitalidad de juramentada era lo único que la sostenía mientras sus miembros cambiaban débilmente de postura, daban patadas y se retorcían.

Con todo, el dalhonesio seguía lanzando estocadas y atacando. Solo uno de sus cortes habría desollado vivo a cualquier otro atacante, pero Despellejador continuaba ileso. Ullen estaba a punto de gritar: *¡Idiota! ¡Ríndete! ¡Retírate!* De repente fue demasiado para él. Por ese hombre era capaz de actuar, ni siquiera iba a cuestionarlo. Ullen se lanzó con la espada levantada en la mano izquierda. El brazo de Musgo le rodeó el cuello para impedirselo.

—¡No sea idiota!

Después, en medio de otro intercambio más de golpes pesados y engorrosos de Despellejador y los parpadeantes contraataques relámpago del dalhonesio, este se abalanzó con más ímpetu que nunca y la punta de su hoja dio un coletazo hacia arriba justo bajo el yelmo de Despellejador. El comandante juramentado echó de golpe la cabeza hacia atrás y se llevó el guantelete al cuello, allí donde la sangre empezaba a correrle por la pechera. Retrocedió con la mano en la garganta, la espada todavía levantada, todavía firme. Los cuatro juramentados restantes cambiaron de postura para cubrir su retirada. Solo el dalhonesio los siguió para continuar sacando partido del ataque.

Mientras retrocedía y se defendía, Despellejador gritaba una especie de orden húmeda e incoherente, o quizá fuese una súplica, y el aire tras él hirvió. Pareció brotar espuma, fue como si la oscuridad de la noche se iluminara con un horrendo

color gris vetado. Todos los juramentados retrocedieron en esa mancha irregular y desaparecieron, dos sujetando a Despellejador. El dalhonesio se detuvo, inmóvil, la respiración todavía serena y regular, y envainó su espada de hoja negra.

Ullen se acercó corriendo a los dos soldados que, en ese momento, se sujetaban el uno al otro. Cuando volvió la vista para mirar al espadachín dalhonesio, él también había desaparecido. Una maldición a su lado reveló que el capitán Musgo había hecho el mismo descubrimiento. El soldado de infantería ancho y bajito arrojó al suelo las tablas destrozadas y las correas sueltas de bronce, que era lo único que quedaba de su escudo. Se quitó el yelmo y cogió una bota de agua del cinturón para echarse un chorro por la cabeza y beber con un jadeo. Después se la tiró al seti.

—¿Dónde está... el otro... el dalhonesio? —dijo Ullen.

—No había ningún otro —dijo entre dientes el viejo soldado calvo, la voz tan ronca que era casi inaudible—. Nunca lo hubo, ¿estamos?

—Pero...

Con grandes jadeos, aspirando grandes bocanadas de aire y tragándolo con esfuerzo, el veterano desechó las objeciones de Ullen con un ademán.

—No, solo nosotros dos. ¿A que sí, Esbelto?

—¿Esbelto? —rezongó el seti. Se limpió la cara sudorosa con el dorso de la mano, que dejó una mancha de sangre—. Na. Es... Hierba de Bisonte.

—¿Qué...? —El soldado de infantería miró al seti a la cara y se quedó allí tambaleándose, agotado—. ¿Hierba de Bisonte? Todos estos años... ¿y ninguno lo sabíamos siquiera?

Un ceño truculento en el rostro machacado y lleno de cortes del hombre, la barbilla sacada.

—¿Y qué?

—Nada. Sorprende, eso es todo. —Los dos se agacharon para intentar recoger el equipo caído, pero no pudieron doblarse lo suficiente y se rindieron, después se dieron la vuelta para regresar al campo de batalla. Cojeaban, estiraban la espalda y se detenían de vez en cuando para inclinarse, recuperar el aliento y toser. Ullen, Musgo y los guardias que los seguían intercambiaron miradas mudas de asombro.

—¿Y qué hay de ti? —le preguntó el seti, Hierba de Bisonte, al viejo veterano.

—No quieras saberlo.

—¿Qué?

—No.

—Venga.

El viejo veterano se detuvo para inclinarse. Tuvo unas arcadas sin echar nada, más náuseas, y después consiguió extraer un buen montón de flemas que escupió.

—No.

—¿Boulbum?

—No.

—¿Ishfat?

—¡No!

Ullen miró al capitán Musgo, que caminaba apretándose la sonrisa con el dorso de la mano.

Regresaron y se encontraron con que a la mezcla de elementos malazanos, talianos y falari los estaba ordenando en falanges unos magullados y ensangrentados Diente Bravo y Urko. Los cuatro viejos veteranos se saludaron con grandes abrazos y palmadas en la espalda. Después, para gran conmoción y horror de Ullen, Diente Bravo y Urko le hicieron un saludo militar al tiempo que compartían sonrisas maliciosas. Él respondió al saludo y después desechó con un ademán su gesto.

—No, usted está al mando, Urko.

—No. No hemos terminado todavía. Todos estos huyen, pero todavía queda una bolsa de guardias. Están atrincherados en una colina. El puño D'Ebbin y las fuerzas que le quedan, junto con los wickanos, los están manteniendo ocupados. Ya va siendo hora de que contribuyamos. Yo iré con una de las unidades. Usted puede coordinar. Felicidades, comandante.

Los cuatro veteranos fueron a unirse a sus unidades y dejaron a Ullen para que se enfrentase al último guardia que le quedaba. Se pasó una mano por el cuello dolorido, forzado, se sentía superado.

—Bueno... busque una montura y mande recado al puño D'Ebbin de que ya vamos.

El guardia saludó y se alejó a la carrera. Resonaron cuernos para indicar un avance general. Tras una reordenación algo accidentada, las columnas empezaron a marchar al sur. Ya habían dejado muy atrás la medianoche. Los fuegos se habían consumido y el campo de batalla era una pesadilla oscura y enmarañada de cuerpos retorcidos caídos, equipamiento roto y caballos heridos que iban muriendo.

Con Musgo a su lado, Ullen fue abriéndose camino al sur con cuidado. Tras un rato, el capitán se inclinó y miró a su alrededor, inquieto. Las cuchilladas salvajes que le cruzaban la cara parecían lívidas, en carne viva.

—¿Dónde está su personal?

—Desperdigado.

—Necesita una escolta mayor. —Señaló a un lado—. Deberíamos unirnos a esa columna.

Ullen se encogió de hombros.

—Si le parece lo mejor.

Pero el hombre se detuvo. Se llevó las manos de repente a los mangos brillantes de marfil de sus dos sables.

—Hay algo...

Un remolino de polvo se levantó a su alrededor; Ullen se protegió los ojos con la mano e hizo una mueca.

—¿Capitán? —El estrépito de golpes intercambiados, hierro que arañaba hierro. Ullen se dispuso a sacar la espada con la mano izquierda. Y entonces, un impacto contra su espalda, como el porrazo de una almádena. Un hierro frío se deslizó en la profundidad de su cuerpo. Con un jadeo se volvió para ver una mujer, el largo cabello blanco suelto al viento, los ojos meras ranuras, una mueca salvaje en los labios. Un destello de gris plateado y después esa cabeza se ladeó, cayó, un chorro de sangre, una sacudida del cuerpo. Ullen también cayó.

Cielo nocturno lleno de estrellas y después el capitán Musgo se inclinó sobre él y dijo algo, pero lo único que Ullen escuchó fue su propio pulso rugiendo en sus oídos. ¡No podía respirar! Hizo un esfuerzo, pero nada entraba en sus pulmones, que le ardían, le dolían. ¡Maldita fuera! Aquello no iba bien.

¿Y qué había de...?

No podría...

El rugido del pulso se ralentizó. La noche se cerró y oscureció la cara de Musgo, la boca que se movía. Sonó un latido pesado y lento como el eco de un martillazo.

Espera...

CAPÍTULO 3



La visión se apaga, el recuerdo se desvanece.
Todo lo que se previene se descarta,
y así regresa sobre el ignorante
en violento estribillo.

Lecciones del campo de las Encrucijadas

Waden Burdeth

Unta

Kyle, K'azz y los hermanos Perdidos se encontraron con que una flotilla de balsas improvisadas había subido por la orilla norte del Idryn. Derrumbados en el suelo, en el acceso al puente del Peregrino, y amontonados en la entrada del mismo una estela de soldados kanesianos masacrados. Delante de los muertos había un solo guardia carmesí. Estaba apoyado en el muro de piedra del puente, las piernas muy abiertas, la espada plantada delante de él, el cuerpo y los miembros recubiertos de flechas.

—Panadero —dijo K'azz con voz pastosa.

El hombre se movió y levantó la cabeza. Una sonrisa triste se coló bajo el cabello largo, enmarañado y rojizo.

—Mi señor. —Después hizo un débil esfuerzo por erguirse.

El comandante de la guardia lo echó hacia atrás.

—Quédate aquí —le ordenó con suavidad—. Necesitamos que defiendas el norte.

Una sonrisa irónica ladeó la boca de Panadero.

—Oh, sí, señor.

Los hermanos estaban recogiendo escudos entre los caídos. Kyle se unió a ellos. Cada uno sujetaba tantos como podía acarrear bajo los dos brazos. Kyle le ofreció uno a K'azz, que lo aceptó con una inclinación de la cabeza. Subieron corriendo por el puente.

Algo más adelante, un profundo y sonoro rugido, como la detonación continua

del trueno, puso de punta el vello de la nuca y los brazos de Kyle. Era un gruñido animal grave, que retumbaba, un gruñido de anticipación proferido por miles de gargantas, tan ruidoso que casi ahogaba el estruendo de las armas y los escudos al entrechocar. Encontraron la lucha al llegar al centro del puente. Cuatro juramentados, las piernas plantadas con firmeza en el suelo, se enfrentaban a la cuña sólida de infantería kanesiana que los presionaba. Los escudos afrentados, las lanzas y otras armas largas apuntillando, mientras un quinto juramentado permanecía un paso atrás, observando, descansando. Las armaduras de todos colgaban rotas y desgarradas; los yelmos, abollados; los brazos, negros de sangre seca. La juramentada de la retaguardia, una mujer baja y ancha, les hizo un saludo militar. En un lado de la cabeza relucía una herida en carne viva, el cuero cabelludo rebanado colgaba como si fuera una solapa. En el suelo había un desorden de escudos rotos, espadas caídas, lanzas, picas, flechas y trozos destrozados de armaduras. La sangre oscurecía de carmesí las piedras talladas del puente.

—¡Sea muy bienvenido, mi señor! —gritó la mujer para hacerse oír entre el estrépito—. Pero no hemos pedido refuerzos. —La mujer frunció entonces el ceño y miró a K'azz de arriba abajo—. Estar fuera no le ha sentado muy bien, creo. Pero debería irse. ¡Aguantaremos hasta que caigamos!

—¡Yo también! Un placer verte también, Magra. —K'azz preparó su escudo y levantó el cuchillo largo. Aparte de eso, el hombre estaba desarmado. Magra sacudió la cabeza.

—No, usted será la reserva. —Después señaló a Kyle y a los primos con la cabeza—. ¿No os conozco?

—Acecho, Fochas, Malas Tierras, Kyle —gritó K'azz—. Están a la altura.

—¡Bienvenidos, hermanos! —La mujer señaló a los juramentados que lanzaban tajos contra la línea frontal expuesta de la masa de soldados, fila tras fila de los cuales sostenían lanzas y jabalinas que levantaban o blandían contra los defensores en un bosque de tallos que apuñalaban y se agitaban—. Amatt, Cole, Negro y Turgal.

Había sitio solo para que unos ocho soldados de Kan resistiesen hombro con hombro, aunque las filas de detrás podían llegar con lanzas y alabardas. Magra golpeó con su lanza su escudo y los cuatro juramentados cedieron un paso, colocaron bien los pies y se agacharon. Los soldados de Kan se abalanzaron y los juramentados los recibieron con estocadas rápidas e implacables. Los camaradas heridos y caídos asfixiaban y estorbaban a los que se esforzaban por llenar las filas. Acecho lanzó un vistazo a la lucha y arrojó su carga de escudos. Se quedó con uno y recogió una lanza caída. Los hermanos siguieron su ejemplo por instinto, al igual que Kyle.

Magra se paseaba de un lado a otro tras los juramentados de la defensa, manteniendo una vigilancia atenta y quizá asegurándose de que K'azz no se adelantara para unirse a la fila. La juramentada dio un golpecito a Negro en la parte

posterior de la pierna y con un ademán mandó a Malas Tierras adelante.

—¡Relevo!

Negro se encogió, giró y al sobresaltado Malas Tierras lo cogió por sorpresa. Pero se adelantó de un salto, apartó de un empujón los mangos de las lanzas que lo intentaban alancear y se metió en medio, abriéndose camino con todo su peso. Magra observó con los ojos entrecerrados, calibrando.

Acecho se acercó, tocó a Kyle en el brazo y le señaló la cintura.

—Usa eso.

Kyle miró la espada que llevaba atada en la enorme vaina. El regalo que le había hecho Osserc; ni siquiera la había sacado todavía.

—No alcanza —le contestó a gritos.

—¡Para algo valdrá! —respondió Acecho.

Kyle se encogió de hombros.

Uno por uno, Magra fue relevando a los juramentados hasta que solo quedó Cole (a quien Kyle reconoció de Kurzan), y le tocó entonces a Kyle. K'azz puso objeciones, pero al parecer la que estaba al mando de ese contingente concreto era Magra, así que el criterio que se imponía era el suyo. Los juramentados relevados, Negro, Amatt y Turgal, permanecieron allí jadeando, con las caras brillantes. Habían sufrido heridas horrendas; Amatt escupía sangre cada vez que tosía; el peto de hierro de Negro filtraba sangre por cada banda superpuesta; Turgal, que llevaba un enorme escudo rectangular de un soldado de infantería malazano, había hecho que se lo ataran al brazo izquierdo, roto y aplastado.

Al llegar su turno, Kyle preparó la lanza y se la metió bien ceñida bajo el brazo. De repente sentía una sed mortal, pero sabía que, si bien necesitaba agua, era mejor pasar sed por si recibía una herida en el estómago. Intentó no pensar en lo que estaba a punto de vivir y Magra, que quizá había percibido su miedo creciente, no esperó más.

—¡Relevo! —bramó y Cole se apartó, agachado. Kyle se abalanzó hacia su lugar. Casi de inmediato, su lanza se enmarañó en el bosque de armas largas que apuñalaban y giraban. Los golpes en el escudo lo hicieron tambalearse y le entumecieron el brazo y el hombro. No podía levantar el arma. Colgaba de sus dedos, inútil.

¡Por la risa del Embozado! Voy a morir ensartado como un jabalí.

Las jabalinas lanzaban dentelladas a su alrededor; Magra y los otros hicieron retroceder las filas para que él pudiera levantar la lanza. Se recuperó y se inclinó hacia la masa de soldados. Por el rabillo del ojo vio que los hermanos Perdidos estaban listos para el desafío. Fochas y Malas Tierras luchaban como sonrientes perros salvajes, en su elemento, mientras que Acecho se mostraba tranquilo,

manteniendo el ritmo y sin ceder ni un milímetro. Resistían sin amilanarse y una vez más Kyle se maravilló: ¿quiénes eran esos hombres que parecían ser igual de fuertes, feroces y resistentes que los juramentados?

En cuanto a él... Kyle y los soldados kanesianos del bando opuesto percibieron casi a la vez que él era el eslabón más débil de aquella cadena. Una jabalina arrojada rebotó en su yelmo y lo aturdió por unos instantes. Un golpe sólido en el escudo hizo que este se estrellase contra su frente y una agonía ardiente de dolor le cruzó la visión. Parpadeó, todo estaba borroso, y no vio un golpe contra su astil que le quitó la lanza de las manos. Los dos kanesianos que tenía enfrente y las filas de detrás rugieron y se abalanzaron. Unas manos lo sujetaron por detrás, las jabalinas apuñalaron. Aterrado, Kyle sacó su espada con tal fuerza que partió las correas que mantenían la fina hoja curva en la vaina. Levantó el arma y repelió las lanzas y alabardas que empujaban con estrépito contra él; se quedó mudo de asombro cuando la oscura hoja dorada atravesó cada astil con tanta facilidad como si fueran velas.

Los kanesianos se encogieron, los ojos enormes bajo los bordes de los yelmos. Los astiles partidos cayeron con estrépito sobre las piedras, ruidosos en el repentino silencio.

—¡Beru nos bendiga! —maldijo Magra tras él, asombrada.

¡La mismísima arma de Osserc! ¿Podría serlo, en verdad?

Kyle se adelantó un poco y recuperó el terreno perdido. Se agazapó tras su escudo. *Ahora estoy listo.* A su lado, Fochas y Malas Tierras intercambiaron sonrisas salvajes, henchidas de regocijo.

Kyle permaneció en la fila mientras los otros intercambiaban puestos. Después de que su hoja partiera escudos a la mitad e hiciera pedazos espadas, nadie se atrevía a enfrentarse a él. El respiro permitió que los juramentados se recuperaran, aunque para Negro y Amatt la lucha había terminado. La pérdida de sangre los había dejado incapaces de levantarse. El resto se intercambiaban puestos en rápida sucesión y con este sistema, presidido de forma implacable por Magra, resistieron.

K'azz estaba en comunicación con Trémula a través de la hermandad. La juramentada informó que Despellejador y el resto de sus juramentados habían dejado el campo de batalla y habían abandonado al resto de los regulares de la Guardia leales a él. Trémula y la mayor parte de los supervivientes de la Guardia habían establecido un baluarte. Afirmaba haber llegado a una tregua temporal con los imperiales. En cualquier caso, los wickanos, que habían destrozado las tropas de Despellejador, se limitaban a rodear a Trémula y se conformaban con contener sus tropas. Más tarde, K'azz anunció que Trémula esperaba que las negociaciones formales empezaran en cualquier momento y que ellos tenían que contener a los kanesianos para que ella pudiera exigir los términos más favorables posibles. K'azz estaba de acuerdo.

Justo después de ese informe de Trémula, unos jinetes kanesianos llegaron vadeando con esfuerzo hasta el centro del puente. Se abrieron camino entre la masa de soldados como barcos sobre un mar picado, apartando a los hombres con látigos y palos. A una orden bramada de la figura que iba en cabeza, la infantería retrocedió y bajó las lanzas.

—¿Quién está al mando aquí? —chilló el tipo en medio del resonante silencio que siguió.

—¡Yo lo estoy! —respondió Magra dando un paso adelante. Se levantó el cuero cabelludo y se lo colocó en su sitio.

El hombre se quitó el yelmo. Era un tipo muy moreno con un bigote bien recortado y barba. Se inclinó lo mejor que pudo sin desmontar.

—Comandante Pirim ‘J Shall a su servicio. —Señaló al jinete que tenía detrás—. Vigilante Durmis. —El hombre de las túnicas se inclinó con mucha más torpeza, su mirada dolorida estaba clavada mucho más allá de ellos, en los riscos del norte—. Os felicitamos, guardias, por vuestra heroica defensa, aunque nos ha costado muy caro. Pero venimos con nuevas. ¿Están por casualidad en comunicación con el cuerpo principal del norte?

Magra volvió la vista con gesto inseguro.

—Lo estamos.

—Entonces, el vigilante Durmis insiste en que...

—¿Qué perciben? —interrumpió el hombre de las túnicas.

—¿Percibir?

—¡Sí, maldita sea! Inquiera a través de su hermandad.

Magra se giró otra vez, las cejas ensangrentadas arrugadas. K’azz asintió.

—Un momento —dijo.

K’azz se irguió y habló en voz alta.

—Informan de alteraciones entre las sendas.

—Y están creciendo —añadió el vigilante—. Algo se abre camino como una explosión por las sendas, como una torre que se derrumba, ¡y se dirige directamente hacia aquí!

El comandante agitó una mano con ademán despreciativo.

—Quizá exagere un poco... el trabajo del vigilante es estar al tanto de los abusos irresponsables que se producen entre los hombres y las mujeres que ustedes llaman talentos, los que puedan amenazar nuestra Confederación. Una buena razón, por cierto, para que no recurriéramos a medidas extremas para sacarlos a ustedes de nuestro camino; hacerlo sería provocar una escalada de represalias de su formidable cuadro de magos juramentados, ¿no? Lo que nos costaría un aumento significativo de bajas que no se darían de otro modo, ¿verdad? —Una sonrisa satisfecha—. En cualquier caso, se ha sabido que los miembros más entusiastas del oficio de vez en

cuando...

El vigilante Durmis azuzó su montura, que chocó contra la del comandante.

—Esto es real —dijo entre dientes.

—¿Como la advertencia de hace un rato, esta noche? ¿De una trasgresión taumatúrgica inminente? ¿La simple llegada de unos cuantos jinetes?

—¿Quién sabe quiénes podrían haber sido? ¿Podrían haber sido aliados de la Guardia? En cualquier caso, esos jinetes ganaron la batalla para la emperatriz.

—¡Una cuestión curiosamente irrelevante para los que estamos en este puente!

Magra se aclaró la garganta.

—¡Caballeros! ¿Seguimos parlamentando?

El comandante Pirim volvió a mirar al frente. Se tiró del jubón largo de color crema para estirarlo y se colocó bien el yelmo bajo el brazo.

—El vigilante Durmis insistió en este intercambio de información. En mi opinión, ya se han observado todas las formalidades necesarias. Hemos terminado. —Y se inclinó.

Magra respondió a la inclinación sin soltarse la cabeza.

El comandante hizo lo que pudo para darle la vuelta a su montura y, a juzgar por la rabia y desesperación creciente de su rostro, al parecer no podía. Azotó con furia con la fusta a los hombres que se apelotonaban a su alrededor.

—¡Dejad paso, maldito seáis! ¡Paso!

Magra se volvió con una ceja arqueada hacia Kyle y los de la primera fila. Fochas lanzó un ululato burlón. El vigilante Durmis, sin embargo, permaneció inmóvil sobre su montura. Estaba derrumbado sobre la silla, las manos plegadas en el regazo.

—Está aquí —dijo, parecía derrotado.

Kyle se arriesgó a echar una rápida mirada atrás. Sobre los riscos, el cielo nocturno del noroeste parecía arremolinarse, las estrellas se ondulaban. Un fulgor rosa y naranja iba creciendo, desparramándose en gallardetes y círculos que parecían coronas que se iban ensanchando y desvaneciendo.

—¿Qué pasa? —dijo sin aliento.

Y luego, un destello con un inmenso fuego distante que floreció solo para que lo apagaran de un soplado. Muy poco después un trueno sordo llegó hasta sus oídos. Magra miró a K'azz.

—Algo ha golpeado el campo de batalla —informó él—. Ha abierto una brecha entre las unidades del flanco oeste. Ha dejado un rastro de restos.

El comandante Pirim alzó las cejas en un gesto casi cómico de sorpresa y alarma. Miró a Magra.

—Sugiero una tregua, al menos de momento.

Magra asintió con la cabeza e hizo una mueca.

—De acuerdo.

Que el mar pudiera tragarse a Ho y a sus compañeros magos fugados se había convertido en una cuestión irrelevante. Cuando el control de Yath sobre los diferentes acordes de los participantes en su ritual se fue afirmando poco a poco, el mago tomó medidas para proteger el navío. Un capullo de poder fue rodeando los costados. A través de las paredes palpitantes y multicolores de la barrera, el mar daba la impresión de haber quedado muy atrás, el Melancólico parecía flotar sobre la nada.

Con un profundo suspiro de alivio, Devaleth se sentó con un golpe seco junto a Ho y se masajeó las manos. El sudor le corría por el rostro ceniciento. Unos gemidos inquietantes resonaban por el navío cuando las maderas crujían, estallaban y se flexionaban. Los mástiles se estremecían, las cimas partidas allí donde se encontraban con el aura de poder que tenían encima. La cubierta temblaba bajo ellos y Ho y ella intercambiaron miradas intranquilas.

—¿Dónde estamos? —le preguntó Regalo a Dedos, en voz muy baja.

—Serc —susurró el mago.

Un chillido hizo saltar a todos. Uno de los magos del ritual se había levantado de golpe. Señaló a Yath y pronunció algo ininteligible. Dos de los juramentados, Lerdo y Junco, se adelantaron para calmarlo. El mago se arrancó de los brazos de los dos y se llevó las manos a la cabeza sin dejar de aullar ni un momento su horror personal. Los juramentados se esforzaron por someterlo, pero por increíble que pareciera, aquel tipo flacucho los apartó de un empujón. Se arañó la cara como si quisiera desgarrársela y después, con dos largas zancadas llegó al costado y se tiró por la borda. Su chillido se interrumpió en seco cuando cruzó la barrera.

—Locura de otataralita —dijo Devaleth sin dirigirse a nadie en concreto.

—Quizá... —respondió Su, los ojos negros y arrugados casi entrecerrados. Ho se volvió para gruñir otra advertencia sobre los malditos aires que se daba, pero se detuvo al comprender que la mirada de la mujer estaba clavada en Yath y que los relucientes y penetrantes ojos del hombre le devolvían la mirada firme—. He identificado la alteración —anunció Su, la mirada seguía puesta, sin vacilar, en Yath.

—¿Sí? —preguntó Ho.

—Es un contagio general que nos infecta a casi todos nosotros en mayor o menor grado. Pero que se concentra sobre todo en dos portadores...

Yath se irguió poco a poco y descruzó las piernas. Después se apoyó el bastón en el pecho. Una sonrisa ancha, ávida, se coló por sus labios.

—¿Sí? —preguntó Ho otra vez, enojado—. ¿Quiénes?

—Sus dos focos principales son nuestro amigo de Siete Ciudades y... —volvió la cabeza a un lado y señaló— ...él.

Al otro lado de la popa, Penas alzó las cejas y se señaló.

—¿Qué? ¿Yo?

—Oh, sí...

Yath apuntó con su bastón a Junco; el juramentado miró a Penas, inseguro. Un aura idéntica a las paredes cambiantes que los rodeaban salió despedida del bastón y golpeó a Junco, que chilló y se retorció. Delante de todos, el fuego mágico lo consumió y dejó solo un cadáver carbonizado que humeaba.

—Y hemos cometido un error terrible —concluyó Su a toda prisa.

—¡Que la Reina lo lleve! —Penas se había levantado. A Ho su velocidad le pareció increíble. Ya había cruzado la mitad de la cubierta antes de que Yath hubiera podido alzar su bastón. Un fuego violeta y rosa dibujó un arco. Penas respondió abriendo su senda y la energía se desvió y salpicó como agua. Después se encogió, se extendió en forma de abanico y penetró en la barrera que los envolvía, que estalló.

La cubierta cayó bajo todos. Ho rodeó con los brazos a Su y Devaleth, las apretó contra sí y las aferró con fuerza. Varias figuras salieron volando y chillando hacia la nada infinita, en todas direcciones, aunque ninguno de los magos vinculados por el ritual cambió en absoluto de postura. Yath había caído y luchaba por orientarse otra vez. Un juramentado, Lerdo, estaba cerca. El hombre se había sujetado a una cuerda y con ella se aproximaba al mago de Siete Ciudades.

—¡Equilibradnos! —gritó Ho a todo el mundo.

—¡Estoy en ello! —respondió Dedos.

Lerdo se arrimó al mago de Siete Ciudades con los brazos estirados. Pero Sessin ya estaba allí, saltando por detrás de Yath para sujetar al juramentado. Los hombres giraron con furia juntos, solo la presa de Lerdo los asía al navío. Lucharon por los aires, enzarzados, arañándose... y después desaparecieron, los dos alejándose en silencio, dando vueltas. La cubierta se elevó de golpe y le quitó el aliento a Ho con un impacto brutal.

Yath volvió a lanzar su poder, cogió a Penas desprevenido, pero el chorro de energía pura inexpresada lo atravesó sin hacerle daño alguno. Los dos, Penas y Yath se irguieron, asombrados. Penas se quedó mirándose a sí mismo, sin comprender.

—¡A por él! —urgió Regalo desde el timón.

Penas se abalanzó. Yath se encontraba de pie, entre los magos vinculados por el ritual, que permanecían sentados, todos quietos como estatuas. Blandió su bastón y un muro de poder ondulado atravesó la cubierta. Penas, Regalo y Sept, todos lo golpearon, y rebotaron. El mago de Siete Ciudades se echó a reír tras su barrera.

Junto a Ho, Dedos yacía postrado, el rostro contorsionado en una mueca de esfuerzo.

—No se puede seguir así para siempre, gente —murmuró con los dientes apretados y la boca abierta.

—¡Sacadnos de aquí! —le bramó Ho a todo el mundo.

—¿Adónde? —gruñó Devaleth.

—¡Adonde sea!

—¿Deseas irte? —exclamó Yath, su voz sonaba hueca a través de aquella barricada de poder chispeante—. Os llevaré a un sitio, ¡que no creo que os guste demasiado, amigos míos! —Se echó a reír de nuevo y gesticuló. Las distancias se tornaron opacas, se oscurecieron y adoptaron un tinte de color verde grisáceo, como un anochecer sobrenatural. El navío se posó con suavidad sobre algo y se ladeó. Dedos emitió un suspiro de agradecimiento, los brazos y las manos agarrotadas se relajaron y él se dejó caer. Un rugido estridente, como el de una catarata, fue creciendo y ahogó todos los demás sonidos. Un hedor asaltó las narices de Ho, que sufrió una fuerte arcada. Regalo, cerca de un costado, se encogió y señaló.

—Por el pavor del propio Embozado, ¿qué es eso?

Ho se levantó. Se estaban deslizando por la corriente inclinada de algún fluido. Le recordó a un río de lava, solo que coagulado, vetado de algo parecido a pus de color amarillo y de un verde enfermizo. Las figuras se retorcían en el interior, se fundían y se recreaban, hacían gestos y llamaban solo para volver a caer en aquella masa revuelta de la que habían emergido.

—El borde de Caos —dijo Ho.

—¡Sí! —respondió Yath—. ¡Invadís mis tierras extendiendo la muerte y la destrucción! ¡Lo propio es que yo os devuelva una muestra de ese caos! —Abrió los brazos—. ¡Esto ha maldecido mis tierras! ¡Ahora os toca a vosotros! ¡Desde aquí haré caer tal plaga sobre vuestro continente que jamás volveréis a levantaros! —Les dio la espalda, alzó los brazos y levantó el bastón por encima de su cabeza.

Está formando otro portal, y esta vez lleva directamente a Quon. Ho se encontró mirando con fijeza a la bruja wickana.

—¿Qué podemos hacer?

—Nada. No tenemos poder suficiente. Él domina la fuerza de unos veinte magos. Nosotros solo somos unos cuantos.

—¿Nada? ¡Nada!

Su lo miró de soslayo. Su boca arrugada se estiró en una sonrisa burlona.

—¿Quién soy yo para decir nada, Ho? ¿No eres tú el experto? ¿No caminaste tú por estas mismas costas?

¡Maldita sea! ¿Cómo puede saber esas cosas?

—Muy bien. —Alzó más la voz—. ¡Penas, Dedos, Devaleth! Con nosotros.

No era un ritual; Ho no iba a proponer semejante esfuerzo, considerando la última vez que lo habían empleado. Más bien era un enfoque paralelo. Cada uno de ellos se preparó para contribuir con su fuerza a impedir la creación de un puente sólido y duradero desde ese lugar al destino que deseaba Yath, sea el que fuere tal destino.

Mientras trabajaban, el navío se fue escorando cada vez más hacia la proa hasta que no les quedó más remedio que sujetarse a la popa. Regalo y Sept los amarraron a

los costados, el timón y la regala. El Melancólico ganó velocidad y se deslizó, entre crujidos, por el flujo de materia caótica informe. Ho se preguntó si las formas que habían presenciado eran sus habitantes o sus prisioneros. Algún mago, quizá, atrapado al intentar manipular el potencial de la materia inexpresada, como había osado hacer él tanto tiempo atrás.

Algo más adelante, una abertura en la oscuridad desgarraba el flujo y lo partía por la mitad. Ho vislumbró estrellas, ¿un cielo nocturno? El navío se ladeó todavía más, muy rápido, ya estaba casi vertical, y después se precipitó al interior. Ho tuvo la breve impresión de estar cayendo en la nada. Estiró el brazo entonces hacia lo que Su, Penas y Devaleth estuvieran dispuestos a ofrecer y estuvo a punto de retroceder. *¡Cuánta capacidad! Se acercaba incluso a la suya. ¡Beru, que no terminase seduciéndole! ¡No era de extrañar que ninguno estuviera dispuesto a ofrecerse a Yath!*

—¡Aguantad!

Absorbidos por un viento que aullaba y silbaba. Una explosión instantánea de maderas que chocaban y se astillaban. Un golpe mortal. Volteretas. Nada.

Noche estaba sentado con Urfa, Bocha y unos cuantos sargentos de sabotadores más observando a sus chicos y chicas, que intentaban encender fuegos para poder hacer una comida caliente. La oscuridad de Heuk todavía recorría su posición, pero se iba deshilachando poco a poco, se iba disipando. Noche calculó que habría desaparecido al amanecer. El propio Heuk dormía todavía, acurrucado no muy lejos con una sonrisa atontada y babosa en la cara, el jarro aferrado con más fuerza que si fuera una chica de alquiler, o un chico. Noche estaba también listo para irse a la cama cuando Urfa le lanzó una mirada bizca de ojos saltones y le hizo un gesto para que se apartara.

El que llegaba era la espada del Imperio en persona, vendado y lleno de sangre, la armadura tintineando, repleta de porrazos y marcas; marchaba con paso firme hacia el fuego de los oficiales seguido por su escolta de tenientes y capitanes. Noche agachó la cabeza. *Dioses, no... ¡por favor, no nos jodas más!*

—¿Por qué no nos movemos? —preguntó el hombre en voz tan alta que en la ladera pudieron oírlo todos—. ¡Di la orden de marchar! La Guardia continúa en el campo de batalla. ¡Debemos atacar!

Entre los sabotadores reunidos se volvieron las caras de los que discutían el mejor modo de prender un fuego. Habían estado comparando cajas de yesca y pedernales, palos de carbón de combustión lenta envueltos en cuero, lechos de plumón de oca y brasas de hilas, y entretanto los fuegos permanecían sin encender. *Oh-oh.* Noche se levantó y les hizo un gesto a Urfa y Bocha para que lo acompañaran. Los tres se dirigieron sin prisa adonde los capitanes Hojalatero, Kepp y

Flor intentaban ponerse en pie con cierto esfuerzo. Kepp y Flor ayudaron a levantarse a Hojalatero con un palo acolchado que habían improvisado a modo de muleta.

—¿Sí, espada? —empezó Hojalatero.

—¿Por qué no se han transmitido las órdenes de que se reúnan las tropas? —preguntó Korbolo, que pronunció las palabras con gran cuidado.

—¿Para ir... adónde? ¿Señor? —inquirió Hojalatero.

El comandante napaniano lanzó un brazo hacia el oeste.

—¡Al oeste! ¡Queda todavía un baluarte de la Guardia! Podrían atacarnos en cualquier momento. Hay que erradicarlos. ¡Masacrar hasta al último de ellos!

Hojalatero se pasó el pulgar y el índice por el bigote plateado con gesto pensativo.

—Los mensajes indican que, a todos los efectos, se han retirado, espada —dijo con tono razonable.

Korbolo se acercó al capitán y torció la boca en un gesto exagerado de decepción.

—¿No estarás rehusando acatar una orden directa, verdad, capitán? —preguntó, su voz se había hecho muy suave—. Porque haré que te arresten. Y luego, mañana, después de que los hayamos matado a todos, a mí, Korbolo Dom, espada del Imperio, me proclamarán vencedor de la Guardia Carmesí, el que derrotó a Despellejador. Y haré que te crucifiquen a ti y a todas tus tropas. Créeme, no sería la primera vez. Y ahora... salid de aquí.

Un saludo marcial de Hojalatero.

—Ave la espada.

Korbolo respondió al saludo.

—Muy bien, capitán. Continúa. —Se alejó con paso firme seguido por su tropa y dejando a Hojalatero dando saltitos y estudiando su muleta. Noche, Urfa y Bocha se acercaron corriendo junto con los otros sargentos. Todo el mundo hablaba a la vez, se quejaba, amenazaba, se negaba a moverse. Muchos señalaban en la dirección del dormido Heuk. Hojalatero, Kepp y Flor levantaron las manos para pedir calma.

—No tenemos alternativa —dijo Hojalatero con tono seco—. Haced una camilla para el mago. Nos lo llevaremos con nosotros. Quiero una columna de infantería con escaramuzadores alrededor. A la primera señal de problemas, nos metemos aquí otra vez, ¿estamos?

Noche se limitó a sacudir la cabeza ante la asombrosa, monumental estupidez de todo aquello. Lo había conseguido a pesar de todo: los había jodido bien.

Noche optó por alinearse con los escaramuzadores y dejó que a Heuk lo transportaran en medio de las filas. Su pelotón, más que marchar se escabulló, dispersos, con las ballestas preparadas, agazapados. Un relámpago desvaído rozó el horizonte oriental; las estrellas eran más tenues allí. Noche lanzó un par de miradas rápidas sobre su gente. Habían tenido suerte, únicamente habían perdido a dos: Kal y

el muchacho, Caqui. Lo del muchacho había sido lo que más había dolido. No solo porque fuera joven, sino porque había sido abatido por uno de los suyos. Entre todo el follón de gente que saltaba por la trinchera, entraba y salía, habían zangoloteado la ballesta de alguien, que se había disparado justo al lado de la cabeza del chico. Sin más. A todos les había costado asumir el golpe.

Por suerte esa parte del campo de batalla estaba relativamente vacía. Lo peor estaba justo al sur, donde los fuegos seguían ardiendo y donde revoloteaban los milanos y otros osados depredadores de la noche. Habían cruzado la mayor parte del campo de batalla cuando un contingente de jinetes salió de la oscuridad aporreando el suelo.

—¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego! —oyó Noche que los sargentos bramaban entre los escaramuzadores. Era una tropa de lanceros wickanos que se acercó y se detuvo con un tirón de riendas.

—¿Quién está al mando? —gritó uno, un viejo veterano. De hecho, todos parecían veteranos curtidos en mil batallas.

—La espada del Imperio —fue el grito que respondió—. Korbolo Dom.

Los wickanos se quedaron mirando con la boca abierta, inmóviles; después, las manos fueron a los cuchillos largos envainados y otras armas. Resonaron maldiciones wickanas.

—¿Qué nombre has dicho? —preguntó otra vez el anciano portavoz, como si no lo creyese.

—¡El mío! —Korbolo se acercó caminando desde la columna—. ¿Qué nuevas hay?

El anciano veterano canoso apoyó los antebrazos en el pomo de la silla alta y estudió al hombre con algo parecido al asombro. Al final, tras un rato, sacudió la cabeza y escupió a un lado como si quisiese quitarse de la boca un sabor amargo.

—Eres audaz y valiente, lo admito. ¿Qué se siente, asesino, al ver que ahora estás en deuda con nosotros?

Korbolo no parecía en absoluto preocupado.

—Yo no estoy en deuda con nadie. Soy la espada del Imperio, bajo mi mando están todas las fuerzas imperiales.

—Mejor para nosotros, entonces, porque según tu propia emperatriz, no pertenecemos a las fuerzas imperiales. Sin embargo, nos debes tu victoria a nosotros. Me pregunto, entonces, qué recompensa podría ofrecernos el trono para pagar tal deuda, ¿eh?

La sonrisa confiada de la espada era casi una mueca de satisfacción.

—Tales asuntos los debe juzgar la emperatriz.

—Así es. Y ella y el ejército entero fueron testigos de lo que ocurrió esta noche. —El wickano tiró de las riendas y la tropa salió al galope.

Noche los observó irse. *Caray, allí sí que había historia*. El relato oficial era que los wickanos de Siete Ciudades habían traicionado los intereses imperiales y Korbolo había conseguido salvar la situación a duras penas. En cuanto a él, Noche no se creía ni una sola palabra y ese enfrentamiento acababa de rematarlo. Los wickanos habían tratado a Korbolo como si él fuera el traidor. Se volvió hacia su pelotón, que permanecía allí observando a los jinetes que se retiraban.

—¡Moveos! ¡Vamos! Tenemos terreno que cubrir.

Algo más adelante, la llanura se alzaba en una serie de colinas modestas. Una contenía el refugio de los guardias carmesíes que quedaban. Unos tres mil, según había oído, y quién sabía cuántos juramentados entre ellos. Rodeaban la colina las tropas del puño D'Ebbin, además de todos los talianos, falari y otros elementos que se habían unido a él durante la noche. La caballería wickana también la rodeaba, parecían listos para cargar contra la colina sin ayuda de nadie. Pero no volaron flechas ni cuadrillos. La Guardia se había retirado detrás de su muro de escudos y los imperiales se limitaban a mantener el encierro.

Kibb se acercó junto a él. El muchacho resoplaba bajo el peso desacostumbrado de toda su nueva armadura más la carga de la ballesta, el escudo, la bolsa de municiones y una enorme espada bastarda grisiana, con su vaina y todo, cuya punta coronada de bronce arrastraba por el suelo.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó.

—Llevas demasiado equipo, soldado.

—No planeaba realizar ninguna marcha. No iremos a atacar, ¿verdad? Es decir, ya tuvimos suerte una vez, no tiene sentido insistir.

Noche se echó a reír.

—Escúchate. Estabas listo para mearte en los ojos de todos y ahora solo quieres pasar desapercibido. Te has hecho mayor.

El muchacho se estremeció, furioso.

—¡Que te follen!

Noche siguió riéndose sin dejar de caminar. Qué ricuras cuando se emberrenchinaban así. La risita fue muriendo poco a poco en su garganta al mirar adelante. El cielo tenía un aspecto extraño en el oeste. Unas luces verdes, amarillas y rosas se abrían allí, como las que a veces refulgían en el norte, pero más pequeñas, mucho más contenidas. Una brisa le rozó la cara y agitó los tallos pisoteados y rotos de la hierba. Levantó un puño para pedir el alto y se arrodilló. ¿Qué era eso? ¿Un contraataque de algún mago juramentado?

La columna también se había detenido y se estaban descolgando los escudos. Noche vio a la panda de Urfa y los llamó con la mano. La mujer se agachó junto a él.

—¿Qué pasa?

—Los líos de Oponn.

—No fastidies. ¿Qué vamos a hacer?

Noche recorrió con la mirada la ladera vacía, allí no podía refugiarse ni una rata famélica.

—No sé.

—¿Qué hay de tu viejo amigo, el mago maravillas?

—La está durmiendo. No despertaría ni aunque viniera el propio Embozado.

—Bueno... —La mujer señaló al oeste—. Pues creo que ahí viene.

El aura se iluminó más y se engrosó. Se levantó un viento en el oeste. *Algo grande se dirige hacia nosotros.* Después un destello, como una cortina de rayos, lo cegó. Noche miró a un lado con una mueca, como hicieron todos. Una explosión lo hizo tirarse al suelo. A lo lejos, algo enorme se estrelló contra la tierra, impactó, se agitó, se estrelló en medio de la cacofonía de un objeto inmenso que se deshiciera en mil pedazos. El suelo tembló bajo Noche. Las sacudidas continuaron, se cerraron como los rumores constantes de una tormenta al acercarse. Una forma rodó hacia ellos, una masa de tierra revuelta y cosas pálidas destellando. Y luego perdió velocidad, cayó, se deslizó y la nube de polvo que florecía lo envolvió y ocultó todo.

Siguió un silencio sobrenatural en el que las rocas caían con estrépito y el suelo se movía, daba vueltas y suspiraba. Noche se protegió los ojos y parpadeó para espantar las lágrimas.

La gran nube de polvo y tierra arrojada los envolvió. Cuando se fue asentando paulatinamente, Noche advirtió que algo le había dado un buen mordisco a la colina que contenía a la Guardia. El mordisco bajaba en una larga brecha que abría una ringlera por las filas del puño D'Ebbin y continuaba su camino, poco profundo, dejando un rastro de maderas destrozadas hasta los escombros de lo que parecían ser los restos de un velero de verdad, allí, en pleno centro del continente.

Noche se levantó y se lo quedó mirando, al igual que su pelotón, uno tras otro, junto con los escaramuzadores cercanos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Urfa. El asombro llenaba su voz, los ojos bizcos casi se le salían del cráneo.

—No lo sé.

Movimiento: alguien salía caminando, tambaleándose, de las ruinas destrozadas. Noche y Urfa intercambiaron miradas de asombro maravillado. *¡Por los huevos de Trake! ¿Quién podrá ser?* La figura regresó a los restos y después salió arrastrando a otra. Eso rompió el hechizo para Noche.

—¡Vamos! —chilló—. ¡Ayudadlos a salir! —Los pelotones y los escaramuzadores echaron a correr rumbo al tropel roto de maderas destrozadas.

Era una mujer grande y fornida. Se esforzaba por regresar a las ruinas, pero era incapaz de caminar derecho. Obviamente estaba conmocionada. Su rostro era una masa de carne desgarrada y amoratada, estaba casi desnuda y, por extraño que fuera,

tenía la cabeza afeitada a trozos. Noche la cogió por los hombros.

—¿Cómo te llamas? ¿Qué ha pasado?

La mujer parpadeó, movió la boca, que murmuró y de la que babeó saliva ensangrentada.

—Para —consiguió decir.

—¿Para? ¿Parar qué? ¿Qué quieres decir?

—Páralo... a él. —Y se sentó de golpe con un espasmo en los miembros. Aparecieron más supervivientes, los sacaban a rastras de entre las maderas, todos vestidos de igual manera con harapos y con el pelo cortado a hachazos o afeitado. *Demasiado intactos, tendrían que haber quedado todos hechos pedazos, como el navío. Debían de estar protegidos por la magia.*

Se acercaron corriendo dos hombres, vestidos igual que la tripulación del barco. El brazo de uno estaba lacerado, era una masa destrozada de carne roja, hueso cremoso y tendones colgantes, pero el hombre parecía hacer caso omiso de lo que de otro modo habría sido una herida fatal para cualquier otro ser humano. El otro se apretaba el costado con una mano, un trozo de madera astillada le perforaba por completo el torso. La sangre le empapaba la pechera y esa pierna. *¡Juramentado! Tiene que serlo.*

—¡Buscadlo! —bramó ese, que casi lloraba de dolor—. Un viejo, ¡un nativo de Siete Ciudades! ¡Buscadlo!

—¡Tú siéntate! —chilló Noche, que se acercó a la carrera. Tras ellos, una tropa de wickanos se estaba aproximando.

—¡Encontradlo! ¡Matadlo! —Y lloró, la cara crispada en una agonía absoluta. Los ojos de su compañero se pusieron en blanco y se tambaleó, cayó de rodillas y después de lado. Noche llegó junto al tipo empalado y después se detuvo, no tenía ni idea de cómo proceder.

—¡Sanador! —chilló. Después lanzó un gáñido cuando el tipo se las arregló para acercarse y sacar la espada corta de Noche de la vaina. Armado, empezó a cojear hacia los restos—. ¡Espera! ¿Matar a quién? ¿Por qué?

Detrás de los restos del navío, un fuego violeta salió despedido y golpeó a los wickanos que se acercaban en una ringlera de destrucción incandescente. Caballos y hombres acabaron por los aires, dando vueltas. El propio suelo tembló con la conmoción y Noche se tambaleó.

—¡A él! —gruñó el hombre. Se detuvo con una maldición, cogió con la mano la estaca dentada de madera, tan larga como una espada, y con un grito se la arrancó.

—Pero ¿tú quién eres? —dijo Noche sin aliento.

—Ho. Y ahora vete a buscar a tus hombres... ¡Mátalo ya!

Noche les hizo una seña a los escaramuzadores para que abrieran fuego. Estos se agacharon y avanzaron con gestos furtivos. Un fuego violeta dibujó un arco por el

cielo y talló una veta brillante que atravesó la noche. Todo el mundo miró. Subió como un rayo por encima de ellos y descendió en una curva que se estrelló contra la columna. Sus energías revueltas abrieron una ringlera de unos cinco hombres de anchura entre la masa de soldados. La unidad se rompió como una taza astillada. Los grupos de hombres corrieron en todas direcciones, la mayor parte de regreso al este. *Seguid corriendo, muchachos, buscad refugio, porque lo peor acaba de llegar.*

Ho extendió un brazo.

—Llévame con los otros. —Noche recuperó su espada y lo ayudó a caminar. May se acercó corriendo, encorvada, las manos manchadas de sangre de tratar heridas.

—¡Cavad! —bramó Noche por encima del rugido de la corriente de poder. La mujer hizo un saludo marcial y se fue corriendo.

Noche llevó al hombre adonde se habían reunido los supervivientes del barco. Allí yacía la resistente mujerona y otra mujer, una wickana anciana; el tipo del brazo destrozado; un joven que estaba todavía más magullado y retorcido; y otros dos supervivientes manchados de sangre, lacerados y traumatizados. Varios sanadores salidos de las filas de voluntarios untan y unos cuantos de los regulares malazanos se afanaban en detener las hemorragias apretando con las manos la carne maltratada.

—¿Son todos?

Conteniendo el dolor que lo atenazaba, Ho respondió con voz tensa.

—Sí. Y muchos de estos de aquí son de la Guardia.

—Pues resulta que estamos luchando contra ellos —comentó Noche con tono neutral.

—Los necesitaremos.

Noche no se molestó en preguntar para qué.

—¿Y qué hay de ti? Necesitas un sanador.

—No, yo ya... estoy... mejorando.

Noche se acercó al hombre y examinó el costado desnudo donde, bajo la sangre seca y los fluidos, solo quedaba una cicatriz rosa de lo que había sido una brecha peor que una estocada. *¿Quién, qué, era ese tipo?*

Noche ayudó al hombre a sentarse en la hierba y después se volvió a mirar a los escaramuzadores. Se habían refugiado alrededor de los restos y disparaban a algo que estaba al este, algo más adelante del montón. Surgían entre la hierba, disparaban y volvían a agacharse. *Malditos perrillos de la pradera, eso es lo que son. ¡Eso es! Los Perros de la Pradera.*

Estaba a punto de felicitarlo cuando el suelo osciló bajo él y se tambaleó. Un muro curvo de fuego azul oscuro ondeó hacia el navío, desperdigó a los irregulares y prendió fuego a las hierbas. Noche se lanzó a cubierto. Algo arrojó una sombra sobrenatural sobre todo, una sombra que fue trepando cada vez más y el saboteador se quedó mirando con la boca abierta una mancha o cardenal oscuro en el cielo

nocturno, una mancha que se fundía, se oscurecía, parecía fluir hacia dentro.

Noche les gritó a los hombres y las mujeres que miraban boquiabiertos el cielo.

—¡Cavad!

Kyle y los hermanos Perdidos no cedieron la línea que defendían. Permanecieron en pie, con las armas listas, mientras los kanesianos se mantenían alerta de igual modo, lanzas y alabardas levantadas. Ambas fuerzas miraban a la otra. Los oficiales montados examinaban el cielo del norte; el vigilante, quieto y atento; el comandante, suspirando de aburrimiento y cepillándose el polvo de la sobrevesta. Kyle también echaba miradas rápidas, pero no veía nada más que luces extrañas en el cielo. Tras un rato, el vigilante, Durmis, aspiró una ruidosa bocanada de aire entre los dientes y crispó el rostro con una expresión de alarma. Hasta la cara del comandante pareció inquietarse. Kyle se arriesgó a mirar. Una especie de aura oscura parpadeaba en el cielo iluminado. No se veía ninguna estrella. Un trueno renovado los alcanzó y el puente se estremeció un poco.

—Quédense aquí si lo desean —exclamó el vigilante—, pero nosotros no vamos a meter a nuestras fuerzas en eso. —Al comandante—: Ordene a los hombres que retrocedan, monte una línea de defensa en la orilla sur.

El comandante se dio unos golpecitos en el muslo con los guanteletes y frunció el ceño.

—¿Se hace usted responsable?

—¡Sí, yo me hago responsable!

Un encogimiento de hombros despreocupado.

—Muy bien. Si no queda más remedio.

Levantó una mano e hizo una señal. Unos cuernos sonaron en la retaguardia. Entre la masa de fuerzas de la orilla se alzaron y agitaron banderas de señales. El comandante saludó a Magra y ladeó la cabeza a modo de reconocimiento de su posición. Magra asintió también con una expresión de dolor en la cara.

Tras una buena cantidad de problemas y movimientos varios, el comandante, el vigilante y su escolta consiguieron darles la vuelta a sus monturas. Se abrieron paso a la fuerza y regresaron por el puente mientras sus filas se cerraban detrás.

—¿Deberíamos irnos? —oyó Kyle que preguntaba Magra.

—Esperaremos —respondió K'azz.

Fochas y Malas Tierras se sentaron, sacaron piedras y empezaron a limpiar los filos de sus armas. Fochas incluso se puso a silbar una melodía. Kyle examinó su arma: ni un rasguño, la hoja era una curva fina de un material de color amarillo oscuro, que no era metal, casi traslúcida en el filo. La envainó y envolvió la larga empuñadura con los cordones, tendría que conseguir pronto una nueva vaina, puñeta.

Se acercó Acecho, examinando el yelmo redondo lleno de muescas que llevaba en

la mano.

—Una lucha dura. Bien hecho.

—Gracias. ¿Y ahora qué?

El explorador señaló al norte.

—Esa cosa... hay que hacer algo con eso.

Kyle estaba confuso.

—¿Eres mago?

Un bufido.

—¡Por la gran Oscuridad, no! Es solo que percibo este tipo de cosas. Me viene de familia.

—¿Y? ¿Qué hacemos?

—¿Nosotros? —El explorador sacudió la cabeza. Su largo cabello rubio ceniza le colgaba lacio y enmarañado por el sudor—. Nada. Esto es cosa de los magos. Pero puede que necesiten que los cubran.

Los kanesianos seguían retirándose. Las filas de la retaguardia retrocedieron con las lanzas levantadas, observándolos con atención mientras se alejaban. Los juramentados, Kyle y los hermanos Perdidos lanzaron rápidas miradas a K'azz y esperaron. Se fueron pasando botas de agua. Un punto de luz apareció de repente en el puente y todo el mundo se irguió y se llevó las manos a las armas. El punto se fue hinchando y convirtiéndose en un remolino resplandeciente del que salió un tipo bajo y flaco, vestido con túnicas sucias y raídas y el cabello despeinado y estrafalario. Kyle sonrió, contento de ver otra vez a Humo.

El mago fue a abrazar a K'azz, pero se detuvo en seco. Su ancha sonrisa se desvaneció en una mueca de confusión angustiada. K'azz desechó la preocupación del hombre con un ademán.

—Parece peor de lo que es. —Apretó los hombros del mago—. Me alegro de verte otra vez.

—Yo también.

—¿Qué noticias hay?

—No pinta bien. Despellejador ha reunido a todos los magos que quedan. La buena noticia es que Penas y Dedos están con nosotros, magullados pero vivos.

K'azz se quedó inmóvil, la sonrisa vaciló.

—No... no sabía que habían desaparecido.

Humo se maldijo.

—Perdón...

—No pasa nada. Sé que me falta mucho para ponerme al día. —Se volvió hacia Magra—. Bien hecho. ¿Qué te parece? ¿El destacamento puede romper filas?

Magra se inclinó con una gran sonrisa. Levantó el yelmo y lentamente y con mucho cuidado se lo puso en la cabeza ensangrentada.

—¡Destacamento, retirada!

Cole cogió a Negro en brazos. Amatt levantó con suavidad a Turgal. Magra reunió el equipo, al igual que Acecho, Malas Tierras y Fochas. Humo se acercó a Kyle y lo miró de arriba abajo con una expresión de aprobación.

—Te debemos una disculpa y nuestra gratitud. —Le tendió la mano. Kyle la cogió, cohibido—. Y te debemos más de lo que podremos pagar jamás.

Kyle hizo una mueca.

—No digas eso.

Humo se echó a reír.

—Ah, sí, claro. Muy bien. De todos modos, gracias. —Regresó al remolino del portal de la senda y mandó entrar a todos con un ademán. Kyle pasó el último. Cuando metió un pie y se inclinó hacia delante, todo lo que tuvo fue la impresión fugaz de una luz brillante y cegadora y aire seco recalentado y después salió con torpeza a unas hierbas crujientes, secas, pisoteadas. Lo asaltó el ruido de un campamento atestado y sometido a un asedio.

Faltaba muy poco para el amanecer, pero la oscuridad se aferraba a las revueltas y maltratadas laderas que lo rodeaban. Parecía concentrarse sobre el otro lado del campo de batalla y se aferraba a sus bordes como si no quisiera rendirse a la luz creciente. Otra mancha o nube oscura ocultaba el centro. Flotaba sobre unas ruinas que parecían haber sido diseminadas por la ladera entera.

Kyle miró a su alrededor, sin saber muy bien adónde ir o qué hacer. Todo el mundo parecía haber desaparecido. Lo que quería era dormir, pero no parecía que fuera a haber muchas posibilidades de eso para nadie. Ogilvy se acercó a la carrera, una sonrisa llena de dientes retorció su cara redonda. Cogió a Kyle por los hombros y lo sacudió.

—¡Bien hecho, muchacho! Bien hecho. ¡Me alegro de verte de nuevo entre nosotros!

Su antiguo sargento, Zanja, apareció para llamarlo con la mano. El hombre le apretó el hombro.

—Lo siento, muchacho, no tenía ni idea. —Kyle desechó la disculpa con un ademán—. Pero bueno, te han ascendido. K'azz quiere verte. Por aquí.

Zanja lo llevó al otro lado de la colina. Mientras caminaban se alzó un grito y los soldados de la Guardia Carmesí se agacharon y se pusieron a cubierto. Kyle miró a su alrededor, sorprendido, y vio una bola o una lanza de fuego azul que se arqueaba como si la hubiera lanzado una catapulta y se precipitaba hacia ellos. Zanja lo tiró al suelo. El ataque parecía haberse originado en la oclusión oscura que manchaba el aire en mitad del campo de batalla.

El relámpago, o lo que fuera, cayó como un martillazo a corta distancia de su posición. Impactó, abrasó el suelo y levantó una tormenta de humo y polvo. Fue un

hacha que se abrió paso entre las filas de las fuerzas de asedio y que esparció cuerpos al aire, como si fueran muñecos, que empezaron a dar vueltas y desaparecieron consumidos por aquellas asombrosas energías puras. Su rugido asaltó los oídos de Kyle como una tormenta de fuego y una catarata combinadas. Desapareció igual de súbito, haciendo que Kyle, que había estado resistiéndose a aquella fuerza, se tambaleara. Dejó a su paso una gran cicatriz irregular de ceniza negra quemada y tierra batida. *¡Por los grandes espíritus! ¿Qué puede hacer nadie contra algo tan asombroso? ¿Es esto la tan cacareada potencia de fuego malazana de la que tanto he oído hablar?* Pero había golpeado un atrincheramiento malazano. Mientras Kyle miraba, otro de los latigazos salió dibujando un arco hacia el lado contrario y descendió sobre el otro borde del campo de batalla. Zanja lo tocó en el hombro y lo sacó de su trance. El sargento le hizo un gesto para continuar.

Fue una reunión en la que Kyle se sintió completamente fuera de lugar. Acecho y los hermanos Perdidos no estaban, seguro que se habían escabullido. Al único que conocía, aunque fuera de forma vaga, era a Humo. Era una reunión de magos y comandantes. Trémula presidía, con K'azz a su lado. Estaban presentes magos a los que Kyle apenas conocía. Aprendió los nombres según iban hablando: Lor-sinn, Shell y Ópalo, todas mujeres y magas veteranas, curtidas en mil batallas. También Gwynn, a quien Kyle conocía como uno de los magos de Despellejador. Calvo, con perilla y pendientes de oro, todo de negro. Al parecer se había separado de su antiguo comandante. En total, unos seis magos juramentados.

En el curso de la conversación quedó claro que solo estaban resistiendo. Desviar los ataques estaba cobrándose todas sus fuerzas. De hecho, Trémula había hecho una propuesta a los imperiales sobre un ayuntamiento de recursos y aguardaba una respuesta. Al parecer, la noche anterior los malazanos habían desvelado a un mago supremo del que nadie sabía nada, pero que había impresionado a todos enormemente.

Llegó corriendo un mensajero y habló con Trémula, que asintió. La comandante se dirigió al grupo.

—Los representantes malazanos. —Se dejó espacio en el círculo. El contingente estaba formado solo por tres: dos adolescentes, flacos y con miembros largos y desgarrados, las cabelleras negras, despeinadas, casi idénticos, ¿mellizos? Eran jóvenes, sí, pero sus rostros cautos y con las líneas de expresión muy marcadas hablaban de experiencia y una madurez muy superior a los años que tenían. El tercero era un hombre mayor, ancho y musculoso, con el cabello corto y canoso que lucía los hematomas y cortes de muchas heridas tratadas. Sus rasgos amplios y brutales lucían un ceño salvaje. K'azz, Trémula y los otros juramentados, todos se inclinaron ante aquel hombre.

—Comandante Urko, bienvenido.

El veterano señaló con un gesto a sus acompañantes.

—Nada y Menos. Bien, ¿qué proponen?

—Cooperación. Juntos podemos defender a toda nuestra gente de estos ataques. Pero debemos unirnos. —Trémula señaló a los jóvenes—. Tiene a dos wickanos con usted, ¿qué hay de su cuadro de magos?

—Defienden el reducto del este y a todos los soldados que se han refugiado allí.

—Entiendo. Así que somos solo nosotros.

Urko hizo crujir los nudillos de sus grandes manos llenas de cicatrices.

—Oigo hablar de defensa. ¿Qué hay de ofensivas? Tengo entendido que lo más recomendable es cerrar esa cosa. Pero ¿qué es?

—Un desgarró —respondió Shell—. Hay fuentes que informan de restos de uno al sur de Genabackis. Existen otros. Son roturas en la tela de las barreras que hay entre los reinos. Ningún teúrgico en su sano juicio se atrevería a crear un desgarró. Solo las grandes matronas de los k'chain che'malle podían dominarlos.

Ese extraño nombre, k'chain che'malle, hizo descender el silencio sobre los magos reunidos. Hasta Kyle sintió en su interior los ecos de la más antigua de las leyendas de su pueblo: terrores sin forma en la noche.

Tras una pausa para cerciorarse que se comprendía ese punto, Shell continuó.

—Este parece haberse abierto al Caos. Y está creciendo. Puede que nunca pare. Sí, hay que cerrarlo y al coste que sea.

Urko lanzó un gruñido de comprensión.

—¿Cuál es el plan?

La mirada de Trémula se detuvo en el este.

—Según tenemos entendido, un solo mago es el responsable y está alimentando el crecimiento. Ahora mismo, el desgarró no puede mantenerse solo, pero se nos está acabando el tiempo. La muerte del mago debería cortarlo.

—Si se le puede matar —comentó por lo bajo el adusto Gwynn, junto a Kyle.

La colina se sacudió y todo el mundo se agachó cuando otro latigazo de poder palpitante negro azulado aporreó los terrenos entre las líneas malazanas. Los chillidos y gritos lejanos eran audibles, aunque el rugido hizo estremecerse a Kyle. Urko levantó los puños temblorosos como si quisiera romper algo o a alguien en ese mismo instante.

—¡Cabrón! —Y señaló a los mellizos—. ¡Disponedlo todo! —Después a Trémula—. ¡Vamos a subir! —Y se dispuso a partir.

—Un grupo grande solo atraería la atención —dijo la chica, Menos.

Con el yelmo bajo el brazo, Trémula se apartó el largo cabello negro y liso y asintió con gesto brusco.

—Una partida pequeña.

—¿Cómo nos acercamos? —preguntó el joven varón, Nada.

—Necesitaréis contar con el factor sorpresa —dijo una nueva voz desde no muy lejos. Todo el mundo se volvió. Se encontraron con un tipo delgado vestido con ropas oscuras y una sonrisa engreída en la cara estrecha y demacrada. Trémula levantó una mano para impedir cualquier acción.

—Zarigüeya. ¿Qué recado traes?

—Para tal propósito estoy autorizado a ofrecer la cooperación imperial.

—¿Por ejemplo? —preguntó Humo, ácido en la voz.

—Paso a través de la senda Imperial.

—Esa senda es una trampa mortal —dijo Gwynn.

La sonrisa engreída regresó.

—Solo para los que no estén autorizados a acceder a ella.

Entre los magos se volvieron cabezas y se entrecerraron ojos.

—Laseen... —dijo Humo por lo bajo.

La garra esbozó una reverencia cortés.

—No soy más que un humilde mensajero.

Los gemelos wickanos, Nada y Menos, se presentaron voluntarios. Tras mucho debate entre los magos juramentados, se decidió que su contribución serían Gwynn y Humo. Zarigüeya les franquearía el paso.

Mientras los magos se preparaban, Kyle fue a ver a Humo.

—Buena suerte.

El mago sonrió y mostró sus dientecillos puntiagudos como los de una rata.

—Igual que en los viejos tiempos, ¿eh? Y hablando de eso, veamos esa nueva espada.

Kyle la sacó y se la tendió. Humo fue a cogerla, pero apartó las manos con una sacudida. El mago se la quedó mirando, obviamente asombrado, después alzó los ojos hacia Kyle.

—Esta hoja no es de metal. No me atrevería a intentar marcar eso. Escucha lo que te digo, no se la enseñes a nadie.

Kyle la envainó.

—Gracias. Iría si pudiera.

Un bufido y después el mago se pasó una manga por la frente llena de mugre.

—Quizá no te quede más remedio. Nadie dice que vayamos a conseguirlo. —Le dijo adiós con la mano. Kyle vio que Acecho se había acercado a mirar y acudió junto a él.

—¿Qué te parece?

Acecho fruncía la boca bajo el bigote rubio.

—Deberíamos ir todos. Golpear lo que sea con todo lo que tenemos. Quizá entonces tengamos alguna oportunidad.

Kyle se quedó mirando al hombre que continuaba observando los preparativos de los magos, el ceño iba profundizándose cada vez más. *La situación no puede ser tan desesperada, seguro, ¿verdad?*

Noche se fue arrastrando bocabajo de un pozo a otro. La carne de la espalda le cosquilleaba con la certeza de que energías que podían evaporar el hierro crujían y zumbaban a solo un tiro de piedra encima de él. *Hormigas. Aquí abajo solo somos hormigas.* Encontró el pozo siguiente y se dejó caer en la depresión que le llegaba a la cadera y en la que los soldados, de rodillas, cavaban con frenesí con esas herramientas de saboteador en otro tiempo tan vilipendiadas pero que tan valiosas eran: las palas. Gritó por encima de la avalancha de poder.

—¿Alguien aquí le ha echado un vistazo a quien abismo sea eso?

Respondió el más cercano.

—Sí. Lo vi yo. ¡Es el Embozado en persona que ha venido a buscarnos! —Señaló hacia arriba—. ¡Y se ha traído la puerta con él!

Noche apartó de un empujón al gracioso y siguió.

—Es un mago —le gritó uno al oído cuando pasó—. Envuelto en llamas. No lo alcanzó ninguno de los cuadrillos, se quemaron. ¡Hasta se fundieron! —Noche asintió para dar a entender que lo comprendía.

—¿Dónde está ahora? —chilló. El tipo hizo un gesto para indicarle que se encontraba algo más adelante—. Gracias. —Noche señaló el camino por el que había llegado—: ¡Cavad por ahí, enlazad! —Un asentimiento. Al llegar al final del pozo, Noche fue subiendo para deslizarse fuera. La pechera del camisote arañaba el suelo a medida que él se arrastraba apoyado en los brazos y las piernas. Entre la hierba azotada por el viento vio al tipo, o lo que debía de ser el tipo. Era un remolino achaparrado, un tornado de poder dentro del que conseguía distinguir una silueta humana con los brazos alzados.

Noche volvió la cabeza para mirar hacia arriba. Era engañoso, pero la invocación, o lo que fuera, parecía flotar justo encima de él. La altura era difícil de calcular, ¿la cima de un árbol alto, quizá? Una oscuridad teñida de gris hervía y se agitaba dentro. Alrededor de él, polvo y fragmentos de paja flotaban hacia arriba, atraídos por una corriente creciente que parecía llevar a la cosa. *¡Por el abismo! Y es que encima quizá fuera justamente eso.*

Algo le tocó la pierna y estuvo a punto de estallarle el corazón. Volvió la cabeza, era uno de los juramentados, la cara toda amoratada y llena de magulladuras, un ojo tan hinchado que no se abría. Penas, así lo había llamado Ho. El juramentado lo conminó con un ademán a que regresara. Noche lo mandó marchar con la mano, ¡maldito idiota! ¡Había estado a punto de hacerle saltar y salir corriendo! El tipo hizo otro gesto, insistente. *¡Está bien!* Noche retrocedió a rastras.

Se encontraron en una trinchera de la retaguardia. Los saboteadores de Urfa y Noche trabajaban a su alrededor profundizando sus terraplenes. Estaban presentes los sargentos de saboteadores, los supervivientes del barco destrozado y dos sargentos de elementos de la infantería pesada que habían quedado aislados y que se habían acomodado en la hierba: Pellán, de Falar, y Turmalín, de Moranth. A Noche le sorprendió y complació por igual ver también a Heuk.

—¿Qué estás haciendo aquí? —gritó.

El viejo mago hizo una mueca y se rascó la barba desigual.

—Los muy cabrones me dejaron caer y se fueron corriendo. Me despertaron.

Tras las presentaciones, el sargento de la infantería pesada malazana, Pellán, tomó la palabra.

—¿Qué podemos hacer? ¿Aparte de sacar el culo de aquí?

—No podemos movernos —dijo Ho—. Todo lo que se mueve sufre un impacto y termina consumido por las llamas.

—¿Entonces qué podemos hacer? —Pellán señaló con furia al cielo—. ¿Es que no hay nada que podamos hacer contra eso?

Abrió la boca, pero el moranthiano dorado fue el que habló.

—Hay que cerrarlo.

Todo el mundo se volvió hacia él... o ella.

—Sabemos de estas... cosas. Un resto de una todavía existe al sur de nuestras tierras. Son crímenes contra la existencia. Minan el propio suelo sobre el que vivimos, el aire que respiramos. Debe destruirse cueste lo que cueste.

Pellán parpadeó, estaba claro que le impresionaba semejante pasión, pero volvió a señalar.

—¿Qué? ¿Ahí arriba? No hay nada que podamos hacer, a menos que nos carguemos a ese mago.

—Imposible —dijo Ho—. Cualquiera que se acercara acabaría incinerado.

Pellán levantó las manos al aire, exasperado.

—¡Entonces más vale que a los magos se os ocurra algo! —Y señaló a Heuk.

El mugriento mago intercambió miradas con Ho, los llamados Penas y Dedos y la maga grande de brazos gruesos llamada Devaleth. La última, la anciana bruja wickana, todavía tenía que recuperarse con la ayuda de la escasa sanación improvisada que se podía proporcionar. Todos parecían todavía un poco agresivos, pero mostraban una seriedad letal; tanto que Noche se encontró preguntándose cuál sería su relación con el origen de esa cosa. Si tan grandes enemigos eran, ¿por qué estaban juntos en el mismo barco? Y además, la mayoría eran magos. En lo que a Noche se refería, cuando se ponían tantos magos en el mismo lugar había una garantía casi absoluta de que empezaran a pasar cosas así.

Ho se encorvó todavía más, como si lo aplastara el horno abrasador que flotaba

encima de ellos.

—Puede que no podamos acercarnos al invocador, pero la brecha en sí está creciendo, expandiéndose.

—¿Y? —dijo Pellan.

Turmalín asintió con la cabeza cubierta por el yelmo.

—Se aproxima y está cada vez más a nuestro alcance —dijo el, o la, de Moranth con tono neutro.

Ho y el dorado, o dorada, se estudiaron sin decir nada hasta que Ho bajó la mirada, con gesto culpable, le pareció a Noche.

—Vais a intentar alterarlo —dijo Dedos desde donde estaba sentado. Se sujetaba la ensangrentada cabeza vendada con una mueca de dolor.

—Sí —dijo Ho—. Un estallido lo bastante grande podría ser suficiente para perturbar el flujo. Sobre todo mientras todavía está estableciéndose.

Pellan se echó hacia atrás y se cruzó de brazos.

—¡Ah, un plan maravilloso! ¿Y quién va a hacerlo?

—Lo haré yo —dijo Turmalín.

Nadie tenía nada que añadir a eso.

Alguien o algo picó a Noche, que se había puesto en cuclillas. May estaba de rodillas tras él y lo miraba furiosa. Él articuló un «¿qué?» sin ruido. La joven le hizo un gesto frenético para que hablara. La expresión se profundizó y se convirtió en una mirada asesina. «¡Está bien! ¡Está bien!»

—Sí, yo te ayudo —le dijo a Turmalín. El, o la, de Moranth hizo una pequeña inclinación con la cabeza. *Yo te sujeto la cuerda o algo así, quizá.* Noche le hizo una señal a Urfa y se apartaron un poco. Después juntaron las cabezas para hablar en voz baja.

—¿Cómo vamos a quitarles el material a nuestros chicos y chicas? —preguntó Urfa.

—Buena pregunta. Diles que el dorado tiene municiones para distribuir... seguro que así vienen corriendo.

Urfa lanzó una carcajada que mostró una boca llena de dientes torcidos.

—¡Maldita sea, sí que tienes mala leche, Miedica! De acuerdo, haremos correr la voz. Que unos cuantos de la pesada de por aquí los acorralen.

—Necesitaremos un montón.

Cuando los gritos y los llantos empezaron a remitir, junto con los ruegos y las súplicas de Mandíbula y las amenazas de los veteranos de Urfa de matar a alguien, los de la pesada se llevaron a rastras a los últimos sabotadores y Noche y Urfa repasaron el botín que habían reunido. Tuvieron mucho cuidado. Algunos chistosos eran muy capaces de poner trampas en sus mochilas con pequeñas cargas, como las

«mechas palo» moranthianas. Turmalín llegó con todo lo que los dorados tenían con ellos. Colocaron las municiones más grandes todas juntas: ocho malditos y cuatro buscapiés. Una colección aterradora, en lo que a Noche se refería. Lo que jamás había soñado ver reunido en un solo lugar en toda su vida. Un alijo capaz de derribar una fortaleza entera. Pero cuando estudió la turbulenta brecha que se precipitaba en la nada y giraba con pesadez como un remolino ladeado, el montón le pareció risible. Pero era todo lo que tenían.

Turmalín empezó a meterlo todo en las bolsas de viaje de lona con armazón de madera moranthianas. Después de observar durante un rato, Noche se puso a ayudar. Cada uno cogió dos bolsas y las llevaron al borde más cercano del terraplén. Urfa los siguió, colocó bien las correas para sujetarlas y las ciñó.

—Preferirías enfrentarte a Ryllandaras cualquier día antes que a esto, ¿eh? —gritó la saboteadora por encima del tronar continuo del cielo.

—¡Desnudo y con mermelada metida por el culo!

Con una carcajada, Urfa levantó los pulgares.

Varios magos bajaron deslizándose a la trinchera de tierra, las caras apartadas de la mancha que pendía sobre todos. Heuk se acercó a Noche.

—¿Qué pasa? —preguntó Noche.

—Algunos van a salir con vosotros —gritó el anciano mago con la boca pegada al oído de Noche.

—¿Para qué?

—Por si os ve, harán lo que puedan.

—¡Ah, genial!

Turmalín se volvió hacia Noche e indicó con la mano que era hora de salir. Treparon muy despacio y salieron. Noche se impulsó con la parte interior de las desgastadas sandalias de cuero mientras se sujetaba a unos puñados de hierba dura y afilada. El remolino de polvo le daba ganas de estornudar. Arrastraba las bolsas de municiones a ambos lados. Entre la hierba vislumbraba de vez en cuando a los magos que los acompañaban: Ho y Penas, por lo menos. Después tomaron caminos diferentes y los perdió de vista.

Mientras se arrastraban muy despacio, un pensamiento ocioso se le ocurrió a Noche, que se dirigió a Turmalín.

—Tú, moranthiano, me preguntaba si tenéis mujeres entre vosotros.

—Por supuesto. Todos son necesarios en la defensa de nuestra tierra natal.

—¿Y tú? ¿Qué hay de ti? Es decir... Turmalín... entre vosotros... ¿es un nombre de mujer o de hombre?

El yelmo dio una sacudida brusca como si Turmalín se hubiera ofendido.

—¡De mujer, por supuesto! ¿Es que no es obvio? —Y se alejó arrastrándose y levantando polvo.

Noche se detuvo un instante, asombrado. *¡Por todos los dioses del cielo y del inframundo! ¡Le rodeaban por todas partes! May, Urfa, Bala, Manos y ahora Turmalín. ¡Mujeres fuertes! Eran la plaga de su vida.*

Pasaron junto a las ruinas desperdigadas y enmarañadas del barco, Noche alcanzó a la moranthiana y se encontró con que la mujer había sacado una pala de saboteador y estaba agrandando un corte en la gruesa capa de raíces de la hierba de la pradera. Noche levantó la vista: la mancha, o desgarró, o lo que fuera, parecía colgar por el borde justo encima de ellos. La tierra levantada por los esfuerzos de Turmalín se hinchaba y se alzaba como humo, absorbida cada vez más, era de suponer que para meterse flotando en la brecha. Noche hizo una mueca al imaginarse a sí mismo siguiendo el camino de esa tierra. *Metiéndome en el abismo, o la brecha del propio Caos.*

Sabiendo que solo había espacio para que trabajara uno, Noche se asomó entre las hierbas que ondeaban al viento y observó. El mago se alzaba a cierta distancia, una silueta más oscura que parpadeaba dentro de la cortina giratoria de energías multicolores que lo rodeaban como una mortaja deslumbrante.

Vigiló durante un rato. Los rayos sesgados del sol lo castigaban calentándole el yelmo redondo. Estaba sudando y tenía una sed de mil diablos. Calculó que debían de estar como a media mañana. Tras él, Turmalín excavaba una depresión con forma de cuenco en la gruesa capa gris más superficial del suelo.

Y entonces, un movimiento repentino. Habían aparecido cuatro figuras de la nada entre el mago y él: dos wickanos y dos guardias carmesíes. Noche se quedó mirando con la boca abierta y después se aplastó contra el suelo todo lo posible. ¡Los imperiales y la Guardia estaban moviéndose!

El poder estalló, y tiró a Noche de espaldas, también sacudió el suelo con tanta brusquedad que lo hizo temblar. Entre las hierbas cobraron vida fuegos repentinos. Noche se removió, rebotó y se arrojó encima de Turmalín, que se había tirado sobre su excavación. Hablar era imposible: un aullido feroz, rabioso, vapuleaba a Noche y lo hacía gritar sin ruido. Se arriesgó a levantar la vista con los ojos entrecerrados, la cara protegida para defenderse de la tierra y la paja que lo golpeaba. Los cuatro derramaban energías castigadoras sobre el único mago, que respondía con sus propios latigazos, que azotaban a todos y cada uno. Pero no estaban solos: Ho y Penas también habían aparecido y se habían sumado a los esfuerzos.

Tuvo la impresión de que los seis estaban haciendo progresos; los ataques del mago parecían debilitarse, vacilar. *¡Sí! ¡Van a conseguirlo!* Pero la serpenteante penumbra de energía que lo rodeaba no parecía estar mermando en absoluto. El fuego argénteo que salía, abrasador, de uno de los atacantes el mago se limitaba a desviarlos para que girara hacia dentro y añadiera su propia capa a las que envolvían al mago

como una red. *¿Qué ocurre? ¿Por qué no podemos vencerlo?*

Un estruendo apartó la atención de Noche del frente. Miró atrás y se quedó con la boca abierta, horrorizado. Maderas rotas, fragmentos astillados de tablas hechas pedazos y quincalla enredada en cuerdas volaban por los aires en su dirección. *¡Cuidado!* Pero por supuesto no pudo advertir a nadie, solo pudo agacharse y cubrirse la cabeza.

Los escombros se precipitaron sobre la zona, azotando y siseando por el aire con la fiereza de unos cuadrillos de ballesta disparados desde un escorpión de asedio. Noche observó, colérico y horrorizado, los restos que giraban como locos por el aire lanzados contra los seis atacantes. Uno quedó decapitado al instante. A todos los arrancaron del suelo como malas hierbas segadas que salieran volando. Le pareció que uno había recibido un golpe en la cabeza de una barra de hierro doblada. A Ho una vez más se le clavaron múltiples fragmentos de madera y a los otros los barrieron de manera similar en un solo golpe maestro.

A su lado, Turmalín le hizo una señal a Noche para que fuera a ayudarlos. Noche indicó con un gesto el pozo. Ella sacudió la cabeza y le pidió sus municiones con un ademán. Noche maldijo, se sacó las correas por la cabeza y después se escabulló corriendo tan agachado como le fue posible.

Mientras corría, mantenía vigilado al mago en su anillo de energías protectoras; el hombre parecía haberle dado la espalda al campo de batalla, lo había descartado una vez más para concentrar sus esfuerzos en el desgarrar. A Noche eso le venía bien. Mientras se arrastraba entre las hierbas azotadas, abrasadoras, lanzó un gañido al encontrarse a dos yendo hacia él, ambos wickanos, jóvenes, chico y chica adolescentes, casi idénticos. Cada uno soportaba heridas espantosas, brechas y cortes que sangraban sin parar, ropas hechas trizas. Noche cogió un brazo de cada uno para ayudarlos a regresar a la trinchera.

Se los entregó a los brazos abiertos de Heuk, dos juramentados llamados Regalo y Sept e incluso la anciana bruja wickana, que se había adelantado. La mujer los acogió y de inmediato empezó a reñirlos en wickano; los dos jóvenes se estremecieron y agacharon la cabeza, parecían escolares arrepentidos. Noche regresó para intentar encontrar a los otros. Los dos juramentados subieron por la trinchera, salieron, se deslizaron tras él y echaron a correr encorvados.

Un movimiento en el campo hizo caer a Noche bocabajo, dos de los magos caídos, que se habían levantado y se acercaban al invocador: Penas y Ho. A pesar de los harapos desgarrados y llenos de sangre que revelaban heridas abiertas, de la espalda de Penas, húmeda de sangre que le oscurecía las piernas, aquella pareja cojeaba con aire implacable hacia el mago. Penas sacó dos hojas cortas. Llegaron a la espiral exterior de energía y se adentraron protegiéndose la cara con las manos. Y le pareció a Noche que, de alguna forma, a pesar del castigo, de la conflagración que lo

barría todo, los dos se estaban abriendo camino. Los dos juramentados se arrojaron al suelo junto a Noche.

—¡Penas! —lo alentó uno—. ¡A por él!

Hasta Noche se encontró apretando los puños. *¡Sí! ¡A por él! ¡Mándalo al Embozado!*

Unas formas aparecieron de la nada detrás de Pena y otros se abalanzaron desde la hierba detrás de Ho. Los juramentados maldijeron, se levantaron de un salto y echaron a correr mientras sacaban las armas. Pena se volvió y se defendió solo para que lo derribara el poder de la energía revuelta, se cayó en una maraña con sus atacantes. Las tres figuras que placaron a Ho a Noche le parecieron extrañamente parecidos, como si todos fueran miembros de la misma familia. Los cuatro rodaron por el suelo en un contorno borroso de patadas y golpes feroces que levantaban terrones de tierra.

Un chisporroteo de poder actínico salió disparado y golpeó a los juramentados que se acercaban, Regalo y Sept, y los mandó dando vueltas por la ladera como si fueran balones. Dos figuras más pasaron corriendo junto a Noche, inclinados, las caras desviadas de los estallidos de magia, eran los jóvenes wickanos, que se dirigían hacia la reyerta en la que se habían visto envueltos Ho y sus atacantes.

Señora, en serio que yo no me alisté para esto. Yo no me alisté para esto en absoluto.

Se estaba planteando regresar a la trinchera cuando se quedó paralizado. Había alguien en pie justo a su lado. Noche levantó muy poco a poco la cabeza: el hombre vestía unos pantalones sueltos, con fajín, y una túnica de mangas largas y de color azul pálido; el cabello, largo y suelto, volaba alrededor de su rostro del color de la caoba, que estaba arrugado en una amarga mueca de disgusto. Noche jamás había visto a aquel hombre antes.

—Les permito sus pequeñas peleas —dijo el tipo como si estuviera pensando en voz alta—. No interfiere en la sucesión. Creía que mi paciencia era inexpugnable. ¡Pero esto! Esto no lo puedo tolerar.

El hombre se limitó a levantar una mano y una explosión cegadora arrojó a Noche a un lado. No supo si había perdido el sentido. No supo si había sido eso u otra cosa. Pero cuando sacudió la cabeza, parpadeando y tosiendo, los ojos llenos de agua, se alzó ligeramente para mirar: una cuchillada de luz brillante estaba apaleando al mago en su giroscopio de energías protectoras. Estaba empujando el tornado entero de fuerzas retorcidas hacia atrás mientras el nuevo mago avanzaba con paso firme.

¡Por los huevos del Embozado! ¿Quién es este tío?

Más restos volaron por el aire, buscando al tipo para azotarlo. *¡No! ¡Otra vez no!* Pero al acercarse estallaron en llamas, las maderas destrozadas se incineraron al

instante, convertidas en copos negros que quedaron flotando. El hierro deformado refulgió, se fundió y se convirtió en una bruma en el humo.

Tres figuras salieron entre el humo y el polvo revuelto: Ho sujetado por los jóvenes wickanos. Se dirigían a la trinchera. Aunque había recibido una paliza y estaba lleno de magulladuras, la cara del mago lucía una sonrisa idiota. La chica wickana vio a Noche e hizo la señal de «retirada». A Noche no hizo falta que le dijeran más.

Entraron en tropel en la trinchera. La gente estiró los brazos y sujetó a Noche. Uno era Heuk.

—Por la misericordia del Embozado, ¿quién es ese? —dijo Noche.

—Tayschrenn. —El anciano mago esbozó una gran sonrisa que dejó al descubierto sus dientes negros y podridos—. ¿No es tremendo?

—Y que lo digas.

La anciana bruja wickana ayudó con Ho, que le dedicó una sonrisa con los labios partidos.

—¿Ganasteis? —le preguntó la anciana. Él asintió con aire cansado.

—Se adhirieron a mí.

—Bien. Sabía que lo harían. —La mujer se volvió hacia los dos jóvenes—. Y vosotros dos, ¿dónde está el otro, Penas? ¿Por qué no habéis vuelto con él? Puede que todavía lo necesitemos.

Los dos intercambiaron miradas de sufrimiento, pero se inclinaron.

—Sí, nana —dijeron y regresaron con cierto esfuerzo al campo de batalla.

—¡Sanadores! —ladró la anciana dirigiéndolos con la mano hacia Ho—. ¡Ocupaos de él!

Noche levantó la cabeza y miró la mancha que todavía flotaba en aquel despejado cielo azul como un moratón o una fea herida. Había crecido desde la última vez que él había mirado.

—Está baja —le dijo a Heuk.

—Sí, pero... ¡mira!

Al mago enemigo, llamado Yath al parecer, lo habían levantado del suelo. Se agitaba y hacía girar los miembros, envuelto en la pujanza argéntea invocada por Tayschrenn. Parecía que el mago supremo intentaba meterlo a la fuerza por su propio desgarró.

—Sí... —murmuró Heuk con tono apreciativo—, puede que consiga llenar la brecha... —Después el mago se puso rígido y se volvió hacia Noche con el rostro muy pálido. Cogió a Noche por el hombro—. ¡Que el ancestral me perdone! ¿Qué hay de Turmalín? ¡Las municiones! ¡Tayschrenn se encuentra casi encima de ellas!

Nadie le pidió a Kyle que dejara la cima de la colina, así que se quedó con los brazos cruzados, observando los fuegos artificiales del duelo de magos en la llanura. Con él estaba el noble untan que había llegado como parte de la delegación wickana; Kyle no había entendido su nombre. Observaba y escuchaba igual que él, con el rostro desgarrado entre el asombro y el pavor. La batalla del valle le recordó al joven la librada en la Espuela, solo que a una escala mayor. Así que a eso era a lo que los perros viejos se referían cuando hablaban de los choques de sendas de las antiguas campañas. Resultaba temible. Empezaba a entender mejor la relación entre las diferentes ramas de los ejércitos que había en Quon. No era de extrañar que la presencia de un cuerpo poderoso de magos pudiera disuadir de cualquier agresión, o su falta provocarla. Con todo, por las reacciones de los que lo rodeaban, comprendía que lo que estaban viendo carecía de precedentes; un esfuerzo deliberado de conseguir una destrucción absoluta.

El duelo pareció saltar todavía a un nivel superior de enfrentamiento cuando una luz, como el reflejo del sol en el agua quieta, floreció en la llanura. Las magas juramentadas que permanecían alrededor de Kyle, Ópalo, Lor-sinn y Shell, maldecían y se estremecían. Shell se tambaleó hacia atrás como si la empujara alguna fuerza invisible.

—¡Yo conozco eso! —dijo Ópalo con los dientes apretados.

—La hermandad informa que es el mago supremo —dijo Trémula con tono asombrado.

—La única vez que me ha alegrado verlo —comentó K'azz.

El viejo comandante malazano, Urko, lanzó un gruñido de admiración.

—No podía hacer la vista gorda con algo así.

—¿Presenciaste el enfrentamiento en Pale? —le preguntó Lor-sinn a Shell.

Shell se estiró el chaleco y su rostro arrugado se crispó como si le doliera algo.

—Observé desde lejos.

—Desafió a Anomander —dijo Lor-sinn sin aliento—, señor de Engendro de Luna.

Kyle observó a Ópalo sacudir su mata de rizado pelo cobrizo.

—Orgullo desmesurado. El ascendiente se contuvo.

—¿Y eso cómo lo sabemos?

Ópalo señaló el campo de batalla con un gesto.

—¿Y arriesgarse a consecuencias semejantes?

Kyle se dio cuenta de que Lor-sinn seguía sin estar muy convencida. Un brillo resplandeciente que surgió en el campo de batalla hizo estremecerse a Kyle y apartar la vista; volvió a mirar protegiéndose los ojos con una mano. El rumor sordo de un estallido de poder particularmente estridente rodó sobre ellos. Los magos hicieron una mueca de dolor empático.

K'azz levantó una mano para pedir atención.

—La hermandad dice que ha llegado un mensajero en busca del comandante Urko.

—¿Y bien? —preguntó Urko.

—El mensajero afirma ser oficial del reunido Ejército Provincial de Cawn.

Kyle miró a los comandantes malazanos, Urko y el puño D'Ebbin. Las cejas canosas de Urko se alzaron en un pronunciado ángulo saliente. El puño D'Ebbin, aunque destrozado por lo que había soportado durante toda la noche, al principio pareció complacido, pero después ese placer se fue convirtiendo en inquietud cuando miró a K'azz. Esos dos eran todo lo que quedaba del mando imperial en el campo de batalla, aparte de la espada, que se rumoreaba que controlaba el reducto oriental. Los velos de Cogulla se habían cobrado un precio muy alto.

Urko señaló a K'azz.

—Mándalo subir.

Un soldado trepó por la colina con el yelmo bajo un brazo. Vestía una cota de malla bajo una sobrevesta blanca que lucía el diamante de Cawn. Dedicó un saludo marcial a Urko.

—Comandante.

—¿Sí?

—Traigo noticias del este.

—¿Sí?

El hombre miró a los guardias carmesíes.

—Quizá una charla más privada —dijo en voz más baja.

—Esto servirá. Como puede ver, nos enfrentamos a un enemigo común.

—Entiendo. Muy bien. El Ejército Provincial de Cawn marcha hacia el este. Se juzgó prudente permanecer a suficiente distancia. Traemos cinco mil soldados de caballería y treinta mil soldados de infantería combinada. Al mando están los lores Mal Nayman, J'istenn y Viehman'esh Wait. También nos complace tener entre nosotros al consejero, representante imperial y portavoz de la Asamblea, Mallick Rel.

Las cejas de Urko se crisparon en una mueca de perplejidad.

—¿Mallick? ¿Ha dejado Unta? —Desechó el misterio con una sacudida de la cabeza—. Puño D'Ebbin, ¿quiere acompañar aquí al capitán y coordinar las tropas?

Un saludo marcial.

—Sí, señor.

—Un momento —exclamó K'azz—. ¿Qué hay de su cuadro de magos, capitán? Es posible que los necesitemos.

El capitán miró a Urko y no dijo nada. La cara del viejo general se tensó.

—¿Y bien?

El capitán tuvo que admitirlo de mala gana.

—Magos de pelotón solo, señor. —Y añadió, con todo el peso de lo que significaba—: Durante generaciones, Cawn ha entregado los mejores al Imperio.

Urko asintió con gesto furioso.

—Muy bien. Puede irse.

El puño D'EBbin se inclinó ante K'azz y Trémula. A Kyle le pareció que la última mirada que les dedicaba era una mirada de silenciosa disculpa. Los dos oficiales bajaron por la colina.

La mirada de Kyle regresó entonces al campo de batalla. ¿Por qué esa mirada de disculpa? se preguntó. *Ah, sí, el número. Las fuerzas oficiales se han duplicado.*

Todas las magas juramentadas dejaron escapar gritos emocionados entonces y señalaron el campo de batalla. Una de las figuras del duelo, el invocador del desgarró, supuso Kyle, estaba por los aires, envuelto en una conflagración argéntea. Kyle seguía sin estar demasiado familiarizado con ese tipo de combates, pero daba la sensación de que se estaba imponiendo Tayschrenn.

¿Y si ganara? ¿Entonces qué? La mirada de Kyle se desvió poco a poco y estudió a K'azz. El oficial de Cawn ni siquiera se habría dado cuenta de a quién tenía delante. ¿Y por qué habría de saberlo? K'azz solo era otro viejo más con el cabello blanco y revuelto. Todavía vestía los andrajosos pantalones de lona de viejo pescador desvaídos por el sol y una camisa en las mismas condiciones. Ni siquiera se había atado una espada. El único gesto que parecía haberse permitido era un sigilo de plata de la Guardia en el pecho. Pero era obvio que estaba al mando. Todos los juramentados lo rodeaban casi por instinto. Mientras Kyle lo observaba, la mirada inquieta del duque seguía no las chispas del duelo de magos de la llanura, sino la figura cada vez más lejana del mensajero de Cawn. *Sí, él también debía de estar preguntándose... Laseen había dado su palabra... pero eso había sido cuando los bandos estaban más igualados. ¿La tentación de intentar deshacerse por fin del enemigo más perdurable del Imperio la llevaría a reconsiderar su decisión?*

Noche se fue abriendo camino poco a poco entre las cenizas ennegrecidas de la hierba abrasada, el polvo de la tierra y la gravilla pulverizada por las fuerzas incalculables que competían y se agitaban justo encima de él. *Hormigas. Solo quedamos las hormigas aquí abajo. Y yo soy la más idiota de todas.* El mago supremo estaba cerca, maniobrando para meter la forma de Yath, que se retorció y agitaba por el aire, en la mancha. Lo bastante cerca como para que explotara en miles de gotitas a causa de los malditos de Turmalín. *¡Qué cagada más monumental!*

Noche hizo una pausa, ¿por dónde? Todo parecía lo mismo: un yermo revuelto, carbonizado por las llamas, reventado. Y entonces un reflejo dorado entre el gris ceniza y el negro. Se acercó arrastrándose. La moranthiana no tenía muy buen aspecto. La tierra arrojada la cubría y disimulaba las heridas peores. Pero tal y como

estaba, a Noche ya le sirvió para estremecerse. La espalda de la moranthiana era una única cicatriz quemada de carne arrugada y la extraña armadura quitinosa moranthiana estaba fundida y retorcida. Estaba echada sobre un montículo, la carga enterrada.

—¡Turmalín! —exclamó Noche con la cabeza junto a la de ella.

El yelmo se agitó y se volvió hacia él.

—Has regresado, saboteador.

—Tus encantos.

Una risita.

—No tienes ni idea, hombrecito. Pero sácame de esta y quizá te ilumine.

No creas que no te voy a tomar la palabra. Noche estudió el montículo de tierra prensada. El vello se le puso de punta y se quedó sin aliento al vislumbrar en uno de los guanteletes de la moranthiana el trozo largo y delgado de una mecha ácida. Usó las dos manos para quitárselo con suavidad y solo entonces consiguió exhalar. *Por todos los dioses del inframundo, mis nervios no van a soportar mucho más.*

Estudió la figura que se agitaba por el aire envuelta en su capullo de virulenta energía cegadora, los arcos y las conexiones sofocantes entre el mago y Tayschrenn, en el suelo. El enemigo, Yath, estaba cerca del borde abierto y agitado del desgarró.

—Ya no falta mucho —le dijo a Turmalín—. Puede que hasta consigamos quedarnos con todos nuestros regalitos, ¿eh?

Los estandartes de poder temblaron como si los hubieran golpeado. Algunos estallaron y azotaron el aire y el suelo como látigos de llamas que levantaron cortinas de tierra reventada que fue cayendo sobre Turmalín y él. Noche se cubrió la cabeza. *¡Maldita sea, no debería haberlo dicho!*

Asomó la cabeza entre los antebrazos. En medio de la penumbra de las energías que rodeaban a Tayschrenn, Noche vislumbró unas figuras a espaldas del hombre, estaban envueltas en un baile sobrenatural de movimientos y contraataques. Tres se enfrentaban a uno que parecía una especie de guardaespaldas y los repelía para alejarlos de la espalda del mago supremo. Esa figura, delgada, baja y borrosamente rápida, hizo girar un bastón que fintó contra los atacantes. Y puesto que esos tres desde luego no eran garras, solo quedaban los velos de la Guardia Carmesí, con toda probabilidad juramentados. *¡Llegados para eliminar a Tayschrenn mientras tenían la oportunidad!*

Otras figuras llegaron casi embistiendo; Noche reconoció a Penas, Ho y los otros juramentados, Regalo y Sept. Pero el guardaespaldas cayó tras haber sufrido un castigo terrible. Ho se arrojó sobre un atacante y giró la cabeza del hombre o de la mujer con un golpe súbito. Penas y otro cayeron juntos en una tormenta de cuchilladas. El tercero se abalanzó de un salto, rodó, los esquivó a todos y golpeó al mago supremo.

Una detonación de poder levantó a todos, que rodaron por el suelo como malas hierbas arrancadas por un ciclón. Un muro de tierra y piedras arrojado por la onda de choque dio un puñetazo a Noche, que chilló cuando todas sus heridas anteriores cobraron nueva vida. Pero eso no fue lo peor, lo peor fue el esfuerzo de sujetar la mecha ácida contra el pecho como si fuera un bebé. Una vez que la presión se alivió, Noche cayó de espaldas y se limpió las lágrimas de los ojos.

Al volver estos al cielo le llevó un momento comprender lo que estaba viendo. Cerca del desgarro rotaban dos figuras, una alrededor de la otra (una se agitaba, la otra inerte), mientras las energías puras de la senda reverberaban entre ellas, palpitaban y giraban con la liberación de todo ese poder. Mientras Noche miraba con la boca abierta, los molinetes salvajes los metieron a los dos dando vueltas en el buche abierto del desgarro y desaparecieron en el interior.

De pie junto a K'azz, Trémula observó, sorprendida y alarmada, que las magas juramentadas que había cerca gruñían y daban un paso atrás, medidas por un estallido de luz tan brillante como el propio sol. La sacudida de una avalancha resonante los envolvió a todos y golpeó a Trémula en pleno pecho.

—Tayschrenn ha sido alcanzado —susurró Shell en voz muy baja—. Una de los nuestros, siento decir. Isha, creo. —Aspiró una bocanada de aire y murmuró una maldición—. Está flotando, alzándose... tira de él... —Se abalanzó hacia delante con las manos alzadas—. ¡No!

—¿Qué?

Shell los miró, los ojos revelaban su absoluta incredulidad y horror. Se pasó una mano temblorosa por el pelo corto.

—Ha desaparecido. Se lo ha llevado el desgarro. A los dos.

—¿Y esa cosa? ¿El desgarro? —preguntó K'azz.

—Sigue creciendo.

Trémula captó la atención de K'azz y este asintió.

—Comandante Urko —lo llamó ella con suavidad pero firmeza—. Al parecer hemos de reunir todo lo que nos queda a los dos bandos.

La mueca y el asentimiento de Urko casi parecieron aplastarle el cuello.

—Estoy de acuerdo.

—Contamos con unos seis, quizá ocho magos juramentados. Tengo entendido que hay muchas brujas y hechiceros entre los wickanos. ¿Qué hay del cuadro de magos?

Los ojos oscuros del hombre, ocultos bajo un prominente arco superciliar, despedían rabia, después apartó la mirada.

—Aplastado. Tenemos algunos magos de pelotón, pero ninguno de gran calibre, excepto quizá uno.

—¿Ese mago tiste andii?

—No. No hay ningún mago tiste andii, ninguno que yo sepa. Hay una antigua maga suprema llamada Bala. Bala Jesselt. Está en el reducto oriental.

—Muy bien. Quizá podamos usar la senda Imperial para movernos...

K'azz había levantado una mano.

—Disculpa, Trémula. Los hermanos afirman que existe otra opción. Deberíamos esperar.

—¿Esperar? —rezongó Urko. Su mirada buscó algo en la cara de K'azz—. ¿Qué es esto? ¿Otro de tus viejos trucos? ¿Esperar a qué?

—A que crezca un poquito más.

Noche no podía creerse lo que había visto. Se suponía que los grandes poderes iban a sacarlos del lío. No desaparecer en una montaña enorme y humeante de ese mismo lío. Estudió la fina mecha ácida que agarraba con la mano sucia. *Ya solo quedamos tú y yo, cielo.*

—¿Estás bien? —gritó alguien por encima del rugido, que era tan ensordecedor y constante que Noche ya casi lo había olvidado.

Noche se encogió de repente y miró a su alrededor. Ho, de rodillas en el suelo, lo miraba desde su altura. Noche asintió, totalmente aturdido. Ladeó la cabeza y pensó en el enigma de aquel hombre, que parecía capaz de superar todo lo que le arrojaran encima.

—¿Pero se puede saber quién eres? —pronunció sin ruido.

El mago esbozó una sonrisa sesgada y asintió.

—No soy más que otro de esos malditos magos idiotas, sargento Miedica. —Señaló arriba—. Igual que ese. Creí que era capaz de cualquier cosa. Pero lo único que conseguí con todas mis investigaciones y experimentos fue desdicha. —De forma sorprendente, el mago se acomodó en el suelo con las piernas cruzadas, como si se estuviera relajando en una colina. Lanzó una mirada calculadora al desgarró y después volvió a estudiar a Noche—. Me inspiró Ryllandaras, lo creas o no. Es soletaken, sí, un hombre-bestia. Pero pocos recuerdan ya que también es d'ivers, uno que es muchos. ¿Quién sabrá cuántos hay de él? Quizá este sea el último. En cualquier caso, yo probé con un ritual de una antigüedad incalculable y muy complejo. Un ritual que nadie se atrevía a recrear, ya que las pocas veces que se invocó ya habían quedado muy lejos de la memoria viva. Y lo cierto fue que lo conseguí. De un modo un tanto grotesco.

»Soy d'ivers, sargento. Un d'ivers humano. Quedan cuatro de mí que siguen vivos. Los otros conspiraron para sepultarme en una prisión y deshacerse de mí. Pero he regresado y ellos han huido. Y ahora... —Y señaló con un gesto el montículo—. ¿Es esto?

—Sí.

Llegaron otros corriendo, encorvados, con una mueca de dolor empático, procedían del borde revuelto del desgarró que permanecía suspendido muy bajo, tan bajo... Noche se incorporó un poco. Llamó a los otros con la mano, Regalo, Penas y Sept. *¡Que Soliel nos ayude! ¡Qué patética colección de pordioseros!* La cara de Penas, moteada de magulladuras, un ojo tan hinchado que no lo podía abrir. Las ropas de Regalo deshechas, los miembros negros de la costra de sangre mezclada con tierra. La oreja y el cuello de Sept abiertos con una brecha que le había empapado la pechera de sangre. Noche señaló a Turmalín.

—¡Sacadla a ella de aquí!

Ho arqueó una ceja y articuló sin ruido: «¿Ella?». Pero asintió y les hizo un gesto a los otros para que subieran. Turmalín esbozó una débil negativa de la que los otros se desentendieron, simplemente la cogieron y la sacaron a rastras del montículo. Ho se quedó, ladeó la cabeza con expresión interrogante y miró a Noche, que lo apartó con un ademán.

—Tengo que trabajar.

Ho asintió y después se irguió, herido en sus sentimientos.

—¡Ella! ¡Sí! —Se levantó muy encorvado—. ¡Hay otra! ¡La guardaespaldas de Tayschrenn! ¡Que Oponn te proteja!

Ya dándole la espalda, Noche asintió con gesto brusco. El polvo flotaba a su alrededor y se iba metiendo directamente en la corriente cada vez más grande. Sintió el flujo que le tiraba de la sobrevesta. Yació de lado, con la cara agachada y luchó por no hacer caso del olvido que gimoteaba justo encima de su hombro.

De la bolsa sacó una pequeña clavija, más o menos de la anchura de su dedo meñique, y la clavó en la tierra del montículo. Rápido al principio y después más despacio, fue dando golpecitos hasta que chocó contra algo firme. Después la extrajo con mucho cuidado y dejó un agujero. Recogió un puñado de la capa gris superficial del suelo, escupió en ella, la apretó y la moldeó con las manos para darle la forma de una bola. *Adherencia fuerte. Ni arena ni arcilla. Gruesa y lenta.* Esa bola la tiró, después cogió otro puñado más pequeño. Escupió y amasó la tierra en la palma de la mano sin oprimirla. *No demasiado apretada.* Formó una bola alargada que metió con suavidad en el agujero. Volvió a coger la clavija y empujó la bola húmeda por el agujero, con parsimonia y ligeros golpecitos, hasta que encontró resistencia.

Aspiró una profunda bocanada de aire, exhaló y contempló el espasmo de sus manos, llenas de cortes y magulladuras. *Tranquilo. Tranquilo. Despacio, Noche, amigo mío.* Levantó los ojos y miró el desgarró. Maldito fuera, estaba cerca, pero ¿lo bastante? ¿Cuánto más se atrevería a esperar? Observó los tallos rotos de hierba que se alzaban y pasaban dando vueltas junto a su cabeza, absorbidos por la galerna que siseaba y rugía y que flotaba a lo que parecía la altura de solo unos cuantos hombres sobre su cabeza. Hizo un experimento, arrojó un puñado de tierra al aire, y no volvió

a bajar nada.

Quizá ya esté lo suficientemente cerca. Pero solo tendrán una oportunidad. Quizá... ¡no! Esta tierra es lenta, puñeta; ¿quién sabe cuánto tardará? Bien. Hazlo.

Le dio a la clavija un último empujón, la sacó con cuidado y la tiró a un lado, la clavija giró hacia arriba y se perdió de vista. *¡Mierda! ¡Lo bastante cerca!* Encorvado sobre el agujero, quitó el tapón de la mecha. Muy despacio, dolorosamente despacio, acercó la mano y la ladeó. Observó con el aliento contenido la mezcla ácida y viscosa que iba saliendo. Una gota se hinchó en el borde del tubo. *¡Vamos!* Colgó, se balanceó... *¡Oh, por el amor de D'rek!...* Y cayó.

Bien. Una... o dos. Sí. Dos... mejor asegurarse. Ladeó el tubo un poco más. Una segunda gota se hinchó y cayó. Noche tiró la mecha al suelo y echó a correr. Pero con las prisas se equivocó y se irguió del todo, algo lo cogió por detrás y tiró de él. Noche se arrojó al suelo otra vez. Algo le arrancó el yelmo de la cabeza. Se agarró a unos matojos de hierba y se arrastró. Sus pies patearon el aire tras él. Se le escapó una sandalia del pie, absorbida por el aire. *¡Déjame en paz, Embozado! ¡Tu mano huesuda no es lo bastante rápida!*

Tiró y tiró, se abrió las palmas de las manos en las hojas de hierba afiladas y crujientes hasta que volvió a caer y rodó, después se levantó corriendo. Salió disparado, bombeando el aire con los brazos, una sandalia aleteando tras él. Mientras corría imaginaba el pesado fluido ácido impregnando la saliva y aumentando su concentración junto al revestimiento de la munición que hubiera tocado. Seis por ciento, diecisiete, veintiocho, cincuenta. Hasta que comenzara una reacción irreversible que empezara a reconcomer el revestimiento hasta que pronto... muy pronto...

Noche frenó el paso, se detuvo y se volvió. El buche revuelto negro y gris del desgarró había tocado el suelo, o eso parecía. Un rugido que reverberó diez veces más que el que lo había estado afligiendo lo golpeó en el pecho y la cara como un mazo y lo tiró de espaldas. Furioso, volvió a levantarse y agitó los brazos contra él. La tierra, como una avalancha al revés, estaba acelerando para meterse en el vacío de su negra boca. *¡Mierda! ¡Lo ha absorbido! ¡Putra mierda y más mierda ...!*

Luz. Un golpe lo lanzó por los aires de una patada y se encontró volando, agitando los brazos para aterrizar dando vueltas entre tierra que caía y montones de raíces y piedras. Yació allí, con los ojos clavados en el cielo despejado de un color azul brillante. *Es una belleza. Una belleza de explosión.*

Algo cerca estaba armando un follón del Abismo... lo bastante alto como para penetrar en el zumbido que tenía en los oídos. Lo bastante alto como para molestar a Noche y hacerlo levantar la cabeza. El desgarró en sí se estaba convirtiendo en un gran barrido, pero doblado, irregular. Noche observó que el borde empezaba a rotar y

revelar un gran alabeo o mordisco que giraba y formaba su propia espiral dentro de la más grande. Y esa rotación estaba cobrando velocidad.

Intentó ponerse en pie, fracasó y se sentó con gesto pesado, los brazos sin fuerzas en el regazo, y miró el desgarró. La nariz empezaba a sangrarle otra vez, gotas que le caían en el dorso de la mano. Incluso para sus ojos de profano en la materia, era obvio que la mancha tenía problemas. Parecía estar disminuyendo de tamaño en general, pero la espiral interior, más pequeña, estaba creciendo, parecía realimentarse de la más grande, que estaba mermando, erosionándose a toda prisa, como una serpiente engullendo su propia cola. Mientras observaba, el giro se aceleró hasta desdibujarse y el desgarró se encogió hasta quedar convertido en una fracción de sí mismo. La rotación y la contracción continuaron, acelerándose cada vez más, quizá porque se abastecían la una de la otra, hasta que el desgarró pareció envolverse sobre sí mismo y desaparecer sin un solo sonido.

Puag. Noche escupió un bocado de tierra. *Bueno, ya está.* Intentó levantarse otra vez, sin éxito. *En fin.* Quizá se quedase allí sentado un rato. Disfrutando del fulgor. *Sí, eso es. Un trabajo bien hecho y toda esa mierda.* Se preguntó adónde se habría ido Turmalín. Quizá fuera hora de averiguar cómo se quitaban esos moranthianos la armadura.

CAPÍTULO 4



Nos intrigan los misterios. Aquello que no podemos entender con facilidad ni explicar mantiene nuestra atención; regresamos a ello una y otra vez. Y a la inversa, lo sencillo y fácil de comprender se consume y descarta con rapidez. Por eso permanece ella. Desafía toda explicación, se niega a someterse a nuestra humana, cobarde e interesada necesidad de explicarnos. De gustar. De ser «comprendidos». Y, por supuesto, por eso nos sentimos mortalmente ofendidos y la odiamos.

Cavilaciones sobre Laseen

Ensayista Quillian D'Ebrell
Arath

Zarigüeya mantuvo sus velos de distracción y desvío invocados en Mockra, aunque esa senda no era su fuerte. Recorría sus retorcidos senderos solo cuando cruzaban y complementaban la predilección de Meanas por la superchería, la ilusión y las percepciones engañosas.

Permaneció escondido porque sus instintos le dijeron que no todo había terminado. No, todavía no. Aunque los soldados se reían y lo celebraban en las trincheras cercanas cavadas a toda prisa en el centro del campo de batalla; aunque Laseen volvía a caminar a vista de todos, en apariencia sin escolta alguna. Los soldados apenas le prestaban atención. Era obvio que pensaban que no era más que otra maga del cuadro, o quizá una garra. Incluso se había acercado a un simple sargento malazano para pedirle un paño; el tipo le había dado un trapo sucio con el que se limpió la cara sudorosa y las manos cubiertas de sangre. Por su parte, Zarigüeya estaba inquieto. ¿Qué estaba tramando aquella mujer?

Mujer que cruzó el campo reventado y asolado por el fuego, se iba desatando las telas que la envolvían y arrojando los restos destrozados a un lado. Debajo vestía una camisa de seda de manga corta empapada de sudor que había adoptado un tono verde oscuro. Sus musculosos brazos revelaban los hematomas y cortes provocados por esa noche entera de caza, tras haber asesinado a... ¿cuántos, cinco, seis juramentados?

Las telas de las piernas fueron las siguientes, desprendidas a patadas de los pantalones de seda, apretados por el tobillo, igual de sudados que la camisa. El cabello castaño y corto resplandecía, aplastado como el pelo de un animal.

Llegó al borde del cráter provocado por el estallido en la llanura y allí se detuvo. El humo seguía entrelazándose en la ennegrecida tierra desnuda tras la asombrosa explosión. Alzó los ojos para contemplar durante un rato aquel cielo despejado, azul pálido, tan engañosamente pacífico, y de repente Zarigüeya lo entendió. Ah, sí. La última. Tayschrenn se había ido, Choss estaba muerto, Toc al parecer había muerto, Ameron desaparecido y Urko, según decían, había huido antes de que pudieran arrestarlo, o quizá, perdonarlo. Lo que dejaba a Torva/Laseen. La última superviviente; la única superviviente que quedaba de esa generación que había construido a lo grande. Y victoriosa. Gobernante sin oposición alguna. Emperatriz.

¿Estaba proporcionando el último e irresistible cebo para poner fin a todo de una vez por siempre jamás... en persona? Zarigüeya sabía que no era el único que vigilaba. Ella le había dicho quién estaba vigilando también. Otra presencia, oculta con más cuidado incluso, esperaba. Y ya llevaba un tiempo esperando. Estaba preparado para la aparición de un hombre y uno solo, tal era el precio de Laseen. La pregunta era, ¿mordería el cebo ese hombre?

Por supuesto que mordería.

Zarigüeya dejó caer sus cuchillos en las vainas de las muñecas. Ya. Tenía que ser ya. Era la última oportunidad que tendría antes de que el ejército apretara a Laseen contra su seno, su seno ensangrentado y magullado pero victorioso.

Y el hombre sí que mordió. Pero no como Zarigüeya había supuesto.

Un dolor agudo en la espalda fue la última sensación de Zarigüeya. Algo lo lanzó hacia delante, aturdido por la potencia y violencia repentina del ataque. Pasaron unos segundos vitales antes de abrir los ojos con un aleteo otra vez para ver entre el polvo levantado dos figuras enredadas en un baile de una coreografía exquisita.

Era el que buscaban; el único que continuaba siendo una amenaza real y por quien siempre mantendrían los ojos bien abiertos. El maestro de asesinos y mago supremo de la Guardia Carmesí. El rival de Danzante tantos años atrás: Cogulla.

Era asombroso contemplarlo. Hojas desnudas que salían como rayos y fintaban, y Laseen bloqueando con patadas que se disparaban para castigar pecho y cabeza. Un gesto de Cogulla y una magia de senda hizo oscilar el aire como ondas de calor solo para disiparse en la nada sobre Laseen. *Por supuesto, el polvo de otataralita que persiste a su alrededor.* Ese esfuerzo inútil de Cogulla le acarreó un golpe en la cabeza que lo tiró dando vueltas. Pero se levantó nuevamente como si nada y se acercó de un salto. Una serie desdibujada de tajos del hombre, giros, cuchillos invertidos; Laseen esquivando cada uno, las manos apuñalando el aire y el borde de un pie apartando a Cogulla de un golpe. Pero la camisa y los pantalones de la

emperatriz colgaban hechos trizas, la sangre le brotaba por el torso y le goteaba de las manos.

Zarigüeya decidió que quizá ya había observado durante tiempo suficiente. Se levantó y se sacudió. Le habían asestado un golpe terrible. Letal si le hubiera acertado de pleno, mortal todavía si no recibiera tratamiento, pero disponía de los minutos que necesitaba. Siempre había tenido por costumbre, cuando se envolvía en Mockra, parecer un buen palmo más alto de lo que era en realidad. Sacó los cuchillos de la muñeca y se unió a la pelea.

Un destello de sorpresa en los ojos rasgados y oscuros de Cogulla fue la recompensa de Zarigüeya cuando se acercó, deslizándose el pie delantero. Cogulla dio un paso a un lado, una hoja apuntaba a cada adversario. Pero ni Zarigüeya ni Laseen aprovecharon la ventaja; cada uno de ellos se agachó, conforme con protegerse. La cabeza del maestro de asesinos se ladeó solo una fracción mientras pensaba en esa maniobra. Después abrió mucho los ojos.

Se tiró de lado de repente, pero no lo bastante rápido, cuando apareció una nueva figura que saltó desde una senda y arremetió contra él, lo pateó en el costado y lo lanzó dando tumbos al cráter de la explosión. Esta nueva figura se abalanzó detrás, flaca como un espantajo, ropas harapientas que aleteaban, el largo cabello blanco una maraña sucia. Saltó sobre Cogulla y los dos se lanzaron cuchilladas, la tierra y el polvo ondeaban en un borrón de pies que se movían, revolcones, barridos, presas intentadas y rotas, y cosas arrojadas.

Una patada de Cogulla mandó al otro volando de espaldas, pero en el aire un brazo se abalanzó de repente y una hoja fina se clavó en el asesino de la Guardia. Este hizo un gesto y desapareció en una senda y el otro, que aterrizó como un gato sobre los pies, el cabello blanco por los aires, hizo un gesto para desaparecer también.

Y así se van, persiguiéndose uno al otro por reinos y sendas. Cogulla y Topper, enemigos encarnizados y rivales desde su primer encuentro. ¿Conseguirá Topper vencer por fin allí donde Danzante fracasó y ascender a la cúspide de su vocación? ¿Serán siempre Danzante y Cogulla, nunca él? ¿Volveremos a ver otra vez a alguno de los dos? ¡Personalmente, espero que no! Zarigüeya cayó de rodillas y apoyó una mano en el suelo, tenía calambres en el pecho. ¡Dioses! ¡No podía respirar! Un pulmón perforado, estaba seguro.

—Traed un sanador —les pidió Laseen a los soldados que habían llegado corriendo. Hasta parecía sin aliento, eso sí que no se había visto nunca. Zarigüeya sonrió, quería hacer un chiste, pero vio tras los pies sucios y manchados de sangre de Laseen otros dos: dos pies de niña pequeña metidos en unas elegantes zapatillas de cuero.

¡Oh, no! ¡No! ¡Otros pueden esperar con la misma paciencia!

Zarigüeya se irguió aunque tenía el pecho en llamas y la visión borrosa. Laseen

miraba al frente, una mirada confundida en unos ojos que de otro modo siempre se habían guardado toda expresión, todo indicio. La niña-mujer que ya había vencido dos veces a Zarigüeya retrocedió, unos largos estiletos ensangrentados, una sonrisa maliciosa de dientes afilados, los ojos brillantes con una alegría salvaje.

—¡Hecho! —se relamió, y después saltó, las hojas destellaron y esquivaron pesados cuchillos arrojados que sisearon junto a Zarigüeya. La magia de una senda la lanzó hacia atrás en oleadas de poder y la chica se retorció, gruñendo y agitando los brazos entre la tierra ennegrecida del cráter. Se abrió una senda y la chica cayó dentro, su forma se fundió y se transformó en otra cosa.

Los soldados y los magos llegaron corriendo. Zarigüeya se postró ante Laseen, que se había ido arrodillando muy despacio.

—Laseen —dijo él sin aliento, apenas capaz de formar palabras—. Laseen...

Los ojos de la mujer no lo reconocían, no eran conscientes de nada. La cara se suavizó. Las líneas duras, tanto tiempo mantenidas, provocadas por la vigilancia continua y el cálculo permanente, se deshicieron y revelaron lo que parecía una mujer más joven, una mujer a la que Zarigüeya llamaría cualquier cosa menos corriente. Y esa mujer cayó hacia delante, en el suelo pisoteado y quemado. Los magos apartaron a Zarigüeya, se acuclillaron y le dieron la vuelta a Laseen. Unas manos lo posaron a él también en el suelo.

He fracasado. Un trabajo que hacer, solo uno. Y he fracasado. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué me queda ahora? Sintió la magia de sanación Denul cubriéndolo con sigilo, atenuando su dolor y sus sentidos.

No os molestéis, queridos sanadores, en despertarme.

Trémula observó las filas y filas de caballería kanesiana que llegaban cada vez en mayor número del sur para rodear su posición, y la inquietud le apretó un poco más el nudo del pecho. No mucho más atrás marchaban sus miles de soldados de infantería. ¿Simples precauciones? Una vez sellada la mancha, el último oficial malazano que quedaba, Urko, había ladeado la cabeza en un irónico saludo a K'azz y había bajado la colina él solo, rumbo al oeste. ¿Otra desaparición una vez que Laseen los habían vencido a todos? Era muy posible. Miró a K'azz.

—¿Salimos nosotros también, nos dirigimos al oeste?

El duque negó con la cabeza con las manos entrelazadas a la espalda.

—No, todavía no. No parece que se haya dado ninguna orden todavía sobre nosotros. Siempre que no nos movamos, ellos no lo harán tampoco. —K'azz le dedicó una sonrisa tranquilizadora—. A veces actuar por miedo a que se tomen ciertas medidas, provoca esas mismas medidas. Puesto que ellos son el mar ahora mismo, nosotros seremos la montaña.

K'azz puro. Pero ella seguía sin acostumbrarse a oír su voz, sus palabras, saliendo

de la boca de lo que no parecía más que un anciano con el cabello ralo y un rastrojo gris en las mejillas hundidas.

Un hermano se apareció oscilando ante Trémula, que se sintió desconcertada y triste al ver que era Humo. Este inclinó la cabeza para saludarla a ella y a K'azz.

—Está muerta —anunció.

—¿Quién?

—Laseen.

Tanto Trémula como K'azz lanzaron un conmocionado «¿Qué?».

—Asesinada.

—¡Cogulla! —gruñó K'azz—. Tendremos que huir.

—No.

—¿No?

—Fracasó. Topper le tendió una emboscada desde la senda Imperial. Intervino. Los dos desaparecieron. Es probable que sigan librando su duelo. Los dioses sabrán dónde.

—¿Quién entonces? —preguntó Trémula.

—Un talento desconocido. Nuevo. Pero no humano.

—¿No humano?

—De linaje mestizo diría yo. Humano y demonio.

—¿De dónde?

—No lo sé. De Quon Tali no. Alguien debe de haberla traído aquí.

K'azz levantó una mano.

—Gracias, Humo. Y... lo siento.

Un encogimiento de hombros insustancial.

—Tenía que pasar antes o después. Al menos fue rápido. —Se desvaneció.

K'azz se apretó los ojos con el pulgar y el índice y suspiró.

—Menos mal que fue un forastero. De lo contrario, las cosas podrían habernos ido muy mal. Tal y como han quedado, puede que todavía quieran sangre.

—Y Tayschrenn no está.

—No. —K'azz sacudió la cabeza con pesar auténtico—. Su presencia mantenía a muchos a raya. Ahora temo de verdad lo que podría desatarse. Con todo... —Y le dedicó a su compañera una mirada especulativa—. Yo no daría a ese hombre por desaparecido todavía.

Mientras ellos vigilaban, más soldados de caballería entraron cabalgando en el campo de batalla, esa vez desde el este, por el camino de los mercaderes que se iniciaba en Cawn: la caballería cawnsa. Esas fuerzas también se dispusieron enfrente de la Guardia, provenientes del norte y del este. Eran muchos.

—¿Y dónde estaban estos ejércitos hace solo dos días? —murmuró Trémula, dando voz sin querer a sus pensamientos.

—En otro sitio, gracias a los dioses —sonrió K'azz, pero después asintió—. Nos están mostrando algo que se ve pocas veces, Trémula. Tenemos ante nosotros la fuerza creciente de un auténtico y muy extenso imperio. Parece que en nuestra ausencia los malazanos han reunido un todo real, político y logístico... —El duque hizo una pausa, las patas de gallo de sus ojos se profundizaron cuando entrecerró los ojos y en su rostro se dibujó una mueca triste—. Ahora nosotros somos los invasores, Trémula. Quon no nos quiere.

Y Trémula exhaló. Una bocanada de aire contenida largamente en lo más hondo de su estómago se relajó tras tanto tiempo. *Gracias a todos los dioses que lo ve. Todavía hay esperanza para nosotros.*

Miró por el refugio: sí, los que quedaban eran guardias y el noble untan que acompañaba a los wickanos. Los reclutas de Bael se acercaron caminando, Acecho, Malas Tierras y Fochas. Se reunieron con Kyle. Por lo que K'azz le había dicho de ellos, esperaba que volvieran a integrarse en la Guardia, pero algo le decía que seguramente no ocurriría. El explorador, Acecho, señaló el campo de batalla con la barbilla.

—Malditos sean todos. Nos hemos enterado de la noticia. ¿Alguna idea de quién está al mando ahí abajo ahora, si es que hay alguien?

—Será mejor que no termine siendo la espada —dijo una voz no muy lejos. Trémula se volvió. Era el noble untan. ¿Rillish?

—¿Por qué? —preguntó K'azz.

El hombre aspiró una profunda bocanada de aire, como si buscara por dónde empezar.

—Los wickanos me hablaron de sus acciones al norte, en Siete Ciudades. Lo de ese hombre es sed de sangre. No tiene piedad. Ordenará que os borren a todos del mapa, a los wickanos también, con toda probabilidad. Los odia.

K'azz no parecía muy convencido.

—Seguro que ya se ha derramado suficiente sangre.

Trémula recordó su encuentro con aquel hombre... ¿hacía solo un día? Parecía que habían pasado años, otro mundo. Sí, la evaluación del untan le pareció adecuada. Un hombre para el que las vidas de los demás no significaban nada.

—Conocí al hombre con Despellejador —dijo—. En el parlamento. Por lo que vi de él, estoy de acuerdo con Rillish.

—Entiendo. —K'azz frunció los finos labios—. Por supuesto, desde un punto de vista militar, lo entiendo... Solo esperaba que hubiéramos pasado a una solución política. Pero si no... —La señaló con un gesto—. Que los hermanos convoquen a todos los magos.

Trémula asintió.

Un anciano wickano se acercó caminando, el cabello despeinado, denso y canoso,

se lo llevaba el viento, una mano en las cachas del cuchillo largo, las piernas arqueadas. Levantó una mano agarrotada hacia Rillish.

—Te buscan en el campo de batalla.

El noble untan se inclinó ante K'azz.

—Hasta luego, comandante.

K'azz asintió con una breve inclinación de la cabeza.

—Sí, espero poder escuchar más tarde cómo terminó uniéndose al mando wickano; estoy seguro de que debe de ser toda una historia.

La sonrisa del hombre fue solemne.

—La suya, creo, interesaría aquí a la mayoría mucho más. Que Ascu proteja su camino.

Trémula lo observó bajar a la carrera la colina. Ya solo quedaba la Guardia en el refugio de la cima.

—¿Qué tiene en mente, comandante? —preguntó.

Una pequeña sonrisa maliciosa tiró de los labios del duque.

—Creo que tendríamos que echarle un vistazo a la senda Imperial.

Ho se quedó mientras los regulares imperiales, malazanos, falari y moranthianos se ocupaban del cadáver de Laseen. Formaron una escolta no oficial, contuvieron a la multitud creciente, envolvieron el cuerpo en una tela limpia, después se apropiaron de una carreta de suministros que habían bajado para recoger a los heridos y, con mucho cuidado, colocaron el cuerpo en el fondo vacío. A la mujer que había encontrado en el campo, la guardaespaldas de Tayschrenn, la sentaron delante. Había dicho que se llamaba Kiska y parecía destrozada, no por sus heridas, sino por el trauma de haber perdido a Tayschrenn. El otro operativo de la Garra, una vez estabilizadas sus heridas, se había levantado y se había alejado sin más para perderse entre los muchos que se arremolinaban por el campo de batalla.

De los otros magos que se habían reunido para intentar contrarrestar las acciones de Yath, todos salvo uno habían seguido su camino por separado. Los guardias carmesíes supervivientes, Penas, Regalo, Sept, Gwynn y Dedos, se habían escabullido con discreción para reunirse con sus hermanos y hermanas en la cima de la colina. Penas y Gwynn se habían llevado a Dedos en una camilla como si fuera otro herido más y bien sabía el Embozado que de esos había más que suficientes. Los mellizos wickanos, bruja y hechicero, se habían alejado a caballo con una tropa de jinetes que se acercó con monturas frescas para ellos. Se habían ido con Su, que, por lo que él había oído, era de verdad la prima mayor de la abuela de los mellizos y muy posiblemente la wickana más anciana en esos días.

—No ha terminado —le había gritado Su desde donde se encontraba sentada, acunada con suavidad por un jinete a horcajadas en una montura, enigmática como

era de esperar. Él se había limitado a decirle adiós con la mano.

Los saboteadores, incluyendo a los sargentos Miedica y Urfa, parecían conformarse con tirarse a la sombra de sus trincheras, sin yelmos ni armaduras, volviéndose a vendar las heridas y gorroneándoles agua y comida a los muchos soldados de caballería de Kan y Cawn que vagaban por el campo de batalla recogiendo heridos y recuerdos.

Eso lo dejaba a él y al sacerdote-mago, Heuk. La guardia de honor improvisada que se había formado para rodear a la carreta había salido hacia el norte. Ho invitó a Heuk a unirse al cortejo.

—Tengo curiosidad por echarle un vistazo a ese tal Mallick del que tanto presumen los oficiales de Cawn.

Heuk caminó con él. Señaló la carreta.

—Sigo sin poder creerlo. —Se limpió la cara sucia con una manga igual de sucia, hizo una mueca y miró el sol deslumbrante.

—Yo tampoco. Parece imposible.

Ho vio un eco de sus sentimientos en los rostros aturridos, paralizados, de los regulares que se iban reuniendo sin alharacas, sin órdenes, todos juntándose para seguir a la carreta que iba avanzando hacia el norte por el camino de los mercaderes. Solo entonces, le pareció a Ho, empezaban a ser conscientes de lo que habían tenido en su emperatriz. Impávida. Una presencia tan sólida que no les hacía falta ni planteársela. A pesar de todos sus defectos, quizá fuera ella la que los mantenía a todos unidos. Pero con ella desaparecida, la ruptura con el pasado era absoluta. ¿Quién quedaba para ocupar el trono? ¿Quién podría llenar ese asiento frío, duro, peligroso, o quién se atrevería? Nadie que a él se le ocurriera. Claro que él llevaba fuera mucho tiempo y hasta un día podía significar toda una vida en la política imperial.

Heuk había estado mirándolo de soslayo, una expresión calculadora y desagradable en sus ojos.

—El Imperio necesitará un mago supremo...

—Antes preferiría que me desollaran vivo. ¿Qué hay de ti?

—¿Yo? Yo solo soy un simple mago de pelotón.

Desde luego. Un mago de pelotón que aterroriza a todos los demás magos. Pero lo dejó estar, cada uno tenía sus secretos y prefería el anonimato.

El cortejo llegó al fin al campamento de las tropas de Cawn, cerca de la encrucijada. Allí se detuvo y los nobles de la provincia cawnesa se reunieron para presentar sus respetos. También estaban presentes muchos oficiales imperiales. Por lo bajo, Heuk informó de cada uno a Ho.

—El alto y pálido es el puño supremo Anand. A su lado está el puño D'Ebbin. No sé los nombres de los oficiales y magos de Kan y Cawn que están aquí. —Un

palanquín se abrió camino entre los oficiales reunidos, llevaba a la cabeza un gigante dalhonesio calvo ataviado con armadura. Ho intercambió miradas de entendimiento con Heuk. *Bala*. No era de las que tardaba en aparecer.

Ho buscó entre aquellos rostros, pero no encontró ninguna figura dominante. Más bien fue el hecho de que todos permaneciesen en un semicírculo incómodo, un poco apartados de una figura concreta, lo que dirigió su mirada hacia ese hombre: la figura aparentemente inofensiva, baja y rotunda, que debía de ser el tal Mallick Rel. La cara de luna pálida del hombre albergaba una expresión de profundo pesar y tristeza, pero bajo ella Ho leyó un triunfo bien contenido.

—Un día desolador para el Imperio —dijo Mallick en voz baja al puño supremo Anand, que estaba a su lado. Aunque dolorido por sus heridas, Anand bajó la mirada y contempló al hombre con un asco obvio—. Un día para recordar. —Entrelazó las manos sobre el estómago—. Sí. Y por algo más que tan irresistible razón. Pues mientras nosotros lloramos la pérdida de nuestra emperatriz, también debemos celebrar haber derrotado a ese desencaminado movimiento secesionista. Y haber aplastado a nuestros viejos enemigos, la mercenaria Guardia Carmesí. —El hombre miró al suelo, como si quisiera hacer alarde de humildad—. Tal es el legado de Laseen, la paz y seguridad que nos ha dejado.

Dioses, sí que sabe dar jabón. Ho miró a Heuk, que puso los ojos en blanco. *¿Pero qué se puede hacer salvo quedarse asombrado ante semejante audacia tan descarada e imponente?*

—¡Mallick! —bramó una gran voz profunda. Las cabezas se volvieron. Resoplando, magullado y con una pronunciada cojera, Korbolo Dom, espada del Imperio, se abrió camino sujetado por dos de sus oficiales—. ¿Qué es esto, Mallick? —La espada miró furioso a los reunidos—. ¿Qué es este retraso? ¿Por qué no nos estamos preparando para un ataque? ¡Ahora es el momento! —Jadeando, fue mirando cara tras cara—. Los tenemos rodeados. Los superamos en número. ¡Debemos golpear! ¡Decapitarlos a todos y cada uno de ellos! Yo tomaré el mando general...

—Espada —lo interrumpió Mallick sin alzar la voz—, nos alegramos de que siga con nosotros, pero nos duelen los informes que han llegado a nos del combate con la Liga Taliana.

Korbolo se lo quedó mirando con la boca abierta en una mueca de absoluta consternación.

—¿Qué?

—Han sido muchas las fuentes que han notificado que, cuando su falange se separó, usted se retiró a la retaguardia. ¿Niega esos informes?

—Para tomar el mando de otra unidad, liderarla y entrar en batalla, sí. Mallick, ¿qué es esta tontería? Estamos perdiendo el tiempo...

Pero el nativo de Falar sacudía la cabeza, los labios rellenos crispados como si se

viera obligado a cumplir un deber ingrato.

—Lo siento, Korbolo, pero la espada, una vez ha entrado en el campo de batalla, no se retira. Hacerlo es anunciar la capitulación a todas las fuerzas imperiales. — Mallick alzó los ojos para estudiar a los oficiales reunidos—. Y me lo tomo como un poderoso testimonio de la resistencia y templanza de estas fuerzas que no se dispersaran en ese mismo instante.

»Así pues, como consejero imperial y portavoz de la Asamblea, es mi penoso deber ordenar que lo encarcelen hasta que pueda convocarse un tribunal que investigue estas acciones.

—¿Qué? —La espada se lo quedó mirando, su boca no dejaba de funcionar; después se abalanzó de repente contra Mallick. Los oficiales, que en un primer momento lo habían sostenido, tuvieron que contenerlo—. ¡Tú... criatura! ¡No puedes hacerme esto! ¡Soy la espada! ¡Victorioso! ¡Yo gané esta batalla! —El hombre luchó y retorció los brazos. Miró furioso, con los ojos saltones, a los oficiales reunidos, su rostro napaniano se iba oscureciendo, los labios llenos de espuma—. ¡Soy vuestro comandante! ¡Yo os llevé a la victoria!

—El prisionero guardará silencio —ordenó Mallick.

Metieron un trapo en la boca de Korbolo y se lo llevaron pataleando, luchando, gorgoteando y chillando tras el jirón de tela.

Mallick sacudió la cabeza pesaroso.

—Tu sabiduría y paciencia son una inspiración para todos nosotros, consejero — exclamó una anciana.

La mirada de Mallick se agudizó y buscó entre la multitud; se posaron en un rostro unos ojos entornados que formaron unas ranuras resplandecientes.

—Que se adelante —exclamó.

Avanzaron los mellizos wickanos, sostenían a Su entre los dos. Ho se dispuso a adelantarse, pero Heuk lo contuvo.

—Bueno, los wickanos. Ante mí una vez más. Pero los relatos de todos los bandos cuentan que fue vuestra carga la que aplastó a la Guardia y abrió el camino a la victoria imperial. Por ello todos estamos en deuda con vosotros. Y os damos las gracias...

Su hizo una reverencia superficial.

—Solo pedimos lo que es nuestro por derecho.

—Ah, sí... por supuesto. —Mallick volvió a entrelazar las manos sobre el estómago—. Esta muy reciente y dolorosa política referente a vuestras tierras. Mal concebida e inhumana. Yo siempre estuve en contra, por supuesto.

Los mellizos se abalanzaron con las caras crispadas, pero las manos agarrotadas de Su que les aferraban los hombros los contuvieron.

—Quizá a estas nuevas propiedades imperiales se les podrían conceder

arrendamientos de veinte años a nuestro favor —sugirió Su—, lo que evitaría más violencia y levantamientos.

Mallick frunció los labios. Sus dedos tamborilearon unos sobre otros sobre su estómago.

—Los detalles habrá que negociarlos en un tratado, por supuesto.

Su inclinó la cabeza.

—Por supuesto.

Mallick agitó una mano con gesto negligente.

—Muy bien. Hemos terminado. Podéis retiraros.

—Tu honestidad y compasión son un ejemplo para todos nosotros —canturreó Su mientras se inclinaba. Ho le dedicó a la vieja bruja un guiño cuando los mellizos la ayudaron a irse.

—Mi señor consejero —exclamó Bala desde su palanquín.

—¿Sí, maga suprema?

Maga suprema. Ho le lanzó a Heuk una mirada intencionada, el viejo mago volvió a poner los ojos en blanco.

—Se ha accedido a múltiples sendas en la cima de la colina.

Mallick asintió con gesto pensativo y miró a los oficiales reunidos.

—Envíen recado a la Guardia de que, en nuestra opinión, ya han muerto hoy suficientes de nuestros buenos y honestos soldados. Ya se ha derramado bastante sangre en esta inútil venganza. Hablando, de modo no oficial, en nombre del Imperio, se les concede permiso para retirarse.

—Qué conveniente —murmuró Heuk en un aparte—, dado que se están retirando.

Ho se inclinó para contestar.

—Quedará bien en las historias.

Heuk hizo un gesto a un lado.

—Venga, que estoy hasta la coronilla. Como haga un pronunciamiento más, voy a vomitar. Tomemos una copa con esos «buenos y honestos soldados».

—Ya estoy viendo esos libros de historia —dijo Ho mientras se iban caminando—. Kellanved el Terrible. Laseen la Sanguinaria. Y Mallick el Benevolente.

—Mallick el Justo —sugirió Heuk.

Una voz bramó tras ellos.

—¡Mago del cuadro!

Se giraron. El palanquín de Bala los seguía, guiado por el gigantesco, calvo y sudoroso dalhonesio.

—La maga suprema exige su presencia —ordenó.

—La frase justa para hacerme pensar en un retiro anticipado —murmuró Heuk.

Esperaron mientras el palanquín se aproximaba.

—Groten —llamó Bala a través de las tenues colgaduras blancas de tela—,

permíteles acercarse.

El guardia, Groten, se inclinó.

—Sí, señora. —Los llamó con la mano con gesto brusco.

Heuk se acercó con un suspiro, seguido por Ho.

—¿Sí, Bala?

—Dirás maga suprema. Por favor, recuérdalo en adelante. —La maga suprema Bala permanecía reclinada sobre unas almohadas, finas sedas estaban dispuestas a su alrededor con decoro. Era una mujer dalhonesia voluptuosa; Ho observó que sus seis fornidos porteadores estaban sudando copiosamente. La maga se abanicó la cara despacio—. Puesto que ahora soy maga suprema de todo el Imperio, no puedo ocuparme de las trivialidades del cuadro de magos de un simple ejército. Así pues, ahora tú estás al mando del cuadro del Cuarto. Has de informarme a mí. Y tú... —El abanico señaló a Ho—. Tú no eres bienvenido en el cuadro. No queremos a los de tu calaña.

Ho contuvo una carcajada y asintió con un ademán.

—Demasiada amenaza, ¿eh, Bala? —dijo Heuk.

—No me aburras con tu charla sin sentido, Heuk. Buen día. Nuestra audiencia ha terminado. ¡Groten!

El guardaespaldas se cernió sobre ellos.

—¡Fuera del camino!

Ho permitió que lo apartara y observó alejarse el palanquín con paso pesado.

—Conozco un soldado —dijo Heuk con tono pensativo— que, si la hubiera visto ahora mismo, se habría desmayado. —Con un gesto invitó a Ho a continuar.

—¿Qué hay de Laseen? —preguntó Ho.

—Lo más probable es que Mallick no repare en gastos en el mausoleo que le erija en Unta. Cómo la irritaría eso.

—Mucha más razón desde el punto de vista de él, supongo.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó Heuk.

—La jubilación en Heng. Tengo que ponerme al día en muchas cosas allí. Muchas.

Heuk lo miró de soslayo y se rascó la barba revuelta y manchada.

—En serio...

—Sí, en serio... ¡Sí!

Heuk levantó el jarro de barro que llevaba bajo un brazo.

—Oh-oh.

Kyle y los hermanos Perdidos esperaron mientras la Guardia atravesaba en fila las puertas abiertas para alejarse por la senda Imperial. Los últimos en salir fueron K'azz, Trémula, Shell y dos magos juramentados, muy magullados y llenos de moratones,

llamados Penas y Dedos.

Durante toda la retirada, las hileras de infantería malazana y la caballería de Kan y Cawn habían permanecido expectantes, con los escudos preparados, pero las espadas envainadas y las lanzas levantadas. K'azz se acercó a Kyle, que señaló con un gesto las filas de soldados imperiales que los rodeaban.

—Lo dejan irse.

El anciano asintió.

—Sí. Ese tal Mallick, sin duda, tiene intención de achacar todo este baño de sangre a las políticas de Laseen, así que no podía contribuir él también. Pero ¿qué hay de ti? ¿Estás seguro de que no quieres venir? Eres muy bienvenido.

—No, gracias. Pero si pudiera movernos un poquito, sin embargo, lo agradeceríamos.

—Entiendo. ¿Adónde queréis ir?

Kyle se encogió de hombros.

—No estoy seguro. Tendremos que hablarlo.

—Muy bien. Lo dejaré en manos de aquí Shell. En cualquier caso —cogió a Kyle por los hombros—, te debo más de lo que puedo expresar. Siempre podrás acudir a la Guardia, ¿de acuerdo?

Avergonzado, Kyle se limitó a desecharlo todo con un ademán, pero se lo agradeció con un asentimiento.

K'azz fue al portal, se giró y saludó. Kyle y los hermanos Perdidos levantaron las manos a modo de despedida. Trémula también los saludó con la mano, se inclinó y pasó. Penas y Dedos la siguieron y la puerta se cerró de golpe con un siseo de aire desplazado. Shell esperaba junto a la suya. Los llamó con la mano.

—Tengo instrucciones sobre dónde llevaros.

Kyle intercambió miradas con Acecho, Malas Tierras y Fochas y ladeó una ceja. Fochas se adelantó frotándose las manos.

—¿Y adónde nos vamos, muchacha? ¿Darujhistan? ¿Korel? ¿Aren?

La mujer se limitó a sonreír, las líneas que rodeaban su boca estaban tensas.

—Después de vosotros.

Kyle solo tuvo una brevísima sensación de desorientación y después sus mocasines tocaron un suelo sucio y descuidado en una habitación vacía, largo tiempo abandonada. Giró en redondo y miró aquel cuarto lleno de polvo, ¿qué era eso? Acecho y los hermanos se unieron a él al salir de la nada, también se estremecieron y se llevaron las manos a las armas.

—¿Dónde estamos? —Acecho hizo la pregunta en voz lo bastante alta como para que todos lo oyeran.

Malas Tierras se agachó ante una ventana sin cristales.

—¡Que el hielo eterno se lo lleve! ¡Seguimos aquí!

—¿Qué? —Todos se reunieron con él.

—¡Ahí está el campo de batalla!

—Veo estandartes de Cawn.

Acecho se apartó de la ventana.

—¿Qué es esto?

—El santuario... —murmuró Kyle mirando a su alrededor—. En el este, el cerro.
¿Cómo lo llamó Trémula?

—Santuario de Ascuá —comentó Fochas.

—¿Y por qué aquí? —preguntó Acecho.

—Porque aquí hay alguien más —dijo una nueva voz.

Giraron en redondo y sacaron las armas de las vainas con un siseo, pero entonces vieron a uno de los hermanos de la Guardia Carmesí.

—¡Joroba! —exclamó Kyle.

—¿Sí, muchacho?

—En el nombre del rey Viento, ¿puede saberse qué estás haciendo aquí?

La sombra se acercó con una gran sonrisa, vestido con su chaleco, la camisa rota colgando y los pantalones raídos, igual que en vida.

—Estoy contigo, muchacho.

Todo el mundo se guardó las armas.

—¿Conmigo?

—Me pegaré a ti durante un tiempo. Dispensa de K'azz.

—¿En serio? ¿Igual que esos otros hermanos acudieron a K'azz?

—Sí... durante una temporada. Hasta que el juramento me lleve, supongo.

—Igual que en casa —dijo Malas Tierras en un aparte a Fochas, que lo miró furioso para mandarlo callar.

—¿Entonces por qué podemos verte y oírte? —preguntó Acecho, siempre escéptico.

Un encogimiento de hombros translúcido.

—Supongo que porque fuisteis guardias durante una época.

—¿Así que nadie más te vería u oiría? —preguntó Malas Tierras.

—No sé. Yo no soy mago. A menos que sean sacerdotes del Embozado o magos, supongo.

—Demasiado parecido a casa —comentó Malas Tierras tras una mano levantada.

—¡Que te calles! —respondió Fochas, y se sacudió para limpiarse el polvo de su gruesa mata de pelo.

Kyle fue a la ventana y se apoyó en el borde. En la llanura, los fuegos brillaban bajo el crepúsculo creciente. *Tantos. ¿De dónde habían salido tantos?*

—¿Estamos aquí porque tú estás aquí?

Joroba se rascó la sien con el brazo acortado, igual que solía hacer en vida.

—Na. Yo voy donde tú vayas. Hay otra persona aquí. Venid, os llevaré con él.

Kyle y los hermanos Perdidos intercambiaron miradas cuando la sombra salió de la habitación por uno de los portales abiertos. Un momento después reapareció y los llamó con un ademán.

—Vamos. Por aquí. —Acecho indicó a Kyle que se adelantara. Kyle abrió las manos como para negar cualquier parte en aquello, pero salió el primero.

Joroba los llevó por un confuso laberinto de habitaciones y salas medio derruidas. Algunas no eran más que paredes inclinadas abiertas al cielo, otras tan oscuras como minas derrumbadas. El polvo y la basura de años enteros cubrían todo con una capa espesa.

Tras un rato, Kyle olió humo de madera y grasa animal que se cocinaba. Hizo una pausa, se volvió hacia los hermanos y se tocó un lado de la nariz. Sus compañeros asintieron y sacaron con cuidado las armas de las vainas. Agachado, Kyle avanzó entre las sombras densas de un nido de aposentos pequeños. El crujido y estallido de un fuego de madera lo guió hasta que vio la luz más adelante. Se detuvo y esperó a que lo alcanzaran los hermanos. La sombra de Joroba se había adelantado más. Cuando se reunieron todos, Acecho indicó que Kyle y él irían por la derecha y la izquierda, mientras Fochas y Malas Tierras cubrían el centro. Todo el mundo asintió.

Tras contar en silencio, entraron en tromba en la habitación con las armas en la mano. Había un hombre grande sentado contra el muro de un aposento repleto de basura en el que ardía una pequeña hoguera.

—¿Eres tú, Kyle? —exclamó el hombre, sorprendido—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Kyle se irguió y se le cayó el arma.

—¡Melena Gris!

Tenía uno de los ojos tan hinchado que no podía abrirlo. El labio superior partido e inflamado. Un lado completo de la cara estaba poniéndose de un color morado oscuro mientras que el pelo estaba apelmazado por la sangre seca. Su armadura yacía apilada en una esquina. Señaló con un gesto la sombra sonriente de Joroba.

—Sabía que sería un guardia, pero no te esperaba a ti.

Kyle se agachó junto al fuego.

—¿Qué estás haciendo escondido aquí?

El hombre pareció incómodo y bajó la mirada.

—Bueno... los imperiales todavía tienen puesto precio a mi cabeza, ¿sabes?

Y Kyle recordó entonces. *Una cabeza que vale un barril de perlas negras*. Señaló a los hermanos.

—Te ayudaremos a escapar, ¿verdad, Acecho?

El mayor de los hermanos Perdidos se llevó una mano a la frente y suspiró.

—Claro. Por supuesto. Al parecer es lo único que hacemos.

Malas Tierras se agachó junto al fuego.

—¿Qué es lo que estás asando ahí?

—Conejo.

—Parece hecho, ¿puedo?

Melena Gris le hizo un gesto para que se sirviera.

—Deberíamos ir al sur —dijo Malas Tierras mientras arrancaba una tira de carne y se lamía los dedos. Después apoyó los grandes brazos peludos en las rodillas.

—Al norte —dijo de inmediato Fochas.

—Yo estaba pensando más bien oeste —sugirió Melena Gris, un tanto desconcertado.

—A mí me gusta el norte —dijo Acecho asintiendo para sí.

Malas Tierras levantó una mano sin dejar de masticar para pedir silencio.

—Pero ¿sabéis?... en realidad el sur sería mejor.

Kyle se limitó a sonreír, se sentó al lado del fuego y empezó a desatarse los cordones de las piernas. Esa discusión podía llevar toda la noche.

—Te estás quedando conmigo, ¿no? —le dijo Noche a Heuk.

—No, es verdad. Se lo he oído a un montón de gente.

—¿Gente como quién?

—Como de todas clases.

—Mierda. —Noche volvió a sentarse en el fresco de la trinchera—. ¡Maldita sea!

Un oficial de caballería que llevaba los colores de Cawn se acercó a la trinchera. Entrecerró los ojos y miró en la oscuridad de las sombras de la tarde que caía.

—Busco al sargento Miedica.

Urfa se levantó, devoró con la mirada al hombre y lució sus dientes irregulares en una sonrisa.

—Bonito caballo.

Mandíbula, Colilla y Kibb se acercaron caminando con maderas rotas y tablas que dejaron caer junto a una pila. El oficial contempló lo que parecía una gran hoguera en ciernes.

—No iréis a pasar la noche aquí fuera, ¿verdad?

—Pues sí —dijo Noche poniéndose en pie—. ¿Y qué?

—Tengo entendido que las órdenes son marchar al este por el camino de los mercaderes. Este es un inmenso campo de la muerte. No es sano. Y resulta peligroso. Habrá chacales.

—A los chacales no les gusta el fuego —dijo Noche, muy en serio.

El oficial de caballería parpadeó, sin saber muy bien qué hacer.

—Así que... ¿no hay ningún sargento Miedica entonces?

—No, señor —respondió Noche. Llamó con un gesto a Menor que, al pasar,

levantó una mano a modo de saludo—. ¿Lim? —preguntó Noche. Menor levantó el dedo pulgar.

—Inténtalo en la tercera compañía —sugirió Urfa.

—¿Qué compañía es esta?

Los ojos de Urfa se pusieron bizcos cuando frunció el ceño.

—No sé, señor. —Se volvió hacia la trinchera—. ¡Eh, inútiles! ¿Qué compañía somos?

Unas voces murmuraron entre las sombras.

—Creía que éramos la primera.

—La cuarta.

—Na, creo que era la primera.

Con una breve sonrisa, Urfa guiñó un ojo.

—Ahí lo tiene, señor. Somos la primera o la cuarta. ¿Seguro que no quiere quedarse? Ofrecemos fuego. Tenemos uno de esos pescados grandes para freír. Vamos a emborracharnos y a despedirnos de todos nuestros amigos.

—Suenan encantador —comentó el oficial de Cawn con tono seco y tiró con suavidad de las riendas—. Os dejo con eso, entonces.

Urfa volvió a dejarse caer en la trinchera.

—Maldita sea. Era monísimo. Me gustan los oficiales de caballería.

—Encontrará al capitán —advirtió May desde donde estaba echada bajo los últimos rayos de sol, junto a la trinchera.

—Con el tiempo —dijo Noche. Se agachó otra vez junto a Heuk, que estaba sentado abrazado al jarro—. Bueno, ¿entonces no pueden quitársela? ¿En serio?

Con los ojos cerrados, Heuk asintió con gesto exagerado.

—Nunca. No se quita.

—Mierda. —Noche se levantó y examinó el montón de madera—. ¿Llamáis a esto leña para una hoguera? ¡Quiero el doble! ¡Venga, otro viaje a los restos! ¡Vamos!

Con un gemido, el pelotón se puso en pie poco a poco y se alejó sin prisas.

—Pensé que, por lo que dijo... que quizá, ya sabes, que era posible.

Heuk articuló un quedo «No» como respuesta.

—Entonces ¿cómo lo hacen?

Un levantamiento y una caída de hombros de Heuk. Con una maldición, Noche arrojó al suelo un puñado de tierra y se alejó con paso furioso. Heuk abrió un ojo para verlo irse y sonrió. *Bien. Turmalín, me debes tres barriles de licores destilados moranthianos. Y será mejor que sobrevivas o el bueno de Noche va a descubrir que la armadura sí que se quita, después de todo.*

CAPÍTULO 5



La matanza se extendía casi una legua en todas direcciones. Arrojo llevaba su inquieta montura al paso, iban rodeando el campo de muertos setis; habían limpiado los cuerpos a conciencia. Le pareció que llevaban muertos dos días y dos noches; el hedor empezaba a desvanecerse; las nubes de carroñeros se estaban ya alejando, a excepción de algún que otro milano o cuervo gordo demasiado ahíto de comida para molestarse en huir volando de ellos; los chacales y sus rivales, los lobos, se escabullían agachados por las suaves laderas de las colinas.

La columna estaba muy callada tras ella, que cabalgaba junto a Rell y Liss. Había muchas monturas con dos jinetes, ya que el viaje había resultado ser demasiado duro para los caballos más débiles y enfermos. Puesto que todas las señales indicaban una larga persecución, Arrojo se planteó más en serio enviar de regreso a la mayoría. Después de todo, ella había visto a Ryllandaras y sabía lo que podía hacer. ¿Por qué lanzar a todos esos soldados contra él cuando, en realidad, al final todo se reduciría a Rell y la carga que llevaba ella a lomos de su montura?

Y Ryllandaras no era de los que desafiaba a una columna tan grande. Era un carroñero, un oportunista, un depredador de humanos. No cabía duda de que se limitaría a seguir corriendo sin cesar a través de lo que parecía la llanura interminable que dominaba el centro de Quon Tali hasta que ellos dejaran de perseguirlo. O se debilitaran tanto que se convirtiesen en un objetivo tentador. Si ella mandaba la columna de regreso y dejaba, quizá, diez... eso podría, como se suele decir... endulzar la oferta.

Llegaron al campamento seti principal: chozas de hierba raídas y abandonadas, hogueras pisoteadas, equipo abandonado, y muertos. Innumerables muertos. Hombres, mujeres y niños. Un campamento masacrado y deshabitado. Sobre el caballo, Liss señaló más adelante y Arrojo guiñó los ojos al tiempo que se tapaba la nariz y la boca con la mano para defenderse de las moscas. Un caballo y un jinete esperaban a cierta distancia. Arrojo desvió la columna hacia el hombre. Era un tipo grande, alto y ancho, un napaniano de color oscuro, negro azulado; vestía una costosa cota de malla ennegrecida. Viejo también, su ensortijado cabello comenzaba a encanecer. Arrojo levantó un puño para dar el alto. Los hombres y las mujeres de su columna desmontaron. Arrojo oyó al sargento Banath ordenar un registro en busca de

supervivientes, y de agua y comida.

La veterana se detuvo delante del hombre, que inclinó la cabeza a modo de saludo. Por su apariencia, la mujer temía que fuera quien sospechaba que podría ser. La expresión masculina cauta, casi resignada, solo apoyaba sus sospechas. El hombre dirigió su atención a un poste clavado en el suelo, junto a un gran hoyo para el fuego. Un objeto horripilante decoraba el poste, la cabeza de un hombre roída por carroñeros, sin ojos, la lengua desaparecida de las mandíbulas caídas.

—Imotan —dijo el hombre—. Chamán de la sociedad guerrera Chacal.

—¿Has formado parte de esto?

El hombre sacudió la cabeza.

—No. Vine a hacerlo. Pero Ryllandaras se me adelantó.

—¿Ryllandaras? ¿Por qué?

—Imotan trató de obligarlo —dijo Liss al detenerse junto a Arrojo. Ladeó la cabeza en un saludo receloso—. Ameron.

¡Anda que no se reiría el Embozado! El hombre que había intentado que la mataran; el que, junto con sus compinches de la vieja guardia, era el responsable de todos esos muertos en Heng. Incluyendo a Nervioso. Arrojo le dio la espalda, miró al cielo y parpadeó para despejarse los ojos.

Rell llegó, se quedó cerca de Arrojo y observó a Ameron con cautela.

—¿Por qué has venido? —preguntó Liss, cansada y con bastante brusquedad.

—He venido para dar respuesta a un asesinato.

Una carcajada aguda estalló en los labios de Arrojo.

—¿Qué? ¿Un asesinato? ¿Un solo asesinato? —Abrió mucho los labios—. ¡Echa un buen vistazo a tu alrededor!

—No eres quién para hablar, Arrojo —respondió él, su voz implacable como el hierro. Ella dejó de reírse, como si la hubieran abofeteado, y se llevó la mano a la garganta—. En cualquier caso —continuó—, era un buen amigo y un buen hombre. Había entablado amistad con los setis. No debería haber muerto como lo hizo.

Liss asintió, eso lo aceptaba. Se apartó los rizos apelmazados de cabello grasiento.

—¿Y ahora...?

Ameron bajó la mirada y dejó escapar una exhalación larga y lenta.

—Solicito unirme a vuestra partida.

Arrojo se echó a reír otra vez, ya fuera por la pasmosa y descarada petición del hombre, por su propia culpabilidad manifiesta, que estaba detrás de todo, o por ambas cosas. Ni ella misma estaba segura. Liss no añadió nada, solo la miró a ella y a Rell, en su rostro una expresión cuidadosa y neutral.

Rell se cruzó de brazos y habló con tono tajante.

—No nos vendría mal tenerlo con nosotros.

Acamparon por donde soplaba el viento, a poca distancia de la matanza. A medida que caía el atardecer, los ladridos de los chacales y los aullidos de los lobos se acercaron. Arrojo dobló la guardia del perímetro.

—No lo espera esta noche, ¿verdad? —le preguntó el sargento Banath a Arrojo cuando se sentaron alrededor del fuego, comiendo unas galletas que habían encontrado en el campamento seti abandonado.

—No. Solo es por precaución.

—¿No podría dar la vuelta y regresar a Heng?

—No con nosotros tras él —dijo Liss y después continuó la explicación—: Ahora mismo, nosotros somos mucho más atractivos.

Banath alzó las cejas de tal modo que indicó que en realidad eso no le hacía gracia saberlo. Arrojo se limitó a mirar de soslayo el lugar donde Ameron había arrojado su equipo.

El amanecer trajo un silbido y una llamada de los guardias del perímetro. Arrojo se irguió junto a las brasas del fuego con una taza de té tibio sujeta con las dos manos, para calentarlas. Rell llegó corriendo a su lado con todas las armas y la armadura completa, el visor bajado.

—¿Qué pasa? —exclamó ella en voz muy alta.

—¡Se acercan cuatro jinetes!

—¿Seti?

—No.

—¡Preparad las armas! ¡Ballesteros! —Arrojo se terminó el té, se chupó los dientes y le dio la taza a un ayudante. Ameron se reunió con ella cuando se dirigió a encontrarse con los jinetes. Arrojo no pudo evitar mirarlo con recelo.

Una sonrisa modesta jugueteaba en la boca del hombre.

—No hace falta alarmarse —dijo—. Conozco a uno de ellos.

—¿Amigo tuyo?

—Sí.

Arrojo no supo si eso la tranquilizaba o inquietaba. Cuanto más se aproximaban los jinetes, tenía que admitir que más la impresionaba su porte. Una panda más intimidante y endurecida sería difícil de reunir en cualquier otra parte.

Ameron se adelantó a saludarlos. Uno pasó una pierna por encima de la montura y los dos se abrazaron. Los otros tres desmontaron entre gruñidos, estiramientos de espalda y pisotones. Arrojo vio entonces que ninguno era un niño precisamente.

Rell llegó a su lado y se cruzó de brazos. Ameron escoltó a los cuatro hasta ella.

—Urko —dijo mientras indicaba al fornido de cara cuadrada con el pelo plateado cortado a cepillo. *Dioses, el viejo comandante en persona*—. El sargento mayor Diente Bravo. —El tipo hizo una breve inclinación, las cejas espesas y enmarañadas

casi le ocultaban los ojos—. Y, eh...

De los dos restantes, el que era con toda obviedad un veterano malazano inclinó la testa curtida y casi calva.

—Temp.

El último, un viejo guerrero seti muy fornido, ladeó la cabeza con aire autoritario.

—Hierba de Bisonte.

Arrojo se presentó ella, al sargento Banath y a Rell. Liss no aparecía por ninguna parte.

El veterano que había dicho llamarse Temp levantó una mano y señaló a Rell.

—¿Eres tú el que se enfrentó a Ryllandaras?

Rell asintió. Temp y el seti intercambiaron una larga mirada.

—Bueno —Arrojo se dirigía a Urko—. ¿Qué podemos hacer por vosotros? Según tengo entendido, en el sur ya ha quedado todo resuelto. ¿No deberías estar esfumándote de aquí?

El veterano de la vieja guardia quizá no hubiera tomado parte en el asedio contra Heng, pero lo había instigado. En ese momento se pasó una mano llena de brechas y cicatrices por la cabeza e hizo una mueca con algo parecido a la incomodidad.

—Nosotros, eh, venimos a unirnos.

—¿Uniros?

—Sí. Contra Ryllandaras. Queremos su cabeza.

—¿Por qué?

—Vimos el hospital de campaña, muchacha —dijo Diente Bravo.

Urko asintió.

—Me llegó recado tras la batalla. Fui a ver los restos. Cientos de soldados heridos masacrados. Hombres y mujeres desarmados. Ahí cometió un error. Nadie hace eso y se va como si nada.

—Vamos tras él, con o sin vosotros —dijo Temp con tono tajante.

Y lo harían, solo estos cuatro. ¡Oponn nos libre! Quizá al final hasta tuvieran una oportunidad.

Arrojo asintió con un gesto que no se comprometía a nada.

—Veremos. Bienvenidos de momento. —Y los invitó con la mano al campamento.

Encontró a Liss caminando sola en la pradera. La hierba se le enganchaba a las múltiples capas de sus faldas. El viento vivo le tiraba de los rizos densos y apelmazados del cabello. Los brazos, desnudos, mostraban unas venas gruesas, llagas rojas y coléricas y bultos de grasa. Arrojo se acercó a ella y la encontró mirando al suelo, removiendo la tierra con una sandalia.

—¿Qué pasa?

La mujer respiró hondo y apartó los ojos como si estudiara el horizonte, pero en realidad miraba hacia su propio interior.

—Llegó recado anoche de Seda. Storo ha muerto.

Arrojo se la quedó mirando.

—¿Qué?

Los ojos oscuros de Liss capturaron los suyos.

—Una infección en el hueso. No la cogieron a tiempo. Las heridas de Ryllandaras son... notoriamente virulentas. Lo siento. Quieren que regreses, Arrojo. Para reconstruir. Quizá deberías dejarle esto a Urko y sus amigos. Sé quiénes son esos dos. Puede que estén a la altura.

Pero Arrojo se apartó de repente. No. No era verdad. La última vez que lo había visto estaba vivo. Débil, sí. Pero se iba recuperando. No podía ser verdad. Se abrió camino entre la hierba densa sin ver nada. ¿Querían que volviera? ¿Para reconstruir? Menudo chiste. Pero si lo había destruido todo. Había liberado un monstruo que era el más grande asesino en masa de hombres y mujeres que se conocía. ¿Y qué había de la maldición? ¿Real o no? ¿De los que habían participado en su liberación, quién quedaba a esas alturas? Ella, Seda y Rell. Sin embargo, cuando Liss la había conocido, la había llamado «constructora». ¿Y la actitud que había tenido con Rell? Vista en perspectiva, ¿una especie de veneración? ¿Admiración? Se detuvo. ¿Y si Liss era de verdad zahorí, maestra de zahoríes?

Se giró en redondo y se dirigió directamente a la mujer, que volvió la cara y no quiso mirarla a los ojos.

—¿Nos has visto triunfar? ¿Derrotaremos a Ryllandaras?

Con la barbilla metida, su redondeado rostro hinchado y pálido, Liss contestó con lentitud.

—He visto un modo con el que quizá triunféis.

—Nos basta. —Arrojo fue a buscar al sargento Banath.

Cuando lo encontró le ordenó que regresara con la columna de caballería. Ella solo conservaría una pequeña guardia. Él puso objeciones, por supuesto. Se negó a irse. Pero Arrojo no cedió y al final, ese mismo día, dos columnas se pusieron en marcha. La más grande rumbo al sudoeste, la más pequeña, al noroeste.

A lo largo de los días siguientes Arrojo estableció una especie de acuerdo con su montura. Terminó por aceptar que quizá la yegua no iba a liquidarla por la afrenta de atreverse a montarla. Y, por su parte, estuvo dispuesta a admitir que quizá la especie equina podía afirmar que prestaba un servicio encomiable a la humanidad.

La mañana del tercer día Liss anunció que había estado cerca esa noche, que los había estado vigilando. Arrojo imaginó que estaría intentando dilucidar si solo eran poseedores de un exceso de confianza abrumador o podrían, de hecho, suponer una

amenaza. Liss creía que o bien golpearía a la noche siguiente o los desecharía y regresaría a la caza. Dijo que tenía intención de atraerlo.

Liss dio las órdenes para los preparativos de esa noche. No se había separado casi del guerrero seti, Hierba de Bisonte, durante los últimos días; los dos sostenían con frecuencia largas conversaciones y a esas alturas el hombre presentaba en los rasgos brutales una expresión muy diferente a la mirada furiosa con la que había llegado. De hecho, parecía pensativo, si eso era posible.

La maga hizo que reunieran leña durante todo el día para conseguir una hoguera altísima. A medida que fue cayendo la tarde, puso a los pocos regulares que quedaban a proteger los caballos y le hizo un gesto a Arrojo para que los acompañara.

Arrojo se limitó a mirarla sin moverse.

—Vamos, Arrojo. Tú no eres una veterana como estos. Tiene que apartarte.

—Puedo luchar tan bien como cualquiera.

—Nadie cuestiona eso. Por favor. Es importante para mí.

Arrojo señaló al sur, donde habían planeado manear a los caballos a una distancia segura.

—¿Me quieres allí? ¡Muy bien! Iré. ¡Pero en cuanto oiga algo, pienso venir!

—Gracias.

Urko se acercó y señaló a Liss con la cabeza.

—Está cayendo la tarde. —Se metió las manos, grandes como palas, bajo las axilas. Los gigantescos brazos del hombre eran tan anchos como los muslos de Arrojo—. Según Ameron, deberíamos darle una oportunidad a tu plan. —Ladeó una ceja—. Bueno, ¿y cuál es?

—Los hombres permaneceréis ocultos en un amplio círculo alrededor de la hoguera. Cuando venga Ryllandaras, rodeadlo. Mantenedlo cerca del fuego. Si no dejáis que traspase el círculo, no escapará.

—¿En serio? —La boca carnosa del hombre hizo una mueca de incredulidad—. ¿Y ya está?

—Sí, si cumplís vuestra parte e impedís que cruce.

—Oh, cumpliremos nuestra parte, puedes contar con eso. —Y se alejó rascándose la cabeza.

Arrojo escuchó toda la conversación con un ceño hastiado.

—¿Y qué hay de ti? ¿Dónde estarás tú?

—Yo estaré junto al fuego, Arrojo.

—¿El fuego? —Arrojo miró al atardecer creciente—. ¿Con él? ¿Qué clase de plan es ese? ¿Por qué iba a acercarse al fuego? ¿No has dicho que es un oportunista? ¿Por qué no atacar a los regulares junto a los caballos?

La mujer de hecho esbozó una sonrisita modesta.

—Porque yo lo voy a invocar.

Arrojo se la quedó mirando sin poder creer lo que estaba oyendo.

—¿Tú lo vas a invocar? ¿Qué clase de tontería es esa? Te hará pedazos.

La sonrisa de la mujer se ensanchó.

—No mientras no deje de bailar, Arrojo.

—¿Bailar? —Arrojo se volvió para llamar a los otros—. Rell, métele un poco de sentido común en la cabeza. ¡Tú sabes lo que puede hacer!

Hierba de Bisonte se rascó la mejilla y habló con voz profunda.

—Las viejas leyendas setis dicen...

—¡Oh, cállate ya!

Liss la cogió por el brazo.

—No pasa nada, Arrojo. Puedo hacerlo. Olvidas quién soy... Zahorí y bailarina del amanecer.

Querrás decir que lo eras. Arrojo la miró de arriba abajo.

—Liss... siento abrirte los ojos, pero ya no eres ninguna jovencita.

La carcajada de la anciana fue basta y estridente.

—La belleza no está en mí, Arrojo. Está en la magia de la danza. Ahora vete, ocúpate de los caballos.

¡Estúpidos caballos! ¿Qué me importan a mí los caballos? Pero fue.

Rell se acercó a la carrera y la siguió.

—No te preocupes. Si aparece la bestia, todos caeremos sobre ella y la derribaremos.

—Gracias. Cuidadla.

—Sí.

—Y advierte a Urko y sus muchachos que pienso venir... ¡y cargada!

—Sí, Arrojo. Todos hemos visto tu mochila.

—De acuerdo. Bien, vale. Que Ascuá te favorezca.

—Los seguleh no aceptamos la idea de la suerte o del azar, pero gracias de todos modos. —El hombre se alejó corriendo.

Arrojo se quedó mirando con furia a los caballos y a sus hombres. *Caballos. No me puedo creer que esté protegiendo unos malditos caballos, por el puñetero Embozado.*

Llegó la noche. Arrojo organizó las guardias y después se sentó a preparar su mochila. Fulleros, todos los que pudo meter. Y dos, no, tres malditos. Eso debería de mandarlo al abismo. Cada ruido que se oía en la oscuridad la ponía en pie de un salto. Recorrió con los ojos las sombras. La hoguera de Liss iluminaba una elevación intermedia en una brillante silueta que destacaba contra la noche. Arrojo volvió a sentarse y comprobó sus armas por enésima vez.

Los caballos relinchaban, nerviosos, cambiaban de postura y tiraban de las trabas

clavadas. Los hombres se movían entre ellos, calmando y susurrando. Arrojo se esforzó por no hacer ruido, a la escucha. ¿Había oído algo? ¿Un sonido? ¿Un murmullo profundo y distante?

Un repentino gruñido áspero la hizo saltar. Los caballos chillaron, dieron coces y corcovearon enredándose en las cuerdas.

—¡Ocupaos de ellos! —gritó, y después de coger la mochila echó a correr. Resoplando, impulsándose con un brazo mientras el otro sujetaba la atestada mochila, llegó a la elevación y empezó a bajar.

Más adelante, entre ella y la hoguera rugiente que disparaba sus chispas al cielo de la noche, una visión elemental la recibió: hombres, con los brazos estirados, deslizándose de un lado a otro y acercándose a un monstruo que se alzaba al triple de su altura y lanzaba zarpazos entre bramidos. Más allá del fuego la figura de Liss, bailando, rodeando el fuego, girando con los brazos que retorcía por encima de la cabeza, de algún modo siempre enfrente del monstruo daba igual hacia qué lado se abalanzara este para alcanzarla.

Arrojo se quedó allí, cautivada. Imaginó que si esa fuera la canción de un trovador, en ese momento Liss se transformaría de algún modo en una Liss más joven y ágil por mor de la magia del baile. Su belleza hechizaría al monstruo. Pero aquel no era ningún romance cortesano. Liss todavía lucía su conocida y desgarrada forma. Seguía teniendo los brazos gruesos, la cintura pesada. Pero la danza en sí era hermosa, sus movimientos hipnóticos. ¿De dónde sacaba aquella mujer semejante elegancia? Y atraía al devorador de hombres. Debía de ser una magia antigua. Un ritual de algún tipo, una llamada ancestral.

Tan fascinada estaba Arrojo que había olvidado la batalla. Seis hombres se acercaban a la bestia. Con un rugido de indignación, Ryllandaras realizó un barrido con los largos brazos musculosos para tirarlos a un lado. Pero ninguno cayó. Sus golpes resbalaron por escudos amplios y firmes y se encontraron con hierro afilado. El monstruo se alzó una vez más y aplastó a Temp con el barrido de un largo brazo. Se agachó para atrapar al hombre aturdido con el buche, más grande que la cabeza de un caballo, pero Diente Bravo estaba allí para cubrir a Temp. Empuñaba un enorme mandoble con el que desviaba los movimientos de rastrillo de Ryllandaras. Por increíble que fuera, Temp se levantó una vez más, se desprendió con una sacudida de las ruinas del escudo que todavía sostenía y sacó una segunda arma. El guerrero seti, Hierba de Bisonte, cargó a continuación y lanzó cuchilladas salvajes con un bramido de desafío. Saltó contra la pierna que Ryllandaras había adelantado... ¡lo intentaba desjarretar! Pero el monstruo lo apartó de una patada; Arrojo casi pudo oír las costillas rompiéndose desde donde se encontraba.

Arrojo recobró entonces la conciencia de sí misma y bajó la mirada hacia el fullero que sostenía en la mano. Estuvo a punto de echarse a reír al ver lo endeble que

era. ¡No! Eso no iba a servir de nada... empezó a descender por la suave ladera mientras rebuscaba un maldito en la bolsa.

Detrás de Ryllandaras, rodeando el fuego, unas ondas en la noche empezaron a crecer allí donde bailaba Liss. Arrojo guiñó los ojos. ¿Qué era eso? ¿El ritual? ¿Para qué? Pero sus pensamientos volaron al ver a Ryllandaras erguirse de repente con Urko en la espalda. Estuvo a punto de dejar caer el maldito para saltar de alegría, ¿quién lo habría creído posible, quién más podría haber logrado algo así? El viejo comandante había deslizado un brazo musculoso bajo las mandíbulas de la bestia. El monstruo rugió con voz ronca e intentó sujetar al hombre con las zarpas. Los otros se abalanzaron asestando golpes y estocadas. Y Ryllandaras empezó a sufrir arcadas. Sus ojos, que ardían en llamas de color carmín, se quedaron en blanco. Cayó de rodillas, después apoyó una mano deformada terminada en espolones. La cara de Urko estaba contorsionada por el esfuerzo, negra, con un puño encerraba el codo opuesto tirando, aplastando. Ryllandaras luchaba por respirar. Arrojo no podía creer lo que estaba viendo, ¿era posible? ¿El hombre-chacal, la maldición de Quon, el hermano de Treach, estrangulado por un simple hombre? Había oído historias sobre Urko, por supuesto, las hazañas de aquel veterano eran legendarias, pero Ryllandaras parecía una fuerza de la naturaleza.

Un amplio movimiento de rastrillo del hombre-chacal envió al resto de los soldados tambaleándose hacia atrás. Estiró el brazo por encima de la cabeza, las garras rasgaron, se aferraron y dieron un tirón. Urko salió por los aires por encima de su cabeza, empezó a dar vueltas y desapareció en la oscuridad. Arrojo oyó el crujido de su caída.

Aullando de rabia, Ameron cargó contra la bestia. Un golpe inmenso abrió el costado del hombre-chacal y lo hizo retroceder un paso, pero la bestia capturó el arma y dio una zarpada en un barrido del revés que alcanzó al hombre en el pecho y lo envió girando sobre sí mismo en un baile de cota de malla desgarrada y cortinas de sangre que mancharon la hierba pisoteada.

Arrojo siguió acercándose. Ya podía oír los jadeos de esfuerzo, los gemidos de dolor. Aunque le parecía que Ryllandaras los iba a masacrar a todos, la bestia intentó entonces salir disparado, solo para encontrarse con Rell, que volvió a meterlo en el círculo, las hojas ondeando y destellando a la luz del fuego. Diente Bravo completó la maniobra de envolvimiento para ayudar a Rell. Ryllandaras giró con su asombrosa velocidad: con las mandíbulas rebanó el hombro del veterano cuando se agachó y lo mandó tropezando hacia atrás, bramando de agonía. Hierba de Bisonte había vuelto a levantarse, cojeaba, se abrazaba el pecho y tenía la mandíbula manchada de la sangre que había escupido, pero se acercó con un cuchillo largo en cada mano.

Y Liss salió de detrás del fuego y llamó con señas a Ryllandaras, que estaba de espaldas. La bestia se giró, alarmada, le pareció a Arrojo. Atacó a Liss, pero la maga

se apartó con un movimiento ligero, provocador, justo fuera de su alcance. Parecía ondular como un espejismo de calor. La banda resplandeciente de luz que rodeaba la hoguera relucía con un tono dorado y carmesí más brillante que las llamas. Ryllandaras se encogió para apartarse del resplandor y se dio la vuelta para enfrentarse a los hombres que quedaban. Temp, una espada larga en una mano y una pesada daga de parada en la otra, las sostenía muy abiertas y se mantenía encorvado. Rell también abrió mucho los brazos, una de las dos espadas largas casi tocaba la hoja de Temp. Hierba de Bisonte también estiró los brazos y empezó a cambiar de postura de un lado a otro.

El monstruo se alzó en toda su inmensa altura, abrió las mandíbulas de labios negros y dejó escapar un estallido enfurecido de sed de sangre frustrada que aturdió a Arrojo, que no fue capaz de moverse. El monstruo saltó sobre Hierba de Bisonte y lo machacó contra el suelo, pero Temp estaba allí para hacerlo retroceder como un hombre que sostuviera una torre que se desploma. Una cuchillada de las garras negras de Ryllandaras destrozó la cota de malla y la armadura de bandas del pecho del hombre, que cayó de rodillas. Rell se abalanzó y apuñaló y acuchilló, y el hombre-chacal cedió un paso aullando de agonía. Ponía los ojos en blanco, buscaba una forma de huir, le pareció a Arrojo. Rell siguió presionando, los pies adelantándose, las espadas bailando como llamas líquidas en el fulgor que bañaba la espalda de Ryllandaras.

La bestia miró atrás, sus ojos muy abiertos eran blancos alrededor. Rell se abalanzó, una hoja se clavó hasta el fondo en el estómago peludo del monstruo. Con un chillido, la criatura retrocedió tambaleándose e hizo un último barrido por el cuerpo de Rell, al que arrancó el yelmo de la cabeza y lo mandó dando vueltas por el aire. El esfuerzo tiró a la bestia también hacia atrás, cayó en el círculo de luz que ondulaba y desapareció al instante.

Arrojo se quedó mirando, el maldito le pesaba en la mano sudorosa. No quedaba nadie en pie. Solo Temp seguía de rodillas, tambaleándose de un lado a otro y con la cabeza hundida. El aro de chispas que daba vueltas, o la puerta, o lo que fuera que Liss había invocado, desapareció de repente en un estallido de aire que lanzó una tormenta de brasas contra las ascuas bajas de la hoguera.

Arrojo avanzó con un tambaleo.

—¿Liss? ¿Rell? ¿Liss? —De la chamán no había señal en el tenue fulgor del fuego. Una figura salió abalanzándose de la oscuridad: Urko, sujetándose el cuerpo con fuerza. Arrojo corrió a sostenerlo. Él la cogió por el hombro con tal fuerza que le provocó a la veterana lanzazos de dolor por todo el costado. Él la miró con expresión agotada desde una cara en la que relucía la sangre. Después giró la cara para examinar la batalla y parpadeó.

—No nos habrían venido mal unos cuantos más, ¿eh? Como el Quinto Ejército,

por ejemplo.

—Ahora tranquilízate.

Urko la miró con el ceño fruncido y bajó la cabeza.

—Tranquilízate tú.

Arrojo vio que todavía llevaba el maldito metido bajo el brazo como si fuera un yelmo.

—Perdona. —Dejó con suavidad al hombre en el suelo y con igual suavidad guardó la munición—. ¿Te encuentras bien? —*¡Dioses, qué pregunta más estúpida!*

Pero él la desechó con un ademán.

—Ve a ver a los otros.

El más cercano era Ameron. Muerto, desgarrados los órganos vitales. Ruidos de unos cascos que aporreaban el suelo hicieron ponerse a Arrojo de pie. Una columna de caballería acercándose al galope. Bueno, nada que ella pudiera hacer sobre el tema. Después, el más cercano era Diente Bravo: yacía apretándose la herida con una mano, la sangre empapaba el suelo bajo su hombro y brazo lacerados. Aunque con una palidez fantasmal, el rostro le brillaba de sudor, le hizo un gesto para que siguiera con una brusca sacudida de la cabeza.

Llegó a Temp; el hombre luchaba como un borracho para ponerse en pie. Arrojo lo ayudó a levantarse y tuvo que gemir bajo el peso sólido del veterano. Este todavía sostenía sus armas, pero la armadura le colgaba del cuerpo en jirones desgarrados, suelta y tintineando.

—Que los dioses lo maldigan —no dejaba de repetir—. Que los dioses maldigan esa cosa. —La mirada salvaje del hombre encontró a Arrojo y le dedicó una sonrisa dolorida—. Si no te importa, muchacha, voy a sentarme un rato. Creo que me voy a jubilar.

—Sí, adelante. —Y lo dejó en el suelo.

El siguiente era el seti, Hierba de Bisonte. Respiraba, pero de forma superficial y húmeda. Los ojos del hombre la siguieron cuando se movió. Articuló algo en silencio. Ella inclinó la cabeza hacia él.

—Lo conseguí... —Fue el levísimo susurro.

Arrojo asintió.

—Sí. Sí, que lo hizo.

—Quizá era de verdad... de verdad...

Arrojo lo tranquilizó con una mano en la frente caliente.

—Sí, quizá. —*O quizá no era más que una maga vieja y chiflada.*

Los guardias llegaron corriendo colina abajo entre gestos, pero la columna de jinetes setis los adelantó. Los jinetes se arrojaron de sus monturas y corrieron hacia los heridos. Arrojo vio entre ellos muchos que parecían chamanes, hombres y mujeres, pero, que ella apreciara, ninguno llevaba tótems de animales. Los dejó con

su trabajo cuando varios se acercaron a Hierba de Bisonte y ella cruzó el espacio que la separaba de Rell.

Por alguna razón había acudido a él el último. En cuanto se dio cuenta, supo por qué. Algo en el modo en que había caído. Sin fuerzas. Tan... definitivo. Estaba tendido sobre la tierra. Arrojo se arrodilló a su lado. Había muerto, la garganta desgarrada y la cara llena de cicatrices más abiertas todavía por las garras del hombre-chacal que habían hendido su carne. *Oh, Rell. Lo siento tanto.* Le acarició el cabello descuidado, recién crecido. *Así no era como se suponía que debía ocurrir. Heng te había acogido como su nuevo protector. Ibas a ocupar su lugar en el templo de la ciudad. A dar entrada a un futuro largo y próspero... pero aquí yaces. Diste tu vida para poner fin a la maldición. Quizá fue eso lo que percibieron. Que de algún modo le pondrías fin por ellos. Pero este no era el modo en que nadie quería que pasara.*

¿Qué haremos? Continuar, supongo. Reconstruir. ¡Ja! Construir. Y solo quedamos Seda y yo. Solo nosotros sobrevivimos a la maldición. Si es que alguna vez existió. Pero la había, ¿no es cierto? El propio Ryllandaras.

Se levantó, recorrió el terreno que rodeaba el fuego moribundo solo para estar segura, pero no encontró señal alguna de Liss. *Así que ella triunfó donde todos los demás habían fracasado. Liberó a los setis de su maldición. ¿Y no había lanzado ella la suya? ¿Qué era...?*

Mujeres chamán llegaron y hablaron con ella, pero Arrojo no les hizo caso y sacudió la cabeza. *No, todavía no. ¿Qué era? ¡Ah, sí! ¡Que vagarían perdidos hasta que rogaran su perdón! Bueno, Lissaranthel o no, la mujer acababa de asegurarse un lugar en su panteón, o al menos entre sus leyendas. Desde luego entre sus plegarias.*

Se frotó la cara, miró a su alrededor y suspiró de agotamiento. Faltaban horas para el amanecer. Llamó con la mano al cabo del destacamento de guardias. Este se acercó corriendo, hizo un saludo marcial con los ojos abiertos como platos. Arrojo señaló a Rell.

—Que lo envuelvan. Regresaremos con él para darle entierro. Y que traigan las espadas. Hay que devolverlas. Es hora de irse a casa.

EPÍLOGO



Un bulto encorvado, envuelto en harapos, salió de una tienda combada y desvencijada hecha de pieles y mantas de fieltro. Bajó cojeando hasta una playa amplia de arena blanca, se apoyaba con pesadez en un bastón de madera traída por la marea y se detenía de vez en cuando para recuperar el aliento. Llegó hasta las olas, donde una laguna turquesa lamía la orilla en un débil línea de espuma. Un gigantesco hombre vestido con armadura yacía medio enterrado en la arena al borde de las olas. La figura corva se quedó mirando al caballero durante un rato y después le dio un golpe seco con el bastón. El yacente ahogó un grito, se removió con torpeza y por fin se puso en pie con pesadez. Se quitó de un tirón el alto yelmo y lo dejó caer en la arena húmeda, después se cogió el cuello justo bajo la barba rubia. Sus ojos estaban llenos de asombro.

—Sí, estás curado, Despellejador.

El soldado, Despellejador, destacaba por encima de aquel ser corcovado.

—Has respondido... —dijo con voz profunda.

—Por supuesto. ¿Acaso no llevo cerca ya algún tiempo? Sé que percibiste mi ayuda aquí y allá, ¿no? Te he estado vigilando, Despellejador de los juramentados. — El giboso, su forma oscurecida por las capas de harapos sueltos, señaló con un gesto su tienda—. La pregunta es, ¿qué puedes hacer tú... por mí?

Despellejador hizo caso omiso de la invitación y examinó la orilla, de arriba abajo.

—¿Dónde está mi gente?

La figura se dio la vuelta y volvió a arrastrar los pies con vacilación playa arriba.

—Los están reteniendo en la inconsciencia hasta que hayamos llegado a un acuerdo, Despellejador.

—Tenemos un acuerdo, Encadenado —rezongó Despellejador al tiempo que se erguía con una mueca de dolor. Seguía tocándose el cuello.

El otro sujeto miró atrás, la cabeza envuelta en harapos, ladeada casi hasta rozar las arenas.

—¿Sí? ¿Lo tenemos?

—Sí. —Despellejador estudió la orilla y guiñó los ojos bajo la luz deslumbrante que reflejaban las arenas blancas—. Estos son mis términos: te entrego mi persona y

unos cuarenta juramentados y a cambio reclamo el título de rey.

—¿Oh? ¿Lo reclamas?

Despellejador se quitó los guanteletes y los dejó caer en la arena. Asintió, la mirada entornada, casi adormilada, sobre la arqueada figura.

—Sí, es mío.

—Bien. —La figura se alejó cojeando—. Ya era hora de que alguien lo ostentara.

—¡Mi gente!

Un ademán descuidado de una mano deformada por encima del hombro y la figura se metió en la tienda baja y combada. Despellejador se volvió para examinar las olas. De uno en uno y de dos en dos aparecieron hombres y mujeres llevados por las olas perezosas. Los ayudó a salir del agua.

Era de noche y el campo de batalla de tierra abierta y desnuda y rastros ennegrecidos estaba vacío salvo por los chacales que olisqueaban, esperanzados, y algún que otro carroñero humano en busca de botín. Un hombre con una cota de malla bajo los cueros acordonados permanecía inmóvil con la cabeza gacha. El largo cabello negro se agitaba alrededor de su rostro oscuro lleno de cicatrices.

—Saludos, Dessembrae —dijo una calavera roída cercana, en otro tiempo oculta, pero ya desenterrada por los carroñeros—. Y digo Dessembrae porque veo que ahora estás aquí con ese aspecto.

El hombre dejó escapar un prolongado suspiro y movió el cuello para aliviar la tensión.

—Cuánto tiempo, Embozado.

—Desde luego. ¿Oso decir cuán parecido a los viejos tiempos?

El rostro del hombre se crispó con una expresión de odio.

—No, no puedes.

—Sin embargo, aquí estás... ¿y por qué estás aquí?

—Estoy dando fe de una muerte. La muerte de un soldado.

—Qué... vulgar.

—No era un soldado vulgar, aunque él no lo sabía. Si los setis se hubieran quedado, su estrategia habría vencido a las fuerzas imperiales, y si su escolta hubiera sido una fracción de un instante más rápida, habría resultado victorioso también sobre la Guardia. Habría ascendido a puño supremo y habría llegado a ser uno de los comandantes más grandes que han salido jamás del Imperio. Pero todo ese potencial murió hoy aquí, sin llegar a cumplirse. Desconocido para todos.

—Lo sé, Dessembrae. Yo me lo llevé.

—Sí. Como te llevas a todo el mundo al final. Y no preguntaré lo que todos los demás te piden, ¿por qué? Porque lo que he terminado por entender es que no hay por qué. Preguntar el porqué es imponer expectativas en la existencia muda, expectativas

que no está de ningún modo obligada a realizar o siquiera otorgar. Así que yo ya no hago más, no pido más.

La calavera se quedó en silencio, como suelen estar las calaveras.

—Así que ese es el curso de tus pensamientos —dijo de pronto el Embozado, y el hombre creyó detectar una nota de... sorpresa.

—¿Y qué?

Silencio.

Hablaremos otra vez, te lo prometo.

Lurin, Amagin y Shurll estaban en la calle tirando piedras contra la Casa de Muerte. Así era como todos en Malaz llamaban al viejo edificio abandonado en sus espeluznantes terrenos de árboles que nunca daban hojas, en ninguna estación. Siempre le habían arrojado piedras, y sus madres y padres antes que ellos también le habían lanzado las suyas. Esa noche las calles brillaban tras una lluvia fría que lo había barrido todo desde el sur. Lurin, descalzo, sintió un escalofrío, así que puso un esfuerzo extra en el brazo para calentarse.

—¿Habéis visto eso? —les gritó a Amagin y Shurll—. Se metió justo por la ventana, lo juro.

—Mentira —dijo Amagin burlón, sorbiendo por la nariz.

—¡Verdad! —Miró a Shurll para que lo apoyara, pero la chiquilla, algo mayor que ellos, se limitaba a abrazarse con los ojos clavados calle abajo, donde descendía hasta el paseo marítimo, el muelle y el mar que resplandecía detrás. En los últimos días la chiquilla había estado haciendo eso con más frecuencia—. Verdad, Shurll —exclamó el niño. Su amiga encogió sus angulosos hombros.

Amagin le tendió una piedra con una gran sonrisa, la nariz húmeda y llena de mocos.

—¿A que no le aciertas a esa ventana?

Lurin se la arrebató de un manotazo.

—Ya verás.

Levantó la piedra para apuntar a la ventana, pesaba más de lo que él hubiera elegido; Amagin siempre escogía piedras malas para lanzar, por eso nunca le acertaba a nada ni aunque lo mataran. Con la lengua bien metida entre los dientes, echó el brazo hacia atrás, levantó un pie y tiró.

En cuanto soltó la piedra algo cambió en los terrenos. Había un hombre donde Lurin no recordaba haber visto a nadie caminar jamás. La mano del hombre se levantó de golpe y después se llevó algo a la cara pálida. Ante los ojos de los boquiabiertos y perplejos niños, el hombre se acercó al muro que tenían más próximo.

Amagin ya estaba sollozando. Shurll miraba con fijeza, paralizada. Lurin se

estremeció y se tensó para echar a correr, pero fue incapaz. Las ropas del hombre colgaban abiertas en pliegues rebanados. Una humedad oscura relucía debajo, por el torso y los brazos. Unas cicatrices le brillaban también en el cuello, como líneas perladas. El hombre levantó la piedra de Lurin entre el pulgar y el índice y se inclinó sobre el muro.

—Corred.

Con un lloriqueo Amagin echó a correr. Lurin se lanzó contra Shurll. La niña no se había movido, quizá ni siquiera había parpadeado. Lurin la envolvió con sus brazos y enterró la cara en su pecho, demasiado aterrado para mirar. Estaban muertos. Era un espíritu llegado para arrastrarlos al abismo. El niño esperó a sentir el tacto huesudo que era la llamada del Embozado.

Pero tras un rato, el corazón en un frenesí, no pasó nada. Shurll emitía susurros quedos para tranquilizarlo y sus manos le rozaban los hombros.

—¡Bienvenido, Topper! —oyó Lurin que exclamaba el espíritu, la voz distante.

Se atrevió a mirar: el espíritu, u hombre, se había apartado y en ese momento miraba al muro frontal bajo.

—No seas idiota, Cogulla —respondió otra voz.

Lurin se volvió por completo, apretó la espalda contra Shurll y alzó la vista para mirarla; la niña observaba, ávida, con los ojos muy abiertos.

Cogulla, el que estaba metido en los terrenos de la Casa de Muerte, invitó con un movimiento de sus espadas a entrar al otro.

—Pasa, terminemos aquí nuestro debate. ¿Quién crees tú que tendrá la última palabra?

El otro, Topper, apareció entonces: cabello blanco largo y enmarañado, rostro oscuro, las ropas eran harapos que le colgaban del cuerpo. ¡Pero los ojos! Angulosos y brillantes como lámparas. Se encogió de hombros.

—Por mi mano o por la de la Casa... no es que a mí me importe demasiado.

Cogulla abrió mucho los brazos.

—Yo escojo mi propio destino, Topper. Nadie me ha derrotado todavía. ¿Careces de la voluntad para desafiarme? Así sea, la derrota es tuya.

—Danzante te llevó con él.

Cogulla puso los ojos en blanco e hizo alarde de planteárselo. Se señaló el cuello con una hoja.

—Yo llamo a esto empate.

—Confundes desesperación con desafío. Solo te engañas a ti mismo.

—Y tú eres un cobarde.

Topper señaló los terrenos.

—El tiempo corre. Huye mientras puedas.

Lurin miró al otro lado del patio y sufrió una sacudida de terror. Las ramas del

árbol se estaban moviendo. Jamás había visto temblar esos miembros negros, ni doblarse, ni siquiera en la más fuerte de las tormentas. Un vapor como el de la tierra recién levantada salió trepando de los montículos que salpicaban los terrenos. La bruma pesada fue creciendo y cubrió el patio.

Un frío de mañana invernal mordió a Lurin, que se puso a temblar de forma incontrolable.

—¡Necio! —exclamó Topper—. ¡Se apoderará de ti! ¡Huye ahora!

Cogulla dio un tropezón como si algo hubiera tirado de él. Pero su sonrisa permanecía fija, los dientes brillantes y afilados.

—¡Escojo el desafío! —chilló, una fiebre salvaje en su voz.

—Escoges la desesperación.

El llamado Cogulla cayó y hubo de hincar una rodilla en el suelo. Se rió, en voz baja al principio, pero subiendo en tono y volumen hasta que resonó con tal estrépito que ahogó un comentario de Topper. Y entonces a Lurin se le puso la piel de gallina de horror cuando el llamado Cogulla pareció hundirse, sí, hundirse directamente en la tierra humeante que parecía tirar de él.

—¡Únete a mí! —gritó con una carcajada burlona.

Topper se abalanzó y se aferró a la cima del muro de piedra.

—¡Necio! ¡Eres un juramentado! ¡Nunca morirás! —El hombre parecía horrorizado de verdad.

La respuesta de Cogulla fue un estallido de carcajadas más enfebrecido todavía, más ardiente (exultante, de un triunfo oscuro), la risa de un hombre que se ha vuelto loco del todo. Lurin enterró la cara una vez más en el pecho de Shurll. Al final las carcajadas se ahogaron y cayó el silencio. Cuando Lurin volvió a mirar, los terrenos estaban vacíos.

Su mirada se posó en el llamado Topper, que los examinaba con fijeza. Lurin se quedó sin aliento, paralizado. Los ojos ardían en la noche como había oído que hacían algunas joyas. Entonces el hombre se inclinó con un brazo en el estómago y el otro extendido. Dio un paso atrás y desapareció en la oscuridad.

Al final Lurin consiguió volver a respirar. Levantó la cabeza y miró a Shurll.

—¿Qué ha pasado? —susurró.

Y la niña, con los ojos puestos en la noche, la mirada distante, le acarició la cabeza.

—Nada —murmuró mecánicamente—. Todo va bien. No ha pasado nada. No ha sido nada.

Por la mañana Talia exigió que se lo recitara todo otra vez, desde la cabalgada loca por el abismo, pasando por la batalla y el cortejo fúnebre de Laseen hasta Cawn, hasta el aburrido viaje en barco mercante que llegó a Unta bordeando la costa.

—¿Y el funeral imperial? —preguntó.

Rillish se echó a reír y se incorporó.

—Dioses, no. A eso no estamos invitados.

—¡Pero eres miembro de la delegación oficial wickana ante el trono!

Rillish se recostó y se metió una manta enrollada tras la espalda.

—Créeme, no soy más bienvenido en Unta que los propios wickanos. No nos aceptan más que a regañadientes.

—¿Y ese tal Mallick va a suceder a Laseen de verdad?

—Por aclamación unánime de la Asamblea y de todos los gobernadores regionales, puños incluidos.

Talia sacudió la cabeza y arrugó las cejas.

—Yo ni siquiera había oído hablar de ese tipo.

—Debería salir más, sargento.

La sargento hizo una mueca. Se apartó las sábanas del vientre y posó la cabeza de él en su estómago.

—Eh. Qué raro... No pareces embarazada.

—¡Todavía no, tonto! Dioses, cómo sois los hombres.

—Hmm... si tú lo dices. —Rillish apoyó una mano con suavidad en el vientre femenino. *Hijo o hija, puede que crezcas en un mundo donde todo esto no sea más que un feo recuerdo. Y quizá dentro de todas esas décadas, si todavía ando por aquí, podré mostrarte todo lo que podría ser tuyo por el derecho que te otorga tu nombre. Y quizá pueda darte algo más que mi amor. Aunque sé que eso ya es lo bastante valioso. Mucho más que otras cosas.*

Propietario, mercader, posadero y antiguo marinero imperial, Aron Hul sabía reconocer a un hombre peligroso en cuanto lo veía y ese recién llegado empezó a ponerlo de los nervios nada más desmontar de su bien alimentada y bien herrada caballería, la cual lucía arreos nuevos y recién engrasados. Aron observó las botas de cuero suave del hombre, las envolturas de piel tachonada de las piernas, la armadura ceñida de peto hervido, brazales, los dos sables de empuñadura de marfil que llevaba bajo los brazos y el suntuoso manto de viaje. Pero lo que más le llamó la atención fue la extraordinaria cicatriz que le cruzaba la cara; bajaba desde la sien izquierda, abría un corte en el puente de la nariz aplastada y terminaba marcándole la mejilla derecha. El hombre permaneció un rato delante de su establecimiento comercial, con los ojos clavados en el sur, en el Idryn que corría pardo y ancho en su camino a la bahía de Cawn y el mar de Nap. Después se giró y entró en su comercio.

Aron se apresuró a sacar los licores y el vino más caro. El hombre se sentó en una de las dos mesas que tenía.

—¿Sí, señor? —preguntó Aron desde detrás del mostrador.

—Algo de beber.

—Tengo vino taliano de invierno, licores de enebro de Bloor.

—El taliano.

—Excelente, señor. —Cogió un vaso y la botella. El hombre puso un imperial de oro en las tablas llenas de muescas de la mesa. A Aron estuvo a punto de escurrírsele la botella. ¡Un sol imperial!, no se veían demasiados en esos tiempos—. No tendrá nada más pequeño, ¿verdad, señor? Solo somos una pequeña estación fluvial, ¿sabe?

El hombre se echó hacia atrás y esbozó una sonrisa que Aron sabía que pretendía tranquilizarlo.

—Lo sé. Es tuya por la botella y un poco de información.

Aron se permitió alzar las cejas como si dudara en la sorpresa.

—¿En serio, señor? ¿Información, dice? ¿Aquí? ¿Qué podríamos nosotros saber aquí, tan lejos?

El otro señaló el río con gesto vago.

—Oh, viajes. Envíos y cargas. Personas que van y vienen. Ese tipo de cosas.

Los nervios de Aron llegaron a su límite con un chirrido, pero mantuvo la sonrisa afable.

—¿En serio, señor? ¿Como qué?

—Estoy buscando a alguien que puede que haya pasado por aquí hace más o menos un mes. Durante los disturbios. Una mujer joven. Estaría viajando sola. La recordarías si la vieras, ya sabes a qué me refiero. —Y le guiñó un ojo.

Aron regresó a su mostrador.

—Una mujer, dice... —Sacudió la cabeza—. ¿Qué aspecto tenía?

—Delgada, cabello oscuro. Cara bonita. Como he dicho, una mujer en la que los hombres se fijan. ¿Has oído algo? Puede que haya alquilado un bote para que la llevara río arriba.

Ese mercenario que pasó por aquí en su huida al sur, a Cawn... ¿cómo se llamaba? ¿Jestan? ¿Jeth? ¡Maldito sea el Embozado!

Aron se frotó el rastrojo de las mejillas; su mirada se posó en el sol de oro que brillaba y le guiñaba el ojo desde la mesa.

—Puede que haya oído algo sobre una pasajera en una de las barcasas...

La mano del hombre cubrió la moneda. Perdió la sonrisa. Suspiró y se levantó de la mesa.

¡Jhal! ¡Era Jhal! ¿Qué había dicho? Había subido a las cataratas para transferir una carga y había bromeado sobre un barquero que babeaba con una pasajera...

El hombre se había acercado al mostrador. Empujó el sol de oro.

—Piénsalo bien. Porque puedes mirar todo lo que quieras, pero esta moneda no se va a multiplicar.

Aron se humedeció los labios y tragó saliva. Sonrió con gesto nervioso.

—Estoy intentando recordar, señor.

—Bien. Tómate tu tiempo. —Regresó a su mesa y volvió con el vaso y la botella, sirvió otra copa y se la ofreció.

Aron la cogió, con un asentimiento de gratitud, y se la terminó de un trago. ¡Había tenido que abrir esa puñetera boca de D'rek! Ya no había vuelta atrás. *A este le da igual el dinero. Aquí se trata de algo más que de unas monedas. Nadie manda a un hombre así cuando solo hay dinero en juego.* Y el hombre lo estaba mirando con atención, los ojos perezosos, serenos... pacientes.

Aron se aclaró la garganta y se llevó un trapo a la cara. *¿Quién iría río arriba por aquel entonces? ¿Pieraro? No, él va al sur. ¿Gata? ¡No, idiota! Era un hombre. ¿El viejo de Pico? Ese no pasa de Heng. ¡Tullen! Tuvo que ser Tullen. Ya hace siglos que se fue.*

—Oí algo sobre un barquero que recogió a una mujer más o menos por esas fechas...

—¿Sí?

—Que la había llevado más allá de Heng.

El hombre asintió y frunció el ceño con gesto apreciativo.

—¿Y tienes un nombre para ese barquero?

Pide, hombre. ¡El que no llora, no mama!

—Bueno, señor. No llevaría usted encima otro de esos soles de oro, ¿verdad? —E intentó poner su sonrisa más afable.

Con un suspiro ruidoso el hombre agachó la cabeza. La levantó, miró por la tienda un rato y después volvió a posar la mirada en Aron.

—Dime, factor, ¿cuándo fue la última vez que los tasadores del Imperio pasaron por aquí?

¡Cabrón! Ah, no. Los tasadores no...

El hombre asintió con gesto lento y solemne.

—Tullen. El viejo Tullen. Navega con sus chicos. Un tipo estupendo, callado, nunca se ha metido en líos con nadie.

—¿Gracias...?

—Aron Hul. ¿Y usted... señor?

El hombre hizo una pausa en la puerta y se encogió de hombros.

—Musgo. Eustan Musgo. Que tengas un buen día, factor.

Aron fue a la piel aceitada que le servía como única ventana. El hombre, Musgo, si es que ese era su verdadero nombre, montó, azuzó con suavidad a su caballo y se dirigió río arriba. *Oh, Tullen, ¿qué te he mandado? Lo siento, viejo amigo.* Después recordó la moneda. Regresó al mostrador, la cogió de un manotazo y la examinó. Parecía auténtica. La mordió, había oído que se podía distinguir la pureza del oro por su blandura. El problema era que él solo había mordido una antes de esa. Se la metió

a toda prisa en la saquita que llevaba alrededor del cuello. Por un instante sus pensamientos recayeron en la mujer. ¿Quién podría ser? ¿La esposa o la hija fugitiva de algún noble? ¡Imagínate! ¡Una dama de la nobleza en la vieja barca llena de fugas de Tullen! Insólito. No, seguramente solo era alguien que sabía algo o había oído algo que no debería, así que había huido. Una sirvienta, con toda probabilidad, o la amante de un gobernador. Mejor mantenía las narices fuera de ese tipo de asuntos.

Y hablando de sirvientas... Aron encorchó el taliano, sacó una botella de tinto barato kanesiano y llenó el vaso. Quizá pudiera hacerse con una ahora. Una joven. No muy lista y fácil de intimidar. Bebió el vino con una sonrisa. De cabello largo.

Con la mano en la regala y los pies separados para no perder el equilibrio, Jemain se dirigió a la proa con una taza de té humeante en la mano. El Ardiente cabeceó de repente en los mares picados y el líquido hirviente le abrasó la mano, pero él continuó con los dientes apretados contra el dolor. Se acercó y se agachó junto a un hombre que estaba sentado encorvado, con la cabeza en las manos y los dedos metidos por el oscuro cabello mugriento.

—¡Bebe esto, Barras! —gritó Jemain por encima del rugido de las olas y las ráfagas del viento—. ¡Está caliente! ¡Venga, tienes que tomar algo!

Pero el hombre seguía sin levantar la cabeza, no quería beber y mucho menos comer. Ya habían pasado tres días y tres noches. ¿Cuánto podía aguantar uno de esos juramentados sin comida ni agua? Corlo había especulado que quizá para siempre.

Jemain había bajado la cabeza una vez más.

—Hemos entrado en el Tajo, ¿sabes? Nos ha llevado un viento del oeste. ¡Corlo dice que quizá nos encontremos con los demonios que viven en estas aguas!

No hubo respuesta, solo un balanceo lento y angustiado.

Jemain sacudió la cabeza y dejó la taza entre los pies descalzos del hombre. Retrocedió hasta la escalerilla y fue a hablar con Corlo. Lo encontró fumando una pipa en una hamaca.

—Sigue sin responder.

Corlo se sacó la pipa de la boca.

—No. No quiere.

—Eres mago, ¿por qué no haces algo? ¿Aliviar su locura?

Un bufido.

—No sin su permiso.

—¿Entonces no podemos hacer nada por él?

—Podríamos rezar para que vinieran los jinetes. Eso lo sacaría del trance.

Jemain no sabía si el tipo hablaba en serio o no.

—No, gracias. —Se quedó mirando un rato las maderas del techo, escuchó la tormenta que maltrataba al Ardiente—. No lo entiendo. ¿Qué pasó?

—Llegamos muy tarde. Nos perdimos aquello para lo que habíamos llegado hasta aquí. Todo lo que habíamos soportado... —Frunció el ceño y estudió la pipa de arcilla blanca—. Perdimos a muchos amigos. Cree que deberíamos haber estado allí para ayudar. Se culpa a sí mismo.

—¿Y tú?

Un encogimiento de hombros de Corlo.

—Para mí es diferente. Yo no soy juramentado. La conexión no es tan fuerte.

—Creí que lo eras... juramentado.

—No. Pero soy lo siguiente mejor. Soy de la primera investidura. Primera ronda de reclutamiento tras el juramento.

—Oh, entiendo. —O eso creía, no estaba seguro, aunque sospechaba que el reclutamiento había tenido lugar mucho antes de lo que implicarían los cuarenta años o así que aparentaba el tipo.

Otro de la partida de Barras, Garren, bajó con estrépito por la escalera.

—¡Barco a la vista! —gritó.

Era un navío de un corte y un diseño que Jemain no había visto jamás... lo que tampoco era tan raro porque era la primera vez que navegaba por esos mares. Pero le sorprendió la facilidad con la que surcaba las olas altas y escarpadas del mar de las Tormentas, el Tajo, lo llamaba Corlo. Largo y bajo, el casco alquitranado y negro. Velas cuadradas, un solo mástil; soportaba un ariete brutal por debajo de la línea de flotación que se enfrentaba a cada ola y escupía agua y espuma cuando el navío cabeceaba. Y, por increíble que pareciera, la galera se jactaba de contar con cuatro filas de remeros. Tendría que haber volcado ya con el mar así.

—¿Quiénes son? —le preguntó a Corlo.

La cara del mago era lúgubre.

—Parece un barco de Mare. Tenemos que huir.

Jemain estuvo a punto de echarse a reír, pero no quiso mostrar la desesperación que el navío le provocaba en el corazón. *No hay forma de dejar atrás eso.*

—¡Todo a babor! —chilló—. ¡Dales la popa, Watt!

—Sí, señor.

—¡Todos a cubierta! ¡Preparad las ballestas!

La tripulación se lanzó de un lado a otro para estibar el equipo y distribuir las pocas armas que poseían. Jemain se dirigió a popa y Corlo lo siguió. Allí observó a través de las olas el navío que se vislumbraba de vez en cuando entre las aguas grises y el cielo encapotado e igual de gris. Los iba rodeando, ágil como una gaviota, mientras el Ardiente, una galera de esclavos de una sola bancada, tan maltratada por su larga travesía oceánica, flotaba como un tronco.

Iba a embestirlos.

—¡Sujetaos! —Y a Watt—: Listo para girar a babor.

El viejo timonel apretó las encías desdentadas y arrugó los labios.

—Lo intentaremos, señor.

Corlo le dio un golpecito en el hombro y señaló a proa. Barras se había puesto en pie y se aferraba a la regala con los ojos clavados en el navío que se acercaba.

—Una pena lo de los mareses, quizá, ¿eh? —dijo.

Pena lo nuestro, más bien. Jemain, marino de toda la vida, solo podía clavar los ojos, entre admirado y horrorizado, para contemplar la habilidad y marinería del velero que caía sobre ellos, que coronaba la última ola justo a tiempo para abalanzarse, añadiendo el ímpetu de su peso a la estocada del ariete romo recubierto de bronce que cortaba el agua y lanzaba una ola rizada más alta que el velero en sí.

Hermoso.

—¡A babor! —Watt alzó el brazo de lado; el Ardiente solo empezó a responder cuando el otro barco ya estaba prácticamente encima. *Demasiado lento, no hay posibilidad. Ninguna posibilidad.*

El golpe alcanzó al Ardiente en un costado. Tiró a Jemain y lo lanzó contra la regala y después por la borda. El agua gélida le dolió como si ardiera. Le arrebató el poco aliento que poseía. La visión y las sensaciones llegaron en pequeñas oleadas cuando su cabeza salió a la superficie. El Ardiente se bamboleaba, el costado hundido. Hombres que caían por la borda. Barras, en la proa ladeada, los puños alzados en ademán de furia. Después agua gris llena de espuma cuando giró entre las olas. Agua helada que le quitaba la vida y le entumecía los brazos, la cara y las piernas. Y se hundió, debilitándose en aquel frío que todo lo envolvía. El entumecimiento se extendió hasta llevarse su visión y sus pensamientos.

Despertó tosiendo y escupiendo en una cubierta dura. Sin fuerzas. Los miembros inútiles. Otros tripulantes del Ardiente yacían alrededor como peces arponeados. Los tripulantes de Mare, en armadura de cuero oscuro, rodeaban a un hombre concreto metido en una red, las porras subían y bajaban y golpeaban sin parar. Al verlo despierto, un marinero se acercó secándose la frente y jadeando.

—Eres de Genabaris, ¿no? —preguntó, destrozando de una forma extraña el dialecto de las Confederaciones del Sur.

Jemain asintió sin decir nada.

—Por lo general capturamos barcos, salvo los malazanos, pero el vuestro era tal insulto que tuvimos que hundirlo. —Sonrió, como si eso de alguna manera lo compensara—. Mis disculpas. —Se volvió a secar la frente, respiró hondo y señaló con la porra al tripulante del Ardiente metido en la red que en ese momento yacía sin fuerzas, y cuya identidad Jemain podía suponer—. Vais todos a los korelri. Sobre todo ese. No había forma de derribarlo, menos mal que las aguas ya nos habían hecho

la mitad del trabajo, ¿eh? Deberíamos conseguir un buen precio por él. —Volvió a sonreír con sus dientes blancos—. Creo que no lo hará mal en la muralla.

GLOSARIO



TÉRMINOS Y TÍTULOS

Agatii: entre los seguleh, los primeros mil guerreros, los mejores

Ascendiente: individuos de gran poder/influencia

Baraja de Dragones/los Dragones: baraja de cartas utilizadas en la adivinación y cuyas identidades no son fijas

Baya Gul: diosa seti de la adivinación y guía para los misterios del Sol

Cuadro de magos: organización malazana de magos/hechiceros/brujos, muchos de los cuales sirven en el ejército

D'ivers: orden suprema de cambiaformas

Eleint: término con el que se denomina a la ancestral raza de los dragones

Espada del Imperio/primer espada: paladín imperial, título malazano e imass

Espolones: miembros de la organización de asesinos imperiales fundada por Danzante. Cohorte y guardaespaldas de Kellanved

Hermanidad: entre la Guardia Carmesí, término que denomina a sus camaradas caídos

Preboste: antiguo título quontaliano para denominar a un oficial militar, equivale en líneas generales a capitán

Primera investidura: los pertenecientes a la primera ronda de reclutamiento realizada por la Guardia Carmesí tras el juramento. Hubo una segunda y una tercera

Puño supremo: título malazano para denominar a un comandante regional o de campaña

Puño: título malazano para denominar al comandante, militar o administrativo

Seguleh: pueblo con un fiero sentimiento aislacionista que habita una isla en la costa de Genabackis

Shalmanat: protectora de Li Heng

Soldado de Luz: cargo entre la baraja de adivinación, la baraja de los Dragones

Soletaken: cambiaformas

Thel akai: primer pueblo, primogénitos de madre Tierra, ancestros de las razas thelomenia, toblakai y trell

Velos: asesinos de la Guardia Carmesí, cuyo promotor fue Cogulla en respuesta a los espolones imperiales

Vieja guardia: aquellos cuyo servicio al Imperio se remonta al emperador Kellanved

LAS SENDAS

LAS SENDAS ANCESTRALES

Kurald Galain: la senda ancestral de Oscuridad

Kurald Emurlahn: la senda ancestral de Sombra

Kurald Liosan: la senda ancestral de Luz

Kurald Thyrlan: otro nombre para la senda ancestral de Luz

Omtose Phellack: la senda ancestral jaghut de Hielo

Tellann: la senda ancestral imass de Fuego

Starvald Demelain: la senda eleint, la primera senda

«LOS CAMINOS» (AQUELLAS SENDAS ACCESIBLES A LOS HUMANOS)

D'riss: el sendero de Tierra

Denul: el sendero de la Curación

Meanas: el sendero de Sombra e Ilusión

Mockra: el sendero de Mente
Rashan: el sendero de Oscuridad
Ruse: el sendero de Mar
Sendero del Embozado: el sendero de Muerte
Serc: el sendero del Firmamento
Telas: el sendero de Fuego
Thyr: el sendero o senda de Luz

LA BARAJA DE LOS DRAGONES

GRAN CASA DE VIDA

El Rey
La Reina (reina de los Sueños)
El Campeón
El Sacerdote
El Herald
El Soldado
La Tejedora

GRAN CASA DE MUERTE

El Rey (el Embozado)
La Reina
El Caballero (antaño Dassem Ultor, ahora Baudin)
Los Magos
El Herald
El Soldado
La Hilandera
El Cantero
La Virgen

GRAN CASA DE LUZ

El Rey
La Reina
El Campeón (Osseric)
El Sacerdote
El Capitán
El Soldado (Kyle)
La Costurera
El Constructor
La Doncella

GRAN CASA DE OSCURIDAD

El Rey
La Reina
El Caballero (Anomander Rake)
Los Magos
El Capitán
El Soldado
La Tejedora
El Cantero
La Esposa

GRAN CASA DE SOMBRA

El Rey (Tronosombrío/Ammanas)
La Reina
El Asesino (la Cuerda/Cotillion)
Los Magos
Los Mastines

GRAN CASA DE CADENAS

El Rey Encadenado (Despellejador)
La Consorte (Poliel)
El Saqueador (Kallor)
El Caballero (el toblakai)
Los Siete de los Fuegos Muertos (los Desencadenados)
El Tullido
El Leproso
El Tonto

NEUTRALES

Oponn
El Obelisco (Ascua)
La Corona
El Cetro
El Orbe
El Trono
La Cadena
Señor de la Baraja (Ganoes Paran)

RAZAS ANCESTRALES

Barghastianos: pueblo nómada de pastores, no humanos
Eleint: la raza ancestral de los dragones
Eres/Eres'al: antigua raza que se cree legendaria
Forkrul assail: antigua raza no humana que se cree extinta
Jaghut: antigua raza no humana que se cree extinta
K'chain che'malle: antigua raza no humana que se cree extinta
T'lan imass: antigua raza no humana que se cree extinta
Teblor: pueblo nómada de pastores, no humanos
Thel akai: un pueblo olvidado, progenitores de los thelomenios, los toblakai, los teblor y quizá los barghastianos
Thelomen toblakai: pueblo nómada de pastores, no humanos
Tiste andii: hijos de Oscuridad
Tiste edur: hijos de Sombra
Tiste liosan: hijos de Luz
Trell: pueblo nómada de pastores, no humanos



IAN CAMERON ESSLEMONT creció en Winnipeg, en Manitoba. Estudió arqueología y escritura creativa. Viajó y trabajó durante años en Asia y actualmente reside en Alaska.

El imaginario de Malaz surgió de las mentes de Steven Erikson y de Ian Cameron Esslemont. Idearon ese mundo, en un principio, para que fuera el escenario de un juego de rol. En 1991, Erikson plasmó la primera historia de Malaz en un guión, pero no cuajó. En 1999 publica el primer libro de una larga serie, *Los jardines de la Luna*.

No fue hasta 2004 cuando llegó la primera novela de Esslemont relacionada con este mismo universo malazano. Se trata de *La noche de los cuchillos*. Tras esta llegó *Return of the Crimson Guard*, en 2008, *Stonewielder*, en 2010 y *Orb, Sceptre, Throne*, en 2012. Esslemont tiene pensado publicar otras tres obras más sobre Malaz.